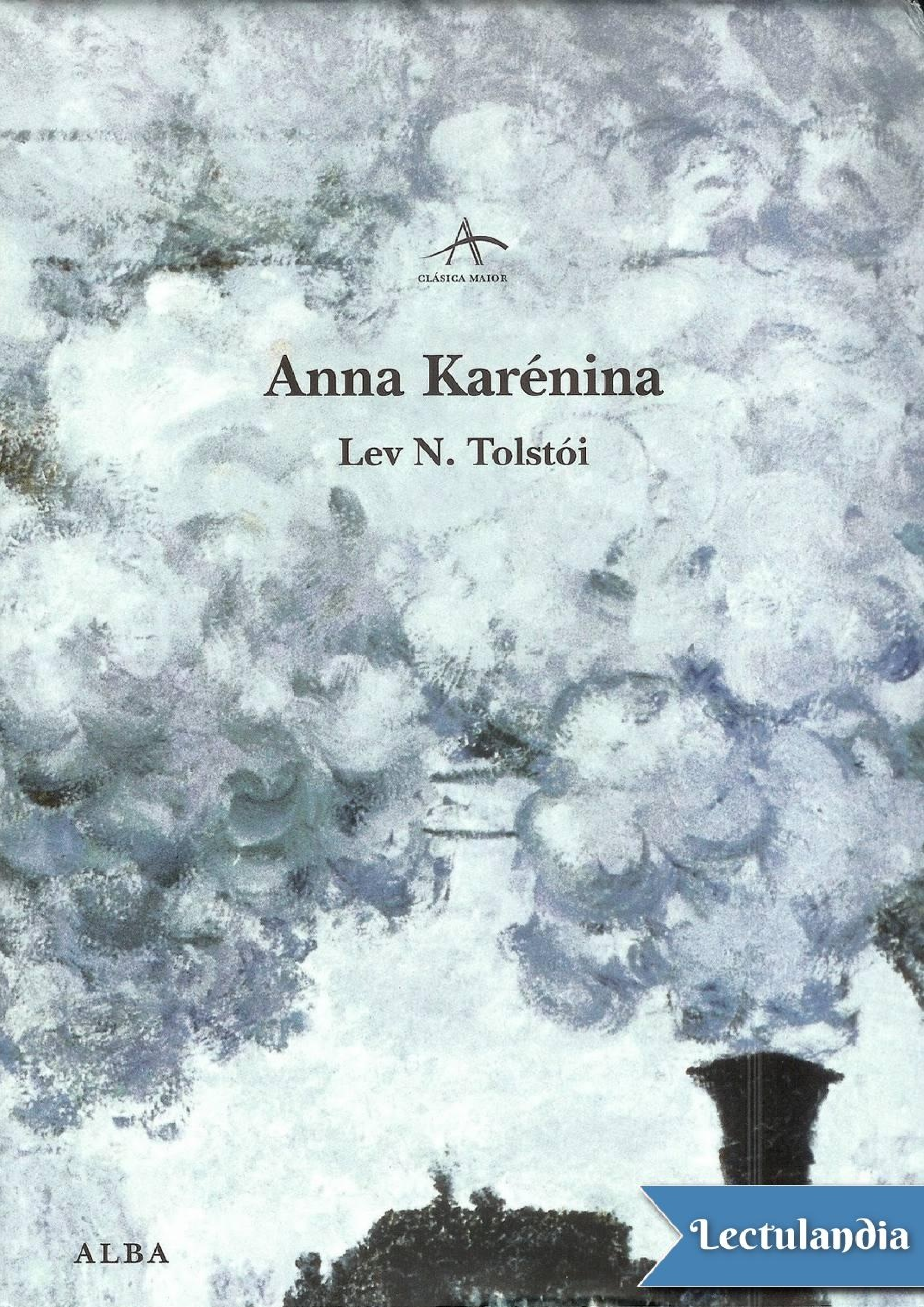

CLÁSICA MAIOR
Anna Karénina
Lev N. Tolstói
ALBA
Lectulandia

La sola mención del nombre de Anna Karénina sugiere inmediatamente dos grandes temas de la novela decimonónica: pasión y adulterio. Pero, si bien es cierto que la novela, como decía Nabokov, «es una de las más grandes historias de amor de la literatura universal», baste recordar su celebérrimo comienzo para comprender que va mucho más allá: «Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su modo». Anna Karénina, que Tolstói empezó a escribir en 1873 (pensando titularla Dos familias) y no vería publicada en forma de libro hasta 1878, es una exhaustiva disquisición sobre la institución familiar y, quizá ante todo, como dice Víctor Gallego (autor de esta nueva traducción), «una fábula sobre la búsqueda de la felicidad». La idea de que la felicidad no consiste en la satisfacción de los deseos preside la detallada descripción de una galería espléndida de personajes que conocen la incertidumbre y la decepción, el vértigo y el tedio, los mayores placeres y las más tristes miserias. «¡Qué artista y qué psicólogo!», exclamó Flaubert al leerla. «No vacilo en afirmar que es la mayor novela social de todos los tiempos», dijo Thomas Mann. Dostoievski, contemporáneo de Tolstói, la calificó de «obra de arte perfecta».

Lev N. Tolstói

Anna Karénina

Novela en ocho partes

ePUB v1.0
Polifemo7 08.06.12

Título original: *Anna Karenina*
Lev N. Tolstói, 1878.
Traducción: Víctor Gallego Ballestero
Diseño: Pepe Moll de Alba
Maquetación: Daniel Tebé
Corrección de primeras pruebas: Lola Delgado Müller
Corrección de segundas pruebas: Ana Carrión

Editor original: Polifemo7 (v1.0)
Corrección de erratas: Cives.
Libro conseguido gracias a la aportación de: Cives.
ePub base v2.0

Introducción

Anna Karénina se abre con una frase memorable y, si prescindimos de la octava parte, que Tolstói escribió principalmente para exponer su opinión sobre el tema candente del momento —la ayuda rusa a los insurgentes eslavos que luchaban en los Balcanes por sacudirse el yugo del poder otomano—, se cierra con los asombrosos capítulos finales de la séptima parte, ocupados en gran medida por ese discurso deshilvanado de Anna, caótico a la vez que certero, que anticipa ya el estilo de James Joyce. Entre medias queda espacio para casi todo. Si ya la novela es de por sí un ámbito de libertad, en Tolstói se convierte en un espacio casi infinito. Por las abrumadoras páginas de la novela discurren decenas de personajes y se abordan decenas de cuestiones. Algunas de ellas han aguantado el paso del tiempo y siguen siendo tan vigentes y emocionantes como en el momento de la aparición del libro.

A diferencia de otras novelas más o menos contemporáneas de tema análogo, *Anna Karénina* no es la historia de un adulterio, la exposición de un destino truncado por los vaivenes de la vida y las condiciones sociales de una determinada época, sino una fábula sobre la búsqueda de la felicidad. Para ello Tolstói analiza la vida de tres parejas —cuatro, si contamos la relación de Anna y su marido—, con sus vicisitudes únicas e irrepetibles, de las que, no obstante, pueden extraerse conclusiones generales. No en vano, Tolstói dejó escrito: «Hay que observar a muchas personas parecidas para poder crear un tipo definido».

A lo largo de la novela se intercalan las peripecias de esas tres parejas: Anna-Vronski, Levin-Kitty, Daria Aleksándrovna-Oblonski, siempre con Karenin por medio. En esa búsqueda de la felicidad dentro del ámbito de la familia el amor es un componente fundamental, pero no único. Si el matrimonio de Anna con Karenin fracasa porque falta el amor, el desastre de su relación con Vronski se debe a que tiene el amor como único centro. Anna lo ve con claridad y por eso se dedica con insistencia nerviosa a cuidar su físico y su atuendo: sabe que es su única arma para retener a Vronski, aunque tampoco ignora que su suerte está echada. La repetíción, la convivencia, la costumbre ensombrecen en cierto modo sus encantos, privándolos del resplandor de los primeros tiempos. Poco a poco va dándose cuenta de que Vronski es cada vez menos sensible a su influjo, de que sus trayectorias, como dice con acierto, se han cruzado un momento y ahora no harán más que separarse. No pasa un solo día sin que sus relaciones se enturbien más y más, sin que ese espíritu maligno del que habla Anna encuentre nuevos motivos de confrontación, ahonde en la enemistad, insista en la distancia que los separa, magnifique los desencuentros. Anna llega a la conclusión de que, con el paso del tiempo, el amor se troca en odio, y entonces ya no caben componendas de ningún tipo. Como dice Karenin, no sin cierto tino, cuando Daria Aleksándrovna le recuerda el precepto bíblico de amar a los enemigos: «Se

puede amar a quienes nos odian, pero no a quienes odiamos».

Tampoco la pareja formada por Oblonski y Daria Aleksándrovna alcanza el premio de la felicidad, aunque, desde luego, no puede decirse que Oblonski sea desdichado: sus continuas infidelidades se han convertido en una necesidad y no le crean problemas de conciencia. La belleza de su mujer se ha ajado, después de continuados embarazos, y ya no puede atraerle, como le confiesa a Levin cuando ambos pasan la noche en un pajar. Si ella no se entera de sus aventuras, no sufre y, mientras tanto, él se lo pasa bien. Simpático, manirroto, dicharachero, encantador, Oblonski es el amigo perfecto y un desastre como marido. Es evidente que Daria Aleksándrovna, con su abnegación y su dedicación total a los hijos, constituye un ejemplo para Tolstói. Por lo demás, es uno de los personajes más trágicos del libro, al igual que Seriozha, el desdichado hijo del matrimonio Karenin. Anna al menos es dueña de sus decisiones: se separa porque quiere y se mata porque quiere —por desesperación y deseo de venganza— El destino de Daria Aleksándrovna y Seriozha lo trazan otros: son terceras personas quienes mueven los hilos y los condenan al sufrimiento, la soledad y la amargura.

La pareja formada por Kitty y Levin es la que Tolstói nos presenta como modelo. Levin es quizá el personaje más claramente autobiográfico de toda su obra, una especie de Tolstói sin talento, como decía su esposa. El autor puso en él no sólo muchos de sus rasgos físicos y de carácter, sino también sus inquietudes de terrateniente y su angustia ante la muerte, así como diversos episodios de su noviazgo y su vida de casado. Por ejemplo, la escena de la declaración ante la mesa de juego (lo cierto es que el episodio resulta poco creíble, pero, según el testimonio de la mujer, fue más o menos así como sucedieron las cosas), el incidente de la camisa el día de la boda o la entrega de los diarios de soltero, que causaron idéntica perplejidad y conmoción en la mujer de carne y hueso que era su esposa y en la criatura de ficción que es Kitty. El éxito de su vida en común, no exento, por lo demás, de negros nubarrones y dolorosas incertidumbres, en forma de discusiones por los motivos más banales y violentos ataques de celos con escasa justificación (Levin llega a echar de su casa a un joven galanteador, por lo demás bastante inofensivo), es que, aún basándose en el amor, cuenta con otros puntos de apoyo no menos sólidos: la vida familiar en el campo, una armoniosa división de papeles, la paternidad. Es un modelo de felicidad que no satisfará a muchos lectores y, en especial, a muchas lectoras. Como escribió Henry Troyat en su prolija biografía del escritor: «El universo de una esposa, según Tolstói, debería limitarse a la cama, la cocina y la cuna». Además, se entrevén inquietantes grietas y desconchaduras. Así, por ejemplo, cuando en el curso de sus reflexiones Levin parece llegar a una conclusión que le aplaca y le satisface —la idea innata del bien en los hombres, el concepto de Iglesia como suma común de todos los fieles—, recurre a un argumento un tanto endeble —en realidad, bastante

endeble— para espantar las dudas que empiezan a asaltarle: «Como la razón no puede entender esa cuestión, no es lícito que me interrogue al respecto». Aunque nunca lo sabremos, cabe suponer que Levin, con su carácter inquieto y ese afán obsesivo por ponerlo todo en tela de juicio, no conseguirá detener el flujo imparable de dudas con un razonamiento tan poco sólido. Por otro lado, como se pone de manifiesto en las páginas finales del libro, todas las cosas que son importantes para él —el sentido de la vida, la angustia existencial, hasta sus propias actividades, aficiones y lecturas (en fin, el propio núcleo de su persona, lo que lo define de una manera más íntima y carnal)— apenas inquietan o preocupan a Kitty. De este modo, la anhelada comunión espiritual entre marido y mujer se convierte en un logro inalcanzable, en una suerte de quimera, como Levin no puede dejar de reconocer al final del libro, cuando concluye: «Es importante *sólo* para mí».

En la medida en que la vida de Levin y Kitty es un trasunto de la del propio Tolstói y su mujer, podemos concluir que sobre el futuro de la pareja se ciernen ominosas amenazas, peligros insoslayables. En el caso de Tolstói, la crisis espiritual que sufrió poco después de acabar *Anna Karénina* (de hecho, como se advierte en el capítulo final, se estaba gestando ya entonces) envenenó su vida familiar y acabó desembocando en una dramática huida en plena noche, a escondidas, y en su trágica muerte en la remota estación de Astápovo. En una de las instantáneas más desgarradoras que quizá se hayan tomado nunca, se ve a la condesa Tolstói de puntillas, espiando por la ventana de la caseta en la que agoniza su marido, con la esperanza de ver al menos de refilón su rostro, pues los hijos le habían prohibido la entrada. ¿Esperará a Kitty un destino semejante en los años de la vejez? Nunca lo sabremos. En cualquier caso, parece claro que la compenetración ideal con que sueñan los protagonistas («entre ellos no podía ni debía haber ningún secreto»), la aspiración a sentir como un solo ser, ya no se contempla como una posibilidad real al final de la obra. Es posible que, en su caso, se cumpliera la jocosa observación de Katavásov, solterón impenitente, cuando, antes de la boda de Levin, previene a éste de que, al casarse, verá limitada su libertad y su horizonte espiritual. Katavásov, naturalista de profesión, se interesa por la vida de las jibias y no quiere que ninguna mujer interfiera en su pasión. «La jibia no le impedirá amar a su mujer», le dice Levin, a lo que Katavásov responde: «La jibia no me impedirá amar a mi mujer, pero mi mujer sí a la jibia».

La novela, en fin, presenta un cuadro bastante sombrío de las relaciones de pareja, sujetas a un desgaste continuado que corroe los rasgos del ser amado hasta dejar al descubierto un nuevo rostro tan desconocido como abominable, con el que se convive un año y otro y otro más.

Entre los innumerables temas que desfilan por la novela, merece especial

mención la obsesión por la muerte («Estaba también en él, la sentía. ¿Qué más daba que viniera mañana o dentro de treinta años?»). Recordemos que, de los doscientos cuarenta y nueve capítulos de que consta la novela, sólo uno lleva título, el vigésimo de la quinta parte, precisamente «La muerte». El horror del protagonista es el mismo que Tolstói plasmaría en las tortuosas, tensas y hermosas páginas que abren la *Confesión* y en el relato inacabado que lleva por título *Memorias de un loco*.

En la figura de Nikolái Levin Tolstói describió la agonía de su hermano Dmitri, que también convivió con una prostituta a la que sacó de un burdel.

Merecen también algún comentario las digresiones sobre el arte que aparecen en la quinta parte, y, en no menor medida, las consideraciones críticas sobre la música de orientación wagneriana que se exponen en la parte siguiente.

En la figura del pintor Mijáilov, Tolstói representó a un dotado artista, y lo comparó con Vronski, un mero aficionado, que ha cogido los pinceles porque no tiene nada mejor que hacer. El contraste le sirve para contraponer con gran brillantez afición y vocación, actitud y talento. En ese sentido, son significativos sus comentarios sobre la técnica, como la capacidad mecánica de pintar y dibujar, con independencia del tema o motivo. Extrapolando el ejemplo, se podría hablar también del arte de escribir bien, con frases elegantes y copioso vocabulario, más allá de las tramas y los argumentos. Para Tolstói tal técnica es algo meramente externo, ajeno por completo a la obra de arte. De ahí su rechazo a la poesía pura, su incapacidad para comprender un arte puramente formal, carente de contenido, pero de exquisito acabado exterior. Años más tarde expondría esas ideas con mayor virulencia e indudable brillantez en su ensayo más interesante y también más polémico y discutible, *¿Qué es el arte?*

Es magnífica la comparación que establece entre el artista dedicado en cuerpo y alma a su obra y la labor efímera y un tanto triste del diletante: «No se puede impedir que un hombre modele una gran muñeca de cera y la bese. Pero, si el individuo de la muñeca se sentara delante de un hombre enamorado y se pusiera a acariciar a su criatura como el otro acaricia a su amada, el hombre enamorado se sentiría molesto».

También encontrarán eco en las páginas hirvientes de *¿Qué es el arte?* sus virulentos ataques a la música de programa, y a ese intento de fusión de distintas disciplinas artísticas. Para Tolstói cada forma de arte tiene sus propias reglas, intransferibles e únicas, que no es posible combinar sin que una de ellas resulte perjudicada. De ahí su rechazo de la ópera como género, en la medida en que combina el arte musical y el dramático, y su crítica de casi toda la música contemporánea, con su obsesión por reproducir efectos de disciplinas artísticas ajenas, como juegos de luz y color, efusiones líricas, etcétera.

A pesar de que Tolstói a veces es un prosista un tanto desmañado (nada que ver

con las armonías y el equilibrio perfecto de las frases de Turguénev), la novela rebosa poesía por los cuatro costados. Los ejemplos son tan numerosos que resulta imposible enumerarlos. Por todas partes aparecen comentarios e indicios simbólicos, correspondencias, líneas que se cruzan, círculos que se cierran. A Anna la vemos por primera y última vez en una estación. El accidente del guardagujas presagia su final, como ella misma presiente de una forma oscura. Cuando se entera del accidente al llegar a Moscú, rebosante de alegría y vitalidad, sus labios tiemblan y sus ojos se llenan de lágrimas. Su hermano, el ufano Oblonski, le pregunta si le pasa algo y ella responde: «Veo un mal presagio». Anna llega a Moscú para salvar el matrimonio de su hermano y lo hace a costa de acabar con el suyo. En las primeras páginas la vemos en compañía de Kitty y en las últimas también. Todo parece un juego de simetrías y contrastes.

Es imposible no ver el simbolismo que encierra la caída de Fru Fru, durante las carreras. Un movimiento en falso de Vronski hace que la yegua se rompa el espinazo y agonice en el suelo, ante la mirada impotente del jinete. Tampoco Vronski se volvió después de la última entrevista con Anna. Otro movimiento en falso que acaba con otra vida. No menos premonitorio es el juego infantil de Seriozha con sus compañeros, imitando la marcha de un tren.

Difícilmente se puede olvidar la poética y conmovedora imagen de la vela al final de la vida de Anna, que ya había aparecido antes: «¿Por qué no apagar la vela cuando ya no hay nada que ver, cuando a uno le repugna todo lo que ve?».

¿Y qué decir de la ominosa pesadilla que comparten Anna y Vronski, del frío terror que se apodera de ambos cuando Anna le cuenta su espantoso sueño y Vronski reconoce los rasgos de la misma historia urdida por su imaginación? El hombrecillo inquietante y horrendo, los golpes en el hierro, las palabras chapurreadas en francés...

Anna Karénina, una novela imbuida de libertad, es al mismo tiempo inamovible en sus reglas, necesaria en su desenlace. Daria Aleksándrovna y Oblonski no pueden separarse. Anna y Vronski no pueden entenderse. Todo parece conducir a una conclusión inevitable, que ni el propio autor parece en condiciones de cambiar. No en vano, a Tolstói le gustaba una anécdota que se contaba de Pushkin: un día, comentando con una amiga el desenlace de su novela en verso *Yevgueni Onieguin*, habría dicho de la heroína de la obra: «Jamás me habría esperado eso de Tatiana».

Cabe destacar también la enorme objetividad con que está escrita la novela. Imposible buscar culpables e inocentes, víctimas y verdugos, buenos y malos. En las páginas de *Anna Karénina* el lector encontrará seres humanos, con errores y aciertos y una línea de conducta inamovible, dados los hábitos, la posición, el carácter y el pasado de cada personaje. Tolstói dijo en una ocasión: «He comprobado que un relato impresiona mucho más cuando no se sabe de qué parte está el autor». Desde ese punto de vista, todos los personajes encuentran una justificación, porque no pueden

obrar de otro modo. Sólo figuras secundarias merecen la plena condena de Tolstói: la pietista madame Stahl, con su humildad de puertas afuera y sus ataques de malhumor, o las santurronas petersburguesas que han caído en las redes del espiritismo, tan diligentes para propugnar el bien como para perpetrar el mal.

Anna Karénina es quizá la obra maestra de un escritor deslumbrante que en un determinado momento abjuró de su arte. Después de internarse en la peligrosa senda de la admonición y la propaganda ideológica, Tolstói renegó del conjunto de su obra, salvando sólo un par de relatos cortos. Su rechazo obedecía no sólo a razones de tipo religioso y moral, sino también estilísticas. De escritor detallista y puntilloso —es difícil que Tolstói deje escapar a un solo personaje sin haberlo caracterizado de alguna manera, con un gesto, un rasgo físico, un detalle de su atuendo, y a menudo con una generosa combinación de todas y cada una de estas cosas— pasó a propugnar el estilo esquemático, desnudo de precisiones superfluas de tiempo y lugar de la bíblica historia de José y sus hermanos. En *Anna Karénina* alcanzan su perfección esos párrafos hinchados, rebosantes de información, esos detalles milimétricos, esa penetración obsesiva para que no se le escape un solo aspecto relevador, un solo pormenor certero de cualquiera de sus personajes. De ahí también esa repetición insistente de algunos epítetos e imágenes, porque se trata de rasgos físicos o ademanes que definen de alguna manera, a veces a su pesar, la pasta de los personajes: las orejas de soplillo de Karenin, los dientes fuertes y regulares de Vronski, los ojos soñadores de Lidia Ivánovna, los andares saltarines de Oblonski.

En lo que respecta al estilo, no estaría de más citar el siguiente episodio: durante el verano de 1877, encontrándose en Yásnaia Polaina, Nikolái Strájov, filósofo y ensayista, amigo también de Dostoievski, participó en la revisión de *Anna Karénina* con vistas a su publicación en forma de libro. Tolstói aceptó algunas de sus propuestas, pero rechazó la mayoría. Más tarde Strájov escribió: «En lo que concierne a mis correcciones, que casi siempre tienen que ver con el idioma, he notado que Lev Nikoláievich defiende tenazmente sus expresiones y hasta se niega a los cambios más anodinos. Por sus explicaciones pude convencerme de que le importa mucho su texto y que, a pesar de la negligencia y la aparente torpeza de su estilo, ha sopesado cada palabra y moldeado cada frase como el más exigente de los poetas».

Tolstói comentaría en una ocasión: «Si me dijeran que dentro de unos veinte años los que ahora son niños leerán mis escritos, y que esa lectura les hará reír, llorar y amar la vida, dedicaría todo mi tiempo y todos mis esfuerzos a esa tarea». Ahora que se cumple el centenario de su muerte podemos decir con justicia que su deseo se ha cumplido con creces.

Antes de terminar, no estaría de más recordar una anécdota que cuenta Nabokov, no por improbable menos hermosa: «Un día de tedio, cuando ya era anciano, muchos

años después de que dejara de escribir novelas, cogió un libro y, empezando a leer por la mitad, se fue interesando y le fue agradando mucho, hasta que miró el título y vio: *Anna Karénina*, por Lev Tolstói».

Anna Karénina se publicó por entregas en *El Mensajero Ruso* a partir del mes de enero de 1875. La revista se negó a publicar la última parte de la novela, porque las opiniones que allí se vertían sobre los voluntarios rusos entraban en contradicción con su línea editorial, y Tolstói decidió editarla por su cuenta.

El plan de la obra fue madurando poco a poco. Tolstói le mencionó a su mujer por primera vez el argumento ya en 1870, pero, ocupado con otros proyectos y asuntos, no volvió a referirse al tema hasta 1873.

En el origen de la novela se sitúa un fragmento de Pushkin que empieza así: «Los invitados se reunieron en la casa de campo». A Tolstói le encantó esa manera de entrar en materia sin explicaciones previas y decidió seguir ese modelo. Entusiasmado con el proyecto, y convencido de tener todo el plan en su cabeza, expresó a un amigo su parecer de que la novela estaría lista en dos semanas, pero lo cierto es que el trabajo se prolongó, con numerosas interrupciones, cinco años enteros, hasta 1878, cuando la novela apareció por primera vez en forma de libro.

Para la traducción he utilizado la edición de *Obras completas* en veintidós tomos publicada por la editorial Judozhestvenaia Literatura en 1981.

Víctor Gallego Ballestero

A mí la venganza, yo haré justicia.[*]

PRIMERA PARTE

I

Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su modo.

Todo estaba patas arriba en casa de los Oblonski. Enterada de que su marido tenía una relación con la antigua institutriz francesa de sus hijos, le había anunciado que no podía seguir viviendo con él bajo el mismo techo. Esa situación, que se prolongaba ya por tres días, era dolorosa no sólo para el matrimonio, sino también para los demás miembros de la familia y la servidumbre. Tanto unos como otros se daban cuenta de que no tenía sentido que siguieran viviendo juntos, que los huéspedes ocasionales de cualquier pensión tenían más cosas en común que cuantos habitaban esa casa. La mujer no salía de sus habitaciones, y el marido hacía ya tres días que no ponía el pie por allí. Los niños corrían de un lado para otro desconcertados; la institutriz inglesa había discutido con el ama de llaves y había escrito una nota a una amiga en la que le solicitaba que le buscara una nueva colocación; el cocinero se había largado el día anterior, a la hora de la comida; la pinche y el cochero habían pedido que les abonaran lo que les debían.

Tres días después de la discusión, el príncipe Stepán Arkádevich Oblonski —Stiva para los amigos— se despertó a las ocho, como de costumbre, pero no en el dormitorio conyugal, sino en su despacho, sobre un sofá de cuero. Como si deseara dormir aún un buen rato, volvió su cuerpo grueso y bien cuidado sobre los muelles del sofá y, abrazando con fuerza el cojín por el otro lado, lo apretó contra su mejilla; pero de pronto se incorporó con gesto brusco, se sentó y abrió los ojos.

«A ver, a ver, ¿qué es lo que pasaba? —pensaba, tratando de recordar los detalles del sueño que había tenido—, ¿Qué es lo que pasaba? ¡Ah, sí!

Alabin daba una comida en Darmstadt. No, no era en Darmstadt, sino en algún lugar de América. Sí, pero el caso es que Darmstadt estaba en América. Sí, Alabin daba una comida en mesas de cristal, sí, y las mesas cantaban *Il mio tesoro*,[1] no, no ese pasaje, sino otro aún más bonito, y había unas garrafitas que eran también mujeres.»

Los ojos de Stepán Arkádevich se iluminaron con un brillo alegre. «Sí —se dijo con una sonrisa—, era agradable, muy agradable. Había muchas otras cosas maravillosas, pero, una vez despierto, no hay modo de expresarlas con palabras, ni siquiera con el pensamiento.» Y, al advertir que un rayo de luz se filtraba por la rendija de una de las espesas cortinas, sacó los pies del sofá con gesto animoso, tanteó el suelo en busca de las pantuflas de cordobán dorado, que su mujer le había cosido como regalo de cumpleaños el año anterior y, cediendo a una vieja costumbre que había adquirido hacía ya nueve años, antes de levantarse extendió la mano hacia el lugar donde colgaba su bata en el dormitorio. En ese momento recordó de pronto por qué no estaba durmiendo en la alcoba conyugal, sino en su despacho, y la sonrisa

se borró de sus labios, al tiempo que frunció el ceño.

«¡Ay, ay, ay! ¡Ah! —gemía, al rememorar lo que había pasado. Y se le representaron de nuevo en la imaginación todos los detalles de la discusión con su mujer y lo desesperado de su situación; pero lo que más le atormentaba era el sentimiento de culpa—. ¡No, ni me perdonará ni puede perdonarme! Y lo más terrible es que tengo la culpa de todo y sin embargo no soy culpable. En eso consiste mi tragedia —pensaba—. ¡Ay, ay, ay!», repetía desesperado, recordando las impresiones más penosas de aquella escena.

Lo más desagradable habían sido los primeros instantes, cuando, al volver del teatro, alegre y en buena disposición de ánimo, llevando una enorme pera para su mujer, no la había encontrado en el salón ni tampoco en el despacho, lo que le sorprendió mucho, sino en el dormitorio, con esa malhadada nota en la mano que se lo había revelado todo.

Dolly,[2] esa mujer diligente, siempre atareada, y algo limitada, según le parecía a él, estaba sentada inmóvil, con la nota en la mano, y le miraba con una expresión de horror, desesperanza e indignación.

—¿Qué es esto? ¿Qué es? —preguntaba, mostrándole la nota.

Al recordar ese momento, lo que más hería a Stepán Arkádevich, como suele suceder, no era tanto lo que había pasado como la manera en que había contestado a su mujer.

Se había encontrado en la posición de un hombre al que sorprenden de pronto cometiendo un acto vergonzoso, y no había sabido adoptar una expresión adecuada a la situación en la que se había puesto ante su mujer después de que se hubiera descubierto su infidelidad. En lugar de ofenderse, negar, justificarse, pedir perdón o al menos fingir indiferencia —cualquiera de esas soluciones habría sido mejor que la que adoptó—, en su rostro apareció de pronto de forma completamente involuntaria («una acción refleja», pensó Stepán Arkádevich, que era aficionado a la fisiología) esa sonrisa tan suya, bondadosa y por tanto estúpida.

No podía perdonarse esa estúpida sonrisa. Al verla, Dolly se había estremecido, como sacudida por un dolor físico, había estallado en un torrente de palabras crueles con su habitual vehemencia y había salido a toda prisa de la habitación. Desde entonces se había negado a ver a su marido.

«Esa estúpida sonrisa tiene la culpa de todo —pensaba Stepán Arkádevich—. Pero ¿qué puede hacerse? ¿Qué?», se decía con desesperación, sin encontrar respuesta.

II

Stepán Arkádevich era un hombre sincero consigo mismo. Por tanto, no podía engañarse fingiendo que se sentía arrepentido de su proceder. Este hombre de treinta y cuatro años, apuesto y enamoradizo, no podía arrepentirse de no estar enamorado de su mujer, sólo un año más joven que él y madre de siete hijos, dos de los cuales habían muerto. Únicamente se arrepentía de no haberle ocultado mejor su aventura. En cualquier caso, se daba cuenta de la gravedad de la situación y se compadecía de su mujer, de sus hijos y de sí mismo. Tal vez se habría esforzado en encubrir mejor sus pecados si hubiera previsto la impresión que iba a causarle el descubrimiento de sus infidelidades. Jamás había reflexionado con detenimiento sobre el particular, pero se imaginaba de un modo confuso que ella sospechaba algo desde hacía tiempo y miraba para otro lado. Hasta tenía la impresión de que la propia Dolly, ajada, envejecida, ya sin atractivo alguno, privada de cualquier encanto particular, nada más que una sencilla y bondadosa madre de familia, debía mostrarse condescendiente en aras de la justicia. Pero había sucedido todo lo contrario.

«¡Ah, es terrible! ¡Ay, ay, ay, es terrible! —repetía Stepán, incapaz de encontrar ninguna solución—, ¡Y qué bien iba todo hasta este momento, qué felices éramos! Dolly estaba satisfecha, contenta con los niños, yo no la estorbaba en nada, dejaba que se ocupara de ellos y de la administración de la casa. Ya sé que no está bien que *esa persona* trabajara de institutriz bajo nuestro propio techo. ¡No está bien! No deja de ser trivial y vulgar hacerle la corte a la institutriz de mis hijos. Pero ¡qué institutriz! —Recordó con viveza los picaros ojos negros y la sonrisa de mademosielle Rolland—. Además, mientras vivió en nuestra casa, no me permití nada. Y lo peor de todo es que ella ya… ¡Parece hecho a propósito! ¡Ay, ay, ay! Pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué?»

No había ninguna respuesta, más allá de la que la vida da a las cuestiones más complicadas e irresolubles: vivir al día, o, dicho de otro modo, entregarse al olvido. Pero ya no podía buscar ese olvido en el sueño, al menos hasta la noche siguiente; ya no podía volver a aquella música interpretada por esas garrafitas que eran como mujeres; por tanto, debía buscar ese logro en el sueño de la vida.

«Ya veremos más tarde», se dijo Stepán Arkádevich y, levantándose, se puso la bata gris forrada de seda azul, hizo un nudo en el cordón, llenó de aire su poderosa caja torácica, se acercó a la ventana con esos andares resueltos de sus pies torcidos, que con tanta ligereza transportaban su recia figura, descorrió las cortinas y tiró con fuerza de la campanilla. No tardó en aparecer su viejo amigo, el ayuda de cámara Matvéi, trayéndole el traje, las botas y un telegrama. Le seguía el barbero con los útiles de afeitar.

—¿Han traído unos papeles de la oficina? —preguntó Stepán Arkádevich,

cogiendo el telegrama y sentándose delante del espejo.

—Están en la mesa —respondió Matvéi, dirigiendo sobre su amo una mirada inquisitiva y afectuosa. Al cabo de un momento añadió con una sonrisita astuta—: Ha venido alguien de parte de los cocheros.

En lugar de responder, Stepán Arkádevich se quedó contemplando el reflejo de Matvéi en el espejo; de la mirada que intercambiaron se deducía que ambos se entendían a las mil maravillas. Era como si Stepán Arkádevich le estuviera preguntando: «¿Por qué me dices eso? ¿Es que no lo sabes?».

Matvéi metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, adelantó un pie y miró en silencio a su amo, con expresión bondadosa y una sutil sonrisa en los labios.

—Les he dicho que vuelvan el domingo, que hasta entonces no le molesten a usted ni se molesten ellos en vano —dijo el criado, que por lo visto había preparado la frase de antemano.

Stepán Arkádevich comprendió que Matvéi había querido gastarle una broma y atraer su atención. Después de rasgar el telegrama, lo leyó, adivinó el sentido de las palabras, plagadas de errores, como de costumbre, y su rostro resplandeció.

—Matvéi, mañana llega mi hermana Anna Arkádevna —dijo, deteniendo por un instante la mano gordezuela y reluciente del barbero, que estaba abriendo un rosado camino entre las largas patillas rizadas.

—Gracias a Dios —dijo Matvéi, dando a entender con esa respuesta que era tan consciente como su amo de la importancia de esa novedad: Anna Arkádevna, la querida hermana de su señor, podía contribuir a reconciliar al matrimonio—. ¿Sola o con su marido? —preguntó.

Stepán Arkádevich no pudo pronunciar palabra, porque en ese momento el barbero estaba ocupado con su labio superior, y se limitó a levantar un dedo. El criado, reflejado en el espejo, asintió con la cabeza.

—Sola. ¿Mando preparar las habitaciones de arriba?

—Díselo a Daria Aleksándrovna y que ella decida.

—¿A Daria Aleksándrovna? —exclamó Matvéi con aire dubitativo.

—Sí. Llévale el telegrama y ven luego a comunicarme lo que ha dicho.

«Quiere hacer una prueba», pensó el ayuda de cámara, pero se contentó con añadir:

—A sus órdenes.

Stepán Arkádevich, ya lavado y peinado, se disponía a vestirse cuando Matvéi, con el telegrama en la mano, entró en la habitación y avanzó con pasos lentos por la mullida alfombra, acompañado del ligero crujido de sus botas. El barbero ya se había marchado.

—Daria Aleksándrovna me ha pedido que le informe de que se marcha. Y que el señor, es decir, usted, haga lo que le parezca —dijo, sonriendo sólo con los ojos, las

manos metidas en los bolsillos, la cabeza ladeada, la mirada fija en el amo.

Stepán Arkádevich guardó silencio unos instantes. Luego una sonrisa bondadosa y algo triste asomó a su hermoso rostro.

—¿Y qué te parece a ti, Matvéi? —preguntó, moviendo la cabeza.

—No se preocupe, señor, todo se enderezará —respondió el criado.

—¿Se enderazará?

—Seguro.

—¿Tú crees? ¿Quién está ahí? —preguntó Stepán Arkádevich, que había oído el rumor de un vestido detrás de la puerta.

—Soy yo —contestó una voz de mujer, firme y agradable, y al punto apareció en el umbral el rostro severo y picado de viruelas de Matriona Filimónovna, la niñera.

—¿Qué pasa, Matriona? —preguntó Stepán Arkádevich, saliéndole al encuentro.

A pesar de que Stepán Arkádevich era totalmente culpable ante su mujer, y así lo reconocía él mismo, casi todo el mundo en la casa, incluyendo la niñera, el sostén principal de Daria Aleksándrovna, estaba de su parte.

—¿Qué pasa? —dijo con pesar.

—Vaya a verla, señor, y pídale perdón una vez más. Puede que Dios le ampare. Sufre tanto que da pena mirarla, y en la casa todo está manga por hombro. Hay que compadecerse de los niños, señor. Pídale usted perdón. ¡Qué le vamos a hacer! El que algo quiere…

—Pero no me dejará entrar…

—Vaya de todos modos. Dios es misericordioso. Pídaselo usted, señor, pídaselo.

—Bueno, vale, vete —dijo Stepán Arkádevich, sonrojándose de pronto—. Vamos, dame la ropa —añadió, dirigiéndose a Matvéi, y se quitó con resolución la bata.

Soplando sobre unas invisibles motas de polvo, Matvéi sostenía ya la camisa como si fuera una collera y con evidente satisfacción envolvió el cuidado cuerpo de su señor.

III

Una vez vestido, Stepán Arkádevich se perfumó con un vaporizador, se ajustó los puños de la camisa, metió en los bolsillos, con el mismo gesto de todas las mañanas, los cigarrillos, la cartera, las cerillas, el reloj de doble cadenita con dijes, sacudió el pañuelo y, sintiéndose limpio, perfumado, lleno de salud y en buena forma física, a pesar de su desdicha, se dirigió, con pasos algo saltarines, al salón, donde ya tenía preparado el café y le esperaban unas cartas y documentos de la oficina.

Stepán Arkádevich tomó asiento y se puso a leer las cartas. Una de ellas, escrita por un comerciante con el que había iniciado tratos para vender un bosque en la hacienda de su mujer, se le antojó muy desagradable. Era de todo punto necesario vender ese bosque. Pero en tanto no se reconciliara con su mujer, no se podía ni hablar del asunto. Lo más repugnante era que un problema de orden económico se hubiera mezclado con la inminente cuestión de la reconciliación. La idea de que en su comportamiento pudiera influir la consideración de esos intereses, de que la necesidad de concretar esa venta le llevara a hacer las paces con su mujer, le parecía ofensiva.

Una vez terminada la lectura del correo, Stepán Arkádevich echó mano de unos documentos oficiales, hojeó a toda prisa dos expedientes, hizo algunas observaciones con un lápiz grande y, dejándolos a un lado, se puso a desayunar; mientras tomaba el café desplegó el periódico de la mañana, todavía húmedo, y se puso a leerlo.

Stepán Arkádevich recibía un periódico liberal, no de tendencias extremas, sino acorde con la opinión de la mayoría. Y aunque, en realidad, no le interesaba la ciencia ni el arte ni la política, defendía con firmeza los puntos de vista que sobre esas cuestiones expresaban tanto la mayoría como su periódico, y sólo cambiaba de opinión cuando lo hacía la mayoría, o mejor dicho, no cambiaba él, sino que eran las mismas opiniones las que iban modificándose de manera imperceptible.

Él no elegía sus puntos de vista y opiniones, sino que unos y otras venían por sí mismos, de la misma manera que tampoco elegía la forma de su sombrero o el corte de su levita: llevaba lo que estaba de moda. Como pertenecía a una esfera social muy concreta y tenía cierta necesidad de esa clase de actividad intelectual que suele desarrollarse en la edad madura, las opiniones le resultaban tan indispensables como el sombrero. Y la única razón para preferir el liberalismo al conservadurismo, que apoyaban tantos representantes de su círculo, era que lo encontraba más razonable, pero por la única razón de que se adaptaba mejor a su género de vida. El partido liberal proclamaba que en Rusia todo iba mal, y de hecho Stepán Arkádevich tenía muchas deudas y muy pocos recursos. El partido liberal afirmaba que el matrimonio era una institución obsoleta que era necesario reformar, y de hecho la vida familiar le proporcionaba muy pocas alegrías, le obligaba a mentir y a disimular, algo que

repugnaba a su naturaleza. El partido liberal aseguraba o, mejor dicho, daba a entender, que la religión no tenía otro fin que servir de freno a las capas más bárbaras de la población, y de hecho Stepán Arkádevich no podía aguantar el oficio más corto sin sentir dolor en las piernas ni podía comprender a qué venían esas palabras patéticas y enfáticas sobre el otro mundo, cuando se estaba tan bien en éste. A todo eso había que añadir que Stepán Arkádevich, muy aficionado a las bromas, se divertía a veces desconcertando a los hombres de bien diciendo que, si uno quería enorgullecerse de su linaje, no era sensato detenerse en Riurik[3] y renunciar a nuestro primer ancestro, el mono. En suma, el liberalismo acabó convirtiéndose en un hábito: le gustaba su periódico como su cigarro después de la comida, por la ligera niebla que producía en su cabeza. Leyó el artículo de fondo, en el que se afirmaba que en nuestra época no había ninguna razón para considerar que el radicalismo amenazaba con engullir a todos los elementos conservadores y que era obligación del gobierno tomar medidas para acabar con la hidra de la revolución; al contrario, «según nuestra opinión, el peligro no estriba en la supuesta hidra de la revolución, sino en un tradicionalismo intransigente que impide el progreso», etcétera. Leyó también otro artículo sobre economía en el que se mencionaba a Bentham y Mill[4] y se lanzaban pullas al Ministerio. Su peculiar agilidad mental le permitía captar el significado de cada una de esas pullas: quién la dirigía y contra quién, qué cuestión la había propiciado, y todo eso, como de costumbre, le proporcionó cierta satisfacción. Pero ese día el recuerdo de los consejos de Matriona Filimónovna y la sensación de desastre que imperaba en la casa le agriaron ese placer. Se enteró también de que, según los rumores, el conde Beust había partido para Weisbaden, de que las canas habían pasado a mejor vida, de que se vendía un carruaje ligero y de que un joven ofrecía sus servicios; pero ninguna de esas novedades le procuró esa satisfacción serena y un tanto irónica de antaño.

Después de concluir la lectura, ingerir una segunda taza de café y tomar un bollo con mantequilla, se puso en pie, se sacudió las migas que le habían caído en el chaleco, ensanchó su poderoso pecho y esbozó una jovial sonrisa, no porque un sentimiento especialmente alegre embargara su corazón, sino porque había hecho una buena digestión.

No obstante, esa jovial sonrisa le recordó al instante todo lo que había pasado y se quedó pensativo.

Se oyeron unas voces infantiles detrás de la puerta. Stepán Arkádevich no tardó en identificar a quién pertenecían: eran Grisha, el más pequeño de sus hijos, y Tania,[5] su hija mayor. Estaban arrastrando un objeto que al final se les acabó volcando.

—Ya te dije que no se podía llevar pasajeros en el techo —gritó la muchacha en inglés—. ¡Vamos, cógelos!

«Todo está patas arriba —pensaba Stepán Arkádevich—. Los niños corren solos

por la casa.» Fue hasta la puerta y los llamó. Los niños dejaron la caja que hacía las veces de tren y se acercaron corriendo.

La niña, que era la favorita de su padre, entró con decisión, le abrazó y, sonriendo, se colgó de su cuello y aspiró con agrado, como de costumbre, el conocido perfume que exhalaban sus patillas. Después de darle un beso en la cara, colorada por la postura inclinada y resplandeciente de ternura, apartó los brazos e hizo intención de salir corriendo, pero el padre la retuvo.

—¿Cómo está mamá? —preguntó, pasando la mano por el cuello suave y delicado de su hija—. Buenos días —añadió con una sonrisa, dirigiéndose al niño, que le había saludado.

Era consciente de que quería menos al niño y siempre trataba de mostrarse equitativo, pero Grisha, que sentía la diferencia, no respondió a la fría sonrisa de su padre.

—¿Mamá? Se ha levantado —respondió la niña.

Stepán Arkádevich suspiró. «Eso significa que ha vuelto a pasar la noche en blanco», pensó.

—¿Y qué? ¿Está contenta?

La niña sabía que sus padres habían discutido y que por tanto su madre no podía estar contenta; su padre tenía que saberlo, así que sin duda disimulaba cuando le preguntaba sobre el particular con esa ligereza. Y se ruborizó por su culpa. Él se dio cuenta en seguida de lo que pasaba y se ruborizó a su vez.

—No lo sé —dijo—. Nos ha dicho que hoy no demos clase y que vayamos dando un paseo a casa de la abuela, en compañía de Miss Hull.

—Bueno, Tania, bonita, vete —dijo, aunque seguía reteniéndola y acariciando su delicada manita.

Cogió una caja de bombones que había dejado la víspera sobre la chimenea y le dio dos, eligiendo sus favoritos, uno de chocolate y otro de crema.

—¿Este es para Grisha? —dijo la niña, señalando el de chocolate.

—Sí, sí.

Le acarició una vez más el hombro, le dio un beso en la nuca y dejó que se fuera.

—El coche está listo —dijo Matvéi—. Y ha venido a verle una mujer con una petición —añadió.

—¿Lleva mucho tiempo esperando? —preguntó Stepán Arkádevich.

—Una media hora.

—¿Cuántas veces te he dicho que me informes en seguida?

—Al menos debe usted tener tiempo de tomarse una taza de café —respondió Matvéi en un tono tan toscamente amistoso que habría sido imposible enfadarse con él.

—Bueno, hazla pasar sin más dilación —dijo Oblonski, frunciendo las cejas con

enfado.

La solicitante, esposa del capitán ayudante Kalinin, pedía algo imposible y absurdo; pero Stepán Arkádevich, según su costumbre, le rogó que tomara asiento, la escuchó atentamente, sin interrumpirla, y le dio indicaciones detalladas de a quién tenía que dirigirse y cómo debía hacerlo; incluso le escribió con gesto enérgico y decidido, y letra clara, redonda, precisa y espaciada, una notita para el personaje que podía ayudarla. Después de despedir a la esposa del capitán ayudante, Stepán Arkádevich cogió su sombrero y se detuvo, pensando si no se le olvidaría alguna cosa. No, no había nada, excepto lo que quería olvidar: su mujer.

«¡Ah, sí!» Inclinó la cabeza y su hermoso rostro adoptó una expresión pesarosa. «¿Debo ir o no?», se preguntaba. Y una voz interior le decía que era mejor abstenerse de dar ese paso, que no cosecharía más que falsedad, que era imposible reparar y reconducir las relaciones con su mujer, porque para eso ella tendría que recuperar la belleza y el encanto de antaño o bien convertirse él en un viejo incapaz de amar. En ese momento no podía esperar nada más que falsedad y mentira. Y tanto la falsedad como la mentira le repugnaban por naturaleza.

«Pero en algún momento habrá que hacer algo; las cosas no pueden seguir así», se dijo, tratando de darse ánimos. Ensanchó el pecho, sacó un cigarrillo, lo encendió, dio un par de caladas, lo arrojó en un cenicero de nácar, atravesó el sombrío salón con pasos apresurados y abrió la puerta que conducía al dormitorio de su mujer.

IV

Daria Aleksándrovna, ataviada con una bata, el pelo, antaño abundante y hermoso, ahora ralo, recogido en la nuca, el rostro demacrado y enflaquecido, los ojos grandes, asustados y saltones por culpa de la delgadez, estaba delante de una cómoda, rodeada de objetos tirados por el suelo, y sacaba de un cajón abierto una prenda de ropa. Al oír los pasos de su marido, se detuvo, miró hacia la puerta y se esforzó en vano por adoptar una expresión severa y despectiva. Se daba cuenta de que tenía miedo de su marido y de la inminente entrevista. En esos momentos estaba intentando hacer algo que ya había intentado poner en práctica diez veces en el transcurso de los tres últimos días: coger sus cosas y las de los niños y marcharse a casa de su madre. Pero una vez más se sentía incapaz. También ahora, lo mismo que antes, se había dicho que las cosas no podían seguir así, que tenía que hacer algo, castigarlo, humillarlo, devolverle al menos una pequeña parte del dolor que le había causado. Seguía repitiéndose que lo abandonaría, pero en el fondo sabía que no lo haría, porque no podía dejar de amarlo y de considerarlo su marido. Además, era consciente de que si en su propia casa apenas era capaz de ocuparse de sus cinco hijos, aún sería peor en el lugar al que pensaba llevarlos. Y encima, a lo largo de esos tres días, el pequeño se había puesto enfermo después de tomar un caldo en malas condiciones; en cuanto a los demás, la noche anterior se habían ido a la cama casi sin cenar. Entendía, pues, que no podía marcharse, pero se engañaba y seguía cogiendo cosas, como si en verdad se dispusiera a abandonar la casa.

Al ver a su marido, metió las manos en un cajón de la cómoda, como si estuviera buscando algo, y no le miró hasta que estuvo justo a su lado. Pero su rostro, al que había querido comunicar una expresión severa y decidida, sólo delataba indecisión y sufrimiento.

—¡Dolly! —dijo él con voz sorda y cierta timidez. Encogió la cabeza entre los hombros y trató de adoptar un aire lastimoso y sumiso, pero seguía rebosando frescura y lozanía.

Dolly lo miró de arriba abajo por un instante y reparó en esa resplandeciente frescura y lozanía. «¡Sí, está feliz y satisfecho! —pensó—. En cambio yo… Y esa bondad afectada que tanto gusta a todo el mundo y tanto le alaban… Cuánto me repugna.» Apretó los labios y un músculo de la mejilla derecha se estremeció en su rostro pálido y agitado.

—¿Qué quiere? —preguntó en tono desabrido, con una voz gutural irreconocible.

—¡Dolly! —repitió él con voz temblorosa—. Anna llega hoy.

—¿Y a mí qué me importa? ¡No puedo recibirla! —gritó.

—Pero, Dolly, habrá que…

—¡Vete, vete, vete! —gritó sin mirarle, como si ese grito se debiera a un dolor

físico.

Stepán Arkádevich había podido conservar la calma mientras pensaba en su mujer, había podido albergar la esperanza de que todo *se enderezaría*, como decía Matvéi, había podido leer su periódico y desayunar tranquilo, pero cuando vio ese rostro descompuesto, marcado por el sufrimiento, y oyó el tono de su voz, resignado, desesperado, se le cortó el aliento, se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Dios mío, qué he hecho! ¡Dolly! ¡Por el amor de Dios! Si… —pero no pudo continuar, ahogado por los sollozos.

Ella cerró de un golpe la cómoda y se lo quedó mirando.

—Dolly, ¿qué puedo decirte? Sólo una cosa: que me perdones… Recuerda todo lo que hemos pasado: ¿es que nueve años de vida no pueden redimir un momento… un momento…?

Ella bajó los ojos y se quedó aguardando sus palabras, como implorándole que la convenciera de alguna manera.

—Un momento… un momento de locura… —añadió, y quiso continuar, pero al oír esas palabras, Dolly volvió a apretar los labios, como sacudida por un dolor físico, y el músculo de la mejilla se estremeció de nuevo.

—¡Váyase, váyase de aquí! —gritó con mayor desesperación aún—. ¡Y no vuelva a hablarme de sus locuras y sus canalladas!

Hizo intención de salir, pero estuvo a punto de caer y se agarró al respaldo de una silla. El rostro de Stepán Arkádevich se dilató, sus labios se hincharon, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Dolly! —pronunció, sollozando—. Por el amor de Dios, piensa en los niños, que no tienen culpa de nada. El único culpable soy yo. Castígame, dime cómo puedo expiar mi culpa. Estoy dispuesto a todo. Soy culpable. No encuentro palabras para expresar lo culpable que soy. ¡Pero te pido que me perdones, Dolly!

Ella se sentó. Stepán Arkádevich escuchaba su respiración trabajosa y difícil y sentía una pena inefable por ella. Dolly trató de hablar varias veces, pero no pudo. Él esperaba.

—Sólo te acuerdas de los niños cuando tienes ganas de jugar con ellos, pero yo pienso en ellos en todo momento y sé que están perdidos sin remedio —acabó diciendo. Por lo visto era una de las frases que se había estado repitiendo a lo largo de esos tres días.

Le había tuteado, y él la miró agradecido e hizo ademán de cogerle la mano, pero ella la apartó con repugnancia.

—Pienso en los niños y haría cualquier cosa por salvarlos, pero no sé lo que les conviene: llevármelos o dejarlos con un padre depravado; sí, con un padre depravado… Dígame, ¿acaso podemos seguir viviendo juntos después de… lo que ha

pasado? ¿Acaso es eso posible? Dígame, ¿acaso es eso posible? —repitió, levantando la voz—. Después de que mi marido, el padre de mis hijos, haya tenido un lío con la institutriz de los niños…

—Pero ¿qué se puede hacer?… ¿Qué? —preguntó él con voz lastimera, sin saber él mismo lo que decía y bajando cada vez más la cabeza.

—¡Me resulta usted asqueroso, repugnante! —gritó ella, cada vez más alterada—. ¡Sus lágrimas no son más que agua! Nunca me ha querido. ¡No tiene usted corazón ni dignidad! Es usted un hombre vil y repulsivo. Y se ha convertido en un extraño para mí. Sí, en un extraño —dijo, pronunciando con dolor y rabia la palabra extraño, que se le antojaba terrible.

Stepán Arkádevich se quedó mirándola, asustado y sorprendido de la ira que se reflejaba en su rostro. No comprendía que la lástima que sentía por ella la exasperaba. Se daba cuenta de que la compadecía, pero no veía ni huella de cariño.

«Sí, me odia. No me perdonará nunca», pensó.

—¡Esto es horrible! ¡Horrible! —exclamó.

En ese momento un niño se echó a llorar en la habitación contigua. Probablemente se había caído. Daria Aleksándrovna prestó atención y su rostro de pronto se dulcificó.

Tardó unos instantes en reaccionar, como si no supiera dónde estaba y qué debía hacer; luego se levantó bruscamente y se abalanzó sobre la puerta.

«Pero si quiere a mi hijo —pensó Stepán Arkádevich, advirtiendo el cambio que se había operado en el rostro de su mujer al oír el grito del niño—, ¿cómo puede odiarme a mí?»

—Dolly, sólo una palabra más —dijo, yendo tras ella.

—¡Si me sigue usted, llamaré a los criados y a los niños! ¡Que se enteren todos de que es usted un canalla! ¡Me marcho hoy mismo, así que ya puede ir trayendo aquí a vivir a su querida!

Y salió dando un portazo.

Stepán Arkádevich suspiró, se enjugó el rostro y salió silenciosamente de la habitación. «Matvéi asegura que todo se enderezará, pero ¿cómo? No veo ninguna salida. ¡Ah, qué horror! Y qué gritos tan vulgares —se decía, recordando los chillidos de su mujer y aquellas dos palabras: "canalla" y "querida"—. ¡Puede que lo hayan oído las criadas! Una ordinariez repugnante, repugnante.» Al cabo de unos segundos, Stepán Arkádevich se secó los ojos, suspiró, abombó el pecho y salió de la habitación.

Era viernes, y el relojero alemán daba cuerda al reloj del comedor. Stepán Arkádevich se acordó de que, sorprendido por la puntualidad de ese hombre calvo, un día había dicho en broma que a ese alemán «le habían dado cuerda para toda la vida para que él hiciera lo mismo con los relojes», y sonrió. Le gustaban los chistes

ingeniosos. «¡Puede que todo acabe recomponiéndose! Bonita expresión esa de recomponerse —pensó—. Habrá que repetirla.»

—¡Matvéi! —gritó, y añadió cuando éste apareció—: Ocupaos Maria y tú de preparar la salita para Anna Arkádevna.

—A sus órdenes.

Stepán Arkádevich se puso la pelliza y salió a la escalinata.

—¿No va a comer en casa? —le preguntó Matvéi, siguiendo sus pasos.

—Ya veremos. Toma, para los gastos —dijo, sacando diez rublos de su cartera—. ¿Será suficiente?

—Suficiente o no, habrá que apañarse con eso —respondió el criado, cerrando la portezuela del coche y ganando de nuevo la escalinata.

Entre tanto Daria Aleksándrovna había consolado al niño; enterada por el ruido del carruaje de que su marido se había marchado, volvió a su habitación, el único refugio que tenía para escapar de las tareas domésticas, que la asediaban en cuanto salía de allí. Incluso ahora, en el poco tiempo que había pasado en la habitación de los niños, la institutriz inglesa y Matriona Filimónovna se las habían ingeniado para hacerle varias preguntas que no admitían dilación y a las que sólo ella podía dar respuesta: ¿qué ropa había que ponerles a los niños para el paseo? ¿Tenían que darles leche? ¿No sería mejor ponerse a buscar otro cocinero?

—¡Ah, déjenme en paz, déjenme! —les había dicho. Una vez en el dormitorio, se sentó en el mismo lugar que había ocupado mientras hablaba con su marido, se retorció las manos descarnadas, con los anillos deslizándose en los dedos huesudos, y se puso a recordar la conversación que habían tenido. «¡Se ha marchado! Pero ¿habrá roto con *ella*? —pensaba— ¿No la seguirá viendo? ¿Por qué no se lo he preguntado? No, no hay manera de que nos reconciliemos. Aunque vivamos en la misma casa, seguiremos siendo extraños. ¡Extraños para siempre! —repitió, pronunciando con especial énfasis esa palabra tan terrible para ella—. ¡Y cómo lo quería, Dios mío, cómo lo quería!… ¡Cómo lo quería! ¿Y acaso no lo quiero ahora? ¿No lo quiero incluso más que antes? Lo más espantoso es que…», empezó, pero dejó la frase a medias, porque Matriona Filimónovna asomó la cabeza por la puerta.

—Al menos deje que llame a mi hermano —dijo—. Puede preparar el almuerzo. De otro modo, los niños se quedarán sin comer hasta las seis, como pasó ayer.

—Bueno, está bien. Ahora mismo iré a dar las órdenes oportunas. ¿Se ha ocupado de que alguien vaya a buscar leche fresca?

Y Daria Aleksándrovna, enfrascada en sus quehaceres cotidianos, se olvidó de su pena por un momento.

V

Gracias a sus excelentes dotes, Stepán Arkádevich había aprendido mucho en la escuela, pero, como era perezoso y travieso, acabó entre los últimos de su clase. No obstante, a pesar de su vida disoluta, su rango mediocre y sus pocos años, ocupaba un puesto importante y bien remunerado, nada menos que director de un departamento estatal de Moscú. Había obtenido ese nombramiento gracias a la intervención del marido de Anna, Alekséi Aleksándrovich Karenin, personaje destacadísimo en el Ministerio del que dependía el departamento en cuestión. Pero, aun en el caso de que Karenin no le hubiera encontrado esa colocación, Stiva Oblonski habría conseguido ese mismo empleo u otro similar por medio de los centenares de personas a los que podía recurrir —hermanos, hermanas, deudos, primos, tíos, tías—, con un sueldo de unos seis mil rublos al año, cantidad que necesitaba, pues sus asuntos iban de mal en peor, a pesar de la considerable fortuna de su mujer.

La mitad de los habitantes de Moscú y de San Petersburgo eran parientes o amigos de Stepán Arkádevich. Había nacido en medio de ese círculo de personas que han detentado y detentan el poder en el mundo. Una tercera parte de los personajes influyentes, hombres de edad, eran amigos de su padre y lo conocían desde la cuna; otra tercera parte lo tuteaba, y la parte restante estaba compuesta por conocidos suyos. En resumidas cuentas, los dispensadores de bienes terrenales en forma de empleos, arrendamientos, concesiones y demás eran amigos suyos y, por tanto, no podían desentenderse de él. Por tanto, no le costó muchos desvelos obtener un puesto ventajoso. Lo único que se le pedía es que no se mostrara desabrido, ni envidioso, ni iracundo, ni susceptible, defectos, en cualquier caso, ajenos a su bondad natural. Le habría parecido ridículo que no le hubieran concedido el puesto y el salario que necesitaba, tanto más cuanto que no estaba pidiendo nada extraordinario. Sólo quería lo que habían logrado otras personas de su edad, pues podía cumplir con su cometido igual que cualquier otro.

A Stepán Arkádevich le quería todo el mundo, no sólo por su carácter amable y su honradez intachable, sino también por su apostura y lozanía, sus ojos brillantes, sus cejas y cabellos negros, su tez blanca y mejillas sonrosadas; en suma, su aspecto causaba una impresión favorable y luminosa en las personas que lo conocían. «¡Ah! ¡Stiva! ¡Oblonski! ¡Ahí esta!», exclamaba casi siempre, con una alegre sonrisa, cualquiera que lo reconociese.

Y, aunque alguna vez la entrevista no dejaba un buen sabor de boca, su interlocutor lo acogía con igual alegría cuando volvía a verlo al día siguiente o al otro.

Después de desempeñar durante tres años su cargo directivo en ese departamento estatal de Moscú, Stepán Arkádevich se había granjeado no sólo el cariño de sus

compañeros, tanto subordinados como superiores y demás personas que trataban con él, sino también su respeto. Las principales cualidades que le habían valido esa estima general en su lugar de trabajo eran, ante todo, una extremada indulgencia por sus semejantes, basada en la conciencia de sus propios defectos; en segundo lugar, un liberalismo sin tacha, no ese del que se hablaba en los periódicos, sino ese otro que se lleva en la sangre y que se manifiesta en el trato idéntico e igualitario a cualquier persona, independientemente de su posición y su cargo; y, por último, lo más importante: una indiferencia total por los asuntos de los que se ocupaba, algo que le permitía no entusiasmarse nunca y, en consecuencia, no cometer errores.

Al llegar a su lugar de trabajo, Stepán Arkádevich, acompañado por el respetuoso conserje, entró en su pequeño despacho con la cartera en la mano, se puso el uniforme y a continuación pasó a la sala principal. Los empleados y escribientes se pusieron en pie y le saludaron con respeto y alegría. Stepán Arkádevich se dirigió a su puesto con su premura habitual y se sentó, no sin antes haber estrechado la mano de sus colegas. Intercambió algunas bromas y comentarios, los que exigían las conveniencias, ni uno más, y se puso a trabajar. Nadie como él para encontrar el grado de libertad, sencillez y rigor administrativo necesario para crear un buen ambiente en el lugar de trabajo. Haciendo gala de ese aire jovial y respetuoso común a todos los que trataban con él, el secretario se acercó a Stepán Arkádevich con unos documentos en la mano y le dirigió la palabra en ese tono familiar y liberal que el propio Oblonski había introducido.

—Por fin han llegado los informes requeridos al consejo provincial de Penza. Aquí están. ¿No querrá usted…?

—¿Así que han llegado de una vez? —preguntó Stepán Arkádevich, poniendo un dedo sobre el papel—. Bueno, señores…

Y dio comienzo la sesión.

«Si supieran qué aspecto de niño culpable tenía hace media hora su presidente», pensaba, inclinando la cabeza con aire de importancia, mientras escuchaba el informe, y sus ojos sonrieron.

La sesión no debía interrumpirse hasta las dos, hora en que se hacía un receso para comer.

Pero aún no habían dado las dos cuando de pronto la gran puerta acristalada de la sala se abrió y entró alguien. Todos los miembros del Consejo, tanto los que se encontraban debajo del retrato del emperador como detrás del *zertsalo*,[6] se volvieron hacia la puerta, muy contentos de tener un motivo de diversión, pero el ujier que custodiaba la entrada expulsó en el acto al intruso y cerró la puerta acristalada tras él.

Una vez terminada la lectura del informe, Stepán Arkádevich se levantó, se estiró y, rindiendo tributo al liberalismo de la época, sacó un cigarrillo mientras aún estaba

en la sala y pasó a su despacho. Dos compañeros, el veterano Nikitin y el gentilhombre de cámara Grinévich, le acompañaron.

—Tendremos tiempo de terminar después del almuerzo —dijo Stepán Arkádevich.

—¡Desde luego! —exclamó Nikitin.

—Buen pájaro debe de ser ese Fomín —dijo Grinévich, refiriéndose a una de las personas involucradas en el caso que estaban resolviendo.

Al oír esas palabras, Stepán Arkádevich frunció el ceño, dando a entender la inconveniencia de emitir juicios apresurados, y no le contestó.

—¿Quién era el que entró en la sala? —preguntó al ujier.

—Alguien que se coló sin permiso, excelencia, aprovechándose de que estaba de espaldas. Preguntaba por usted. Le dije que cuando salieran los miembros de la junta…

—¿Y dónde está?

—Creo que salió al vestíbulo. No hacía más que ir de un lado para otro. Ahí viene —dijo el ujier, señalando a un hombre de complexión fuerte, ancho de hombros y barba rizada que, sin quitarse el gorro de piel de cordero, subía con ligereza y soltura los desgastados peldaños de la escalera de piedra. Un funcionario enjuto, que bajaba con una cartera en la mano, se detuvo un momento, contempló con reprobación las piernas de ese hombre presuroso y a continuación se quedó mirando a Oblonski con aire inquisitivo.

Stepán Arkádevich estaba en lo alto de la escalera. Su rostro bondadoso y resplandeciente, realzado por el cuello bordado del uniforme, se iluminó aún más cuando reconoció al hombre que subía a su encuentro.

—¡Pero si eres tú! ¡Levin, por fin! —dijo con una sonrisa amistosa y burlona, examinándole mientras se aproximaba—. ¿Cómo te has dignado venir a buscarme a este *antro*? —preguntó, y, no contento con estrechar la mano de su amigo, le dio un beso—. ¿Llevas aquí mucho tiempo?

—Acabo de llegar, y tenía muchas ganas de verte —respondió Levin, paseando a su alrededor una mirada cohibida, en la que también se percibía cierta inquietud e irritación.

—Bueno, vamos a mi despacho —dijo Stepán Arkádevich, que conocía el carácter orgulloso, irascible y tímido de su amigo.

Y, cogiéndolo del brazo, lo llevó consigo, como guiándolo a través de una zona de grandes peligros.

Stepán Arkádevich tuteaba a casi todos sus conocidos: a los ancianos de sesenta años, a los muchachos de veinte, a los actores, a los ministros, a los comerciantes, a los ayudantes de campo del emperador; en suma, muchas de las personas a las que tuteaba se encontraban en los dos extremos de la escala social y se habrían

sorprendido mucho al enterarse de que, gracias a él, tenían algo en común entre sí. Tuteaba a todos aquellos con quienes bebía champán, es decir, a todo el mundo; por eso, cuando se encontraba en presencia de sus subordinados con algún «tú indecoroso», como llamaba en broma a muchos de sus amigos, sabía, con su tacto natural, mitigar la impresión desagradable que esa escena les causaba. Aunque Levin no era un «tú indecoroso», Oblonski se daba cuenta de que su amigo no se decidiría a tratarlo con familiaridad delante de sus subordinados; por eso se apresuró a llevarlo a su despacho.

Levin y Oblonski tenían casi la misma edad y su tuteo no se debía sólo a que hubieran bebido champán juntos. Eran compañeros y amigos de la primera juventud. A pesar de sus diferencias de carácter y gusto, se profesaban ese cariño sincero que une a los amigos de la primera juventud. No obstante, como suele suceder con personas que han seguido caminos diferentes, cada uno de ellos, aunque apreciaba en principio la actividad del otro, en el fondo de su alma la despreciaba. Ambos consideraban que la vida que llevaban era la verdadera, mientras la del amigo sólo era un espejismo. Siempre que se encontraba con Levin, Oblonski no podía reprimir una sonrisilla irónica. ¡Cuántas veces le había visto llegar del campo, donde se ocupaba de actividades que Stepán Arkádevich nunca pudo entender y que además tampoco le interesaban! Una vez en Moscú, Levin se mostraba siempre agitado, apresurado, un tanto incómodo, al tiempo que irritado por su incomodidad; y la mayoría de las veces venía con una visión completamente nueva e inesperada de las cosas. A Stepán Arkádevich le gustaban y le divertían esas características de su amigo. Por su parte, Levin despreciaba en su fuero interno la vida que Oblonski llevaba en la ciudad, así como sus ocupaciones, que juzgaba intrascendentes y contemplaba con hilaridad. La única diferencia estribaba en que Oblonski hacía lo que hacían los demás y su risa expresaba confianza y benevolencia, mientras en la de Levin se percibía inseguridad y a veces irritación.

—Hace tiempo que te esperábamos —dijo Stepán Arkádevich, entrando en el despacho y liberando el brazo de Levin, como dando a entender que el peligro había pasado—. Me alegro muchísimo de verte —prosiguió—. Bueno, ¿cómo estás? ¿Qué tal va todo? ¿Cuándo has llegado?

Levin guardaba silencio, mientras miraba las caras desconocidas de los dos colegas de su amigo y sobre todo las manos del elegante Grinévich, de dedos blancos y finos, uñas largas y amarillentas con el borde curvado, así como los enormes y brillantes gemelos en los puños de la camisa; por lo visto, esas manos concitaban toda su atención y le impedían pensar. Oblonski se dio cuenta en seguida y sonrió.

—Ah, sí, permitidme que os presente —dijo—. Mis colegas Filipp Ivánovich Nikitin y Mijaíl Stanislávich Grinévich —y, dirigiéndose a Levin, añadió—: un miembro de la asamblea rural, uno de esos hombres nuevos que se ocupan de los

asuntos del campo, un atleta capaz de levantar ochenta kilos con una sola mano, ganadero, cazador y amigo mío, Konstantín Dmítrich Levin, hermano de Serguéi Ivánovich Kóznishev.

—Mucho gusto —dijo el vejete.

—Tengo el honor de conocer a su hermano Serguéi Ivánovich —dijo Grinévich, tendiéndole su fina mano de largas uñas.

Levin frunció el ceño, estrechó su mano con frialdad y acto seguido se dirigió a Oblonski. Aunque sentía un gran respeto por su medio hermano escritor, conocido en toda Rusia, no podía soportar que en lugar de llamarlo por su nombre, Konstantín Levin, se refirieran a él como el hermano del célebre Kóznishev.

—No, ya no me ocupo de la asamblea rural. He discutido con todos los miembros y ya no acudo a las sesiones —dijo.

—¡Pues sí que has tardado! —exclamó Stepán Arkádevich con una sonrisa—. Pero ¿cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia. Ya te la contaré algún día —respondió Levin, lo que no fue óbice para que al punto iniciara su relato—. Bueno, en pocas palabras, acabé convencido de que esa institución no tiene ningún sentido y nunca podrá tenerlo —prosiguió, con el tono del hombre ofendido—. Por un lado, no es más que un pasatiempo: juegan al parlamento, y yo no soy ni lo bastante joven ni lo bastante viejo para perder el tiempo con esa clase de diversiones; y por otro —en este punto vaciló—, es un medio que emplea la *coterie*[7] del distrito para sacarse unas perras. Antes teníamos las tutorías y los tribunales, ahora la asamblea rural… Ya no se estilan los sobornos, sino que se recibe un salario inmerecido —dijo con tanta vehemencia como si alguno de los presentes hubiera puesto en tela de juicio su opinión.

—¡Vaya! Por lo que veo, has entrado en una nueva fase, te has vuelto conservador —dijo Stepán Arkádevich—. Pero ya hablaremos más tarde de todo eso.

—Sí, más tarde. Pero necesitaba verte —dijo Levin, mirando con odio la mano de Grinévich.

Stepán Arkádevich esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—¿Y no eras tú el que decía que no volverías a vestirte a la europea? —dijo, examinando el traje nuevo de su amigo, de indudable corte francés—. ¡Sí, no cabe duda! Has entrado en una nueva fase.

Levin enrojeció de pronto, pero no a la manera de los adultos, apenas un poco y sin darse cuenta, sino como los muchachos, sintiendo que su timidez los vuelve ridículos, lo que los lleva a avergonzarse y ruborizarse aún más, casi hasta las lágrimas. Tanta extrañeza causaba ver esa turbación infantil en ese rostro inteligente y viril que Oblonski apartó la mirada.

—¿Y dónde podemos vernos? Necesito hablar contigo sin falta —dijo Levin.

Oblonski pareció reflexionar unos instantes.

—Escucha: vamos a almorzar a Gurin. Allí hablaremos. Estoy libre hasta las tres.

—No —respondió Levin, después de pensarlo un poco—. Tengo que ir a otro sitio.

—Bueno, en ese caso cenaremos juntos.

—¿Cenar? Pero no se trata de nada especial. Sólo quería decirte un par de cosas, preguntarte algo y después charlar un rato.

—Pues dime ahora ese par de cosas y ya charlaremos después de comer.

—Pues verás… —dijo Levin—. Pero no es nada de particular —su rostro adquirió de pronto una expresión irritada, producto del enorme esfuerzo que tenía que hacer para dominar su timidez—. ¿Qué hacen los Scherbatski? ¿Siguen como antes? —preguntó.

Stepán Arkádevich sabía desde hacía mucho tiempo que Levin estaba enamorado de su cuñada Kitty; por eso esbozó una sonrisa apenas perceptible, y sus ojos chispearon alegres.

—Ya me has dicho el par de palabras, pero ahora no puedo responderte porque… Perdóname un momento…

Entró el secretario con unos documentos en la mano y, con familiaridad respetuosa y la modesta certidumbre, común a todos los secretarios, de que conocía los asuntos mejor que su jefe, se acercó a Oblonski y, valiéndose de una pregunta, se puso a explicarle una dificultad. Sin dejarle terminar, Stepán Arkádevich le puso amistosamente la mano en la manga.

—No, haga lo que le he pedido —dijo, suavizando su observación con una sonrisa, y, después de explicarle en breves palabras cómo entendía él el asunto, apartó los papeles y añadió—: Hágalo así, por favor, Zajar Nikítich.

El secretario se alejó, confuso. Durante la entrevista de su amigo con el secretario, que escuchó con atención irónica, las manos apoyadas en el respaldo de una silla, Levin tuvo tiempo de desembarazarse de su turbación.

—No lo entiendo, no lo entiendo —dijo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Oblonski, con la misma sonrisa alegre, al tiempo que sacaba un cigarrillo. Esperaba alguna salida extravagante por parte de su amigo.

—No entiendo lo que haces —dijo Levin, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo puedes tomarte esto en serio?

—¿Y por qué no?

—Pues porque aquí no hay nada que hacer.

—Eso es lo que crees tú, pero estamos sobrecargados de trabajo.

—Papeleos. Pero la verdad es que tienes un don especial para estas cosas —añadió Levin.

—¿Me estás diciendo que, en tu opinión, me faltan aptitudes para otras actividades?

—Puede que sea así —respondió Levin—. Pero de todos modos admiro tu prestancia y me siento orgulloso de tener un amigo tan importante. Pero no has contestado a mi pregunta —agregó, haciendo un esfuerzo desesperado para mirar a Oblonski directamente a los ojos.

—Sí, ya entiendo, ya entiendo. Espera un poco y ya verás cómo acabarás tú igual. Aunque tengas tres mil hectáreas en el distrito de Karazin, músculos de hierro y esa lozanía de una niña de doce años, acabarás igual que nosotros. En cuanto a lo que me preguntas, te diré que no se han producido cambios, pero es una lástima que no hayas ido por allí en tanto tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Levin asustado.

—Por nada —respondió Oblonski—. Ya hablaremos. Pero ¿por qué has venido en realidad?

—Ah, también de eso hablaremos más tarde —contestó Levin, enrojeciendo de nuevo hasta las orejas.

—Bueno, de acuerdo. Ya entiendo —dijo Stepán Arkádevich—. Mira, te invitaría a mi casa, pero mi mujer no se encuentra del todo bien. Pero, si quieres ver a los Scherbatski, puedes encontrarlos de cuatro a cinco en el Parque Zoológico. Kitty va a patinar. Vete allí, yo te recogeré más tarde e iremos a cenar juntos a alguna parte.

—Estupendo. Entonces, hasta la vista.

—Y no hagas ninguna de las tuyas. Te conozco y sé que eres capaz de olvidarte o de marcharte de pronto al campo —gritó Stepán Arkádevich, echándose a reír.

—No, no te preocupes.

Y sólo cuando estaba ya en el umbral de la puerta, a punto de salir, se dio cuenta de que no se había despedido de los colegas de Oblonski.

—Parece un señor muy enérgico —dijo Grinévich cuando Levin desapareció.

—Sí, amigo mío —respondió Stepán Arkádevich, asintiendo con la cabeza—. ¡Y es un hombre afortunado! ¡Tres mil hectáreas en el distrito de Karazin, toda la vida por delante y esa lozanía! No como nosotros.

—¿Acaso tienes motivo de queja, Stepán Arkádevich?

—Sí, todo va mal, muy mal —dijo Oblonski con un profundo suspiro.

VI

Cuando Oblonski preguntó a Levin por el verdadero objeto de su viaje, éste se había ruborizado, reacción que a su vez le causó una profunda irritación, porque no podía contestarle: «He venido para pedir la mano de tu cuñada», aunque lo cierto es que su presencia en Moscú no obedecía a otro motivo.

Las familias Levin y Scherbatski pertenecían a la antigua nobleza moscovita y siempre habían mantenido relaciones estrechas y amistosas, que se habían fortalecido aún más cuando Levin y el joven príncipe Scherbatski, hermano de Dolly y Kitty, prepararon juntos el examen de ingreso en la universidad y más tarde empezaron a frecuentar los cursos. En aquella época Levin visitaba con asiduidad a los Scherbatski, a quienes profesaba un gran cariño. Por extraño que pueda parecer, Konstantín Levin estaba enamorado de la casa y de la familia, sobre todo del elemento femenino. No conservaba ningún recuerdo de su madre, y la única hermana que tenía era mayor que él, así que en casa de los Scherbatski tuvo ocasión de contemplar por primera vez el entorno de una familia educada, honrada y de rancio abolengo, del que se había visto privado por la muerte de su madre y de su padre. Todos los miembros de esa familia, sobre todo las mujeres, se le presentaban aureolados de un halo poético y misterioso, y no sólo no descubría en ellos ningún defecto, sino que bajo ese halo poético que los rodeaba intuía los sentimientos más elevados y las más inefables perfecciones. ¿Por qué esas tres señoritas debían hablar un día en francés y otro en inglés? ¿Por qué a horas determinadas tocaban por turno el piano, cuyo sonido se oía siempre arriba, en la habitación del hermano, donde trabajaban los estudiantes? ¿Por qué acudían esos profesores de literatura francesa, de música, de dibujo y de baile? ¿Por qué a ciertas horas del día las tres muchachas, acompañadas de mademoiselle Linon, se dirigían en coche al bulevar Tverskói, envueltas en sus abrigos de raso —largo el de Dolly, de tres cuartos el de Natalia y tan corto el de Kitty que todo el mundo podía verle las piernas bien torneadas, envueltas en medias de color rojo muy ajustadas? ¿Por qué se paseaban por el bulevar Tverskói, acompañadas de un criado con una escarapela dorada en el sombrero? Todas esas cosas, y muchas otras que sucedían en ese mundo misterioso, le resultaban incomprensibles, pero sabía que todo aquello era maravilloso, y era precisamente de ese aire de misterio de lo que estaba enamorado.

En sus tiempos de estudiante estuvo a punto de enamorarse de Dolly, la hermana mayor, pero ésta no tardó en casarse con Oblonski. Entonces empezó a enamorarse de la segunda. Era como si sintiera necesidad de enamorarse de una de las hermanas, sin saber a ciencia cierta de cuál. Pero también Natalia, en cuanto fue presentada en sociedad, se casó con un diplomático llamado Lvov. Kitty era todavía una niña cuando Levin abandonó la universidad. El joven Scherbatski, que había ingresado en

la Marina, se ahogó en el mar Báltico, y los contactos de Levin con la familia se hicieron menos frecuentes, a pesar de su amistad con Oblonski. Pero ese año, a principios del invierno, cuando Levin llegó a Moscú después de haber pasado un año en el campo y vio a los Scherbatski, comprendió de cuál de las tres estaba predestinado a enamorarse.

Podía pensarse que no había nada más sencillo para un hombre como él, de buena familia, treinta y dos años de edad y más rico que pobre, que pedir la mano de la joven princesa Scherbatski; no cabe duda de que lo habrían considerado en seguida un buen partido. Pero Levin estaba enamorado y, en consecuencia, consideraba a Kitty perfecta en todos los sentidos, una criatura superior a todo lo terrenal, mientras él mismo era un ser tan bajo y mundano que no cabía en cabeza humana que ni la muchacha ni los demás lo consideraran digno de ella.

Después de pasar dos meses en Moscú que le parecieron un sueño, encontrándose con Kitty casi a diario en las reuniones de sociedad, a las que empezó a acudir para coincidir con ella, Levin decidió de pronto que aquello no podía ser, y se volvió a sus tierras.

Levin albergaba el convencimiento de que, a ojos de sus parientes, no era un partido digno ni conveniente para la encantadora Kitty, y que la propia interesada no podía quererlo. Ante los padres aparecía como una persona carente de ocupación concreta y definida, y también de prestigio social, aunque ya tenía treinta y dos años. En cambio, entre sus compañeros, coetáneos suyos, uno era ya coronel y ayuda de campo del emperador, otro catedrático, otro director de banco o de ferrocarril, otro director de departamento, como Oblonski. En cuanto a él (sabía muy bien lo que debía parecerle a los demás), era un propietario rural que se dedicaba a criar ganado, a cazar becadas y a la construcción, es decir, un tipo sin ningún talento, que no había hecho nada de valor y que, en opinión de la gente, se ocupaba de las actividades propias de los que no sirven para nada.

La misteriosa y encantadora Kitty no podía enamorarse de un hombre tan feo (eso pensaba Levin de sí mismo), y, sobre todo, tan anodino, sin ningún talento. Además, sus relaciones anteriores con Kitty —las de un adulto con una niña, debidas a la amistad con su hermano— se le antojaban un obstáculo más para ese amor. A un hombre poco atractivo y bondadoso, como se veía a sí mismo, se le podía querer como a un amigo, suponía, pero para hacerse merecedor del amor que él sentía por Kitty había que ser guapo y, sobre todo, fuera de lo común.

Había oído decir que las mujeres suelen enamorarse de hombres feos y mediocres, pero él no lo creía, porque juzgaba a los demás por sí mismo, y él sólo podía enamorarse de mujeres hermosas, misteriosas y excepcionales.

Sin embargo, después de pasar dos meses solo en el campo, se convenció de que aquella pasión no se parecía en nada a esos enamoramientos de la primera juventud;

de que ese sentimiento no le daba un instante de paz, de que no podía vivir sin resolver la cuestión de si sería o no su mujer, y de que su desesperación sólo se debía a su imaginación, pues no había ninguna prueba de que ella lo rechazaría. Y ahora había llegado a Moscú con el firme propósito de pedir su mano y casarse con ella, si es que lo aceptaba. En caso contrario… No podía pensar en lo que sería de él si le rechazaba.

VII

Después de llegar a Moscú en el tren de la mañana, Levin se dirigió a casa de su medio hermano Kóznishev, se cambió de ropa y entró en su despacho, dispuesto a contarle sin más tardanza a qué obedecía su viaje y solicitar su consejo, pero su hermano no estaba solo. Un conocido catedrático de filosofía había venido desde Jarkov con el único fin de resolver un malentendido que había surgido ente ellos por culpa de una cuestión filosófica muy importante. El catedrático se había embarcado en una agria polémica con los materialistas, que Serguéi Kóznishev seguía con interés. Tras leer el último artículo del catedrático, le había escrito una carta expresándole sus objeciones y reprochándole que se hubiera mostrado demasiado conciliador con sus oponentes. Y el catedrático había decidido ponerse en camino sin pérdida de tiempo para aclarar sus diferencias. Se trataba de una cuestión que estaba muy en boga: ¿existe en la actividad un límite entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos y dónde debe situarse?

Serguéi Ivánovich acogió a su hermano con esa sonrisa entre fría y afectuosa que dedicaba a todo el mundo y, después de presentarle al catedrático, reanudó la conversación.

El filósofo, un hombre de tez amarillenta, con gafas y frente estrecha, se interrumpió un momento para responder al saludo de Levin, y a continuación retomó su discurso, sin volverle a prestar atención. Levin se dispuso a esperar que el catedrático se fuese, pero el asunto que discutían no tardó en interesarle.

Se había tropezado en las revistas con los artículos a los que se referían y los había leído con el interés propio de un estudiante de ciencias naturales por el desarrollo de esos saberes, pero nunca había relacionado las conclusiones científicas sobre el origen animal del hombre, los actos reflejos, la biología y la sociología con las cuestiones del significado de la vida y la muerte, que cada vez le preocupaban más.

Al seguir la conversación de su hermano con el catedrático, se dio cuenta de que establecían un vínculo entre las cuestiones científicas y las espirituales; varias veces estuvieron a punto de abordar ese tema, pero, en cuanto se acercaban al punto que consideraba más importante, retrocedían a toda prisa y volvían a enfrascarse en sutiles distinciones, reservas, citas, alusiones, referencias a opiniones autorizadas, y Levin apenas entendía lo que decían.

—No puedo en modo alguno estar de acuerdo con Keis —decía Serguéi Ivánovich, con su habitual claridad, precisión y elegancia en el hablar—, no puedo respaldar su tesis de que toda mi representación del mundo exterior se deriva de mis impresiones. El concepto fundamental de la *existencia* no lo he recibido por medio de las sensaciones, pues no existe un órgano especial para la transmisión de ese

concepto.

—Sí, pero Wurst, Knaust y Pripásov le responderían que la conciencia que tiene usted de la existencia es el resultado de las sensaciones. Wurst llega incluso a afirmar que, sin sensaciones, no puede haber noción de la existencia.

—Pues yo digo lo contrario… —replicó Serguéi Ivánovich.

En ese momento Levin tuvo de nuevo la impresión de que, después de acercarse al meollo de la cuestión, volvían a apartarse, y decidió plantearle una pregunta al catedrático.

—En ese caso, si se aniquilan mis sentidos, si mi cuerpo muere, ¿no puede haber ninguna clase de existencia?

El catedrático, molesto y como herido por esa interrupción, fijó la mirada en el extraño individuo que le había planteado esa cuestión, más parecido a un sirgador que a un filósofo, y a continuación volvió los ojos hacia Serguéi Ivánovich, como preguntándole qué debía responder. Pero Serguéi Ivánovich, que no hacía gala de tanto apasionamiento e intransigencia como el catedrático, y que tenía la suficiente amplitud de miras para poder discutir con éste y al mismo tiempo entender el punto de vista sencillo y natural con que había sido planteada aquella pregunta, sonrió y dijo: —Todavía no tenemos derecho a resolver esa cuestión… —Carecemos de datos —confirmó el catedrático, y a continuación retomó su argumentación—. No —dijo —, demostraré que, aunque las sensaciones se basen en las percepciones, como sostiene Pripásov con toda claridad, debemos distinguir rigurosamente esos dos conceptos. Levin ya no le escuchaba y sólo esperaba que se fuera.

VIII

Cuando por fin se marchó, Serguéi Ivánovich se dirigió a su hermano.

—Me alegro de verte. ¿Vas a quedarte mucho tiempo? ¿Qué tal va la hacienda?

Levin sabía que a su hermano mayor le interesaban muy poco los asuntos del campo y que sólo le preguntaba por cortesía. Por eso se limitó a hablarle de la venta del trigo y de los ingresos.

Había acudido a su casa con la firme intención de contarle su decisión de casarse y recabar su opinión, pero, después de escuchar la conversación con el catedrático y advertir el tono involuntariamente paternalista con que se había interesado por sus asuntos (la heredad de su madre no se había dividido, y Levin administraba las dos partes), se dio cuenta de que, por alguna razón, le faltaban fuerzas para abordar con su hermano esa cuestión. Barruntaba que éste no vería las cosas como él quería.

—Bueno, ¿y qué me cuentas de la asamblea rural? —preguntó Serguéi Ivánovich, a quien le interesaba mucho ese tema, pues le atribuía una gran importancia.

—Pues la verdad es que no tengo mucho que decir…

—¿Y cómo es eso? ¿No eras miembro del consejo?

—No, ya no. He presentado la dimisión. Y ya no asisto a las sesiones —respondió Konstantín Levin.

—¡Pues es una pena! —exclamó Serguéi Ivánovich, frunciendo el ceño.

A modo de justificación, Levin se puso a contarle lo que sucedía en las reuniones de su distrito.

—¡Siempre pasa lo mismo! —le interrumpió Serguéi Ivánovich—. Los rusos siempre acabamos igual. Puede que esa capacidad para ver nuestros propios defectos sea un rasgo positivo de nuestra naturaleza, pero exageramos y nos consolamos con la ironía, que tan pronto acude a nuestros labios. Sólo te digo que, si se concedieran los derechos de que gozan nuestras instituciones locales a cualquier otro pueblo de Europa, por ejemplo a los alemanes o a los ingleses, encontraría el modo de alcanzar la libertad; en cambio, nosotros no hacemos más que tomárnoslos a broma.

—¿Y qué se puede hacer? —dijo Levin con aire culpable—. Ha sido mi último intento y he puesto en él todo mi empeño. Pero no puedo. No soy capaz.

—Nada de eso —dijo Serguéi Ivánovich—, pero no enfocas el asunto como deberías.

—Es posible —respondió Levin con pesar.

—Por cierto, ¿sabes que nuestro hermano Nikolái está de nuevo por aquí?

Nikolái Levin, hermano mayor de Konstantín Levin y medio hermano de Serguéi Ivánovich, era un hombre descarriado. Había derrochado la mayor parte de su fortuna y discutido con sus hermanos, y frecuentaba las compañías más extrañas y de peor reputación.

—¿Qué dices? —exclamó Levin con horror—. ¿Cómo lo sabes?

—Prokofi lo ha visto en la calle.

—¿Aquí en Moscú? ¿Sabes dónde se aloja? —Levin se levantó de la silla como si se dispusiera a partir.

—Lamento habértelo dicho —prosiguió Serguéi Ivánich, sacudiendo la cabeza al ver la agitación de su hermano—. Me he enterado de dónde vive y le he enviado la letra de cambio a nombre de Trubin, después de pagarla. Mira lo que me ha contestado.

Y Serguéi Ivánovich le tendió a su hermano una nota que había debajo del pisapapeles.

Levin se puso a leerla, reconociendo al punto esa caligrafía singular y familiar: «Os ruego encarecidamente que me dejéis en paz. Es lo único que pido a mis queridos hermanos. Nikolái Levin».

Después de leerla, Levin se quedó delante de su hermano, sin levantar la cabeza, con la nota en la mano.

Al deseo de olvidarse de su desdichado hermano se oponía la conciencia de que eso no estaba bien.

—Por lo visto, quiere ofenderme —continuó Serguéi Ivánovich—, pero no lo conseguirá. Deseo ayudarle de todo corazón, pero es imposible.

—Sí, sí —replicó Levin—. Lo entiendo y valoro tu proceder. Pero creo que iré a verle.

—Haz lo que quieras, pero no te lo aconsejo —dijo Serguéi Ivánovich—. No porque tema que te indisponga contra mí, sino porque creo que no te conviene. No se le puede ayudar. En cualquier caso, haz lo que quieras.

—Quizá sea imposible ayudarlo, pero siento que no puedo quedarme de brazos cruzados, sobre todo en este momento, aunque eso es otra historia.

—La verdad es que no lo entiendo —replicó Serguéi Ivánovich—. Sólo me doy cuenta de una cosa —agregó—: se trata de una lección de humildad. Desde que nuestro hermano Nikolái se ha convertido en lo que es, juzgo de otra manera, con mayor indulgencia, eso que se conoce con el nombre de vileza… Ya sabes lo que ha hecho…

—¡Ah, es horrible, horrible! —exclamó Levin.

Una vez enterado por boca de un criado de Serguéi Ivánovich de las señas de su hermano, Levin se dispuso a visitarlo sin perder un instante, pero después lo pensó mejor y decidió dejarlo para la tarde. Antes que nada, para recobrar la tranquilidad de espíritu, tenía que resolver el asunto que le había llevado a Moscú. De casa de su hermano se había dirigido a la oficina de Oblonski para recabar información de los Scherbatski, y a continuación se había encaminado al lugar donde su amigo le había dicho que podía encontrar a Kitty.

IX

A las cuatro, con el corazón palpitante, Levin se apeó de un coche de punto en la puerta del Parque Zoológico y siguió el camino que llevaba a las colinas y a la pista de patinaje. Estaba seguro de que la encontraría allí, porque había visto el carruaje de los Scherbatski en la entrada.

Era un día despejado y frío. Enfrente de la puerta se alineaban coches y trineos; alrededor se movían postillones y guardias. Un público selecto, con sombreros resplandecientes bajo la brillante luz del sol, bullía en la entrada y las limpias avenidas, entre las casitas de estilo ruso con adornos tallados. Los viejos y frondosos abedules del parque, con las ramas cubiertas de nieve, parecían revestidos de casullas nuevas y solemnes.

Mientras avanzaba por el sendero que conducía a la pista de patinaje, Levin se decía: «Cálmate, no tienes que ponerte nervioso. ¿Qué te ocurre? ¿Qué te pasa? Tranquilízate, tonto», añadía, dirigiéndose a su propio corazón. Y, cuanto más se esforzaba por calmarse, más trabajo le costaba respirar. Un conocido le saludó al pasar, pero él ni siquiera lo reconoció. Llegó al pie de las colinas, por las que se deslizaban con estrépito los trineos, en medio del chirrido de las cadenas que los remolcaban y un griterío de voces alegres. Dio unos pocos pasos y se encontró delante de la pista. Apenas necesitó unos segundos para distinguirla en medio de esa muchedumbre de patinadores.

La alegría y el terror que embargaron su corazón le revelaron su presencia. Estaba en el otro extremo de la pista, hablando con una señora. A primera vista no había nada especial en su atavío ni en su postura, pero a Levin le habría sido tan fácil reconocerla en medio de una multitud como una rosa entre matas de ortiga. Lo llenaba todo de luz, era la sonrisa que iluminaba cuanto le rodeaba. «¿Seré capaz de atravesar la pista y acercarme a ella?», pensaba. El lugar en que se encontraba le parecía un santuario inaccesible, y hubo un momento en que estuvo a punto de marcharse, tanto miedo tenía. Haciendo un esfuerzo, acabó convenciéndose de que Kitty estaba rodeada de gente de todo tipo y de que también él podía acercarse patinando. Bajó a la pista, evitando mirarla durante un buen rato, como si se tratara del sol; pero, aunque no la miraba, la veía, como sucede con el sol.

Ese día de la semana, a una hora determinada, se reunían en la pista personas de un determinado círculo social, que se conocían entre sí. Había allí verdaderos virtuosos, que presumían de su arte, principiantes que, agarrándose a unas sillas,[8] avanzaban con movimientos tímidos y torpes, y también muchachos y hombres ya maduros que se entregaban a ese ejercicio para fortalecer su salud. Como estaban cerca de ella, a Levin se le antojaban todos dichosos y afortunados. Los patinadores la alcanzaban, la sobrepasaban e incluso le hablaban con completa indiferencia; no la

necesitaban para estar alegres, les bastaba con esa pista excelente y ese tiempo magnífico.

Nikolái Scherbatski, un primo de Kitty, con chaqueta corta y pantalones ajustados, estaba sentado en un banco con los patines puestos. Al ver a Levin le gritó:

—¡Ah, ahí viene el primer patinador de Rusia! ¿Hace mucho que ha llegado? El hielo no puede estar en mejores condiciones. Póngase los patines.

—No los he traído —respondió Levin, sorprendido de que alguien pudiera hablarle con semejante audacia y desenvoltura en presencia de Kitty, a la que no perdía de vista ni un segundo, aunque evitaba mirarla. Sentía que el sol se acercaba. Desde el rincón en el que se encontraba, Kitty se dirigió hacia él con indecisión, trazando un torpe círculo con sus finos pies, embutidos en botas altas. Un muchacho vestido con traje ruso se disponía a adelantarla, agitando los brazos con desesperación y encorvándose casi hasta el suelo. A Kitty no se la veía muy segura. Había sacado las manos del manguito que llevaba colgado de un cordón, como si quisiera tenerlas listas por si se producía una caída, y, mirando a Levin, a quien había reconocido, esbozó una sonrisa, que fue un saludo al amigo y a la vez burla de su propio miedo. Cuando completó la vuelta, se dio impulso con su ligero piececito, se deslizó hasta Scherbatski y, cogiéndole del brazo, saludó a Levin con una risueña inclinación de cabeza. Era aún más hermosa que la imagen que él se había forjado en su imaginación.

Cuando pensaba en ella, se la representaba con toda claridad, en especial su adorable cabecita rubia, asentada con tanta elegancia sobre sus torneados hombros de doncella, y su expresión infantil de candor y bondad. El contraste entre ese aire pueril y la delicada esbeltez del busto constituía su principal encanto, como bien sabía Levin. Pero lo que más le sorprendía, por su carácter inesperado, eran sus ojos mansos, serenos y sinceros, y en especial su sonrisa, que le transportaba siempre a un mundo encantado, donde sentía esa ternura y esa languidez que recordaba de algunos raros días de la primera infancia.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —dijo, tendiéndole la mano—. Gracias —añadió, cuando él recogió el pañuelo que se le había caído del manguito.

—¿Yo? No mucho. Llegué ayer… es decir, hoy mismo… —respondió Levin, tan agitado que en un principio no entendió la pregunta—. Tenía intención de visitarles —añadió y, de pronto, recordando el objeto de su viaje, se turbó y se ruborizó—. No sabía que patinara usted, y además tan bien.

Ella lo miró con atención, como tratando de adivinar el motivo de su embarazo.

—Aprecio su elogio en lo que vale. Según se dice por aquí, es usted un patinador sin igual —añadió ella, con una sonrisa—. Me gustaría mucho verle patinar. Póngase unos patines y patinaremos juntos.

«¡Patinar juntos! ¿Acaso es posible?», pensó Levin, mirándola.

—Voy a buscarlos —dijo, y fue a ponerse unos patines.

—Hace mucho tiempo que no viene usted por aquí, señor —dijo el encargado, mientras le sujetaba el pie para atornillar la tuerca del talón—. Ninguno de los señores de hoy tiene su maestría. ¿Está bien así? —preguntó, apretando la correa.

—Vamos, vamos, dese prisa, por favor —respondió Levin, reprimiendo a duras penas una sonrisa de satisfacción que acabó asomando a su rostro, sin que pudiera hacer nada por impedirlo.

«Sí —pensaba—, ¡Esto es la vida! ¡Esto es la felicidad! *Juntos*, ha dicho, *vamos a patinar juntos*. ¿Debería hablarle ahora? Pero me da miedo… En estos momentos soy feliz, puedo concebir esperanzas… ¿Y luego? ¡Pero debo decírselo! ¡Es preciso! ¡Se acabó la debilidad!»

Se puso en pie, se quitó el abrigo y, después de tomar carrerilla en el rugoso hielo de los alrededores del pabellón, se deslizó por la superficie lisa, dirigiendo a su antojo, por lo visto, el ritmo de su carrera, tan pronto rápido como más lento. Se acercó a Kitty con timidez, pero de nuevo la sonrisa de ella le tranquilizó.

Una vez que la joven le dio la mano, se alejaron juntos, acelerando poco a poco la marcha; y, a medida que aumentaba la velocidad, ella le apretaba más el brazo.

—Con usted aprendería más deprisa. Por alguna razón, me inspira usted confianza.

—Yo también siento confianza en mí mismo cuando se apoya usted en mí —dijo Levin, pero acto seguido se asustó de sus propias palabras y se ruborizó. En realidad, nada más pronunciarlas, el sol pareció ocultarse detrás de las nubes; el rostro de Kitty perdió todo rastro de afabilidad, y él reparó en ese rasgo conocido, que en el caso de la muchacha significaba una profunda concentración: en su tersa frente apareció una arruga.

—¿Le ha molestado algo? Claro que no tengo derecho a hacerle esa pregunta —se apresuró a preguntar.

—¿Por qué dice eso?… No, no me ha molestado nada —respondió ella con frialdad, y al punto añadió—: ¿No ha visto usted a mademoiselle Linon?

—Aún no.

—Pues vaya a saludarla. Le tiene mucho afecto.

«¿Qué pasa? La he ofendido. ¡Dios mío, perdóname!», pensó Levin, corriendo en dirección a la vieja francesa de canosos cabellos rizados, que estaba sentada en un banco. La mujer lo recibió como a un viejo amigo, esbozando una amplia sonrisa que dejó al descubierto sus dientes postizos.

—Sí, vamos creciendo y haciéndonos mayores —le dijo, señalándole a Kitty con los ojos—. *Tiny bear*[9] se ha hecho ya grande —prosiguió la francesa, riendo, y le recordó su broma sobre las tres señoritas, a las que llamaba los tres ositos del cuento inglés. ¿Se acuerda usted de que les daba ese nombre?

La verdad es que se le había olvidado por completo, pero hacía ya diez años que la francesa se divertía con esa broma, que tanto le gustaba.

—Bueno, vaya usted a patinar. ¿Verdad que nuestra Kitty patina mucho mejor?

Cuando Levin volvió a acercarse a Kitty, el rostro de ésta ya no era tan severo, y sus ojos habían recobrado esa mirada sincera y acariciadora, pero él creía percibir en esa afabilidad un matiz especial, de premeditada calma. Y se sintió triste. Después de intercambiar unas frases sobre la vieja institutriz y sus rarezas, Kitty le preguntó por su vida.

—¿Es posible que no le aburra a usted pasar el invierno en el campo? —le preguntó.

—No, no me aburro, estoy muy ocupado —respondió, dándose cuenta de que ella le imponía ese tono sereno, del que no sería capaz de librarse, como le había sucedido a comienzos del invierno.

—¿Va a quedarse mucho tiempo? —le preguntó Kitty.

—No lo sé —respondió él, sin pensar en lo que decía. La idea de que, si volvía a adoptar ese tono de serena amistad, volvería a marcharse sin haber resuelto nada le sublevaba.

—¿Cómo que no lo sabe?

—No. Depende de usted —dijo, y acto seguido se asustó de sus propias palabras.

¿No oyó Kitty ese comentario final o no quiso oírlo? El caso es que, como si tropezara, dio dos golpes con el pie y se alejó a toda prisa. Se acercó a mademoiselle Linon, le dijo algo y se dirigió al pabellón en el que las señoras se quitaban los patines.

«¡Dios mío, qué he hecho! ¡Señor, ayúdame, guíame!», se decía Levin, rezando; y al mismo tiempo, sintiendo la necesidad de entregarse a un ejercicio violento, tomó velocidad y se puso a trazar círculos, unas veces hacia fuera y otras hacia dentro.

En ese momento, uno de los jóvenes, el mejor patinador de la nueva generación, salió del café con un cigarrillo entre los labios y los patines puestos, tomó carrerilla y bajó a saltos los peldaños, en medio de un gran estrépito. Una vez abajo se deslizó por el hielo, sin modificar siquiera la posición de los brazos.

—¡Ah, un truco nuevo! —dijo Levin, subiendo a toda prisa hasta lo alto con intención de imitarlo.

—¡Tenga cuidado, no vaya a hacerse daño! ¡Se necesita práctica! —le gritó Nikolái Scherbatski.

Levin llegó al descansillo, tomó tanto impulso como pudo y se lanzó escaleras abajo, manteniendo el equilibrio con ayuda de las manos. En el último peldaños tropezó con algo, pero, después de tocar apenas el hielo con la mano, hizo un movimiento brusco, se irguió y, echándose a reír, siguió patinando.

«¡Qué muchacho tan encantador!», pensó Kitty, que en ese momento salía del

pabellón en compañía de mademoiselle Linon, y lo miró con una sonrisa amable y tierna, como a un hermano querido. «¿Acaso tengo yo la culpa? ¿Es posible que haya actuado mal? Coquetería, llaman a eso. Sé que no es a él a quien amo, pero me encuentro a gusto en su compañía. ¡Y es tan simpático! Pero ¿por qué me habrá dicho eso?…», se preguntaba.

Al ver que Kitty se marchaba con su madre, que había salido a su encuentro en la escalera, Levin, todo rojo después del ejercicio violento, se detuvo y se quedó pensativo. Se quitó los patines y las alcanzó en la entrada del parque.

—Me alegro mucho de verle —dijo la princesa—. Recibimos los jueves, como siempre.

—Es decir, hoy.

—Estaremos encantados de verle —replicó la princesa con sequedad.

A Kitty le apenó ese tono y no pudo reprimir el deseo de mitigar el efecto causado por la frialdad de su madre. Volvió la cabeza y dijo con una sonrisa:

—Hasta luego.

En ese momento Stepán Arkádevich, con el sombrero ladeado, el rostro y los ojos resplandecientes, entró en el parque con aire triunfante y alegre. Pero, al acercarse a su suegra, respondió a sus preguntas sobre la salud de Dolly con expresión triste y culpable. Después de intercambiar unas palabras con ella en voz baja y pesarosa, irguió el pecho y cogió a Levin del brazo.

—¿Qué? ¿Nos vamos? —preguntó—. He estado pensando en ti todo el tiempo y debo decirte que me alegro mucho de que hayas venido —añadió, mirándole a los ojos con aire significativo.

—Vamos, vamos —respondió Levin, que aún seguía oyendo, embargado de felicidad, esa voz que le decía «hasta luego» y viendo la sonrisa que había acompañado esas palabras.

—¿Prefieres el Inglaterra o el Ermitage?

—Me da lo mismo.

—Entonces vamos al Inglaterra —dijo Stepán Arkádevich, decantándose por ese restaurante porque debía allí más dinero que en el Ermitage, y en consecuencia consideraba impropio evitarlo—. ¿Tienes coche? Estupendo, porque he despedido el mío.

A lo largo de todo el camino los dos amigos guardaron silencio. Levin se preguntaba a qué podía obedecer aquel cambio de expresión en el rostro de Kitty y, al tiempo que vacilaba entre la esperanza y la desesperación, veía con meridiana claridad que sus ilusiones eran infundadas. Sin embargo, después de ver esa sonrisa y escuchar esas palabras de despedida, se sentía un hombre nuevo, totalmente distinto del que había sido hasta entonces.

Stepán Arkádevich aprovechó el trayecto para elegir el menú de la comida.

—¿Te gusta el rodaballo? —le preguntó a Levin cuando llegaban.

—¿Qué? —replicó Levin—. ¿El rodaballo? Sí, me gusta *con locura*.

X

Al entrar en el hotel con Oblonski, Levin no pudo dejar de advertir una expresión particular, como de alegría contenida, en el rostro y en toda la figura de su amigo. Stepán Arkádevich se quitó el abrigo y, con el sombre ro ladeado en la cabeza, pasó al comedor, dando órdenes a los camareros tártaros que, vestidos de frac y con una servilleta en el brazo, se afanaban a su alrededor. Saludando a derecha e izquierda a sus conocidos, que lo acogían con alegría, como era costumbre en cualquier lugar, se acercó a la barra, se tomó una copa de vodka, acompañada de un trozo de pescado, y dirigió a la encargada, una francesa de pelo rizado, muy maquillada, emperifollada de cintas y encajes, unas palabras tan alegres que ésta se rio de buena gana. A Levin, en cambio, esa francesa se le antojó tan repulsiva, con sus cabellos a todas luces postizos, su *poudre de riz* y su *vinaigre de toilette*[10] que se abstuvo de beber. Se apartó de ella a toda prisa, como de un lugar hediondo. El recuerdo de Kitty embargaba su alma y en sus ojos resplandecía una sonrisa de triunfo y felicidad.

—Tenga la bondad de seguirme, excelencia. Aquí nadie le molestará —le dijo un viejo tártaro de pelo cano, muy obsequioso, con unas caderas tan anchas que los faldones del frac se le separaban—. Haga el favor de darme el sombrero, excelencia —le dijo a Levin, a quien trataba de agasajar por consideración a Stepán Arkádevich.

Al cabo de un momento extendió un mantel limpio por encima del que cubría la mesa redonda, sobre la que colgaba una lámpara de bronce, acercó dos sillas tapizadas de terciopelo y se detuvo delante de Stepán Arkádevich, menú y servilleta en mano, esperando sus órdenes.

—Si su excelencia lo desea, un reservado quedará libre en unos instantes: el príncipe Golitsin y una dama están a punto de marcharse. Hemos recibido ostras frescas.

—¡Ah, ostras!

Stepán Arkádevich se quedó pensativo.

—¿No sería mejor que cambiáramos de plan, Levin? —dijo, pasando el dedo por la carta. Y su rostro adoptó una expresión de seria perplejidad—. ¿Son buenas las ostras? ¡No me engañes!

—Son de Flensburg, excelencia. Hoy no tenemos de Ostende.

—Da lo mismo que sean de Flensburg, pero ¿están frescas?

—Las recibimos ayer, señor.

—En ese caso, ¿por qué no empezamos con unas ostras y cambiamos luego todo el plan? ¿Eh?

—Como quieras. A mí lo que más me apetece es una sopa de verdura y unas gachas, pero supongo que aquí no tendrán.

—¿Desea el señor unas gachas *à la russe*? —dijo el tártaro, inclinándose ante

Levin como un aya ante un niño.

—No, bromas aparte, cualquier cosa que pidas estará bien. He estado patinando y tengo hambre. Y no creas que no sabré apreciar tu elección —añadió, advirtiendo en el rostro de Oblonski una expresión de disgusto—. Me gusta la buena comida.

—¡Faltaría más! Puedes decir lo que quieras, pero pocos placeres hay en esta vida como los de una buena mesa —dijo Stepán Arkádevich—. Bueno, amigo mío, vas a traernos dos docenas de ostras… pero es poco, mejor tres, una sopa de verduras…

—*Printanière* —apuntó el tártaro. Pero, por lo visto, Stepán Arkádevich no quería darle la satisfacción de decir los nombres de los platos en francés.

—He dicho de verduras. Luego rodaballo con una salsa espesa, luego, rosbif, pero, ¡ojo!, que sea bueno. Y también unos capones y unas conservas.

El tártaro, recordando que Stepán Arkádevich tenía por costumbre no dar a los platos nombres franceses, no le contradijo, pero al final se dio el placer de repetir todo el pedido tal como aparecía en la carta: «*Soupe printaniere, turbot sauce Beaumarchais, poularde à l'estragon, macédoine de fruits*». Ya continuación, como movido por un resorte, retiró el menú, encuadernado en piel, cogió la carta de vinos y se la tendió a Stepán Arkádevich.

—¿Qué vamos a beber?

—Lo que quieras, pero no mucho. Champán —respondió Levin.

—¿Cómo? ¿Para empezar? Bueno, ¿y por qué no? ¿Te gusta el de sello blanco?

—*Cachet blanc* —le corrigió el tártaro.

—Bueno, tráenos una botella de ése para las ostras y luego ya veremos.

—De acuerdo, señor. ¿Y qué vino de mesa quieren?

—Tráenos Nuits. O mejor aún, el clásico Chablis.

—Muy bien. ¿Desea que le traiga queso del *suyo*?

—Sí, parmesano. ¿O prefieres algún otro?

—No, me da igual —respondió Levin, sin poder reprimir una sonrisa.

El tártaro se alejó a toda prisa, con los faldones flotando sobre sus anchas caderas, y regresó al cabo de cinco minutos con el mismo apresuramiento, llevando una bandeja de ostras abiertas en sus conchas de nácar y una botella entre los dedos.

Stepán Arkádevich arrugó la servilleta almidonada, se remetió la punta en el chaleco y, apoyando los brazos en la mesa con toda tranquilidad, atacó las ostras.

—No están nada mal —dijo, arrancando las gelatinosas ostras de la nacarada concha con ayuda de un tenedor de plata y engullendo una tras otra—. No están mal —repitió, mirando con sus ojos brillantes y húmedos tan pronto a Levin como al tártaro.

Levin se comió las ostras, aunque habría preferido pan blanco y queso. Pero admiraba a Oblonski. Hasta el tártaro, después de descorchar la botella y verter el vino espumoso en las finas copas de cristal, se quedó mirando a Stepán Arkádevich

con una indudable sonrisa de satisfacción, al tiempo que se arreglaba la corbata.

—¿No te gustan mucho las ostras? —preguntó Stepán Arkádevich, vaciando su copa—. ¿O es que estás preocupado por algo?

Quería que Levin estuviese alegre. Y no es que no lo estuviera, pero se sentía cohibido. Dado su estado de ánimo, se hallaba incómodo y molesto en el restaurante, cerca de esos reservados donde los hombres comían en compañía de mujeres, en medio de tanto barullo y ajetreo, rodeados de bronces, espejos, lámparas de gas y camareros. Todo eso le resultaba repugnante. Temía mancillar los sentimientos que embargaban su alma.

—¿Yo? Sí, estoy preocupado. Además, todo esto me cohibe —respondió—. No puedes imaginarte qué extraño resulta este ambiente a un hombre del campo como yo. ¿Y qué me dices de las uñas de ese señor al que vi en tu despacho?

—Sí, ya me di cuenta de que las uñas del pobre Grinévich te interesaban mucho —respondió Stepán Arkádevich riendo.

—No puedo evitarlo —replicó Levin—. Trata de ponerte en mi lugar, de adoptar el punto de vista de un hombre del campo. Allí procuramos tener las manos en las mejores condiciones para hacer nuestro trabajo. Por eso nos cortamos las uñas y a veces incluso nos remangamos. Aquí, en cambio, la gente se deja crecer las uñas a propósito y, en lugar de gemelos, se pone en los puños una especie de platillos para no poder hacer nada con las manos.

Stepán Arkádevich esbozó una alegre sonrisa.

—Sí, es una señal de que no tienen que ocuparse de un trabajo duro. Les basta con la cabeza…

—Tal vez. Pero, en cualquier caso, me resulta extraño. Como también estar aquí contigo comiendo ostras y haciendo todo lo posible por pasar el mayor tiempo sentados a la mesa, cuando en el campo procuramos comer a toda prisa para ocuparnos cuanto antes de nuestras labores…

—Desde luego —apuntó Stepán Arkádevich—. Pero en eso consiste el objetivo de la civilización: convertirlo todo en motivo de placer.

—Pues, si ése es el objetivo, preferiría ser un salvaje.

—Y lo eres. Todos los Levin sois unos salvajes.

Levin suspiró. Se acordó de su hermano Nikolái y, sintiéndose avergonzado y pesaroso, frunció el ceño. Pero Oblonski se puso a hablar de un lema que no tardó en atraer su atención.

—Entonces, ¿vas a ir esta noche a casa de los Scherbatski? —preguntó con un brillo particular en los ojos, mientras apartaba las rugosas conchas vacías y acercaba el queso.

—Sí, iré sin falta —respondió Levin—. Aunque me ha parecido que la princesa me ha invitado de mala gana.

—Pero ¡qué dices! ¡Vaya una bobada! ¡Ella es así!… ¡Bueno, amigo, sírvenos la sopa!… Tiene modales de *grande dame* —añadió Stepán Arkádevich—. Yo también iré, pero antes tengo que acudir a un ensayo del coro en casa de la condesa Banina. Bueno, ¿y cómo quieres que no te considere un salvaje? ¿Puedes explicarme por qué te marchaste de repente de Moscú? Los Scherbatski no paraban de preguntarme por ti, como si yo estuviera al tanto de tu vida. Lo único que sé es que haces siempre lo que nadie hace.

—Sí, tienes razón, soy un salvaje —dijo Levin, con voz lenta y agitada—. Pero no por haberme marchado en su momento, sino por haber vuelto ahora. He venido…

—¡Ah, eres un hombre feliz! —le interrumpió Stepán Arkádevich, mirándole a los ojos.

—¿Por qué?

—Conozco a los caballos fogosos por la marca y a los jóvenes enamorados por su mirada[11] —declamó Stepán Arkádevich—. Tienes toda la vida por delante.

—Y también tú, ¿no?

—Sí, claro, pero tú dispones del futuro y yo sólo del presente, un presente un tanto revuelto.

—¿Qué pasa?

—Las cosas no van bien. Pero no quiero hablar de mí; además, es imposible explicarlo todo —dijo Stepán Arkádevich—. Entonces, ¿por qué has venido a Moscú? ¡Eh, llévate esto! —gritó, dirigiéndose al tártaro.

—¿No lo adivinas? —respondió Levin, sin apartar de Stepán Arkádevich sus ojos de pupilas luminosas.

—Sí, pero no puedo ser el primero en abordar el asunto. A partir de ese detalle, puedes juzgar si he acertado o no —dijo Stepán Arkádevich, mirando a Levin con una sutil sonrisa.

—¿Y qué te parece? —preguntó Levin con voz trémula, dándose cuenta de que le temblaban los músculos de la cara— ¿Qué piensas al respecto?

Stepán Arkádevich bebió lentamente un vaso de Chablis, sin apartar la mirada de su amigo.

—¿Yo? —dijo—. Nada me gustaría más, nada. Es lo mejor que podría suceder.

—¿No te equivocas? ¿Sabes de lo que te estoy hablando? —insistió Levin, clavando los ojos en su interlocutor—. ¿Crees que es posible?

—Claro. ¿Por qué no?

—No, en serio, ¿de verdad crees que es posible? ¡Dime todo lo que piensas! ¿Y si me espera una negativa?… Estoy casi convencido…

—¿Por qué piensas eso? —dijo Stepán Arkádevich, sonriendo al ver la emoción de su amigo.

—Así me lo parece a veces. Y sería terrible, tanto para ella como para mí.

—Bueno, en cualquier caso, para ella no tendría nada de terrible. Todas las muchachas se enorgullecen de que pidan su mano.

—Sí, todas, pero no ella.

Stepán Arkádevich sonrió. Se daba perfecta cuenta de lo que sentía Levin, sabía que para él las muchachas del mundo entero se dividían en dos categorías: en la primera entraban todas, excepto Kitty, muchachas normales y corrientes, sujetas a todas las debilidades humanas; en la segunda estaba sólo Kitty, carente de cualquier imperfección y muy por encima de todo lo humano.

—Espera, sírvete un poco de salsa —dijo, deteniendo la mano de Levin, que apartaba la salsera.

Levin obedeció, pero no dejó comer tranquilo a Stepán Arkádevich.

—No, espera, espera —dijo—. Debes entender que para mí es una cuestión de vida o muerte. Nunca he hablado de este asunto con nadie. Sólo contigo me atrevo. Como sabes, no nos parecemos en nada: tenemos diferentes gustos y opiniones, somos distintos en todo. Pero estoy seguro de que me aprecias y me comprendes, y por esa razón te tengo muchísimo cariño. Pero, por el amor de Dios, sé completamente sincero conmigo.

—Te diré lo que pienso —respondió Stepán Arkádevich con una sonrisa—. Y te diré más aún: Dolly es una mujer maravillosa… —Stepán Arkádevich suspiró, recordando el punto al que habían llegado las relaciones con su esposa y, después de guardar silencio unos instantes, añadió—: Tiene el don de predecir los acontecimientos. Puede ver el corazón de los hombres; y no sólo eso, sabe lo que va a suceder, sobre todo en cuestión de matrimonios. Por ejemplo, adivinó que Brenteln se casaría con Shajóvskaia. Nadie quería creerlo, pero al final su vaticinio acabó cumpliéndose. Y ella está de tu parte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no sólo te aprecia mucho, sino que afirma que Kitty será sin falta tu mujer.

Al oír esas palabras el rostro de Levin se iluminó de pronto con una sonrisa, y estuvo a punto de derramar lágrimas de ternura.

—¿Eso dice? —exclamó Levin—. Siempre he dicho que tu mujer es encantadora. Bueno, basta, dejemos el tema —añadió, poniéndose en pie.

—Vale, pero siéntate, ya nos traen la sopa.

Pero Levin no podía sentarse. Recorrió un par de veces, con paso firme, la diminuta habitación en la que se encontraban, parpadeando para que no se le saltaran las lágrimas. Y no volvió a la mesa hasta que consiguió calmarse.

—Debes entender que no se trata sólo de amor —dijo—. Ya he estado enamorado antes, pero no es eso. No es un sentimiento propio, sino una fuerza externa que se ha apoderado de mí. Me marché porque llegué a la conclusión de que no podía haber en el mundo felicidad semejante. Pero, después de luchar conmigo mismo, he

comprendido que no puedo vivir sin ella. Ha llegado el momento de tomar una decisión…

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

—¡Ah, espera! ¡Si supieras cuántos pensamientos me vienen a la cabeza, cuántas cosas querría preguntarte! Escúchame. No puedes imaginarte el bien que me han hecho las palabras que acabas de pronunciar. Soy tan feliz que hasta me he vuelto mezquino. Me olvido de todo… Acabo de enterarme de que mi hermano Nikolái… ya sabes… está aquí… y me he olvidado de él. Se me figura que también él es feliz. Es una especie de locura. Pero hay una cosa terrible… Tú estás casado, así que conoces ese sentimiento… Es terrible que nosotros, ya nada jóvenes, con un pasado a nuestras espaldas… no de amor, sino de pecado… nos acerquemos de pronto a una criatura pura e inocente. Me parece algo repugnante y no puedo dejar de sentirme indigno.

—Bueno, no creo que tú hayas pecado mucho.

—Ah, aun así —replicó Levin—, aun así, «leo con repugnancia el libro de mi vida, me estremezco y maldigo, me lamento amargamente»…[12] Sí.

—Qué le vamos a hacer, así es el mundo —dijo Stepán Arkádevich.

—Mi único consuelo es esta oración que siempre me ha gustado tanto: «Perdóname, Señor, no por mis méritos, sino por Tu misericordia». Sólo así puede ella perdonarme.

XI

Levin vació su copa, y ambos guardaron silencio.

—Debo decirte algo más. ¿Conoces a Vronski? —preguntó Stepán Arkádevich.

—No, no lo conozco. ¿Por qué me lo preguntas?

—Trae otra botella —añadió Stepán Arkádevich, dirigiéndose al tártaro, que llenaba sus copas y daba vueltas a su alrededor cuando menos falta hacía.

—¿Por qué tenía que conocerlo?

—Porque es uno de tus rivales.

—¿Quién es? —preguntó Levin, y la expresión de emoción infantil que tanto había admirado Oblonski se trocó de pronto en otra malévola y desagradable.

—Vronski es hijo del conde Kirill Ivánovich Vronski, uno de los mejores representantes de la juventud dorada de San Petersburgo. Lo conocí en Tver, por asuntos relacionados con el reclutamiento, cuando estuve allí de servicio. Apuesto, inmensamente rico, con muy buenas relaciones; es ayuda de campo del emperador, y, además, un chico muy simpático y de buen natural. Y no sólo eso: una vez que lo he conocido mejor, aquí en Moscú, me he dado cuenta de que es culto y muy inteligente. Un hombre que llegará lejos. —Levin frunció el ceño y guardó silencio—. Apareció por aquí poco después de que tú te fueras. Si no me equivoco, está perdidamente enamorado de Kitty. Y, como comprenderás, la madre…

—Perdóname, pero no entiendo nada —replicó Levin, cada vez más enfurruñado. De pronto se acordó de su hemano Nikolái y se sintió como un miserable por haberse olvidado de él.

—Espera, espera —dijo Stepán Arkádevich, sonriendo y tocándole la mano—. Te he contado lo que sé, pero te repito que, en la medida en que uno puede hacer conjeturas en un asunto tan sutil y delicado, soy de la opinión de que tienes todas las de ganar. —Levin se recostó en la silla. Su rostro se había vuelto pálido—. Pero te aconsejaría que te decidieras lo antes posible —añadió, llenándole la copa.

—No, gracias, no puedo beber más —dijo Levin, rechazándola—. Me emborracharía… Bueno, ¿cómo van tus asuntos? —prosiguió, con el deseo evidente de cambiar de tema.

—Una palabra más: en cualquier caso, te recomiendo que tomes una decisión cuanto antes. Pero esta noche es mejor que no digas nada —añadió Stepán Arkádevich—. Ve mañana por la mañana, haz la habitual petición de mano y que Dios te bendiga…

—¿Por qué no vienes nunca a cazar a mis tierras? —preguntó Levin—. Te espero esta primavera.

Se arrepentía con toda su alma de haber iniciado esa conversación con Stepán Arkádevich. Ese sentimiento suyo tan *especial* había sido profanado por la mención a

ese oficial de San Petersburgo, rival suyo, así como por los consejos y suposiciones de Stepán Arkádevich.

Oblonski, que sabía lo que ocurría en el alma de su amigo, sonrió.

—Iré un día de éstos —dijo—. Sí, amigo, las mujeres son el eje alrededor del cual gira el mundo entero. Y, en lo que a mí respecta, las cosas van mal, muy mal. Y todo por culpa de las mujeres. Háblame con franqueza, dame un consejo —prosiguió, con un cigarrillo en una mano y la copa en la otra.

—Pero ¿de qué se trata?

—Pues verás. Supongamos que estás felizmente casado, pero te encaprichas de otra mujer…

—Perdona, pero no entiendo nada… Es como si ahora, después de comer, me fuera a robar un bollo a una confitería.

La ojos de Stepán Arkádevich se volvieron más brillantes que de costumbre.

—¿Y por qué no? A veces un bollo huele tan bien que uno no es capaz de contenerse.

Himmlisch ist's wenn ich bezwungwen
Meine irdische Begier;
Aber, dock wenn 's nicht gelungen,
Hatt'ich auch recht hübsch Plaisir[13]

Al pronunciar esas palabras, Stepán Arkádevich esbozó una sutil sonrisa, a la que Levin no pudo dejar de corresponder.

—Pero dejémonos de bromas —prosiguió Stepán Arkádevich—. Piensa en una mujer encantadora, modesta y afectuosa, sola en el mundo, sin dinero y que lo ha sacrificado todo por ti. Una vez que el mal está hecho, ¿entiendes lo que te digo?, ¿puede uno abandonarla? Supongamos que sea necesario romper con ella para no destruir la vida familiar. Pero ¿no es normal que se compadezca uno de ella, que la ampare, que procure mitigar el daño?

—Perdóname, pero, ya sabes que, en lo que a mí respecta, las mujeres se dividen en dos categorías… O, mejor dicho: hay mujeres y… No he visto ni veré nunca mujeres caídas llenas de encanto. En cuanto a las criaturas como esa francesa del mostrador, con sus afeites y sus rizos, me resultan repugnantes. Y todas las mujeres caídas son así.

—¿También las del Evangelio?

—¡Ah, basta! Cristo no habría pronunciado nunca esas palabras si hubiera sabido el mal uso que íbamos a hacer de ellas. Son las únicas que se recuerdan de todo el Evangelio. En cualquier caso, te estoy diciendo lo que siento, no lo que pienso. Me repugnan las mujeres caídas. A ti te dan miedo las arañas y a mí esas sabandijas. Es

probable que nunca te hayas ocupado de las arañas y desconozcas sus costumbres. Pues a mí me pasa lo mismo.

—Es muy fácil decir eso. Me recuerdas a ese personaje de Dickens que con la mano izquierda arrojaba por encima del hombro derecho todos los asuntos complicados. Pero negar los hechos no constituye ninguna respuesta. ¿Qué puedo hacer? Dime, ¿qué puedo hacer? Tu mujer envejece y tú, en cambio, te sientes lleno de vida. En un abrir y cerrar de ojos, te das cuenta de que ya no eres capaz de amar a tu mujer, por más respeto que te merezca. Entre tanto, el amor surge de improviso, y entonces estás perdido, ¡perdido! —exclamó Stepán Arkádevich con amargura y desesperanza. Levin sonrió con ironía—. Sí, perdido —prosiguió Oblonski—. Pero ¿qué puede hacerse?

—No robar bollos.

Stepán Arkádevich prorrumpió en una carcajada.

—¡Ah, moralista! Pero no pierdas de vista que hay dos mujeres: una insiste sólo en sus derechos, es decir, en un amor que ya no puedes darle; la otra lo sacrifica todo por ti y no exige nada. ¿Qué debe hacerse? ¿Cómo proceder? En eso estriba todo el terrible drama.

—Si quieres mi opinión al respecto, te diré que yo no veo ningún drama.

Y voy a explicarte por qué. En mi opinión, el amor… los dos amores que Platón define en *El banquete*, si lo recuerdas, constituyen la piedra de toque de los hombres. Unos comprenden sólo el primero y otros, el segundo. Los que comprenden únicamente el amor no platónico no tienen ninguna razón para hablar de drama, ya que en esa clase de amor no puede haberlo. «Le estoy muy agradecido por el placer que me ha procurado.» Ahí está todo el drama. Y en el caso del amor platónico tampoco puede haber drama, porque en ese amor todo es puro y cristalino, porque… —En ese momento Levin se acordó de sus pecados y de la lucha interior a la que se había visto abocado.

Y añadió de manera inesperada—: En cualquier caso, puede que tengas razón. Es muy posible… Pero no lo sé, la verdad es que no lo sé.

—Ya lo ves —dijo Stepán Arkádevich—, eres un hombre de una pieza. Y ésa es tu mayor cualidad y tu mayor defecto. Debido a la integridad de tu carácter, querrías que la vida se basara en los mismos principios, pero no sucede así. Desprecias la labor del Estado, porque te gustaría que cualquier actividad humana tuviera un fin determinado, y eso no suele suceder. También querrías que todos nuestros actos tuvieran siempre un fin, que el amor y la vida conyugal fueran una misma cosa. Y están lejos de serlo. Tanto el encanto, como la variedad y la belleza de la vida residen en ese juego de luces y sombras.

Levin suspiró y no dijo nada. Pensaba en sus propios asuntos y no escuchaba a Oblonski.

De pronto ambos se dieron cuenta de que, a pesar de que eran amigos y de que estaban comiendo y bebiendo juntos, algo que en principio debería unirlos más, cada uno pensaba sólo en sus cosas y no en las del otro. Oblonski había reparado en más de una ocasión en que esas comidas, en lugar de acercar a los comensales, los distancia mucho más, y sabía lo que había que hacer en tales casos.

—¡La cuenta! —gritó, y pasó a la sala contigua, donde no tardó en encontrar a un ayuda de campo al que conocía. La conversación que entabló con él, a propósito de una actriz y del hombre que la mantenía, le proporcionó alivio y descanso, después de haber estado hablado con Levin, cuyo modo de encarar las cuestiones siempre acababa causándole una tensión espiritual y mental extremas.

Cuando el tártaro apareció con la cuenta, que ascendía a veintiséis rublos y pico, además de un suplemento por el vodka, Levin, que en cualquier otro momento, en su condición de hombre de campo, se habría horrorizado de que su parte ascendiera a catorce rublos, ni siquiera prestó atención a ese hecho. Pagó lo que le correspondía y se encamino a su casa para cambiarse de ropa, antes de dirigirse a la residencia de los Scherbatski, donde se decidiría su destino.

XII

La princesa Kitty Scherbatski tenía dieciocho años. La habían presentado en sociedad ese mismo invierno, y había cosechado mayores éxitos que sus dos hermanas mayores, superando incluso las expectativas de su madre. No sólo había hecho perder la cabeza a todos los jóvenes que acudían a los bailes de Moscú, sino que ya ese mismo invierno le habían salido dos pretendientes formales: Levin y, poco después de la partida de éste, el conde Vronski.

La aparición de Levin a principios del invierno, sus frecuentes visitas y su amor evidente por Kitty habían dado pie a las primeras conversaciones serias entre los padres de la joven sobre el destino de su hija, así como a alguna que otra discusión. El príncipe estaba de parte de Levin y decía que no deseaba nada mejor para Kitty. La princesa, por su parte, con esa tendencia tan propia de las mujeres de esquivar la cuestión fundamental, afirmaba que Kitty era demasiado joven, que Levin no había dado muestras de que sus intenciones fueran serias, que la muchacha no sentía ninguna inclinación por él, y otros argumentos por el estilo; pero se callaba lo fundamental, que esperaba un partido más ventajoso para su hija, que no comprendía a Levin ni le tenía afecto. Cuando Levin se marchó de repente, la princesa se alegró y le dijo con aire triunfal a su marido: «Como ves, tenía razón». Y cuando apareció Vronski se alegró aún más, pues de algún modo veía confirmadas sus previsiones de que Kitty acabaría encontrando un partido no ya bueno, sino magnífico.

Para la princesa no había comparación posible entre los dos pretendientes. Le desagradaban las opiniones extrañas y tajantes de Levin, sus torpes modales en sociedad, que ella atribuía al orgullo, y la vida que llevaba en el campo, en su opinión digna de un salvaje, siempre atareado con el ganado y los campesinos. También le molestaba mucho que, habiéndose enamorado de su hija, hubiera frecuentado su casa por espacio de mes y medio, siempre como a la espera de algo y sumido en observaciones, como si temiera honrarles en exceso si pedía la mano de su hija o no comprendiera que, para visitar con tanta asiduidad la casa de una joven casadera, era necesario aclarar sus intenciones. Y de pronto se había marchado sin ofrecer ninguna explicación. «Qué suerte que sea tan poco atractivo, así Kitty no se enamorará de él», pensaba.

Vronski colmaba todos los deseos de la madre. Era muy rico, inteligente, de buena familia, un hombre encantador a quien esperaba una brillante carrera tanto en el ejército como en la corte. No se podía concebir nada mejor.

En las reuniones de sociedad Vronski cortejaba a Kitty sin ningún reparo. Bailaba con ella y frecuentaba la casa, de manera que no podía ponerse en duda la seriedad de sus intenciones. En cualquier caso, la madre había pasado todo el invierno sumida en un estado de terrible inquietud y agitación.

La propia princesa se había casado, treinta años antes, gracias a los buenos oficios de una tía suya. El novio, cuya vida y fortuna conocían de antemano, llegó un buen día, vio a la novia, que a su vez le vio; la tía reparó en la buena impresión mutua y la comunicó a cada una de las partes; luego, un día señalado, se hizo a los padres la esperada proposición, que fue aceptada. Todo había sido muy fácil y sencillo, al menos así se lo había parecido a la princesa. Pero, cuando había llegado el momento de casar a sus hijas, había comprendido que esa cuestión, bastante común en apariencia, no tenía nada de fácil ni de sencillo. Cuántos temores, cuántas inquietudes, cuánto dinero gastado, cuántas desavenencias con su marido por culpa de la boda de sus dos hijas mayores, Daria y Natalia. Ahora, tras la presentación en sociedad de la más pequeña, se reavivaron esos miedos y esas dudas, y las discusiones con su marido se hicieron aún más enconadas. El viejo príncipe, como todos los padres, era muy puntilloso en todo lo tocante al honor y el buen nombre de sus hijas, con quienes se mostraba exageradamente celoso, sobre todo con Kitty, su favorita, y a cada paso acusaba a su mujer de comprometer a la muchacha. Aunque la princesa estaba acostumbrada a esos arrebatos, que ya se habían manifestado con las hijas mayores, se daba cuenta de que en este caso los escrúpulos del príncipe tenían motivos más fundados. Era consciente de que en los últimos tiempos las costumbres sociales habían cambiado mucho, circunstancia que había complicado aún más la tarea de las madres. Veía que muchachas de la edad de Kitty organizaban reuniones, acudían a no sé qué cursos, mostraban mayor desenvoltura con los hombres y paseaban solas en coche; muchas de ellas ya no saludaban con una reverencia y, lo que era aún peor, estaban firmemente convencidas de que la elección de un marido era asunto suyo, no de sus padres. «En estos tiempos ya no se casa a las hijas como antaño», pensaban y decían todas esas muchachas jóvenes, e incluso muchas personas de más edad. Pero nadie podía decirle a la princesa cómo había que casar entonces a las hijas. La costumbre francesa, que dejaba a los padres la decisión, no sólo había dejado de estilarse, sino que era blanco de todos los ataques. La costumbre inglesa, que propugnaba la total libertad de las muchachas, se rechazaba también, pues se consideraba incompatible con la sociedad rusa. En cuanto a la costumbre rusa de recurrir a una casamentera, se consideraba indignante y grotesca, y la princesa compartía esa opinión. Pero, entonces, ¿cómo debían concertarse las bodas? Nadie lo sabía. Todas las personas con quienes la princesa abordó aquel asunto le decían lo mismo: «Ya es hora de que renunciemos a esos usos antiguos. Son los hijos los que se casan, no los padres. Por tanto, dejémosles que se las arreglen como mejor les parezca». Para quienes no tenían hijas, era muy fácil hablar de esa manera; pero la princesa comprendía que, al hacer amistades, su hija podía enamorarse de alguien que no tuviera intención de casarse o que no le conviniera. Y, por más que procurasen persuadirla de que a esas alturas de siglo los jóvenes debían decidir su propio destino,

le parecía una idea tan absurda como afirmar que podía haber una época en que el mejor juguete para un niño de cinco años fuese una pistola cargada. Por esa razón Kitty le preocupaba más que sus dos hijas mayores.

Ahora temía que Vronski no se limitara sólo a cortejar a su hija. Se daba cuenta de que Kitty se había enamorado de él, pero se consolaba pensando que Vronski era un hombre honrado y que no iría más lejos. Pero también comprendía que, con esa nueva libertad que se había establecido en las relaciones sociales, era fácil trastornar la cabeza de una muchacha, y no pasaba por alto la ligereza con que los hombres consideraban esa cuestión. La semana anterior Kitty le había contado una conversación que había tenido con Vronski durante la mazurca, cuyo contenido tranquilizó en parte a la princesa, pero no logró ahuyentar todos sus temores. Vronski le había dicho que tanto él como su hermano estaban tan acostumbrados a someterse en todo a la voluntad de su madre que nunca tomaban una decisión importante sin consultarla primero. «Y ahora espero como una felicidad especial su llegada de San Petersburgo», había añadido.

Kitty le había transmitido esas palabras sin concederles demasiada importancia. Pero su madre las interpretó de otra manera. Sabía que esperaban a la anciana de un día para otro y que ésta se alegraría de la elección de su hijo; por eso le resultaba tan extraño que, por miedo a ofender a su madre, Vronski no se decidiera a declararse. No obstante, deseaba tanto que se celebrara esa boda y, sobre todo, necesitaba tanto acallar su inquietud que dio a esas palabras el sentido que más le convenía. Por muy amargo que le resultara contemplar la desgracia de su hija mayor, Dolly, que se disponía a abandonar a su marido, el desasosiego que le causaba la suerte de su hija menor, que estaba a punto de decidirse, la absorbía por entero. En ese sentido, la llegada de Levin ese mismo día constituía un nuevo motivo de preocupación. Temía que su hija, que, según creía ella, sentía cierta inclinación por Levin, pudiera rechazar a Vronski, llevada de un exceso de delicadeza, y, en general, que la aparición de ese hombre complicara o retrasara un asunto que estaba ya próximo a su desenlace.

—¿Hace mucho que ha llegado? —preguntó la princesa a su hija, una vez que llegaron a casa.

—Hoy mismo, *maman*.

—Sólo quiero decirte una cosa… —empezó la princesa, y por su expresión seria y agitada Kitty adivinó de lo que se trataba.

—Por favor, mamá —la interrumpió, ruborizándose y volviéndose bruscamente hacia su madre—, no me digas nada, te lo ruego. Lo sé, lo sé todo.

Deseaba lo mismo que su madre, pero los motivos que habían decantado la elección de ésta la ofendían.

—Sólo quiero decirte que una vez que has dado esperanzas a uno…

—Mamá, querida, no me digas nada, por el amor de Dios. Es terrible hablar de

esas cosas.

—Ya me callo, ya me callo —dijo la madre, viendo que los ojos de su hija se habían llenado de lágrimas—. Pero permíteme que te diga una cosa, alma mía. Me has prometido que no ibas a tener secretos conmigo. ¿No los tendrás?

—No, mamá, no tengo ninguno —respondió Kitty, enrojeciendo y mirando de frente a la princesa—. Pero por el momento no tengo nada que decirte. La verdad es que… aunque quisiera… no sabría qué decir…

«No, no puede mentir con esos ojos», pensó la madre, sonriendo al ver la emoción y la felicidad de su hija. Se daba cuenta de que la pobre muchacha concedía una importancia y un significado enormes a las sensaciones que la embargaban.

XIII

Desde la comida hasta la caída de la tarde Kitty experimentó un sentimiento semejante al que se apodera de un joven la víspera de una batalla. El corazón le latía con fuerza, y no era capaz de concentrarse en nada.

Se daba cuenta de que esa tarde, en que los dos se encontrarían por primera vez, decidiría su destino. No paraba de imaginárselos, tan pronto juntos como separados. Cuando rememoraba su pasado, se detenía con placer y ternura en los recuerdos que concernían a Levin. Algunos momentos de su infancia, así como la amistad de Levin con su difunto hermano, comunicaban un encanto especial y poético a su relación con ese hombre. Su amor por ella, del que estaba segura, la halagaba y la llenaba de alegría. En general, le agradaba pensar en él. En cambio, la imagen de Vronski le causaba cierto malestar, aunque era un joven de una corrección exquisita, siempre dueño de sus actos; le parecía como si en sus relaciones hubiera una nota falsa, y que ese equívoco se debía no tanto a él —era muy sencillo y simpático— como a sí misma, mientras que con Levin su comportamiento era sencillo y natural. En cualquier caso, tenía la impresión de que con Vronski se le abría la perspectiva de una felicidad deslumbrante; con Levin, por el contrario, el futuro se le aparecía envuelto en una especie de bruma.

Cuando subió a su habitación para vestirse y se contempló en el espejo, advirtió con alegría que estaba en uno de sus días buenos, es decir, en pleno dominio de todas sus fuerzas, algo que necesitaba muchísimo, en vista de lo que le esperaba: sentía una suerte de serenidad externa y sus ademanes eran desenvueltos y distinguidos.

A las siete y media, poco después de que bajara al salón, un criado anunció a Konstantín Dmítrich Levin. La princesa estaba todavía en su habitación y el príncipe todavía no había bajado. «Llegó el momento», pensó Kitty, y toda la sangre le afluyó al corazón. Se miró en el espejo y se asustó de su palidez.

Ahora sabía con certeza que Levin había venido antes para encontrarse a solas con ella y pedir su mano. Y en ese momento, por primera vez, todo el asunto se le presentó bajo una luz nueva y diferente. Sólo entonces comprendió que la cuestión no sólo le concernía a ella —con quién sería feliz y a quién amaba—, sino que en unos instantes iba a herir de un modo cruel a un hombre por el que sentía afecto… ¿Por qué? Porque ese simpático joven la quería, se había enamorado de ella. Pero no se podía hacer nada. Era preciso. No se podía obrar de otro modo.

«Dios mío, ¿es posible que deba decírselo yo misma? —pensaba—. Pero ¿qué le voy a decir? ¿Que no le quiero? No sería verdad. ¿Entonces? ¿Que amo a otro? No, es imposible. Lo mejor es que me vaya. Que salga de aquí ahora mismo.»

Ya se había acercado a la puerta, cuando oyó los pasos de Levin. «¡No! No estaría bien. ¿De qué me asusto? No he hecho nada malo. ¡Que pase lo que tenga que pasar!

Le diré la verdad. Además, con él nunca me siento incómoda. Ahí está», se dijo viendo su fuerte figura, su aspecto apocado y sus ojos brillantes, clavados en ella. Lo miró directamente a la cara, como implorándole clemencia, y le tendió la mano.

—Me parece que he llegado demasiado pronto —dijo Levin, echando un vistazo al salón vacío. Y, cuando vio que sus expectativas se habían cumplido, que nada le impediría declararse, su rostro se ensombreció.

—Oh, no —dijo Kitty, sentándose a la mesa.

—Pero eso era precisamente lo que quería: verla a solas —dijo, sin tomar asiento ni levantar la vista, para no perder el valor.

—Mamá vendrá en seguida. Ayer estaba muy cansada. Ayer…

Hablaba sin saber ella misma lo que decía, y no apartaba de él sus ojos suplicantes y acariciadores.

Por fin se decidió Levin a mirarla, y entonces ella se ruborizó y guardó silencio.

—Le dije esta mañana que no sabía si iba a quedarme mucho tiempo… que todo dependía de usted… —Kitty cada vez bajaba más la cabeza, sin saber cómo iba a responder a lo que le iba a decir Levin—. Que depende de usted —repitió—. Quería decirle… Quería decirle… Para eso he venido… para… ¡pedirle que sea mi mujer! —exclamó por fin, sin saber él mismo lo que estaba diciendo; pero, dándose cuenta de que lo más terrible ya había pasado, se interrumpió y se quedó mirándola.

Kitty no levantaba los ojos del suelo y respiraba con dificultad. No cabía en sí de gozo. Una felicidad inmensa embargaba su corazón. Jamás se habría imaginado que esa declaración de amor pudiera causarle una impresión tan honda. Pero ese estado duró sólo un momento. De pronto se acordó de Vronski. Levantó hasta Levin sus ojos claros y sinceros y, al ver la desesperación que se reflejaba en su semblante, se apresuró a responder:

—No puede ser… Perdóneme…

¡Qué cerca de sí la había sentido un minuto antes, qué importante se le había antojado en su vida! ¡Y ahora qué distante y extraña se había vuelto!

—No podía ser de otro modo —dijo sin mirarla.

La saludó e hizo intención de retirarse.

XIV

En ese mismo instante entró la princesa. Una expresión de espanto asomó a su rostro cuando los vio solos y reparó en la turbación de ese hombre. Levin la saludó con una inclinación de cabeza y no dijo nada. Kitty guardaba silencio y no se atrevía a levantar los ojos. «Gracias a Dios, lo ha rechazado», pensó la madre, y sus labios esbozaron la sonrisa habitual con que recibía a sus invitados los jueves. Se sentó y empezó a hacerle preguntas a Levin sobre la vida que llevaba en el campo. Éste volvió a tomar asiento y se dispuso a esperar la llegada de los demás invitados, para poder marcharse sin que nadie lo notara.

Al cabo de cinco minutos llegó una amiga de Kitty, la condesa Nordston, que se había casado el invierno anterior.

Era una mujer seca, enfermiza, nerviosa, de tez amarillenta y brillantes ojos negros. Quería mucho a Kitty, y ese cariño, como el de toda mujer casada por una jovencita, se manifestaba en su deseo de que se guiara por su propio ideal de felicidad a la hora de elegir marido. Por eso prefería que se casara con Vronski. Levin, a quien había visto a menudo en casa de los Scherbatski a comienzos del invierno, le parecía desagradable. Cuando coincidían, su ocupación favorita y casi única consistía en burlarse de él.

—Me encanta cuando me mira desde lo alto de su grandeza, o interrumpe su brillante discurso porque me considera tonta, o cuando se muestra condescendiente conmigo. Eso último es lo que más me gusta: que se muestre *condescendiente*. Me alegro mucho de que no pueda soportarme —decía, cuando se refería a él.

Y no se equivocaba. En efecto, Levin no podía soportarla y despreciaba todo lo que ella consideraba meritorio y digno de orgullo: su nerviosismo, su indiferencia y su refinado desdén por lo que juzgaba grosero y material.

Entre la condesa Nordston y Levin se había establecido una clase de relaciones bastante frecuentes en sociedad: bajo capa de una amistad aparente, se profesaban un desprecio tan profundo que no podían tomarse en serio, ni siquiera sentirse ofendidos.

Nada más entrar, la condesa la emprendió con Levin.

—¡Ah, Konstantín Dmítrich! Así que ha vuelto usted a nuestra depravada Babilonia —dijo, recordándole lo que había dicho a principios del invierno, cuando comparó Moscú con Babilonia, y acto seguido le tendió su amarillenta mano—. ¿Es que nuestra Babilonia se ha regenerado o que usted se ha corrompido? —añadió, dirigiendo a Kitty una sonrisa burlona.

—Me halaga mucho, condesa, que no se haya olvidado usted de mis palabras —respondió Levin, ya recobrado de su desconcierto inicial, recurriendo a ese tono irónico y hostil que solía emplear cuando hablaba con ella—. Se ve que le han causado una honda impresión.

—¡Pues claro! Las anoto todas. Entonces, Kitty, ¿has ido otra vez a patinar?

Y se puso a hablar con Kitty. Por muy violento que le resultase a Levin marcharse en ese momento, se le antojaba preferible a pasar allí toda la velada, en compañía de Kitty, que le observaba a hurtadillas, aunque evitaba encontrarse con su mirada. Hizo intención de levantarse, pero en ese instante la princesa, viendo que no abría la boca, se dirigió a él:

—¿Va a quedarse mucho tiempo en Moscú? Si no recuerdo mal, formaba usted parte de la asamblea rural de su distrito, así que no podrá ausentarse mucho.

—No, princesa, he renunciado a mi cargo —dijo él—. Sólo voy a pasar unos días.

«Algo le ocurre —pensó la condesa Nordston, examinando el rostro serio y severo de Levin—. ¿Por qué no se lanza a sus discursos de costumbre? Pero ya le soltaré yo la lengua. Me divierte muchísimo que se ponga en ridículo delante de Kitty, y no me iré de aquí sin conseguirlo.»

—Konstantín Dmítrich —le dijo—, haga el favor de explicarme, usted que entiende de esas cosas, por qué en nuestra finca de Kaluga los campesinos y sus mujeres se han gastado en bebida todo lo que tenían y ahora se niegan a pagarnos. ¿Cómo es posible? Usted siempre los está alabando.

En ese momento otra señora entró en la habitación, y Levin se puso en pie.

—Perdóneme, condesa, pero no conozco el caso y por tanto no puedo decirle nada —respondió, reparando en un oficial que apareció detrás de la señora.

«Debe de ser Vronski», pensó y, para asegurarse, se volvió hacia Kitty, que ya había tenido tiempo de reconocer al recién llegado y ahora posaba la mirada en Levin. Le bastó ver el brillo involuntario de esos ojos para entender, con tanta seguridad como si se lo hubiera dicho ella misma, que Kitty amaba a ese hombre. Pero ¿qué clase de persona era?

Ahora, para bien o para mal, tenía que quedarse. Necesitaba saber cómo era el hombre del que Kitty se había enamorado.

Hay personas que, en presencia de un rival afortunado en cualquier ámbito de la vida, están dispuestas a negarle sus virtudes y ver sólo sus defectos. Otras, por el contrario, no desean más que adivinar los méritos que le han valido la victoria y, con el corazón desfalleciente, buscan exclusivamente sus virtudes. Levin pertenecía a ese segundo grupo. Por lo demás, no tuvo dificultades en descubrir los atractivos y las cualidades de Vronski: saltaban a la vista. Vronski era moreno, de estatura mediana y complexión fuerte, guapo de cara, con rasgos firmes, en los que se reflejaba una extremada serenidad. En toda su figura, desde los negros cabellos cortos hasta el mentón recién rasurado y su amplio uniforme nuevo, se percibía una sencillez entreverada de elegancia. Después de ceder el paso a la señora que acababa de entrar, Vronski se acercó a la princesa y después a Kitty.

Al tiempo que se acercaba, sus hermosos ojos brillaron con una ternura especial y

sus labios, según le pareció a Levin, esbozaron una sonrisa apenas perceptible de felicidad y de modesto triunfo; luego se inclinó delante de ella, respetuoso y solemne, y le tendió la mano ancha, aunque pequeña.

Después de saludar y dedicar unas palabras a cada uno de los presentes, se sentó sin mirar a Levin, que no le quitaba los ojos de encima.

—Permítame que les presente —dijo la princesa, señalando a Levin—. Konstantín Dmítrich Levin. El conde Alekséi Kiríllovich Vronski.

Vronski se levantó y, mirándole con expresión amistosa, le estrechó la mano.

—Creo recordar que el pasado invierno tenía que haber comido con usted —dijo, dedicándole una de sus sinceras y afables sonrisas—, pero se marchó usted al campo de manera repentina.

—Konstantín Dmítrich detesta la ciudad y odia a quienes vivimos en ella —dijo la condesa Nordston.

—A juzgar por lo bien que las recuerda, mis palabras han debido de causarle una profunda impresión —dijo Levin y, recordando que ya había hecho antes ese comentario, se ruborizó.

Después de mirar a Levin y a la condesa, Vronski sonrió.

—¿Y pasa usted todo el tiempo en el campo? —preguntó—. Supongo que se aburrirá usted en invierno.

—No, tengo muchos quehaceres; además, uno no se aburre nunca consigo mismo —respondió Levin con sequedad.

—Me gusta el campo —replicó Vronski, haciendo como si no se hubiera dado cuenta del tono de Levin, aunque no le había pasado desapercibido.

—Pero espero, conde, que no tenga intención de pasar todo el año en la aldea —dijo la condesa Nordston.

—No sé, nunca me he quedado mucho tiempo. Pero una vez me embargó una sensación extraña —prosiguió—. Nunca he echado tanto de menos el campo, el campo ruso, con sus campesinos y sus abarcas como cuando pasé con mi madre el invierno en Niza. Como usted sabe, Niza es una ciudad muy aburrida. Por lo demás, hasta Nápoles y Sorrento nos cansan en seguida. Pues es precisamente en esos lugares donde uno se acuerda de Rusia con mayor viveza, sobre todo del campo. Es como si…

Se dirigía tan pronto a Kitty como a Levin y pasaba su serena y amistosa mirada de uno a otro. Por lo visto, decía lo primero que se le pasaba por la cabeza.

Al darse cuenta de que la condesa Nordston quería decir algo, se interrumpió, dejando la frase a medias, y se quedó escuchándola con atención.

La conversación no decayó en ningún momento, de modo que la vieja princesa no tuvo que recurrir a los dos poderosos proyectiles que tenía siempre a mano por si se producía algún silencio: la educación clásica frente a la moderna y el servicio militar

obligatorio. En cuanto a la condesa Nordston, no encontró ocasión de hacer rabiar a Levin.

Éste quería tomar parte en la conversación general, pero no lo conseguía. No paraba de decirse para sus adentros: «Me marcho ahora mismo» pero no se iba, como si estuviera a la espera de algo.

La conversación pasó a ocuparse de las mesas giratorias y de los fantasmas, y la condesa Nordston, que creía en el espiritismo, se puso a contar los prodigios de que había sido testigo.

—¡Ah, condesa, le ruego por lo más sagrado que me lleve a una de esas sesiones! Nunca he encontrado nada extraordinario, aunque lo he buscado por todas partes —dijo Vronski, sonriendo.

—Muy bien, el próximo sábado —respondió la condesa Nordston—. Y usted, Konstantín Dmítrich, ¿cree en esas cosas? —le preguntó a Levin.

—¿Por qué me lo pregunta? Ya sabe lo que voy a decirle.

—Pero quiero oír su opinión.

—Pues opino que esas mesas giratorias —respondió Levin— sólo demuestran que nuestras pretendidas clases educadas están a la misma altura que los campesinos. Ellos creen en el mal de ojo, en hechizos y brujerías, y nosotros…

—Entonces, ¿no cree usted?

—No puedo creer, condesa.

—Pero si lo he visto con mis propios ojos.

—También las campesinas dicen que han visto duendes.

—¿Así que piensa usted que no digo la verdad?

Y estalló en una risa forzada.

—No, Masha, Konstantín Dmítrich sólo está diciendo que no puede creer en esas cosas —intervino Kitty, ruborizándose por Levin; éste se dio cuenta y, aún más irritado, quiso replicar, pero en ese momento Vronski, con su sonrisa alegre y franca, intervino en la conversación, impidiendo que tomara un curso desagradable.

—¿No admite usted ni siquiera la posibilidad? —preguntó—. ¿Por qué no? Admitimos la existencia de la electricidad, de la que no sabemos nada. ¿Por qué no puede existir una fuerza nueva, aún desconocida, que…?

—Cuando se descubrió la electricidad —le interrumpió bruscamente Levin—, simplemente se confirmó la existencia de un fenómeno cuyo origen y efectos se desconocían; pasarían siglos antes de que pudiera pensarse en su aplicación. Los espiritistas, por el contrario, han empezado hablando de mesas que les transmiten mensajes y de apariciones de espíritus, y a partir de ahí se han referido a una fuerza desconocida.

Vronski escuchaba atentamente a Levin, como solía hacer en tales casos; se veía que sus palabras le interesaban.

—Sí, pero los espiritistas dicen: aún no sabemos qué clase de fuerza es esta, pero podemos constatar que existe y que actúa en tales condiciones. A los científicos corresponde averiguar en qué consiste. No veo por qué no puede existir una fuerza nueva, si…

—Pues porque, en el caso de la electricidad, cada vez que frote un pedazo de resina con lana —volvió a interrumpirle Levin—, se producirá un fenómeno conocido, mientras que en el espiritismo no sucede cada vez; en consecuencia, no estamos ante un fenómeno natural.

Vronski probablemente advirtió que la conversación estaba adquiriendo un carácter demasiado serio para un salón, porque, en lugar de replicar, se volvió a las damas con una alegre sonrisa.

—¿Por qué no hacemos una prueba, condesa? —preguntó.

Pero Levin quiso acabar de expresar su pensamiento.

—En mi opinión —prosiguió—, es un error que los espiritistas traten de explicar sus prodigios recurriendo a una fuerza desconocida. Hablan claramente de una fuerza espiritual y pretenden someterla a una prueba material.

Todos esperaban a que acabara de hablar, y Levin se daba cuenta.

—Y yo opino que sería usted un médium excelente —dijo la condesa Nordston —. ¡Hay en usted tanto entusiasmo!

Levin abrió la boca para responder, pero de pronto se ruborizó y no dijo nada.

—Vamos a probar lo de las mesas, se lo ruego —dijo Vronski—. ¿Da su permiso, princesa?

Vronski se puso en pie y se puso a buscar con los ojos un velador.

Kitty también se levantó. Al pasar al lado de Levin, sus miradas se encontraron. Lo compadecía con toda su alma, tanto más cuanto que se sentía culpable de su desgracia. «Perdóneme, si es usted capaz —decía su mirada—. Soy tan feliz.»

«Odio al mundo entero, incluyéndola a usted y también a mí mismo», le respondió la de Levin. Había cogido ya el sombrero, pero la mala suerte no le dejó escabullirse. En el momento en que todos tomaban asiento alrededor del velador y él se aprestaba a marcharse, apareció el viejo príncipe y, después de saludar a las damas, se dirigió a él:

—¡Ah! —exclamó alborozado—. ¿Hace mucho que ha llegado? No sabía que estabas aquí. Me alegro mucho de verle.

El viejo príncipe tan pronto le trataba de usted como le tuteaba. Le abrazó y siguió hablando con él, sin prestar atención a Vronski, que se puso en pie y esperó pacientemente a que el príncipe le dirigiera la palabra.

Kitty se daba cuenta de que, después de lo que había sucedido, la amabilidad de su padre debía de incomodar a Levin. Y se ruborizó al reparar en la frialdad con que el príncipe respondió por fin al saludo de Vronski y en la amistosa perplejidad con

que éste lo miró, incapaz de entender que alguien estuviera predispuesto contra él.

—Príncipe, devuélvanos a Konstantín Dmítrich —dijo la condesa Nordston—. Queremos hacer un experimento.

—¿Qué experimento? ¿El de las mesas giratorias? Bueno, perdónenme, damas y caballeros, pero creo que sería más divertido que jugaran a la sortija —dijo el viejo príncipe, mirando a Vronski y adivinando que todo había sido idea suya—. El juego de la sortija, por lo menos, tiene algún sentido.

Vronski, sorprendido, miró al príncipe con sus ojos graves, y, a continuación, con una leve sonrisa, se puso a hablar con la condesa Nordston de un gran baile que iba a celebrarse la semana siguiente.

—Espero que asista usted —añadió, dirigiéndose a Kitty.

En cuanto el viejo príncipe se alejó, Levin salió sin que nadie se diera cuenta. La última impresión que se llevó de esa velada fue el rostro feliz y sonriente de Kitty al responder a la pregunta que Vronski le había formulado sobre el baile.

XV

Cuando se marcharon los invitados, Kitty le contó a su madre la conversación que había tenido con Levin. A pesar de toda la pena que sentía por él, se alegraba de que hubiera *pedido su mano*. Estaba segura de haber obrado bien. Pero, una vez en la cama, le costó conciliar el sueño. Una imagen la perseguía sin descanso: el rostro de Levin, con el ceño fruncido, escuchando lo que decía su padre y mirando con sus ojos bondadosos, tristes y sombríos tan pronto a Vronski como a ella. Y le dio tanta pena que se le saltaron las lágrimas. Pero acto seguido pensó en el hombre a quien había antepuesto. Se representó con viveza su rostro viril y firme, su distinguida serenidad, la bondad que parecía irradiar toda su figura. Recordó que la persona a quien amaba le correspondía y, sintiéndose de nuevo alegre, apoyó la cabeza en la almohada con una sonrisa de felicidad. «Es una lástima, una lástima, pero ¿qué puedo hacer? No tengo la culpa», se decía. No obstante, una voz interior le aseguraba lo contrario. No sabía si se arrepentía de haber conquistado a Levin o de haberlo rechazado. En cualquier caso, esas dudas acabaron enturbiando su felicidad. «Señor, apiádate de mí. Señor, apiádate de mí. Señor, apiádate de mí», estuvo repitiendo, hasta que se quedó dormida.

Entre tanto, abajo, en el pequeño despacho del príncipe, se producía una de esas escenas tan frecuentes entre marido y mujer cuando hablaban de su hija preferida.

—¿Qué? ¡Pues te lo voy a decir! —gritaba el príncipe, levantando los brazos y bajándolos al punto para arreglarse la bata de piel de ardilla—. No tienes orgullo ni dignidad. Estás cubriendo de oprobio y echando a perder el futuro de tu hija con ese estúpido y ruin afán de casarla.

—Pero, por Dios bendito, príncipe, ¿qué es lo que he hecho? —preguntó la princesa, a punto de echarse a llorar.

Feliz y satisfecha después de la conversación que había tenido con su hija, había ido a darle las buenas noches a su marido, como tenía por costumbre, y, aunque se había cuidado de no mencionar la proposición de Levin y el rechazo de Kitty, había dejado caer que, en su opinión, Vronski solo esperaba el consentimiento de su madre para declararse. Al oír esas palabras, el príncipe se puso furioso y empezó a cubrirla de reproches.

—¿Que qué has hecho? Pues te lo voy a decir: en primer lugar, has atraído a un pretendiente, como comentará Moscú con toda la razón. Si quieres organizar una velada, invita a todo el mundo, no sólo a unos pretendientes elegidos. Invita a todos esos *cachorros* —así llamaba el príncipe a los jóvenes moscovitas—, trae un pianista y deja que bailen. No como esta tarde, con esos pretendientes y esos tejemanejes. Me da asco verlo, asco. Has conseguido volver loca a la muchacha. Levin vale mil veces más. En cuanto a ese lechuguino de San Petersburgo, parece fabricado en serie. Están

todos cortados por el mismo patrón y son todos la misma porquería. Y, aunque fuera príncipe de sangre, ¡mi hija no tiene necesidad de ir detrás de nadie!

—Pero ¿qué es lo que he hecho?

—Pues… —gritó el príncipe fuera de sí.

—Si siguiera tus consejos —le interrumpió la princesa—, jamás casaríamos a nuestra hija. En ese caso, más valdría que nos fuéramos a vivir al campo.

—En efecto.

—Espera un momento. ¿Acaso he ido yo detrás de alguien? En absoluto. Pero ese joven, que es muy buen muchacho, se ha enamorado de Kitty, y ella, según me parece…

—¡Sí, eso es lo que te parece a ti! ¿Y si sucede que Kitty se enamora y él tiene la misma intención de casarse que yo? ¡Ay, lo que daría por que mis ojos no tuvieran que ver todo esto! «¡Ah, el espiritismo! ¡Ah, Niza! ¡Ah, el baile!…» —Y el príncipe, imaginándose que estaba imitando a su mujer, hacía una reverencia a cada palabra—. ¿Y qué pasa si estamos labrando la infelicidad de Kitty? ¿Si en verdad se le ha metido en la cabeza…?

—¿Y por qué crees eso?

—No lo creo, lo sé. Los padres tenemos ojos en la cara, no como las mujeres. Por una parte veo a un hombre que tiene intenciones serias, Levin; por otra, a un mequetrefe como ese lechugino, que sólo quiere divertirse.

—Cuando se te mete algo en la cabeza…

—Ya te acordarás de mis palabras, pero será demasiado tarde, como ha pasado con Dasha.

—Vale, vale, no hablemos más —le interrumpió la princesa, acordándose de su desgraciada hija.

—Estupendo. ¡Buenas noches!

Después de persignarse y darse un beso, marido y mujer se separaron, convencidos de que cada uno seguía en sus trece.

Al principio la princesa estaba firmemente convencida de que en esa velada se había decidido el destino de Kitty y de que no podía dudarse de las intenciones de Vronski; pero las palabras de su marido le causaron inquietud. Una vez de vuelta en su habitación, espantada ante ese futuro desconocido, repitió varias veces, como Kitty: «¡Señor, apiádate de mí! ¡Señor, apiádate de mí! ¡Señor, apiádate de mí!».

XVI

Vronski nunca había conocido la vida familiar. Su madre, mujer de la alta sociedad, muy brillante en su juventud, había tenido durante su matrimonio, y sobre todo después de quedarse viuda, muchas aventuras que estaban al cabo de la calle. Se había educado en el cuerpo de pajes y apenas guardaba recuerdo alguno de su padre.

Al salir de la escuela, convertido en un joven y brillante oficial, no tardó en adoptar el mismo régimen de vida que los militares ricos de San Petersburgo. Aunque asistía de vez en cuando a las reuniones de la alta sociedad, sus intereses amorosos pertenecían a otro ámbito.

En Moscú, después de la vida lujosa y grosera de San Petersburgo, experimentó por primera vez el encanto de tratar con una muchacha dulce e inocente del gran mundo, que se había enamorado de él. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiera haber algo criticable en sus relaciones con Kitty. En los bailes la invitaba más que a las demás, iba a casa de sus padres. Le decía todas esas tonterías que suelen decirse en esa clase de reuniones, pero, sin darse cuenta, les daba un sentido especial. A pesar de que no le decía nada que no hubiera podido repetir en presencia de otras personas, se daba cuenta de que Kitty cada vez dependía más de él, y, cuando se convencía de ello, mayor era su satisfacción y más tierno el sentimiento que albergaba por ella. No era consciente de que su comportamiento se conocía con un nombre muy concreto: a saber, seducir a una señorita sin ¡ntención de casarse, una de las malas acciones más comunes entre los jóvenes brillantes como él. Se imaginaba que era el primero en descubrir ese placer y disfrutaba de su hallazgo.

Si hubiese tenido ocasión de escuchar las palabras de los padres de Kitty esa noche, si hubiera podido considerar la situación desde el punto de vista de la familia y enterarse de que Kitty sería desgraciada si no se casaba con ella, se habría sorprendido mucho y no lo habría creído. Se habría negado a admitir que hubiera algo reprensible en esas relaciones, que tanto placer y satisfacción le causaban a él, y sobre todo a ella. Y mucho menos que estuviera obligado a casarse con ella.

Jamás había contemplado la posibilidad de casarse. No sólo no le gustaba la vida familiar, sino que, como es habitual entre los solteros, la imagen de la familia y, especialmente, del marido le parecía algo ajeno, hostil y, sobre todo, ridículo. Y, sin embargo, aunque no tuviera la menor sospecha de lo que hablaban los padres, al salir esa tarde de casa de los Scherbatski, se dio cuenta de que el secreto vínculo espiritual que existía entre Kitty y él se había afianzado tanto que se hacía necesario tomar una decisión. Pero no acababa de tener claro qué era lo que podía o debía hacer.

«Lo que más me gusta —se decía de camino a casa, acompañado, como siempre que salía de la mansión de los Scherbatski, de una agradable sensación de frescura y pureza, que en parte se debía a que no había fumado en toda la tarde, así como a un

sentimiento nuevo de ternura por el amor que ella le profesaba—, lo que más me gusta es que, sin necesidad de decirnos una sola palabra, nos entendemos de maravilla en ese lenguaje mudo de las miradas y las entonaciones. Hoy me ha dicho más claramente que nunca que me ama. ¡Y lo ha hecho con tanta delicadeza, con tanta sencillez y, sobre todo, con tanta confianza! Hasta tengo la sensación de haberme vuelto mejor, más puro. Me doy cuenta de que tengo corazón y de que albergo buenos sentimientos. ¡Esos hermosos ojos enamorados! Cuando me dijo: "Y mucho"…

»¿Entonces? Bueno, nada. A ella le gusta y a mí también.»

No sabía cómo acabar de pasar esa velada. Pasó revista a los diversos lugares a los que podía ir. «¿Al club? ¿Una partida de *bésique*? ¿Una botellita de champán con Ignátev? No. ¿Por qué no voy al Château des Fleurs? Allí puedo disfrutar de la compañía de Oblonski, de los cuplés y del cancán. No, es aburrido. Por eso precisamente es por lo que me gustan los Scherbatski, porque me vuelvo mejor. Iré a casa.»

Se fue derecho a su habitación del hotel Dussaux, ordenó que le sirvieran la cena, se desvistió y, en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, se quedó profundamente dormido, como siempre.

XVII

A las once de la mañana del día siguiente, Vronski se dirigió a la estación de ferrocarril para recoger a su madre, que venía de San Petersburgo, y la prímera persona con la que se topó al pie de la gran escalera fue Oblonski, cuya hermana llegaba en el mismo tren.

—¡Ah, excelencia! —gritó Oblonski—. ¿A quién vienes a buscar?

—A mi madre. Llega hoy de San Petersburgo —respondió Vronski con una sonrisa, como todos los que se encontraban con Oblonski.

A continuación se estrecharon la mano y subieron juntos la escalera.

—Te estuve esperando hasta las dos. ¿Adonde fuiste al salir de casa de los Scherbatski?

—A casa —contestó Vronski—. La verdad es que me sentía tan bien después de pasar allí la velada que no me apetecía ir a ninguna parte.

—Reconozco los caballos fogosos por la marca y a los jóvenes enamorados por los ojos —declamó Stepán Arkádevich, exactamente como había hecho con Levin.

Vronski sonrió y dio a entender que no lo negaba, pero se apresuró a cambiar de tema.

—¿Y a quién esperas tú? —preguntó.

—¿Yo? A una mujer maravillosa —dijo Oblonski.

—¡Vaya!

—*Honni soit qui mal y pense*![14] A mi hermana Anna.

—Ah, ¿la señora Karénina? —preguntó Vronski. —Seguro que la conoces.

—Creo que sí. O no… La verdad es que no me acuerdo —dijo Vronski con aire distraído, imaginándose de un modo vago, al oír el nombre de Karénina, una persona aburrida y afectada.

—Pero a Alekséi Aleksándrovich, mi famoso cuñado, tienes que conocerlo. Todo el mundo lo conoce.

—He oído hablar de él y lo conozco de vista. Sé que es un hombre sabio, inteligente, fuera de lo común. Pero, ya sabes, no está… *not in my line* —dijo Vronski.

—Sí, es un hombre notable; algo conservador, pero excelente persona —observó Stepán Arkádevich—. Excelente persona.

—Bueno, pues mejor para él —dijo Vronski, sonriendo—. Ah, estás aquí —añadió, dirigiéndose al criado de su madre, un hombre alto y viejo, parado al lado de la puerta—. Acércate.

En los últimos tiempos Vronski había sucumbido de manera especial al encanto de Stepán Arkádevich, no sólo por lo agradable que era con todo el mundo, sino también porque en su imaginación lo asociaba con Kitty.

—Entonces, ¿organizamos el domingo una cena en honor de la *diva*? —le preguntó, sonriendo y cogiéndole del brazo.

—Desde luego. Voy a abrir una suscripción. Ah, por cierto, ¿conociste ayer a mi amigo Levin? —preguntó Stepán Arkádevich.

—Sí, pero se marchó muy pronto.

—Es un gran tipo —prosiguió Oblonski—. ¿No es verdad?

—No lo sé —respondió Vronski—. El caso es que todos los moscovitas, excepto el que está hablando ahora conmigo —añadió en broma—, tienen un comportamiento un poco brusco. Se enfadan y saltan a la menor, como si quisieran dar a entender algo…

—En eso tienes razón, es… —dijo Stepán Arkádevich con una alegre sonrisa.

—¿Llegará pronto el tren? —preguntó Vronski a un empleado.

—Ya está entrando —respondió éste.

No cabía duda de que el tren estaba a punto de hacer su aparición, como demostraban los preparativos que se observaban en la estación, las carreras de los mozos, la presencia de guardias y empleados, los grupos de personas que esperaban a los viajeros. A través del vapor helado se vislumbraba a algunos obreros con pellizas cortas y flexibles botas de fieltro, que atravesaban las vías en una curva. Se oyó a lo lejos el silbido de la locomotora y el ruido de una masa pesada en movimiento.

—No —dijo Stepán Arkádevich, que se moría de ganas de hablarle a Vronski de las intenciones de Levin con respecto a Kitty—. No has apreciado a Levin como se merece. Cierto que es un hombre muy nervioso y a veces desagradable, pero también sabe mostrarse encantador cuando quiere. Es honrado y franco, y tiene un corazón de oro. Pero ayer tenía razones particulares para sentirse lleno de felicidad o profundamente desdichado— prosiguió con una sonrisa significativa, olvidando por completo el sincero cariño que había sentido la víspera por su amigo, pues ahora sentía lo mismo por Vronski—. Sí, tenía razones particulares.

Vronski se detuvo y preguntó sin rodeos:

—¿Qué quieres decir? ¿Que ayer pidió la mano de tu *belle soeur*…?[15]

—Puede ser —dijo Stepán Arkádevich—. Ésa fue la impresión que me dio. Y si se marchó temprano y estaba de mal humor, no cabe duda de que… Lleva mucho tiempo enamorado y me da mucha pena.

—¡Vaya!… En cualquier caso, creo que Kitty puede aspirar a un partido mejor —dijo Vronski, enderezando el pecho y reanudando la marcha—. No obstante, no lo conozco —añadió—. ¡Sí, debe de ser una situación incómoda! Por eso la mayoría preferimos la compañía de chicas como Clara. Con ellas no puede haber otro fracaso que la falta de dinero; aquí, en cambio, te juegas tu dignidad. Ahí está el tren.

En efecto, se oyó a lo lejos un silbido. Al cabo de unos minutos el andén tembló y apareció la locomotora, expulsando nubes de humo que el frío arrastraba por el suelo,

la biela de la rueda del medio subiendo y bajando a ritmo lento y regular, el maquinista arrebujado y cubierto de escarcha saludando a un lado y otro. De pronto el temblor del andén aumentó y detrás del ténder, que pasó aún más despacio, apareció el furgón de los equipajes, en el que iba un perro que no dejaba de ladrar. Por último, destilaron los vagones de pasajeros, que se estremecían ligeramente antes de detenerse.

Un apuesto revisor bajó de un salto y tocó el silbato; a continuación empezaron a salir, uno a uno, los impacientes viajeros: un oficial de la guardia que iba muy erguido y miraba con aire severo a su alrededor; un comerciante ágil y sonriente, con una bolsa de viaje; un campesino con un saco al hombro.

Vronski, al lado de Oblonski, contemplaba los vagones y a los viajeros, olvidado por completo de su madre. Lo que acababa de oír a propósito de Kitty le había causado una mezcla de excitación y alegría. Sin darse cuenta, irguió el pecho, y sus ojos centellearon. Experimentaba un sentimiento de triunfo.

—La condesa Vronski viene en ese compartimento —dijo el apuesto revisor, acercándose a él.

Esas palabras le despertaron, le obligaron a pensar en su madre y en su encuentro inminente. En el fondo de su alma no la respetaba y, aunque no se diera cuenta, no sentía por ella ningún cariño. En cualquier caso, su educación y los usos del círculo en el que se movía no le permitían imaginarse otro comportamiento que el de un hijo sumiso y obediente en grado sumo. Pero, cuanto mayores eran sus muestras externas de obediencia y sumisión, menos la respetaba y la quería en su fuero interno.

XVIII

Vronski subió al vagón detrás del revisor y se detuvo a la entrada del compartimento para dejar salir a una señora. Gracias a esa intuición de los hombres de mundo, le bastó una sola mirada para determinar que, por su aspecto, esa mujer tenía que pertenecer a la mejor sociedad. Después de disculparse, se dispuso a seguir su camino, pero sintió la necesidad de mirarla una vez más, no porque fuera especialmente bella o por la elegancia y la discreta donosura que desprendía su figura, sino por la expresión delicada y tierna que tenía su rostro encantador al pasar. En ese preciso instante, también ella se volvió. Sus brillantes ojos grises, que parecían oscuros por las espesas pestañas, se detuvieron amables y atentos en el rostro de Vronski, como si lo hubiera reconocido; luego se volvieron hacia la muchedumbre que se aproximaba, como buscando a alguien. En esa breve mirada Vronski tuvo tiempo de apreciar la animación contenida que irradiaba su semblante y revoloteaba entre los ojos resplandecientes, así como la sonrisa apenas perceptible que curvaba sus labios de grana. Era como si todo su ser acumulara un exceso de energía que se manifestaba en contra de su voluntad, ya en forma de sonrisas o de vivas miradas. Aunque procuraba velar el resplandor de sus ojos, no podía oscurecer la luz que envolvía la tímida sonrisa de sus labios.

Vronski entró en el compartimento. Su madre, una anciana seca de ojos negros y pelo rizado, examinó a su hijo sin dejar de parpadear y esbozó una leve sonrisa con sus delgados labios. Luego se levantó, entregó a la doncella una bolsita, tendió a su hijo su enjuta y descarnada mano, le levantó la cabeza y le dio un beso en la cara.

—¿Recibiste mi telegrama? ¿Estás bien? Gracias a Dios.

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó Vronski, sentándose a su lado y prestando oídos, sin querer, a una voz de mujer que se oía al otro lado de la portezuela. Sabía que pertenecía a la dama con la que acababa de cruzarse.

—En cualquier caso, no estoy de acuerdo con usted —decía la voz.

—Un punto de vista petersburgués, señora.

—Nada de petersburgués, simplemente femenino —respondió.

—Bueno, permítame que le bese la mano.

—Adiós, Iván Petróvich. Mire a ver si está mi hermano por ahí y dígale que venga —dijo la dama al lado mismo de la portezuela, y volvió a entrar en el compartimento.

—¿Qué? ¿Ha encontrado a su hermano? —preguntó Vronski, dirigiéndose a ella. En ese momento se dio cuenta de que se trataba de la señora Karénina—. Su hermano está aquí —dijo, poniéndose en pie—. Perdone que no la haya reconocido —añadió Vronski, inclinándose—. Por lo demás, nuestro encuentro anterior fue tan breve que no creo que se acuerde usted de mí.

—Nada de eso —dijo ella—. Podría haberle reconocido porque tengo la impresión de que su madre y yo hemos hablado de usted todo el viaje —añadió, permitiendo por fin que la animación que luchaba por manifestarse se concretara en una sonrisa—. Pero mi hermano sigue sin aparecer.

—Ve a llamarlo, Aliosha —dijo la vieja condesa.

Vronski salió al andén y gritó:

—¡Oblonski! ¡Por aquí!

Pero la señora Karénina no aguardó a que llegara su hermano. Nada más verlo, salió del vagón con pasos resueltos y ligeros. En cuanto Oblonski se acercó a ella, le pasó el brazo izquierdo por el cuello, en un gesto que llenó de sorpresa a Vronski por su energía y distinción; luego lo atrajo hacia ella y le dio un fuerte beso. Vronski, que no le quitaba los ojos de encima, sonrió sin saber por qué. Pero de pronto recordó que su madre le estaba esperando y volvió al interior del compartimento.

—¿Verdad que es encantadora? —le preguntó la condesa, refiriéndose a Anna Karénina—. Cuando su marido la instaló a mi lado, me puse muy contenta. Nos hemos pasado charlando todo el viaje. Bueno, ¿y tú? Dicen que… *vous filez le parfait amour. Tant mieux, mon cher, tant mieux*.[16]

—No sé de qué estás hablando, *maman* —respondió el hijo con frialdad—. Bueno, *maman*, vamos.

Karénina volvió a entrar en el compartimento para despedirse de la condesa.

—Bueno, condesa, usted ha encontrado a su hijo y yo a mi hermano —dijo con voz alegre—. Por lo demás, había agotado todas mis historias. No habría podido contarle nada más.

—No lo creo, querida —dijo la condesa, cogiéndole la mano—. Podría dar la vuelta al mundo en su compañía sin aburrirme. Es usted una de esas mujeres simpáticas con las que resulta tan agradable hablar como callar. Y en cuanto a su hijo, le ruego que no se preocupe. Es imposible no separarse alguna vez.

Anna Karénina seguía inmóvil, muy erguida, y sonreía con los ojos.

—Anna Arkádevna tiene un hijo de ocho años —le explicó la condesa a Vronski—. Por lo visto, no se ha separado nunca de él, y está muy apenada de haberlo dejado.

—Sí, la condesa y yo hemos estado hablando todo el tiempo, yo de mi hijo y ella del suyo —dijo Anna Karénina, y de nuevo una sonrisa iluminó su rostro, una sonrisa llena de ternura, en este caso dirigida a él.

—Se habrá aburrido usted mucho —dijo Vronski, cogiendo al vuelo, como si de una pelota se tratase, la coquetería que le había lanzado.

Pero al parecer ella no tenía intención de proseguir la conversación en ese tono, porque se volvió a la anciana condesa y añadió:

—*Le* estoy muy agradecida. El día de ayer pasó sin que me diera cuenta. Adiós,

condesa.

Adiós, amiga mía —respondió la condesa—. Deje que le bese esa cara tan bonita. Con toda la franqueza que me concede la edad, le digo que le he cobrado cariño.

A pesar de que era una frase trillada, Anna Karénina, por lo visto, creyó en su sinceridad y se alegró al oírla. Se ruborizó, se inclinó ligeramente, acercó el rostro a los labios de la condesa, se enderezó de nuevo y, con esa sonrisa suya que parecía flotar entre los labios y los ojos, tendió su pequeña mano a Vronski, que se la estrechó lleno de felicidad, concediendo una gran importancia a la energía y fuerza de ese gesto. Anna Karénina salió con paso rápido y sorprendentemente ligero, teniendo en cuenta la redondez de sus formas.

—Es muy simpática —dijo la anciana.

Lo mismo pensaba el hijo. La siguió con los ojos, sin dejar de sonreír, hasta que su graciosa figura se perdió de vista. Contempló por la ventana como se acercaba a su hermano, le cogía del brazo y le contaba algo con animación, probablemente alguna anécdota que no tenía la menor relación con él. Esa idea le contrarió.

—Entonces, *maman*, ¿estás completamente bien? —volvió a preguntar, volviéndose hacia su madre.

Muy bien, estupendamente. Alexandre ha sido muy amable. Y Marie se ha puesto muy guapa. Es una mujer muy interesante.

Y de nuevo se puso a hablarle de los asuntos que más le preocupaban: del bautizo de su nieto, razón por la que había viajado a San Petersburgo, y de la particular benevolencia que el soberano testimoniaba a su hijo mayor.

—Ahí está Lavrenti —dijo Vronski, mirando por la ventana—. Podemos irnos ya, si te parece bien.

El viejo mayordomo, que había viajado con la condesa, entró para anunciar que todo estaba listo. La condesa se levantó para salir.

Vamos, ya no hay mucha gente —dijo Vronski.

La doncella se hizo cargo del bolso y del perrito, mientras el mayordomo y un mozo llevaban los demás bultos. Vronski tomó del brazo a su madre; pero, cuando se disponían a apearse del vagón, pasaron corriendo varias personas con cara de susto, entre ellas el jefe de estación con su gorra de color tan especial. Por lo visto, había sucedido algo insólito. Los pasajeros del tren volvían corriendo.

—¿Qué?… ¿Qué?… ¿Dónde?… ¡Se ha tirado!… ¡Le ha aplastado!… —decían algunas voces.

Stepán Arkádevich y su hermana, cogidos del brazo, volvían también, con expresión asustada. Sorteando a la gente que se agolpaba en el andén, se detuvieron al pie de la puerta del vagón.

Las señoras volvieron a subir al tren, mientras Vronski y Stepán Arkádevich se acercaron a los que pasaban para enterarse de los detalles del accidente.

El guardavías, ya porque estuviese borracho o demasiado abrigado para protegerse del intenso frío, no oyó retroceder al tren, que lo había arrollado.

Antes de que regresaran Vronski y Stepán Arkádevich, las señoras ya se habían enterado de todos esos pormenores por boca del mayordomo.

Stepán Arkádevich y Vronski vieron el cadáver mutilado. A Oblonski, por lo visto, le causó una enorme impresión. Fruncía el ceño y parecía a punto de echarse a llorar.

—¡Ah, qué horror! ¡Ah, Anna, si lo hubieras visto! ¡Ah, qué horror! —repetía.

Vronski guardaba silencio. La expresión de su hermoso rostro era grave, pero denotaba un completo dominio de sí mismo.

—¡Ah, si lo hubiera visto usted, condesa! —dijo Stepán Arkádevich—. Y su mujer está allí… Da pena verla… Se arrojó sobre el cadáver. Dicen que era el único sostén de una familia numerosa. ¡Qué horror!

—¿Y no se podría hacer algo por ella? —preguntó Anna Karénina en un susurro, muy agitada.

Vronski la miró y acto seguido se apeó del vagón.

—Ahora mismo vuelvo, *maman* —dijo desde la portezuela.

Al cabo de unos minutos, cuando regresó, Stepán Arkádevich hablaba ya con la condesa de una cantante nueva, mientras ésta miraba con impaciencia la portezuela, en espera de que apareciera su hijo.

—Ahora podemos irnos —dijo Vronski, nada más entrar.

Se apearon todos juntos. Vronski iba delante con su madre. Detrás, Anna Karénina con su hermano. Cerca ya de la salida, los alcanzó el jefe de estación, que corría detrás de Vronski.

—Le ha entregado usted doscientos rublos a mi ayudante. ¿Sería usted tan amable de decirme para quién son?

—Para la viuda —dijo Vronski, encogiéndose de hombros—. No entiendo qué necesidad hay de preguntarlo.

—¿Ha dado usted esa cantidad? —gritó Oblonski a sus espaldas y, apretando el brazo de su hermana, añadió—: ¡Muy bien, muy bien! ¿No es verdad que es un muchacho encantador? Mis respetos, condesa.

Y se detuvo para ayudar a su hermana a buscar a la doncella.

Cuando salieron de la estación, el carruaje de los Vronski ya había partido. Las personas con las que se cruzaban seguían hablando de lo sucedido.

—¡Una muerte horrible! —dijo un señor al pasar a su lado—. Según dicen, quedó partido en dos.

—Al contrario. Me parece una muerte muy sencilla, casi instantánea —replicó otro.

—¿Cómo es posible que no tomen medidas? —decía un tercero.

Anna Karénina se sentó en el coche, y Stepán Arkádevich vio con sorpresa que sus labios temblaban y que a duras penas lograba contener las lágrimas.

—¿Qué te pasa, Anna? —le preguntó, cuando ya se habían alejado unos metros.

—Es un mal presagio —respondió ella.

—¡Qué bobada! —dijo Stepán Arkádevich—. Has llegado, que es lo más importante. No puedes imaginarte cuántas esperanzas he puesto en ti.

—¿Hace mucho que conoces a Vronski? —preguntó ella.

—Sí. ¿Sabes?, es posible que se case con Kitty.

—¿De veras? —dijo Anna en voz baja—. Bueno, ahora hablemos de ti —añadió, moviendo la cabeza, como si quisiera expulsar físicamente un pensamiento superfluo e inoportuno—. Háblame de tus asuntos. Recibí tu carta, y aquí me tienes.

—Sí, en ti tengo puestas todas mis esperanzas —dijo Stepán Arkádevich. —Bueno, cuéntamelo todo.

Y Stepán Arkádevich se puso a relatarle lo que había sucedido. Al llegar a casa, Oblonski ayudó a su hermana a apearse, suspiró, le apretó la mano y se dirigió a su oficina.

XIX

Cuando Anna entró, Dolly se hallaba en la salita con un muchacho rubio y gordito, que ya se parecía a su padre, y le tomaba la lección de francés. El niño leía, dando vueltas en la mano a un botón medio desprendido de la chaqueta, que trataba de arrancar. Su madre le había apartado la mano regordeta varias veces, pero él seguía insistiendo. Entonces Dolly lo arrancó y se lo guardó en el bolsillo.

—Deja las manos quietas, Grisha —dijo, y retomó su labor: estaba tejiendo una colcha que había empezado hacía mucho tiempo, y de la que siempre se ocupaba en los momentos difíciles. Trabajaba con movimientos nerviosos, marcando los puntos con los dedos y contándolos. Aunque le había dicho a su marido la víspera que no le importaba lo más mínimo la llegada de su hermana, se había preparado para recibirla y la esperaba con emoción.

Aunque estaba abatida, destrozada por la pena, Dolly se acordó de que Anna era la esposa de uno de los personajes más importantes de San Petersburgo, así como una *grande dame* petersburguesa. Gracias a esa circunstancia, no cumplió lo que le había dicho a su marido, es decir, no se olvidó de la llegada de su cuñada. «A fin de cuentas, Anna no tiene la culpa de nada —pensaba—. No puedo decir nada malo de ella, y, en lo que a mí se me refiere, sólo me ha demostrado cariño y amistad.» Bien es verdad que, si su memoria no la engañaba, la casa de los Karenin en San Petersburgo no le había causado una buena impresión. Se apreciaba algo falso en la vida de aquella familia. «¿Por qué no iba a recibirla? ¡Con tal de que no se le ocurra consolarme! —se decía Dolly—. He pensado cientos de veces en todos esos consuelos, en todas esas admoniciones, en todas esas llamadas al perdón cristiano, pero nada de eso sirve de ayuda.»

Dolly había pasado esos días sola con sus hijos. No le apetecía hablar de su desgracia, y con ese peso en el corazón le era imposible tratar de cosas irrelevantes. Sabía que, de un modo u otro, acabaría contándoselo todo a Anna, y la alegría de poder sincerarse con alguien alternaba con la rabia que le producía la necesidad de mostrar su humillación ante la hermana de su marido y de escuchar esas frases manidas de consuelo y esas exhortaciones.

No dejaba de mirar el reloj, esperando la llegada de su cuñada de un momento a otro, pero, como suele suceder en tales casos, estaba tan pendiente del momento que ni siquiera oyó el timbre.

Al percibir el frufrú de un vestido y el rumor de unos pasos ligeros al lado mismo de la puerta, se volvió, y su cara extenuada no expresó alegría, como habría deseado, sino sorpresa.

—¿Cómo? ¿Ya has llegado? —le dijo, besándola.

—¡Dolly, cuánto me alegro de verte!

—Y yo también —respondió ésta con una leve sonrisa, tratando de averiguar, por la expresión de Anna, si estaba enterada de lo sucedido. «Seguro que lo sabe», pensó, al reparar en la mirada compasiva de su cuñada—. Bueno, vamos. Te acompaño a tu habitación —prosiguió, tratando de aplazar lo más posible el momento de la explicación.

—¿Este es Grisha? ¡Dios mío, cómo ha crecido! —dijo Anna y, después de dar un beso al niño, añadió, sin apartar los ojos de Dolly y ruborizándose—: No, quedémonos mejor aquí.

Se quitó el chal y, como el sombrero se le había enganchado en un mechón de sus cabellos negros y rizados, se desembarazó de él sacudiendo la cabeza.

—¡Se ve que rebosas felicidad y salud! —dijo Dolly casi con envidia.

—¿Yo?… Sí —dijo Anna—. ¡Dios mío, si es Tania! Tiene la misma edad que mi Seriozha —añadió, refiriéndose a la niña que acababa de entrar, a la que cogió en brazos y dio un beso—. ¡Un encanto de niña! ¡Un encanto! Enséñamelos a todos.

Se acordaba no sólo del nombre y la edad exacta de cada uno, sino también del carácter y las enfermedades que habían tenido. Como no podía ser menos, Dolly apreció esa atención.

—Bueno, vamos a verlos —dijo—. Lástima que Vasia esté dormido.

Después de ver a los niños, se dirigieron las dos solas al salón para tomar una taza de café. Anna extendió la mano hacia la bandeja, pero en seguida la apartó.

—Dolly —dijo—, Stepán me lo ha contado todo.

Dolly la miró con frialdad. Esperaba esas frases de falsa compasión, pero Anna no recurrió a ellas.

—¡Dolly, querida! —añadió—. No quiero defenderle ni consolarte, porque me parece imposible. Déjame sólo que te diga, querida, que te compadezco con toda mi alma.

En sus brillantes ojos, coronados por las espesas pestañas, aparecieron de pronto unas lágrimas. Se sentó más cerca de su cuñada y le cogió la mano con la suya enérgica y menuda. Dolly no la retiró, pero su semblante seguía siendo bastante severo.

—Es inútil consolarme —dijo—. ¡Después de lo que ha pasado, todo está perdido, todo!

Pero, nada más pronunciar esas palabras, la expresión de su rostro se dulcificó. Anna llevó a sus labios la mano delgada y seca de Dolly y la besó.

—Pero, Dolly, ¿qué se puede hacer? ¿Qué? —preguntó—. ¿Cuál es el mejor modo de acabar con esta horrible situación? En eso es en lo que hay que pensar.

—Todo ha terminado, así de simple —dijo Dolly—. Y lo peor de todo es que no puedo dejarlo, ¿entiendes? Estoy atada por los niños. Y no puedo seguir viviendo con él. Sólo verlo es un martirio.

—Dolly, querida, Stepán me ha contado su versión, pero me gustaría oír también la tuya. Cuéntamelo todo.

Dolly le dirigió una mirada inquisitiva, y por la expresión de su cara se dio cuenta de que su compasión y su cariño eran sinceros.

—Bueno —exclamó de pronto—. Pero tendré que empezar por el principio. Ya sabes cómo me casé. Por culpa de la educación de *maman*, no sólo era inocente, sino también estúpida. No sabía nada. Dicen que los maridos suelen hablarles a sus mujeres de su vida de solteros, pero Stiva… —se corrigió—, pero Stepán Arkádevich no me contó nada. No vas a creerme, pero hasta ahora pensaba que yo era la única mujer que había conocido. Así he vivido ocho años. Debes tener en cuenta que no sólo no sospechaba que me fuese infiel, sino que consideraba imposible esa posibilidad. Y figúrate, con esas ideas, me entero de pronto de todo ese horror, de toda esa vileza… Entiéndeme. Estaba plenamente convencida de mi felicidad, y de repente… —prosiguió, conteniendo los sollozos— recibo una carta… una carta de él dirigida a su amante, a la institutriz de mis hijos. ¡Ah, es demasiado horrible! —Sacó apresuradamente un pañuelo y se cubrió la cara—. Puedo entender que en un momento de pasión… —continuó, después de una pausa—, pero engañarme con esa premeditación y esa malicia… ¿Y con quién?… Cuando pienso que ha seguido siendo mi marido mientras tenía relaciones con ella… ¡Qué espanto! Tú no puedes comprenderlo…

—¡Ah, sí, claro que lo comprendo, querida Dolly! ¡Lo comprendo muy bien! —dijo Anna, apretándole la mano.

—¿Y crees que se da cuenta de todo el horror de mi situación? —prosiguió Dolly—. ¡En absoluto! Está feliz y contento.

—¡No! —la interrumpió Anna en cuanto oyó ese último comentario—. Da pena verlo. Los remordimientos no le dan tregua.

—Pero ¿es capaz de sentir remordimientos? —la interrumpió Dolly a su vez, examinando con atención el rostro de su cuñada.

—Sí, lo conozco. Da pena verlo. Ambas lo conocemos. Es bueno, pero también orgulloso, y ahora se siente humillado. Lo que más me ha impresionado —Anna adivinó lo que más podía conmover a Dolly— es que le atormentan dos cosas: se avergüenza delante de los niños y lamenta haberle causado esta pena tan enorme, porque te ama; sí, te ama más que a nadie en el mundo —se apresuró a añadir, viendo que Dolly se disponía a hacer alguna objeción—. «No, no, no me perdonará nunca», repite sin cesar.

Dolly había apartado la mirada y escuchaba con aire pensativo.

—Sí, me doy cuenta de que su situación es horrible. El culpable siempre sufre más que el inocente —dijo—, siempre que sea consciente de que es el causante de toda la desdicha. Pero ¿cómo perdonarle? ¿Cómo puedo volver a ser su mujer

después de la relación que ha tenido con ella? Vivir con mi marido bajo el mismo techo será un suplicio para mí precisamente porque sigo profesándole el mismo cariño de siempre… —Los sollozos le impidieron continuar. Pero, como hecho a propósito, cada vez que se ablandaba un poco, volvía a lo que más indignación le causaba—. Ella es joven y bonita —prosiguió—. ¿Comprendes, Anna, quién me ha arrebatado mi juventud y mi belleza? Él y sus hijos. Lo he sacrificado todo por él, y en ese empeño he perdido todo lo mío. Ahora, claro, prefiere a una mujer más lozana, aunque sea vulgar. Seguro que han hablado de mí, o peor aún, ni siquiera me han tenido en cuenta. ¿Entiendes? —De nuevo brilló en sus ojos una llamarada de odio—. ¿Qué va a decirme después de lo que ha pasado? ¿Acaso puedo creerle? Nunca. No, todo ha terminado, todo lo que constituía el consuelo y la recompensa por el trabajo, por los sufrimientos… ¿Podrás creerme? Hace un momento estaba dándole clase a Grisha. Antes esa ocupación me gustaba, ahora se ha convertido en un tormento. ¿Para qué tanto esfuerzo? ¿Para qué tanto trabajo? ¿Qué falta me hacen los niños? Lo más terrible es que en mi alma, de pronto, todo está patas arriba; en lugar del amor y la ternura de antaño, sólo siento ira por él; sí, ira. Podría matarle y…

—Dolly, cariño, te comprendo, pero no te atormentes. Estás tan alterada, tan ofendida que muchas cosas no las ves a su verdadera luz.

Dolly se calmó, y ambas guardaron silencio unos minutos.

—¿Qué puedo hacer, Anna? Piensa algo, ayúdame. Llevo días dándole vueltas a la cabeza y no he podido encontrar ninguna solución.

A Anna no se le ocurría ninguna salida, pero su corazón respondía a cada palabra, a cada gesto de su cuñada.

—Sólo te diré una cosa —dijo Anna—: soy su hermana y conozco su carácter, esa facilidad para olvidarse de todo —en ese punto se tocó la frente—, esa capacidad para sucumbir a los mayores arrebatos y también para entregarse al más sincero arrepentimiento. En estos momentos no entiende, no le entra en la cabeza, cómo ha podido hacer lo que ha hecho.

—¡Ah, no, lo comprende! ¡Ya lo creo que lo comprende! —la interrumpió Dolly —. ¿Y yo?… Te olvidas de mí… ¿Acaso supone eso algún alivio para mí?

—Espera. Reconozco que, cuando me habló, yo no era consciente de todo el horror de tu situación. Sólo lo veía a él, y una familia destrozada Me dio lástima. Pero ahora, al hablar contigo, veo las cosas de un modo distinto, como mujer que soy. Me hago cargo de tus sufrimientos y siento una pena indecible por ti. Dolly, querida, entiendo perfectamente el dolor que sientes, pero hay una cosa que no sé: no sé… no sé cuánto amor por él alberga todavía tu alma. Sólo tú puedes saber si lo amas lo bastante para poder perdonarlo. ¡Si puedes, perdónalo!

—No —objetó Dolly, pero Anna la interrumpió, besándole otra vez la mano.

—Conozco el mundo mejor que tú —dijo—. Sé cómo se comportan en tales

casos las personas como Stiva. Dices que habrá hablado de ti con *ella*. No lo creo. Esos hombres pueden cometer infidelidades, pero su mujer y su hogar son sagrados para ellos. En el fondo, desprecian a esas mujeres y no les permiten que interfieran en su vida familiar. Es como si marcaran una línea infranqueable entre ellas y su familia. Yo no puedo entenderlo, pero es así.

—Sí, pero la ha besado…

—Dolly, espera, querida. He visto a Stiva en sus tiempos de enamorado. Recuerdo los días en que venía a verme y lloraba al hablar de ti. ¡Qué imagen tan elevada y poética de tu persona se había forjado! También sé que, a lo largo de todos estos años de vida en común, su admiración no ha dejado de crecer. Hasta le gastábamos bromas porque, a cada palabra, añadía: «Dolly es una mujer maravillosa». Has sido y sigues siendo para él una especie de divinidad, mientras que ese capricho de ahora no es más que un arrebato pasajero…

—Pero ¿y si ese arrebato se repite?

—No me parece posible…

—¿Tú le perdonarías?

—No lo sé. No puedo juzgar… O sí, claro que puedo —dijo Anna, al cabo de unos momentos de reflexión. Y después de sopesar íntimamente la situación, añadió —: Sí, podría hacerlo. Le perdonaría. No sería la misma, desde luego, pero le perdonaría. Y le perdonaría de una vez por todas, como si no hubiera sucedido nada, absolutamente nada.

—Naturalmente, de otro modo no podría hablarse de perdón —la interrumpió Dolly, expresando una idea en la que, por lo visto, había pensado más de una vez—. Si se perdona, hay que perdonar del todo. Bueno, vamos, te llevaré a tu habitación —añadió, poniéndose en pie. Por el camino la abrazó—. Querida mía, ¡cuánto me alegro de que hayas venido! ¡Cuánto me alegro! Me siento mejor, mucho mejor.

XX

Anna no salió en todo el día de casa de los Oblonski y se negó a recibir a las personas que, enteradas de su llegada, fueron a verla. Pasó la mañana entera con Dolly y con los niños. Lo único que hizo, aparte de eso, fue enviar una notita a su hermano para pedirle que fuera a comer a casa sin falta. «Ven. Dios es misericordioso», escribió.

Oblonski comió en casa. En medio de la conversación general, su mujer le dirigió la palabra y le tuteó, algo que no había hecho esos últimos días. Las relaciones entre marido y mujer seguían siendo distantes, pero ya no se hablaba de separación, y Stepán Arkádevich vislumbraba la posibilidad de una explicación y una reconciliación.

Justo después de la comida llegó Kitty. Como apenas conocía a Anna Arkádevna, le preocupaba cómo la recibiría esa gran dama petersburguesa, a la que todo el mundo alababa. Pero en seguida se dio cuenta de que le había caído bien. Era evidente que Anna admiraba su juventud y su belleza, y, antes de que Kitty pudiera recobrarse, no sólo se encontró bajo su influjo, sino que quedó prendada de ella, como es común en las muchachas jóvenes con las mujeres casadas y de más edad. Anna no parecía una dama de la alta sociedad ni la madre de un niño de ocho años, sino más bien, a juzgar por la agilidad de sus movimientos y la frescura y animación de su cara, que tan pronto se reflejaba en su mirada como en su sonrisa, una jovencita veinteañera, de no ser por la expresión seria e incluso triste de sus ojos, que sorprendió y cautivó a Kitty, pues se daba cuenta de que era una mujer sencilla, que no ocultaba nada, pero que estaba en posesión de un mundo más elevado, poético y complejo para ella inaccesible.

Después de la comida, cuando Dolly se retiró a su habitación, Anna se puso rápidamente en pie y se acercó a su hermano, que estaba encendiendo un cigarrillo.

—Stiva —le dijo, guiñando alegremente los ojos, santiguándole y señalandole la puerta—, ve y que Dios te ayude.

Oblonski entendió sus palabras, arrojó el cigarrillo y salió.

Entonces Anna volvió a sentarse en el sofá, rodeada de niños. Ya fuera porque se dieran cuenta de que su madre tenía cariño a la tía o porque percibieran su especial atractivo, el caso es que los dos mayores, y a continuación también los más pequeños, como es norma con los chiquillos, se habían pegado a ella ya antes de la comida, y a partir de ese momento no la habían dejado tranquila. Entre ellos se estableció una especie de juego, que consistía en acercarse cada vez más, tocarla, cogerle la pequeña mano, besarla, jugar con su anillo o al menos rozar el volante de su vestido.

—Bueno, bueno, vamos a sentarnos como antes —dijo Anna, ocupando de nuevo su sitio.

Grisha volvió a deslizar la cabeza bajo el brazo de su tía, y la apoyó en su vestido,

lleno de orgullo y felicidad.

—¿Cuándo se celebrará el próximo baile? —preguntó Anna, dirigiéndose a Kitty.

—La semana que viene, y será un baile estupendo. Uno de esos bailes en los que una siempre se divierte.

—¿Existen bailes en los que una siempre se divierte? —dijo Anna con cierta ironía, pero también con ternura.

—Pues sí, por extraño que pueda parecer. En casa de los Bobríschev siempre lo pasamos bien, y también en la de los Nikitin; en cambio en la de los Mezhkov siempre se aburre una. ¿No lo ha notado usted?

—No, bonita. Para mí ya no existen esos bailes en los que una siempre se divierte —contestó Anna, y Kitty vio en sus ojos ese mundo desconocido que le estaba vedado—. Para mí ya sólo hay bailes más o menos enojosos y aburridos…

—¿Cómo puede aburrirse *usted* en un baile?

—¿Y por qué no iba a aburrirme *yo* en un baile? —preguntó a su vez Anna.

Kitty se dio cuenta de que Anna sabía de antemano lo que iba a responderle.

—Porque usted es siempre la más guapa de todas.

Anna, que se ruborizaba con facilidad, enrojeció al oír esas palabras.

—En primer lugar, no es verdad; y en segundo, aunque lo fuera, ¿de qué me valdría?

—¿Acudirá a ese baile? —preguntó Kitty.

—Supongo que no me quedará otro remedio. Toma, cógela —dijo, quitándose una sortija que le quedaba algo holgada y entregándosela a Tania, que había intentado sacársela del dedo blanco y afilado.

—Me alegrará mucho que vaya usted. Tengo muchos deseos de verla en un baile.

—En ese caso, si al final tengo que ir, me consolaré pensando que eso le causa algún placer… Grisha, por favor, no me tires del pelo, que ya estoy bastante despeinada —dijo, ajustándose un mechón con el que el niño estabajugando.

—Me la imagino en el baile vestida de color lila.

—¿Y por qué precisamente de color lila? —preguntó Anna con una sonrisa—. Bueno, niños, fuera de aquí. ¿Es que no oís que Miss Hull os está llamando para tomar el té? —dijo, apartando a los niños y señalándoles la puerta del comedor—. Ya sé por qué quiere usted que vaya a ese baile. Espera usted mucho de esa velada y desea que todo el mundo sea testigo de su triunfo.

—Pues sí. ¿Cómo lo sabe?

—¡Ah, qué feliz edad la suya! —prosiguió Anna—. Aún me acuerdo de esa bruma azulada, parecida a la de las montañas de Suiza, que recubre todas las cosas en esa época dichosa en que se está a punto de salir de la infancia, cuando ese círculo, enorme, despreocupado y feliz, se va convirtiendo en un camino cada vez más estrecho, en un desfiladero en el que entramos con una mezcla de angustia y alegría, a

pesar de que nos parece fascinante y luminoso… ¿Quién no ha pasado por eso?

Kitty sonreía sin decir palabra. «Pero ¿cómo habrá pasado ella por esa situación? ¡Lo que daría por conocer su historia de amor!», pensaba Kitty, recordando el aspecto nada poético de Alekséi Aleksándrovich, su marido.

—Me he enterado de algunas cosas por boca de Stiva. La felicito. El joven me ha gustado mucho —prosiguió Anna—. Coincidí con Vronski en la estación de ferrocarril.

—¡Ah! ¿Estaba allí? —preguntó Kitty, ruborizándose—. ¿Y qué es lo que le ha contado Stiva?

—Pues todo. Y no sabe cómo me alegraría. Ayer hice el viaje con la madre de Vronski —continuó—, y no dejó de hablarme de él. Es su predilecto. Ya sé lo parciales que son las madres, pero…

—¿Y qué le contó?

—¡Ah, muchas cosas! No cabe duda de que es su predilecto, pero aun así se ve que es un caballero… Por ejemplo, me contó que había querido ceder toda su fortuna a su hermano, y que siendo todavía un niño había realizado toda una hazaña: salvar a una mujer de morir ahogada. En resumidas cuentas, que es un héroe —dijo Anna, sonriendo y acordándose de los doscientos rublos que Vronski había dado en la estación.

Pero no mencionó esa anécdota. Por alguna razón, su recuerdo le causaba cierto malestar. Sentía que era algo que la concernía muy de cerca, algo que no tendría que haber sucedido.

—Me pidió encarecidamente que la visitara —prosiguió Anna—. Y para mí será un gran placer volver a ver a esa viejecita. Creo que iré mañana… bueno, gracias a Dios, Stiva lleva un buen rato en la habitación de Dolly— agregó Anna, cambiando de tema y poniéndose en pie, molesta por algo, según le pareció a Kitty.

—¡No! ¡Yo primero! ¡Yo! —gritaban los niños que, nada más terminar el té, salieron disparados hacia la habitación en la que estaba su tía Anna.

—¡Todos juntos! —exclamó ella.

Y, echándose a reír, corrió al encuentro de esa bandada de niños bulliciosos, que chillaban entusiasmados, los abrazó y los revolcó por el suelo.

XXI

Cuando sirvieron el té para los mayores, Dolly salió sola de su habitación. Stepán Arkádevich debía de haberse marchado por la puerta trasera.

—Temo que pases frío allí arriba —observó Dolly, dirigiéndose a Anna—. Quiero que te instales aquí. Así estaremos más cerca.

—¡Ah, por favor, no te preocupes por mí! —respondió Anna, escudriñando el rostro de Dolly en busca de señales que le permitieran averiguar si se había producido la reconciliación.

—Aquí tendrás más luz —añadió la cuñada.

—Te aseguro que duermo como un lirón en cualquier sitio.

—¿Qué pasa? —preguntó Stepán Arkádevich, saliendo de su despacho y dirigiéndose a su mujer.

Por el tono, Anna y Kitty comprendieron inmediatamente que se habían reconciliado.

—Quiero que Anna se instale abajo, pero necesitaría cambiar las cortinas. Nadie sabrá hacerlo, así que tendré que hacerlo yo misma —le contestó Dolly.

«¿Se habrán reconciliado del todo?», pensó Anna, al oír el tono frío y sereno de su cuñada.

—Ah, Dolly, deja de buscarte complicaciones —dijo Stepán Arkádevich—. Si quieres, yo me ocuparé de todo…

«Sí, seguro que se han reconciliado», pensó Anna.

—Sí, ya sé cuál es tu forma de resolver las cosas —respondió Dolly—. Le darás a Matvéi un encargo imposible de cumplir, te marcharás, y él acabará haciéndolo todo al revés —objetó Dolly, y esa sonrisa irónica que le era tan propia frunció la comisura de sus labios.

«Completa, una reconciliación completa —concluyó Anna—. ¡Gracias a Dios!», y, llena de contento por haber sido la causa de ese feliz desenlace, se acercó a Dolly y le dio un beso.

—Nada de eso. ¿Por qué nos desprecias de ese modo a Matvéi y a mí? —dijo Stepán Arkádevich, con una sonrisa apenas perceptible, dirigiéndose a su mujer.

Dolly pasó toda la tarde gastándole pequeñas bromas a su marido, como era su costumbre; éste, por su parte, se mostró contento y satisfecho, aunque trataba de refrenarse, para dar a entender que, a pesar de que le habían perdonado, no había olvidado su culpa.

Alrededor de la mesa de té se había entablado una conversación especialmente agradable y animada, pero a las nueve y media se produjo un acontecimiento en apariencia trivial, pero que, por alguna razón, a todos les pareció extraño. Hablaban de unos amigos comunes de San Petersburgo, cuando Anna de pronto se levantó.

—Tengo un retrato suyo en mi álbum —dijo—. Por cierto, voy a enseñaros a mi Seriozha —añadió con una sonrisa de orgullo maternal.

Solía darle las buenas noches a su hijo a eso de las diez, y a menudo lo acostaba ella misma antes de ir a algún baile. Por eso, al acercarse esa hora, se sintió triste de estar tan lejos de él. Cualquiera que fuera el tema que abordasen, ella seguía pensando en su hijito de cabellos rizados. Le apetecía hablar de él y contemplar su fotografía. Aprovechando la primera oportunidad, se puso en pie y, con sus andares ligeros y decididos, se fue a buscar el álbum. La escalera que conducía a su habitación partía del caldeado descansillo de la escalinata principal.

En el momento en que salía del salón, sonó la campanilla en el recibidor.

—¿Quién puede ser? —dijo Dolly.

—Es demasiado pronto para que vengan a buscarme y demasiado tarde para una visita —observó Kitty.

Probablemente vienen a traerme algún documento —terció Stepán Arkádevich.

En el momento en que Anna atravesaba el descansillo, un criado subía a toda prisa para anunciar al recién llegado, que esperaba al pie de una lampara. Anna echó un vistazo y reconoció en el acto a Vronski. Un extraño sentimiento de miedo y alegría estremeció su corazón. Vronski estaba de pie, con el abrigo puesto, y sacaba algo del bolsillo. En el preciso instante en el que Anna llegaba a la mitad del descansillo, el joven levantó los ojos y, al verla, su rostro adoptó una expresión asustada y confusa. Anna le saludó con una ligera inclinación de cabeza y siguió su camino. A continuación se oyó el vozarrón de Stepán Arkádevich, que invitaba a su amigo a que subiera, y el tono reposado y sereno con que éste rehusaba.

Cuando Anna regresó con el álbum, Vronski ya no estaba. Stepán Arkádevich le explicó que había venido para hablar de una cena que iban a dar al día siguiente en honor de una celebridad de paso.

—Pero no ha querido entrar por nada del mundo. Qué tipo tan extraño —añadió.

Kitty se ruborizó. Pensaba que sólo ella comprendía la razón por la que Vronski había venido y se había negado a entrar. «Habrá estado en nuestra casa —pensaba—, y, al no encontrarme allí, habrá supuesto que estaba aquí. Pero no ha querido entrar por lo tarde que es y por la presencia de Anna.»

Después de intercambiar miradas en silencio, se pusieron a hojear el álbum de Anna.

No tenía nada de extraño ni de particular que alguien visitara a un amigo a las nueve y media de la noche para recabar detalles de una comida que habían planeado y no quisiera entrar en el salón; pero a todos les sorprendió ese proceder, en especial a Anna, que lo juzgó incomprensible e improcedente.

XXII

El baile acababa de empezar cuando Kitty y su madre subieron la gran escalera inundada de luz, repleta de flores y lacayos con pelucas empolvadas y libreas rojas. De las salas llegaba un murmullo acompasado, semejante al de una colmena. Mientras se arreglaban el peinado y el vestido delante del espejo del descansillo, entre macetas con altos arbustos, oyeron los sones delicados y precisos de los violines, que atacaban el primer vals. Un anciano vestido de paisano, que había estado acicalándose las patillas grises delante de otro espejo y que despedía un penetrante olor a perfume, se topó con ellas en la escalera y les cedió el paso, admirando, sin duda, a Kitty, a quien no conocía. Un joven imberbe, uno de esos muchachos de la alta sociedad a quienes el viejo príncipe Scherbatski llamaba «cachorros», vestido con un chaleco muy escotado, las saludó al pasar, mientras se arreglaba la corbata blanca; después de subir unos peldaños, se dio la vuelta e invitó a Kitty para la cuadrilla. Como la primera la tenía comprometida con Vronski, le concedió la segunda. Un militar, que se estaba abotonando el guante y atusándose el bigote al lado de la puerta, miró fascinado a la sonrosada Kitty.

A pesar de que el vestido, el peinado y todos los preparativos para el baile le habían costado a Kitty grandes esfuerzos y preocupaciones, entraba en la sala con total naturalidad y sencillez, con su complicado vestido de tul con forro rosa, como si todas las rosetas, encajes y demás aderezos de su atavío no le hubiesen costado ni a ella ni a los suyos un solo minuto de atención, como si hubiera nacido con ese vestido de tul, con esos encajes, con ese peinado alto, rematado por una rosa con dos hojas.

Antes de entrar en la sala, la vieja princesa quiso arreglarle el cinturón del vestido, que se le había enredado, pero Kitty retrocedió unos pasos. Sabía que todo le iba a las mil maravillas y que no era necesario retocar nada.

Era uno de esos días en que todo le salía a la perfección. El vesüdo no le molestaba en ninguna parte, la berta de encaje estaba en su sitio, las losetas no se habían chafado ni descosido, sus zapatitos rosas de tacón alto y curvado, lejos de apretarle, parecían acariciar su pie. Las espesas trenzas de cabellos rubios se sostenían sobre su cabeza como si fueran naturales. Los tres botones de los guantes largos, que se ajustaban a sus brazos, se habían abrochado sin desgarrarse ni perder la forma. La cinta de terciopelo negro de su medallón le ceñía el cuello con especial encanto. Esta cinta era tan delicada que ya en casa, cuando se contempló en el espejo, le pareció que casi hablaba. Podía albergar alguna duda sobre el resto de su atavío, pero esa cinta era una preciosidad. Kitty sonrió también ahora, cuando la vio reflejada en uno de los espejos de la sala. En sus hombros y brazos desnudos sentía esa frialdad del mármol que tanto le gustaba. Sus ojos brillaban; consciente de su atractivo, no podía evitar que una sonrisa asomara a sus rojos labios. Apenas había tenido tiempo

de entrar en la sala y acercarse a un colorido grupo de señoras cubiertas de gasas, cintas y encajes, que esperaban a que las sacasen a bailar (Kitty nunca había tenido necesidad de pasar mucho tiempo en esa compañía), cuando la invitó a bailar el vals nada menos que el caballero de mayor jerarquía en las artes de la danza, Yegórushka Korsunski, célebre director de bailes y maestro de ceremonias, hombre casado, apuesto y de buena figura. Acababa de dejar a la condesa Bónina, con quien había dado los primeros pasos del vals, y estaba supervisando su dominio, es decir, a las pocas parejas que bailaban, cuando vio entrar a Kitty. Sin perder un instante, se acercó a ella con ese paso desenvuelto tan propio de los directores de baile y, sin solicitar siquiera su consentimiento, la saludó con una reverencia y alargó el brazo para rodear su esbelto talle. Kitty miró a su alrededor, buscando a alguien a quien poder confiar su abanico; al final, la dueña de la casa lo cogió con una sonrisa.

—Me alegro de que haya llegado puntual —dijo él, rodeándole el talle con el brazo—. No entiendo esa costumbre de llegar tarde.

Doblando el brazo izquierdo, Kitty apoyó la mano en su hombro, y sus piececitos, embutidos en sus zapatos de color rosa, se movieron rápidos, ligeros y rítmicos por el parqué encerado, siguiendo el compás de la música.

—Es un descanso bailar con usted —dijo Korsunski, mientras daban los primeros pasos lentos del vals—. ¡Una maravilla! ¡Qué encanto! ¡Qué *précision*! —añadió, repitiendo las palabras que decía a casi todas sus buenas conocidas.

Kitty sonrió al oír el elogio y siguió examinando la sala por encima del hombro de su compañero. No era una de esas muchachas recién presentadas en sociedad que acaba fundiendo todos los rostros en una impresión mágica, ni tampoco una de esas habituales de los bailes a quien todos los asistentes, demasiado conocidos, sólo inspiran aburrimiento. Kitty se encontraba entre esos dos extremos. Por muy emocionada que estuviera, era capaz de dominarse lo bastante para prestar atención a cuanto la rodeaba. En el rincón de la izquierda se había reunido lo más granado de la sociedad. Allí estaba la esposa de Korsunski, la hermosa Lidie, con un escote de escándalo, acompañada de la dueña de la casa y de Krivin, con su calva reluciente, siempre en busca de las mejores compañías. Los jóvenes miraban en esa dirección, sin atreverse a acercarse. Kitty descubrió también a Stiva y luego la encantadora figura y la cabeza de Anna, que llevaba un vestido de terciopelo negro. También *él* estaba allí. No lo había vuelto a ver desde la velada en que rechazó a Levin. Con sus ojos de présbita lo reconoció en el acto y hasta pudo advertir que la estaba mirando.

—¿Qué, damos una vuelta más? ¿No está usted cansada? —dijo Korsunski, jadeando un poco.

—No, gracias.

—¿Adonde quiere que la lleve?

—Me parece que la señora Karénina está allí… Acompáñeme.

—Como guste.

Korsunski, ralentizando el paso, pero sin dejar de bailar, se dirigió hacia el grupo de la izquierda, repitiendo una y otra vez: *«Pardon, mesdames, pardon, pardon, mesdames»*. Maniobrando entre un mar de encajes, tules y cintas, sin enganchar una sola pluma, dio una vuelta con su pareja, cuyas delgadas piernas con medias transparentes quedaron al descubierto, mientras la cola de su vestido se abría como un abanico y cubría las rodillas de Krivin. Korsunski saludó, se arregló la ancha pechera y ofreció el brazo a Kitty para llevarla hasta Anna Arkádevna. Kitty, ruborizada, apartó la cola de su vestido de las rodillas de Krivin y, un poco mareada, miró a su alrededor, buscando a Anna, que no llevaba un vestido color lila, como tanto había deseado Kitty, sino de terciopelo negro, muy escotado, que dejaba al descubierto sus hombros llenos, que parecían tallados en marfil antiguo, su pecho y sus torneados brazos, con sus pequeñas y delicadas manos. Todo su vestido estaba guarnecido de guipur de Venecia. En medio de sus cabellos morenos, sin ningún postizo, destacaba una pequeña guirnalda de pensamientos, y otra igual engalanaba la cinta negra del talle, entre blancos encajes. Su peinado no tenía nada de particular, más allá de los rebeldes mechones rizados que se le escapaban una y otra vez sobre la nuca y las sienes, y que en cierto modo le servían de adorno. En su cuello firme y bien formado resplandecía un hilo de perlas.

Kitty había visto a Anna a diario, estaba prendada de ella y se la imaginaba siempre vestida de color lila. Ahora, no obstante, al verla de negro, se dio cuenta de que no había apreciado todo su encanto. Era como si la viera bajo una luz completamente nueva e inesperada. Ahora entendía que Anna no podía ponerse un vestido lila, que su encanto consistía precisamente en que su atavío pasaba desapercibido, no eclipsaba su elegancia innata. Así sucedía con ese vestido negro de suntuosos encajes. No era más que un marco: sólo se la veía a ella, sencilla, natural, distinguida, y al mismo tiempo alegre y animada.

Como de costumbre, estaba muy erguida; cuando Kitty se acercó al grupo en el que se encontraba, hablaba con el dueño de la casa, la cabeza ligeramente inclinada.

—No, no seré yo quien arroje la primera piedra —objetaba, en respuesta a algún comentario del anfitrión—, aunque debo decir que no lo entiendo —prosiguió, encogiéndose de hombros, y acto seguido dirigió a Kitty una sonrisa afable y protectora. Después de contemplar su vestido con una fugaz mirada de mujer, hizo un gesto apenas perceptible, pero cuyo significado Kitty entendió a la perfección: lo aprobaba y la encontraba bella—. Ha entrado usted en la sala bailando —añadió.

—Es una de mis mejores colaboradoras —dijo Korsunski, saludando a Anna Arkádevna, a quien no había visto hasta entonces—. La princesa me ayuda a que los bailes sean alegres y agradables. ¿Un vals, Anna Arkádevna? —añadió, inclinándose.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó el dueño de la casa.

—¿Quién no nos conoce a mi mujer y a mí? Somos como los lobos blancos: todo el mundo nos conoce —respondió Korsunski—. ¿Un vals, Anna Arkádevna?

—No bailo cuando puedo evitarlo —respondió ella.

—Pero esta noche es imposible —objetó Korsunski.

En ese momento se acercó Vronski.

—Bueno, en ese caso, bailemos —dijo y, sin prestar atención al saludo de Vronski, puso apresuradamente la mano en el hombro de Korsunski.

«¿Por qué estará disgustada con él?», pensó Kitty, dándose cuenta de que Anna no había respondido al saludo de Vronski de manera deliberada.

Vronski se acercó a Kitty, le recordó que le había prometido la primera cuadrilla y expresó su pesar por no haber tenido el placer de verla en todo ese tiempo. Mientras le escuchaba, Kitty contemplaba embelesada cómo bailaba Anna. Albergaba la esperanza de que Vronski la invitara a ese vals, y, como no lo hizo, le miró sorprendida. Él se ruborizó y se aprestó a ofrecerle su mano, pero, apenas había enlazado el esbelto talle de la joven y dado el primer paso, cesó la música. Kitty, entonces, miró esa cara que tenía tan cerca… Pasaría mucho tiempo, años y años, antes de que fuera capaz de recordar sin que el corazón se le desgarrara de vergüenza, la mirada llena de amor que le dirigió y a la que él no respondió.

—*Pardon*, *pardon*! ¡Un vals, un vals! —gritó Korsunski desde el otro extremo de la sala, y, asiendo a la primera muchacha con la que se topó, se puso a girar con ella.

XXIII

Kitty dio algunas vueltas de vals con Vronski y después se reunió con su madre. Apenas había tenido tiempo de intercambiar unas palabras con la condesa Nordston cuando Vronski fue a buscarla para la primera cuadrilla. Mientras bailaban, no se dijeron nada de particular. Hablaron de los Korsunski, marido y mujer, a los que Vronski describió con bastante gracia como unos niños de cuarenta años, y de un teatro público que se iba a inaugurar; sólo en una ocasión la conversación hirió a Kitty en lo vivo, cuando Vronski le preguntó si Levin había acudido al baile y añadió que le había gustado mucho. Por lo demás, Kitty no esperaba gran cosa de la cuadrilla. En cambio, aguardaba la mazurca con el corazón en vilo. Tenía la impresión de que entonces se decidiría todo. No le preocupó que Vronski no la hubiera invitado para la mazurca mientras bailaban la cuadrilla. Estaba segura de que acabaría haciéndolo, como había sucedido en los bailes anteriores, por eso rechazó cinco proposiciones, pretextando que ya la tenía comprometida. Todo el baile, hasta la última cuadrilla, fue para ella una especie de sueño maravilloso de alegres colores, sonidos y movimientos. Sólo dejaba de bailar cuando se sentía demasiado fatigada. Entonces pedía que la dejaran descansar. Pero, durante la última cuadrilla, que bailó con un muchacho aburrido, al que no había podido evitar, tuvo ocasión de encontrarse *vis-à-vis* con Vronski y Anna. No había vuelto a coincidir con Anna desde el comienzo del baile, y ahora volvió a verla bajo un aspecto completamente nuevo e inesperado. Advirtió ese entusiasmo causado por el éxito que tantas veces ella misma había experimentado. Veía que Anna estaba embriagada de la admiración que causaba. Kitty conocía ese sentimiento y todos sus síntomas, y ahora los descubría en Anna: el brillo trémulo y fulgurante de los ojos, la sonrisa de felicidad y entusiasmo que, a su pesar, asomaba a sus labios, esa distinción impecable, esa seguridad, esa ligereza de movimientos.

«¿Quién será el responsable? —se preguntó—. ¿Todos o uno solo?»

Y, sin ayudar al desdichado joven con el que bailaba a reanudar una conversación cuyo hilo había perdido y no despertaba en ella el menor interés, y sometiéndose en apariencia a las disposiciones alegres y ruidosas de Korsunski, que tan pronto ordenaba a todos que formaran en *grand rond* como en *chaine*,[17] Kitty observaba, y el corazón se le oprimía cada vez más. «No, no es la admiración de la muchedumbre lo que la ha embriagado, sino el entusiasmo de uno solo. Pero ¿quién será? ¿Acaso él?» Cada vez que Vronski le hablaba, los ojos de Anna despedían un brillo alegre y una sonrisa de felicidad curvaba sus labios de grana. Parecía como si se esforzara en no revelar esas señales de satisfacción, que no obstante se manifestaban en su semblante. «¿Y él?» Kitty lo miró y se quedó horrorizada. Lo que el rostro de Anna le había mostrado con la fidelidad de un espejo se reflejaba también en el de él. ¿Qué

había pasado con esa actitud firme y serena, con esa expresión imperturbable? Ahora, cada vez que se dirigía a Anna, inclinaba ligeramente la cabeza, como si deseara caer a sus pies, y en su mirada se percibía un matiz de temor y sumisión. «No quiero ofenderla —parecía decir esa mirada—; sólo aspiro a salvarme, pero no sé cómo.» Kitty lo contemplaba y apenas lo reconocía.

Vronski y Anna hablaban de conocidos comunes, intercambiaban frases intrascendentes, pero Kitty tenía la impresión de que cada una de esas palabras decidiría su propio destino y el de ellos. Y, cosa extraña, aunque se referían a lo ridículo que estaba Iván Ivánovich cuando hablaba francés y comentaban que Yelétskaia habría podido encontrar un partido mejor, esas palabras adquirían un significado especial, y ellos mismos se daban cuenta, como también Kitty. El baile, la gente: todo se cubrió de bruma en el alma de Kitty. Sólo la estricta educación que había recibido le permitió hacer lo que se esperaba de ella, es decir, bailar, charlar y responder a las preguntas y hasta sonreír. Pero, justo antes de la mazurca, mientras ponían las sillas en su sitio y algunas parejas dejaban las habitaciones más pequeñas y se trasladaban a la sala principal, Kitty sucumbió a la desesperación y el pánico. Había rechazado a cinco parejas y ahora se iba a quedar sin bailar la mazurca. No había ninguna esperanza de que la invitaran, por culpa, precisamente, de su éxito en sociedad: a nadie se le podía pasar por la cabeza que no la tuviera ya comprometida. Debería haberle dicho a su madre que se encontraba mal y haberse marchado a casa, pero no encontraba fuerzas para hacerlo. Estaba destrozada.

Se retiró al fondo de una pequeña sala y se desplomó en un sillón. La vaporosa falda de su vestido flotaba como una nube alrededor de su esbelto talle. Uno de sus brazos desnudos, finos y delgados se hundía sin fuerzas en los pliegues de su túnica rosa; con la otra mano sujetaba el abanico, que agitaba con movimientos cortos y rápidos delante de su rostro congestionado. Aunque parecía una mariposa que se hubiera posado un momento en una brizna de hierba, antes de echar de nuevo a volar, desplegando las alas irisadas, una angustia insoportable le oprimía el corazón.

«¿No me habré equivocado? ¿No será todo producto de mi imaginación?»

Y volvió a recordar lo que había visto.

—Kitty, ¿qué te pasa? —dijo la condesa Nordston, deslizándose por la alfombra sin hacer ruido—. No entiendo nada. —Un estremecimiento sacudió el labio inferior de Kitty. Se levantó a toda prisa—. ¿No bailas la mazurca?

—No, no —respondió la joven con voz llorosa.

—La ha invitado para la mazurca delante de mí —dijo la condesa Nordston, sabiendo que Kitty entendería a quiénes se refería—. Ella le preguntó si no iba a bailarla con la princesa Scherbátskaia.

—¡Ah, me da igual! —respondió Kitty.

Nadie más que ella misma podía comprender su situación; nadie sabía que unos

días antes había rechazado a un hombre a quien quizá amaba porque había confiado en otro.

La condesa Nordston fue en busca de Korsunski, con quien tenía apalabrada la mazurca, y le pidió que invitara a Kitty.

Así pues, Kitty formó la primera pareja. Por suerte para ella, no tuvo que pronunciar palabra, ya que Korsunski iba de un lado para otro dando disposiciones. Vronski y Anna estaban sentados casi enfrente de ella. Primero los observó de lejos, con sus ojos perspicaces, y luego más de cerca, cuando les llegó su turno de bailar, y, cuanto más los observaba, más se convencía de que su desdicha se había consumado. Se daba cuenta de que se sentían solos en esa sala repleta. Y en el semblante de Vronski, siempre tan sereno e impasible, volvió a ver esa expresión sumisa y temerosa que tanto la había sorprendido, semejante a la de un perro inteligente que se sabe culpable.

Cuando Anna sonreía, Vronski le respondía; cuando se quedaba pensativa, él se ponía serio. Impulsada por una especie de fuerza sobrenatural, Kitty no podía apartar la mirada del rostro de Anna. Ataviada con su sencillo vestido negro, su aspecto general era encantador, y no menos encantadores sus torneados brazos cargados de pulseras, su firme cuello con el hilo de perlas, sus cabellos rizados con algunos mechones sueltos, los movimientos gráciles y ligeros de sus manos finas y de sus pequeños pies, su hermoso rostro arrebatado; no obstante, en medio de toda esa fascinación, se percibía algo terrible y cruel.

Kitty la admiraba aún más que antes y sufría cada vez más. Se sentía anonadada, como delataba su rostro. Cuando Vronski se encontró con ella en una figura de la mazurca, al principio no la reconoció, tanto habían cambiado sus rasgos.

—¡Un baile maravilloso! —dijo, por decir algo.

—Sí —respondió ella.

En medio de la mazurca, mientras repetían una complicada figura inventada hacía poco por Korsunski, Anna salió al centro del círculo, llamó a dos caballeros y a dos damas. Una de ellas era Kitty, que se acercó asustada. Anna, con los ojos entornados, la miró y le apretó la mano con una sonrisa. Pero, al advertir la expresión de sorpresa y desesperación con que Kitty le respondía, se volvió y se puso a hablar alegremente con la otra dama.

«Sí, hay algo extraño, diabólico y fascinante en ella», se dijo Kitty.

Anna no quería quedarse a cenar, pero el dueño de la casa insistió.

—Vamos, Anna Arkádevna —le dijo Korsunski, cubriendo su brazo desnudo con la manga de su frac—. ¡Ya verá qué idea se me ha ocurrido para el cotillón! *Un bijou*! [18]

Y a continuación dio unos pasos, tratando de arrastrarla. Al anfitrión le parecía bien su conducta, como delataba su sonrisa.

—No, no puedo quedarme —respondió Anna. A pesar de que había pronunciado

esas palabras con una sonrisa, el tono decidido convenció a los dos hombres de que no había posibilidad de retenerla—. He bailado más en Moscú en una sola noche que en San Petersburgo en todo el invierno —añadió, dirigiendo una mirada a Vronski, que estaba a su lado—. Tengo que descansar antes del viaje.

—¿Se va usted definitivamente mañana? —preguntó Vronski.

—Sí, creo que sí —respondió Anna, a quien pareció sorprender el atrevimiento de esa pregunta; pero el brillo irresistible de sus ojos y la sonrisa con que pronunció esas palabras lo abrasaron.

Anna Arkádevna se marchó a casa antes de que se sirviera la cena.

XXIV

«Sí, debe de haber en mí algo desagradable y repulsivo —pensaba Levin, mientras se dirigía a pie a casa de su hermano, después de salir de casa de los Scherbatski—. No me llevo bien con la gente. Dicen que es por culpa del orgullo, pero no soy orgulloso. Si lo fuera, no me habría puesto en semejante situación.» Y se representaba a Vronski, hombre feliz, bueno, inteligente y ponderado. ¡Seguro que él jamás se había visto en una tesitura tan espantosa como la de esa tarde! «Sí, es natural que lo haya elegido a él. No podía ser de otra manera, así que no tengo motivos para quejarme de nada ni de nadie. La culpa la tengo yo. ¿Qué derecho tenía a pensar que ella querría unir su vida a la mía? ¿Quién soy yo? ¿Qué soy yo? Un hombre insignificante a quien nadie necesita.» Se acordó de su hermano Nikolái y se demoró en esa imagen con delectación. «¿Acaso no tiene razón cuando dice que todo en este mundo es vil y repugnante? Me parece que no lo hemos juzgado bien. Naturalmente, desde el punto de vista de Prokofi, que se lo ha encontrado borracho y con la pelliza hecha jirones, es un hombre despreciable; pero yo lo contemplo bajo otra luz. Conozco su alma, sé que nos parecemos. Y yo, en lugar de ir a verle, me he ido primero a comer y después a esa velada.» Levin se acercó a un farol, sacó de la cartera un papel con las señas de su hermano y llamó a un cochero. Durante el largo trayecto, repasó con viveza los episodios que conocía de la vida de su hermano. Durante sus estudios universitarios y un año después de terminarlos, a pesar de las burlas de sus compañeros, Nikolái había vivido como un monje, cumpliendo rigurosamente los preceptos de la religión, asistiendo a los oficios, respetando los ayunos y huyendo de todos los placeres, sobre todo de las mujeres; pero de pronto las pasiones parecieron desatarse en su interior, se rodeó de gente de la peor ralea y se entregó a la más inmunda depravación. Luego se acordó de un niño al que su hermano había traído del campo para educarle y al que, en un ataque de ira, había golpeado con tanta saña que se inició un proceso contra él por un delito de lesiones. También le pasó por la memoria aquel tramposo al que había dado en pago de una deuda de juego una letra de cambio (la misma que había satisfecho Serguéi Ivánovich) y al que luego había denunciado, acusándole de haberle estafado. Se acordó de la noche que había pasado en comisaría por alterar el orden público y del vergonzoso pleito que había iniciado contra su hermano Serguéi Ivánovich, a quien acusaba de haberse quedado la parte que le correspondía de la herencia de su madre. Su último incidente se había producido en la región occidental de Rusia, donde marchó a trabajar: le habían llevado a juicio por darle una paliza a un superior. Todo eso era terriblemente repulsivo, pero a Levin no se lo parecía tanto como a quienes no estaban al tanto de la historia de Nikolái ni conocían su corazón.

Levin recordó que, en los tiempos en que vivía obsesionado por la devoción, los ayunos, los monjes y las ceremonias de la Iglesia, en que buscaba en la religión un

freno y una brida a su naturaleza apasionada, nadie le había apoyado; al contrario, todos se habían burlado de él, hasta el propio Levin. Le gastaban bromas, le llamaban Noé y fraile. Y, cuando se entregó al libertinaje, en lugar de ayudarlo, todos se apartaron de él con horror y repugnancia.

Levin barruntaba que, a pesar de su vida escandalosa, su hermano Nikolái, en su fuero interno, en el fondo de su alma, no era peor que quienes lo despreciaban. No tenía la culpa de haber nacido con ese carácter indomable y una inteligencia limitada. Siempre había querido ser bueno. «Le hablaré con el corazón en la mano, le obligaré a hacer lo mismo conmigo y le demostraré que le quiero y que, por tanto, le comprendo», decido Levin para sus adentros, cuando llegó, a eso de las once, al hotel que indicaba la dirección.

—Arriba, números doce y tres —respondió el portero a la pregunta de Levin.

—¿Está en casa?

—Creo que sí.

La puerta de la habitación número doce estaba entornada, y por el hueco, iluminado por una franja de luz, salía una espesa nube de humo, que desprendía un olor a tabaco malo y barato, así como una voz que Levin no conocía. Pero en seguida se enteró de que su hermano estaba allí, porque reconoció su tos.

Cuando atravesó el umbral, el desconocido decía:

—Todo depende de que el asunto se lleve de manera cuidadosa y razonable.

Konstantín Levin echó una ojeada desde la puerta y vio que quien estaba hablando era un joven con una tupida mata de pelo, ataviado con una chaqueta corta. Una mujer joven, con el rostro picado de viruelas, que llevaba un vestido sin cuello ni mangas, estaba sentada en el sofá. No se veía a Nikolái. A Konstantín se le oprimía el corazón al pensar entre qué clase de gente vivía su hermano. Por lo visto, nadie había reparado en su presencia. Mientras se quitaba los chanclos, escuchó lo que decía el señor de la chaqueta. Hablaba de algún negocio.

—¡Bueno, que se vayan al diablo las clases privilegiadas! —dijo la voz de Nikolái, después de un acceso de tos—. ¡Masha! Mira a ver si hay algo para cenar y tráenos vino, si es que queda. En caso de que se haya acabado, manda a alguien a por una botella.

La mujer se puso de pie, pasó al otro lado del tabique y vio a Konstantín.

—Hay aquí un señor, Nikolái Dmítrich —dijo.

—¿Por quién pregunta? —dijo Nikolái Levin con voz irritada.

—Soy yo —respondió Konstantín, poniéndose donde pudieran verlo.

—¿Y quién es ese *yo*? —replicó la voz de Nikolái aún más irritada.

Levin le oyó levantarse precipitadamente y tropezar con algo. Luego vio delante de sí, en el umbral, la figura de su hermano, gigantesco, delgado, cargado de espaldas, tan familiar y sin embargo tan impresionante, con su aspecto salvaje y

enfermizo, sus ojos grandes y asustados.

Estaba aún más delgado que tres años antes, cuando Konstantín Levin lo vio por última vez. Llevaba una levita corta. Sus manos y sus prominentes huesos parecían aún más descomunales. Aunque los cabellos se habían vuelto más ralos, el mismo bigote recto perfilaba sus labios y los ojos miraban con la extrañeza y la ingenuidad de siempre.

—¡Ah, Kostia! —exclamó de pronto, reconociendo a su hermano, y sus ojos resplandecieron de alegría. Pero, en ese mismo instante, se volvió hacia el joven e hizo con la cabeza y el cuello un movimiento convulsivo que Konstantín conocía bien, como si le apretara la corbata, y a continuación en su rostro demacrado apareció una expresión completamente distinta, salvaje, sufriente y cruel—. Ya os he escrito a Serguéi Ivánovich y a ti que no quiero saber nada de vosotros. ¿Qué quieres? ¿Qué queréis de mí?

No era así, ni mucho menos, como Konstantín se lo había imaginado. Al pensar en su hermano, había olvidado el aspecto más molesto y desagradable de su carácter, lo que hacía tan difícil el trato con él. Sólo se acordó de todo eso al ver los rasgos de su cara y, sobre todo, aquel movimiento convulsivo de la cabeza.

—No necesito nada de ti —replicó con timidez—. Sólo he venido a verte.

Esa timidez, por lo visto, aplacó a Nikolái, que frunció los labios.

—Ah, ¿por eso vienes? —dijo—. Bueno, entra, siéntate. ¿Quieres cenar? Masha, trae tres porciones. No, espera. ¿Sabes quién es éste? —preguntó a su hermano, señalando al individuo de la chaqueta corta—. Es el señor Kritski, amigo mío ya desde los tiempos de Kiev, un hombre muy notable. Naturalmente, le persigue la policía, porque no es un canalla.

Siguiendo su costumbre, envolvió a todos los presentes en una mirada. Al ver que la mujer, de pie al lado de la puerta, se aprestaba a salir, le gritó:

—¡Te he dicho que esperes!

Y, con esa torpeza y esa falta de elocuencia que Konstantín conocía tan bien, se puso a contar a su hermano la historia de Kritski, no sin antes dirigir a todos una nueva mirada: cómo lo habían expulsado de la universidad por haber fundado una sociedad de ayuda a los estudiantes pobres y varias escuelas dominicales; cómo después se hizo maestro de una escuela pública, de la que también le echaron; cómo más tarde le habían juzgado por algún asunto.

—¿Ha estudiado usted en la Universidad de Kiev? —dijo Konstantín Levin a Kritski para romper el molesto silencio que se había producido después de la exposición de Nikolái.

—Sí, en la de Kiev —respondió éste, hosco y enfurruñado.

—Y esta mujer, Maria Nikoláievna —le interrumpió Nikolái, señalando a Masha con el dedo—, es la compañera de mi vida. La he sacado de una casa… —Y su cuello

se estremeció al pronunciar esas palabras—. Pero la quiero y la respeto. Cualquiera que desee tratar conmigo —añadió, levantando la voz y frunciendo el ceño— debe quererla y respetarla. Es como si fuera mi esposa, ni más ni menos. Así que ya sabes con quién te las tienes que ver. Si consideras que esta situación te rebaja, ahí tienes la puerta.

Y de nuevo paseó su mirada escrutadora por todos los presentes.

—No entiendo por qué iba a rebajarme.

—En ese caso, Masha, tráenos la cena: tres porciones, vodka y vino… No, espera… No, no es necesario… Vete.

XXV

—Ya ves —prosiguió Nikolái Levin, arrugando la frente con esfuerzo y haciendo muecas. Por lo visto, no sabía qué decir ni qué hacer—. Mira… —añadió, señalando unas barras de hierro atadas con cuerdas que había en un rincón de la habitación—, ¿Las ves? Son los cimientos de una empresa nueva que estamos poniendo en marcha. Se trata de una cooperativa manufacturera…

Konstantín apenas le escuchaba. Examinaba su rostro enfermizo de tísico y cada vez sentía más pena de él. No era capaz de prestar atención a lo que su hermano le estaba contando de la cooperativa. Se daba cuenta de que ese proyecto no era más que un ancla de salvación para escapar del desprecio que sentía por sí mismo. Nikolái Levin siguió con su exposición:

—Como sabes, el capital oprime al obrero. Nuestros trabajadores, nuestros campesinos, llevan todo el peso del trabajo. Pero, tal como están las cosas, por más que trabajen no pueden escapar de su condición de bestias de carga. Todas sus ganancias, que les permitirían mejorar su situación, disfrutar de algunas horas de asueto y, en consecuencia, instruirse, se las arrebatan los capitalistas. La sociedad está organizada de tal modo que, cuanto más trabajan, mayor es el beneficio de comerciantes y terratenientes, mientras ellos seguirán siendo siempre bestias de carga. Hay que cambiar ese orden de cosas —concluyó, mirando con aire inquisitivo a su hermano.

—Sí, desde luego —dijo Konstantín, reparando en unas manchas rojas que habían aparecido bajo los prominentes pómulos de Nikolái.

—Estamos organizando una cooperativa de cerrajeros en la que todo sea común: la producción, las ganancias y, sobre todo, las herramientas.

—¿Y dónde la organizaréis? —preguntó Konstantín Levin.

—En una aldea de la provincia de Kazán que se llama Vozdrioma.

—¿Y por qué en una aldea? Me parece que en el campo ya hay suficiente trabajo. ¿Qué necesidad tienen en una aldea de una cooperativa de cerrajeros?

—Pues porque los campesinos siguen siendo tan esclavos como antes, y eso es lo que a Serguéi Ivánovich y a ti os molesta: que se les quiera sacar de esa situación de esclavitud —dijo Nikolái Levin, irritado por la objeción de su hermano.

Konstantín suspiró, mientras recorría con la mirada la habitación lúgubre y sucia. Ese suspiro, al parecer, irritó aún más a Nikolái.

—Ya conozco los puntos de vista aristocráticos de Serguéi Ivánocih y los tuyos. Sé que emplea toda su energía intelectual en justificar los males existentes.

—No es verdad. Pero ¿por qué hablas de Serguéi Ivánovich? —preguntó Levin con una sonrisa.

—¿Por qué hablo de Serguéi Ivánovich? Pues te lo voy a explicar —gritó de

pronto Nikolái, al oír el nombre de su hermano—. ¡Te lo voy a explicar!… Pero ¿de qué vale discutir? Dime sólo una cosa… ¿Para qué has venido a verme? Desprecias todo esto y estás en tu derecho. Pero ¡vete de una vez, por Dios, vete! —vociferó, poniéndose en pie—. ¡Vete, vete!

—No lo desprecio en absoluto —replicó Konstantín Levin con timidez—. Ni siquiera lo discuto.

En ese momento regresó Maria Nikoláievna. Nikolái la miró con enfado. Ella se acercó con premura y le dijo algo al oído.

—No me encuentro bien, me he vuelto irritable —dijo Nikolái Levin, tranquilizándose y respirando con dificultad—. Y encima me hablas de Serguéi Ivánovich y de su artículo. ¡Qué cantidad de insensateces y de embustes! ¡Qué manera de engañarse a sí mismo! ¿Qué puede escribir acerca de la justicia un hombre que no la conoce? ¿Ha leído su artículo? —añadió, dirigiéndose a Kritski, mientras volvía a sentarse y apartaba con la mano, tratando de hacer un poco de sitio, un montón de cigarrillos a medio hacer que ocupaba la mitad de la mesa.

—No —respondió Kritski con expresión sombría; era evidente que no quería intervenir en la conversación.

—¿Por qué? —preguntó Nikolái Levin, irritado una vez más, en esta ocasión con Kritski.

—Porque no me gusta perder el tiempo con esas cosas.

—Perdone, pero ¿cómo sabe usted que sería una pérdida de tiempo? Ese artículo está muy por encima de la comprensión de muchos. En mi caso, es diferente. Veo el fondo de su pensamiento y conozco sus puntos débiles.

Todos guardaron silencio. Kritski se levantó muy despacio y cogió su gorro.

—¿No quiere quedarse a cenar? Bueno, pues adiós. Venga mañana con el cerrajero.

En cuanto Kritski salió, Nikolái Levin sonrió y guiñó un ojo.

—Tampoco éste es gran cosa —dijo—. Desde luego, me doy cuenta de que…

Pero en ese momento Kritski lo llamó desde la puerta.

—¿Qué quiere ahora? —dijo, reuniéndose con él en el pasillo.

En cuanto se quedó solo con Maria Nikoláievna, Levin le preguntó:

—¿Hace mucho que vive con mi hermano?

—Más de un año. Su salud ha empeorado bastante. Bebe mucho.

—¿Qué quiere decir?

—Que bebe vodka y le sienta mal.

—Pero ¿tanto bebe? —murmuró Levin.

—Sí —respondió ella, dirigiendo una mirada temerosa a la puerta, donde apareció Nikolái Levin.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó, frunciendo el ceño y mirando tan pronto

a uno como a otro con ojos asustados.

—De nada —respondió Konstantín, confuso.

—Si no queréis decirlo, no lo digáis. Pero no hay razón para que hables con ella. Es una perdida y tú, un señor —exclamó, con un estremecimiento en el cuello—. Ya veo que lo has comprendido todo, que te haces cargo de mi situación y que te compadeces de mis extravíos —agregó, levantando la voz.

—Nikolái Dmítrich, Nikolái Dmítrich —volvió a susurrar Maria Nikoláievna, acercándose a él.

—¡Bueno, bueno!… ¿Qué pasa con la cena? Ah, ya viene —dijo, viendo a un camarero con una bandeja—. Aquí, déjalo aquí —añadió con enfado y, a continuación, llenó una copa de vodka y se la bebió de un trago—, ¿Quieres? —le preguntó a su hermano, ya más alegre—. Bueno, no hablemos más de Serguéi Ivánovich. En cualquier caso, me alegro de verte. Dígase lo que se diga, no somos extraños el uno para el otro. Vamos, tómate una copita. Y dime, ¿de qué te ocupas ahora? —continuó, mientras masticaba con avidez un pedazo de pan y llenaba otra copa de vodka.

—Vivo solo en el campo, como antes, y me ocupo de las tierras —respondió Konstantín, a quien horrorizaba la glotonería con que su hermano comía y bebía, aunque trataba de disimularlo.

—¿Por qué no te casas?

—No se me ha presentado la ocasión —replicó Konstantín, ruborizándose.

—¿Por qué? Yo, como ves, estoy acabado. He echado a perder mi vida. Lo he dicho y lo sigo diciendo: si me hubieran dado mi parte entonces, cuando la necesitaba, mi vida habría sido muy diferente.

Konstantín Dmítrich se apresuró a cambiar de tema.

—¿Sabes que tu Vaniushka trabaja en mi oficina de Pokróvskoie? —dijo.

Nikolái, cuyo cuello se vio sacudido por otro estremecimiento, se quedó pensativo.

—Sí, cuéntame cómo van las cosas en Pokróvskoie. ¿Sigue la casa en pie?

¿Y los abedules? ¿Y nuestro cuarto de estudios? ¿Aún vive Filipp, el jardinero? ¡Cómo me acuerdo del cenador y del sofá! Lo importante es que no cambies nada en la casa, que te cases cuanto antes y que vuelvas a vivir como antaño. Entonces iré a verte, si tu mujer es agradable.

—¿Y por qué no vienes ahora? —dijo Levin—. ¡Qué bien lo pasaríamos juntos!

—Iría si supiera que no iba a encontrarme con Serguéi Ivánovich.

—No lo encontrarás allí. No dependo para nada de él.

—Ya, pero, por mucho que digas, tendrás que elegir entre él y yo —dijo Nikolái, mirándole tímidamente a los ojos. Esa timidez conmovió a Konstantín.

—Si quieres conocer mi opinión, te diré que en esa disputa vuestra no tomo

partido por uno ni por otro. Ninguno de los dos tenéis razón. Tú te equivocas más bien en las formas; y Serguéi, en el fondo.

—¡Ah! ¡Lo has entendido! ¡Lo has entendido! —exclamó Nikolái lleno de júbilo.

—Y también debo decirte, por si te interesa, que aprecio más tu amistad porque…

—¿Por qué? ¿Por qué?

Nikolái no se atrevía a confesar la verdadera razón: que lo consideraba desdichado y, por tanto, más necesitado de afecto. Pero Nikolái lo adivinó y, frunciendo el ceño, volvió a echar mano del vodka.

—¡Basta, Nikolái Dmítrich! —dijo Maria Nikoláievna, alargando el carnoso brazo desnudo hacia la garrafa.

—¡Suelta! ¡Déjame en paz o te daré una buena! —gritó Nikolái.

Maria Nikoláievna esbozó una sonrisa llena de bondad y mansedumbre, que comunicó a Nikolái, y apartó el vodka.

—¿Crees que no entiende nada? —dijo Nikolái—. Lo entiende todo mejor que cualquiera de nosotros. ¿No es verdad que es una muchacha simpática y agradable?

—¿No había estado usted nunca en Moscú? —le preguntó Konstantín, por decir algo.

—No le hables de usted. Eso le da miedo. Salvo el juez de paz que la juzgó cuando quiso abandonar la casa de tolerancia, nadie le ha hablado de usted. ¡Dios mío, cuántos disparates hay en este mundo! —exclamó de pronto—. ¡Esas instituciones nuevas, esos jueces de paz, esas asambleas rurales! ¡Qué horror!

Y pasó a contar sus encontronazos con tales instituciones nuevas.

Konstantín Levin le escuchaba. Aunque compartía ese desprecio por las instituciones públicas, y a menudo había expresado opiniones semejantes, le desagradada oír esas ideas en boca de su hermano.

—En el otro mundo lo entenderemos todo —dijo en broma.

—¿En el otro mundo? ¡Ah, no me gusta ese otro mundo! ¡No me gusta! —dijo, clavando sus ojos salvajes y asustados en el rostro de su hermano—. Aunque en principio parece agradable poder escapar de toda esta basura y esta confusión, de nuestras propias vilezas y de las ajenas, me da miedo la muerte, un miedo terrible. —Nikolái se estremeció—. Anda, toma algo. ¿Te apetece champán? ¿O prefieres que salgamos? ¡Podemos ir a ver a los gitanos! ¿Sabes? Me gustan mucho los gitanos y las canciones rusas.

Empezaba a trabársele la lengua y pasaba de un tema a otro. Con la ayuda de Masha, Konstantín lo convenció de que era mejor no ir a ninguna parte. Cuando lo acostaron, estaba completamente borracho.

Masha prometió a Konstantín que le escribiría en caso de que necesitaran algo y también que trataría de convencer a Nikolái Levin de que se fuera a vivir con él.

XXVI

A la mañana siguiente Konstantín Levin se marchó de Moscú y al atardecer ya estaba de vuelta en casa. Durante el viaje habló de política y de los ferrocarriles nuevos con sus compañeros de vagón; lo mismo que en Moscú, se sintió anonadado por la confusión de sus ideas, descontento de sí mismo, avergonzado por algo. Pero, cuando se apeó en la estación y reconoció a Ignat, su cochero tuerto, con el cuello del caftán levantado; cuando vio, a la luz imprecisa de las ventanas de la estación, su trineo acolchado, los caballos con las colas anudadas, los arneses guarnecidos de anillos y borlas; cuando el cochero le contó, mientras se instalaban, las novedades de la aldea, a saber, que había llegado un contratista y que Pava había parido una ternera, Levin tuvo la sensación de que esa confusión se desvanecía poco a poco, de que esa vergüenza y esa insatisfacción se debilitaban. Bastó para ello con ver a Ignat y los caballos. Y ya cuando se puso la pelliza de piel de cordero que el cochero le había traído, se acomodó bien arropado en el trineo y dio la orden de partir, sin dejar de pensar en las disposiciones que tendría que dar a los aldeanos y con los ojos puestos en el caballo de refuerzo, su antiguo caballo de silla, un magnífico ejemplar del Don, ya extenuado, pero todavía veloz, contempló desde un punto de vista totalmente distinto lo que le había sucedido. Se congratulaba de cómo era y no quería ser distinto. Sólo aspiraba a ser mejor de lo que había sido hasta entonces. En primer lugar, decidió que desde ese día no volvería a soñar con una felicidad extraordinaria como la que le habría proporcionado su matrimonio y, en consecuencia, no desdeñaría tanto el presente. En segundo, jamás volvería a dejarse arrastrar por una pasión mezquina, cuyo recuerdo tanto le atormentó antes de declararse. Luego, acordándose de su hermano Nikolái, resolvió que nunca se permitiría olvidarlo, le seguiría los pasos y no lo perdería de vista para poder ayudarle cuando las cosas le fueran mal, algo que no tardaría en suceder, como le decía su instinto. Además, la conversación que había entablado con su hermano sobre el comunismo, que tan a la ligera se había tomado en su momento, ahora le hizo reflexionar. Consideraba absurda una reforma de las condiciones económicas, pero siempre había sido consciente del contraste injusto entre su desahogada posición y la miseria del pueblo. Y ahora determinó que, para sentirse completamente justo, aunque siempre había trabajado mucho y vivido sin lujos, trabajaría todavía más y llevaría una vida aún más sencilla. Y todo eso se le antojaba tan fácil que pasó el resto del camino sumido en las ensoñaciones más agradables. Cuando llegó a su casa, pasadas ya las ocho, albergaba grandes esperanzas en la posibilidad de iniciar una vida nueva y mejor.

Un rayo de luz, procedente de las ventanas de Agafia Mijáilovna, la vieja nodriza, que ahora desempeñaba funciones de ama de llaves, iluminaba el patio cubierto de nieve que había delante de la casa. La anciana aún no dormía. Despertó a Kuzmá, que

salió a la escalinata descalzo y soñoliento.

La perra Laska, que en su precipitación estuvo a punto de derribarlo, también salió al encuentro del amo, ladrando y restregándose contra sus piernas; se levantaba sobre las patas traseras con intención de plantar las delanteras en su pecho, pero no se atrevía.

—¡Qué pronto ha regresado, señor! —dijo Agafia Mijáilovna.

—Es que echaba de menos todo esto, Agafia Mijáilovna. En ningún lugar se está como en casa —respondió Levin, pasando a su despacho.

Trajeron una vela, y la estancia se fue iluminando poco a poco, revelando detalles familiares: las astas de ciervo, los estantes de libros, el espejo, la estufa, con ese tubo de salida que llevaba tanto tiempo esperando una reparación; el sofá de su padre, la mesa grande con un libro abierto, el cenicero roto, el cuaderno con anotaciones de su puño y letra. Cuando vio todos esos objetos, dudó por un momento de la posibilidad de organizar esa vida nueva en la que había estado soñando por el camino. Era como si esos vestigios de su vida pasada le cercaran y le dijeran: «No, no te escaparás de nosotros, no te convertirás en otra persona. Seguirás siendo el de siempre, con tus dudas, tu eterno descontento de ti mismo, tus vanas tentativas de enmienda, tus caídas y esa ansia perpetua de alcanzar una felicidad de la que jamás has gozado y que te está vedada».

Pero, a cuanto le decían sus cosas, una voz interior replicaba que no había que someterse al pasado, que podía hacer consigo mismo lo que se le antojara. Prestando oídos a esa voz, se acercó a un rincón donde había dos pesas de dieciséis kilos cada una y se puso a levantarlas, tratando de animarse con un poco de ejercicio. Al oír unos pasos al otro lado de la puerta, se apresuró a dejar las pesas en su sitio.

Entró el administrador y le dijo que, gracias a Dios, todo iba a las mil maravillas, con la única salvedad de que el alforfón se había quemado un poco en la secadora nueva. Esa noticia irritó a Levin, pues la secadora había sido construida y en parte inventada por él. El administrador siempre se había mostrado contrario y ahora le anunciaba ese contratiempo con un aire secreto de triunfo. Convencido de que el incidente se había producido porque no habían tomado las precauciones que les había indicado cientos de veces, se enfadó y reprendió al administrador. Pero también se había producido un acontecimiento importante y alegre: había parido Pava, su vaca mejor y más cara, adquirida en una feria de ganado.

—Kuzmá, dame la pelliza. Y ordena que traigan una linterna. Voy a echar un vistazo —dijo al administrador.

El establo de las vacas más valiosas estaba justo detrás de la casa. Atravesó el patío, con un montón de nieve al pie del arbusto de lilas, y se acercó al establo. Cuando abrió la puerta helada, salió un vaho caliente de estiércol, y las vacas, desconcertadas por la luz de la linterna, a la que no estaban habituadas, se removieron

sobre la paja fresca. El ancho y liso lomo de la vaca holandesa, negro con manchas blancas, brilló en la penumbra. Berkut, el toro, yacía con el anillo en el belfo; por un momento hizo intención de levantarse, pero luego se lo pensó mejor y se limitó a mugir un par de veces cuando pasaron a su lado. Pava, un ejemplar magnífico de color rojizo, enorme como un hipopótamo, estaba vuelta de espaldas y olisqueaba a su ternera, impidiendo que los recién llegados la vieran.

Levin entró, examinó a Pava y levantó sobre sus largas y endebles patas a la ternera de manchas rojas. La vaca mugió inquieta, pero se tranquilizó cuando Levin le acercó la ternera, a la que se puso a lamer con su áspera lengua, después de exhalar un profundo suspiro. La ternera sacudía la cola y apretaba el hocico contra las ingles, buscando las ubres.

—Alumbra un poco por aquí, Fiódor, trae la linterna —dijo Levin, examinando la ternera—. ¡Se parece a su madre! Aunque la capa es del padre. Es muy hermosa. Larga y con fuertes ijadas. ¿No es verdad que es hermosa, Vasili Fiódorovich? —le dijo al administrador, a quien ya no guardaba rencor por el asunto del alforfón, gracias a la alegría que le había proporcionado la ternera.

—¿Y cómo no iba a serlo? Por cierto, Semión el contratista vino al día siguiente de marcharse usted. Habrá que llegar a algún acuerdo con él, Konstantín Dmítrich —dijo el administrador—. Me parece que ya le he hablado antes del asunto de la máquina.

Esta única frase bastó para que Levin volviera a prestar atención a todos los detalles de su hacienda, que era grande y requería grandes cuidados. Del establo pasó directamente a la oficina, donde habló con el administrador y con el contratista Semión. A continuación volvió a la casa y, subiendo las escaleras, entró en el salón.

XXVII

Era una casa grande, antigua. Aunque Levin vivía solo, la caldeaba y la ocupaba toda. Sabía que era absurdo, que no estaba bien y que no cuadraba con sus nuevos planes, pero esa casa constituía todo un mundo para él. Era el mundo en el que habían vivido y muerto su padre y su madre. Habían llevado una existencia que juzgaba ideal y soñaba con restablecerla con su mujer, con su familia.

Aunque apenas se acordaba de su madre, veneraba su memoria. No podía pensar en una esposa que no fuera la reencarnación de ese ideal, de ese dechado de perfección y santidad que había sido su madre.

No sólo no concebía el amor a una mujer fuera del matrimonio, sino que primero se imaginaba a la familia y después a la mujer que se la proporcionaría. Por tanto, su idea del matrimonio no se parecía en nada a la de la mayoría de sus conocidos, que lo consideraban un acontecimiento más de la vida social. Para Levin era el aspecto más importante de la existencia, del que dependía toda la felicidad. ¡Y ahora debía renunciar a eso!

Entró en el saloncito donde tenía costumbre de tomar el té y se sentó en el sillón con un libro en la mano; y, mientras Agafia Mijáilovna le servía una taza y después se acomodaba en una silla, al pie de la ventana, con su frase habitual: «Voy a sentarme, señorito», tuvo la impresión, por extraño que pueda parecer, de que no había renunciado a sus sueños, de que sin ellos le sería imposible vivir. Todo acabaría cumpliéndose, ya fuera con una mujer o con otra. Leía el libro, pensaba en lo que acababa de leer, hacía un alto para escuchar a Agafia Mijáilovna, que hablaba sin parar; y, entre tanto, se representaba sin orden ni concierto diversas escenas de su futura vida familiar. Se daba cuenta de que en el fondo de su alma se había formado, establecido y arraigado una idea fija.

Agafia Mijáilovna le contaba que Prójor, olvidándose de Dios, se había emborrachado con el dinero que Levin le había dado para comprar un caballo y había pegado a su mujer hasta dejarla medio muerta. Mientras escuchaba, Levin leía el libro y retomaba el curso de los pensamientos suscitados por la lectura. Era el tratado de Tyndall sobre el calor.[19] Se acordó de haber censurado al autor por la satisfacción con que hablaba del éxito de sus experimentos y por su falta de miras filosóficas. De pronto se le pasó por la cabeza un pensamiento agradable: «Dentro de dos años tendré dos vacas holandesas; es posible que Pava siga con vida; y a esas tres hay que añadir las doce crías de Berkut. ¡Qué maravilla!». Volvió a sumergirse en la lectura.

«Bueno, supongamos que el calor y la electricidad sean la misma cosa. Pero ¿es posible resolver un problema sustituyendo una cantidad por otra en una ecuación? No. ¿Entonces? El vínculo que existe entre todas las fuerzas de la naturaleza se percibe de manera instintiva… Será especialmente agradable cuando la cría de Pava

se convierta en una vaca de manchas rojas, y todo el rebaño, al que se unirán las otras tres… ¡Qué maravilla! Mi mujer y yo saldremos con los invitados para ver llegar a las vacas… Y mi mujer dirá: "Kostia y yo hemos cuidado a esta ternera como a una hija". "¿Cómo pueden interesarle esas cosas?", preguntará un invitado. Y ella responderá: "Todo lo que le interesa a mi marido me interesa a mí". Pero ¿quién será ella?» —Y se acordó de lo que había sucedido en Moscú…—. Bueno, ¿qué le vamos a hacer?… Yo no tengo la culpa. Pero todo tomará un nuevo curso. Es absurdo pensar que la vida no lo permitirá, que el pasado no lo permitirá. Hay que luchar para vivir mejor, mucho mejor…» Levantó la cabeza y se quedó pensativo. La vieja Laska, que aún no se había repuesto de la alegría por su regreso y había salido al patio a ladrar a sus anchas, entró en la pieza, trayendo una bocanada de aire fresco, se acercó moviendo la cola, puso la cabeza bajo la mano de su amo y emitió un aullido quejumbroso, reclamando sus caricias.

—Sólo le falta hablar —dijo Agafia Mijáilovna—. No es más que una perra… pero entiende que el amo ha vuelto y que está triste.

—¿Triste?

—¿Cree usted que no me doy cuenta? ¡Cómo no voy a conocer a los señores? ¡Si he vivido con ellos desde niña! No se preocupe, señorito. Mientras la salud no falte y tenga uno la conciencia tranquila…

Levin la miró de hito en hito, sorprendido de que hubiera adivinado sus pensamientos.

—¿Le apetece un poco más de té? —dijo y, cogiendo la taza, salió de la habitación.

Laska seguía metiendo la cabeza debajo de su mano. Levin la acarició y entonces ella se hizo un ovillo a sus pies, estiró la pata trasera y apoyó encima la cabeza. Y, para demostrar hasta qué punto estaba satisfecha, entreabrió la boca, chasqueó los labios pegajosos y, acomodándolos mejor alrededor de los amarillentos dientes, se sumió en un estado de beatífica paz. Levin siguió con atención estos últimos movimientos.

«¡Lo mismo voy a hacer yo! —se dijo—. ¡Lo mismo voy a hacer yo! No vale la pena preocuparse. Todo se arreglará.»

XXVIII

A la mañana siguiente del baile, muy temprano, Anna Arkádevna mandó un telegrama a su marido en el que le anunciaba que partiría de Moscú ese mismo día.

—No, tengo que volver sin falta —le decía a su cuñada, sorprendida de que hubiera cambiado de planes y, por su tono de voz, parecía como si se hubiera acordado de pronto de un montón de asuntos que no admitían demora—. ¡No, es mejor que me vaya hoy mismo!

Stepán Arkádevich no iba a comer en casa, pero prometió volver a las siete para acompañar a su hermana.

Kitty tampoco se presentó. Según decía la nota que envió, le dolía la cabeza. Dolly y Anna comieron solas con los niños y la institutriz inglesa. Ya fuera por la inconstancia propia de los niños o porque adivinaran por instinto que Anna no era la misma que el día en que le habían cobrado tanto cariño y ya no se ocupaba de ellos, el caso es que dejaron de jugar con ella y de mostrarle afecto, y no manifestaron la menor pena por su marcha. Anna había pasado toda la mañana ocupada con los preparativos de la partida. Escribió billetes a sus conocidos de Moscú, estuvo haciendo cuentas y preparó el equipaje. En general, Dolly tuvo la impresión de que era presa de esa inquietud y esa preocupación que, como bien sabía ella, no suelen carecer de motivo, y en la mayoría de los casos encubre un profundo descontento. Después de comer, Anna se retiró a su habitación para vestirse, y Dolly la acompañó.

—¡Qué rara estás hoy! —le dijo Dolly.

—¿Yo? ¿Tú crees? No es eso, es que no estoy de humor. Me pasa a veces. Tengo ganas de llorar. Es una tontería, ya se me pasará —dijo Anna con cierta precipitación e inclinó el rostro enrojecido sobre el saquito diminuto en el que guardaba el gorro de noche y los pañuelos de batista. Sus ojos, que tenían un brillo especial, no paraban de llenarse de lágrimas—. No quería salir de San Petersburgo y ahora no me apetece regresar.

—Viniendo aquí, has hecho una buena obra —dijo Dolly, examinándola con atención.

Anna la miró con los ojos húmedos de lágrimas.

—No digas eso, Dolly. No he hecho nada ni podía hacer nada. A menudo me sorprende que la gente se haya puesto de acuerdo para mimarme. ¿Qué he hecho? ¿Qué podía hacer? Has encontrado en tu corazón suficiente amor para perdonar…

—¡Sin ti, Dios sabe lo que habría sucedido! ¡Qué feliz eres, Anna! —exclamó Dolly—. En tu alma todo es diáfano y puro.

—Todos tenemos *skeletons*[20] en el alma, como dicen los ingleses.

—¿Qué *skeletons* puedes tener tú? En ti todo es claridad.

—¡Los tengo! —dijo de pronto Anna, y una sonrisa maliciosa y burlona,

inesperada después de las lágrimas, se asomó a sus labios.

—Bueno, no creo que esos *skeletons* sean muy lúgubres, sino más bien divertidos —objetó Dolly con una sonrisa.

—No, son lúgubres. ¿Sabes por qué me marcho hoy en lugar de mañana? Me cuesta confesártelo, pero quiero hacerlo —dijo Anna, reclinándose con aire decidido en el sillón y clavando la mirada en Dolly. A continuación, para gran sorpresa suya, advirtió que Anna se ruborizaba hasta las orejas, hasta la raíz de los rizos negros de la nuca—. Sí —prosiguió Anna—. ¿Sabes por qué Kitty no ha venido a comer? Tiene celos de mí. He destruido… He sido la causa de que ese baile, que tendría que haber sido un motivo de regocijo para ella, se convirtiera en un tormento. Es verdad que yo no tengo la culpa, o sólo un poco —añadió, arrastrando con voz débil esa última palabra.

—¡Ah, acabas de hablar en el mismo tono que Stiva! —dijo Dolly, echándose a reír.

Anna se ofendió.

—¡No, no! Yo no soy como Stiva —dijo, frunciendo el ceño—. Te lo cuento porque no me permito dudar de mí misma ni un instante —añadió.

Pero en el momento mismo en que hacía ese último comentario, se dio cuenta de que no estaba diciendo la verdad. No sólo dudaba de sí misma, sino que el recuerdo de Vronski la llenaba de inquietud. De hecho, había adelantado la partida con el único objeto de no volverlo a ver…

—Sí, Stiva me ha dicho que bailaste la mazurca con él y que…

—No puedes imaginarte lo absurdo que resultó todo. Yo sólo pensaba en hacer de casamentera, pero las cosas salieron de otro modo. Tal vez contra mi voluntad…

Se ruborizó y guardó silencio.

—¡Ah, los hombres se dan cuenta de eso en seguida! —dijo Dolly.

—Lo sentiría en el alma si él se lo hubiera tomado en serio —la interrumpió Anna —. Estoy convencida de que todo se olvidará y de que Kitty dejará de odiarme.

—Por otro lado, Anna, si quieres que te hable con franqueza, no me hace mucha gracia que Kitty se case con él. Además, si Vronski ha podido enamorarse de ti en un solo día, es mejor que todo quede como está.

—¡Ah, Dios mío, sería una estupidez! —dijo Anna, pero, al oír expresado en voz alta el pensamiento que la ocupaba, se sintió tan satisfecha que un intenso rubor cubrió su cara—. Y ahora me marcho convertida en enemiga de Kitty, a quien he cobrado tanto aprecio. ¡Ah, es encantadora! Pero tú lo arreglarás todo. ¿No es verdad, Dolly?

—¿Cómo va a ser enemiga tuya? Eso es imposible.

—Me gustaría que me tuvierais el mismo cariño que yo os tengo. Ahora os quiero más que antes —dijo Anna con lágrimas en los ojos—. ¡Ah, qué tonta estoy hoy!

Se pasó un pañuelo por la cara y empezó a vestirse.

Justo antes de partir, apareció Stepán Arkádevich, que se había retrasa do. Olía a vino y a tabaco y tenía el rostro colorado y alegre.

La emoción que sentía Anna se había apoderado también de Dolly. En el momento de abrazarla por última vez, murmuró:

—Recuerda, Anna, que nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Recuerda que te quiero y que te querré siempre como a mi mejor amiga.

—No entiendo por qué —replicó Anna, besándola y ocultando sus lágrimas.

—Me has comprendido y me comprendes. ¡Adiós, querida!

XXIX

«Bueno, gracias a Dios, todo ha terminado», fue el primer pensamiento que se le pasó por la cabeza a Anna Arkádevna cuando se despidió por última vez de su hermano, que estuvo obstruyendo con su cuerpo la entrada al vagón hasta el tercer toque de campana. Anna ocupó su asiento, al lado de Ánnushka, y examinó el coche cama, envuelto en una suerte de semipenumbra. «Gracias a Dios, mañana veré a Seriozha y a Alekséi Aleksándrovich. Y mi agradable vida de antaño retomará su curso habitual.»

Sumida aún en ese estado de preocupación en el que se encontraba desde la mañana, se entregó con placer a los minuciosos preparativos del viaje: con sus manos ágiles y menudas abrió el saquito rojo, sacó un almohadón, se lo puso en las rodillas, se cubrió bien las piernas y se instaló cómodamente. Una señora enferma ya se estaba preparando para acostarse. Otras dos se pusieron a hablar con Anna, mientras una anciana gruesa se tapaba las piernas y se quejaba de la calefacción. Anna respondió a las dos señoras con un breve comentario, pero, barruntando que la conversación no iba a ser muy interesante, pidió a Ánnushka la linternita, que enganchó en el brazo del asiento y sacó de su bolso una novela inglesa y una plegadera. Al principio no pudo leer: le molestaba el alboroto, las idas y venidas; luego, cuando el tren se puso en marcha, le fue imposible no prestar atención a los ruidos; luego la distrajo la nieve que golpeaba la ventanilla izquierda y se pegaba al cristal, el revisor, que pasó por allí bien arropado y cubierto de nieve, y los comentarios sobre la virulenta ventisca. Más adelante se convirtió todo en monótona repetición: las mismas sacudidas, el mismo traqueteo, la misma nieve en la ventanilla, los mismos cambios bruscos de temperatura, los mismos rostros entrevistos en la penumbra, las mismas voces. Anna se concentró en la lectura. Ánnushka dormitaba ya, sosteniendo en las rodillas el saquito rojo con las manos enfundadas en guantes, uno de los cuales estaba roto. Anna se enteraba ahora de lo que leía, pero aquella lectura no le procuraba ninguna satisfacción: tenía tantas ganas de vivir que le costaba conformarse con el reflejo de esas vidas ajenas. Si la heroína de la novela cuidaba de un enfermo, a ella le entraban ganas de entrar sin hacer ruido en la habitación donde aquél convalecía; si un parlamentario pronunciaba un discurso, ansiaba ser ella quien tomara la palabra; si lady Mary galopaba en pos de su jauría, irritando a su nuera y asombrando a todos con su audacia, ella se moría por imitarla. Pero, como no era posible, se forzaba a seguir leyendo, dando vueltas entre sus pequeñas manos a la lisa plegadera.

El héroe de la novela estaba a punto de alcanzar la felicidad, entendida a la manera de los ingleses: un título de barón y una hacienda, y Anna deseaba trasladarse allí con él. De pronto tuvo la impresión de que aquel hombre debería avergonzarse, y ese mismo sentimiento se apoderó de ella. Pero ¿por qué debía avergonzarse? «¿De

qué me avergüenzo yo?», se preguntó entre asombrada y ofendida. Dejó el libro y se recostó en su asiento, apretando firmemente la plegadera con ambas manos. No había nada de lo que avergonzarse. Repasó uno tras otro sus recuerdos de Moscú. Todos eran hermosos, agradables. Se acordó del baile, de Vronski, de su rostro enamorado y sumiso, de su modo de tratarlo: no había nada de lo que avergonzarse. No obstante, al evocar ese recuerdo, el sentimiento de vergüenza se agudizó, como si una voz interior le dijera (al pensar en Vronski): «Caliente, muy caliente, te quemas». «Bueno, ¿y qué? —se dijo con decisión, cambiando de postura—. ¿Qué significa esto? ¿Acaso temo mirar ese recuerdo cara a cara? ¿Por qué? ¿Es que entre ese joven oficial y yo existen o pueden existir relaciones distintas a las que tengo con cualquier conocido?» Sonrió con desprecio y volvió a coger el libro, pero ahora le resultó completamente imposible entender lo que leía. Pasó la plegadera por el cristal, luego acercó la superficie fría y lisa a la mejilla y, cediendo a un repentino e inopinado sentimiento de alegría, estuvo a punto de echarse a reír. Se daba cuenta de que sus nervios estaban cada vez más tensos, como las cuerdas de un instrumento cuando se aprietan las clavijas. Notó que sus ojos se abrían cada vez más, que los dedos de sus manos y de sus pies se crispaban, que había algo en su interior que le impedía respirar y que todas las formas y sonidos de esa penumbra vacilante le afectaban con una fuerza extraordinaria. A cada momento se preguntaba si el tren avanzaba, retrocedía o estaba parado. ¿Era Ánnushka quien estaba sentada a su lado o una mujer ajena? «¿Qué es lo que está colgado en esa percha, una pelliza o un animal? ¿Y quién soy yo? ¿La de siempre u otra persona?» Aunque ese estado de inconsciencia parecía atraerle, le horrorizaba sucumbir a él. No obstante, en su poder estaba entregarse o sucumbir. Se levantó, tratando de sacudirse esa apatía, retiró la manta de viaje y se quitó la pelerina. Liberada por un momento de esa especie de bruma, entendió que aquel hombre delgado, ataviado con un abrigo largo de nanquín al que le faltaba un botón, era el encargado de la calefacción y que había entrado para echar un vistazo al termómetro; que con él habían irrumpido en el vagón el viento y la nieve. Luego todo volvió a confundirse… Aquel hombre tan alto se puso a rascar algo en la pared, la viejecita estiró las piernas, y el espacio pareció llenarse de una nube negra; luego percibió un crujido, un chirrido horrible, como si estuvieran despedazando a alguien; más tarde una luz roja la cegó y, por último, todo quedó oculto como por una pared. Anna tuvo la impresión de que le faltaba el suelo bajo los pies, pero esas sensaciones, lejos de ser terribles, resultaban alegres. Un hombre embozado y cubierto de nieve le dijo algo al oído. Anna se puso en pie, liberada ya de esa somnolencia. Comprendió que estaban llegando a una estación y que aquel hombre era el revisor. Le pidió a Ánnushka la pelerina y el chal, se los puso y se dirigió a la puerta.

—¿Va a salir usted?

—Sí, me apetece tomar el aire. Aquí hace mucho calor.

Anna quiso abrir la puerta. El viento y la nieve salieron a su encuentro, como disputándole esa posesión. También eso se le antojó divertido. Por fin consiguió abrirla y salir. Era como si el viento la hubiera estado esperando para levantarla y llevársela envuelta en su alarido gozoso, pero Anna se agarró con fuerza a la fría barandilla y, recogiéndose la falda, bajó al andén, donde el vagón la protegió. El viento soplaba con fuerza en la escalerilla, pero en el andén, al abrigo de los vagones, su furia disminuía. Llena de alborozo, Anna respiró a pleno pulmón el aire helado, en el que revoloteaban los copos, y se quedó mirando el andén y las luces de la estación.

XXX

La terrible tormenta rugía y silbaba entre las ruedas de los vagones, sobre los postes y en el extremo de la estación. Los vagones, los postes, las personas: todo lo que se veía estaba cubierto de nieve por un lado, y esa capa no hacía más que aumentar. Por un instante la tormenta amainó, pero al poco rato volvió a arreciar con unos arrebatos tan feroces que parecía imposible hacerle frente. Entre tanto, algunas personas corrían por las chirriantes tablas del andén, charlando alegremente, y las grandes puertas de la estación no paraban de abrirse y de cerrarse. La sombra de un hombre encorvado pasó bajo los pies de Anna y a continuación se oyeron unos martillazos en una plancha de hierro. «¡Dame el telegrama!», clamó una voz irritada al otro lado del andén, en medio de la oscuridad y de la borrasca. «¡Por aquí, haga el favor! ¡El número 28!», gritaron varias voces, y a continuación pasaron algunas personas arrebujadas y cubiertas de nieve, seguidas de dos señores con un cigarrillo encendido entre los labios. Volvió a llenarse de aire los pulmones y, ya había sacado la mano del manguito para asir la barandilla y subir al vagón, cuando un hombre con un capote militar se detuvo a pocos pasos de ella, tapándole la vacilante luz del farol. Anna se volvió y al punto reconoció a Vronski. El joven se llevó la mano a la visera de la gorra, se inclinó y le preguntó si podía servirle en algo. Anna estuvo largo rato mirándole, sin responder. A pesar de que lo envolvía la sombra, distinguió, o eso fue lo que le pareció, la expresión de su cara y de sus ojos. Era ese mismo entusiasmo y esa misma sumisión que tanto le habían impresionado la víspera. A lo largo de los últimos días, y también hacía apenas un instante, había estado repitiéndose que Vronski sólo era para ella uno de esos centenares de jóvenes, idénticos unos a otros, con los que se encontraba a cada paso; que jamás se permitiría pensar en él. Pero ahora, nada más verlo, le embargó un sentimiento de alegría y de orgullo. No necesitaba preguntarle qué hacía allí: quería estar cerca de ella. Lo sabía con tanta certeza como si él mismo se lo hubiera confesado.

—No sabía que tenía que ir usted a San Petersburgo. ¿Para qué va allí? —preguntó Anna, soltando la barandilla.

Y en su rostro brillaron una animación y una alegría incontenibles.

—¿Para qué? —repitió Vronski, mirándola a los ojos—. Bien sabe que lo hago para estar cerca de usted. No puedo obrar de otro modo.

En ese momento, el viento, como si hubiera vencido todos los obstáculos, barrió la nieve del techo de los vagones y agitó una plancha de hierro que había arrancado; más allá se oyó el estridente silbido de la locomotora, lastimero y lúgubre. La horrible tormenta se le antojó aún más hermosa que antes. Vronski acababa de decir las palabras que Anna, en el fondo de su corazón, deseaba escuchar, por mucho que su razón las temiera. No dijo nada, pero él adivinó, por su expresión, la batalla que se

libraba en su interior.

—Perdóneme si le ha molestado mi comentario —añadió con voz sumisa.

Su tono era cortés y respetuoso, pero tan firme y decidido que Anna tardó un buen rato en responder.

—Lo que ha dicho está muy mal —pronunció por fin—. Si es usted un hombre de bien, le ruego que lo olvide. Y lo mismo haré yo.

—No olvidaré nunca, porque no está en mi poder, ni una sola palabra suya, ni un solo gesto suyo.

—¡Basta, basta! —exclamó Anna, tratando en vano de dar a su rostro, que él devoraba con los ojos, una expresión severa. Y, apoyando la mano en la fría barandilla, subió los peldaños y entró con premura en la plataforma del vagón, donde se detuvo y pasó revista a lo que acababa de suceder. No recordaba ni sus palabras ni las de él, pero se daba cuenta de que esa breve conversación los había unido muchísimo, y ese sentimiento la asustaba y al mismo tiempo la hacía feliz. Al cabo de unos segundos, entró en el compartimento y se acomodó en su asiento. El nerviosismo y las alucinaciones que la habían atormentado no sólo se renovaron, sino que fueron aumentando hasta alcanzar un punto en el que Anna llegó a temer que, de un momento a otro, una cuerda demasiado tensa se rompiese en su interior. No pegó ojo en toda la noche. Pero en esa inquietud y en esas visiones no había nada sombrío o desagradable, sino, al contrario, algo alegre, ardiente y emocionante. Al amanecer, se quedó adormilada en su asiento. Cuando se despertó, ya era de día y el tren se acercaba a San Petersburgo entre los campos blancos. Inmediatamente se puso a pensar en su hogar, en su marido, en su hijo, y los quehaceres que la esperaban ese día y los siguientes absorbieron por entero su atención.

Se apeó del vagón en cuanto el tren se detuvo y el primer rostro que le llamó la atención fue el de su marido. «¡Ah, Dios mío! ¿Por qué tendrá esas orejas?», se dijo al ver su figura imponente y fría y, sobre todo, los salientes cartílagos de las orejas, en los que se apoyaba el ala del sombrero redondo. Al verla, Alekséi Aleksándrovich se dirigió a su encuentro con esa sonrisa irónica que le era tan peculiar y la miró de hito en hito con sus grandes ojos cansados. Bajo esa mirada tenaz y fatigada, un sentimiento desagradable oprimió el corazón de Anna. ¿Acaso esperaba que hubiese cambiado? Lo que más le sorprendió fue la sensación de descontento consigo misma que le inspiró tenerlo frente a frente. Era una sensación conocida, familiar, semejante a la hipocresía que envolvía las relaciones con su marido. Era como si esa impresión le hubiera pasado desapercibida hasta entonces y sólo ahora, por primera vez, se le hubiera revelado de un modo indiscutible y doloroso.

—Como ves, tu marido, tan cariñoso como en el primer año de matrimonio, ardía en deseos de verte —dijo con su voz lenta y aguda y ese tono de burla que solía emplear con ella, como si se estuviera mofando de su propio modo de hablar.

—¿Cómo está Seriozha? —preguntó Anna.

—¿Y ésa es la recompensa que recibo por mi fogosidad? —respondió él—. Está bien, está bien…

XXXI

Vronski ni siquiera había intentado dormir. Pasó toda la noche sentado, con la mirada dirigida al frente u observando a los que entraban y salían. Si ya antes su serenidad imperturbable había sorprendido e impresionado a los desconocidos, ahora parecía aún más orgulloso y arrogante. Miraba a los hombres como si fueran objetos. Esa actitud le valió la inquina del nervioso joven que estaba sentado frente a él, empleado en un tribunal provincial. Le había pedido fuego, tratando de entablar conversación, y hasta llegó a empujarle para demostrarle que no era un objeto, sino una persona, pero Vronski siguió mirándole como si tuviera delante un farol. Desesperado ante la indiferencia de ese hombre, que parecía negarle su naturaleza humana, estuvo a punto de perder los estribos y fue incapaz de pegar ojo.

Vronski no reparaba en nada ni en nadie. Ese aire de imperial altivez no se debía a que creyera haber impresionado a Anna —aún no lo creía—, sino a que la impresión que ella le había causado le había llenado de orgullo y felicidad.

¿Cómo iba a acabar todo eso? Ni lo sabía ni quería pensar en ello. Se daba cuenta de que sus fuerzas, dispersas y malgastadas hasta entonces, de pronto se habían unido y se dirigían con una terrible determinación hacia un objetivo único y maravilloso. Y se sentía feliz. Su única certeza es que le había dicho la verdad: iba donde estuviera ella, y la vida no tenía para él otro sentido, ni su felicidad otra razón, que verla y oírla. Cuando se apeó del tren en Bologovo, para beber agua de seltz, y vio a Anna, le había dicho casi sin querer lo que pensaba. Y ahora se alegraba de haberlo hecho, de que ella lo supiera y meditara en su comentado. No pegó ojo en toda la noche. Al volver al vagón, se puso a pasar revista a todas las actitudes en que la había visto, a todas sus palabras, y su corazón desfallecía a medida que en su imaginación iban surgiendo cuadros de un futuro posible.

Cuando se apeó del tren en San Petersburgo, se sentía fresco y animado, como después de un baño frío, a pesar de que había pasado la noche en blanco. Se detuvo al pie del vagón, esperando a que ella saliera. «La veré otra vez —pensó para sus adentros, sonriendo involuntariamente—, veré sus andares, su cara. Puede que diga algo, que vuelva la cabeza, que me mire, que sonría.» Pero lo primero que le saltó a la vista fue el marido, al que acompañaba respetuosamente, entre la multitud, el jefe de estación. «¡Ah, sí, el marido!» Y por primera vez Vronski fue claramente consciente del estrecho vínculo que existía entre Anna y su marido. Sabía que estaba casada, pero no había creído en la existencia de ese hombre; sólo se convenció de su realidad cuando vio su cabeza, sus hombros y sus piernas, embutidas en unos pantalones negros, y sobre todo cuando contempló cómo la cogía tranquilamente del brazo, como si fuera de su propiedad.

Al ver a Alekséi Aleksándrovich, con su rostro lozano de petersburgués, su aire

severo y seguro de sí mismo, su sombrero redondo y su espalda ligeramente encorvada, tuvo que admitir su existencia, y no pudo evitar que se apoderara de él una sensación desagradable, semejante a la de una persona muerta de sed que llega a un manantial y se encuentra con que un perro, una oveja o un cerdo acaba de beber y ha enturbiado las aguas. Lo que más le irritó fueron los andares de Alekséi Aleksándrovich, que balanceaba el cuerpo sobre sus caderas y sus torpes piernas. No reconocía a ninguna otra persona el indiscutible derecho a amar a Anna. No obstante, ella seguía siendo la misma, y su presencia le reanimó, le llenó de entusiasmo y de felicidad. Ordenó a su criado alemán, que había viajado en un vagón de segunda y ahora venía a su encuentro corriendo, que recogiera el equipaje y se fuera a casa, y a continuación se acercó a ella. Había presenciado el reencuentro del matrimonio y, con esa perspicacia de los enamorados, se había dado cuenta de que Anna se mostraba algo cohibida al hablar con su marido. «No, ni lo ama ni puede amarlo», se dijo.

Aunque Anna Arkádevna le daba la espalda, advirtió con alegría que había adivinado su presencia. Se dio la vuelta y, al reconocerlo, se dirigió de nuevo a su marido.

—¿Cómo ha pasado usted la noche? —preguntó Vronski, saludándolos a los dos a la vez, dándole así la oportunidad a Alekséi Aleksándrovich de que lo reconociera, si lo estimaba oportuno.

—Muy bien, gracias —respondió Anna.

Su rostro parecía cansado y no se apreciaba esa animación que tan pronto se manifestaba en sus labios como en sus ojos; no obstante, al mirar a Vronski, sus ojos se iluminaron por un instante, y, aunque ese luego se extinguió casi de inmediato, él se sintió feliz. Anna miró a su marido para ver si reconocía a Vronski. Alekséi Aleksándrovich lo contemplaba con desagrado, recordando vagamente quién era. En ese momento la serenidad y la suficiencia de Vronski chocaron, como una hoz con una piedra, con la fría altivez de Alekséi Aleksándrovich.

—El conde Vronski —dijo Anna.

—¡Ah! Me parece que nos conocemos —dijo con indiferencia Alekséi Aleksándrovich, al tiempo que le estrechaba la mano—. A la ida has viajado con la madre y a la vuelta con el hijo —añadió, recalcando cada palabra, como si les concediera un gran valor—. ¿Ha estado usted de permiso? —preguntó y, sin esperar la respuesta, se dirigió a su mujer con ese tono de burla tan suyo—: ¿Y qué? ¿Llorasteis mucho en Moscú en el momento de la despedida?

Sacando a colación esa cuestión, estaba dando a entender a Vronski que deseaba quedarse solo con su mujer; a continuación, volviéndose hacia él, se llevó la mano al sombrero. Pero Vronski se dirigió de nuevo a Anna Arkádevna:

—Espero tener el honor de hacerles una visita —dijo.

Alekséi Aleksándrovich miró a Vronski con sus ojos cansados.

—Con mucho gusto. Recibimos los lunes —replicó con frialdad. Luego, desentendiéndose por completo de Vronski, le dijo a su mujer, con la misma ironía de antes—: Qué suerte que haya podido disponer de media hora libre para venir a buscarte y demostrarte de ese modo mi afecto.

—No haces más que poner de relieve tu cariño, como si quisieras que lo apreciara más —contestó ella en el mismo tono burlón, escuchando involuntariamente los pasos de Vronski, que iba detrás de ellos. «¿Y a mí qué más me da?», pensó, y a continuación preguntó a su marido cómo lo había pasado Seriozha en su ausencia.

—¡Ah, de maravilla! Mariette asegura que ha sido muy bueno y… lamento decírtelo… pero no te ha echado tanto de menos como tu marido. Vuelvo a darte las gracias, cariño, por haberme regalado un día. Nuestro querido samovar se pondrá contentísima. —Llamaba «samovar» a la célebre condesa Lidia Ivánovna porque siempre se la veía acalorada y agitada—. Ha preguntado por ti. Si me permites que te dé un consejo, tendrías que visitarla hoy mismo. Ya sabes que se lo toma todo muy a pecho. Ahora, además de todas sus demás preocupaciones, está muy interesada en la reconciliación de los Oblonski.

—Ya le he escrito.

—Pero ella quiere conocer todos los detalles. Si no estás cansada, ve a verla, cariño. Bueno, Kondrati te llevará en el coche. Yo tengo que volver al Comité. Ya no tendré que comer solo —prosiguió Alekséi Aleksándrovich, esta vez en serio—. No puedes imaginarte lo acostumbrado que estoy…

Y, después de apretarle un buen rato la mano, la ayudó a subir al coche con la mejor de sus sonrisas.

XXXII

La primera persona que salió a recibirla cuando llegó a casa fue su hijo. Sin hacer caso de los gritos de la institutriz, bajó corriendo la escalera, chillando loco de alegría: —¡Mamá, mamá! Y se colgó de su cuello.

—¡Ya le había dicho que era mamá! —le gritó a la institutriz—. ¡Lo sabía! Pero, igual que antes con el padre, Anna sintió cierta decepción al ver a su hijo. Se lo había imaginado mejor de lo que era, y ahora tenía que volver a la realidad para poder disfrutar de su presencia. Y la verdad es que era un muchacho encantador, con sus rizos rubios, sus ojos azules, sus piernas gruesas y robustas, embutidas en unas medias muy tirantes. Anna experimentó un placer casi físico al tenerlo cerca y recibir sus caricias, y la embargó una especie de serenidad interior cuando se encontró con su mirada inocente, confiada y cariñosa y cuando escuchó sus preguntas ingenuas. Sacó los regalos que le enviaban los hijos de Dolly y le contó que en Moscú vivía una niña llamada Tania, que ya sabía leer y enseñaba a los demás niños.

—Entonces, ¿yo soy peor que ella? —preguntó Seriozha.

—Para mí no hay nadie mejor que tú.

—Ya lo sé —dijo Seriozha, sonriendo.

No había tenido tiempo Anna de tomarse su café cuando anunciaron a la condesa Lidia Ivánovna. Era una mujer alta y gruesa, de tez amarillenta y enfermiza y hermosos y soñadores ojos negros. Anna le tenía cariño, pero ese día pareció reparar por primera vez en todos sus defectos.

—Y bien, amiga mía, ¿ha llevado la ramita de olivo? —preguntó la condesa en cuanto entró en la habitación.

—Sí, todo se ha arreglado. Por lo demás, la situación no era tan grave como pensábamos —respondió Anna—. En general, mi *belle soeur* es demasiado impulsiva.

Pero la condesa Lidia Ivánovna, que se interesaba en lo que no le concernía y tenía la costumbre de no escuchar lo que le importaba, interrumpió a Anna:

—Sí, cuántas desgracias e injusticias hay en este mundo. Hoy estoy extenuada.

—¿Por qué? —preguntó Anna, tratando de disimular una sonrisa.

—Empiezo a cansarme de romper lanzas por la verdad en vano y a veces me siento completamente desanimada. La obra de las hermanitas —era ésta una institución filantrópica, religiosa y patriótica— podría haber salido bien, pero con esos señores es imposible hacer nada —añadió con irónica resignación, como sometiéndose al destino—. Se apropian de la idea, la distorsionan y luego la juzgan de una manera ruin y miserable. Sólo dos o tres personas, entre ellas su marido, entienden el significado de esa labor; los demás no hacen más que desacreditarla. Ayer me escribió Pravdin…

Pravdin era un célebre paneslavista que vivía en el extranjero. La condesa pasó a relatar el contenido de la carta. Luego se refirió a las dificultades y obstáculos que amenazaban el proyecto de unión de las iglesias y se marchó a toda prisa, porque ese día tenía que asistir a la reunión de una sociedad y a una sesión del Comité Eslavo.

«Todo esto no es ninguna novedad —se dijo Anna—. Pero ¿por qué no me he dado cuenta antes? ¿O es que hoy estaba más irritada que de costumbre? La verdad es que resulta ridículo: se dice cristiana y afirma que su único objetivo es la virtud, pero no hace más que enfadarse y buscarse enemigos, que combaten sus ideas también en nombre del cristianismo y la virtud.»

Después de la condesa Lidia Ivánovna llegó una amiga de Anna, esposa de un alto funcionario, que la puso al corriente de todas las novedades de la ciudad. Se marchó a las tres y prometió volver para la cena. Alekséi Aleksándrovich estaba en el Ministerio. Una vez sola, lo primero que hizo Anna fue asistir a la comida de su hijo (comía aparte), luego puso en orden sus cosas y por último leyó y contestó las esquelas y las cartas acumuladas en su escritorio.

La agitación y la vergüenza infundada que la habían embargado durante el viaje desaparecieron por entero. Una vez retomada su existencia rutinaria, se sentía de nuevo segura, inmune a cualquier reproche.

Recordó sorprendida su estado de ánimo de la víspera. «¿Qué había sucedido? Nada. Vronski dijo una tontería, a la que era fácil poner fin, y yo le contesté como correspondía. No me parece necesario ni apropiado contárselo a Alekséi Aleksándrovich. Sería como conceder importancia a algo que no la tiene.» Se acordó de que una vez un subordinado de su marido estuvo a punto de hacerle una declaración y, cuando se lo contó, Alekséi Aleksándrovich le respondió que cualquier mujer que frecuentara la sociedad estaba expuesta a esas cosas, pero que él tenía plena confianza en su tacto y nunca se permitiría atentar a su dignidad ni a la de ella sucumbiendo a los celos.

«Por tanto, mejor no decirle nada. Sí, gracias a Dios, no hay nada que contar», concluyó.

XXXIII

Alekséi Aleksándrovich regresó del Ministerio a las cuatro, pero, como de costumbre, no tuvo tiempo de pasar a ver a Anna. Se dirigió a su despacho para recibir a unos solicitantes y firmar unos documentos que le había traído el secretario. A la hora de la comida (siempre había tres o cuatro invitados a la mesa) se presentaron una vieja prima de Alekséi Aleksándrovich, el director del departamento con su mujer y un joven al que le habían recomendado para un puesto. Anna bajó al salón para recibirlos. A las cinco en punto —el reloj de bronce de tiempos de Pedro el Grande aún no había dado la quinta campanada— entró Alekséi Aleksándrovich, de corbata blanca y con dos estrellas en el frac, pues tenía que marcharse inmediatamente después de comer. Cada minuto de su vida estaba medido y ocupado. Para poder atender a todas las tareas del día, debía observar una puntualidad rigurosísima. «Sin prisas, pero sin pausas» era su lema. Entró en el salón frotándose la frente, saludó a todo el mundo y en seguida tomó asiento, sonriendo a su mujer.

—Sí, mi soledad ha terminado. No puedes imaginarte lo fastidioso (enfatizó la palabra *fastidioso*) que es comer solo.

Durante la comida habló con su mujer de los asuntos de Moscú y preguntó con una sonrisa irónica por Stepán Arkádevich; pero la conversación fue más o menos general y giró principalmente en torno a cuestiones de índole social y administrativa. Después de comer, Alekséi Aleksándrovich pasó media hora con los invitados y, después de estrechar una vez más la mano de su mujer y esbozar una nueva sonrisa, se retiró para acudir a una sesión del Consejo. Anna no fue a visitar a la princesa Betsy Tverskaia, quien, enterada de su llegada, la había invitado a pasar la velada en su casa, ni tampoco acudió al teatro, donde ese día tenía reservado un palco. Si se quedó en casa fue principalmente porque el vestido que pensaba ponerse no estaba terminado. Una vez que se marcharon los invitados, Anna pasó a ocuparse de esa cuestión y se irritó mucho. Antes de partir para Moscú, había dado tres vestidos a su modista para que los transformara. En general, se daba buena maña para vestir bien gastando poco dinero. Era preciso arreglarlos de tal modo que no fuese posible reconocerlos, y hacía ya tres días que debían estar terminados. Pero dos de ellos no estaban listos y el tercero no se había modificado siguiendo sus indicaciones. Acudió la modista y trató de explicarle que el vestido quedaba mucho mejor así, y Anna se enfureció tanto que, más tarde, al recordar la escena, se sintió avergonzada. Para calmarse, se dirigió a la habitación de su hijo y pasó allí toda la tarde, lo acostó, hizo sobre él la señal de la cruz y lo arropó con cuidado. Se alegraba de no haber salido y de haber pasado la tarde de un modo tan agradable. Se sentía tranquila y aliviada, y se daba perfecta cuenta de que todo lo que le había parecido tan importante a lo largo del viaje no era más que un episodio insignificante e intrascendente de la vida

mundana y que no tenía de qué avergonzarse, ni ante sí misma ni ante nadie. Se instaló al pie de la chimenea con su novela inglesa y se puso a esperar a su marido. A las nueve y media en punto se oyó la campanilla y acto seguido Alekséi Aleksándrovich entró en la habitación.

—¡Por fin! —dijo Anna, tendiéndole la mano.

Él se la besó y se sentó a su lado.

—Entonces, puede decirse que tu viaje ha sido un éxito —le dijo.

—Sí, un éxito —contestó Anna y empezó a contárselo todo desde el principio: el viaje en compañía de la condesa Vrónskaia, su llegada, el accidente de la estación. Luego le habló de la compasión que había sentido primero por su hermano y luego por Dolly.

—Aunque sea tu hermano, no creo que se le pueda disculpar —dijo Alekséi Aleksándrovich con severidad. Anna sonrió. Se daba cuenta de que sólo lo decía para demostrarle que las relaciones de parentesco no influían de modo alguno en la sinceridad de sus juicios. Conocía y apreciaba ese rasgo de su marido—. Me alegro de que todo haya tenido un final feliz y de que hayas vuelto a casa —añadió—. ¿Y qué se dice por allí del nuevo proyecto de ley que he presentado en el Consejo?

Anna no había oído ni una palabra de tal cuestión, y se avergonzó de haber olvidado de ese modo algo tan importante para su marido.

—Aquí, por el contrario, está haciendo mucho ruido —dijo Alekséi Aleksándrovich con una sonrisa de satisfacción.

Anna advirtió que su marido quería comunicarle algunos detalles halagadores para su amor propio, y fue haciéndole preguntas hasta que se lo contó todo. Sin abandonar esa sonrisa de satisfacción, Alekséi Aleksándrovich le describió la ovación que había recibido cuando se aprobó su proyecto.

—La verdad es que estoy contentísimo, pues es una demostración de que, por fin, en nuestro país empieza a formarse una opinión clara y razonable de esta cuestión.

Después de tomar una segunda taza de té con nata, acompañada de pan, Alekséi Aleksándrovich se puso en pie para irse a su despacho.

—¿No has ido a ninguna parte? —preguntó—. Seguro que te has aburrido.

—¡Nada de eso! —contestó Anna, levantándose a su vez y atravesando con él la sala—. ¿Qué estás leyendo? —añadió.

—La *Poésie des enfers*, del duque de Lille —respondió él—. Un libro muy notable.

Anna sonrió como se sonríe ante las debilidades de los seres queridos, y, pasando el brazo por debajo del de su marido, lo acompañó hasta la puerta del despacho. Sabía que la costumbre de leer antes de acostarse se había convertido en una necesidad para él y que, a pesar de que las obligaciones de su cargo le robaban casi todo el tiempo, consideraba un deber estar al corriente de todas las novedades interesantes en el

ámbito de la cultura. También sabía que los libros que realmente le interesaban eran los de religión, política y filosofía, que el arte era completamente ajeno a su naturaleza, pero que, pese a ello, o mejor, como consecuencia de ello, no dejaba pasar nada que hubiera llamado la atención en ese campo, y se creía obligado a leerlo todo. Sabía que en política, filosofía y religión albergaba dudas y buscaba respuestas; pero en cuestión de arte y poesía, y sobre todo de música, de la que no entendía absolutamente nada, profesaba opiniones firmes e inapelables. Le gustaba hablar de Shakespeare, Rafael o Beethoven, de la importancia de las nuevas escuelas de poesía y de música, que había clasificado siguiendo un orden muy preciso.

—Bueno, queda con Dios —dijo Anna al llegar a la puerta del despacho, donde ya estaban preparadas, al lado del sillón de su marido, una garrafita de agua y una bujía con pantalla—. Me voy a escribir a Moscú.

Alekséi Aleksándrovich le apretó la mano y volvió a besársela.

«En cualquier caso, es un buen hombre, recto, amable y eminente en su campo —se decía Anna, mientras volvía a su habitación, como si lo defendiese de alguien que lo acusara y dijera que era imposible amarlo—.

Pero ¿por qué destacan de esa manera sus orejas? ¿Será que se ha cortado el pelo?»

A las doce en punto, mientras, sentada ante su escritorio, estaba terminando una carta para Dolly, se oyeron unos pasos mesurados, y acto seguido Alekséi Aleksándrovich, lavado y peinado, en zapatillas, se acercó a ella con un libro debajo del brazo.

—Ya es hora de irse a la cama —dijo, con una sonrisa particular, y entró en el dormitorio.

«¿Y qué derecho tenía a mirarlo así?», pensó Anna, recordando el modo en que Vronski lo había mirado.

Después de desvestirse, fue con su marido, pero su rostro ya no irradiaba esa animación de Moscú. La llama que centelleaba entonces en sus ojos y en su sonrisa parecía haberse extinguido o haberse ocultado en alguna parte.

XXXIV

Al abandonar San Petersburgo, Vronski había cedido su espacioso piso de la avenida Morskaia a su buen amigo y compañero Petritski, un joven teniente, de origen más bien modesto, que no sólo no tenía dinero, sino que estaba cargado de deudas. Se emborrachaba todas las tardes y a menudo lo arrestaban por sus aventuras divertidas y escandalosas. No obstante, gozaba de la estima tanto de sus compañeros como de sus superiores. Al llegar a su casa pasadas ya las once, procedente de la estación, Vronski vio a la puerta un coche que le resultaba conocido. Cuando llamó a la puerta, oyó risas de hombre, una voz de mujer que hablaba en francés y los gritos de Petritski: «¡Si es uno de esos canallas, no le dejes pasar!». Vronski entró sin hacer ruido en la primera habitación, sin hacerse anunciar. La baronesa Shilton, amiga de Petritski, resplandeciente con su vestido de raso de color lila, su carita sonrosada y sus cabellos rubios, llenaba toda la habitación, como un canario, con su cháchara parisina. Estaba sentada a la mesa redonda y preparaba café. Petritski, con su abrigo, y el capitán de caballería Kamerovski, de uniforme (probablemente había estado de servicio), se hallaban a su lado.

—¡Si es Vronski! ¡Bravo! —gritó Petritski, saltando ruidosamente de su silla—. ¡El dueño de la casa en persona! Baronesa, sírvale café de la cafetera nueva. ¡No te esperábamos! Confío en que te guste la nueva decoración de tu despacho —añadió, señalando a la baronesa—. ¿Os conocéis?

—¡Pues claro! —respondió Vronski con una alegre sonrisa, al tiempo que estrechaba la mano menuda de la baronesa—. ¡Cómo no! ¡Somos viejos amigos!

—Acaba de llegar usted después de un viaje, así que será mejor que me vaya —dijo la baronesa—. Si molesto, me marcho ahora mismo.

—Baronesa, usted está siempre en su casa —replicó Vronski—. Hola, Kamerovski —añadió, estrechando con poco entusiasmo la mano del capitán.

—Usted nunca me dedica tales cumplidos —dijo la baronesa, dirigiéndose a Petritski.

—¿Cómo que no? Ya verá las cosas que voy a decirle después de la cena.

—¡Después de la cena no tiene ningún mérito! Bueno, voy a prepararle un café mientras usted se lava y se afeita —dijo la baronesa, sentándose de nuevo y girando con mucha precaución el tornillo de la nueva cafetera—. Pierre, pásame el café —añadió, dirigiéndose a Petritski, a quien había dado ese nombre a partir de su apellido, sin disimular sus relaciones—. Voy a añadir un poco más.

—¡Lo va a estropear!

—Nada de eso. Bueno, ¿y cómo está su mujer? —preguntó de pronto la baronesa, interrumpiendo la conversación de Vronski con su compañero—. Le hemos casado durante su ausencia. ¿No ha traído a su mujer?

—No, baronesa. He nacido gitano y moriré como un gitano.

—Mucho mejor, mucho mejor. Deme la mano.

Y la baronesa, sin dejarle salir, se puso a contarle, intercalando alguna broma, sus últimos planes de vida y a continuación le pidió consejo.

—¡Sigue negándose a concederme el divorcio! —se refería a su marido—. ¿Qué puedo hacer? Quiero iniciar los trámites legales. ¿Qué me aconseja usted? Kamerovski, ocúpese del café, que se está saliendo. Como ve, tengo un montón de asuntos en la cabeza. Me he decidido a iniciar un proceso porque necesito mis bienes. Fíjese en qué cosa más absurda —agregó con desprecio—. Con el pretexto de que le soy infiel, quiere seguir disfrutando de mi fortuna.

Vronski escuchaba con gusto el alegre discurso de esa mujer hermosa, asentía a sus palabras, le daba consejos medio en broma y, en general, adoptaba el tono que solía emplear con esa clase de mujeres. Su mundo petersburgués se dividía en dos grupos completamente irreconciliables: el primero, inferior, banal, estúpido y, sobre todo, ridículo, estaba formado por personas convencidas de que el marido debe ser fiel a su legítima esposa; las muchachas, inocentes; las mujeres, pudorosas; los hombres, viriles, firmes y moderados, por no hablar de la necesidad de educar a los hijos, ganarse el pan, pagar las deudas, y otras sandeces por el estilo. En fin, gente grotesca y chapada a la antigua. La segunda, a la que pertenecían todos ellos, estaba formada por gente de verdad, que situaba por encima de todo la elegancia, la belleza, la magnanimidad, la alegría y el valor, capaz de entregarse sin ningún rubor a cualquier pasión, riéndose de todo lo demás.

Vronski aún se hallaba bajo la influencia de la sociedad moscovita, muy diferente, por eso en un primer momento se sintió un tanto desconcertado; pero no tardó en congraciarse con su género de vida habitual, alegre y agradable, y reanudó sus antiguas costumbres como quien mete los pies en unas zapatillas viejas.

El café no terminó de hacerse: se salió de los bordes, salpicó a todo el mundo, estropeó la valiosa alfombra y manchó el vestido de la baronesa, pero cumplió su objetivo: armar alboroto y suscitar risas.

—Bueno, ahora será mejor que me vaya. De otro modo, no acabará usted de lavarse, y caerá sobre mi conciencia el peor crimen que puede cometer un caballero: la falta de aseo. Entonces, ¿me aconseja usted que le ponga un cuchillo en la garganta?

—Sin ninguna duda, pero de tal manera que su mano quede cerca de sus labios. Él se la besará y todo acabará de la mejor manera —respondió Vronski.

—¡Nos vemos luego en el Teatro Francés!

Y desapareció con un rumor de faldas.

Kamerovski también se levantó, y Vronski, sin esperar su marcha, le tendió la mano y se dirigió al cuarto de baño. Mientras se lavaba, Petritski le contó en pocas

palabras los cambios que se habían operado en su vida después de su partida. No tenía ni un céntimo. Su padre le había dicho que no le daría nada y que no pagaría sus deudas. Un sastre quería meterlo en la cárcel y otro amenazaba con lo mismo. El comandante del regimiento le había anunciado que, si no ponía fin a esos escándalos, tendría que expulsarlo. Estaba harto de la baronesa, sobre todo por sus constantes ofrecimientos de dinero; pero había otra mujer —ya se la enseñaría a Vronski—, un encanto, una maravilla, de tipo puramente oriental, «algo así como la esclava Rebeca, ya me entiendes». También había reñido la víspera con Berkóshev, que tenía intención de enviarle sus padrinos, pero el asunto no tendría mayores consecuencias, seguro. En general, lo había pasado de maravilla y se había divertido muchísimo. En ese momento, sin dar tiempo a que su amigo entrara a analizar en detalle su situación, Petritski se puso a contarle todas las novedades interesantes. Al escuchar esos relatos a los que estaba tan acostumbrado, en el marco no menos familiar de su propio piso, en el que llevaba viviendo tres años, Vronski experimentó la agradable sensación de haber vuelto a la habitual y despreocupada vida petersburguesa.

—¡No puede ser! —gritó, soltando el pedal del lavabo, bajo cuyo chorro humedecía su cuello fuerte y rojizo—. ¡No puede ser! —repitió, al enterarse de que Laura había abandonado a Fertinhoff para irse con Miléiev—. ¿Y él sigue tan satisfecho de sí mismo, el muy tonto? Bueno, ¿qué me cuentas de Buzulúkov?

—¿Buzulúkov? ¡Menuda historia le ha sucedido! —exclamó Petritski—. Ya conoces su pasión por los bailes. Asiste a todos los de la corte. Bueno, pues acudió a un baile de gala con un casco nuevo. ¿Has visto los cascos nuevos? Son muy bonitos, más ligeros. Así que estaba allí… Pero escúchame.

—Te estoy escuchando —replicó Vronski, secándose con una toalla de felpa.

—Aparece la gran duquesa, del brazo de un embajador, y, para su desgracia, se ponen a hablar de los cascos nuevos. La gran duquesa quiere enseñarle uno a su acompañante… En ese momento repara en nuestro querido amigo —en ese punto Petritski imitó la postura de Buzulúkov—. La gran duquesa le pide que le entregue el casco, pero él se niega. ¿Qué sucede? Le hacen señas, muecas, guiños. ¡Déjaselo! Pero él sigue en sus trece, rígido como un cadáver. ¡Imagínate! Entonces ése… he olvidado su nombre… intenta quitárselo… pero el otro se resiste… Al final consigue arrebatárselo y se lo entrega a la gran duquesa. «Aquí tiene el casco nuevo», dice la gran duquesa. En ese momento le da la vuelta y, ¡figúrate!, caen al suelo, ¡paf!, una peray varios bombones. ¡Dos libras de bombones!… ¡Había cogido unas provisiones, el angelito!

Vronski se desternillaba de risa. Mucho tiempo después, hablando ya de otras cosas, cuando le venía a la memoria ese incidente, estallaba en una risa franca, enseñando sus dientes fuertes y regulares.

Una vez enterado de todas las novedades, Vronski se puso el uniforme con ayuda

de su lacayo y fue a presentarse. Después de cumplir con esa formalidad, tenía intención de ir a ver a su hermano y a Betsy, y a continuación iniciar una serie de visitas por esos ambientes sociales en los que podía coincidir con la señora Karénina. Como es costumbre en San Petersburgo, salió de su casa con intención de no regresar hasta bien entrada la noche.

SEGUNDA PARTE

I

A finales del invierno en casa de los Scherbatski se celebró una consulta médica para determinar el estado de salud de Kitty y lo que debía hacerse para que recuperara las menguadas fuerzas. La joven había estado enferma, y con la llegada de la primavera había empeorado. El médico de cabecera le había recetado aceite de hígado de bacalao, luego hierro y por último nitrato de plata, pero, como ninguno de esos remedios había surtido efecto, aconsejó que al llegar la primavera la enferma viajara al extranjero. Fue entonces cuando la familia recurrió a un médico famoso, hombre aún joven y bastante apuesto, que solicitó reconocer a la paciente. Insistía, al parecer con cierta complacencia, en que el pudor de las muchachas no era más que un vestigio de barbarie y que era perfectamente natural que un hombre aún joven auscultara a una muchacha desnuda. Lo encontraba natural porque lo hacía todos los días, sin que le asaltara, según creía él, ningún sentimiento o pensamiento inconveniente. En consecuencia, el pudor de las muchachas no sólo era un vestigio de barbarie, sino también una ofensa personal.

No había más remedio que claudicar, porque, a pesar de que todos los médicos habían estudiado en la misma escuela, habían seguido los mismos cursos y practicaban la misma ciencia, y a pesar de que algunos tenían una mala opinión de ese médico famoso, los parientes de la princesa y su círculo de amistades consideraban, vaya usted a saber por qué, que estaba en posesión de conocimientos especiales y que era el único capaz de salvar a Kitty. Después de reconocer y auscultar en detalle a la paciente, confusa y muerta de vergüenza, y de lavarse escrupulosamente las manos, el médico famoso pasó al salón para hablar con el príncipe, que le escuchó con el ceño fruncido y tosiendo de vez en cuando. Su experiencia de la vida, su buena salud y su claridad de juicio le llevaban a dudar de la medicina, y en su fuero interno despotricaba de toda esa comedia, tanto más cuanto que era quizá el único que comprendía el motivo de la enfermedad de Kitty. «Mira cómo ladra el sabueso», se dijo, recurriendo a esa expresión propia de cazadores para referirse al médico famoso, mientras escuchaba su cháchara sobre los síntomas de la enfermedad de su hija. En cuanto a éste, le costaba trabajo disimular el desprecio que le merecía ese viejo señor, y hacía visibles esfuerzos por rebajarse al nivel de su entendimiento. Por lo demás, había comprendido que no tenía ningún sentido hablar con él, que la cabeza de esa familia era la madre. Para ella reservaba las perlas de su elocuencia. En ese momento la princesa entró en el salón, acompañada del médico de cabecera. El príncipe se alejó, para que no se dieran cuenta de lo ridícula que le parecía esa comedia. La princesa, desconcertada, no sabía qué hacer. Se sentía culpable ante Kitty.

—Bueno, doctor, decida nuestro destino —dijo—. Dígamelo todo. —«¿Hay

esperanzas?», había querido añadir, pero los labios le temblaron y no fue capaz de formular la pregunta—. Hable, doctor…

—Primero quiero cambiar impresiones con mi colega. Luego tendré el honor de comunicarle mi opinión.

—¿Prefieren que les dejemos solos?

—Como gusten.

La princesa suspiró y salió.

Cuando se quedó a solas con su colega, el médico de cabecera empezó a exponer tímidamente su opinión; a saber, que se trataba del principio de un proceso tuberculoso, pero que… etcétera. El médico famoso le escuchaba, pero en mitad de su perorata echó un vistazo a su grueso reloj de oro.

—Ya —dijo—, pero…

El médico de cabecera guardó un respetuoso silencio.

—Como usted sabe, no podemos diagnosticar el principio de un proceso tuberculoso. Antes de la aparición de las cavernas, no disponemos de ninguna prueba. Pero podemos albergar sospechas. Y hay algunos indicios: falta de apetito, excitación nerviosa y demás. Lo que tenemos que preguntarnos es lo siguiente: ¿qué se debe hacer, cuando existen sospechas de un proceso tuberculoso, para despertar el apetito?

—Pero ya sabe usted que siempre hay causas morales y espirituales ocultas —se permitió intercalar el médico de cabecera con una sonrisa sutil.

—Sí, eso por descontado —respondió el médico famoso, consultando de nuevo el reloj—. Perdone, ¿sabe si está arreglado ya el puente Yauza o hay que dar un rodeo? —preguntó—. ¡Ah, ya lo han arreglado! Entonces no necesitaré más de veinte minutos. Como íbamos diciendo, el problema que debemos resolver es el siguiente: despertar el apetito y tonificar los nervios. Una cosa está relacionada con la otra, así que hay que actuar en ambos frentes.

—¿Y el viaje al extranjero? —preguntó el médico de cabecera.

—Soy contrario a ese tipo de viajes. Y permítame que le haga una apreciación: si nos encontramos ante el principio de un proceso tuberculoso, cosa que no podemos saber, un viaje al extranjero no servirá de ninguna ayuda. Lo que necesitamos es un remedio que despierte el apetito sin perjudicar al organismo.

Y el médico famoso expuso su plan: un tratamiento con aguas de Soden, cuyo mérito principal consistía, por lo visto, en que no podían causar ningún daño.

El médico de cabecera le escuchaba con atención y respeto.

—En favor de un viaje al extranjero podría mencionarse el cambio de ambiente, el alejamiento de unas condiciones que despiertan recuerdos ingratos. Además, la madre lo desea —dijo.

—Ah, en ese caso, que se vayan. Con tal de que esos charlatanes alemanes no lo echen todo a perder… Es necesario que obedezcan… Bueno, que se marchen. —

Volvió a mirar el reloj—. ¡Ah, ya es hora! —añadió, y se dirigió a la puerta.

El médico famoso anunció a la princesa que quería ver a la enferma una vez más (seguramente pensaba que así lo requerían las conveniencias).

—¡Cómo! ¿Otro reconocimiento? —exclamó con espanto la madre.

—No, sólo necesito unos detalles más, princesa.

—Por aquí, haga usted el favor.

Y la princesa, acompañada del médico, entró en la sala donde se encontraba Kitty. La hallaron en medio de la habitación, muy enflaquecida, con las mejillas arreboladas y un brillo singular en los ojos, motivado por la vergüenza que había pasado. Al ver al médico, se puso colorada, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Consideraba una cosa estúpida, y hasta ridícula, la enfermedad que padecía y los tratamientos que le imponían. ¿No era como tratar de reconstruir un jarrón reuniendo los pedazos rotos? Tenía el corazón destrozado. ¿Cómo iban a curarla con píldoras y polvos? Pero no se atrevía a contrariar a su madre, tanto más cuanto que ésta se consideraba culpable.

—Haga el favor de sentarse, princesa —dijo el médico famoso con una sonrisa, y a continuación se acomodó frente a ella.

Después de tomarle el pulso, volvió a hacerle una serie de preguntas aburridas. Kitty en un principio le contestó, pero acabó poniéndose en pie, enfadada.

—Perdóneme, doctor, pero la verdad es que todo esto no nos lleva a ninguna parte. Ya es la tercera vez que me pregunta usted lo mismo.

El médico famoso no se ofendió.

—Irritabilidad enfermiza —le dijo a la princesa, una vez que Kitty abandonó la sala—. En cualquier caso, he terminado…

En ese punto, dirigiéndose a la princesa como si fuera una mujer de una inteligencia excepcional, el médico le explicó en términos científicos el estado de su hija y concluyó con unas instrucciones sobre el modo de tomar esas aguas que no eran de ninguna utilidad. Cuando la princesa le preguntó si debían viajar al extranjero, el médico se sumió en profundas reflexiones, como si estuviera resolviendo una cuestión muy compleja. Por fin le presentó su conclusión: podían partir, con tal de que no concedieran crédito a los charlatanes y siguieran al pie de la letra sus instrucciones.

Por lo visto, la marcha del médico fue recibida como si se tratara de un acontecimiento alegre. La madre, ya más contenta, volvió a la habitación de Kitty, y ésta fingió compartir su alborozo. En los últimos tiempos se veía obligada a fingir muy a menudo, casi a cada paso.

—De verdad que me encuentro bien, *maman*. Pero si le apetece a usted ir, vamos —dijo y, procurando mostrar interés por el inminente viaje, se puso a hablar de los preparativos.

II

Poco después de que se fuera el médico, apareció Dolly. Sabía que ese día iba a celebrarse una consulta y, a pesar de su alumbramiento reciente (a finales del invierno había dado a luz a una niña) y de las muchas preocupaciones e inquietudes que la embargaban, había dejado a la recién nacida y a otra hija que estaba enferma para enterarse de la suerte de Kitty, que se estaba decidiendo en esos momentos.

—¿Y bien? —dijo, nada más entrar en la sala, sin quitarse el sombrero—. Os veo a todos muy contentos. Entonces, ¿ha ido todo bien?

Intentaron explicarle lo que había dicho el médico, pero ninguno fue capaz de transmitirle el sentido de sus palabras, a pesar de que había hablado largo y tendido y con no poca elocuencia. Por lo demás, lo único interesante era que habían decidido marcharse al extranjero.

A Dolly se le escapó un suspiro. Su hermana, su mejor amiga, se iba. Y su vida no era nada alegre. Después de la reconciliación, las relaciones con su marido se habían vuelto humillantes. La unión que había propiciado Anna se reveló poco firme, y la armonía conyugal volvió a romperse por el mismo sitio. No es que hubiera sucedido nada, pero Stepán Arkádevich no estaba casi nunca en casa y rara vez traía dinero. Además, la sospecha de que le era infiel atormentaba a Dolly sin descanso, por más que tratara de acallarla, por temor a reincidir en los tormentos del pasado. Ni siquiera el descubrimiento de una nueva traición podía motivar un ataque de celos como el que ya había sufrido ni producirle una impresión tan penosa. Un descubrimiento de ese tipo no tendría más efecto que privarla de su vida habitual, así que permitía que la engañara, despreciando a su marido y, sobre todo, despreciándose a sí misma por esa debilidad. Por encima de todo, los cuidados de su numerosa familia no le daban un instante de paz: cuando no surgían problemas con la lactancia de la recién nacida, la nodriza se marchaba o caía enfermo uno de los niños, como había sucedido ahora.

—¿Y cómo estáis vosotros? —le preguntó su madre.

—Ay, *maman*, en casa no tenemos más que disgustos. Lili se ha puesto mala y me temo que sea la escarlatina. Por eso he venido hoy a enterarme de lo que os han dicho. Como sea la escarlatina, no lo quiera Dios, no voy a poder salir en mucho tiempo.

Una vez enterado de la partida del médico, el viejo príncipe abandonó también su despacho y, después de presentar su mejilla a Dolly e intercambiar unas palabras con ella, le preguntó a su mujer:

—Entonces, ¿qué habéis decidido? ¿Os vais? ¿Y qué queréis que haga yo?

—Creo que es mejor que te quedes, Alexandre Andreich —respondió su esposa.

—Como queráis.

—*Maman*, ¿por qué no viene papá con nosotras? —dijo Kitty—. Sería más

divertido tanto para él como para nosotras.

El viejo príncipe se puso en pie y acarició los cabellos de Kitty, que alzó el rostro y le miró, esforzándose por sonreír. Siempre había tenido la sospecha de que era quien mejor le entendía en la familia, a pesar de que hablaba poco con ella. Era su favorita, por ser la menor, y suponía que ese cariño lo hacía más clarividente. Ahora, al contemplar su cara surcada de arrugas y encontrarse con sus bondadosos ojos azules, que la miraban fijamente, tuvo la impresión de que su padre podía ver lo que pasaba en su interior y que comprendía lo que la angustiaba. Se ruborizó y se inclinó hacia él, esperando que la besara, pero el príncipe se limitó a pasarle la mano por el pelo, al tiempo que decía:

—¡Estos estúpidos moños postizos! En lugar de acariciar a tu propia hija, ¡estás tocando los cabellos de una difunta! Bueno, Dólinka —agregó, dirigiéndose a su hija mayor—, ¿qué está haciendo tu campeón?

—Nada, papá —respondió Dolly, entendiendo que se refería a su marido—. Se pasa el día fuera de casa, así que apenas lo veo —no pudo menos de añadir, con una sonrisa irónica.

—¿Aún no se ha ido a la aldea para vender el bosque?

—No, sigue preparándose.

—¡Vaya! —exclamó el príncipe—. Entonces, ¿también yo tengo que empezar con los preparativos? A sus órdenes —añadió, dirigiéndose a su mujer, mientras se sentaba—. Escucha lo que voy a decirte, Katia —prosiguió, volviéndose a su hija menor—: un buen día, al despertarte, debes decirte: «Estoy bien de salud y me siento alegre. Ahora que ha caído una buena helada, ¿por qué no reanudar esos paseos que daba con papá por la mañana temprano?».

Lo que decía su padre parecía muy sencillo, pero al oír esas palabras Kitty se turbó y se desconcertó, como un criminal cogido in fraganti. «Sí, lo sabe todo, lo entiende todo, y está tratando de decirme que, por mucho que me cueste, debo sobreponerme a mi vergüenza.» No tuvo ánimos suficientes para contestar. Pronunció unas palabras, pero de pronto rompió a llorar y salió corriendo de la habitación.

—¡Mira lo que has conseguido con tus bromas! —dijo la princesa, arremetiendo contra su marido—. Siempre tienes que… —Y empezó a lanzarle un reproche tras otro.

El príncipe escuchó un buen rato, sin pronunciar palabra, la regañina de su mujer, pero su semblante se iba ensombreciendo cada vez más.

—Es digna de lástima, la pobrecita, digna de lástima. ¿No te das cuenta de que cualquier alusión a la causa de su pena la hace sufrir? ¡Ah, cómo puede equivocarse una de ese modo con la gente! —añadió la princesa, y por el cambio de tono, tanto Dolly como el príncipe se dieron cuenta de que se estaba refiriendo a Vronski—. No entiendo que no haya leyes que castiguen a esos sujetos viles e innobles.

—¡Ah, lo que tiene uno que oír! —exclamó el príncipe con aire sombrío. Se levantó con intención de marcharse, pero se detuvo al lado de la puerta—. Existen ciertas reglas, querida, y, ya que me obligas, te diré que tú tienes la culpa de todo. Tú y nadie más que tú. Siempre ha habido leyes contra esos jovenzuelos, y sigue habiéndolas. Sí, señora, y si no hubieran sucedido cosas que jamás deberían haber pasado, yo mismo, con lo viejo que soy, habría desafiado a ese petimetre. Ahora tienes que curarla, llamar a esos charlatanes.

Por lo visto, el príncipe tenía mucho más que decir, pero, en cuanto la princesa oyó su tono, se sometió y se arrepintió, como hacía siempre que trataban de cuestiones serias.

—Alexandre, Alexandre —murmuró, dando unos pasos hacia él, y rompió a llorar.

Nada más ver sus lágrimas, el príncipe se calmó y se acercó a ella.

—¡Bueno, basta, basta! Ya sé que también tú estás sufriendo. ¡Qué le vamos a hacer! En realidad, el mal no es demasiado grande. Dios es misericordioso… Démosle las gracias… —añadió, sin saber ya lo que decía, respondiendo de ese modo al húmedo beso que la princesa le había dado en la mano. A continuación salió de la habitación.

En cuanto Kitty, deshecha en lágrimas, se retiró a su cuarto, Dolly, guiada por su instinto maternal, adivinó al instante que aquello sólo podía arreglarlo una mujer, y se dispuso a intentarlo. Se quitó el sombrero y, armándose de valor, se puso manos a la obra. Cuando la princesa había atacado a su marido, había tratado de contenerla, en la medida en que se lo permitía el respeto filial. Pero, durante la réplica indignada del padre, guardó silencio. Sentía vergüenza por su madre y cariño por su padre, que tan poco había tardado en recobrar su ánimo bondadoso. En cuanto el príncipe se marchó, Dolly pasó a ocuparse de lo más urgente: ir a consolar a Kitty.

—Hace tiempo que quería preguntarte una cosa, *maman*. ¿Sabías que Levin tenía intención de pedir la mano de Kitty la última vez que estuvo aquí? Se lo confesó a Stiva.

—¿Y qué? No entiendo…

—Cabe la posibilidad de que Kitty lo haya rechazado… ¿No te ha dicho nada?

—No, no me ha hablado ni del uno ni del otro. Es demasiado orgullosa. Pero sé que todo se debe a ese…

—Sí, pero, imagínate que haya rechazado a Levin. Y estoy segura de que no lo habría hecho de no haber sido por el otro… El mismo que luego la ha engañado de forma tan cruel.

Anonada por la conciencia de su enorme culpa ante su hija, la princesa se enfadó:

—¡Ah, no entiendo nada! En estos tiempos todas quieren vivir a su manera, no le dicen nada a sus madres y luego…

—*Maman*, voy a ir a verla.
—Vale. ¿Acaso te lo prohíbo? —replicó la princesa.

III

Al entrar en el pequeño gabinete de Kitty, un cuartito muy agradable, tapizado de rosa, con muñecas *vieux saxe*,[1] tan juvenil, rosada y alegre como la propia Kitty apenas dos meses antes, Dolly recordó con cuánto cariño y alborozo lo habían decorado juntas el año anterior. Se le encogió el corazón cuando vio a su hermana sentada en una silla baja, al pie de la puerta, con los ojos fijos e inmóviles en una punta de la alfombra. Tenía una expresión fría y algo severa que no alteró cuando levantó la vista.

—Me temo que no podré salir de casa en mucho tiempo y tú tampoco podrás venir a verme —dijo Daria Aleksándrovna, sentándose a su lado—. Quería hablar un momento contigo…

—¿De qué? —se apresuró a responder Kitty, levantando asustada la cabeza.

—De tu pena. ¿De qué otra cosa va a ser?

—No tengo ninguna pena.

—Basta, Kitty. ¿Acaso piensas que no me doy cuenta? Lo sé todo. Y, créeme, no tiene tanta importancia. Todas hemos pasado por eso.

Kitty no decía nada, pero sus rasgos seguían expresando la misma severidad.

—No se merece que sufras por él —prosiguió Daria Aleksándrovna, yendo al meollo de la cuestión.

—En efecto, porque me ha desdeñado —dijo Kitty con voz trémula—. ¡No me hables de eso! ¡No me hables de eso, te lo suplico!

—¿Y quién te ha dicho eso? Nadie lo piensa. Estoy convencida de que estaba enamorado de ti y de que lo sigue estando, pero…

—¡Ah, lo que más me desespera es esa compasión! —exclamó Kitty, presa de un enfado repentino. Se removió en la silla, se puso colorada y, moviendo muy deprisa los dedos, se puso a apretujar la hebilla del cinturón tan pronto con una mano como con la otra. Dolly sabía que su hermana recurría a ese gesto cuando estaba furiosa. Y no ignoraba que en tales momentos era capaz de perder la cabeza y proferir muchas cosas innecesarias y desagradables. Quiso calmarla, pero ya era tarde—. ¿Qué es lo que tratas de hacerme entender? ¿Qué? —se apresuró a preguntar Kitty—. ¿Que me he enamorado de un hombre a quien nada le importo y que me muero de amor por él? ¡Y es mi propia hermana quien me lo dice… convencida de que se compadece de mí! … ¡No necesito para nada esas muestras de lástima ni ese disimulo!

—Kitty, eres injusta.

—¿Por qué me atormentas?

—Al contrario… Veo que estás apenada…

Pero Kitty, en su arrebato, ya no la oía.

—Ni estoy afligida ni hay ninguna razón para que me consuelen. Soy demasiado

orgullosa para amar a un hombre que no me ama.

—Pero si yo no estoy diciendo… Escucha: dime la verdad —replicó Daria Aleksándrovna, cogiendo de la mano a su hermana—. ¿Te habló Levin?

Al oír ese nombre, Kitty perdió la poca paciencia que le quedaba. Se levantó de un salto, tiró la hebilla al suelo y, agitando los brazos con desmesura, exclamó:

—¿Qué tiene que ver Levin con todo esto? No entiendo por qué te empeñas en hacerme sufrir. Te digo y te repito que soy demasiado orgullosa y que jamás seré capaz de hacer lo que tú haces: volver con el hombre que te ha traicionado, que se ha enamorado de otra mujer. ¡Eso sí que no puedo entenderlo! Tú eres capaz de pasar por eso, pero yo no.

Nada más pronunciar esas palabras, se dirigió a la puerta con intención de salir de la habitación pero, al ver que Dolly bajaba tristemente la cabeza y guardaba silencio, se sentó y se cubrió el rostro con un pañuelo.

Pasaron un par de minutos en silencio. Dolly pensaba en sí misma. Su humillación, de la que no podía olvidarse ni un momento, se agudizó aún más cuando su hermana se la recordó. Jamás habría creído capaz a su hermana de semejante crueldad, y se enfadó con ella. Pero de pronto oyó el rumor de un vestido, acompañado de unos sollozos reprimidos, al tiempo que unos brazos se alzaban y le rodeaban el cuello. Kitty estaba de rodillas delante de ella.

—¡Dólinka, soy tan desdichada! —susurró con tono culpable.

Y ocultó el hermoso rostro, bañado en lágrimas, en la falda de su hermana.

Era como si esas lágrimas hubieran sido necesarias para engrasar la maquinaria de su comprensión mutua, pues a partir de ese momento se pusieron a hablar, pero no de las cuestiones que les preocupaban, sino de temas que no tenían nada que ver, y se comprendieron a la perfección. Kitty se daba cuenta de que las palabras que le había dicho a su pobre hermana, en ese arrebato de cólera, sobre la infidelidad de su marido y su humillación, la habían herido en lo más hondo del corazón, pero que la había perdonado. Dolly, por su parte, se enteró de todo lo que quería saber. Se convenció de que sus sospechas eran ciertas y de que la incurable amargura de Kitty se debía a que había rechazado a Levin para después verse engañada por Vronski; ahora, en cambio, estaba dispuesta a amar a Levin y a odiar a Vronski. Kitty no le dijo ni una palabra al respecto, sólo le habló de su estado de ánimo.

—No tengo ninguna pena —dijo, ya más tranquila—, pero entenderás que todo se me ha vuelto repugnante, molesto y odioso, empezando por mí misma. No puedes figurarte qué pensamientos tan horribles se me pasan por la cabeza.

—¿Y qué pensamientos horribles puedes tener tú? —preguntó Dolly, sonriendo.

—Los más horribles y los más odiosos. No sabría explicártelo. No es tedio ni angustia, sino algo mucho peor. Es como si todo lo bueno que hay en mí hubiera desaparecido y sólo hubiera quedado lo peor. Pero ¿cómo explicártelo? —prosiguió,

descubriendo una expresión de sorpresa en los ojos de su hermana—. Papá acaba de decirme… Pues me pareció entender que deseaba que me casara. Y, cuando mamá me lleva a un baile, me asalta la sospecha de que sólo lo hace para que encuentre un marido cuanto antes y así poder desembarazarse de mí. Sé que es mentira, pero no consigo librarme de esos pensamientos. No puedo soportar a los supuestos pretendientes. Tengo la impresión de que me están tomando las medidas. Antes era para mí un placer acudir a algún sitio con traje de noche, admiraba mi propia figura. Ahora me da vergüenza y me siento incómoda. ¿Y qué quieres que haga? El médico… Bueno…

Kitty se turbó. Le habría gustado añadir que, desde que se había producido ese cambio, Stepán Arkádevich se le había vuelto especialmente desagradable y que no podía verlo sin que la asaltaran las imágenes más groseras y repugnantes.

—Sí, todo toma a mis ojos el aspecto más sucio y asqueroso —añadió—. En eso consiste mi enfermedad. Tal vez se me pase…

—No pienses en eso…

—Imposible. Sólo me encuentro a gusto con los niños, en tu casa.

—Qué pena que no puedas ir ahora por allí.

—¿Y por qué no? He pasado la escarlatina y convenceré a *maman*.

Kitty se salió con la suya: se trasladó a casa de su hermana y cuidó de los niños, que, en efecto, habían contraído la escarlatina. Las dos hermanas consiguieron sacar adelante a los seis niños, pero la salud de Kitty no mejoró, y, al llegar la Cuaresma, los Scherbatski decidieron partir para el extranjero.

IV

En San Petersburgo los representantes de la alta sociedad forman en realidad un solo círculo: todos se conocen y se visitan. Pero ese gran círculo presenta subdivisiones. Anna Arkádevna Karénina tenía amigos y relaciones estrechas en tres distintas secciones. Una de ellas, el círculo oficial, estaba formada por los colegas y subordinados de su marido, unidos y divididos por las relaciones sociales más diversas y caprichosas. Del respeto religioso que en un primer momento Anna había sentido por esas personas no le quedaba ya ni rastro. Ahora los conocía a todos, como se conoce a la gente en una ciudad de provincias. No se le ocultaban sus costumbres ni sus defectos, sabía dónde les apretaba el zapato, estaba al tanto de sus relaciones mutuas y de su grado de proximidad al centro principal. Sabía de qué parte estaba cada uno, a qué circunstancias y apoyos debía cada cual su posición, en qué coincidían y disentían entre ellos. Pero ese círculo oficial, en el que primaban cuestiones de gobierno, más afines a los hombres, no le había interesado nunca, a pesar de la influencia de Lidia Ivánovna, y cada vez lo frecuentaba menos.

Otro círculo cercano a Anna era el formado por las personas que habían ayudado a su marido a forjarse una posición. El centro de ese círculo, compuesto por mujeres mayores, feas, virtuosas y devotas y hombres inteligentes, instruidos y ambiciosos, era la condesa Lidia Ivánovna. Uno de los brillantes representantes de ese círculo lo había denominado «la conciencia de la sociedad petersburguesa». Alekséi Aleksándrovich lo tenía en alta estima; también Anna, con ese don natural para llevarse bien con todo el mundo, había sabido hacerse allí muchos amigos en los primeros tiempos de su vida en San Petersburgo. Pero, a su vuelta de Moscú, ese ambiente se le volvió insoportable. Le parecía que tanto ella como los demás fingían, y se sentía tan molesta y aburrida que visitaba lo menos posible a la condesa Lidia Ivánovna.

El tercer círculo, por último, era la buena sociedad propiamente dicha, el mundo de los bailes, los banquetes, los vestidos elegantes, el mundo que le daba la mano a la corte para no rebajarse hasta ese otro semimundo, al que se figuraban despreciar, pero cuyos gustos no sólo eran similares, sino idénticos. El vínculo que unía a Anna a ese círculo era la princesa Betsy Tverskaia, casada con un primo suyo y con ciento veinte mil rublos de renta. Desde la aparición de Anna en sociedad, había sentido un cariño especial por ella. Por medio de halagos, la fue atrayendo a su círculo, al tiempo que se burlaba del de la condesa Lidia Ivánovna.

—Cuando sea vieja y fea, me volveré como ella —decía Betsy—, pero para una mujer joven y hermosa como usted es aún pronto para entrar en ese asilo.

En los primeros tiempo Anna evitó en la medida de lo posible la sociedad de la princesa Tverskaia, porque le exigía unos gastos que estaban por encima de sus

medios y también porque, en el fondo de su corazón, prefería el primero. Pero a su vuelta de Moscú todo cambió. Rehuía a sus amigos virtuosos y frecuentaba el gran mundo. Allí coincidía con Vronski, y cada uno de esos encuentros la llenaban de emoción y también de júbilo. Lo veía sobre todo en casa de Betsy, Vrónskaia de nacimiento y prima de aquél. Vronski acudía a todos los lugares donde podía verla y, siempre que tenía ocasión, le hablaba de su amor. Ella no daba ningún pábulo a esas efusiones, pero, cada vez que coincidían, sentía que su corazón se inflamaba con ese sentimiento vivificador que le embargó la primera vez que lo vio en el vagón. Se daba cuenta de que su sola visión hacía que a sus ojos asomara un brillo alegre y a sus labios una sonrisa, y no era capaz de reprimir esa expresión de felicidad.

Al principio Anna estaba convencida de que le desagradaba esa persecución. Pero un día, poco después de su vuelta de Moscú, asistió a una velada en la que pensaba coincidir con Vronski y a la que éste no acudió. Entonces comprendió claramente, por el dolor que le embargó, que se estaba engañando, que esa persecución no sólo no le molestaba, sino que constituía todo el interés de su vida.

Una cantante famosa cantaba por segunda vez, y la alta sociedad en pleno había acudido al teatro. Cuando, desde su localidad de la primera fila, Vronski vio a su prima, se encaminó a su palco sin esperar al entreacto.

—¿Por qué no vino usted a comer? —le dijo ésta—. No dejará de sorprenderme esa clarividencia de los enamorados —añadió sonriendo, en voz tan baja que nadie más pudiera oírla—. *Ella tampoco vino*. Pero venga después de la ópera.

Vronski le dirigió una mirada inquisitiva. Betsy asintió con la cabeza. Él le dio las gracias con una sonrisa y se sentó a su lado.

—¡Cuánto me acuerdo de las bromas que gastaba usted antes! —prosiguió la princesa Betsy, que encontraba un placer especial en seguir los progresos de esa pasión—. ¡Mire cómo ha acabado todo eso! Le han atrapado, querido.

—No deseo otra cosa —respondió Vronski con esa sonrisa suya, serena y bondadosa—. A decir verdad, lo único que lamento es que no me hayan atrapado del todo. Empiezo a perder la paciencia.

—¿Y qué esperanza puede tener? —preguntó Betsy, como ofendida de que se dudara de la virtud de su amiga—. *Entendons-nous*…

Pero el brillo de sus ojos revelaba que comprendía tan bien como él a qué clase de esperanza se refería.

—Ninguna —respondió Vronski, con una sonrisa que dejó al descubierto sus magníficos dientes—. Perdóneme —prosiguió, quitándole de las manos los gemelos y examinando por encima de su hombro desnudo los palcos del otro lado—. Temo estar poniéndome en ridículo.

Sabía muy bien que ni Betsy ni las personas de su círculo consideraban ridículo su proceder; también sabía que, a ojos de esas personas, el papel de amante

desdichado de una muchacha y, en general, de una mujer libre, se prestaba a burlas; en cambio, cortejar a una mujer casada, poniendo toda su vida en juego para arrastrarla al adulterio, se consideraba algo bello, grandioso, nunca grotesco; por eso, al dejar los gemelos, miró a su prima con orgullo y alegría, mientras una sonrisa se insinuaba por debajo de su bigote.

—¿Y por qué no vino usted a comer? —preguntó ella, contemplándole con admiración.

—Es toda una historia. Estaba ocupado. ¿Y a que no adivina con qué? Pues reconciliando a un marido con el ofensor de su mujer. ¡Le juro que es verdad!

—¿Y lo consiguió?

—Casi.

—Tiene que contármelo en detalle —dijo Betsy, poniéndose en pie—. Venga en el entreacto.

—No puedo. Me voy al Teatro Francés.

—¿No va a escuchar a la Nilsson? —preguntó Betsy con horror, aunque no habría sido capaz de distinguir a esa cantante de cualquier corista.

—¿Qué le vamos a hacer? Tengo allí una entrevista relacionada con ese asunto de la reconciliación.

—Bienaventurados sean los pacificadores, pues de ellos será el reino de los cielos —replicó Betsy, recordando un comentario semejante que le había oído a alguien—. En ese caso, siéntese y dígame de qué se trata.

Y Betsy volvió a sentarse.

V

—Es un asunto un tanto indiscreto, pero tan gracioso que me muero de ganas de contárselo —dijo Vronski, mirándola con ojos risueños—. No mencionaré los nombres.

—Mejor, así tendré que adivinarlos. —Pues verá: dos jóvenes muy alegres… —Oficiales de su regimiento, supongo.

—Yo no he dicho dos oficiales, sino dos jóvenes. Pues bien, después de almorzar…

—Quiere decir usted después de tomarse unas copas.

—Puede ser. El caso es que los dos, en un estado de ánimo excelente, se van a comer a casa de un camarada. Un coche los adelanta, y la hermosa mujer que lo ocupa vuelve la cabeza, les hace una seña y se echa a reír, o al menos así se lo parece a ellos. Naturalmente, salen en su persecución a galope tendido. Y cuál no será su sorpresa cuando ven que la hermosa mujer se detiene delante de la misma casa a la que ellos se dirigen. La des conocida sube corriendo al piso de arriba, y los dos jóvenes apenas tienen tiempo de ver sus labios rojos, que asoman por debajo del velo, y unos piececitos maravillosos.

—Tanto sentimiento pone en su relato que me malicio que usted mismo era uno de esos dos jóvenes.

—¿No se acuerda usted de lo que acaba de decirme? Sigamos. Los jóvenes entran en casa de su amigo para participar en una comida de despedida. Es probable que bebieran más de la cuenta, como suele suceder en ese tipo de banquetes. En la mesa preguntan quién vive en el piso de arriba. Nadie lo sabe. «¿Viven arriba unas mademoiselles?», preguntan al cria do del anfitrión. Y éste les responde que muchas. Después de comer, los invitados pasan al despacho y le escriben una carta apasionada a la desconocida, más bien una declaración de amor, y se la llevan en persona, para poder explicarle los puntos oscuros, en caso de que los hubiera.

—¿Por qué me cuenta usted esas porquerías? ¿Eh?

—Llaman. Les abre una criada. Le entregan la carta y se declaran locos de amor, dispuestos a morir allí mismo, al lado de la puerta. La criada, perpleja, lleva el mensaje. De pronto aparece un señor con patillas en forma de salchicha, colorado como un cangrejo, les comunica que en esa casa no vive otra mujer que la suya y los echa de allí.

—¿Y cómo sabe que tenía patillas en forma de salchicha, como dice usted?

—Pues porque esta mañana he tratado de reconciliarlos.

—¿Y qué pasó?

—Ahora viene lo más interesante. Resulta que esa pareja feliz está formada por un consejero titular y su esposa. El consejero ha presentado una queja, y yo he tenido

que hacer el papel de mediador. ¡Y qué mediador! Le aseguro que, comparado conmigo, Talleyrand no es más que un aficionado.

—¿Y qué dificultades tuvo que superar?

—Pues verá… Presentamos nuestras disculpas como es debido: «¡Estamos desolados! Le rogamos disculpe este desgraciado malentendido». El consejero titular de las patillas en forma de salchicha empieza a ablandarse, pero también desea expresar sus sentimientos, y, a medida que lo hace, se acalora, suelta alguna grosería, y una vez más tengo que poner en práctica todo mi talento diplomático: «Reconozco que el comportamiento de mis compañeros ha sido deplorable, pero le ruego que tenga en consideración su juventud, así como el hecho de que se ha tratado de un malentendido; por lo demás, acababan de comer, ya me entiende usted. Están profundamente arrepentidos y le suplican que les perdone». El consejero titular de nuevo se ablanda: «De acuerdo, conde, estoy dispuesto a perdonarlos, pero comprenderá usted que mi esposa, una mujer intachable, ha tenido que soportar la persecución, las groserías y las impertinencias de unos mozalbetes, de unos cana…». Recuerde usted que uno de esos mozalbetes estaba presente, y que yo tenía que reconciliarlos. Una vez más echo mano de la diplomacia, y, cuando ya creo haber resuelto el asunto, el consejero titular se acalora, se pone colorado, se le erizan las patillas en forma de salchicha, y de nuevo me veo obligado a recurrir a las sutilezas de la diplomacia.

—¡Ah, tiene que escuchar usted esta historia! —dijo Betsy, dirigiéndose a una señora que acababa de entrar en el palco, y soltó una carcajada—. Lo que me he podido reír. En fin, *bonne chance* —añadió, tendiendo a Vronski el único dedo que el abanico le dejaba libre. Y, moviendo los hombros, bajó el corpiño de su vestido, que se le había subido un poco, para que la sala entera pudiera admirarlos en toda su desnudez, a la luz de gas, cuando se asomara al antepecho del palco.

Vronski se marchó al Teatro Francés, donde, en efecto, tenía que ver al comandante de su regimiento, que no se perdía una sola función, para hablar con él de su labor de mediación, que desde hacía ya tres días le ocupaba y le divertía. En aquel asunto estaban implicados Petritski, a quien profesaba un gran afecto, y otro excelente camarada, el joven príncipe Kédrov, un buen muchacho, que acababa de ingresar en el regimiento. Pero lo más importante era que estaba en juego el honor del regimiento.

Los dos pertenecían a la compañía de Vronski. Un funcionario, el consejero titular Venden, había ido a ver al comandante del regimiento para presentar una queja contra los oficiales que habían ofendido a su mujer. Según el testimonio de Venden, su joven esposa, que estaba embarazada —llevaban seis meses casados—, se hallaba en la iglesia con su madre cuando de pronto se sintió indispuesta. Incapaz de seguir de pie, volvió a casa en el primer coche de alquiler que acertó a pasar por allí.

Entonces empezaron a perseguirla unos oficiales, ella se asustó y, sintiéndose aún peor, subió corriendo las escaleras de la casa. El propio Venden, que ya había vuelto de su despacho, oyó el timbre y unas voces desconocidas. Salió entonces al recibidor y, al ver a dos oficiales borrachos con una carta en la mano, los echó. Ahora pedía que les impusieran un severo castigo.

—Puede decir usted lo que quiera —declaró a Vronski el comandante del regimiento, después de invitarlo a pasar—, pero Petritski se está volviendo imposible. No pasa una semana sin que se meta en algún lío. Ese funcionario no dejará las cosas así.

Vronski se daba cuenta de que era un caso bastante espinoso. No podía pensarse en un duelo, así que había que hacer todo lo posible para aplacar al consejero titular y echar tierra sobre el asunto. El comandante del regimiento había recurrido a Vronski porque lo consideraba un hombre noble e inteligente y, sobre todo, porque sabía lo importante que era para él el honor del regimiento. Después de debatir un rato sobre las medidas a tomar, resolvieron que Petritski y Kédrov fueran a presentar sus excusas al consejero titular, acompañados de Vronski. Tanto el comandante del regimiento como Vronski eran conscientes de que el nombre de este último, así como su monograma de edecán del emperador, contribuirían en gran medida a calmar los ánimos. Y lo cierto es que surtieron cierto efecto, pero, como había dicho Vronski, el resultado de su intervención seguía siendo dudoso.

Al llegar al Teatro Francés, Vronski salió al vestíbulo con el comandante del regimiento y le habló del éxito o más bien del fracaso de su misión.

Después de reflexionar sobre el asunto, el comandante decidió dejar las cosas como estaban, pero luego, para su propia satisfacción, pidió a Vronski que le contara los detalles de la entrevista y no fue capaz de contener la risa cuando oyó que el consejero titular tan pronto se aquietaba como de nuevo se enfurecía y cuando Vronski le relató cómo aprovechó uno de esos momentos de calma para retirarse, llevándose a Petritski a empujones.

—Una historia desagradable, pero divertidísima. ¡Kédrov no puede batirse de ninguna manera con ese señor! ¿Y tanto se enfureció? —le preguntó el comandante, riéndose—. ¿Y cómo encuentra usted a Claire esta noche? ¡Es un encanto! —añadió, refiriéndose a la nueva actriz francesa—. Por más que la vea uno, siempre parece distinta. Sólo los franceses son capaces de algo así.

VI

La princesa Betsy abandonó el teatro antes del final del último acto. Apenas había tenido tiempo de entrar en su tocador, empolvarse el rostro pálido y alargado, enjugárselo, arreglarse el peinado y ordenar que sirvieran el té en el gran salón, cuando empezaron a llegar carruajes a su enorme casa de la Bolshaia Morskaia. Los invitados se apeaban ante el espacioso pórtico, donde un corpulento portero les abría sin hacer ruido la inmensa puerta acristalada, detrás de la cual solía leer los periódicos por la mañana, para edificación de los transeúntes.

Apenas había entrado por una puerta la dueña de la casa, una vez arreglado el peinado y retocado el rostro, cuando entraron por la otra los invitados. En el gran salón, de paredes oscuras y alfombras mullidas, había una mesa bañada de luz, cuyo mantel blanco resplandecía bajo las bujías, así como la plata del samovar y la translúcida porcelana del servicio de té.

La dueña de la casa tomó asiento delante del samovar y se quitó los guantes. Los invitados, ayudados por discretos criados, movieron las sillas y formaron dos grupos: uno al lado de la dueña de la casa, cerca del samovar; otro en el extremo opuesto del salón, alrededor de la bella esposa de un embajador, que llevaba arqueadas las cejas negras y un vestido de terciopelo negro. En los primeros momentos, como es común, la conversación en ambos círculos no acababa de anudarse, interrumpida por nuevas apariciones, saludos y ofrecimientos de té; era como si estuvieran buscando algún tema que abordar.

—Es una actriz extraordinaria; se ve que ha estudiado a Kaulbach[2] —decía un diplomático en el corro de la mujer del embajador—. ¿Se fijaron ustedes en cómo se desplomó?

—¡Ah, se lo ruego, no hablemos de la Nilsson! No se puede decir nada nuevo de ella —dijo una señora rubia, gruesa, colorada, sin cejas y sin moño, con un viejo vestido de seda. Era la princesa Miágkaia, conocida por su sencillez y la rudeza de sus modales, que le habían valido el apodo de *enfant terrible*. Sentada entre los dos grupos, prestaba atención a lo que decían, y tan pronto tomaba parte en una conversación como en otra—. Hoy mismo, como si se hubieran puesto de acuerdo, tres personas distintas me han dicho la misma frase acerca de Kaulbach. No sé por qué les habrá gustado tanto.

Ese comentario interrumpió la conversación, así que hubo que buscar un tema nuevo.

—Cuéntenos algo divertido, pero no malicioso —dijo la esposa del embajador, una gran experta en ese arte de la conversación elegante que los ingleses llaman *small-talk*, dirigiéndose al diplomático, que tampoco sabía de qué hablar.

—Dicen que eso es muy difícil, que sólo los comentarios maliciosos son

divertidos —replicó el diplomático con una sonrisa—. Pero lo intentaré. Deme un tema. Todo depende del tema. Cuando se tiene uno, nada más fácil que bordar sobre él. A menudo pienso que los grandes conversadores del siglo pasado encontrarían difícil en nuestros días hacer comentarios ingeniosos. En los tiempos que corren todo lo ingenioso nos aburre…

—Eso ya se ha dicho hace mucho tiempo —le interrumpió la mujer del embajador, y se echó a reír.

La conversación se desarrolló en un principio en un tono agradable, pero precisamente por eso volvió a languidecer. Hubo que recurrir, pues, al único medio seguro e infalible: la maledicencia.

—¿No creen ustedes que Tushkévich guarda cierto parecido con Luis XV? —dijo el diplomático, señalando con los ojos a un joven rubio y apuesto que estaba sentado al lado de la mesa.

—¡Ah, sí! Es del mismo estilo que el salón, por eso viene tan a menudo.

La conversación cuajó porque se componía de alusiones a un tema del que no se podía hablar en ese salón: a saber, las relaciones de Tushkévich con la anfitriona.

Entretanto, los invitados agrupados en torno a la dueña de la casa y el samovar vacilaron durante algún tiempo entre los tres temas inevitables: las últimas novedades de la vida de sociedad, el teatro y el juicio del prójimo, y acabaron decidiéndose también por este último, es decir, por la maledicencia.

—¿Se han enterado ustedes de que la Maltíscheva, no la hija, sino la madre, se está haciendo un traje de *diable rose*?[3]

—¡No puede ser! ¡Qué maravilla!

—Me sorprende que con su inteligencia, pues no tiene un pelo de tonta, no se dé cuenta de que hace el ridículo.

Todos tenían un comentario crítico o burlesco sobre la desdichada Maltíscheva, y la conversación empezó a emitir alegres chisporroteos, como una llameante hoguera.

El marido de la princesa Betsy, un gordinflón bondadoso, apasionado coleccionista de grabados, enterado de que su esposa tenía invitados, pasó un momento al salón antes de dirigirse al casino. Avanzando sin hacer ruido por la blanda alfombra, se acercó a la princesa Miágkaia.

—¿Qué le ha parecido la Nilsson, princesa? —preguntó.

—¡Ah, amigo mío, no puede usted acercarse así a la gente! Menudo susto me ha dado —respondió ésta—. Haga el favor de no hablarme de la ópera, no tiene usted ni idea de música. Será mejor que descienda yo a su nivel y le pregunte por sus grabados y sus mayólicas. A ver, ¿qué tesoros ha encontrado últimamente en el rastro?

—¿Quiere que se los enseñe? Pero usted no entiende de esas cosas.

—Enséñemelos de todas formas. He aprendido mucho en casa de esos… ¿cómo

se llaman?… banqueros… Tienen unos grabados magníficos. Nos los enseñaron.

—¿Cómo? ¿Ha estado usted en casa de los Schutzburg? —preguntó la anfitriona desde su puesto al lado del samovar.

—Sí, *ma chère*. Nos invitaron a comer a mi marido y a mí, y nos sirvieron una salsa que, según nos dijeron, costaba mil rublos —respondió la princesa Miágkaia, levantando la voz, pues se daba cuenta de que todos la estaban escuchando—. Una salsa espantosa, por lo demás, de un color verdoso Cuando les recibimos en mi casa, servimos una salsa que costó ochenta y cinco kopeks, y todos quedaron tan contentos. Yo no tengo medios para preparar salsas de mil rublos.

—¡Esta mujer es única! —exclamó la mujer del embajador.

—¡Asombrosa! —observó alguien.

Los comentarios de la princesa Miágkaia siempre producían el mismo efecto. Su secreto consistía en que decía cosas sencillas y con sentido, aunque, como en este caso, no vinieran a cuento. En la sociedad que frecuentaba esas palabras causaban la misma impresión que una broma ingeniosa. Ni ella misma entendía el éxito que cosechaba, pero le sacaba todo el partido posible.

Aprovechando que todos escuchaban a la princesa Miágkaia y que la conversación en el círculo de la mujer del embajador se había interrumpido, la dueña de la casa intentó unir los dos grupos y se dirigió a esta última.

—¿Seguro que no quiere usted té? Tendría que sentarse aquí con nosotros.

—No, estamos bien aquí —respondió con una sonrisa la esposa del embajador, reanudando la conversación interrumpida, que se ocupaba de un tema muy interesante: estaban criticando a los Karenin, marido y mujer.

—Anna ha cambiado mucho desde su viaje a Moscú. Se comporta de un modo extraño —decía una de sus amigas.

—El cambio principal consiste en que ha traído consigo la sombra de Alckséi Vronski —dijo la mujer del embajador.

—Y ¿eso qué más da? Hay un cuento de Grimm que trata de un hombre que pierde su sombra como castigo por algo que ha hecho. Nunca he podido entender en qué consiste ese castigo. Pero para una mujer debe ser muy desagradable quedarse sin sombra.

—Sí, pero las mujeres con sombra suelen acabar mal —dijo la amiga de Anna.

—Debería usted morderse la lengua —dijo de pronto la princesa Miágkaia, al escuchar esas palabras—. La señora Karénina es una mujer maravillosa. Su marido no me gusta, pero a ella le tengo mucho cariño. —¿Y por qué no le gusta Karenin? Es un hombre muy notable —dijo la mujer del embajador—. Mi marido dice que no hay en Europa muchos hombres de Estado como él.

—El mío dice lo mismo, pero yo no le creo —replicó la princesa Miágkaia—. Si nuestros maridos se callaran, veríamos las cosas tal como son. En mi opinión, Alekséi

Aleksándrovich no es más que un tonto. Que puede entre nosotros… ¿No es cierto que eso lo aclara todo? Antes, cuando me creía obligada a considerarlo inteligente, llegaba a la conclusión de que la tonta era yo, porque no veía su inteligencia por ningún lado. Pero, en cuanto dije, en voz baja naturalmente: «Es tonto», todo quedó claro. ¿No es verdad?

—¡Qué mordaz está usted hoy! —Nada de eso. Es que no me queda otra salida. Uno de los dos tiene que ser tonto. Y ya sabe usted que uno nunca dice eso de sí mismo.

—Nadie está contento de su fortuna ni descontento de su inteligencia —dijo el diplomático, citando un verso francés.[4]

—Así es —se apresuró a confirmar la princesa Miágkaia—. Pero no pienso dejarles que se ceben con Anna. Es una mujer buena y encantadora. ¿Qué culpa tiene de que todos se enamoren de ella y la sigan como sombras?

—Yo no tenía intención de criticarla —se justificó la amiga de Anna.

—Que nadie nos siga como una sombra no nos da derecho a juzgar a los demás.

Después de haber puesto en su sitio a la amiga de Anna, la princesa Miágkaia se levantó y, en compañía de la mujer del embajador, se acercó a la mesa, donde la conversación general se ocupaba del rey de Prusia.

—¿De quién estaban murmurando ustedes allí? —preguntó Betsy.

—De los Karenin. La princesa nos ha ofrecido un retrato de Alekséi Aleksándrovich —respondió la mujer del embajador con una sonrisa, mientras se sentaba a la mesa.

—¡Qué pena que no la hayamos oído! —exclamó la dueña de la casa, con la mirada vuelta hacia la puerta—. ¡Ah, por fin aparece usted! —añadió, dirigiéndose con una sonrisa a Vronski, que entraba en esos momentos.

Vronski no sólo conocía a todos los presentes, sino que los veía a diario. Por tanto, avanzó con ese porte sereno de que suele hacerse gala cuan do uno se reúne con personas de las que acaba de separarse.

—¿Que de dónde vengo? —respondió a la pegunta de la mujer del embajador—. ¡Qué le vamos a hacer! Tendré que confesar. Del teatro bulo Aunque lo he visto ya cien veces, ese espectáculo siempre me depara un placer nuevo. ¡Es una maravilla! Ya sé que debería avergonzarme, pero, mientras en la ópera me quedo dormido, en el teatro bufo me lo paso bien hasta el último momento. Esta tarde…

Nombró a una actriz francesa y se dispuso a decir algo sobre ella, pero la mujer del embajador le interrumpió con una expresión de fingido espanto:

—¡No nos hable de esos horrores, se lo ruego!

—Está bien, no lo haré, tanto más cuanto que todos los conocen.

—Y todos irían allí si estuviera tan bien visto como la ópera —observó la princesa Miágkaia.

VII

Se oyeron unos pasos en el umbral, y la princesa Betsy, convencida de que se trataba de la señora Karénina, se fijó en Vronski. El joven clavó la vista en la puerta, y su rostro reflejó una expresión nueva y diferente. Dirigió una mirada alegre, intensa y a la vez tímida a la recién llegada y se levantó lentamente. En el salón apareció Anna. Muy erguida, como siempre, y sin cambiar la dirección de su mirada, recorrió con pasos rápidos, firmes y ligeros, que la distinguían de otras damas de su círculo, la corta distancia que la separaba de la dueña de la casa, le estrechó la mano, esbozó una sonrisa y se volvió hacia Vronski, que le dedicó una profunda reverencia y le ofreció una silla.

Anna le respondió con una simple inclinación de cabeza, se ruborizó y frunció el ceño. Pero al cabo de un instante, después de saludar a algunos conocidos y estrechar las manos que le tendían, le dijo a Betsy:

—Habría querido venir antes, pero he estado en casa de la condesa Lidia y me he entretenido. Estaba allí sir John. Es un hombre muy interesante.

—Ah, ¿el misionero?

—Sí, contó unas cosas de los indios muy interesantes.

La conversación, interrumpida por la llegada de Anna, se reavivó de nuevo, como la llama de una lámpara cuando se sopla.

—¡Sir John! Sí, sir John. Lo conozco. Habla muy bien. Vláseva se ha enamorado perdidamente de él.

—¿Es verdad que la más joven de las Vláseva se casa con Topov?

—Sí, dicen que ya está todo decidido.

—Me sorprende que los padres consientan. Dicen que se casan por amor.

—¿Por amor? ¡Qué ideas tan antediluvianas! ¿Quién se casa por amor en los tiempos que corren? —dijo la mujer del embajador.

—¡Qué se le va a hacer! Esa moda estúpida y antigua no acaba de desaparecer —dijo Vronski.

—Tanto peor para quienes se atienen a ella. Los únicos matrimonios felices que conozco son los de conveniencia.

—Sí, pero sucede a menudo que la felicidad de esos matrimonios por conveniencia se disuelve como polvo precisamente cuando aparece ese amor en el que no creían —dijo Vronski.

—Consideramos matrimonios por conveniencia aquellos en que ambas partes se han corrido sus buenas juergas. Es como la escarlatina, hay que pasarla.

—En ese caso habría que encontrar un medio de inocular el amor, como sucede con la viruela.

—Cuando yo era joven, me enamoré de un sacristán —dijo la princesa Miágkaia

—. No sé si eso me serviría de mucha ayuda.

—Bromas aparte, creo que para conocer el amor es necesario equivocarse y luego enmendar el error —terció Betsy.

—¿Incluso después del matrimonio? —preguntó en broma la mujer del embajador.

—Nunca es tarde para arrepentirse —dijo el diplomático, citando un proverbio inglés.

—En efecto —apuntó Betsy—. Primero hay que equivocarse y luego enmendar el error. ¿Y usted qué opina? —añadió, dirigiéndose a Anna, que había escuchado la conversación sin pronunciar palabra, con una sonrisa tenaz y casi imperceptible en los labios.

—Creo —respondió Anna, jugando con un guante que se había quitado—, creo… si hay tantas opiniones como cabezas, debe haber también tantas clases de amor como corazones.

Vronski, con los ojos clavados en Anna, esperaba sus palabras con el alma en vilo. Y una vez que ella dio su parecer, exhaló un suspiro, como si hubiera escapado de un peligro.

Anna se volvió de pronto hacia él.

—Acabo de recibir una carta de Moscú. Me escriben que Kitty Scherbátskaia está muy enferma.

—¿Es posible? —preguntó Vronski, frunciendo el ceño.

Anna le miró con severidad.

—¿Es que no le interesa?

—Al contrario, me interesa mucho. ¿Y qué es lo que le dicen en con creto, si se puede saber? —preguntó.

Anna se puso en pie y se acercó a Betsy.

—Deme una taza de té —dijo, deteniéndose detrás de su silla.

Mientras Betsy le servía el té, Vronski se acercó a Anna.

—¿Qué le han escrito? —repitió.

—A menudo pienso que los hombres no saben lo que es la nobleza, aunque siempre están hablando de esa cuestión —dijo Anna, a modo de respuesta—. Hace tiempo que quería decírselo —añadió y, dando unos pasos, se retiró a un rincón, donde se sentó al lado de una mesa con unos álbumes.

—No acabo de entender el significado de sus palabras —dijo Vronski, entregándole la taza.

Anna le señaló con la vista el sofá que había a su lado y Vronski se apresuró a tomar asiento. —Sí, era algo que quería decirle —continuó, sin mirarle—. Se ha portado usted mal, muy mal.

—¿Cree usted que no lo sé? Pero ¿quién tiene la culpa de que haya actuado de ese

modo?

—¿Por qué me dice eso? —preguntó Anna, mirándole con severidad.

—Bien lo sabe usted —respondió Vronski con alborozo, enfrentando con valentía, sin bajar los ojos, la mirada de Anna.

En contra de lo esperado, fue ella quien se turbó.

—Lo único que demuestra su comportamiento es que no tiene usted corazón —dijo Anna. Pero sus ojos daban a entender que sabía muy bien que Vronski tenía corazón y que precisamente por eso le temía.

—En el caso al que acaba usted de referirse no puede hablarse de amor. Sólo fue una equivocación.

—Recuerde que le he prohibido pronunciar esa odiosa palabra —dijo Anna, con un estremecimiento. Pero ella misma se dio cuenta de que al pronunciar la palabra «prohibido» estaba reconociendo ciertos derechos sobre él y animándole de algún modo a hablarle de amor—. Hace tiempo que quería decírselo —añadió, mirándole con determinación a los ojos, las mejillas cubiertas de arrebol—. Para eso he venido aquí esta noche, pues labia que acudiría usted. Quería decirle que esto debe terminar. No he tenido que ruborizarme nunca delante de nadie, pero usted me hace sentirme culpable de algo.

Vronski la miraba, sorprendido de la nueva belleza espiritual que asomaba a su rostro.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó con sencillez y gravedad.

—Que vaya a Moscú y le pida perdón a Kitty —respondió Anna, y sus ojos centellearon.

—No quiere usted eso —dijo.

Vronski se daba cuenta de que esas palabras se las había dictado el sentido del deber, no su propio deseo.

—Si me ama tanto como dice —murmuró Anna—, debería ayudanme a recobrar la calma.

El rostro de Vronski resplandeció.

—¿Es que no sabe que usted lo es todo para mí? Pero desconozco qué la tranquilidad, así que no puedo procurársela. Puedo entregarle mi amor, mi vida entera… Eso sí. No puedo pensar en nosotros dos por separado. Para mí somos una misma cosa. Y no veo la manera de que ni usted ni yo gocemos de cierta serenidad en el futuro. No contemplo más que desesperación y desgracia… Aunque también podríamos ser felices, muy felices… ¿Por qué no? —añadió, moviendo apenas los labios, pero ella le oyó.

Hizo acopio de todas sus fuerzas para ofrecer a Vronski la respuesta que le dictaba un sentimiento del deber, pero en lugar de eso se le quedó mirando con ojos llenos de amor, sin pronunciar palabra.

«¡Será posible! —pensó entusiasmado—. Cuando ya empezaba a desesperarme y no contemplaba ninguna salida, me encuentro con esto. Me quiere. Me lo ha confesado.»

—Le ruego que no vuelva a hablarme así. Seamos buenos amigos —dijo Anna, pero sus ojos expresaban otra cosa.

—Nunca seremos amigos, lo sabe usted de sobra. Seremos las personas más felices o las más desdichadas. De usted depende. —Anna quiso decir algo, pero él la interrumpió—. Sólo le pido una cosa: que me permita concebir esperanzas y seguir sufriendo como ahora. Y, en caso de que eso no sea posible, ordéneme que desaparezca y desapareceré. No volverá a verme, si mi presencia le resulta tan molesta.

—No pretendo echarlo de ningún sitio.

—Lo único que le pido es que no cambie nada. Déjelo todo como está —dijo Vronski con voz trémula—. Ahí está su marido.

En efecto, en ese momento Alekséi Aleksándrovich entraba en el salón con su paso tranquilo y torpe.

Después de dirigir una mirada a su mujer y a Vronski, se acercó a la dueña de la casa, se sentó delante de una taza de té y empezó a burlarse de alguien, con su acostumbrado tono irónico y su voz lenta y bien timbrada.

—Su Ramboillet[5] está al completo —dijo, echando un vistazo a su alrededor—. Se han dado cita las Gracias y las Musas.

Pero la princesa Betsy no podía soportar ese tono jocoso, *sneering*, como decía ella, y, en su condición de anfitriona experimentada, le arrastró a una conversación seria sobre el servicio militar obligatorio. Alekséi Aleksándrovich no tardó en interesarse por el tema y, ya sin asomo de burla, empezó a defender de los ataques de la princesa Betsy el nuevo proyecto de ley.

Vronski y Anna seguían sentados al lado de la mesita. —Esto empieza a ser ya inconveniente —murmuró una señora, señalando con los ojos a Anna Karénina, a su marido y a Vronski. —¿Qué le había dicho yo? —respondió la amiga de Anna. Y no sólo esas señoras, sino casi todos los presentes, incluidas la princesa Miágkaia y la propia Betsy, miraban de vez en cuando a aquellas figuras aisladas, como si les molestaran. Alekséi Aleksándrovich fue el único que no los miró ni una sola vez ni se distrajo de la interesante conversación que habían entablado.

Al percatarse de la mala impresión que la situación causaba en sus invitados, la princesa Betsy cedió su lugar a otra persona y se acercó a Anna.

—Nunca dejará de sorprenderme la precisión y claridad con que se expresa su marido —dijo—. Hasta los conceptos más trascendentales se vuelven comprensibles para mí cuando él los expone.

—¡Ah, sí! —exclamó Anna, con una radiante sonrisa de felicidad, sin entender

una sola palabra de lo que Betsy acababa de decir. A continuación se acercó a la mesa grande y tomó parte en la conversación general.

Al cabo de media hora, Alekséi Aleksándrovich se acercó a su mujer y le propuso que volvieran juntos a casa, pero ella, sin mirarle, le respondió que iba a quedarse a cenar. Alekséi Aleksándrovich se despidió y se marchó.

El viejo y grueso cochero tártaro de Anna Karénina, con un lustroso chaquetón de cuero, sujetaba a duras penas el caballo gris de la izquierda, aterido de frío, que se encabritaba. Un lacayo sostenía la portezuela del carruaje, mientras el portero seguía plantado en la entrada de la casa Anna Arkádevna, con su mano menuda y ágil, trataba de liberar los encajes de la manga, que se habían enganchado en un broche de su abrigo, y, con la cabeza inclinada, escuchaba entusiasmada las palabras de Vronski, que le había acompañado.

—Usted no me ha prometido nada. Supongamos que yo tampoco le haya pedido nada —decía—, pero usted sabe que no es amistad lo que necesito. Toda la felicidad de mi vida depende de esa palabra que tan poco le gusta a usted… Sí, del amor…

—El amor… —repitió Anna con voz lenta, como dirigiéndose a sí misma, y de pronto, en el momento que desprendía el encaje, añadió—: Si no me gusta esa palabra es porque significa demasiado para mí, mucho más de lo que usted pueda imaginar. —Y le miró de frente—. ¡Adiós!

Le tendió la mano, pasó con pasos rápidos y decididos frente al porte ro y desapareció en el interior del coche.

Esa mirada y ese apretón de manos enardecieron a Vronski. Se besó la palma en el lugar que Anna había posado sus dedos y a continuación se fue a casa lleno de felicidad, convencido de que en esa velada había avanzado más en su propósito que en los últimos dos meses.

VIII

A Alekséi Aleksándrovich no le pareció extraño o impropio que su mujer charlara animadamente con Vronski en una mesa aparte, pero cuando se dio cuenta de que los demás invitados lo juzgaban inusitado e inconveniente, también se lo pareció a él. En suma, decidió que debía hablar con su mujer.

Al volver a casa, entró en su despacho, como tenía por costumbre, se sentó en un sillón, abrió un libro sobre el papado por la página marcada por la plegadera y se quedó leyendo hasta la una, igual que cualquier otra velada. De vez en cuando se pasaba la mano por la alta frente y sacudía la cabeza como queriendo expulsar un pensamiento inoportuno. A la hora habitual se levantó y se preparó para irse a la cama. Anna Arkádevna aún no había regresado. Subió a su habitación con el libro debajo del brazo, pero, en lugar de entregarse a consideraciones y reflexiones sobre asuntos de trabajo, no dejaba de pensar en su mujer y en aquel desagradable incidente. En vez de tumbarse en la cama, como solía hacer, se puso a pasear arriba y abajo por la habitación, con las manos a la espalda. No podía acostarse sin antes haber reflexionado detenidamente sobre aquella situación nueva.

Cuando decidió que debía hablar con su mujer, le había parecido sencillo y fácil. Pero ahora, al analizar la cuestión, lo encontraba complicado y difícil.

Alekséi Aleksándrovich no era un hombre celoso. En su opinión, los celos constituían una ofensa para la esposa, en quien había que tener confianza. Jamás se había preguntado en qué se basaba esa confianza, porque tenía la plena seguridad de que su mujer lo amaría siempre. Pero lo cierto es que no albergaba dudas, creía en su fidelidad y estaba seguro de que así debía ser. Y he aquí que de pronto, a pesar de estar convencido de que los celos eran un sentimiento vergonzoso y de que no debía renunciar a lesa confianza, se daba cuenta de que se enfrentaba a una situación ilógica y absurda, y no sabía qué hacer. Alekséi Aleksándrovich se hallaba cara a cara con la vida, ante la posibilidad de que su esposa se hubiera enamorado de otro hombre, y eso le parecía incomprensible y desatinado porque era la vida misma. Ocupado siempre de sus obligaciones profesionales, sólo le había llegado un reflejo de la vida. Y cada vez que se topaba con la vida de verdad, se echaba a un lado. Las sensaciones que le embargaban ahora se asemejaban a las de un hombre que está atravesando tranquilamente un precipicio por un puente y de pronto advierte que el puente se desmorona y que bajo sus pies se abre el abismo. Ese abismo era la vida real, y el puente la vida artificial que había llevado Alekséi Aleksándrovich.

Por primera vez se puso a pensar en la posibilidad de que su mujer se hubiera enamorado de otro hombre y se sintió horrorizado.

Sin desvestirse, se paseaba ahora arriba y abajo por el sonoro parqué del comedor, iluminado por una sola lámpara, por la alfombra del salón oscuro, donde la luz sólo

se reflejaba en un retrato suyo de gran tamaño, recién terminado, que colgaba por encima del sofá, y por el despacho de Anna, con dos bujías encendidas, que iluminaban los retratos de sus familiares y amigas, y unos cuantos cachivaches sobre su escritorio que ya se le habían vuelto familiares. Después de atravesar esa habitación, llegaba a la puerta del dormitorio y volvía sobre sus pasos.

Entre tantas idas y venidas, a veces hacía un alto, sobre todo al pasar por el comedor iluminado, y se decía: «Sí, es necesario tomar una decisión y acabar con esto de una vez. Tengo que exponerle mi punto de vista y la resolución que he adoptado. —Y proseguía su paseo—. Pero ¿qué le voy a decir? ¿Acaso he decidido algo? —prosiguió al llegar al salón, sin encontrar una respuesta—. Y a fin de cuentas, ¿qué ha sucedido? —se preguntó al dar la vuelta en el despacho—. Nada. Ha estado un buen rato hablando con él. ¿Y qué? Las mujeres hablan a menudo con hombres en sociedad. Por lo demás, si me dejo ganar por los celos, la humillaré a ella y me humillaré a mí mismo —se dijo al entrar en el despacho de Anna; pero ese razonamiento, que tanto peso tenía antes, le pareció ahora muy poco sólido e insustancial. En la puerta del dormitorio se dio de nuevo la vuelta y, nada más poner el pie en el salón oscuro, una voz interior le murmuró que estaba equivocado y que, si los demás habían notado algo, es que algo había. Y al llegar al comedor, volvió a decirse—: Sí, es necesario tomar una decisión, acabar con esto de una vez, exponerle mi punto de vista… —Y ya en el salón, antes de girar, se preguntó—: Pero ¿qué decisión? ¿Es que ha sucedido algo?». Se respondió que no había pasado nada y volvió a repetirse que los celos constituían una humillación para la mujer, pero, al entrar de nuevo en el salón, estaba convencido de que había sucedido algo. Sus pensamientos, como su cuerpo, describían un círculo perfecto, sin llegar a nada nuevo. Cuando se dio cuenta, se pasó la mano por la frente y se sentó en el despacho de Anna.

Al posar la vista en el escritorio, con su carpeta de malaquita y un billete a medio escribir, sus reflexiones tomaron un curso distinto. Se puso a pensar en ella, se preguntó qué ideas y sentimientos podía albergar. Por primera vez se imaginó vivamente su vida personal, sus pensamientos y sus deseos, y la posibilidad de que también ella tuviera una existencia propia le pareció tan terrible que se apresuró a desecharla. Era ese abismo que tanto le espantaba contemplar. Alekséi Aleksándrovich no estaba habituado a sopesar los pensamientos y sentimientos de un alma ajena, y lo consideraba un acto perjudicial, una fantasía peligrosa. «Y lo más terrible de todo —se decía— es que esta inquietud insensata se apodera de mí en el preciso instante en que estaba a punto de acabar mi labor —se refería al proyecto en el que estaba trabajando—, cuando más necesito disfrutar de serenidad y disponer de todas las fuerzas de mi espíritu. Pero ¿qué puedo hacer? No soy de esos hombres que sucumben a las inquietudes y las preocupaciones sin tener el valor de enfrentarse a

ellas.»

—Tengo que reflexionar, tomar una resolución y acabar con esto de una vez —dijo en voz alta.

«No es de mi incumbencia analizar sus sentimientos y lo que pase o deje de pasar en su alma. Eso es asunto de su conciencia y pertenece al ámbito de la religión —se dijo, aliviado de haber encontrado una norma que pudiera aplicarse a esa nueva situación—. En definitiva —prosiguió—, todas las cuestiones relacionadas con sus sentimientos pertenecen a su conciencia, no es asunto mío. Mis obligaciones están claramente definidas. Como cabeza de familia, entra dentro de mis atribuciones guiar su conducta; por tanto, soy en cierta manera responsable. Debo señalarle el peligro que veo, prevenirla e incluso hacer uso de mi autoridad. Es preciso que hable con ella.»

Y en la cabeza de Alekséi Aleksándrovich fueron tomando forma las razones que esa misma noche le diría a su mujer. Mientras meditaba en las palabras que le dirigiría, lamentaba tener que emplear su tiempo y su inteligencia en un asunto doméstico tan intrascendente; en cualquier caso, la forma y la secuencia de su discurso fue perfilándose, adquiriendo la claridad y precisión de un informe. «Debo decirle lo siguiente: en primer lugar, explicarle la importancia de la opinión pública y de las conveniencias sociales; en segundo, recordarle el sentido religioso del matrimonio; en tercero, en caso de que sea necesario, hablarle de las desgracias que puede acarrearle a nuestro hijo; en cuarto, aludir a las desgracias que pueden abatirse sobre ella.» Y, entrelazando los dedos, con las palmas hacia dentro, dio un tirón: las articulaciones crujieron.

Este gesto, una mala costumbre —entrelazar los dedos para que crujieran las articulaciones—, siempre le calmaba y le ayudaba a recuperar el equilibrio que tanto necesitaba. Se oyó el ruido de un carruaje en la entrada, y se detuvo en medio del salón.

De la escalera le llegó el ruido de unos pasos de mujer. Alekséi Aleksándrovich, con su discurso preparado, apretaba los dedos cruzados, esperando un nuevo crujido. Y, en efecto, una articulación crujió.

Aunque estaba satisfecho de su discurso, se asustó cuando el rumor creciente de esos pasos ligeros le anunció que Anna se aproximaba: había llegado el momento de la explicación…

IX

Anna entró con la cabeza inclinada, jugando con las borlas de su capucha. Su rostro brillaba, pero no de felicidad. Recordaba más bien el terrible resplandor de un incendio en una noche oscura. Al ver a su marido, levantó la cabeza y sonrió como si acabara de despertarse.

—¿Aún no estás en la cama? ¡Qué milagro! —dijo, quitándose la capucha y, sin detenerse, se dirigió a su tocador—. Es tarde, Alekséi Aleksándrovich —añadió desde el umbral.

—Anna, tengo que hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó ella, asomándose a la puerta y mirándole sorprendida.

—Sí.

—¿Qué pasa? ¿De qué se trata? —preguntó, sentándose—. Bueno, hablemos, si es necesario. Pero más valdría que nos fuéramos a dormir.

Anna decía lo primero que se le pasaba por la cabeza, y ella misma se asombraba, al oírse, de la facilidad con la que mentía. ¡Qué sencillas y naturales eran sus palabras! ¡Qué real parecía su deseo de dormir! Era como si estuviera revestida de una coraza impenetrable de mentiras, como si una fuerza invisible la sostuviera y la ayudara.

—Anna, tengo que prevenirte —dijo Alekséi Aleksándrovich.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó ella.

Su mirada era tan franca y alegre que cualquiera que no la conociera tomo su marido no habría notado nada artificioso ni en el timbre ni en el sentido de sus palabras. Pero para él, que no podía irse cinco minutos tarde a la cama sin que ella le preguntara la razón; para él, que era el primero a quien Anna comunicaba sus alegrías, sus triunfos y sus pesares, el hecho de que no quisiera darse cuenta de su estado ni hablarle de sí misma significaba mucho. Se daba cuenta de que su alma, antes abierta para él, se había cerrado. Además, comprendía que, lejos de experimentar confusión, parecía decirle sin rodeos: «Sí, está cerrada; así debe ser y así será de ahora en adelante». Se sentía como un hombre que llega a su casa y la encuentra cerrada. «Tal vez aún pueda encontrar la llave», pensó.

—Debo prevenirte —dijo en voz baja— de los comentarios que tu imprudencia y tu ligereza pueden suscitar en sociedad. Tu conversación demasiado animada de esta tarde con el conde Vronski —pronunció ese nombre con firmeza, serenidad y mesura — no ha pasado desapercibida.

Mientras hablaba, contemplaba los ojos risueños de Anna, que ahora se Be antojaban terribles por su impenetrabilidad, y se daba cuenta de que sus palabras eran inútiles y vanas.

—No cambiarás nunca —replicó Anna, como si no hubiera entendido nada y sólo

hubiera prestado atención a la última frase—. Tan pronto te molesta que me aburra como que me divierta. Esta tarde no me he aburrido. ¿Es que eso te ofende?

Alekséi Aleksándrovich se estremeció y volvió a apretar las manos para que las articulaciones crujieran.

—¡Ah, por favor, no hagas eso! ¡No lo soporto! —exclamó ella. —Anna, ¿de verdad eres tú? —dijo Alekséi Aleksándrovich en voz baja, haciendo un esfuerzo e interrumpiendo el movimiento de sus manos. —Pero ¿qué sucede? —preguntó Anna con una expresión de sorpresa sincera y cómica—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Alekséi Aleksándrovich guardó silencio y se pasó la mano por la frente y los ojos. Se daba cuenta de que, en lugar de prevenir a su mujer de que no se pusiera en evidencia delante de la sociedad, como había sido su deseo, se inquietaba a su pesar por lo que sucedía en su conciencia y chocaba con un obstáculo tal vez imaginario.

—Lo que quería decirte es lo siguiente. Haz el favor de escucharme —continuó con semblante frío y sereno—. Como bien sabes, considero que los celos son un sentimiento ofensivo y humillante y nunca me dejaré guiar por ellos. Pero hay ciertas conveniencias sociales que no se pueden con travenir impunemente. Reconozco que yo no he advertido nada especial esta noche, pero, a juzgar por la impresión que tu comportamiento ha producido en los demás invitados, tu conducta y tu actitud no han sido las que cabría esperar.

—No entiendo absolutamente nada —dijo Anna, encogiéndose de hombros. «En el fondo le da lo mismo —pensó—. Pero la gente se ha dado cuenta y eso es lo que le preocupa.»—. No estás bien, Alekséi Aleksándrovich —añadió, levantándose y disponiéndose a salir, pero él se adelantó, como intentando cortarle el paso.

Anna jamás había visto en su rostro una expresión tan desagradable y sombría. Se quedó donde estaba y, ladeando la cabeza, se puso a quitarse las horquillas con sus diestras manos.

—Bueno, prosigue —dijo con un tono sereno y burlón—. Te escuchan con atención porque me gustaría saber de qué se trata.

Ella misma se sorprendía de poder expresarse con tanta naturalidad y seguridad, así como de la propia elección de las palabras.

—No tengo derecho a entrar en todos los detalles de tus sentimientos, y hasta lo considero inútil y perjudicial —empezó diciendo Alekséi Aleksándrovich—. Al escarbar en nuestras almas, corremos el riesgo de que salgan a la luz cosas que bien podrían quedar ocultas. Tus sentimientos son asunto de tu conciencia. Pero tengo la obligación ante ti, ante mí mismo y ante Dios de recordarte tus deberes. No son los hombres quienes han unido nuestras vidas, sino Dios. Sólo un crimen puede quebrar ese vínculo, y un crimen de ese tipo lleva aparejado un terrible castigo.

—No entiendo nada. ¡Ah, Dios mío! ¡Lo siento, pero me caigo de sueño! —dijo ella, pasándose la mano por los cabellos con un gesto fulgurante, para quitar las

horquillas que quedaban.

—Anna, por el amor de Dios, no hables así —le suplicó Alekséi Aleksándrovich —. Puede que esté equivocado, pero créeme cuando te digo que busco tanto tu bien como el mío. Soy tu marido y te quiero.

Por un instante Anna inclinó la cabeza, y esa chispa burlona desapareció de sus ojos; pero las palabras «te quiero» volvieron a soliviantarla. «¿Que me quiere? —se dijo—. ¿Es que puede querer a alguien? Si no hubiera oído hablar del amor, jamás habría dicho esa palabra. Ni siquiera sabe lo que es.»

—De verdad que no te entiendo, Alekséi Aleksándrovich —dijo—. Explícame lo que encuentras…

—Espera, déjame terminar. Te quiero. Pero no estoy hablando de mí. En este caso las personas más importantes sois tú misma y nuestro hijo. Te lo repito: puede que mis palabras te parezcan completamente innecesarias e inoportunas; puede que me las haya dictado una interpretación errónea de los hechos. En tal caso, te pido que me perdones. Pero, si reconoces que tienen un mínimo fundamento, te ruego que reflexiones, y, si tu corazón te lo pide, que me digas…

Alekséi Aleksándrovich, sin darse cuenta él mismo, estaba diciendo algo completamente distinto de lo que había preparado.

—No tengo nada que decirte. Además… —exclamó de repente, reprimiendo a duras penas una sonrisa—, es hora de irse a la cama.

Alekséi Aleksándrovich suspiró y, sin añadir nada más, se dirigió al dormitorio.

Cuando Anna entró, su marido ya se había acostado. Tenía los labios muy apretados y sus ojos no la miraban. Anna se echó en su cama, esperando a cada momento que él volviera a hablarle. Temía y al mismo tiempo deseaba que la conversación se prolongase. Pero Alekséi Aleksándrovich callaba. Anna aguardó un buen rato, sin moverse, y acabó olvidándose de él. Pensaba en otro hombre y lo veía, con el corazón embargado de emoción y una alegría culpable. De repente oyó un ronquido regular y tranquilo. En un primer momento Alekséi Aleksándrovich se interrumpió, como asustado del ruido que estaba haciendo; pero, tras respirar dos veces con normalidad, volvió a roncar como antes.

—Es tarde, tarde —murmuró Anna con una sonrisa. Estuvo un buen rato sin moverse, con los ojos abiertos, cuyo resplandor creía percibir en la oscuridad.

X

A partir de esa noche empezó una vida nueva para Alekséi Aleksándrovich y su mujer. En apariencia, no había pasado nada. Anna seguía frecuentando la buena sociedad, sobre todo la casa de la princesa Betsy, y en todas partes se encontraba con Vronski. Alekséi Aleksándrovich se daba cuenta, pero era incapaz de hacer nada. A todos sus intentos de favorecer una explicación, Anna oponía una irónica perplejidad, que actuaba como una suerte de muralla infranqueable. De puertas afuera las cosas seguían igual, pero su relación había cambiado por completo. Alekséi Aleksándrovich, tan enérgico a la hora de tratar asuntos de Estado, se sentía impotente en este caso. Como un buey, agachó la cabeza, esperando con resignación el golpe final. Cada vez que se ponía a pensar en esa cuestión, se decía que debía hacer un nuevo intento de salvarla, de hacerla entra! en razón, recurriendo para ello a la bondad, la ternura y la persuasión, y cada día se proponía hablar con ella. Pero, en cuanto abría la boca, el espíritu del mal y de la mentira que se había apoderado de Anna se enseñoreaba también de él, y decía cosas muy distintas de las que había preparado, y además en un tono inesperado. Por más que lo intentaba, no podía renunciar a esa entonación burlona tan característica, con la que parecía reírse de sus propias palabras. Y así no había manera de expresarlo que quería.

XI

Lo que durante casi un año entero había constituido para Vronski el único fin de su vida, sustituyendo a todos los deseos anteriores, y para Anna un sueño terrible, imposible y a la vez maravilloso, acabó haciéndose realidad Pálido, la mandíbula inferior temblorosa, Vronski se inclinaba sobre ella y le suplicaba que se tranquilizara, sin saber muy bien qué decirle.

—¡Anna! ¡Anna! —decía con voz trémula—. ¡Anna, por el amor de Dios…! Pero, cuanto más elevaba la voz, más bajaba ella la cabeza, antaño tan altiva y alegre, ahora cubierta de oprobio. Toda encorvada, se iba deslizando poco a poco del sofá en el que estaba sentada, y habría acabado cayendo sobre la alfombra si Vronski no la hubiera sostenido.

—¡Dios mío! ¡Perdóname! —decía ella entre sollozos, y apretaba la mano de Vronski contra su pecho.

Se sentía tan culpable y criminal que lo único que le quedaba era humillarse y pedirle perdón. Ya no tenía en el mundo a nadie más, por eso imploraba su gracia. Al mirar a Vronski, su humillación se le hacía tan evidente que no se le ocurría decir otra cosa. En cuanto a él, parecía un asesino al pie de su víctima. Ese cuerpo al que había arrebatado la vida era su amor, la primera etapa de su amor. No podía pensar sin amargura y repugnancia en lo que acababa de comprar al precio de esa espantosa vergüenza. La conciencia de su desnudez espiritual abrumaba a Anna y se comunicaba a Vronski. No obstante, por grande que fuera el horror del asesino delante del cadáver, tenía que descuartizarlo, ocultarlo, beneficiarse del crimen cometido.

Entonces, igual que el asesino se abalanza sobre el cadáver con animosidad, casi con pasión, lo arrastra y lo despedaza, Vronski cubría de besos el rostro y los hombros de Anna. Ella le cogía las manos y no se movía. Sí, lesos besos era lo que había comprado al precio de su vergüenza. Y también lesa mano que le pertenecería para siempre, la mano de su cómplice. La levantó y la besó. Vronski se puso de rodillas y quiso verle la cara, pero ella la ocultó y no dijo nada. Por último, como haciendo un esfuerzo por dominarse, se puso en pie y lo apartó. Su rostro inspiraba tanta más compasión cuanto que no había perdido ni un ápice de su belleza.

—Todo ha terminado —dijo—. Tú eres lo único que tengo. Recuérdalo.

—No puedo olvidar lo que constituye el único objeto de mi vida. Por un instante de esta felicidad…

—¡Menuda felicidad! —exclamó Anna con horror y repugnancia, comunicándole involuntariamente su espanto—. ¡Por el amor de Dios, no digas nada! ¡Ni una palabra más! —se levantó bruscamente y se apartó de Vronski—. Ni una palabra más —repitió y, con una expresión de fría desesperación que a él se le antojó extraña, se

despidió.

Tenía la impresión de que en esos momentos no era capaz de expresar con palabras el sentimiento de vergüenza, alegría y horror que la embargaba al iniciar esa nueva vida y, antes de pronunciar palabras triviales e imprecisas, prefería guardar silencio. Pero tampoco al día siguiente ni al otro encontró palabras para expresar la complejidad de sus sentimientos; ni siquiera sus pensamientos reflejaban las impresiones de su alma.

Se decía: «No, ahora no puedo pensar en eso; más tarde, cuando esté más tranquila». Pero esa serenidad de espíritu no llegaba nunca. Cada vez que recordaba lo que había sucedido y pensaba en lo que sería de ella y en lo que debía hacer, se desesperaba y rechazaba esas ideas.

—Mas tarde, más tarde —decía—. Cuando esté más tranquila.

Pero en sueños, cuando perdía cualquier dominio sobre el curso de sus reflexiones, su situación se le aparecía en toda su descarnada desnudez. Casi todas las noches soñaba lo mismo: los dos eran sus maridos y le prodigaban sus caricias. Alekséi Aleksándrovich lloraba, le besaba las manos y decía: «¡Qué felices somos ahora!». Alekséi Vronski también estaba allí y también era su marido. Y Anna, sorprendida de que antes esa situación le hubiera parecido imposible, les explicaba, riendo, que todo era ahora mucho más sencillo, que ahora tanto uno como otro estarían contentos y satisfechos. Pero ese sueño la angustiaba como una pesadilla, y se despertaba horrorizada.

XII

Ya en los primeros días que siguieron a su vuelta de Moscú, cada vez que Levin se estremecía y se ruborizaba al recordar la humillación de haber sido rechazado, se decía: «Me ruborizaba y me estremecía de la misma manera y consideraba que todo estaba perdido cuando me suspendieron en física y tuve que repetir el segundo curso, y también cuando eché a perder ese asunto que mi hermana me había confiado. ¿Y qué? Con el paso de los años, al recordar estos episodios, me sorprende que pudieran apenarme. Lo mismo sucederá con esta pena. Pasará el tiempo y lo veré todo con indiferencia».

Pero transcurrieron tres meses, y ese recuerdo, en lugar de dejarlo indiferente, seguía causándole el mismo dolor que los primeros días. No podía serenarse porque, después de tanto soñar con la vida familiar, para la que se creía preparado, se encontraba con que seguía soltero, y la posibilidad de casarse estaba más lejana que nunca. Como todas las personas que le rodeaban, sentía con dolor que no estaba bien que un hombre de su edad viviera solo. Recordaba que antes de su viaje a Moscú le había dicho a su vaquero Nikolái, un hombre ingenuo, con el que le gustaba charlar: «¡Pues sí, Nikolái! ¡Quiero casarme!», y que éste se había apresurado a responder, como si fuera un asunto sobre el que no se pudiera albergar la menor duda: «¡Hace tiempo que debía haberlo hecho, Konstantín Dmítrich!». Pero jamás el matrimonio le había parecido tan lejano. El lugar estaba ocupado. Y, cuando en lugar de Kitty, ponía a cualquier otra muchacha conocida, se daba cuenta en seguida de que era algo completamente imposible. Además, al recordar la negativa que había recibido y el papel que había desempeñado en esa historia, sentía que se ahogaba de vergüenza. Por más que se decía que no tenía la culpa de nada, ese recuerdo vergonzoso, unido a otros del mismo tenor, le hacían estremecerse y enrojecer. Había en su pasado, como en el de cualquier hombre, actos que juzgaba reprensibles, por los que le remordía la conciencia; pero su recuerdo le atormentaba mucho menos que aquel acontecimiento insignificante, pero vergonzoso. Esas heridas no cicatrizaban nunca. Y ahora a tales recuerdos venían a sumarse aquella negativa y la penosa impresión que debió de causar a todos esa noche. Pero el tiempo y el trabajo hicieron su obra. Los acontecimientos modestos, pero importantes, de la vida del campo fueron borrando poco a poco los recuerdos dolorosos. Cada semana que pasaba se acordaba menos de Kitty. Esperaba con impaciencia que alguien le anunciara la boda inminente o le confirmara la celebración del matrimonio, esperando que esa noticia, como la extracción de una muela, le curara del todo.

Entre tanto, llegó la primavera, bella, armoniosa, sin esas anticipaciones y amagos tan habituales, una de esas raras primaveras que alegran a un tiempo a las plantas, a los animales y a los hombres. Esa hermosa primavera comunicó a Levin nuevos bríos

y le reafirmó en su propósito de renunciar al pasado para organizar su vida solitaria sobre una base sólida e independiente. Aunque no había llevado a cabo muchos de los proyectos que tenía cuando regresó al campo, había observado el más importante: llevar una vida pura. Ya no experimentaba esa vergüenza que tanto solía atormentarle después de una caída, y se atrevía a mirar a los ojos a la gente. En el mes de febrero recibió una carta de Maria Nikoláievna en la que le anunciaba que la salud de su hermano había empeorado, pero que no quería seguir un tratamiento. Nada más recibirla, Levin viajó a Moscú y logró convencer a su hermano de que consultara a un médico y fuera a tomar las aguas al extranjero. Se dio tanta maña para persuadirle y prestarle dinero sin que se enfadara que bien podía sentirse satisfecho. Además de las labores de la hacienda, que requerían una atención especial en primavera, y de la lectura, Levin había empezado a escribir ese invierno una obra sobre economía rural, cuyo objetivo principal consistía en demostrar que el carácter del labrador constituía un factor determinante, de la misma manera que el clima y el suelo, y que, por tanto, la ciencia agrícola debía tener en cuenta en sus proposiciones no sólo esos dos factores —el suelo y el clima—, sino también el carácter invariable del labriego. Así pues, a pesar de su soledad, o quizá a raíz de ella, Levin estaba ocupadísimo. Sólo de tarde en tarde lamentaba no poder comunicar las ideas que se le pasaban por la cabeza más que a Agafia Mijáilovna, con quien a veces departía de física, agronomía y, sobre todo, de filosofía, que era el tema preferido de esa buena mujer.

La primavera se hizo esperar. Un cielo despejado y un ambiente gélido marcaron las últimas semanas de la Cuaresma. De día, la nieve se fundía al calor del sol; pero de noche la temperatura descendía hasta los siete grados bajo cero. La capa de hielo era tan dura que los carros tenían que transitar fuera de los caminos. El día de Pascua aún había nieve. Pero al día siguiente, de pronto, sopló un viento tibio, se amontonaron las nubes, y durante tres días y tres noches estuvo cayendo una lluvia tibia y torrencial. El jueves amainó el viento, una niebla espesa y gris cubrió la tierra, como para ocultar la misteriosa transformación que se estaba produciendo en la naturaleza. Bajo esa capa de niebla, empezaron a fluir las aguas, crujieron y se desplazaron los hielos, se despeñaron los turbios y espumeantes torrentes. El lunes de Pascua, por la tarde, se disipó la niebla, las nubes se desflecaron en vedijas, el tiempo aclaró y empezó la auténtica primavera.

A la mañana siguiente un sol brillante acabó de fundir la fina capa de hielo que cubría las aguas, y el aire cálido se llenó de los vapores de la tierra vivificada. La hierba vieja reverdecía, al tiempo que la nueva empezaba a despuntar, se hincharon los brotes de los mundillos, de los groselleros y de los pegajosos y barnizados abedules, y en las ramas de los sauces, inundados de una luz dorada, revoloteaban y zumbaban las abejas, liberadas de su encierro invernal. Alondras invisibles cantaban sobre los prados aterciopelados y los rastrojos cubiertos de hielo, las avefrías gemían

en las hondonadas y los pantanos inundados por las aguas torrenciales, las grullas y los patos salvajes lanzaban desde lo alto del cielo sus graznidos primaverales. El ganado, cuyo pelaje no se había renovado del todo y tenía calvas aquí y allá, mugía en los pastizales, corderos patizambos retozaban alrededor de sus madres, y muchachos de pies ligeros corrían descalzos, dejando sus huellas en los senderos aún húmedos; en los estanques se oían las voces alegres de las mujeres que lavaban la ropa, y en los patios resonaban los hachazos de los campesinos, que reparaban los rastrillos y los arados. Había llegado de verdad la primavera.

XIII

Por primera vez Levin se puso un chaquetón de paño en lugar de la pelliza, se calzó las botas altas y se fue a recorrer la hacienda, vadeando los arroyos, cuyo reflejo le hacía daño en los ojos, pisando tan pronto un pedazo de hielo como el barro pegajoso.

La primavera es la época de los proyectos y de los planes. De la misma manera que un árbol no adivina de qué manera y en qué dirección se extenderán sus ramas y sus tiernos brotes, encerrados en las yemas, Levin no sabía, cuando salía de casa, lo que iba a emprender en su adorada hacienda, pero no paraba de alumbrar planes y proyectos maravillosos. Lo primero que hizo fue ir a ver el ganado. Las vacas ya estaban en el cercado, con su pelaje nuevo y resplandeciente, calentado por el sol, y mugían para que las llevaran a los pastos. Levin, que las conocía en detalle, las contempló arrobado, y a continuación ordenó que las sacasen a los campos y llevasen las terneras al cercado. El pastor, muy contento, se preparó para partir. Las vaqueras, con la saya recogida, chapoteaban en el barro con las piernas desnudas, aún sin tostar, persiguiendo con unas varitas a las terneras, que mugían y retozaban alegres, y las conducían al cercado.

Después de admirar las crías de ese año, que eran de una hermosura poco común —las de más edad tenían ya el tamaño de las vacas de los campesinos y la becerra de la Pava, con sólo tres meses, tenía el tamaño de las de un año—, Levin mandó que sacaran una artesa y que les echaran de comer en el cercado. Pero, como no lo habían usado en todo el invierno, las vallas que habían preparado en el otoño se habían echado a perder. Mandó llamar al carpintero, a quien había dado órdenes de que se ocupara de la trilladora. Y se encontró con que éste estaba arreglando los rastrillos, que tendrían que haber estado listos antes de la Cuaresma. Se puso de muy mal humor. Le sacaba de sus casillas que no hubiera modo de acabar con esa dejadez, contra la que llevaba años luchando con todas sus fuerzas. Se enteró de que habían llevado las vallas, innecesarias en invierno, a las cuadras de los campesinos, donde se habían roto, pues eran de construcción ligera, pensadas para las terneras. Por si eso fuera poco, las gradas y todos los aperos agrícolas que tres carpinteros contratados expresamente tendrían que haber revisado y reparado en el transcurso del invierno seguían sin arreglar: se estaban ocupando de esa tarea cuando ya había llegado el momento de rastrillar. Levin mandó llamar al administrador, pero al final decidió ir a buscarlo en persona. Se lo encontró volviendo de la era, tan radiante como todo en ese día, con su caftán corto guarnecido de piel de cordero y una pajita rota entre los dedos.

—¿Por qué el carpintero no está componiendo la trilladora?

—Había pensado decírselo ayer. Es que era necesario arreglar las gradas. Ya es hora de labrar.

—¿Y qué habéis hecho durante el invierno?

—¿Para qué necesita al carpintero?

—¿Dónde están las vallas para el cercado de los terneros?

—Ordené que las pusieran en su sitio. ¡Pero con esta gente no hay manera! —dijo el administrador, gesticulando con los brazos.

—¡No diga usted con esta gente, sino con este administrador! —exclamó Levin, soliviantado—. ¡No sé para qué sigo teniéndole a mi servicio…! —gritó; pero, dándose cuenta de que de ese modo no iba a arreglar nada, dejó la frase a medias y se contentó con suspirar—. Entonces, ¿podemos empezar a sembrar? —preguntó, después de unos instantes de silencio.

—Mañana o pasado mañana se podrá sembrar detrás de Túrkino.

—¿Y el trébol?

—He enviado a Vasili y a Mishka a sembrarlo, pero no sé si lo conseguirán. La tierra sigue siendo un barrizal.

—Pero ¿cuántas hectáreas?

—Unas seis.

—¿Y por qué no todas? —exclamó Levin.

Al enterarse de que sólo iban a sembrar trébol en seis de las veinte hectáreas, Levin se enfadó todavía más. La teoría y su propia experiencia le decían que, para que el trébol brote bien, debe sembrarse lo antes posible, casi con nieve. Pero no conseguía que le hicieran caso.

—Nos faltan manos. ¿Qué se puede hacer con esta gente? Tres no han aparecido. Y además Semión…

—Haber llamado a alguno de los que se ocupan de la paja.

—Es lo que he hecho.

—¿Y dónde están?

—Cinco están preparando el abono. Cuatro remueven la avena para que no se estropee, Konstantín Dmítrich.

Levin sabía perfectamente lo que significa ese «para que no se estropee»: la avena inglesa destinada a la siembra se había echado a perder. Una vez más no habían hecho lo que les había ordenado.

—¿No os dije ya por la Cuaresma que la aventarais? —exclamó.

—No se preocupe, todo se hará a su debido tiempo.

Levin, irritado, hizo un gesto con la mano, se dirigió al granero para echar un vistazo a la avena y volvió al establo. La avena aún no se había echado a perder, pero los campesinos la estaban removiendo con palas, cuando habría sido más fácil arrojarla directamente al suelo. Después de ordenar que lo hicieran de ese modo y de llevarse a dos de los hombres que estaban allí trabajando para que sembraran el trébol, se calmó y se olvidó de sus desavenencias con el administrador. Por lo demás,

el día era tan hermoso que no merecía la pena enfadarse.

—¡Ignat! —gritó a su cochero, que, remangado, estaba lavando la calesa cerca del pozo—. Ensíllame a…

—¿Cuál quiere, señor?

—Bueno, pues a Kolpik.

—A sus órdenes.

Mientras ensillaban el caballo, Levin volvió a llamar al administrador, que andaba por allí, para hacer las paces con él, y se puso a hablarle de las tareas que debían hacerse en la primavera y de sus planes para la hacienda.

Había que acarrear el estiércol lo antes posible, para que todo estuviese listo antes de la primera siega. Y arar sin interrupción el campo más alejado, para dejarlo en barbecho. La recogida del heno no se haría a medias con los campesinos: para esa labor se contrataría jornaleros.

El administrador escuchaba con atención y parecía esforzarse por aceptar los proyectos del amo, pero tenía ese aspecto desanimado y abatido que Levin conocía tan bien y que tanto le irritaba. Era como si quisiera decir: «Todo eso está muy bien, pero será lo que Dios quiera».

Nada disgustaba tanto a Levin como ese tono. Pero era el que empleaban todos los administradores que había tenido a su servicio. Todos habían mostrado la misma actitud ante sus propuestas: por eso había tomado la decisión de no enfadarse, pero se disgustaba y ponía todo su empeño en luchar contra esa fuerza elemental que siempre se oponía a sus designios y a la que había dado el nombre —no se le ocurría otro— de «lo que Dios quiera».

—Con tal de que tengamos tiempo —dijo el administrador.

—¿Y por qué no lo íbamos a tener?

—Hay que contratar sin falta a unos quinces jornaleros más. Pero no querrá venir ninguno. Hoy se presentaron algunos, pero pidieron setenta rublos por el verano.

Levin guardó silencio. Otra vez se le oponía esa fuerza. Sabía que, por más que lo intentara, no habría manera de contratar a un precio razonable a más de treinta y siete o treinta y ocho jornaleros, cuarenta como mucho. Podrían llegar a contratar cuarenta, pero no más. En cualquier caso, no pudo renunciar a seguir luchando.

—Mande a por ellos a Suri o a Chefirovka. Si no vienen suficientes hombres, hay que ir a buscarlos.

—Por eso que no quede —dijo Vasili Fiódorovich, apesadumbrado—. Pero debo decirle que los caballos están muy débiles.

—Compraremos otros. Ah, ya sé que ustedes harán siempre lo menos posible y de la peor manera —añadió, con una sonrisa—, pero este año no le voy a dejar hacer las cosas a su modo. Me ocuparé yo de todo.

—Tampoco es que duerma usted mucho ahora. A nosotros nos gusta trabajar bajo

la mirada del amo.

—Entonces, ¿han sembrado trébol más allá del valle de los Abedules? Voy a ir a echar un vistazo —dijo Levin, mientras subía a lomos de Kolpik, el caballito bayo que le había traído el cochero.

—No podrá vadear los arroyos, Konstantín Dmítrich —le gritó el cochero.

—Bueno, en ese caso iré por el bosque.

Y el obediente caballo, tanto tiempo inactivo, resoplando y tirando de las riendas al atravesar los charcos, avanzó a buen paso por el patio enfangado y salió al campo.

La impresión de alegría que Levin había experimentado en el establo, al ver el ganado, se acrecentó aún más cuando salió a campo abierto, balanceándose acompasadamente al trote de su obediente caballo. Al atravesar el bosque, aspiró el aire tibio, aún impregnado de la frescura de la nieve. Aún se veían aquí y allá manchas de nieve porosa, surcadas de huellas. Le alegraba ver cada árbol, con el tronco cubierto de musgo reverdecido y las yemas a punto de estallar. Cuando salió del bosque, se abrió ante él un espacio inmenso, que se extendía como una alfombra uniforme, verde y aterciopelada, sin calveros ni manchas pantanosas, sólo rastros de nieve medio derretida en algunas hondonadas. No se enfadó al ver que la yegua de un campesino y su potro pisoteaban los prados (ordenó a un aldeano que se encontró por allí que los echara), ni tampoco al escuchar la respuesta burlona y estúpida de Ipat, a quien había preguntado:

—¿Qué, Ipat? ¿Vamos a sembrar pronto?

—Primero tenemos que arar, Konstantín Dmítrich —le respondió.

Cuanto más se prolongaba su paseo, más alegre se sentía, y en su imaginación no paraban de surgir planes para la hacienda, a cual mejor: levantar un seto en la parte meridional de los campos para que no se acumulase la nieve; dividir las tierras laborables en nueve parcelas, abonar seis de ellas y reservar las otras tres para hierba; construir un establo en el lugar más alejado de la hacienda, excavar un estanque y preparar cercas portátiles para poder sacar el ganado y estercolar los campos. De ese modo podrían cultivarse trescientas hectáreas de trigo, cien de patatas y ciento cincuenta de trébol, sin agotar la tierra.

Mecido por esos sueños, siguiendo con cuidado las lindes para que el caballo no pisara los prados, llegó al lugar donde los trabajadores estaban sembrando el trébol. El carro con la simiente no estaba en el extremo, sino en medio del campo, y el trigo de invierno había sido aplastado por las ruedas y los cascos de los caballos. Los dos jornaleros estaban sentados en la linde, probablemente fumando de la misma pipa. La tierra del carro, con la que estaban mezcladas las semillas, no estaba desmenuzada, sino apelmazada o compactada en terrones helados. Al ver al amo, el jornalero Vasili se acercó al carro, mientras Mishka se ponía a sembrar. No estaban haciendo bien las cosas, pero Levin rara vez se enfadaba con los jornaleros. Una vez que Vasili estuvo a

su lado, Levin le ordenó que sacara el caballo del sembrado.

—No se preocupe, señor. Volverá a crecer —replicó Vasili.

—Limítate a cumplir lo que te digo —exclamó Levin.

—Muy bien, señor —respondió Vasili, agarrando al caballo por la cabeza—. Es una simiente de primera, Konstantín Dmítrich —añadió, en tono obsequioso—. ¡La única pena es que cuesta mucho avanzar! Es como si arrastráramos veinte kilos de tierra en cada bota.

—¿Y por qué no habéis cribado la tierra? —preguntó Levin.

—La desmenuzamos con las manos —respondió Vasili, cogiendo un terrón con semillas y triturándolo.

Vasili no tenía la culpa de que no hubieran cribado la tierra, pero Levin se enfadó de todos modos.

Para aplacar su indignación y hacer que lo malo le pareciera bueno, recurrió a un método que había puesto en práctica con éxito en más de una ocasión. Después de contemplar cómo Mishka levantaba a cada paso enormes cantidades de barro, se apeó del caballo, cogió la sembradora de manos de Vasili y se dispuso a sembrar.

—¿Hasta dónde has llegado?

Vasili le indicó un lugar con el pie, y Levin se puso a sembrar como pudo las semillas mezcladas de tierra. Avanzaba con dificultad, como por un pantano. Una vez completado un surco, Levin se detuvo, bañado en sudor, y le entregó la sembradora al jornalero.

—Bueno, señor, espero que en verano no me eche la culpa por este surco —dijo Vasili.

—¿Por qué? —preguntó Levin alegremente, comprobando que su remedio había funcionado.

—Ya lo verá cuando llegue el verano. Será diferente. Mire ese campo que sembré la pasada primavera. ¡Eso sí que es sembrar! Porque debe saber usted, Konstantín Dmítrich, que trabajo para usted como para mi propio padre. No me gusta hacer las cosas de cualquier manera ni permito que los demás trabajen mal. Lo que es bueno para el amo es bueno para nosotros. Mire allí —añadió, señalando el campo—. Se alegra el corazón sólo de verlo.

—Y qué primavera tenemos este año, Vasili.

—Ni los más viejos recuerdan otra igual. He estado hace poco en casa, y el viejo ha sembrado tres acres de trigo. Dice que no se puede distinguir del centeno.

—¿Hace mucho que sembráis trigo?

—Desde hace dos años. Nos enseñó usted y nos dio dos medidas. Vendimos la cuarta parte y sembramos las tres restantes.

—Bueno, no dejes de deshacer los terrones —dijo Levin, acercándose al caballo —. Y vigila a Mishka. Si la cosecha es buena, recibirás cincuenta kopeks por

hectárea.

—Muy agradecido. Pero ya sin eso estamos contentos con usted.

Levin montó en su caballo para inspeccionar un campo donde sembraron trébol el año anterior y otro que ya había sido arado para sembrar trigo de primavera.

El trébol que despuntaba entre los rastrojos tenía un aspecto inmejorable. Había prendido y destacaba con su intenso verdor entre los tallos rotos del trigo del año anterior. En esa tierra medio helada, el caballo chapoteaba y se hundía hasta las corvas. Era imposible avanzar por la tierra labrada; sólo se podía ir por donde había un poco de hielo, pues en los surcos que se habían deshelado el caballo se hundía. Habían labrado el campo a conciencia. En un par de días podría rastrillarse y sembrar. Todo le parecía hermoso y alegre. Levin regresó vadeando los arroyos, con la esperanza de que las aguas hubiesen bajado. Y no se equivocó: pudo atravesarlos, asustando a su paso a una pareja de patos salvajes. «Debe de haber también chochas», pensó. Justo cuando llegaba al recodo del camino que conducía a su casa, se encontró con un guardabosques que le con firmó su suposición.

Levin prosiguió la marcha al trote, para que le diera tiempo a comer y preparar su escopeta para la tarde.

XIV

Al acercarse a la casa, en la mejor disposición de ánimo, Levin oyó una campanilla del lado de la entrada principal.

«Debe de ser alguien que viene de la estación —pensó—. Es justo la hora del tren de Moscú… ¿Quién será? ¿Acaso Nikolái? Me dijo que tal vez, en lugar de ir a tomar las aguas, vendría a visitarme.»

En un primer momento se sintió contrariado, pues temía que la presencia de su hermano agriara la alegría primaveral que le embargaba. Pero, acto seguido, avergonzado de su egoísmo, se dispuso a recibirle con los brazos abiertos y una tierna alegría, si es que era él. Espoleó al caballo y, al salir de las acacias, vio una troika de alquiler que venía de la estación, y en el interior distinguió a un señor con una pelliza. No era su hermano. «Ah, si fuera una persona simpática, con la que poder charlar un poco», pensó.

—¡Vaya! —exclamó Levin con jovialidad, levantando los brazos al cielo—. ¡Qué visita tan agradable! ¡Ah, cuánto me alegro de verte! —exclamó, al reconocer a Stepán Arkádevich.

«Él me informará de cuándo se celebrará la boda, si es que no se ha celebrado ya», se dijo para sus adentros.

Y en ese hermoso y espléndido día de primavera se dio cuenta de que el recuerdo de Kitty no le entristecía lo más mínimo.

—¿A que no me esperabas? —preguntó Stepán Arkádevich, apeándose del trineo. Tenía salpicaduras de barro en el caballete de la nariz, en una mejilla y en una ceja, pero rebosaba salud y contento—. En primer lugar, he venido para verte —dijo, abrazándole y besándole—; en segundo, para pegar unos tiros; y en tercero, para vender el bosque de Yergushovo.

—¡Estupendo! ¿Has visto qué primavera tenemos? ¿Cómo has podido llegar en trineo?

—Habría sido aún más difícil en coche, Konstantín Dmítrich —respondió el cochero, viejo conocido del amo de la casa.

—Bueno, me alegro muchísimo de verte —dijo Levin, con una sonrisa sincera, alegre y pueril.

A continuación acompañó a su amigo a la habitación de invitados, a la que llevaron también las cosas de Stepán Arkádevich: un saco de viaje, una escopeta con su funda y una caja de cigarros, y, dejándolo solo para que se lavara un poco y se cambiara de ropa, se dirigió a su despacho para dar órdenes sobre el trébol y las labores de labranza. Agafia Mijáilovna, a quien importaba mucho el buen nombre de la casa, le salió al encuentro en el vestíbulo para hacerle unas preguntas relativas a la comida.

—Haga lo que quiera, pero deprisa —dijo Levin y se fue a ver al administrador.

Cuando regresó, Stepán Arkádevich, ya lavado, peinado y con una sonrisa radiante, salía de su habitación. Subieron juntos al piso de arriba.

—¡Cuánto me alegro de haber venido a verte! Por fin voy a saber cuáles son esos misterios de los que te ocupas aquí. La verdad es que te envidio.

¡Qué casa tan agradable! ¡Qué alegre y luminoso es todo! —dijo Stepán Arkádevich, olvidando que no siempre era primavera y que no todos los días hacía un tiempo tan agradable—. ¡Y tu antigua niñera es un encanto! Yo preferiría tal vez una guapa doncella con su delantalito, pero va muy bien con tu estilo monástico y severo.

Entre otras novedades interesantes, Stepán Arkádevich le anunció que su hermano Serguéi Ivánovich se proponía pasar el verano con él en el campo.

No dijo ni una palabra de Kitty ni de los Scherbatski; sólo le transmitió los saludos de su mujer. Levin apreció esa delicadeza. Por lo demás, estaba muy contento de la visita de Stepán Arkádevich. Como siempre durante sus períodos de soledad, había ido acumulando un montón de pensamientos e impresiones que no podía comunicar a las personas que le rodeaban, y ahora volcaba sobre su amigo el entusiasmo poético que le inspiraba la primavera, sus fracasos y sus planes para la hacienda, reflexiones y observaciones sobre libros que había leído y, sobre todo, la idea principal de su obra, que constituía, aunque él mismo no fuera consciente de ello, una crítica de todos los tratados existentes de economía rural. Stepán Arkádevich, con su proverbial amabilidad y esa capacidad para entenderlo todo con una simple alusión, se mostró especialmente simpático en esta ocasión, y Levin creyó percibir en la actitud de su amigo un matiz de respeto y cordialidad, inédito hasta entonces, que halagó su vanidad.

Los esfuerzos de Agafia Mijáilovna y del cocinero para que la comida fuera especialmente apetitosa tuvieron como resultado que los dos amigos, muertos de hambre, se abalanzaran sobre los entremeses, se atiborraran de pan con mantequilla, fiambre de ave y setas saladas, y que Levin mandase servir la sopa sin esperar las empanadillas, con las que el cocinero había pretendido deslumbrar al invitado. Aunque Stepán Arkádevich estaba acostumbrado a otro tipo de manjares, lo encontró todo excelente, el aguardiente de hierbas, el pan, la mantequilla y, sobre todo, el fiambre de ave, las setas, la sopa de ortigas, la gallina en salsa blanca y el vino blanco de Crimea. En suma, todo le pareció exquisito y delicioso.

—Magnífico, magnífico —exclamó, encendiendo un grueso cigarro, después de dar buena cuenta del asado—. Me siento como si hubiera llegado a buen puerto después de los ruidos y las sacudidas de una travesía en vapor. De modo que, en tu opinión, el trabajador es un elemento que debe ser estudiado y considerado a la hora de elegir los métodos de explotación agrícola. Soy profano en la materia, pero me parece que esa teoría y su aplicación van a tener influencia también en el trabajador.

—Sí, pero escucha. No estoy hablando de economía política, sino de la explotación de la tierra entendida como ciencia. Como en las ciencias naturales, habría que estudiar los datos, así como la figura del trabajador, tanto desde un punto de vista económico como etnográfico…

En ese momento entró Agafia Mijáilovna con la mermelada.

—Ah, Agafia Mijáilovna —le dijo Stepán Arkádevich, besándole la punta de sus rollizos dedos—. ¡Qué fiambre tiene usted! ¡Y qué licor!… Y qué… Kostia, ¿no es ya hora de partir? —añadió.

Levin miró por la ventana y vio que el sol se ponía detrás de las copas desnudas de los árboles del bosque.

—En efecto —dijo—. Kuzmá, engancha la tartana —añadió y bajó corriendo.

Stepán Arkádevich le siguió, quitó con cuidado la funda de una caja de laca, la abrió y se puso a armar una escopeta nueva, de último modelo. Kuzmá, previendo una buena propina, no se separaba del recién llegado, a quien ayudó a ponerse las medias y las botas. Stepán Arkádevich le dejaba hacer.

—Kostia, le dije al comerciante Riabinin que viniera hoy. Da órdenes de que lo reciban y le digan que me espere…

—¿Es a él a quien vas a venderle el bosque?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Pues claro. He cerrado algún trato con él «de forma positiva y definitiva».

Stepán Arkádevich se echó a reír. «De forma positiva y definitiva» era la expresión favorita de ese comerciante.

—Sí, habla de un modo muy divertido. ¡Mira cómo sabe adonde va su amo! —añadió, acariciando a Laska, que daba vueltas alrededor de Levin, ladrando y lamiéndole las manos, la escopeta, las botas.

Cuando salieron, la tartana ya estaba preparada en la entrada.

—He ordenado enganchar, aunque el lugar no está lejos. Si lo prefieres, podemos ir andando.

—No, mejor en coche —respondió Stepán Arkádevich, acercándose al vehículo. Tomó asiento, se envolvió las piernas en una manta atigrada y encendió un cigarro—. ¿Y cómo es que no fumas? Los cigarrillos no son un placer como cualquier otro, sino la flor y nata de los placeres. ¡Esto sí que es vida! ¡Qué maravilla! ¡Así es como me gustaría vivir a mí!

—¿Y quién te lo impide? —preguntó Levin, sonriendo.

—Sí, eres un hombre afortunado. Tienes todo lo que te gusta: caballos, perros, caza, labores agrícolas.

—Tal vez sea porque disfruto con lo que tengo y no ambiciono lo que me falta —dijo Levin, acordándose de Kitty.

Stepán Arkádevich se dio cuenta y le miró, pero no dijo nada.

Levin le agradeció a Oblonski que, con su tacto habitual, hubiera adivinado cuánto temía hablar de los Scherbatski y no los hubiera menciona do. Al mismo tiempo, le acuciaba el deseo de saber lo que tanto le atormentaba, pero no se atrevía a sacar el tema.

—Bueno, ¿y cómo van tus asuntos? —preguntó Levin, pensando que no estaba bien ocuparse sólo de sí mismo.

Los ojos de Stepán Arkádevich brillaron de alegría.

—No puedes aceptar que a uno puedan gustarle los bollos cuando ya tiene su ración de pan. En tu opinión, eso es un delito. Pero, en lo que a mí respecta, reconozco que no puedo concebir la vida sin amor —dijo, interpretando a su manera la pregunta de Levin—. Qué le vamos a hacer, tal es mi naturaleza. La verdad es que apenas se hace mal a nadie, y, en cambio, se obtiene tanto placer…

—¿Y qué, hay algo nuevo? —preguntó Levin.

—Pues sí, amigo. Ya conoces esas mujeres descritas por Ossian… Mujeres que uno ve en sueños… Pues bien, esas mujeres también existen en la realidad… Y son terribles. La mujer es un tema inagotable: por más que la estudie uno, siempre encuentra algo nuevo.

—Entonces más vale no estudiarlas.

—No. Un matemático ha dicho que el placer no consiste en encontrar la verdad, sino en buscarla.

Levin escuchaba en silencio y, a pesar de los esfuerzos que hacía, no lograba penetrar en el alma de su amigo, comprender sus sentimientos, el placer que le procuraba el estudio de tales mujeres.

XV

El lugar elegido para la caza quedaba cerca, en la orilla de un arroyo poblada de jóvenes álamos temblones. Al llegar al bosque, Levin se apeó y condujo a Oblonski al extremo de un calvero encharcado y cubierto de musgo, en el que ya se había fundido la nieve. A continuación se dirigió al lado opuesto y se apostó al pie de un abedul con dos troncos, apoyó la escopeta en una rama baja y seca, en forma de horca, se quitó el caftán, se ajustó bien el cinturón y comprobó si podía mover los brazos con plena libertad.

La vieja y canosa Laska, que los había seguido, se sentó con precaución enfrente de él y aguzó las orejas. El sol ya se estaba poniendo detrás del inmenso bosque, y a la luz del ocaso los jóvenes abedules, diseminados entre los álamos temblones, se recortaban nítidos con sus ramas colgantes y sus yemas hinchadas, a punto de estallar.

De la espesura del bosque, donde aún había manchas de nieve, llegaba el leve rumor del agua, que fluía en arroyos estrechos y sinuosos. Los pájaros gorjeaban y de vez en cuando saltaban de un árbol a otro.

Había también momentos de un completo silencio, en los que se percibía el murmullo de las hojas del año anterior, removidas por el deshielo y la incipiente hierba.

«¡Fíjate! ¡Se oye y se ve crecer la hierba!», se dijo Levin, observando el estremecimiento de una hoja de álamo, empapada y de color pizarra, al lado de una hebra de hierba joven. Seguía allí, escuchando y mirando tan pronto la tierra mojada y musgosa como la perra Laska, que aguzaba las orejas, o el mar de copas desnudas que se extendía al pie de la montaña o el cielo atravesado de jirones blancos, que se iba oscureciendo poco a poco. Un halcón, batiendo las alas con parsimonia, pasó a gran altura sobre los bosques lejanos. Acto seguido apareció otro, que voló del mismo modo en la misma dirección hasta que se perdió de vista. El gorjeo de los pájaros en la espesura era cada vez más ruidoso y animado. Un búho ululó no lejos de allí. Laska se estremeció, avanzó unos pasos con cautela, ladeó la cabeza y prestó atención. Al otro lado del arroyo cantaba un cuco. Se oyó dos veces su llamada habitual, luego emitió un sonido ronco, apresurado y confuso.

—¡Fíjate! ¡Ya tenemos aquí al cuco! —dijo Stepán Arkádevich, saliendo de unos arbustos.

—Sí, lo oigo —respondió Levin, rompiendo de mala gana el silencio de los bosques con su voz, que él mismo encontró desagradable—. No tendremos que esperar mucho.

Stepán Arkádevich volvió a desaparecer detrás de los matorrales. Levin sólo vio la viva llamita de una cerilla, y a continuación la punta encendida de un cigarrillo y una voluta de humo azul.

«Chik, chik», oyó de pronto: Stepán Arkádevich estaba montando su escopeta.

—¿Qué es ese grito? —preguntó Oblonski, llamando la atención de Levin sobre un chillido prolongado, semejante a ese delicado relincho que lanzan los potros cuando retozan.

—¿No lo sabes? Es una liebre macho. Pero ¡basta de hablar! ¡Escucha, ya están ahí! —gritó casi Levin, armando también su escopeta.

Se oyó un silbido agudo y lejano; al cabo de dos segundos, con esa cadencia que tan bien conoce el cazador, se oyó otro, y luego otro más, seguido de un graznido.

Levin miró a derecha e izquierda, y de pronto, justo enfrente, en el cielo azul oscuro, por encima de las copas imprecisas de los álamos, cubiertas de tiernos brotes, surgió un ave que volaba directamente hacia él. Los graznidos cercanos, semejantes al ruido de una tela que se rasga, resonaban en su misma oreja. Ya podía verse el largo pico y el cuello del ave; pero en el momento en que Levin apuntaba, detrás del arbusto en el que se ocultaba Oblonski brilló un relámpago rojo; el ave cayó como una flecha, pero después consiguió levantar el vuelo. Resplandeció otro relámpago y se oyó un nuevo disparo. El ave sacudió las alas, como tratando de sostenerse en el aire, luego se detuvo, quedó inmóvil un instante y cayó pesadamente en el suelo embarrado.

—¿No habré fallado? —gritó Stepán Arkádevich, que no veía nada por el humo.

—¡Ya lo trae! —dijo Levin, señalando a Laska que, levantando una oreja y meneando la punta del hirsuto rabo, se acercó muy despacio, como que riendo prolongar el placer, y, casi sonriendo, le entregó la pieza a su amo—. Me alegro de que hayas acertado —añadió Levin, aunque le daba cierta envidia no haber sido él quien abatiera esa chocha.

—Pero erré el tiro del cañón derecho —respondió Stepán Arkádevich, cargando la escopeta—. Chis… Ahí viene otra.

En efecto, se oyeron unos silbidos penetrantes, que se sucedían rápidamente uno detrás de otro. Dos chochas, jugueteando y persiguiéndose, sin emitir ningún graznido, sólo silbando, volaron por encima de la cabeza de los dos cazadores. Resonaron cuatro disparos, y las chochas, dando un brusco giro, como las golondrinas, se perdieron de vista.

La partida de caza fue un éxito. Stepán Arkádevich abatió dos piezas más, y Levin otras tantas, aunque sólo encontraron una. Empezaba a oscurecer. Venus, clara y plateada, brillaba ya a poniente con su débil resplandor, remontándose a muy poca altura por encima de los abedules; a oriente, muy arriba, parpadeaba la luz roja del severo Arturo. Las estrellas de la Osa Mayor se encendían y se apagaban por encima de la cabeza de Levin. Las chochas habían dejado de volar, pero él decidió esperar hasta que Venus, que asomaba por debajo de la rama de un abedul, la sobrepasara, y las estrellas de la Osa Mayor se distinguieran con claridad. Venus ya había superado

la ramita y el carro de la Osa con su lanza se perfilaba nítido en el cielo azul oscuro, pero Levin seguía esperando.

—¿No es hora de volver? —preguntó Stepán Arkádevich.

En el bosque reinaba ya el silencio, ni un ave se movía.

—Esperemos un poco —respondió Levin.

—Como quieras.

Estaban a una distancia de quince pasos.

—¡Stiva! —exclamo Levin de pronto, de manera inesperada—. Todavía no me has dicho si se ha casado tu cuñada o cuándo se va a casar.

Se sentía tan sereno y seguro de sí mismo que estaba convencido de que ninguna respuesta podría afectarle. Pero en ningún caso esperaba lo que escuchó de labios de Stepán Arkádevich.

—Ni se ha casado ni piensa casarse. Está muy enferma, y los médicos la han enviado al extranjero. Hasta se teme por su vida.

—¡Qué me dices! —exclamó Levin—. ¿Y está muy enferma? ¿Qué le pasa? Y cómo…

Mientras los dos amigos hablaban, Laska, aguzando las orejas, miraba el cielo y luego se volvía a ellos con expresión de reproche.

«Vaya momento de ponerse a charlar. Ya viene una… Sí, ahí está. La van a dejar escapar», pensaba Laska.

En ese momento los cazadores oyeron un silbido penetrante, que casi les hizo daño en los oídos, y ambos echaron mano de sus escopetas Centellearon dos relámpagos y resonaron dos disparos al mismo tiempo La chocha, que volaba a gran altura, plegó las alas por un instante y cayó en la espesura, quebrando los brotes tiernos.

—¡Estupendo! ¡Le hemos acertado a la vez! —exclamó Levin y salió corriendo con Laska en busca de la pieza.

«¿Qué era eso que me ha disgustado? —se preguntaba—. Ah, sí, Kitty está enferma… Es una pena, pero ¿qué se le va a hacer?»

—¡Ah, la has encontrado! ¡Qué lista eres! —dijo, tomando el ave, aún caliente, de las fauces de Laska, y metiéndola en el morral, casi lleno—. ¡La he encontrado, Stiva! —gritó.

XVI

De camino a casa, Levin se informó de todos los detalles de la enfermedad de Kitty y de los planes de los Scherbatski. Aunque le avergonzaba reconocerlo, esas novedades le causaron un secreto placer. Le alegraba que aún quedara alguna esperanza y, sobre todo, que ella, que tanto daño le había hecho, también estuviera sufriendo. Pero, cuando Stepán Arkádevich le habló de las causas de la enfermedad y mencionó el nombre de Vronski, le interrumpió:

—No tengo ningún derecho a enterarme de esos secretos de familia. Además, tampoco me interesan.

Stepán Arkádevich esbozó una sonrisa apenas perceptible: había captado en los rasgos de Levin uno de esos bruscos cambios de humor, a los que ya estaba acostumbrado, que le hacían pasar, en cuestión de segundos, de la alegría a la tristeza.

—¿Has ultimado la venta del bosque con Riabinin? —preguntó Levin.

—Sí. El precio es inmejorable: treinta y ocho mil rublos. Ocho mil por adelantado, y el resto en un plazo de seis años. Llevo ya mucho tiempo ocupándome de ese asunto. Nadie me ofrecía más. —Vamos, que has vendido el bosque regalado —replicó Levin, sombrío. —¿Por qué dices eso? —preguntó Stepán Arkádevich con una sonrisa benévola: sabía que ahora a su amigo todo le parecería mal.

—Porque ese bosque vale por lo menos quinientos rublos la hectárea —respondió Levin.

—¡Ah, estos propietarios rurales! —bromeó Stepán Arkádevich—. ¡Siempre ese tono de desprecio por los que venimos de la ciudad! Pero, cuando se trata de cerrar un asunto, nos las arreglamos mejor que nadie. Créeme, lo he calculado todo, y la venta me parece tan ventajosa que hasta tengo miedo de que el comprador se eche atrás. Ten en cuenta que no es un bosque maderable —añadió, convencido de que esa sola palabra, «maderable», bastaría para desbaratar todas las dudas de Levin—, sino de leña. No dará más de treinta estéreos por hectárea, y Riabinin me la paga a doscientos rublos.

Levin sonrió con desprecio. «Conozco muy bien esa manera de hablar de todos esos señores de la ciudad —pensó—. Vienen al campo un par de veces cada diez años, se aprenden dos o tres expresiones de la vida rural, las emplean tanto si viene a cuento como si no y están plenamente convencidos de que lo saben todo. "Maderable, treinta estéreos." Dice palabras cuyo significado no conoce.»

—No me permitiría darte lecciones sobre los documentos de los que os ocupáis en tu oficina —dijo—. Al contrario, en caso necesario te pediría consejo. En cambio, tú te figuras que lo sabes todo de los bosques. Y es un asunto complicado. ¿Has contado los árboles?

—¿Cómo voy a contar los árboles? —replicó Stepán Arkádevich, echándose a

reír. En ese momento lo único que deseaba era que su amigo recuperara su buen humor—. Aunque una inteligencia superior pudiera contar la arena del mar, los rayos de los planetas…[6]

—Pues te aseguro que la inteligencia superior de Riabinin puede hacerlo. No hay comerciante que no compre un bosque sin contar los árboles, a no ser que le den el bosque regalado, como has hecho tú. Conozco tu bosque. Todos los años voy allí a cazar, y te aseguro que vale quinientos rublos la hectárea, en dinero contante y sonante. Y él te da sólo doscientos, y a plazos. En definitiva, le estás regalando treinta mil rublos.

—Bueno, no exageres —replicó Stepán Arkádevich con voz quejumbrosa—. En ese caso, ¿por qué nadie me ha ofrecido esa suma?

—Porque se ha puesto de acuerdo con los demás comerciantes, a quienes habrá entregado una indemnización. He hecho tratos con todos ellos y los conozco. No son comerciantes, sino especuladores. Riabinin jamas se metería en un negocio que le proporcionara un beneficio de un diez o un quince por ciento. Espera hasta poder comprar por veinte kopeks lo que vale un rublo.

—¡Bueno, basta! Ya veo que estás de mal humor.

—En absoluto —dijo Levin con aire sombrío, en el momento en que llegaban a la casa.

Delante de la entrada había un coche con sólidos refuerzos de hierro y cuero, uncido a un caballo bien cebado, con anchos arneses, en el que descansaba el administrador de Riabinin, un individuo sanguíneo, con el cinturón muy apretado, que también hacía las veces de cochero. Su amo en persona ya había entrado en la casa, y se encontró con los amigos en el vestíbulo. Era un hombre alto y enjuto, de mediana edad, mentón rasurado y prominente, bigote, ojos saltones y turbios. Vestía una levita larga de color azul, con botones en la parte baja de la espalda, y unas botas altas, arrugadas en los tobillos y lisas a la altura de las pantorrillas, con unos gran des chanclos por encima. Se enjugó el rostro con un pañuelo y, cruzando se la levita, que ya sin eso le quedaba muy bien, saludó con una sonrisa a los recién llegados y tendió la mano a Stepán Arkádevich, como si quisiera atrapar alguna cosa.

—Ya ha llegado usted. Estupendo —dijo Stepán Arkádevich, dándole la mano.

—Aunque los caminos están muy mal, no me he atrevido a desobedecen las órdenes de su excelencia. Puedo decir, de una manera positiva, que he hecho todo el viaje a pie, pero he llegado puntual. Mis respetos, Konstantín Dmítrich —añadió, dirigiéndose a Levin, y le tendió también la mano. Pero éste, enfurruñado, hizo como si no se hubiese dado cuenta y se puso a sacar las chochas—. ¿Han estado ustedes de caza? ¿Qué clase de aves son éstas? —preguntó, mirando con desprecio las chochas —. A saber qué gusto tendrán. —Y movió la cabeza con desaprobación, como si dudara de que mereciera la pena ir de caza para cobrar semejantes piezas. —¿Quieres

pasar a mi despacho? —preguntó Levin en francés a Stepán Arkádevich, frunciendo el ceño con expresión sombría—. Allí podrán ustedes hablar.

—Vamos donde usted quiera —dijo Riabinin con aire de desdeñosa superioridad, como dando a entender que él no tenía inconveniente en tratar con toda clase de personas y que se encontraba cómodo en cualquier ambiente, no como otros.

Al entrar en el despacho, Riabinin, según tenía acostumbrado, miró a su alrededor, buscando el icono, pero, al no encontrarlo, no se santiguó. Contempló los armarios y las estanterías de libros, y, con esa misma expresión dubitativa con que había examinado las chochas, negó con la cabeza y una sonrisa despectiva: también en este caso le parecía que la cosa no merecía la pena.

—¿Qué, ha traído el dinero? —preguntó Oblonski—. Siéntese.

—El dinero no faltará. He venido para verle y charlar un rato.

—¿De qué? Pero, siéntese.

—De acuerdo —dijo Riabinin, tomando asiento y apoyando el codo en el respaldo, en una postura bastante incómoda—. Tiene que bajar un poco el precio, príncipe. Sería pecado no hacerlo. En cuanto al dinero, ya lo tengo listo, hasta el último kopek. No se preocupe por eso.

Levin, que había estado metiendo la escopeta en un armario, se disponía ya a salir cuando oyó las palabras del comerciante.

—Se queda usted con el bosque casi por nada —dijo—. Si mi amigo hubiera llegado un poco antes, le habría hecho una oferta.

Riabinin se levantó y, sin pronunciar palabra, miró a Levin de los pies a la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—Konstantín Dmítrich es muy agarrado —dijo, sin dejar de sonreír, dirigiéndose a Stepán Arkádevich—. No hay manera de hacer tratos con el. Una vez quise comprarle trigo, y le ofrecí un buen precio.

—¿Y por qué iba a darle lo mío de balde? Que yo sepa, no lo he encontrado en el suelo ni lo he robado.

—Gracias a Dios, en los tiempos que corren, es totalmente imposible robar. En los tiempos que corren todo se dirime definitivamente en los tribunales de justicia, a la luz del día, de una forma honrada. No hay manera de robar. Somos gente de bien. Pide usted demasiado por el bosque, no me salen las cuentas. Le ruego que baje un poco el precio.

—Pero ¿el trato está cerrado o no? Si lo está, no tiene sentido negociar. Y si no lo está, me quedo yo con el bosque —dijo Levin.

Riabinin dejó de sonreír y en su rostro apareció de pronto una expresión rapaz y cruel de ave de presa. Se desabotonó la levita con sus dedos ágiles y huesudos, dejando al descubierto la camisa, que llevaba por fuera del pantalón, el chaleco de botones de cobre y la cadena del reloj, y, con un gesto fulgurante, sacó una cartera

gruesa y usada.

—Perdone, pero el bosque es mío —profirió, alargando la mano, después de hacer apresuradamente la señal de la cruz—. Coja el dinero, ese bosque es mío. Así hace negocios Riabinin, sin pararse a contar los céntimos —añadió, frunciendo el ceño y blandiendo la cartera.

—Yo en tu lugar no me daría prisa por vender —dijo Levin.

—Pero es que ya le he dado mi palabra —replicó Oblonski sorprendido Levin salió de la habitación dando un portazo. Riabinin sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Una consecuencia de la juventud, definitivamente, una chiquillada Le doy mi palabra de que, si compro este bosque, es por tener el honor de decir que fue Riabinin y no otro quien compró el bosque de Oblonski. Dios sabrá si obtendré algún beneficio. Lo dejo todo en sus manos. Bueno, haga el favor de firmarme el contrato.

Al cabo de una hora, el comerciante, la levita cerrada con esmero, el abrigo bien abrochado y el contrato en el bolsillo, se acomodó en su carruaje reforzado y se marchó a su casa.

—¡Ah, estos señores! —dijo a su administrador—. Siempre la misma historia.

—Así es —respondió el administrador, entregándole las riendas para cerrar la funda de cuero—. ¿Y qué tal ha ido la compra, Mijaíl Ignátev? —Bien, bien…

XVII

Stepán Arkádevich subió a la planta de arriba con el bolsillo repleto de billetes, pues el comerciante le había pagado tres meses por adelantado. Había cerrado la venta del bosque, tenía el dinero en la cartera, la jornada de caza había sido espléndida. Se encontraba en la mejor disposición de ánimo y, por tanto, ardía en deseos de disipar el mal humor de Levin. Quería acabar el día a la mesa de manera tan agradable como lo había empezado. La verdad es que Levin no estaba de buen humor. A pesar de sus esfuerzos por mostrarse amable y cordial con su apreciado huésped, no fue c apaz de dominarse. En un principio la noticia de que Kitty no se había basado le había embriagado, pero poco a poco le había ido dejando un regusto amargo.

No se había casado y estaba enferma; enferma de amor por el hombre que la había desdeñado. Y él se lo había tomado casi como una afrenta personal. Vronski había rechazado a Kitty, que a su vez le había rechazado a él. En consecuencia, Vronski tenía derecho a despreciar a Levin y, por tanto, se había convertido en enemigo suyo. Se daba cuenta, de un modo confuso, de que todo eso era ofensivo para él, y ya no sólo se enfadaba al pensar en la causa de su malestar, sino que se irritaba por cualquier nimiedad. La absurda venta del bosque y el engaño de que había sido víctima ¡Oblonski, perpetrado en su propia casa, le exasperaban.

—Entonces, ¿has cerrado el trato? —preguntó, cuando se encontró con Stepán Arkádevich en la planta de arriba—. ¿Te apetece cenar? —Sí. No digo que no. Siempre que estoy en el campo me entra un hambre de lobo. ¡Es increíble! ¿Por qué no has invitado a Riabinin? —¡Ah! ¡Que se vaya al diablo!

—¡Hay que ver cómo lo tratas! —exclamó Oblonski—. Ni siquiera le has liado la mano. ¿A qué viene eso?

—Tampoco se la doy a mi lacayo, que es cien veces mejor que él.

—¡Qué retrógrado eres! ¿Y qué pasa con la fusión de las clases? —preguntó Oblonski.

—A quien le guste eso de mezclarse, que le aproveche. A mí me repugna.

—Ya veo que eres un retrógrado de tomo y lomo.

—La verdad es que nunca me he preguntado quién soy. Soy Konstantín Levin, nada más.

—Y un Konstantín Levin que está de muy mal humor —dijo Stepán Arkádevich, sonriendo.

—Sí, estoy de mal humor. ¿Y sabes por qué? Por tu estúpida venta, perdona que te lo diga.

Stepán Arkádevich frunció el ceño con aire bondadoso, como si se considerase injustamente ofendido y agraviado.

—¡Bueno, basta! —dijo—. ¿Es que se puede vender algo sin que al cabo de un

minuto alguien diga: «Eso vale mucho más»? Pero, cuando lo quiere vender, nadie le ofrece nada… Sí, me doy cuenta de que le tienes ojeriza a ese desdichado de Riabinin.

—Puede que sí. ¿Y sabes por qué? Vas a llamarme otra vez retrógrado o alguna otra cosa por el estilo. Pero, en cualquier caso, debo decir que me irrita y me ofende ver por todas partes ese empobrecimiento de la nobleza, clase a la que, a pesar de la fusión de las clases, me honra pertenecer. Y ese empobrecimiento no es consecuencia del lujo, lo que no sería tan grave. Vivir como grandes señores es cosa de los nobles, y sólo ellos saben hacerlo. No me solivianta que los campesinos compren nuestras tierras. El señor no hace nada, mientras que el campesino trabaja y suplanta al ocioso. Así debe ser. Y me alegro mucho por el campesino. Lo que me subleva es que la nobleza se deje despojar por… no sé cómo llamarlo… por una suerte de inocencia. Aquí un arrendatario polaco compra a mitad de precio, a una señora que vive en Niza, una hacienda magnífica. Allá un negociante toma en arrendamiento por un rublo la hectárea unas tierras que valen diez. Y tú ahora acabas de regalar sin ninguna razón treinta mil rublos a ese sinvergüenza.

—Entonces, en tu opinión, ¿tendría que haber contado los árboles uno a uno?

—Por supuesto. Tú no los habrás contado, pero seguro que Riabinin lo ha hecho. Sus hijos dispondrán de medios de vida y recibirán instrucción. ¡A saber qué tendrán los tuyos! —Perdóname, pero me parece que ese cálculo es mezquino. Nosotros tenemos nuestras ocupaciones, y ellos las suyas. Necesitan a los señores. Por lo demás, el trato ya está cerrado, así que asunto concluido. Pero mira, ahí traen unos huevos al plato. Me encantan así. Y Agafia Mijáilovna va a ofrecernos su maravilloso aguardiente de hierbas.

Stepán Arkádevich se sentó a la mesa y se puso a bromear con Agafia Mijáilovna, asegurándole que hacía tiempo que no comía y cenaba tan bien.

—Usted al menos es agradecido —dijo Agafia Mijáilovna—. A Konstantín Dmítrich ya puede una servirle cualquier cosa, que se la comerá sin decir palabra y se irá.

Por más que se esforzaba por dominarse, Levin seguía mostrándose sombrío y silencioso. Tenía que hacerle una pregunta a Stepán Arkádevich, pero no se decidía, pues no acababa de encontrar la forma ni el momento oportunos. Stepán Arkádevich ya había bajado a su habitación, se había desvestido, había vuelto a lavarse, se había puesto una camisa de noche encañonada y se había metido en la cama, pero Levin seguía en la habitación, hablando de asuntos sin importancia, incapaz de preguntar lo que quería.

—Qué bien presentado —dijo, examinando y desenvolviendo una pastilla de jabón de olor que Agafia Mijáilovna había puesto para el invitado y que éste no había usado—. Fíjate, es una obra de arte. —Sí, en nuestros días asistimos a toda suerte de

mejoras —dijo Stepán Arkádevich, separando los húmedos labios en un bostezo beatífico—. Los teatros, por ejemplo, y todos esos lugares de diversión… ¡Ah, ah, ah! —volvió a bostezar—. Hay luz eléctrica en todas partes… ¡Ah, ah!

—Sí, luz eléctrica —repuso Levin—. Sí. Bueno, ¿y dónde está ahora Vronski? —preguntó de pronto, poniendo el jabón en su sitio. —¿Vronski? —preguntó Stepán Arkádevich, dejando de bostezar—. En San Petersburgo. Se fue poco después de que te marcharas tú y desde entonces no ha vuelto a poner los pies en Moscú. Mira, Kostia, voy a decirte la verdad —prosiguió, acodándose en la mesa y apoyando en la mano su hermoso y rubicundo rostro, en el que los ojos bondadosos, húmedos y soñolientos centelleaban como dos estrellas—. La culpa de todo la tienes ni En cuanto viste a un rival, te asustaste. Pero vuelvo a decirte lo que ya te dije entonces: no sé cuál de los dos tenía más posibilidades. ¿Por qué no tomaste la iniciativa? Como te dije aquella vez… —Y bostezó sólo con las mandíbulas, sin abrir la boca.

«¿Sabrá o no sabrá que pedí su mano? —pensó Levin, mirándole—. Sí, habla con cierta astucia, como un diplomático», y, dándose cuenta de que se ponía colorado, le miró a los ojos sin pronunciar palabra.

—Aun en caso de que hubiera sentido cierta inclinación por él, no habría sido más que un encaprichamiento superficial —continuó Oblonski—. Fue su madre, no ella, quien se dejó seducir por sus maneras aristocráticas y la brillante posición que ocuparía Kitty en la sociedad.

Levin frunció el ceño. La ofensa del rechazo le abrasó de pronto el corazón, como una herida fresca y reciente. Por fortuna estaba en casa, y entre esas cuatro paredes se sentía más seguro.

—Espera, espera —replicó, interrumpiendo a Oblonski—. Dices que es un aristócrata. Pero, permíteme que te pregunte: ¿en qué consiste la aristocracia de Vronski o de cualquier otra persona? ¿Y acaso puede justificar el desprecio que se me ha mostrado? Consideras que Vronski es un aristócrata, pero yo no comparto tu opinión. Un hombre cuyo padre salió de la nada gracias a sucias intrigas y cuya madre ha estado liada Dios sabe con cuántos… No, perdona, pero yo considero aristócratas a las personas que, como yo, pueden hacer gala de tres o cuatro generaciones honradas, que se distinguen por su alto grado de educación (el talento y la inteligencia son otra cosa), que no se inclinan ante nadie ni tienen necesidad de nadie, como mi padre y mi abuelo. Y conozco a muchos hombres así. Regalas treinta mil rublos a Riabinin y consideras mezquino que cuente los árboles de mis bosques. Pero tú recibirás rentas de tus tierras y no sé qué más, mientras que yo no recibiré nada. Por eso aprecio lo que he recibido de mis antepasados y lo que he obtenido con mi trabajo… Los aristócratas somos nosotros, no quienes viven de la limosna de los poderosos de este mundo y los que se dejan comprar por un par de monedas.

—¿A quién estás atacando? Comparto tu opinión —respondió Stepán Arkádevich

con tono sincero y alegre, aunque se daba cuenta de que Levin le incluía también a él entre aquellos a quienes podía comprarse por un par de monedas. En cualquier caso, la animación de su amigo le gustaba de veras—. ¿A quién atacas? Muchas de las cosas que has dicho de Vronski no son ciertas, pero no se trata de eso. Te lo diré sin rodeos: tendrías que venirte conmigo a Moscú y…

—No, no sé si estás enterado de lo que sucedió, pero me da igual. Ya que ha salido el tema, te diré que me declaré y fui rechazado. En estos momentos Katerina Aleksándrovna sólo es para mí un recuerdo penoso y humillante.

—¿Por qué? ¡Vaya bobada!

—No hablemos más de ello. Te ruego que me perdones si he sido grosero contigo —dijo Levin. Una vez que se había desahogado, había recuperado el buen humor que tenía por la mañana—. ¿No estás enfadado conmigo, verdad, Stiva? Por favor, no te enfades —añadió sonriendo, y cogió su mano.

—¡Qué va, hombre! ¿Por qué iba a enfadarme? Me alegro de que nos hayamos explicado. ¿Y sabes lo que te digo? La caza suele ser buena por la mañana. ¿Por qué no probamos? En vez de dormir, podría ir directamente a la estación desde el lugar en el que nos encontremos. —Estupendo.

XVIII

A pesar de que la vida interior de Vronski se concentraba por entero en su pasión, su vida exterior seguía los cauces de siempre, es decir, oscilaba entre los deberes de la vida de sociedad y las obligaciones del servicio. Los intereses del regimiento desempeñaban un papel relevante en su existencia, en primer lugar porque lo estimaba mucho y en segundo porque allí gozaba del cariño de todos. No sólo es que lo quisieran, sino que lo respetaban y estaban orgullosos de él. Les halagaba que un hombre tan rico, tan instruido y tan capaz, que podía triunfar en cualquier ámbito, satisfacer su ambición y su vanidad en todo lo que se propusiera, antepusiera los asuntos del regimiento y las vicisitudes de sus camaradas a cualquier otro aspecto de la vida. Vronski era consciente de los sentimientos que inspiraba en sus compañeros; por eso, además de que le gustaba ese régimen de vida, se creía obligado a no defraudar esas expectativas.

Ni que decir tiene que no hablaba con ninguno de sus compañeros de su amor. No se le escapaba una palabra de más ni siquiera en las juergas más desenfrenadas (por lo demás, nunca se emborrachaba hasta perder el control de sí mismo) y cerraba la boca de los compañeros indiscretos que se permitían alguna alusión. No obstante, toda la ciudad estaba al tanto de esa aventura, todo el mundo sospechaba más o menos sus relaciones con la señora Karénina. La mayoría de los jóvenes le envidiaba precisamente por el aspecto que a él le preocupaba más: la elevada posición del marido y, en consecuencia, el eco de esa intriga amorosa en sociedad.

La mayoría de las mujeres jóvenes, que envidiaban a Anna y estaban hartas de que se alabara su *virtud*, se alegraban de que se hubieran cumplido sus predicciones y sólo esperaban que la opinión pública cambiara de signo para descargar sobre ella todo el peso de su desprecio. Ya estaban preparando las pellas de barro que le arrojarían cuando llegara el momento. Casi todas las personas de edad y las que ocupaban una posición relevante se mostraban descontentas del escándalo que se avecinaba.

La madre de Vronski, que estaba enterada de la relación, en un principio se había mostrado satisfecha, pues, en su opinión, no había nada mejor que una aventura con una mujer de la alta sociedad para completar la formación de un joven brillante. Por otro lado, Anna, que tanto le había gustado y que sólo hablaba de su hijo, había acabado como acababan todas las mujeres bonitas y decentes, según el modo de pensar de la vieja condesa, y eso también le agradaba. Pero en los últimos tiempos había sabido que su hijo había renunciado a un puesto importante para su carrera con el único fin de quedarse en el regimiento y seguir viendo a Anna; también había llegado a sus oídos que esa decisión había contrariado mucho a algunos personajes influyentes. Fue entonces cuando cambió de opinión. También le disgustaba que, a

juzgar por lo que le habían contado de esa relación, no se tratara de ese vínculo brillante y prestigioso que ella habría aprobado, sino más bien de una pasión desesperada, al estilo de la de Werther, según le habían comentado, que podía llevar a su hijo a cometer una tontería. Como no lo veía desde su inopinada partida de Moscú, le había pedido, por medio del hijo mayor, que fuera a visitarla. El hijo mayor también estaba descontento de su hermano. Lo mismo le daba si era un amor profundo o pasajero, apasionado o superficial, inocente o depravado (él mismo, a pesar de que era padre de familia, mantenía a una bailarina, y, por tanto, se mostraba indulgente con esas cosas). Pero sabía que ese amor desagradaba a aquellos que daban el tono en sociedad, y, en consecuencia, censuraba el comportamiento de su hermano.

Además de las ocupaciones que le imponían el servicio y la vida mundana, Vronski consagraba parte de su tiempo a una actividad por la que sentía una afición desmesurada: los caballos.

Ese año se había organizado una carrera de obstáculos para oficiales. Vronski se había inscrito y había comprado una yegua inglesa de pura sangre. A pesar de su amor y de sus intentos por refrenar su entusiasmo, esas carreras le obsesionaban…

Ambas pasiones no entraban en conflicto. Al contrario, necesitaba una ocupación y un entusiasmo que no dependieran de su amor, que le permitieran descansar y distraerse de las emociones violentas que le agitaban.

XIX

El día de las carreras de Krásnoie Seló,[7] Vronski se había dirigido más pronto de lo habitual a la sala común del regimiento para tomarse un filete. No necesitaba restringir su alimentación de una manera rigurosa, ya que pesaba los setenta y dos kilos de rigor. Pero era importante que no engordara, por eso se abstenía de comer féculas y dulces. Con los dos codos apoyados en la mesa y la levita desabotonada, que dejaba al descubierto el chaleco blanco, hojeaba una novela francesa que había sobre el plato, mientras esperaba el filete que había pedido. Fingía leer para no tener que hablar con los oficiales que entraban y salían, y poder sumirse en sus reflexiones.

Pensaba que Anna le había prometido encontrarse con él ese mismo día, después de las carreras. Pero hacía tres días que no la veía y, como su marido acababa de regresar de un viaje al extranjero, no sabía si podría acudir a la cita. ¿Cómo podría averiguarlo? Se habían visto por última vez en la dacha de su prima Betsy. A la de los Karenin iba lo menos posible. Pero ahora se proponía ir y estaba sopesando la manera de hacerlo.

«Por supuesto, le diré que Betsy me envía para preguntarle si puede asistir a las carreras. Iré si falta», decidió, levantando la cabeza del libro. Y se imaginó con tanta viveza ese reencuentro que su rostro resplandeció de felicidad.

—Manda recado a mi casa de que enganchen cuanto antes la calesa le dijo al camarero que le trajo el filete, y empezó a comer, después de acercar la fuente de plata, que estaba caliente.

De la sala de billar contigua le llegaba un rumor de voces y de risas, entreverado con el chocar de las bolas. En el umbral de la puerta aparecieron dos oficiales: uno, bastante joven, de rostro fino y enfermizo, que acababa de salir del cuerpo de pajes; otro, gordo y viejo, con un brazalete en la muñeca y ojillos hinchados.

Después de dirigirles una mirada poco amistosa, Vronski volvió a inclinarse sobre el libro, reanudó la lectura y siguió comiendo.

—¿Qué? ¿Reponiendo fuerzas antes de la batalla? —preguntó el oficial gordo, sentándose a su lado.

—Ya lo ves —respondió Vronski, frunciendo el ceño, sin mirarle, al tiempo que se secaba la boca.

—¿No tienes miedo de engordar? —continuó el primero, ofreciendo una silla a su joven compañero.

—¿Qué? —dijo Vronski con enfado, torciendo el gesto en una mueca de desprecio, que dejó al descubierto sus magníficos dientes.

—Que si no tienes miedo de engordar.

—¡Mozo, un jerez! —dijo Vronski, sin responderle, y, después de poner el libro al lado del plato, siguió leyendo.

El oficial gordo cogió la carta de vinos y se volvió a su joven acompañante:

—Elige tú lo que vamos a beber —le dijo, entregándole la carta y mirándole a los ojos.

—Vino del Rin, si te parece bien —replicó el oficial joven, mirando a Vronski de soslayo, con expresión apocada, mientras intentaba retorcerse el incipiente bigote con los dedos. Al ver que éste no se volvía, el joven oficial se puso en pie—. Vamos a la sala de billar —añadió.

El oficial gordo se levantó sin rechistar, y ambos se dirigieron a la puerta. En ese momento entró en la habitación el capitán Yashvín, hombre alto y apuesto, saludó con desprecio y altanería a los dos oficiales y se acercó a Vronski.

—¡Ah, aquí estás! —gritó, propinando un fuerte golpe con su enorme mano en la charretera de su amigo. Vronski se volvió enfadado, pero su rostro recobró en seguida esa expresión tan suya de serenidad y firme gentileza—. Muy bien, Aliosha —añadió el capitán con fuerte voz de barítono—. Come un poco y tómate una copita.

—No tengo apetito.

—Por ahí van los inseparables —dijo Yashvín, dirigiendo una mirada irónica a los dos oficiales que en ese momento salían de la habitación. Y, con el muslo y la pantorilla formando un pronunciado ángulo, pues la silla era demasiado baja para sus largas piernas, embutidas en prietos pantalones de montar, se sentó al lado de Vronski —. ¿Por qué no viniste ayer al teatro de Krásnoie? La Numerova no estuvo mal del todo. ¿Dónde estuviste? —Fui a ver a los Tverskói y se me hizo tarde —respondió Vronski.

—¡Ah! —exclamó el otro. Yashvín, jugador y juerguista, hombre no sólo carente de principios, uno más bien inmoral, era el mejor amigo de Vronski en el regimiento. Éste le quería no sólo por su extraordinaria fuerza física, de la que solía hacer gala bebiendo como una cuba y renunciando a sus horas de sueño, sin que ninguna de ambas cosas le afectara, sino también por su gran firmeza de carácter, de la que daba muestras en sus relaciones con sus superiores y sus compañeros, que le temían y le respetaban, y en las partidas de naipes, en las que, a pesar del vino que había bebido, apostaba decenas de miles de rublos y derrochaba aplomo y serenidad: por algo se le consideraba el mejor jugador del Club Inglés. Vronski le respetaba y le quería sobre todo porque se daba cuenta de que Yashvín no le apreciaba por su nombre y su riqueza, sino por él mismo. De todos sus conocidos era el único a quien le habría gustado hablarle de su amor, pues sospechaba que, a pesar de su aparente desprecio por cualquier sentimiento, sólo él podría entender esa pasión arrolladora que llenaba ahora toda su vida. Además, estaba convencido de que Yashvín no encontraría ningún placer en los rumores y chismorreos, y daría a esa relación el valor que merecía, es decir, adivinaría y comprendería que ese amor no era una broma ni una diversión, sino algo mucho más serio e importante.

Vronski no le había hablado de Anna, pero barruntaba que su amigo estaba al tanto de la aventura y se la tomaba con la seriedad debida. Así lo leía con placer en sus ojos.

—¡Ah, sí! —dijo el capitán con sus brillantes ojos negros, al enterarse de que Vronski había estado en casa de los Tverskói, y, llevándose la mano a la guía izquierda del bigote, se la metió en la boca, una mala costumbre que había adquirido.

—Bueno, ¿y tú qué hiciste ayer? ¿Ganaste a las cartas? —preguntó Vronski.

—Ocho mil rublos. Pero tres mil no cuentan porque uno de ellos no creo que me pague.

—En ese caso, no pasa nada si hoy pierdes conmigo —dijo Vronski, riel» do (Yashvín había apostado una gran suma a favor de Vronski).

—No puedo perder. El único peligro es Majotin.

Y la conversación pasó a ocuparse de la inminente carrera, el único tema en el que Vronski podía pensar en esos momentos.

—Vamos, ya he terminado —dijo Vronski y, poniéndose en pie, se acerco a la puerta.

Yashvín también se levantó, estirando sus enormes piernas y su larga espalda.

—Todavía es pronto para comer, pero puedo echar un trago. Voy en seguida. ¡Eh, vino! —gritó con su voz tonante e imperiosa, que hacía temblar los cristales—. No, da igual —gritó al cabo de un momento—. Si te vas a casa, te acompaño. Y se marchó con Vronski.

XX

Vronski ocupaba una isba finlandesa limpia y espaciosa, dividida en dos por un tabique. Petritski, que también vivía con él en el campo, estaba durmiendo cuando Vronski y Yashvín entraron en la isba. —Levántate, que ya has dormido bastante —dijo Yashvín, pasando al otro lado del tabique y sacudiendo por el hombro a Petritski, que tenía el pelo revuelto y la nariz hundida en la almohada.

Petritski se puso de rodillas de un salto y dirigió una mirada a su alrededor.

—Tu hermano ha estado aquí —le dijo a Vronski—. Me ha despertado, que el diablo se lo lleve, para decirme que volvería más tarde. —A continuación volvió a cubrirse con la manta y se desplomó sobre la almohada—. Déjame en paz, Yashvín —añadió, enfadándose con el capitán, que trataba de arrancarle la manta—. ¡Basta! —Se dio la vuelta y abrió los ojos—. Más valdría que me dijeras qué debería beber para quitarme de la boca este sabor tan repugnante…

—Lo mejor es el vodka —replicó Yashvín con voz de bajo—. ¡Teréschenko! ¡Tráele a tu amo vodka y pepinillos! —gritó, muy satisfecho, por lo visto, de escuchar su propia voz.

—¿Vodka? ¿Estás seguro? —preguntó Petritski, parpadeando y enjugándose los ojos—. ¿Te apetece a ti un trago? ¡Vamos a beber juntos! Vronski, ¿nos acompañas? —añadió, levantándose y envolviéndose en una manta atigrada, los brazos al descubierto. Se dirigió a la puerta del tabique, levantó las manos y se puso a canturrear en francés: «Había un rey en Thule»—. Vronski, ¿un trago? —¡Lárgate! —respondió Vronski, poniéndose la guerrera que le tendía su criado.

—¿Adonde vas? —le preguntó Yashvín—. Ahí está la troika —añadió, viendo que se acercaba una calesa.

—A los establos y después a casa de Brianski para hablar de los caballos —dijo Vronski.

La verdad es que había prometido visitar a Brianski, que vivía a diez verstas[8] de Peterhof,[9] para llevarle el dinero que le debía por unos caballos, y esperaba tener tiempo de pasar por su casa. Pero sus compañeros comprendieron en seguida que no sólo se dirigía allí.

Petritski, sin dejar de cantar, guiñó un ojo e hizo un mohín, como diciendo: «Ya sabemos lo que quiere decir Brianski».

—¡Ten cuidado, no llegues tarde! —se limitó a decir Yashvín—: Por cierto, ¿se porta bien mi ruano? —añadió, para cambiar de tema, al tiempo que miraba por la ventana el caballo de varas que le había vendido.

—¡Espera! —gritó Petritski a Vronski, cuando éste ya se disponía a salir— Tu hermano te dejó una carta y una nota. Aguarda. ¿Dónde las habré metido?

Vrosnki se detuvo.

—Bueno, ¿dónde están?

—¿Dónde? Eso mismo me pregunto yo —dijo Petritski con aire solemne, pasándose el dedo índice por la nariz.

—¡Vamos, habla de una vez! ¡Esto es una estupidez! —dijo Vronski, sonriendo.

—Hoy no he encendido la chimenea. Tienen que estar en alguna parte.

—¡Bueno, déjate de bromas! ¿Dónde está la carta?

—Te doy mi palabra de que se me ha olvidado. ¿No lo habré soñado? ¡Espera, espera! ¿Qué adelantas con enfadarte? Si te hubieras bebido cuatro botellas, como yo ayer, también perderías la noción de las cosas ¡Espera un poco! ¡Voy a ver si me acuerdo! —Petritski pasó al otro lado del tabique y se tumbó en la cama—. ¡Espera! Yo estaba acostado así y él estaba ahí de pie. Sí, sí, sí, sí… ¡Eso es! —Y Petritski sacó la carta de debajo del colchón.

Vronski la cogió, y también la nota. Era lo que suponía: una carta de su madre en la que se quejaba de que no fuera a verla y una nota de su hermano en la que le decía que tenían que hablar. Vronski sabía que se trataba de lo mismo. «¡Y a ellos qué les importa!», pensó, doblando la carta y metiéndola entre los botones de la guerrera para leerla con detenimiento por el camino. En la entrada de la isba se encontró con dos oficiales, uno de un regimiento ajeno y otro del suyo.

La vivienda de Vronski se había convertido en una especie de lugar de reunión.

—¿Adonde vas?

—Tengo que ir a Peterhof.

—¿Han traído ya la yegua de Tsárkoie?

—Sí, pero aún no la he visto.

—Dicen que Gladiator, el caballo de Majotin, cojea.

—¡Bobadas! Pero ¿qué va a hacer usted para correr con tanto barro? —preguntó el otro.

—¡Aquí vienen mis salvadores! —gritó Petritski, al ver a los recién llegados, y, señalando la bandeja que le presentaba su ordenanza, con el vodka y los pepinillos, añadió—. Yashvín me ha recomendado que beba para despejarme un poco.

—Vaya noche nos disteis ayer —dijo uno de los recién llegados—. No hemos pegado ojo.

—¡Y cómo terminamos! —replicó Petritski—. Vólkov se subió al tejado y nos dijo que estaba triste. Yo propuse que tocáramos algo de música, una marcha fúnebre. Al final se quedó dormido en el tejado, a los acordes de la marcha fúnebre.

—Bébete el vodka en seguida, y luego toma agua de seltz y mucho limón —le aconsejó Yashvín, en el tono de las madres cuando dan a sus hijos una medicina—. Más tarde podrás tomar ya un poco de champán… una botellita.

—Eso me parece mejor. Espera un poco, Vronski. Vamos a echar un trago.

—No. Adiós, caballeros. Hoy no bebo.

—¿Es que temes ganar peso? Bueno, entonces beberemos nosotros solos. Que traigan agua de seltz y limón.

—¡Vronski! —gritó alguien, cuando ya había atravesado el umbral.

—¿Qué?

—¿Por qué no te cortas el pelo? Debe de pesarte mucho, sobre todo en la calva.

Vronski, en quien empezaban a manifestarse los primeros síntomas de una alopecia precoz, se rió de buena gana, dejando al descubierto sus magníficos dientes, y, tapándose la calva con la gorra, se sentó en la calesa.

—¡A los establos! —dijo, e hizo intención de sacar la carta, pero, después de pensarlo un poco, prefirió dejar la lectura para otro momento, pues no quería que nada distrajera su atención del examen de la yegua.

«Ya me ocuparé de eso más tarde…»

XXI

Habían levantado el establo provisional, una barraca de planchas de madera, al lado mismo del hipódromo, y allí debían haber llevado la víspera a la yegua de Vronski. Todavía no la había visto. En esos últimos días había confiado al entrenador la tarea de pasearla, de modo que desconocía por completo el estado en que se encontraba. Nada más apearse, el palafrenero (o *groom*, como lo llamaban), que había reconocido de lejos la calesa, llamó al entrenador, un inglés seco, con un mechón de pelo en el mentón, vestido con botas altas y chaqueta corta, que se acercó a su amo con esos andares torpes y bamboleantes de los *jockeys*, los codos muy separados del cuerpo.

—Bueno, ¿cómo está Fru Fru? —preguntó Vronski en inglés.

—*All right, sir* —respondió el entrenador con voz gutural—. Es mejor que no vaya —añadió, levantando el sombrero—. Le he puesto el bocado y está muy inquieta. Si se acerca, se pondrá aún más nerviosa.

—Creo que entraré de todos modos. Me apetece verla.

—Vamos, pues —dijo el inglés, de nuevo sin abrir la boca. Y con su paso desgarbado, los codos muy separados, el ceño fruncido, se adelantó.

Entraron en un patinillo que había delante de la barraca. El mozo de servicio, un muchacho bien plantado y mejor vestido, con una chaqueta limpia y una escoba en la mano, recibió a los recién llegados y los acompañó. En el establo había cinco caballos, cada uno en su cubículo. Vronski sabía que allí debía de estar también su principal rival, Gladiator, el alto alazán propiedad de Majotin. Vronski, que no lo conocía, tenía más ganas de verlo que a su propia yegua, pero sabía que las reglas no escritas de los aficionados a las carreras le impedían dar ese paso y que hasta se consideraría inconveniente que hiciera preguntas al respecto. Cuando iban por el pasillo, el mozo abrió la puerta del segundo cubículo de la izquierda, y Vronski vio un robusto alazán de patas blancas. Comprendió que era Gladiator, pero se volvió en seguida hacia Fru Fru, como si se hubiera topado con una carta abierta que no le iba dirigida.

—Aquí está el caballo de Mak… de Mak… no soy capaz de pronunciar ese apellido —dijo el inglés por encima de su hombro, señalando con un dedo grande y de uña sucia el cubículo de Gladiator.

—¿De Majotin? Sí, es mi único rival serio —dijo Vronski.

—Si fuera usted quien lo montara —replicó el inglés—, apostaría por usted.

—Fru Fru es más nerviosa; éste, más resistente —apuntó Vronski, sonriendo ante aquel elogio de sus virtudes como jinete.

—En las carreras de obstáculos todo depende de la manera de montar y del *pluck* —observó el inglés.

Vronski no carecía de *pluck*, es decir, de energía y valor, y lo que era mucho más

importante: estaba firmemente convencido de que ninguna otra persona en el mundo podía tener más *pluck* que él.

—¿Y está usted seguro de que no le habría convenido hacer un poco más de ejercicio?

—En efecto —respondió el inglés—. Haga el favor de no hablar tan alto. La yegua se inquieta —añadió, señalando con la cabeza el cubículo cerrado ante el que se habían detenido, del que les llegaba un rumor de cascos sobre la paja.

El inglés abrió la puerta y Vronski entró en el cubículo, débilmente iluminado por un ventanuco. Una yegua baya oscura, con un bocado, removía la paja fresca con las patas. Cuando sus ojos se acostumbraron a esa semipenumbra, Vronski ponderó una vez más, sin apenas darse cuenta, todas las cualidades de su yegua favorita. Fru Fru era de tamaño medio, con una conformación algo defectuosa. Tenía los huesos finos y era estrecha de pecho, a pesar de la caja torácica protuberante. Tenía la grupa un tanto caída, y las patas, sobre todo las traseras, bastante torcidas y poco musculosas. Por otro lado, aunque había adelgazado gracias al entrena miento, no dejaba de causar sorpresa lo ancha que era de vientre. Vista» de frente, las canillas tenían el grosor de un dedo, pero en cambio parecían muy anchas cuando se miraban de lado. Toda su figura, excepto el costillar, parecía apretada en los flancos y demasiado dilatada. Pero poseía en grado sumo una cualidad que paliaba todos esos defectos: la sangre, esa sangre «que lo dice todo», como reza la expresión inglesa. Sus músculos, que sobresalían bajo una red de venas, por debajo de la piel fina, flexible y lisa como el raso, parecían tan fuertes como huesos. La cabeza enjuta, de ojos saltones, alegres y brillantes, se ensanchaba a la altura de los ollares, con las membranas internas anegadas de sangre. Toda su figura, sobre todo la cabeza, transmitía una sensación de determinación y energía, no exenta de delicadeza. Era uno de esos animales que se diría que no hablan por la simple razón de que el mecanismo de su boca no se lo permite.

Vronski, al menos, tenía la impresión de que la yegua entendía todo lo que sentía al contemplarla.

En cuanto entró, Fru Fru emitió un fuerte resoplido y torció los ojos sal tones hasta que el blanco se inyectó en sangre, mientras miraba a los recién llegados desde el lado opuesto del recinto, sacudiendo el bocado y apoyándose con agilidad tan pronto en una pata como en otra.

—Ya ve lo agitada que está —dijo el inglés.

—¡Tranquila, bonita, tranquila! —exclamó Vronski, acercándose y procurando calmarla.

Pero el nerviosismo de la yegua aumentaba a cada paso que daba. Sólo cuando estuvo a la altura de su cabeza, se aquietó de pronto y sus músculos se estremecieron por debajo de la piel fina y delicada. Vronski acarició el robusto cuello, le arregló un

mechón de crines que había caído al otro lado del protuberante espinazo y acercó el rostro a los ollares dilatados y tan tenues como un ala de murciélago. La yegua aspiró y expulsó ruidosamente el aire por los ollares distendidos, se estremeció, agachó la aguda oreja y alargó hacia Vronski el belfo negro y poderoso, como si quisiera cogerlo por la manga. Pero, recordando que tenía el bocado puesto, lo sacudió y volvió a piafar con sus finas patas.

—¡Calma, bonita, calma! —dijo Vronski, acariciándole otra vez las ancas, y a continuación salió del recinto, ya más tranquilo, después de comprobar que la yegua estaba en perfectas condiciones.

La agitación de Fru Fru se transmitió a su amo. Sentía que le fluía la sangre al corazón y que también él tenía necesidad de moverse, de morder. Era una sensación terrible y alegre a la vez.

—Bueno, confío en usted —le dijo al inglés—. A las seis y media en el lugar señalado.

—De acuerdo —replicó el inglés—. ¿Y adonde va usted ahora, *milord*? —preguntó de pronto, recurriendo a ese tratamiento que no empleaba casi nunca.

Vronski, sorprendido del atrevimiento de esa pregunta, levantó la cabeza y miró al inglés a su manera, no a los ojos, sino a la frente. Pero, al darse cuenta de que, al formular esa cuestión, no le había hablado como a su señor, sino como a su *jockey*, le respondió: —Tengo que ver a Brianski. Estaré de vuelta en una hora.

«¡Cuántas veces me habrán hecho hoy la misma pregunta!», se dijo, ruborizándose, algo muy poco habitual en él. El inglés lo miró con atención. Y, como si supiera adonde se dirigía, añadió:

—Lo principal es conservar la calma antes de la carrera. No se disguste ni se moleste por nada.

—*All right* —respondió Vronski, sonriendo.

Y, subiéndose a la calesa, ordenó que le condujeran a Peterhof.

Apenas se había alejado unos pasos cuando las nubes que habían amenazado lluvia desde por la mañana se ensombrecieron y descargaron un fuerte aguacero.

«Malo —pensó Vronski, subiendo la capota—. Con el barro que había ya, la pista va a convertirse en un auténtico cenagal.»

Aprovechando ese momento de soledad, sacó la carta de su madre y la nota de su hermano y se puso a leerlas.

Sí, era siempre lo mismo. Su madre, su hermano, todo el mundo, juzgaban necesario inmiscuirse en sus asuntos amorosos. Esa intromisión le llenaba de irritación, sentimiento al que rara vez cedía. «¿Qué les importa? ¿Por qué todo el mundo se cree en la obligación de preocuparse por mí? ¿Por qué me molestan? Porque perciben algo que no pueden entender. Si fuera una relación mundana normal y corriente, me dejarían en paz. Pero adivinan que no se trata de un juego, sino de

otra cosa, que esta mujer es para mí más querida que mi propia vida. Y, como no pueden comprenderlo, se irritan. Cualquiera que sea nuestro destino, somos nosotros quienes nos lo hemos forjado y no nos arrepentimos —añadió, uniendo su propio nombre al de Anna en ese "nosotros"—. Quieren enseñarnos a vivir. Ellos, que no tienen ni idea de lo que es la felicidad; que no saben que sin ese amor no existe para nosotros dicha ni desdicha, ni siquiera vida.»

Le irritaba que todos se inmiscuyeran porque, en el fondo de su alma, se daba cuenta de que tenían razón. Era consciente de que el amor que le unía a Anna no era un capricho pasajero, destinado, como tantas otras relaciones mundanas, a pasar sin dejar huella, más allá de unos recuerdos agradables o penosos. No ignoraba que ambos se encontraban en una situación muy dolorosa y difícil, expuestos a las miradas de toda la sociedad, obligados a ocultar su amor, a mentir, a engañar, a fingir, a pensar siempre en los demás, cuando la pasión que les unía era tan avasalladora que ambos se olvidaban de cuanto les rodeaba, excepto de su amor.

Le vinieron a la memoria, con especial nitidez, las múltiples ocasiones en que se había visto obligado a recurrir a la mentira y el engaño, tan ajenos a su naturaleza. Se acordó, sobre todo, del sentimiento de vergüenza que había observado en ella más de una vez en tales situaciones. Y se apoderó de él una extraña sensación que solía embargarle desde que tenía relaciones con Anna. Era una sensación de repugnancia. Pero ¿por quién? ¿Por Alekséi Aleksándrovich, por él mismo, por el mundo entero? No lo sabía a ciencia cierta. No obstante, siempre procuraba desembarazarse de ese sentimiento. También ahora le cerró el paso, y siguió el curso de sus pensamientos.

«Sí, antes era desdichada, pero se sentía orgullosa y gozaba de serenidad. Ahora, por mucho que intente disimularlo, es evidente que ha perdido la calma y la dignidad. Sí, hay que poner fin a esta situación», decidió.

Y por primera vez fue plenamente consciente de la necesidad de acabar cuanto antes con ese engaño. «Abandonarlo todo y ocultarnos en alguna parte, a solas con nuestro amor», se dijo.

XXII

El chaparrón no duró mucho, y cuando el coche llegó a su desuno, al trote ligero del caballo de varas, que obligaba a los laterales a galopar a rienda suelta por encima del barro, el sol había vuelto a salir y centelleaba en los tejados de las dachas, chorreantes de agua, y en los añosos tilos que circundaban la calle principal, cuyas ramas goteaban alegremente. Ya no pensaba en el efecto pernicioso de la lluvia en la pista, y más bien le estaba agradecido, pues le permitiría encontrar a Anna en casa, y probablemente sola, ya que su marido acababa de regresar de tomar las aguas y aún no había salido de San Petersburgo.

Tratando de llamar la atención lo menos posible, Vronski se apeó poco antes de cruzar el puentecillo, como de costumbre, y continuó a pie. No se dirigió a la puerta principal, sino que entró por el patio.

—¿Ha llegado el señor? —le preguntó al jardinero.

—No, pero la señora está en casa. Haga el favor de llamar a la puerta principal. Allí hay criados que le abrirán —respondió el jardinero.

—No, prefiero atravesar el jardín.

Una vez convencido de que estaba sola, y deseando sorprenderla, ya que no le había anunciado su visita y ella probablemente no pensaba que fuera a verla antes de las carreras, se encaminó a la terraza que daba al jardín, sosteniendo el sable y pisando con cuidado la arena del sendero rodeado de flores. Vronski se había olvidado ya de todos los pensamientos sobre las dificultades y las penurias de su situación, que tanto le habían preocupado por el camino. Una sola cosa le interesaba: que iba a verla, no en su imaginación, sino en carne y hueso, tal como era en la realidad. Ya había empezado a subir los poco pronunciados peldaños de la tenaza, apoyando con determinación los pies, para que la madera no crujiese, cuando de pronto se acordó de un detalle que olvidaba siempre y que constituía el aspecto más doloroso de su relación con Anna: la presencia de su hijo, con esa mirada inquisitiva y, según le parecía a él, también hostil.

Ese niño constituía el principal obstáculo para sus entrevistas. Cuando estaba presente, ni Vronski ni Anna se permitían una sola palabra que no hubieran podido pronunciar en presencia de extraños, ni siquiera la menor alusión a algo que el niño no pudiera entender. No es que se hubieran puesto de acuerdo, pero esa realidad había acabado imponiéndose de manera natural. Ambos habrían considerado una ofensa intolerable a si mismos engañar al niño. En su presencia se comportaban como si fueran meros conocidos. Pero, a pesar de todas las precauciones, Vronski se encontraba a menudo con la mirada penetrante y perpleja del niño, percibía en su comportamiento una timidez extraña, una suerte de apocamiento, y se daba cuenta de que en el trato que le dispensaba pasaba bruscamente de la cordialidad a la lejanía,

como si barruntara que entre su madre y él había un vínculo importante, cuyo significado no podía comprender.

En efecto, el muchacho no sabía cómo interpretar esa relación y, por más que lo intentaba, no lograba determinar qué clase de sentimientos tenía que albergar por ese hombre. Con esa fina intuición de los niños, había adivinado que ni su padre, ni su institutriz ni su niñera le profesaban afecto, que lo miraban con repulsión y temor, aunque nunca hablaban de él, y que su madre, en cambio, lo trataba como a un amigo íntimo.

«¿Qué significa esto? ¿Quién es? ¿Tengo que mostrarme afectuoso? A nadie puedo echar la culpa de mi incomprensión. Debo de ser un niño malo o estúpido», pensaba. De ahí esa expresión titubeante, inquisitiva e incluso hostil, así como esa timidez y esos cambios de humor que tanto desconcertaban a Vronski. La presencia del niño despertaba siempre en él esa extraña e infundada repulsión que experimentaba en los últimos tiempos. Al verlo, Anna y Vronski se sentían como marineros que, a pesar de saber que han perdido el rumbo (la manecilla de la brújula no deja lugar a las dudas) y que cada minuto que pasa se alejan más de la ruta verdadera, se muestran incapaces de detener la embarcación, conscientes de que asumir el error equivaldría a reconocer que están perdidos.

Ese niño, con su ingenua visión de la vida, era como una brújula que les marcaba cuánto se habían apartado de una norma moral que conocían, pero a la que no querían someterse.

Esta vez Seriozha no estaba en casa. Anna se hallaba completamente sola, sentada en la terraza, esperando el regreso de su hijo, que había salido de paseo, y al que había sorprendido la lluvia. Había enviado en su busca a un criado y a una doncella. Con su vestido blanco, de anchos bordados, se había instalado en un rincón, detrás de las flores, y no había oído a Vronski. Inclinaba la cabeza de cabellos negros y rizados, apoyando la frente en una regadera fría que había en la balaustrada, y la sujetaba con las delicadas manos, adornadas de esas sortijas que él conocía tan bien. La belleza de toda su figura, de la cabeza, del cuello y de los brazos, le sorprendía cada vez que la veía, como si fuera algo inesperado. Se detuvo y se quedó mirándola embelesado. Pero, cuando se disponía a dar un paso hacia ella, Anna sintió instintivamente su presencia, apartó la regadera y volvió hacia él su rostro arrebolado.

—¿Qué le pasa? ¿No estará usted enferma? —dijo Vronski en francés, al tiempo que se aproximaba. Le habría gustado correr, pero, temiendo que alguien pudiera verlos, se volvió hacia la puerta de la terraza y se ruborizó, como siempre que tenía que andarse con precauciones y disimulos.

—No, estoy bien —respondió Anna, levantándose y apretando con fuerza la mano que Vronski le tendía—. No te esperaba…

—¡Dios mío! ¡Qué manos tan frías! —exclamó él.

—Me has asustado —dijo ella—. Estoy sola, esperando a Seriozha, que ha ido a dar un paseo. Vendrán por aquí.

A pesar de que procuraba mostrarse tranquila, sus labios temblaban.

—Perdone que haya venido, pero no podía pasar un día más sin verla —prosiguió en francés, como hacía siempre, para evitar tanto el «usted» ruso, terriblemente frío, como el peligro del tuteo informal.

—No tengo que perdonarle nada. Me alegro mucho de verle.

—Está usted enferma o apenada —continuó Vronski, inclinándose hacia ella sin soltarle la mano—. ¿En qué estaba pensando?

—En lo mismo de siempre —respondió ella con una sonrisa.

Y decía la verdad. Si alguien le hubiera preguntado en cualquier momento del día en qué estaba pensando, habría respondido con la mayor sinceridad que en una sola cosa: en su felicidad y en su desdicha. En el momento en que apareció Vronski estaba dándole vueltas en la cabera a la siguiente cuestión: ¿por qué algunas personas, Betsy, por ejemplo, cuyas relaciones con Tushkévich Anna era una de las pocas personas en conocer, se tomaban tan a la ligera lo que a ella le hacía sufrir tanto? Por alguna razón, esa idea la atormentaba de manera especial ese día. Anna le preguntó por las carreras. Tratando de distraerla, pues la notaba agitada, Vronski se puso a contarle con la mayor naturalidad que pudo todos los detalles de los preparativos.

«¿Se lo digo o me callo? —pensaba Anna, mirando sus ojos serenos y acariciadores—. Se le ve tan feliz y tan entusiasmado con esa carrera que difícilmente entenderá la importancia que este acontecimiento tiene pata nosotros.»

—Pero todavía no me ha dicho en qué estaba usted pensando cuando he entrado —dijo Vronski, interrumpiendo su relato—. ¡Dígamelo, se lo suplico!

Anna no le respondió. Con la cabeza un tanto ladeada, le miró de soslayo con aire inquisitivo, los ojos brillantes bajo las largas pestañas. Su mano, que jugaba con una hoja arrancada poco antes, temblaba. Vronski se dio cuenta, y su rostro expresó esa mansedumbre, esa sumisión infantil que tanto la conmovía.

—Veo que ha sucedido algo. ¿Acaso puedo estar tranquilo un instante sabiendo que tiene usted una pena que no comparte conmigo? ¡Dígamelo, por el amor de Dios! —repitió con voz suplicante.

«No, si no concediera a este acontecimiento la importancia debida, no se lo perdonaría nunca. Más vale que me calle. ¿Para qué ponerlo a prueba?», pensaba Anna, mientras lo miraba y advertía que la mano que sujetaba la hoja cada vez le temblaba más.

—¡Por el amor de Dios! —repitió él, cogiéndosela.

—¿De verdad quiere que se lo diga?

—Sí, sí, sí…

—Estoy embarazada —susurró Anna lentamente.

La hoja que tenía entre los dedos tembló aún más, pero Anna no apartaba los ojos de Vronski: quería saber cómo se tomaba la noticia. Él palideció, trató de decir algo, pero se detuvo en medio de la frase, soltó la mano de Anna y agachó la cabeza. «Sí, ha comprendido la gravedad del caso», pensó Anna, y le apretó la mano con gratitud.

Pero se equivocaba al creer que Vronski concedía a esa noticia el mismo significado que ella, como mujer, le atribuía. Su primera reacción había sido un acceso, diez veces más fuerte de lo habitual, de esa extraña sensación de repugnancia; pero en seguida comprendió que por fin había llegado esa crisis que tanto deseaba, que no podrían seguir ocultándole su relación al marido de Anna, que se hacía inevitable acabar cuanto antes, de una u otra manera, con esa situación tan poco natural. Además, la agitación de Anna se lo comunicó. La miró con ojos tiernos y sumisos, le besó la mano, se levantó y se puso a dar vueltas en silencio por la terraza.

—Sí —dijo con decisión, acercándose a ella—. Ni usted ni yo hemos considerado estas relaciones como un juego. Y ahora nuestra suerte está echada. Es imprescindible acabar con esta mentira en que se ha convertido nuestra vida —añadió, mirando a su alrededor.

—¿Acabar? ¿Y cómo vamos a hacerlo, Alekséi? —preguntó ella en voz baja.

Ya estaba más tranquila, y en su rostro resplandecía una sonrisa delicada.

—Dejando a tu marido y uniendo tu destino al mío.

—Ya están unidos sin necesidad de dar ese paso —replicó Anna con voz apenas audible.

—Sí, pero del todo, del todo.

—Pero ¿cómo, Alekséi? Dime cómo —insistió ella con cierta ironía y tristeza, pensando una vez más en lo desesperado de su situación—. ¿Acaso disponemos de alguna salida? ¿Es que no soy la mujer de mi marido?

—Todas las situaciones tienen alguna salida. Hay que decidirse —dijo Vronski—. Cualquier cosa es preferible a la vida que llevas. Me doy cuenta de que sufres por todo: por la gente, por tu hijo, por tu marido.

—¡Ah, por mi marido no! —replicó ella con una franca sonrisa—. No pienso en él. Para mí ha dejado de existir.

—No eres sincera. Te conozco y sé que también sufres por él.

—Mi marido no sabe nada —dijo Anna, y de pronto un intenso rubor cubrió su rostro: las mejillas, la frente y el cuello enrojecieron, y a sus ojos asomaron unas lágrimas de vergüenza—. Pero no hablemos más de él.

XXIII

Varias veces había intentado Vronski, aunque no de forma tan decidida como ahora, hacerle comprender la posición en la que se encontraba, y siempre se había topado con la superficialidad y los endebles argumentos con los que Anna había respondido en esta ocasión a su propuesta. Por lo visto, había en esa cuestión aspectos en los que no podía o no quería entrar. Era como si al empezar a analizarla, la verdadera Anna desapareciera y en su lugar surgiera una mujer extraña y ajena, que le oponía resistencia, y por la que Vronski no sentía cariño, sino temor. Pero esa tarde había decidido decírselo todo.

—Que lo sepa o no, poco nos importa —dijo Vronski con su tono habitual, firme y sereno—. No podemos… No puede usted seguir así… sobre todo ahora.

—Y, en su opinión, ¿qué debería hacer? —preguntó Anna, con la misma ligereza e ironía de antes.

Ella, que tanto había temido que Vronski acogiera con ligereza el anuncio de su embarazo, lamentaba ahora que él creyera necesario tomar una decisión.

—Confesárselo todo y abandonarlo.

—Muy bien. Supongamos que lo hago —dijo Anna—. ¿Sabe usted lo que sucedería? Pues se lo voy a decir. —Y un resplandor maligno centelleó en sus ojos, tan llenos de ternura apenas un segundo antes—. «Ah, se ha enamorado usted de otro, tiene una relación culpable —prosiguió, imitando a su marido y enfatizando, como habría hecho él, la palabra «culpable»—. Ya le había prevenido de las consecuencias que esa conducta tendría en el ámbito religioso, social y familiar. Pero no me ha escuchado. Ahora no puedo permitir que deshonre mi nombre…» —«Y el de mi hijo», habría querido añadir, pero con él era incapaz de hacer bromas—. En definitiva, con sus modales de funcionario y esa claridad y precisión tan suyas, me notificaría que no puede concederme la libertad y que tomaría todas las medidas necesarias para evitar el escándalo. Y actuaría con la mayor serenidad, sin olvidar ningún detalle. Eso es lo que sucedería. No es un hombre, sino una máquina, una máquina perversa cuando se enfada —añadió, recordando todos los pormenores de la figura de Alekséi Aleksándrovich, su manera de hablar y su carácter, y repasando sus rasgos menos amables, sin olvidar ninguno, como si con eso quisiera compensar la terrible falta de que era culpable ante él.

—Pero, Anna —dijo Vronski con voz suave y persuasiva, tratando de tranquilizarla—, en cualquier caso es necesario hablar con él, y, una vez que sepamos lo que piensa hacer, actuar en consecuencia.

—Entonces, ¿tenemos que escaparnos?

—¿Y por qué no? No me parece posible prolongar esta situación. Y no lo digo por mí. Me doy cuenta de que está usted sufriendo.

—Sí, escapar, y convertirme en su amante —dijo ella con despecho.

—¡Anna! —replicó él, en tono de tierno reproche.

—Sí —prosiguió ella—, convertirme en su amante y perderlo… todo…

Una vez más había querido decir «a mi hijo», pero fue incapaz de pronunciar esa palabra.

Vronski no podía entender que una persona tan enérgica y honrada como ella pudiera soportar la situación falsa en la que se encontraba sin buscar una salida; pero no se daba cuenta de que la causa principal era la palabra «hijo», que Anna no había podido pronunciar. Cuando pensaba en su hijo y en sus futuras relaciones con él, una vez que abandonara a su marido, sentía tanto espanto por lo que había hecho que no era capaz de razonar. Como mujer, procuraba tranquilizarse con argumentos y palabras falaces: quería que todo siguiera como antes para poder olvidar el terrible dilema de lo que sería de su hijo.

—¡Te ruego, te suplico, que nunca vuelvas a hablarme de esta cuestión! —dijo de pronto en un tono completamente distinto, lleno de ternura y sinceridad, cogiéndole la mano.

—Pero, Anna…

—Nunca. Deja que sea yo quien decida. Me doy perfecta cuenta de la bajeza y el horror de mi situación. Pero no es tan fácil como tú crees encontrar una salida. Déjame actuar a mi manera y hazme caso. No vuelvas a hablarme nunca de esta cuestión. ¿Me lo prometes?… ¡No, no! ¡Prométemelo!…

—Te prometo todo lo que quieras, pero no puedo estar tranquilo, sobre todo después de lo que me has dicho. No puedo estar tranquilo cuando no puedes estarlo tú…

—¿Yo? —replicó Anna—. Es cierto que a veces me atormento. Pero se me pasará si no vuelves a hablarme de este tema. Sólo sufro cuando me lo mencionas.

—No lo entiendo —dijo Vronski.

—Sé cuánto repugna a tu naturaleza honrada la mentira, y te compadezco —le interrumpió—. A menudo pienso que has echado a perder tu vida por mi culpa.

—Lo mismo pensaba yo ahora. ¿Cómo es posible que lo hayas sacrificado todo por mí? Jamás me perdonaré haberte hecho desdichada.

—¿Desdichada yo? —exclamó Anna, acercándose y mirándole con una sonrisa llena de amor y adoración—. Soy como una persona hambrienta a la que han dado de comer. Puede que tenga frío y se sienta avergonzada de sus andrajos, pero no es desdichada. ¿Desdichada yo? No, aquí está mi felicidad…

Anna oyó la voz de su hijo, que ya había regresado, y, después de recorrer la terraza con una rápida mirada, en la que refulgió ese brillo que Vronski conocía tan bien, se levantó apresuradamente. Con un movimiento fulgurante alzó sus bellas manos, cubiertas de sortijas, le cogió la cabeza, lo contempló un buen rato, acercó su

rostro, con los labios entreabiertos y sonrientes, estampó un rápido beso en su boca y en sus ojos y lo apartó de su lado. Quiso marcharse, pero Vronski la retuvo.

—¿Cuándo? —susurró, mirándola extasiado.

—Esta noche, a la una —murmuró ella y, tras un profundo suspiro, se dirigió con pasos raudos y ligeros al encuentro de su hijo.

La lluvia había sorprendido a Seriozha en el jardín grande, y se había refugiado con la niñera en un templete.

—Bueno, adiós —le dijo Anna a Vronski—. Dentro de poco iremos a las carreras. Betsy ha prometido pasar a buscarme.

Vronski consultó su reloj y partió a toda prisa.

XXIV

Cuando miró el reloj en la terraza de los Karenin, estaba tan agitado y tan absorto en sus pensamientos que no reparó en la hora que era, a pesar de que había visto las manecillas en el cuadrante. Salió a la carretera y se dirigió a la calesa, pisando el barro con mucho cuidado. Tanto le obsesionaba la imagen de Anna que había perdido la noción del tiempo; ni siquiera se preguntaba si aún tendría ocasión de pasar por casa de Brianski. Como suele suceder en tales casos, sólo le quedaba la facultad externa de la memoria, que le señalaba el orden en que había resuelto hacer cada cosa. Se acercó a su cochero, que dormitaba en el pescante, bajo la sombra ya oblicua de un frondoso tilo, contempló las nubecillas tornasoladas de mosquitos que se arremolinaban por encima de los sudorosos caballos, saltó al interior de la calesa, despertó al cochero y le ordenó que lo condujera a casa de los Brianski. Sólo después de recorrer siete verstas recobró un tanto el sentido de la realidad. Volvió a consultar el reloj y descubrió que eran las cinco y media y que se le había hecho tarde.

Ese día se celebrarían varias carreras: la de la escolta imperial, luego la de dos verstas para oficiales, otra de cuatro verstas y finalmente aquella en la que participaría Vronski. Disponía de tiempo suficiente antes de que empezara su carrera, pero, si pasaba por casa de Brianski, llegaría por los pelos, cuando ya estuviera presente la corte al completo. Sería una inconveniencia. Pero había prometido visitar a Brianski, así que decidió seguir, no sin antes ordenarle al cochero que no se compadeciese de los caballos.

Llegó a casa de Brianski, donde se quedó sólo cinco minutos, y regresó al galope. Esa rápida marcha le tranquilizó. Todas las dificultades vinculadas a la relación con Anna, todas las incertidumbres surgidas a lo largo de la conversación se borraron de su cabeza. De nuevo volvía a pensar en las carreras con animación y entusiasmo, en que llegaría a tiempo, después de todo, y de vez en cuando su imaginación le pintaba con vivos colores la felicidad que le aguardaba en la entrevista de esa noche.

Pero a medida que avanzaba, adelantando coches que llegaban de San Petersburgo y de los alrededores, se iba imbuyendo más y más del ambiente de la competición, de la emoción de la inminente carrera.

En su casa no encontró a nadie: todos se habían ido ya al hipódromo. Un criado le esperaba en la entrada. Mientras le ayudaba a cambiarse de ropa, le informó de que ya había empezado la segunda carrera, de que habían venido muchos señores preguntando por él y de que el muchacho de las caballerizas se había presentado dos veces.

Vronski se vistió sin prisas (nunca se apresuraba ni perdía la compostura) y ordenó que lo llevaran a las barracas. Desde allí se divisaba un mar de carruajes, transeúntes y soldados alrededor del hipódromo, así como las tribunas abarrotadas de

espectadores. Probablemente se estaba celebrando la segunda carrera, porque en el momento en que entró en la barraca oyó la campana. Al acercarse al establo, se encontró con Gladiator, el alazán de patas blancas de Majotin, cubierto de una gualdrapa naranja festoneada de azul, con unas orejas que parecían enormes, engalanadas también de azul. Lo estaban sacando a la pista.

—¿Dónde está Cord? —le preguntó al palafrenero.

—En el establo, ensillando.

En el cubículo abierto Fru Fru ya estaba ensillada. Se disponían a sacarla.

—¿No llego tarde?

—*All right! All right*! Todo va bien. Todo va bien —dijo el inglés—. No se preocupe.

Después de contemplar las elegantes y bellas formas de su yegua, que temblaba de pies a cabeza, Vronski se apartó con esfuerzo y salió de la barraca. Era un momento propicio para acercarse a las tribunas sin que nadie le prestase atención. La carrera de dos verstas estaba a punto de terminar, y todos los ojos estaban fijos en el oficial de la guardia que iba en cabeza y en el húsar que le seguía: los dos aguijaban a sus caballos con sus últimas fuerzas y estaban a punto de alcanzar la meta. La gente afluía de todas partes hacia ese punto. Un grupo de oficiales y de soldados de la guardia saludaban con alegres gritos el inminente triunfo de su compañero. Vronski, sin que nadie lo viera, se mezcló con esa muchedumbre casi en el preciso instante en que la campana anunciaba el final de la carrera, y el ganador, un muchacho alto, salpicado de barro, se inclinaba sobre la silla y aflojaba las riendas de su potro gris, que tenía la respiración jadeante y la piel oscurecida por el sudor.

El potro, estirando con dificultad las patas, ralentizó la veloz marcha de su enorme cuerpo, y el oficial de la guardia, como si acabara de despertar de un sueño profundo, miró a su alrededor y sonrió con esfuerzo. Le rodeaba una multitud de amigos y extraños.

Vronski evitaba deliberadamente ese público selecto que paseaba con discreción y desenvoltura, intercambiando impresiones, por delante de las tribunas. Había reconocido a Anna, a Betsy y a la mujer de su hermano; pero, temiendo que le distrajeran, prefirió no acercarse. No obstante, a cada paso lo detenía algún conocido para contarle detalles de las carreras ya celebradas y preguntarle por qué había llegado tan tarde.

En el momento en que llamaban a los participantes a la tribuna de honor para la distribución de los premios y todo el mundo se dirigía a ese lugar, vio cómo se acercaba su hermano mayor, Aleksandr, un coronel con cordones, de mediana estatura, tan corpulento como él, pero más apuesto y rubicundo, con su nariz roja y su rostro franco y colorado de borracho.

—¿Recibiste mi nota? —preguntó—. No hay manera de encontrarte en casa.

A pesar de que llevaba una vida disipada y, sobre todo, de que bebía como una cuba, algo que sabía todo el mundo, era un perfecto cortesano.

Al hablar ahora con su hermano de un asunto que le resultaba muy desagradable, se mostraba sonriente, como si estuviera bromeando, pues sabía que muchas miradas podían estar observándolo.

—Sí, y la verdad es que no entiendo por qué te preocupas —respondió Alekséi.

—Pues porque acaban de comentarme que hace un momento no estabas aquí y que el lunes te vieron en Peterhof.

—Hay asuntos que sólo incumben a los propios interesados, y el que tanto te preocupa es precisamente de ese tipo…

—Pues entonces deja el ejército, no…

—Te ruego que no te metas donde no te llaman. Es lo único que te pido.

El rostro ceñudo de Alekséi Vronski palideció, y un estremecimiento recorrió su prominente mandíbula inferior, algo que le sucedía en contadas ocasiones. Como era un hombre de buen corazón, se enojaba rara vez, pero cuando perdía los nervios y le sobrevenía ese temblor, se volvía temible. Su hermano, que no lo ignoraba, creyó conveniente dirigirle una sonrisa jovial.

—Sólo quería entregarte la carta de mamá. Contéstala y no te alteres antes de la carrera. *Bonne chance*[10] —añadió, sonriendo, y se alejó.

Acto seguido, alguien saludó amistosamente a Vronski y le detuvo.

—¿Es que ya no reconoces a los amigos? ¡Hola, *mon cher*! —exclamó Stepán Arkádevich, el rostro rubicundo, las patillas lustrosas y bien arregladas, no menos desenvuelto en medio de la elegante sociedad petersburguesa que en Moscú—. Llegué ayer y me alegro mucho de poder asistir a tu triunfo. ¿Cuándo nos vemos?

—Pásate mañana por el comedor del cuartel —dijo Vronski y, apretándole la manga del abrigo, en señal de disculpa, se dirigió al centro del hipódromo, adonde ya estaban conduciendo a los caballos que iban a participar en la gran carrera de obstáculos.

Los palafreneros se llevaban a los caballos sudorosos y agotados que habían corrido en la prueba anterior, mientras los de la siguiente, en su mayoría purasangres ingleses, semejantes a enormes aves fantásticas, con sus caperuzas y sus vientres ceñidos, aparecían uno detrás de otro, frescos y descansados. Por la derecha iba Fru Fru, hermosa y ligera, pisando con sus flexibles y larguísimas cuartillas, que parecían tener muelles. No lejos de allí le quitaban la gualdrapa al orejudo Gladiator. Las formas soberbias, robustas y perfectamente regulares del potro, con su magnífica grupa y sus cuartillas extraordinariamente cortas, justo por encima de los cascos, acapararon por un instante, aun a su pesar, la atención de Vronski. Se disponía ya a acercarse a su yegua, pero una vez más un conocido se interpuso en su camino.

—¡Ah, por ahí viene Karenin! —le dijo—. Está buscando a su mujer, que está en

el centro de la tribuna. ¿No la ha visto usted?

—No, no la he visto —respondió Vronski y, sin volver siquiera la cabeza al lugar donde le señalaban, se acercó a Fru Fru.

No le había dado tiempo a examinar la silla, sobre la que tenía que dar algunas indicaciones, cuando llamaron a los jinetes a la tribuna para proceder al sorteo de los números y los lugares. Diecisiete oficiales, con rostros graves y serios, muchos de ellos pálidos, se aproximaron a la tribuna y sacaron una papeleta. A Vronski le correspondió el número siete.

De pronto resonó la orden:

—¡A caballo!

Consciente de que tanto él como los demás jinetes constituían el centro en el que convergían todas las miradas, Vronski se acercó a su yegua en un estado de gran tensión, que normalmente le hacía moverse con mayor tranquilidad y parsimonia. En honor a la solemnidad de la ocasión, Cord se había puesto su traje de gala: levita negra abotonada hasta arriba, cuello duro, muy almidonado, que le levantaba las mejillas, sombrero redondo de color negro y botas de montar. Con su acostumbrado aire de suficiencia y serenidad, sostenía la yegua por las riendas. Fru Fru seguía temblando como si tuviera fiebre. Sus ojos, llenos de fuego, miraron de soslayo a Vronski, que metió un dedo por debajo de la cincha. La yegua torció aún más la mirada, enseñó los dientes y agachó las orejas. El inglés frunció los labios y esbozó una sonrisa: cómo era posible que se dudara de su habilidad para ensillar un caballo.

—Monte, así se sentirá menos agitado.

Vronski contempló por última vez a sus oponentes. Sabía que durante la carrera no iba a tener oportunidad de verlos. Dos de ellos se dirigían ya a la línea de salida. Galtsin, amigo suyo y uno de los rivales más peligrosos, daba vueltas alrededor de su potro bayo, que no se dejaba ensillar. Un húsar de la guardia, bajo de estatura, con ajustados pantalones de montar, marchaba al galope, arqueado sobre la grupa como un gato, en un intento de imitar a los jinetes ingleses. El príncipe Kúzovlev, pálido como un lienzo, montaba una jaca purasangre de la yeguada de Grábov, que un inglés conducía por las bridas. Como todos sus compañeros, Vronski sabía que en Kúzovlev se aunaban un tremendo amor propio y unos nervios particularmente «débiles». Sabían que tenía miedo de todo, hasta de montar un simple caballo del ejército; pero ahora, precisamente porque se enfrentaba a una situación llena de peligros, porque corría el riesgo de romperse el cuello y al pie de cada obstáculo había un médico, una enfermera y una ambulancia con una cruz, había decidido participar en la carrera. Cuando sus ojos se encontraron, Vronski le dedicó un guiño amistoso, con el que pretendía darle ánimos. Al único que no vio fue a Majotin, su principal rival, que montaba a Gladiator.

—No se apresure —le dijo Cord a Vronski—, y recuerde una cosa: delante de los

obstáculos no la retenga ni la apremie, déjela a su aire.

—Bien, bien —replicó Vronski, cogiendo las riendas.

—Si le es posible, colóquese a la cabeza. Pero no se desanime hasta el último momento, aunque vaya rezagado.

Antes de que el caballo tuviera tiempo de moverse, Vronski, con un ademán resuelto y decidido, puso un pie en el dentado estribo de acero y, aupándose ligero, se acomodó con firmeza en la silla de cuero, que crujió. Después de meter el pie derecho en el estribo, igualó entre los dedos las dobles riendas con un gesto habitual, y Cord las soltó. Como si no supiera qué pata levantar primero, Fru Fru, estirando las riendas con su largo cuello, echó a andar, como movida por resortes, meciendo al jinete en su lomo flexible. Cord, apretando el paso, los siguió. La yegua, muy inquieta, trataba de engañar al jinete, tirando de las riendas tan pronto de un lado como de otro, mientras Vronski hacía vanos esfuerzos por calmarla, prodigándole palabras amables y palmadas.

Ya se acercaban al arroyo embalsado, no lejos de la línea de salida. Precedido por unos jinetes y seguido por otros, Vronski escuchó de pronto, detrás de sí, el galope de un caballo en el barro del camino, y al instante siguiente vio cómo lo adelantaba Gladiator, el alazán orejudo y de patas blancas de Majotin, que sonreía, mostrando sus largos dientes. Vronski lo miró con irritación. En general, Majotin no le caía bien y ahora lo consideraba su rival más peligroso. Le había molestado que le hubiera adelantado, inquietando a su montura. Fru Fru levantó la pata izquierda con intención de galopar, dio dos saltos, y, enfurecida por sentir tan tensas las bridas, rompió en un trote saltarín, que sacudió al jinete en la silla. Cord se mostró también descontento y echó a correr detrás de Vronski.

XXV

En total diecisiete oficiales tomaban parte en la carrera, que iba a celebrarse en un gran circuito de forma elíptica y cuatro verstas de longitud, delante de las tribunas. Se habían preparado nueve obstáculos: un arroyo, una barrera de un metro y medio de altura, ante las mismas tribunas, una zanja seca, otra con agua, un talud, una banqueta irlandesa (uno de los obstáculos más difíciles), consistente en un terraplén cubierto de ramas secas, detrás del cual, invisible para el caballo, había otra zanja, de manera que el caballo debía vencer los dos obstáculos a la vez, pues de otro modo corría el riesgo de matarse. A continuación venían dos zanjas con agua y otra seca. La meta quedaba enfrente de las tribunas. Pero la salida no se daba en el circuito, sino doscientos metros más allá, y en ese tramo se encontraba el primer obstáculo: un arroyo embalsado, de unos dos metros de ancho, que el jinete podía saltar o vadear, como mejor le pareciera.

Tres veces se alinearon los participantes, pero siempre había algún caballo que arrancaba antes de tiempo y había que volver a empezar. El coronel Sestrin, encargado de dar la salida, empezaba ya a enfadarse, cuando por fin, al cuarto intento, la carrera pudo empezar de una vez.

Todas las miradas y todos los gemelos se concentraron en el abigarrado grupo de jinetes mientras se alineaban.

«¡Ya han dado la salida! ¡Ya han partido!», se oía por todas partes, después del silencio de la espera.

Grupos de espectadores y personas aisladas iban corriendo de un lado a otro para ver mejor. Desde el primer momento el grupo compacto de jinetes se estiró, y podía verse cómo se acercaban al arroyo de dos en dos, de tres en tres o incluso solos. En cualquier caso, a los espectadores les parecía que iban todos juntos; pero en realidad había varios segundos de diferencia, que para los jinetes tenían una gran importancia.

Fru Fru, agitada y demasiado nerviosa, perdió terreno en los primeros metros, y varios caballos la adelantaron, pero, antes incluso de llegar al arroyo, Vronski, reteniendo con todas sus fuerzas al animal, que tiraba de las riendas, sobrepasó a tres contrincantes con facilidad. Delante de él ya sólo quedaban Gladiator, el alazán de Majotin, cuyas grupas se movían con regularidad y ligereza justo delante de él, y, a la cabeza de todos, la bella Diana, guiada por Kúzovlev, que parecía más muerto que vivo.

En un principio Vronski no era dueño de su montura ni de sí mismo. Hasta que no alcanzó el primer obstáculo, el arroyo, fue incapaz de dominar los movimientos de su yegua.

Gladiator y Diana llegaron al arroyo casi al mismo tiempo, lo superaron a la par y pasaron como flechas al otro lado; tras ellos, sin ningún esfuerzo, como si volara, se

alzó Fru Fru, pero, en el mismo instante en que Vronski se sintió en el aire, vio de pronto, casi bajo las patas de su montura, a Kúzovlev, que se revolcaba con Diana en la otra orilla del arroyo (Kúzovlev había soltado las riendas después de saltar, y el caballo había caído de cabeza con él). Vronski se enteraría de esos detalles más tarde: en esos momentos sólo veía que su yegua iba a aplastar la cabeza o la pata de Diana. Pero Fru Fru, como un gato al caer, hizo un esfuerzo con las patas y la grupa, y, esquivando a Diana, siguió su carrera.

«¡Muy bien, bonita!», pensó Vronski.

Después del arroyo, Vronski dominaba ya por completo a su montura y empezó a contenerla un poco, con intención de superar la gran barrera por detrás de Majotin, y aprovechar los cuatrocientos metros libres de obstáculos que vendrían a continuación para adelantarle.

La gran barrera estaba justo delante de la tribuna del zar. El soberano, la corte al completo y una muchedumbre enorme contemplaban la aproximación de Vronski y de Majotin, que iba por delante, a un cuerpo de distancia. Cuando ya estaban al lado mismo del «diablo» (así llamaban a aquel obstáculo), Vronski sentía que todos los ojos estaban pendientes de él, pero no veía nada, más allá de las orejas y el cuello de su montura, la tierra que venía a su encuentro y la grupa y las patas blancas de Gladiator, que golpeaban el suelo a un ritmo regular, siempre a la misma distancia. Gladiator se levantó, superó la barrera sin contratiempo, agitó su cola corta y desapareció de la vista de Vronski.

—¡Bravo! —gritó alguien.

En ese instante surgieron justo delante de sus ojos las tablas de la barrera. Sin alterar lo más mínimo su marcha, la yegua saltó por encima; las tablas desaparecieron, y Vronski sólo oyó un ruido a sus espaldas. Soliviantada al ver a Gladiator por delante, Fru Fru había saltado demasiado pronto y había golpeado el obstáculo con uno de los cascos traseros. Pero no varió el ritmo de su carrera, y Vronski, después de recibir en pleno rostro una salpicadura de barro, comprendió que seguía a la misma distancia de Gladiator. Volvió a ver su grupa, su cola corta y sus patas blancas que no se alejaban, a pesar de lo rápido que se movían.

En el preciso instante en que Vronski pensaba que debía adelantar a Majotin, la propia Fru Fru, dándose cuenta de lo que pensaba, aumentó de manera notable su velocidad y empezó a acercarse a Majotin por el lado más conveniente, el de la cuerda. Pero Majotin le cerró el paso. Apenas había pensado Vronski en adelantarlo por fuera cuando Fru Fru, cambiando de pata, empezó a acercarse precisamente por ese lado. El lomo de Fru Fru, oscurecido por el sudor, estaba ya a la altura de la grupa de Gladiator. Recorrieron a la par unos metros. Pero Vronski, que deseaba ganar la cuerda antes de llegar al siguiente obstáculo, azuzó a su yegua con las riendas y, al llegar al talud, adelantó rápidamente a Majotin, cuyo rostro salpicado de barro vio de

refilón. Hasta le pareció que sonreía. Aunque lo había sobrepasado, sabía que Gladiator le pisaba los talones, oía su galope acompasado y su respiración entrecortada y poderosa.

Los dos obstáculos siguientes, una zanja y una barrera, se salvaron sin apuros, pero Vronski empezó a sentir más cerca el rumor de los cascos y el resuello de Gladiator. Espoleó a su yegua y advirtió con placer que Fru Fru aumentaba el paso con facilidad. El galope de Gladiator volvió a oírse desde la misma distancia de antes.

Vronski iba ahora en cabeza, que era lo que quería y lo que Cord le había aconsejado, y estaba convencido de su triunfo. Su emoción, su alegría, su cariño por Fru Fru no hacían más que crecer. Aunque le apetecía echar la vista atrás, no se atrevía a hacerlo, y procuraba calmarse y no incitar a su montura, para que conservara la misma reserva de energía que adivinaba en Gladiator. Sólo quedaba un obstáculo, pero era el más difícil. Si lo superaba antes que los demás, llegaría en cabeza a la meta. Se acercaba a la banqueta irlandesa. Tanto Fru Fru como él la habían visto de lejos, y ambos vacilaron un momento. Vronski se dio cuenta de esa indecisión por las orejas de su montura y levantó la fusta, pero en ese mismo instante comprendió que sus temores eran infundados: la yegua sabía lo que tenía que hacer: aumentó la velocidad y, con la precisión y exactitud que Vronski suponía, saltó, se elevó por los aires y se abandonó a la inercia del impulso, que la transportó mucho más allá de la zanja. Acto seguido, Fru Fru siguió su carrera, con el mismo ritmo, sin esfuerzo alguno, adelantando la misma pata.

—¡Bravo, Vronski! —gritaron varias voces.

Sabía que eran sus amigos y compañeros de regimiento, que se habían colocado en las inmediaciones de ese obstáculo. Vronski reconoció la voz de Yashvín, pero no lo vio.

«¡Muy bien, bonita!», decía para sus adentros, mientras prestaba oídos a lo que sucedía detrás. «Ha superado el obstáculo», pensó, al percibir el galope de Gladiator. Sólo quedaba una zanja con agua de un metro y medio de ancho. Vronski ni siquiera la miraba. Deseando llegar muy distanciado de sus oponentes, se puso a mover las riendas en círculo, haciendo que la yegua levantara y bajara la cabeza al compás de la marcha. Se daba cuenta de que Fru Fru se estaba quedando sin fuerzas: no sólo su cuello y sus flancos estaban cubiertos de sudor, sino que la cabeza, las puntiagudas orejas y las crines goteaban, y su respiración era entrecortada y afanosa. Pero sabía que esas reservas serían más que suficientes para cubrir los cuatrocientos metros que le separaban de la meta. Sólo por la particular ligereza de los movimientos de Fru Fru y por sentirse más cerca del suelo, Vronski se dio cuenta de lo mucho que su montura había aumentado la velocidad. Saltó por encima de la zanja como si no existiera. Había volado como un pájaro. Pero en ese mismo instante Vronski notó con horror que, en lugar de seguir el paso del animal, había hecho un movimiento en falso, tan

incomprensible como imperdonable, cuando se dejaba caer en la silla. De pronto su situación cambió, y comprendió que había sucedido algo terrible. Antes de que pudiera explicarse lo que había ocurrido, vio que Majotin le adelantaba como un rayo, montado en su potro alazán de patas blancas. Vronski puso un pie en tierra y la yegua se inclinó sobre ese lado. Apenas tuvo tiempo de retirarlo cuando Fru Fru se desplomó de costado, resoplando penosamente y haciendo vanos intentos por levantarse con su cuello delicado y sudoroso, debatiéndose como un ave herida a los pies de su amo. El torpe movimiento del jinete le había quebrado el espinazo. Pero Vronski no lo supo hasta mucho más tarde. En esos momentos sólo veía que Majotin se alejaba deprisa, y que él estaba allí de pie, solo, tambaleante, en el suelo fangoso, y que Fru Fru yacía a su lado, respirando trabajosamente, alargando la cabeza hacia él y mirándole con sus magníficos ojos. Sin comprender aún lo que había sucedido, tiraba de las riendas. La yegua se estremeció de nuevo como un pez, sacudiendo los extremos de la silla, logró levantar las patas delanteras, pero le faltaron las fuerzas para erguir la grupa, vaciló y volvió a caer de costado. Con el rostro desfigurado por la cólera, pálido, el mentón tembloroso, Vronski le dio un taconazo en el vientre y tiró una vez más de las riendas. Pero la yegua no se movió, hundió el hocico en la tierra y dirigió a su amo una elocuentes mirada.

—¡Ay! —gimió Vronski, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Ay! ¡Qué he hecho! —gritó—. ¡He perdido la carrera! ¡Y por mi culpa! ¡Qué error tan vergonzoso e imperdonable! ¡Y mi querida yegua! ¡Pobrecita! ¡La he matado! ¡Ah! ¿Qué he hecho?

Acudieron varias personas, el médico, el practicante, los oficiales de su regimiento. Con gran disgusto suyo, comprobó que estaba sano y salvo. La yegua se había roto el espinazo, así que decidieron rematarla. Vronski no era capaz de responder a las preguntas que le hacían ni de hablar con nadie. Se dio la vuelta y sin coger la gorra, que se le había caído, abandonó el hipódromo, sin saber adonde ir. Se sentía desdichado. Era la primera vez en su vida que le sobrevenía una desgracia tan grande, una desgracia irreparable, de la que él mismo tenía la culpa.

Yashvín corrió a su encuentro, llevándole la gorra, y le acompañó a su casa. Al cabo de media hora Vronski había recobrado un tanto la serenidad. Pero el recuerdo de esa carrera, uno de los más amargos y penosos de su existencia, lo estuvo torturando mucho tiempo.

XXVI

En apariencia, las relaciones de Alekséi Aleksándrovich y su esposa seguían su curso habitual. La única diferencia consistía en que Karenin estaba más ocupado que antes. Lo mismo que en años anteriores, cuando llegó la primavera, Alekséi Aleksándrovich partió para el extranjero para tomar las aguas y fortalecer su salud, que se había resentido de la labor extenuante que había llevado a cabo a lo largo del invierno. Como de costumbre, regresó en el mes de julio y, sin perder un instante, retomó sus actividades con redobladas energías. Y también como de costumbre, su mujer se trasladó a la casa de recreo, mientras él se quedaba en San Petersburgo.

Desde la conversación que había tenido con Anna, después de la velada celebrada en casa de la princesa Tverskaia, no había vuelto a hablarle de sus sospechas ni de sus celos. Ese tono burlón que ya solía emplear antes le venía ahora de perlas en las relaciones con su mujer. Se había vuelto algo más frío. Era como si estuviera algo contrariado por esa conversación nocturna que Anna había esquivado. En su manera de tratarla sólo se percibía un leve matiz de enfado. «No has querido que tuviéramos una explicación —parecía decirle con el pensamiento—, pues tanto peor para ti. Ahora serás tú quien me la pida, y yo quien se niegue. Peor para ti.» Se comportaba como un hombre que, después de esforzarse en vano por apagar un incendio, se desespera de que sus intentos hayan resultado inútiles y exclama: «¡Me da lo mismo! ¡Que se queme todo».

Ese hombre tan inteligente y sutil en asuntos oficiales no entendía que era una completa locura tratar así a su mujer. Y no lo entendía porque le resultaba demasiado terrible hacerse cargo de la situación en la que se encontraba. Prefería esconder, encerrar y sellar en lo más hondo de su alma el cofre en el que guardaba los sentimientos por su familia, es decir, por su mujer y su hijo. Él, que había sido un padre tan atento, se había vuelto muy frío con su hijo desde finales del invierno, y adoptaba con él la misma actitud burlona de que hacía gala con su mujer: «¡Ah, jovencito!», solía decirle.

Alekséi Aleksándrovich aseguraba que nunca había tenido tanto trabajo como ese año; pero no se daba cuenta de que él mismo inventaba tareas, de que ése era uno de los medios de que disponía para no abrir el cofre en el que había metido los sentimientos por su mujer y su hijo, así como los pensamientos que le inspiraban, que se iban haciendo tanto más terribles cuanto más tiempo llevaban allí. Si a alguien se le hubiera ocurrido preguntarle lo que opinaba del comportamiento de su mujer, el pacífico y manso Alekséi Aleksándrovich no habría respondido nada y se habría enfadado mucho. Por eso se apreciaba cierto orgullo y severidad en su expresión cuando alguien se interesaba por la salud de su mujer. A fuerza de no pensar en la conducta y los sentimientos de Anna, había conseguido borrar completamente de su

cabeza esas preocupaciones.

La residencia veraniega habitual de Alekséi Aleksándrovich estaba en Peterhof, y la condesa Lidia Ivánovna solía pasar allí también los meses estivales, en una casa cercana a la de Anna, con quien tenía un trato continuo. Ese año la condesa Lidia Ivánovna no había querido trasladarse a Peterhof, no había visitado una sola vez a Anna Arkádevna y, en presencia de Alekséi Aleksándrovich, había aludido a la indecorosa intimidad de Anna con Betsy y Vronski. Alekséi Aleksándrovich la había interrumpido con sequedad, afirmando que su mujer estaba por encima de cualquier sospecha, y desde entonces evitó su trato. Empeñado en cerrar los ojos a la realidad, no veía que a su mujer empezaban a hacerle el vacío en determinados ambientes. Decidido a no profundizar en nada, no se paraba a pensar por qué insistía tanto Anna en que se trasladaran a Tsárkoie, donde vivía Betsy, y no lejos del campamento de Vronski. Hacía todo lo posible por olvidar todas esas ideas, y lo cierto es que lo conseguía. No obstante, aunque no se lo confesaba a sí mismo, aunque no tenía prueba ninguna, ni siquiera sospechas, sabía perfectamente que era un marido burlado, y se sentía profundamente desdichado.

Cuántas veces, en el transcurso de esos ocho felices años de vida conyugal, viendo mujeres infieles y maridos engañados, se había dicho: «¿Cómo es posible llegar a esos extremos? ¿Por qué no acaban con esa horrible situación?». Y ahora que esa desgracia había caído sobre su cabeza, en lugar de buscar una salida, no quería saber nada, precisamente porque le parecía algo demasiado horrible, demasiado antinatural.

Desde que había regresado del extranjero, Alekséi Aleksándrovich había acudido dos veces a su residencia de verano. En una de ellas había comido allí, y en la otra había pasado la tarde en compañía de unos invitados, pero no se había quedado a pasar la noche, como solía hacer en años anteriores.

El día en que se celebraban las carreras Alekséi Aleksándrovich estaba ocupadísimo. No obstante, ya desde por la mañana se había trazado un plan de lo que iba a hacer. Decidió comer temprano, para después trasladarse al campo y de allí a las carreras, a las que estaba obligado a asistir, pues iba a estar la corte al completo. Para guardar las formas, había resuelto pasar un día a la semana con su mujer. Además, como estaban a quince de mes, tenía que entregarle el dinero para los gastos, como habían convenido.

Una vez adoptadas todas esas decisiones, con esa capacidad tan suya para dominar los pensamientos, interrumpió el curso de sus reflexiones.

Esa mañana apenas tuvo un minuto libre. El día anterior la condesa Lidia Ivánovna le había enviado el folleto de un célebre viajero que había recorrido las tierras de China y que en ese momento se encontraba en San Petersburgo, y había adjuntado una carta en la que le pedía que lo recibiera, porque era un hombre muy

interesante y útil en muchos aspectos. Alekséi Aleksándrovich no había tenido tiempo de leer el folleto por la noche y había dedicado a ese cometido parte de la mañana. Después pasó a ocuparse de los solicitantes, de los informes, de los nombramientos, de las destituciones, de la distribución de recompensas, de los sueldos, de las pensiones, de la correspondencia; en resumidas cuentas, de esas tareas diarias, como las llamaba Alekséi Aleksándrovich, que le ocupaban tanto tiempo. Más tarde tuvo que ocuparse de asuntos personales: recibió al médico y a su administrador. Este último apenas le robó unos instantes. Se limitó a entregarle el dinero que necesitaba y le informó en pocas palabras del estado de sus asuntos, que ese año no iban tan bien como cabría esperar, pues los gastos, por culpa sobre todo de los frecuentes viajes, eran superiores a los ingresos. En cambio, el médico, un eminente facultativo de San Petersburgo, con el que le unían relaciones de amistad, le entretuvo mucho rato. Alekséi Aleksándrovich, que no lo esperaba, se sorprendió de su visita y aún más de las detalladas preguntas que le hizo sobre su estado de salud, de la atención con que lo auscultó, le dio unos golpecitos y le palpó el hígado. Alekséi Aleksándrovich no sabía que su amiga, Lidia Ivánovna, al darse cuenta de lo mucho que se había resentido su salud ese año, le había pedido al médico que pasara a verlo y lo reconociera.

—Hágalo por mí —le había dicho la condesa Lidia Ivánovna.

—Lo haré por Rusia, condesa —había respondido el médico.

—¡Es un hombre inapreciable! —había asegurado Lidia Ivánovna.

El médico se quedó muy descontento del estado de su paciente: tenía el hígado bastante hinchado, estaba desnutrido y la cura de aguas no había surtido ningún efecto. Le prescribió que hiciera más ejercicio, que no sobrecargara la cabeza de trabajo y, sobre todo, que evitara los disgustos; en resumidas cuentas, unas exigencias tan imposibles para Alekséi Aleksándrovich como dejar de respirar. A continuación, se marchó, dejándolo con la desagradable impresión de que no estaba bien de salud y de que no se podía hacer nada para remediarlo.

Al salir, el médico se tropezó en la escalera con Sliudin, secretario particular de Alekséi Aleksándrovich, al que conocía bien. Habían sido compañeros en la universidad y, aunque se veían de tarde en tarde, se respetaban y eran buenos amigos. En suma, a nadie mejor que a Sliudin podía hablarle con sinceridad del estado de salud de su paciente.

—Cuánto me alegro de que lo haya reconocido —dijo Sliudin—. No se encuentra bien, y me parece… ¿Cómo lo ha encontrado?

—Pues verá usted —dijo el médico, al tiempo que hacía un gesto a su cochero por encima de la cabeza de Sliudin para que se acercara—. Mire —añadió, cogiendo con sus blancas manos un dedo de sus guantes de cabritilla y estirándolo—. Es muy difícil romper una cuerda cuando no está tensa. Pero, si la estira, basta la presión de

un dedo para quebrarla. Y Alekséi Aleksándrovich, con su constancia y su dedicación al trabajo, ha tensado la cuerda hasta no poder más; además hay una presión exterior, y bastante violenta —concluyó enarcando las cejas con aire significativo—. ¿Va a ir usted a las carreras? —preguntó, mientras se acercaba al coche—. Sí, sí, ya sé que perdería mucho tiempo —contestó el médico a algún comentario de Sliudin que no había oído bien.

Después del médico, que le había entretenido tanto, apareció el célebre viajero, y Alekséi Aleksándrovich, valiéndose del folleto que acababa de leer y de sus conocimientos previos sobre la materia, le sorprendió por su amplitud de miras y la riqueza de sus informaciones.

Al mismo tiempo le anunciaron la visita de un mariscal de la nobleza de una provincia, que se encontraba en San Petersburgo y tenía necesidad de hablar con él. Después de su marcha, Alekséi Aleksándrovich pasó a abordar con su secretario las cuestiones del día que aún le quedaban por tratar, y, a continuación, fue a visitar a un personaje encumbrado para discutir un asunto de gran importancia y trascendencia. No regresó hasta las cinco de la tarde, hora a la que solía comer. Comió con su secretario, a quien invitó a su quinta veraniega y a las carreras.

Sin darse cuenta, Alekséi Aleksándrovich procuraba que en sus entrevistas con su mujer estuviera siempre presente una tercera persona.

XXVII

Anna estaba en el piso de arriba, delante del espejo, prendiendo la última cinta del vestido con la ayuda de Ánnushka, cuando oyó el crujido de las ruedas en la grava de la entrada.

«Es aún pronto para que sea Betsy —pensó y, echando un vistazo por la ventana, vio un coche en el que reconoció el sombrero negro y las orejas de Alekséi Aleksándrovich, que conocía tan bien—. ¡Qué inoportuno! ¡Como se le ocurra quedarse a pasar la noche!», se dijo.

Las consecuencias de esa visita inesperada le parecían tan terribles y espantosas que, sin reflexionar un segundo, salió a recibirle con el rostro radiante y expresión alegre, dominada por el espíritu de falsedad y mentira al que tanto se entregaba en los últimos tiempos, y se puso a hablarle sin saber ella misma lo que decía.

—¡Ah, qué detalle por tu parte! —exclamó, tendiéndole la mano a su marido y saludando con una sonrisa a Sliudin, que era casi de la familia—. Espero que te quedes a dormir —tales fueron las primeras palabras que le inspiró el espíritu de la mentira—. Iremos juntos a las carreras. Lo único que siento es que le he prometido a Betsy que iría con ella. Va a pasar a buscarme.

Al oír ese último nombre, Alekséi Aleksándrovich frunció el ceño.

—Ah, no me propongo separar a las inseparables —replicó con su habitual tono burlón—. Iré con Mijaíl Vasílevich. Los médicos me han recomendado ejercicio. Daré un paseo y me imaginaré que aún sigo en el balneario.

—Pero no tienes por qué darte tanta prisa —dijo Anna—. ¿Te apetece una taza de té? —Llamó—. Sirva el té y dígale a Seriozha que ha llegado Alekséi Aleksándrovich. Bueno, ¿cómo te encuentras de salud? Mijaíl Vasílevich, es la primera vez que viene usted por aquí. Mire qué bien se está en la terraza —decía, dirigiéndose tan pronto a uno como a otro, con gran sencillez y naturalidad. Pero hablaba demasiado y con excesiva premura. Ella misma se daba cuenta, sobre todo por la mirada de curiosidad que creyó sorprender en el rostro de Mijaíl Vasílevich cuando éste salió a la terraza. Anna se sentó al lado de su marido—. No tienes muy buen aspecto —dijo.

—En efecto. Hoy ha estado en casa el médico y me ha hecho perder una hora entera. Tengo la sospecha de que lo ha enviado alguno de mis amigos. Por lo visto, mi salud es preciosa…

—¿Y qué es lo que te ha dicho?

Anna le preguntó por su salud y sus actividades, le recomendó que descansara y le propuso que se instalara con ella en el campo.

Y todo eso lo decía con alegría, cierto apresuramiento y un brillo especial en los ojos; pero Alekséi Aleksándrovich no concedía la menor importancia a ese tono. Se

limitaba a escuchar sus palabras y las interpretaba en sentido literal. En cuanto a sus respuestas, eran sencillas, aunque siempre con un matiz irónico. La conversación no tenía nada de particular, pero, con el paso del tiempo, Anna no sería capaz de recordarla sin que la atormentara un doloroso sentimiento de vergüenza.

Entró Seriozha, precedido de su institutriz. Si Alekséi Aleksándrovich hubiera perdido unos instantes en observarle, se habría dado cuenta de la mirada tímida y recelosa con que el niño lo miró primero a él y luego a su madre. Pero, como no quería ver, no se percató de nada.

—¡Ah, jovencito! Cómo has crecido. La verdad es que te estás haciendo todo un hombre. Hola, jovencito.

Y le tendió la mano al azorado niño.

Si ya antes se sentía cohibido en presencia de Alekséi Aleksándrovich, desde que recibía ese tratamiento y se empeñaba en averiguar si Vronski era amigo o enemigo, Seriozha tenía miedo de su padre. Se volvió a su madre como pidiéndole protección. Sólo con ella se sentía a gusto. El señor Karenin, poniendo la mano en el hombro de su hijo, empezó a hablar con la institutriz. Seriozha se sintió completamente desconcertado y Anna se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Se había puesto colorada cuando lo vio entrar. Y ahora, al reparar en su turbación, se levantó de un salto, retiró la mano de Alekséi Aleksándrovich del hombro de su hijo, le dio un beso, se lo llevó a la terraza y volvió al poco rato.

—Es hora de irse —dijo, consultando su reloj—. Betsy ya tendría que haber llegado…

—Sí —dijo Alekséi Aleksándrovich, poniéndose en pie, entrelazando las manos y apretando los dedos para que crujieran—. También he venido para traerte el dinero, porque los ruiseñores no se alimentan de fábulas —añadió—. Supongo que te hará falta.

—No, no lo necesito… Sí, la verdad es que sí —replicó Anna, sin mirarle y enrojeciendo hasta la raíz del cabello—. Me imagino que pasarás por aquí después de las carreras.

—¡Pues claro! —contestó Alekséi Aleksándrovich—. Ahí está la princesa Tverskaia, la gala de Peterhof —prosiguió, mirando por la ventana un coche inglés, de caja muy alta y pequeña, tirado por caballos con anteojeras—, ¡Qué maravilla! ¡Qué elegancia! Bueno, nosotros también tenemos que irnos.

La princesa Tverskaia no se bajó del coche. Sólo se apeó su lacayo, con polainas, esclavina y sombrero negro.

—Me voy, adiós —dijo Anna y, después de besar a su hijo, se acercó a su marido y le tendió la mano—. Te agradezco mucho que hayas venido.

Alekséi Aleksándrovich le besó la mano.

—Bueno, hasta la vista. Entonces, vendrás a tomar el té. ¡Estupendo! —añadió

Anna, antes de salir, resplandeciente y alegre.

Pero, en cuanto perdió de vista a su marido, se estremeció de repugnancia, sintiendo en la mano el roce de sus labios.

XXVIII

Cuando Alekséi Aleksándrovich apareció en el hipódromo, Anna ya se había acomodado en la tribuna al lado de Betsy, rodeada de lo más granado de la sociedad. Dos hombres, su marido y su amante, constituían los dos polos de su vida, y era capaz de adivinar su presencia sin ayuda de los sentidos. Ya de lejos percibió la proximidad de su marido y siguió involuntariamente su avance en medio de la riada humana. Vio cómo se acercaba a la tribuna, ya respondiendo condescendiente a las reverencias obsequiosas, ya saludando en tono amistoso y despreocupado a sus iguales, ya procurando atraer las miradas de los poderosos de este mundo y quitándose su amplio sombrero hongo, que apoyaba en las puntas de las orejas. Anna conocía sus ademanes, y todos le resultaban igualmente desagradables. «En su alma sólo hay cabida para la ambición y el deseo de triunfo —pensaba—. Y todas esas consideraciones elevadas sobre las luces del conocimiento y la importancia de la religión no son más que un medio para alcanzar su fin.»

Por las miradas que Alekséi Aleksándrovich dirigía a las señoras (la miraba directamente, pero no la reconocía en medio de ese mar de gasas, muselinas, cintas, plumas, sombrillas y flores), Anna comprendió que la estaba buscando, pero hacía como si no lo hubiera visto.

—¡Alekséi Aleksándrovich! —le gritó la princesa Betsy—. ¿Es que no ve usted a su mujer? Está aquí.

Karenin le dedicó una de sus gélidas sonrisas.

—Tanto brillo deslumbra a los ojos —dijo, acercándose a la tribuna. Sonrió a Anna, como corresponde a un marido que se encuentra con su mujer, de la que acaba de separarse. A continuación saludó a la princesa y a los demás conocidos, concediendo a cada cual lo que le correspondía, es decir, bromeando con las señoras e intercambiando saludos con los caballeros. Abajo, al pie de la tribuna, se hallaba un general ayudante, célebre por su ingenio y su erudición, a quien Karenin apreciaba mucho. Alekséi Aleksándrovich se puso a charlar con él.

Estaban en un intervalo entre dos carreras, de manera que nada estorbaba la conversación. El general ayudante criticaba las carreras. Alekséi Aleksándrovich las defendía. Anna escuchaba su voz aguda y monótona, sin perder una palabra, y todo lo que decía le parecía falso y le hacía daño en los oídos.

Cuando dio comienzo la carrera de cuatro verstas con obstáculos, se inclinó hacia delante, sin apartar los ojos de Vronski, que en ese momento se acercaba a la yegua y subía a la silla, al tiempo que escuchaba la odiosa voz de su marido, que no paraba de hablar. Le atormentaba el temor de que Vronski sufriera algún accidente, pero más le atormentaba aún la voz aguda e incesante de su marido, cuyos matices conocía tan bien.

«Soy una mala mujer, una mujer perdida —pensaba—, pero no soporto la mentira, la aborrezco. En cambio, para él, es el pan nuestro de cada día. Lo sabe todo, lo ve todo. Y, sin embargo, ahí está hablando tan tranquilo. ¿Qué sentirá en su fuero interno? Si me matara a mí o matara a Vronski, le respetaría. Pero no, lo único que le importa es la mentira, guardar las apariencias», se decía Anna. En el fondo no sabía lo que esperaba de su marido, cómo quería que se comportara. Tampoco comprendía que esa especial locuacidad de que Alekséi Aleksándrovich hacía gala ese día, y que tanto le irritaba, no era más que la manifestación de su desasosiego y de su inquietud. Igual que un niño que se da un golpe se pone a saltar y a ejercitar los músculos para que se le pase el dolor, Karenin necesitaba recurrir a alguna actividad de orden intelectual para ahogar las ideas que le asaltaban en presencia de su mujer y de Vronski, cuyo nombre oía cada dos por tres. Y, de la misma manera que un niño encuentra natural ponerse a dar saltos, él se perdía en discursos sensatos y elocuentes.

—El peligro es un ingrediente imprescindible en las carreras en las que toman parte oficiales. Si Inglaterra puede enorgullecerse de las más brillantes gestas de la caballería, se debe exclusivamente a que a lo largo de la historia ha desarrollado esa fuerza, tanto en sus hombres como en sus caballos. En mi opinión, el deporte encierra un sentido profundo. Lo que pasa es que, normalmente, sólo vemos sus aspectos más superficiales —decía Alekséi Aleksándrovich.

—No tan superficiales —intervino la princesa Tverskaia—. Dicen que un oficial se ha roto dos costillas.

Alekséi Aleksándrovich esbozó una de esas sonrisas tan suyas, que dejaba al descubierto los dientes, pero no expresaba nada más.

—Supongamos, princesa, que ese dato no sea superficial, sino que tenga un significado profundo. Pero no se trata de eso. —Y de nuevo se dirigió al general, con quien hablaba en serio—. No olvide que quienes participan en las carreras son militares, que ellos mismos se han decantado por esa actividad. Convendrá conmigo en que cualquier vocación tiene su correspondiente reverso de la medalla. Lo mismo sucede con los deberes de un militar. Los deportes brutales, como el boxeo o las corridas de toros españolas, son una señal de barbarie. Pero los deportes que requieren una especialización son un signo de progreso.

—Creo que es la última vez que vengo a las carreras. Impresionan demasiado, ¿no es verdad, Anna? —preguntó la princesa Betsy.

—Impresionan, pero atraen —dijo otra señora—. Si yo hubiera vivido en la antigua Roma, no me habría perdido ni un espectáculo del circo.

Anna, sin pronunciar palabra, miraba con los gemelos siempre hacia el mismo sitio.

En ese momento un general muy alto cruzó la tribuna. Alekséi Aleksándrovich interrumpió su discurso, se levantó con premura, no sin cierta dignidad, y le hizo una

profunda reverencia.

—¿No participa usted en las carreras? —bromeó el general.

—Mi carrera es más difícil —respondió Alekséi Aleksándrovich en tono respetuoso.

Aunque era una respuesta bastante anodina, el general hizo como si acabara de escuchar un comentario profundo en boca de un hombre inteligente, como si hubiera captado plenamente *la pointe de la sauce*.[11]

—En este caso hay dos aspectos —prosiguió Alekséi Aleksándrovich, después de sentarse—, el de los participantes y el de los espectadores. La afición a esta clase de espectáculos es un indicio indiscutible del bajo nivel de los espectadores, lo reconozco, pero…

—¡Princesa, apostemos! —gritó desde abajo Stepán Arkádevich, dirigiéndose a Betsy—. ¿Por quién se decanta usted?

—Anna y yo apostamos por el príncipe Kúzovlev —respondió Betsy.

—Y yo por Vronski. Un par de guantes.

—De acuerdo.

—Qué espectáculo tan bonito, ¿verdad?

Alekséi Aleksándrovich, que había guardado silencio mientras hablaban a su alrededor, reanudó su discurso.

—Lo reconozco, pero los juegos viriles…

En ese momento se procedió a la salida y todas las conversaciones se interrumpieron. También Alekséi Aleksándrovich dejó su comentario a medias. Todo el mundo se levantó de sus asientos y se volvió hacia el arroyo. A Alekséi Aleksándrovich no le interesaban las carreras; por eso, en lugar de seguir las evoluciones de los jinetes, paseó una mirada distraída por los espectadores. Sus ojos cansados se detuvieron en su mujer.

Su rostro había palidecido y tenía una expresión grave. Era evidente que en esos instantes sólo una cosa existía para ella. Apretaba el abanico con mano convulsa. Apenas respiraba. Después de mirarla, Alekséi Aleksándrovich se volvió para examinar otros semblantes.

«También esa señora parece muy agitada. Y lo mismo esas otras de más allá. Es de lo más natural», se dijo.

Hacía esfuerzos por no mirarla, pero sus ojos se clavaban en ella en contra de su voluntad. Volvió a estudiar el rostro de su mujer, tratando de no leer en sus rasgos lo que estaba escrito con tanta claridad. Pero, por más que intentaba engañarse, descubría con horror lo que habría preferido ignorar.

La primera caída, la de Kúzovlev en el arroyo, conmovió a todo el mundo, pero Alekséi Aleksándrovich vio claramente en el rostro pálido y triunfante de Anna que aquel a quien miraba no se había caído. Cuando Majotin y Vronski superaron la

barrera grande y el oficial que los seguía cayó de cabeza y se hirió de muerte, un murmullo de espanto recorrió las tribunas. Karenin notó que Anna ni siquiera se había dado cuenta y que a duras penas entendía de qué hablaban las personas que la rodeaban. No obstante, como cada vez la miraba más a menudo y con mayor insistencia, Anna, a pesar de que estaba absorta en la carrera de Vronski, acabó percibiendo los ojos fríos de su marido clavados en ella.

Se volvió por un momento, le dirigió una mirada inquisitiva y, frunciendo ligeramente el ceño, se sumergió de nuevo en la contemplación de la prueba.

«Ah, me da igual», pareció decirle, y se desentendió por completo de él.

La carrera fue muy accidentada. De los diecisiete participantes más de la mitad se cayeron y resultaron heridos. Al final todos estaban consternados, y ese sentimiento no hizo más que aumentar cuando se supo que el soberano había mostrado su descontento.

XXIX

Todo el mundo expresaba en voz alta su desacuerdo, todo el mundo repetía la frase que había dicho alguien: «Ya sólo nos falta el circo con los leones». El sentimiento de horror se había impuesto de tal modo que el grito que se le escapó a Anna cuando cayó Vronski pasó desapercibido. Pero el cambio que a continuación se operó en su rostro resultaba francamente indecoroso. Había perdido por completo el control de sí misma. Se agitaba como un pájaro en la trampa; tan pronto quería levantarse para ir no se sabe adonde como se dirigía a Betsy.

—Vámonos, vámonos —decía.

Pero Betsy no la escuchaba. Inclinada hacia delante, estaba hablando con un general que se había acercado.

Alekséi Aleksándrovich se acercó a Anna y le ofreció cortésmente el brazo.

—Vámonos, si quiere —le dijo en francés.

Pero Anna estaba escuchando las palabras del general y no prestó atención a su marido.

—También dicen que se ha roto la pierna —afirmaba el general—. En mi vida he visto nada igual.

Anna, sin responder a su marido, levantó los gemelos y se quedó mirando el lugar donde había caído Vronski; pero estaba tan lejos y se había reunido tanta gente que no había manera de ver nada. Bajó los gemelos y se dispuso a marcharse, pero en ese momento llegó al galope un oficial para informar al emperador. Anna alargó el cuello y prestó oídos.

—¡Stiva! ¡Stiva! —gritó.

Pero su hermano no la oyó. De nuevo hizo intención de salir.

—Le ofrezco el brazo por segunda vez, en caso de que quiera marcharse —dijo Alekséi Aleksándrovich, rozándole la mano.

Anna se apartó con repugnancia y, sin mirarle, le respondió:

—No, no, déjeme. Me quedo.

Acababa de darse cuenta de que un oficial se acercaba corriendo a la tribuna desde el lugar en el que había caído Vronski. Betsy le hizo señas con el pañuelo.

El oficial traía la noticia de que el jinete había salido ileso y de que el caballo se había roto el espinazo.

Al oír esas palabras, Anna se desplomó en su asiento y ocultó el rostro detrás del abanico. Alekséi Aleksándrovich vio que estaba llorando, incapaz de contener las lágrimas y los sollozos que agitaban su pecho. Se puso delante, tapándola con su cuerpo, y le dio tiempo para que se calmara.

—Le ofrezco mi brazo por tercera vez —dijo al cabo de un rato, dirigiéndose a su mujer.

Anna lo miraba sin saber qué decir. La princesa Betsy acudió en su ayuda.

—No, Alekséi Aleksándrovich. Anna ha venido conmigo y he prometido llevarla a su casa.

—Perdóneme, princesa —repuso Karenin, con una sonrisa cortés, pero mirándola con dureza a los ojos—. He notado que Anna no se encuentra del todo bien y quiero que vuelva conmigo.

Anna le miró asustada, se levantó sumisa y puso la mano en el brazo de su marido.

—Enviaré a alguien para enterarme de cómo está y te lo haré saber —murmuró Betsy.

Al salir de la tribuna, Alekséi Aleksándrovich, como de costumbre, intercambió algún comentario con las personas con las que se encontraba; también Anna debía hablar y responder a las preguntas que le hacían, pero apenas se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor y avanzaba del brazo de su marido como en sueños.

«¿Se habrá herido? ¿Estará bien? ¿Será verdad lo que he oído? ¿Lo veré esta tarde?», pensaba.

Se sentó en silencio en el coche de su marido, y no tardaron en alejarse de esa multitud de carruajes. Ni uno ni otro se decidía a hablar. A pesar de todo lo que había visto, Alekséi Aleksándrovich no se atrevía a pensar en la verdadera situación de su mujer. Únicamente veía las señales externas. Consideraba que Anna se había comportado de forma inconveniente y juzgaba que era su deber decírselo. Pero no sabía cómo hacer para ceñirse sólo a la cuestión y no ir más allá. Abrió la boca para decirle que su conducta había sido indecorosa, pero dijo algo completamente distinto de lo que tenía en la cabeza.

—Cuánta afición tenemos todos a estos espectáculos crueles. He advertido…

—¿Qué? No le entiendo —replicó Anna con desprecio.

Ofendido por la respuesta, Alekséi Aleksándrovich empezó a hablar de lo que de verdad le importaba.

—Debo decirle —empezó.

«Ha llegado el momento de la explicación», pensó Anna, no sin horror.

—Debo decirle que hoy se ha comportado usted de manera indecorosa —prosiguió en francés.

—¿Y por qué? —preguntó Anna en voz alta, volviendo bruscamente la cabeza y mirándole a los ojos, pero ya no con la alegría fingida de antes, sino con una determinación bajo la que ocultaba con esfuerzo el miedo que la embargaba.

—Cuidado —dijo Alekséi Aleksándrovich, señalando la ventanilla abierta enfrente del cochero.

Karenin se incorporó para cerrarla.

—¿Qué es lo que le ha parecido indecoroso? —prosiguió ella.

—La desesperación que no ha sido capaz de ocultar cuando ha caído uno de los jinetes.

Karenin esperaba una objeción por parte de su esposa, pero Anna callaba, la mirada fija en un punto.

—Ya le he rogado antes que se comporte en sociedad de tal modo que las malas lenguas no puedan entregarse a la maledicencia. En una ocasión le hablé de los sentimientos íntimos; no es eso lo que tengo ahora en la cabeza. Ahora sólo me refiero a las relaciones externas. Se ha comportado usted de manera inconveniente y me gustaría que eso no volviera a repetirse.

Anna no escuchaba la mitad de sus palabras. Su marido la asustaba y sólo pensaba en lo que habría sido de Vronski. Decían que había salido ileso y que su caballo se había roto el espinazo. Cuando Alekséi Aleksándrovich dejó de hablar, se limitó a sonreír con fingida ironía, pero no le respondió, porque no había oído lo que había dicho. Karenin había iniciado su discurso con autoridad, pero, cuando se dio cuenta del verdadero alcance de sus palabras, el miedo que sentía Anna se le comunicó también a él. Y, cuando vio la sonrisa de su mujer, se sintió dominado por una extraña confusión.

«Se ríe de mis sospechas. Sí, ahora me dirá lo que ya me dijo la otra vez: que mis sospechas carecen de fundamento, que todo esto es ridículo.»

Ahora que estaba a punto de revelarse todo, nada deseaba tanto como que ella le afirmara con ironía, como había hecho hasta entonces, que sus sospechas eran ridículas y carecían de fundamento. Tan terrible era lo que ya sabía que estaba dispuesto a creer cualquier cosa. Pero la expresión del rostro de Anna, asustado y sombrío, no le prometía ni siquiera el engaño.

—Tal vez me equivoque —dijo—. En ese caso, le pido que me perdone.

—No, no se equivoca usted —dijo ella con voz lenta, mirando con desesperación el semblante glacial de su marido—. No se equivoca. Estaba desesperada y sigo estándolo. Le escucho a usted, pero es en él en quien pienso. Lo amo y soy su amante. A usted no puedo soportarlo, le tengo miedo, le odio… Haga conmigo lo que mejor le parezca.

Y, retirándose a un rincón del coche, se cubrió el rostro con las manos y estalló en sollozos. Alekséi Aleksándrovich no se movió, ni siquiera cambió la dirección de la mirada. Pero su rostro adquirió de pronto una rigidez cadavérica y solemne que no se alteró a lo largo de todo el trayecto. Cuando llegaron a la casa, se volvió hacia ella con la misma expresión.

—Bien —dijo con voz trémula—, pero te exijo que guardes las apariencias hasta que tome las medidas necesarias para salvaguardar mi honor. Ya te las comunicaré en su momento.

Se apeó primero y la ayudó a bajar. Le apretó en silencio la mano en presencia de

los criados, volvió a subirse al coche y partió para San Petersburgo.

Poco después de su marcha, llegó un lacayo de la princesa Betsy con un billete para Anna: «Envié a preguntar por la salud de Alekséi. Me ha escrito que está sano y salvo, pero desesperado».

«Entonces vendrá —pensó Anna—. Qué bien he hecho confesándoselo todo.»

Miró el reloj: aún quedaban tres horas. Se acordó de algunos detalles de su último encuentro y sintió que se le inflamaba la sangre en las venas.

«¡Dios mío! ¡Qué claridad hay todavía! Es terrible, pero me gusta ver su rostro y me gusta esta luz fantástica… ¡Mi marido! ¡Ah, sí!… Bueno, gracias a Dios, todo ha terminado entre nosotros.»

XXX

Como en todos los lugares en que se reúne gente, en el pequeño balneario alemán al que se habían dirigido los Scherbatski se había producido esa habitual cristalización social que asigna a cada miembro un lugar definido e inmutable. Igual que una partícula de agua adquiere con el frío la forma definida e inmutable de un cristal de nieve, cada persona nueva que llegaba al balneario ocupaba en seguida el lugar que le correspondía. Gracias a su nombre, a las habitaciones que les asignaron y las amistades que encontraron, *Früst Scherbatski, sammt Gemahlin und Tochter*[12] cristalizaron inmediatamente en el lugar definido que les correspondía.

Ese año la cristalización de la sociedad se había llevado a cabo de una forma más enérgica, pues una auténtica *Fürstin*[13] alemana honraba el balneario con su presencia. La princesa Scherbátskaia se creyó obligada a presentarle a su hija a aquella *Fürstin*, y al día siguiente de su llegada cumplió con ese ritual. Kitty, con un vestido de verano *muy sencillo*, es decir, muy elegante, encargado en París, se inclinó con mucha gracia y le hizo una profunda reverencia. La princesa alemana le dijo: «Espero que las rosas vuelvan muy pronto a ese hermoso rostro». Y al punto se delinearon firmemente para los Scherbatski unas pautas de vida de las que no podían desviarse. Los Scherbatski conocieron también a la familia de una lady inglesa, a una condesa alemana y a su hijo, herido en la última guerra, a un sabio sueco, al señor Canut y a una hermana suya. No obstante, el círculo principal de los Scherbatski estaba compuesto por una dama moscovita, Maria Yevguénevna Ritscheva; su hija, que a Kitty le caía antipática, porque había enfermado de amor, como ella; y un coronel de Moscú, viejo conocido de la familia, a quien Kitty había visto siempre con uniforme y charreteras y que aquí resultaba indeciblemente ridículo, con sus ojillos, su cuello descubierto y sus corbatas coloreadas, y además fastidioso, pues no había manera de librarse de él. Una vez establecida esa férrea rutina, Kitty empezó a aburrirse, sobre todo cuando el príncipe se marchó a Carlsbad y se quedó sola con su madre. No le interesaban las personas que conocía, pues se daba cuenta de que no podía esperar nada nuevo de ellas. Su principal ocupación en el balneario consistía en observar a los desconocidos y perderse en conjeturas sobre ellos. Su naturaleza la llevaba a representarse bajo la luz más favorable a todas las personas, especialmente a las que no conocía. Y ahora, cuando trataba de dilucidar cómo eran y qué clase de relaciones les unían, les atribuía los caracteres más nobles y maravillosos, y solía encontrar confirmación de esas sospechas.

Nadie le interesaba más que una muchacha rusa que había ido a tomar las aguas con una señora enferma, rusa también, a quien todos llamaban madame Stahl. Pertenecía a la alta sociedad, pero estaba tan enferma que no podía andar, y sólo en los raros días de buen tiempo se la veía en su cochecito. Madame Stahl rehuía la

compañía de sus compatriotas, no tanto por su enfermedad como por su orgullo, según afirmaba la princesa Scherbátskaia. La muchacha cuidaba a madame Stahl y, además, según había observado Kitty, había trabado amistad con todos los enfermos graves, muy numerosos en el balneario, de los que se ocupaba con la mayor naturalidad. Según las observaciones de la joven, esa muchacha rusa no era parienta de madame Stahl ni tampoco una enfermera retribuida. Madame Stahl la llamaba Várenka, y los demás mademoiselle Várenka. No era sólo que Kitty estuviera interesada en las relaciones de esa muchacha con madame Stahl y otros desconocidos, sino que, como sucede a menudo, experimentaba una simpatía inexplicable por esa mademoiselle Várenka, y barruntaba, por las miradas que a veces intercambiaban, que ella también le gustaba.

Esa mademoiselle Várenka no es que hubiera dejado atrás su primera juventud, sino que más bien parecía una criatura sin juventud: lo mismo se le podían echar diecinueve años que treinta. Cuando se examinaban sus rasgos, se llegaba a la conclusión de que era más bien guapa que fea, a pesar del color enfermizo de su tez. Habría gozado de una hermosa figura de no haber sido por su extremada delgadez y por el tamaño de su cabeza, demasiado grande para su cuerpo menudo; pero no debía de resultar atractiva para los hombres. Recordaba a una flor hermosa que aún conserva todos sus pétalos, pero ya ajada y sin perfume. Además, no podía atraer a los hombres porque carecía de lo que le sobraba a Kitty: esa ansia contenida de vida y la conciencia de su encanto.

Siempre parecía ocupada en alguna actividad que no admitía demora y que le impedía prestar atención a cualquier otra cosa. Era precisamente ese contraste con su propia existencia lo que atraía a Kitty. Era como si hubiera encontrado en ella, en su forma de vida, el modelo que había estado buscando con tanto ahínco: intereses en la vida, cierta dignidad, una forma de escapar de esas relaciones mundanas abominables que, tal como lo veía ahora, obligaban a una muchacha a exhibirse ante los hombres de una manera vergonzosa, en espera de un comprador. Cuanto más observaba a su amiga desconocida, más se convencía de que era esa criatura perfecta que se imaginaba, y mayores eran sus deseos de trabar conocimiento con ella.

Solían coincidir varias veces al día, y en cada encuentro los ojos de Kitty decían: «¿Quién es usted? ¿Qué hace? ¿De verdad es un ser tan encantador como me figuro? Pero, por el amor de Dios —añadían sus ojos—, no vaya a pensar que pretendo obligarla a que se haga amiga mía. Me basta con admirarla y quererla». «También yo la quiero, me cae usted muy bien. Y la querría más aún si tuviera tiempo», respondía la mirada de la desconocida. En efecto, Kitty la veía siempre ocupada: o llevaba de vuelta a los niños de una familia rusa, después de tomar las aguas, o le acercaba una manta a una enferma y la envolvía, o trataba de distraer a un paciente irritado, o escogía y compraba pastas para el café de alguien.

Poco después de la llegada de los Scherbatski, dos caras nuevas fueron a tomar las aguas por la mañana, concitando la atención general y despertando un sentimiento de hostilidad. Eran un hombre alto y algo encorvado, con unas manos enormes y unos ojos negros, ingenuos y a la vez terribles, arrebujado en un abrigo viejo, demasiado corto para su estatura, y una mujer picada de viruelas pero de aspecto agradable, que vestía muy mal, sin gusto alguno. Adivinando que eran rusos, Kitty ya había empezado a forjarse en su imaginación una hermosa y conmovedora novela, pero la princesa se había enterado, consultando la *Kurliste*,[14] de que se trataba de Nikolái Levin y de Maria Nikoláievna, y le contó a su hija lo malo que era ese hombre, de manera que todos los sueños de la joven se desvanecieron. De pronto aquella pareja se le antojó de lo más antipática, no tanto por lo que la madre le había dicho como por el hecho de ser ese hombre el hermano de Konstantín. Además Nikolái Levin, con esa manía de sacudir a uno y otro lado la cabeza, despertaba en ella una sensación irreprimible de repugnancia.

Le parecía que esos ojos grandes y terribles, que la seguían con obstinación, expresaban algo así como odio e ironía, de manera que evitaba encontrarse con él.

XXXI

Era un día deslucido, llovía desde por la mañana y los enfermos, provistos de paraguas, se agolpaban en la galería.

Kitty estaba paseando con su madre y el coronel moscovita, muy ufano con su levita de corte europeo, recién comprada en Frankfurt. Iban por un lado de la galería, procurando evitar a Levin, que avanzaba por el otro. Várenka, con su habitual vestido oscuro y un sombrero negro de ala caída, recorría la galería de un extremo a otro en compañía de una francesa ciega, y, cada vez que se cruzaba con Kitty, intercambiaban una sonrisa amistosa.

—Mamá, ¿puedo hablar con ella? —preguntó Kitty, que seguía con la vista a la desconocida y veía que se acercaba al manantial, donde volverían a coincidir.

—Sí, si tanto lo deseas. Pero deja que me informe antes y que me presente yo primero —respondió la madre—. ¿Qué es lo que encuentras tan especial? Debe de ser una dama de compañía. Si quieres, puedo trabar conocimiento con madame Stahl. Conocía a su *belle soeur*[15] —añadió la princesa, levantando la cabeza con orgullo.

Kitty sabía que su madre estaba indignada con la actitud de madame Stahl, que parecía rehuir su trato. Por eso no insistió.

—¡Es maravillosa! ¡Un encanto! —exclamó, mirando a Várenka, que en ese momento le tendía a la francesa un vaso de agua—. Mira qué amable es y con qué sencillez lo hace todo.

—Me hacen gracias tus *engouements*[16] —dijo la princesa—. No, es mejor que nos demos la vuelta —añadió, viendo acercarse a Levin, en compañía de aquella señora y de un médico alemán, a quien decía algo en voz alta y tono poco ceremonioso.

Ya se volvían para irse cuando de pronto oyeron no ya un comentario destemplado, sino un grito. Levin, que se había detenido, vociferaba; el médico también se había acalorado. Pronto les rodeó una multitud. La princesa y Kitty se alejaron a toda prisa; en cuanto al coronel, se unió a los espectadores para enterarse de lo que había ocurrido.

Al cabo de unos minutos las alcanzó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la princesa.

—¡Es una vergüenza! ¡Qué desfachatez! —respondió el coronel—. Nada me da más miedo que encontrarme con rusos en el extranjero. Ese señor alto ha reñido con el médico, le ha dicho cosas impertinentes, le ha acusado de que no lo curaba como es debido y hasta lo ha amenazado con el bastón. ¡Una vergüenza, ya se lo he dicho!

—¡Ah, qué desagradable! —exclamó la princesa—. Bueno, ¿y cómo ha acabado todo?

—Gracias a Dios intervino esa señorita… la del sombrero hongo. Creo que es

rusa —dijo el coronel.

—¿Mademoiselle Várenka? —preguntó Kitty con alegría.

—Sí, sí. Antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar, cogió a ese señor del brazo y se lo llevó.

—Ya ve, mamá —le dijo Kitty a su madre— ¡Y se asombra usted de mi entusiasmo!

Al día siguiente Kitty advirtió que su mademoiselle Várenka había incluido a Levin y a la mujer que le acompañaba en el número de sus *protégés*. Se acercaba a ellos, les hablaba y actuaba de intérprete de la mujer, que no hablaba ninguna lengua extranjera.

Kitty empezó a suplicar a su madre con mayor insistencia aún que le permitiera trabar conocimiento con Várenka. En suma, por más desagradable que fuera para la princesa dar el primer paso para entrar en relación con madame Stahl, que se daría no pocos aires, hizo algunas indagaciones sobre Várenka, y, una vez convencida de que no había nada malo, aunque tampoco nada bueno, en el hecho de que su hija intimara con esa muchacha, se acercó personalmente a ella y se presentó.

Eligió para abordarla un momento en que Kitty había ido al manantial y Várenka se había detenido delante de la panadería.

—Permítame que me presente —dijo con su digna sonrisa—. Mi hija se ha prendado de usted. Puede que no me conozca. Soy…

—El sentimiento es más que recíproco, princesa —se apresuró a responder Várenka.

—¡Qué bien se portó usted ayer con nuestro pobre compatriota! —dijo la princesa.

Várenka se ruborizó

—No me acuerdo. Creo que no hice nada —replicó.

—¡Cómo que no! Salvó a ese Levin de una situación desagradable.

—Sí, *sa compagne*[17] me llamó y yo procuré calmarle. Está muy enfermo, y se había irritado con el médico. Yo estoy acostumbrada a tratar a esa clase de enfermos.

—Sí, he oído que vive usted en Menton con madame Stahl. Según tengo entendido, es tía suya. Yo conocía a su *belle soeur*.

—No, no es mi tía. La llamo *maman*, pero no tenemos lazos de parentesco. En cualquier caso, me ha criado ella —respondió, ruborizándose de nuevo.

Dijo todo eso con tanta sencillez y una expresión tan dulce, sincera y franca que la princesa comprendió por qué su hija se había encaprichado de ella.

—En fin, ¿y qué pasa con ese Levin? —preguntó la princesa.

—Se marcha —respondió Várenka.

En ese momento llegó Kitty del manantial, resplandeciente de satisfacción al advertir que su madre había entablado conversación con su amiga desconocida.

—Bueno, Kitty, ya ves que tu ardiente deseo de conocer a mademoiselle…

—Várenka —apuntó ésta, sonriendo—. Así me llama todo el mundo.

Kitty enrojeció de alegría y pasó un buen rato apretando en silencio la mano de su nueva amiga, que se limitó a tenderle la suya, sin responder a esa presión. En cambio, su rostro se iluminó con una sonrisa serena y alegre, aunque un tanto melancólica, dejando al descubierto unos dientes grandes, pero magníficos.

—Hace tiempo que yo también deseaba conocerla.

—Pero está usted tan ocupada…

—Ah, al contrario, no tengo nada que hacer —respondió Várenka.

Pero en ese mismo instante tuvo que dejar a sus nuevas conocidas, porque dos niñas rusas, hijas de un enfermo, se acercaban corriendo.

—¡Várenka, la llama mamá! —gritaron.

Y Várenka las siguió.

XXXII

A continuación paso a referir las informaciones de las que entró en conocimiento la princesa, no sólo relativas al pasado de Várenka y su relación con madame Stahl, sino también sobre esta última.

Madame Stahl, de quien unos decían que había amargado la vida de su marido, mientras otros aseguraban que había sido él quien envenenó la suya con su comportamiento inmoral, había sido siempre una mujer enfermiza y arrebatada. Se había divorciado ya de su marido, cuando dio a luz a su primer hijo, que murió poco después del parto. Los familiares de madame Stahl, que conocían su sensibilidad y temían que esa noticia acabara con su vida, sustituyeron al niño muerto por la hija de un cocinero de la corte, que había nacido esa misma noche, en la misma casa de San Petersburgo. Esa niña era Várenka. Madame Stahl se enteró más tarde de que la pequeña no era hija suya, pero siguió criándola, tanto más cuanto que poco tiempo después Várenka se quedó huérfana.

Madame Stahl llevaba ya más de diez años viviendo en el extranjero, en el sur, sin levantarse de la cama. Unos decían que se había labrado su posición social haciéndose pasar por una mujer virtuosa y de altos principios religiosos, mientras otros aseguraban que esos sentimientos eran sinceros, que sólo pensaba en el bien ajeno. Nadie sabía si era católica, protestante u ortodoxa, pero había algo de lo que no cabía duda: tenía relaciones de amistad con los más encumbrados personajes de todas las iglesias y credos.

Mademoiselle Várenka no se había separado nunca de ella en todos esos años de vida en el extranjero, y cuantos conocían a madame Stahl la trataban y la querían.

Una vez enterada de todos esos detalles, la princesa no encontró ningún inconveniente en que su hija se hiciera amiga de Várenka, tanto más cuanto que sus modales y su educación eran impecables: hablaba de maravilla el francés y el inglés. Y, lo más importante, le transmitió el pesar de madame Stahl, a quien su enfermedad, decía, la privaba del placer de conocerla.

Kitty estaba cada vez más encantada con su amiga, en quien descubría a diario nuevos motivos de admiración.

Cuando se enteró de que Várenka cantaba muy bien, la princesa la invitó a que fuera a su casa una tarde.

—Kitty toca el piano y, aunque el que tenemos aquí no es gran cosa, la verdad, será para nosotras un inmenso placer oírla cantar —dijo la princesa con esa sonrisa fingida tan suya, que en ese momento desagradó muchísimo a Kitty, pues se había dado cuenta de que a Várenka no le apetecía cantar. No obstante, la muchacha se presentó por la tarde, trayendo consigo sus partituras. La princesa había invitado a Maria Yevguénevna, a su hija y al coronel.

A Várenka parecía no importarle lo más mínimo que hubiese desconocidos, y, sin perder un instante, se acercó al piano. No sabía acompañarse, pero leía música sin la menor dificultad. Kitty, que tocaba bien, la acompañó.

—Tiene usted un talento extraordinario —dijo la princesa, después de que Várenka interpretase de manera admirable la primera canción.

Maria Yevguénevna y su hijo le dieron las gracias y también la alabaron.

—Mire cuánta gente se ha reunido a escucharla —dijo el coronel, mirando por la ventana.

En efecto, al pie de la ventana se había congregado un número considerable de personas.

—Me alegro mucho de que les haya gustado —respondió Várenka con sencillez.

Kitty miraba a su amiga con orgullo. Admiraba no sólo su arte y su voz, sino también su rostro y, sobre todo, su comportamiento: era evidente que no pensaba en su interpretación, ni concedía la menor importancia a los elogios. Simplemente parecía preguntarse: «¿Tengo que seguir cantando o ya es suficiente?».

«Si hubiera sido yo —se dijo Kitty para sus adentros—, ¡qué orgullosa me habría sentido! ¡Cómo me habría alegrado viendo esa muchedumbre bajo la ventana! Y a ella le da completamente igual. Sólo le preocupa no mostrarse descortés y complacer a mamá. ¿Qué hay en ella? ¿De dónde saca las fuerzas para desentenderse de todo y no perder la serenidad? ¡Cómo me gustaría saberlo y poderlo aprender!», pensaba Kitty, contemplando ese rostro impasible.

La princesa pidió a Várenka que cantara otra pieza, y ésta, de pie al lado del piano, volvió a cantar con la misma precisión, soltura y maestría, marcando el compás con su mano menuda y atezada.

La siguiente composición del cuaderno de música era una canción italiana. Kitty tocó el preludio, que le gustó mucho, y se volvió hacia Várenka.

—Saltémonosla —dijo Várenka, ruborizándose.

Kitty examinó el rostro de su amiga con una mirada asustada e inquisitiva.

—Bueno, tocaré otra —se apresuró a decir, pasando las hojas. Había comprendido que esa pieza estaba unida a algún recuerdo.

—No —replicó Várenka, poniendo la mano en la partitura y sonriendo—. No, cantemos ésa.

Y la interpretó con la misma serenidad, frialdad y perfección que las anteriores.

Cuando terminó, todos volvieron a darle las gracias. A continuación sirvieron el té. Kitty y Várenka salieron al jardincillo contiguo a la casa.

—Esa canción le recuerda algo, ¿verdad? —preguntó Kitty—. No es necesario que me cuente nada —se apresuró a añadir—, sólo que me diga si no estoy equivocada.

—¿Y por qué no se lo iba a contar? —dijo Várenka con gran naturalidad y, sin

esperar respuesta, prosiguió—: Sí, me trae recuerdos, recuerdos penosos. Hace algún tiempo estuve enamorada de un hombre y solía cantarle esa pieza.

Kitty la miraba en silencio, enternecida, con los ojos muy abiertos.

—Le quería y él me quería a mí. Pero su madre se opuso a nuestro matrimonio y él se casó con otra. Ahora vive cerca de nosotros, y a veces lo veo. ¿Es que no se le ha ocurrido que yo podía tener también una historia de amor? —dijo, y en su hermoso rostro resplandeció por un instante una chispa de ese fuego que, según barruntaba Kitty, en otro tiempo debía iluminarlo por completo.

—Pues claro que sí. Si yo fuera hombre, después de conocerla a usted, no podría enamorarme de ninguna otra. Lo que no entiendo es que, por no contrariar a su madre, pudiera olvidarla y hacerla desgraciada. No tenía corazón.

—Nada de eso. Es un hombre muy bueno y yo no me siento desdichada; al contrario, soy muy feliz. Entonces, ¿no vamos a cantar más hoy? —añadió, dirigiéndose a la casa.

—¡Qué buena es usted! ¡Qué buena! —exclamó Kitty y, deteniéndola, la besó—. ¡Ojalá pudiera parecerme un poco a usted, aunque sólo fuera un poco!

—¿Y qué necesidad tiene de parecerse a nadie? Es usted encantadora tal como es —dijo Várenka, con esa sonrisa suya tan peculiar, que expresaba a un tiempo ternura y cansancio.

—No, yo no valgo nada. Pero dígame… Espere, sentémonos un poco —prosiguió Kitty, animándola a que se sentara de nuevo en el banco, a su lado—. Dígame, ¿es que no le parece humillante que un hombre desprecie su amor, que lo rechace…?

—Pero si no lo despreció. Estoy segura de que me quería, pero era un hijo obediente…

—¿Y si hubiese actuado de ese modo no a instancias de su madre, sino siguiendo su propia voluntad? —preguntó Kitty, dándose cuenta de que acababa de revelar su secreto y de que su rostro, ardiente con el rubor de la vergüenza, la había traicionado.

—En ese caso se habría portado mal y yo no me preocuparía de él —respondió Várenka, dándose perfecta cuenta de que ya no estaban hablando de ella, sino de Kitty.

—Pero ¿y la ofensa? —preguntó Kitty—. Es imposible olvidar la ofensa. Imposible —añadió, recordando cómo había mirado a Vronski en el último baile, cuando cesó la música.

—Pero ¿a qué ofensa se refiere? ¿Acaso se comportó usted mal?

—Peor aún: actué de modo vergonzoso.

Várenka movió la cabeza y puso su mano en la de Kitty.

—¿Por qué vergonzoso? —preguntó—. Estoy segura de que no le confesó usted su amor a un hombre que la trataba con indiferencia.

—Pues claro que no. Nunca le dije ni una palabra, pero él lo sabía. No, no, hay

miradas, hay gestos… Aunque viva cien años, jamás olvidaré esa afrenta.

—¿Por qué? No lo entiendo. La cuestión es si sigue usted enamorada de él o no —dijo Várenka, yendo al meollo del asunto.

—Le odio. Y no puedo perdonarme.

—¿Qué es lo que no puede perdonarse?

—La vergüenza, la ofensa.

—¡Ah, si todo el mundo fuera tan sensible como usted! —replicó Várenka—. No hay muchacha que no haya pasado por algo parecido. No tiene tanta importancia.

—¿Y entonces qué la tiene? —preguntó Kitty, mirándola a la cara con sorpresa y curiosidad.

—Ah, muchas cosas —respondió Várenka, sonriendo.

—¿Qué, por ejemplo?

—Hay cosas mucho más importantes —respondió Várenka, sin saber qué decir.

En ese momento la princesa gritó desde la ventana:

—¡Kitty, hace fresco! ¡Ven a ponerte un chal o entra en casa!

—¡Ya es hora de que me vaya! —dijo Várenka, levantándose—. Aún tengo que ir a ver a madame Berthe. Me lo ha pedido.

Kitty la sujetaba por la mano y le preguntaba con una mirada llena de súplica y apasionada curiosidad: «¿Cuáles son esas cosas importantes que proporcionan tanta serenidad? Usted lo sabe. ¡Dígamelo!». Pero Várenka no entendió el sentido de esa mirada. Sólo pensaba en que tenía que visitar a madame Berthe antes de volver a casa de *maman*, para tomar el té a las doce. Entró en el salón, cogió las partituras, se despidió de todos y se dispuso a marcharse.

—Permítame que la acompañe —dijo el coronel.

—Claro —dijo la princesa—. ¿Cómo va a ir sola de noche? Permita al menos que la acompañe Parasha.

Kitty se dio cuenta de que Várenka apenas pudo contener una sonrisa cuando le sugirieron la necesidad de que alguien la acompañara.

—No se preocupen. Voy sola a todas partes y nunca me ha pasado nada —replicó, cogiendo el sombrero.

Y, después de besar una vez más a Kitty, a quien no había revelado lo que de verdad era importante, se internó en la semipenumbra de la noche estival y se alejó con paso decidido, las partituras bajo el brazo, llevándose el secreto de esa calma y esa dignidad tan envidiables.

XXXIII

Kitty conoció también a madame Stahl, y esa relación, así como la amistad con Várenka, no sólo ejerció una gran influencia sobre ella, sino que la ayudó a aliviar su dolor. Gracias a esas dos personas se le abrió un mundo completamente nuevo, que no tenía nada en común con su pasado; un mundo elevado, hermoso, desde cuya cima podía contemplar su vida anterior con tranquilidad. Había descubierto que, además de esa vida instintiva que había llevado hasta entonces, existía otra espiritual, revelada por la religión, pero una religión muy diferente de la que Kitty conocía desde niña, que consistía en asistir a los oficios y vísperas del Asilo de Viudas,[18] donde podía encontrarse con conocidos suyos, y en aprenderse de memoria textos en eslavo eclesiástico[19] con ayuda de un sacerdote. La de ahora era una religión elevada, misteriosa, ligada a toda clase de ideas y sentimientos hermosos, en la que se podía creer no sólo por deber, sino también por amor.

Kitty no se enteró de todo eso porque alguien se lo dijera. Madame Stahl la trataba como si fuera una niña encantadora, a quien uno contempla con agrado, como se contemplan los recuerdos de la propia juventud. Sólo en una ocasión mencionó que todos los pesares humanos hallan consuelo en el amor y en la fe, y que para la infinita misericordia de Cristo no existen dolores insignificantes, pero en seguida cambió de conversación. No obstante, en cada gesto suyo, en cada palabra, en cada una de sus miradas «celestiales», como las denominaba Kitty, y, sobre todo, en la historia de su vida, que había conocido por boca de Várenka, se daba cuenta de «lo que era importante» y de lo que había ignorado hasta entonces.

Pero, por muy noble que fuera el carácter de madame Stahl, por muy conmovedora que fuera la historia de su vida, por muy elevada y edificante que fuera su conversación, Kitty no podía dejar de advertir algunos rasgos que la desconcertaban. Un día, por ejemplo, al preguntarle por su familia, se dio cuenta de que sonreía con desprecio, algo contrario a lo que predicaba la caridad cristiana. En otra ocasión en que la visitó un sacerdote católico, se las ingenió para que su rostro quedara en la sombra de la pantalla de la lámpara, y aprovechó la circunstancia para sonreír de un modo particular. Aunque eran dos detalles bastante nimios, la confundieron y le hicieron dudar de madame Stahl. En cambio, Várenka, sola en el mundo, sin familia, sin amigos, con ese triste desengaño, que no deseaba nada ni se lamentaba de nada, era el modelo de perfección con el que Kitty apenas se permitía soñar. Su ejemplo le demostró que para ser feliz, gozar de tranquilidad y sentirse a gusto había que olvidarse de uno mismo y amar al prójimo. Y a eso aspiraba Kitty. Ahora que comprendía con claridad qué era *lo más importante*, ya no se contentaba con admirarlo, sino que se entregó en cuerpo y alma a ese nuevo género de vida que se le había revelado. A partir de los relatos de Várenka sobre las actividades de

madame Stahl y de otras personas a las que mencionaba, Kitty había trazado un plan de su vida futura. Como Aline, la sobrina de madame Stahl, de la que tanto le había hablado Várenka, pensaba buscar a los desgraciados, dondequiera que estuviese, ayudarlos en lo que pudiera, repartirles Evangelios, leerles los textos sagrados a los enfermos, a los moribundos, a los criminales. La idea de leerle los Evangelios a los criminales, como hacía Aline, atraía especialmente a Kitty. Pero esos planes no eran más que sueños secretos, que Kitty no confesaba ni a su madre ni a Várenka.

Por otro lado, mientras llegaba el momento de realizar esos proyectos a gran escala, encontraba bastantes ocasiones de poner en práctica, a imitación de Várenka, esas nuevas reglas en el balneario, donde no faltaban los enfermos y los desdichados.

Al principio la princesa sólo reparó en que Kitty se hallaba bajo la profunda influencia de su *engouement*, como decía ella, por madame Stahl y sobre todo por Várenka. Se daba cuenta de que no sólo imitaba a Várenka en sus actividades, sino que involuntariamente había hecho suya su manera de andar, de expresarse, de guiñar los ojos. Y no tardó en adivinar que, más allá de su fascinación por esa muchacha, su hija estaba sufriendo una grave crisis interior.

La princesa observó que leía por las noches un Evangelio francés que madame Stahl le había regalado, algo que nunca había hecho antes; que evitaba a sus conocidos de la alta sociedad y, en cambio, se interesaba por los enfermos que se hallaban bajo la protección de Várenka, sobre todo por la familia de un pintor pobre y enfermo llamado Petrov. Por lo visto, Kitty se enorgullecía de desempeñar el papel de enfermera de esas personas. Todo eso estaba muy bien, y la princesa no tenía nada que objetar, tanto más cuanto que la mujer de Petrov era una mujer intachable y que la *Fürstin*, habiendo reparado en la actividad de Kitty, la había alabado, llamándola «ángel consolador». En fin, una situación ideal, de no haber mediado cierta exageración. Al darse cuenta de que su hija se excedía en su celo, la princesa se vio en la obligación de prevenirla:

—*Il ne faut jamais rien outrer*[20] —le había dicho.

Kitty no le respondía, pero pensaba para sus adentros que no cabe hablar de excesos cuando se trata de obras cristianas. ¿Qué exageración puede haber en seguir unos preceptos que enseñan a ofrecer la otra mejilla y a entregar la camisa cuando le quitan a uno el abrigo? Pero a la princesa no le gustaban esos extremos, y aún menos la sospecha de que Kitty no quería abrirle su alma por entero. En efecto, la joven ocultaba a su madre sus nuevas ideas y sentimientos. Antes se los habría revelado a cualquier otra persona.

—Hace tiempo que Anna Pávlovna no nos visita —le dijo un día la princesa, refiriéndose a la mujer de Petrov—. La he invitado, pero me ha dado la impresión de que estaba molesta.

—Pues yo no he notado nada, *maman* —repuso Kitty, ruborizándose.

—¿Has pasado por su casa estos días?

—Mañana vamos a ir de excursión a las montañas —respondió Kitty.

—Me parece muy bien —dijo la princesa, reparando en la expresión turbada de su hija y tratando de adivinar la causa.

Ese mismo día Várenka fue a comer con ellas y les anunció que Anna Pávlovna había cambiado de opinión y no participaría en la excursión. La princesa observó que Kitty volvía a ruborizarse.

—Kitty, ¿no habrás tenido algún incidente desagradable con los Petrov? —le preguntó la princesa, cuando se quedaron solas—. ¿Por qué ha dejado de venir por aquí y de mandar a sus hijos?

Kitty contestó que no había sucedido nada y que no tenía la menor idea de por qué Anna Pávlovna podía estar disgustada. Y decía la verdad. Desconocía la razón que había motivado el cambio de actitud de Anna Pávlovna, aunque se lo imaginaba. Pero esas sospechas no podía comunicárselas a su madre, ni siquiera se atrevía a confesárselas a sí misma. Tan terrible y vergonzoso sería equivocarse.

Una y otra vez repasaba en la memoria sus encuentros con esa familia. Recordaba la alegría infantil que expresaba el rostro redondeado y bondadoso de Anna Pávlovna en sus primeras visitas, sus conciliábulos secretos sobre el enfermo, sus conspiraciones para apartarlo del trabajo, que tenía prohibido, y sacarlo de paseo; el encariñamiento del hijo menor, que la llamaba «mi Kitty» y se negaba a irse a la cama si ella no lo acompañaba. ¡Qué agradable era todo! Evocó luego la figura delgadísima de Petrov, su cuello largo, su levita de color marrón, sus ralos cabellos revueltos, sus inquisitivos ojos azules, que tan terribles le parecían al principio, y sus desesperados esfuerzos por parecer animado y alegre en su presencia. Qué difícil le había resultado en un principio vencer la repugnancia que le inspiraba ese hombre, como todos los tuberculosos, y cuánto le había costado encontrar temas de conversación. Recordó aquella mirada tímida y conmovida que le dirigía, su extraño sentimiento de compasión y torpeza, y también la conciencia de su propia virtud. ¡Qué maravilloso parecía todo entonces! Pero esa situación duró poco. Desde hacía algunos días se había producido un brusco cambio. Anna Pávlovna recibía a Kitty con una amabilidad fingida y no dejaba de observarla cuando estaba con su marido.

¿Podía deberse la frialdad de Anna Pávlovna a la conmovedora alegría que se apoderaba del enfermo cuando Kitty se aproximaba?

«Sí —se decía—. Parecía otra persona, muy distinta de la bondadosa Anna Pávlovna a la que estaba acostumbrada, cuando anteayer me dijo con despecho: "Pues sí, la ha estado esperando. No ha querido tomar el café sin usted, a pesar de lo débil que se sentía".

»Sí, puede que también le molestara que le acercara una manta. Lo hice con sencillez, pero él la cogió con tanta torpeza y me lo agradeció tanto que me sentí

incómoda. Y luego está ese retrato mío que tan bien le ha quedado. Pero lo principal es esa mirada confusa y tierna. ¡Sí, sí, es por eso! —se repetía Kitty horrorizada—. ¡No! ¡No puede ser! ¡No debe ser! ¡Es tan digno de lástima!», se dijo a continuación.

Esas dudas envenenaban el encanto de su nueva vida.

XXXIV

Poco antes de que Kitty terminara su cura de aguas, el príncipe Scherbatski, que después de su estancia en Carlsbad se había trasladado a Baden y Kissingen para visitar a algunos compatriotas y respirar un poco de aire ruso, como decía él, se reunió con su familia.

Marido y mujer tenían puntos de vista completamente opuestos sobre la vida en el extranjero. A la princesa le parecía todo maravilloso y, a pesar de su sólida posición en la sociedad rusa, en el extranjero procuraba parecerse a una dama europea. Pero, como era una señora rusa de los pies a la cabeza, tenía que fingir, algo que le resultaba bastante molesto. El príncipe, por el contrario, lo encontraba todo detestable. Le desagradaba la vida europea, no renunciaba a ninguna de sus costumbres rusas y se esforzaba por parecer menos europeo de lo que era en realidad.

El príncipe había vuelto más delgado, con bolsas debajo de los ojos, pero en la más alegre disposición de ánimo, que no hizo más que reforzarse cuando vio a Kitty completamente restablecida. La noticia de que su hija había trabado amistad con madame Stahl y con Várenka y las observaciones de la princesa sobre el cambio que se había operado en ella le preocuparon. No sólo se exacerbaron esos celos que sentía cuando su hija se interesaba por algo, sino también el temor de que pudiera sustraerse a su influencia, internándose en unas regiones que a él le estaban vedadas. Pero las noticias desagradables se sumergieron en el mar de bondad y alegría que lo embargaba siempre y que había aumentado desde que había tomado las aguas en Carlsbad.

Al día siguiente de su llegada, el príncipe, con su abrigo largo, esas arrugas tan rusas y sus mejillas fofas, sostenidas por el cuello almidonado, se dirigió al balneario con su hija. Seguía de un humor excelente.

La mañana era espléndida. Las limpias y encantadoras casitas con sus jardincillos, las alegres y hacendosas criadas alemanas, de manos rojas y rostros rubicundos por la cerveza, y el sol ardiente llenaban de regocijo el corazón. Pero, cuanto más se acercaban al manantial, más frecuentes eran los encuentros con los enfermos, cuyo aspecto lastimoso destacaba aún más en ese ambiente tan bien organizado. A Kitty ya no le afectaba ese contraste. El sol brillante, el jovial destello de las frondas y los sones musicales constituían el cuadro natural de esos rostros conocidos, con sus cambios a mejor o a peor que tanto le interesaban. Pero para el príncipe, la luz y el resplandor de esa mañana de junio, los acordes de la orquesta, que tocaba un alegre vals de moda, y, sobre todo, la presencia de esas criadas rozagantes le parecían indecentes y monstruosos al lado de esos moribundos de movimientos torpes, venidos de todos los rincones de Europa.

A pesar de que se sentía orgulloso y como rejuvenecido llevando a su hija del

brazo, su paso firme y sus miembros vigorosos, cubiertos de grasa, le llenaban de vergüenza y confusión. Era como encontrarse vestido de calle en una reunión de etiqueta.

—Preséntame a tus nuevos amigos —le dijo a su hija, apretándole el brazo con el codo—. Hasta está empezando a gustarme este odioso Soden, por haberte hecho tanto bien. Pero ¡qué tristeza se respira aquí! ¿Quién es ése?

Kitty le iba nombrando tanto a los conocidos como a los desconocidos con los que se encontraban. A la entrada misma del parque se toparon con madame Berthe y su acompañante, y el príncipe se alegró al contemplar la expresión enternecida de la vieja ciega cuando escuchó la voz de Kitty. Haciendo gala de esa exagerada amabilidad tan típica de los franceses, la dama se apresuró a felicitar al príncipe por tener una hija tan encantadora, la puso por las nubes, afirmó que era un tesoro, una perla, un ángel consolador.

—En ese caso, es el ángel número dos —replicó el príncipe, sonriendo—. Pues ella misma afirma que el ángel número uno es mademoiselle Várenka.

—¡Ah, mademoiselle Várenka es un auténtico ángel! *Allez* —corroboró madame Berthe.

En la galería se encontraron con Várenka, que iba rápidamente a su encuentro, llevando un elegante bolso de color rojo.

—¡Mira, ha llegado papá! —le dijo Kitty.

Con la naturalidad y sencillez que le eran propias, Várenka hizo un ademán que se quedaba a medio camino entre un saludo y una reverencia, y acto seguido se puso a hablar con el príncipe en el tono desenvuelto que empleaba con todo el mundo.

—Ni que decir tiene que la conozco a usted, y mucho —le dijo el príncipe con una sonrisa, y Kitty se quedó muy complacida al comprobar que a su padre le gustaba su amiga—. ¿Adonde va usted tan apresurada?

—*Maman* está aquí —respondió ella, dirigiéndose a Kitty—. No ha dormido en toda la noche, y el médico le ha aconsejado que salga. Voy a llevarle su labor.

—¡Así que éste es el ángel número uno! —dijo el príncipe, una vez que Várenka se hubo alejado.

Kitty se dio cuenta de que a su padre le habría gustado burlarse de Várenka, pero que no había sido capaz de hacerlo, porque le había gustado.

—Bueno, ya iremos viendo a todos tus amigos, y también a madame Stahl, si es que se digna reconocerme.

—¿Es que acaso la conoces, papá? —preguntó Kitty con cierto temor, reparando en la chispa de ironía que centelleó en los ojos de su padre cuando pronunció el nombre de madame Stahl.

—Traté a su marido, y también un poco a ella, antes de que se uniera a los pietistas.

—¿Quiénes son esos pietistas, papá? —preguntó Kitty, asustada al ver que aquello que tanto apreciaba en madame Stahl tenía un nombre.

—Pues la verdad es que yo tampoco lo sé muy bien. Lo único que puedo decirte es que le da las gracias a Dios por todo, por cualquier desgracia. También le agradece la muerte de su marido, lo cual no deja de ser cómico, visto lo mal que se llevaban. ¿Quién es ése? ¡Vaya cara tan triste tiene! —añadió, reparando en un enfermo de baja estatura que estaba sentado en un banco, con un abrigo de color marrón y unos pantalones blancos, que formaban unos pliegues extraños en sus piernas descarnadas.

El señor en cuestión levantó el sombrero de paja, dejando al descubierto sus cabellos ralos y revueltos, así como una frente alta con un cerco rojo por la presión del sombrero.

—Se llama Petrov, y es pintor —respondió Kitty, ruborizándose—. Y ésa es su esposa —añadió, señalando a Anna Pávlovna, que en ese preciso instante, como hecho a propósito, se levantó para ir a buscar a un niño que corría por la alameda.

—¡Qué cara tan lastimosa y agradable tiene! —exclamó el príncipe—. ¿Por qué no te acercas? Parece que quiere decirte algo.

—Bueno, vamos a ver —dijo Kitty, volviéndose con decisión—. ¿Qué tal se encuentra hoy? —le preguntó a Petrov.

El pintor se levantó, apoyándose en el bastón, y miró al príncipe con timidez.

—Kitty es mi hija —dijo éste—. Encantado de conocerle.

Petrov saludó y sonrió, dejando al descubierto unos dientes de una blancura excepcional.

—La estuvimos esperando ayer, señorita —le dijo a Kitty.

Al pronunciar esas palabras, se tambaleó, y en seguida repitió el mismo movimiento, como tratando de demostrar que lo había hecho adrede.

—Y habría ido, si Anna Pávlovna no hubiera mandado recado a Várenka de que no iban a salir ustedes.

—¿Cómo? —dijo Petrov, enrojeciendo. A continuación sufrió un ataque de tos y buscó a su mujer con los ojos—. ¡Aneta, Aneta! —dijo en voz alta, y las gruesas venas de su cuello blanco y fino se tensaron como cuerdas. Anna Pávlovna se acercó —. ¿Por qué mandaste recado a la princesa de que no íbamos a salir? —le susurró con enfado, casi sin voz.

—¡Hola, señorita! —dijo Anna Pávlovna con una sonrisa forzada y una actitud totalmente distinta a la que solía mostrar antes—. Me alegro mucho de conocerle — añadió, dirigiéndose al príncipe—. Hace tiempo que le esperábamos.

—¿Por qué mandaste recado a la princesa de que no íbamos a salir? —repitió el pintor con un susurro ronco, aún más enfadado, sin duda porque le fallaba la voz y no podía dar a sus palabras la entonación deseada.

—¡Ah, Dios mío! Pensaba que no iríamos —le respondió su mujer con irritación.

—Pero cómo es posible, cuándo… —En ese momento tuvo otro ataque de tos e hizo un gesto con la mano.

El príncipe se descubrió y se alejó en compañía de su hija.

—¡Ah, pobre gente! —exclamó, exhalando un profundo suspiro.

—Sí, papá —replicó Kitty—. Y fíjate, tienen tres niños, carecen de criados y apenas disponen de medios de subsistencia. Él recibe algún dinero de la Academia —prosiguió Kitty con animación, tratando de disimular la turbación que le había causado el extraño cambio de actitud de Anna Pávlovna—. Por ahí viene madame Stahl —añadió, señalando un cochecito en el que, entre almohadones y bajo una sombrilla, se distinguía algo así como un bulto azul y gris.

En efecto, era madame Stahl. Un trabajador alemán, robusto y de aire sombrío, tiraba de la silla. A su lado iba un conde sueco de cabellos rubios al que Kitty conocía de nombre. Algunos enfermos aminoraban el paso cuando llegaban a la altura del cochecito y se quedaban mirando a la señora que iba en su interior como si fuera algo extraordinario.

El príncipe se acercó a ella y Kitty volvió a percibir en sus ojos esa chispa de ironía que tanto la turbaba. Después de saludarla, se puso a hablar en un francés excelente, como muy pocos hablan hoy, expresándose con extremada amabilidad y cortesía.

—No sé si se acordará usted de mí, pero me veo en la obligación de recordarle que nos conocemos para agradecerle las atenciones que ha tenido con mi hija —le dijo, descubriéndose y quedándose con el sombrero en la mano.

—El príncipe Aleksandr Scherbatski —dijo madame Stahl, levantando hasta él sus ojos celestiales, en los que Kitty creyó advertir un matiz de disgusto—. Me alegro de volver a verle. Me he encariñado mucho de su hija.

—¿Sigue usted mal de salud?

—Sí, pero ya estoy acostumbrada —dijo madame Stahl, y presentó al príncipe al conde sueco.

—Ha cambiado usted muy poco —observó el príncipe—. No he tenido el placer de verla en estos últimos diez u once años.

—Sí, Dios nos da la cruz y también las fuerzas para llevarla. A menudo me pregunto por qué será tan larga esta vida… ¡Por el otro lado! —añadió irritada, dirigiéndose a Várenka, que le había envuelto las piernas en la manta de un modo que no le satisfacía.

—Probablemente para hacer el bien —dijo el príncipe, con ojos risueños.

—No nos compete a nosotros juzgarlo —replicó madame Stahl, que había captado ese matiz de ironía en la mirada del príncipe—. Entonces, ¿me enviará usted ese libro, querido conde? Se lo agradeceré mucho —agregó, volviéndose hacia el joven sueco.

—¡Ah! —exclamó el príncipe, descubriendo la presencia del coronel moscovita no lejos de allí, y, después de despedirse de madame Stahl, se alejó en compañía de su hija para reunirse con él.

—¡Ahí tiene usted a nuestra aristocracia, príncipe! —exclamó el coronel moscovita, deseando mostrarse sarcástico. Estaba enojado con madame Stahl porque no había manifestado el menor deseo de relacionarse con él.

—Siempre la misma —respondió el príncipe.

—¿Cuando la conoció usted gozaba aún de buena salud o ya tenía que guardar cama?

—Precisamente entonces cayó enferma —respondió el príncipe.

—Dicen que lleva diez años sin levantarse.

—No se levanta porque tiene una pierna más corta que otra. Y con esa figura tan horrible…

—¡No puede ser, papá! —exclamó Kitty.

—Pues es lo que dicen las malas lenguas, amiguita. En cuanto a tu Várenka, la compadezco —prosiguió—. ¡Ah, estas señoras enfermas!

—¡Ah, no, papá! —protestó Kitty con calor— ¡Várenka la adora! Además, ¡hace tanto bien! ¡Pregúntaselo a quien quieras! Todo el mundo conoce a madame Stahl y a Aline.

—Tal vez —repuso el príncipe, apretándole el brazo con el codo—. Pero, cuando se hace el bien, es preferible que nadie lo sepa.

Kitty guardó silencio, no porque no tuviera nada que responder, sino porque no quería revelar sus pensamientos secretos, ni siquiera ante su padre. No obstante, por extraño que pueda parecer, aunque estaba dispuesta a no someterse a los juicios de su padre ni a permitirle que entrara en su santuario más íntimo, se dio cuenta de que la imagen divina de madame Stahl, que desde hacía un mes llevaba en su alma, se desvanecía para siempre, como desaparece la figura formada por un vestido tirado en cuanto se da uno cuenta de que sólo se trata de una prenda de ropa. Sólo quedaba una mujer con una pierna más corta que otra, que se pasaba el día en la cama porque tenía una figura horrible y que atormentaba a la sumisa Várenka porque no la tapaba con la manta como ella quería. Y ningún esfuerzo de la imaginación pudo devolverle la antigua imagen de madame Stahl.

XXXV

El príncipe contagió su alegre estado de ánimo a sus familiares, a sus conocidos y hasta al propietario alemán de la casa en la que se hospedaban los Scherbatski.

Al volver del balneario con su hija, después de invitar a tomar café al coronel, a Maria Yevguénevna y a Várenka, ordenó que sacaran una mesa y unos sillones al jardín, debajo de un castaño, y dispuso que sirvieran allí el desayuno. Tanto el propietario como los criados se animaron bajo la influencia de su alegría, tanto más cuanto que conocían su generosidad. Al cabo de media hora el médico enfermo de Hamburgo que vivía en el piso de arriba contempló con envidia por la ventana a ese jovial grupo de rusos rebosantes de salud, reunidos al pie del castaño. Bajo los temblorosos círculos de penumbra que proyectaban las hojas, ante la mesa con cafeteras, pan, mantequilla, queso y fiambres, todo ello sobre el blanquísimo mantel, estaba sentada la princesa, la cabeza engalanada con un gorro de cintas de color lila, repartiendo tazas y bocadillos. Al otro extremo se hallaba el príncipe, que comía con apetito y conversaba en voz alta y animada. Había dispuesto a su alrededor las compras que había hecho: cofrecillos de madera labrada, baratijas, plegaderas de todo tipo, que había adquirido sin medida en todos los balnearios y que ahora distribuía entre los presentes, sin excluir a la criada Linchen y al propietario, con el que bromeaba en su alemán tan defectuoso como cómico, asegurándole que no habían sido las aguas las que habían curado a Kitty, sino su excelente cocina, sobre todo la compota de ciruelas pasas. La princesa se burlaba de las costumbres rusas de su marido, pero nunca se había mostrado tan animada y alegre desde que estaban en el balneario. El coronel, como siempre, se reía de las bromas del príncipe; pero, en lo que respecta a Europa, que había estudiado a fondo, según creía, compartía la opinión de la princesa. La bondadosa Maria Yevguénevna se partía de risa con las ocurrencias del anfitrión. En cuanto a Várenka, cuando oía los chistes del príncipe, dejaba escapar una risita discreta pero contagiosa, para gran sorpresa de Kitty.

El espectáculo divertía a Kitty, aunque no podía olvidarse de su preocupación. No lograba resolver el enigma que su padre le había planteado involuntariamente con sus frívolos comentarios sobre sus amigos y esa vida a la que tanto se había aficionado. A semejante cuestión había que añadir el cambio de actitud de Anna Pávlovna, que acababa de manifestarse de forma tan evidente como desagradable. Todo el mundo estaba alegre, pero Kitty no podía compartir ese estado de ánimo, y eso la hacía sufrir aún más. Experimentaba una sensación semejante a la de una niña cuando la castigan encerrándola en su habitación, desde donde oye las risas despreocupadas de su hermana.

—¿Y qué necesidad tenías de comprar todas estas bagatelas? —preguntó la princesa, sonriendo y tendiendo a su marido una taza de café.

—Pues verás, sale uno de paseo y, en cuanto se acerca a una tienda, ya le están pidiendo que compre algo: «*Erlaucht, Excellenz, Durchlaucht!*».[21] Bueno, pues en cuanto me decían *Durchlaucht*, ya no me podía contener y sacaba diez táleros.

—Una forma de matar el aburrimiento —dijo la princesa.

—Desde luego. Me aburría tanto, querida, que no sabía dónde meterme.

—¿Cómo puede aburrirse usted, príncipe? Hay tantas cosas interesantes en Alemania —intervino Maria Yevguénevna.

—Sí, las conozco todas: la compota de ciruelas y el salchichón con guisantes. Para qué seguir.

—Diga usted lo que quiera, príncipe, pero sus instituciones son interesantes —dijo el coronel.

—¿Y qué tienen de interesantes? Los alemanes no caben en sí de gozo: han vencido a todo el mundo. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Yo no he vencido a nadie. En cambio, tengo que quitarme las botas yo mismo y dejarlas en el pasillo, delante de la puerta. Por la mañana, nada más levantarse, hay que vestirse y bajar al comedor para tomar un té malísimo. ¡En casa es otra cosa! Se despierta uno poco a poco, se enfada por cualquier motivo, refunfuña un rato, acaba de despabilarse, pone en orden sus pensamientos, se lo toma todo con calma.

—Pero el tiempo es oro, no lo olvide —dijo el coronel.

—¿Qué tiempo? Hay meses enteros que no valen ni cincuenta kopeks. En cambio, a veces una simple media hora no se puede pagar con nada. ¿No es verdad, Kitty? ¿Qué te pasa? Pareces preocupada.

—No es nada.

—¿Adonde va usted? Quédese un poco más —añadió el príncipe, dirigiéndose a Várenka.

—Tengo que volver a casa —dijo Várenka, y se puso en pie, sin poder contener otro ataque de risa.

Una vez que logró dominarse, se despidió y entró en la casa para ponerse el sombrero. Kitty la siguió. Hasta Várenka se le presentaba ahora bajo una luz diferente. No es que fuera peor, sino distinta de como antes se la había imaginado.

—¡Ah, hacía tiempo que no me reía tanto! —dijo, mientras cogía la sombrilla y el bolso—. ¡Qué simpático es su padre!

Kitty callaba.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó Várenka.

—*Maman* quería visitar a los Petrov. ¿Va a pasar usted por allí? —preguntó Kitty para sondearla.

—Sí —respondió su amiga—. Se disponen a partir, y he prometido ayudarles a hacer el equipaje.

—Bueno, entonces iré también yo.

—No, ¿para qué va a ir?

—¿Para qué? ¿Para qué? ¿Para qué? —preguntó Kitty, poniendo los ojos como platos y apoyando la mano en la sombrilla de Várenka para que no se marchara—. No, espere un momento. ¿Por qué le parece que no tengo que ir?

—Pues porque su padre acaba de llegar. Además, los Petrov se cohíben en presencia de usted.

—No, dígame usted por qué no quiere que los visite con frecuencia. Porque me doy cuenta de que no lo quiere. ¿Por qué?

—Yo no he dicho eso —respondió Várenka con serenidad.

—¡No, por favor, dígamelo!

—¿Se lo digo todo? —preguntó Várenka.

—¡Todo, todo! —insistió Kitty.

—La verdad es que la cosa no tiene nada de particular. El caso es que Mijaíl Alekséievich —así se llamaba el pintor—, que antes sólo hablaba de partir, ahora no quiere marcharse —dijo Várenka, sonriendo.

—¿Y qué? ¿Y qué? —la apremió Kitty, mirándola con expresión sombría.

—Entonces Anna Pávlovna aseguró que no quería irse para seguir viéndola a usted. Naturalmente, el comentario estaba fuera de lugar. Pero acto seguido se produjo una fuerte discusión. Ya sabe usted lo irritables que son estos enfermos.

Kitty, cada vez más contrariada, guardaba silencio; Várenka, por su parte, no dejaba de hablar, tratando de aplacarla y calmarla, pues se daba cuenta de que estaba a punto de estallar, aunque no sabía si en un torrente de palabras o de lágrimas.

—Por eso es mejor que no vaya… Espero que lo entienda usted y que no se ofenda…

—¡Me lo merezco! ¡Me lo merezco! —dijo de pronto Kitty, arrancando la sombrilla de manos de Várenka, sin mirarla a los ojos.

Várenka estuvo a punto de sonreír, viendo la ira infantil de su amiga, pero se contuvo, pues temía ofenderla.

—¿Cómo que se lo merece? No lo entiendo —dijo.

—Me lo merezco porque todo era hipocresía, porque no me salía del corazón. ¿Qué necesidad tenía de ocuparme de un extraño? Y ahora resulta que soy la causa de una discusión, que me he metido donde nadie me llamaba. ¡Todo ha sido una hipocresía! ¡Una hipocresía! ¡Una hipocresía!…

—Pero ¿qué necesidad tenía de fingir? —preguntó Várenka en voz baja.

—¡Ah, qué cosa más absurda y repugnante! No, no tenía ninguna necesidad de fingir… ¡Todo ha sido una hipocresía! —repetía, abriendo y cerrando la sombrilla.

—Pero ¿con qué fin fingía?

—Para parecer mejor ante los demás, ante mí misma y ante Dios. Para engañar a todos. No, esto no volverá a ocurrir. Prefiero ser mala, antes que mentir y engañar.

—Pero ¿quién engaña? —dijo Várenka en tono de reproche—. Habla usted como…

Pero Kitty, presa de uno de esos ataques de cólera, no la dejó terminar.

—No me refiero a usted, no me refiero a usted en absoluto. Usted es perfecta. Sí, sí, sé que todas ustedes son perfectas. Pero ¿qué le voy a hacer si yo soy mala? Nada de esto habría sucedido si yo no fuese mala. Es mejor que siga siendo como soy, que deje de fingir. ¿Qué me importa a mí Anna Pávlovna? Que vivan a su manera y yo viviré a la mía. No puedo ser de otra manera… Además, todo esto no es lo que pensaba…

—¿Qué quiere decir? —preguntó Várenka, perpleja.

—Pues que no es lo que pensaba. Yo sólo puedo vivir siguiendo los impulsos de mi corazón, mientras que para ustedes no existen más que las reglas. ¡Mientras yo le he tomado cariño, usted por lo visto sólo se preocupaba de salvarme e instruirme!

—Es usted injusta —dijo Várenka.

—No estoy hablando de los demás, sino de mí misma.

—¡Kitty! —gritó en ese momento la princesa—. Ven a enseñarle tu collar a papá.

Con ademán orgulloso y sin haberse reconciliado con su amiga, Kitty cogió de la mesa el estuche con el collar y salió al jardín.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan colorada? —le preguntaron su madre y su padre a una sola voz.

—Nada —respondió ella—. En seguida vuelvo —añadió, y echó a correr.

«¡Sigue ahí! Dios mío, ¿qué voy a decirle? ¿Qué he hecho? ¿Qué le he dicho? ¿Por qué la he ofendido? ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué puedo decirle?», pensó Kitty, deteniéndose en el umbral de la puerta.

Várenka, con el sombrero puesto, estaba sentada cerca de la mesa y examinaba el muelle de la sombrilla, que Kitty había roto. De pronto alzó la cabeza.

—¡Várenka, perdóneme! ¡Perdóneme! —murmuró Kitty, acercándose—. No recuerdo lo que le he dicho…

—La verdad es que nunca he tenido intención de disgustarla —dijo Várenka con una sonrisa.

Hicieron las paces. Pero la llegada de su padre cambió por completo el mundo en el que Kitty había vivido. Sin renunciar a todo lo que había aprendido, reconoció que se había engañado al pensar que podría llegar a convertirse en la persona que le habría gustado ser. Era como si hubiera despertado de un sueño. Comprendió lo difícil que sería elevarse a una altura tan grande sin recurrir a hipocresías ni caer en el orgullo. Además, se dio cuenta de lo amargo que era ese mundo lleno de dolores, enfermos y moribundos en el que había estado viviendo. Se le antojaban insufribles los esfuerzos que había hecho para acostumbrarse a todo eso, y sentía una necesidad

imperiosa de respirar aire puro, de regresar a Rusia, a Yergushovo, en donde ya se encontraban Dolly y sus hijos, como había sabido por una carta.

Pero su afecto por Várenka no se resintió. Al despedirse, le rogó que fuera a visitarlos en Rusia.

—Iré cuando se case usted —le dijo Várenka.

—No me casaré jamás.

—Entonces nunca iré.

—En ese caso, no me queda más remedio que casarme. Pero ¡no se olvide usted de su promesa! —añadió Kitty.

La predicción del médico se había cumplido. Kitty volvió restablecida a casa, a Rusia. Ya no se mostraba tan despreocupada y alegre como antes, pero estaba tranquila, y aquellos tormentos que había padecido en Moscú sólo formaban parte del recuerdo.

TERCERA PARTE

I

Serguéi Ivánovich Kóznishev quería descansar del intenso trabajo intelectual al que se había entregado en los últimos tiempos y, en lugar de emprender un viaje al extranjero, como tenía por costumbre, a finales del mes de mayo se trasladó a Pokróvskoie. Estaba convencido de que no había mejor vida que la campestre, y se disponía a disfrutar de ella en la hacienda de su hermano. Konstantín Levin se alegró mucho de verle, tanto más cuanto que ya no esperaba a su hermano Nikolái ese verano. En cualquier caso, a pesar del afecto y el respeto que profesaba a Serguéi Ivánovich, no se sentía a gusto cuando lo visitaba. Le molestaba, y hasta le desagradaba, la actitud de su hermano ante la vida rural. Para Konstantín Levin el campo era el lugar en el que había decidido pasar su existencia, y a él estaban ligadas todas sus alegrías, todas sus penas, todos sus esfuerzos; para Serguéi Ivánovich, en cambio, no era más que un agradable lugar de reposo y un saludable antídoto para todas esas corrupciones de la vida urbana, que él tomaba con placer, convencido de su utilidad. Para Konstantín Levin el campo era beneficioso porque le permitía ocuparse de labores de indiscutible valía; para Serguéi Ivánovich el principal atractivo era que permitía y hasta propiciaba la ociosidad. Además, la actitud de Serguéi Ivánovich con los campesinos también le irritaba un tanto. Serguéi Ivánovich pretendía conocer y estimar a los campesinos, y a menudo conversaba con los mujiks, algo que sabía hacer muy bien, sin fingimientos ni afectación, y de todas esas charlas extraía conclusiones generales en favor del pueblo, que luego sacaba a colación para demostrar que lo conocía. Esa forma de proceder molestaba a Konstantín Levin, para quien el pueblo no era más que el principal colaborador en una tarea común. A pesar de todo su respeto y de su amor fraternal, que seguramente había mamado con la leche de su nodriza aldeana, como decía él, como colaborador de esa tarea común, a veces se entusiasmaba con el vigor, la mansedumbre y el sentido de la justicia de esa gente; en otras ocasiones, cuando las faenas requerían cualidades distintas, la tomaba con ellos por su desidia, su suciedad, sus borracheras y sus mentiras. Si le preguntaran si quería a los campesinos, no habría sabido qué responder. Los quería y no los quería, como a la gente en general. Naturalmente, al ser un hombre de buen corazón, se sentía más inclinado a amar al prójimo, y, por tanto, también a los campesinos. Pero no podía querer o dejar de querer al pueblo, como si fuera algo aparte, porque, además de vivir con él y compartir sus intereses, él mismo se consideraba parte del pueblo, y por lo tanto no veía ni en ellos ni en sí mismo cualidades ni defectos particulares, y no entendía en qué se diferenciaba de ellos. Además, aunque hacía mucho tiempo que vivía en íntima relación con los mujiks, como amo y mediador, y sobre todo como consejero (los mujiks confiaban en él y a veces recorrían cuarenta verstas para consultarle), no tenía un criterio definido sobre

el pueblo. Por tanto, si alguien le hubiera preguntado si conocía al pueblo, se habría visto en la misma dificultad que para responder si lo apreciaba. En su caso, afirmar que conocía al pueblo habría sido como decir que conocía a los hombres. Observaba y trataba a toda clase de gente, entre ellos campesinos, a quienes consideraba buenos e interesantes, y a menudo reparaba en rasgos desconocidos, iba modificando sus juicios anteriores y formándose otros nuevos. Serguéi Ivánovich hacía lo contrario. De la misma manera que apreciaba y alababa la vida campestre por contraste con otra que no le convencía, quería a los campesinos por oposición a esa otra clase de gente que no le gustaba. En suma, concebía a los campesinos como seres distintos a los hombres en general. En su metódico cerebro se habían delineado de manera precisa ciertas formas concretas de la vida popular, deducidas en parte de sus propias observaciones, pero principalmente de ese juego de contradicciones. Por tanto, nunca modificaba su opinión de los campesinos, como tampoco su actitud compasiva.

En las discusiones que los dos hermanos entablaban sobre ese particular, siempre salía vencedor Serguéi Ivánovich, precisamente porque tenía una concepción definida de los campesinos, de su carácter, de sus cualidades y de sus gustos. Como Konstantín Levin carecía de juicios fijos e inquebrantables, acababa incurriendo siempre en contradicciones.

Para Serguéi Ivánovich su hermano menor era un muchacho encantador, con el corazón *en su sitio* (como solía decir en francés), pero su mente, aunque rápida de reflejos, se sometía a las impresiones del momento y, por tanto, estaba llena de contradicciones. Con esa condescendencia propia de los hermanos mayores, a veces le explicaba el verdadero sentido de las cosas, pero no hallaba ningún placer en discutir con él, porque era un adversario demasiado fácil de batir.

Konstantín Levin consideraba a su hermano un hombre de enorme inteligencia y vasta cultura, noble en el sentido más elevado de esa palabra y dotado de grandes facultades para obrar en aras del bien común. Pero, en lo más hondo de su alma, a medida que envejecía y lo iba conociendo mejor, más a menudo se preguntaba si esas capacidades para obrar en aras del bien común, de las que él carecía por completo, no constituían más bien un defecto que una cualidad. Denotaban una carencia de algo, no de inclinaciones y aspiraciones nobles, elevadas y generosas, sino de fuerzas vitales, de eso que suele llamarse corazón, de ese impulso que lleva al hombre a elegir y desear uno solo de los innumerables caminos que se abren ante él. Cuanto más conocía a su hermano, más se daba cuenta de que, como muchas otras personas que se ocupan del bien común, no se entregaba a esa actividad porque así se lo dictara su corazón, sino porque su cerebro había determinado que eso estaba bien, y, en consecuencia, no cabía obrar de otro modo. Levin veía confirmadas sus sospechas cuando advertía que su hermano concedía la misma importancia a la cuestión del bien común o la inmortalidad del alma que a una partida de ajedrez o la ingeniosa

construcción de una máquina.

Además, se sentía incómodo en el campo con su hermano porque, sobre todo en verano, estaba siempre atareado con las labores de la hacienda: ni siquiera en las largas jornadas estivales encontraba tiempo suficiente para atender a todo lo necesario. En cambio, Serguéi Ivánovich no hacía más que descansar. Por otro lado, aunque no se ocupaba de nada, es decir, aunque había dejado de lado su libro por un tiempo, estaba tan acostumbrado a la actividad intelectual que le gustaba expresar en frases elegantes y concisas las ideas que se le pasaban por la cabeza y necesitaba tener a alguien que le escuchase. Lo más habitual, y también lo más natural, era que su hermano desempeñara ese papel de oyente. Por eso, a pesar de la amistosa sencillez de sus relaciones, a Konstantín le asaltaban los remordimientos cuando lo dejaba solo. A Serguéi Ivánovich le agradaba tumbarse en la hierba y charlar perezosamente sobre cualquier tema, mientras se calentaba al sol.

—No sabes el placer que me da esta dulce pereza —le decía a su hermano—. No tengo ni una sola idea en la cabeza: está completamente vacía.

Pero a Konstantín Levin le aburría estar allí sentado escuchándole, sobre todo porque sabía lo que pasaría en su ausencia: acarrearían el estiércol a campos que aún no estaban preparados y lo esparcirían Dios sabe cómo; no atornillarían bien las rejas de los arados y acabarían quitándolas, para poder decir a continuación que los arados de hierro eran una invención inútil, que no se podían comparar con los de madera y otras cosas por el estilo.

—¿No estás cansado de ir de un lado para otro con este calor? —le preguntaba Serguéi Ivánovich.

—Tengo que pasar un momento por el despacho —respondía Levin y se iba corriendo a los campos.

II

En los primeros días de junio Agafia Mijáilovna, la vieja nodriza y ama de llaves, cuando llevaba a la bodega un tarro con setas que acababa de aliñar, resbaló en la escalera, se cayó y se dislocó la muñeca. Llegó el médico del distrito, un joven locuaz que acababa de terminar la carrera. Examinó la muñeca, afirmó que no estaba dislocada, le aplicó una compresa y se quedó a comer. Era evidente que disfrutaba conversando con el célebre Serguéi Ivánovich Kóznishev, y para dar muestras de sus ideas avanzadas, le contó todos los chismes que corrían por la provincia, quejándose de la lamentable situación de las instituciones locales. Serguéi Ivánovich lo escuchaba con atención, le hacía alguna pregunta y, encantado de tener un nuevo oyente, tomó la palabra y se permitió algunos comentarios justos y atinados, que el joven médico apreció en lo que valían. Pronto dio muestras de esa excitación que, como bien sabía su hermano, solía apoderarse de él después de una conversación brillante y animada. Una vez que se marchó el médico, Serguéi Ivánovich expresó su deseo de ir a pescar al río. Le gustaba la pesca con caña y parecía enorgullecerse de que un pasatiempo tan estúpido le proporcionara algún placer.

Konstantín Levin, que quería examinar los prados y supervisar las faenas del campo, se ofreció a llevarle en el cabriolé.

Era esa época en que el verano está en su apogeo y la cosecha del año ya está asegurada, cuando comienzan las preocupaciones de la siembra para el año siguiente y queda ya poco para la siega; cuando el centeno ha crecido, y sus espigas ligeras, de un gris verdoso, se mecen al viento, aún sin granar; cuando la avena verde, entreverada de hierba amarilla, forma manchas irregulares en los sembrados tardíos; cuando el alforfón temprano ha brotado ya y cubre la tierra; cuando los barbechos, tan endurecidos por las pisadas del ganado que ni siquiera el arado les hace mella, están labrados hasta la mitad; cuando el olor de los resecos montones de estiércol se mezcla al amanecer y en el ocaso con el de la hierba de los prados, mientras en las tierras bajas, en espera de la guadaña, los prados ribereños forman un mar impenetrable, en el que despuntan aquí y allá los montones negruzcos de las acederas arrancadas.

Era esa época en que se produce una breve interrupción de las labores agrícolas, antes de dar comienzo a la cosecha, que cada año requiere el máximo esfuerzo de los campesinos. La cosecha se anunciaba magnífica; los días estivales se sucedían largos y calurosos, con noches cortas, húmedas de rocío.

Para llegar a los prados los hermanos tuvieron que atravesar el bosque. Serguéi Ivánovich admiraba esa vegetación lujuriante, le señalaba a su hermano tan pronto un viejo tilo, oscuro por el lado de la sombra, repleto de estípulas amarillas y a punto de florecer, como los tiernos brotes nuevos de otros árboles, que brillaban como

esmeraldas. A Konstantín Levin no le gustaba hablar de las bellezas de la naturaleza ni tampoco escuchar comentarios al respecto. Era como si las palabras le hurtaran la belleza del espectáculo que se abría ante sus ojos. Asentía a lo que decía su hermano, pero involuntariamente pensaba en otra cosa. Una vez que salieron del bosque, concentró toda su atención en una colina puesta en barbecho, en la que las hierbas amarillentas alternaban con partes segadas en cuadro, montones de estiércol y parcelas labradas. Por el campo avanzaba una fila de carros. Levin los contó y se quedó satisfecho de que llevaran todo lo necesario. Al contemplar los prados, sus pensamientos pasaron a ocuparse de la siega, que siempre despertaba en su ánimo una emoción muy especial. Cuando llegaron, detuvo el caballo.

Como el rocío matinal aún empapaba el pie de los tallos, Serguéi Ivánovich, para no mojarse los zapatos, le pidió a su hermano que atravesara el prado con el cabriolé y le llevara hasta la sauceda de la orilla. Por mucho que le doliera a Levin aplastar la hierba, no le quedó más remedio que plegarse a su deseo. La hierba alta y blanda se enredaba en las patas del caballo y las ruedas, dejando sus semillas en los radios y los ejes.

Mientras su hermano se instalaba debajo de un arbusto y preparaba la caña, Levin ató el caballo a unos pasos de allí y se internó en el inmenso mar gris verdoso del prado, que en ese momento el viento no agitaba con su soplo. En los lugares que solían inundarse durante la crecida del río, la hierba sedosa, con las semillas granadas, le llegaba a la altura de la cintura.

Después de atravesar el prado, salió al camino, donde se encontró a un anciano con el ojo hinchado que llevaba un enjambre de abejas.

—¿Qué? ¿Las has cogido, Fomich? —preguntó.

—¡Que las voy a coger, Konstantín Dmítrich! Bastante apuros tengo para guardar las mías. Ya es la segunda vez que se me escapan… Menos mal que los muchachos las atraparon. Estaban arando los campos de usted. Desengancharon un caballo y las atraparon…

—Bueno, Fomich, ¿tú qué dices? ¿Empezamos a segar ya o esperamos un poco más?

—Pues no sé. Nosotros solemos aguardar hasta el día de San Pedro, pero usted siempre empieza antes. La hierba está muy crecida, gracias a Dios. El ganado tendrá suficiente.

—¿Y qué tiempo va a hacer?

—Eso es cosa de Dios. Tal vez haga bueno.

Levin se reunió con su hermano. Aunque no había pescado nada, Serguéi Ivánovich no se aburría y parecía de un humor excelente. Levin se daba cuenta de que, estimulado por la conversación con el médico, tenía ganas de hablar. En cuanto a él, quería volver a casa cuanto antes para dar órdenes de que al día siguiente se

presentara una cuadrilla de segadores y resolver las dudas relativas a la siega, que tanto le preocupaban.

—Bueno, vámonos —dijo.

—¿Qué prisa tienes? Espera un poco. Pero ¡si estás empapado! Aunque no se pesca nada, se está bien aquí. Lo bueno que tiene esta clase de pasatiempos es que te ponen en contacto con la naturaleza. ¡Mira que hermosas están las aguas! Parecen de acero. ¿Sabes?, estos prados ribereños me recuerdan siempre aquella adivinanza: la hierba le dice al agua: a mecerse, a mecerse.

—No conozco esa adivinanza —replicó Levin con aire sombrío.

III

—A propósito, he estado pensando en ti —dijo Serguéi Ivánovich—. Por lo que me ha contado el médico, que parece un joven bastante despierto, en este distrito están pasando cosas inauditas. Te lo he dicho y te lo repito: no está bien que no partícipes en las reuniones y, en general, que te desentiendas de los asuntos de la asamblea. Si los hombres honrados se despreocupan, es natural que todo vaya de mal en peor. El dinero que entregamos lo emplean en pagar sueldos, y seguimos sin escuelas, ni practicantes, ni comadronas, ni farmacias, ni nada.

—Lo he intentado —replicó Levin en voz baja y con desgana—, pero no puedo. ¡Qué le vamos a hacer!

—¿Y qué es lo que no puedes? Reconozco que no lo entiendo. En tu caso no puede hablarse de indiferencia ni de incapacidad. ¿No será más que simple pereza?

—Nada de eso. Lo he intentado, pero me he dado cuenta de que no puedo hacer nada —dijo Levin.

No prestaba demasiada atención a lo que decía su hermano. Con la mirada perdida en los campos labrados de la otra orilla, trataba de identificar, sin conseguirlo, un bulto negro: ¿era un caballo o el administrador a lomos de su montura?

—¿Por qué no puedes hacer nada? Has hecho un intento y, al no conseguir lo que pretendías, te has dado por vencido. ¿Es que no tienes amor propio?

—¡Qué tiene que ver aquí el amor propio! —exclamó Levin, herido en lo vivo por las palabras de su hermano—. Si en mis tiempos de universitario me hubiesen dicho que era incapaz de comprender el cálculo integral como mis compañeros, podría apelarse al amor propio. Pero en el caso que nos ocupa habría que estar convencido de antemano de que esas actividades requieren unas habilidades concretas y, sobre todo, que todas esas cuestiones son muy importantes.

—¿Cómo? ¿Y acaso no lo son? —preguntó Serguéi Ivánovich, a quien ofendía que su hermano no concediera importancia a asuntos que a él le parecían capitales, y, sobre todo, que apenas pusiera atención a sus palabras.

—No me interesan ni me preocupan, ¡qué le vamos a hacer!… —respondió Levin.

En aquel punto negro había distinguido ya la figura de su administrador. Probablemente había dicho a los trabajadores que dejaran sus tareas, pues estaban dando la vuelta a los arados. «¿Habrán acabado ya», pensó.

—Bueno, mira —dijo el hermano mayor, y su rostro agraciado e inteligente se ensombreció—, hay un límite para todo. Está muy bien ser un tipo estrafalario y sincero, despreciar la falsedad. Conozco todo eso. Pero lo que acabas de decir no tiene sentido, es una aberración. ¿Cómo te puede dejar indiferente que ese pueblo al

que tanto dices amar… —«Jamás he pretendido tal cosa», pensó Konstantín Levin— … muera sin que nadie lo socorra? Las comadronas incompetentes matan a los niños, y el pueblo, sumido en la ignorancia, sigue en poder de cualquier escribiente. Se te conceden medios para cambiar ese estado de cosas, pero no haces nada porque no lo consideras importante.

Y Serguéi Ivánovich le planteó el siguiente dilema: o era tan simple que no comprendía todo lo que podía hacer o no quería sacrificar su tranquilidad, su orgullo o lo que fuera.

Konstatín Levin comprendió que no le quedaba otra salida que someterse o confesar su falta de interés por el bien común. Y esa constatación le ofendió y le entristeció.

—Las dos cosas —dijo con resolución—. No veo que sea posible…

—¿Cómo? ¿Acaso no sería posible, si se administrara mejor el dinero, ofrecerles asistencia médica?

—No, tal como yo lo veo… Me parece imposible proporcionar asistencia médica a todo el mundo en nuestro distrito, con sus cuatro mil verstas cuadradas, sus caminos impracticables durante el deshielo, sus tormentas de nieve y las labores estacionales del campo. Además, si te soy sincero, no creo en la medicina.

—Permíteme que te lo diga, pero eso es injusto… Podría ponerte miles de ejemplos… ¿Qué pasa con las escuelas?

—¿Y para qué valen?

—Pero ¿qué dices? ¿Acaso puede dudarse de la utilidad de la instrucción? Si es buena para ti, lo es para cualquiera.

Konstantín Levin se dio cuenta de que, con ese dilema de orden moral, su hermano lo había acorralado. Y, presa de la irritación, acabó confesando, aun sin proponérselo, el principal motivo de su indeferencia por el bien común.

—Puede que todo eso esté bien. Pero ¿por qué iba a preocuparme de poner en marcha unos dispensarios que jamás voy a utilizar o unas escuelas a las que nunca voy a enviar a mis hijos y a las que los campesinos tampoco querrán mandar a los suyos? Por lo demás, no acabo de tener claro que esa medida les beneficie.

Serguéi Ivánovich tardó un momento en recobrarse de la sorpresa que le había causado aquella manera inesperada de afrontar la cuestión. Pero en seguida ideó un nuevo plan de ataque.

Después de guardar silencio unos instantes, sacó el anzuelo, volvió a lanzar y, sonriendo, se dirigió a su hermano:

—Vamos a ver… En primer lugar, se necesitan dispensarios. Ya has visto que para atender a Agafia Mijáilovna ha habido que mandar a buscar al médico del distrito.

—Sí, pero me parece que le va a quedar la mano torcida.

—Eso todavía está por ver… Por otro lado, un campesino o un trabajador que sepa leer y escribir te será de mayor utilidad y provecho.

—No estoy de acuerdo. Pregúntaselo a quien quieras —respondió Konstantín Levin con determinación—. Los campesinos instruidos trabajan bastante peor que los otros. No hay manera de conseguir que arreglen los caminos; y, en cuanto se construye un puente, roban las tablas.

—En cualquier caso, no se trata de eso —dijo Serguéi Ivánovich, frunciendo el ceño, pues no le gustaban las contradicciones, y mucho menos que se saltara continuamente de un tema a otro, sacando a colación argumentos nuevos que no tenían relación entre sí, de manera que uno no sabía a cuál responder—. Permíteme, ¿reconoces que la instrucción es beneficiosa para el pueblo?

—Sí —se le escapó a Levin, y acto seguido se dio cuenta de que había dicho algo que no pensaba. Sabía que si aceptaba ese punto, su hermano le demostraría que no estaba diciendo más que bobadas desprovistas de sentido. No sabía a qué argumentos recurriría, pero no le cabía la menor duda de que emplearía deducciones lógicas, y aguardaba a ver cómo lo hacía.

Serguéi Ivánovich echó mano de un argumento mucho más sencillo de lo que Levin había esperado.

—Si reconoces que la instrucción es beneficiosa —dijo Serguéi Ivánovich—, como hombre honrado que eres no puedes dejar de interesarte y simpatizar con esa obra, como tampoco negarte a favorecerla.

—Pero si todavía no he reconocido que esa obra sea buena —replicó Konstantín Levin, ruborizándose.

—¿Cómo? Pero si acabas de afirmar…

—No, no la creo buena ni posible.

—Eso no puedes saberlo si antes no haces la prueba.

—Bueno, supongamos que sea como tú dices —concedió Konstantín sin la menor convicción—. Lo que no acabo de entender es por qué tengo que preocuparme yo de esa cuestión.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, ya que hemos empezado a hablar, haz el favor de explicarme todo esto desde un punto de vista filosófico —le propuso Levin.

—No entiendo qué tiene que ver la filosofía en todo esto —replicó Serguéi Ivánovich, y por su tono de voz se veía que no reconocía a su hermano ningún derecho a hablar de filosofía. Ese detalle irritó a Levin.

—¡Pues voy a decírtelo! —exclamó—. Creo que el móvil de todos nuestros actos es la felicidad personal. En estos momentos, en mi condición de noble, no veo que esas nuevas instituciones locales contribuyan a mi bienestar. Los caminos no son mejores ni pueden serlo; por lo demás, mis caballos me llevan igual por los buenos

caminos que por los malos. No necesito médicos ni dispensarios. No necesito al juez de paz, al que no he recurrido nunca ni recurriré jamás. En cuanto a las escuelas, no sólo es que no me hagan ninguna falta, sino que hasta me parecen perjudiciales, como ya te he explicado. En mi caso, las nuevas instituciones locales se reducen a pagar un impuesto suplementario de dieciocho kopeks por hectárea, viajar a la ciudad, donde tengo que alojarme en habitaciones llenas de chinches, y escuchar toda clase de sandeces y vilezas. Y a ninguna de esas cosas me mueve mi interés personal.

—Perdona —le interrumpió Serguéi Ivánovich con una sonrisa—, pero el interés personal tampoco nos movía a trabajar en favor de la emancipación de los siervos, y, sin embargo, lo hicimos.

—¡No! —le interrumpió Konstantín Levin, cada vez más acalorado—. En el caso de la emancipación de los siervos se trataba de otra cosa. Ahí sí entraba el interés personal. Queríamos sacudirnos un yugo que oprimía a toda la gente de bien. Pero ser miembro del Consejo para deliberar sobre el número de poceros necesarios y cómo se deben instalar las cañerías en una ciudad en la que no vivo; ser miembro de un jurado y juzgar a un campesino que ha robado un jamón, pasarme seis horas escuchando todas las bobadas que dicen los fiscales y los abogados defensores, y oír cómo el presidente del tribunal pregunta, por ejemplo, a mi viejo Aliosha el tonto: «Señor acusado, ¿se reconoce usted culpable de haber robado un jamón?»… ¿Qué me dices?

Konstantín Levin, que había perdido el hilo de su argumentación, se puso a imitar al presidente del tribunal y a Aliosha el tonto. Le parecía que todo eso venía a cuento.

Pero Serguéi Ivánovich se encogió de hombros.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Sólo pretendo decir que defenderé siempre con todas mis fuerzas cualquier derecho que… afecte a mis propios intereses. Cuando en nuestros tiempos de estudiantes, la policía efectuaba un registro y leía nuestras cartas, estaba dispuesto a defender con todas mis fuerzas esos derechos; esto es, mis derechos a la educación y a la libertad. Me interesa el servicio militar obligatorio porque afecta a mi propio destino, y también al de mis hijos y al de mis hermanos. Estoy dispuesto a discutir las cosas que me afectan. Pero no veo qué sentido tiene ponerse a discutir en qué deben emplearse los cuarenta mil rublos de los fondos del *zemstvo* o qué castigo merece Aliosha el tonto.

Konstantín Levin parecía incapaz de detener ese torrente de palabras. Serguéi Ivánovich sonrió.

—Y, si mañana te procesaran a ti, ¿preferirías que te juzgaran los tribunales de antaño?

—No van a procesarme. No tengo intención de matar a nadie, así que no hay razón para ello —prosiguió Levin, saltando de nuevo a un asunto que no tenía nada que ver con el tema—. Las instituciones locales me recuerdan esas ramitas de abedul

que clavábamos en la tierra el día de la Trinidad para que pareciesen uno de esos bosques que crecen en Europa de manera natural. ¿Acaso puedo regarlas con amor y creer que van a crecer?

Serguéi Ivánovich se limitó a encogerse de hombros. Con ese gesto quería dar a entender lo sorprendido que estaba de que hubieran salido a colación esas ramas de abedul, aunque enseguida comprendió lo que había querido decir su hermano.

—Un momento, no se puede razonar de esa manera —observó.

Pero Konstantín Levin, que se sentía culpable de preocuparse poco por el bien común, trató de justificarse.

—En mi opinión ninguna actividad puede tener efectos duraderos si no se basa en el interés personal. Es una verdad general, filosófica —prosiguió, repitiendo con determinación la palabra «filosófica», como si quisiera demostrar que tenía tanto derecho como cualquier otro a hablar de esa cuestión.

Serguéi Ivánovich volvió a sonreír.

«También él se ha forjado una suerte de filosofía para ponerla al servicio de sus inclinaciones», pensó.

—Bueno, deja en paz la filosofía —dijo—. El objetivo principal de la filosofía de todas las edades consiste precisamente en encontrar ese vínculo indispensable entre los intereses personales y los generales. Pero eso no tiene nada que ver con la cuestión que nos ocupa. Permíteme que corrija tu comparación. No hemos clavado en el suelo ramitas de abedul, sino que hemos plantado o sembrado árboles jóvenes, que hay que tratar con mucho cuidado. Las únicas naciones que tienen un porvenir, las únicas que tienen derecho a llamarse históricas, son aquellas que comprenden la importancia y el significado de sus instituciones y les conceden el valor debido.

De esa manera Serguéi Ivánovich llevó la cuestión al terreno de la filosofía de la historia, inaccesible para Konstantín Levin, y le demostró lo equivocado de su postura.

—En cuanto a eso de que no te gusta ocuparte de tales asuntos, perdona que te lo diga, pero se debe a nuestra pereza rusa, a nuestro señoritismo. Pero estoy seguro de que en tu caso es un error pasajero.

Konstantín Levin guardaba silencio. Se daba cuenta de que estaba vencido en toda regla, pero al mismo tiempo era consciente de que su hermano no había entendido lo que había querido decir. Pero ¿por qué? ¿Es que se había explicado mal? ¿O acaso Serguéi Ivánovich no había querido o no había podido comprenderle? En cualquier caso, no profundizó en esa cuestión. Sin objetar nada a su hermano, se puso a pensar en un asunto completamente distinto, de índole personal.

—Bueno, vámonos.

Mientras Serguéi Ivánovich enrollaba el último sedal, Konstantín Levin desató el caballo. Acto seguido los dos hermanos emprendieron el camino de regreso.

IV

La cuestión de índole personal que ocupaba a Levin durante la conversación con su hermano era la siguiente: el año anterior, mientras segaban el heno, se había enfadado con su administrador y había recurrido a su método habitual para calmarse: había tomado una guadaña de manos de un campesino y se había puesto a segar.

Esa faena le había gustado tanto que se aplicó a ella varias veces. Llegó a segar todo el prado que había enfrente de su casa; y ese año, desde la primavera, había tomado la decisión de pasar días enteros segando con los campesinos. Desde la llegada de su hermano no había hecho más que pensar si debía hacerlo o no. Le daba apuro dejar a su hermano solo tanto tiempo, y además temía que se burlara de él. Pero, al atravesar el prado y revivir las sensaciones que le había producido esa actividad, se mostró casi decidido a repetir la experiencia. Después de esa irritante conversación, volvió a acordarse de ese propósito.

«Necesito ejercicio físico; de otro modo se me agriará el carácter», decidió.

Y resolvió que iría a segar, por muy incómodo que se sintiera delante de su hermano y de los campesinos.

A la caída de la tarde Konstantín Levin entró en su despacho, dio las disposiciones oportunas sobre las faenas y mandó recado a las aldeas de que al día siguiente los braceros fueran a segar el prado de Kalínovo, que no sólo era el más grande, sino también el mejor.

—Y no olvide llevarle mi guadaña a Tit para que la afile y me la lleve mañana. Puede que me una a los segadores —dijo, tratando de disimular su turbación.

El administrador sonrió y dijo:

—Sí, señor.

Más tarde, mientras tomaban el té, Levin le dijo a su hermano:

—Parece que el buen tiempo va a continuar. Mañana empezaremos con las labores de la siega.

—Me gusta mucho ese trabajo —observó Serguéi Ivánovich.

—A mí me encanta. Algunas veces he segado con los campesinos y mañana pienso hacer lo mismo durante todo el día.

Serguéi Ivánovich levantó la cabeza y miró con curiosidad a su hermano.

—¿Cómo? ¿Que vas a pasarte el día entero trabajando como un campesino?

—Sí, es muy agradable —respondió Levin.

—Debe de ser un ejercicio físico excelente, pero no sé si podrás resistirlo —dijo Serguéi Ivánovich sin huella ninguna de ironía.

—Lo he probado antes. Es duro al principio, pero luego se acostumbra uno. Espero no quedarme rezagado…

—¡Vaya! Y dime una cosa, ¿qué piensan los campesinos de todo eso? Seguro que

se burlan de las chifladuras del señor.

—No lo creo. Pero es un trabajo tan entretenido y a la vez tan exigente que no hay tiempo para pensar.

—¿Y vas a comer con ellos? Sería un poco violento que te enviaran allí una botella de Lafitte y un pavo asado.

—No, vendré a casa cuando se tomen un descanso.

A la mañana siguiente Konstantín Levin se levantó más temprano de lo habitual, pero se entretuvo un buen rato dando instrucciones sobre las labores de la hacienda y, cuando se unió a los segadores, éstos ya estaban empezando la segunda fila.

Desde lo alto de la colina podía ver las partes ya segadas, cubiertas de sombra, con las franjas grisáceas y los montones negros de los caftanes, que los braceros se habían quitado antes de meterse en faena.

A medida que se acercaba, fue distinguiendo las figuras de los segadores, unos en mangas de camisa, otros con el caftán puesto. Iban unos detrás de otros, en una larga fila, cada cual manejando la guadaña a su manera. Contó unos cuarenta y dos hombres.

Avanzaban despacio por la parte baja e irregular del prado, donde se alzaba la vieja presa. Levin conocía a algunos de ellos. Allí estaba el viejo Yermil, con una camisa blanca muy larga, blandiendo la guadaña muy encorvado; no lejos se afanaba el joven Vaska, su antiguo cochero, a quien bastaba un solo movimiento para abarcar toda la hilera. También se hallaba Tit, maestro de Levin en el arte de segar, un campesino menudo y delgado. Iba al frente de todos, sin inclinarse, y abría un ancho surco, moviéndose con tanta soltura que parecía jugar con la guadaña.

Levin se apeó del caballo, lo ató a un lado del camino y se unió a Tit. Éste cogió una guadaña que había entre los arbustos y se la entregó.

—Está lista, señor. Ya verá cómo corta. Parece una navaja de afeitar —dijo con una sonrisa, quitándose la gorra y entregándole la guadaña.

Levin la cogió y se puso a probarla. Una vez terminada la franja, los campesinos, alegres y sudorosos, salieron uno tras otro al camino y saludaron sonrientes a su señor. Todos le miraron, pero ninguno dijo nada hasta que un viejo alto, con el rostro afeitado y surcado de arrugas, vestido con una zamarra de piel de cordero, se acercó y le dirigió la palabra:

—Tenga cuidado, señor: una vez que se coge la guadaña, ya no hay modo de parar —exclamó, y Levin oyó risas contenidas entre los segadores.

—Trataré de no quedarme rezagado —replicó Levin, situándose detrás de Tit en espera de la señal.

—Tenga cuidado —repitió el anciano.

Tit le dejó sitio y Levin le siguió. La hierba que había al lado del camino era baja, y Levin, que hacía mucho tiempo que no segaba y se sentía azorado por las miradas

de los campesinos, segó con torpeza al principio, a pesar de que se movía con energía. Se alzaron algunas voces a sus espaldas:

—La sujeta mal, el mango esta demasiado alto, mire cómo tiene que inclinarse —dijo uno.

—Apóyese más en el talón —le aconsejó otro.

—No pasa nada. Ya se irá acostumbrando —apuntó el anciano—. Mire, ya va mejor… No abarque tanto o se cansará… ¡Claro que cuando uno trabaja para sí mismo! Está dejando la hierba muy alta. En mis tiempos por una cosa así nos caía un buen golpe.

La hierba ya era más blanda. Levin escuchaba sin contestar y trataba de segar lo mejor que podía, siguiendo a Tit. Dieron unos cien pasos. Tit seguía avanzando, sin la menor muestra de fatiga, pero Levin temía no poder continuar, tan cansado estaba.

Dándose cuenta de que se estaba quedando sin fuerzas, decidió pedirle a Tit que hicieran un alto. Pero en ese mismo instante éste se detuvo, se agachó, cogió un manojo de hierba, limpió la guadaña y se puso a afilarla. Levin se enderezó con un suspiro y volvió la cabeza. El campesino que iba detrás de él también parecía cansado, porque en cuanto llegó a su altura se detuvo para afilar su guadaña. Tit afiló la suya y la de su señor, y ambos siguieron adelante.

En la segunda vuelta ocurrió lo mismo. Tit seguía moviéndose a un lado y a otro, sin detenerse ni dar muestras de cansancio. Levin le seguía, tratando de no quedarse rezagado, aunque cada vez le costaba más trabajo. Justo cuando sintió que había llegado al límite de sus fuerzas, Tit se detuvo otra vez para afilar las guadañas.

Así llegaron al final de la primera hilera, muy larga, que a Levin se le hizo especialmente penosa. A continuación, Tit se echó la guadaña al hombro y volvió con pasos lentos, pisando sobre las huellas que sus tacones habían dejado en la hierba. Levin lo imitó. A pesar de que el sudor le corría a chorros por la cara y le goteaba de la nariz, y de que tenía la espalda empapada, se sentía muy a gusto. Lo que más le complacía es que ahora estaba seguro de poder resistir.

Pero, al contemplar el trazado irregular del surco que había abierto, su alegría se esfumó. «Tengo que mover más el cuerpo y menos los brazos», pensó, comparando su hilera torcida con la de Tit, que parecía trazada a cordel.

Se dio cuenta de que Tit había segado la primera fila especialmente deprisa, sin duda para poner a prueba a su señor, y que además ésta era muy larga. Las siguientes no le pusieron en tantos aprietos, pero de todos modos tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no quedarse rezagado.

No pensaba en nada y su único deseo consistía en no quedarse atrás, en hacer su trabajo lo mejor posible. Sólo oía el susurro de las guadañas y veía ante sí la figura erguida de Tit, alejándose, el semicírculo segado, la hierba y las cabezas de las flores, que caían despacio, en suaves olas, bajo el filo de la guadaña, y más allá el extremo

del prado, con su promesa de descanso.

De pronto, en mitad de la labor, notó en los hombros ardientes y cubiertos de sudor una sensación de frescura que en un principio no supo a qué atribuir. Mientras afilaban las guadañas levantó la vista al cielo: un nubarrón bajo e hinchado lo cubría, y caían gruesas gotas. Algunos campesinos fueron a ponerse el caftán; otros, como el propio Levin, se quedaron donde estaban, disfrutando del agradable frescor de la lluvia.

Segaban una hilera tras otra. Unas eran largas, otras cortas; en algunos casos la hierba era dura, en otros blanda. Levin perdió la noción del tiempo. No tenía la menor idea de si era tarde o temprano. Se había producido un cambio en su forma de trabajar que le proporcionaba un inmenso placer. Había momentos en los que se olvidaba de lo que estaba haciendo y la labor se le antojaba fácil; en tales ocasiones la franja le quedaba casi tan regular y perfecta como la de Tit. Pero en cuanto se esforzaba por concentrarse y esmerarse, volvía a sentir el peso del trabajo y la fila le salía peor.

Acababan de terminar una nueva franja, y Levin se disponía a empezar otra cuando Tit se detuvo, se acercó al anciano y le dijo algo en voz baja. Ambos miraron la posición del sol. «¿De qué estarán hablando? ¿Por qué se habrán parado?», pensó Levin, sin darse cuenta de que aquellos hombres llevaban segando al menos cuatro horas seguidas.

—Es hora de desayunar, señor —dijo el anciano.

—¿Ya? Bueno, pues desayunen.

Levin entregó la guadaña a Tit y, en compañía de los demás campesinos, que iban en busca de los caftanes, donde tenían el pan, se dirigió al lugar donde estaba su caballo, atravesando el prado segado, ligeramente humedecido por la lluvia. Sólo entonces se dio cuenta de que se había equivocado en sus previsiones: la lluvia iba a mojar el heno.

—Se va a estropear —dijo.

—No, señor. Como decimos nosotros, se debe segar con lluvia y rastrillar con sol —dijo el anciano.

Levin desató el caballo y se fue a su casa a tomar café.

Serguéi Ivánovich acababa de levantarse. Levin se bebió una taza y volvió al prado antes de que su hermano tuviera tiempo de vestirse y bajar al comedor.

V

Después del desayuno Levin ocupó un lugar distinto de la fila, entre un viejo bromista, que le invitó a ponerse a su lado, y un muchacho que se había casado en otoño y era la primera vez que segaba.

El anciano, muy erguido, iba delante, dando grandes pasos con los pies vueltos hacia fuera, y con sus movimientos regulares y medidos, que parecían no costarle un esfuerzo mayor que balancear los brazos al andar, como si estuviera jugando, dejaba una hilera larga y uniforme de heno. Era como si la guadaña cortara por sí sola la jugosa hierba.

Detrás de Levin iba el joven Mishka. Su rostro lozano y agradable, con los cabellos ceñidos por una corona de hierba fresca, estaba desencajado por el esfuerzo; pero, en cuanto alguien le miraba, sonreía. Por lo visto, prefería morir antes que reconocer que la tarea le resultaba penosa.

Levin iba entre ellos. A la hora de más calor, la siega no le parecía tan agotadora. El sudor que empapaba su cuerpo le refrescaba, mientras el sol, que le quemaba la espalda, la cabeza y los brazos, remangados hasta el codo, le daba fuerza y perseverancia en el trabajo. Cada vez eran más frecuentes esos momentos de inconsciencia, en los que le era posible no pensar en lo que estaba haciendo. La guadaña parecía moverse sin su intervención. Eran momentos de felicidad. Y más satisfecho se sentía aún cuando, al acercarse al río que marcaba el límite del prado, el anciano secaba su guadaña con un manojo de hierba espesa y húmeda, limpiaba su acero en el agua fresca, llenaba su taza de hojalata y se la ofrecía.

—¡Tome un trago de mi *kvas*![1] ¡Ya verá qué bueno está! —le decía, guiñándole el ojo.

Y en efecto, Levin tenía la impresión de que jamás había tomado una bebida mejor que esa agua con hebras de hierba flotando y ese regusto a óxido del recipiente. Acto seguido venía ese maravilloso y lento paseo con la guadaña en la mano, durante el cual se podía enjugar el sudor, que le corría a chorros, respirar a pleno pulmón y contemplar la larga fila de segadores, así como los campos y el bosque.

Cuanto más segaba Levin, más frecuentes eran esos momentos en que se olvidaba de todo. Entonces parecía como si no fueran los brazos los que movían la guadaña, sino ésta la que arrastraba ese cuerpo lleno de vida y consciente de sí mismo. Sin pensar siquiera, como por arte de magia, el trabajo se iba realizando como por sí solo, y además con la mayor precisión y exactitud. Eran los momentos de mayor satisfacción.

La labor sólo resultaba penosa cuando había que interrumpir ese movimiento inconsciente y volver a pensar, cuando se topaban con un montículo o con unas acederas sin arrancar. El anciano lo hacía con facilidad. Cuando se encontraba con un

montículo, trazaba un movimiento distinto y, sirviéndose del talón o de la punta de la guadaña, daba pequeños golpes a ambos lados hasta que nivelaba el terreno. Y al hacerlo observaba y examinaba todo lo que le rodeaba. Tan pronto arrancaba un tallo, lo mordisqueaba o se lo ofrecía a Levin, como apartaba una rama con la punta de la guadaña, o contemplaba un nido de codornices, del que salía volando la hembra, o cogía una serpiente que se cruzaba en su camino y, levantándola con la guadaña como si fuera un tenedor, la arrojaba a un lado, después de habérsela enseñado a Levin.

Tanto para Levin como para el muchacho que iba detrás de él, esos cambios de movimiento planteaban dificultades. Ambos, una vez encontrado un buen ritmo, se enfrascaban en el trabajo y se sentían incapaces de cambiar de postura y observar al mismo tiempo lo que tenían delante.

Levin no se daba cuenta de cómo pasaba el tiempo. Si le hubieran preguntado cuánto llevaba segando, habría respondido que media hora; en realidad, era casi ya la hora de comer. Al volver por la hilera que acababan de segar, el anciano señaló a Levin unos niños, apenas visibles, que se acercaban desde distintos puntos, tanto por el camino como por la alta hierba, llevando una carga demasiado pesada para sus bracitos: hatillos de pan y jarras de *kvas* tapadas con trapos.

—Ya vienen por ahí esos mosquitos —dijo, señalándolos y, protegiéndose los ojos con la mano, comprobó la posición del sol.

Después de segar otras dos franjas, el anciano se detuvo.

—¡Bueno, señor, es hora de comer! —dijo con determinación.

Cuando llegaron al río, los segadores atravesaron las hileras y se dirigieron al lugar donde habían dejado los caftanes. Allí les esperaban los niños con la comida. Los campesinos que estaban más lejos se reunieron al pie de los carros, los que estaban más cerca, a la sombra de unos sauces, tras cubrir el suelo de hierba.

Levin se sentó con ellos. No tenía ganas de irse.

Desde hacía ya un buen rato los campesinos no se sentían turbados en presencia de su amo. Ahora se disponían a comer. Algunos se estaban lavando, los jóvenes se bañaban en el río, otros preparaban un lugar para descansar, desataban los saquitos de pan, destapaban las jarras de *kvas*. El anciano desmigó el pan en una escudilla, lo aplastó con el mango de la cuchara, vertió agua de la cantimplora, partió más pan, le añadió sal y se puso a rezar vuelto hacia oriente.

—¿Qué, señor, quiere probar mis migas? —preguntó, arrodillándose delante de la escudilla.

Las migas estaban tan ricas que Levin decidió no ir a casa. Comió con el anciano y dejó que le confiara sus asuntos, en los que mostró un vivo interés, y a su vez le habló de los suyos, ofreciéndole todos los detalles que pudieran excitar su curiosidad. Se sentía más a gusto con él que con su hermano, y la simpatía que le inspiraba hacía que sus labios sonrieran sin querer. El anciano volvió a ponerse de pie, rezó y se

tendió allí mismo, a la sombra de un arbusto, apoyando la cabeza en un improvisado almohadón de hierba. Levin hizo lo mismo. A pesar de que las moscas y los insectos, molestos y tenaces a la luz del sol, le hacían cosquillas en la cara y el cuerpo cubiertos de sudor, se quedó dormido en seguida y no se despertó hasta que el sol, ya al otro lado del arbusto, empezaba a darle de lleno. El viejo se había levantado hacía un buen rato y estaba afilando las guadañas de los mozos.

Levin miró a su alrededor y no reconoció el lugar: tanto había cambiado. La inmensa extensión del prado, segado en su totalidad, brillaba con un resplandor nuevo, distinto, con los fragantes haces de heno bajo los rayos oblicuos del sol poniente. Todo parecía completamente nuevo: los arbustos de la ribera, con la hierba segada alrededor; el río, antes invisible, y ahora relumbrante como el acero en sus meandros; los campesinos que se removían y se levantaban, la alta muralla de hierba en la parte del prado sin segar, los azores que sobrevolaban ese vasto espacio desnudo. Después de desperezarse, Levin se puso a calcular cuánto habían segado y cuánto podían hacer todavía esa jornada.

Era un trabajo descomunal para cuarenta y dos hombres. Habían segado todo el prado grande, que en tiempos de la servidumbre habría requerido la participación de treinta campesinos y dos días enteros. Sólo quedaban por segar los extremos, en donde las hileras eran muy cortas. Pero Levin quería avanzar lo más posible ese día; por eso le contrariaba que el sol se pusiera tan pronto. No sentía ningún cansancio. Sólo quería reanudar el trabajo cuanto antes y hacer lo más posible.

—¿Qué te parece? ¿Nos dará tiempo a segar el Otero de Mashka? —le preguntó al anciano.

—Será lo que Dios quiera, pero el sol no está muy alto. Tal vez si ofrece un poco de vodka a los muchachos…

Durante la merienda, cuando los campesinos hicieron otro alto y los que fumaban encendieron sus cigarrillos, el anciano anunció a los mozos que si segaban el Otero de Mashka habría vodka.

—¿Y por qué no? ¡Vamos Tit! ¡Lo segaremos en un santiamén! Ya tendremos tiempo de comer por la noche. ¡Vamos! —dijeron algunas voces.

Y, nada más terminar el pan, se pusieron en marcha.

—¡Venga, muchachos! ¡Andando! —dijo Tit y, echando a correr, se puso a la cabeza de todos.

—¡Rápido, rápido! —le dijo el anciano, saliendo tras él y alcanzándolo sin ningún esfuerzo—. ¡Cuidado! ¡No vayas a cortarte!

Jóvenes y viejos se pusieron a segar con todas sus fuerzas. Pero, a pesar de su rapidez, no estropeaban la hierba, que caía con la misma regularidad y precisión de antes. Les bastaron cinco minutos para segar una pequeña parcela que había quedado en un extremo. Antes de que los últimos segadores tuvieran tiempo de terminar su

fila, los primeros ya se habían echado el caftán al hombro y se dirigían, atravesando el camino, al Otero de Mashka.

Cuando se internaban en el boscoso barranco del Otero de Mashka, acompañados del tintineo de las cantimploras, el sol ya se ponía detrás de los árboles. En medio de la hondonada, la hierba, blanda, tierna, de anchas hojas, con pensamientos diseminados aquí y allá, llegaba a la altura de la cintura.

Después de deliberar unos instantes sobre si era mejor guadañar a lo largo o a lo ancho, Prójor Yermilin, un campesino moreno y enorme, también reputado segador, se puso a la cabeza. Terminó la primera franja y volvió sobre sus pasos. Alineados detrás de él, los campesinos fueron segando ladera abajo hasta llegar al fondo de la hondonada y luego subieron por la ladera opuesta hasta llegar al lindero del bosque. El sol se ponía detrás de los árboles y empezaba a notarse ya el relente. Sólo los hombres que se encontraban en lo alto de la colina segaban al sol; abajo, donde empezaba a levantarse una especie de neblina, así como en el lado opuesto, se movían en la sombra fresca, impregnada de humedad. El trabajo estaba en su apogeo.

La hierba caía con un sonido leve y se apilaba en altos haces, que desprendían un intenso olor. Algo apretados en las cortas hileras, acompañados del tintineo de las cantimploras, el rumor de las guadañas al chocar y el chirrido de las piedras al afilarlas, los segadores se alentaban unos a otros con alegres gritos.

Levin ocupaba el mismo lugar de antes, entre el muchacho joven y el anciano. Este último, que se había puesto la zamarra de piel de cordero, seguía dando muestras de jovialidad, buen humor y agilidad. En el bosque se encontraban a cada paso boletos de gran tamaño, ocultos entre la jugosa hierba, que los segadores cortaban con las guadañas. Pero el anciano, cada vez que se encontraba una seta, se inclinaba, la cogía y se la guardaba, al tiempo que murmuraba: «Otra golosina para mi vieja».

Aunque era fácil guadañar la hierba húmeda y tierna, resultaba muy fatigoso subir y bajar por las empinadas laderas del barranco. Pero al anciano parecía no importarle. Seguía blandiendo la guadaña de la misma manera, dando pasos pequeños y firmes con sus grandes chanclos, subiendo despacio por la pronunciada pendiente, y, aunque temblaba con todo el cuerpo y los calzones le colgaban por debajo de la camisa, no dejaba escapar ni una brizna de hierba, ni una sola seta, y seguía bromeando con sus compañeros y con su señor. Levin iba detrás de él, diciéndose a cada momento que jamás podría subir, guadaña en mano, por esa escarpadura por la que ya resultaba difícil trepar con las manos libres. Pero seguía escalando y haciendo lo que debía. Tenía la impresión de que una fuerza exterior le sostenía.

VI

Una vez segadas las últimas hileras del Otero de Mashka, los campesinos se pusieron los caftanes y emprendieron alegres el camino de regreso. Levin subió a su caballo, se despidió de ellos con pesar y se dirigió a casa. Al llegar a lo alto de la colina se volvió. La niebla que subía del fondo se los tapaba, pero oía sus voces broncas y joviales, sus carcajadas, el ruido de las guadañas al entrechocar.

Hacía ya un buen rato que Serguéi Ivánovich había terminado de comer. Se había retirado a su habitación, donde bebía agua con limón y hielo, mientras hojeaba los periódicos y las revistas que acababan de llegar por correo. Levin, con los cabellos alborotados y pegados a la frente por el sudor, el pecho y la espalda sucios y húmedos, irrumpió en el cuarto lanzando animadas exclamaciones:

—¡Hemos segado todo el prado! ¡No puedes imaginarte lo bien que hemos trabajado! Y tú ¿qué tal lo has pasado? —preguntó Levin, que ya se había olvidado por completo de la desagradable conversación de la víspera.

—¡Cielos, qué pinta tienes! —dijo Serguéi Ivánovich, mirando a su hermano con reprobación—. ¡La puerta, cierra la puerta! —gritó—. Ha debido entrar por lo menos una docena.

Serguéi Ivánovich no soportaba las moscas. Sólo abría las ventanas de noche y tenía siempre la puerta cuidadosamente cerrada.

—Te juro que no ha entrado ni una. Y si, por casualidad, se ha colado alguna, la cazaré. ¡No puedes imaginarte qué bien lo he pasado! ¿Y a ti cómo te ha ido?

—Muy bien. Pero ¿de verdad has estado todo el día segando? Supongo que tendrás un hambre de lobo. Kuzmá te ha preparado la comida.

—No, no tengo hambre. He comido allí. Pero voy a ir a lavarme.

—Sí, vete, vete. Nos vemos dentro de un rato —dijo Serguéi Ivánovich, moviendo la cabeza y mirando a su hermano—. Vamos, vete ya —añadió, sonriendo, y, recogiendo sus libros, se dispuso a acompañarlo. Se había puesto alegre de repente y no quería separarse de él—. ¿Y dónde te metiste cuando se puso a llover?

—¿A llover? Sólo cayeron cuatro gotas. Vuelvo en seguida. Entonces ¿lo has pasado bien? ¡Estupendo!

Y Levin fue a cambiarse de ropa.

Al cabo de cinco minutos los hermanos se reunieron en el comedor. Levin creía que no tenía hambre y sólo se sentó a la mesa para no disgustar a Kuzmá, pero lo cierto es que, desde el primer bocado, la comida le pareció muy apetitosa. Serguéi Ivánovich le contemplaba con una sonrisa en los labios.

—Ah, ha llegado una carta para ti —dijo—. Kuzmá, haz el favor de ir a buscarla abajo. Pero asegúrate de cerrar bien la puerta.

La carta era de Oblonski. Levin la leyó en voz alta. Su amigo le escribía desde

San Petersburgo: «He recibido una carta de Dolly, que está en Yergushovo. Por lo visto, no le sale nada a derechas. Te ruego que vayas a verla y la ayudes con algún consejo, ya que tú lo sabes todo. Se alegrará mucho de verte. Está completamente sola, la pobre. Mi suegra y todos los demás siguen todavía en el extranjero».

—¡Estupendo! Iré a verla sin falta —dijo Levin—. Podías venir conmigo. Es una mujer encantadora, ¿verdad?

—¿Queda muy lejos?

—A unas treinta verstas. Tal vez cuarenta. Pero la carretera es excelente. Llegaremos en seguida.

—Muy bien —dijo Serguéi Ivánovich, sin dejar de sonreír. La presencia de su hermano menor le comunicaba una alegría irreprimible—. ¡Vaya apetito tienes! —exclamó, contemplando a Levin que, con el rostro y el cuello enrojecidos y tostados por el sol, se inclinaba sobre el plato.

—¡Excelente! No te imaginas lo útil que es este régimen de vida contra toda clase de locuras. Me propongo enriquecer la medicina con un nuevo término: *Arbeitscur*.[2]

—Por lo que veo, tú no lo necesitas.

—No, pero ayuda a corregir muchos desarreglos nerviosos.

—Pues habrá que probarlo. Tenía intención de ir a ver cómo segabas, pero el calor era tan insoportable que no pasé del bosque. Me senté allí un rato y luego me dirigí a la aldea, donde me encontré con tu antigua nodriza. Traté de sondearla para ver qué opinan los campesinos de tu comportamiento. Por lo que me ha parecido entender, no lo aprueban. Me dijo: «No es un trabajo de señores». Me da la impresión de que el pueblo, en general, tiene una idea muy clara y precisa de lo que los señores deben y no deben hacer. Y no les gusta que se salgan de los límites que ha fijado su criterio.

—Puede ser. Pero esa actividad me procura un placer que no he experimentado en mi vida. Y no le hago mal a nadie, ¿no es verdad? —respondió Levin—. ¡Qué le vamos a hacer si no les gusta! En cualquier caso, me parece que no tiene la menor importancia, ¿no crees?

—Veo que estás muy satisfecho del día de hoy —prosiguió Serguéi Ivánovich.

—Sí, mucho. Hemos segado todo el prado. ¡Y he conocido a un anciano muy simpático! ¡No puedes imaginarte lo agradable que es!

—Vamos, que lo has pasado bien. Pues yo también. En primer lugar, he resuelto dos problemas de ajedrez, uno de ellos muy entretenido: una apertura de peón. Ya te lo enseñaré. Luego estuve pensando en nuestra conversación de ayer.

—¿Qué? ¿En nuestra conversación de ayer? —preguntó Levin, incapaz de acordarse de la conversación a la que se refería su hermano. A continuación entornó los ojos con expresión de felicidad y resopló, satisfecho, al parecer, de la comida.

—He llegado a la conclusión de que, en parte, tienes razón. Nuestro desacuerdo

se debe a que tú propones el interés personal como móvil de nuestras acciones, mientras yo afirmo que cualquier hombre con cierto grado de cultura debe tener presente el bien general. Puede que tengas razón al preferir una actividad material interesada. Lo cierto es que tu naturaleza es demasiado *prime-sautière*,[3] como dicen los franceses. Si una actividad no es impetuosa y enérgica, te deja indiferente.

Levin escuchaba a su hermano sin entender una palabra. La verdad es que ni siquiera lo intentaba. Lo único que temía es que le hiciera alguna pregunta que pusiese de manifiesto que no le estaba escuchando.

—Así es, amigo mío —dijo Serguéi Ivánovich, tocándole el hombro.

—Sí, desde luego. En cualquier caso, no voy a insistir en mis argumentos —replicó Levin, con una sonrisa infantil y cierto aire de culpabilidad. «¿De qué habremos estado discutiendo? —pensaba—. Es evidente que los dos teníamos razón, así que no hay más que hablar. Tengo que ir al despacho a dar las disposiciones para mañana.»

Se levantó, se desperezó y sonrió.

Serguéi Ivánovich también sonrió.

—Si quieres dar una vuelta, podemos ir juntos —dijo, pues no le apetecía separarse de su hermano, que rebosaba de energía y vitalidad—. Y pasaremos por tu despacho, si tienes que ir por allí.

—¡Ah, Dios mío! —gritó de repente Levin con voz tan fuerte que Serguéi Ivánovich se asustó.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo tiene la mano Agafia Mijáilovna? —preguntó Levin, dándose un golpe en la frente—. Me he olvidado por completo.

—Mucho mejor.

—De todos modos voy a ir a verla. Antes de que tengas tiempo de ponerte el sombrero, ya habré vuelto.

Y bajó a toda prisa las escaleras, los tacones retumbando en los peldaños como una carraca.

VII

Stepán Arkádevich, cogiendo casi todo el dinero que había en la casa, se fue a San Petersburgo a cumplir con una obligación natural y necesaria, tan comprensible para los funcionarios como incomprensible para las personas ajenas a la administración, y sin la cual no se puede entender el servicio público; a saber, hacerse recordar en el Ministerio. Una vez cumplida su misión, pasó el tiempo de la manera más alegre y agradable en las carreras y las casas de verano. Mientras tanto, Dolly se trasladó al campo con los niños para aligerar los gastos en la medida de lo posible. Se había instalado en Yergushovo, hacienda que había recibido como dote, la misma cuyo bosque habían vendido en primavera y que distaba cincuenta verstas de Pokróvskoie, la aldea de Levin.

La vieja casa señorial estaba en ruinas desde hacía mucho tiempo. El príncipe se había contentado con reparar y ampliar uno de los pabellones. Veinte años atrás, cuando Dolly no era más que una niña, ese pabellón disponía de habitaciones espaciosas y cómodas, a pesar de que, como es habitual en esa clase de construcciones, se había levantado a un lado de la avenida principal y se orientaba al mediodía. Pero ahora estaba viejo y deteriorado. Cuando Stepán Arkádevich fue en primavera para vender el bosque, Dolly le pidió que echara un vistazo a la casa y diera las disposiciones oportunas para que repararan todo lo necesario. Stepán Arkádevich, como todos los maridos que se sienten culpables, se preocupaba mucho del bienestar material de su esposa, así que inspeccionó la casa y mandó que se llevaran a cabo las mejoras que juzgó indispensables. En su opinión, había que tapizar de cretona todos los muebles, poner cortinas, limpiar el jardín, construir un puente en el estanque y plantar flores; pero se olvidó de cosas mucho más importantes, cuya ausencia supondría más tarde un serio quebradero de cabeza para Daria Aleksándrovna.

Por más que se esforzara en ser un buen marido y un padre de familia ejemplar, Stepán Arkádevich dejaba siempre en segundo plano las necesidades de su mujer y de sus hijos. Tenía los gustos de un hombre soltero y a ellos se atenía. Una vez de regreso en Moscú, anunció con orgullo a Dolly que ya estaba todo dispuesto, que la casa había quedado de fábula, y le aconsejó encarecidamente que fuese. La marcha de su mujer al campo le resultaba muy agradable en todos los sentidos: los niños llevarían una vida más sana, se reducirían los gastos y él gozaría de mayor libertad. En cuanto a Daria Aleksándrovna, consideraba indispensable que los niños pasasen el verano en el campo, sobre todo la niña, que no acababa de recuperarse de la escarlatina; además, de ese modo se libraría de las pequeñas humillaciones que la atormentaban, como las enojosas discusiones con el proveedor de leña, el pescadero y el zapatero, que reclamaban las cantidades que les adeudaban. Y por encima de todo,

tenía la esperanza de atraer a su hermana Kitty, que debía regresar del extranjero a mediados del verano, pues los médicos le habían prescrito baños de río. Kitty le había escrito desde el balneario que nada le apetecía más que pasar el verano con ella en Yergushovo, donde ambas revivirían tantos recuerdos de infancia.

En un primer momento la vida en la aldea fue muy penosa para Dolly. Había pasado largas temporadas en la infancia, y desde entonces le había quedado la impresión de que el campo constituía una especie de refugio contra los sinsabores de la ciudad; esperaba llevar una vida, si no elegante (algo que no le importaba), al menos cómoda y poco costosa: no se carecía de nada, todo resultaba barato y estaba al alcance de la mano, y los niños lo pasaban bien. Pero ahora, al volver como cabeza de familia, se dio cuenta de que las cosas eran muy distintas de lo que había imaginado.

Al día siguiente de su llegada llovió a cántaros, y por la noche se abrieron tales goteras en el pasillo y la habitación de los niños que hubo que sacar las camas al comedor. No pudieron encontrar una cocinera para la servidumbre; según dijo la vaquera, de las nueve vacas, unas estaban a punto de parir, otras tenían la primera ternera, otras eran demasiado viejas y a las demás costaba mucho ordeñarlas. Por tanto, ni siquiera para los niños habría suficiente leche y mantequilla. No había huevos. No era posible conseguir pollos, así que tenían que asar y cocer gallos viejos, de carne morada y fibrosa. No había manera de encontrar mujeres para que fregaran los suelos, ya que todas estaban ocupadas con la recolección de la patata. Tampoco se podían dar paseos en coche porque uno de los caballos se encabritaba y no se dejaba enganchar. No había dónde bañarse, pues el ganado había pisoteado toda la orilla, que además daba al camino. Ni siquiera se podía pasear, ya que los animales se metían en el jardín por una valla rota, y había un toro terrible que mugía y podía cornear a alguien. No disponían de suficientes armarios para la ropa, y los pocos que había no cerraban bien y se abrían solos cuando alguien pasaba a su lado. Faltaban ollas y cazuelas en la cocina, no había calderos en el lavadero, ni siquiera una tabla de planchar en el cuarto de las criadas.

Al principio Daria Aleksándrovna estaba desesperada: en lugar de la tranquilidad y el descanso que había esperado encontrar, tuvo que hacer frente a lo que, desde su punto de vista, eran terribles calamidades. A pesar de sus ímprobos esfuerzos, se daba cuenta de que la situación no tenía arreglo, y apenas podía contener las lágrimas que a cada momento asomaban a sus ojos. La hacienda se hallaba bajo la supervisión de un antiguo sargento de caballería, que hasta entonces había desempeñado funciones de portero. A Stepán Arkádevich le había caído en gracia por su prestancia y sus maneras respetuosas y lo había nombrado administrador. Ese hombre no mostraba ninguna preocupación por las calamidades de Daria Aleksándrovna y le decía con la mayor cortesía: «Con esta maldita gente no hay manera de hacer nada», y no le

prestaba la menor ayuda.

La situación parecía desesperada. Pero en casa de los Oblonski, como sucede en casi todas las familias, había una persona de aspecto insignificante, pero muy valiosa y útil: Matriona Filimónovna. Consolaba a la señora, le aseguraba que todo «se enderezaría» (una expresión suya que Matvéi había adoptado) y actuaba sin apresurarse ni perder la calma.

Inmediatamente se hizo amiga de la mujer del administrador. El mismo día de su llegada tomó el té con ellos bajo las acacias, y se ocupó de todos los asuntos. Pronto en ese mismo lugar se formó el club de Matriona Filimónovna, compuesto por la mujer del administrador, el *stárosta*[4] y el escribiente. Poco a poco, todas las dificultades de la vida empezaron a resolverse, y al cabo de una semana no quedó ya ninguna duda de que todo «se había enderezado». Repararon el tejado, encontraron una cocinera, comadre del *stárosta*, compraron gallinas, las vacas empezaron a dar leche, taparon la valla con unas estacas, el carpintero hizo un rodillo para escurrir la ropa, pusieron ganchos en los armarios, que dejaron de abrirse solos, instalaron una tabla de planchar, forrada de paño de uniforme militar, entre el brazo de un sillón y la cómoda, y en la habitación de las criadas empezó a oler a planchas calientes.

—¡Ya lo ve! ¡Y estaba usted desesperada! —dijo Matriona Filimónovna, señalando la tabla.

Hasta levantaron una caseta de baños de paja, lo que permitió que Lily empezara a bañarse. De ese modo Daria Aleksándrovna vio satisfechas, hasta cierto punto, sus esperanzas de llevar en el campo una vida, si no sosegada, al menos cómoda. En realidad, con seis niños a su cargo, Daria Aleksándrovna no podía estar tranquila. Uno se ponía malo, otro también corría el riesgo de enfermar, a éste le faltaba alguna cosa, aquél daba muestras de mal carácter, etcétera. Rara vez disfrutaba de algún breve período de calma. Por otro lado, esas inquietudes y quehaceres constituían su única felicidad posible. De no haber sido por ellas, no habría podido pensar más que en una cosa: en que su marido no la quería. Tampoco había que olvidar que esos mismos niños, cuya salud o malas inclinaciones tanto la preocupaban, la compensaban de las penas con pequeñas alegrías. A veces eran tan minúsculas que apenas se veían, como pepitas de oro en la arena. En los momentos malos sólo veía las penas, la arena; pero había también momentos buenos, en que sólo veía las alegrías, el oro.

Ahora, en la soledad del campo, era cada vez más consciente de esas alegrías. A menudo, contemplando a sus hijos, hacía cuanto podía por convencerse de que estaba equivocada, de que su condición de madre le impedía ser imparcial, pero al final acababa diciéndose que eran todos maravillosos, cada uno a su manera, que sería difícil encontrar otros seis niños así. Y entonces se sentía feliz y orgullosa.

VIII

A finales de mayo, cuando ya estaba todo más o menos arreglado, Oblonski respondió a las quejas que le había expresado su mujer por las condiciones en que se había encontrado la casa. En su carta le pedía perdón por no haber pensado en todo y le prometía que iría por allí a la primera oportunidad. Pero, como esa oportunidad no se presentaba nunca, Daria Aleksándrovna tuvo que vivir sola en la finca hasta principios de junio.

Un domingo, durante la vigilia de San Pedro, decidió llevar a misa a todos sus hijos para que comulgaran. En sus conversaciones íntimas y filosóficas con su hermana, su madre y sus amigos, Dolly solía sorprender a todos por sus ideas avanzadas en materia de religión. Tenía una religión propia y extraña, la metempsicosis, en la que creía firmemente, y apenas se preocupaba de los dogmas de la Iglesia. Pero en el seno de su familia cumplía escrupulosamente con todos los mandamientos de la Iglesia, y no sólo por dar ejemplo, sino de todo corazón. Le inquietaba mucho que los niños no hubiesen comulgado durante casi un año y, con gran alegría y satisfacción de Matriona Filimónovna, decidió que lo hicieran ahora en verano.

Llevaba varios días pensando qué ropa ponerle a los niños. Habían cosido, transformado y lavado los vestidos, habían soltado las costuras y los volantes, habían pegado los botones y preparado las cintas. El vestido de Tania, del que se encargó la inglesa, le dio muchos quebraderos de cabeza. La inglesa se había equivocado con las costuras, había hecho demasiado grandes las sisas y había estropeado la prenda. A Tania le quedaba tan apretado a la altura de los hombros que daba pena verla. Pero a Matriona Filimónovna se le ocurrió ponerle unas piezas de tela y añadir una esclavina. Los arreglos quedaron bien, pero estuvieron a punto de discutir con la inglesa. Por la mañana todo estaba dispuesto, y a eso de las nueve —le habían pedido al sacerdote que no empezara el oficio hasta esa hora— los niños, de punta en blanco y resplandecientes de alegría, esperaban a su madre en la escalinata, delante del coche.

Gracias a la intervención de Matriona Filimónovna habían enganchado a Burei, el caballo del administrador, en lugar del arisco Vorona. Daria Aleksándrovna, que se había entretenido arreglándose, apareció por fin con su vestido blanco de muselina.

Se había peinado y vestido con esmero y cierto nerviosismo. Antes se arreglaba para su propia satisfacción, para estar guapa y gustar a los demás; después, a medida que pasaban los años, ese cometido se le fue haciendo cada vez más enojoso. Se daba cuenta de que su belleza se iba ajando. Pero ahora había recuperado ese interés, esa emoción. No lo hacía por sí misma ni para realzar su belleza, sino porque era la madre de esos niños encantadores y no quería estropear la impresión de conjunto.

Después de mirarse por última vez en el espejo, se quedó satisfecha de su aspecto. Estaba muy guapa. No tanto como antaño, cuando iba a los bailes, pero sí lo bastante para el fin que se había propuesto.

En la iglesia no había más que algunos campesinos y criados, acompañados de sus mujeres. Pero Daria Aleksándrovna veía, o creía ver, la admiración que despertaban tanto sus hijos como ella. Los niños no sólo estaban guapísimos con sus trajes de domingo, sino que se portaban de maravilla. Es verdad que Aliosha se volvía cada dos por tres para ver su chaquetita por detrás, pero de todos modos era encantador. Tania parecía una persona mayor y vigilaba a los pequeños. En cuanto a Lily, la menor, con qué ingenua sorpresa lo contemplaba todo. Después de comulgar, apenas pudieron contener una sonrisa cuando dijo en inglés:

—*Please, some more*.[5]

En el camino de regreso, los niños tenían la impresión de que habían asistido a un acontecimiento solemne y estaban muy serios.

En casa todo iba bien, pero en el desayuno Grisha empezó a silbar y, lo que es aún peor, desobedeció a la inglesa, lo que le valió quedarse sin postre. De haber estado presente, Daria Aleksándrovna no habría permitido que se le castigara un día como aquél, pero no le quedó otro remedio que respaldar la decisión de la institutriz. Ese incidente empañó un tanto la alegría general.

Grisha lloraba, decía que Nikólenka también había silbado y que en cambio a él no lo habían castigado, y añadía que no lloraba porque lo hubieran dejado sin postre —poco le importaba eso—, sino porque habían sido injustos. A Daria Aleksándrovna le dio tanta pena que decidió hablar con la inglesa para que lo perdonara. Con esa intención se dirigió a su habitación. Pero, al pasar por la sala, contempló una escena que le embargó de alegría y ella misma perdonó al pilluelo.

Tania, con un plato en la mano, estaba delante de Grisha, que se había sentado en el alféizar de la ventana del rincón. Con el pretexto de dar de comer a las muñecas, Tania le había pedido a la inglesa que le permitiera llevar su ración de tarta a la habitación de los niños, y ahora se la ofrecía a su hermano. Sin dejar de llorar por la injusticia del castigo, Grisha comía la tarta, mientras decía entre sollozos:

—Come también tú. Nos la comeremos juntos… juntos.

Al principio Tania sintió pena de su hermano; luego, la conciencia de su buena acción hizo que a sus ojos asomaran algunas lágrimas. En cualquier caso, no renunció a su porción de la tarta.

Al ver a su madre, ambos se asustaron, pero, en cuanto repararon en la expresión de su cara, se dieron cuenta de que no estaban haciendo nada malo y se echaron a reír. Con las bocas llenas de tarta, trataron de limpiarse los labios sonrientes con las manos y se embadurnaron de lágrimas y mermelada sus rostros resplandecientes.

—¡Dios mío! ¡El vestido blanco nuevo! ¡Tania! ¡Grisha! —decía la madre,

tratando de que los trajes no se mancharan, pero con lágrimas de felicidad en los ojos y una alegre sonrisa.

Les quitaron los vestidos nuevos, ordenaron a las niñas que se pusieran las blusas y a los chicos las chaquetitas viejas, y dieron disposiciones para que prepararan el coche, otra vez con Burei en las varas, para gran disgusto del administrador, pues se disponían a ir a buscar setas y a bañarse. En la habitación de los niños los gritos alborozados no se apagaron hasta que partieron.

Llenaron una cesta entera de setas; hasta Lily encontró una. Al principio era Miss Hull quien se las señalaba, pero luego ella misma encontró una enorme. Por todas partes se oyeron exclamaciones de entusiasmo: «¡Lily ha encontrado una seta!».

Luego se dirigieron a la orilla, dejaron los caballos bajo los abedules y entraron en la caseta de baños. El cochero Terenti, después de atar a los caballos, que espantaban las moscas con el rabo, se tendió a la sombra de un árbol, aplastando la hierba, y encendió su pipa. Desde la caseta le llegaba un rumor incesante de alegres gritos infantiles.

A pesar del trabajo que suponía vigilar a los niños y evitar sus travesuras, y de lo difícil que resultaba no mezclar ni confundir todas esas medias, pantalones y zapatos de diferentes medidas, así como desatar, desabrochar y volver a atar tantas cintas y botones, Daria Aleksándrovna, que siempre había sido partidaria de los baños, pues los consideraba saludables, disfrutaba muchísimo bañándose con sus hijos. Le proporcionaba un enorme placer coger esos piececitos rollizos, ponerles las medias, cogerlos en brazos, meter en el agua esos cuerpecillos desnudos, oír sus gritos, tan pronto alegres como asustados, y ver los rostros sofocados, con ojos como platos, risueños y temerosos, de esos querubines, que chapoteaban en el agua.

Cuando la mitad de los niños ya se había vestido, algunas campesinas endomingadas, que habían estado recogiendo euforbio y angélica, se acercaron a la caseta y se detuvieron con aire cohibido. Matriona Filimónovna llamó a una de ellas para que pusiera a secar una sábana y una camisa que se habían caído al agua, y Daria Aleksándrovna se puso a hablar con ellas. Al principio las mujeres se reían tapándose la boca, porque no entendían las preguntas, pero poco a poco fueron dejando a un lado su timidez y se atrevieron a hacer algún comentario, granjeándose las simpatías de Daria Aleksándrovna por los sinceros elogios que hicieron de sus hijos.

—¡Mira qué bonita! ¡Es blanca como el azúcar! —dijo una de ellas, mirando a Tania con admiración, al tiempo que movía la cabeza—. Pero qué delgada está…

—Sí, ha estado enferma.

—¿Y éste también se ha bañado? —preguntó otra, refiriéndose al niño de pecho.

—No, sólo tiene tres meses —respondió con orgullo Daria Aleksándrovna.

—¡Fíjate!

—Y tú ¿tienes hijos?

—He tenido cuatro, pero sólo me quedan dos: un niño y una niña. La he destetado por Carnaval.

—¿Y qué edad tiene?

—Más de un año.

—¿Por qué le has dado el pecho tanto tiempo?

—Es nuestra costumbre: tres Cuaresmas…

La conversación fue de lo más interesante para Daria Aleksándrovna, que siguió haciendo preguntas: ¿cómo fue el parto? ¿De qué había enfermado el niño? ¿Dónde estaba su marido? ¿Iba a verla a menudo?

A Daria Aleksándrovna no le apetecía separarse de esas mujeres. Le había agradado mucho conversar con ellas, pues compartían los mismos intereses. Lo que más le complacía era que esas campesinas se admiraran de que tuviera tantos hijos y de que todos fueran tan guapos. Hasta la hicieron reír y ofendieron a la inglesa, blanco de unas risas que ella no podía entender. Una de las muchachas no le quitaba el ojo de encima a la inglesa, que era la última en vestirse, y, cuando vio que se ponía la tercera enagua, no pudo dejar de observar:

—Fíjate en todo lo que se pone. No acabará nunca. Y sus compañeras se rieron a carcajadas.

IX

Rodeada de todos los niños, que tenían el pelo empapado después del baño, Daria Aleksándrovna, con un pañuelo en la cabeza, se acercaba ya a la casa cuando el cochero dijo:

—Por ahí viene alguien. Me parece que es el señor de Pokróvskoie.

Daria Aleksándrovna aguzó la vista y se alegró al reconocer la silueta familiar de Levin, con su sombrero y su abrigo de color gris. Siempre le complacía verlo, pero ahora la embargó una satisfacción especial, pues podría contemplarla en toda su gloria. Nadie mejor que él sabría apreciar esa grandeza.

Al verla, Levin tuvo la impresión de encontrarse delante de uno de esos cuadros de futura vida familiar que su imaginación solía pintarle.

—Parece usted una gallina clueca, Daria Aleksándrovna.

—¡Ah, cuánto me alegro! —dijo ella, tendiéndole la mano.

—¿Que se alegra? ¿Y por qué no me ha avisado de su llegada? Mi hermano está pasando una temporada en mi casa. He recibido una nota de Stiva en la que me comunicaba que estaba usted aquí.

—¿De Stiva? —preguntó con sorpresa Daria Aleksándrovna.

—Sí, me ha escrito que se había trasladado usted al campo y que tal vez necesitara de mis servicios —dijo Levin, y al pronunciar esas palabras se turbó e interrumpió su discurso.

Siguió andando en silencio, a un lado del coche, arrancando ramitas de tilo y mordisqueándolas. Se había dado cuenta de que a Daria Aleksándrovna debía molestarle que un extraño la ayudara a solucionar contratiempos de los que tendría que haberse ocupado su marido. Y no se equivocaba: a Daria Aleksándrovna le desagradaba la costumbre de su marido de encomendar a personas ajenas sus asuntos familiares. Y compendió que Levin había adivinado sus sentimientos. Era por esa sutil comprensión, por esa delicadeza, por lo que lo apreciaba tanto.

—Ya sé que sólo era una manera amable de darme a entender que me recibiría usted con gusto, lo que celebro mucho —dijo Levin—. Pero me figuro que, acostumbrada a las comodidades de la ciudad, esto le parecerá el fin del mundo. Si puedo serle útil en algo, estoy a su disposición.

—¡No se preocupe! Los primeros días estábamos bastante incómodos, pero ahora va todo de maravilla, gracias a mi vieja aya —repuso Dolly, señalando a Matriona Filimónovna que, al darse cuenta de que estaban hablando de ella, dirigió a Levin una sonrisa alegre y cordial. Lo conocía, sabía que era un buen partido para la señorita Kitty y deseaba que las cosas se acabaran arreglando.

—Pero haga el favor de subir al coche. Le haremos sitio —le dijo.

—No, prefiero ir andando. Niños, ¿quién quiere echarle una carrera a los caballos

conmigo?

Los niños conocían muy poco a Levin, apenas se acordaban de él, pero en su presencia no mostraban ese extraño sentimiento de timidez y repulsión que suelen experimentar los niños ante los adultos que fingen ponerse a su altura, motivo de tantas regañinas. La hipocresía puede engañar al hombre más inteligente y perspicaz, pero hasta el niño más torpe la reconoce, por más empeño que se ponga en ocultarla, y se aparta con repugnancia. Levin podía tener muchos defectos, pero no había en él ni sombra de doblez. Por eso los niños le mostraron la misma simpatía que veían reflejada en el rostro de su madre. Respondiendo a su invitación, los dos mayores saltaron del coche y corrieron con él con la misma confianza con que lo habrían hecho con su aya, con Miss Hull o con su madre. Lily también quería ir con él. Daria Aleksándrovna se la entregó a Levin, que se la colocó sobre los hombros y echó a correr.

—¡No se preocupe, no se preocupe, Daria Aleksándrovna! —le dijo a la madre, sonriendo con jovialidad—. No dejaré que se caiga ni que se haga daño.

Observando sus movimientos ágiles y vigorosos, acaso un poco tensos por el excesivo cuidado que ponía, Dolly se tranquilizó y esbozó una sonrisa que expresaba aprobación y alegría.

La vida en el campo, así como la presencia de los niños y de Daria Aleksándrovna, a la que tanta simpatía profesaba, contribuyeron a que Levin recobrara esa disposición de ánimo jubilosa e infantil de que hacía gala tan a menudo y que tanto gustaba a Dolly. Mientras corría con los niños, les enseñaba algunos ejercicios gimnásticos, hacía reír a Miss Hull con su inglés chapurreado y le hablaba a Daria Aleksándrovna de las tareas de las que se ocupaba en Pokróvskoie.

Después de comer, Daria Aleksándrovna, que se había quedado sola con él en el balcón, se puso a hablarle de Kitty.

—¿Sabe usted? Kitty va a venir a pasar el verano conmigo.

—¿De veras? —repuso Levin, ruborizándose, y se apresuró a cambiar de tema—: Entonces, ¿quiere que le envíe dos vacas? Si se empeña usted en pagarme, puede darme cinco rublos al mes, si no le resulta violento.

—No, gracias. Ya lo hemos arreglado.

—En ese caso iré a echar un vistazo a sus vacas y, si me lo permite, daré instrucciones relativas a la alimentación. Todo depende de lo que se les dé de comer.

Y Levin, siguiendo con su propósito de desviar la conversación, se puso a explicarle su teoría de la producción lechera, basada en el principio de que la vaca no es más que una simple máquina que transforma el pienso en leche, etcétera.

Al tiempo que hablaba, ardía en deseos de saber más cosas de Kitty, aunque también temía entrar en detalles. Le horrorizaba perder ese sosiego que tantos esfuerzos le había costado.

—Puede que tenga usted razón, pero alguien tendría que seguir todo el proceso. Y ¿quién va a hacerlo? —respondió Daria Aleksándrovna de mala gana.

Ahora que gracias a Matriona Filimónovna se había restablecido el orden en su hogar, no era partidaria de introducir cambios. Además, dudaba de los conocimientos de Levin en materia de economía agrícola. El argumento de que la vaca no era más que una máquina de producir leche le parecía sospechoso. Tenía la impresión de que tales ideas sólo podían crear dificultades. En su opinión, todo era mucho más sencillo: como le había explicado Matriona Filimónovna, bastaba con aumentar la ración de comida y bebida de Pestruja y Belopájaia, y con vigilar al cocinero para que no llevara las sobras de la cocina a la vaca de la lavandera. Eran argumentos comprensibles. En cambio, esas consideraciones sobre el pienso y el forraje le parecían dudosas y poco claras. En cualquier caso, lo que más le importaba era hablar de su hermana.

X

—Kitty me ha escrito que no desea otra cosa que soledad y tranquilidad —dijo Dolly después de una breve pausa.

—Entonces, ¿está mejor de salud? —preguntó Levin, muy agitado.

—Gracias a Dios, se ha restablecido por completo. Nunca creí que estuviera enferma del pecho.

—¡Ah, me alegro mucho! —exclamó Levin, mirándola fijamente, y Dolly creyó ver en su rostro una expresión de ternura y desamparo.

—Dígame, Konstantín Dmítrich, ¿por qué se ha enfadado con Kitty? —preguntó Daria Aleksándrovna con su acostumbrada sonrisa, bondadosa y algo burlona.

—¿Yo? No estoy enfadado.

—Sí que lo está. ¿Por qué no fue a nuestra casa ni a la de ellos cuando estuvo en Moscú?

—Daria Aleksándrovna —dijo Levin, enrojeciendo hasta la raíz del cabello—, me sorprende que, con lo bondadosa que es usted, no se haga cargo de la situación. ¿Cómo es posible que no se compadezca de mí sabiendo…?

—¿Sabiendo qué?

—Que pedí su mano y ella me rechazó —prosiguió Levin, y, al recordar la ofensa recibida, toda la ternura que sentía por Kitty se transformó en un sentimiento de rabia.

—¿Y por qué supone que lo sé?

—Porque todo el mundo lo sabe.

—Pues se equivoca usted. No lo sabía, aunque lo barruntaba.

—Pues ahora ya lo sabe.

—Me daba cuenta de que había pasado algo, pero no fui capaz de sacarle a Kitty ni una sola palabra. Veía que sufría horriblemente, pero ella me pidió que no le hablara de ese asunto. Y, si no me lo ha contado a mí, es que no se lo ha contado a nadie. Pero, dígame, ¿qué es lo que pasó entre ustedes?

—Ya se lo he dicho.

—¿Y cuándo se declaró usted?

—La última vez que los visité a ustedes.

—¿Sabe lo que le digo? —replicó Dolly—. Que me da muchísima pena de Kitty. En cambio, usted sólo sufre porque le han herido en su amor propio…

—Puede ser —dijo Levin—, pero…

Dolly le interrumpió.

—Ella sí que es digna de lástima. Pobrecita. Ahora lo entiendo todo.

—Bueno, Daria Aleksándrovna, tengo que dejarla —dijo Levin, levantándose—. ¡Adiós! ¡Hasta la vista!

—Espere un poco —le pidió Dolly, cogiéndole de la manga—. Quédese un ratito más.

—Le ruego que no hablemos más de ese tema —dijo Levin, sentándose. En su corazón empezaba a renacer y a removerse una esperanza que creía desvanecida para siempre.

—Si no le estimara a usted —dijo Daria Aleksándrovna con lágrimas en los ojos —, si no le conociera como le conozco…

El sentimiento que creía muerto no dejaba de aumentar y crecer, y se iba adueñando poco a poco del ánimo de Levin.

—Sí, ahora lo entiendo todo —prosiguió Daria Aleksándrovna—. Usted no puede comprenderlo. Ustedes, los hombres, son libres y pueden elegir. Por eso saben muy bien a quién aman. Pero una muchacha está obligada a esperar con ese pudor virginal, propio de su sexo. Les ve a ustedes de lejos y se fía de todo lo que le dicen; en esas condiciones, a veces no sabe a quién ama ni tampoco lo que debe responder.

—Sí, si el corazón no habla.

—Sí, el corazón habla. Pero hágase usted cargo de la situación: cuando ustedes, los hombres, se fijan en una muchacha, pueden frecuentar la casa de sus padres, trabar amistad con ella, observarla, y sólo se declaran cuando están convencidos de que han encontrado lo que estaban buscando…

—Bueno, eso no es del todo así.

—Lo mismo da. El caso es que se declaran ustedes cuando el amor ha madurado o cuando, entre dos posibles candidatas, la balanza se inclina por una o por otra. En cuanto a la muchacha, no se le consulta. Se pretende que sea ella quien elija, pero sólo se le permite responder «sí» o «no».

«Sí, escoger entre Vronski y yo», pensó Levin, y tuvo la impresión de que ese sentimiento que acababa de resucitar en su alma moría por segunda vez, causándole un sentimiento horrible.

—Daria Aleksándrovna —dijo—. Así se elige una prenda de ropa o cualquier otra cosa, pero no el amor. Una vez que se ha tomado una decisión, no hay posibilidad de enmienda…

—¡Ah, el orgullo! ¡Siempre el orgullo! —exclamó Daria Aleksándrovna, como si los sentimientos de Levin le parecieran despreciables en comparación con esos otros que sólo conocen las mujeres—. En el momento en que se declaró usted, Kitty se hallaba precisamente en una de esas situaciones en las que no se sabe qué responder. Dudaba entre Vronski y usted. Mientras a él le veía a diario, usted hacía tiempo que no aparecía por su casa. Si hubiera tenido la edad que tengo yo, por ejemplo, no habría vacilado. Vronski siempre me ha sido profundamente antipático. Y, como se ha demostrado, no me equivocaba.

Levin se acordó de la respuesta de Kitty: «No puede ser…», le había dicho.

—Daria Aleksándrovna, aprecio la confianza con que me distingue —replicó con sequedad—, pero creo que se equivoca usted. Tenga razón o no la tenga, ese orgullo que tanto desprecia hace que me sea imposible pensar en Katerina Aleksándrovna. Completamente imposible, ¿lo entiende usted?

—Sólo le diré una cosa más. No olvide usted que le estoy hablando de mi hermana, a la que quiero como a mis propios hijos. No pretendo decirle que le ame a usted. Sólo me permito sugerirle que su negativa de entonces no significa nada.

—¡No lo sé! —exclamó Levin, poniéndose en pie de un salto—. ¡Si supiera cuánto me hace usted sufrir! Es como si se le hubiera muerto a usted un hijo y alguien le dijera: «Ah, si hubiera vivido, habría sido esto o lo otro, y cómo se habría alegrado usted. Pero ha muerto, ha muerto, ha muerto».

—Qué gracioso es usted —replicó Daria Aleksándrovna con una triste sonrisa, al reparar en la agitación de Levin—. Sí, ahora lo entiendo todo —prosiguió, con aire pensativo—. Entonces, ¿vendrá usted a visitarnos cuando esté Kitty?

—No, no vendré. Naturalmente, no es que rehuya a Katerina Aleksándrovna, pero, en la medida de lo posible, trataré de evitarle mi odiosa presencia.

—Es usted muy gracioso —repitió Daria Aleksándrovna, mirándole a la cara con ternura—. Bueno, de acuerdo, haremos como si no hubiéramos hablado de este asunto. ¿Qué quieres, Tania? —preguntó en francés a la niña, que acababa de entrar.

—¿Dónde está mi pala, mamá?

—Cuando te hablo en francés, tú debes hacer lo mismo.

Como a la niña se le había olvidado cómo se decía pala en francés, su madre se lo sopló, y a continuación, en esa misma lengua, le dijo dónde estaba. Esa escena causó a Levin una impresión desagradable.

La casa de Daria Aleksándrovna ya no le parecía tan agradable, y tampoco sus hijos.

«¿Por qué hablará francés con los niños? ¡Qué artificioso y falso! Y los niños se dan cuenta. Aprenderán francés, pero olvidarán la sinceridad», pensaba, sin saber que Daria Aleksándrovna se había dicho lo mismo veinte veces, aunque al final había juzgado imprescindible recurrir a ese método de enseñanza, en detrimento de la sinceridad.

—Pero ¿adonde va usted? Espere un poco.

Levin se quedó hasta la hora del té, pero su alegría había desaparecido y se sentía incómodo.

Después de tomar el té, salió al vestíbulo para ordenar que engancharan los caballos. Cuando regresó, encontró a Daria Aleksándrovna muy agitada, con el rostro descompuesto y lágrimas en los ojos. Durante los breves instantes en que Levin se había ausentado, se había producido un incidente que había destruido de pronto su

felicidad y el sentimiento de orgullo por sus hijos que la había embargado a lo largo de esa jornada. Grisha y Tania se habían peleado por una pelota. Al oír gritos en la habitación de juegos, había ido corriendo a ver lo que pasaba y se encontró con un espectáculo penoso: Tania tiraba del pelo a Grisha, quien a su vez, con la cara desencajada por la ira, no paraba de propinar puñetazos a su hermana. Algo pareció romperse en el corazón de Daria Aleksándrovna. Era como si una nube negra hubiera cubierto de pronto toda su vida. Comprendió que esos niños, de los que estaba tan orgullosa, no se diferenciaban en nada de los demás, que eran perversos, maleducados y tenían inclinaciones groseras y crueles; en suma, unos niños odiosos.

En esos momentos era incapaz de pensar o hablar de otra cosa, así que acabó confiándole a Levin sus desgracias. Éste, dándose cuenta de lo desdichada que se sentía, trató de consolarla, diciéndole que no había motivos para preocuparse, que todos los niños se pegaban, pero, al tiempo que pronunciaba esas palabras, pensaba para su adentros: «No, yo no me andaré con tantas ridiculeces ni les hablaré en francés a mis hijos. Mis hijos no serán así. Para que los niños sean encantadores, basta con no echarlos a peder, con no estropear su carácter. Sí, mis hijos no serán así».

Se despidió y se marchó. En esta ocasión, Dolly no trató de retenerlo.

XI

A mediados de julio el *stárosta* de la finca de su hermana, que distaba veinte verstas de Pokróvskoie, se presentó en casa de Levin para informarle de la marcha de los asuntos, en especial de la siega. Los principales ingresos de esas tierras procedían de unos prados ribereños. En años anteriores se habían arrendado a los campesinos a razón de veinte rublos la hectárea. Cuando Levin pasó a ocuparse de la administración de esas tierras, examinó los prados y llegó a la conclusión de que valían más y fijó el precio en veinticinco rublos la hectárea. Los campesinos se habían negado a pagar tal precio y, como barruntaba Levin, hicieron lo posible por disuadir a otros posibles arrendatarios. Entonces Levin se presentó en persona y contrató braceros para la siega, concertando un jornal con unos y yendo a partes con otros. Los campesinos del lugar se opusieron con uñas y dientes a esa innovación, pero, a pesar de todo, ya el primer año los ingresos ascendieron casi al doble. El rechazo de los campesinos no disminuyó en el curso de los dos años siguientes, pero la siega se realizó del mismo modo. Ese año los campesinos habían arrendado todos los prados a cambio de una tercera parte de la cosecha, y ahora el *stárosta* venía a anunciarle que, una vez concluida la siega, temiendo que pudiera llover, se había procedido al reparto en presencia del escribiente, y que a los propietarios les habían correspondido once almiares. Por las vagas respuestas que ofreció a sus preguntas sobre la cantidad de heno recogido en el prado principal, por el apresuramiento con que se había hecho el reparto, sin solicitar su permiso, y por el tono que empleó, Levin llegó a la conclusión de que había gato encerrado y decidió ir en persona para verificar lo que había pasado.

Llegó a la aldea a la hora de comer, dejó su caballo en casa del marido de la nodriza de su hermano, que era un viejo amigo, y fue a buscarlo al colmenar para que le informara de algunos detalles relativos al reparto del heno. El viejo Parménich, hombre charlatán y apuesto, lo recibió con alegría, le enseñó lo que estaba haciendo, le contó detalles de las abejas y de la enjambrazón de aquel año; pero respondió con palabras vagas y de mala gana a sus preguntas sobre la siega. Esa actitud le confirmó en sus sospechas. Se dirigió a los prados para examinar los almiares y se convenció de que ninguno de ellos contenía cincuenta carretadas. Para dejar a los campesinos en evidencia, mandó que trajeran los carros, que cargaran el heno de uno de los almiares y lo llevaran al pajar. Sólo salieron treinta y dos carros. Por más que el *stárosta* le aseguraba que el heno, muy hinchado al principio, se había aplastado en el almiar, por más que jurara que todo se había hecho como Dios manda, Levin insistió en que, habiéndose repartido el heno sin su permiso, se negaba a aceptar que hubiera cincuenta carretadas por almiar. Después de largas discusiones, decidieron que los campesinos se quedaran con esos once almiares, estimados en cincuenta carretadas, y

que se procediera de nuevo a separar la parte de los señores.

Las negociaciones y el reparto posterior les tuvo atareados hasta el atardecer. Una vez dividido el último montón de heno, Levin, confiando al escribiente la supervisión de las tareas restantes, se sentó en un almiar marcado con una pértiga de sauce y contempló embelesado el prado, en el que se afanaban decenas de hombres.

Delante de él, en un recodo del río, al otro lado de la ciénaga, un abigarrado grupo de mujeres, de voces sonoras y alegres, removían el heno desparramado por el campo y lo disponían en hileras grisáceas y ondulantes, que contrastaban con el verde claro de los rastrojos. Las seguían hombres con horcas, que transformaban esas hileras en montones anchos, altos y esponjosos. A la izquierda, por el prado segado, rechinaban los carros. Uno tras otro los montones fueron desapareciendo, levantados por enormes horcas, transformados en enormes carretadas de oloroso heno que se desbordaban sobre las grupas de los caballos.

—¡Un tiempo estupendo para la siega! ¡Ya verá qué heno vamos a tener! —dijo el viejo, sentándose al lado de Levin—. ¡Más que heno parece té! ¡Los muchachos lo recogen como si estuvieran echando grano a los patos! —añadió, señalando los montones, cada vez más altos—. Desde la hora de la comida se han llevado ya la mitad. ¿Es el último? —le gritó a un mozo que iba de pie en la parte delantera de un carro, sacudiendo las puntas de las riendas de cáñamo.

—¡El último, padrecito! —respondió el mozo, reteniendo el caballo un momento. Luego se volvió, contempló sonriente a una mujer de cara alegre, sonrosada y risueña, que iba sentada en el carro, y arreó al caballo.

—¿Quién es? ¿Tu hijo? —preguntó Levin.

—El pequeño —respondió el viejo con una tierna sonrisa.

—¡Qué buen mozo!

—No es mal muchacho.

—¿Está casado?

—Hará dos años el día de San Felipe.

—¿Y tiene hijos?

—¿Hijos? Durante un año entero no se ha enterado de nada, y hasta le daba vergüenza —replicó el viejo—. ¡Vaya heno! ¡Igualito que el té! —repitió, deseando cambiar de conversación.

Levin contempló con mayor atención a Vanka Parménov y a su mujer. Estaban cargando heno no lejos de allí. Iván Parménov, de pie en el carro, recibía, extendía y aplastaba los enormes montones de heno que su joven y bella esposa le entregaba, primero con los brazos y después con ayuda de una horca. La joven trabajaba con alegría, moviéndose con agilidad y desenvoltura. No era fácil coger con la horca el heno apelmazado y prensado. Primero lo ahuecaba, luego hundía la horca, descargaba todo el peso de su cuerpo, con un movimiento rápido y ligero, y doblaba la espalda; a

continuación se enderezaba y, con el opulento pecho marcándose por debajo de la blusa blanca, ceñida con un cinturón rojo, blandía con habilidad la horca y arrojaba los montones en el carro. Con el propósito evidente de ahorrarle cualquier esfuerzo superfluo, Iván se apresuraba a abrir los brazos, cogía el heno y lo depositaba en el fondo. Después de rastrillar los montones más menudos, la mujer se sacudió las briznas que se le habían pegado al cuello y, arreglándose el pañuelo rojo, que se le había caído sobre la frente blanca, aún no tostada por el sol, se metió debajo del carro para atar la carga. Iván le indicaba el modo de amarrar las cuerdas a la vara inferior del carro, y a un comentario de su mujer, estalló en una carcajada. En los rostros de ambos se reflejaba un amor intenso, juvenil, recién despertado.

XII

Una vez sujeta la carga, Iván saltó del carro y cogió de la brida a su espléndido y bien alimentado caballo. La mujer arrojó el rastrillo sobre la carga y, con pasos rápidos, balanceando los brazos, se acercó a un grupo de campesinas. Al salir al camino, Iván se unió a una fila de carros. Detrás iban las mujeres, con los rastrillos al hombro, radiantes con sus prendas de vivos colores, charlando con sus voces sonoras, vibrantes de alegría. Una de ellas entonó hasta el estribillo una canción ruda y salvaje, y acto seguido, medio centenar de voces poderosas, unas broncas y otras agudas, la repitió al unísono.

Sin dejar de cantar, las mujeres se acercaron al lugar donde estaba Levin, y éste tuvo la impresión de que una nube de tormenta, preñada de alegres truenos, se cernía sobre su cabeza. Cuando la nube llegó a su altura y le envolvió, tanto el almiar en el que se había tumbado como los demás, así como los carros y el prado con los campos en lontananza, se estremecieron y se agitaron al ritmo de esa canción arrebatadora y salvaje, acompañada de gritos, silbidos y alaridos. Levin sintió envidia de ese sano alborozo, y le entraron ganas de participar en esa manifestación de la alegría de vivir. Pero no podía hacer nada, así que se quedó allí tumbado, contemplando y escuchando. Cuando los campesinos desaparecieron de su vista y la canción dejó de oírse, le embargó un amargo sentimiento de tristeza, motivado por su soledad, su ociosidad física y su hostilidad a este mundo.

Algunos de los campesinos que habían discutido con él por el asunto del heno, que habían tratado de engañarle y a los que él había ofendido, le saludaban alegres; era evidente que no sentían rencor, ni tampoco arrepentimiento, que no se acordaban siquiera de sus artimañas. Todo había quedado borrado por la satisfacción del trabajo en común. Dios les había concedido ese día; Dios les había concedido la fuerza. Habían consagrado ambas cosas al trabajo, que era en sí mismo una suerte de recompensa. ¿A quién beneficiaba ese trabajo? ¿Cuáles serían sus frutos? Tales consideraciones eran secundarias e insignificantes.

A menudo Levin admiraba esa vida y sentía envidia de la gente que se entregaba a ella, pero ese día, influido sobre todo por la impresión que le había causado el trato que Iván Parménov dispensaba a su joven esposa, había comprendido por primera vez que de él dependía cambiar esa vida tan penosa, artificial, ociosa y egoísta por esa otra, pura y maravillosa, del trabajo en común.

El viejo que se había sentado a su lado se había marchado a su casa hacía ya un buen rato. Los campesinos se habían dispersado. Los que vivían cerca habían regresado a sus hogares; los que venían de lejos se habían juntado para cenar y pasar la noche en el prado. Ninguno de ellos se fijaba en Levin, que seguía en el almiar, mirando, escuchando y pensando. Los campesinos que se habían tumbado a la

intemperie apenas pegaron ojo esa breve noche de verano. Al principio, durante la cena, se oyeron carcajadas y una alegre conversación general; luego, canciones y risas.

La larga jornada de trabajo no había dejado en ellos más huellas que la alegría. Poco antes del amanecer todo quedó en silencio. Sólo se oía el croar incesante de las ranas en la ciénaga y los relinchos de los caballos en los prados, en los que empezaba a espesarse la niebla de la mañana. Levin, que se había quedado adormilado, se incorporó en el almiar, miró las estrellas y comprendió que la noche había pasado.

«Entonces, ¿qué es lo que voy a hacer? ¿Ycómo lo voy a hacer?», se dijo, tratando de dar expresión a todo lo que había pensando y sentido en el transcurso de esa breve noche. Sus ideas y sueños podían dividirse en tres líneas argumentativas diferentes. En primer lugar, la renuncia a su antiguo régimen de vida, a sus conocimientos inútiles, a su instrucción, que no le servía de nada. Como semejante renuncia le procuraba una suerte de placer, le resultaba sencilla y fácil. Luego venían las consideraciones y reflexiones sobre la vida que deseaba llevar a partir de ese momento. Era plenamente consciente de la sencillez, la pureza y la legitimidad de esa vida y estaba convencido de que encontraría en ella la satisfacción, la serenidad y la dignidad cuya ausencia tanto le había pesado. Por último, venían todas las cábalas relativas a la siguiente cuestión: ¿cómo llevar a cabo la transición de su vida anterior a la nueva? Ese aspecto no acababa de verlo claro. «¿Buscarme una mujer? ¿Entregarme sin falta a un trabajo cualquiera? ¿Dejar Pokróvskoie? ¿Comprar tierras? ¿Hacerme miembro de una comunidad campesina? ¿Casarme con una aldeana? ¿Y cómo iba a hacerlo?», se preguntaba una y otra vez, sin encontrar respuesta.

«Por lo demás, llevo toda la noche sin dormir y no puedo hacerme una idea clara de todos estos asuntos —se decía—. Ya los resolveré en otro momento. Pero una cosa es segura: esta noche se ha decidido mi destino. Todos mis sueños anteriores sobre una vida familiar son absurdos, no tienen ningún fundamento. Esto es mucho más sencillo y mucho mejor.

»¡Qué hermosura! —pensó, contemplando un extraño conjunto de blancas nubecillas aborregadas, con forma de concha nacarada, que se había detenido sobre su cabeza, en medio del cielo—. ¡Qué maravilloso es todo en esta noche maravillosa! ¿Cuándo se habrá formado esa concha? Miré el cielo hace un momento y no había nada, excepto dos franjas blanquecinas. ¡Ah, de esa misma manera imperceptible ha cambiado también mi concepción de la vida!»

Salió del prado y se dirigió a la aldea por el camino real. Se había levantado un vientecillo ligero y el paisaje se había cubierto de una tonalidad grisácea y apagada, como suele suceder en ese instante sombrío que precede al amanecer, victoria definitiva de la luz sobe las tinieblas.

Aterido de frío, Levin andaba deprisa, con la vista clavada en el suelo. «¿Qué es eso? Alguien viene», pensó, al oír el tintineo de una campanilla, y levantó la cabeza. A unos cuarenta pasos de distancia venía a su encuentro, por esa misma carretera herbosa, un carruaje tirado por cuatro caballos, con bolsones de piel en la baca. Los caballos se apretaban contra las varas, por temor a las rodadas, pero el hábil cochero, sentado de lado en el pescante, se daba buena maña para que las ruedas avanzaran por la parte lisa del camino.

Levin sólo prestó atención a esos detalles y se limitó a dirigir una mirada distraída al coche, sin pensar en quién podía viajar en su interior.

Una anciana dormitaba en un rincón, y, al lado de la ventanilla, una muchacha que acababa de despertarse se sujetaba con ambas manos las cintas de su cofia blanca. Serena y pensativa, animada de una vida interior compleja y delicada, ajena a la existencia de Levin, contemplaba el resplandor del amanecer.

En el mismo momento en que esa visión desaparecía, Levin sintió la mirada de unos ojos sinceros. La muchacha lo reconoció, y una expresión de alegría y de sorpresa iluminó su cara.

Levin no podía equivocarse. No podía haber otros ojos como ésos en el mundo. Sólo había una criatura capaz de llenar de luz y de sentido toda su vida. Era ella. Era Kitty. Comprendió que se dirigía a Yergushovo desde la estación de ferrocarril. Y todas las preocupaciones que le habían agitado en el transcurso de esa noche en vela, así como las decisiones que había tomado, desaparecieron de repente. Recordó con repugnancia su proyecto de casarse con una campesina. Sólo allí, en ese carruaje que se alejaba rápidamente, pasando al otro lado del camino, estaba la respuesta a la cuestión que tanto le había angustiado en los últimos tiempos: el sentido de su vida.

Kitty no volvió a asomarse. Se apagó el ruido de los muelles; apenas se oía el tintineo de la campanilla. El ladrido de un perro le indicó que el carruaje estaba atravesando la aldea. Rodeado de campos vacíos, solitario y ajeno a todo, Levin avanzaba por la carretera desierta.

Levantó la vista al cielo, esperando encontrar la concha que había admirado antes, especie de encarnación de los pensamientos y sentimientos de esa noche. Pero ya no quedaba ni rastro de esa nube. Un cambio misterioso se había producido en las inalcanzables alturas. En lugar de aquella concha, se extendía por la mitad del firmamento una alfombra uniforme de nubes aborregadas cada vez más pequeñas. El cielo, tan delicado como antes, fue volviéndose más luminoso y más azul, pero seguía oponiendo un mutismo impenetrable a su mirada interrogadora.

«No —se dijo Levin—, por bella y sencilla que sea esa vida de trabajo, jamás podré adoptarla. La amo a *ella*.»

XIII

Sólo las personas más allegadas sabían que Alekséi Aleksándrovich, con sus aires de hombre frío y razonable, tenía una debilidad que parecía contradecir los rasgos dominantes de su carácter: era incapaz de oír o escuchar con indiferencia el llanto de un niño o de una mujer. La simple visión de las lágrimas le hacía perder el dominio de sí mismo y la capacidad de razonar. El jefe de su oficina y su secretario conocían ese rasgo suyo y aconsejaban a las solicitantes que se abstuvieran de llorar, si no querían que sus gestiones cayesen en saco roto. «Se enfadará y no le escuchará», decían. En efecto, el desconcierto que causaban las lágrimas en Alekséi Aleksándrovich acababa manifestándose en un arrebato de cólera. «No puedo hacer nada. No puedo. ¡Haga el favor de marcharse!», solía gritar en tales casos.

De vuelta de las carreras, cuando Anna le confesó su relación con Vronski y se echó a llorar, cubriéndose la cara con las manos, Alekséi Aleksándrovich, a pesar de la ira que sentía, se vio dominado por ese desconcierto que le producían siempre las lágrimas. Comprendiendo que exteriorizar sus sentimientos en semejante ocasión estaría fuera de lugar, hizo todo lo posible por reprimir cualquier manifestación vital, llegando al punto de no moverse ni mirarla. A eso se debía la extraña expresión de rigidez cadavérica que tanto había impresionado a Anna.

Cuando llegaron a la casa, Alekséi Aleksándrovich ayudó a su mujer a apearse del coche y, haciendo un esfuerzo por dominarse, se despidió con su cortesía habitual, pronunciando unas palabras que no le comprometían a nada, pues se limitó a decirle que al día siguiente le informaría de su decisión.

Las palabras de su mujer, que confirmaban sus peores temores, le causaron un profundísimo dolor, que se vio reforzado por el extraño sentimiento de piedad física motivado por las lágrimas. Pero, una vez solo en el carruaje, descubrió con satisfacción y sorpresa que se había liberado de esa compasión, así como también de las dudas y los celos que tanto le habían atormentado en las últimas semanas.

Se sentía como un hombre al que acaban de extraer una muela que llevaba mucho tiempo haciéndole sufrir. Después del terrible dolor y de la sensación de que le han arrancado de la mandíbula una pieza enorme, más grande que su propia cabeza, el paciente, sin creer todavía en su felicidad, nota que esa muela que le ha envenenado la vida y le ha robado toda su atención ha desaparecido; que puede volver a vivir, a pensar, a interesarse en otras cosas. Eso era lo que experimentaba Alekséi Aleksándrovich. El dolor había sido extraño y terrible, pero ya había pasado. Se daba cuenta de que podía reanudar su vida, de que su esposa ya no ocuparía todos sus pensamientos.

«¡Es una mujer sin honor, sin corazón, sin religión! ¡Una mujer depravada! Siempre lo he visto y siempre lo he sabido, aunque, llevado por la compasión,

procuraba engañarme.» Y, en efecto, estaba convencido de que siempre lo había visto. Recordó detalles de su vida en común a los que antes no había concedido la menor importancia y que ahora parecían demostrar, sin ninguna sombra de duda, que Anna era una mujer depravada. «He cometido un error uniendo mi vida a la suya; pero no se me puede culpar de nada y no hay razón para que me sienta desdichado. La culpa no es mía —se dijo—, sino de ella. Nada de lo que le pase es ya de mi incumbencia. En lo que a mí respecta, ha dejado de existir…»

A partir de ese momento poco le importaba lo que le sucediera, como tampoco a su hijo, por el cual también habían cambiado sus sentimientos. Lo único que le preocupaba ahora era encontrar el modo más correcto, conveniente y justo (desde el punto de vista de sus intereses) de sacudirse el barro con que iba a salpicarlo la caída de su mujer, para poder continuar con esa vida honorable de trabajo y dedicación.

«No merezco ser desdichado por el hecho de que una mujer despreciable haya cometido una bajeza. Tengo que encontrar la mejor salida posible para la penosa situación en la que me encuentro por su culpa. Y la encontraré —se decía, arrugando cada vez más el ceño—. No soy el primero ni seré el último.» Dejando a un lado los ejemplos históricos, que se remontaban al mismo Menelao, cuyo recuerdo estaba fresco en la memoria de todos gracias a *La belle Hélène*,[6] Alekséi Aleksándrovich pasó revista a una serie de infidelidades conyugales de que habían sido víctimas hombres de la alta sociedad. «Dariálov, Poltavski, el príncipe Karibánov, el conde Paskudin, Dram… Sí, también Dram, ese hombre tan honrado y trabajador… Semiónov, Chaguin, Sigonin —recordaba Karenin—. No cabe duda de que a todos ellos los recubre una capa de *ridicule* injusto, pero yo no he visto nunca más que su infortunio, y siempre los he compadecido.»

No era verdad: no sólo no se había compadecido jamás de desgracias de esa índole, sino que, cuanto más menudeaban los casos de mujeres infieles, más en alta estima se tenía a sí mismo. «Es una desgracia que puede sucederle a cualquiera. Y me ha tocado a mí. De lo que se trata ahora es de buscar la mejor manera posible de salir de esta situación.» Y se puso a repasar las distintas actitudes de los hombres que se habían visto en semejante tesitura.

«Dariálov se batió en duelo…»

En su juventud Alekséi Aleksándrovich había pensado mucho en los duelos, precisamente porque era de natural temeroso, cosa que sabía muy bien. No podía pensar sin horror en una pistola apuntándole, y nunca en su vida se había servido de un arma. Tal horror no sólo le había inspirado numerosas reflexiones sobre el duelo, sino que le había llevado a imaginarse una situación en que se viera obligado a poner su vida en peligro.

Más tarde, una vez alcanzado el éxito y consolidada su posición, se había olvidado de semejantes consideraciones. Pero ahora volvía a apoderarse de su ánimo

esa vieja preocupación. Tanto miedo le daba su propia cobardía que pasó un buen rato examinando desde todos los puntos de vista la cuestión del duelo, aunque sabía de sobra que no se batiría en ningún caso.

«No cabe duda de que en una sociedad tan bárbara como la nuestra (¡no estamos en Inglaterra!), a muchos —entre los que figuraban las personas cuya opinión más valoraba— les parecen bien los duelos. Pero ¿a qué conduciría? Supongamos que le desafío —seguía pensando e, imaginándose vividamente la noche que pasaría después de retar a su adversario, así como la pistola apuntándole al pecho, se estremeció y comprendió que jamás sería capaz de una cosa así—. Supongamos que le desafío, que me enseñan a disparar, que me coloco delante de él, aprieto el gatillo y lo mato —proseguía, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza para ahuyentar esas estúpidas ideas—. ¿Qué sentido tiene matar a un hombre para definir mis relaciones con mi mujer culpable y con mi hijo? De todos modos, no me quedará más remedio que resolver qué debo hacer con ella. Además, el resultado más probable, casi seguro, de ese duelo, es que me matarían o me herirían. De suerte que yo, que soy inocente, me convertiría en la víctima. ¿No es más absurdo todavía? Y, por si eso fuera poco, al desafiarlo me comportaría de forma deshonrosa. ¿Acaso no sé de antemano que mis amigos jamás me dejarían batirme, que no permitirían poner en peligro la vida de un hombre tan útil para Rusia? ¿Qué pasaría entonces? Pues que yo, sabiendo por adelantado que la situación no se volvería nunca peligrosa, simplemente me habría servido del duelo para aureolarme de un prestigio falso. En suma, un comportamiento indigno e hipócrita. Sería engañar a los demás y engañarme a mí mismo. El duelo es impensable y nadie espera eso de mí. Mi objetivo debe consistir en salvaguardar mi reputación, requisito indispensable para proseguir con mis actividades.» Su carrera, que ya antes tenía una importancia capital en su vida, se le antojaba ahora trascendental.

Después de ponderar y descartar la idea del duelo, Alekséi Aleksándrovich pasó a analizar la cuestión del divorcio, otra de las soluciones que habían elegido algunos maridos burlados. Tras repasar todos los casos que recordaba (había muchos en la alta sociedad, que Karenin conocía bien), no encontró ninguno que respondiera al propósito que él tenía en mente. En todos los casos el marido había cedido o vendido a la mujer infiel, y, aunque ésta no tenía derecho a casarse de nuevo, el caso es que entablaba una relación ficticia, seudolegítima, con su nuevo cónyuge. Alekséi Aleksándrovich se daba cuenta de que, en su caso, sería imposible obtener un divorcio legal, es decir, sin otras consecuencias que el repudio de la esposa adúltera. Comprendía que las complicadas condiciones de su vida no le permitirían proporcionar las zafias pruebas que exigía la ley para determinar la culpabilidad de la esposa. Era consciente de que el propio refinamiento de su vida le impediría hacer uso de las pruebas, suponiendo que las hubiere, porque el principal perjudicado por

las revelaciones, a ojos de la opinión publica, no sería su esposa, sino él.

Una petición de divorcio sólo conduciría a un proceso escandaloso, del que se aprovecharían sus enemigos para calumniarlo y menoscabar su prestigio. En suma, el principal fin que perseguía, resolver la situación con las menores complicaciones posibles, tampoco lo lograría por medio del divorcio. Además, una simple petición de divorcio, independientemente del resultado, implicaba que la mujer rompía sus vínculos con el marido y podía unirse a su amante. Y, por más que Alekséi Aleksándrovich afirmara no sentir más que indiferencia y desprecio por Anna, no había logrado expulsarla del todo de su corazón. En suma, no deseaba que pudiera unirse a Vronski sin impedimentos, pues de ese modo su falta redundaría en su propio beneficio. Ese pensamiento le resultaba tan ofensivo que, sólo con imaginárselo, gimió de dolor, se incorporó, cambió de postura y pasó un buen rato con el ceño fruncido, las piernas huesudas y ateridas envueltas en la esponjosa manta.

«Además del divorcio formal, podría seguir el ejemplo de Karibánov, Paskudin y el bueno de Dram, es decir, separarme de mi mujer», siguió pensando Alekséi Aleksándrovich, ya más calmado. Pero esa medida presentaba los mismos inconvenientes que el divorcio, y, lo más importante, también arrojaba a su mujer en brazos de su amante.

—¡No, es imposible! ¡Imposible! —dijo en voz alta, envolviéndose de nuevo en la manta—. Yo no merezco ser desdichado, pero ni él ni ella deben ser felices.

Los celos que le habían atormentado en esas semanas de incertidumbre desaparecieron cuando las palabras de su mujer le arrancaron la muela con dolor. Ahora ese sentimiento había cedido su lugar a otro: el deseo de que Anna no sólo no saliera triunfante, sino que recibiera el castigo que merecía por su bajeza. No se atrevía a reconocerlo, pero en lo más profundo de su alma quería que sufriera por haber destruido su tranquilidad y atentado contra su honor. Volvió a sopesar las condiciones del duelo, del divorcio y de la separación, y, después de rechazarlos una vez más, se convenció de que sólo había una salida: seguir viviendo con ella, ocultar a la sociedad lo que había sucedido, emplear todas las medidas a su alcance para poner fin a esa relación y, sobre todo, aunque no se lo reconociera a sí mismo, castigarla. «Debo anunciarle que, después de haber analizado la penosa situación en que ha puesto a la familia, he llegado a la conclusión de que cualquier otra solución sería peor para ambas partes que el statu quo aparente, que acepto respetar, pero con la estricta condición de que se someta usted a mi voluntad, es decir, que interrumpa cualquier relación con su amante.» Una vez tomada tal decisión, y a modo de refuerzo, Alekséi Aleksándrovich recurrió a otro argumento de bastante peso: «Es la única manera de actuar en consonancia con los preceptos de la religión —se dijo—. No repudio a la mujer adúltera, le ofrezco la posibilidad de enmendarse e incluso —por doloroso que sea para mí— le consagro parte de mis fuerzas para que se corrija y

se salve.» Aunque sabía de sobra que no podía ejercer ninguna influencia moral sobre su esposa, que todos esos intentos de regeneración no conducirían a nada más que a nuevas mentiras, que, a lo largo de esos momentos penosos, no había pensado ni una sola vez en buscar consuelo en la religión, ahora que su decisión coincidía, según creía, con los mandamientos de la Iglesia, la sanción religiosa a su manera de obrar le proporcionaba una enorme satisfacción y cierta serenidad. Le agradaba pensar que en una encrucijada vital de tanta importancia nadie podría acusarle de no haber procedido de acuerdo con los principios de la religión, cuyo estandarte siempre había llevado muy alto, en medio de la indiferencia y la apatia generalizadas. Siguió analizando la situación desde otros ángulos y llegó a la conclusión de que no había motivo para que las relaciones con su mujer sufrieran cambio alguno. Desde luego, jamás se haría merecedora de su respeto. Pero no había razón para que se destrozara la vida y sufriera por culpa de una mujer perversa y adúltera. «Sí, el tiempo lo cura todo, dejemos que obre su labor —se dijo Alekséi Aleksándrovich—. Un día nuestras relaciones volverán a ser las de antes, es decir, mi vida retomará su curso habitual como si no hubiera sucedido nada. Ella debe ser desgraciada, pero yo no, puesto que no tengo ninguna culpa.»

XIV

Cuando el coche se acercaba a San Petersburgo, Alekséi Aleksándrovich no sólo había tomado ya una decisión firme, sino que había redactado en su cabeza la carta que escribiría a su mujer. Al entrar en la portería echó un vistazo a los papeles y documentos que le habían traído del Ministerio y mandó que se los llevaran a su despacho.

—Dé órdenes de que desenganchen y no deje pasar a nadie —respondió a la pregunta del portero, recalcando la última palabra con cierta satisfacción, señal de que estaba de buen humor.

Una vez en su despacho, Alekséi Aleksándrovich lo recorrió de un extremo a otro un par de veces, se detuvo delante del enorme escritorio, en el que ardían seis velas que su ayuda de cámara acababa de encender, crujió los dedos, se sentó y cogió papel y pluma. Después de acodarse en la mesa, ladeó la cabeza y, al cabo de unos instantes de reflexión, se puso a escribir, sin detenerse ni un segundo. Escribía en francés, sin dirigirse directamente a ella, empleando el pronombre «usted», que no tenía esa frialdad de su equivalente en ruso.

> En nuestra última entrevista le expresé mi intención de comunicarle mi decisión respecto al asunto de nuestra conversación. Después de reflexionar detenidamente en todos los detalles, le escribo para cumplir mi promesa. Mi decisión es la siguiente: cualquiera que haya sido su conducta, considero que no tengo derecho a romper unos lazos que un poder superior ha sancionado. La familia no puede estar a merced del capricho, la arbitrariedad e incluso el crimen de uno de los cónyuges. En resumidas cuentas, nuestra vida debe seguir su curso habitual, lo que redundará en su propio beneficio, en el mío y en el de nuestro hijo. Estoy firmemente convencido de que se arrepiente usted de haber cometido el acto que me obliga a escribirle esta carta y de que me ayudará en mi propósito de arrancar de raíz el motivo de nuestra discordia y olvidar el pasado. En caso contrario, puede imaginarse lo que les espera tanto a usted como a su hijo. Espero que podamos hablar más detalladamente de la cuestión en nuestro próximo encuentro. Como la temporada de veraneo se acerca a su fin, le ruego que regrese a San Petersburgo lo antes posible, el martes a más tardar. Me ocuparé de dar todas las disposiciones necesarias para su traslado. Le ruego entienda que concedo una importancia particular al cumplimiento de mi petición.
>
> Karknin
>
> P.S. Le adjunto el dinero que pueda necesitar para sus gastos.

Leyó la carta y se quedó satisfecho, sobre todo por haberse acordado de enviarle el dinero. No había ni una palabra dura, ni un reproche, pero tampoco condescendencia. Y lo más importante, tendía un puente de oro para que volviera sobre sus pasos. Después de doblar la carta y alisarla con una enorme plegadera maciza de marfil, la metió en el sobre con el dinero y llamó al timbre, con esa satisfacción que experimentaba siempre después de hacer uso de sus bien ordenados útiles de escritorio.

—Entrégasela al ordenanza para que se la lleve mañana a Anna Arkádevna a la casa de verano —dijo, poniéndose en pie.

—A sus órdenes, excelencia. ¿Va a tomar el té en el despacho?

Alekséi Aleksándrovich respondió afirmativamente y, después de jugar unos instantes con la plegadera, se acercó al sillón, al lado del cual había ya una lámpara y un libro en francés, que tenía a medias, sobre las tablas eugubinas.[7] Por encima del sillón, en un marco oval de oro, colgaba un retrato de Anna, de excelente factura, obra de un célebre pintor. Alekséi Aleksándrovich le echó un vistazo. Los ojos impenetrables le miraban irónicos e insolentes, como la tarde de la última entrevista. El lazo negro de la cabeza, tan bien ejecutado por el pintor, los cabellos morenos y la fina y blanca mano, con el anular cargado de sortijas le parecieron intolerablemente provocadores y desafiantes. Después de contemplarlo por espacio de un minuto, se estremeció de pies a cabeza y sus labios dejaron escapar un «Brrr». Acto seguido se volvió, se desplomó en el sillón y abrió el libro. Trató de leer, pero el vivo interés que antes sintiera por las tablas eugubinas se había desvanecido. Seguía con la mirada fija en el libro, pero pensaba en otra cosa. No en su mujer, sino en una complicación que había surgido de repente en un asunto oficial, que en esos momentos constituía el principal interés de su trabajo. Se daba cuenta de que ahora lo había comprendido en toda su profundidad, y estaba dándole vueltas en la cabeza a una idea capital —podía decirlo sin presunción— que le permitiría resolver toda la cuestión, ascender en su carrera, derrotar a sus enemigos y, en consecuencia, rendir un importante servicio a la patria. En cuanto el criado le sirvió el té y salió de la habitación, Alekséi Aleksándrovich se levantó y se acercó al escritorio. Cogió la cartera con los asuntos corrientes y, con una sonrisa de satisfacción apenas perceptible, sacó un lápiz y se sumió en la lectura de unos enrevesados documentos relativos a aquella complicación. Como casi todos los funcionarios destacados, Alekséi Aleksándrovich tenía un rasgo característico, que había contribuido a su encumbramiento en no menor medida que su persistente ambición, su discreción, su probidad y su confianza en sí mismo; a saber, su desprecio del papeleo oficial, su limitación de la correspondencia, su sentido de la economía y su tendencia a tratar los asuntos directamente, en la medida de lo posible.

En la célebre comisión del 2 de julio se había discutido la irrigación de los

campos de la provincia de Zaraisk. Este asunto, que dependía del Ministerio de Alekséi Aleksándrovich, constituía un ejemplo sangrante de la escasa escrupulosidad con que se gastaba el dinero y de la nula eficacia de la burocracia oficinesca. Él lo sabía. El asunto de la irrigación de los campos de la provincia de Zaraisk lo había iniciado el predecesor de su predecesor. Se había invertido y seguía invirtiéndose muchísimo dinero, sin que se hubiera producido ningún resultado. Era evidente que todo ese asunto no conduciría a nada. Alekséi Aleksándrovich reparó en ello en cuanto tomó posesión de su cargo y quiso parar semejante sangría. Pero al principio, cuando aún se sentía poco seguro, comprendió que sería una decisión poco sensata, pues afectaba a demasiados intereses; más tarde, ocupado con otros asuntos, se olvidó del caso, que, como tantos otros, seguía su curso, por simple inercia. (Muchas personas vivían de ese proyecto, en especial una familia intachable, con grandes dotes para la música: todas las hijas tocaban algún instrumento de cuerda. Alekséi Aleksándrovich conocía a la familia y había sido padrino de boda de una de las hijas mayores.) A Alekséi Aleksándrovich le parecía reprobable que un departamento hostil se hubiera interesado por el asunto, ya que en todos los departamentos había casos de ese tipo, y nadie se ocupaba de ellos, pues tal proceder habría sido contrario a un código no escrito de respeto entre compañeros. Pero, una vez que le habían arrojado el guante, lo recogería con audacia y exigiría la creación de una comisión especial que examinara y evaluara el asunto de la irrigación de los campos de la provincia de Zaraisk. Eso sí, tenía intención de no dar tregua a esos señores. Solicitó la creación de otra comisión especial que se ocupara de la situación de las minorías raciales.[8] Esa cuestión se había debatido casualmente en la sesión del 2 de junio y había sido apoyada vigorosamente por Alekséi Aleksándrovich, quien había asegurado que no cabía demora alguna, dadas las deplorables condiciones en que vivían esas gentes. En la comisión el asunto sirvió de pretexto para una disputa entre varios ministerios. El ministro hostil a Alekséi Aleksándrovich había asegurado que la situación de las minorías era muy próspera, que la reorganización propuesta acabaría con su prosperidad y que, si algo iba mal, se debía a la incapacidad del Ministerio de Alekséi Aleksándrovich para llevar a cabo las medidas propuestas por la ley. Ahora él se proponía dar los siguientes pasos: en primer lugar, exigir la creación de una nueva comisión que se encargara de estudiar sobre el terreno las condiciones de las minorías raciales; en segundo, si resultaba que su situación era la que se desprendía de los datos oficiales que obraban en manos de la comisión, pedir que se nombrara otra comisión de expertos que investigara las causas de tan penoso estado de cosas desde los siguientes puntos de vista: a) político, b) administrativo, c) económico, d) etnográfico, e) material, y f) religioso; en tercer lugar, exigir que el Ministerio hostil informase de las medidas que había adoptado en las últimas décadas para evitar las condiciones desfavorables en las que se encontraban en esos

momentos las minorías raciales; y, por último, pedir que el Ministerio explicara por qué, como se desprendía de los informes n.° 17015 y n.° 18308, del 5 de diciembre de 1863 y del 7 de junio de 1864, se había actuado de forma totalmente contraria a lo establecido en la ley fundamental y orgánica, vol. ***, artículo 18 y nota al artículo 36. Un vivo rubor fue cubriendo el rostro de Alekséi Aleksándrovich a medida que anotaba esos pensamientos. Después de llenar una cuartilla entera con su escritura, se levantó, llamó y envió una nota a su jefe de gabinete para que le remitiera unos datos que necesitaba. Recorrió la habitación de un extremo al otro y echó otro vistazo al retrato, con el ceño fruncido y una sonrisa despectiva. A continuación volvió a tomar el libro sobre las tablas eugubinas y estuvo leyendo con renovado interés hasta las once, hora en que se fue a dormir. Ya en la cama, se acordó del incidente con su mujer, pero ya no le pareció tan terrible.

XV

Aunque Anna contradecía con obstinación y virulencia a Vronski cuando éste le decía que su situación era insostenible y trataba de persuadirla de que se lo confesara todo a su marido, en el fondo de su alma consideraba falsa e ignominiosa su posición y ardía en deseos de cambiarla. Al volver con Alekséi Aleksándrovich de las carreras, se lo había dicho todo en un momento de excitación; y, a pesar del dolor que había experimentado, se sentía satisfecha. Una vez sola, se dijo que estaba contenta, que después de esa revelación ya no tendría necesidad de engañar y mentir. Estaba convencida de que a partir de ese momento su situación se definiría de una vez para siempre. La nueva posición podría ser poco grata, pero al menos sabría a qué atenerse, libre ya de vaguedades y falsedad. Y pensaba que eso la compensaba del daño que se había causado a sí misma y del que había causado a su marido al pronunciar aquellas palabras. Esa misma noche se vio con Vronski, pero no le contó nada de lo sucedido, como debería haber hecho para que las cosas se aclararan de verdad.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, lo primero que le vino a la cabeza fue lo que le había confesado a su marido, y sus palabras le parecieron tan terribles, zafias y extrañas que no entendía cómo había podido pronunciarlas, y no alcanzaba a imaginar cuáles serían las consecuencias. Pero ya estaban dichas, y Alekséi Aleksándrovich se había marchado sin responder nada. «He visto a Vronski y no se lo he contado. En el momento en que se iba estuve a punto de llamarlo y decírselo, pero al final no me decidí, porque me pareció raro no habérselo dicho en seguida. ¿Por qué no lo hice cuando lo deseaba tanto?» Y en respuesta a esa pregunta un intenso rubor cubrió su rostro. Comprendió que había guardado silencio por vergüenza. Su situación, que tan clara se le había antojado la víspera, le pareció de pronto no sólo confusa, sino imposible de solucionar. Por primera vez fue consciente de su deshonor, y se sintió horrorizada. Cuando pensaba en los pasos que daría su marido, se le ocurrían las ideas más terribles. Se figuraba que el administrador llegaría de un momento a otro para echarla de su casa, que su deshonra sería proclamada a los cuatro vientos. Se preguntaba adonde iría cuando la echaran, y no encontraba respuesta.

Cuando pensaba en Vronski, se imaginaba que no la quería, que había empezado a cansarse de su compañía, que ella no podía ofrecérsele, y sentía por él una especie de hostilidad. Era como si las palabras que le había dicho a su marido, y que se repetía una y otra vez para sus adentros, las hubiera pronunciado delante de todo el mundo y todos las hubieran oído. No se atrevía a mirar a los ojos a las personas con las que vivía. No se decidía a llamar a la doncella y menos aún a ir al piso de abajo para ver a su hijo y a la institutriz.

La doncella, que llevaba ya un buen rato al otro lado de la puerta, entró en la habitación sin que la llamasen. Anna se asustó, se ruborizó y la miró a los ojos con aire inquisitivo. La criada, a modo de disculpa, dijo que le había parecido oír la campanilla. Le traía el vestido y un billete. El billete era de Betsy. Su amiga le recordaba que esa mañana acudirían a su casa Liza Merkálova y la baronesa Stolz con sus admiradores, Kaluzhki y el viejo Strémov, para jugar un partido de criquet. «Venga, aunque sólo sea para estudiar nuestras costumbres. La espero», concluía la nota.

Anna la leyó y emitió un profundo suspiro.

—No necesito nada, nada —le dijo a Ánnushka, que estaba ordenando los frascos y los cepillos en la mesita del tocador—. Puedes retirarte. Voy a vestirme y bajaré en seguida. No necesito nada, nada.

Ánnushka salió, pero Anna no empezó a vestirse. Sentada en la misma postura, la cabeza inclinada y los brazos caídos, se estremecía de vez en cuando de pies a cabeza, como si deseara hacer un gesto o decir algo, y de nuevo volvía a quedarse inmóvil. «¡Dios mío! ¡Dios mío!», repetía una y otra vez. Pero esas palabras no tenían para ella ningún significado. La idea de buscar consuelo en la religión le era tan extraña como pedir ayuda a Alekséi Aleksándrovich, a pesar de que nunca había dudado de la religión en la que la habían educado. Sabía de antemano que la ayuda de la religión sólo era posible en caso de que renunciara a lo único que daba sentido a su vida. A su pesar se sumaba ahora el temor que padecía ante aquel nuevo estado de ánimo, que jamás había conocido hasta entonces. Se daba cuenta de que todo empezaba a desdoblarse en su alma, como sucede a veces con los objetos cuando uno tiene la vista cansada. Había momentos en que ya no sabía lo que temía ni lo que deseaba. ¿Temía o deseaba lo que había sucedido, lo que iba a suceder? Y, en realidad, ¿qué deseaba?

«¡Ah, qué estoy haciendo!», se dijo, sintiendo de pronto un intenso dolor en las sienes. Y en ese momento advirtió que se estaba tirando del pelo con ambas manos. Se levantó de un salto y se puso a dar vueltas por la habitación.

—El café está servido. Mademoiselle y Seriozha la están esperando —dijo Ánnushka, que había entrado de nuevo en la habitación y había encontrado a Anna en la misma postura.

—¿Seriozha? ¿Qué pasa con Seriozha? —preguntó Anna, con repentina animación, acordándose por primera vez en el transcurso de la mañana de la existencia de su hijo.

—Por lo visto, ha hecho alguna travesura —respondió la criada con una sonrisa.

—¿Y qué es lo que ha hecho?

—Había unos melocotones en la habitación de la esquina. Pues parece que se ha comido uno a escondidas.

El recuerdo de su hijo la liberó de pronto del estado de desesperanza en el que se encontraba. Le vino a la memoria el papel de madre devota, en parte sincero, en parte ficticio, que había desempeñado en esos últimos años, y comprendió con alegría que contaba con un punto de apoyo, independiente de su marido y de Vronski: su hijo. Pasara lo que pasara, no abandonaría a su hijo. Su marido podía cubrirla de oprobio y echarla de su casa, Vronski podía dejar de quererla y reanudar su vida de soltero (volvió a pensar en él con amargura y resentimiento), pero siempre le quedaría su hijo. Tenía un objetivo en la vida. Y debía actuar sin pérdida de tiempo, no fuera a ser que lo arrancaran de su lado. Tenía que marcharse con el niño. Era lo único que podía hacer en esos momentos. Necesitaba calmarse, acabar con esa situación que tanto la atormentaba. El proyecto de marcharse con su hijo a cualquier parte, así como la simple consideración de un asunto que le atañía de lleno, le proporcionaron una suerte de alivio.

Se vistió deprisa, bajó las escaleras y entró con paso decidido en el salón, donde, como de costumbre, la esperaban Seriozha y la institutriz para tomar el café. Seriozha, vestido todo de blanco, la espalda y la cabeza inclinadas, estaba al lado de la mesa, debajo del espejo, arreglando unas flores que había cogido, con una atención reconcentrada que Anna conocía bien y que le recordaba a su marido.

La institutriz tenía un aire especialmente severo. Seriozha soltó un grito penetrante, como era su costumbre:

—¡Ah, mamá! —y se detuvo indeciso. Dudaba entre dejar las flores para ir a saludar a su madre o terminar de hacer la corona para entregársela.

Después de saludarla, la institutriz le ofreció un relato prolijo y minucioso de las andanzas de Seriozha, pero Anna no la escuchaba. Pensaba si también tendría que llevársela a ella. «No, no la llevaré —decidió—. Me iré sola con mi hijo.»

—Sí, eso está muy mal —dijo por fin, cogiendo al niño por el hombro y besándolo, después de dirigirle una mirada más bien tímida que severa, lo que turbó y a la vez alegró al muchacho—. Déjelo conmigo —le dijo a la sorprendida institutriz y, sin soltar a su hijo, se sentó a la mesa, donde ya estaba servido el café.

—¡Mamá! Yo… yo… no —dijo el niño, tratando de adivinar, por la expresión de su madre, lo que le esperaba por haber cogido aquel melocotón.

—Seriozha —le dijo Anna en cuanto la institutriz salió de la habitación—. Te has portado mal. Pero no volverás a hacerlo, ¿verdad?… ¿Me quieres?

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. «¿Cómo no voy a quererlo? —pensó, observando sus ojos asustados y a la vez alegres—, ¿Será posible que acabe poniéndose de parte de su padre para castigarme? ¿No se compadecerá de mí?» Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. Tratando de ocultarlas, se levantó bruscamente y estuvo a punto de salir corriendo a la tenaza.

Las lluvias torrenciales de los últimos días habían dado paso a un tiempo

despejado y algo desapacible. Aunque el sol brillaba con fuerza, filtrándose entre las hojas húmedas de los árboles, el aire era fresco.

Anna se estremeció no sólo de frío, sino del horror que se apoderó de ella con renovada fuerza al contacto del aire puro.

—Vete con Mariette —le dijo a Seriozha, que la había seguido. Y se puso a pasear por la estera de paja que cubría la terraza.

«¿Es posible que no me perdonen, que no comprendan que no podía actuar de otra manera?», se dijo.

Se detuvo y contempló las copas de los álamos, mecidas por el viento, con sus hojas mojadas y relucientes, bajo ese sol frío, y comprendió que no la perdonarían, que todo el mundo sería inmisericorde con ella, como ese cielo y ese follaje. Y de nuevo sintió que todo empezaba a desdoblarse en su alma. «Es mejor que no piense, es mejor —se decía—. Debo prepararme para partir. Pero ¿adonde? ¿Y cuándo? ¿A quién voy a llevar conmigo? Sí, iré a Moscú, en el tren de la noche. Me acompañarán Ánnushka y Seriozha, y sólo me llevaré las cosas más indispensables. Pero antes tengo que escribirles a los dos.» Entró apresuradamente en la casa, se dirigió a su despacho, se sentó ante la mesa y le escribió a su marido.

> Después de lo que ha sucedido, no puedo seguir viviendo en su casa. Me marcho y me llevo a mi hijo. Como no entiendo de leyes, no sé si debe quedarse con el padre o con la madre. Sea magnánimo y déjemelo.

Hasta ese momento había escrito deprisa, con naturalidad, pero la apelación a la magnanimidad de su marido, cuando ella misma sabía que carecía de tal virtud, y la necesidad de terminar la carta con un comentario conmovedor, la interrumpieron.

> No puedo hablar de mi culpa ni de mi arrepentimiento porque…

De nuevo se interrumpió, dándose cuenta de que sus pensamientos carecían de coherencia. «No —se dijo—, no es necesario que me refiera a eso.»

Después de romper la carta, se puso a escribir otra, en la que omitió cualquier referencia a la magnanimidad, y la selló.

Quedaba la carta para Vronski. «Se lo he contado todo a mi marido», escribió. Y pasó un buen rato sentada, incapaz de seguir escribiendo. Era un comienzo tan tosco, tan poco femenino. «¿Y qué más puedo decirle?», pensó. De nuevo el rubor de la vergüenza coloreó su rostro, al recordar la serenidad de Vronski, y un sentimiento de despecho le hizo romper la hoja en mil pedazos. «Más vale que no le escriba», se dijo, cerrando la carpeta, y a continuación subió al piso de arriba, donde anunció a la institutriz y a los criados que ese mismo día partiría para Moscú. Acto seguido se

puso a hacer el equipaje.

XVI

Los porteros, los jardineros y los criados iban por todas las habitaciones de la casa llevando cosas. Los armarios y las cómodas estaban abiertos de par en par; dos veces había ido un mozo a la tienda a comprar bramante. Por el suelo se veían hojas de periódico. Habían llevado al vestíbulo dos baúles, varios sacos y unas mantas de viaje enrolladas. El carruaje de Anna y dos coches de alquiler esperaban en la entrada. Anna, ocupada con los preparativos, se había olvidado de su preocupación. Estaba delante de la mesa de su despacho, arreglando su bolsa de viaje, cuando Ánnushka le llamó la atención sobre un ruido que llegaba del exterior: por lo visto, se acercaba un carruaje. Anna se asomó a la ventana y vio al pie de la escalinata al ordenanza de Alekséi Aleksándrovich, que llamaba a la campanilla de la puerta principal.

—Vete a ver de qué se trata —dijo, resignada, y, cruzando las manos sobre las rodillas con serenidad, se sentó en el sillón. El lacayo le entregó un sobre bastante grande, escrito de puño y letra de Karenin.

—El ordenanza ha recibido órdenes de llevar una respuesta —dijo.

—Muy bien —repuso Anna y, en cuanto el criado salió, rasgó el sobre con dedos temblorosos. Un fajo de billetes de banco sin doblar, sujetos con una tira de papel, cayó al suelo. Anna sacó la carta y empezó a leerla por el final. «Me ocuparé de dar todas las disposiciones necesarias para su traslado. Le niego entienda que concedo una importancia particular al cumplimiento de mi petición», leyó. Siguió leyéndola en sentido contrario, y luego la leyó de nuevo, esta vez desde el principio. Cuando terminó, sintió frío. Le parecía que le había sobrevenido una desgracia aún más terrible de lo que había esperado.

Esa misma mañana se había arrepentido de las palabras que le había dicho a su marido, había deseado no haberlas pronunciado. Y de pronto esa carta las daba por olvidadas, haciendo su deseo realidad. Pero esa carta le parecía más terrible que cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

«¡Tiene razón! ¡Tiene razón! —se dijo—. ¡Naturalmente, siempre tiene razón! ¡Es cristiano, magnánimo! ¡Ah, qué hombre más vil y miserable! Y nadie más que yo lo comprende ni lo comprenderá nunca. No consigo explicármelo. Dicen que es un hombre religioso, intachable, honrado e inteligente. Pero no ven lo que yo he visto. No saben que en estos ocho años me ha aniquilado, ha ahogado todo lo vivo que había en mí. Ni una sola vez se ha parado a pensar que soy una mujer, que necesito amor. No saben que me ofendía a cada paso y se quedaba tan contento. ¿Es que no he intentado con todas mis fuerzas encontrar algo que diera sentido a mi existencia? ¿Es que no he buscado el modo de amarlo, y, una vez que eso ya no me ha sido posible, de amar a mi hijo? Pero en determinado momento me di cuenta de que no podía seguir engañándome, de que estaba viva, de que no tenía la culpa de que Dios me

hubiera hecho así, de que necesitaba amar y vivir. ¿Y ahora qué sucederá? Si me hubiera matado, si le hubiera matado a él, lo habría soportado, lo habría perdonado, pero no, él…

»¿Cómo es posible que no haya adivinado lo que iba a hacer? Dado su carácter mezquino, no podía obrar de otra manera. Seguirá teniendo razón, y a mí, que estoy destrozada, me humillará y me aplastará todavía más…»

Recordó una frase de la carta: «Puede imaginarse lo que les espera tanto a usted como a su hijo».

«Me está amenazando con quitarme al niño, y es probable que las estúpidas leyes se lo permitan. ¿Es que se cree que no sé por qué me dice una cosa así? O no cree en mi amor por mi hijo o desprecia ese sentimiento mío (siempre se ha burlado de él). Pero sabe que no abandonaré a mi hijo, que no puedo abandonarlo, que no sería capaz de vivir sin él, ni siquiera al lado del hombre a quien amo; que, si lo abandonara, si huyera de su lado, me estaría comportando como la mujer más despreciable y depravada. Lo sabe de sobra, como también que no tendré fuerzas para actuar de ese modo.»

Recordó otra frase de la carta: «Nuestra vida debe seguir su curso habitual».

«Esta vida ya era antes un tormento y en los últimos tiempos se ha vuelto insoportable. ¿Cómo sería ahora? Y él lo sabe, sabe que no puedo arrepentirme de respirar, de amar; sabe que su plan sólo dará como resultado más falsedad y mentira, pero necesita seguir atormentándome. ¡Lo conozco! Sé que nada y se complace en la mentira, como un pez en el agua. Pero no le proporcionaré ese placer, voy a romper esa red de mentiras en la que quiere envolverme. ¡Que pase lo que tenga que pasar! ¡Cualquier cosa es mejor que la mentira y el engaño!

»Pero ¿cómo es posible? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Ha habido alguna vez una mujer más desdichada que yo?»

—¡No! ¡Romperé esa red! ¡La romperé! —exclamó, levantándose de un salto y conteniendo las lágrimas.

Se acercó al escritorio para escribirle otra carta. Pero en el fondo de su alma sabía ya que no tendría fuerzas para romper nada, para escapar de esa situación, por falsa y deshonrosa que fuera.

Se sentó a la mesa, y, en lugar de escribir, apoyó los brazos, ocultó la cabeza y se puso a llorar como los niños, con unos sollozos que le estremecían todo el pecho. Lloraba porque su sueño de aclarar las cosas, de definir su situación se había desvanecido para siempre. Sabía de antemano que todo seguiría como antes e incluso mucho peor. Se daba cuenta de que la posición que ocupaba en sociedad, que tan insignificante le parecía por la mañana, era muy importante para ella, que no sería capaz de cambiarla por el oprobioso papel de una mujer que ha abandonado a su marido y a su hijo para unirse a su amante. Por más que se esforzara, no podía ser

más fuerte de lo que era. Nunca conocería la libertad del amor, viviría siempre como una mujer culpable, bajo la amenaza constante de que la descubrieran, engañando a su marido con otro. Sí, sólo podía aspirar a una relación adúltera con ese hombre independiente cuya vida jamás podría compartir. Sabía que eso era lo que le esperaba, y le parecía tan terrible que no podía imaginarse siquiera cómo terminaría todo. Y lloraba sin poder contenerse, como lloran los niños cuando se les castiga.

Al oír los pasos del criado procuró dominarse, ocultó el rostro e hizo como que estaba escribiendo.

—El ordenanza espera una respuesta —le anunció el lacayo.

—¿Una respuesta? Sí —repuso Anna—. Dígale que espere. Ya llamaré yo.

«¿Qué puedo escribir? —pensaba—. ¿Qué puedo decidir sola? ¿Qué sé? ¿Qué es lo que quiero? ¿Qué es lo que prefiero?»

Agarrándose al primer pretexto que se le presentó para dejar de pensar en sí misma, pues notaba con espanto que en el fondo de su alma empezaba de nuevo ese desdoblamiento, se dijo: «Tengo que ver a Alekséi —así llamaba a Vronski en su fuero interno—. Es el único que puede decirme lo que debo hacer. Iré a casa de Betsy. Puede que allí tenga ocasión de encontrarme con él».

Ya no se acordaba de que la víspera le había anunciado a Vronski que no iría a ver a la princesa Tverskaia, y que éste le había contestado que, en tal caso, tampoco acudiría él.

Se acercó a la mesa y le escribió a su marido: «He recibido su carta. A.».

A continuación llamó al lacayo y le entregó la nota.

—Ya no me voy —le dijo a Ánnushka, que en esos momentos entraba en la habitación.

—¿Que no nos vamos?

—No. No deshagas el equipaje hasta mañana. Y que espere el coche. Voy a casa de la princesa.

—¿Qué vestido le traigo?

XVII

El grupo que se había reunido en casa de la princesa Tverskaia para ese partido de criquet, al que también estaba invitada Anna, se componía de dos damas y sus admiradores. Esas dos damas eran representantes destacadas de un nuevo círculo selecto de San Petersburgo que, a imitación de alguna otra imitación, se hacía llamar *Les sept merveilles du monde*.[9] En efecto, esas damas pertenecían a un círculo elevado, pero profundamente hostil al que frecuentaba Anna. Además, el viejo Strémov, uno de los personajes más influyentes de San Petersburgo y admirador de Liza Merkálova, era enemigo de Alekséi Aleksándrovich en todas sus batallas administrativas. En virtud de todas esas consideraciones, Anna había declinado la invitación, y a eso aludían las indirectas del billete de la princesa Tverskaia. Pero ahora, la esperanza de ver a Vronski, le había hecho cambiar de opinión.

Anna llegó a casa de la princesa Tverskaia antes que los demás invitados.

En el momento en que entraba, llegaba también el lacayo de Vronski, parecido a un gentilhombre de cámara con sus patillas peinadas. Se detuvo delante de la puerta y, quitándose la gorra, le cedió el paso. Anna lo reconoció y sólo entonces se acordó de que Vronski le había dicho la víspera que no iría. Probablemente enviaba una nota para excusar su presencia.

Mientras se quitaba el abrigo en el vestíbulo, oyó que el lacayo decía, pronunciando las erres como un gentilhombre:

—De parte del conde para la princesa.

Y a continuación entregó una nota.

Anna estuvo a punto de preguntarle dónde estaba su señor. Le habría gustado regresar y escribirle una carta para concertar una entrevista, bien en su casa o en la de él. Pero no podía hacer ninguna de esas tres cosas: había sonado la campanilla, anunciando su llegada, y el lacayo de la princesa Tverskaia estaba ya delante de la puerta abierta, esperando a que pasara a las habitaciones interiores.

—La princesa está en el jardín. En seguida la avisarán. A menos que quiera usted salir a verla —le dijo otro criado en la habitación siguiente.

La sensación de indecisión e incertidumbre era la misma que en casa, o incluso peor, porque no había posibilidad de ver a Vronski ni de emprender nada. Tendría que quedarse allí, en compañía de esas personas tan distantes, con las que no tenía nada en común. Pero sabía que llevaba un vestido que le quedaba bien, y no estaba sola. Ese ambiente de ociosidad solemne le resultaba familiar, y se sentía más aliviada que en casa. No tenía necesidad de buscar tareas en las que ocuparse: las distracciones vendrían por sí solas. Al ver a Betsy, que salía a recibirla con un vestido blanco, de una elegancia asombrosa, le sonrió, como siempre. Venía acompañada de Tushkévich y de una jovencita de provincias, parienta suya, que, con gran alegría de sus padres,

estaba pasando el verano en casa de la célebre princesa.

Probablemente había algo especial en Anna porque Betsy lo notó en seguida.

—He dormido mal —respondió Anna, siguiendo con la vista al lacayo que venía a buscarla y que, según se figuraba, llevaba la nota de Vronski.

—¡Cuánto me alegro de que haya venido! —exclamó Betsy—. Estoy cansada y quería tomar una taza de té antes de que lleguen los demás invitados. Podía ir usted con Masha a probar el campo de criquet —le dijo a Tushkévich—. Ya sabe, donde han cortado el césped. Y nosotras tendremos tiempo de charlar un rato mientras tomamos el té. *We'll have a cosy chat*,[10] ¿verdad? —añadió, dirigiéndose a Anna con una sonrisa y estrechándole la mano con la que sujetaba la sombrilla.

—Mejor así, porque no puedo quedarme mucho tiempo. Tengo que hacer una visita a la vieja Vrede. Hace un siglo que se lo he prometido —dijo Anna. Aunque la mentira repugnaba a su naturaleza, en sociedad se valía de ella con sencillez y naturalidad, y hasta con cierto placer.

No habría podido explicar por qué había dicho algo en lo que no había pensado ni siquiera un segundo antes. Lo había hecho porque, como Vronski no iba a ir, quería asegurarse un poco de tiempo libre para intentar verlo de alguna manera. Pero ¿por qué había mencionado precisamente a esa vieja dama de honor? Cierto que tenía que visitarla, pero también a muchas otras personas. El caso es que, al pensar en ello más tarde, llegó a la conclusión de que no se le podía haber ocurrido una estratagema mejor para entrevistarse con Vronski.

—No, no la dejaré marchar por nada del mundo —repuso Betsy, mirándola fijamente—. La verdad es que, si no la quisiera tanto, me ofendería. Es como si temiera usted que mi compañía pudiera comprometerla. Haga el favor de servirnos el té en el saloncito —le dijo al lacayo, entornando los ojos como tenía por costumbre cuando se dirigía a los criados. Acto seguido cogió la nota y la leyó—. Alekséi nos ha dado esquinazo —dijo en francés—. Me escribe que no puede venir —añadió con un tono tan sencillo y natural que nadie habría podido suponer que Vronski era para Anna algo más que un simple compañero de criquet.

Anna sabía que Betsy estaba enterada de todo, pero, siempre que la oía hablar de Vronski, le asaltaba la sospecha de si desconocería sus relaciones.

—¡Ah! —exclamó Anna con indiferencia, como si la novedad apenas le interesara, y siguió sonriendo—. ¿Y de qué manera puede comprometer a nadie su compañía? —Esa forma de ocultar un secreto, esos juegos de palabras, tenían un gran atractivo para Anna, como para todas las mujeres. Lo que le fascinaba no era tanto la necesidad y el propósito de ocultar algo, sino el proceso mismo—. No puedo ser más papista que el papa —prosiguió—, Strémov y Liza Merkálova son la flor y nata de la sociedad. Se los recibe en todas partes, y yo —enfatizó de manera especial esa última palabra— nunca he sido severa ni intolerante. Lo único que pasa es que tengo prisa.

—¿Es que no quiere encontrarse con Strémov? Dejemos que Alekséi Aleksándrovich y él rompan lanzas en el Comité. Eso a nosotras no nos incumbe. En sociedad es el hombre más amable que conozco y un apasionado jugador de criquet. Ya lo verá usted. Y, aunque su papel de viejo admirador de Liza resulta un tanto ridículo, sale bastante airoso de tan cómica situación. Es muy simpático. ¿No conoce usted a Safo Stolz? Es un tipo nuevo de mujer, completamente nuevo.

Mientras Betsy le decía todas esas cosas, Anna se daba cuenta, por su mirada alegre e inteligente, de que adivinaba la situación en la que se encontraba y buscaba la manera de ayudarla. Las dos habían entrado ya en el saloncito.

—Voy a responder a Alekséi —dijo. Y, sentándose a la mesa, le escribió unos renglones y guardó la hoja en un sobre—. Le digo que venga a comer. Me falta un caballero para una de las damas. ¿Cree que lograré convencerle con ese argumento? Perdone que la deje sola un momento. Haga el favor de cerrar la carta y despacharla —añadió desde la puerta—. Tengo que ocuparme de los preparativos.

Sin pensárselo dos veces, Anna se sentó a la mesa y, sin leer la carta de Betsy, añadió debajo: «Necesito verle. Vaya al jardín de la señora Vrede. Estaré allí a las seis».

Acto seguido selló la carta. Cuando Betsy regresó, llamó a un criado para que la llevara.

Mientras tomaban el té, que les sirvieron en una mesa-bandeja, en el fresco saloncito, las dos mujeres entablaron esa *cosy chat* con que la princesa había prometido entretener a su amiga hasta que llegaran los demás invitados. Se ocupaban de las personas a las que esperaban, en particular de Liza Merkálova.

—Es muy agradable y siempre me ha caído bien —dijo Anna.

—Debe usted quererla. Ella la adora a usted. Ayer se acercó a mí después de las carreras y me dijo que lamentaba mucho que no hubieran coincidido. Dice que es usted toda una heroína de novela y que, si fuese hombre, cometería mil locuras por usted. Y Strémov le contesta que ya las comete, aunque no lo sea.

—Pero haga el favor de explicarme una cosa que no he podido entender nunca —dijo Anna, después de una breve pausa, y el tono de su voz indicaba claramente que no se trataba de una pregunta ociosa, sino de algo a lo que concedía una enorme importancia—. Dígame, por favor, ¿qué relación tiene con el príncipe Kaluzhki, ese al que llaman Mishka? No los he tratado mucho. ¿Qué hay entre ellos?

Betsy sonrió con los ojos y miró atentamente a Anna.

—Es la nueva moda —respondió—. Todos la han adoptado. Esas señoras se han puesto el mundo por montera. Pero hay distintas maneras de hacerlo.

—Sí, pero ¿qué relación tiene con Kaluzhki?

Betsy, de pronto, soltó una carcajada jovial e irreprimible, algo que le sucedía rara vez.

—Está invadiendo usted los dominios de la princesa Miágkaia. Es una pregunta propia de un *enfant terrible* —dijo Betsy. A pesar de sus esfuerzos evidentes, no pudo contenerse y estalló en una risotada contagiosa, típica de las personas que se ríen poco—. Habrá que preguntárselo a ellos —añadió entre lágrimas.

—Puede tomárselo usted a broma —dijo Anna, que al final había acabado contagiándose, aun sin quererlo, del buen humor de la princesa Tverskaia—, pero no lo he entendido nunca. No entiendo el papel del marido en esta historia.

—¿El marido? El marido de Liza Merkálova le lleva la manta de viaje y siempre está dispuesto a atenderla en todo. Y, en cuanto a lo demás, nadie se da por enterado. Ya sabe usted que en la buena sociedad no se habla ni se piensa en ciertos detalles del arreglo personal. Pues lo mismo pasa con este tema.

—¿Acudirá usted a la fiesta de los Rolandski? —preguntó Anna, para cambiar de conversación.

—Creo que no —respondió Betsy y, sin mirar a su amiga, empezó a llenar cuidadosamente de té aromático las tacitas transparentes. Le alargó una a Anna y acto seguido sacó un cigarrillo, lo metió en una boquilla de plata y lo encendió—. Como ve usted, me encuentro en una situación privilegiada —añadió, ya sin reírse, mientras cogía la taza—. La entiendo a usted y entiendo también a Liza. Liza es una de esas naturalezas ingenuas, infantiles, que no comprenden lo que está bien y lo que está mal. Al menos, no lo comprendía cuando era más joven. Y ahora se da cuenta de que ese desconocimiento la beneficia. Puede que ahora finja no comprender —prosiguió con una sonrisa sutil—. Sea como fuere, la beneficia. ¿Qué quiere usted? Una misma cosa se puede considerar desde un punto de vista trágico, convirtiéndola en un tormento, o aceptarla con sencillez y hasta con alegría. Puede que se deje usted llevar por un dramatismo excesivo a la hora de analizar los acontecimientos.

—¡Cómo me gustaría conocer a los demás como me conozco a mí misma! —dijo Anna con expresión seria y pensativa—. ¿Soy peor o mejor que los demás? Creo que soy peor.

—¡Un *enfant terrible*, un *enfant terrible*! —repitió Betsy—. Ya están aquí.

XVIII

Se oyeron unos pasos, una voz de hombre, luego otra de mujer y risas. Al cabo de unos instantes entraron los invitados a los que estaban esperando: Safo Stolz y un joven rebosante de salud, que respondía al nombre de Vaska. Por lo visto, la carne poco hecha, las trufas y el vino de Borgoña le sentaban bien. Vaska saludó a las damas y las miró, pero sólo unos instantes. Entró en el salón detrás de Safo y la siguió a poca distancia, como si estuviera atado a ella, sin apartar sus ojos brillantes: daba la impresión de que quería comérsela. Safo Stolz, una rubia de ojos negros, con zapatos de tacón alto, avanzó con pasos menudos y decididos en dirección a las mujeres, a quienes estrechó la mano con fuerza, como los hombres.

Era la primera vez que Anna veía a esa nueva celebridad, que le sorprendió por su belleza, el atrevimiento de su vestido y la audacia de sus modales. Llevaba un peinado tan aparatoso, con cabellos propios y postizos, de un suave matiz dorado, que su cabeza tenía casi la misma altura que su busto generoso y muy escotado. Avanzaba con tanto ímpetu que a cada paso las formas de sus rodillas y de sus muslos se marcaban por debajo del vestido. Uno no podía dejar de preguntarse, al ver aquella montaña ondulante de telas, dónde terminaría realmente por detrás ese cuerpo menudo y esbelto, tan descubierto por arriba como oculto por detrás y por debajo.

Betsy se apresuró a presentársela a Anna.

—Figúrese, hemos estado a punto de atropellar a dos soldados —dijo la recién llegada, entre sonrisas y guiños, mientras se arreglaba la cola del vestido, que se había echado demasiado a un lado—. He venido con Vaska… ¡Ah, me olvidaba de que no lo conoce usted! —y Safo lo nombró por su apellido y se lo presentó, ruborizándose y riéndose a carcajadas de haberlo llamado así delante de una desconocida.

El muchacho volvió a saludar a Anna, pero no le dirigió la palabra. En lugar de eso se volvió hacia Safo:

—Ha perdido usted la apuesta. Hemos llegado antes. Haga el favor de pagarme —dijo, sonriendo.

—Ahora no —replicó ella.

—Lo mismo da. Ya se lo cobraré más tarde.

—Bueno, bueno. ¡Ah, sí! —exclamó de pronto, dirigiéndose a la anfitriona— Pues sí que estoy buena… Se me olvidaba… He traído a un invitado. Aquí está.

El joven e inesperado visitante que había traído y olvidado Safo era un personaje tan importante que, a pesar de su corta edad, ambas señoras se levantaron para saludarlo.[11]

Era el nuevo admirador de Safo. Lo mismo que Vaska, seguía todos sus pasos.

Poco después llegaron el príncipe Kaluzhki y Liza Merkálova, acompañados de

Strémov. Liza era una morena de rostro oriental y aire indolente, con unos ojos maravillosos y enigmáticos, como decía todo el mundo. El vestido negro que llevaba (en el que Anna se fijó en seguida, dándole su aprobación) le sentaba de maravilla a su tipo de belleza. Era tan delicada y lánguida como Safo brusca e impulsiva.

A Anna le parecía mucho más atractiva. Betsy le había dicho que Liza había adoptado el tono de un niño ingenuo, pero, nada más verla, se dio cuenta de que no era verdad. Por muy mimada que estuviera y mucha inocencia que fingiera, era una mujer dulce y afable. Cierto que su actitud no se diferenciaba mucho de la de Safo. También a ella la seguían a todas partes, comiéndosela con los ojos, dos admiradores, uno viejo y otro joven, pero ella estaba por encima del ambiente: tenía el brillo de un diamante auténtico entre baratijas de vidrio. Ese brillo resplandecía en sus ojos fascinantes, verdaderamente enigmáticos. La mirada cansada y a la vez apasionada de esos ojos, rodeados de un cerco oscuro, sorprendían por su sinceridad incuestionable. Cualquiera que se asomaba a esos ojos se figuraba conocerla por entero, y ya no podía dejar de amarla. Al ver a Anna su rostro se iluminó con una sonrisa de felicidad.

—¡Ah, cuánto me alegro de verla! —exclamó, acercándose—. Ayer, en las carreras, habría querido saludarla, pero se marchó usted. Tenía mucho interés en verla precisamente ayer. ¿Verdad que fue terrible? —preguntó, mirando a Anna con esos ojos que parecían revelar toda su alma.

—Sí, nunca creí que fueran tan emocionantes —respondió Anna, ruborizándose.

En ese momento todos los presentes se levantaron para salir al jardín.

—Yo me quedo aquí —dijo Liza sonriendo y sentándose al lado de Anna—. ¿Usted tampoco va? ¡No sé qué placer encuentran enjugar al criquet!

—A mí me gusta —replicó Anna.

—¿Y qué hace usted para no aburrirse? Basta con mirarla para sentirse alegre. Usted vive; yo, en cambio, me aburro.

—¿Cómo es posible? ¡Si disfruta usted de la compañía más alegre de todo San Petersburgo! —dijo Anna.

—Puede que los que no pertenezcan a nuestro círculo se aburran todavía más. En nuestro caso, al menos en el mío, no sólo no nos divertimos, sino que nos aburrimos mucho, muchísimo.

Safo encendió un cigarrillo y salió al jardín con los dos jóvenes. Betsy y Strémov se quedaron a tomar el té.

—¿Cómo puede decir usted que se aburre? —preguntó Betsy—. Según Safo, se lo pasaron muy bien ayer en su casa.

—¡Ah, no me hable! ¡Fue una pesadez! —replicó Liza Merkálova—. Fuimos todos a mi casa después de las carreras. ¡Y siempre las mismas cosas! ¡Siempre las mismas caras! Nos pasamos toda la tarde apoltronados en los sofás. ¿Qué diversión

va a ser ésa? ¿Y qué hace usted para no aburrirse? —prosiguió, dirigiéndose de nuevo a Anna—. Basta con mirarla para darse cuenta de que puede ser usted feliz o desdichada, pero que no se aburre. Dígame, ¿cómo lo hace?

—No hago nada —respondió Anna, ruborizándose ante esas preguntas tan inoportunas.

—Es la mejor solución —intervino Strémov.

Era un hombre pequeño, de unos cincuenta años, con el pelo entrecano, bien conservado, con un rostro inteligente y expresivo que compensaba un tanto su fealdad. Liza Merkálova era sobrina de su mujer, y Strémov pasaba con ella todo su tiempo libre. Como era un hombre listo y muy curtido en sociedad, al encontrarse con Anna Karénina, esposa de su adversario político, extremó sus atenciones con ella.

—El mejor remedio es no hacer nada —insistió, con una sonrisa sutil—. Hace tiempo que se lo tengo dicho —añadió, dirigiéndose a Liza Merkálova—: para no aburrirse es necesario pensar que uno no se va a aburrir. Lo mismo les sucede a quienes padecen de insomnio: no deben pensar que no van a dormirse. Eso es lo que acaba de decirle Anna Arkádevna.

—Me habría gustado mucho decir algo así —replicó Anna con una sonrisa—, porque no sólo es ingenioso, sino también muy cierto.

—Pero, dígame, ¿por qué es tan difícil donnir y tan fácil aburrirse?

—Tanto para dormir bien como para divertirse es preciso trabajar.

—¿Y para qué voy a trabajar cuando nadie necesita mi trabajo? Y yo no quiero fingir. Además, no se me da bien.

—Es usted incorregible —dijo Strémov, sin mirarla, y volvió a dirigirse a Anna.

Como no había coincidido mucho con ella, sólo podía decirle banalidades: le preguntaba cuándo había vuelto a San Petersburgo o se interesaba por su amistad con la condesa Lidia Ivánovna, en un tono que dejaba patente su deseo de mostrarse afable y respetuoso.

Entró Tushkévich y les anunció que los demás invitados los estaban esperando para empezar la partida.

—Por favor, no se vaya usted —rogó Liza Merkálova, al enterarse de que Anna se iba.

Strémov se unió a sus súplicas.

—Será un contraste demasiado grande dejar esta reunión para ir a casa de la vieja Vrede —dijo—. Además, su presencia allí sólo servirá para desatar su maledicencia; en cambio, aquí despierta usted sentimientos de índole muy distinta, mucho más elevados.

Anna se quedó pensativa unos instantes. Los elogios de ese hombre inteligente, la ingenua e infantil simpatía que le manifestaba Liza Merkálova y todo ese ambiente mundano al que estaba acostumbrada le parecieron tan agradables, en contraposición

con la penosa situación que la aguardaba, que por un momento se mostró indecisa: ¿no sería mejor quedarse, aplazar el doloroso momento de la explicación? Pero, al considerar lo que la esperaba en casa, una vez sola, si no tomaba una decisión, y repasar en la memoria ese momento terrible en que se había arrancado los cabellos con ambas manos, se despidió y se marchó.

XIX

A pesar de su vida social aparentemente frivola, Vronski odiaba el desorden. Ya en sus tiempos en el cuerpo de pajes, había sufrido la humillación de que le negaran un crédito que había solicitado para pagar una deuda. Desde entonces no había vuelto a verse en semejante situación.

Para que nada se le escapara de las manos, se recluía unas cuatro o cinco veces al año, dependiendo de las circunstancias, y ponía en orden sus asuntos. A eso lo llamaba «echar cuentas» o *faire la lessive*.[12]

Al día siguiente de las carreras se despertó tarde. Sin afeitarse ni lavarse, se echó una guerrera sobre los hombros, distribuyó sobre la mesa el dinero, las cuentas y las cartas y se metió en faena. Petritski, sabiendo que en tales momentos su compañero solía estar de mal humor, se vistió en silencio y salió sin molestarle, en cuanto se despertó y lo vio sentado al escritorio.

Cualquier persona que conoce al detalle las complicaciones de su situación se figura que esos apuros y ese embrollo son una especie de fatalidad personal, y no se le pasa por la cabeza que los demás viven rodeados de las mismas dificultades. Tal era la impresión de Vronski. Y no sin cierto orgullo interior y algún fundamento pensaba que cualquier otro en su lugar se habría entrampado hacía mucho tiempo y se habría visto abocado a cometer alguna mala acción, de haberse encontrado en una posición tan complicada. No obstante, se daba cuenta de que había llegado el momento de hacer cálculos y aclarar las cosas de una vez, antes de que fuera demasiado larde.

En primer lugar, por ser lo más fácil, pasó a ocuparse de su situación financiera. Después de anotar en un pliego de papel de carta, con su letra menuda, las cantidades que debía, las sumó y descubrió que sus deudas ascendían a diecisiete mil rublos y algunos centenares, de los que prescindió en aras de una mayor claridad. A continuación calculó el dinero que tenía en efectivo y en talones de banco, y vio que no le quedaban más de mil ochocientos rublos, y no podía contarse con ningún ingreso antes de Año Nuevo. Después de repasar la lista de deudas, las dividió en tres categorías. A la primera pertenecían las deudas que había que pagar cuanto antes o, al menos, tener el dinero disponible, para saldarlas sin dilación en cuanto se las reclamasen. Esas deudas llegaban casi a los cuatro mil rublos: mil quinientos por el caballo y dos mil quinientos de la fianza de su joven compañero Venetski, que había perdido ese dinero jugando con un tramposo en su presencia. Vronski había querido pagar en el momento, pues llevaba la cantidad encima, pero Venetski y Yashvín habían insistido en que pagarían ellos, porque Vronski no había jugado. Todo eso estaba muy bien, pero él sabía que en tan turbio asunto, en el que sólo había intervenido para responder de palabra por Venetski, necesitaba tener a mano esos dos

mil quinientos rublos para tirárselos a la cara a ese fullero y no entrar en discusiones con él. Así pues, para hacer frente a la primera categoría de deudas, la más importante, necesitaba disponer de cuatro mil rublos. En la segunda categoría entraban deudas menos importantes, por un montante de ocho mil rublos. Estaban sobre todo relacionadas con su caballo de carreras: la cuadra, el proveedor de heno y avena, el entrenador inglés, el guarnicionero, etcétera. Para quitarse esa preocupación de encima bastaría con distribuir de momento dos mil rublos. En cuanto a la tercera categoría, en la que entraban las tiendas, los hoteles y el sastre, no le quitaba el sueño. En definitiva, le hacían falta al menos seis mil rublos, y sólo contaba con mil ochocientos. En principio, no eran deudas muy significativas para un hombre como Vronski, con cien mil rublos de renta, como le atribuía todo el mundo. Pero el caso es que no disponía ni mucho menos de tal cantidad. La enorme fortuna de su padre, que producía unos ingresos anuales de doscientos mil rublos, había pasado indivisa a los dos hermanos. Cuando su hermano mayor, que había contraído un sinfín de deudas, se casó con la princesa Varia Chirkova, hija de un decembrista,[13] sin medios ni bienes de ningún tipo, Vronski le cedió todas las rentas de la fortuna de su padre, reservándose sólo una cantidad de veinticinco mil rublos anuales. Vronski le dijo entonces a su hermano que le bastaría con esa suma mientras no se casara, algo que probablemente no haría nunca. Y su hermano, comandante de un regimiento que exigía grandes gastos, y que además acababa de casarse, no pudo rechazar ese regalo. La madre, que tenía sus propios medios de fortuna, le pasaba veinte mil rublos más al año. Vronski se gastaba todo el dinero que recibía. En los últimos tiempos, la madre, descontenta de su relación con Anna y de su marcha de Moscú, había dejado de enviarle dinero. Como consecuencia, Vronski, que estaba acostumbrado a gastar cuarenta y cinco mil rublos y que ese año sólo había recibido veinticinco mil, se encontró en una situación bastante complicada. Y para escapar de sus apuros no podía pedirle dinero a su madre. La última carta de ella, que había recibido la víspera, le había irritado de manera especial, pues se había atrevido a insinuar que le ayudaría a alcanzar el éxito en el gran mundo y en su carrera, pero no a llevar una vida que escandalizaba a toda la buena sociedad. Ese intento de comprar su voluntad le había herido en lo más hondo y lo había distanciado aún más de su madre. Pero tampoco podía reconsiderar la generosa oferta que le había hecho a su hermano, aunque se daba cuenta, al sopesar con cierta vaguedad algunas de las consecuencias de su relación con Anna, que había actuado de manera irreflexiva, pues, aunque seguía soltero, era muy probable que necesitara esos cien mil rublos de renta. En cualquier caso, no podía echarse atrás. Le bastaba recordar a la mujer de su hermano, la dulce y encantadora Varia, que siempre que se le presentaba la ocasión le recordaba y le agradecía su magnanimidad, para comprender que era imposible revocar su decisión. Sería algo tan abominable como pegarle a una mujer, robar o mentir. La única

solución, que Vronski adoptó sin vacilar, era pedir diez mil rublos a un usurero, algo que no ofrecía ninguna dificultad, reducir gastos y vender los caballos de carreras. Una vez tomada esa decisión, se apresuró a escribir una nota a Rolandski, que más de una vez le había propuesto comprarle los caballos. Luego envió en busca del inglés y del usurero, y destinó el dinero de que disponía a diversos pagos. Una vez resueltos todos esos asuntos, escribió una respuesta fría y seca a la carta de su madre. Luego, sacando de la cartera tres notas de Anna, las leyó de nuevo y las quemó. Recordó entonces la conversación de la víspera y se quedó pensativo.

XX

La vida de Vronski era especialmente feliz porque se había creado un código de leyes que definían sin ningún margen de duda lo que podía y no podía hacer. Cierto que tal código afectaba a un círculo muy reducido de actividades, pero sus normas eran incuestionables, y, como Vronski nunca se salía de ese círculo, nunca albergaba dudas sobre lo que cabía hacer en cada caso. Las reglas determinaban con toda precisión que había que pagar a los tramposos, pero no a los sastres; que no se debía mentir a los hombres, pero sí a las mujeres; que no se debía engañar a nadie, excepto a los maridos; que no se debían perdonar las ofensas, pero que se podía ofender a los demás, etcétera. Todas esas reglas podían ser irracionales, injustas, pero estaban por encima de cualquier consideración, y al observarlas Vronski se sentía tranquilo y pensaba que podía llevar la cabeza bien alta. Sólo en los últimos tiempos, en razón de su relación con Anna, había empezado a darse cuenta de que ese código no podía aplicarse a cualquier contingencia. Ahora barruntaba que en el futuro se presentarían dificultades y dudas para las que no encontraría un hilo conductor.

Sus relaciones actuales con Anna y con su marido le parecían claras y sencillas. Estaban definidas de modo tajante y preciso en el código de normas por el que se regía.

Anna era una mujer respetable, que le había entregado su amor, y él, por su parte, la quería. Por tanto, la consideraba tan digna de respeto, y aún más, que una esposa legítima. Antes se habría dejado cortar una mano que permitirse no ya ofenderla con una palabra o una alusión, sino dejar de mostrarle el respeto que se merece una mujer.

En lo que respecta a la sociedad, las cosas también estaban bastante claras. Todo el mundo podía saber lo que pasaba, o al menos sospecharlo, pero nadie se atrevería a decir una palabra. En caso contrario, estaba dispuesto a tapar la boca a los murmuradores, obligándoles a respetar el honor inexistente de la mujer que amaba.

En cuanto al marido, la situación no podía estar más clara. Desde el momento en que Anna se había enamorado de él, consideraba sus derechos sobre ella inalienables. El marido sólo era un personaje superfluo y molesto. No cabía duda de que su posición era lastimosa, pero ¿qué se podía hacer? Únicamente tenía derecho a exigirle una satisfacción en el campo del honor, y Vronski estaba dispuesto a concedérsela en cuanto se la solicitase.

Pero en los últimos tiempos sus relaciones habían tomado un rumbo nuevo, que había asustado a Vronski por su carácter indefinido. La víspera Anna le había comunicado que estaba embarazada. Y él se daba cuenta de que esa novedad, así como la resolución que Anna esperaba, exigían algo que no estaba claramente definido en el código de reglas que dirigía su vida. Y lo cierto es que ese anuncio le había cogido por sorpresa. En un primer momento su corazón le había instado a

pedirle que abandonara a su marido, y así se lo había dicho. Pero ahora, después de pensarlo, le parecía evidente que lo mejor era evitar ese paso. Y, sin embargo, temía que aquello no estuviera bien.

«Si le he dicho que abandone a su marido es para que una su vida a la mía. Pero ¿estoy preparado para eso? ¿Y cómo voy a hacerme cargo de ella ahora que no tengo dinero? Supongamos que pudiera arreglarlo… Pero están las obligaciones del servicio. En cualquier caso, una vez que se lo he dicho, debo estar preparado para semejante eventualidad; es decir, tengo que procurarme dinero y contemplar la posibilidad de pedir el retiro.»

Y se quedó pensativo. La cuestión de si debía renunciar o no al ejército le llevó a reflexionar sobre un aspecto secreto de su vida, al que concedía una importancia capital, y que nadie más que él conocía.

La ambición, un antiguo sueño de la infancia y la juventud, que no se confesaba a sí mismo, era tan fuerte que incluso ahora luchaba con su amor por Anna. Sus primeros pasos en la sociedad y en el ejército habían sido bastante afortunados, pero hacía dos años había cometido un tremendo error. Deseando dar muestras de independencia y valía, había rechazado un cargo que le habían ofrecido, con la esperanza de que la negativa le granjeara una mayor estima. Pero sus superiores encontraron el gesto demasiado atrevido, y lo dejaron de lado. Habiéndose creado, lo quisiera o no, una reputación de hombre independiente, siguió interpretando ese papel, con bastante sutileza e ingenio, como si no guardara rencor a nadie, no se sintiera ofendido y sólo deseara que le dejaran en paz, porque era así como le gustaba vivir. En realidad, desde el año anterior, cuando se marchó a Moscú, ya no se sentía alegre. Se daba cuenta de que esa posición de hombre independiente, que podría hacer cualquier cosa, pero no desea nada, empezaba a pasarle factura. Muchos pensaban que no era más que un joven bondadoso y honrado, sin ningún futuro. Su relación con Anna, que había levantado tanto ruido y le había convertido en el centro de las miradas, le había comunicado un nuevo brillo y había adormecido por un tiempo el gusano de la ambición que le roía. Pero, desde hacía una semana, ese gusano se había despertado con renovados bríos. Un amigo de la infancia, Serpujovski, compañero de regimiento y de promoción, que pertenecía al mismo círculo y gozaba de idénticos medios de fortuna, rival suyo en el colegio y los ejercicios gimnásticos, en las travesuras y los sueños de gloria, acababa de regresar de Asia Central, después de ser ascendido dos veces y recibir una condecoración que rara vez se concedía a generales tan jóvenes.

Nada más llegar a San Petersburgo, se empezó a hablar de él como de un nuevo astro, destinado a alcanzar las cotas más altas. Coetáneo de Vronski, de quien había sido compañero de clase, era ya general, y estaba a la espera de un nombramiento que le permitiría influir en el curso de los asuntos de Estado. En cuanto a Vronski, joven

independiente y brillante, que gozaba del amor de una mujer encantadora, no era más que un capitán de caballería, al que le permitian ser tan independiente como quisiera. «Desde luego, no envidio ni puedo envidiar a Serpujovski, pero su ascenso me demuestra que un hombre como yo, si sabe esperar a que llegue su momento, puede hacer carrera con gran rapidez. Hace tres años estaba en la misma situación que yo. Si pido el retiro, quemaré todas mis naves. Quedándome, por el contrario, no pierdo nada. Ella misma me ha dicho que no quiere cambios en su vida. Y yo, que gozo de su amor, no puedo envidiar a Serpujovski.» Se atusó el bigote con gesto pausado, se levantó de la mesa y se puso a recorrer la habitación de un extremo al otro. Sus ojos tenían un brillo especial. Le embargaban el sosiego y la templada alegría que siempre se apoderaban de él cuando ponía en orden sus asuntos. Todo le parecía aclarado y arreglado, como siempre que echaba cuentas. Se afeitó, tomó un baño frío, se vistió y salió a la calle.

XXI

—Vengo a buscarte. ¡Cuánto te has demorado hoy con la colada! —dijo Petritski—. Entonces, ¿ya has terminado?

—Sí —respondió Vronski, sonriendo sólo con los ojos y retorciéndose con mucho cuidado las guías del bigote, como si después de haber puesto en orden sus asuntos cualquier movimiento demasiado brusco e impetuoso pudiera destruirlo.

—Cada vez que te ocupas de esa tarea, es como si tomaras un baño —dijo Petritski—. Vengo de casa de Gritska —así llamaban al comandante del regimiento —. Te están esperando.

Vronski miraba a su compañero sin responderle. Su pensamiento estaba en otra parte.

—¿Es en su casa donde están tocando música? —preguntó, prestando oídos a los conocidos sones de las trompetas, que interpretaban polcas y valses—. ¿Qué es lo que están celebrando?

—Ha llegado Serpujovski.

—¡Ah! —exclamó Vronski—. No tenía ni idea.

Sus ojos risueños brillaron aún más.

Una vez que había decidido que era feliz con su amor, al que sacrificaba su ambición —o al menos, una vez que había aceptado desempeñar ese papel—, Vronski ya no podía sentir envidia de Serpujovski ni tampoco despecho porque no lo hubiera visitado primero a él. Serpujovski era un buen amigo y se alegraba de su éxito.

Diomin, el comandante del regimiento, ocupaba una gran casa señorial. Todos los invitados se habían reunido en la amplia terraza de la planta baja. Lo primero que llamó la atención de Vronski al entrar en el patio fueron los cantores, vestidos con guerreras blancas, al lado de un barril de vodka, y la figura robusta y jovial del comandante del regimiento, rodeado de oficiales. Con un pie en el primer peldaño de la terraza, daba instrucciones con voz tonante, que resonaba con más fuerza aún que la cuadrilla de Offenbach interpretada por la banda, y hacía gestos a unos soldados que estaban algo apartados. Un grupo de soldados, un sargento y varios suboficiales se acercaron a la terraza al mismo tiempo que Vronski. El coronel volvió a la mesa, salió de nuevo a la escalinata con una copa en la mano y propuso un brindis:

—¡A la salud de nuestro anúguo compañero e intrépido general, el príncipe Serpujovski! ¡Hurra!

Después del comandante salió Serpujovski, sonriente y con una copa en la mano.

—Cada día estás más joven, Bondarenko —le dijo a un sargento de caballería que estaba delante de él, hombre apuesto, de mejillas sonrosadas, reenganchado al servicio.

Hacía tres años que Vronski no veía a Serpujovski. Tenía un aspecto más viril, se había dejado crecer las patillas, pero no había perdido su gallardía, con esos rasgos y esa figura que sorprendían, más que por su apostura, por su dulzura y nobleza. Vronski sólo advirtió un cambio: el brillo sereno y constante que irradian los rostros de los que han triunfado y están seguros de que los demás reconocen su éxito. Vronski conocía ese brillo y lo descubrió en seguida en el rostro de Serpujovski.

Al bajar por la escalera, Serpujovski le vio. Una alegre sonrisa iluminó su rostro. Le saludó con la cabeza y levantó la copa, dándole a entender con ese gesto que tenía que acercarse primero al sargento de caballería, quien, estirándose, alargaba los labios para darle un beso.

—¡Por fin has llegado! —exclamó el comandante del regimiento—. Yashvín me había dicho que estabas de mal humor.

Serpujovski besó los frescos y húmedos labios del apuesto sargento y, después de secarse con un pañuelo, se acercó a Vronski.

—¡Cuánto me alegro! —dijo, estrechándole la mano y llevándoselo aparte.

—¡Ocúpese de él! —le gritó a Yashvín el comandante del regimiento, señalándole a Vronski, y bajó para reunirse con los soldados.

—¿Por qué no fuiste ayer a las carreras? Esperaba verte allí —dijo Vronski, examinando a Serpujovski.

—El caso es que fui, pero llegué tarde. Perdóname un momento —añadió, y se dirigió al ayudante—. Haga el favor de distribuir esto entre la tropa. A lo que toque por cabeza.

Y, ruborizándose, sacó apresuradamente de la cartera tres billetes de cien rublos.

—Vronski, ¿quieres beber algo? —preguntó Yashvín—. ¡Eh, tráele algo de comer al conde! Y aquí tienes una copa.

La fiesta en casa del comandante del regimiento se prolongó bastante.

Bebieron mucho. Lanzaron al aire y mantearon primero a Serpujovski y luego al comandante del regimiento. A continuación, este último bailó con Petritski delante de los cantores. Por último, Diomin, un tanto fatigado, se sentó en un banco del patio y trató de demostrar a Yashvín la superioridad de Rusia sobre Prusia, sobre todo en las cargas de caballería. Por un momento la fiesta se calmó. Serpujovski entró un instante en la casa para lavarse las manos y se encontró allí con Vronski, que se había quitado la guerrera y se estaba refrescando, friccionándose el cuello colorado y peludo, que había puesto bajo el chorro de agua, y también la cabeza. Cuando terminó, se sentó en un pequeño sofá, al lado de Serpujovski, y los dos amigos entablaron una conversación muy interesante para ambos.

—Mi mujer me ha puesto al corriente de todas tus andanzas —dijo Serpujovski —. Me alegro de que la hayas visitado a menudo.

—Varia y ella, que son muy amigas, son las dos únicas mujeres de San

Petersburgo con las que me encuentro a gusto —respondió Vronski con una sonrisa, previendo el giro que iba a tomar la conversación, algo que no le desagradaba.

—¿Las únicas? —replicó Serpujovski, sonriendo a su vez.

—Yo también he sabido de ti, y no sólo por tu mujer —dijo Vronski con expresión severa, como si quisiera poner coto a esas alusiones—. Me alegré mucho de tu triunfo, aunque no me sorprendió lo más mínimo. Esperaba incluso más.

Serpujovski sonrió. Era evidente que le halagaba la opinión que su amigo tenía de él y que no consideraba necesario disimularlo.

—Pues si te soy sincero, yo esperaba menos. Pero estoy contento, muy contento. La ambición es mi mayor debilidad, lo reconozco.

—Tal vez no lo reconocerías si no hubieras tenido éxito —observó Vronski.

—No creo —contestó Serpujovski, volviendo a sonreír—. No pretendo decir que la vida no merezca la pena sin ambición, pero sería aburrida. Naturalmente, puedo estar equivocado, pero me parece que tengo ciertas cualidades para la actividad que he elegido, y que si algún día dispongo de cierto poder, ya sea grande o pequeño, estará mejor en mis manos que en las de muchos otros —añadió Serpujovski, a quien la conciencia de su triunfo parecía dotar de una suerte de resplandor—. Por eso, cuanto más me acerco a ese objetivo, más satisfecho estoy.

—Puede que eso sea así para ti, pero no para todo el mundo. Yo también pensaba como tú, pero me he dado cuenta de que hay otras cosas en la vida —dijo Vronski.

—¡Claro, claro! —exclamó Serpujovski, riéndose—. Como te he dicho antes, estoy al corriente de tus andanzas. Me he enterado de que has rechazado un puesto… Naturalmente, no censuro tu proceder. Pero las cosas hay que hacerlas de cierta manera. Y, aunque creo que no se te puede reprochar nada, te equivocaste en las formas.

—A lo hecho, pecho. Ya sabes que nunca me arrepiento de nada. Además, estoy bien así.

—Sí, por el momento. Pero no te bastará sólo con eso. A tu hermano no se me ocurriría hablarle así. Es un buen muchacho, como nuestro anfitrión. ¡Ahí lo tienes! —añadió, prestando oídos a los gritos de «¡hurra!»—. Es feliz con esta vida. Pero a ti no puede satisfacerte.

—No he dicho que me satisfaga.

—Y no se trata sólo de eso. Las personas como tú son necesarias.

—¿Para quién?

—¿Para quién? Para la sociedad. Rusia necesita hombres, necesita un partido. En caso contrario, todo se irá a pique.

—¿A qué te refieres? ¿Al partido que ha formado Bertének para oponerse a los comunistas rusos?

—No —dijo Serpujovski, frunciendo el ceño, molesto de que su amigo le hubiera

creído capaz de tamaña estupidez—. *Tout ça est une blague*.[14] Eso ha existido siempre y siempre existirá. No hay tales comunistas. Pero los intrigantes siempre tienen que inventarse un partido peligroso y dañino. Es algo tan viejo como el mundo. No, se necesita un partido capaz de llevar al poder a hombres independientes, como tú y como yo.

—Pero ¿por qué? —Vronski nombró a algunas de las personas que ejercían el poder—. ¿Acaso no son ellos también personas independientes?

—No, porque no tienen o no han tenido desde su nacimiento nombre alguno ni medios de fortuna, porque no han estado nunca tan cerca del sol como nosotros. Se les puede comprar con dinero o con prebendas. Y para conservar su puesto tienen que inventarse una orientación política. Por eso proponen ideas y programas en los que no creen ni ellos mismos y que causan grandes perjuicios. No son más que pretextos para asegurarse una vivienda oficial y un sueldo. *Cela n'est plus fin que ça*[15] cuando se da uno cuenta de su juego. Puede que yo sea peor y más tonto que ellos, aunque no veo por qué razón. Pero tanto tú como yo gozamos de una importante ventaja: a nosotros es más difícil comprarnos. Y esa clase de personas es más necesaria que nunca.

Vronski escuchaba con atención, pero no era tanto el sentido de las palabras lo que le atraía como la manera que tenía Serpujovski de encarar la cuestión: ya se veía peleando por el poder y se había creado sus simpatías y antipatías en las altas esferas. Para él, en cambio, no había más horizonte que los intereses de su escuadrón. Vronski también se dio cuenta de lo poderoso que podía llegar a ser Serpujovski, con su indudable capacidad para reflexionar y comprender las cosas, con su inteligencia y su don de palabra, tan raras en la esfera en la que se movían. Y, por mucha vergüenza que le diera, tuvo que reconocer que le envidiaba.

—En cualquier caso, a mí me falta una cosa importante —respondió—: el deseo de poder. Lo tenía antes, pero lo he perdido.

—Perdóname, pero eso no es verdad —dijo Serpujovski, sonriendo.

—¡Sí, es verdad! ¡Es verdad! Sobre todo ahora —añadió Vronski, con la mayor sinceridad.

—Puede que sea verdad *ahora*. Pero ese *ahora* no durará siempre.

—Es posible —repuso Vronski.

—Tú dices que *es posible* —prosiguió Serpujovski, como si hubiera adivinado el pensamiento de su amigo—, y yo te digo que *es seguro*. Por eso quería verte. Has actuado como debías hacerlo. Lo entiendo, pero no te conviene *perseverar*. Sólo te pido que me des *carte blanche*. No pretendo desempeñar contigo el papel de protector… Aunque ¿por qué no iba a hacerlo? ¡Cuántas veces no me habrás protegido tú! Espero que nuestra amistad esté por encima de esas cosas. Sí —añadió, sonriéndole con ternura, como una mujer—, dame *carie blanche*, abandona tu

regimiento y yo tiraré de ti sin que te des cuenta.

—Pero si ya te he dicho que no necesito nada —replicó Vronski—. Sólo que todo siga como hasta ahora.

Serpujovski se levantó y se puso delante de él.

—Quieres que todo siga como hasta ahora. Entiendo a lo que te refieres. Pero escúchame: tenemos la misma edad. Es posible que hayas conocido a más mujeres que yo. —La sonrisa y los gestos de Serpujovski indicaban que Vronski no tenía nada que temer, que pondría el dedo en la llaga con las mayores precauciones y cuidados —. Yo estoy casado y, como dejó escrito no recuerdo quién, conociendo a la mujer que amas, conoces mejor a todas las mujeres que si hubieras tratado a miles de ellas.

—¡Ya vamos! —gritó Vronski al oficial que venía a buscarlos de parte del comandante.

Tenía curiosidad por saber adonde quería ir a parar Serpujovski.

—Voy a darte mi opinión. Las mujeres son el principal obstáculo en la carrera de un hombre. Es difícil amar a una mujer y hacer algo de valía. Sólo existe un medio de que el amor no se convierta en una traba: el matrimonio. ¿Cómo podría explicártelo? —dijo Serpujovski, que era muy aficionado a las comparaciones—. ¡Espera! ¡Ya lo tengo! Supongamos que llevas un *fardeau*[16] Sólo podrás mover las manos en caso de que lo lleves a la espalda. Así es el matrimonio. Yo lo he comprendido después de casarme. De pronto me encontré con las manos libres. Pero si uno no se casa, sigue arrastrando ese *fardeau* y las manos no pueden hacer nada. Fíjate en Mazánkov o en Krúpov. Echaron a perder su carrera por culpa de las mujeres.

—Pero ¡qué mujeres! —exclamó Vronski, recordando a la francesa y a la actriz con las que tenían relaciones los dos personajes mencionados.

—Cuanto más destacada sea la posición de una mujer en sociedad, mayores serán las dificultades. En ese caso ya no se trataría sólo de cargar con un *fardeau* en las manos, sino de quitárselo a otro.

—Tú nunca has amado —dijo Vronski en voz baja, mirando al frente y pensando en Anna.

—Puede ser. Pero recuerda lo que te he dicho. Y una cosa más: las mujeres son más materialistas que los hombres. Para nosotros el amor es algo grandioso, pero ellas están siempre *terre-à-terre*.[17] ¡Ya vamos! ¡Ya vamos! —le dijo a un criado que entró en la habitación, pensando que iba a buscarlos.

Pero el criado traía un billete para Vronski.

—De parte de la princesa Tverskaia.

Vronski abrió el billete y se ruborizó.

—Me ha entrado dolor de cabeza. Me voy a casa —le dijo a Serpujovski.

—Bueno, pues adiós. Entonces, ¿me das *carte blanche*?

—Ya hablaremos en otra ocasión. Te veré en San Petersburgo.

XXII

Ya eran más de las cinco. Para llegar a tiempo a la cita y no servirse de sus propios caballos, que todo el mundo conocía, Vronski montó en el coche de alquiler de Yashvín y ordenó al cochero que fuera lo más deprisa posible. Era un carruaje viejo de cuatro plazas, bastante espacioso. Se sentó en un rincón, extendió las piernas sobre el asiento delantero y se quedó pensativo.

La vaga conciencia de haber puesto en orden sus asuntos, el vago recuerdo de la amistad y los elogios de Serpujovski, que le consideraba un hombre necesario y, por encima de todo, la inminente entrevista con Anna, contribuyeron a que su estado de ánimo fuera inmejorable. El sentimiento era tan intenso que Vronski no podía dejar de sonreír. Bajó las piernas, las cruzó, se pasó la mano por la pantorrilla, todavía dolorida de la caída de la víspera y, echando la cabeza hacia atrás, respiró varias veces a pleno pulmón.

«¡Ah, qué bien me encuentro! ¡Qué bien!», se dijo. Ya antes había conocido esa suerte de satisfacción por su propio cuerpo, pero nunca se había querido tanto como ahora. Le agradaba percibir ese leve dolor en la pierna fuerte, así como el movimiento de los músculos del pecho al respirar. Hasta ese día despejado y frío de agosto, que tanto había desanimado a Anna, le parecía excitante y vivificante, y refrescaba su cara y su cuello, que le ardían después de las abluciones. El perfume de la brillantina de su bigote se le antojaba especialmente grato con aquel aire fresco. Todo lo que veía por la ventana del carruaje, envuelto en ese viento frío y puro, a la pálida luz del atardecer, era tan fresco, alegre y fuerte como él mismo: los tejados de las casas, que brillaban con los rayos del sol poniente, los perfiles nítidos de las cercas y las esquinas de los edificios, los escasos transeúntes y carruajes con los que se encontraba, el verdor inmóvil de los árboles y la hierba, los campos de patatas con sus surcos regulares, las sombras oblicuas que proyectaban las casas, los árboles, los arbustos y hasta las hileras de patatas. Todo era tan bello como un hermoso paisaje recién pintado y cubierto de barniz.

—¡Más deprisa, más deprisa! —le dijo al cochero, asomándose a la ventanilla. Y, sacando del bolsillo un billete de tres rublos, se lo alargó cuando éste se volvió. La mano del cochero palpó algo al lado del farol, blandió el látigo, que silbó en el aire, y el coche rodó veloz por la calzada lisa.

«No necesito nada, nada más que esta felicidad —pensaba, contemplando el botón de marfil de la campanilla entre las dos ventanillas y representándose a Anna como la había visto por última vez—. Cuanto más tiempo pasa, más la amo. Ahí está el jardín de la quinta oficial de la señora Vrede. ¿Dónde estará Anna? ¿Dónde? ¿Y qué habrá pasado? ¿Por qué me habrá citado aquí, utilizando para ello una carta de Betsy?» Sólo ahora se hacía esa pregunta, pero ya no había tiempo para

lucubraciones. Le dijo al cochero que parara antes de llegar a la avenida, abrió la portezuela, saltó en marcha y se internó en el paseo que conducía a la casa. No había nadie, pero al mirar a la derecha vio a Anna. Aunque llevaba el rostro cubierto por un velo, reconoció con alegría su manera de andar tan peculiar, la curva de los hombros y la posición de la cabeza, y sintió una especie de sacudida eléctrica. La conciencia de su propio cuerpo se hizo aún más aguda, desde los movimientos elásticos de las piernas hasta la leve oscilación de los pulmones al respirar y el sutil cosquilleo de sus labios.

Al verle, Anna le apretó con fuerza la mano.

—Espero que no te hayas enfadado por haberte llamado. Tenía que verte sin falta —dijo.

Nada más ver el pliegue severo y duro de sus labios, por debajo del velo, el humor de Vronski cambió por completo.

—¡Cómo voy a enfadarme! Pero ¿qué haces aquí? ¿Y cómo has venido?

—Eso es lo de menos —replicó Anna, cogiéndole del brazo—. Ven, necesito hablarte.

Vronski comprendió que había sucedido algo y que la entrevista no sería alegre. En presencia de Anna, no tenía voluntad propia. No sabía por qué estaba tan alterada, pero se daba cuenta de que, a su pesar, le comunicaba su agitación.

—¿Qué pasa? ¿Qué? —preguntó, apretando la mano de Anna con el codo y tratando de leer en su rostro lo que estaba pensando.

Anna dio unos pasos en silencio, tratando de armarse de valor, y de pronto se detuvo.

—Ayer no te dije —empezó, respirando muy deprisa, con evidente esfuerzo— que al volver a casa con Alekséi Aleksándrovich se lo confesé todo… Le dije que no podía seguir siendo su mujer, que… Se lo dije todo.

Vronski la escuchaba, inclinando el cuerpo sin darse cuenta, como si deseara aliviar de ese modo lo penoso de su situación. Pero, en cuanto Anna pronunció esas palabras, volvió a erguirse, y su rostro adoptó un aire severo y orgulloso.

—¡Sí, sí, es mejor así! ¡Mil veces mejor! Me doy cuenta de lo mucho que habrás sufrido —dijo.

Pero ella, sin prestar atención a lo que le decía, le miraba a los ojos, tratando de adivinar sus pensamientos. Lo primero que se le pasó a Vronski por la cabeza fue que, dadas las circunstancias, un duelo se hacía inevitable, y a esa razón obedecía su expresión. Pero Anna no podía saberlo y atribuyó a otra causa esa repentina seriedad.

Después de recibir la carta de su marido, había comprendido en el fondo de su alma que todo seguiría como antes, que no tendría fuerzas para renunciar a su posición, abandonar a su hijo y unirse a su amante. Y su visita a la princesa Tverskaia la había confirmado aún más en sus sospechas. En cualquier caso, esa entrevista era

para ella de una importancia capital. Albergaba la esperanza de que cambiara su situación y la salvara. Si al oír esa noticia Vronski le decía con resolución y apasionamiento, sin vacilar un solo instante: «¡Déjalo todo y huye conmigo!», abandonaría a su hijo y se marcharía con él. Pero su anuncio no había causado en Vronski el efecto que ella había previsto. Sólo parecía ofendido por algo.

—No he sufrido lo más mínimo. Pasó así sin más —dijo con irritación—. Y mira… —añadió, sacando del guante la carta de su marido.

—Entiendo, entiendo —la interrumpió Vronski, cogiendo la carta, pero en lugar de leerla, procuró tranquilizarla—. Siempre he deseado y te he pedido que acabaras de una vez con esta situación para poder consagrar mi vida a tu felicidad.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Anna—. ¿Acaso puedo dudarlo? En tal caso…

—¿Quién se acerca por ahí? —dijo de pronto Vronski, señalando a dos señores que iban hacia ellos—. Tal vez nos conozcan. —Y se internó a toda prisa en un paseo lateral, arrastrando a Anna.

—¡Ah, me da igual! —exclamó Anna con labios temblorosos. Y Vronski tuvo la impresión de que sus ojos le miraban con una extraña irritación por debajo del velo—. Como acabo de decirte, no se trata de eso. No dudo de ti. Pero mira lo que me escribe. Lee.

Y se detuvo de nuevo.

Igual que había hecho cuando se enteró de que Anna había roto con Alekséi Aleksándrovich, mientras leía la carta Vronski se entregó involuntariamente a la impresión espontánea que suscitaba en él el marido engañado. Con la carta en la mano, se representaba el anuncio del desafío, que le comunicarían esa misma jornada o al día siguiente, en su casa, y también el duelo, en el que, después de disparar al aire con la misma expresión orgullosa y fría que tenía en esos momentos, aguardaría la bala del marido ultrajado. De pronto se le pasaron por la cabeza las palabras que Serpujovski le había dicho hacía un rato y lo que él mismo había pensado por la mañana; a saber, que era mejor no comprometerse. Y comprendió que no podía comunicarle a Anna ese pensamiento.

Una vez leída la carta, Vronski la miró con ojos indecisos, y Anna se dio cuenta de que llevaba tiempo sopesando la cuestión y de que no iba a decirle todo lo que pensaba. Su última esperanza se había desvanecido. No era eso lo que había esperado de la entrevista.

—Ya ves qué clase de persona es —dijo con voz trémula—. Él…

—Perdona, pero yo me alegro —la interrumpió Vronski—. Déjame terminar, por el amor de Dios —añadió, suplicándole con la mirada que le diera tiempo para explicarse—. Me alegro porque las cosas no pueden quedar como él supone.

—¿Y por qué? —preguntó Anna, conteniendo las lágrimas, sin conceder la menor

importancia a lo que Vronski pudiera decir, pues era consciente de que su destino ya se había decidido.

Lo que Vronski quería decirle era que, después del duelo, que él juzgaba inevitable, la situación tendría que cambiar, pero dijo otra cosa.

—Esto no puede seguir así. Espero que ahora lo abandones —se turbó y se ruborizó— y que me permitas organizar nuestra vida. Mañana mismo… —prosiguió.

Anna no le dejó terminar.

—¿Y mi hijo? —exclamó—. ¿Es que no has visto lo que me escribe? Tendría que abandonarlo y yo no puedo ni quiero hacer eso.

—Pero ¿qué es preferible, por el amor de Dios? ¿Abandonar a tu hijo o continuar en esta situación humillante?

—¿Humillante para quién?

—Para todos, sobre todo para ti.

—¡Humillante!… No hables así. Esas palabras no tienen sentido para mí —replicó Anna con voz trémula. No quería que Vronski le dijera cosas que no eran ciertas. Ya sólo le quedaba su amor y necesitaba amarle—. Debes entender que todo cambió para mí el día que me enamoré de ti. Lo único que me importa es tu amor. Cuando lo tengo, me siento tan elevada, tan segura, que nada puede humillarme. Estoy orgullosa de mi situación porque… Me enorgullezco de que… de que…

No pudo terminar la frase. Lágrimas de vergüenza y desesperación ahogaron su voz. Se detuvo y estalló en sollozos.

A Vronski también se le hizo un nudo en la garganta y sintió una especie de cosquilleo en la nariz. Por primera vez en su vida estaba a punto de echarse a llorar. No habría sabido explicar qué era lo que le conmovía. Le daba pena de Anna y se daba cuenta de que no podía ayudarla; al mismo tiempo era consciente de que él era el culpable de la desgracia de esa mujer, de que había hecho algo que no estaba bien.

—¿Es que no hay modo de obtener el divorcio? —dijo con un hilo de voz. Ella, sin responder palabra, negó con la cabeza—. ¿Y no puedes abandonar a tu marido y llevarte a tu hijo?

—Sí, pero todo depende de él. Y ahora tengo que volver a su casa —dijo Anna con sequedad. Sus previsiones de que todo seguiría como antes se habían cumplido punto por punto.

—El martes iré a San Petersburgo. Entonces se decidirá todo.

—Sí —dijo Anna—. Pero no hablemos más de eso.

El coche de Anna, al que había despedido con la orden de recogerla al pie de la verja de la señora Vrede, se acercaba. Anna se despidió de Vronski y regresó a su casa.

XXIII

El lunes la comisión del 2 de junio celebraba una sesión ordinaria. Alekséi Aleksándrovich entró en la sala de reuniones, saludó a los miembros y al presidente, como de costumbre, y se sentó en su sitio, poniendo una mano en los documentos preparados delante de él, entre los que se encontraban las referencias que necesitaba y el borrador del discurso que se proponía pronunciar. Pero lo cierto es que las referencias no le hacían falta. Se acordaba de todo y no consideraba necesario repetir en su memoria lo que iba a decir. Sabía que, una vez llegado el momento, cuando viera el rostro de su adversario, que se esforzaría en vano por aparentar indiferencia, las palabras brotarían con mayor fluidez que si las hubiera preparado de antemano. Era consciente de que el contenido de su discurso era de tanto calado que cada uno de los vocablos estaría revestido de significado. Mientras llegaba su momento, escuchaba con aire inocente e inofensivo el informe habitual. Al ver sus manos blancas, de venas hinchadas, sus largos dedos, que rozaban con tanta delicadeza los bordes del papel blanco que tenía delante, y su cabeza ladeada, con esa expresión de fatiga, nadie habría podido imaginar que al cabo de un instante iban a salir de su boca unas frases que desencadenarían una tormenta espantosa, suscitarían gritos entre los miembros de la comisión, que se interrumpirían unos a otros, y obligarían al presidente a llamarles al orden. Una vez terminada la lectura del informe, Alekséi Aleksándrovich anunció con su voz serena y aguda que iba a exponer algunas ideas relativas al asentamiento de las minorías raciales. Toda la atención se concentró en él. Alekséi Aleksándrovich se aclaró la garganta y, fiel a su costumbre de no mirar a su adversario cuando pronunciaba un discurso, clavó los ojos en la primera persona sentada delante de él, un viejecito menudo y pacífico que jamás expresaba su parecer en la comisión, y empezó a exponer sus consideraciones. Cuando pasó a ocuparse de la ley orgánica y fundamental, su adversario se levantó de un salto y empezó a hacerle objeciones. Strémov, que también era miembro de la comisión y también se sentía herido en lo vivo, trató de justificarse. A partir de ese momento la sesión degeneró en trifulca. Pero Alekséi Aleksándrovich triunfó y su proposición fue aprobada. Se nombraron tres comisiones nuevas, y al día siguiente, en cierto círculo petersburgués, no se hablaba más que de esa sesión. El éxito de Alekséi Aleksándrovich superó incluso sus expectativas.

Al día siguiente, martes, nada más despertarse, recordó con satisfacción la victoria de la víspera y no pudo por menos de sonreír, aunque intentó aparentar indiferencia cuando el secretario de su departamento, deseando halagarlo, le habló de los rumores que corrían sobre lo que había sucedido en la comisión.

Absorto en los asuntos que examinaba con el secretario, Alekséi Aleksándrovich se olvidó por completo que ese martes era el día señalado para el regreso de Anna

Arkádevna y se mostró sorprendido y contrariado cuando un criado vino a anunciarle su llegada.

Anna había vuelto a San Petersburgo por la mañana temprano. Habían enviado el coche para recogerla, según lo acordado en el telegrama; por tanto, Alekséi Aleksándrovich debería estar enterado de su llegada. Pero no salió a recibirla. Le dijeron que el señor no había salido todavía y que estaba reunido con su secretario. Anna ordenó que le avisaran de su regreso, pasó a su despacho y empezó a deshacer el equipaje, esperando que fuera a verla. Pero pasó una hora sin que Alekséi Aleksándrovich diera señales de vida. Anna salió al comedor con el pretexto de dar unas órdenes y habló a propósito en voz alta, intentando llamar la atención de su marido, pero éste no apareció, aunque ella lo oyó acercarse a la puerta del despacho, acompañando al secretario. Sabía que no tardaría en marcharse a su oficina, como de costumbre, y quería verlo antes para aclarar su situación.

Atravesó la sala y se dirigió con determinación al despacho de su marido. Cuando entró, se lo encontró vestido de uniforme, sin duda preparado para salir: sentado a una mesita en la que había apoyado los codos, miraba delante de sí con tristeza. Anna lo vio antes de que él reparara en su presencia y comprendió que estaba pensando en ella.

Al verla, Karenin hizo intención de levantarse, pero cambió de parecer y se ruborizó, algo que Anna no había visto nunca; al final se puso en pie bruscamente y fue a su encuentro, con los ojos fijos en su frente y su peinado, para evitar su mirada. Una vez cerca de ella, le cogió la mano y le pidió que se sentara.

—Me alegro mucho de que haya venido —dijo, tomando asiento a su lado. Era evidente que quería decir algo, pero no encontraba las palabras. Varias veces intentó hablar, pero siempre acababa interrumpiéndose. A la hora de preparar la entrevista, Anna había buscado toda clase de argumentos para despreciarlo y echarle la culpa de todo, pero ahora no sabía qué decirle y le compadecía. Así pues, ese silencio se prolongó bastante—. ¿Está bien Seriozha? —preguntó él y, al no obtener respuesta, añadió—: Hoy no voy a comer en casa y ahora tengo que irme.

—He estado a punto de irme a Moscú —dijo Anna.

—No, ha hecho mucho mejor viniendo aquí —replicó Karenin y calló de nuevo.

Viendo que su marido no era capaz de iniciar la conversación, decidió hacerlo ella misma.

—Alekséi Aleksándrovich —dijo, sin bajar los ojos ante la mirada de su marido, fija en sus cabellos—, soy una mujer ruin y miserable, pero sigo siendo la misma de antes, la que le he confesado ser, y he venido para decirle que no puedo cambiar.

—No le he preguntado nada de eso —replicó de pronto Karenin, mirándola a los ojos con determinación y odio—. Me lo suponía. —Por lo visto, bajo el influjo de la ira había recobrado plenamente el dominio de sus facultades—. Pero, como le

informé entonces de viva voz y por escrito —añadió con voz firme y aguda— y le repito ahora, no estoy obligado a saber nada. Prefiero ignorarlo. No todas las mujeres tienen la delicadeza de contarle a su marido esa novedad tan *agradable* —prosiguió, enfatizando de manera especial esa última palabra—. Y lo seguiré ignorando mientras la sociedad no se entere y mi nombre no sufra menoscabo. En consecuencia, quiero advertirle de que nuestras relaciones deben seguir siendo las mismas de siempre; sólo en caso de que se *comprometa* usted, tomaré las medidas oportunas para salvaguardar mi honor.

—Pero nuestras relaciones no pueden seguir siendo las de siempre —dijo Anna con voz tímida, mirándole con temor.

Cuando volvió a ver esos gestos mesurados y oyó esa voz penetrante, infantil y burlona, la piedad de antes desapareció, ahogada por un sentimiento de repugnancia y de miedo; pero por encima de todo quiso dejar clara su postura.

—No puedo ser su mujer cuando… —empezó.

Alekséi Aleksándrovich estalló en una risa malévola y fría.

—Probablemente la clase de vida que ha elegido ha influido en sus ideas. Respeto tanto su pasado como desprecio su presente… Ni se me ha pasado por la cabeza la interpretación que ha dado usted a mis palabras. —Anna suspiró y bajo la cabeza—. Lo que no entiendo es que una mujer tan independiente como usted —prosiguió, acalorándose—, capaz de confesar abiertamente a su marido su infidelidad, sin ver en ella nada reprensible, según parece, ponga tantos reparos en cumplir sus deberes de esposa.

—¡Alekséi Aleksándrovich! ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Quiero que ese individuo no aparezca por aquí y que se comporte usted de tal manera que ni la *sociedad* ni los *criados* puedan acusarla… Quiero que deje usted de verlo. Creo que no pido demasiado. A cambio, gozará de los derechos de una mujer honrada, sin cumplir con sus deberes. Eso es cuanto tenía que decirle. Ahora debo irme. Hoy no como en casa.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Anna también se puso en pie. Él se inclinó en silencio y la dejó pasar.

XXIV

La noche que Levin pasó en el almiar tuvo importantes consecuencias en su vida. Las faenas de la finca de las que se había ocupado hasta entonces se le antojaron insulsas, desprovistas de cualquier interés. A pesar de la magnífica cosecha, nunca se habían producido —o al menos tal era su percepción— tantos contratiempos y disgustos con los campesinos como ese año, y ahora entendía a qué se habían debido. El placer que las labores agrícolas le habían procurado, el acercamiento a los campesinos, la envidia que había sentido de ellos y su vida, el deseo de abrazar esa existencia (que aquella noche había dejado de ser un sueño para convertirse en resolución, cuya puesta en práctica había analizado en detalle): todo eso había alterado de tal modo su manera de entender la administración de la finca que ya no podía mostrar el mismo interés de antes ni pasar por alto su actitud displicente con los trabajadores, principal motivo de todo lo que pasaba. El rebaño de vacas seleccionadas, como Pava; la tierra labrada y fertilizada; los nueve campos iguales, rodeados de setos de mimbreras; las noventa hectáreas de tierra cubierta de estiércol; las sembradoras mecánicas, etcétera. Todo eso habría estado muy bien si lo hubiera hecho él mismo o con amigos que compartieran su punto de vista. Pero ahora veía con claridad (el libro que estaba escribiendo, en el que presentaba al trabajador como el elemento principal de las faenas agrícolas, le ayudó mucho a entenderlo) que su manera de dirigir las labores de la hacienda se reducía a una feroz lucha sin cuartel con los trabajadores, en la que una de las partes —la que él representaba— mostraba un empeño continuo y tenaz por transformarlo todo y ajustarlo a un modelo que se consideraba más racional, mientras la otra se aferraba al orden natural de las cosas. Y se dio cuenta de que con esa lucha, llevada a cabo con un derroche de energías por su parte y sin esfuerzo alguno ni intención siquiera por la otra, lo único que conseguía era que la explotación no avanzara y que se echaran a perder en vano unas máquinas magníficas, un ganado estupendo y una tierra de primera. Y lo peor no era ese gasto inútil de energías: ahora que se le había revelado el verdadero sentido de sus actividades, no podía dejar de reconocer que los objetivos que perseguía eran injustos. De hecho, ¿en qué consistía esa lucha? Mientras él miraba por cada céntimo que le correspondía (no podía actuar de otro modo, porque, si bajaba la guardia, no dispondría de dinero suficiente para pagar a los trabajadores), ellos sólo se preocupaban de trabajar con calma y sin agobios, como habían hecho siempre. Para salvaguardar sus intereses, Levin necesitaba que cada campesino trabajara lo más posible, que no se distrajera, que procurara no estropear las aventadoras, los rastrillos, las trilladoras; que se concentrara en lo que estaba haciendo. Los campesinos, en cambio, querían trabajar de la manera más agradable, sin agobios, y, sobre todo, sin preocupaciones, ni cuidados, ni quebraderos de cabeza. Ese verano Levin lo había comprobado a cada

paso. Cuando mandaba segar los tréboles para alimentar al ganado, eligiendo las peores hectáreas, donde la hierba crecía mezclada con cizaña y por tanto no valía para simiente, los campesinos guadañaban las mejores hectáreas y justificaban su proceder alegando que así se lo había mandado el administrador. Para consolarlo, le aseguraban que el heno sería excelente, pero Levin sabía que habían obrado así porque esas hectáreas eran más fáciles de segar. Cuando enviaba una máquina de aventar heno, la estropeaban en los primeros surcos, porque el hombre que la conducía se aburría sentado en la parte delantera, mientras las hojas giraban por encima de su cabeza. Y le decían: «No se preocupe, las mujeres lo harán en un santiamén». Los arados quedaban inservibles porque al campesino no se le ocurría bajar la reja y, al hacer fuerza, fatigaba a los caballos y estropeaba la tierra. En tales casos le decían que no se preocupara. También dejaban que los caballos se metieran en los trigales, porque nadie quería trabajar como guarda nocturno; a pesar de que se lo tenía terminantemente prohibido, los campesinos velaban por turnos; una vez Vanka, que había trabajado el día entero, se quedó dormido: «Haga conmigo lo que quiera», le dijo a Levin, arrepentido de su descuido. Los tres mejores terneros murieron empachados, porque los dejaron entrar en un renadío de trébol sin darles antes de beber; pero se negaron a admitir que se hubieran hinchado por culpa del trébol, y a modo de consuelo contaban que un vecino había perdido ciento doce cabezas en tres días. No hacían todas esas cosas porque quisieran perjudicar a Levin o arruinar su finca. Al contrario, sabía que lo apreciaban, que lo consideraban un amo sencillo (lo que en su caso constituía el mayor de los elogios). Simplemente deseaban trabajar a su aire, sin preocupaciones; además, los intereses del amo se les antojaban ajenos e incomprensibles, y se oponían fatalmente a los suyos, que eran mucho más justos. Hacía ya tiempo que Levin se sentía descontento de su manera de llevar la hacienda. Veía que su barco se hundía, pero no buscaba ni encontraba las vías de agua, tal vez engañándose a propósito. Pero ahora no podía seguir engañándose. La finca no sólo había dejado de interesarle, sino que se le había vuelto odiosa, y no veía la manera de seguir ocupándose de ella.

A todo eso había que añadir la presencia a veinte verstas de allí de Kitty Scherbatski, a quien quería ver y no podía. Daria Aleksándrovna Oblónskaia, cuando fue a verla, lo había invitado a visitarlas, dándole a entender que, si volvía a pedir la mano de su hermana, esta vez no le rechazaría. El propio Levin, al ver a Kitty, comprendió que no había dejado de quererla. Pero no podía ir a la finca de los Oblonski sabiendo que estaba ella. El hecho de que se hubiera declarado y ella lo hubiera rechazado había levantado entre ambos una barrera infranqueable. «No puedo pedirle que sea mi esposa simplemente porque no haya podido casarse con el hombre al que amaba», se decía. Esa idea despertaba en él sendmientos de hostilidad y rechazo. «Sería incapaz de hablarle sin amargura, de mirarla sin acritud, y entonces

ella me odiará todavía más, como es natural. Además, ¿cómo iba a presentarme en su casa después de lo que me ha dicho Daria Aleksándrovna? ¿Podría fingir que no sé nada? Tendría que mostrarme magnánimo, concederle mi perdón, compadecerla. ¡Y me vería desempeñando el papel del hombre que olvida las ofensas y se digna conceder su amor!… ¿Por qué me habrá dicho eso Daria Aleksándrovna? Podría haberme encontrado con ella por casualidad y todo habría sucedido de un modo natural. ¡Ahora es imposible! ¡Imposible!»

Daria Aleksándrovna le envió un billete en el que le pedía una silla de montar para Kitty. «Me han dicho que tiene usted una silla de montar —le decía—. Espero que la traiga usted en persona.»

Aquello le pareció ya demasiado. ¿Cómo era posible que esa mujer inteligente y delicada humillara de ese modo a su propia hermana? Levin escribió diez notas diferentes, pero acabó rompiéndolas todas y enviando la silla sin respuesta. No podía escribir que iría, porque le era imposible hacerlo. Y poner cualquier excusa o alegar que se marchaba le parecía aún peor. En suma, envió la silla sin respuesta y al día siguiente, con la conciencia de haber cometido una grosería, dejó los enojosos asuntos de la finca en manos de su administrador y se fue a casa de su amigo Sviazhski, que le había escrito recientemente para pedirle que cumpliera su antigua promesa de visitarlo en su lejano distrito, con unos pantanos magníficos para la caza de la becada. Los pantanos del distrito de Súrov, con sus becadas, atraían a Levin desde hacía tiempo, pero las labores de la hacienda le habían obligado a aplazar una y otra vez ese viaje. Ahora se alegraba de alejarse de los Scherbatski y, sobre todo, de perder de vista las faenas del campo en beneficio de la caza, su mejor consuelo en los momentos de tribulación.

XXV

Como en el distrito de Súrov no había ferrocarril ni caminos de postas, Levin tuvo que viajar en su propia calesa.

A mitad de camino se detuvo para dar de comer a los caballos en casa de un campesino rico. Un viejo calvo, bien conservado, de ancha barba rojiza, gris en las mejillas, le abrió la cancela y se apretó contra el poste para dejar paso al coche. Después de señalar al cochero un lugar debajo del cobertizo, en el espacioso patio, limpio y bien ordenado, con unos arados medio quemados, el viejo pidió a Levin que entrara en la casa. Una muchacha pulcramente vestida, con chanclos en los pies desnudos, fregaba el suelo del zaguán nuevo. Al ver entrar al perro de Levin, se asustó y lanzó un grito, pero, en cuanto se enteró de que no mordía, se rio de su propio miedo. Tras indicar a Levin con el brazo desnudo la puerta de la habitación, ocultó su hermoso rostro y se inclinó para seguir fregando.

—¿Quiere que le lleve el samovar? —preguntó.

—Sí, por favor.

La habitación era amplia, con una estufa holandesa y un tabique. Bajo los iconos había una mesa decorada con dibujos, un banco y dos sillas. Al lado de la puerta destacaba un aparador con vajilla. Los postigos estaban cerrados, había pocas moscas; por todas partes se apreciaba tanta limpieza que Levin obligó a Laska a que se tumbara en un rincón, cerca de la puerta, pues traía las patas sucias del polvo del camino y de los charcos en los que se había metido, y podía manchar el suelo. Después de examinar la habitación, Levin salió al patío trasero. La hermosa muchacha de los chanclos, balanceando los cubos vacíos, que colgaban de una pértiga, pasó corriendo en dirección al pozo.

—¡Date prisa! —le gritó con voz alegre el anciano y se acercó a Levin—. ¿Qué, señor? ¿Va a visitar a Nikolái Ivánovich Sviazhski? También él para en nuestra casa —dijo, apoyándose en la barandilla de la entrada con evidente deseo de charlar un rato.

El viejo se puso a hablarle de su amistad con Sviazhski, pero, cuando estaba a mitad de su relato, la cancela volvió a chirriar, dando paso a unos trabajadores que volvían de los campos con arados y gradas, de los que tiraban caballos grandes y bien alimentados. Por lo visto dos de los hombres eran miembros de la familia, los jóvenes con camisas y gorras de algodón; los otros dos, uno ya mayor y el otro joven, eran jornaleros y llevaban camisas de lienzo.

El viejo se apartó de Levin, se acercó a los caballos y se puso a desengancharlos.

—¿Qué han estado arando? —preguntó Levin.

—Los campos de patatas. También nosotros tenemos nuestro terrenito. Fiódor, no sueltes al caballo castrado. Átalo a un poste. Engancharemos otro.

—Dígame, padrecito, ¿han traído las rejas del arado que pedí? —preguntó un muchacho alto y fuerte, probablemente el hijo del anciano.

—Están… en el trineo —respondió el viejo, enrollando las riendas y tirándolas al suelo—. Ocúpate de ellas mientras los otros comen.

La hermosa muchacha, con los hombros doblados bajo el peso de los cubos llenos, volvió a pasar por el zaguán. Aparecieron otras mujeres, salidas Dios sabe de dónde, jóvenes y hermosas, de mediana edad, viejas y feas, con niños y sin ellos.

El samovar empezó a silbar. Una vez desenganchados los caballos, los jornaleros y los miembros de la familia se fueron a comer. Levin sacó del coche sus provisiones e invitó al viejo a tomar el té.

—Ya lo he tomado antes. Pero me beberé otro vaso para hacerle compañía —dijo el viejo, aceptando la proposición con evidente placer.

Mientras tomaban el té, el viejo le contó cómo se había hecho con la finca. Diez años antes había arrendado ciento veinte hectáreas a la dueña de las tierras, y el año anterior se las había comprado, arrendando trescientas más a un hacendado local. Subarrendaba una parte pequeña de las tierras, la peor, y él mismo, con ayuda de su familia y dos jornaleros, cultivaba unas cuarenta hectáreas. El viejo se quejaba de que las cosas le iban mal. Pero Levin se dio cuenta de que sólo lo hacía por guardar las formas y de que la realidad era mucho más halagüeña. De no haber sido así, no habría comprado la tierra a ciento cinco rublos la hectárea, no habría casado a sus tres hijos y a su sobrino, no habría reconstruido dos veces la casa después de otros tantos incendios, cada vez con mayor suntuosidad. A pesar de sus lamentos, saltaba a la vista que estaba justamente orgulloso de su bienestar, de sus hijos, de su sobrino, de sus nueras, de los caballos, de las vacas y, en general, de toda la hacienda. A partir de las palabras del viejo, Levin dedujo que no era contrario a las innovaciones. Había plantado muchas patatas, que, como Levin pudo observar por el camino, ya habían perdido la flor y empezaban a madurar, mientras las suyas apenas habían florecido. Labraba los campos de patatas con una «arada», como decía él, que le prestaba el propietario. También sembraba trigo. Un pequeño detalle sorprendió a Levin de manera especial: el viejo aprovechaba el centeno recogido al escardar para dárselo a los caballos. ¡Cuántas veces, viendo cómo se desperdiciaba ese excelente forraje, había querido recogerlo! Pero nunca lo había conseguido. En cambio, ese viejo lo hacía, y no dejaba de alabar la calidad de ese forraje.

—De algo tienen que ocuparse las mujeres. Llevan los montones al borde del camino y el carro se los lleva.

—Nosotros, los propietarios, no conseguimos entendernos con los braceros —dijo Levin, alargándole un vaso de té.

—Gracias —replicó el anciano, tomándolo, pero rechazó el azúcar que le ofrecía, señalando un terrón medio mordiscado—. Con los braceros no hay manera de hacer

nada —dijo—. Es una ruina. Fíjese, por ejemplo, en el señor Sviazhski. Sabemos que su tierra es excelente, pero mire qué cosechas tiene. ¡Falta vigilancia!

—Pero tú también contratas jornaleros.

—Sí, pero nosotros somos campesinos. Nos ocupamos de todo en persona. Si un jornalero no cumple, lo despachamos, y nos apañamos con gente de casa.

—Padrecito, Finoguén pide que le llevemos alquitrán —dijo una mujer con chanclos, entrando en la habitación.

—¡Así es, señor! —concluyó el viejo. A continuación se levantó, se santiguó varias veces, le dio las gracias a Levin y salió.

Cuando Levin entró en la cocina para llamar a su cochero, encontró a todos los hombres de la familia sentados a la mesa. Las mujeres les servían. Un hijo del viejo, un joven robusto, con la boca llena de gachas, contaba algo divertido, y todos se reían a carcajadas, sobre todo la muchacha de los chanclos, que en ese momento llenaba de sopa de col una escudilla.

Puede que el agraciado rostro de la muchacha de los chanclos contribuyera en gran medida a la impresión de bienestar que produjo en Levin esa casa campesina, pero lo cierto era que esa impresión había sido tan fuerte que no lograba quitársela de la cabeza. A lo largo del camino que le quedaba para llegar a casa de su amigo, no fue capaz de pensar en otra cosa, como si en la escena que había contemplado hubiera algo que mereciera una atención especial.

XXVI

Sviazhski era el mariscal de la nobleza de su distrito. Tenía cinco años más que Levin y llevaba mucho tiempo casado. En la casa vivía su joven cuñada, una muchacha que le caía muy bien a Levin. Éste no ignoraba que Sviazhski y su mujer deseaban casarlo con ella. Lo sabía a ciencia cierta, como saben esas cosas los jóvenes a los que se llama pretendientes, aunque nadie se había atrevido a decirle una palabra. También sabía que, a pesar de sus deseos de casarse y de que, según todas las apariencias, esa muchacha tan atractiva sería una excelente esposa, tenía tan pocas posibilidades de casarse con ella, aunque no estuviera enamorado de Kitty Scherbatski, como de echarse a volar. Esa certidumbre le amargaba el placer que esperaba encontrar en aquella casa.

Al recibir la carta de su amigo en la que le invitaba a cazar, Levin pensó en seguida en ese inconveniente, pero llegó a la conclusión de que las intenciones que atribuía a su amigo no eran más que suposiciones infundadas, de modo que resolvió partir. Además, en el fondo de su alma quería ponerse a prueba, analizar de nuevo los sentimientos que albergaba por esa muchacha. La vida en casa de Sviazhski era muy agradable; en cuanto a su amigo, el mejor activista del *zemstvo* que Levin había conocido, siempre había despertado su interés.

Sviazhski era una de esas personas, bastante incomprensibles para Levin, cuyos juicios, harto fundados, aunque poco independientes, siguen un camino, mientras su vida, perfectamente definida y con una orientación firme, sigue otro que no sólo no guarda relación alguna con sus opiniones, sino que casi siempre está en flagrante contradicción. Sviazhski era un hombre extremadamente liberal. Despreciaba a los nobles y pensaba que la mayoría de ellos eran partidarios de la servidumbre, aunque no se atreviese a confesarlo. Consideraba que Rusia era un país de tercera categoría, algo así como Turquía, con un gobierno tan incapaz que ni siquiera perdía el tiempo en criticarlo. Pero al mismo tiempo era funcionario, así como un mariscal de la nobleza ejemplar, y nunca se ponía en camino sin la gorra con la escarapela y el galón rojo. Afirmaba que sólo se podía llevar una vida decente en el extranjero, adonde se iba en cuanto tenía ocasión, pero al mismo tiempo dirigía en Rusia una hacienda muy compleja, en la que había introducido muchas mejoras, y seguía con enorme interés todo lo que sucedía en el país, de cuyas últimas novedades estaba al tanto. Consideraba que el campesino ruso, por su grado de desarrollo, ocupaba un escalón intermedio entre el hombre y el mono, pero en época de elecciones estrechaba de buena gana las manos de los campesinos y escuchaba sus opiniones. No creía en Dios ni en el diablo, pero se preocupaba mucho de mejorar las condiciones del clero y de reducir el número de parroquias, aunque hacía todo lo posible por conservar la iglesia de su aldea.

En lo que respecta a la cuestión femenina, figuraba entre los más radicales defensores de la libertad total de la mujer, sobre todo de su derecho al trabajo, pero, a pesar de llevarse bien con su esposa (todo el mundo admiraba la armonía de esa vida familiar sin hijos), había organizado su vida de tal manera que ésta no hacía ni podía hacer nada, y su única preocupación, compartida por su marido, era pasar el tiempo de la mejor manera posible.

Si Levin no hubiera tenido esa tendencia a ver el lado más favorable de las personas, el carácter de Sviazhski no le habría planteado problemas o interrogantes. Simplemente se habría dicho: «Es un estúpido o un canalla», y todo habría quedado resuelto. Pero no se le podía llamar estúpido, porque, como Levin sabía perfectamente, Sviazhski no sólo era muy inteligente, sino también muy culto, aunque no alardeara de su erudición. No había materia sobre la que no supiera algo, pero sólo mostraba sus conocimientos cuando no le quedaba más remedio. Y menos aún se le podía tildar de canalla, porque era un hombre honrado a carta cabal, bondadoso e inteligente, que se ocupaba con empeño, tesón y buen ánimo de una actividad que todo el mundo tenía en alta estima y que seguramente nunca había hecho daño a nadie de manera consciente.

Levin trataba de comprenderlo, pero no lo conseguía. Tanto su persona como su vida constituían un enigma para él.

Como eran amigos, Levin se permitía sondear a Sviazhski, procurando llegar al fondo mismo de su concepción de la vida; pero siempre sin resultado. Cada vez que Levin había intentado ir más allá de las habitaciones de recepción de la mente de Sviazhski, abiertas para cualquiera, había notado que éste se turbaba un poco. En sus ojos se advertía un recelo casi imperceptible, como si temiera que Levin llegara a comprenderlo, y le oponía resistencia con algún comentario jovial y bienintencionado.

Después de su desengaño con las labores de la hacienda, Levin encontraba un placer especial en visitar a Sviazhski. No era sólo que esa feliz pareja de tórtolos, satisfechos consigo mismos y con todo el mundo, y ese nido tan confortable ejercieran sobre él un efecto beneficioso, sino que, ahora que se sentía tan descontento de su propia vida, quería arrancar a su amigo ese secreto que comunicaba a su existencia tanta serenidad, alegría y certidumbre. Además, sabía que en casa de Sviazhski tendría ocasión de ver a varios propietarios de los alrededores, y en esos momentos estaba especialmente interesado en hablar con ellos de cuestiones de economía rural, como la cosecha, el jornal de los braceros y otros temas no menos intrascendentes a juicio de muchos, pero que a él, a la sazón, se le antojaban fundamentales. «Puede que no tuviera importancia en los tiempos de la servidumbre y que siga sin tenerla en Inglaterra. En ambos casos las condiciones están definidas. Pero en nuestro país, en las circunstancias actuales, cuando reina todavía un completo

desorden y sólo ahora las cosas empiezan a tomar forma, el análisis de esas cuestiones es la única tarea importante», pensaba Levin.

La partida de caza no dio los resultados que Levin había esperado. El pantano estaba seco y no había becadas. Después de recorrer los campos el día entero, sólo se cobró tres piezas, pero llegó a casa con un apetito voraz, como siempre que iba de caza, en un estado de ánimo inmejorable y con esa excitación intelectual que le causaba siempre el ejercicio físico. Durante la caza, en esos momentos en que se diría que no pensaba en nada, se acordaba de vez en cuando del viejo y de su familia. Era como si esa imagen no sólo reclamara su atención, sino la solución de alguna cuestión relacionada con ella.

Por la tarde, mientras tomaban el té en compañía de dos propietarios, que habían ido a ver a Sviazhski para hablar de una tutela, se entabló la interesante conversación que Levin tanto había esperado.

Sentado al lado de la dueña de la casa y enfrente de su hermana, Levin tuvo que hablar con ellas. La dueña de la casa era una mujer de cara redonda, rubia y no muy alta, con una sonrisa resplandeciente y hoyuelos en las mejillas. Levin trató de descifrar, por mediación de la mujer, el importante enigma que su marido representaba para él, pero no podía reflexionar con completa libertad, porque se sentía muy incómodo: enfrente de él estaba la cuñada de Sviazhski, con un vestido especial que parecía haberse puesto para él, con un escote en forma de trapecio sobre el blanco pecho. Ese escote cuadrangular, a pesar de la blancura del pecho, o precisamente por ello, privaba a Levin de la libertad de pensamiento. Se imaginaba, probablemente sin fundamento, que habían confeccionado ese escote en su honor, pero no se consideraba con derecho a mirarlo y procuraba no hacerlo. En cualquier caso, se sentía culpable de que hubieran cortado un escote así. Tenía la impresión de que estaba engañando a alguien, de que tendría que explicar algo que no había manera de explicar, y por ese motivo se ruborizaba una y otra vez, se mostraba inquieto e incómodo. Esa incomodidad se comunicó a la hermosa cuñada. Pero la dueña de la casa parecía no darse cuenta y hacía cuanto podía para que su hermana participara en la conversación.

—Afirma usted —apuntó, prosiguiendo con la conversación que habían iniciado— que a mi marido no le interesa nada que sea ruso. Es cierto que en el extranjero está de buen humor, pero no tanto como en casa. Aquí se encuentra en su ambiente. Se ocupa de un montón de asuntos y tiene el don de interesarse por todo. ¿No ha visitado usted nuestra escuela?

—La he visto… Es esa casita cubierta de hiedra, ¿verdad?

—Sí, es obra de Nastia —dijo la anfitriona, señalando a su hermana.

—¿Enseña usted misma? —preguntó Levin, tratando de no mirar el escote, aunque sabía que, si dirigía la vista hacia ese lado, sería incapaz de ver otra cosa.

—Sí, he enseñado allí y sigo enseñando, pero tenemos una maestra magnífica. Hemos introducido clases de gimnasia.

—No, se lo agradezco, pero no quiero más té —dijo Levin, y, consciente de que estaba cometiendo una descortesía, pero incapaz de continuar con esa conversación, se puso de pie, todo colorado—. Oigo allí una conversación que me interesa mucho —añadió, dirigiéndose al otro extremo de la mesa, donde estaba sentado el dueño de la casa con los dos propietarios. Sviazhski, sentado de lado y acodado en la mesa, sostenía la taza con una mano, mientras con la otra se cogía la barba, se la acercaba a la nariz, como si quisiera olería, y a continuación la soltaba. Con sus brillantes ojos negros contemplaba a un propietario de bigote gris, muy excitado, cuyas opiniones juzgaba divertidas. El propietario se quejaba de los campesinos. Levin se dio cuenta de que Sviazhski podía reducir a polvo, con unas pocas palabras, los argumentos de su interlocutor, pero que su posición no le permitía pronunciarlas, de modo que se limitaba a escuchar, no sin placer, sus cómicos argumentos.

Según todos los indicios, el propietario del bigote gris era un hombre que jamás había puesto un pie fuera de la aldea, partidario acérrimo del régimen de servidumbre y apasionado de las labores agrícolas. Levin podía verlo en su ropa, una levita raída y pasada de moda, a la que daba muestras de no estar acostumbrado, en sus ojos inteligentes y entornados, en su habla fluida y popular, en el tono perentorio, fruto, sin duda, de una larga experiencia, y en los gestos imperiosos de sus manos grandes, bellas y tostadas por el sol, con una vieja alianza en el dedo anular.

XXVII

—Si no me diera pena abandonar lo que ya he empezado… tantos esfuerzos como he hecho… me desprendería de todo, lo vendería y me marcharía como Nikolái Ivánovich… a oír *La belle Hélène* —decía el viejo propietario, cuyo rostro inteligente iluminaba una agradable sonrisa.

—Si se queda usted —replicó Nikolái Ivánovich Sviazhski— es que le trae cuenta.

—Me trae cuenta porque vivo en mi propia casa, y no tengo que comprar ni alquilar nada. Además, aún conservo la esperanza de que los campesinos acaben entrando en razón. Aunque, a decir verdad, ¡qué borracheras, qué depravación! Lo han repartido todo, no les queda ni una vaca, ni un caballo. Pueden estar muriéndose de hambre, pero, si contrata usted a alguno como jornalero, encontrarán la manera de echarlo todo a perder e incluso de llevarlo ante el juez de paz.

—También usted puede quejarse ante el juez de paz —objetó Sviazhski.

—¿Quejarme yo? ¡Por nada del mundo! ¡Habría que pasar por tantos trámites que me arrepentiría! Ahí tiene usted el asunto de la fábrica: después de cobrar el dinero que se les dio como adelanto, los obreros se marcharon. ¿Y qué hizo el juez de paz? Los dejó libres. Los únicos que hacen las cosas bien son el juzgado comarcal y el *stárosta*, que les da una paliza a la antigua usanza. De no ser por eso, lo mejor sería dejarlo todo y marcharse al otro extremo del mundo.

Era evidente que el propietario quería sacar de sus casillas a Sviazhski, pero éste, lejos de enfadarse, parecía divertido.

—Y, sin embargo, ni Levin, ni este señor —señaló al otro propietario— ni yo dirigimos nuestras haciendas sin recurrir a tales medidas —dijo, sonriendo.

—Puede ser, pero pregúntele a Mijaíl Petróvich cómo se las ha arreglado para que sus asuntos le vayan tan bien. ¿Llamaría usted a eso una administración racional? —preguntó el propietario, muy satisfecho, por lo visto, de esa última palabra.

—Gracias a Dios, mi hacienda no requiere grandes quebraderos de cabeza —dijo Mijaíl Petróvich—. Lo único que me preocupa es tener dinero en otoño para pagar los impuestos. Los campesinos vienen a verme: «Padrecito, ayúdenos». Y me da pena, claro, porque son vecinos nuestros. Así que les adelanto el primer cuatrimestre, pero les digo: «Acordaos, muchachos, de que yo os he ayudado, y ayudadme vosotros a mí cuando lo necesite, bien para sembrar la avena, para segar el heno o para recoger la cosecha». Y nos ponemos de acuerdo sobre los trabajos que deben hacer por cada tributo que les pago. Es verdad que algunos de ellos son unos sinvergüenzas.

Levin, que sabía muy bien en qué consistían esas medidas patriarcales, cambió una mirada con Sviazhski e, interrumpiendo a Mijaíl Petróvich, se dirigió al propietario del bigote gris.

—Entonces, ¿qué opina usted? —preguntó—. ¿Cómo se debe dirigir una hacienda en los tiempos que corren?

—Pues como hace Mijaíl Petróvich: a medias con los campesinos o arrendándoles la tierra. Todo eso es posible, pero con esas medidas se destruye la riqueza común del país. Una tierra que, en tiempos de la servidumbre, con una administración adecuada, rendía nueve veces lo que se sembraba, ahora, a medias, no rinde más que tres. ¡La emancipación ha arruinado Rusia!

Sviazhski miró a Levin con ojos risueños y hasta hizo un leve gesto de burla, pero Levin no encontraba divertidas las palabras del propietario. Las entendía mejor que Sviazhski. Muchas de las cosas que dijo después el propietario para demostrar por qué la emancipación había arruinado el país le parecieron atinadas e indiscutibles, además de novedosas. Era evidente que ese hombre estaba exponiendo ideas propias, algo muy poco frecuente, y que esas reflexiones no se las había dictado la necesidad de llenar de algún modo sus momentos de ocio, sino las condiciones de su vida en la soledad de la aldea, analizada desde todos los puntos de vista.

—Lo que quiero decir es que no se puede conseguir ningún progreso si no se recurre a la autoridad —apuntó, deseando demostrar que tampoco él carecía de instrucción—. Tomemos, por ejemplo, las reformas de Pedro, de Catalina, de Alejandro. Fíjese en la historia europea. Y esa regla es válida sobre todo para la agricultura. Hasta la patata ha sido introducida por la fuerza. Y no siempre se ha labrado con el arado. Puede que se introdujera en los tiempos del feudalismo, y probablemente también fue necesario recurrir a la fuerza. En nuestra época, durante el régimen de servidumbre, los propietarios introdujimos innovaciones en nuestras haciendas: secadoras, aventadoras, el acarreo del estiércol, aperos de todo tipo. Y todo lo hemos hecho gracias a nuestra autoridad. Los campesinos en un principio se oponían, pero luego acabaron imitándonos. Ahora, una vez abolida la servidumbre, se nos ha arrebatado nuestro poder, y nuestra agricultura, que había alcanzado un alto nivel de desarrollo, volverá a un estado primitivo y salvaje. Ésa es mi opinión.

—Pero ¿por qué? Si sus métodos son racionales, puede ponerlos en práctica con la ayuda de jornaleros —dijo Sviazhski.

—¿Y cómo quiere usted que los aplique cuando ya no tenemos autoridad? ¿A quién voy a recurrir?

«Aquí es donde aparece la mano de obra, el elemento principal de la agricultura», pensó Levin.

—A los jornaleros.

—Los jornaleros no quieren trabajar bien ni emplear buenas máquinas. Lo único que saben hacer es emborracharse como cerdos y romper todo lo que se les confía. Dan demasiada agua a los caballos, destrozan los buenos arneses, cambian las ruedas con llantas de hierro por otras y se gastan en bebida la diferencia, meten un tornillo

en la trilladora para estropearla. Les repugna todo lo que no se hace a su manera. Por esa razón ha decaído el nivel de la agricultura. Los propietarios abandonan las tierras, dejan que se cubran de maleza o se las entregan a los campesinos, y lo que antes producía millones de fanegas ahora sólo rinde centenares de miles. La riqueza general ha disminuido. Se podría haber hecho lo mismo, pero con un poco más de sensatez…

Y pasó a desarrollar su propio plan para la liberación de los siervos, con el que se habrían evitado todos esos inconvenientes.

A Levin ese tema no le interesaba; por eso, cuando el propietario terminó su exposición, volvió a su primer argumento y, dirigiéndose a Sviazhski, con el propósito de que expusiera en serio su opinión, dijo:

—Es indudable que el nivel de la agricultura ha decaído y que, dadas nuestras relaciones con los campesinos, no hay manera de explotar la hacienda recurriendo a métodos racionales.

—Yo no lo veo así —replicó ya en serio Sviazhski—. Lo que pasa es que no sabemos administrar nuestras haciendas. En cuanto al nivel de la agricultura en los tiempos de la servidumbre, no creo que fuera alto, sino extremadamente bajo. No tenemos máquinas, ni buenos animales de labor ni una administración digna de tal nombre. Ni siquiera sabemos llevar las cuentas. Pregúntale a cualquier propietario: no sabrá decirle lo que le reporta beneficios ni lo que le ocasiona pérdidas.

—La contabilidad italiana —dijo el propietario con ironía—. Pero, por más cuentas que haga, como se lo estropeen todo, no habrá ninguna ganancia.

—¿Y por qué lo van a estropear? Pueden estropear una trilladora que no vale nada o esa apisonadora rusa que tiene usted, pero en ningún caso mi máquina de vapor. Puede que revienten un caballejo ruso (¿cómo se llama esa raza? ¿Toscana, no?) al que hay que tirar de la cola, pero dele usted un percherón o al menos un *bitiug*,[18] y ya verá cómo no lo echa a perder. Y lo mismo pasa con todo. Tenemos que elevar el nivel de nuestras explotaciones.

—¡Si dispusiéramos de medios, Nikolái Ivánovich! Para usted es muy fácil hablar así, pero yo tengo un hijo en la universidad y otros que van al instituto. ¿De dónde quiere que saque el dinero para comprar percherones?

—Para eso están los bancos.

—¿Para que me vendan en pública subasta lo poco que me queda? ¡No, gracias!

—No estoy de acuerdo en que se pueda y se deba elevar el nivel de nuestra agricultura —intervino Levin—. Yo llevo tiempo intentándolo y, aunque dispongo de medios, no he conseguido nada. Y no sé de qué utilidad pueden ser los bancos. En lo que a mí respecta, por más dinero que he gastado en ganado y maquinaria, no he tenido más que pérdidas.

—Es verdad —confirmó el propietario del bigote gris, que hasta se reía de satisfacción.

—Y no soy el único —prosiguió Levin—. Puedo nombrar a otros propietarios que dirigen sus haciendas de un modo racional. Todos ellos, salvo raras excepciones, tienen pérdidas. ¿Y qué me dice usted de su finca? ¿Le reporta beneficios? —preguntó a Sviazhski, y acto seguido descubrió en su mirada esa momentánea expresión de temor que siempre advertía cuando quería ir más allá de las habitaciones exteriores de su inteligencia.

Además, no era una pregunta muy leal por parte de Levin. Mientras tomaban el té, la dueña de la casa le había confiado que ese verano habían hecho venir de Moscú a un contable alemán que, por quinientos rublos, había revisado las cuentas de la propiedad y había descubierto que las pérdidas ascendían a tres mil rublos y pico. No recordaba la cantidad exacta, pero, por lo visto, el alemán había calculado hasta el último cuarto de kopek.

Al oír esa mención a los beneficios de Sviazhski, el propietario sonrió, pues debía de conocer las ganancias que tenía su vecino, mariscal de la nobleza.

—Puede que no tenga beneficios —respondió Sviazhski—. Pero eso sólo pondría de manifiesto que soy un mal propietario o que invierto mi capital en aumentar la renta.

—¡Ah, la renta! —exclamó Levin horrorizado—. Tal vez exista renta en Europa, donde la tierra ha mejorado a fuerza de trabajarla, pero en Rusia pasa justo lo contrario: la hemos agotado. En consecuencia, no puede hablarse de renta.

—¿Cómo que no? Es una ley.

—Y nosotros estamos fuera de la ley. En nuestro caso la renta no explica nada; al contrario, lo embrolla todo. No, dígame cómo puede la teoría de la renta…

—¿Quieren una cuajada? Masha, tráenos unas cuajadas o unas frambuesas —dijo, dirigiéndose a su mujer—. Es increíble que siga habiendo frambuesas en esta época del año.

Y Sviazhski, en un estado de ánimo inmejorable, se levantó y se alejó. Era evidente que daba por terminada la conversación, cuando Levin consideraba que acababa de empezar.

Al verse privado de su interlocutor, Levin siguió charlando con el propietario, tratando de demostrarle que todas las dificultades se debían a que no se tenían en cuenta las cualidades y costumbres de los trabajado res. Pero el propietario, como todas las personas que alumbran pensamientos originales en sus largos ratos de soledad, era reacio a admitir las opiniones ajenas y se aferraba apasionadamente a las suyas. Insistía en que el campesino ruso era un cerdo, capaz de vivir sólo en medio de la inmundicia, y en que para sacarle de ese estado se necesitaba autoridad, y, a falta de ésta, un buen palo. Pero, como todos se habían vuelto tan liberales, habían sustituido el palo secular por abogados y cárceles, en las que esos campesinos incapaces y malolientes recibían un buen plato de sopa y tantos metros cúbicos de

aire.

—¿Y por qué piensa usted —preguntó Levin, tratando de volver a la cuestión que le interesaba— que no pueden establecerse entre los trabajadores y nosotros unas relaciones que den como resultado un trabajo verdaderamente productivo?

—¡Nunca conseguirá meter en vereda al campesino ruso si no es con el palo! No hay autoridad —respondió el propietario.

—¿Acaso pueden encontrarse nuevas condiciones de trabajo? —intervino Sviazhski, que había vuelto a acercarse a sus invitados después de tomarse una cuajada y encender un cigarrillo—. Todas las relaciones posibles con los trabajadores han sido establecidas y estudiadas —dijo—. Ese vestigio de barbarie, la comuna primitiva con caución solidaria, se está desmoronando por sí sola, el régimen de servidumbre ha desaparecido. Sólo queda el trabajo libre, con sus formas definidas y concretas, que debemos aceptar: braceros, jornaleros, peones. Fuera de eso no hay nada.

—Pero Europa no está satisfecha de esas formas.

—No está satisfecha y busca otras nuevas. Probablemente las encontrará.

—A eso es a lo que me refiero yo —respondió Levin—. ¿Por qué no podemos buscarlas nosotros por nuestra cuenta?

—Porque sería como inventar nuevos procedimientos para construir ferrocarriles. Esos procedimientos ya se han inventado y están al alcance de cualquiera.

—Pero ¿y si esos procedimientos no nos convienen, si no son razonables? —preguntó Levin.

Y volvió a sorprender esa expresión de temor en los ojos de Sviazhski.

—Sí, ya podemos lanzar las campanas al vuelo. ¡Hemos encontrado lo que buscaba Europa! Conozco esa vieja canción, pero perdone que le diga una cosa: ¿sabe usted todo lo que se ha hecho en Europa en materia de organización laboral?

—No, apenas un poco.

—Es una cuestión que ocupa en estos momentos a las mejores cabezas del continente. Por un lado está la escuela de Schulze-Delizsch… Por otro, la más liberal de Lasalle, con su vasta literatura sobre la cuestión obrera… En cuanto a la organización de Mulhouse, ya es un hecho, como probablemente sepa usted.[19]

—Algo he oído, pero no mucho.

—Lo dice sólo por decir. Seguro que conoce todo eso tan bien como yo. Naturalmente, no soy ningún profesor de sociología, pero me interesa esa cuestión. Si a usted le interesa también, debería estudiarla.

—¿Y a qué conclusión han llegado?

—Perdone…

Los propietarios se levantaron y Sviazhski, parándole los pies a Levin, que una vez más había insistido en su desagradable costumbre de querer traspasar el umbral

de su inteligencia, salió a despedir a sus invitados.

XXVIII

Levin pasó una velada aburridísima en compañía de las señoras. Le preocupaba más que nunca la idea de que lo insatisfecho que estaba con las labores de la hacienda no era un problema exclusivo suyo, sino general en todo el país; pensaba que la posibilidad de establecer unas relaciones con los obreros que les permitieran trabajar en las mismas condiciones que aquel campesino que había conocido por el camino no era un sueño, sino una cuestión que había que resolver sin falta. Y tenía la impresión de que podía hacerse y que debía intentarse.

Después de despedirse de las señoras, no sin antes prometerles que se quedaría todo el día siguiente, para ir juntos a caballo a ver un interesante corrimiento de tierras que se había producido en un bosque del Estado, Levin, de camino a su habitación, entró en el despacho del dueño de la casa para coger unos libros sobre la cuestión obrera que le había ofrecido. El despacho era una habitación enorme, con estanterías a lo largo de las paredes y dos mesas, una maciza, de escritorio, en el centro de la pieza, y otra redonda, con los últimos números de periódicos y revistas en distintos idiomas, dispuestos en forma de estrella alrededor de la lámpara. Al lado del escritorio había un archivador, en cuyos cajones con rótulos dorados se guardaban toda clase de documentos.

Sviazhski cogió los libros y se sentó en una mecedora.

—¿Qué mira usted? —le preguntó a Levin, que se había detenido al lado de la mesa redonda y hojeaba una revista—. En ese número viene un artículo muy interesante —añadió, refiriéndose a la revista que Levin tenía en la mano—. Por lo visto —prosiguió, con alegre animación— el príncipe culpable de la partición de Polonia no fue Federico. Por lo visto…

Y Sviazhski le refirió en breves palabras, con su peculiar claridad, esas nuevas revelaciones, interesantísimas y de gran importancia. A pesar de que en esos momentos a Levin le preocupaban sobre todo las cuestiones agrícolas, no pudo dejar de preguntarse, mientras le escuchaba: «¿Qué esconderá en su interior? ¿Por qué le interesará la partición de Polonia?». Cuando Sviazhski concluyó su exposición, a Levin se le escapó casi sin darse cuenta:

—Bueno, ¿y qué?

Pero no pudo sacarle nada más. Todo se reducía a ese «por lo visto». Sviazhski no le explicó, entre otras cosas porque no lo juzgó necesario, qué era lo que encontraba tan interesante en ese artículo.

—Pues yo he disfrutado mucho escuchando a ese propietario tan enfadado —dijo Levin, con un suspiro—. Es inteligente y ha dicho muchas cosas que son ciertas.

—¡Ah, por favor! Aunque no lo diga, es un partidario acérrimo del régimen de servidumbre, como todos los demás —exclamó Sviazhski.

—De quienes es usted mariscal…

—Sí, pero trato de llevarlos en sentido contrario —replicó Sviazhski, sonriendo.

—La cuestión que más me preocupa es la siguiente —dijo Levin—. Ese hombre tiene razón cuando afirma que nuestros métodos racionales no funcionan, que sólo prosperan las explotaciones de los usureros, como la de ese tipo tan callado, o las que emplean métodos primitivos. ¿Quién tiene la culpa de eso?

—Nosotros mismos, desde luego. Además, no es cierto que nuestros métodos no funcionen. La finca de Vasílchikov prospera.

—Sí, pero él tiene una fábrica…

—En cualquier caso, no entiendo qué es lo que le sorprende. Dado el grado de desarrollo tan bajo en que se encuentra el pueblo, tanto desde el punto de vista moral como material, es normal que se oponga a cualquier medida nueva. En Europa los métodos racionales funcionan porque el pueblo está educado. Eso es lo que tenemos que hacer nosotros: educar al pueblo.

—¿Y cómo hacerlo?

—Se necesitan tres cosas: escuelas, escuelas y escuelas.

—Pero usted mismo acaba de referirse a las precarias condiciones materiales del pueblo. ¿Es que las escuelas contribuirían a mejorarlas?

—Sus palabras me recuerdan esa anécdota de un hombre que da consejos a un enfermo: «Tendría usted que tomar un purgante». «Ya lo he probado, y ha sido peor.» «Pruebe con una sanguijuela.» «Ya lo he probado, y ha sido peor.» «Pues no le queda otro remedio que rezar a Dios.» «Ya lo he probado, y ha sido peor.» Lo mismo pasa con nosotros. Yo le menciono la economía política, y usted dice que es peor. Si me refiero al socialismo, me contesta en los mismos términos. Y, si saco a colación la educación, recibo idéntica respuesta.

—¿Y en qué pueden ayudar las escuelas?

—Crearán nuevas necesidades.

—Eso es algo que jamás he podido comprender —objetó Levin, acalorándose—. ¿Cómo van a contribuir las escuelas a que mejoren las condiciones materiales del pueblo? Dice usted que las escuelas y la educación crearán nuevas necesidades. Pues tanto peor, porque los campesinos no encontrarán los medios de satisfacerlas. Aprenderán a sumar, a restar, a recitar el catecismo, pero ¿acaso va a hacer eso que mejore su situación material? La verdad es que no lo entiendo. Anteayer, a la caída de la tarde, me encontré con una mujer que llevaba un niño de pecho en brazos y le pregunté de dónde venía. «Llevé al niño a que lo viera la curandera, porque no paraba de gritar», me respondió. «¿Y qué ha hecho para curarlo?» «Lo ha puesto en la pértiga del gallinero y ha murmurado unas palabras.»

—¡Usted mismo lo dice! Para que no lleven a los niños a que los vean las curanderas se necesita… —dijo Sviazhski con una alegre sonrisa.

—¡Ah, no! —le interrumpió Levin con enfado—. En mi opinión, no hay la menor diferencia entre esos tratamientos y el remedio de las escuelas. La pobreza e incultura del pueblo es un dato tan evidente para nosotros como la enfermedad del niño para la campesina. Pero pretender acabar con esos males, la pobreza y la incultura, por medio de las escuelas me parece tan absurdo como los remedios de la curandera para sanar a ese niño. Lo que hay que hacer es acabar con las causas de esa pobreza.

—En ese particular, al menos, coincide usted con Spencer, por quien tanta antipatía siente. También él sostiene que la educación debe ser el resultado de una mejora en las condiciones de vida y los niveles de bienestar, de una mayor higiene, como dice él, y que poco importa que los campesinos sepan leer y contar…

—Pues me alegra mucho coincidir con Spencer; o, mejor dicho, lo lamento. Pero hay una cosa de la que estoy convencido desde hace tiempo: las escuelas no servirán de ninguna ayuda. Sólo podrán ser útiles cuando se alcance un grado de desarrollo económico que permita al pueblo ser más rico y tener más tiempo libre. Entonces podremos empezar a pensar en las escuelas.

—Sin embargo, la enseñanza se ha vuelto obligatoria en toda Europa.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con Spencer en ese punto? —preguntó Levin, advirtiendo de nuevo esa expresión de temor en los ojos de Sviazhski, que esbozó una sonrisa y dijo:

—¡Me ha gustado mucho esa historia de la campesina! ¿Y lo oyó usted con sus propios oídos?

Levin se dio cuenta de que jamás encontraría un vínculo entre los pensamientos de ese hombre y su forma de vida. Era evidente que no le importaban las conclusiones a que pudieran llevarle sus razonamientos: lo único que le importaba era el proceso mismo de pensar. Y, como no le gustaba que sus reflexiones pudieran conducirle a un callejón sin salida, procuraba cambiar de conversación, buscando temas más alegres y agradables.

Todas las impresiones de ese día causaron en Levin una profunda agitación: el campesino viejo, que parecía la causa principal de todas sus reflexiones e ideas; el bueno de Sviazhski, con sus pensamientos para exponer en público y sus convicciones secretas, una de esas personas, cuyo número es legión, que guían la opinión pública por medio de razonamientos ajenos; el propietario enfadado, tan acertado en sus juicios, fruto de la experiencia, como errado en ese desprecio de una clase entera, la mejor de Rusia; el regusto amargo que le dejaban sus propias actividades y la vaga esperanza de encontrar un remedio: todo eso se fundía en un sentimiento de inquietud interior, en un anhelo de solución inminente.

Levin se retiró a la habitación que le habían destinado y pasó mucho tiempo despierto, tendido sobre el colchón de muelles, que se estremecía cada vez que movía un brazo o una pierna. Ninguna de las palabras de Sviazhski, a pesar de que había

dicho muchas cosas inteligentes, le había interesado. Pero los argumentos del propietario merecían unos instantes de reflexión. Sin apenas darse cuenta, Levin fue repasando cada una de las intervenciones de ese hombre, y corrigiendo mentalmente las respuestas que le había dado.

«Sí, esto es lo que tendría que haberle dicho: afirma usted que la agricultura no funciona porque el campesino detesta las innovaciones y que hay que imponerlas a la fuerza. Tendría usted razón si la agricultura no funcionara sin esas innovaciones, pero el caso es que prospera cuando el campesino se atiene a sus costumbres, como el viejo al que conocí por el camino. El fracaso de su finca y de la mía demuestra que los culpables somos nosotros, no los trabajadores. Hace tiempo que hacemos las cosas a nuestra manera, a la manera europea, sin preocuparnos por las cualidades de la mano de obra. Tratemos de ver en la mano de obra no una *fuerza* teórica, sino al *campesino ruso* con sus instintos, y organicemos nuestras haciendas con arreglo a ello. Imagínese, tendría que haberle dicho, que dirige usted su hacienda como ese viejo, que hubiera encontrado el modo de interesar a los trabajadores en el éxito de la empresa y de introducir las innovaciones que están dispuestos a aceptar; en ese caso, sin necesidad de agotar la tierra, obtendría dos o tres veces más que antes. Divídalo en dos y entregue la mitad a los trabajadores. De ese modo, su beneficio será mayor y también el de ellos. Pero, para conseguirlo, hay que bajar el nivel de la agricultura e interesar a los trabajadores en el éxito de los cultivos. ¿Cómo se puede conseguir eso? Es una cuestión de detalles, pero no cabe duda de que es posible.»

Esa idea causó en Levin una enorme agitación. Pasó la mitad de la noche analizando los detalles que permitirían la puesta en práctica de ese proyecto. Aunque en un principio no tenía intención de marcharse al día siguiente, ahora decidió que partiría por la mañana temprano. Además, la cuñada de Sviazhski, con su vestido escotado, le había hecho sentirse avergonzado y arrepentido, como si hubiera cometido una mala acción. Y, sobre todo, tenía que llegar cuanto antes a su finca para proponerles a los campesinos su nuevo proyecto, pues quería ponerlo en práctica cuando llegara el momento de sembrar el trigo de invierno. Había decidido cambiar por completo su manera de explotar la finca.

XXIX

La ejecución de ese plan presentaba muchas dificultades, pero Levin puso todo su empeño. No logró todo lo que se proponía, pero al menos pudo decirse, sin engañarse a sí mismo, que el esfuerzo había merecido la pena. Uno de los principales obstáculos consistía en que las labores estaban en pleno apogeo; en suma, no podía pararlo todo y empezar desde el principio: tenía que cambiar las cosas sobre la marcha.

La misma tarde en que regresó a su casa, comunicó sus planes al administrador, que aprobó con satisfacción evidente la parte de su discurso que demostraba que todo lo que se había hecho hasta entonces era absurdo y desventajoso. El administrador replicó que se lo llevaba diciendo mucho tiempo y que no había querido escucharle. En cuanto a la propuesta de Levin, que le ofrecía participar como socio, junto con los trabajadores, en la explotación de la finca, el administrador se limitó a responder con aire abatido, sin expresar ninguna opinión definida. Acto seguido se puso a hablar de que era necesario transportar al día siguiente los últimos haces de centeno y proceder a arar la tierra por segunda vez. Levin entendió la indirecta: no era el momento oportuno para hablar de la cuestión.

Al hablar con los campesinos de la misma cuestión y ofrecerles el arriendo de la tierra bajo condiciones nuevas, Levin se topó de nuevo con la misma dificultad: estaban tan ocupados con las labores del día que no tenían tiempo para pensar en las ventajas y los inconvenientes de la pro posición.

Un mujik ingenuo, Iván el vaquero, pareció entender plenamente la propuesta de Levin —participar con su familia en los beneficios de la vaquería— y acogerla de buen grado. Pero, cuando Levin pasó a exponerle las ventajas de que gozaría en el futuro, el rostro de Iván expresó inquietud, y a continuación lamentó no poder escucharle hasta el final, pues tenía que ocuparse de alguna tarea que no admitía demoras: echar heno a las vacas, sacar agua o barrer el estiércol.

Otro de los obstáculos con los que chocaba era la desconfianza inveterada de los campesinos, en cuya cabeza no podía entrar que el amo tuviera más objetivos que sacarles lo más posible. Estaban firmemente convencidos de que, por más que les dijera, jamás les revelaría su auténtico propósito. Y ellos mismos, al exponer sus argumentos, decían muchas cosas, pero nunca lo que pensaban de verdad. Además (Levin se daba cuenta de que el propietario bilioso tenía razón), había una condición previa e indispensable para llegar a algún tipo de acuerdo: que no se les obligara a aceptar nuevos métodos agrícolas ni a emplear herramientas nuevas. Reco nocían que el arado moderno tenía sus ventajas, que el escarificador daba buenos resultados, pero ponían mil excusas para no utilizarlos. Levin estaba persuadido de que había que rebajar el nivel de la agricultura, pero le daba pena renunciar a algunas innovaciones cuyos beneficios eran tan evidentes. No obstante, a pesar de todas esas dificultades,

se salió con la suya, y a partir del otoño el nuevo plan empezó a funcionar, o al menos tal era su impresión.

En un principio Levin pensó en arrendar toda la finca, tal como estaba, a los campesinos, a los jornaleros y al administrador en las nuevas condiciones de compañerismo, pero pronto se convenció de que no era posible y decidió dividirla. Las cuadras, el jardín, la huerta, los prados y los campos, fraccionados en varias parcelas, debían constituir lotes separados. Iván el vaquero, aquel mujik ingenuo, que en opinión de Levin era quien mejor entendía el asunto, eligió asociarse principalmente con miembros de su propia familia y se ocupó de las cuadras. Seis familias de campesinos, unidos en cooperativa, y un inteligente carpintero, Fiódor Rezunov, se hicieron cargo de unas tierras lejanas, abandonadas desde hacía ocho años e invadidas por las malas hierbas. Por su parte, el campesino Shuráiev arrendó las huertas en las mismas condiciones. Lo demás quedó como antes, pero esos tres lotes fueron el comienzo del nuevo sistema de explotación y reclamaron toda la atención de Levin.

Cierto que en las cuadras las cosas no iban mejor que antes, y que Iván se oponía con todas sus fuerzas a caldear los establos y a elaborar mantequilla con nata fresca, pues era de la opinión de que las vacas, con el frío, requerían menos pienso y que la mantequilla de crema agria era más fácil de hacer. Además, exigía el mismo salario de antes, y parecía no darse cuenta de que el dinero que recibía no era un sueldo, sino un adelanto sobre su parte de los beneficios.

Cierto que el grupo de Fiódor Rezunov no aró el campo dos veces antes de sembrar, como habían convenido, alegando que disponían de poco tiempo. Cierto que los mujiks de ese grupo, aunque habían aceptado trabajar la tierra con las nuevas condiciones, no la consideraban común, sino arrendada a medias, y varios de ellos, entre ellos el propio Rezunov, le habían dicho a Levin en más de una ocasión: «Si quisiera usted cobrar una cantidad por la tierra, estaría más tranquilo y nosotros nos sentiríamos más libres». Además, esos mujiks, sirviéndose de diversos pretextos, seguían posponiendo la construcción del establo y el cobertizo que habían prometido levantar antes del invierno.

Cierto que Shuráiev pretendía dividir en parcelas las huertas que le había arrendado y subarrendárselas a los campesinos. Por lo visto no había comprendido en absoluto las condiciones del trato, aunque cabía la sospecha de que ese malentendido fuera intencionado.

Cierto que, cuando hablaba con los campesinos para explicarles las ventajas de la empresa, Levin solía reparar en que le escuchaban sin apenas prestarle atención, firmemente convencidos de que, dijera lo que dijera, no se dejarían engatusar. Esa percepción se hacía particularmente intensa cuando hablaba con el campesino más inteligente, Rezunov, y descubría en sus ojos ese destello que le revelaba con toda

claridad que se estaba burlando de él y que albergaba el firme convencimiento de que, si alguien resultaba engañado, no sería él.

No obstante, a pesar de todo eso, Levin creía que su nuevo plan funcionaba y que, con perseverancia y una contabilidad estricta, les demostraría las ventajas de su sistema, y entonces las cosas marcharían por sí solas.

Estos asuntos, así como la administración de la parte de la hacienda que había quedado en sus manos y la composición de su libro, lo tuvieron tan ocupado a lo largo de todo ese verano que apenas tuvo tiempo para ir de caza. A finales de agosto se enteró, por medio de un criado que había ido a devolverle la silla, que los Oblonski habían regresado a Moscú. Comprendió que, al no responder a la carta de Daria Aleksándrovna —grosería que no podía recordar sin enrojecer de vergüenza— había quemado sus naves, que nunca podría volver a visitarlos. Había actuado de la misma manera con Sviazhski, pues se había marchado sin despedirse. Tampoco volvería a poner el pie en su casa. Ahora todo eso le traía sin cuidado. Jamás en su vida una actividad le había obsesionado tanto como las tareas relacionadas con la nueva organización de su hacienda. Leyó los libros que le había prestado Sviazhski, encargó otros que no tenía, y emprendió el estudio de obras de economía política y socialistas, pero, como suponía, no encontró nada relacionado con la tarea que había emprendido. En los libros de economía política, por ejemplo, los de Mill, que Levin había leído en un principio con apasionamiento, esperando hallar a cada momento la solución a las cuestiones que le preocupaban, sólo encontró leyes deducidas de la situación de la agricultura en Europa; pero no entendía por qué esas leyes, inaplicables en Rusia, deberían tener un carácter universal. Tampoco acababa de entender los libros socialistas. O bien eran hermosas fantasías irrealizables, como las que tanto le habían entusiasmado en sus tiempos de estudiante, o correcciones y enmiendas a la situación económica de Europa, con la que el sistema agrícola ruso no tenía nada que ver. La economía política afirmaba que las leyes que habían propiciado y seguían propiciando la riqueza de Europa eran generales e irrefutables. Las teorías socialistas consideraban que la aplicación de esas leyes llevaría a la ruina. Ni unos ni otros ofrecían, no ya una respuesta, sino la menor alusión de lo que Levin, los campesinos rusos y los propietarios debían hacer para que sus millones de brazos y de hectáreas contribuyeran al bienestar común.

Una vez metido en faena, Levin leyó concienzudamente todo lo relacionado con el objeto de su obra y planeó viajar al extranjero en otoño para estudiar el asunto sobre el terreno y evitar que le sucediese con esa cuestión lo que tantas veces le había ocurrido con otras. En cuanto empezaba a comprender el pensamiento de su interlocutor y a exponer el suyo, solían decirle: «¿Y Kaufmann y Jones, y Dubois y Miccelli?[20] No los ha leído usted. Léalos. Se han ocupado a fondo de esta cuestión».

Ahora veía con claridad que Kaufmann y Miccelli no tenían nada que decirle.

Sabía lo que quería. Veía que Rusia disponía de unas tierras excelentes y de unos trabajadores magníficos, y que en algunos casos, como sucedía con aquel viejo campesino al que había conocido por el camino, tanto la tierra como los trabajadores rendían mucho, pero la mayoría de las veces, cuando se empleaba el capital a la manera europea, los resultados eran pobres, porque los braceros querían trabajar y sólo trabajaban bien a su manera. Esa resistencia no era un fenómeno casual, sino constante, que hundía sus raíces en el espíritu mismo del pueblo. Pensaba que el pueblo ruso, llamado a poblar y cultivar inmensos espacios deshabitados, se había atenido conscientemente a los procedimientos que necesitaba para colonizar toda la tierra, y que esos procedimientos no eran tan malos como solía creerse. Y eso era lo que pretendía demostrar, de una manera teórica en su libro y de una manera práctica en su hacienda.

XXX

A finales de septiembre llevaron la madera para construir la cuadra en las tierras cedidas a la cooperativa de Rezunov, se vendió la mantequilla de leche de vaca y se repartieron los beneficios. El aspecto práctico de la empresa iba a pedir de boca, o al menos eso pensaba Levin. Y para exponer la cuestión teóricamente y acabar de escribir su obra, que creía destinada no sólo a producir una revolución en el campo de la economía política, sino a destruir por completo esa ciencia y propiciar el nacimiento de otra nueva, basada en las relaciones de los campesinos con la tierra, únicamente necesitaba viajar al extranjero, estudiar sobre el terreno cuanto se había hecho en esa dirección y encontrar pruebas fehacientes de la inutilidad de todo lo realizado. Sólo esperaba que se vendiera el trigo para cobrar el dinero y marcharse. Pero empezaron las lluvias, que impidieron que se recogieran el grano y las patatas que aún quedaban en los campos, interrumpieron todos los trabajos y aplazaron incluso la venta del trigo. Los caminos se volvieron impracticables; dos molinos fueron arrastrados por las aguas, y el tiempo no hacía más que empeorar.

El 30 de septiembre amaneció despejado. Confiando en que el tiempo mejorara, Levin inició los preparativos para la marcha. Ordenó que pesaran el trigo, mandó al administrador a casa del comprador para que le entregara el dinero y salió a recorrer la finca para dar las últimas disposiciones antes de su partida.

Una vez cumplidos todos sus cometidos, calado hasta los huesos, pues el agua caía a chorros sobre su zamarra de cuero y se filtraba por el cuello y las aberturas de las botas, pero muy animado y de un humor excelente, regresó a casa, ya a la caída de la tarde. El tiempo empeoró aún más por la noche. El granizo impactaba con tanta fuerza en el caballo empapado que éste avanzaba de lado, sacudiendo las orejas y la cabeza, pero Levin iba bien bajo su capucha y contemplaba con alegría tan pronto los turbios arroyos que corrían por las rodadas como las gotas que colgaban de cada rama despojada, las manchas blancas del granizo sin derretir en las tablas del puente o las hojas de los olmos, aún frescas y jugosas, que formaban una espesa capa al pie de un tronco desnudo. A pesar de ese panorama tan sombrío, se sentía especialmente animado. Las conversaciones que había tenido con los campesinos de una aldea lejana le habían demostrado que empezaban a acostumbrarse al nuevo orden de cosas. Además, el viejo guarda en cuya casa había entrado para secarse, parecía aprobar su plan, pues le había propuesto que le aceptara como socio para la compra de animales de labor.

«Si sigo perseverando, al final alcanzaré mi objetivo —pensaba Levin—. Merece la pena trabajar y esforzarse. No es el interés personal lo que me mueve, sino el bien común. La agricultura en su conjunto y, sobre todo, la situación del pueblo deben cambiar por completo. En lugar de pobreza, habrá bienestar y prosperidad

generalizados. En lugar de hostilidad, concordia y comunidad de intereses. En resumidas cuentas, será una revolución, una revolución incruenta, pero de enorme calado, que afectará primero al reducido círculo de nuestro distrito, luego a la provincia, más tarde a Rusia y por último al mundo entero. Porque una idea justa no puede dejar de ser fructífera. Sí, por un objetivo como ése merece la pena trabajar. Y poco importa que el artífice sea yo, Kostia Levin, el mismo que acudió al baile con una corbata negra, el mismo que fue rechazado por la princesa Scherbátskaia, ese individuo que se siente tan insignificante y digno de lástima. Estoy convencido de que Franklin,[21] cuando repasaba su vida, se sentía tan insignificante e inseguro como yo. Eso no significa nada. Es probable que también él tuviera su propia Agafia Mijáilovna, a la que confiaba sus proyectos.»

Sumido en tales reflexiones, Levin llegó a la casa cuando ya había anochecido.

El administrador había ido a ver al comprador del trigo y había regresado con parte del dinero. Además de cerrar un trato con el guarda, se había enterado por el camino de que el trigo seguía sin recoger en todas partes, de manera que los ciento sesenta almiares de Levin que aún quedaban en el campo no eran nada en comparación con lo que habían perdido los demás.

Después de cenar, se sentó en su butaca con un libro en la mano, como tenía por costumbre, y, mientras leía, siguió pensando en el inminente viaje y en su relación con el libro. Ese día veía con especial claridad la importancia de lo que estaba haciendo, e iba hilvanando en su cabeza párrafos enteros en los que exponía la esencia de su pensamiento: «Tengo que anotarlo —se dijo—. Me valdrá para esa breve introducción que antes consideraba innecesaria.» En el momento en que se levantaba para dirigirse al escritorio, Laska, que estaba tendida a sus pies, se incorporó también, y, después de estirarse, le miró, como preguntándole adonde tenía que ir. Pero no tuvo tiempo de ponerse a escribir porque en ese momento se presentaron en el vestíbulo los capataces, y Levin tuvo que salir a su encuentro para dar las disposiciones oportunas.

Después de exponer a los capataces el plan para el día siguiente y de recibir a los campesinos que tenían que tratar algún asunto con él, pasó a su despacho y se puso a trabajar. Laska se tumbó debajo de la mesa. Agafia Mijáilovna se sentó en su lugar de siempre a hacer calceta.

Tras pasar un rato escribiendo, Levin se acordó de pronto de Kitty con extraordinaria viveza, de su rechazo y de su último encuentro. Se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación.

—No hay razón para que se aburra usted —le dijo Agafia Mijáilovna—. A ver, ¿por qué pasa tanto tiempo en casa? Ya está todo preparado, así que ¿por qué no se va a tomar las aguas?

—Me iré pasado mañana, Agafia Mijáilovna. Pero antes tengo que ocuparme de

unos asuntos.

—¡Ah! ¿Qué asuntos? ¡Como si no hubiera hecho ya suficiente por los campesinos! No en vano dicen: «A nuestro amo lo va a recompensar el zar». Lo que no entiendo es por qué se preocupa tanto por ellos.

—No me preocupo por ellos. Lo hago por mí.

Agafia Mijáilovna conocía al detalle todos los planes de Levin para la explotación de la hacienda. Levin solía hablarle con pelos y señales de sus proyectos y a menudo discutía con ella, descontento de los comentarios que le hacía. Pero esta vez la buena mujer interpretó sus palabras en un sentido completamente distinto del que él les había dado.

—Ya se sabe, el hombre debe pensar ante todo en su propia alma —dijo con un suspiro—. Ahí tiene usted a Parfén Denísich —añadió, refiriéndose a un criado que había muerto hacía poco—. Sería analfabeto, pero ojalá nos conceda Dios una muerte como la suya. Comulgó y le dieron la extremaunción.

—No me refiero a eso —dijo Levin—. Lo que quiero decir es que lo hago en mi propio beneficio. Es más rentable para mí que los campesinos trabajen mejor.

—Por mucho que haga usted, los vagos seguirán sin dar un palo al agua. Los que tienen conciencia trabajarán; y los que no, no harán nada. ¡Eso no se puede cambiar!

—¿No dice usted misma que Iván cuida mejor del ganado ahora?

—Lo único que digo es que debería usted casarse —contestó Agafia Mijáilovna. Era evidente que no estaba diciendo lo primero que se le pasaba por la cabeza, sino que seguía el curso lógico de sus propias reflexiones.

A Levin le apenó y le ofendió que Agafia Mijáilovna aludiera a la misma cuestión en la que él había estado pensando. Frunció el ceño y, sin contestarle, volvió a sentarse a la mesa y retomó su trabajo, no sin antes repetirse que esa tarea tenía una enorme importancia. Sólo de vez en cuando escuchaba en el silencio el susurro de las agujas de Agafia Mijáilovna y, recordando lo que deseaba olvidar, volvía a fruncir el ceño.

A las nueve se oyó un rumor de campanillas y el sordo traqueteo de un coche rodando por el barro.

—Vaya, parece que viene alguna visita. Así no se aburrirá usted —dijo Agafia Mijáilovna, levantándose y dirigiéndose a la puerta. Pero Levin se le adelantó. Su trabajo no avanzaba en esos momentos, y se alegraba de tener un invitado, fuera quien fuera.

XXXI

Al llegar a la mitad de la escalera, Levin oyó en el vestíbulo una tosecilla conocida; pero el rumor de pasos le impidió distinguirla con claridad, y albergó la esperanza de haberse equivocado. Luego vio una silueta larga y huesuda que le resultaba familiar. Ya no era posible equivocarse, pero de todos modos seguía negándose a creer que ese hombre alto que se estaba quitando la pelliza y que no paraba de toser era su hermano Nikolái.

Levin quería a su hermano, pero convivir con él siempre le había parecido un tormento. Ahora, bajo la influencia de las ideas que le habían venido a la cabeza y las palabras de Agafia Mijáilovna, se sentía confuso y desorientado, y una entrevista con su hermano se le antojaba especialmente penosa. En lugar de un visitante rebosante de alegría y de salud, de una persona extraña que, así lo esperaba, lo arrancara por unos instantes de sus incertidumbres, le aguardaba una conversación con su hermano, que lo comprendía a fondo, que removería sus pensamientos más profundos y le obligaría a sincerarse, algo de lo que no tenía la menor gana.

Reprochándose esas consideraciones tan mezquinas, bajó corriendo al vestíbulo. En cuanto vio de cerca a su hermano, el sentimiento de contrariedad desapareció como por arte de magia, dejando paso a una honda piedad. Por terribles que fuesen antes la delgadez y el aire enfermizo de su hermano, no eran nada en comparación con el aspecto demacrado y extenuado que tenía ahora. No era más que un esqueleto cubierto de piel.

Estaba de pie en el vestíbulo, sacudiendo su cuello largo y fino para quitarse la bufanda, y sonreía de un modo lastimero y extraño. Al ver esa sonrisa, humilde y sumisa, Levin sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Por fin me tienes aquí —dijo Nikolái con voz sorda, sin apartar los ojos ni por un segundo del rostro de su hermano—. Hace tiempo que quería venir, pero mi salud no me lo permitía. Ahora me encuentro mucho mejor —dijo, enjugándose la barba con sus manos grandes y descarnadas.

—¡Sí, sí! —respondió Levin. Y su espanto fue aún mayor cuando, al besar a su hermano, sintió en sus labios la piel seca y vio de cerca el brillo extraño de esos ojos enormes.

Unas semanas antes Konstantín. Levin le había escrito a Nikolái que había vendido una pequeña parte dé la herencia que quedaba sin dividir, y que podía cobrar la cantidad que le correspondía, unos dos mil rublos.

Nikolái le dijo que venía a recoger ese dinero y, sobre todo, a pasar unos días en su antiguo nido y tocar la tierra para recobrar las fuerzas, como los paladines de antaño, antes de afrontar los retos que le esperaban. A pesar de la pronunciada curvatura de su espalda y de su pasmosa delgadez, tan poco acorde con su estatura,

sus movimientos seguían siendo rápidos y bruscos. Levin lo condujo al despacho.

Nikolái se cambió de ropa con especial cuidado, algo que antes no solía hacer, se peinó sus cabellos ralos y lacios y, sonriendo, subió al piso de arriba.

Se mostraba alegre y cariñoso, como Levin lo recordaba en su infancia. Hasta mencionó el nombre de Serguéi Ivánovich sin rencor. Al ver a Agafia Mijáilovna, bromeó con ella y le preguntó por los antiguos criados. La noticia de la muerte de Parfén Denísich le causó una impresión desagradable. En su rostro se reflejó una expresión de temor, pero se dominó en seguida.

—Ya era muy viejo —dijo, y cambió de tema—. Me quedaré aquí un par de meses y luego me iré a Moscú. ¿Sabes que Miágkov me ha prometido una colocación? Así que voy a ingresar en la administración. Voy a organizar mi vida de una manera completamente distinta —prosiguió—. ¿Sabes que me he separado de esa mujer?

—¿Te refieres a Maria Nikoláievna? ¿Y por qué razón?

—¡Ah, era insoportable! No sabes los disgustos que me ha dado —exclamó, pero no entró en detalles. No podía decirle que la había echado porque le servía un té demasiado flojo y, sobre todo, porque le atendía como a un enfermo—. Además, quiero cambiar de vida de manera radical. Naturalmente, he cometido muchas tonterías, como todo el mundo, pero el dinero es lo que menos me preocupa, así que no me arrepiento. Lo importante es tener salud. Y, gracias a Dios, me encuentro mucho mejor.

Levin escuchaba y pensaba en lo que podría decirle, pero no se le ocurría nada. Nikolái, a quien seguramente le pasaba lo mismo, empezó a preguntarle por sus asuntos. Levin, contento de hablar de sí mismo, pues así no tenía que recurrir a disimulos, le hablo a su hermano de sus proyectos y de sus actividades.

Nikolái le escuchaba, pero era evidente que esas cosas no le interesaban.

Los dos hombres eran tan afines y se conocían tan bien que el menor gesto o el tono de su voz les decía mucho más de lo que pudieran expresar con palabras.

En esos momentos los dos estaban pensando en lo mismo, en la enfermedad y la muerte inminente de Nikolái, y ese presentimiento ahogaba cualquier otra consideración. Ni uno ni otro se atrevía a mencionar esa cuestión, la única que en verdad les interesaba, y todo lo que decían sonaba a falso. Levin nunca se había alegrado tanto de que llegara la noche y fuera preciso irse a la cama. Nunca ante ningún extraño, ni siquiera en el caso de una visita oficial, se había mostrado tan poco sincero y natural. Levin se daba cuenta, y los remordimientos que sentía le ofuscaban aún más. Tenía ganas de llorar por su querido hermano, ya con un pie en la tumba, y sin embargo debía escuchar sus comentarios sobre la nueva vida que pensaba llevar.

Como la casa era húmeda y sólo una habitación estaba caldeada, Levin instaló a su hermano en su propio dormitorio, detrás de un biombo.

Nikolái se tumbó. Ya estuviera dormido o despierto, se revolvía en la cama como un enfermo, tosía y, cuando no podía expectorar, refunfuñaba. De vez en cuando, con un profundo suspiro, decía: «¡Ah, Dios mío!». En otras ocasiones, cuando las flemas le ahogaban, murmuraba irritado: «¡Ah, diablos!». Levin estuvo escuchándole largo rato, sin poder dormirse. Le asaltaban los pensamientos más diversos, pero todos tenían un vínculo común: la idea de la muerte.

La muerte, fin inevitable de todo, se le presentaba por primera vez con toda su fuerza irresistible. Y esa muerte, que estaba allí, en el cuerpo de su querido hermano, que se quejaba en sueños, invocando por costumbre, sin distinción alguna, tan pronto a Dios como al diablo, no estaba tan lejos como le había parecido antes. Estaba también en él, la sentía. ¿Qué más daba que en lugar de venir hoy viniera mañana o dentro de treinta años? ¿Y qué era en realidad esa muerte inexorable? No lo sabía; ni siquiera lo había pensado, jamás había tenido el valor suficiente para preguntárselo.

«Con tanto trabajo y tantas actividades me he olvidado de que todo termina, de que hay que morir.»

Estaba sentado en la cama, rodeado de penumbras, encorvado, con los brazos alrededor de las rodillas, tan concentrado en sus pensamientos que involuntariamente contenía la respiración. Pero, cuanto más se esforzaba en comprender, más claro le parecía que las cosas eran así; que, al considerar su vida, se había olvidado de un pequeño detalle; a saber, que un día llegaría la muerte y acabaría con todo, que no merecía la pena emprender nada, que no había escapatoria posible. Sí, era horrible, pero era así.

«No obstante, todavía estoy vivo. ¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer?», se decía, desesperado. Encendió una vela, se levantó con mucho cuidado, se acercó al espejo y se puso a contemplar su cara y sus cabellos. Sí, ya despuntaban canas en las sienes. Abrió la boca. Las muelas empezaban a cariarse. Descubrió sus musculosos brazos. Sí, tenía mucha fuerza. Pero también Nikolái, que respiraba afanosamente con sus pulmones destrozados, había tenido un cuerpo sano. Y de pronto recordó sus tiempos de niños, cuando se iban a dormir juntos y sólo esperaban que Fiódor Bogdánovich saliera de la habitación para tirarse las almohadas y estallar en ruidosas carcajadas, dominados por un entusiasmo tan incontenible que ni siquiera el miedo a Fiódor Bogdánovich podía reprimir esa explosión desbordante de alegría vital. «Y ahora ese pecho hundido y vacío… Y yo preguntándome qué va ser de mí…»

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ah, demonios! ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no duermes? —le preguntó su hermano.

—No lo sé. Estoy desvelado.

—Pues yo he dormido bien. Ahora ya no sudo. Ven, toca la camisa. ¿Verdad que no está húmeda?

Después de hacer lo que le decía, Levin pasó al otro lado del biombo y apagó la

vela, pero tardó mucho tiempo en dormirse. Apenas había aclarado un poco la cuestión de cómo había que vivir, cuando de pronto surgía ese otro problema insoluble: la muerte.

«Sí, se está muriendo; morirá en la primavera. ¿Qué podría hacer para ayudarle? ¿Qué podría decirle? ¿Y qué sé yo de todo eso? Hasta me había olvidado de que hay que morir.»

XXXII

Levin había observado hacía tiempo que, cuando las personas extreman su humildad y su condescendencia, al final acaba produciéndose una especie de reacción; entonces se vuelven insoportables con sus exigencias excesivas y su susceptibilidad. Tenía la impresión de que algo así le sucedería a su hermano. Y, en efecto, la mansedumbre de Nikolái no duró mucho. A la mañana siguiente se mostró irritado y no perdió oportunidad de meterse con su hermano, hiriéndole en los puntos más sensibles.

Levin se sentía culpable, pero no podía hacer nada para arreglar la situación. Se daba cuenta de que si ambos no hubieran fingido, si hubieran hablado con el corazón en la mano, como suele decirse, esto es, expresando lo que de verdad pensaban y sentían, se habrían mirado a los ojos, y Konstantín habría exclamado: «¡Te vas a morir, te vas a morir, te vas a morir!». A lo que Nikolái habría respondido: «Ya lo sé. ¡Y tengo miedo, tengo miedo, tengo miedo!». Si hubieran hablado con el corazón en la mano, no habría sido necesario añadir nada más. Pero, como esa sinceridad no resultaba posible, Konstantín se esforzaba en decir algo distinto de lo que pensaba. Esta táctica, tan importante en la vida, y que algunas personas, como había tenido ocasión de comprobar, dominaban a la perfección, a él nunca se le había dado bien. Se daba cuenta de que sus comentarios sonaban a falso y de que su hermano lo adivinaba y se enfadaba.

Al tercer día Nikolái le pidió a su hermano que le expusiera de nuevo su plan, y no sólo empezó a criticarlo, sino que pretendió confundirlo con el comunismo.

—Has tomado una idea ajena, la has distorsionado y ahora quieres aplicarla allí donde no se puede aplicar.

—Pero si ya te he dicho que no tiene nada que ver con el comunismo. Los comunistas niegan la justicia de la propiedad, del capital y de la herencia, mientras que yo, sin negar esos importantes *estímulos* —a Levin le desagradaba emplear esas palabras, pero, desde que se había enfrascado en su trabajo, había empezado a utilizar cada vez más a menudo, sin apenas darse cuenta, palabras de origen extranjero—, sólo quiero regular el trabajo.

—O sea, que has tomado una idea ajena, la has privado de todo lo que constituía su fuerza y pretendes que se trata de algo nuevo —dijo Nikolái, arreglándose con gestos destemplados el nudo de la corbata.

—Pero si mi idea no tiene nada que ver…

—Al menos el comunismo —dijo Nikolái Levin con un brillo maligno en los ojos y una sonrisa irónica— tiene un encanto geométrico, por decirlo de alguna manera. Es claro e inequívoco. Puede que sea una utopía. No obstante, si fuera posible hacer tábula rasa del pasado, erradicar la propiedad y la familia, podría organizarse el trabajo de otra manera. Pero en tu idea no hay nada…

—¿Por qué mezclas las cosas? Yo nunca he sido comunista.

—Pues yo sí, y considero que es una idea prematura, pero razonable, y que tiene futuro, como el cristianismo en los primeros siglos.

—Lo único que digo es que la mano de obra debe considerarse desde el punto de vista de las ciencias naturales; es decir, hay que estudiarla, reconocer sus propiedades y…

—No tiene ningún sentido. Esa fuerza encuentra por sí misma, a medida que se desarrolla, una determinada manera de actuar. En todas partes ha habido esclavos, luego *metayers*. [22] En nuestro país contamos con medianeros y jornaleros; existe también el arrendamiento. ¿Qué más quieres?

Al oír esas palabras, Levin se acaloró de pronto, porque en el fondo de su alma temía que su hermano pudiera tener razón. Era posible que hubiera intentado combinar el comunismo y las formas existentes, algo bastante difícil de conseguir.

—Busco una forma de trabajar que sea provechosa tanto para mí como para los braceros. Quiero construir… —replicó con acaloramiento.

—No quieres construir nada. Simplemente quieres pasar por original, como has hecho toda tu vida, demostrar que no eres un mero explotador de los campesinos, que te mueve una idea.

—Bueno, si eso es lo que piensas, es mejor que lo dejemos —respondió Levin, sintiendo que le temblaba el músculo de la mejilla izquierda, sin que pudiera remediarlo.

—No tienes convicciones. No las has tenido nunca. Lo único que buscas es satisfacer tu propia vanidad.

—¡Vale, muy bien, pero déjame en paz!

—¡Ya te dejo! ¡Debería haberlo hecho hace mucho tiempo! ¡Vete al diablo! ¡Cuánto me pesa haber venido!

Por más esfuerzos que hizo Levin después para calmar a su hermano, Nikolái no quiso escucharle. Decía que era mucho mejor que se separaran. Y Konstantín se dio cuenta de que a su hermano la vida se le había vuelto insoportable.

Nikolái ya se aprestaba a marcharse cuando Levin entró de nuevo en su habitación y, con un tono muy poco natural, le pidió que le perdonara si le había ofendido.

—¡Ah, qué magnanimidad! —exclamó Nikolái, sonriendo—. Si lo que quieres es tener razón, puedo concederte ese placer. Tienes razón. Pero, de todas formas, me voy.

Justo antes de la partida, Nikolái besó a su hermano y le dijo de pronto con una extraña seriedad, mirándole a los ojos:

—¡En cualquier caso, Kostia, no me guardes rencor! —Y la voz le tembló.

Fue el único comentario sincero que salió de sus labios. Levin comprendió que

por debajo de esas palabras se sobreentendían otras: «Como ves, estoy en las últimas; puede que no nos volvamos a ver». Y se le saltaron las lágrimas. Volvió a besar a su hermano, pero no encontró nada que decirle y guardó silencio.

Tres días después de la marcha de su hermano, Levin partió para el extranjero. En la estación de ferrocarril se topó con Scherbatski, primo de Kitty, que se sorprendió mucho del aspecto sombrío de Levin.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Nada. En este mundo hay pocas alegrías.

—¿Eso crees? Pues olvídate de Mulhouse y vente conmigo a París. ¡Ya verás si hay alegrías o no!

—No, todo ha terminado para mí. Ya es hora de morir.

—¡Vaya cosas que dices! —exclamó Scherbatski, riendo—. Pues yo no he hecho más que empezar.

—Sí, lo mismo pensaba yo hace poco, pero ahora sé que moriré pronto.

Levin exponía con total sinceridad las ideas que le habían ocupado en los últimos tiempos. Mirara lo que mirara, no veía más que un anuncio de la muerte o la muerte misma. Pero la obra que había emprendido absorbía cada vez más su atención. En algo tenía que ocupar el tiempo hasta que llegara la muerte. A su alrededor todo era tinieblas; pero esa misma oscuridad le indicaba que el único hilo conductor era su proyecto, y a él se aferraba y se agarraba con las fúerzas que le quedaban.

CUARTA PARTE

I

Los Karenin, marido y mujer, seguían viviendo bajo el mismo techo y se veían a diario, pero eran completamente extraños el uno al otro. Alekséi Aleksándrovich se había impuesto la norma de pasar a ver a su esposa todos los días, para evitar las murmuraciones de los criados; no obstante, procuraba no comer en casa. Vronski jamás aparecía por allí, pero Anna se encontraba con él en otros lugares, y Alekséi Aleksándrovich lo sabía.

Esa situación era un tormento para los tres, y ninguno habría sido capaz de soportarla un solo día si no hubiera albergado la esperanza de que iba a cambiar, de que ese molesto contratiempo era transitorio y pasajero. Alekséi Aleksándrovich confiaba en que esa pasión se marchitara, como todas las cosas de este mundo, en que todos acabaran olvidándose del asunto y su nombre no sufriera menoscabo alguno. Anna, que era la responsable de la situación, más penosa para ella que para nadie, la soportaba no sólo porque esperara algún cambio, sino porque estaba firmemente convencida de que pronto se resolvería y se aclararía todo. No tenía ni idea de cuál sería el desenlace, pero se lo imaginaba muy cercano. Vronski, involuntariamente sometido a Anna, también esperaba que un acontecimiento externo viniera a resolver todas las dificultades.

A mediados del invierno Vronski pasó una semana muy aburrida. Se le nombró acompañante de un príncipe extranjero[1] que había llegado a San Petersburgo, con la misión de mostrarle todas las curiosidades de la ciudad. Eligieron a Vronski por su buena presencia, sus modales distinguidos y respetuosos y su conocimiento de la alta sociedad. Pero la misión se le antojó muy enojosa. El príncipe no quería dejar de ver ninguna de las cosas por las que pudieran preguntarle a su regreso; además, quería disfrutar lo más posible de los placeres rusos. Vronski debía servirle de guía en uno y otro propósito. Por las mañanas iban a ver los lugares emblemáticos y por las noches participaban en las diversiones nacionales. El príncipe gozaba de una salud extraordinaria, aun para los de su condición; por medio de la gimnasia y del cuidado del cuerpo había llegado a tener tanta fuerza que, a pesar de los excesos a los que se entregaba, estaba tan fresco como uno de esos pepinos holandeses, grandes, verdes, y brillantes. Como había viajado mucho, opinaba que una de las principales ventajas de los medios modernos de comunicación consistía en la posibilidad de gozar de los placeres nacionales. Había estado en España, donde había dado serenatas y cortejado a una española que tocaba la mandolina. En Suiza había matado una *gemse*.[2] En Inglaterra, vestido de chaqueta roja, había saltado con su caballo por encima de los setos, y en una apuesta había matado doscientos faisanes. En Turquía había visitado un harén. En la India había montado elefantes y ahora, en Rusia, deseaba saborear los placeres típicos del país.

Vronski, que en cierto modo actuaba como su maestro de ceremonias, encontró grandes dificultades para organizar todos los placeres que distintas personas ofrecían al príncipe. Habían estado en las carreras, degustado tortitas, participado en una cacería de osos, paseado en troika, escuchado a las gitanas, celebrado banquetes en los que, siguiendo la costumbre rusa, se había roto la vajilla. Y el príncipe había asimilado el espíritu ruso con una facilidad sorprendente: rompía bandejas enteras de vajilla, sentaba a las gitanas en sus rodillas y parecía preguntarse si no había nada más, si eso era todo lo que el espíritu ruso podía ofrecerle.

En realidad, de todos los placeres rusos los que más le habían gustado eran las actrices francesas, una bailarina del ballet y el champán de etiqueta blanca. Vronski estaba acostumbrado a tratar con príncipes, pero, ya fuera porque él mismo había cambiado en los últimos tiempos o porque a ése lo había visto demasiado de cerca, el caso es que aquella semana le pareció terriblemente penosa. En todo momento había tenido la sensación de estar acompañando a un loco peligroso, de quien se teme no su enfermedad, sino el efecto pernicioso que su proximidad puede tener en la propia razón. Para evitar cualquier ofensa, Vronski se veía obligado a no suavizar ni por un instante ese tono de deferencia protocolaria. El príncipe trataba de manera despectiva a esas mismas personas que, para gran sorpresa de su guía, se desvivían por procurarle placeres rusos. Sus juicios sobre las mujeres rusas, a las que deseaba estudiar, hicieron enrojecer de indignación a Vronski en más de una ocasión. El principal motivo por el que el príncipe le resultaba tan insoportable era que involuntariamente se veía reflejado en él. Y lo que veía en ese espejo no halagaba su amor propio. Era un hombre muy estúpido, muy seguro de sí mismo, rebosante de salud y muy estricto en el cuidado personal. Nada más. Claro que era un caballero, eso Vronski no podía negarlo. En presencia de sus superiores hacía gala de una actitud digna, nada servil, era sencillo y desenvuelto con sus iguales y se mostraba desdeñoso y condescendiente con los inferiores. Vronski, que también era así, lo consideraba una gran virtud. Pero estaba en un plano de inferioridad con respecto al príncipe, y esa actitud entre despectiva y condescendiente le indignaba.

«¡Qué animal! ¿Es posible que yo también sea así?», pensaba.

Fuera como fuese, cuando al séptimo día se despidió del príncipe, antes de que partiera para Moscú, y escuchó sus palabras de agradecimiento, Vronski se sintió feliz de poder librarse de esa situación incómoda, de ese desagradable espejo. Se despidieron en la estación, después de regresar de una cacería de osos, en la que los rusos se habían pasado la noche entera alardeando de su valor.

II

Al volver a casa Vronski encontró una nota de Anna. «Estoy enferma y me siento muy infeliz —le escribía—. No puedo salir, pero tampoco puedo pasar más tiempo sin verle. A las siete Alekséi Aleksándrovich se marchará al Consejo y no volverá hasta las diez.» Aunque le pareció un poco extraño que le citara en su casa, cuando su marido le había prohibido recibirle, decidió acudir.

Vronski, ascendido a coronel ese invierno, había dejado el regimiento y vivía solo. Después de almorzar, se tumbó en el sofá. Al cabo de cinco minutos los recuerdos de las repugnantes escenas de las que había sido testigo en esos últimos días se mezclaron y se confundieron con la imagen de Anna y la figura de un mujik que había desempeñado un importante papel en la cacería de osos. No tardó en quedarse dormido. Se despertó en medio de la oscuridad, temblando de miedo, y se apresuró a encender una vela. «¿Qué ha pasado? ¿Qué? ¿Qué era eso tan horrible que he visto en sueños? Sí, sí, el ojeador, aquel campesino sucio y pequeño, de barbas desgreñadas, estaba inclinado, haciendo algo, y de pronto pronunciaba en francés unas palabras extrañas. Sí, eso es todo lo que he soñado —se decía—. Pero, entonces, ¿por qué era tan terrible?» Volvió a representarse, con la mayor nitidez, la figura de ese campesino, escuchó de nuevo esas incomprensibles palabras en francés, y un escalofrío de miedo le recorrió la espalda.

«¡Qué bobada!», pensó, echando un vistazo al reloj.

Ya eran las ocho y media. Llamó a su criado, se vistió deprisa y salió a la escalinata. Se había olvidado por completo del sueño y lo único que le preocupaba era no retrasarse. Al llegar a la entrada de la casa de los Karenin, consultó su reloj y vio que eran las nueve menos diez. Ante la puerta había un carruaje alto y estrecho con dos caballos grises. Reconoció la calesa de Anna. «Iba a ir a verme. Y habría sido mejor así. No me gusta entrar en esa casa. Pero da igual. No puedo esconderme», se dijo, y con la determinación del hombre acostumbrado desde la infancia a no avergonzarse de nada, se apeó del trineo y se acercó a la puerta. En ese mismo momento ésta se abrió y el portero, con una manta de viaje en la mano, llamó al coche. Vronski, que no solía reparar en los detalles, advirtió la expresión de sorpresa con que le miró. Estuvo a punto de tropezar con Alekséi Aleksándrovich en el umbral. La luz de gas daba de lleno en su rostro exangüe y chupado, el sombrero negro y la corbata blanca, que brillaba entre el cuello de castor. Los ojos inmóviles y opacos de Karenin se clavaron en la cara de Vronski. Éste le saludó, y Alekséi Aleksándrovich, frunciendo los labios, se llevó la mano al sombrero y siguió su camino. Vronski vio cómo subía al carruaje, sin darse la vuelta, tomaba la manta y unos gemelos por la ventanilla y desaparecía. A continuación entró en el vestíbulo. Tenía las cejas fruncidas y en sus ojos brillaba una expresión de orgullo y enojo.

«¡Vaya situación! —pensó—. Si se batiera, si estuviera dispuesto a defender su honor, podría actuar, exteriorizar mis sentimientos; pero esa debilidad o esa bajeza… Me obliga a desempeñar el papel de burlador, algo que nunca he pretendido ser.»

Después de la explicación que había tenido con Anna en los jardines de la señora Vrede, las ideas de Vronski habían cambiado mucho. Sin quererlo, se había sometido a Anna, que se le había entregado por entero y esperaba que decidiera su destino, resignada a todo de antemano. Ya no pensaba, como entonces, que esa relación pudiera terminar. Sus ambiciosos proyectos habían vuelto a quedar en un segundo plano. Se daba cuenta de que había salido de ese círculo de actividades en el que todo estaba definido, de que sólo vivía para esa pasión, que le unía cada vez más a esa mujer.

Desde el vestíbulo oyó los pasos de Anna, que se alejaban. Comprendió que le estaba esperando, que se había acercado a escuchar y que ahora regresaba al salón.

—¡No! —exclamó al verlo, y al oír el sonido de su propia voz sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡No, si las cosas van a seguir así, lo que debe suceder sucederá antes, mucho antes!

—¿Qué te pasa, querida?

—¿Que qué me pasa? Pues que llevo esperándote y atormentándome una hora, dos… Pero no quiero discutir contigo. Probablemente no has podido venir antes. No, no voy a reprocharte nada.

Le puso las dos manos en los hombros y lo contempló largo rato con una mirada profunda, apasionada y a la vez penetrante. Examinaba su rostro para resarcirse del tiempo que llevaba sin verlo. Como en todas sus entrevistas, sobreponía la imagen que le forjaba su imaginación (incomparablemente mejor, imposible en la realidad) con la que le mostraban sus ojos.

III

—¿Te has encontrado con él? —preguntó Anna en cuanto se sentaron a la mesa, bajo la lámpara—. Ése es tu castigo por llegar tarde.

—Sí, pero ¿cómo es que estaba aquí? ¿No tenía que acudir al Consejo?

—Fue y regresó. Y ahora iba no sé adonde. Pero da igual. No hables de eso. ¿Dónde has estado? ¿Todo el tiempo con el príncipe?

Anna conocía todos los detalles de su vida. Vronski quería decirle que, como no había pegado ojo en toda la noche, se había quedado dormido, pero, al contemplar el rostro agitado y feliz de ella, se avergonzó. Y le dijo que había tenido que ir a informar de la marcha del príncipe.

—Pero ¿ahora ha terminado todo? ¿Se ha ido?

—Sí, gracias a Dios. No puedes imaginarte lo insoportable que ha sido para mí.

—¿Por qué? Es la vida que llevan todos los hombres jóvenes —dijo Anna, frunciendo las cejas y, cogiendo la labor que tenía sobre la mesa, empezó a sacar el ganchillo sin mirar a Vronski.

—Hace tiempo que he abandonado esa vida —respondió él, sorprendiéndose del cambio que se había operado en el rostro de Anna y procurando adivinar a qué obedecía—. Debo reconocer —añadió con una sonrisa que dejó al descubierto sus magníficos dientes blancos— que a lo largo de esta semana he tenido la impresión de verme reflejado en el príncipe como en un espejo, y que la imagen no me ha gustado.

Anna, con la labor entre las manos, le miraba con ojos extraños, brillantes y hostiles.

—Esta mañana Liza ha pasado a verme. Todavía no le asusta visitarme, a pesar de la condesa Lidia Ivánovna —observó Anna—. Me habló de vuestra velada ateniense.[3] ¡Qué asco!

—Sólo quería decirte que…

Ella le interrumpió.

—¿Era ésa la Thérése a la que conocías de antes?

—Lo que quería decir…

—¡Qué repugnantes sois los hombres! ¿Cómo es posible que no os deis cuenta de que una mujer no puede olvidar esa clase de cosas? —dijo Anna, acalorándose cada vez más y revelándole la causa de su enfado—. Sobre todo una mujer que no puede conocer tu vida. ¿Qué es lo que yo sé? ¿Qué he sabido de ti? —añadió—. Lo que tú mismo me has contado. ¿Y cómo puedo saber si lo que me has contado es cierto?…

—¡Anna! Me ofendes. ¿Es que no me crees? ¿Acaso no te he dicho que no tengo un solo pensamiento que no te haya revelado?

—Sí, sí —respondió ella, haciendo visibles esfuerzos por aplacar sus celos—. Pero ¡si supieras cuánto sufro! Te creo, te creo… Bueno ¿qué es lo que me estabas

diciendo?

Pero Vronski ya no se acordaba de lo que quería decir. Esos ataques de celos, cada vez más frecuentes en los últimos tiempos, le horrorizaban, y, por más que se esforzara en disimularlo, enfriaban los sentimientos que albergaba por ella, a pesar de que sabía que la causa de los celos era el amor que le tenía. Cuántas veces se había repetido que ese amor era la auténtica felicidad. Anna le amaba como sólo puede amar una mujer para quien el amor es más importante que todas las alegrías de la vida, pero Vronski se sentía más lejos de la felicidad que en la época en que había dejado Moscú para seguirla. Entonces se consideraba feliz, aunque la felicidad estaba por delante; ahora se daba cuenta de que los mejores momentos quedaban ya detrás. Anna ya no era como en los primeros tiempos. Había cambiado a peor tanto en el aspecto físico como en el moral. Había engordado y a veces, como hacía un momento al referirse a esa actriz, su rostro adoptaba una expresión malévola que alteraba sus rasgos. Vronski la miraba como se mira una flor marchita que uno mismo ha cortado, en la que apenas se reconoce la belleza que le ha impulsado a cortarla y destrozarla. Y, sin embargo, tenía la impresión de que, cuando su amor era más fuerte, habría podido arrancarla de su corazón con un esfuerzo de la voluntad, mientras que ahora, cuando le parecía que había dejado de quererla, como le sucedía en esos instantes, sabía que no había manera de romper el vínculo que les unía.

—Entonces, ¿qué era lo que me querías decir del príncipe? Ya he expulsado a ese demonio —añadió. Así llamaban entre ellos a los celos—. Sí, ¿qué era lo que habías empezado a contarme? ¿Qué es lo que te ha resultado tan molesto?

—¡Ah, ha sido insoportable! —dijo Vronski, tratando de recuperar el hilo de sus pensamientos—. No sale ganando cuando se lo conoce a fondo. Si hubiera que definirlo, lo compararía con un animal bien cebado, como esos que reciben la medalla de honor en las ferias. Nada más —añadió, con un tono de desdén que interesó a Anna.

—Pero ¿cómo es posible? —objetó ella—. Supongo que habrá visto mucho mundo y que será un hombre instruido.

—La instrucción de esa gente no es como la nuestra. Parece como si sólo se instruyeran para tener derecho a despreciar la instrucción, como desprecian todo lo demás, excepto los placeres bestiales.

—Pero si a todos vosotros os gustan esos placeres —dijo Anna, y Vronski volvió a advertir esa mirada sombría, que evitaba la suya.

—¿Por qué lo defiendes? —preguntó Vronski, sonriendo.

—No lo defiendo. Me trae absolutamente sin cuidado. De todos modos, supongo que, si no te gustaran esos placeres, habrías renunciado a ellos. Pero el caso es que te causa placer contemplar a esa Thérése en el traje de Eva…

—¡Ya estamos! ¡Otra vez ese demonio! —exclamó Vronski, cogiéndole la mano,

que Anna había apoyado en la mesa, y besándosela.

—¡Sí, pero es que no puedo remediarlo! No te imaginas lo que he sufrido esperándote. Pienso que no soy celosa. No lo soy. Te creo cuando estás aquí conmigo. Pero cuando te vas a algún lugar tú solo y te entregas a esa vida que no comprendo…

Anna se apartó de él, sacó por fin el ganchillo de la labor y, sirviéndose del dedo índice, empezó a trenzar los hilos de lana blanca, brillantes a la luz de la lámpara. Su fina muñeca se agitaba con movimientos nerviosos y fulgurantes por debajo de la manga bordada.

—¿Y qué? ¿Dónde te has encontrado con Alekséi Aleksándrovich? —preguntó de pronto con un tono de voz nada natural.

—Nos tropezamos en la puerta.

—¿Y te saludó así?

Anna alargó su hermoso rostro, entornó los ojos, cruzó los brazos y adoptó una expresión casi idéntica a la de Alekséi Aleksándrovich cuando le saludó. Vronski sonrió, y ella estalló en esa alegre risa suya, agradable y sonora, que constituía uno de sus mayores encantos.

—La verdad es que no lo entiendo —dijo Vronski—. Si después de la explicación que tuvisteis en la residencia de verano hubiera roto contigo, si me hubiera desafiado a duelo… Pero esto no lo entiendo. ¿Cómo puede soportar esta situación? No cabe duda de que sufre.

—¿Él? —replicó Anna con ironía—. Está contentísimo.

—¿Por qué seguimos atormentándonos todos cuando las cosas podrían arreglarse?

—No, con él es imposible. ¿Es que no le conozco? Todo su ser está imbuido de mentira… ¿Cómo podría vivir conmigo si tuviera algún sentimiento? No entiende nada, no siente nada. ¿Cómo es posible que un hombre siga viviendo bajo el mismo techo con su esposa *culpable*? ¿Cómo es posible que hable con ella, que la tutee? —Y de nuevo, sin apenas darse cuenta, volvió a imitarle—: «Tú, *ma chère*. Tú, Anna.» ¡No es un ser humano, no es una persona, es un muñeco! Nadie lo sabe, pero yo sí. Ah, si estuviera en su lugar, hace tiempo que habría matado, o mejor, descuartizado a una mujer como yo, en lugar de decirle: *«Ma* chère Anna». No es un hombre, es una máquina administrativa. No entiende que soy tu mujer y que él es un extraño para mí, una figura superflua… Pero será mejor que no hablemos más de eso.

—No tienes razón, querida, no tienes razón —dijo Vronski, procurando calmarla —. Pero no importa, no hablemos más de él. Cuéntame lo que has hecho. ¿Qué te pasa? ¿Qué es esa enfermedad que tienes? ¿Qué te ha dicho el médico? —Anna le miró con una expresión entre alegre y burlona. Por lo visto, había encontrado otros aspectos ridículos y desagradables en su marido y sólo esperaba una ocasión propicia para revelárselos—. Imagino que no se trata de una enfermedad, sino de tu estado —

prosiguió Vronski—. ¿Cuándo será?

El brillo irónico desapareció de los ojos de Anna y la alegre sonrisa de antes cedió su lugar a otra en la que se reflejaba una dulce tristeza, así como la certidumbre de que estaba al tanto de algo que Vronski desconocía.

—Pronto, pronto. Dices que nuestra situación es un suplicio, que debe resolverse. Si supieras lo mucho que sufro, lo que daría por poder amarte libremente, a la luz del día. Ni yo me atormentaría ni te atormentaría a ti con mis celos… Y eso ocurrirá pronto, pero no de la manera que nos figuramos.

Al pensar en lo que, según ella, iba a suceder, se sintió tan digna de lástima que los ojos se le llenaron de lágrimas y ya no pudo continuar. Apoyó en el brazo de Vronski su mano blanquísima, cuyas sortijas brillaban a la luz de la lámpara.

—No será como nos imaginamos. No quería hablarte de esto, pero me has obligado. Pronto, muy pronto, se resolverá todo, y todos nosotros encontraremos la paz y dejaremos de sufrir.

—No te entiendo —replicó Vronski, aunque la entendía perfectamente.

—Me has preguntado que cuándo será. Pronto. Pero yo no sobreviviré. ¡No me interrumpas! —y empezó a hablar muy deprisa—. Lo sé, estoy plenamente convencida. Voy a morir, y la verdad es que me alegro, pues así os libero a los dos.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Vronski se inclinó hacia su mano y se puso a besarla, tratando de ocultar su emoción, que no era capaz de controlar, a pesar de que sabía que no tenía ningún fundamento.

—Sí, es lo mejor —dijo Anna, apretándole con fuerza la mano—. Es lo único que nos queda.

Vronski se recobró y levantó la cabeza.

—¡Qué bobada! ¡Lo que dices no tiene ningún sentido!

—Es la verdad.

—¿Qué es lo que es verdad?

—Que me voy a morir. Lo he soñado.

—¿Que lo has soñado? —repitió Vronski y por un instante se acordó del campesino al que había visto en sueños.

—Sí, hace ya mucho tiempo —respondió Anna—. Soñé que entraba corriendo en mi dormitorio para coger algo y enterarme de alguna cosa. Ya sabes cómo son los sueños —prosiguió, abriendo los ojos con espanto—. Y en un rincón de la habitación distinguí una figura…

—¡Ah, qué tontería! Cómo puedes creer…

Pero Anna no permitió que la interrumpiera. Lo que le estaba contando era demasiado importante para ella.

—Esa figura se volvió, y entonces pude ver que era un campesino pequeño y terrible, con la barba desgreñada. Quise echar a correr, pero él se inclinó sobre un

saco y se puso a rebuscar en su interior…

Anna imitó los movimientos de aquel hombre, con una expresión de terror. Vronski, acordándose del sueño que había tenido, sintió que le embargaba ese mismo terror.

—Mientras rebuscaba en el saco, pronunciaba muy deprisa unas palabras en francés, ya sabes, arrastrando las erres: *«Il faut le battre le fer, le broyer, le pétrir…»*.[4] Sobrecogida de espanto, quise despertar, y me desperté… pero en un sueño. Y empecé a preguntarme qué significaba todo eso. Oí que Kornéi me decía: «Al dar a luz, madrecita, se morirá usted al dar a luz». Entonces me desperté de verdad…

—¡Qué bobada! ¡Qué bobada! —dijo Vronski, aunque él mismo se daba cuenta de que su voz no sonaba nada convincente.

—Bueno, no hablemos más de eso. Haz el favor de llamar. Voy a ordenar que nos sirvan el té. Pero espera un momento. Creo que pronto…

Anna no acabó la frase. La expresión de su rostro cambió en un instante. El terror y la agitación dejaron paso a una atención serena, grave, beatífica. Vronski no pudo comprender a qué obedecía ese cambio. Anna había sentido que una nueva vida se agitaba en su interior.

IV

Después de encontrarse con Vronski en la entrada de su propia casa, Alekséi Aleksándrovich se dirigió a la ópera italiana, como tenía pensado. Se quedó dos actos completos y vio a todas las personas que necesitaba ver. Una vez en casa, examinó el perchero y, al comprobar que no había ningún capote militar, pasó a sus habitaciones, como hacía siempre. No obstante, en lugar de irse a dormir, como tenía por costumbre, estuvo recorriendo el despacho arriba y abajo hasta las tres de la madrugada. Le indignaba que su mujer no hubiera querido guardar las formas y se hubiera negado a cumplir la única condición que le había puesto: no recibir a su amante en su propia casa. Puesto que no había cumplido lo que le había ordenado, debía castigarla, llevando a cabo su amenaza: pedir el divorcio y quitarle a su hijo. Sabía todas las dificultades que entrañaba esa decisión, pero había dicho que lo haría y ahora iba a cumplir su amenaza. La condesa Lidia Ivánovna le había indicado más de una vez que era la mejor salida para la situación en la que se encontraba, y en los últimos tiempos la práctica de los divorcios había llegado a tal grado de perfección que Alekséi Aleksándrovich consideró posible vencer las dificultades formales. Además, las desgracias nunca vienen solas. La cuestión del asentamiento de las minorías raciales y la irrigación de los campos de la provincia de Zaraisk le estaba dando tantos disgustos que en los últimos tiempos se hallaba en un estado de irritación permanente.

No pegó ojo en toda la noche, y su enfado, que no paraba de crecer, llegó al límite por la mañana. Se vistió a toda prisa y, como si llevara una copa llena de ira y temiera derramarla, perdiendo no sólo la ira sino también la energía que necesitaba para enfrentarse con su mujer, entró en su dormitorio en cuanto se enteró de que se había levantado.

Anna, que creía conocer a fondo a su marido, se quedó sorprendida de su aspecto cuando lo vio. Su frente estaba surcada de arrugas y sus ojos, que despedían un brillo sombrío, evitaban los de ella; los labios, apretados con fuerza, indicaban un profundo desprecio. En sus andares, en sus movimientos, en el tono de su voz había una determinación y una firmeza que Anna no había visto nunca. Entró en la habitación y, sin saludarla, se dirigió directamente al escritorio, cogió las llaves y abrió el cajón.

—¿Qué es lo que quiere? —gritó Anna.

—Las cartas de su amante —respondió Karenin.

—No están aquí —dijo ella, cerrando el cajón. Al ver este gesto, Alekséi Aleksándrovich adivinó que había dado en el clavo y, apartando bruscamente la mano de Anna, se apresuró a coger la cartera en la que sabía que ella solía guardar los papeles más importantes. Anna quiso arrancarle la cartera, pero él la rechazó.

—¡Siéntese! Tengo que hablar con usted —dijo, poniéndose la cartera debajo del

brazo y apretándola con tanta fuerza con el codo que el hombro se le levantó.

Anna le miró en silencio, sorprendida e intimidada.

—Ya le dije que no le iba a permitir que recibiera a su amante en mi propia casa.

—Tenía que verle para…

Anna se interrumpió, no sabiendo qué inventar.

—No voy a entrar en detalles de por qué una mujer necesita ver a su amante.

—Sólo quería… —replicó Anna, ruborizándose. Esa grosería de su marido la irritó y le infundió valor—. ¿Es que no se da cuenta de lo fácil que le resulta ofenderme? —preguntó.

—Se puede ofender a un hombre o una mujer honrados, pero llamar ladrón a quien lo es no es más que la *constatation d'un fait*.

—Aún no conocía ese rasgo de usted: la crueldad.

—¿Considera usted cruel que un marido conceda entera libertad a su mujer y le ofrezca la salvaguarda de un nombre honrado con la única condición de que guarde las apariencias? ¿Es eso crueldad?

—¡Es algo mucho peor, es una bajeza, por si quiere usted saberlo! —exclamó Anna en un arranque de ira y, poniéndose en pie, hizo intención de salir de la habitación.

—No —gritó Karenin con su voz chillona, que ahora sonó incluso más aguda y, cogiéndola del brazo, la obligó a sentarse en su sitio: sus grandes dedos la habían apretado con tanta fuerza que el brazalete que llevaba Anna le dejó marcas rojas en la piel—. ¿Una bajeza? Ya que emplea usted esa palabra, le diré lo que es una bajeza: ¡abandonar al marido y al hijo por un amante y seguir comiendo el pan del marido!

Anna bajó la cabeza. No aludió a lo que le había dicho la víspera a su amante: que *él* era su marido y que Karenin era una figura superflua. Ni siquiera lo pensó. Se dio cuenta de lo justas que eran las palabras de Alekséi Aleksándrovich y se limitó a responder en voz baja:

—No puede usted juzgar mi situación con mayor severidad que yo. Pero ¿por qué me dice todo eso?

—¿Por qué le digo todo eso? ¿Por qué? —prosiguió Karenin con la misma irritación—. Para que sepa que, como no ha cumplido usted mi ruego de guardar las apariencias, voy a tomar medidas para que esta situación acabe de una vez.

—Acabará pronto en cualquier caso, muy pronto —dijo Anna, y, al pensar en la cercanía de esa muerte tan deseada, las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos.

—¡Más pronto incluso de lo que su amante y usted se han figurado! Necesitan ustedes satisfacer su pasión animal…

—¡Alekséi Aleksándrovich! No espero que sea usted magnánimo, pero al menos no cometa la indecencia de golpear al caído.

—Usted sólo piensa en sí misma. Los sentimientos del hombre que ha sido su

marido no le importan. Le da lo mismo que su vida esté destrozada, que sus pale… pele… palecimientos…

Alekséi Aleksándrovich hablaba tan deprisa que se trabucó y no fue capaz de pronunciar la palabra. Al final acabó diciendo «palecimientos». Anna estuvo a punto de reírse, pero en seguida se sintió avergonzada de haber encontrado algo risible en un momento así. Por primera vez, durante unos breves instantes, se puso en el lugar de su marido, comprendió sus sufrimientos y lo compadeció. Pero ¿qué podía decir o hacer? Agachó la cabeza y guardó silencio. También Karenin calló un momento. Después volvió a hablar con voz fría, ya no tan chillona, poniendo arbitrariamente hincapié en algunas palabras que no tenían una importancia especial.

—He venido a decirle…

Anna lo miró. «No, me he equivocado —pensó, al recordar la expresión del rostro de su marido cuando se aturrulló al pronunciar la palabra "palecimiento"—. No, ¿acaso un hombre con esos ojos opacos y esa prepotente serenidad puede sentir algo?»

—No puedo cambiar nada —susurró Anna.

—He venido para decirle que mañana me marcho a Moscú y que no volveré a poner un pie en esta casa. El abogado que se encargará de tramitar la petición de divorcio le informará de mi decisión. Mi hijo se irá a casa de mi hermana —añadió Alekséi Aleksándrovich, haciendo un esfuerzo por recordar lo que quería decir de su hijo.

—Se lleva a Seriozha sólo para hacerme daño —replicó Anna, mirándole de soslayo—. Usted no lo quiere… ¡Déjeme a Seriozha!

—Sí, por culpa de la repugnancia que me inspira usted, he dejado de querer a mi hijo. Pero, de todos modos, me lo llevaré. ¡Adiós!

Hizo intención de salir, pero Anna lo retuvo.

—¡Alekséi Aleksándrovich, déjeme a Seriozha! —susurró—. Es lo único que le pido. Déjeme a Seriozha hasta que… ¡Muy pronto daré a luz, déjemelo!

Alekséi Aleksándrovich se puso colorado, liberó su mano y salió de la habitación en silencio.

V

La sala de espera del eminente abogado petersburgués estaba abarrotada cuando entró Alekséi Aleksándrovich. Había tres señoras: una anciana, una joven y la mujer de un comerciante. Y tres caballeros: un banquero alemán que llevaba una sortija, un comerciante con barba y un funcionario enfurruñado, vestido de uniforme y con una cruz al cuello. Por lo visto, llevaban mucho tiempo esperando. Dos pasantes escribían en sus mesas, entre el chirrido de las plumas. Los objetos de escritorio, a los que Alekséi Aleksándrovich era tan aficionado, llamaron en seguida su atención, pues eran verdaderamente magníficos. Uno de los pasantes entornó los ojos y, sin levantarse, se dirigió a Alekséi Aleksándrovich en tono poco ceremonioso:

—¿Qué desea?

—Hablar con el abogado.

—Está ocupado —respondió con sequedad el pasante, señalando con la pluma a las personas que esperaban, y siguió escribiendo.

—¿Y no podría encontrar un momento para recibirme? —preguntó Alekséi Aleksándrovich.

—No tiene un instante libre, está siempre ocupado. Haga el favor de esperar.

—¿Sería usted tan amable de entregarle mi tarjeta? —dijo Alekséi Aleksándrovich con dignidad, viendo que no había más remedio que revelar su nombre.

El pasante cogió la tarjeta, la examinó con aire de desaprobación y salió por la puerta.

En principio, Alekséi Aleksándrovich era partidario de los juicios públicos, pero no compartía del todo algunos detalles de su aplicación en Rusia, en razón de ciertos comentarios que había oído en las altas esferas, y los censuraba, en la medida en que puede censurarse una institución sancionada por el poder supremo. Se había pasado toda la vida trabajando para la administración; por eso, siempre que expresaba su descontento con alguna medida, lo hacía de modo matizado, pues era consciente de que los errores eran inevitables; además, siempre cabía la posibilidad de enmendarlos. Lo que le desagradaba de las nuevas instituciones judiciales era el papel que se había concedido a los abogados. Pero, como hasta entonces no había tenido que tratar con ellos, su disgusto era sólo teórico; ahora, en cambio, esa visión crítica se vio reforzada por la desagradable impresión que le había causado esa sala de espera.

—Viene en seguida —le dijo el pasante.

Y, en efecto, al cabo de un par de minutos apareció en el umbral la alta figura de un viejo jurista, que había ido a hacer una consulta, así como el abogado en persona, un hombre pequeño, rechoncho y calvo, con una barba entre rojiza y negra, largas

cejas de color claro y frente abombada. Iba vestido como un novio, desde la corbata y la doble cadena del reloj hasta los botines charolados. Tenía un rostro inteligente, de campesino, pero su atuendo era pretencioso y de mal gusto.

—Haga el favor —dijo, dirigiéndose a Alekséi Aleksándrovich y, dejándole pasar con expresión sombría, cerró la puerta—. ¿No quiere sentarse? —añadió, indicándole una butaca que había al lado del escritorio, cubierto de papeles, y a continuación tomó asiento en el lugar preferente, frotándose las manos pequeñas, con dedos cortos cubiertos de vello blanco, y ladeando la cabeza. Pero apenas había tenido tiempo de acomodarse cuando una polilla revoloteó por encima de la mesa. El abogado, con una destreza que uno nunca habría esperado en un hombre así, estiró los brazos, atrapó la polilla y volvió a adoptar la misma postura.

—Antes de empezar a exponerle mi caso —dijo Alekséi Aleksándrovich, que había seguido con asombro los movimientos del abogado— debo advertirle de que lo que voy a decirle debe quedar en secreto.

Una sonrisa apenas perceptible separó las guías caídas del bigote rojizo del abogado.

—No sería abogado si no supiera guardar los secretos que me confían. Pero si necesita usted algún tipo de seguridad…

Alekséi Aleksándrovich contempló su rostro y se dio cuenta de que sus inteligentes ojos grises reían como si lo supieran todo.

—¿Conoce usted mi apellido? —prosiguió Alekséi Aleksándrovich.

—Desde luego, no hay ruso que no conozca su nombre ni los importantes servicios que ha prestado usted a la patria —respondió el abogado y, después de atrapar otra polilla, se inclinó.

Alekséi Aleksándrovich suspiró, tratando de armarse de valor. Tardó un poco en decidirse, pero, cuando por fin empezó a hablar, lo hizo sin vacilaciones ni titubeos, recalcando algunas palabras con su voz chillona.

—Tengo la desgracia —empezó diciendo— de ser un marido engañado y querría recurrir a la ley para romper los vínculos que me unen a mi mujer, es decir, solicitar el divorcio, pero de tal manera que mi hijo no se quede con su madre.

Aunque el abogado se esforzaba por mitigar la expresión risueña de sus ojos grises, se advertía en ellos una alegría incontenible. Alekséi Aleksándrovich se dio cuenta de que esa satisfacción no se debía sólo a la perspectiva de recibir un buen encargo; había también un matiz de triunfo y entusiasmo, un resplandor que le recordó el fulgor siniestro que había descubierto en los ojos de su mujer.

—¿Desea usted mi colaboración para obtener el divorcio?

—En efecto, pero debo prevenirle de que tal vez le esté haciendo perder el tiempo —dijo Alekséi Aleksándrovich—. Mi visita de hoy no es más que una consulta previa. Deseo el divorcio, pero para mí son muy importantes las formas en que pueda

conseguirse. Es muy probable que, si las formas no coinciden con mis exigencias, renuncie a la demanda legal.

—Ah, eso siempre es así —replicó el abogado—. La decisión final depende de usted.

El abogado se quedó mirando los pies de Alekséi Aleksándrovich, pues se dio cuenta de que su alegría incontenible podía ofender a su cliente. Luego se fijó en una polilla que revoloteaba por delante de sus narices y alargó el brazo, pero se abstuvo de cogerla, por consideración a la situación de Karenin.

—Aunque conozco en líneas generales la legislación sobre esta materia —prosiguió Alekséi Aleksándrovich—, me gustaría tener una idea de conjunto de los procedimientos a los que suele recurrirse en la práctica para resolver tales asuntos.

—Desea usted que le informe de los distintos caminos que le permitirían alcanzar lo que se propone —respondió el abogado, sin levantar la vista, adoptando, no sin placer, el tono que había empleado su cliente. Y, al ver que Alekséi Aleksándrovich asentía con la cabeza, prosiguió, echando de vez en cuando una mirada furtiva al rostro de su cliente, que se había cubierto de manchas rojas—. Como usted probablemente sepa, según nuestras leyes —dijo con un leve matiz de desprecio, dejando claro lo que pensaba de la legislación vigente—, el divorcio es posible en los siguientes casos… ¡Que esperen! —añadió, dirigiéndose al pasante, que se había asomado a la puerta; pero, en cualquier caso, se levantó para decirle unas palabras; a continuación volvió a sentarse—. En los siguientes casos: defectos físicos de los cónyuges, paradero desconocido de uno de ellos por un espacio de cinco años —continuó, doblando uno de sus cortos y velludos dedos— y adulterio —pronunció esa palabra con visible placer—. Y, además, tenemos las siguientes subdivisiones —prosiguió, doblando sus gruesos dedos, aunque era evidente que los casos y las subdivisiones no podían meterse en el mismo saco—: defectos físicos del marido o de la mujer, o adulterio de uno de los dos —como ya había doblado todos los dedos, antes de continuar, los desdobló—. Esto es lo que dice la teoría, pero supongo que debo el honor de su visita a su deseo de conocer la aplicación práctica. Por tanto, ateniéndome a los precedentes, debo comunicarle que todos los casos de divorcio entran dentro del siguiente supuesto… Dejando a un lado los defectos físicos y el paradero desconocido, que no concurren en el presente caso, supongo… —Alekséi Aleksándrovich asintió con la cabeza—. Entran dentro del siguiente supuesto: adulterio de uno de los cónyuges, que puede ser admitido de común acuerdo por la parte culpable o no; este último caso rara vez se presenta en la práctica —dijo y, después de mirar de reojo a Alekséi Aleksándrovich, guardó silencio, como un vendedor de pistolas que, después de describir las ventajas de dos tipos distintos de armas, espera la decisión del cliente. Pero, como Alekséi Aleksándrovich callaba, decidió continuar—: En mi opinión, lo más sencillo y sensato, y por lo demás lo más

corriente, es presentar la demanda de común acuerdo. No se me ocurriría hablarle así a una persona de pocas entendederas —añadió el abogado— pero supongo que usted me comprende.

Lo cierto es que Alekséi Aleksándrovich estaba tan turbado que en un primer momento no entendió las ventajas que ofrecía presentar la demanda de mutuo acuerdo, y esa incomprensión se reflejó en su mirada. El abogado, entonces, acudió en su ayuda:

—Supongamos que dos personas no puedan seguir viviendo juntas. Si los cónyuges lo reconocen así, los detalles y las formalidades carecen de importancia. Por lo demás, es el método más sencillo y seguro.

Ahora Alekséi Aleksándrovich lo entendió todo. Pero sus creencias religiosas le impedían aceptar esa medida.

—Esa solución debe descartarse en el presente caso —dijo—. Sólo cabe una posibilidad: demostrar el adulterio, empleando como prueba unas cartas que obran en mi poder.

Al oír hablar de cartas, el abogado frunció los labios y emitió un sonido agudo, que expresaba compasión y a la vez desprecio.

—Debe tener en cuenta —dijo— que esta clase de asuntos se resuelven por vía eclesiástica, como usted bien sabe. Y a los reverendos padres, en tales casos, les interesa conocer los más nimios detalles —añadió con una sonrisa que expresaba su simpatía por los gustos de los reverendos padres—. No cabe duda de que esas cartas podrían servir como una especie de confirmación parcial, pero las pruebas deben obtenerse de la forma más directa posible, es decir, por medio de testigos. En general, si me honra usted con su confianza, deje que elija yo las medidas que deben emplearse. Quien quiere resultados tiene que aceptar también los medios.

—En tal caso… —replicó Alekséi Aleksándrovich, palideciendo de pronto.

Pero en ese instante el abogado se levantó y se acercó de nuevo a la puerta para responder a una pregunta del pasante, que había vuelto a interrumpirles.

—¡Dígale a esa señora que nosotros no hacemos descuentos! —exclamó, antes de regresar a su lugar.

De camino, atrapó otra polilla con la mayor discreción. «Bueno se me va a quedar este verano el reps», se dijo, frunciendo el ceño.

—¿Qué me estaba diciendo usted…? —preguntó a Alekséi Aleksándrovich.

—Le informaré de mi decisión por carta —respondió Karenin, levantándose y apoyándose en la mesa. Después de una breve pausa, añadió—: De sus palabras deduzco que es posible solicitar el divorcio. Me gustaría que me informara también de sus condiciones.

—Todo es posible, si me concede plena libertad de acción —dijo el abogado, sin responder a la cuestión que le había planteado Alekséi Aleksándrovich—. ¿Cuándo

puedo contar con recibir noticias suyas? —preguntó, acercándose a la puerta, con unos ojos tan brillantes como sus botines charolados.

—Dentro de una semana. Y haga usted el favor de comunicarme sus condiciones, en caso de que acepte encargarse del asunto.

—Muy bien.

El abogado se inclinó respetuosamente y dejó salir a su cliente. Una vez solo, se entregó a ese sentimiento de alegría que le embargaba. Tan contento estaba que, en contra de lo que tenía por costumbre, hizo una rebaja en sus honorarios a la señora que regateaba. Hasta dejó de cazar polillas y decidió de una vez por todas que el próximo invierno tapizaría los muebles de terciopelo, como Sigonin.

VI

Alekséi Aleksándrovich obtuvo una brillante victoria en la sesión de la comisión celebrada el 17 de agosto, pero las consecuencias de tal victoria le pusieron en un grave aprieto. Siguiendo la propuesta de Alekséi Aleksándrovich, se nombró una nueva comisión para estudiar todos los aspectos de la vida de las minorías raciales, que fue enviada sobre el terreno con extraordinaria presteza y energía. Al cabo de tres meses se presentó un informe. La vida de las minorías se investigó en su aspecto político, administrativo, económico, etnográfico, material y religioso. Cada una de las preguntas formuladas se acompañaba de una respuesta muy bien redactada que no dejaba lugar a las dudas, ya que no eran producto del pensamiento humano, siempre sujeto a errores, sino de la actividad institucional. Todas las respuestas se apoyaban en datos oficiales e informes de gobernadores y obispos, basados en informes de autoridades regionales y arciprestes, que a su vez se habían servido de informes de funcionarios locales y párrocos; en suma, su veracidad estaba por encima de toda sospecha. Por ejemplo, todas las preguntas referentes a las malas cosechas o a la pervivencia de antiguas creencias entre la población, etcétera, que habrían tardado siglos en resolverse de no haber contado con el concurso de la maquinaria oficial, recibían ahora respuesta clara y cumplida. Y las respuestas coincidían con la opinión de Alekséi Aleksándrovich. Pero Strémov, que se había sentido herido en lo vivo en la última sesión, recurrió, al recibir los informes de la comisión, a una táctica que cogió por sorpresa a Alekséi Aleksándrovich. Ganándose la voluntad de algunos miembros, se pasó de pronto al bando de Karenin, y no sólo defendió con calor que se llevaran a cabo sus medidas, sino que propuso otras más extremas, orientadas en la misma dirección. Esas medidas, que iban mucho más allá de lo que Alekséi Aleksándrovich se había propuesto, fueron aceptadas, y entonces se descubrió la estratagema de Strémov. Al llevarlas a sus últimas consecuencias, se revelaron de pronto tan estúpidas que tanto los hombres de Estado como la opinión pública, las señoras inteligentes y los periódicos se lanzaron sobre ellas a una sola voz, expresando su indignación no sólo contra ellas, sino también contra su instigador, Alekséi Aleksándrovich. Strémov, entonces, se apartó, dando a entender que no había hecho más que seguir ciegamente el plan de Karenin, y él mismo se mostró sorprendido y escandalizado de lo que había pasado. Este incidente tuvo unas consecuencias funestas para Alekséi Aleksándrovich. No obstante, a pesar de su delicado estado de salud y de sus desdichas domésticas, no se rindió. En el seno del Comité se produjo una escisión. Algunos de los miembros, con Strémov a la cabeza, justificaron su error diciendo que habían confiado en la comisión investigadora que, dirigida por Alekséi Aleksándrovich, había presentado el informe, que ahora calificaban de absurdo, añadiendo que no valía ni siquiera el papel que se había

gastado en su redacción. Alekséi Aleksándrovich, con algunas otras personas que veían el peligro de esa actitud subversiva con respecto a los documentos oficiales, siguió defendiendo los datos que había presentado la comisión investigadora. Como consecuencia de tanta actividad, se produjo en las altas esferas, y también en la sociedad, una enorme confusión: pese a que todo el mundo manifestaba un gran interés, nadie fue capaz de determinar si las minorías gozaban de prosperidad o pasaban apuros y estrecheces. Por culpa de la polémica, y en parte también del desprecio que le había valido la infidelidad de su mujer, Alekséi Aleksándrovich se vio en una situación muy comprometida. Fue entonces cuando tomó una decisión importante. Con gran asombro de la comisión, anunció que iba a solicitar autorización para estudiar el asunto sobre el terreno. Y, una vez obtenido el permiso, partió para aquellas provincias lejanas.

El viaje de Alekséi Aleksándrovich levantó mucho revuelo, tanto más cuanto que, antes de ponerse en camino, renunció oficialmente a la cantidad que el gobierno le había concedido para los doce caballos que necesitaría para llegar a su destino.

—Me parece un gesto muy noble —dijo Betsy a la princesa Miágkaia, refiriéndose a ese detalle—. ¿Por qué asignar dinero para caballos de posta cuando todo el mundo sabe que el tren llega ya a todas partes?

Pero la princesa Miágkaia no estaba de acuerdo, y hasta le irritó la opinión de su amiga.

—Es muy fácil para usted hablar así —repuso—, porque tiene no sé cuántos millones. Pero a mí me gusta mucho que mi marido vaya de inspección en verano. Además de que le encanta viajar, le sienta bien a la salud. Y con ese dinero yo me las arreglo para disponer de carruaje y de cochero.

De camino a esas provincias lejanas, Alekséi Aleksándrovich se detuvo tres días en Moscú.

Al día siguiente de su llegada fue a visitar al gobernador general. En la encrucijada del callejón Gazetni, siempre atestada de coches particulares y de alquiler, oyó de pronto que alguien gritaba su nombre en voz tan alta y alegre que no pudo por menos de volverse. En el borde de la acera, con un abrigo corto a la moda y un sombrero ladeado no menos corto y no menos de moda, Stepán Arkádevich, con una sonrisa que dejaba al descubierto una hilera de dientes blancos entre los labios rojos, y ese aspecto juvenil, radiante y satisfecho, suplicaba insistentemente al cochero que se detuviera. Se agarraba con una mano a la ventanilla de un carruaje que se había detenido, por la que asomaba una cabeza de mujer con un sombrero de terciopelo y dos cabecitas infantiles, y, sin dejar de sonreír, llamaba a su cuñado. La señora sonreía bondadosamente y también le hacía señas con la mano. Era Dolly con los niños.

Alekséi Aleksándrovich no quería ver a nadie en Moscú, y mucho menos al

hermano de su mujer. Se descubrió y se dispuso a seguir su camino, pero Stepán Arkádevich ordenó al cochero que se detuviera y corrió a través de la nieve hasta llegar a su lado.

—¿Cómo no te da vergüenza no habernos informado de tu llegada? ¿Hace mucho que has venido? Ayer estuve en el Hotel Dussaux y vi en el registro el nombre de Karenin, pero no se me pasó por la cabeza que pudieras ser tú —dijo Stepán Arkádevich, metiendo la cabeza por la ventanilla del coche—. De haberlo sabido, me habría pasado por tu habitación. ¡Cuánto me alegro de verte! —añadió, golpeándose un pie con el otro para sacudirse la nieve—. ¿Cómo no te da vergüenza no habernos informado de tu llegada? —repitió.

—No he tenido tiempo, estoy muy ocupado —respondió Alekséi Aleksándrovich con sequedad.

—Ven a saludar a mi mujer. Tiene muchas ganas de verte.

Alekséi Aleksándrovich retiró la manta con la que se cubría las piernas ateridas, se apeó del coche y se dirigió, a través de la nieve, al lugar donde estaba el coche de Daria Aleksándrovna.

—¿Qué pasa, Alekséi Aleksándrovich? ¿Por qué nos evita usted de esta manera? —preguntó Dolly, con una triste sonrisa.

—He estado muy ocupado. Me alegro mucho de verla —dijo, aunque el tono de su voz indicaba claramente todo lo contrario—, ¿Cómo está usted?

—¿Y qué es de mi querida Anna?

Alekséi Aleksándrovich farfulló algo e hizo ademán de marcharse. Pero Stepán Arkádevich lo retuvo.

—Mira lo que vamos a hacer mañana. ¡Dolly, invítale a comer! Llamaremos a Kóznishev y a Pestsov para que departas con los intelectuales moscovitas.

—Le ruego que venga —dijo Dolly—. Le esperamos a las cinco, o a las seis, si lo prefiere. Pero ¿cómo está mi querida Anna? Hace tanto tiempo…

—Está bien —farfulló Alekséi Aleksándrovich, frunciendo el ceño—. ¡Encantado de verla! —añadió, y se dirigió a su carruaje.

—¿Vendrá usted? —gritó Dolly.

Alekséi Aleksándrovich dijo algo que Dolly no llegó a entender por culpa del rumor del tráfico.

—¡Pasaré a verte mañana! —le gritó Stepán Arkádevich.

Alekséi Aleksándrovich subió al coche y se acurrucó en un rincón, como si no quisiera ver ni ser visto.

—¡Qué tipo tan raro! —le dijo Stepán Arkádevich a su mujer. A continuación consultó el reloj, hizo un gesto cariñoso dirigido a su mujer y a sus hijos y echó a andar por la acera con paso resuelto.

—¡Stiva! ¡Stiva! —gritó Dolly, ruborizándose.

Oblonski se dio la vuelta.

—Tengo que comprarle un abrigo a Grisha y otro a Tania. ¡Dame dinero!

—No te preocupes. Di que ya lo pagaré yo.

Y, después de saludar con una alegre inclinación de cabeza a un conocido que pasaba en coche, se perdió entre la multitud.

VII

Al día siguiente era domingo. Stepán Arkádevich acudió al ensayo de un ballet en el Teatro Bolshói y ofreció a Masha Chíbisova, una bailarina muy bonita que había sido contratada recientemente por recomendación suya, un collar de coral que le había prometido la víspera. Aprovechándose de la semioscuridad que reinaba entre bastidores, se las ingenió para besar su bella carita, que resplandecía de alegría por el regalo. Además de entregarle el regalo, quería concertar una cita para después de la representación. Le anunció que no le sería posible asistir al comienzo de la función, pero prometió llegar a tiempo para el último acto y llevarla a cenar. Desde el teatro, Stepán Arkádevich se dirigió en coche al mercado Ojotni, donde eligió el pescado y los espárragos para la comida. A las doce ya estaba en el Dussaux, donde tenía que visitar a tres personas que, por suerte para él, se alojaban en el mismo hotel: Levin, que había llegado hacía poco del extranjero; su nuevo jefe, al que acababan de nombrar para ese alto cargo y que había ido a Moscú en viaje de inspección; y su cuñado Karenin, a quien quería llevar sin falta a comer a su casa.

Stepán Arkádevich era aficionado a la buena mesa, pero lo que más le gustaba era ofrecer comidas, no tanto copiosas como refinadas, y no sólo en lo relativo a las viandas y la bebida, sino también a la elección de los invitados. El menú de la comida de ese día era de su especial agrado: se servirían percas recién pescadas, espárragos y *la piece de résistance*,[5] un rosbif sencillo pero magnífico, todo ello regado de vinos apropiados. Los invitados serían Kitty y Levin, a los que acompañarían, para que la cosa no pareciera demasiado premeditada, otra prima y el joven Scherbatski. En cuanto a *la piece de résistance* de los invitados, la constituían Serguéi Kóznishev, moscovita y filósofo, y Alekséi Aleksándrovich, petersburgués y práctico. También asistiría el excéntrico y entusiasta Pestsov, hombre liberal, hablador, músico e historiador, el más simpático de los jovencitos de cincuenta años, que haría las veces de salsa o guarnición de Kóznishev y Karenin. Sería el encargado de incitarlos y azuzarlos.

La idea de la comida complacía a Stepán Arkádevich desde todos los puntos de vista. Había recibido el dinero correspondiente al segundo plazo de la venta del bosque y aún no lo había gastado; además, Dolly se mostraba muy cariñosa y afable en los últimos tiempos. En general, su estado de ánimo no podía ser mejor. Había dos circunstancias un tanto desagradables, pero eran apenas dos gotas de agua en el mar de alegría jubilosa que inundaba su alma. En primer lugar, la víspera, cuando se encontró con Alekséi Aleksándrovich, notó que lo trataba con sequedad y rudeza; a partir de ahí, relacionando la expresión de su cuñado y el hecho de que no los hubiera visitado ni anunciado su llegada con los rumores que había oído sobre Anna y Vronski, adivinó que algo no marchaba bien entre su hermana y su marido.

Era un asunto enojoso. La segunda circunstancia desagradable era que su nuevo jefe, como suele suceder en tales casos, tenía fama de ser un hombre terrible, que se levantaba a las seis de la mañana, trabajaba como una mula y exigía lo mismo de sus subordinados. Además, corrían rumores de que era muy arisco en su trato con los demás y de que defendía posiciones diametralmente opuestas a las de su anterior jefe, que eran también las de Stepán Arkádevich. La víspera Oblonski se había presentado en el trabajo vestido de uniforme y el nuevo jefe se había mostrado muy amable y había hablado con él como con un conocido. Por eso consideraba su deber hacerle una visita vestido de paisano. Y ésa era la segunda circunstancia desagradable: la posibilidad de que el nuevo jefe pudiera recibirlo con frialdad. Pero Stepán Arkádevich sentía instintivamente que todo *se enderezaría*. «Son seres humanos igual que nosotros, pecadores. ¿Por qué habríamos de discutir y enfadarnos», pensó al entrar en el hotel.

—Hola, Vasili —dijo, dirigiéndose a un camarero al que conocía, mientras cruzaba el pasillo con el sombrero ladeado—. ¿Te has dejado crecer las patillas? Levin se aloja en la habitación número siete, ¿no? Acompáñame, por favor. Y ve a ver si el conde Anichkin —así se llamaba el nuevo jefe— puede recibirme.

—A sus órdenes —respondió Vasili, sonriendo—. Hace tiempo que no le veíamos por aquí.

—Estuve ayer, pero entré por una puerta distinta. ¿Es ésta la siete?

Cuando Stepán Arkádevich entró, Levin estaba en medio de la habitación con un mujik de Tver, midiendo una piel de oso.

—¿Qué? ¿Lo has matado tú? —gritó Stepán Arkádevich—. ¡Una pieza magnífica! ¿Era una osa? ¡Hola, Arjip!

Estrechó la mano del mujik y se sentó en una silla, sin quitarse el abrigo ni el sombrero.

—Quítate el abrigo y quédate un rato —dijo Levin, cogiendo su sombrero.

—No, no tengo tiempo. Sólo voy a quedarme un momento —respondió Stepán Arkádevich. En un principio sólo se desabotonó el abrigo, pero al final se lo quitó y pasó una hora entera hablando con Levin de cacerías y de otros temas más íntimos—. Bueno, cuéntame qué has hecho en el extranjero. ¿Dónde has estado? —preguntó cuando salió el mujik.

—Pues en Alemania, en Prusia, en Francia, en Inglaterra. Pero no en las capitales, sino en las ciudades industriales. He visto un montón de cosas nuevas. Me alegro mucho de haber emprendido este viaje.

—Sí, ya conozco tus ideas sobre la organización del trabajo.

—No, no es eso. En Rusia no puede hablarse de cuestión obrera. Lo que debe analizarse en nuestro país es la relación de los trabajadores con la tierra. Este tema también preocupa en Europa, pero allí se trata de enmendar lo que no funciona bien,

mientras que aquí…

Stepán Arkádevich escuchaba con atención a su amigo.

—¡Sí, sí! Es muy posible que tengas razón —dijo—. En cualquier caso, me alegro de verte tan animado. Cazas osos, trabajas, te interesas por las cosas. Scherbatski me dijo que se había encontrado contigo y que te había visto muy desanimado, que sólo hablabas de la muerte…

—¿Y qué? No he dejado de pensar en la muerte —dijo Levin—. Lo cierto es que tarde o temprano tenemos que morir. Y que todo es absurdo. A decir verdad, aprecio muchísimo mi idea y mi trabajo, pero en el fondo me doy cuenta de que todo este mundo nuestro no es más que una partícula de moho que ha crecido en un planeta minúsculo. Y todo eso que imaginamos tan grande, nuestras ideas, nuestras obras, no son sino granos de arena.

—Pero ¡eso, amigo mío, es tan viejo como el mundo!

—Desde luego. Pero, cuando acabas dándote cuenta, todo te parece insignificante. Cuando comprendes que hoy o mañana te vas a morir y que todo desaparecerá, ya nada tiene valor. Por muy importante que considere mi idea, en el fondo no deja de ser tan intrascendente, aunque se llevara a cabo, como seguir el rastro de esta osa. Y así pasamos la vida, distrayéndonos con la caza y con el trabajo, para no pensar en la muerte.

Al escuchar a Levin, Stepán Arkádevich esbozó una sonrisa sutil y cariñosa.

—¡Sí, claro! Pero has llegado a la misma conclusión que yo. ¿Te acuerdas de los reproches que me dirigiste por buscar los placeres de la vida? «No seas tan severo, ¡oh moralista!…»[6]

—En cualquier caso, lo bueno que tiene la vida… —Levin perdió el hilo de lo que quería decir—. En fin, no sé. Lo único que sé es que moriremos pronto.

—¿Por qué pronto?

—Y, ¿sabes una cosa?, cuando piensa uno en la muerte, la vida pierde gran parte de sus encantos, pero se vuelve más apacible.

—Al contrario. Los últimos días son los más alegres. Pero tengo que irme —dijo Stepán Arkádevich, levantándose por enésima vez.

—¡Quédate un poco más! —dijo Levin, reteniéndolo—. ¿Cuándo volveremos a vernos? Me marcho mañana.

—¡Pues sí que estoy bueno! Precisamente para eso he venido… Ven a comer hoy sin falta a nuestra casa. Estará tu hermano, y también mi cuñado Karenin.

—¿Es que se encuentra en Moscú? —dijo Levin, y quiso preguntar por Kitty. Había oído que había pasado los primeros días del invierno en San Petersburgo, en casa de su hermana, casada con un diplomático, y no sabía si había regresado o no. Pero al final cambió de opinión y no preguntó nada. «Me da lo mismo que esté o que no esté.»

—¿Vendrás?

—Sí, claro.

—Entonces a las cinco, y de levita.

Stepán Arkádevich se levantó y bajó a ver a su nuevo jefe. Su instinto no le había engañado. Aquel personaje tan terrible resultó ser un hombre de lo más amable. Stepán Arkádevich almorzó con él y se demoró allí tanto tiempo que hasta después de las tres no fue a ver a Alekséi Aleksándrovich.

VIII

Después de regresar de misa, Alekséi Aleksándrovich pasó toda la mañana en su habitación. Tenía que ocuparse de dos asuntos: en primer lugar, recibir a una delegación de las minorías raciales, que se hallaba en esos momentos en Moscú, camino de San Petersburgo; en segundo, escribir al abogado la carta que le había prometido. La delegación, aunque constituida por iniciativa suya, presentaba muchos inconvenientes y hasta riesgos, y Alekséi Aleksándrovich se alegró mucho de encontrarla todavía en Moscú. Sus miembros no tenían ni la más remota idea de su cometido ni de sus responsabilidades. Creían ingenuamente que su tarea consistía en exponer sus necesidades y la situación real en la que se encontraban, y en solicitar la ayuda del gobierno. Eran incapaces de comprender que algunas de sus declaraciones y exigencias favorecerían a la facción enemiga y, por tanto, podrían dar al traste con todo el asunto. Alekséi Aleksándrovich parlamentó largo rato con ellos, les redactó un programa, del que no debían apartarse y, después de despedirlos, escribió varias cartas a San Petersburgo en las que solicitaba a diversas personas que guiaran los pasos de la delegación. Su principal colaboradora en ese cometido era la condesa Lidia Ivánovna, especialista en materia de delegaciones, pues nadie se daba tanta maña para adiestrarlas y orientarlas en el camino que debían seguir. Una vez concluida esa tarea, Alekséi Aleksándrovich escribió la carta para el abogado. Sin la menor vacilación, le autorizaba para que diera los pasos que considerara oportunos. Adjuntó tres notas de Vronski a Anna que había encontrado en la cartera de su mujer.

Desde el momento en que Alekséi Aleksándrovich salió de su casa con la intención de no volver, desde que visitó al abogado, con lo que al menos una persona estaba ya enterada de su decisión, y, sobre todo, desde que ese asunto privado se convirtió en una cuestión de papeleo, fue aferrándose cada vez más a esa resolución, y ahora veía claramente la posibilidad de ponerla en ejecución.

Estaba sellando la carta para el abogado cuando oyó la voz recia de Stepán Arkádevich, que discutía con su criado e insistía en que le anunciara.

«Da igual —pensó Karenin—. Tanto mejor. Le contaré lo que ha pasado y le explicaré por qué no puedo ir a comer a su casa.»

—¡Que entre! —dijo en voz alta, recogiendo los papeles y metiéndolos en la carpeta.

—¿Ves cómo mentías? ¡Está en su habitación! —exclamó Stepán Arkádevich, dirigiéndose al criado que no le dejaba pasar. Y, al tiempo que se acercaba a su cuñado, empezó a quitarse el abrigo—. ¡Me alegro mucho de encontrarte aquí! Espero que… —empezó a decir alegremente.

—No puedo ir —contestó Alekséi Aleksándrovich con sequedad, sin sentarse y sin invitar a Oblonski a que lo hiciera.

Karenin se creía obligado a adoptar desde el primer momento una actitud fría con el hermano de su mujer, contra la que había iniciado un proceso de divorcio. Pero no había contado con ese mar de bondad que desbordaba las orillas del alma de Stepán Arkádevich.

Oblonski abrió desmesuradamente sus ojos claros y brillantes.

—¿Cómo que no puedes? ¿Qué quieres decir? —preguntó en francés, lleno de perplejidad—. Pero si me lo has prometido. Todos contamos contigo.

—No puedo ir a tu casa porque las relaciones de parentesco que nos unían van a terminar.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? ¿Por qué? —preguntó Stepán Arkádevich con una sonrisa.

—Porque he iniciado los trámites para divorciarme de tu hermana. He tenido que…

Pero no le dio tiempo a concluir su discurso: en contra de lo que había esperado, Stepán Arkádevich lanzó un gemido y se desplomó en un sillón.

—¡No es posible, Alekséi Aleksándrovich! —exclamó, con una expresión de sufrimiento.

—Así es.

—Perdóname, pero no me lo puedo creer…

Alekséi Aleksándrovich se sentó, consciente de que sus palabras no habían producido el efecto deseado y de que tendría que ofrecerle una explicación. Al mismo tiempo se daba cuenta de que esa explicación, fuera del tenor que fuera, no cambiaría en nada las relaciones con su cuñado.

—Pues sí, me he visto en la triste necesidad de pedir el divorcio.

—Sólo quiero decirte una cosa, Alekséi Aleksándrovich. Sé que eres un hombre justo y virtuoso. Por otro lado, también conozco a Anna (perdóname, pero no puedo cambiar mi opinión sobre ella) y la considero una mujer excelente y maravillosa. Por eso no puedo creer lo que acabas de decirme. Debe de tratarse de un malentendido —dijo.

—Si sólo fuese un malentendido…

—Bueno, lo comprendo —le interrumpió Stepán Arkádevich—. Pero permíteme que te diga una cosa: no hay que precipitarse. ¡No hay que precipitarse!

—No me he precipitado —repuso Alekséi Aleksándrovich con frialdad—. Pero en cuestiones de este tipo no se puede pedir consejo a nadie. Mi decisión es irrevocable.

—¡Qué horror! —exclamó Stepán Arkádevich, emitiendo un profundo suspiro—. Pero aún puede hacerse algo, Alekséi Aleksándrovich. Te ruego que me escuches —dijo—. Si no he entendido mal, el proceso aún no está en marcha. Antes de iniciar los trámites, ve a ver a mi mujer y habla con ella. Quiere a Anna como a una hermana, y

también te quiere a ti. Además, es una mujer extraordinaria. ¡Por el amor de Dios, habla con ella! Hazme ese favor, te lo ruego.

Alekséi Aleksándrovich se sumió en reflexiones; Stepán Arkádevich lo miraba con compasión, sin romper su silencio.

—¿Irás a verla?

—No lo sé. Por eso no he ido a visitaros. Supongo que nuestras relaciones deben cambiar.

—¿Por qué? Yo no lo veo así. Espero que, dejando a un lado los lazos familiares que nos unen, compartas, al menos en parte, los sentimientos de amistad y el profundo respeto que siempre te he profesado… —dijo Stepán Arkádevich, estrechándole la mano—. Aun en el caso de que tus peores sospechas acaben confirmándose, jamás entraré a juzgar a ninguna de las dos partes, así que no veo la razón por la que nuestras relaciones deban cambiar. Pero ahora haz lo que te pido: ve a ver a mi mujer.

—Vemos este asunto de distinta manera —replicó Alekséi Aleksándrovich con frialdad—. En cualquier caso, es mejor que lo dejemos.

—Pero ¿por qué no quieres venir, aunque sólo sea para comer? Mi mujer te espera. Ven, por favor. Y, sobre todo, habla con ella. Es una mujer extraordinaria. ¡Por el amor de Dios! ¡Te lo pido de rodillas!

—Bueno, si tan importante es para ti, iré —respondió Alekséi Aleksándrovich, suspirando.

Y, deseando cambiar de conversación, le preguntó por algo que les interesaba a ambos: el nuevo jefe de Stepán Arkádevich, un hombre que, aunque no tenía una edad avanzada, había sido nombrado para un cargo tan alto.

A Alekséi Aleksándrovich nunca le había caído bien el conde Anichkin, de cuyas opiniones siempre discrepaba, pero ahora no pudo evitar un sentimiento de envidia, comprensible en un funcionario que ha sufrido una derrota en el desempeño de sus funciones cuando ve que un compañero recibe un ascenso.

—Entonces, ¿lo has visto? —preguntó Alekséi Aleksándrovich con una sonrisa venenosa.

—Pues claro. Ayer se pasó por la oficina. Por lo visto, está al corriente de todo y es muy activo.

—Sí, pero ¿a qué dedicará sus energías? —preguntó Alekséi Aleksándrovich—, ¿A hacer su labor o a modificar lo que han hecho los demás? La mayor desgracia de este país es esa idea de la administración basada en el papeleo, de la que él es un digno representante.

—La verdad es que no creo que se le pueda poner ninguna pega. No sé cuáles serán sus intenciones, pero me ha parecido un muchacho encantador —respondió Stepán Arkádevich—. Acabo de estar con él, y sólo puedo decir que es un muchacho

encantador. Hemos almorzado juntos y le he enseñado a preparar esa bebida tan refrescante con vino y naranjas. Figúrate, no la conocía. Le ha gustado mucho. Sí, como te lo digo, un muchacho encantador. —Stepán Arkádevich consultó su reloj—. ¡Ah, Dios mío, si ya son más de las cuatro! ¡Y todavía tengo que pasar por casa de Dolgovushin! No dejes de ir a comer, por favor. No puedes imaginarte el disgusto que le darías a mi mujer.

Alekséi Aleksándrovich despidió a su cuñado de un modo muy distinto a como lo había recibido.

—He prometido que iría e iré —respondió sin mucho entusiasmo.

—Créeme que aprecio ese gesto en lo que vale. No te arrepentirás —dijo Oblonski, sonriendo—. ¡A las cinco, y de levita, por favor! —insistió una vez más, volviéndose desde la puerta.

IX

Eran ya más de las cinco, y algunos invitados ya habían llegado cuando hizo su aparición el dueño de la casa. Entró acompañado de Serguéi Ivánovich Kóznishev y de Pestsov, a los que se había encontrado en la puerta. Eran dos representantes destacados de la intelectualidad moscovita, como decía Oblonski. Ambos gozaban del respeto general, tanto por su carácter como por su inteligencia. Se estimaban el uno al otro, aunque profesaban ideas contrarias e irreconciliables sobre casi todo, no porque pertenecieran a corrientes distintas, sino porque eran del mismo partido (sus enemigos no veían diferencias entre ellos), aunque cada uno encarnaba una sensibilidad distinta. Y, como nada se presta más al desacuerdo que profesar opiniones distintas sobre cuestiones abstractas, no sólo no coincidían nunca en sus puntos de vista, sino que estaban acostumbrados desde hacía mucho tiempo a burlarse de los errores incorregibles del otro, aunque nunca llegaban a enfadarse.

Entraban por la puerta, hablando del tiempo, cuando Stepán Arkádevich los alcanzó. En el salón se encontraban ya el príncipe Aleksandr Dmítrevich, suegro de Oblonski, el joven Scherbatski, Turovtsin, Kitty y Karenin.

Stepán Arkádevich se dio cuenta en seguida de que, sin él, la conversación no acababa de arrancar. Daria Aleksándrovna, con su elegante vestido de seda gris, preocupada sin duda por los niños, que tenían que comer solos en su cuarto, y por la ausencia de su marido, no había sabido entretener a los invitados. Estaban todos sentados como hijas de pope de visita (según expresión del viejo príncipe), preguntándose cómo habían acabado allí y buscando alguna palabra con la que romper su silencio. El bondadoso Turovtsin se sentía fuera de su elemento, y la sonrisa de sus gruesos labios, con la que acogió a Stepán Arkádevich, parecía decir: «¡Pues sí, amigo, a buen sitio me has traído! A decir verdad, preferiría tomarme un trago en el Château des Fleurs». El viejo príncipe guardaba silencio y miraba de reojo con sus ojos brillantes a Karenin; Stepán Arkádevich comprendió que ya se le había ocurrido algún mote para designar a ese hombre de Estado, un elemento tan importante de esa reunión como el esturión en otras. Kitty miraba la puerta y trataba de hacer acopio de todas sus fuerzas para no ruborizarse cuando apareciera Konstantín Levin. El joven Scherbatski, a quien no habían presentado a Karenin, se esforzaba por aparentar que aquello le dejaba indiferente. En cuanto a Karenin, llevaba frac y corbata blanca, como se estilaba en San Petersburgo en las comidas a las que asistían señoras. Por su semblante, Stepán Arkádevich adivinó que sólo había ido para cumplir con su palabra y que consideraba un deber penoso participar en esa reunión. Era el principal responsable de la frialdad que flotaba en el ambiente antes de la llegada de Stepán Arkádevich.

Al entrar en el salón, Oblonski se disculpó por su retraso y explicó que lo había

retenido cierto príncipe, del que siempre se servía como chivo expiatorio para justificar sus retrasos y sus ausencias. En un momento presentó a todos los invitados, puso en contacto a Alekséi Aleksándrovich con Serguéi Kóznishev y sacó a colación la cuestión de la rusificación de Polonia, que suscitó en seguida un animado debate entre ambos, en el que también intervino Pestsov. Después de darle unas palmadas a Turovtsin en el hombro, le susurró algo divertido y lo acomodó al lado de su mujer y del príncipe. Luego le dijo a Kitty que estaba muy guapa y presentó a Scherbatski a Karenin. Tanta maña se dio para moldear esa masa social que en un momento el salón se animó y se llenó de voces alegres. Sólo faltaba Konstantín Levin. Pero era mejor así porque, al entrar en el comedor, Stepán Arkádevich descubrió con horror que el vino de oporto y el jerez no lo habían traído de Levé, sino de Deprez. Después de ordenar al cochero que fuera cuanto antes a Levé, se dirigió al salón.

Al salir del comedor, se encontró con Konstantín Levin.

—¿Llego tarde?

—¿No llegas siempre tarde? —respondió Stepán Arkádevich, cogiéndole del brazo.

—¿Tienes muchos invitados? ¿Y quiénes son? —preguntó Levin, ruborizándose involuntariamente, y sacudiendo con un guante la nieve de su gorro.

—Los conoces a todos. También está Kitty. Vamos, te presentaré a Karenin.

A pesar de sus opiniones liberales, Stepán Arkádevich sabía que la mayoría de la gente consideraba halagador conocer a Karenin: por eso había invitado a sus mejores amigos. Pero en esos momentos Konstantín Levin no se hallaba en condiciones de apreciar en su justo valor ese privilegio. No había vuelto a ver a Kitty desde aquella velada fatídica en que había coincidido con Vronski, siempre que no se tuviera en cuenta esa fugaz aparición en el camino real. En el fondo de su alma sabía que esa tarde se encontraría con ella. Pero, tratando de salvaguardar su libertad de pensamiento, había procurado convencerse de que no lo sabía. Y ahora, al oír que estaba allí, sintió de repente tal alegría y a la vez tal temor que se le cortó la respiración y fue incapaz de pronunciar palabra.

«¿Cómo será ahora? ¿Cómo? ¿Será como antes o como la vi en la calesa? ¿Y si fuera verdad lo que me dijo Daria Aleksándrovna? ¿Y por qué iba a ser mentira?», pensaba.

—Ah, haz el favor de presentarme a Karenin —acertó a pronunciar y entró en el salón con una suerte de resolución desesperada. Fue entonces cuando la vio.

No era ni la muchacha de antes ni la jovencita que había vislumbrado en la calesa. Estaba completamente cambiada.

Parecía temerosa, cohibida, avergonzada, y todo ello le comunicaba aún mayor encanto. Lo vio en el instante mismo en que entraba en la habitación. Lo estaba esperando. Se alegró, y acto seguido se sintió tan turbada de su propia alegría que

hubo un momento, precisamente cuando Levin se acercó a la dueña de la casa y volvió a mirarla, en que tanto ella como él y la propia Dolly, que se había dado cuenta de todo, pensaron que no podría contenerse y se echaría a llorar. Se puso colorada, palideció, se ruborizó de nuevo y se quedó inmóvil, los labios ligeramente temblorosos, mientras esperaba que Levin se aproximara. Por fin llegó a su lado, se inclinó y le tendió la mano en silencio. De no haber sido por el ligero temblor de sus labios y la humedad que empañaba sus ojos, haciéndolos aún más brillantes, la sonrisa con que lo acogió habría podido parecer serena.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos! —dijo, con la misma resolución desesperada con que había entrado él, y le apretó la mano con sus dedos fríos.

—Usted no me ha visto a mí, pero yo a usted sí —dijo Levin, con una radiante sonrisa de felicidad—. La vi cuando se dirigía de la estación a Yergushovo.

—¿Cuándo? —preguntó Kitty con sorpresa.

—Iba usted a Yergushovo —prosiguió Levin, sintiendo que la felicidad que embargaba su alma le ahogaba. «¡Cómo he podido creer que esta delicada criatura pudiera albergar un pensamiento que no fuera inocente! Sí, por lo visto es verdad lo que me dijo Daria Aleksándrovna», se dijo.

Stepán Arkádevich lo cogió del brazo y lo llevó hasta donde estaba Karenin.

—Permítanme que les presente. —Y pronunció sus nombres respectivos.

—Me alegro mucho de volver a verlo —dijo con sequedad Alekséi Aleksándrovich, estrechando la mano de Levin.

—¿Es que se conocen ustedes? —preguntó con asombro Stepán Arkádevich.

—Hemos pasado tres horas juntos en un vagón —respondió Levin, sonriendo—, pero salimos tan intrigados como de un baile de máscaras, al menos yo.

—¡Vaya! Por aquí, hagan el favor —dijo Stepán Arkádevich, señalando el comedor.

Los hombres pasaron al comedor y se acercaron a la mesa con los entremeses, en la que había seis clases de vodka y otras tantas de queso, con cuchillitos de plata o sin ellos, caviar, arenques, conservas de todo tipo y platos con rebanadas de pan francés.

Mientras probaban el vodka aromático y tomaban un bocado, la conversación que habían entablado Serguéi Ivánovich Kóznishev, Karenin y Pestsov sobre la rusificación de Polonia bajó de tono, en espera de la comida.

Serguéi Ivánovich, que no tenía rival a la hora de poner fin a la conversación más abstracta y seria añadiendo de pronto una pulgarada de sal ática, con la que desconcertaba a sus interlocutores, recurrió a dicha estratagema también ahora.

Alekséi Aleksándrovich sostenía que la rusificación de Polonia sólo podía llevarse a cabo en nombre de los más altos principios, que siempre debían guiar los pasos de la administración rusa.

Pestsov insistía en que una nación sólo puede asimilar a otra cuando su población

es más numerosa.

Kóznishev admitía una cosa y otra, pero con salvedades. Para acabar de una vez con la conversación, en el momento en que salían del salón dijo sonriendo:

—Por eso el único medio de rusificar a las minorías raciales consiste en tener el mayor número posible de hijos. En ese sentido, mi hermano y yo no tenemos disculpa. En cambio ustedes, señores casados, y sobre todo usted, Stepán Arkádevich, son auténticos patriotas. ¿Cuántos hijos tiene? —añadió, dirigiéndose al dueño de la casa con una afable sonrisa y alargándole una copa diminuta.

Todos se echaron a reír, y las carcajadas de Oblonski sonaron especialmente alegres.

—¡Sí, no hay mejor remedio que ése! —exclamó, masticando un pedazo de queso y escanciando un vodka de una clase especial en la copa que su invitado le presentaba.

La conversación se interrumpió con esa broma.

—Este queso no está mal. ¿Quieren un poco? —preguntó el anfitrión—. ¿Es que has vuelto otra vez a tus ejercicios de gimnasia? —añadió, dirigiéndose a Levin, al tiempo que le palpaba un músculo con la mano izquierda.

Levin sonrió, flexionó el brazo, y bajo los dedos de Stepán Arkádevich y el fino paño de la levita, se dibujó un bulto duro como el acero y redondo como un queso de bola.

—¡Vaya bíceps! ¡Estás hecho un Sansón!

—Supongo que se requerirá una gran fuerza para participar en cacerías de osos —dijo Alekséi Aleksándrovich, que tenía una idea bastante vaga de la caza, mientras untaba queso en una rebanada y desgarraba la miga, fina como una tela de araña.

Levin sonrió.

—Nada de eso. Al contrario. Hasta un niño puede matar un oso —dijo, apartándose y haciendo una ligera reverencia a las señoras, que se acercaban a la mesa de los entremeses con la anfitriona.

—Me han dicho que ha matado usted un oso —dijo Kitty, tratando en vano de pinchar con el tenedor una seta gelatinosa y desobediente, entre un temblor de encajes, bajo los que se transparentaba su brazo blanco—. ¿Es que hay osos en su finca? —añadió, volviendo a medias su adorable cabeza y sonriendo.

En principio, no había nada extraordinario en lo que había dicho, pero para él ¡qué inefable significado, imposible de expresar con palabras, encerraba cada sonido, cada movimiento de sus labios, de sus ojos, de sus manos! Se intuía una súplica de perdón, así como una muestra de confianza, y también una caricia, una caricia tímida y dulce, unida a una esperanza, una promesa y un amor en el que Levin ya no podía dejar de creer y que le embargaba de felicidad.

—No, fuimos a la provincia de Tver. En el viaje de vuelta, coincidí en el vagón

con su *beau frère*[7] o, mejor dicho, con el *beau frère* de su cuñado —dijo con una sonrisa—. Fue un encuentro muy agradable.

Y contó en un tono alegre y divertido cómo, después de no pegar ojo en toda la noche, irrumpió con una zamarra de piel de cordero en el compartimento de Alekséi Aleksándrovich.

—El revisor, contraviniendo lo que dice el refrán,[8] quiso echarme de allí al ver mi atuendo. Pero en ese momento me puse a hablar en un estilo grandilocuente… También usted —añadió, dirigiéndose a Karenin, cuyo nombre había olvidado— se sintió en un principio contrariado, por culpa de mi zamarra, pero luego se puso de mi parte, lo que le agradezco mucho.

—En general, los derechos de los pasajeros a elegir asiento no están bien definidos —dijo Alekséi Aleksándrovich, limpiándose con el pañuelo la punta de los dedos.

—Me di cuenta de que no estaba usted muy convencido con respecto a mí —añadió Levin con una sonrisa bondadosa—, pero me apresuré a iniciar una conversación seria, para disipar la impresión producida por mi zamarra.

Serguéi Ivánovich, mientras charlaba con la dueña de la casa, prestaba oídos a su hermano y le miraba de soslayo: «¿Qué le pasará hoy? ¿A qué vendrán esos aires de triunfador?», pensaba.

No sabía que Levin se sentía como si le hubieran crecido alas. Era consciente de que ella estaba escuchando sus palabras y de que le agradaban. Y era lo único que le importaba. En esos momentos, además de su propia persona, que de pronto había adquirido a sus ojos un significado y una importancia enormes, sólo Kitty existía para él, y no sólo en aquella sala, sino en el mundo entero. Se sentía flotar a tal altura que le daba vueltas la cabeza, y allá abajo, en la lejanía, estaban esos seres amables y encantadores, Karenin, Oblonski y todos los demás.

De manera muy discreta, sin mirarlos siquiera, como si no hubiera otro lugar donde colocarlos, Stepán Arkádevich sentó a Levin al lado de Kitty.

—Bueno, tú puedes sentarte aquí —le dijo.

La comida fue tan excelente como la vajilla, de la que Stepán Arkádevich estaba tan orgulloso. La sopa Marie-Louise resultó exquisita; a las minúsculas empanadillas, que se deshacían en la boca, no se les podía hacer ningún reproche. Dos criados y Matvéi, con corbatas blancas, servían las viandas y los vinos de manera silenciosa, eficiente y casi inadvertida. Desde un punto de vista material, la comida fue un éxito; y no lo fue menos desde un punto de vista espiritual. La conversación, tan pronto general como restringida a unos cuantos comensales, no se interrumpió en ningún momento y al final se volvió tan animada que los hombres se levantaron sin dejar de hablar, y hasta Karenin se mostró menos envarado.

X

A Pestsov le gustaba llevar los argumentos hasta sus últimas consecuencias y no se quedó satisfecho con las palabras de Serguéi Ivánovich, tanto más cuanto consideraba errado su punto de vista.

—Al referirme a la densidad de población —prosiguió durante la sopa, dirigiéndose a Alekséi Aleksándrovich—, quería hacer hincapié en que hay que tener en cuenta ciertas ideas fundamentales, no sólo los principios.

—A mí me parece que es lo mismo —repuso Alekséi Aleksándrovich sin apresurarse, casi con indolencia—. En mi opinión, sólo un pueblo que tiene un grado más alto de desarrollo puede influir en otro…

—Esa es la cuestión —resonó la voz de bajo de Pestsov, que siempre tenía prisa por hablar y parecía poner el alma entera en cada comentario—. Pero ¿en qué consiste ese grado más alto de desarrollo? ¿A qué pueblo debemos conceder ese galardón, a los franceses, a los ingleses o a los alemanes? ¿Cuál de ellos va a nacionalizar a los otros? Vemos que las regiones del Rin se han afrancesado, y no es que los alemanes sean inferiores —gritó—. ¡Aquí hay que tener en cuenta otra ley!

—Yo creo que la influencia siempre ha de venir de la verdadera cultura —dijo Alekséi Aleksándrovich, enarcando un tanto las cejas.

—Pero ¿en qué debemos reconocer las señales de la verdadera cultura? —preguntó Pestsov.

—Supongo que esas señales son conocidas —dijo Alekséi Aleksándrovich.

—¿De verdad son conocidas? —intervino Serguéi Ivánovich con una sonrisa sutil—. Hoy día suele admitirse que la verdadera cultura sólo puede ser estrictamente clásica, pero vemos enconadas disputas en uno y otro lado, y no puede negarse que el campo contrario tiene sólidos argumentos en su favor.

—Es usted partidario de los clásicos, Serguéi Ivánovich. ¿Quiere un poco de vino tinto? —preguntó Stepán Arkádevich.

—No estoy expresando mi opinión sobre una u otra cultura —replicó Serguéi Ivánovich con una sonrisa condescendiente, como si estuviera hablando con un niño, al tiempo que le alargaba la copa—. Lo único que digo es que ambas partes disponen de argumentos sólidos —prosiguió, dirigiéndose a Alekséi Aleksándrovich—. He recibido una educación clásica, pero en la cuestión que nos ocupa no sé qué partido tomar. No veo argumentos concluyentes para anteponer los estudios clásicos a los modernos.

—Las ciencias naturales tienen no menos importancia pedagógica y formativa —apuntó Pestsov—. Ahí tiene usted la astronomía, la botánica o la zoología, con sus sistemas de leyes generales.

—No estoy de acuerdo —replicó Alekséi Aleksándrovich—. Me parece justo

reconocer que el mismo proceso de estudiar las formas de las lenguas contribuye en gran medida al desarrollo espiritual. Además, no puede negarse que la influencia de los escritores clásicos es ante todo moral, mientras que, por desgracia, el estudio de las ciencias naturales va unido a unas doctrinas nocivas y falsas que constituyen la plaga de nuestra época.

Serguéi Ivánovich se disponía a intervenir, pero Pestsov le interrumpió. Con su voz de bajo profundo y una notable vehemencia se puso a explicar por qué tal apreciación le parecía equivocada. Serguéi Ivánovich esperó pacientemente su turno, convencido de que había encontrado un argumento irrebatible.

—Pero —dijo con una sonrisa sutil, dirigiéndose a Karenin— convendrá usted conmigo en que resulta difícil apreciar en su justa medida las virtudes y los inconvenientes de ambas ramas del saber y que la cuestión de cuál es preferible no se habría resuelto de modo tan rápido y definitivo si la educación clásica no hubiera contado con la ventaja a la que usted acaba de referirse: su influencia moral, *disons le mot*,[9] o antinihilista.

—No cabe duda.

—De no haber sido porque la enseñanza clásica cuenta con la ventaja de la influencia antinihilista, nos lo habríamos pensado un poco más, habríamos sopesado los argumentos de ambas partes —prosiguió Serguéi Ivánovich con una delicada sonrisa—, habríamos dado libre curso a una y otra tendencia. Pero ahora sabemos que esas pildoras de educación clásica constituyen un antídoto contra el nihilismo y se las recetamos sin vacilar a nuestros enfermos… ¿Qué pasaría si no tuvieran esa propiedad curativa? —concluyó, con otra pizca de sal ática.

Todos se rieron de las pildoras de Serguéi Ivánovich, pero a quien mis gracia le hizo el comentario fue a Turovtsin, que estalló en carcajadas alegres y ruidosas, muy satisfecho de ese nuevo giro de la conversación, que llevaba esperando desde el principio.

Stepán Arkádevich no se había equivocado al invitar a Pestsov. En su presencia una conversación seria no decaía en ningún momento. En cuanto Serguéi Ivánovich dio por finalizada su intervención con esa broma, Pestsov sacó a colación un tema nuevo.

—Ni siquiera podemos suponer que el gobierno persiga ese objetivo —dijo—. Como es natural, al gobierno sólo le guían consideraciones de orden general y no se preocupa de la influencia que puedan tener las medidas adoptadas. Por ejemplo, la cuestión de la educación femenina debería considerarse perniciosa, pero el gobierno abre escuelas y universidades para mujeres.

Y al punto la conversación pasó a ocuparse del tema de la educación femenina.

Alekséi Aleksándrovich expresó el parecer de que la educación femenina solía confundirse con la cuestión de la libertad de la mujer, y que sólo por eso podía

considerarse peijudicial.

—Pues yo soy de la opinión de que esos dos problemas están íntimamente unidos —objetó Pestsov—. Es un círculo vicioso. La mujer está privada de derechos porque carece de educación, y su falta de educación proviene de que está privada de derechos. No debemos olvidar que el sometimiento de la mujer es tan abrumador como antiguo. Pof eso, a menudo perdemos de vista el abismo que nos separa de ellas.

—Ha hablado usted de derechos —dijo Serguéi Ivánovich, que había estado esperando a que Pestsov se callara—. Derecho a desempeñar las funciones de jurado, de vocal, de presidente de tribunal, de funcionario, de parlamentario…

—Desde luego.

—Pero, en caso de que las mujeres pudieran ocupar excepcionalmente esos cargos, creo que sería más correcto hablar de deberes, no de derechos. Cualquiera convendrá conmigo en que, al desempeñar las funciones de jurado, vocal o telegrafista, sentimos que estamos cumpliendo con una obligación. Por eso sería más justo decir que las mujeres están buscando deberes, algo que me parece completamente legítimo. Es imposible no simpatizar con esa aspiración suya de participar en las tareas comunes de los hombres.

—Tiene usted toda la razón —afirmó Alekséi Aleksándrovich—. La cuestión, supongo, consiste en determinar hasta qué punto están capacitadas para cumplir con esas obligaciones.

—Seguramente serán muy capaces —intervino Stepán Arkádevich— cuando la instrucción sea más generalizada. Como vemos…

—¿Y el proverbio? —preguntó el príncipe, que llevaba ya un buen rato escuchando la conversación, con sus ojillos brillantes y burlones—. Puedo decirlo delante de mis hijas: «Cabellos largos y…».

—¡Lo mismo se pensaba de los negros antes de la emancipación! —replicó con enfado Pestsov.

—Lo único que me parece raro es que las mujeres busquen nuevas obligaciones —dijo Serguéi Ivánovich— cuando vemos que los hombres, por desgracia, procuran eludirlas.

—Las obligaciones llevan aparejadas derechos. Poder, dinero y honores: eso es lo que buscan las mujeres —dijo Pestsov.

—Sería como si yo reclamara el derecho a ser nodriza y me ofendiera porque me lo negaran, mientras a las mujeres les pagan por ello —dijo el viejo príncipe.

Turovtsin estalló en una estruendosa carcajada, y Serguéi Ivánovich lamentó no haber hecho él ese comentario. Hasta Alekséi Aleksándrovich sonrió.

—Sí, pero un hombre no puede amamantar —dijo Pestsov—, mientras que una mujer…

—Pues un inglés amamantó a su hijo a bordo de un barco —replicó el viejo príncipe, permitiéndose ese tono desenfadado delante de sus hijas.

—Habrá tantas mujeres funcionarias como ingleses de ese tipo —dijo esta vez Serguéi Ivánovich.

—Sí, pero ¿qué puede hacer una muchacha que no tiene familia? —intervino Stepán Arkádevich, acordándose de Chíbisova, a la que tenía siempre presente, simpatizando con Pestsov y respaldando su opinión.

—Si analizara a fondo la historia de esas muchachas, descubriría que son ellas quienes abandonan su propio hogar o el de su hermana, donde podrían haberse ocupado de alguna actividad propia de su sexo —dijo inopinadamente y con aire irritado Daria Aleksándrovna, adivinando, sin duda, en qué clase de muchachas estaba pensando su marido.

—Pero ¡nosotros defendemos un principio, un ideal! —exclamó Pestsov con su sonora voz de bajo—. Las mujeres aspiran a la educación, quieren tener derecho a ser independientes. Les oprime y les agobia la conciencia de que es imposible conseguirlo.

—Y a mí me oprime y me agobia que no me contraten como nodriza en un hospicio —insistió el viejo príncipe, para gran regocijo de Turovtsin, a quien se le cayó la gruesa punta de un espárrago en la salsa, presa de un ataque de risa.

XI

Todos tomaron parte en la conversación general, excepto Kitty y Levin. Al principio, cuando se habló de la influencia que un pueblo puede ejercer en otro, Levin repasó involuntariamente las ideas que tenía al respecto; pero estas consideraciones, que antes le parecían tan importantes, pasaban ahora por su cabeza como en sueños, sin despertar en él el menor interés. Hasta le parecía extraño que los demás se empeñaran en hablar de una cuestión tan irrelevante. En cuanto a Kitty, habría podido pensarse que le interesaba lo que se estaba diciendo sobre los derechos y los deberes de las mujeres. ¡Cuántas veces había pensado en ese tema, al acordarse de Várenka, su amiga del extranjero, y en su penosa falta de independencia! ¡Cuántas veces había pesando en sí misma, en lo que sería de ella si no se casaba! ¡Cuántas veces había discutido con su hermana! Pero ahora esa cuestión no le interesaba lo más mínimo. Levin y ella habían entablado su propia conversación, o, mejor dicho, una suerte de comunicación misteriosa que cada minuto que pasaba los unía más, despertando en ambos un sentimiento de alegre temor ante el territorio desconocido en el que se estaban internando.

Cuando Kitty le preguntó cómo había podido verla el año anterior, Levin le contó que estaba regresando por el camino real, después de la siega, cuando se cruzó con la calesa.

—Fue a primera hora de la mañana. Probablemente, acababa usted de despertarse. Su *maman* dormía en un rincón. Era una mañana maravillosa. Me pregunté quién iría en ese carruaje. Pasaron cuatro caballos magníficos, con un tintineo de cascabeles, y de pronto la vi a usted por la ventanilla: estaba sentada así, sujetándose con ambas manos las cintas de la cofia, y parecía sumida en profunda meditación —dijo Levin, sonriendo—. ¡Cuánto me gustaría saber en qué estaba pensando usted en esos momentos! ¿Era algo importante?

«¿No iría despeinada?», pensó Kitty. Pero, al ver la sonrisa entusiasta que el recuerdo de esos detalles despertaba en la memoria de Levin, comprendió que le había causado una impresión inmejorable. Se ruborizó y se rio alegremente.

—La verdad es que no me acuerdo.

—¡Con qué ganas se ríe Turovtsin! —exclamó Levin, contemplando sus ojos húmedos y su cuerpo tembloroso.

—¿Hace mucho que lo conoce? —preguntó Kitty.

—¿Y quién no lo conoce?

—Por lo visto, no tiene usted muy buena opinión de él.

—No es eso, pero me parece un tipo insignificante.

—¡Nada de eso! ¡No piense usted así! —exclamó Kitty—. Yo tampoco lo tenía en alta estima, pero puedo asegurarle que es un hombre encantador y

extraordinariamente bondadoso. Tiene un corazón de oro.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque somos muy buenos amigos. Lo conozco a fondo. El invierno pasado, poco después de que… nos visitara usted —dijo con una sonrisa culpable y al mismo tiempo confiada—, todos los hijos de Dolly cogieron la escarlatina, y Turovtsin vino un día de visita. Pues figúrese usted —añadió en un susurro—, le dio tanta pena que se quedó y la ayudó a cuidar de los pequeños. Sí, pasó tres semanas en su casa, cuidando de ellos como una enfermera. Le estoy contado a Konstantín Dmítrich cómo se portó Turovtsin cuando tuviste a los niños con escarlatina —añadió, inclinándose hacia su hermana.

—¡Sí, fue admirable! ¡Es un hombre encantador! —dijo Dolly, mirando a Turovtsin, que se dio cuenta de que estaban hablando de él, y sonriéndole con dulzura. Levin volvió a mirarlo y se sorprendió de no haberlo apreciado en su justo valor.

—¡Lo siento, lo siento! ¡Jamás volveré a pensar mal de nadie! —exclamó Levin con alegría, expresando con sinceridad lo que sentía en esos momentos.

XII

En la discusión que habían entablado sobre los derechos de la mujer había cuestiones relacionadas con la desigualdad de derechos en el matrimonio que resultaba delicado tratar en presencia de señoras. Durante la comida Pestsov había aludido en varias ocasiones a esos aspectos, pero Serguéi Ivánovich y Stepán Arkádevich habían desviado con tacto la conversación.

Cuando se levantaron de la mesa y las señoras salieron, Pestsov, en lugar de seguirlas, se volvió a Alekséi Aleksándrovich y empezó a exponerle la causa principal de esa desigualdad entre los cónyuges, debida, en su opinión, a que las infidelidades de la mujer y del marido se castigaban de manera distinta, tanto por la ley como por la opinión pública.

Stepán Arkádevich se acercó apresuradamente a Alekséi Aleksándrovich y le ofreció un cigarro.

—No, no fumo —respondió éste con tranquilidad, y, como si quisiese demostrar que no le asustaba la conversación, se dirigió a Pestsov con una fría sonrisa—. Supongo que el fundamento de semejante opinión descansa en la naturaleza misma de las cosas. —Y se dispuso a pasar al salón, pero en ese momento Turovtsin se mezcló de manera inopinada en la conversación.

—¿Le han contado a usted lo que le ha sucedido a Priáchnikov? —preguntó, animado por el champán que había bebido y deseoso de romper el silencio que le oprimía desde hacía un buen rato—. Hoy mismo me he enterado de que Vasia Priáchnikov —añadió, esbozando una bondadosa sonrisa con sus labios húmedos y rojos, dirigiéndose principalmente a Alekséi Aleksándrovich, el invitado más importante— se ha batido en duelo en Tver con Kvitski y lo ha matado.

De la misma manera que todos los golpes parecen ir a parar al sitio lastimado, Stepán Arkádevich se daba cuenta de que, por desgracia, la conversación de ese día no dejaba de castigar el punto que más le dolía a Alekséi Aleksándrovich. De nuevo intentó llevarse a su cuñado, pero el propio Karenin preguntó con curiosidad:

—¿Por qué se ha batido Priáchnikov?

—Por su mujer. ¡Se ha portado como un valiente! ¡Lo desafió y lo mató!

—¡Ah! —exclamó con indiferencia Alekséi Aleksándrovich, enarcando las cejas, y pasó al salón.

—¡Cuánto me alegro de que haya venido usted! —le dijo Dolly con una sonrisa temerosa, al encontrarse con él en la habitación contigua—. Necesito hablarle. Sentémonos aquí.

Alekséi Aleksándrovich, con esa expresión de indiferencia que le daban sus cejas enarcadas, se sentó al lado de Daria Aleksándrovna y sonrió con escasa naturalidad.

—Con mucho gusto —dijo—, porque quería presentarle mis excusas y

despedirme de usted. Me marcho mañana.

Plenamente convencida de la inocencia de Anna, Daria Aleksándrovna hervía de indignación contra ese hombre frío e insensible que con tanta tranquilidad se aprestaba a labrar la ruina de su pobre amiga. Tan grande era su rabia que sus labios temblaban y se le mudaba el color de la cara.

—Alekséi Aleksándrovich —dijo mirándole a los ojos, después de hacer acopio de todas sus fuerzas—. Le he preguntado por Anna y usted no me ha respondido. ¿Cómo está?

—Creo que está bien, Daria Aleksándrovna —respondió Alekséi Aleksándrovich, sin mirarla.

—Perdóneme, Alekséi Aleksándrovich, no tengo derecho… pero quiero y respeto a Anna como a una hermana. Le ruego, le suplico que me diga lo que ha pasado entre ustedes. ¿De qué la acusa?

Alekséi Aleksándrovich frunció el ceño y, cerrando casi los ojos, inclinó la cabeza.

—Supongo que su marido le habrá comunicado las razones por las que considero necesario cambiar mis anteriores relaciones con Anna Arkádevna —dijo, evitando mirarla, y contempló con enfado a Scherbatski, que en esos momentos atravesaba el salón.

—¡No lo creo! ¡No lo creo! ¡No puedo creerlo! —exclamó Dolly con gesto enérgico, retorciéndose las huesudas manos. Se levantó bruscamente y puso su mano en la manga de Alekséi Aleksándrovich—. Aquí no podemos hablar sin que nos molesten. Venga, por favor.

La agitación de Daria Aleksándrovna se traspasó a Alekséi Aleksándrovich. Se levantó y la siguió sin rechistar al cuarto de estudio de los niños. Se sentaron ante una mesa cubierta con un hule rasgado por los cortaplumas.

—¡No lo creo, no lo creo! —repitió Dolly, tratando de captar la mirada de Karenin, que evitaba la suya.

—Es imposible negar los hechos, Daria Aleksándrovna —dijo, acentuando la última palabra.

—Pero ¿qué es lo que ha hecho? ¿Qué? ¿Qué? —preguntó Daria Aleksándrovna —. Dígame qué es lo que ha hecho.

—Ha olvidado sus deberes y ha traicionado a su marido. Eso es lo que ha hecho.

—¡No, no! ¡No puede ser! ¡No, por el amor de Dios, se equivoca usted! —dijo Dolly, llevándose las manos a las sienes y cerrando los ojos.

Alekséi Aleksándrovich sonrió fríamente sólo con los labios, deseando demostrarle a Dolly, y también a sí mismo, la firmeza de su convicción. Pero esa encendida defensa, aunque no le había hecho vacilar, hurgó de nuevo en su herida. Se puso a hablar muy alterado.

—No cabe equivocación cuando la propia mujer le anuncia al marido que ocho años de matrimonio y un hijo no han sido más que un error y que quiere empezar una nueva vida —dijo con irritación, resoplando.

—Anna y el vicio juntos. No puedo creerlo.

—¡Daria Aleksándrovna! —exclamó Karenin, clavando la mirada, ahora sí, en el bondadoso y agitado rostro de Dolly y sintiendo que se le soltaba la lengua—. No sabe usted lo que daría por poder seguir albergando dudas. Cuando dudaba, mi situación era penosa, pero no tanto como ahora. Cuando dudaba, aún me quedaba alguna esperanza; ahora ya no me queda ninguna, y, sin embargo, sigo dudando de todo. Sí, de todo. Odio a mi hijo y a veces no puedo creer que sea mío. Soy muy desgraciado.

Ese último comentario sobraba. Nada más verlo, Daria Aleksándrovna lo leyó en su cara. Sintió pena de él, y la fe que tenía en la inocencia de su amiga empezó a tambalearse.

—¡Ah! ¡Es horrible, horrible! Pero ¿es posible que se haya decidido usted a solicitar el divorcio?

—Sí, ya sé que es una medida extrema, pero no puedo hacer otra cosa.

—Otra cosa, otra cosa… —murmuraba Dolly con lágrimas en los ojos—. ¡No! ¡Alguna otra solución habrá!

—Lo más terrible en esta clase de desdichas es que no se puede llevar la cruz como en cualquier otro infortunio, una pérdida, una muerte —dijo Karenin, como si hubiera adivinado el pensamiento de Dolly—. Hay que acabar con esa situación humillante en la que le han puesto a uno. Tres personas no pueden vivir juntas.

—Lo entiendo, lo entiendo —dijo Dolly, agachando la cabeza. Guardó silencio y se puso a pensar en su situación, en su propio drama familiar. De pronto levantó la cabeza enérgicamente y unió las manos en gesto de súplica—. ¡Espere un momento! Usted es cristiano. ¡Piense en ella! ¿Qué es lo que la espera si la abandona usted?

—He pensado mucho, Daria Aleksándrovna —dijo Alekséi Aleksándrovich. Su rostro se cubrió de manchas rojas y sus turbios ojos se clavaron en ella. Ahora Daria Aleksándrovna se compadecía de él con toda su alma—. Fue lo que hice cuando ella misma me comunicó mi deshonra. Dejé las cosas como estaban. Le ofrecí la posibilidad de corregirse, intenté salvarla. ¿Y qué sucedió? Pues que ni siquiera respetó una pequeña exigencia: guardar las apariencias —añadió, acalorándose—. Se puede salvar a alguien que no quiere perderse. Pero, cuando la naturaleza está tan corrompida y pervertida que busca la salvación en su misma perdición, ¿qué puede hacerse?

—¡Todo menos el divorcio! —respondió Daria Aleksándrovna.

—¿A qué se refiere con ese todo?

—¡Ah, es horrible! ¡No será la mujer de nadie! ¡Estará perdida!

—¿Y qué puedo hacer yo? —replicó Alekséi Aleksándrovich, encogiéndose de hombros y arqueando las cejas. El recuerdo de la última falta de su mujer, que tanto le vejaba, le hizo recobrar la frialdad de que había hecho gala al inicio de la conversación—. Le agradezco mucho su interés, pero ahora tengo que irme —dijo, poniéndose en pie.

—¡No, espere! No debe usted arruinar la vida de su mujer. Espere, quiero contarle algo que me concierne. También a mí me ha engañado mi marido. Llena de ira y de celos, quise abandonarlo todo, hasta estuve a punto de… Pero al final recobré la cordura. ¿Y sabe usted quién me salvó? Pues Anna. Como ve, sigo viviendo. Mis hijos crecen, mi marido ha regre sado al seno del hogar, ha reconocido su falta, se ha vuelto más noble y considerado. Y yo sigo viviendo… ¡He perdonado y también usted debe perdonar!

Alekséi Aleksándrovich la escuchó, pero sus palabras no le causaron el menor efecto. En su alma volvió a agitarse la ira que había sentido el día en que decidió solicitar el divorcio. Se estremeció y dijo en voz alta y chillona:

—Ni puedo ni quiero perdonar. Lo considero injusto. He hecho cuanto he podido por esa mujer y ella lo ha arrastrado todo por el fango, en el que parece encontrarse tan a gusto. No soy un hombre malo, nunca he odiado a nadie, pero a ella la odio con toda mi alma y no puedo perdonarla: ¡la odio demasiado por todo el daño que me ha hecho! —concluyó, ahogado por lágrimas de rabia.

—Amad a los que os odian… —murmuró Daria Aleksándrovna avergonzada.

Alekséi Aleksándrovich sonrió con desprecio. Conocía muy bien esas palabras, pero no podían aplicarse a su caso.

—Se puede amar a los que nos odian, pero no a quienes odiamos. Perdone que la haya molestado. ¡Cada cual dene suficiente con su pena! —Y, habiendo recobrado el control de sí mismo, se despidió con la mayor tranquilidad y se fue.

XIII

Cuando se levantaron de la mesa, Levin quiso seguir a Kitty al salón, pero temía que un cortejo tan evidente la disgustara. Por tanto, se quedó con los hombres y tomó parte en la conversación general. Aunque no miraba a Kitty, sentía sus movimientos y sus miradas, y sabía en qué lugar del salón se encontraba.

Sin el menor esfuerzo empezó a cumplir la promesa que le había hecho de pensar siempre bien del prójimo y amar a todo el mundo. La conversación pasó a ocuparse de las comunas rurales, en las que Pestsov veía algo así como un principio especial al que daba el nombre de «principio coral». Levin no estaba de acuerdo ni con Pestsov ni con su hermano que, con esa manera tan suya de razonar, tan pronto reconocía como rechazaba el significado de esa institución rusa. Pero, cuando les dirigía la palabra, sólo trataba de reconciliarlos y limar sus diferencias. No le interesaba lo más mínimo lo que les decía y mucho menos lo que decían ellos; lo único que deseaba era que todos estuvieran alegres y contentos. Ahora sabía que sólo había una persona en el mundo que le importara. Y esa persona, que al principio estaba en el salón, se había acercado y se había detenido en el umbral. Sintió que le sonreía y que le miraba fijamente, y no pudo por menor de volverse. Estaba delante de la puerta, en compañía de Scherbatski, y no aparataba los ojos de él.

—Pensaba que se iba a sentar usted al piano —dijo, acercándose a ella—. Eso es lo que me falta en el campo: música.

—No, sólo veníamos a buscarle a usted —repuso Kitty, recompensándolo con una sonrisa—, y a darle las gracias por haber venido. ¿Qué ganan con discutir tanto? Si no van a convencerse nunca.

—Sí, es verdad —dijo Levin—. La mayoría de las veces discute uno con tanto apasionamiento porque no consigue entender qué pretende demostrar el oponente.

Levin había reparado en más de una ocasión en que, cuando dos personas inteligentes discuten, después de grandes esfuerzos y de una cantidad ingente de sutilezas lógicas y de palabras, acaban dándose cuenta de que todos esos prolijos argumentos sólo han servido para demostrar algo que sabían desde el principio. En el fondo, todo se reducía a una cuestión de preferencias, que no querían revelar para que el contrario no las pusiera en tela de juicio. No era infrecuente que en el transcurso de una discusión uno se diera cuenta de las preferencias del adversario y las aceptara; entonces, todos los razonamientos se volvían innecesarios. A veces sucedía lo contrario: uno desvelaba por fin esa preferencia que le había obligado a urdir tantas reflexiones, la exponía de forma precisa y sincera, y entonces el adversario se mostraba repentinamente de acuerdo y dejaba de discutir. Eso es lo que había querido decir Levin.

Kitty arrugó la frente, tratando de comprender. Pero, en cuanto él empezó a

explicárselo, el sentido de sus palabras le quedó claro.

—Ya veo: hay que saber por qué discute el adversario y lo que le gusta; entonces puede uno…

Había adivinado todo y ahora estaba exponiendo lo que él le había referido con tanta torpeza. Levin esbozó una alegre sonrisa: tan perplejo le había dejado el contraste entre los argumentos enrevesados y grandilocuentes de Pestsov y su hermano y esa manera lacónica y clara de expresar, casi sin palabras, los pensamientos más complejos.

Scherbatski se apartó de ellos; Kitty, entonces, se acercó a la mesa de juego, se sentó, cogió una tiza y se puso a trazar círculos divergentes en el tapete verde sin estrenar.

Reanudaron la conversación de la comida sobre la libertad y las ocupaciones de las mujeres. Levin compartía la opinión de Daria Aleksándrovna de que una muchacha que no se casara podía encontrar en el seno de la familia una tarea propia de su sexo. Y aseguró, en apoyo de su tesis, que ninguna familia podía pasarse sin alguna muchacha que ayudara en las labores del hogar. En cualquier familia, tanto pobre como rica, se necesitaba siempre una niñera, ya fuera una parienta o una mujer contratada.

—No —dijo Kitty, ruborizándose, pero mirándole aún más atrevidamente con sus ojos sinceros—. Hay casos en los que una muchacha no puede entrar en una familia sin exponerse a alguna humillación, mientras ella misma…

Levin entendió a lo que se refería.

—¡Ah, sí! —exclamó—. ¡Sí, sí, sí! ¡Tiene usted razón!

Y entonces comprendió todo lo que Pestsov había expuesto sobre la libertad de la mujer durante la comida: le había bastado ver en el corazón de Kitty el temor y la humillación de quedarse soltera. Su amor por ella le permitió sentir ese temor y esa humillación, y al punto renunció a sus argumentos.

Se produjo un silencio. Kitty seguía dibujando con la üza en el tapete. Sus ojos resplandecían con un brillo sereno. Cediendo al estado de ánimo de la joven, Levin sentía en todo su ser la creciente tensión de la felicidad.

—¡Ah! ¡He pintarrajeado toda la mesa! —dijo Kitty y, dejando la üza, hizo un movimiento como si se dispusiera a levantarse.

«¿Es que voy a quedarme solo… sin ella?», se dijo Levin horrorizado y cogió la tiza.

—Espere —dijo, sentándose a la mesa—. Hace tiempo que quería preguntarle algo.

Clavó la mirada en sus ojos acariciadores y asustados.

—Adelante.

—Mire —dijo Levin, y escribió las siguientes iniciales: «c, m, r: e, i, q, d, n, o, s,

e», que significaban: «Cuando me respondió: es imposible, ¿quería decir nunca o sólo entonces?».

No había la menor posibilidad de que Kitty pudiera comprender esa frase tan complicada; pero Levin la miró como si su vida dependiera de que ella entendiera esas palabras.

Kitty le miró con aire serio, luego apoyó la arrugada frente en la mano y se puso a leer. De vez en cuando levantaba la vista hasta él y le preguntaba con la mirada: «¿Es lo que me figuro?».

—Lo he comprendido —dijo, ruborizándose.

—¿Qué palabra es ésa? —preguntó Levin, señalando la letra «n», que quería decir «nunca».

—Nunca —repuso ella—. Pero no es verdad.

Levin se apresuró a borrar lo escrito, le entregó la tiza y se levantó.

Kitty escribió: «e, n, p, r, d, o, m».

Cuando vio a Kitty con la tiza en la mano, mirando a Levin con una sonrisa tímida y feliz, y a éste, con su apuesta figura, inclinado sobre la mesa, la mirada ardiente clavada tan pronto en la joven como en el tapete, Dolly se sintió reconfortada de la pena que le había causado su conversación con Alekséi Aleksándrovich. De pronto el rostro de Levin resplandeció: había comprendido. Esto era lo que querían decir las iniciales: «Entonces no podía responder de otra manera».

La miró con expresión inquisitiva y tímida.

—¿Sólo entonces?

—Sí —respondió Kitty, con una sonrisa.

—¿Ya…? ¿Y ahora? —preguntó Levin.

—Bueno, haga el favor de leer. Voy a decirle lo que desearía. ¡Lo que desearía con toda mi alma!

Y trazó estas iniciales: «o, p, u, o, y, p, 1, s». Esas letras significaban: «Ojalá pudiera usted olvidar y perdonar lo sucedido».

Levin cogió la tiza con dedos rígidos y temblorosos y, después de romperla, escribió las iniciales de la siguiente frase: «No tengo nada que olvidar ni perdonar, y no he dejado de amarla».

Kitty le miró, sin dejar de sonreír.

—He comprendido —murmuró.

Levin se sentó y escribió una larga frase. Kitty la comprendió toda y, sin preguntarle si la había interpretado bien, cogió la tiza y se apresuró a responder.

Durante un buen rato Levin no fue capaz de entender lo que Kitty había escrito, y la miró varias veces a los ojos. La felicidad había embotado sus facultades. No podía adivinar las palabras en las que estaba pensando Kitty. No obstante, sus encantadores ojos, radiantes de felicidad, le comunicaron todo lo que necesitaba saber. Entonces

escribió tres letras, pero antes de que tuviera tiempo de acabar —a Kitty le bastaba el movimiento de su mano para comprenderle—, la joven había terminado ya la frase y escrito la respuesta: «Sí».

—¿Estáis jugando al *secrétaire*? —preguntó el príncipe, acercándose—. Bueno, si no quieres llegar tarde al teatro, tenemos que irnos.

Levin se levantó y acompañó a Kitty hasta la puerta.

Se habían dicho ya todo lo que tenían que decirse: que ella le amaba, que así se lo haría saber a sus padres, y que Levin iría a verlos a la mañana siguiente.

XIV

Cuando Kitty se marchó y Levin se quedó solo, sintió tal inquietud y un deseo tan ardiente de que llegara cuanto antes la mañana del día siguiente, para volver a verla y unir para siempre su destino al suyo, que se asustó como de la muerte de esas catorce horas que habría de pasar sin ella. Para engañar al tiempo, necesitaba estar con alguien, hablar con alguien, no quedarse solo. Stepán Arkádevich habría sido la compañía más agradable en esos momentos, pero, según dijo, tenía que asistir a una velada, aunque en realidad iba al ballet. Levin sólo tuvo tiempo de decirle que era feliz, que le tenía mucho cariño y que nunca olvidaría lo que había hecho por él. La mirada y la sonrisa de Stepán Arkádevich le demostraron que comprendía la razón de tales sentimientos.

—¿No decías que había llegado el momento de morir? —preguntó Stepán Arkádevich, estrechando conmovido la mano de Levin.

—¡Nooooo! —respondió Levin.

Al despedirse de él, Daria Aleksándrovna le dijo también, como felicitándole:

—¡Cuánto me alegro de que haya vuelto a encontrarse con Kitty! ¡No hay que descuidar las antiguas amistades!

Pero a Levin le desagradaron esas palabras. Daria Aleksándrovna no podía entender lo sublime y elevado que era ese sentimiento, y por tanto no debería siquiera mencionarlo.

Levin se despidió de ellos, pero, para no quedarse solo, se pegó a su hermano.

—¿Adonde vas?

—A una reunión.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Y por qué no? Vamos —dijo Serguéi Ivánovich con una sonrisa—. ¿Qué es lo que te pasa hoy?

—¿Que qué me pasa? ¡Soy tan feliz! —respondió Levin, bajando la ventanilla del coche al que habían subido—. ¿No te importa? Me ahogo. ¡Soy tan feliz! ¿Por qué no te has casado?

Serguéi Ivánovich sonrió.

—Me alegro mucho. Parece una muchacha encanta… —quiso decir.

—¡No hables! ¡No hables! ¡No hables! —gritó Levin, cogiéndole con ambas manos el cuello de la pelliza y tapándole la boca. «Es una muchacha encantadora» era una frase vulgar y corriente, que no se correspondía con su sentimiento.

Serguéi Ivánovich estalló en carcajadas, algo poco habitual en él.

—Bueno, al menos déjame decirte que me alegro mucho.

—Eso mañana. ¡Mañana! ¡Ni una palabra más! ¡No digas nada! ¡Nada!

¡Silencio! —dijo Levin, volviéndole a tapar la boca con la pelliza, y añadió—:

¡Te quiero mucho! Entonces, ¿puedo ir contigo a esa reunión?

—Pues claro.

—¿Y cuál es el tema del día? —preguntó Levin, sin dejar de sonreír.

Llegaron a la reunión. Levin escuchó cómo el secretario, embarullándose, leía un protocolo que, por lo visto, ni él mismo entendía. Pero a Levin le bastó verle la cara para darse cuenta de que era un hombre bueno, amable, encantador. Así lo indicaba el hecho de que se confundiera y se aturullara al leer. A continuación empezaron los discursos. Se discutía la asignación de ciertas sumas y la instalación de unas cañerías. Serguéi Ivánovich se ensañó con dos miembros y habló largo y tendido con aire triunfal. Otro miembro, después de tomar notas en un papel, le dio cumplida respuesta, primero con timidez, luego con tanta cortesía como mala intención. A continuación intervino Sviazhski (que también estaba allí), con unas frases hermosas y nobles. Levin les escuchaba y se daba perfecta cuenta de que el asunto de las sumas y las cañerías no tenía la menor importancia, de que nadie estaba enfadado, de que todos los presentes eran personas amables y bondadosas, de que se entendían a las mil maravillas. No molestaban a nadie y disfrutaban de lo que hacían. Lo que más le sorprendía era que podía ver a su través; de hecho, a partir de ciertos detalles insignificantes, que antes le habrían pasado desapercibidos, podía reconocer el alma de cada cual y ver con toda claridad que eran buenos. Y todos sentían un afecto extraordinario por él esa noche. Se veía en la manera en que le hablaban, en la ternura y el cariño con que, hasta los desconocidos, le miraban.

—¿Qué? ¿Estás contento? —le preguntó Serguéi Ivánovich.

—Sí, mucho. Jamás habría pensado que esto fuera tan interesante! ¡Qué espectáculo tan sublime y maravilloso!

Sviazhski se acercó a Levin y le invitó a que fuera a tomar el té a su casa. Ya no acertaba a comprender, ni siquiera a recordar, qué le había molestado en Sviazhski, qué había buscado en él. Era un hombre inteligente y extremadamente bondadoso.

—Con mucho gusto —dijo, y le preguntó por su mujer y su cuñada. Por una extraña asociación de ideas, pues en su imaginación el recuerdo de la cuñada de Sviazhski estaba ligado al matrimonio, se figuró que nadie entendería mejor su felicidad que la mujer y la cuñada de su amigo, y se alegró mucho de ir a verlas.

Sviazhski le preguntó por los asuntos del campo; como de costumbre, no admitía la posibilidad de encontrar algo que no existiese ya en Europa, pero en esta ocasión esa circunstancia no incomodó a Levin. Al contrario, se daba cuenta de que Sviazhski tenía razón, de que todo ese asunto era insignificante y admiraba la increíble gentileza y finura con que su amigo evitaba jactarse de su victoria. Las señoras se mostraron especialmente amables. Levin tenía la impresión de que ya lo sabían todo y de que compartían su alegría, pero que no decían nada por delicadeza. Pasó allí una hora, dos, tres, hablando de diversos asuntos, aunque volviendo una y otra vez a la

cuestión que embargaba su alma, sin darse cuenta de que estaba matando de aburrimiento a esas señoras, que debían haberse ido a la cama hacía ya un buen rato. Sviazhski lo acompañó al vestíbulo entre bostezos, sorprendido del extraño comportamiento de su amigo. Era más de la una. Levin regresó al hotel y empezó a pensar, aterrado, cómo iba a pasar solo, sumido en esa impaciencia, las diez horas que tenía por delante. El criado de servicio encendió una vela y se dispuso a salir, pero Levin lo retuvo. Ese criado, llamado Yegor, en el que Levin no había reparado antes, le pareció un hombre muy inteligente, simpático y, sobre todo, bondadoso.

—Dime, Yegor, ¿se te hace duro no dormir por la noche?

—¡Qué le vamos a hacer! Es nuestra obligación. Se lleva una vida más tranquila sirviendo a un señor, pero aquí se gana más.

Resultó que Yegor tenía familia, tres chicos y una chica costurera a la que quería casar con un dependiente de una talabartería. Ese detalle dio pie a Levin para comunicar a Yegor su idea de que en un matrimonio lo más importante era el amor y que con amor uno siempre era feliz, porque la felicidad estaba en uno mismo.

Yegor le escuchó con atención y, por lo visto, entendió plenamente la idea de Levin, como confirmó una reflexión inesperada; a saber, que cuando había servido a buenos amos, siempre había estado contento de ellos, y que también ahora estaba satisfecho de su señor, aunque era francés.

«¡Qué hombre tan bondadoso!», pensó Levin.

—Y tú, Yegor, cuando te casaste, ¿querías a tu mujer?

—Cómo no —respondió Yegor.

Y Levin advirtió que también Yegor se encontraba en un estado de ánimo exaltado y que se aprestaba a revelarle sus sentimientos más íntimos.

—Mi vida también es sorprendente. Desde mi más tierna infancia… —empezó a decir con los ojos brillantes; no cabía duda de que Levin le había contagiado, como sucede cuando uno ve bostezar a otra persona.

Pero en ese momento sonó un timbre. Yegor salió y Levin se quedó solo. Casi no había comido nada en casa de Stepán Arkádevich, y tampoco había querido tomar el té ni cenar con Sviazhski, pero no podía pensar en eso ahora. No había pegado ojo la noche anterior, pero tampoco podía pensar en dormir. En la habitación hacía fresco, pero él se ahogaba de calor. Abrió los dos postigos de las ventanas y se sentó delante de la mesa que había enfrente. Mas allá del tejado cubierto de nieve se vislumbraba una cruz afiligranada con cadenas y, por encima, la constelación triangular del Cochero, dominada por el resplandor amarillento de la Cabra. Levin miraba tan pronto la cruz como la estrella, respiraba el aire fresco, helado, que entraba sin parar en la habitación y seguía como en sueños las imágenes y recuerdos que surgían en su imaginación. A eso de las cuatro oyó pasos en el pasillo y se asomó a la puerta. Un conocido suyo, el jugador Miashkin, volvía del casino, cabizbajo y enfurruñado,

aclarándose la garganta. «¡Pobre desgraciado!», pensó Levin, y de sus ojos brotaron lágrimas de piedad y afecto. Quiso hablar con él, consolarle. Pero, al recordar que iba en camisa, cambió de idea y volvió a sentarse al lado de la ventana, para bañarse en el aire fresco y contemplar las formas admirables de esa cruz, silenciosa, pero llena de significado para él, así como esa resplandeciente estrella amarilla que remontaba el horizonte. Hacia las seis los enceradores empezaron a hacer ruido, las campanas de una iglesia llamaron a misa y Levin empezó a sentir frío. Cerró los postigos, se lavó, se vistió y salió del hotel.

XV

Aún no se veía a nadie por las calles. Levin se acercó a la casa de los Scherbatski. La puerta principal estaba cerrada y todos dormían. Se dio la vuelta, regresó a su habitación y pidió café. El criado de día, que ya no era Yegor, se lo llevó. Levin quiso entablar conversación con él, pero alguien llamó y el criado tuvo que salir. Levin trató de tomar un sorbo de café y se llevó un pedazo de bollo a la boca, pero sus dientes no sabían qué hacer con él. Levin lo escupió, se puso el abrigo y volvió a salir. Ya eran más de las nueve cuando se acercó por segunda vez a la casa de los Scherbatski. Los señores acababan de levantarse; el cocinero salía para hacer la compra. Había que dejar pasar al menos dos horas más.

Levin pasó la noche y la mañana en un estado de inconsciencia total, sintiéndose completamente al margen de las exigencias materiales de la vida. No había comido en todo el día, llevaba dos noches sin dormir, había pasado varias horas medio desnudo expuesto al frío, pero el caso es que se sentía más fresco y sano que nunca, completamente desligado de su cuerpo: se movía sin ningún esfuerzo de sus músculos y se creía capaz de todo. Estaba convencido de que, en caso de que fuera necesario, podría echar a volar o mover la esquina de una casa. Pasó el resto del tiempo paseando por las calles, consultando el reloj a cada momento y volviéndose a uno y otro lado.

Y lo que vio entonces no volvió a verlo nunca más. Lo que más le llamó la atención fueron los niños que iban al colegio, unas palomas azules, que bajaban volando de los tejados a la acera, los bollos espolvoreados de harina que una mano invisible había puesto en un escaparate. Esos bollos, esas palomas y esos niños parecían venidos de otro mundo. Y todo sucedía al mismo tiempo: un muchacho se acercaba corriendo a una paloma y le miraba con una sonrisa en los labios; la paloma agitaba las alas y echaba a volar, centelleando a la luz del sol, a través del fino polvo de nieve que temblaba en el aire; y un olor a pan recién horneado salía del escaparate, donde de pronto aparecían los bollos. Y la impresión de conjunto era de una belleza tan asombrosa que él reía y lloraba de alegría. Después de dar un gran rodeo por el callejón Gazetni y Kislovka, volvió de nuevo al hotel, puso el reloj delante y se sentó a esperar que dieran las doce. En la habitación contigua discutían de un asunto de máquinas y hablaban de no sé que engaño, acompañando esas palabras de toses matinales. Por lo visto no entendían que las manecillas se acercaban ya a las doce. Cuando por fin llegó esa hora, Levin salió a la entrada. Era evidente que los cocheros estaban al tanto de todo. Rodearon a Levin con caras de felicidad y se pusieron a discutir y a ofrecerle sus servicios. Procurando no ofender a los restantes cocheros y prometiendo recurrir a sus servicios en otra ocasión, Levin eligió a uno y le ordenó que se dirigiera a casa de los Scherbatski. El cochero tenía un aspecto imponente, con

el cuello de su camisa blanca asomando por encima del caftán, firme sobre su nuca roja, gruesa y vigorosa. El trineo era alto y ligero (Levin jamás volvió a montar en uno parecido), y el excelente caballo se esforzaba por avanzar, pero apenas se movía de su sitio. El cochero conocía la casa de los Scherbatski y, para mostrar una especial consideración a su cliente, al detener el caballo delante de la puerta, hizo un movimiento circular con los brazos y gritó: «¡So!». El portero de los Scherbatski seguramente estaba enterado de todo, como se desprendía de sus ojos risueños y de las palabras que le dirigió:

—¡Hace tiempo que no viene usted por aquí, Konstantín Dmítrich!

No sólo lo sabía todo, sino que rebosaba de alegría, aunque se esforzaba por disimularlo. Después de contemplar los bondadosos ojos del anciano, Levin percibió un matiz nuevo en su felicidad.

—¿Se han levantado ya?

—Haga el favor de pasar. Puede dejarlo aquí —dijo con una sonrisa, cuando Levin hizo intención de volverse para coger su gorro. Ese detalle le pareció muy significativo.

—¿A quién le anuncio? —preguntó el criado.

Aunque era un criado joven y presumido, como se estilan ahora, parecía un buen muchacho y daba la impresión de que también lo entendía todo.

—A la princesa… Al príncipe… A la señorita —respondió Levin.

La primera persona con la que se encontró fue mademoiselle Linon. Atravesaba la sala con sus ricitos y su cara resplandecientes. Apenas había tenido tiempo Levin de dirigirle la palabra cuando se oyó un rumor de pasos y el susurro de un vestido al otro lado de la puerta; mademoiselle Linon desapareció de su vista, y de Levin se apoderó una especie de temor gozoso ante la cercanía de su felicidad. Mademoiselle Linon apretó el paso y, dejándole solo, desapareció por la otra puerta. En cuanto salió, resonaron en el parqué unos pasos presurosos y ligeros, y su felicidad, su vida, él mismo —algo incluso mejor que él mismo, algo que había buscado y deseado tanto tiempo— se acercó rápidamente. Más que andar, parecía como si una fuerza invisible la arrastrara.

Levin sólo vio esos ojos claros, sinceros, asustados de su propia dicha, la misma que embargaba también su corazón. Sus ojos brillaban cada vez más cerca, cegándole con la luz de su amor. Se detuvo a su lado, rozándole, y apoyó las manos en sus hombros.

Había hecho todo lo que estaba en su mano: se había acercado y se le había entregado por entero, tímida y alegre. Levin la abrazó y unió sus labios a los de ella, que aguardaban ya el beso.

Kitty tampoco había dormido en toda la noche, y había pasado la mañana entera esperándole. Su padre y su madre habían dado su consentimiento sin el menor reparo,

felices de la dicha de su hija. Kitty había aguardado con impaciencia la llegada de Levin porque quería ser la primera en anunciarle esa venturosa noticia para ambos. Se había propuesto recibirle sola y se felicitaba de su plan, pero al mismo tiempo se sentía confusa y avergonzada y no sabía cómo ponerlo en ejecución. Al oír los pasos y la voz de Levin, había esperado detrás de la puerta a que se marchara mademoiselle Linon. Entonces, sin pensárselo dos veces ni preguntarse lo que estaba haciendo, se había acercado, había apoyado los brazos en sus hombros y todo lo demás…

—Vamos a ver a mamá —dijo, cogiéndole de la mano.

Durante un buen rato Levin fue incapaz de decir nada, no tanto porque temiera que las palabras desmerecieran de sus sentimientos, como porque cada vez que se disponía a abrir la boca sentía que le ahogaban lágrimas de felicidad. Tomó la mano de Kitty y la besó.

—¿Es posible que todo esto sea verdad? —preguntó Levin al fin, con voz sorda —. ¡No puedo creer que me ames!

Al oír que la tuteaba y ver la expresión apocada con que la miraba, Kitty sonrió.

—¡Sí! —respondió, alargando esa palabra de manera muy expresiva—. ¡Soy tan feliz!

Sin soltarle la mano, entró en el salón. La princesa, al verlos, respiró afanosamente, se echó a llorar, luego rompió a reír y, con una energía que Levin jamás habría esperado, se acercó corriendo, le cogió la cabeza, lo besó y le humedeció las mejillas con sus lágrimas.

—¡Así pues, todo está arreglado! Me alegro mucho. Quiérala usted. Me alegro mucho… Kitty.

—¡Qué pronto os habéis puesto de acuerdo! —dijo el viejo príncipe, tratando de aparentar indiferencia, pero Levin advirtió que tenía los ojos húmedos cuando se dirigió a él—. Hace tiempo que lo deseaba. Lo he deseado siempre —añadió, tomando a Levin de la mano y atrayéndolo hacia sí—. Incluso cuando a esta veleta se le metió en la cabeza…

—¡Papá! —gritó Kitty, tapándole la boca con las manos.

—¡Vale, ya me callo! —repuso él—. Estoy muy, muy conten… ¡Ah! ¡Qué tonto soy!…

Abrazó a Kitty, le besó la cara, la mano, otra vez la cara e hizo sobre ella la señal de la cruz.

Y a Levin le embargó un nuevo sentimiento de cariño por ese hombre, que hasta entonces había sido un extraño para él, al ver cómo Kitty estampaba un tierno y prolongado beso en su carnosa mano.

XVI

La princesa, sentada en su sillón, guardaba silencio y sonreía; el príncipe tomó asiento a su lado, flanqueado por Kitty, que no le soltaba la mano. Todos callaban.

La princesa fue la primera que llamó a las cosas por su nombre y encauzó todos los sentimientos y pensamientos a cuestiones de la vida real. En un primer momento a todos les pareció extraño y doloroso ese proceder.

—Bueno. Tenemos que bendecirlos y anunciar el compromiso. ¿Y cuándo será la boda? ¿Qué piensas tú, Aleksandr?

—Pregúntaselo a él —respondió el viejo príncipe, señalando a Levin—. Es el personaje principal en toda esta historia.

—¿Cuándo? —dijo Levin, ruborizándose—. Mañana. Ya que me lo preguntan, les diré que, en mi opinión, la bendición podría ser hoy y la bod. mañana.

—Basta, *mon cher*, no diga tonterías.

—Vale, pues dentro de una semana.

—Se ha vuelto loco.

—No. ¿Por qué?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la madre, a la que hacían gracia esa: prisas—. ¿Y qué pasa con el ajuar?

«¿Es qué tendremos que ocuparnos del ajuar y todo eso? —pensó Levin horrorizado—. Por lo demás, ¿acaso pueden el ajuar, la bendición y todo lo demás ensombrecer mi felicidad? ¡Nada puede ensombrecerla!»

Miró a Kitty y se dio cuenta de que la idea de ocuparse del ajuar no le molestaba en modo alguno.

«Por lo tanto, debe de ser necesario», concluyó.

—La verdad es que yo no sé nada de esas cosas. Sólo he expresado mi deseo —dijo, a modo de disculpa.

—Ya lo discutiremos. De momento, podemos proceder a la bendición anunciar el compromiso.

La princesa se acercó a su marido, le dio un beso e hizo intención de salir, pero él la retuvo, la abrazó y la besó con ternura varias veces, *como* un joven enamorado, sin dejar de sonreír. Por un momento, los dos ancianos parecieron confusos: ¿eran ellos los enamorados o su hija? Cuando ambos salieron, Levin se acercó a la novia y le cogió la mano. Ya era dueño de sus actos y había recuperado la capacidad de hablar. ¡Tenía tantas *cosa* que comunicarle! Sin embargo, las palabras que salieron de su boca eran muy distintas de las que se había propuesto decir.

—¡Estaba seguro de que esto acabaría sucediendo! No es que albergara esperanzas, pero en el fondo de mi corazón lo sabía —dijo—. Creo que estaba predestinado.

—Y yo —dijo ella—. Incluso entonces… —se interrumpió y después continuó, mirándole decidida con sus ojos sinceros—. Incluso entonces, cuando rechacé la felicidad. Nunca he amado a nadie más que a usted, pero estaba obnubilada. Debo decirle… ¿Será usted capaz de olvidarlo?

—Tal vez haya sido mejor así. Tiene usted que perdonarme muchas cosas. He de decirle… —Había decidido decirle dos cosas desde el principio: que no era tan puro como ella y que no creía en Dios. Era doloroso, pero se consideraba obligado a confesarle tanto lo uno como lo otro—. ¡No, ahora no! ¡En otro momento! —dijo.

—Como usted quiera. Pero tiene que decírmelo sin falta. No tengo miedo de nada. Ni que decir tiene…

Levin completó la frase —Que me aceptará usted tal como soy, que no me rechazará, ¿verdad?

—Sí, sí.

La conversación fue interrumpida por mademoiselle Linon que, con una sonrisa dulce y a la vez artificiosa, venía a felicitar a su alumna predilecta. Aún no había salido de la habitación cuando entraron los criados para ofrecer también sus parabienes. Luego llegaron los parientes, y dio comienzo para Levin ese período tumultuoso y feliz que no acabaría hasta dos días después de la boda. Se sentía molesto e incómodo en todo momento, pero su felicidad, lejos de menguar, aumentaba. Era consciente de que le exigían muchas cosas de las que no sabía nada, pero hacía de buena gana todo lo que le pedían. Pensaba que su noviazgo no se parecería en nada al de los demás, que el cumplimiento de todos los rituales y tradiciones acabaría con su felicidad, pero el caso es que, aunque hicieron lo mismo que todo el mundo, su felicidad no dejaba de crecer y se hacía cada vez más especial: jamás se había visto ni se vería nada semejante.

—Ahora vamos a comer unos bombones —decía mademoiselle Linon.

Y Levin corría a comprarlos.

—Me alegro mucho —decía Sviazhski—. Le aconsejo que compre las flores en Fomín.

—¿Es necesario? —preguntaba Levin.

Y allá se dirigía.

Su hermano le dijo que había que pedir dinero prestado porque habría que comprar regalos y hacer frente a muchos gastos…

—¿Hay que hacer regalos?

Y partía al galope a la joyería Fulde.

Tanto en la pastelería como en Fomín y en Fulde se daba cuenta de que lo esperaban, de que se alegraban de verle, de que compartían su felicidad, como todas las personas con las que trataba esos días. Lo raro no era sólo que todos lo quisieran, sino que hasta personas que antes se habían mostrado antipáticas, frías e indiferentes,

estaban entusiasmadas con él, le obedecían en todo, hablaban de Sus sentimientos con ternura y delicadeza y compartían su convencimiento de que era el hombre más feliz de la tierra, porque su novia era el colmo de la perfección. Kitty sentía lo mismo. Cuando la condesa Nordston se permitió insinuar que habría deseado algo mejor para ella, se enfadó tanto y le demostró de un modo tan convincente que no había en el mundo hombre mejor que Levin, que la condesa se vio obligada a reconocerlo, y en presencia de Kitty siempre acogía a Levin con una sonrisa de admiración.

La prometida explicación fue uno de los acontecimientos más dolorosos de esa época. Levin pidió consejo al viejo príncipe y, una vez que éste le dio su consentimiento, entregó a Kitty su diario, en el que había consignado lo que tanto le desasosegaba. Lo había escrito pensando en su futura novia. Dos cosas le atormentaban: su impureza y su falta de fe. Kitty apenas prestó importancia a ese segundo aspecto. Era creyente, jamás había dudado de las verdades de la religión, pero la supuesta incredulidad de su novio no le afectó siquiera. El amor le había revelado el corazón de Levin, en el que había visto lo que deseaba; y poco le importaba si a ese estado de ánimo se le llamaba falta de fe. En cambio, la otra confesión le hizo llorar lágrimas amargas.

Antes de entregarle el diario, Levin había tenido que librar un combate consigo mismo. Sabía que entre ellos no podía ni debía haber ningún secreto; por eso había llegado a la conclusión de que no tenía otra salida. Pero no se imaginó el efecto que iba a causarle, porque no se puso en el lugar de Kitty. Una tarde, al entrar en su habitación, antes de ir al teatro, se la encontró bañada en lágrimas, su agradable y lastimoso rostro desencajado por la pena irreparable que le había causado. Entonces comprendió el abismo que separaba su vergonzoso pasado de la pureza inmaculada de Kitty, y se horrorizó de lo que había hecho.

—¡Llévese esos cuadernos horribles! ¡Lléveselos! —exclamó, apartando los diarios, que descansaban sobre la mesa, delante de ella—. ¿Por qué me los ha dado?… En cualquier caso, es mejor así —añadió, compadeciéndose de la expresión desesperada de Levin—. Pero ¡es horrible, horrible!

Levin agachó la cabeza y guardó silencio. ¿Qué habría podido decir?

—Entonces, ¿no me perdona usted? —susurró.

—Sí, le perdono, pero es horrible.

En cualquier caso, su dicha era tan grande que ese incidente, lejos de destruirla, le añadió un nuevo matiz. Kitty le había perdonado; pero, a partir de ese momento, se consideró menos digno de ella, fue más consciente de la supremacía moral de su prometida y valoró aún más su felicidad inmerecida.

XVII

Alekséi Aleksándrovich volvió a su habitación solitaria, repasando involuntariamente en su memoria la impresión que le habían dejado las conversaciones entabladas durante la comida y la sobremesa. Las palabras que Daria Aleksándrovna había pronunciado sobre el perdón no habían conseguido más que enfadarle. Decidir si los preceptos cristianos podían aplicarse o no a su caso era una cuestión demasiado ardua de resolver, de la que no se podía hablar a la ligera, y a la que Alekséi Aleksándrovich había respondido de manera negativa hacía mucho tiempo. De todo lo que se había dicho, lo que más le había impresionado había sido un comentario de Turovtsin, ese hombre tan bondadoso como estúpido: «Se portó como un valiente. Lo desafió a duelo y lo mató». Por lo visto, todos compartían esa opinión, aunque por delicadeza se habían abstenido de manifestarlo.

«En cualquier caso, ya he tomado una decisión, así que no hay razón para seguir pensando en ese asunto», se dijo Alekséi Aleksándrovich.

Dándole vueltas a su inminente viaje y a las labores de inspección que le aguardaban, entró en su habitación y le preguntó al portero que le había acompañado dónde estaba su criado. Éste le informó de que acababa de salir. Alekséi Aleksándrovich le ordenó que le sirviese té, se sentó a la mesa, cogió el *Froom,*[10] y se puso a trazar el itinerario de su viaje.

—Han llegado dos telegramas —dijo el criado, entrando en la habitación—. Perdone, excelencia, he salido un momentito.

Alekséi Aleksándrovich cogió los telegramas y los abrió. En el primero le comunicaban el nombramiento de Strémov para un puesto que ambicionaba para él. Arrojó el despacho y, enrojeciendo, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—*Quos vult perdere dementat*[11] —dijo, refiriéndose con ese *quos* a los responsables de ese nombramiento. No le disgustaba que no le hubieran concedido ese cargo, que hubieran pasado por encima de él, pero le parecía sorprendente e incomprensible que no se dieran cuenta de que ese charlatán de Strémov, que sólo sabía hacer frases, era el menos indicado para desempeñar ese puesto. ¿Cómo no comprendían que estaban labrando su propia ruina, comprometiendo su *prestige*?

«Será algo por el estilo», se dijo con amargura, al abrir el segundo despacho. Era un telegrama de su mujer. Lo primero que le saltó a la vista fue su firma, «Anna», trazada con lápiz azul. «Me muero. Le ruego, le suplico que venga. Moriré más tranquila con su perdón», leyó. Arrojó el telegrama con una sonrisa despectiva. En un primer momento le pareció evidente que se trataba de un engaño y una artimaña.

«No hay argucia de la que no sea capaz. Está a punto de dar a luz. Quizá se refiera a eso. Pero ¿qué es lo que pretende? Que reconozca al niño, comprometerme y

evitar el divorcio —pensó—. Pero ahí dice que se está muriendo…» Volvió a leer el telegrama y de pronto le sorprendió el sentido exacto de lo que decía. «¿Y si fuera cierto? —se dijo—. ¿Y si en un momento de dolor, ante la cercanía de la muerte, se hubiera arrepentido de veras, y yo, pensando que se trata de un engaño, me niego a acudir? No sólo sería una crueldad, por la que todos me criticarían, sino también una estupidez.»

—Piotr, llama un coche. Me voy a San Petersburgo —le dijo a su criado.

Alekséi Aleksándrovich había tomado la decisión de volver a San Petersburgo para ver a su mujer. Si la enfermedad era un engaño, se marcharía sin dirigirle la palabra. Pero, si estaba realmente grave, con un pie en la tumba, y deseaba verlo antes de morir, la perdonaría, en caso de encontrarla aún con vida. Y, si llegaba demasiado tarde, le rendiría los honores debidos.

Durante todo el camino no volvió a pensar en lo que haría.

Con una sensación de fatiga y suciedad, después de pasar la noche en el tren, Alekséi Aleksándrovich, rodeado de esa neblina matinal peters-burguesa, avanzaba por la desierta avenida Nevski, con la mirada al frente, sin pensar en lo que le esperaba. No podía pensar en ello porque, cuando se imaginaba lo que iba a suceder, no podía desembarazarse de la idea de que esa muerte resolvería todas sus dificultades. Las panaderías, las tiendas cerradas, los coches nocturnos, los porteros que barrían las aceras pasaban como relámpagos ante sus ojos, y él se fijaba en todo para no seguir pensando en lo que le esperaba, para olvidarse de lo que no se atrevía a desear y sin embargo deseaba. Llegó a la puerta de su casa. En la entrada había un coche de alquiler y otro particular, con el cochero dormido. Al entrar en el vestíbulo, extrajo del rincón más recóndito de su cabeza una decisión, que formuló así: «Si es un engaño, mostrar una calma despectiva y marcharme. Si es verdad, guardar las apariencias».

Antes de que tuviera tiempo de llamar, el portero Petrov, a quien todos llamaban Kapitónich, le abrió la puerta; tenía un aspecto extraño con su vieja levita, sin corbata y en zapatillas.

—¿Cómo está la señora?

—Ayer dio a luz sin ningún contratiempo.

Alekséi Aleksándrovich se detuvo y palideció. En ese momento comprendió con toda claridad cuánto había deseado la muerte de Anna.

—¿Y de salud?

Kornéi, con el delantal que se ponía por las mañanas, bajó corriendo por la escalera.

—Muy mal —respondió—. Ayer hubo consulta de médicos. Uno de ellos está ahora arriba.

—Ocúpate de mi equipaje —dijo Alekséi Aleksándrovich y, sintiendo cierto

alivio al oír que aún quedaba alguna esperanza de que muriera, entró en la antesala.

En la percha había un capote militar. Al reparar en él, Alekséi Aleksándrovich preguntó:

—¿Quién está en casa?

—El médico, la comadrona y el conde Vronski.

Alekséi Aleksándrovich pasó a las habitaciones interiores.

En el salón no había nadie. Al oír sus pasos, la comadrona salió del despacho de Anna con una cofia de cintas color lila. Se acercó a él y, con esa familiaridad que da la inminencia de la muerte, le cogió del brazo y lo condujo al dormitorio.

—¡Gracias a Dios que ha llegado usted! No hace más que llamarle —dijo.

—¡Traigan en seguida el hielo! —dijo el médico desde el dormitorio con voz imperiosa.

Alekséi Aleksándrovich entró en el despacho de Anna. A poca distancia de la mesa, sentado de lado en una silla baja, Vronski lloraba, cubriéndose el rostro con las manos. Al oír la voz del médico se levantó de un salto y apartó las manos de la cara. Cuando vio a Alekséi Aleksándrovich, se turbó tanto que volvió a sentarse, hundiendo la cabeza entre los hombros, como si deseara desaparecer en alguna parte. Pero acto seguido, haciendo un esfuerzo, se puso de pie y dijo:

—Se está muriendo. El médico ha dicho que no hay esperanzas. Estoy a su disposición, pero permítame que me quede aquí… En cualquier caso, haré lo que le parezca, pues…

Al ver las lágrimas de Vronski, Alekséi Aleksándrovich fue presa de ese desconcierto que le dominaba ante los sufrimientos ajenos. Volvió la cara, sin esperar a que Vronski acabara su frase, y se dirigió apresuradamente a la puerta del dormitorio, desde el que le llegaba la voz de Anna, alegre, viva, con entonaciones muy netas. Entró y se acercó a la cama. Anna yacía con el rostro vuelto hacia él. Le ardían las mejillas, le brillaban los ojos, las manos menudas y blancas, que asomaban de los puños del camisón, jugaban con la punta de la manta. Por lo visto, no sólo gozaba de buena salud, sino que estaba de un humor inmejorable. Hablaba deprisa, en voz alta, con inflexiones extraordinariamente precisas y expresivas.

—Porque Alekséi, me refiero a Alekséi Aleksándrovich (¡qué destino tan extraño y terrible: los dos se llaman Alekséi!), no me lo negaría. Yo lo olvidaría todo y él me perdonaría… Pero ¿por qué no viene? Es bueno. Ni él mismo sabe lo bueno que es. ¡Ah, Dios mío, qué angustia! ¡Dadme agua! ¡Deprisa! Pero será malo para la niñita. Bueno, de acuerdo, que se la lleven a la nodriza. Entiendo que es incluso mejor. Cuando él venga, se disgustará si la ve. Llévensela.

—Ya ha llegado, Anna Arkádevna. ¡Está ahí! —dijo la comadrona, tratando de llamar su atención sobre Alekséi Aleksándrovich.

—¡Ah, qué absurdo! —prosiguió Anna, sin reparar en la presencia de su marido

—. ¡Traedme a la niña! ¡Traédmela! Mi marido todavía no ha llegado. Dicen que no me perdonará, pero ustedes no lo conocen. Nadie lo conoce. Sólo yo, y trabajo me ha costado. Hay que conocer sus ojos. Seriozha los tiene iguales. Por eso no puedo verlos. ¿Le han dado de comer a Seriozha? Seguro que nadie le presta atención. Él no se habría olvidado. Hay que trasladar a Seriozha a la habitación de la esquina y pedirle a Mariette que duerma con él.

De pronto se encogió, se calló y, con una expresión de espanto, como si esperara un golpe y quisiera defenderse, se llevó las manos a la cara: había visto a su marido.

—No, no —dijo—, no es a él a quien temo, sino a la muerte. Acércate, Alekséi. Me doy prisa porque tengo poco tiempo, me queda poco de vida. En unos instantes me subirá la fiebre y ya no seré capaz de entender nada. Pero ahora lo entiendo todo y lo veo todo.

El rostro arrugado de Alekséi Aleksándrovich se contrajo en una expresión de dolor. Le cogió la mano y quiso decir algo, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Le temblaba el labio inferior; su emoción era tan grande que casi no podía controlarse y apenas se atrevía a mirarla. Cada vez que lo hacía, veía en sus ojos, fijos en él, una ternura arrebatada y una delicadeza desconocidas.

—Espera, no sabes… Espera, espera… —se interrumpió, como si estuviera ordenando sus ideas—. Sí —continuó—. Sí, sí, sí. Esto es lo que quería decirte. No te sorprendas de verme así. Sigo siendo la misma… Pero dentro de mí hay otra mujer, de la que tengo miedo. Es ella quien se ha enamorado de ese hombre. He intentado odiarte, pero no he podido olvidarme de la que era antes. Esa otra mujer no soy yo. Ahora soy la verdadera, de los pies a la cabeza. Me estoy muriendo; sé que me estoy muriendo. Pregúntaselo a él. Siento un peso terrible en los brazos, en las piernas, en los dedos. ¡Mira qué dedos tan enormes! Pero todo esto terminará pronto… Sólo quiero una cosa: que me perdones, que me perdones de verdad. Soy una pecadora, pero recuerdo que mi niñera me hablaba de una santa mártir… ¿Cómo se llamaba?… Era todavía peor que yo. Iré a Roma. Allí hay un desierto. Entonces no molestaré a nadie. Únicamente me llevaré a Seriozha y a la niña… ¡No, no puedes perdonarme! ¡Sé que es imposible perdonar una cosa así! ¡No, no, vete, eres demasiado bueno! —Con una de sus manos ardientes Anna sujetaba la de su marido y con la otra lo rechazaba.

El desconcierto de Alekséi Aleksándrovich, que no había dejado de aumentar, alcanzó tales cotas que dejó de luchar con él. De pronto se dio cuenta de que lo que había tomado por mera turbación era en realidad un estado de ánimo beatífico que le permitía gozar de una felicidad nueva, desconocida hasta entonces. No se le había ocurrido que la doctrina cristiana, que siempre había procurado seguir, le conminaba a perdonar y a amar a sus enemigos, pero de pronto la alegría del amor y del perdón embargó su alma. Hincado de hinojos, con la cabeza apoyada en el brazo doblado de

Anna, que le quemaba como fuego a través de la manga, sollozaba como un niño. Anna abrazó su cabeza calva, se acercó a él y alzó los ojos con desafiante orgullo.

—¡Así es él! ¡Ya lo sabía yo! ¡Ahora adiós a todos! ¡Adiós!… Ya vienen otra vez. ¿Por qué no se van?… Pero ¡quitadme de encima estos abrigos de piel!

El médico le separó las manos, le puso con cuidado la cabeza en la almohada y le cubrió los hombros. Anna se recostó sin rechistar, mirando al frente con ojos brillantes.

—Recuerda que sólo necesitaba tu perdón, no pido nada más, nada… ¿Por qué no viene *él*? —prosiguió, volviéndose hacia la puerta, donde estaba Vronski—. ¡Acércate! ¡Acércate! Dale la mano.

Vronski se acercó al pie de la cama y, al verla, volvió a cubrirse el rostro con las manos.

—Quítate las manos de la cara y mírale. Es un santo —dijo Anna—. ¡Quítate las manos de la cara de una vez! —exclamó con enfado—. ¡Alekséi Aleksándrovich, hazlo tú! ¡Quiero verle el rostro!

Karenin separó las manos de Vronski y descubrió su rostro, en el que se reflejaba una expresión terrible de sufrimiento y vergüenza.

—Dale la mano. Perdónale.

Alekséi Aleksándrovich le dio la mano, sin contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —exclamó Anna—. Ya está todo arreglado. Sólo quiero estirar un poco las piernas. Así, muy bien. Qué mal hechas están esas flores. No se parecen nada a las violetas —añadió, señalando el papel pintado—. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuándo terminará esto? Deme morfina. ¡Doctor, deme morfina! ¡Dios mío, Dios mío!

Y Anna se agitó en la cama.

El médico y sus colegas habían dictaminado que se trataba de una fiebre puerperal, mortal en el noventa y nueve por ciento de los casos. Anna pasó todo el día con fiebre, sumida en el delirio y la inconsciencia. A medianoche perdió el sentido y se quedó casi sin pulso.

Se esperaba el desenlace de un momento a otro.

Vronski se marchó a su casa, pero volvió por la mañana para ver cómo seguía la enferma. Alekséi Aleksándrovich lo recibió en el vestíbulo y le dijo:

—Quédese. Tal vez pregunte por usted. —Y lo condujo él mismo al despacho de su mujer.

Por la mañana empezó de nuevo la excitación, la vivacidad, la rapidez de pensamiento y de palabra, y al final de nuevo la inconsciencia. Al tercer día sucedió lo mismo, y el médico dijo que había alguna esperanza. Ese día Alekséi Aleksándrovich entró en el despacho en el que se encontraba Vronski, cerró la puerta

y se sentó frente a él.

—Alekséi Aleksándrovich —dijo Vronski, sintiendo que se acercaba el momento de la explicación—, no puedo hablar. No entiendo nada. ¡Tenga piedad de mí! Por dolorosa que sea esta situación para usted, créame cuando le digo que es aún más terrible para mí.

Hizo intención de levantarse, pero Alekséi Aleksándrovich lo cogió por el brazo.

—Le ruego que me escuche. Es necesario. Tengo que aclararle los sentimientos que me han guiado y que me guiarán, para que no se lleve usted a engaños con respeto a mí. Como sabe, había decidido solicitar el divorcio e incluso había iniciado los trámites. Le confieso que al principio no estaba seguro, me atormentaba. Reconozco que me guiaba el deseo d< vengarme de usted y de ella. Al recibir el telegrama, vine aquí con e mismo sentimiento. Y le diré más: deseaba la muerte de Anna… Pero —hizo un pausa, como sopesando si descubrirle sus sentimientos o no —, pero la vi y la perdoné. Y la felicidad del perdón me ha revelado mi deber. Se lo he perdonado todo. Quiero ofrecer la otra mejilla, quiero darle mi camisa a quien me arrebata el abrigo. Y lo único que le pido a Dios es que no me quite la alegría del perdón. —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Su mirada clara y serena sorprendió a Vronski—. Ésa es mi situación. Puede usted arrastrarme por el barro, convertirme en el hazmerreír del mundo entero, pero nunca abandonaré a mi esposa ni le dirigiré a usted una pala bra de reproche —prosiguió—. He comprendido con toda claridad cuál es mi deber: estar a su lado, y eso es lo que voy a hacer. Si ella desea verle, le avisaré a usted, pero por el momento creo que es mejor que se vaya.

Karenin se levantó. Los sollozos habían interrumpido su discurso Vronski se puso en pie y, encorvado todavía, sin enderezarse del todo, lo miró de reojo. Estaba abatido. No comprendía los sentimientos de Aleksé Aleksándrovich, pero barruntaba que no sólo eran muy elevados, sino inaccesibles para un hombre con una concepción del mundo como la suya.

XVIII

Después de la conversación con Alekséi Aleksándrovich, Vronski salió de la casa y se detuvo, preguntándose dónde estaba y adonde tenía que dirigirse. Se sentía avergonzado, vejado, culpable, privado de cualquier posi bilidad de lavar su humillación. Tenía la impresión de haberse salido de ese camino que con tanta facilidad y orgullo había seguido hasta entonces. Todos sus hábitos y reglas de vida, que tan sólidos le habían parecido, de pronto resultaban falsos e inaplicables. El marido burlado, que hasta ese momento se le había antojado una figura lastimosa, un obstáculo casual y algo ridículo en la busca de la felicidad, de pronto se había elevado, gracias a ella, a una altura asombrosa, y una vez allí, lejos de parecer malvado, falso o irrisorio, había dado muestras de bondad, sencillez y generosidad. Vronski no podía dejar de reconocerlo. Sus papeles respectivos de pronto habían cambiado. Vronski era consciente de la elevación de Karenin y de su caída, comprendía que su oponente tenía razón y que él estaba equivocado. Se daba cuenta de que el marido había sido magnánimo, incluso en su dolor; mientras él había sido mezquino y miserable en su mentira. Pero la conciencia de su inferioridad ante ese hombre, al que había despreciado de manera injusta, constituía sólo una pequeña parte de su desdicha. Se sentía infinitamente desdichado porque su pasión por Anna, que en los últimos tiempos se había enfriado, se había vuelto más fuerte que nunca, al saber que la iba a perder para siempre. La había visto tal como era a lo largo de toda su enfermedad, había llegado a conocer su alma, y tenía la impresión de que hasta entonces no la había amado. Y ahora que la conocía y la amaba como debía, había sido humillado delante de ella, la había perdido para siempre, dejando un recuerdo oprobioso de sí mismo. Pero lo más terrible de todo había sido su posición ridicula y humillante cuando Alekséi Aleksándrovich le retiró las manos de su cara avergonzada. Seguía de pie en la entrada de la casa, como perdido, y no sabía qué hacer.

—¿Quiere que llame a un coche? —preguntó el portero.

—Sí.

Al regresar a su casa después de tres noches sin dormir, Vronski, sin desvestirse, se tumbó boca abajo en el sofá, apoyando la cabeza en los brazos cruzados. Sentía una especie de opresión en la cabeza. Imágenes, recuerdos y pensamientos de lo más extraño se sucedían con extraordinaria rapidez y claridad. Tan pronto le daba una medicina a la enferma, llenando demasiado la cuchara, como veía los brazos blancos de la comadrona o la extraña postura de Alekséi Aleksándrovich, arrodillado delante de la cama.

«¡Duerme y olvida!», se decía, con esa serena certidumbre de las personas sanas, convencidas de que, si están cansadas y desean dormir, lo conseguirán en el acto. En

efecto, en ese mismo instante todo se confundió en su cabeza y empezó a hundirse en el abismo del olvido. Las olas del mar de la inconsciencia empezaban a asaltar ya su cabeza cuando de pronto se estremeció con todo el cuerpo, como sacudido por una violenta sacudida eléctrica, dio un salto sobre los muelles del sofá y, apoyándose en las manos, se puso de rodillas, lleno de espanto. Tenía los ojos como platos, como si no hubiese dormido nunca. La opresión de la cabeza y la lasitud de los miembros que había sentido unos minutos antes de pronto desaparecieron.

«Puede usted arrastrarme por el barro», oyó las palabras de Alekséi Aleksándrovich y lo vio delante de él; también vio el rostro ardiente de Anna, con sus ojos brillantes, que miraban con ternura y amor a Karenin, no a él; y vio su propia figura, estúpida y ridicula, según le parecía, cuando Alekséi Aleksándrovich le había apartado las manos de la cara. De nuevo estiró las piernas, se desplomó sobre el sofá, adoptó la misma postura de antes y cerró los ojos.

«¡Dormir! ¡Dormir!», repetía. Pero con los ojos cerrados se representaba con mayor nitidez aún el rostro de Anna, tal como lo había visto la memorable tarde de las carreras.

—Ya es agua pasada, jamás volverá, y ella desea borrarlo de su recuerdo. Pero yo no puedo vivir sin eso. ¿Cómo podríamos reconciliarnos? ¿Cómo? —dijo en voz alta, y empezó a repetir inconscientemente esas palabras. Por unos instantes la repetición impidió que se abrieran paso las nuevas imágenes y recuerdos que se agolpaban ya en su cabeza. Pero la estratagema no duró mucho. De nuevo empezaron a sucederse uno tras otro, a una sorprendente velocidad, los mejores momentos, junto con esa reciente humillación. «Quítate las manos», decía la voz de Anna. Él las apartaba y se daba cuenta de que su aspecto era estúpido y vergonzoso.

Seguía tumbado, tratando de dormirse, aunque era consciente de que no había la menor esperanza, y no hacía más que repetirse en un susurro palabras sueltas que le sugería algún recuerdo, con el propósito de impedir la aparición de nuevas imágenes. Aguzó el oído y oyó un susurro extraño y demencial: «No has sabido apreciarlo. No has sabido disfrutar. No has sabido apreciarlo. No has sabido disfrutar».

«¿Qué es esto? ¿No me estaré volviendo loco? —se dijo—. Tal vez. ¿Por qué la gente pierde la razón? ¿Por qué se descerraja un tiro?», se preguntó y, abriendo los ojos, vio con asombro, a un lado de su cabeza, la almohada bordada por Varia, la mujer de su hermano. Palpó la borla e intentó acordarse de Varia, de la última vez que la había visto. Pero le resultaba penoso concentrarse en algo que no estuviera relacionado con lo que le obsesionaba. «¡No, tengo que dormirme!» Acercó la almohada y apoyó la cabeza, pero tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir los ojos. De pronto se incorporó de un salto. «Todo ha terminado para mí —se dijo—. Es preciso que piense en lo que debo hacer. ¿Qué me queda?» En una especie de fogonazo se imaginó la vida que le esperaba privado del amor de Anna.

«¿La ambición? ¿Serpujovski? ¿La sociedad? ¿La corte?» Ninguna de esas cosas consiguió atraer su atención. Antes todo eso tenía significado, pero ahora había perdido su importancia. Se levantó del sofá, se quitó la levita, se aflojó el cinturón y, tras descubrir el velludo pecho, para respirar más libremente, empezó a pasearse por la habitación. «Así es como la gente pierde la razón —repitió—. Así es como se descerraja un tiro… para no avergonzarse», añadió lentamente.

Se acercó a la puerta y la cerró. Luego, con la mirada fija y los dientes muy apretados, se dirigió a la mesa, cogió la pistola, la examinó, dio vueltas al cilindro hasta encontrar una bala en la recámara y se quedó pensativo. Pasó un par de minutos inmóvil, la pistola en la mano, la cabeza agachada, la expresión reconcentrada. «Desde luego», se dijo, como si el curso lógico, prolongado y preciso de sus pensamientos le hubiese llevado a una conclusión inevitable. En realidad, ese «desde luego» que sonaba tan convincente no era más que una consecuencia de la repetición de recuerdos e ideas a la que se había entregado decenas de veces en el curso de una hora. Eran los mismos recuerdos de esos tiempos felices perdidos para siempre, las mismas consideraciones sobre la falta de sentido de su vida futura, la misma conciencia de su humillación. La misma sucesión de imágenes y sentimientos.

«Desde luego», repitió, cuando ese círculo mágico de memoria y pensamiento empezó a girar por tercera vez en su cabeza. Apoyó entonces el revólver en la parte izquierda del pecho y, apretando con fuerza la mano, como si quisiera encerrarlo en el puño, oprimió el gatillo. No oyó el ruido del disparo, pero un golpe violento en el pecho le hizo tambalearse. Quiso agarrarse al borde de la mesa, soltó el arma, vaciló y se sentó en el suelo, mirando desconcertado a su alrededor. No reconocía su habitación, pues lo veía todo desde abajo: las patas curvas de la mesa, la papelera y la piel de tigre. Los rápidos y rechinantes pasos del criado, que atravesaba el salón, le obligaron a dominarse. Haciendo un esfuerzo, acabó por comprender que estaba en el suelo, y, al ver la sangre en su mano y en la piel de tigre, se dio cuenta de que se había disparado.

—¡Qué estupidez! He fallado —murmuró, tanteando con la mano en busca de la pistola. El arma estaba a su lado, pero él la buscaba más lejos. Llevado de su afán por encontrarla, se estiró hacia el otro lado, pero, incapaz de guardar el equilibrio, se desplomó, bañado en sangre.

Al ver a su amo tendido en el suelo, el criado, hombre elegante y de vistosas patillas, que solía quejarse a sus conocidos de la debilidad de sus nervios, se asustó tanto que, en lugar de cortarle la hemorragia, salió corriendo en busca de ayuda. Al cabo de una hora llegó Varia, la mujer de su hermano, y, con la ayuda de tres médicos que había mandado buscar por todas partes y que llegaron al mismo tiempo, llevó al herido a la cama y se quedó en su casa para cuidarlo.

XIX

Cuando se disponía a ir a ver a su mujer, Alekséi Aleksándrovich no había contado con la posibilidad de que su arrepentimiento fuera sincero, de que acabara perdonándola de verdad y de que ella se restableciera. Dos meses después de regresar de Moscú comprendió la magnitud del error que había cometido. No sólo es que no hubiera contado con esa posibilidad, sino que hasta el día en que la vio moribunda no había conocido los sentimientos de su corazón. A la cabecera de su mujer enferma, se entregó por primera vez en su vida a esa tierna compasión que despertaban en él los sufrimientos ajenos, de la que antes tanto se había avergonzado, como si fuese una debilidad peligrosa. La compasión por Anna, el arrepentimiento por haber deseado su muerte y, sobre todo, la misma alegría del perdón, no sólo habían aliviado sus sufrimientos, sino que le habían comunicado una paz interior desconocida hasta entonces. De pronto comprendió que lo mismo que había sido fuente de padecimientos se había convertido en fuente de alegrías espirituales, y lo que le había parecido insoluble cuando condenaba, reprochaba y odiaba, se había vuelto claro y sencillo ahora que amaba y perdonaba.

Había perdonado a su mujer y se compadecía de ella por sus sufrimientos y su arrepentimiento. Había perdonado a Vronski y lo compadecía, sobre todo después de los rumores que le habían llegado de su acto de desesperación. También se compadecía de su hijo más que antes, y se reprochaba haberse ocupado tan poco de él. En cuanto a la recién nacida, no sólo sentía piedad, sino incluso ternura. En un principio se había ocupado de esa débil criatura movido exclusivamente por la compasión. Desatendida por todos durante la enfermedad de la madre, puede que hubiera muerto de no haber sido por sus cuidados. Sin apenas darse cuenta, se había encariñado de ella. Iba a su habitación varias veces al día y se quedaba allí largo rato. Al principio la niñera y la nodriza se sentían intimidadas por su presencia, pero después se acostumbraron. A veces se pasaba media hora en silencio, contemplando la carita arrugada de la niña dormida, de un rojo azafranado y cubierta de una especie de pelusa, observando los movimientos de la frente fruncida y las manos gordezuelas, de dedos engarabitados, con las que se frotaba los ojos y la nariz. En tales momentos Alekséi Aleksándrovich gozaba de una serenidad completa, se sentía en paz consigo mismo y no veía nada extraordinario en su situación, nada que fuera necesario cambiar.

Pero, a medida que pasaba el tiempo, era cada vez más consciente de que, por muy natural que le pareciera esa situación, no podría prolongarse mucho. Notaba que, además de la sublime fuerza espiritual que guiaba su alma, había otra más vulgar, igual de poderosa, si no más, que guiaba su vida, y que esa fuerza no le concedería la discreta paz que anhelaba. Advertía que todos le miraban con estupor y sorpresa, que

no le comprendían y esperaban que diera algún paso. Y sobre todo notaba lo inestables y poco naturales que eran las relaciones con su mujer.

Cuando desapareció el enternecimiento causado por la proximidad de la muerte, Alekséi Aleksándrovich observó que Anna le temía, se sentía incómoda en su presencia y no se atrevía a mirarle directamente a los ojos. Era como si quisiera algo, pero no se decidiera a decírselo, y también como si presintiera que sus relaciones no podían continuar así y esperase alguna decisión por parte de su marido.

A finales de febrero la recién nacida, a la que también dieron el nombre de Anna, enfermó. Alekséi Aleksándrovich pasó a verla por la mañana y, después de dar órdenes de que fueran a buscar al médico, se marchó a su oficina. Regresó a casa pasadas ya las tres, una vez despachados los asuntos pendientes. Al entrar en el vestíbulo, se encontró con un apuesto criado, que vestía una levita con galones y una pelerina de piel de oso y llevaba en las manos una capa blanca de perro americano.

—¿Quién ha venido? —preguntó Alekséi Aleksándrovich.

—La princesa Yelizaveta Fiódorovna Tverskaia —respondió el criado con una sonrisa, según le pareció a Karenin.

A lo largo de esos tiempos tan penosos Alekséi Aleksándrovich había reparado en que sus conocidos de la alta sociedad, sobre todo las mujeres, mostraban un interés especial por Anna y por él. Notó que todos esos conocidos apenas podían ocultar su alegría, esa misma alegría que había visto en los ojos del abogado y ahora en los del criado. Todos parecían estar entusiasmados, como si se dispusieran a participar en una boda. Cuando se encontraban con Karenin, le preguntaban por la salud de su mujer sin apenas disimular su satisfacción.

La presencia de la princesa Tverskaia le desagradaba, no sólo por los penosos recuerdos asociados a ella, sino también porque nunca le había caído bien. Se dirigió directamente a las habitaciones de los niños. En la primera, Seriozha, con el pecho apoyado en la mesa y los pies sobre una silla, dibujaba algo, charlando alegremente. La institutriz inglesa que había sustituido a la francesa durante la enfermedad de Anna, sentada al lado del niño con su labor en encaje, se levantó al momento, le hizo una reverencia y tiró a Seriozha de la manga.

Alekséi Aleksándrovich acarició los cabellos de su hijo, respondió a la pregunta de la institutriz acerca la salud de su esposa y le preguntó qué había dicho el médico del *baby*.

—Ha dicho que no es nada grave, señor, y le ha prescrito unos baños.

—Pero sigue teniendo dolores —repuso Alekséi Aleksándrovich, prestando oídos a los gritos de la niña en la habitación contigua.

—Creo que la nodriza no sirve, señor —dijo la inglesa con resolución.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Karenin, deteniéndose.

—Lo mismo pasó en casa de la condesa Paul, señor. También le administraron

medicinas a la criatura, pero resultó que sólo tenía hambre. La nodriza no tenía leche, señor.

Alekséi Aleksándrovich se quedó pensativo unos segundos y a continuación entró en la habitación contigua. Con la cabeza echada hacia atrás, la niña se retorcía en los brazos de la nodriza, rechazaba el opulento pecho que se le ofrecía y no paraba de gritar, a pesar de que tanto la nodriza como la niñera, inclinadas sobre ella, le chistaban.

—Entonces, ¿no se encuentra mejor? —preguntó Alekséi Aleksándrovich.

—Está muy inquieta —respondió la niñera en un susurro.

—Miss Edwards cree que tal vez la nodriza no tenga leche —dijo Karenin.

—Lo mismo pienso yo, Alekséi Aleksándrovich.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes?

—¿Y a quién iba a decírselo? Anna Arkádevna sigue enferma —replicó la niñera de mala gana.

La niñera llevaba mucho tiempo en la casa. En esas sencillas palabras a Karenin le pareció entender una alusión a su situación.

La niña gritaba cada vez más, se ahogaba y enronquecía. La niñera hizo un gesto con la mano, se acercó a ella, la tomó de brazos de la nodriza y se puso a mecerla, al tiempo que paseaba por la habitación.

—Hay que pedirle al médico que reconozca a la nodriza —dijo Alekséi Aleksándrovich.

Temiendo perder su puesto, la nodriza, una mujer de aspecto saludable, vestida con elegancia, farfulló algo entre dientes, ocultó su generoso pecho y sonrió con desprecio, al ver que dudaban de que tuviera suficiente leche. También en esa sonrisa Alekséi Aleksándrovich creyó ver una alusión a su situación.

—¡Pobre niña! —exclamó la niñera, chistando a la pequeña, sin dejar de andar.

Alekséi Aleksándrovich se sentó en una silla y, con una expresión de amargura y sufrimiento, siguió las idas y venidas de la niñera.

Una vez que ésta, después de calmar por fin a la niña, la metió en su honda cuna, le arregló la almohada y se alejó, Alekséi Aleksándrovich se levantó y, andando de puntillas con cierta torpeza, se acercó a la pequeña. Guardó silencio por espacio de un minuto, mientras la contemplaba con cara triste. Pero de pronto esbozó una sonrisa, que le movió los cabellos y le frunció la piel de la frente, y salió sin hacer ruido de la habitación.

Una vez en el comedor, llamó al criado y le ordenó que volvieran a avisar al médico. Se sentía enojado con su mujer porque no se ocupaba de esa encantadora niña, y en semejante estado de irritación no le apetecía entrar a verla, ni tampoco saludar a la princesa. Pero a Anna podía sorprenderle que no fuese a su habitación, como tenía por costumbre. Por eso, haciendo un esfuerzo, se dirigió al dormitorio.

Gracias a la mullida alfombra, que amortiguaba el rumor de sus pasos, mientras se acercaba a la puerta escuchó sin querer la siguiente conversación:

—Si él no se marchara, entendería la negativa de usted y la de su marido. Pero Alekséi Aleksándrovich debe estar por encima de estas cosas —decía Betsy.

—No es por mi marido por lo que no quiero verle, sino por mí misma. ¡No me hable de ese tema! —respondió Anna con voz agitada.

—Pero es imposible que no desee usted despedirse del hombre que se ha pegado un tiro por usted…

—Por eso es por lo que no quiero.

Alekséi Aleksándrovich se detuvo con expresión temerosa y culpable y quiso volver sobre sus pasos antes de que repararan en su presencia. Pero, juzgando que semejante actitud no sería digna, decidió seguir adelante y, carraspeando, entró en el dormitorio. En cuanto lo vieron, las dos mujeres dejaron de hablar.

Anna estaba sentada en una otomana, envuelta en una bata gris, la redonda cabeza coronada por una espesa mata de cabellos negros, cortados a cepillo. Como siempre que veía a su marido, la animación de su rostro desapareció en el acto. Bajó la vista y miró con inquietud a Betsy, vestida a la última moda, con un sombrero que se erguía sobre su cabeza como una pantalla sobre una lámpara, y un traje gris azulado de rayas diagonales, de un lado en el corpiño y del otro en la falda. Sentada cerca de Anna, irguió la figura alta y sin curvas, inclinó la cabeza y acogió a Alekséi Aleksándrovich con una sonrisa irónica.

—¡Ah! —exclamó, como sorprendida—. Me alegro mucho de que esté usted en casa. Como no va usted a ninguna parte, no lo veo desde que enfermó Anna. Estoy enterada de los muchos cuidados que le ha prodigado. ¡Sí, es usted un marido admirable! —añadió con una mirada acariciadora y llena de significado, como si le estuviera imponiendo una medalla por la magnanimidad de que había hecho gala con su esposa.

Alekséi Aleksándrovich la saludó con frialdad y, después de besar la mano de su mujer, le preguntó por su salud.

—Me parece que estoy mejor —respondió Anna, evitando su mirada.

—Pues por el color de tu cara se diría que tienes fiebres —repuso Karenin, enfatizando esa última palabra.

—Hemos hablado demasiado —intervino Betsy—. Comprendo que ha sido una actitud egoísta por mi parte, pero ya me voy.

Se levantó, pero Anna, de repente, se puso colorada y le cogió la mano con un gesto brusco.

—No, quédate, por favor. Tengo que decirle… No, a usted —añadió, dirigiéndose a Alekséi Aleksándrovich, y su frente y su cuello se cubrieron de rubor—. Ni quiero ni puedo tener ningún secreto con usted. —Alekséi Aleksándrovich bajó la cabeza y

crujió los nudillos—. Betsy me ha dicho que el conde Vronski desea venir a despedirse antes de partir para Tashkent. —No miraba a su marido y, por lo visto, se daba prisa en contárselo todo, por muy penoso que le resultase—. Le he dicho que no puedo recibirlo.

—Lo que ha dicho usted, querida mía, es que todo dependía de Alekséi Aleksándrovich —la corrigió Betsy.

—No, no puedo recibirlo, y no hay razón para… —De pronto se interrumpió y miró con aire interrogativo a su marido, que no la estaba mirando—. En resumidas cuentas, no quiero…

Alekséi Aleksándrovich se acercó e hizo intención de cogerle la mano.

La primera reacción de Anna fue apartarla de la de su marido, húmeda, con grandes venas hinchadas; pero al final, haciendo un esfuerzo evidente, se la apretó.

—Le agradezco mucho su confianza, pero… —dijo Karenin, con irritación y despecho, dándose cuenta de que no era capaz de exponer ante la princesa Tverskaia algo que habría podido resolver a solas con la mayor facilidad. Aquella mujer encarnaba esa fuerza bruta que dirigía su vida a los ojos del mundo y le impedía entregarse a sus sentimientos de amor y perdón. Se interrumpió y se la quedó mirando.

—Bueno, adiós, querida —dijo Betsy, levantándose.

Besó a Anna y salió. Karenin la acompañó.

—¡Alekséi Aleksándrovich! Sé que es usted un hombre verdaderamente magnánimo —dijo Betsy, deteniéndose en la salita y apretándole la mano una vez más con especial firmeza—. No es un asunto de mi incumbencia, pero le tengo tanto cariño a Anna y le respeto tanto a usted que voy a permitirme darle un consejo. Recíbalo. Alekséi Vronski es la personificación del honor y se marcha a Tashkent.

—Le agradezco su interés y sus consejos, princesa. Pero es mi mujer quien debe resolver la cuestión de si debe o no debe recibir a alguien.

Pronunció esas palabras arqueando las cejas en un gesto lleno de dignidad, como tenía por costumbre, pero en seguida se dio cuenta de que, cualesquiera que fueran sus palabras, su situación no podía ser digna en ningún caso. Y así lo comprobó al contemplar la sonrisa contenida, irónica y malévola que Betsy le dirigió cuando acabó su frase.

XX

Después de despedir a Betsy en la sala, Alekséi Aleksándrovich volvió a la habitación de su mujer. Anna estaba tumbada, pero, al oír los pasos de su marido, se apresuró a adoptar la misma postura de antes y lo miró asustada. Karenin se dio cuenta de que había estado llorando.

—Te agradezco mucho tu confianza en mí —dijo con voz sumisa, repitiendo en ruso el mismo comentario que había hecho en francés a Betsy, y a continuación se sentó a su lado. Cuando se dirigía a ella en ruso y la tuteaba, Anna sentía una irritación irreprimible—. Y te agradezco mucho la decisión que has tomado. También yo considero que, ya que se marcha, no hay ninguna razón para que el conde Vronski venga por aquí. En cualquier caso…

—Ya he dicho lo que tenía que decir. ¿Para qué repetirlo? —le interrumpió de pronto Anna, incapaz de dominar su irritación.

«No hay ninguna razón para que un hombre se despida de la mujer a la que ama —pensó—, por la que ha intentado matarse y ha arruinado su vida, y que no puede vivir sin él. ¡No hay ninguna razón!»

Apretó los labios y clavó sus ojos brillantes en las manos de venas protuberantes de su marido, que se las frotaba lentamente.

—No volvamos a hablar nunca de este tema —añadió, ya más tranquila.

—Te he dejado resolver ese asunto, y me alegra mucho ver… —empezó Karenin.

—Que mis deseos coinciden con los tuyos —se apresuró Anna a concluir la frase. Le molestaba que su marido hablara tan despacio cuando ella sabía de antemano todo lo que iba a decir.

—Sí —corroboró Karenin—, y la princesa Tverskaia no tiene ningún derecho a inmiscuirse en asuntos familiares tan complejos. Sobre todo ella que…

—No concedo ningún crédito a esas murmuraciones —le interrumpió Anna—. Lo único que sé es que me profesa un afecto sincero.

Alekséi Aleksándrovich suspiró y guardó silencio. Anna jugueteaba inquieta con las borlas de su bata y lo miraba con esa dolorosa sensación de repulsión física que tanto se reprochaba, pero que no podía dominar. Lo único que deseaba en esos momentos era librarse de su odiosa presencia.

—Acabo de enviar a buscar al médico —dijo Alekséi Aleksándrovich.

—¿Para qué? Ya me encuentro bien.

—La niña no deja de gritar. Me han dicho que la nodriza tiene poca leche.

—¿Por qué no me dejaste que le diera el pecho cuando te lo pedí? Pero da igual. —Alekséi Aleksándrovich entendió lo que significaba ese «da igual»—. Es una criaturita y la dejarán morir. —Llamó y pidió que le llevaran a la niña—. Pedí que me dejaran darle el pecho, no me lo permitieron y ahora me echan la culpa.

—No te echo la culpa…

—¡Sí que me la echas! ¡Dios mío! ¿Por qué no me habré muerto? —Y estalló en sollozos—. Perdóname, estoy nerviosa y no sé lo que digo —dijo, recobrando la serenidad—. Pero te ruego que te vayas…

«No, esto no puede seguir así», se dijo con resolución Alekséi Aleksándrovich al salir de la habitación.

Jamás se le había revelado con tanta claridad como ahora la imposibilidad de prolongar esa situación ante los ojos del mundo, el odio que su mujer sentía por él y, en general, el poder de esa fuerza misteriosa y brutal que, oponiéndose a las aspiraciones de su alma, guiaba su vida y exigía la plasmación de su voluntad y un cambio en las relaciones con su mujer. Se daba perfecta cuenta de que el mundo entero y su mujer exigían algo de él, pero no sabía exactamente qué. Y, como consecuencia, notaba que en su alma iba creciendo un sentimiento de ira que destruía su serenidad y todo el mérito de su hazaña. Consideraba que para Anna sería mejor romper cualquier contacto con Vronski; pero si ellos mismos lo juzgaban imposible, estaba dispuesto a tolerar de nuevo la relación, con tal de que el honor de los niños no sufriera el menor menoscabo, de que no le privaran de su compañía y de que no le obligaran a cambiar su situación. Por mala que fuera esa solución, era preferible a una ruptura, que colocaría a Anna en una situación vergonzosa y desesperada, y a él le privaría de todo cuanto amaba. Pero se sentía impotente. Sabía por anticipado que todo estaba en su contra, que no le dejarían hacer lo que ahora le parecía tan natural y justo; al contrario, le obligarían a dar pasos equivocados, pero que el mundo consideraba necesarios.

XXI

Antes de que Betsy tuviera tiempo de atravesar la puerta de la sala, se topó con Stepán Arkádevich, que acababa de volver de Yeliséiev, donde habían recibido unas ostras frescas.

—¡Ah, princesa! ¡Qué encuentro tan agradable! —exclamó—. He estado en su casa.

—No puedo dedicarle mucho tiempo porque me marcho ya —dijo Betsy con una sonrisa, mientras se ponía un guante.

—Espere, princesa, permítame que le bese la mano. Lo que más me satisface de que se hayan vuelto a imponer las modas antiguas es esa costumbre de besar la mano a las damas. —Le besó la mano a Betsy—. ¿Cuándo podemos vernos?

—No se lo merece usted —respondió Betsy, sin dejar de sonreír.

—Sí, ya lo creo que me lo merezco, porque me he convertido en una persona muy formal. No sólo arreglo mis propios asuntos, sino también los ajenos —dijo con una expresión significativa.

—¡Ah, cuánto me alegro! —replicó Betsy, comprendiendo en seguida que se refería a Anna. Los dos entraron en la sala y se detuvieron en un rincón—. La va a matar —dijo Betsy con convicción—. Es imposible, imposible…

—Me alegro de que piense usted así —dijo Stepán Arkádevich, sacudiendo la cabeza, con una expresión grave, apenada y compasiva—. Por eso he venido a San Petersburgo.

—En la ciudad no se habla de otra cosa —dijo Betsy—. Es una situación imposible. Anna se está consumiendo a ojos vistas. Karenin no entiende que es una de esas mujeres que no pueden jugar con sus sentimientos. Una de dos: o actúa enérgicamente y se la lleva o le concede el divorcio. Pero este estado de cosas la está matando.

—Sí, sí… precisamente… —dijo Oblonski, suspirando—. Por eso he venido. Es decir, no sólo por eso… Me han nombrado gentilhombre de cámara y tengo que darle las gracias a quien corresponde. Pero lo principal es arreglar este asunto.

—¡Bueno, que Dios le ayude! —dijo Betsy.

Tras acompañar a Betsy a la entrada, besarle una vez más la mano por encima del guante, donde late el pulso, y soltarle una broma tan indecorosa que la princesa no supo si reírse o enfadarse, Stepán Arkádevich pasó a ver a su hermana. La encontró bañada en lágrimas.

A pesar de la chispeante alegría que le embargaba, Oblonski adoptó en seguida, con la mayor naturalidad, el tono compasivo, poético y emotivo que convenía al humor de Anna. Le preguntó por su salud y cómo había pasado la mañana.

—Muy mal, muy mal. Y la tarde lo mismo. Y todo mi pasado lo mismo. Y los

días que me esperan lo mismo —contestó Anna.

—Me parece que lo ves todo demasiado negro. Hay que sobreponerse, mirar la vida de frente. Sé que es duro, pero…

—He oído que las mujeres aman a los hombres hasta por sus vicios —dijo de pronto Anna—, pero yo a mi marido lo odio por sus virtudes. No puedo vivir con él. Entiéndelo, su aspecto me afecta físicamente, me saca de mis casillas. No puedo vivir con él. No puedo. ¿Qué voy a hacer? Antes era desdichada y creía que no era posible serlo más, pero jamás podía imaginarme una situación como la que estoy viviendo ahora. Figúrate, aunque reconozco que es un hombre bondadoso e intachable, aunque sé que no le llego ni a la suela de los zapatos, lo odio. Lo odio por su magnanimidad. Y no me queda otra salida que…

Iba a decir «la muerte», pero Stepán Arkádevich no la dejó terminar.

—Estás enferma e irritada —dijo—. Créeme cuando te digo que exageras mucho las cosas. Te aseguro que tu situación no es tan terrible.

Y Stepán Arkádevich sonrió. Ninguna otra persona en su lugar se habría permitido una reacción así ante una mujer entregada a tamaña desesperación (semejante actitud habría parecido una falta de delicadeza), pero en su sonrisa había tanta bondad, además de una ternura casi femenina, que, lejos de ofender, calmaba y consolaba. Sus palabras serenas y apaciguadoras y su sonrisa producían el mismo efecto relajante que el aceite de almendras. Y Anna no tardó en notarlo.

—No, Stiva —dijo—. ¡Estoy perdida, perdida! Peor aún. Aún no estoy perdida, no puedo decir que todo ha terminado. Al contrario, me doy cuenta de que todavía no ha terminado. Soy como una cuerda demasiado tensa que tiene que romperse. Pero aún no ha terminado todo… Y el final será terrible.

—No pasa nada, la cuerda puede aflojarse. No hay situación que no tenga alguna salida.

—Después de darle muchas vueltas, no veo más que una…

Dándose cuenta, por la mirada asustada de su hermana, de que de nuevo estaba pensando en la muerte, Stepán Arkádevich no le dejó terminar.

—Nada de eso —replicó—. Escúchame. No puedes juzgar tu situación como yo. Permíteme que te exponga con sinceridad mi opinión. —De nuevo esbozó una de esas discretas sonrisas que eran como el aceite de almendras—. Empezaré por el principio: te casaste con un hombre que era diez años mayor que tú. Te casaste sin amor, o al menos sin conocer el amor. Vamos a suponer que fuera un error.

—¡Un error terrible! —exclamó Anna.

—Pero te lo repito: es un hecho que no tiene vuelta de hoja. Luego has tenido la desgracia, digámoslo así, de enamorarte de otro hombre. Es una desgracia, pero también un hecho que no tiene vuelta de hoja. Tu marido lo ha aceptado y te ha perdonado. —Después de cada frase hacía una pausa, esperando alguna objeción por

parte de su hermana, pero Anna no decía nada—. Así están las cosas. La cuestión ahora es la siguiente: ¿puedes seguir viviendo con tu marido? ¿Es eso lo que quieres? ¿Lo quiere él?

—No sé nada, nada.

—Pero tú misma has dicho que no puedes soportarlo.

—No, yo no he dicho eso. Retiro mis palabras. No sé nada, no entiendo nada.

—Pero permíteme…

—Tú no puedes entenderlo. Siento que estoy cayendo cabeza abajo por un abismo y que no debo salvarme. Y que además no puedo.

—No importa. Pondremos algo debajo y te cogeremos antes de que llegues al suelo. Te comprendo, comprendo que no te atrevas a expresar tus deseos, tus sentimientos.

—No deseo nada, absolutamente nada… Sólo que todo esto termine de una vez.

—También él lo ve y se da cuenta. ¿Es que crees que no sufre tanto como tú? Tú te atormentas, él se atormenta… ¿Cómo va a acabar todo esto? En cambio, el divorcio podría resolverlo todo.

Había expuesto, no sin esfuerzo, su idea principal, y ahora la miraba con aire significativo.

Anna, sin responder palabra, negó con la cabeza. Pero por la expresión de su cara, que se iluminó de pronto con la belleza de antaño, Oblonski se dio cuenta de que si no deseaba esa solución era porque la consideraba una suerte de felicidad imposible.

—¡Me da mucha pena de vosotros! ¡No sabes cuánto me alegraría poder arreglar la situación! —dijo Stepán Arkádevich, sonriendo ya con mayor aplomo—. ¡No digas nada! ¡No digas nada! ¡Si Dios me permitiera expresar lo que siento! Voy a ir a verlo.

Anna miró a su hermano con ojos pensativos y brillantes y no dijo nada.

XXII

Stepán Arkádevich entró en el despacho de Alekséi Aleksándrovich con la expresión un tanto solemne con que solía ocupar el sillón presidencial de la Audiencia. Alekséi Aleksándrovich, con las manos a la espalda, recorría la habitación, pensando en lo mismo que Oblonski había estado hablando con su hermana.

—¿Te molesto? —preguntó Stepán Arkádevich, turbándose de pronto al ver a su cuñado, algo que le sucedía rara vez. Para disimularlo, sacó una petaca de cierre especial que había comprado recientemente, olió la piel y extrajo un cigarrillo.

—No. ¿Puedo servirte en algo? —respondió Alekséi Aleksándrovich de mala gana.

—Sí, quería… necesitaba… Sí, necesitaba hablar contigo —dijo Stepán Arkádevich, sorprendido del inusitado azoramiento que le embargaba. Ese sentimiento era tan extraño e inesperado que Oblonski no reconoció la voz de su conciencia, que le prevenía de que iba a cometer una mala acción. Haciendo un esfuerzo, consiguió vencer la timidez que se había apoderado de él—. No creo necesario decirte lo mucho que quiero a mi hermana y el afecto y el respeto que te profeso a ti —dijo, ruborizándose. Alekséi Aleksándrovich se detuvo y, aunque no dijo nada, su expresión de víctima resignada sorprendió a Oblonski—. Me disponía… Quería hablar contigo de mi hermana y de vuestra situación —prosiguió Stepán Arkádevich, sin lograr desembarazarse de ese apocamiento tan insólito.

Alekséi Aleksándrovich miró a su cuñado con una sonrisa triste y, sin pronunciar palabra, se acercó a la mesa, cogió una carta inacabada y se la tendió.

—No dejo de pensar en esa cuestión. Y al final me he decidido a escribir esto, pensando que me expresaría mejor por escrito, ya que mi presencia la irrita —dijo.

Stepán Arkádevich cogió la carta, contempló con incrédulo asombro los ojos turbios de su cuñado, fijos en los suyos, y empezó a leer:

> Me doy cuenta de que mi presencia le molesta. Por penoso que me resulte reconocerlo, entiendo que es así y que no puede ser de otra manera. No la culpo. Dios es testigo de que, durante su enfermedad, tomé la firme resolución de olvidar todo lo que ha pasado entre nosotros y empezar una nueva vida. No me arrepiento ni me arrepentiré nunca de lo que hice entonces. Sólo deseaba su bien, el bien de su alma. Pero ahora veo que no lo he conseguido. Dígame usted misma qué puedo hacer para que se sienta de verdad feliz y recupere la paz interior. Me someto por entero a su voluntad y a su sentido de la justicia.

Stepán Arkádevich devolvió la carta a su cuñado y lo contempló con la misma perplejidad de antes, sin saber qué decir. El silencio les resultaba tan penoso a ambos

que los labios de Oblonski se vieron sacudidos por un temblor involuntario, mientras miraba a Karenin sin pronunciar palabra.

—Esto es lo que quería decirle a Anna —dijo Alekséi Aleksándrovich, dándose la vuelta.

—Sí, sí… —replicó Stepán Arkádevich, incapaz de añadir nada más, porque las lágrimas le ahogaban—. Sí, sí. Le entiendo —consiguió pronunciar al fin.

—Me gustaría saber qué es lo que quiere —dijo Alekséi Aleksándrovich.

—Me temo que no se hace cargo de su situación. Ahora mismo es incapaz de juzgar —añadió Stepán Arkádevich, recobrando el dominio de sí mismo—. Se siente abrumada, literalmente abrumada, por tu generosidad. Si lee esta carta, no será capaz de decir nada y se limitará a agachar aún más la cabeza.

—En ese caso, ¿cómo explicar…? ¿Cómo saber lo que quiere?

—Si me permites que te dé mi opinión, creo que te corresponde a ti señalar claramente las medidas que consideras necesarias para acabar con esta situación.

—Entonces, ¿crees que todo esto debe terminar? —le interrumpió Alekséi Aleksándrovich—. Pero ¿cómo? —añadió, pasándose la mano por los ojos con un gesto muy poco habitual en él—. No veo ninguna salida.

—No hay situación que no la tenga —dijo Stepán Arkádevich, poniéndose en pie, ya más animado—. Hace algún tiempo pensaste en la posibilidad de divorciarte… Si estás convencido de que no podéis ser felices juntos…

—La felicidad se puede entender de distintas maneras. Pero supongamos que estoy de acuerdo con todo, que no quiero nada. ¿Qué salida puede tener nuestra situación?

—Si quieres saber mi opinión —dijo Stepán Arkádevich con la misma sonrisa, dulce y tierna como la leche de almendras, con la que se había dirigido antes a Anna, una sonrisa tan bondadosa y convincente que, sin querer, Alekséi Aleksándrovich reconoció su debilidad, se sometió a su cuñado y se mostró dispuesto a creer en todo lo que dijera—, Anna nunca confesará lo que quiere. Pero sólo puede desear una cosa —prosiguió Stepán Arkádevich—: romper esta relación, librarse de todos los recuerdos ligados a ella. Creo que, dada vuestra situación, es indispensable que aclaréis cuál va a ser vuestra relación a partir de ahora. Y eso sólo podrá lograrse cuando ambos recobréis vuestra libertad.

—El divorcio —le interrumpió Alekséi Aleksándrovich con repugnancia.

—Sí, eso es lo que creo yo. El divorcio. Sí, el divorcio —repitió Stepán Arkádevich, ruborizándose—. Es, desde todos los puntos de vista, la salida más razonable para un matrimonio que ha llegado a una situación como la vuestra. ¿Qué hacer cuando marido y mujer han llegado a la conclusión de que es imposible seguir viviendo juntos? Es algo que siempre puede suceder. —Exhaló un profundo suspiro y cerró los ojos—. Lo único que hay que tomar en consideración en este caso es lo

siguiente: ¿desea uno de los cónyuges contraer matrimonio de nuevo? En caso de que no sea así, la cosa es muy sencilla —añadió, liberándose cada vez más de la timidez que le había atenazado.

Alekséi Aleksándrovich, con los rasgos alterados por la emoción, murmuró algo para sus adentros, pero no respondió. Eso que a Stepán Arkádevich le parecía tan sencillo lo había pensado él miles y miles de veces. Y no sólo no le parecía sencillo, sino completamente imposible. Ahora que estaba al tanto de todos los detalles del divorcio, la solución se le antojaba impensable, porque el sentimiento de su propia dignidad y el respeto a la religión no le permitían asumir la culpabilidad de un adulterio ficticio y menos aún tolerar que su mujer, a quien había perdonado y seguía queriendo, se cubriera de oprobio y de ignominia. También le parecía inviable por otras razones aún más importantes.

¿Qué sería de su hijo si se divorciaban? No sería posible confiárselo a su madre. La madre divorciada tendría una familia ilegítima, en cuyo seno la situación del hijastro sería probablemente mala, como también su educación. ¿Quedarse él con el niño? Sabía que eso sería un acto de venganza y no quería llegar a esos extremos. Pero la causa principal por la que se oponía al divorcio era que, si aceptaba esa solución, causaría la perdición de Anna. Una de las frases que Daria Aleksándrovna le había dicho en Moscú le había llegado al fondo del alma; a saber, que al pedir el divorcio sólo tenía en cuenta sus propios intereses y no se daba cuenta de que estaba causando la ruina definitiva de su mujer. Y ahora, relacionando esas palabras con su perdón y su cariño por los niños, las interpretaba a su manera. Si aceptaba el divorcio, si le concedía la libertad, la estaría privando, en su opinión, de los últimos vínculos que la unían a la vida de sus hijos, a los que tanto quería, arrebatándole el último apoyo con que contaba para seguir por la senda del bien y empujándola al abismo. Sabía que, en cuanto se convirtiera en una mujer divorciada, se uniría a Vronski, y esas relaciones serían ilegítimas y culpables porque, según las leyes de la Iglesia, una mujer no puede volver a casarse mientras el marido viva. «Se unirá a Vronski, y al cabo de uno o dos años la abandonará, o ella se juntará con otro —pensaba Alekséi Aleksándrovich—. Si acepto ese divorcio ilícito, seré el culpable de su ruina.» Se había dicho todo eso cientos de veces y estaba convencido de que el divorcio, lejos de ser un asunto sencillo, como había dicho su cuñado, era completamente imposible. No creía en ninguna de las palabras de Stepán Arkádevich, tenía miles de argumentos para refutar cada una de sus aseveraciones, pero le escuchaba, pues de algún modo se daba cuenta de que por su boca se expresaba esa fuerza bruta y todopoderosa que guiaba su vida y a la que tendría que someterse.

—Aquí lo único que cabe discutir son las condiciones que aceptarías para conceder el divorcio. Ella no quiere nada, no se atreve a pedir nada, y se somete por entero a tu magnanimidad.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué este castigo?», pensaba Alekséi Aleksándrovich, recordando los detalles del divorcio en que el marido asume la culpa y cubriéndose la cara avergonzado, con el mismo gesto al que había recurrido Vronski.

—Estás alterado, lo entiendo. Pero si lo piensas un poco…

«Presentar la mejilla izquierda a quien te ha golpeado la derecha. Entregar la camisa a quien te ha arrebatado el abrigo», pensó Alekséi Aleksándrovich.

—¡Sí, sí! —gritó con voz chillona—. Cargaré con toda la vergüenza, hasta renunciaré a mi hijo, pero… ¿no sería mejor dejar las cosas como están? En cualquier caso, haz lo que quieras…

Y, dándole la espalda a su cuñado, para que no pudiera verle, se sentó en una silla que había al pie de la ventana. Sentía vergüenza y amargura, pero también alegría y emoción ante ese ejemplo sublime de humildad.

Stepán Arkádevich estaba conmovido y guardaba silencio.

—Alekséi Aleksándrovich, créeme cuando te digo que Anna apreciará tu magnanimidad —dijo—. Por lo visto, tal es la voluntad de Dios —añadió. Nada más pronunciar esas palabras, se dio cuenta de que acababa de decir una estupidez y a duras penas pudo contener una sonrisa.

Alekséi Aleksándrovich quiso replicar algo, pero las lágrimas se lo impidieron.

—Es una desgracia fatal y así hay que aceptarla. Yo me la tomo como un hecho consumado y trato de ayudaros en lo que puedo —dijo Stepán Arkádevich.

Al salir del despacho de su cuñado, estaba conmovido, pero al mismo tiempo se sentía satisfecho de haber cumplido su misión, pues estaba convencido de que Alekséi Aleksándrovich no se echaría atrás. Y a tal satisfacción venía a sumarse una idea que le había venido a la cabeza: cuando concluyera todo el asunto, le haría la siguiente pregunta a su mujer y a sus íntimos: «¿En qué nos diferenciamos el emperador y yo? En que él establece alianzas y nadie se beneficia, mientras yo rompo alianzas y se benefician tres personas… O bien: ¿en qué nos parecemos el soberano y yo? En que… Bueno, ya se me ocurrirá algo mejor», se dijo con una sonrisa.

XXIII

La herida de Vronski era peligrosa, aunque no le había alcanzado el corazón. Pasó varios días entre la vida y la muerte. Cuando estuvo en condiciones de hablar por primera vez, sólo Varia, la esposa de su hermano, se hallaba en la habitación.

—¡Varia! —dijo, mirándola con severidad—. Se me disparó la pistola. Díselo así a todo el mundo, por favor. Y no vuelvas a hablar de esta historia, es demasiado ridicula.

Sin responder a sus palabras, Varia se inclinó sobre él y le miró a la cara con una alegre sonrisa. Los claros ojos del herido ya no tenían ese brillo de la fiebre, pero su expresión era severa.

—¡Gracias a Dios! —dijo Varia—, ¿Te duele algo?

—Un poco aquí. —Y Vronski señaló el pecho.

—Entonces te voy a cambiar el vendaje.

Vronski la miró en silencio, apretando sus fuertes mandíbulas, mientras la joven le cambiaba el vendaje. Cuando terminó, Vronski le dijo:

—No estoy delirando. Te ruego que hagas cuanto esté en tu mano para que la gente no piense que me he disparado a propósito.

—Nadie lo piensa. Lo único que espero es que el arma no se te vuelva a disparar —dijo Varia con una sonrisa inquisitiva.

—No creo que vuelva a pasar. Más habría valido…

Y sonrió con aire sombrío.

A pesar de estas palabras y esta sonrisa, que tanto asustaron a Varia, cuando la inflamación desapareció y empezó a restablecerse, Vronski sintió que se había liberado de una parte de sus penas. Era como si con ese acto se hubiera desembarazado de la vergüenza y la humillación que le embargaban antes. Ahora podía pensar con calma en Alekséi Aleksándrovich. Reconocía su magnanimidad sin sentirse humillado. Además, había vuelto a la senda de su vida de antaño. Era capaz de mirar a la gente a la cara sin azorarse y había vuelto a vivir con arreglo a sus viejas costumbres. Sólo había una cosa que no había podido arrancar de su corazón, a pesar de sus denodados esfuerzos: el dolor, casi la desesperación, de haberla perdido para siempre. Ahora que había expiado su culpa ante el marido, estaba firmemente decidido a renunciar a ella, a no interponerse nunca entre la esposa arrepentida y su marido. Pero no podía arrancar de su corazón la pena de haber perdido su amor ni podía borrar de su recuerdo esos instantes de felicidad que había conocido a su lado, tan poco apreciados entonces y que ahora le perseguían con su encanto.

Serpujovski le había conseguido un destino en Tashkent y Vronski lo había aceptado sin la menor vacilación. Pero, a medida que se acercaba el momento de la partida, el sacrificio que estaba ofreciendo a lo que consideraba su deber se le hacía

más duro.

La herida ya había cicatrizado y empezó a salir de casa para ocuparse de los preparativos del viaje a Tashkent.

«Verla una vez más y luego enterrarme, morir», pensaba. Y, en una visita que hizo a Betsy para despedirse, le expresó su deseo. Con esa embajada fue Betsy a casa de Anna, y después se reunió con Vronski para comunicarle la respuesta negativa.

«Tanto mejor —se dijo Vronski, cuando recibió la noticia—. Era una debilidad que habría acabado con mis últimas fuerzas.»

Al día siguiente por la mañana Betsy en persona fue a verle y le anunció que, según le había contado Oblonski, Alekséi Aleksándrovich aceptaba la solución del divorcio; por tanto, no había ningún inconveniente en que visitara a Anna.

Desentendiéndose de Betsy, a la que ni siquiera acompañó a la puerta, rechazando todas sus resoluciones anteriores y olvidándose de preguntar cuándo podía ver a Anna y dónde se encontraba su marido, Vronski se dirigió sin pérdida de tiempo a casa de los Karenin. Subió a toda prisa la escalera, sin ver lo que tenía delante, y con pasos rápidos, casi corriendo, entró en la habitación de Anna. Una vez allí, sin pensar en nada ni preocuparse de la posible presencia de un tercero, la abrazó y empezó a cubrir de besos su rostro, sus manos y su cuello.

Anna se había preparado para esa entrevista, había meditado en lo que le diría, pero no tuvo tiempo de pronunciar palabra. Se sintió arrebatada por la misma pasión que Vronski. Quiso calmarle y calmarse ella misma, pero ya era demasiado tarde. Vronski le había contagiado sus sentimientos. Sus labios temblaban de tal modo que durante un buen rato no fue capaz de hablar.

—Sí, te pertenezco, soy tuya —pronunció por fin, apretando las manos de Vronski contra su pecho.

—¡Así tenía que ser! —replicó él—. Y así será mientras vivamos. Ahora lo sé.

—Es verdad —dijo Anna, palideciendo cada vez más y abrazando la cabeza de Vronski—. En cualquier caso, ¿no resulta todo esto un poco terrible después de lo que ha sucedido?

—Todo pasará, todo pasará. ¡Seremos tan felices! Si nuestro amor pudiera crecer, crecería gracias precisamente a lo que tiene de terrible —contestó Vronski, levantando la cabeza y esbozando una sonrisa que dejó al descubierto sus fuertes dientes.

Y Anna no pudo por menos de responder con una sonrisa, no tanto a las palabras de Vronski, como a sus ojos enamorados. Le cogió la mano y se acarició con ella las mejillas frías y los cabellos cortos.

—No te reconozco con esos cabellos tan cortos. Te quedan muy bien. Pareces un muchacho. Pero ¡qué pálida estás!

—Sí, aún estoy muy débil —repuso Anna con una sonrisa. Y sus labios volvieron

a temblar.

—Iremos a Italia, te restablecerás.

—¿Es posible que podamos vivir como marido y mujer, solos los dos? —preguntó Anna, mirándole a los ojos a muy poca distancia.

—Lo único que me sorprende es que alguna vez haya podido ser de otra manera.

—Me ha dicho Stiva que *él* consiente en todo, pero no puedo aceptar *su* magnanimidad —dijo Anna con aire pensativo, apartando la mirada del rostro de Vronski—. No quiero el divorcio, ahora me da todo igual. Lo que no sé es lo que va a decidir con respeto a Seriozha.

A Vronski no le entraba en la cabeza que en un instante así Anna pudiera sacar a colación el tema de su hijo y del divorcio. ¿Qué podía importar eso?

—Déjalo, no pienses en esas cosas —dijo, dándole la vuelta a su mano y tratando de atraer su atención, pero Anna no le miraba.

—¡Ah! ¿Por qué no me habré muerto? ¡Habría sido lo mejor! —exclamó, y unas lágrimas se deslizaron en silencio por sus mejillas. No obstante, trató de sonreír para no apenarlo.

De haberse atenido a sus antiguas ideas, Vronski habría considerado imposible e ignominioso renunciar a un destino como Tashkent, tan peligroso y halagador. Ahora, en cambio, lo rechazó sin vacilar y, advirtiendo que sus superiores desaprobaban su conducta, pidió inmediatamente el retiro.

Al cabo de un mes, Alekséi Aleksándrovich se quedó solo en su casa con su hijo. En cuanto a Anna y Vronski, partieron para el extranjero, sin obtener el divorcio, al que habían renunciado definitivamente.

QUINTA PARTE

I

La princesa Scherbátskaia creía imposible celebrar la boda antes de la Cuaresma, para la que sólo quedaban cinco semanas, ya que la mitad del ajuar no estaría listo para entonces. Pero estaba de acuerdo con Levin en que no debían aplazar la ceremonia hasta después de esa fecha, porque la anciana tía del príncipe estaba muy enferma y podía morir en cualquier momento, en cuyo caso el luto la retrasaría aún más. Por eso, después de tomar la decisión de dividir el ajuar en dos partes, una grande y otra pequeña, la princesa aceptó celebrar la boda en la fecha prevista. Resolvió preparar la parte más pequeña sin más dilación y enviar la grande después, y se enfadó mucho con Levin cuando éste se mostró incapaz de expresar con claridad su aceptación o rechazo. Lo cierto es que era una medida bastante conveniente porque los jóvenes pensaban trasladarse al campo inmediatamente después de la boda, y allí no necesitarían los objetos incluidos en la parte grande del ajuar.

Levin seguía sumido en ese estado de locura. Le parecía que tanto él como su felicidad constituían el principal y único fin de toda la creación, que no debía pensar ni preocuparse de nada, pues ya se ocuparían los demás. Ni siquiera tenía planes u objetivos para su vida futura. Dejaba esa cuestión a otras personas, convencido de que todo saldría de maravilla. Su hermano Serguéi Ivánovich, Stepán Arkádevich y la princesa le indicaban lo que debía hacer. Y él se limitaba a mostrar su conformidad con todo lo que le proponían. Su hermano pidió prestado dinero para él. La princesa le había sugerido que se fueran de Moscú después de la boda. Stepán Arkádevich le aconsejó marcharse al extranjero. Y Levin estaba de acuerdo con todo. «Haced lo que queráis, si eso os divierte. Soy feliz, y mi felicidad no va a ser mayor ni menor por lo que vosotros hagáis», pensaba.

Cuando le comunicó a Kitty que Stepán Arkádevich le había aconsejado ir al extranjero, le sorprendió mucho que ella no se mostrara de acuerdo y que tuviera sus propios planes, bastante definidos, sobre su vida futura. Sabía que a Levin le apasionaban las labores del campo, que ella no comprendía ni deseaba comprender. Eso no era óbice para que las considerase muy importantes. Y, como sospechaba que se establecerían en el campo, no quería viajar al extranjero, donde no iba a vivir, sino al lugar que estaba destinado a convertirse en su nuevo hogar. Esta decisión, expresada con tal precisión, sorprendió a Levin. Pero, como a él le daba lo mismo, le pidió inmediatamente a Stepán Arkádevich, como si fuera responsabilidad suya, que fuera a la aldea y lo preparara todo a su manera, con el buen gusto que le caracterizaba.

—Escucha —le preguntó Stepán Arkádevich a Levin, después de volver de la aldea, donde lo había arreglado todo para la llegada de los recién casados—, ¿tienes certificado de confesión?

—No. ¿Por qué?

—Sin eso no te puedes casar.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó Levin—. Me parece que hace ya nueve años que no comulgo. Ni se me había pasado por la cabeza.

—¡Pues sí que estás bueno! —dijo Stepán Arkádevich, echándose a reír—. ¡Y luego me llamas a mí nihilista! Pues hay que arreglarlo. Tienes que confesarte y comulgar.

—¿Cuándo? Sólo quedan cuatro días.

Stepán Arkádevich también arregló ese detalle. Y Levin empezó a prepararse para recibir la comunión. Aunque respetaba las creencias ajenas, le resultaba muy difícil asistir a las ceremonias religiosas y participar en ellas, porque no era creyente. Además, dado el estado de ánimo en que se hallaba en esos momentos, tan tierno y sensible, la necesidad de disimular no sólo se le antojaba penosa, sino de todo punto imposible. Ahora que había alcanzando la gloria, en plena apoteosis, se vería obligado a mentir o cometer un sacrilegio. No se sentía en condiciones de hacer una cosa ni la otra. Pero, por más que le preguntaba a Stepán Arkádevich si no habría alguna manera de obtener el certificado de marras sin confesarse, éste le aseguraba que era imposible.

—Pero ¿qué te cuesta? No serán más que dos días. Y el sacerdote es un viejecito encantador y muy listo. Te sacará esa muela sin que te enteres.

En la primera misa a la que acudió, Levin trató de refrescar los sentimientos religiosos de su juventud, muy intensos entre los dieciséis y los diecisiete años. Pero no tardó en convencerse de que era algo completamente imposible. Entonces procuró contemplar la ceremonia como una tradición privada de sentido e importancia, como la costumbre de hacer visitas. Pero se daba cuenta de que tampoco podía hacer eso. Con respecto a la religión, Levin se encontraba en una posición indeterminada, como la mayoría de sus contemporáneos. No podía creer, pero al mismo tiempo no tenía el firme convencimiento de que todo eso fuera injusto. En suma, incapaz de creer en la trascendencia de lo que estaba haciendo ni tampoco de contemplarlo todo con indiferencia, como si fuera una formalidad vacía, experimentó todo el tiempo un sentimiento de malestar y vergüenza: una voz interior le decía que, al participar en esa ceremonia sin comprender su significado, estaba cometiendo una mala acción.

Durante los oficios, tan pronto escuchaba las oraciones, tratando de encontrarles un sentido que no estuviera en contradicción con sus principios, como, dándose cuenta de que no podía comprenderlas y, por tanto, de que no le quedaba más remedio que condenarlas, se esforzaba en no oírlas, y se ocupaba de sus propios pensamientos, impresiones y recuerdos, que se sucedían con extraordinaria vivacidad en su cabeza en esos ratos de ocio en el interior de la iglesia.

Acudió al oficio, a las vísperas y a las completas, y al día siguiente, después de

levantarse más pronto de lo habitual, sin tomar el té, se dirigió a la iglesia a las ocho de la mañana para asistir a las oraciones matinales y confesarse.

En la iglesia no había nadie, excepto un soldado mendigo, dos viejecitas y los clérigos.

Un joven diácono, cuya larga espalda se perfilaba en dos partes bastante netas por debajo de la fina sotana, salió a recibirle, se acercó a una mesita que había al lado del muro y empezó a leerle las reglas. A lo largo de la lectura, sobre todo durante la frecuente y rápida repetición de estas palabras: «Señor, ten piedad de nosotros», que sonaban más o menos así: «Señorpiesotros», Levin advirtió que su cabeza estaba cerrada y sellada, y que no convenía presionarla ni forzarla, pues entonces la confusión sería mayor; por tanto, se quedó detrás del diácono, sin escucharle ni meditar en lo que decía, y se sumió en sus propios pensamientos: «Qué manos tan expresivas», se decía, recordando que el día anterior se había sentado con Kitty a la mesa de la esquina. Como casi siempre a lo largo de esos últimos días, no habían encontrado nada que decirse. Kitty había puesto la mano sobre la mesa, la había abierto y la había cerrado, y al ver ese movimiento se había echado a reír. Recordó que le había besado la mano y luego había examinado las líneas convergentes de la palma rosada. «Otra vez señorpiesotros», pensó Levin, santiguándose, haciendo una reverencia y fijándose en el ágil movimiento de la espalda del diácono, que se inclinaba delante de él. «Luego cogió mi mano, se quedó mirando las líneas y me dijo: "Tienes una mano muy bonita".» Y Levin contempló su mano y la corta mano del diácono. «Sí, ya queda poco para que termine —pensaba—. No, parece que va a empezar otra vez —se dijo, prestando atención a las oraciones—. No, está terminando; por eso se inclina hasta el suelo. Siempre lo hace antes de terminar.»

Después de coger discretamente con la mano, que asomaba apenas bajo la bocamanga de terciopelo, el billete de tres rublos que Levin le tendía, el diácono dijo que lo inscribiría en el registro, y a continuación se dirigió al altar con paso decidido, acompañado del ruidoso rechinar de sus botas nuevas en las losas de la iglesia vacía. Al cabo de un momento se asomó y le hizo un gesto. Los pensamientos de Levin, cerrados hasta entonces en su cabeza, empezaron a removerse, pero se apresuró a ahuyentarlos. «Ya se arreglará todo de algún modo», pensó, mientras se acercaba al ambón. Al subir los peldaños, se volvió a la derecha y vio al sacerdote, un anciano de barba rala y entrecana, con ojos bondadosos y cansados, que estaba al pie de facistol y hojeaba un misal. Después de saludar a Levin con una ligera inclinación, se puso a leer las oraciones con voz monótona. Cuando terminó, se prosternó hasta el suelo y se volvió hacia él.

—Cristo asiste invisible a su confesión y la recibe —dijo, señalando el crucifijo —. ¿Cree usted en todo lo que nos enseña la santa Iglesia apostólica?

—prosiguió el sacerdote, apartando los ojos del rostro de Levin y cruzando las

manos bajo la estola.

—He dudado de todo y sigo dudando —respondió Levin con una voz que hasta a él le pareció desagradable, y a continuación calló.

El sacerdote esperó unos segundos para ver si quería añadir algo más, cerró los ojos y, con ese acento muy marcado de la región de Vladímir, dijo:

—La duda es propia de la flaqueza humana, pero debemos rezar para que Dios misericordioso nos dé fuerzas. ¿Cuáles son sus principales pecados? —añadió sin la menor interrupción, como si tratara de no perder tiempo.

—Mi principal pecado es la duda. Dudo de todo. Apenas hay momentos en que no me asalten las dudas.

—La duda es propia de la flaqueza humana —repitió el sacerdote—. ¿Y de qué duda usted principalmente?

—De todo. A veces hasta de la existencia de Dios —dijo Levin sin querer y se asustó de la inconveniencia de sus propias palabras. Pero, por lo visto, al sacerdote no le causaron ninguna impresión.

—¿Qué dudas puede haber de la existencia de Dios? —se apresuró a preguntar con una sonrisa apenas perceptible. Levin guardaba silencio—. ¿Qué dudas puede tener usted de la existencia del Creador cuando contempla usted sus obras? —prosiguió el sacerdote, con su habla rápida y monótona—. ¿Quién adornó con estrellas la bóveda celeste? ¿Quién ornó la tierra con todas sus bellezas? ¿Cómo podrían existir todas esas cosas sin el Creador? —concluyó, con una mirada inquisitiva.

Pero éste se dio cuenta de que sería improcedente entablar una discusión filosófica con un sacerdote, por eso se limitó a responder estrictamente a lo que le había preguntado.

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe? Entonces, ¿cómo puede dudar de que Dios lo ha creado todo? —dijo el sacerdote con divertida perplejidad.

—No entiendo nada —respondió Levin, ruborizándose y dándose cuenta de que sus palabras eran estúpidas, como no podía ser de otra manera, dadas las circunstancias.

—Ruegue a Dios e implórele. Hasta los santos padres tuvieron dudas y pidieron a Dios que fortaleciera su fe. El diablo es muy poderoso y nosotros no debemos someternos a él. Ruegue a Dios, implórele. Ruegue a Dios —repitió con premura.

A continuación guardó silencio unos instantes, como si estuviera pensando en algo.

—Según he oído, tiene usted intención de contraer matrimonio con la hija del príncipe Scherbatski, feligrés e hijo espiritual mío —añadió con una sonrisa—. ¡Una muchacha maravillosa!

—Sí —respondió Levin, ruborizándose por el sacerdote.

«¿Qué necesidad tiene de preguntarme algo así durante la confesión?», pensó.

Entonces, como respondiendo a su pensamiento, el sacerdote dijo:

—Tiene intención de contraer matrimonio y es posible que Dios le conceda descendencia, ¿no es verdad? ¿Qué educación iba a darles usted a sus hijos si no consigue vencer las tentaciones del diablo, que le arrastra a la incredulidad? —preguntó en tono de blando reproche—. Si quiere usted a sus hijos, como cualquier buen padre, no sólo deseará para ellos riquezas, lujos y honores, sino también la salvación, la iluminación espiritual por medio de la luz de la verdad, ¿no es así? ¿Y qué le responderá a su hijo inocente cuando le pregunte: «¡Papá! ¿Quién ha creado tantas maravillas, la tierra, el agua, el sol, las flores, la hierba?». ¿Acaso le responderá usted: «No lo sé»? No puede usted decir que no lo sabe, porque nuestro Señor, en su infinita misericordia, se lo ha revelado. ¿Y qué le dirá cuando le pregunte: «¿Qué me espera en la otra vida?». ¿Qué va a decirle si no sabe nada? ¿Cómo va a responderle? ¿Lo abandonará usted a las tentaciones del mundo y del diablo? ¡No estaría bien! —concluyó, ladeando la cabeza y mirando a Levin con ojos bondadosos y sumisos.

Levin no respondió nada, en este caso no porque no quisiera ponerse a discutir con el sacerdote, sino porque nadie le había hecho nunca tales preguntas. Por lo demás, antes de que su hijo se las hiciera, ya tendría tiempo de pensar en las respuestas.

—Va a entrar usted en una fase de la vida en la que debe elegir un camino y seguirlo —continuó el sacerdote—. Rece a Dios para que, en su infinita misericordia, le ayude y se apiade de usted. Que nuestro señor Jesucristo, lleno de gracia y amor por la humanidad, te perdone, hijo…

Y, una vez terminada la fórmula de la absolución, lo bendijo y lo despidió.

De vuelta en casa, Levin se sintió muy contento de haberse librado de una vez de esa situación tan incómoda, y además sin haber tenido que mentir. Por otro lado, le había quedado la vaga impresión de que las palabras de ese bondadoso y amable anciano no eran tan estúpidas como le habían parecido en un principio, y que tendría que profundizar en algunos de los puntos que había tratado.

«No en estos momentos, desde luego —pensó—, sino más adelante.»

Ahora más que nunca sentía que en su alma había algo turbio e impuro; que, con respecto a la religión, había adoptado la misma actitud que le disgustaba en los demás y que tanto le había reprochado a su amigo Sviazhski.

Levin pasó la velada con su prometida en casa de Dolly y se mostró especialmente alegre. Para explicar a Stepán Arkádevich el estado de excitación en el que se hallaba, se comparó con un perro al que tratan de adiestrar para que salte por un aro; cuando el animal entiende por fin lo que esperan de él, se pone tan contento

que ladra, mueve la cola y brinca entusiasmado sobre las mesas y los alféizares de las ventanas.

II

El día de la boda, según era costumbre (tanto la princesa como Daria Aleksándrovna observaban de manera estricta todas las costumbres), Levin no vio a su prometida. Comió en el hotel con tres solteros que se habían reunido allí por casualidad: Serguéi Ivánovich, Katavásov, compañero de universidad y ahora profesor de ciencias naturales, a quien se había encontrado por la calle y había llevado casi a rastras a su habitación, y Chírikov, juez de paz de Moscú y compañero en sus cacerías de osos, que iba a ser su padrino de boda. La comida fue muy alegre. Serguéi Ivánovich estaba de un humor inmejorable y disfrutaba de la originalidad de Katavásov, quien, a su vez, notando que valoraban y comprendían ese rasgo suyo, hacía alarde de él. En cuanto al bondadoso y jovial Chírikov, participaba en todas las conversaciones.

—¡Qué muchacho tan capaz era nuestro amigo Konstantín Dmítrich! —dijo Katavásov, separando mucho las palabras, una costumbre adquirida en la cátedra—. Y hablo en pasado porque ha dejado de existir. Cuando acabó la universidad, le atraía la ciencia, tenía intereses propios de un ser humano. Ahora emplea la mitad de sus facultades en engañarse a sí mismo, y la otra en justificar ese engaño.

—Jamás he conocido a un enemigo más acérrimo del matrimonio que usted —replicó Serguéi Ivánovich.

—No soy enemigo del matrimonio, sino partidario de la división del trabajo. Las personas que no pueden hacer nada deben ocuparse de tener hijos; las demás, contribuir a su instrucción y felicidad. Ésa es mi idea. Legiones de aficionados se empeñan en confundir ambas tendencias, pero yo no me cuento entre ellos.

—¡Cómo me alegraré cuando me entere de que se ha enamorado usted! —intervino Levin—. Le ruego que no deje de invitarme a la boda.

—Ya estoy enamorado.

—Sí, de las jibias. Figúrate —dijo Levin, dirigiéndose a su hermano—, Mijaíl Semiónich está escribiendo un libro sobre la nutrición y…

—¡No embrolle usted las cosas, por favor! Poco importa de lo que trate mi obra. La cuestión es que estoy verdaderamente enamorado de las jibias.

—Pero eso no le impedirá amar a su mujer.

—La jibia no me impedirá amar a mi mujer, pero mi mujer sí a la jibia.

—¿Por qué?

—Ya lo verá. A usted, por ejemplo, le gustan las labores del campo, la caza. ¡Pues espere un poco!

—Por cierto, Arjip ha estado aquí hoy y me ha dicho que en Prudnói hay muchísimos alces y dos osos —dijo Chírikov.

—Pues tendrán que cazarlos sin mí.

—Es verdad —dijo Serguéi Ivánovich—. Tendrás que despedirte de la caza del

oso. ¡Tu mujer no te dejará!

Levin sonrió. La idea de que su mujer le prohibiera ir de caza le pareció tan agradable que estaba dispuesto a renunciar para siempre al placer de ver osos.

—En cualquier caso, será una pena cazar esos dos osos sin usted. ¿Se acuerda de la última vez que estuvimos en Japílovo? Fue una cacería estupenda —dijo Chírikov.

Levin no dijo nada. Ese hombre pensaba que podía haber algún placer cuando Kitty no estaba presente. ¿Para qué quitarle la ilusión?

—Por algo se habrá establecido esa costumbre de despedirse de la vida de soltero —dijo Serguéi Ivánovich—. Por muy feliz que sea uno, da pena perder la libertad.

—Reconozca que se sienten ganas de saltar por la ventana, como el novio de esa obra de Gógol.[1]

—No le quepa la menor duda, pero no lo reconocerá —dijo Katavásov y prorrumpió en una estruendosa carcajada.

—Bueno, la ventana está abierta… ¡Vámonos ahora mismo a Tver! Uno de los osos es una hembra, así que podemos ir hasta la madriguera. ¡En serio, podemos coger el tren de las cinco! ¡Y aquí que hagan lo que quieran! —dijo Chírikov con una sonrisa.

—Les juro que no encuentro en mi corazón el menor sentimiento de pena por perder mi libertad —repuso Levin, sonriendo.

—Con el caos que reina ahora en su corazón, no encontrará usted nada —objetó Katavásov—. Espere a que haya un poco más de orden y ya verá cómo lo encuentra.

—No, de otro modo, además de mi sentimiento —no quería pronunciar en presencia de ese hombre la palabra «amor»—… y mi felicidad, lamentaría un poco la pérdida de mi libertad… Pero sucede todo lo contrario: me alegro de perderla.

—¡Malo! ¡Es un caso perdido! —exclamó Katavásov—. Bueno, bebamos por su curación, o, mejor, deseémosle que se cumpla al menos una centésima parte de sus sueños. ¡Sólo con eso alcanzaría una felicidad como jamás se ha visto en el mundo!

Poco después de la comida los invitados se fueron para tener tiempo de cambiarse de ropa antes de la boda.

Una vez solo, Levin repasó la conversación que había tenido con esos solterones y volvió a preguntarse si de verdad no lamentaba perder su libertad. La idea le hizo sonreír. «¿Libertad? ¿Y para qué la quiero? La felicidad consiste en amar, en desear lo que ella desea y pensar lo que ella piensa, es decir, en no tener libertad ninguna. ¡Eso es la felicidad!»

«Pero ¿acaso conozco sus pensamientos, sus deseos, sus sentimientos?», le susurró de pronto una voz. La sonrisa desapareció de su rostro y se quedó pensativo. Y de repente se apoderó de él una sensación extraña. Le entró miedo, le asaltaron las dudas. Dudaba de todo.

«¿Y qué pasa si ella no me quiere? ¿Y si se casara conmigo sólo porque tiene que

casarse? ¿Y si ni ella misma supiera lo que está haciendo? —se preguntaba—. Puede que después de casarse se dé cuenta de su error, comprenda que no me ama y que no puede amarme.» Y empezaron a rondarle las ideas más extrañas y ofensivas sobre Kitty. Tenía celos de Vronski, igual que un año antes, como si aquella reunión en que los había visto juntos hubiera sido la víspera. Sospechaba que ella no se lo había dicho todo.

Se levantó de un salto. «¡No, esto no puede quedar así! —se dijo desesperado—. Iré a verla, la interrogaré y le diré por última vez: "Somos libres, ¿no sería mejor que no siguiéramos adelante? ¡Cualquier cosa es mejor que la desdicha eterna, la vergüenza y la infidelidad!".» Desesperado y lleno de ira contra la humanidad entera, contra ella y contra sí mismo, salió del hotel y se dirigió a casa de Kitty.

Nadie le esperaba. Se encontró con ella en las habitaciones interiores. Estaba sentada en un baúl, dando órdenes a una doncella y ordenando un montón de vestidos multicolores, dispuestos en los respaldos de las sillas y en el suelo.

—¡Ah! —gritó al verlo, radiante de alegría—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué hace usted aquí? —Hasta ese último día lo había tratado tan pronto de tú como de usted—. ¡No te esperaba! Estoy ordenando mis vestidos de soltera para ver a quién puedo dárselos…

—¡Ah! ¡Eso está muy bien! —dijo Levin, mirando a la doncella con aire sombrío.

—Vete, Duniasha, ya te llamaré después —dijo Kitty—, ¿Qué te pasa? —preguntó Kitty, tuteándolo con resolución en cuanto salió la muchacha. Se había dado cuenta de que tenía una expresión rara, alterada y sombría, y sintió miedo.

—¡Kitty! Estoy sufriendo. Y no puedo soportar solo esta tortura —dijo con desesperación, deteniéndose delante de ella y mirándola con ojos suplicantes. Al ver el rostro franco y enamorado de Kitty comprendió que no conseguiría nada con lo que iba a decirle, pero de todos modos necesitaba que ella lo sacase de dudas—. He venido a decirte que aún estamos a tiempo. Podemos dar marcha atrás, arreglar las cosas de alguna manera.

—¿Qué? No entiendo nada. ¿Qué te pasa?

—Te lo he dicho miles de veces, no se me va de la cabeza… No soy digno de ti. No puedes querer casarte conmigo. Piénsalo bien. Te has equivocado. Piénsalo. No puedes haberte enamorado de mí… Sí… Es mejor que me lo digas —añadió, sin mirarla—. Seré desdichado. Que la gente diga lo que le dé la gana. Cualquier cosa es mejor que la infelicidad… Más vale ahora, mientras aún estamos a tiempo…

—No lo entiendo —respondió ella, atemorizada—. ¿Me estás diciendo que quieres echarte atrás… que no deberíamos…?

—Sí, en caso de que no me ames.

—¡Te has vuelto loco! —gritó Kitty, enrojeciendo de cólera. Pero el rostro de Levin expresaba tal desolación que Kitty contuvo su ira, arrojó los vestidos sobre una

silla y se acercó a él—. ¿Qué es lo que piensas? Cuéntamelo todo.

—Pienso que no puedes estar enamorada de mí. ¿Por qué ibas a quererme?

—¡Dios mío! ¿Qué puedo…? —dijo y se echó a llorar.

—¡Ah, qué he hecho! —gritó Levin y, poniéndose de rodillas delante de ella, empezó a besarle las manos.

Al cabo de cinco minutos, cuando la princesa entró en su habitación, se los encontró ya completamente reconciliados. Kitty no sólo le había asegurado que le quería, sino que además le había explicado por qué. Le dijo que le quería porque lo comprendía a fondo, porque conocía sus gustos y porque estaba segura de que no podía querer nada malo. Y a Levin todo eso le pareció de una claridad meridiana. La princesa se los encontró sentados en el baúl, uno al lado del otro, separando los vestidos y discutiendo si Kitty debía darle a Duniasha el vestido marrón que llevaba cuando Levin pidió su mano. Ella opinaba que sí, mientras él insistía en que ese vestido no debía regalárselo a nadie. Podía entregarle, en cambio, el azul.

—Pero ¿cómo es posible que no lo entiendas? Es morena y no le quedaría bien… Lo tengo todo pensado.

Al enterarse de la razón de la visita de Levin, la princesa se enfadó medio en broma medio en serio, y le dijo que fuera a vestirse y que dejara de molestar a Kitty, porque el peluquero Charles estaba a punto de llegar para peinarla.

—Con lo desmejorada que está, después de varios días sin comer, y encima vienes tú con tus tonterías —le dijo—. Vamos, largo de aquí, querido.

Levin, sintiéndose avergonzado y culpable, pero ya tranquilizado, volvió al hotel. Su hermano, Daria Aleksándrovna y Stepán Arkádevich, todos de punta en blanco, le esperaban ya para bendecirle con el icono. No había un instante que perder. Daria Aleksándrovna aún tenía que pasar por casa, para recoger a su hijo que, con los cabellos rizados y convenientemente untados de brillantina, sería el encargado de llevar el icono delante de la novia. Luego había que enviar un coche para que recogiera al padrino y mandar de vuelta el otro, en el que iría Serguéi Ivánovich… En general, había que ocuparse de un montón de detalles complicados. Lo único que no admitía dudas era que había que apresurarse, porque ya eran las seis y media.

Ninguno de los presentes se tomó muy en serio la ceremonia de la bendición con el icono. Stepán Arkádevich adoptó una postura solemne y cómica al lado de su mujer, cogió el icono, ordenó a Levin que se prosternase hasta el suelo, lo bendijo con una sonrisa bondadosa y burlona y lo besó tres veces. Daria Aleksándrovna, después de hacer lo mismo, se dispuso a partir a toda prisa, y una vez más volvió a confundirse con los itinerarios previstos de los coches.

—Bueno, esto es lo que vamos a hacer: tú irás a recoger al padrino en nuestro coche, y Serguéi Ivánovich, si es tan amable, irá directamente y luego enviará el coche de vuelta.

—Muy bien, con mucho gusto.

—Y nosotros nos iremos con él ahora. ¿Tienes preparadas ya las cosas? —preguntó Stepán Arkádevich.

—Sí —respondió Levin y ordenó a Kuzmá que le llevara la ropa.

III

Una multitud de gente, compuesta en su mayor parte por mujeres, rodeaba la iglesia, iluminada para la boda. Quienes no habían tenido tiempo de entrar, se agolpaban alrededor de las ventanas, se empujaban, discutían y miraban a través de las rejas.

Más de veinte coches se habían alineado ya a lo largo de la calle, bajo la vigilancia de los guardias. Un oficial de policía, desafiando el frío, estaba en la entrada, resplandeciente con su uniforme. No dejaban de llegar carruajes, de los que se apeaban mujeres con flores, que recogían la cola de sus vestidos, y hombres que se quitaban la gorra o el sombrero negro al entrar en la iglesia. Dentro ya habían encendido las dos arañas y todas las velas delante de los iconos. El resplandor dorado sobre el fondo rojo del iconostasio, los áureos marcos de los iconos, los candeleros y candelabros de plata, las losas del suelo, las alfombrillas, los estandartes arriba, en el coro, los peldaños del ambón, los viejos libros ennegrecidos, las sotanas y las sobrepellices: todo estaba inundado de luz. A la derecha de la iglesia, bien caldeada, en medio de un mar de fraques y corbatas blancas, uniformes y brocados, terciopelo y raso, peinados, flores, hombros y brazos desnudos, guantes por encima del codo, se elevaba un murmullo contenido pero animado, que resonaba de manera extraña en la alta cúpula. Cada vez que se oía el chirrido de la puerta al abrirse, el murmullo se aquietaba, y todas las cabezas se volvían, esperando la entrada de los novios. Pero la puerta ya se había abierto más de diez veces, y siempre era un invitado, hombre o mujer, que se unía al grupo de la derecha, o una espectadora, que había conseguido engañar o ablandar al agente de policía, y se mezclaba con la muchedumbre de la izquierda. Tanto los parientes como los extraños habían pasado ya por todas las fases de la espera.

En un principio creían que los novios llegarían en cualquier momento, y no concedían la menor importancia al retraso. Luego empezaron a mirar hacia la puerta cada vez con mayor frecuencia, mientras se preguntaban si no habría sucedido algo. Por último, la espera se hizo ya penosa, y tanto los parientes como los invitados se esforzaron por aparentar que no pensaban en el novio, absorbidos por la conversación que habían entablado.

El archidiácono, como para recordar a la gente el valor de su tiempo, tosía con impaciencia, produciendo una vibración en los cristales de las ventanas. En el coro, los cantores, ya aburridos, probaban su voz o se sonaban. El sacerdote no paraba de enviar al diácono y al sacristán a recabar noticias del novio, y él mismo, con su sotana de color lila y su cinturón bordado, se asomaba cada vez más a menudo a las puertas laterales, para ver si llegaba. Por fin, una de las señoras, después de consultar el reloj, dijo: «Pues sí que es raro», y todos los invitados, presas de la inquietud, empezaron a expresar en voz alta su sorpresa y su descontento. Uno de los padrinos

fue a ver qué pasaba. Mientras tanto, Kitty, que estaba preparada desde hacía ya un buen rato, con su vestido blanco, su largo velo y su corona de flores de azahar, estaba en la sala de su casa, acompañada de su madrina de boda y de su hermana Lvova, miraba por la ventana y esperaba en vano, desde hacía más de media hora, que el padrino viniera a anunciarle que el novio había llegado ya a la iglesia.

Levin, por su parte, con los pantalones puestos, pero sin chaleco ni frac, se paseaba arriba y abajo por la habitación, asomándose cada dos por tres a la puerta para echar un vistazo al pasillo. Pero la persona a la que estaba esperando no aparecía, y él volvía desesperado, agitando los brazos, y se dirigía a Stepán Arkádevich, que fumaba tranquilamente un cigarrillo.

—¿Se habrá visto alguien alguna vez en una situación tan inconcebiblemente absurda? —preguntó.

—Sí, es estúpida —afirmó Stepán Arkádevich, sonriendo con dulzura—. Pero cálmate, te la traerán en seguida.

—Pero ¡cómo es posible! —exclamó Levin, con rabia contenida—. ¡Y estos grotescos chalecos abiertos! ¡Es imposible! —prosiguió, mirando la arrugada pechera de su camisa—. ¡Mira que haberse llevado ya las cosas a la estación! —exclamó desesperado.

—Pues ponte la mía.

—Es lo que tendríamos que haber hecho hace rato.

—No está bien hacer el ridículo… ¡Espera un poco! Todo *se enderezará*.

Lo que había pasado era lo siguiente: cuando Levin le pidió a Kuzmá, su viejo criado, que le llevara la ropa, éste le trajo el frac, el chaleco y todo lo demás.

—Pero ¿dónde está la camisa?

—La lleva usted puesta —respondió Kuzmá, sonriendo con calma.

A Kuzmá no se le había ocurrido dejar una camisa limpia, y, cuando recibió la orden de meterlo todo en las maletas y enviarlo a casa de los Scherbatski, de donde esa misma tarde saldrían los recién casados, hizo lo que le mandaban, reservando sólo el frac. La camisa que llevaba puesta desde por la mañana estaba arrugada y era imposible llevarla con esos chalecos abiertos que estaban de moda. La casa de los Scherbatski estaba demasiado lejos para enviar a alguien, así que decidieron comprar una. Pero al poco rato llegó el criado diciendo que todo estaba cerrado porque era domingo. Trajeron entonces una de casa de Stepán Arkádevich, pero era demasiado ancha y corta. Por último, no quedó más remedio que ir a casa de los Scherbatski y abrir los baúles. En la iglesia esperaban al novio, y éste, como una fiera enjaulada, recorría la habitación de un extremo al otro, asomándose al pasillo y recordando con angustia lo que le había dicho a Kitty y lo que ella podía estar pensando en esos momentos.

Por fin, Kuzmá, que tenía la culpa de todo, irrumpió en la habitación casi sin

aliento, con la camisa en la mano.

—He llegado por los pelos. Ya estaban cargando las cosas en el carro —dijo.

Al cabo de tres minutos, sin consultar el reloj, para no echar más sal en la herida, Levin atravesó corriendo el pasillo.

—No te valdrá de nada —dijo Stepán Arkádevich, con una sonrisa, siguiéndole sin apresurarse—. Todo *se enderezará*, todo *se enderezará*… Ya te lo he dicho.

IV

—¡Ya han legado! ¡Ahí está! ¿Cuál es? El más joven, ¿no? Y ella, la pobrecita, estará más muerta que viva —se oía entre la multitud, cuando Levin, después de reunirse con la novia en el pórtico, entró con ella en la iglesia.

Stepán Arkádevich le contó a su mujer la causa de aquel retraso, y los invitados, sonriendo, intercambiaban comentarios en susurros. Levin no reparaba en nada ni en nadie. Sólo tenía ojos para la novia.

Todos decían que estaba muy desmejorada en los últimos días y que, bajo la corona, estaba mucho menos guapa que de costumbre. Pero Levin no compartía esa opinión. Contemplaba su alto peinado, su largo velo blanco, las flores del mismo color, la banda levantada y plisada, que cubría virginalmente el fino cuello por los lados, dejándolo descubierto por delante, la asombrosa esbeltez del talle, y le parecía que estaba más hermosa que nunca, no porque las flores, el velo y el vestido de París realzaran su belleza, sino porque, a pesar de la calculada magnificencia de todos esos adornos, la expresión de su delicado rostro, su mirada y sus labios seguían conservando ese aire especial de inocente franqueza.

—Ya me estaba preguntando si no te habrías dado a la fuga —le dijo Kitty con una sonrisa.

—¡Lo que me ha pasado es tan estúpido que me da vergüenza hablar de ello! —replicó Levin, ruborizándose y volviéndose hacia Serguéi Ivánovich, que en ese momento se le acercaba.

—¡Menuda historia la de la camisa! —dijo éste, sacudiendo la cabeza y sonriendo.

—Sí, sí —respondió Levin, sin comprender lo que le estaba diciendo.

—Bueno, Kostia, tienes que resolver una cuestión importante —dijo Stepán Arkádevich, fingiendo una gran preocupación—. Creo que precisamente ahora estás en condiciones de calibrar toda la trascendencia del asunto. Me preguntan si se deben encender cirios nuevos o a medio quemar. La diferencia es de diez rublos —añadió, frunciendo los labios en una sonrisa—. Yo ya he tomado una decisión, pero tengo miedo de que no estés de acuerdo. —Levin se dio cuenta de que se trataba de una broma, pero fúe incapaz de sonreír—. Entonces, ¿qué decides? Nuevo o a medio quemar. Ésa es la pregunta.

—¡Nuevos, nuevos!

—Pues muy bien. ¡Asunto resuelto! —dijo Stepán Arkádevich, sonriendo—. ¡Hay que ver qué tonta se pone la gente en esta situación! —añadió, dirigiéndose a Chírikov, una vez que Levin, después de mirarlo desconcertado, se acercara más a la novia.

—Asegúrate de ser la primera en poner el pie en la alfombra,[2] Kitty —dijo la

condesa Nordston, aproximándose—. ¡Buena la ha hecho usted! —agregó, dirigiéndose a Levin.

—¿Qué? ¿No tienes miedo? —preguntó Maria Dmítrevna, la anciana tía.

—¿No tienes frío? Estás pálida. ¡Espera, agáchate un poco! —dijo Lvova, la hermana de Kitty, y, rodeándola con sus hermosos y torneados brazos, le arregló con una sonrisa las flores de la cabeza.

Dolly se acercó con intención de decir algo, pero, incapaz de pronunciar palabra, se echó a llorar y después se rio de un modo un poco forzado.

Kitty miraba a todo el mundo con una expresión tan ausente como la de Levin. Respondía a todo lo que le decían con esa sonrisa de felicidad que ahora se le había vuelto tan natural.

Entre tanto, los clérigos se pusieron sus vestimentas, y el sacerdote y el diácono se aproximaron al facistol colocado en la parte delantera de la iglesia. El sacerdote se volvió hacia Levin y le dirigió unas palabras, que éste no alcanzó a entender.

—Tome de la mano a la novia y condúzcala al interior —dijo el padrino a Levin.

Levin tardó un rato en comprender lo que le pedían. Varias veces lo corrigieron, y estaban ya a punto de desistir —porque o bien le cogía la mano que no era o lo hacía con la mano equivocada—, cuando al fin comprendió que tenía que coger la mano derecha de Kitty con su mano derecha, y todo ello sin cambiar de posición. Cuando por último lo consiguió, el sacerdote dio unos pasos delante de los novios y se detuvo al pie del facistol. Entonces una muchedumbre de familiares y conocidos, entre susurros y un rumor de faldas, los siguió. Alguien se agachó para arreglar la cola del vestido de la novia. En la iglesia se hizo de pronto un silencio tan profundo que se oía cómo caían las gotas de cera de los cirios.

El anciano sacerdote, con el birrete puesto y sus mechones plateados partidos en dos y peinados por detrás de las orejas, sacó sus manos menudas y surcadas de arrugas de debajo de la pesada casulla recamada de plata, con una cruz dorada a la espalda, y buscó algo en el facistol.

Stepán Arkádevich se le acercó con cautela, le dijo algo al oído y, haciéndole un guiño a Levin, volvió a su sitio.

El sacerdote encendió dos velas adornadas de flores y las sostuvo inclinadas con la mano izquierda, para que la cera goteara poco a poco, y se volvió hacia la joven pareja. Era el mismo viejecito que había confesado a Levin. Miró con ojos cansados y tristes al novio y a la novia, suspiró y, sacando la mano derecha de debajo de la casulla, bendijo a Levin y después a Kitty, aunque en este último caso posó con especial ternura los tres dedos unidos en la cabeza inclinada de la muchacha. Luego les entregó las velas, cogió el incensario y se alejó.

«¿Es posible que sea cierto?», pensaba Levin, volviéndose hacia la novia. La veía de perfil, un poco desde arriba, y en el movimiento apenas perceptible de sus labios y

de sus pestañas advertía que ella se daba cuenta de que la estaba mirando. Kitty no levantó la cabeza, pero el alto cuello plisado se estremeció y se elevó hasta sus pequeñas y rosadas orejas. Levin vio que se le ahogaba un suspiro en el pecho y que la mano menuda con que sujetaba la vela, embutida en un guante largo, temblaba.

El trajín de la camisa, el retraso, la conversación con los conocidos y los parientes, el descontento de los asistentes y su situación ridicula: todo desapareció de pronto, y de Levin se apoderó un sentimiento de alegría y temor.

El apuesto y alto archidiácono, con una sobrepelliz guarnecida de plata y los rizos bien peinados a ambos lados de la cabeza, avanzó unos pasos con resolución, y, levantando la estola con dos dedos, según acostumbraba, se detuvo frente al sacerdote.

—Bendícenos, Señor —resonaron lentamente, una tras otra, estas solemnes palabras, y vibró el aire de la iglesia.

—Bendito sea Dios nuestro Señor, ahora y siempre, por los siglos de los siglos —respondió con voz humilde y melodiosa el viejo sacerdote, que seguía buscando algo en el facistol. Y, llenando toda la iglesia, desde las ventanas hasta la bóveda, se alzó amplio y armonioso un acorde del coro invisible que creció, se detuvo un momento y se fue desvaneciendo poco a poco.

Como siempre, se rezó por la paz suprema, por la salvación, por el Santo Sínodo y por el emperador; también se rezó por los siervos de Dios Yekaterina y Konstantín, que iban a contraer matrimonio ese día.

—Oremos al Señor para que les brinde su ayuda y les conceda la paz y un amor perfecto —pronunció el archidiácono, y su voz pareció retumbar por todo el templo.

A Levin le impresionaron estas palabras. «¿Cómo habrán adivinado que es precisamente ayuda lo que necesito? —pensó, recordando sus dudas y temores recientes—. ¿Qué sé? ¿Qué puedo hacer sin ayuda en este trance terrible? Lo que ahora necesito es precisamente ayuda.»

Cuando el diácono terminó la letanía, el sacerdote se dirigió a los novios con un misal en la mano.

—Dios eterno, que has unido a los que estaban separados —leyó con voz dulce y cantarina—, que has creado para ellos un vínculo de amor indisoluble, que bendijiste a Isaac y a Rebeca, instituyéndolos herederos de Tu promesa. Bendice también a tus siervos Yekaterina y Konstantín y guíalos por el camino del bien. Oh, Dios misericordioso, amante de la humanidad, gloria a Ti. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

—Amén —cantó de nuevo el coro invisible.

«Que has unido a los que estaban separados y has creado para ellos un vínculo de amor indisoluble.»

«¡Qué sentido tan profundo tienen esas palabras y qué bien se corresponden con

lo que uno siente en estos momentos! —pensaba Levin—. ¿Sentirá ella lo mismo que yo?»

Se volvió, y sus miradas se encontraron.

Por la expresión de sus ojos se figuró que ella se tomaba todo aquello de la misma manera que él. Pero se equivocaba. Kitty apenas entendía las palabras del servicio, ni siquiera las escuchaba. Y lo cierto es que no podía escucharlas ni entenderlas: tan intenso era el sentimiento que embargaba su alma, que crecía por momentos. Era un sentimiento de alegría al ver por fin cumplido lo que había ocupado sus pensamientos a lo largo de esas últimas seis semanas, fuente de tantos tormentos y alegrías. El día en que, con su vestido de color marrón, se acercó a Levin en la sala de su casa del Arbat y, en silencio, se entregó a él, se produjo en su alma una ruptura completa con su vida pasada, y dio comienzo otra nueva, completamente distinta y desconocida, aunque desde fuera no se diferenciara de la anterior. A lo largo de esas seis semanas había conocido las mayores alegrías y tormentos de su existencia. Su vida, sus anhelos y sus esperanzas se habían centrado por entero en ese hombre, aún incomprensible para ella, al que le unía un sentimiento aún más incomprensible, que tan pronto la atraía como la repelía; y al mismo tiempo, seguía viviendo como antes. Todo eso hacía que se sintiera horrorizada de sí misma, de su total indiferencia por todo su pasado: las cosas, las costumbres, las personas que la querían y a las que quería, su madre, a quien afligía esa insensibilidad, su cariñoso y bondadoso padre, a quien antes había amado más que a nadie en el mundo. Tan pronto se horrorizaba de esa indiferencia como se alegraba del acontecimiento que la había motivado. No podía pensar ni desear nada que no fuera vivir con ese hombre. Pero esa nueva vida aún no había empezado, y Kitty ni siquiera podía imaginársela con claridad. En esa interminable espera, sólo la acompañaba el temor y la alegría de lo nuevo y lo desconocido. Y ahora, por fin, todo iba a terminar, las expectativas, la incertidumbre, los remordimientos por abandonar su vida anterior, e iba a empezar algo nuevo, que no podía dejar de ser terrible, por su propio carácter desconocido. Pero, ya fuera terrible o no, era lo que había ocupado su alma a lo largo de esas seis semanas. Ahora sólo estaba asistiendo a la consagración de algo que se había consumado mucho antes en su corazón.

Volviéndose de nuevo al facistol, el sacerdote cogió con dificultad el pequeño anillo de Kitty y, pidiéndole a Levin que le tendiera la mano, se lo puso en la primera falange del dedo.

—El siervo de Dios, Konstantín, se desposa con la sierva de Dios, Yekaterina.

Y, después de poner el anillo grande en el sonrosado y pequeño dedo de Kitty, tan frágil que hasta daba lástima, el sacerdote pronunció las mismas palabras.

Varias veces trataron los novios de adivinar lo que debían hacer, pero siempre se equivocaban, y el sacerdote los corregía en voz baja. Por fin, después de hacer todo lo

necesario y de bendecirlos con los anillos, volvió a dar a Kitty el grande y a Levin el pequeño. De nuevo los contrayentes se equivocaron, y por dos veces se intercambiaron los anillos, sin acertar.

Dolly, Chírikov y Stepán Arkádevich se adelantaron para sacarlos del apuro. Se produjo cierta confusión, se oyeron murmullos, algunos de los presentes sonrieron, pero la expresión solemne y humilde de los novios no se alteró; al contrario, cuando se equivocaban de mano, miraban con expresión más seria y grave que antes; y la sonrisa con que Stepán Arkádevich les susurró que ahora cada uno debía quedarse con su anillo apenas asomó unos instantes a sus labios, pues le pareció que en esos momentos cualquier sonrisa podría ofenderles.

—Tú que desde los comienzos del mundo creaste al varón y a la hembra —leyó el sacerdote, después del intercambio de anillos—, que diste la mujer al hombre por compañera para perpetuar el género humano. Oh, Dios nuestro Señor, que has glorificado la verdad en tu descendencia y has hecho una alianza con tus siervos elegidos, nuestros padres, de generación en generación, te rogamos que mires a tu siervo Konstantín y a tu sierva Yekaterina, y que confirmes su unión en la fe y la concordia, en la verdad y en el amor…

Levin era cada vez más consciente de que todas sus ideas sobre el matrimonio y todos sus sueños sobre cómo organizar su vida no eran más que chiquilladas; que hasta entonces no había entendido lo que era eso, y mucho menos ahora, a pesar de lo que estaba sucediendo. Los sollozos que oprimían su pecho se le agolpaban ya en la garganta y unas lágrimas díscolas asomaban a sus ojos.

V

En la iglesia estaba todo Moscú, entre familiares y conocidos. Durante el oficio, bajo la brillante iluminación de la iglesia, en el grupo de señoras y muchachas emperifolladas y hombres con frac y corbata blanca o uniforme, no dejaba de oírse un continuo y discreto cuchicheo, en el que participaban sobre todo los hombres, porque las mujeres estaban absortas en la contemplación de los detalles de la ceremonia, siempre tan conmovedora.

En el grupo de íntimos que rodeaban a la novia estaban sus dos hermanas, Dolly, y la mayor, la serena y hermosa Lvova, que había venido del extranjero.

—¿Por qué Marie lleva un vestido lila, un color casi tan inapropiado como el negro en una boda? —dijo Korsúnskaia.

—Con el color de su tez es la única salvación… —respondió Drubestskaia—. Me sorprende que celebren una boda por la tarde. Es algo propio de comerciantes…

—Es más bonito. Yo también me casé por la tarde —replicó Korsúnskaia y emitió un suspiro, al recordar lo guapa que estaba ese día y el enamoramiento casi ridículo de su marido. ¡Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces!

—Dicen que si alguien ha sido padrino de boda más de diez veces no se casa nunca. Por eso quise desempeñar ese cargo por décima vez, pero se me adelantaron —dijo el conde Siniavin a la hermosa princesa Chárskaia, que tenía sus ilusiones puestas en él.

Por toda respuestas Chárskaia esbozó una sonrisa. Miraba a Kitty y pensaba en cuándo tendría ocasión de encontrarse en su lugar, al lado del conde Siniavin, y cómo le recordaría entonces la broma que acababa de gastarle.

Scherbatski le dijo a la señora Nikoláievna, una anciana dama de honor, que estaba dispuesto a ponerle la corona a Kitty en el moño para que fuera feliz.[3]

—¿Para qué se habrá hecho ese moño? —respondió la señora Nikoláievna, que había decidido casarse del modo más sencillo si el viejo viudo al que estaba intentando atrapar se decidía a pedir su mano—. No me gusta tanta fastuosidad.

Serguéi Ivánovich le contaba en broma a Daria Dmítrevna que la costumbre de emprender un viaje después de la boda estaba tan extendida porque los recién casados suelen sentirse un tanto avergonzados.

—Su hermano puede estar orgulloso. Es un encanto de muchacha. Supongo que le tendrá usted envidia.

—Esas cosas ya han pasado para mí, Daria Dmítrevna —respondió Serguéi Ivánovich, y su rostro adoptó de pronto una expresión triste y seria.

Stepán Arkádevich le estaba contando a su cuñada su chiste sobre el divorcio.

—Hay que ponerle bien la corona —respondió ésta, sin escucharle.

—Qué pena que esté tan desmejorada —le dijo la condesa Nordston a Lvova—.

En cualquier caso, él no vale ni su dedo meñique, ¿no es verdad?

—Pues a mí me cae muy bien. Y no porque sea mi futuro *beau frère* —respondió Lvova—. ¡Qué bien se está portando! Con lo difícil que resulta mantener el tipo en estas situaciones, no hacer el ridículo. No ha perdido la compostura, y no se le nota tenso. Se ve que está conmovido.

—Por lo visto, se esperaba usted este desenlace.

—Casi. Ella siempre lo ha querido.

—Bueno, vamos a ver quién es el primero en poner el pie en la alfombra. Le he aconsejado a Kitty que sea ella.

—Da lo mismo —replicó Lvova—. Las tres hermanas somos esposas sumisas, lo llevamos en la sangre.

—Pues yo me las ingenié para pisarla antes que Vasili. ¿Y usted, Dolly?

Dolly se hallaba a su lado y las oía, pero no respondió. Estaba conmovida. Tenía lágrimas en los ojos y no habría podido pronunciar palabra sin echarse a llorar. Se alegraba por Kitty y por Levin. Por su cabeza pasó el recuerdo de su propia boda, y se quedó mirando el rostro resplandeciente de Stepán Arkádevich, olvidada ya de todo lo presente, y recordando sólo su primer amor inocente. No sólo se acordaba de sí misma, sino de todas las mujeres allegadas y conocidas. Se acordaba de ellas en ese momento único y solemne de su vida en que, con la corona sobre la cabeza, como Kitty ahora, el corazón inundado de amor, esperanza y temor, renunciaban a su pasado y se internaban en un misterioso futuro. Entre esas novias que se asomaron a su memoria estaba también su querida Anna, de cuyo supuesto divorcio había oído hablar hacía poco. También a ella la había visto así, pura, con flores de azahar y un velo. Y ahora ¿qué?

—Es de lo más extraño —murmuró.

No sólo las hermanas, las amigas y los parientes seguían todos los detalles de la ceremonia. Las mujeres desconocidas que se hallaban entre el público contemplaban la escena con la respiración contenida, temiendo perderse un solo movimiento, un gesto del novio o de la novia. Cuando los hombres, indiferentes, les dirigían la palabra o hacían alguna observación jocosa o irrelevante, ellas se limitaban a mirarlos con enfado o simplemente no los escuchaban.

—¿Por qué llora de ese modo? ¿Acaso se casa contra su voluntad?

—¿Cómo va a casarse contra su voluntad con un hombre tan apuesto? ¿Es un príncipe, no?

—¿Es su hermana la que lleva ese vestido blanco de raso? Escucha lo que grita el diácono: «Y temerá a su marido».

—¿Es el coro del monasterio de Chúdov?

—No, es el del Sínodo.

—Le he preguntado a un criado. Parece que se la lleva en seguida a sus tierras.

Según dicen, es enormemente rico. Por eso la han casado con él.

—No, hacen muy buena pareja.

—Y aseguraba usted, Maria Vasílevna, que ya no se llevaban los miriñaques con mucho vuelo. Mire a esa señora con el vestido de color pulga. Creo que es la mujer de un embajador. Qué recogido lo lleva… Así que se sigue llevando así.

—¡Y qué guapa es la novia! ¡Parece una corderita con todos esos adornos! Dígase lo que se quiera, pero a las mujeres nos da pena de nuestras hermanas.

Así hablaban las mujeres que habían conseguido colarse en la iglesia.

VI

Una vez concluida la ceremonia del intercambio de anillos, el sacristán puso delante del facistol, en medio de la iglesia, una pieza de seda rosa, y el coro entonó un salmo complicado, de difícil ejecución, en el que el bajo y el tenor se daban la réplica. El sacerdote, volviéndose, les señaló la pieza de tela a los recién casados. A pesar de las muchas veces que habían oído decir que el primero que pisara la alfombra sería el cabeza de familia, ni Levin ni Kitty se acordaron al dar los primeros pasos. No oían los comentarios y discusiones al respecto. Para unos, el novio había sido el primero en poner el pie; para otros, la novia; y algunos afirmaban que lo habían hecho al unísono.

Después de que el sacerdote les hiciera las preguntas de rigor sobre su deseo de contraer matrimonio, se asegurara de que no tenían ningún compromiso con otra persona y escuchara sus respuestas, que tan extrañas les sonaron a ellos mismos, dio comienzo una nueva parte del oficio. Kitty escuchaba las palabras de la oración, deseando entender su significado, pero no lo conseguía. Un sentimiento de triunfo y de luminosa alegría iba embargando su alma a medida que la ceremonia avanzaba, impidiéndole prestar atención a cuanto la rodeaba.

Rezaron: «Que Dios les conceda la castidad y la fecundidad, para que puedan regocijarse con la vista de sus hijos». Se mencionó que Dios había creado a la mujer de una costilla de Adán y que «por eso el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su esposa, y serán dos en una misma carne», que «ése es un gran misterio». Pidieron que Dios les concediera descendencia y los bendijera como a Isaac y Rebeca, como a José, Moisés y Séfora, y que les permitiera ver a los hijos de sus hijos. «Todo esto es hermoso —pensaba Kitty—, y no puede ser de otra manera.» Y una sonrisa de felicidad, que se comunicaba involuntariamente a cuantos la miraban, se iluminó en su radiante rostro.

—¡Póngasela bien! —dijeron algunas voces, cuando el sacerdote presentó las coronas y Scherbatski, con mano temblorosa, enfundada en un guante de tres botones, la sostuvo muy por encima de la cabeza de la novia.

—Pónmela —susurró Kitty, sonriendo.

Levin se volvió hacia ella, sorprendido del alegre resplandor de su rostro, y, sin apenas darse cuenta, se le comunicó el mismo sentimiento, esa alegría, ese resplandor.

Escucharon llenos de felicidad la lectura de la epístola y la voz tonante del archidiácono al llegar al último versículo, esperado con tanta impaciencia por las personas ajenas a la ceremonia. Bebieron alborozados el vino tibio mezclado con agua de la taza plana, y aún se regocijaron más cuando el sacerdote, apartando la casulla y cogiéndoles la mano, los condujo alrededor del facistol, mientras el bajo

entonaba: «Regocíjate, Isaías». Scherbatski y Chírikov, que sostenían las coronas y se enredaban en la cola del vestido de la novia, también sonreían contentos, tan pronto quedándose rezagados como chocándose con los novios cada vez que el sacerdote se detenía. La chispa de alegría que se había encendido en Kitty parecía haberse comunicado a cuantos se encontraban en la iglesia. Levin tenía la impresión de que hasta el sacerdote y el diácono tenían tantas ganas de sonreír como él.

Una vez retiradas las coronas de la cabeza de los contrayentes, el sacerdote leyó la última oración y los felicitó. Levin miró a Kitty, a quien nunca antes había visto así. Estaba encantadora, con ese nuevo resplandor de felicidad en la cara. Levin quería decirle algo, pero no estaba seguro de que la ceremonia hubiera concluido. El sacerdote le sacó del aprieto. Con una bondadosa sonrisa en los labios, dijo en voz baja:

—Puede besar a su esposa, y usted a su marido.

Y cogió las velas de sus manos.

Levin besó con cuidado los labios sonrientes de Kitty, le ofreció el brazo y, sintiendo una extraña y nueva proximidad, salió de la iglesia. No creía, no podía creer, que todo eso fuera verdad. Sólo cuando sus miradas sorprendidas y tímidas se encontraron, lo creyó, porque comprendió que ahora eran un solo ser.

Esa misma noche, después de la cena, los recién casados partieron para el campo.

VII

Vronski y Anna llevaban ya tres meses viajando juntos por Europa. Habían visitado Venecia, Roma, Nápoles, y acababan de llegar a una pequeña ciudad italiana, donde habían pensado pasar algún tiempo.

Un apuesto jefe de comedor, de cabellos espesos y engominados, separados por una raya que partía de la nuca, con frac y camisa blanca de batista de amplia pechera, los dijes del reloj balanceándose sobre su abultado vientre, las manos en los bolsillos, respondía con severidad, frunciendo el ceño con aire desdeñoso, a un señor que estaba delante de él. Al oír un rumor de pasos en la escalera, al otro lado de la entrada, el jefe de comedor se volvió y, al ver al conde ruso, que ocupaba las mejores habitaciones, se sacó respetuosamente las manos de los bolsillos, se inclinó y le anunció que el enviado había vuelto y que el asunto del alquiler del *palazzo* estaba arreglado. El administrador estaba dispuesto a firmar el contrato.

—¡Ah, me alegro mucho! —dijo Vronski—. ¿Está la señora en su habitación?

—Salió a dar un paseo, pero ya ha vuelto —respondió el jefe de comedor.

Vronski se quitó el sombrero flexible de ala ancha y se enjugó con un pañuelo la frente sudorosa y los cabellos, que le llegaban hasta la mitad de la oreja, peinados hacia atrás para disimular la calva. Después de dirigir una mirada distraída al señor, que seguía allí, y parecía examinarle, hizo intención de marcharse.

—Este señor es ruso y ha preguntado por usted —dijo el jefe de comedor.

Molesto de no poder librarse de sus conocidos, y, al mismo tiempo, deseoso de encontrar alguna distracción en esa vida monótona, Vronski volvió a mirar a ese señor, que había retrocedido unos pasos y se había detenido. Los ojos de ambos se iluminaron a la vez.

—¡Goleníschev!

—¡Vronski!

En efecto, era Goleníschev, compañero de Vronski en el cuerpo de pajes. En ese cuerpo, Goleníschev había pertenecido a la facción liberal, había salido de allí con una graduación civil y no había ocupado ningún cargo. Después de abandonar el cuerpo, cada uno había seguido su camino y sólo se habían visto una vez.

En ese último encuentro Vronski había comprendido que Goleníschev, llevado de sus ideas liberales y de su actividad intelectual, despreciaba las actividades y el rango de su antiguo compañero. Por eso lo había tratado con esa fría altanería que reservaba a ciertas personas y cuyo significado era el siguiente: «Puede a usted gustarle o no gustarle mi forma de vivir, pero a mí me da completamente igual. En cualquier caso, si quiere tratar conmigo, debe respetarme». Goleníschev reaccionó al tono de Vronski con una indiferencia no exenta de desprecio. Por tanto, todo hacía prever que ese encuentro iba a separarlos aún más. Sin embargo, al reconocerse habían lanzado un

grito de contento y habían resplandecido de felicidad. Vronski jamás habría creído que se alegraría tanto de ver a Goleníschev, pero, probablemente, ni él mismo era consciente de lo mucho que se aburría. Olvidado de la desagradable impresión de su última entrevista, y con una expresión sincera y jovial, le tendió la mano a su antiguo compañero. Y la inquietud que hasta entonces se percibía en los rasgos de Goleníschev cedió su lugar a esa misma jovialidad que se reflejaba en el rostro de su amigo.

—¡Encantado de verte! —exclamó Vronski, con una sonrisa amistosa que dejó al descubierto sus dientes fuertes y blancos.

—Oí pronunciar el nombre de Vronski, pero no sabía que eras tú. ¡Me alegro mucho, mucho!

—Entremos. ¿Y qué haces en esta ciudad?

—Hace ya más de un año que vivo aquí. Estoy trabajando.

—¡Ah! —dijo Vronski con interés—. Entremos.

Y, como es costumbre entre los rusos cuando quieren ocultar algo a sus criados, se puso a hablar en francés.

—¿Conoces a Karénina? Viajamos juntos. Voy a verla ahora —dijo, mirando con atención el rostro de Goleníschev.

—¡Ah! No lo sabía —replicó Goleníschev con indiferencia aunque estaba enterado—. ¿Hace mucho que has llegado? —añadió.

—¿Yo? Hace tres días —respondió Vronski, clavando de nuevo la mirada en su compañero.

«Sí, es un hombre educado y ve las cosas como son —se dijo Vronski, comprendiendo el significado de la expresión de su amigo y el detalle de cambiar de conversación—. Puedo presentársela, ve las cosas como son.»

A lo largo de esos tres meses que había pasado con Anna en el extranjero, Vronski, al conocer a alguien, se preguntaba siempre cómo se toMaria sus relaciones con ella, y en la mayoría de los casos encontraba en los hombres la *debida* comprensión. Pero, si alguien hubiera preguntado, tanto a Vronski como a esas personas, en qué consistía la debida comprensión, tanto él como ellos se habrían visto en un grave aprieto.

De hecho, quienes, según Vronski, mostraban la debida comprensión no entendían nada, pero se comportaban como gente bien educada al enfrentarse a estas cuestiones complicadas e insolubles que acechan por todas partes: guardaban la compostura, evitaban las alusiones y las preguntas desagradables. Fingían comprender a fondo el significado y la importancia de la situación, la reconocían y hasta la aceptaban, pero consideraban superfluo y fuera de lugar cualquier tipo de explicación.

Vronski adivinó en seguida que Goleníschev era una de esas personas, y se alegró

doblemente del encuentro. Lo cierto es que, cuando le llevó a verla, Goleníschev se comportó con Anna como había deseado. Era evidente que evitaba sin el menor esfuerzo cualquier conversación que pudiera desembocar en una situación incómoda.

No conocía de antes a Anna y estaba sorprendido de su belleza y aún más de la sencillez con que aceptaba su situación. Ella se puso colorada cuando Vronski se lo presentó, y ese rubor infantil, que cubrió su rostro franco y hermoso, agradó mucho a Goleníschev. Pero lo que más le gustó fue que, desde el primer momento, como si deseara que no hubiera ningún malentendido en presencia de extraños, llamó a Vronski por su nombre y contó que iban a mudarse a una casa que acababan de alquilar, a la que la población local llamaba *palazzo*. Esa manera sencilla y directa de encarar su situación le encantó. Al observar la sinceridad y alegría de Anna y sus ademanes resueltos, Goleníschev, que conocía tanto a Alekséi Aleksándrovich como a Vronski, creyó comprenderla plenamente. Hasta le pareció comprender lo que ella no comprendía en modo alguno: que pudiera sentir esa alegría arrebatadora y esa felicidad, después de haber abandonado a su marido y a su hijo, haber hecho desgraciado al primero y haber perdido su buen nombre.

—Sale en la guía —dijo Goleníschev, refiriéndose al *palazzo* que Vronski había alquilado—. Tiene un Tintoretto magnífico. De la última época.

—¿Sabe lo que le digo? Hace un tiempo espléndido. ¿Por qué no vamos a verlo otra vez? —propuso Vronski, dirigiéndose a Anna.

—Con mucho gusto. Voy a ponerme el sombrero. ¿Dice usted que hace calor? —preguntó, deteniéndose en el umbral y dirigiendo a Vronski una mirada inquisitiva. Y de nuevo su rostro volvió a cubrirse de un intenso rubor.

Vronski comprendió a qué obedecía esa mirada: no sabiendo qué relación quería establecer con Goleníschev, temía no haberse comportado como él deseaba.

La miró largamente con ternura.

—No, no mucho —contestó.

Anna pareció adivinar que estaba satisfecho de ella y, sonriendo, salió con pasos rápidos de la sala.

Los dos amigos se miraron con cierto embarazo. Goleníschev, que se había quedado prendado de Anna, quería decir algo, pero no sabía qué; en cuanto a Vronski, esperaba con ansia ese comentario, pero a la vez lo temía.

—Entonces, ¿te has establecido aquí? —preguntó Vronski, con la intención de iniciar una conversación—. ¿Sigues trabajando en lo mismo? —prosiguió, recordando haberle oído a alguien que Goleníschev se ocupaba de la redacción de un tratado…

—Sí, estoy escribiendo la segunda parte de *Los dos principios* —respondió Goleníschev, encantado de que le hiciera esa pregunta—. Es decir, para ser preciso, no la estoy escribiendo todavía, sólo preparándola, reuniendo material. Será bastante

más extensa y tocará todas las cuestiones. En Rusia no queremos entender que somos los herederos de Bizancio. —E inició una prolija y acalorada exposición.

Al principio Vronski se sintió incómodo, porque no conocía la primera parte de *Los dos principios*, de la que el autor hablaba como de algo conocido. Pero luego, cuando Goleníschev empezó a exponer sus ideas, aun sin haber leído la obra, le escuchó no sin cierto interés, ya que Goleníschev era un buen orador. Pero le sorprendía y le apenaba la agitación nerviosa con que su amigo disertaba del tema que le ocupaba. Cuanto más hablaba, más se le encendían los ojos, más se apresuraba a refutar los argumentos de sus oponentes imaginarios y más irritada y ofendida se volvía la expresión de su rostro. Se acordaba del Goleníschev de antaño, aquel muchacho delgado, vivaracho, bondadoso y noble, siempre el primer alumno en el cuerpo de pajes. No podía comprender en absoluto las causas de su irritación y no toleraba su actitud. Lo que más le disgustaba era que Goleníschev, que pertenecía a la alta sociedad, se pusiera al mismo nivel de unos escritorzuelos, perdiera los estribos y se enfadara con ellos. ¿Merecía eso la pena? Este detalle no fue de su agrado, pero, a pesar de ello, se daba cuenta de que su amigo era desdichado y le compadecía. La desgracia, rayana ya en locura, se reflejaba en su rostro animado y bastante atractivo cuando, sin darse cuenta siquiera de la entrada de Anna, seguía exponiendo sus ideas con apresuramiento y vehemencia.

Cuando apareció Anna con su sombrero y su pelerina, dando vueltas a la sombrilla con un rápido movimiento de su fina mano, y se detuvo al lado de Vronski, éste, con un sentimiento de alivio, apartó la vista de los implorantes ojos de Goleníschev, clavados en él, y contempló con renovado amor a su encantadora amiga, rebosante de vida y de jovialidad. A Goleníschev le costó recobrar la compostura, y en un primer momento se mostró sombrío y desanimado, pero Anna, bien dispuesta hacia todo el mundo (tal era su actitud en esa época), no tardó en animarlo con su trato sencillo y alegre. Tras ensayar varios temas de conversación, acabó refiriéndose a la pintura, de la que Goleníschev dijo muchas cosas interesantes que ella escuchó con atención. Fueron andando hasta la casa que habían alquilado y examinaron el interior.

—Hay una cosa que me gusta mucho —le dijo Anna a Goleníschev en el camino de regreso—: Alekséi tendrá un buen *atelier*. Tienes que quedarte con esa habitación —añadió, dirigiéndose a Vronski en ruso y tuteándolo, porque había comprendido que Goleníschev, dado el aislamiento en el que vivía, se convertiría en un amigo íntimo y que, por tanto, no había necesidad de fingir en su presencia.

—¿Es que pintas? —preguntó Goleníschev, volviéndose hacia Vronski con un gesto fulgurante.

—Sí, es una afición que tenía antes y que he retomado un poco en los últimos tiempos —respondió Vronski, ruborizándose.

—Tiene mucho talento —dijo Anna con una alegre sonrisa—. Naturalmente, yo no soy quién para juzgar, pero lo mismo dicen los entendidos.

VIII

En esa primera etapa de libertad y rápido restablecimiento, Anna se sentía imperdonablemente feliz y llena de alegría de vivir. El recuerdo de su desdichado marido no amargaba su felicidad. Por una parte, era demasiado terrible para pensar en él. Por otra, la desgracia de su marido le había proporcionado una felicidad tan grande que cualquier rastro de remordimiento le parecía inconcebible. Rememorar lo que había sucedido después de la enfermedad, la reconciliación con su marido, la ruptura, la noticia de la herida de Vronski, su visita, los trámites del divorcio, el abandono del hogar, la despedida de su hijo: todo le parecía un sueño febril del que no había despertado hasta encontrarse sola con Vronski en el extranjero. El recuerdo del mal causado a su marido despertaba en ella un sentimiento semejante a la repulsión, muy parecido al que experimenta una persona que se ahoga y consigue desembarazarse de otra que se ha aferrado a ella, dejando que se lo traguen las aguas. Naturalmente, todo eso estaba muy mal, pero era el único modo de salvarse. Más valía no recordar esos horribles detalles.

En el primer momento de la ruptura le vino a la cabeza un razonamiento tranquilizador sobre su proceder, y al contemplar ahora de nuevo todo su pasado, volvió a recordarlo. «La desgracia que le he causado a ese hombre era inevitable —pensaba—, pero no quiero aprovecharme de ella. También yo sufro y seguiré sufriendo. He renunciado a lo que más quería, mi hijo y mi reputación. He obrado mal, así que no merezco la felicidad ni el divorcio. Jamás me abandonará este sentimiento de vergüenza ni se mitigará mi dolor por la separación de mi hijo.» Pero, por más sincero que fuera su deseo de sufrir, lo cierto es que no sufría. Tampoco la abrumaba la vergüenza. Con ese tacto tan desarrollado en ambos, evitaban en el extranjero el trato de las señoras rusas y nunca se prestaban a equívocos. Además, por todas partes conocían a personas que pretendían comprender aún mejor que ellos mismos la situación en la que se encontraban. En un principio, ni siquiera le atormentó la separación de su hijo, al que tanto quería. Esa niñita encantadora, hija de Vronski, era lo único que le había quedado, y Anna se encariñó tanto de ella que apenas se acordaba de Seriozha.

El deseo de vivir, que había aumentado después de su restablecimiento, era tan intenso y las condiciones de su vida tan novedosas y agradables que se sentía imperdonablemente feliz. Cuanto más conocía a Vronski, más lo amaba. Le quería por él mismo y también por el amor que le profesaba. Poseerlo por completo era para ella un motivo de constante regocijo. Su proximidad era siempre un motivo de placer. Todos los rasgos de su carácter, que cada vez conocía mejor, gozaban a sus ojos de una fascinación inefable. Su aspecto físico, tan diferente vestido de paisano, la atraía como a una joven enamorada. En todo lo que decía, pensaba y hacía intuía algo

especialmente noble y elevado. Tal admiración a menudo le asustaba: buscaba algo que le desagradara, pero no conseguía encontrarlo. No se atrevía a confesarle que, a su lado, se sentía insignificante. Le parecía que, si Vronski se enteraba, dejaría de amarla más pronto. Y en esos momentos lo que más le asustaba, aunque no tenía ningún motivo para albergar temores, era perder su amor. Pero no podía por menos de agradecerle el trato que le dispensaba ni dejar de demostrarle cuánto lo apreciaba. En opinión de Anna, Vronski tenía una vocación definida por las labores de Estado, en las que habría podido desempeñar un papel destacado; pero había sacrificado su ambición por ella, sin dar muestra del menor arrepentimiento. Era más respetuoso y cariñoso que antes, y jamás le abandonaba la preocupación de que ella pudiera sentir lo incómodo de su situación. Él, tan varonil, no sólo no la contradecía nunca, sino que apenas tenía voluntad propia. Parecía como si lo único que le importara fuera anticiparse a sus deseos. ¿Cómo no iba a valorar ella semejante actitud? Aunque a veces la abrumaba esa atención constante, esa atmósfera de solicitud que la rodeaba.

En cuanto a Vronski, a pesar de la plena realización de lo que había deseado tanto tiempo, no se sentía totalmente feliz. No tardó en darse cuenta de que el cumplimiento de su deseo sólo le había proporcionado un grano de la montaña de felicidad que había esperado. Esta constatación le demostró la eterna equivocación de quienes esperan encontrar la felicidad en el cumplimiento de todos sus deseos. En los primeros tiempos de su vida de civil, al lado de Anna, sintió todo el encanto de la libertad en general, que no había conocido antes, y el de la libertad del amor, y estaba satisfecho, pero ese estado de ánimo no duró mucho. Pronto empezó a abrumarle un deseo de deseos, una nostalgia. Sin apenas darse cuenta, empezó a aferrarse a cualquier capricho pasajero, que adquiría a sus ojos la dimensión de un deseo y un fin. En algo tenía que ocupar las dieciséis horas del día, ya que vivían en el extranjero en completa libertad, fuera de ese círculo de compromisos sociales que llenaban su tiempo en San Petersburgo. En los placeres de la vida de soltero, con los que se había entretenido en sus anteriores viajes al extranjero, no había ni que pensar, porque un intento de ese tipo, en forma de una cena a altas horas con unos conocidos, había causado en Anna una pena tan inesperada como exagerada. Su situación irregular tampoco le permitía trabar relación con la población local ni con la colonia rusa. Y las curiosidades del país, además de que ya las conocía, no podían tener para él, en su condición de ruso y hombre inteligente, la importancia inexplicable que le atribuían los ingleses.

En suma, como un animal hambriento se abalanza sobre el primer objeto que ve, con la esperanza de que sea algo comestible, Vronski, de un modo completamente inconsciente, se aferraba tan pronto a la política como a algún libro nuevo o un cuadro.

Como en su juventud había dado muestras de cierta inclinación por la pintura y

como no sabía en qué gastar el dinero, empezó a coleccionar grabados. También decidió tomar el pincel, y en esa actividad volcó toda esa carga ociosa de deseos que necesitaban satisfacción.

Tenía el don de comprender el arte y era capaz de lograr imitaciones fieles, hechas con buen gusto. Pensaba que estaba en posesión de las cualidades necesarias para ser pintor y, tras vacilar durante algún tiempo por qué tipo de pintura decidirse, religiosa, histórica, de género o realista, se puso manos a la obra. Comprendía todos los estilos y podía inspirarse en uno u otro; pero no le cabía en la cabeza que alguien ignorara los distintos estilos y hallara la inspiración en su propia alma, sin preocuparse del género al que pertenecía lo que estaba pintando. Como no sabía eso y no se inspiraba directamente en la vida, sino en la vida encarnada en el arte, no le costaba mucho esfuerzo, ni tampoco demasiado tiempo, embeberse de una determinada técnica y conseguir que una obra se adecuara de manera precisa al modelo que pretendía imitar.

La escuela que más le gustaba era la francesa, graciosa y efectista, y en ese estilo inició un retrato de Anna vestida de italiana. A todos los que vieron ese retrato les pareció tan logrado como al propio autor.

IX

El viejo y destartalado *palazzo*, de techos altos con molduras, frescos en las paredes y suelos de mosaico, con pesadas cortinas de damasco, de color amarillo, en las altas ventanas, jarrones en las consolas y las chimeneas, puertas talladas y salas sombrías llenas de cuadros, ese palacio, sólo con su aspecto exterior, consiguió crear en Vronski, en cuanto se trasladaron a vivir allí, una agradable ilusión; a saber, que no era tanto un propietario y un coronel retirado como un aficionado entendido, un patrocinador de las artes, además de un pintor sin pretensiones, que había renunciado al mundo, a los vínculos sociales y a la ambición por la mujer a la que amaba.

El papel elegido por Vronski al trasladarse al *palazzo* tuvo un éxito rotundo y le permitió sentirse tranquilo los primeros tiempos, gracias también a las interesantes personas que había conocido por medio de Goleníschev. Bajo la guía de un profesor italiano de pintura realizó algunos bocetos del natural y estudió la vida en Italia en la Edad Media. Últimamente se había entusiasmado tanto con ese tema que hasta había empezado a llevar un sombrero y una capa de estilo medieval que le quedaban muy bien.

Una mañana Goleníschev fue a verle y Vronski le dijo:

—Vivimos aquí y no sabemos nada de lo que pasa a nuestro alrededor. ¿Has visto el cuadro de Mijáilov?

A continuación le tendió un periódico ruso que acababa de recibir y le señaló un artículo sobre un pintor ruso que vivía en la misma ciudad y había terminado un cuadro del que corrían rumores desde hacía tiempo y que había sido adquirido antes de que el artista lo completara. En el artículo se criticaba al gobierno y a la Academia por no haber prestado apoyo y ayuda al notable pintor.

—Sí, lo he visto —respondió Goleníschev—. Naturalmente, Mijáilov no carece de talento, pero parte de principios completamente falsos. Tiene el mismo concepto de Cristo y de la pintura religiosa que Ivánov, Strauss y Renan.[4]

—¿Cuál es el asunto del cuadro? —preguntó Anna.

—Cristo delante de Pilatos. A Cristo lo representa como un judío, con todo el realismo de la nueva escuela.

A cuenta de esa pregunta, había salido a colación uno de sus temas favoritos, y Goleníschev pasó a exponer sus ideas.

—No sé cómo pueden equivocarse de manera tan burda. La figura de Cristo ha alcanzado un modelo definido en el arte de los maestros antiguos. Por tanto, si quieren representar a un revolucionario o a un sabio y no a Dios, que busquen en la historia. Ahí tienen a Sócrates, a Franklin o a Charlotte Corday,[5] pero que dejen en paz a Cristo. Es el único personaje que el arte no debería tocar y además…

—¿Es verdad que Mijáilov vive en la miseria? —preguntó Vronski, pensando que

en su calidad de mecenas ruso debía ayudar al artista, ya fuera bueno o malo el cuadro.

—No lo creo. Es un retratista notable. ¿Ha visto el retrato de Vasílchikova? Pero me parece que no quiere pintar más retratos; quizá por eso pase algunos apuros. Pues como estaba diciendo…

—¿No podríamos proponerle que hiciera un retrato de Anna Arkádevna? —preguntó Vronski.

—¿Y por qué el mío? —dijo Anna—. Después del que has pintado tú, no quiero ningún otro. Mejor que haga el de Annie —así llamaban a la niña—. Ahí está —añadió, mirando por la ventana a la bella nodriza italiana, que había sacado a la pequeña al jardín, y acto seguido dirigió una mirada furtiva a Vronski. La bella nodriza, cuya cabeza Vronski había pintado para su cuadro, era la única pena secreta en la vida de Anna. Mientras la pintaba, Vronski había admirado su belleza y su tipo medieval, y Anna, que temía tener celos de la nodriza y no se atrevía a reconocerlo, la trataba con especial deferencia y la mimaba tanto como a su hijita.

Vronski se asomó también a la ventana, luego miró a Anna y, volviéndose bruscamente a Goleníschev, dijo:

—¿Conoces a ese Mijáilov?

—He coincidido varias veces con él. Pero es un tipo estrafalario y sin la menor educación. Ya sabes, uno de esos nuevos salvajes que uno se encuentra tan a menudo, uno de esos librepensadores educados *d'emblée*[6] en los principios del ateísmo, la negación y el materialismo. Antes —prosiguió Goleníschev, sin darse cuenta, o sin querer dársela, de que Vronski y Anna querían intercalar algún comentario— el librepensador solía ser un hombre educado en el respeto a la religión, la ley y la moralidad, y que llegaba a esa posición después de mucho esfuerzo y de muchas luchas. Ahora ha surgido un nuevo tipo de librepensadores congénitos, que crecen sin haber oído hablar siquiera de las leyes morales, de la religión, de la autoridad, y desarrollan un sentimiento de negación de todo; en suma, son auténticos salvajes. Mijáilov es uno de ellos. Hijo, al parecer, de un mayordomo moscovita, no ha recibido ninguna instrucción. Cuando ingresó en la Academia y alcanzó cierta reputación, quiso instruirse, pues no es nada tonto. Entonces dirigió su atención a lo que consideraba la fuente de todo el conocimiento: las revistas. Antaño, cuando un hombre, un francés, por ejemplo, quería adquirir cierta cultura, se ponía a estudiar a los clásicos: teólogos y trágicos, historiadores y filósofos. Ya puede imaginarse el esfuerzo intelectual que eso suponía. En nuestros días, en cambio, llega directamente a la literatura nihilista, asimila en un santiamén la esencia de esa ciencia, y ya está. Y no sólo eso: hace unos veinte años habría encontrado en esa literatura algún rastro de la confrontación con las autoridades, con concepciones seculares y, gracias a eso, se habría enterado de que existía algo más. Ahora llega directamente a una literatura que

ni siquiera se toma el trabajo de discutir los conceptos antiguos y declara de buenas a primeras: no hay más que *évolution*, selección, lucha por la vida. Eso es todo. En mi artículo…

—¿Sabe lo que digo? —dijo Anna, que desde hacía algún tiempo intercambiaba miradas furtivas con Vronski y había comprendido que a éste no le interesaba la educación de ese pintor, sólo la posibilidad de ayudarle encargándole un retrato—. ¿Sabe lo que le digo? —repitió, interrumpiendo con decisión el discurso de Goleníschev—. ¡Vamos a verlo!

Goleníschev, ya más sereno, aceptó encantado la proposición. Pero, como el pintor vivía en un barrio apartado, decidieron tomar un coche. Anna se acomodó al lado de Goleníschev, y Vronski en el asiento de enfrente.

Al cabo de una hora, el carruaje se detuvo delante de una casa nueva y bastante fea. La mujer del portero, que salió a recibirles, les informó de que Mijáilov recibía visitas en su estudio, pero que en esos momentos se encontraba en su casa, a dos pasos de allí. Entonces los recién llegados le enviaron sus tarjetas, con el ruego de que les permitiera ver su cuadro.

X

Cuando le entregaron las taijetas del conde Vronski y de Goleníschev, el pintor Mijáilov estaba trabajando, como siempre. Había pasado la mañana en el estudio, ocupándose del gran cuadro. Al volver a casa se había enfadado con su mujer porque no había sabido aplacar a la dueña de la casa, que les reclamaba el dinero del alquiler.

—Te he dicho veinte veces que no discutas con ella. Si ya eres estúpida, cuando te pones a dar explicaciones en italiano te vuelves tonta de remate —dijo, después de una larga disputa.

—¿Y por qué no le has pagado cuando debías? Yo no tengo la culpa. Si tuviera dinero…

—¡Déjame en paz, por el amor de Dios! —exclamó Mijáilov con la voz ahogada por los sollozos, y, tapándose las orejas, entró en su cuarto de trabajo, separado por un tabique, y cerró la puerta. «¡Será necia!», se dijo. A continuación se sentó a la mesa, abrió una carpeta y se puso a trabajar con particular entusiasmo en un dibujo que había empezado.

Nunca trabajaba con tanto brío y pericia como cuando las cosas iban mal y, sobre todo, cuando discutía con su mujer.

«¡Ah, ojalá se fuera todo al diablo! —pensaba, sin abandonar su labor. Estaba dibujando la figura de un hombre presa de un ataque de ira. Ya había hecho antes ese mismo dibujo, pero no había quedado satisfecho de los resultados—. No, el otro era mejor… ¿Dónde estará?» Se dirigió a la habitación de su mujer y, con el ceño fruncido, sin mirarla, le preguntó a su hija mayor dónde estaba el papel que le había dado. Por fin encontraron la hoja con el dibujo descartado, pero estaba sucio y manchado de cera. De todos modos lo cogió, lo puso sobre la mesa, retrocedió unos pasos, entornó los ojos y se lo quedó mirando. De pronto sonrió y levantó las manos con alegría.

—¡Eso es, eso es! —dijo y, cogiendo con premura un lápiz, se puso a trazar líneas sin parar. Una mancha de cera había modificado el aspecto del hombre.

Mientras alteraba los rasgos de la figura, se acordó de pronto del rostro enérgico, de mentón prominente, del comerciante al que le compraba los cigarros y trató de reproducirlos en el papel. Se echó a reír con alegría. De repente una figura muerta e inventada cobró tanta vida que ya no era posible cambiarla. Era una figura viva, definida de manera precisa y rotunda. Se podía modificar el dibujo de acuerdo con las exigencias de la figura; se podía e incluso se debía alterar la postura de las piernas, cambiar por completo la posición del brazo izquierdo, echar los cabellos hacia atrás. Pero, al hacer las correcciones, no cambió la figura; se limitó a desechar lo que la ocultaba. Era como si hubiera retirado un velo que impedía verla en su plenitud. Cada nuevo rasgo revelaba mejor que antes la figura en su conjunto, con toda su energía y

su vigor, tal como se le había aparecido de pronto gracias a esa mancha de cera. Estaba dando, con el mayor cuidado, los últimos retoques a la figura, cuando le trajeron las tarjetas.

—¡Ya voy, ya voy!

Pasó a la habitación de su mujer.

—¡Bueno, Sasha, no te enfades! —le dijo, acompañando sus palabras de una sonrisa tierna y tímida—. La culpa es tanto tuya como mía. Pero ya me encargaré yo de arreglarlo.

Y, una vez reconciliado con su mujer, se puso un abrigo de color aceituna, con cuello de terciopelo, se caló el sombrero y se dirigió al estudio. Ya se había olvidado de lo bien que le había quedado la figura. Sólo pensaba, con alegría y preocupación, en la visita de esos importantes personajes rusos, que habían llegado en coche.

En el fondo de su alma juzgaba que nadie había pintado nunca un cuadro como el que ahora estaba en el caballete. No es que creyera que su cuadro fuera mejor que todos los de Rafael, pero sabía que lo que había querido expresar en ese cuadro nadie lo había expresado antes. Estaba firmemente convencido de ello desde hacía mucho, desde que había empezado a pintarlo. En cualquier caso, concedía una importancia desmesurada a las opiniones ajenas, fueran las que fueran, que le sumían en un estado de profunda agitación. Cualquier apreciación, por insignificante que fuera, que le confirmara la sospecha de que los críticos veían en su cuadro al menos una mínima parte de lo que él veía, le conmovía hasta el fondo de su alma. Atribuía a sus jueces una capacidad de penetración mucho mayor que la suya, y siempre esperaba que le revelaran algo que él no había sabido ver en su cuadro. Y ésa era la impresión que solían dejarle los comentarios de las personas que visitaban su taller.

Se acercaba con paso rápido a la puerta de su estudio y, a pesar de su agitación, se quedó sorprendido de la suave luminosidad de la figura de Anna que, en la penumbra de la entrada, escuchaba las palabras vehementes de Goleníschev y, al mismo tiempo, parecía examinar de lejos al artista. Ni él mismo se dio cuenta de cómo, al llegar a su lado, recibió y asimiló esa impresión, como le había pasado con la barbilla del comerciante que vendía cigarros, y la guardó en algún rincón de su cabeza para cuando la necesitara. Los visitantes, a quienes las palabras de Goleníschev habían predispuesto en contra del artista, quedaron aún más decepcionados cuando lo vieron. Mijáilov, hombre de estatura mediana, robusto, de andares bruscos, con su sombrero marrón, su abrigo de color aceituna y sus pantalones estrechos, cuando hacía ya tiempo que se llevaban holgados, y, sobre todo, con su cara ancha y ordinaria, y esa expresión en la que se entreveraban la timidez y el deseo de mostrarse digno, les causó una impresión desagradable.

—Hagan el favor de pasar —dijo, tratando de aparentar indiferencia, y, al entrar en el zaguán, sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

XI

Una vez en el interior del estudio, el pintor volvió a mirar a sus visitantes, y grabó en su memoria la expresión del rostro de Vronski, en particular sus pómulos. A pesar de que su sensibilidad artística no dejaba nunca de trabajar, acumulando materiales, y de que cada vez se sentía más agitado, pues se acercaba el momento de escuchar un juicio nuevo sobre su trabajo, le bastó un momento y unos cuantos detalles apenas perceptibles para hacerse una idea cabal de esas tres personas. Goleníschev era un ruso afincado en el país. Mijáilov no recordaba su apellido, ni dónde lo había conocido ni de qué habían hablado. Sólo se acordaba de su cara —nunca se olvidaba de una cara que hubiese visto— y también de que la había almacenado en la inmensa sección de los rostros inexpresivos y presuntamente importantes. Los cabellos largos y la frente despejada proporcionaban una distinción puramente superficial a ese rostro, con una expresión insignificante, pueril e inquieta, concentrada por encima del fino caballete de la nariz. Mijáilov barruntaba que Vronski y Anna debían de ser rusos de buena posición y con mucho dinero, que no entendían nada de arte, como todos los rusos ricos, pero a quienes gustaba desempeñar el papel de entendidos y conocedores. «Seguro que ya han visto las obras de todos los maestros antiguos y ahora se dedican a visitar los estudios de los modernos —algún charlatán alemán, uno de esos ingleses prerrafaelitas medio locos—; y, para completar la gira, vienen a verme a mí», pensaba. Conocía muy bien la costumbre de los diletantes (tanto peores cuanto más inteligentes) de visitar los estudios de los pintores contemporáneos con el único propósito de poder decir que el arte ha decaído y que, cuanto más conoce uno a los artistas nuevos, más se da cuenta de la incomparable grandeza de los maestros antiguos. Esperaba todo eso, lo veía en los rostros de los visitantes, en la indiferente despreocupación con que hablaban entre ellos, miraban los maniquíes y los bustos y se paseaban tranquilamente, esperando que descubriera el cuadro. No obstante, mientras volvía los esbozos, levantaba las persianas y retiraba la sábana que cubría el cuadro, sentía una profunda agitación porque, a pesar de que en su opinión todos los rusos nobles y ricos eran tan brutos como tontos, Vronski y sobre todo Anna le habían gustado.

—Aquí lo tienen —dijo, echándose a un lado con sus andares bruscos, al tiempo que señalaba el cuadro—. La admonición de Pilatos. San Mateo, capítulo veintisiete —añadió, sintiendo que sus labios empezaban a temblar de emoción. Retrocedió y se situó detrás de ellos.

Durante los breves segundos que los visitantes ocuparon en contemplar el cuadro en silencio, Mijáilov también lo examinó, con mirada indiferente y desapasionada. Ahora esperaba que esas tres personas, por las que había mostrado tanto desprecio un minuto antes, pronunciaran un juicio justo y definitivo sobre su obra. Olvidó todo lo

que había pensando de su cuadro a lo largo de los tres años que le había dedicado; olvidó todos los méritos que consideraba indudables. Contemplaba el cuadro con la mirada nueva, desapasionada e indiferente de esos visitantes, y lo encontraba fallido. En primer término veía el rostro irritado de Pilatos y el semblante sereno de Cristo; en segundo plano, las figuras de los servidores de Pilatos y la cara de Juan, pendiente de los acontecimientos. Cada rostro, plasmado con su propio carácter, después de tantas búsquedas, tantos errores y tantas correcciones, fuente de tantos tormentos y alegrías; todas esas figuras, tantas veces modificadas para preservar la impresión de conjunto, los matices del color y de los tonos, logrados a costa de tantos esfuerzos; todo eso, visto ahora, a través de los ojos de esas personas, le pareció algo banal, repetido miles de veces. El rostro de Cristo, el que más apreciaba, punto central del cuadro, que tanto entusiasmo le había causado cuando lo descubrió, perdió todo su encanto cuando lo contempló con esos ojos ajenos. No era más que una buena copia (y no demasiado buena, pues ahora reparaba en un montón de defectos) de esos innumerables Cristos de Tiziano, Rafael, Rubens, y lo mismo podía decirse de Pilatos y de los soldados. Todo eso era banal, pobre, viejo, y hasta estaba mal pintado: una composición abigarrada, sin carácter. Pronunciarían unas frases corteses e hipócritas en presencia del pintor, pero ¡con cuánta razón le compadecerían y se burlarían de él en cuanto salieran!

El silencio se le hizo muy penoso, aunque no duró más de un minuto. Para romperlo y mostrar que no estaba turbado, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y se dirigió a Goleníschev.

—Creo que tengo el gusto de conocerlo —le dijo, mirando con inquietud tan pronto a Anna como a Vronski para no perderse ninguno de sus gestos.

—¡En efecto! Nos vimos en casa de Rossi, en el recital de esa señora italiana, la nueva Rachel,[7] ¿se acuerda usted? —respondió Goleníschev con naturalidad, apartando los ojos del cuadro sin la menor pesadumbre y clavándolos en el pintor. No obstante, advirtiendo que Mijáilov aguardaba que emitiera algún juicio, añadió—: Su cuadro ha progresado mucho desde la última vez que lo vi. Lo mismo antes que ahora lo que más me asombra es la figura de Pilatos. Te das cuenta de que es un hombre bueno y agradable, un funcionario hasta la médula de los huesos que no se da cuenta de lo que está haciendo. Pero me parece…

El mudable rostro de Mijáilov se iluminó de pronto. Sus ojos brillaron. Quiso decir algo, pero la emoción se lo impidió y fingió un acceso de tos. Por poco que valorara la capacidad de Goleníschev para comprender el arte, por insignificante que fuera su justa observación sobre el aspecto de funcionario de Pilatos y por ofensivo que pudiera parecerle un comentario tan insignificante, que pasaba por alto aspectos mucho más importantes, Mijáilov estaba entusiasmado con esa apreciación. Pensaba de la figura de Pilatos lo mismo que había dicho Goleníschev. El hecho de que el

comentario fuese uno de los millones de comentarios correctos que podían hacerse, como muy bien sabía él, no disminuía el significado de la observación de Goleníschev. Gracias a ella, sintió un repentino afecto por ese hombre y, abandonando el estado de abadmiento en el que se encontraba, se sumió en el éxtasis. En unos instantes el cuadro entero había cobrado vida y se había revestido de una inefable complejidad. Mijáilov trató otra vez de decir que entendía a Pilatos de la misma manera, pero de nuevo los labios le temblaron, impidiéndole hablar. Vronski y Anna conversaban en susurros, como suele hacerse en las exposiciones de pintura, en parte para no ofender al artista, en parte para no decir una tontería en voz alta, algo que puede suceder con tanta facilidad cuando se habla de arte. Mijáilov tuvo la impresión de que su cuadro también les había impresionado. Se acercó a ellos.

—¡Qué admirable es la expresión de Cristo! —dijo Anna. De todo lo que había visto esa expresión era lo que más le había gustado. Se daba cuenta de que era el centro del cuadro y estaba segura de que la alabanza agradaría al pintor—. Se ve que se compadece de Pilatos.

De nuevo no era más que una de las millones de observaciones acertadas que se podían hacer sobre el cuadro y la figura de Cristo. Anna había dicho que Cristo se compadecía de Pilatos. Los rasgos de Cristo debían reflejar piedad, porque su figura expresa el amor, una paz que no es de este mundo, la aceptación de la muerte y la conciencia de la vanidad de las palabras. De la misma manera que Pilatos debía parecer un funcionario, Cristo debía expresar piedad, porque el primero personificaba la vida carnal y el segundo la espiritual. Tales consideraciones y muchas otras pasaron por la cabeza de Mijáilov. Y de nuevo su rostro resplandeció de gozo.

—Sí, y qué bien está hecha la figura, cuánta ligereza. Se diría que puede uno dar la vuelta a su alrededor —dijo Goleníschev, queriendo dejar claro con ese comentario que no le parecía bien la idea ni la concepción con que el pintor la había ejecutado.

—¡Sí, es de una maestría asombrosa! —dijo Vronski—. ¡Cómo destacan las figuras del fondo! ¡Eso sí que es técnica! —añadió, dirigiéndose a Goleníschev, a quien poco antes había confesado su incapacidad para adquirir esa técnica.

—¡Sí, sí, es increíble! —corroboraron Goleníschev y Anna.

A pesar del estado de agitación en el que se encontraba, el comentario sobre la técnica hirió en lo vivo a Mijáilov, que miró enfadado a Vronski y frunció el ceño. A menudo oía decir esa palabra, pero no acababa de entender lo que significaba. Sabía que la gente se servía de ella para indicar la capacidad mecánica de pintar y dibujar, con independencia del contenido del cuadro. Más de una vez había observado, como en el caso del presente elogio, que la técnica se oponía al mérito intrínseco de la obra, como si fuera posible pintar con talento una mala composición. Sabía la gran atención y cuidado que había que poner para retirar los velos que ocultaban el verdadero sentido de las cosas sin perjudicar la obra; pero eso no tenía nada que ver

con el arte de pintar, con la técnica. Si a un niño pequeño o a una cocinera se les revelara lo que él veía, serían capaces de dar cuerpo a esa visión. En cambio, el pintor más experimentado y habilidoso no podría pintar nada, a pesar de toda de su técnica, si no se le revelaban antes los límites de la composición. Y, ya que había salido a colación la técnica, era consciente de que no era uno de sus puntos fuertes. En todas sus composiciones había defectos que saltaban a la vista, producto de la desatención con que retiraba los velos de los objetos. Y no era posible corregirlos sin estropear la impresión de conjunto. En casi todos los rostros y figuras veía que aún quedaban velos sin quitar, que echaban a perder la obra.

—La única objeción que podría hacerse, si me lo permite… —observó Goleníschev.

—Ah, se lo ruego. Me agradará mucho oírle —replicó Mijáilov, con una sonrisa forzada.

—Ha creado usted un hombre Dios, no un Dios hombre. En cualquier caso, sé que es eso lo que pretendía.

—No puedo pintar a un Cristo que no llevo en mi alma —dijo Mijáilov con aire sombrío.

—Sí, pero en ese caso, si me permite que le exprese mi opinión… Su cuadro es tan bueno que mi observación no puede perjudicarlo; además, se trata sólo de una opinión personal. Con usted es distinto. El motivo mismo es diferente. Pero tomemos por ejemplo a Ivánov. Si lo que se pretendía era reducir a Cristo al nivel de una figura histórica, ¿no habría sido mejor que Ivánov hubiera elegido otro tema histórico, más fresco, no tan manoseado?

—Pero ¿acaso no es éste el tema más grande del que puede ocuparse el arte?

—Si se buscan, se pueden encontrar otros. En cualquier caso, lo que sucede es que el arte no soporta la discusión y el razonamiento. Y ante el cuadro de Ivánov tanto el creyente como el no creyente se ven enfrentados a la misma pregunta: ¿es Dios o no es Dios? De ese modo se destruye la unidad de la impresión.

—¿Por qué? Me parece que en el caso de personas cultas esta cuestión está de más —dijo Mijáilov.

Goleníschev mostró su desacuerdo e, insistiendo en su primera idea sobre la unidad de la impresión, necesaria en el arte, derrotó a Mijáilov.

Éste, a pesar de su excitación, fue incapaz de decir nada en defensa de sus tesis.

XII

Anna y Vronski, a quienes molestaba la erudita locuacidad de su amigo, intercambiaban miradas desde hacía ya un buen rato. Finalmente Vronski, sin esperar a que se lo indicara el artista, se acercó a otro cuadro de menor tamaño.

—¡Ah, qué maravilla, qué maravilla! ¡Es un prodigio! ¡Qué maravilla! —exclamaron al unísono Anna y Vronski.

«¿Qué es lo que les habrá gustado tanto?», pensó Mijáilov. Ya se había olvidado de ese cuadro, pintado hacía tres años. Había olvidado todos los sufrimientos y deleites que le había deparado, durante los meses en que lo había absorbido por entero, como olvidaba siempre todas las obras terminadas. Ni siquiera le agradaba contemplar esa tela, que sólo exponía con la esperanza de que algún inglés se decidiera a comprarla.

—No es más que un viejo estudio —dijo.

—¡Qué bonito! —exclamó Goleníschev, que también parecía fascinado por el encanto de ese cuadro.

Dos niños pescaban con caña a la sombra de un sauce. Uno de ellos, el mayor, acababa de echar el anzuelo y con mucho cuidado trataba de soltar el corcho prendido en un arbusto, embebido por entero en su labor. El otro, más pequeño, estaba tumbado en la hierba, las manos apoyadas en la cabeza de cabellos rubios y revueltos, y contemplaba el agua con ojos azules y meditabundos. ¿En qué estaría pensando?

La admiración ante ese cuadro volvió a despertar en Mijáilov la misma emoción de antes, pero temía y evitaba la inútil nostalgia del pasado. Por eso, aunque le alegraban los elogios, procuró dirigir la atención de los visitantes hacia un tercer cuadro.

Pero Vronski le preguntó si estaba en venta. En esos momentos, alterado por aquella visita, a Mijáilov le resultaba muy desagradable hablar de dinero.

—Para eso está expuesto —respondió, frunciendo el ceño con aire sombrío.

Cuando los visitantes se marcharon, Mijáilov se sentó enfrente del cuadro de Cristo y Pilatos, repasó los comentarios que habían hecho y lo que se sobreentendía en sus palabras. Y, cosa extraña, esas observaciones, que le habían parecido de tanto peso cuando estaban presentes y cuando procuró contemplar el cuadro desde su punto de vista, de pronto perdieron todo su significado. Se puso a contemplar la obra con su mirada de artista y llegó a convencerse de su perfección y, en consecuencia, de su importancia, algo necesario para recobrar esa disposición de espíritu, que excluía cualquier otro interés, sin la cual no le era posible trabajar.

En cualquier caso, la pierna de Cristo en escorzo no le había quedado bien. Tomó la paleta y se puso a trabajar. Mientras corregía la pierna, no dejaba de mirar la figura de Juan, en el fondo, en la que los visitantes no habían reparado, pero que él

consideraba la cumbre de la perfección. Una vez terminada la pierna, quiso ponerse a trabajar en esa figura, pero se sentía demasiado agitado. Lo mismo que no podía pintar en un estado de apatía, tampoco podía hacerlo cuando estaba demasiado exaltado y veía las cosas demasiado bien. Sólo había un peldaño en ese tránsito de la frialdad a la inspiración en el que era posible trabajar. Y ahora estaba demasiado excitado. Hizo ademán de cubrir el cuadro, pero se detuvo con la sábana en la mano, sonrió con expresión beatífica y se quedó mirando largo rato la figura de Juan. Por último, como si le diera pena apartarse de su obra, dejó caer la sábana y volvió a su casa, cansado, pero feliz.

En el camino de regreso, Vronski, Anna y Goleníschev se mostraron especialmente animados y alegres. Hablaban de Mijáilov y de su cuadro. La palabra «talento», con la que querían dar a entender una cualidad innata, casi física, independiente de la inteligencia y del corazón, que abarcaba todo lo que experimentaba el artista, salía a colación cada dos por tres, pues la necesitaban para referirse a algo de lo que no tenían la menor idea, pero de lo que querían hablar. Dijeron que no podía ponerse en duda su talento, pero que no había podido desarrollarlo por falta de instrucción, defecto común a todos los pintores rusos. Pero el cuadro de los dos niños no se les iba de memoria y a cada momento volvían a mencionarlo.

—¡Qué maravilla! ¡Qué bien le ha quedado! ¡Y qué sencillez! Y no se da cuenta del valor que tiene. No se puede perder la oportunidad. Hay que comprarlo —decía Vronski.

XIII

Mijáilov vendió el cuadro a Vronski y aceptó hacerle un retrato a Anna. El día señalado se presentó en la casa y se puso a trabajar.

A partir de la quinta sesión el retrato asombró a todos, en especial a Vronski, no sólo por el parecido, sino por su particular belleza. ¡Qué extraño que Mijáilov hubiera podido captar una belleza tan peculiar! «Hay que conocerla y amarla como yo la amo para descubrir esa expresión dulce y espiritual», pensaba Vronski, aunque no se había percatado de esa expresión dulce y espiritual hasta que contempló el retrato. Pero el artista la había plasmado con tanta veracidad que todos creían haberla visto mucho antes.

—Con todo lo que me he esforzado y no he conseguido nada —decía de su propio retrato—. En cambio, él no ha hecho más que mirarla, y ahí tiene el resultado. A eso es a lo que le llamo yo técnica.

—Ya llegará —le consolaba Goleníschev. En su opinión, Vronski tenía talento y, sobre todo, cultura, y eso le procuraba una visión superior del arte. Por lo demás, ese juicio favorable se apoyaba también en la necesidad de que Vronski se interesara por sus artículos e ideas y los alabara. De algún modo se daba cuenta de que el apoyo y los elogios debían ser mutuos.

Fuera de su estudio, Mijáilov parecía otro hombre. Y ese rasgo se acentuaba de manera especial en el *palazzo de* Vronski, donde hacía gala de una suerte de deferencia hostil, como si temiera trabar amistad con gente a la que no respetaba. Daba a Vronski el tratamiento de su excelencia y, a pesar de las invitaciones de la pareja, no se quedaba nunca a comer y sólo se le veía en las horas de las sesiones. Anna se mostraba más amable con él que con otras personas y le estaba agradecida por el retrato. Vronski le trataba con mucha consideración y se mostraba muy interesado por conocer su opinión sobre el cuadro que había pintado. Goleníschev no perdía ocasión de inculcarle los verdaderos preceptos del arte. Pero Mijáilov se mostraba igualmente frío con todos. Anna se daba cuenta de que le gustaba mirarla, aunque evitaba conversar con ella. Cuando Vronski le hablaba de su pintura, guardaba un terco silencio, y lo mismo hacía cuando le enseñaba su cuadro. En cuanto a los discursos de Goleníschev, era evidente que le aburrían y que no se molestaba en contradecirle.

En general, esa actitud reservada, desagradable y hasta hostil motivó que ninguno de los tres llegara a tener una buena opinión del pintor cuando llegaron a conocerlo mejor. Y se alegraron cuando, una vez acabadas las sesiones, Mijaílov dejó de aparecer por la casa, dejándoles como recuerdo un magnífico retrato.

Goleníschev fue el primero en expresar en voz alta lo que todos pensaban; a saber, que Mijáilov tenía envidia de Vronski.

—Supongamos que no sea envidia lo que siente, porque tiene talento. Pero le molesta que un hombre rico, de buena posición y conde por añadidura (esa gente odia todas esas cosas), consiga, sin grandes esfuerzos, resultados iguales, si no mejores, en una actividad a la que él ha consagrado su vida entera. Pero lo más importante de todo es su falta de cultura.

Vronski defendió a Mijáilov, pero en el fondo de su alma daba la razón a su amigo, porque estaba convencido de que un hombre de posición inferior no podía por menos de tenerle envidia.

Los dos retratos de Anna, pintados ambos del natural, tendrían que haberle aclarado de una vez por todas las diferencias que había entre él y Mijáilov. Pero él no las veía. No obstante, una vez que Mijáilov concluyó su cuadro, Vronski dejó de ocuparse del suyo, pues le parecía superfluo. En cualquier caso, siguió trabajando en aquella tela de tema medieval. Tanto Goleníschev como él, y sobre todo Anna, la juzgaban excelente, porque guardaba una semejanza mucho mayor con cuadros conocidos que el lienzo de Mijáilov.

En cuanto al pintor, a pesar de lo mucho que le fascinaba el retrato de Anna, se alegró aún más que ellos cuando lo terminó, pues ya no tendría que oír las peroratas de Goleníschev sobre arte y podría olvidarse del cuadro de Vronski. Sabía que era imposible prohibirle que se divirtiera con la pintura; que tanto él como los demás diletantes tenían derecho a pintar cuanto quisieran; pero lo cierto era que le molestaba. No se puede impedir que un hombre modele una gran muñeca de cera y la bese. Pero, si el individuo de la muñeca se sentara delante de un enamorado y se pusiera a acariciar a su criatura como el otro acaricia a su amada, el enamorado se sentiría molesto. Un efecto similar producía en Mijáilov la pintura de Vronski. La encontraba ridicula, irritante, ofensiva y patética.

El entusiasmo de Vronski por la pintura y la Edad Media no duró mucho. Tenía tanto gusto para el arte que no fue capaz de concluirlo. Lo dejó sin terminar. Albergaba la vaga sospecha de que sus defectos, poco apreciables en un principio, se harían más llamativos a medida que avanzara. Su caso era idéntico al de Goleníschev: en el fondo sabía que no tenía nada que decir, pero se engañaba pensando que su idea no estaba madura, que tenía que desarrollarla y seguir reuniendo materiales. Pero, mientras a Goleníschev esa constatación le irritaba y le atormentaba, Vronski no podía engañarse y atormentarse, y mucho menos irritarse. Con la resolución que le caracterizaba, sin ofrecer ninguna explicación ni justificarse, dejó de dedicarse a la pintura.

Pero sin esa ocupación la vida en aquella ciudad italiana se le antojó aburridísima, y también a Anna, sorprendida de ese repentino desencanto. De pronto el palacio les pareció viejo y sucio; les desagradaba ver las manchas de las cortinas, las grietas del suelo, las desconchaduras de las cornisas. Se hartaron del asiduo Goleníschev, del

profesor de italiano y del viajero alemán, y sintieron la necesidad de cambiar de vida. Decidieron regresar a Rusia y establecerse en el campo. Vronski contaba con dividir las tierras con su hermano cuando llegaran a San Petersburgo, y Anna con ver a su hijo. Planeaban pasar el verano en la gran hacienda familiar de Vronski.

XIV

Levin llevaba casado casi tres meses. Era feliz, pero de un modo muy distinto a como había imaginado. A cada paso se desvanecían sus viejos sueños, aunque no tardaba en descubrir nuevos e insospechados encantos. Era feliz, pero, ya en los primeros tiempos de vida conyugal, se dio cuenta de que la convivencia era algo muy distinto de lo que se había figurado. Una y otra vez se sentía como un hombre que, después de admirar la marcha serena y regular de una barca por un lago, quisiera gobernarla. Se daba cuenta de que no bastaba con quedarse sentado, sin balancearse. Había que estar muy atento, no perder la concentración ni un segundo. Era preciso mantener el rumbo, recordar que había agua debajo, remar sin descanso, soportar el dolor en las manos, desacostumbradas a ese trabajo. El papel de espectador era fácil. El de protagonista muy agradable, pero también muy difícil.

En sus tiempos de soltero, cuando observaba la vida conyugal de otras parejas, sus preocupaciones menudas, sus discusiones y sus celos, Levin sonreía desdeñoso para sus adentros. Estaba convencido de que en su futura vida de casado no habría espacio para tales cosas; hasta las formas externas serían completamente distintas. Pero lo cierto era que su vida conyugal, lejos de seguir un esquema distinto, se componía de las mismas naderías insignificantes que tanto había despreciado en el pasado y que ahora, por más que procurara impedirlo, adquirían una importancia extraordinaria e indiscutible. Y llegó a la conclusión de que no era tan fácil arreglar todas esas menudencias como le había parecido antes. A pesar de que se creía en posesión de las más precisas nociones de la vida familiar, se la imaginaba involuntariamente, como todos los hombres, como un goce de amor sin estorbo alguno, del que no podrían distraerlo las preocupaciones mezquinas. Según pensaba, se ocuparía de sus tareas y luego descansaría en la dicha del amor. La mujer debía contentarse con recibir su amor. Pero, como todos los hombres, se había olvidado de que también ella tenía necesidad de trabajar. Y le asombraba que la encantadora y poétíca Kitty, no ya en las primeras semanas, sino incluso en los primeros días de vida en común, pudiera preocuparse de los manteles, de los muebles, de los colchones para los invitados, de las bandejas, del cocinero, de la comida, etcétera. Antes de la boda, Levin se sorprendió de la determinación con que Kitty se había negado a viajar al extranjero, en favor del traslado a la aldea, como si ya supiera lo que necesitaba y fuera capaz de pensar en otras cosas al margen de su amor. Entonces se había senddo ofendido; también ahora le irritaban algunas veces esas menudencias, esa preocupación por cosas insignificantes. Se daba cuenta de que Kitty necesitaba esa actividad. Y, como la amaba, no podía dejar de admirar esas tareas, aunque no las comprendiera y se burlara de ellas. Le divertía verla colocar los muebles traídos de Moscú, arreglar a su gusto su habitación y la de él, colgar las cortinas, asignar las

habitaciones para los futuros invitados y para Dolly, disponer el cuarto de su nueva doncella, encargar la comida al viejo cocinero, discutir con Agafia Mijáilovna y quitarle la llave de la despensa. Se daba cuenta de que el viejo cocinero sonreía y escuchaba admirado las órdenes disparatadas e imposibles de cumplir, y que Agafia Mijáilovna movía la cabeza con aire meditabundo y cariñoso al oír las nuevas disposiciones de la joven señora con respecto a las provisiones. La encontraba encantadora cuando, riendo y llorando, iba en su busca y le decía que la doncella Masha seguía considerándola una señorita y que nadie le hacía caso. Todo eso le agradaba, aunque le parecía extraño, y pensaba que sería mejor prescindir de esas cosas.

No era consciente del cambio que se había operado en la vida de Kitty. Antes, en casa de sus padres, por más que le apeteciera tomar col con *kvas* o unos bombones, no podía conseguir ni una cosa ni la otra; ahora podía encargar lo que quisiera, comprar montañas de bombones, gastar cuanto dinero se le antojara, pedir que prepararan sus pasteles favoritos.

Esperaba con ilusión la llegada de Dolly y de los niños, sobre todo porque encargaría para ellos los pasteles que más les gustaban y Dolly podría apreciar el nuevo orden de la casa. Ni ella misma sabía la razón, pero el caso es que el cuidado del hogar la atraía de una manera irresistible. Sintiendo instintivamente la proximidad de la primavera y sabiendo que aún vendrían días de mal tiempo, arreglaba su nido lo mejor que podía, al mismo tiempo que se apresuraba a aprender cómo hacerlo.

La preocupación por las menudencias, tan contraria al elevado ideal que Levin se había forjado de la felicidad en los primeros tiempos del matrimonio, constituyó una suerte de desilusión. Pero lo cierto es que esa actividad, cuyo sentido se le escapaba, acabó gustándole y se convirtió en uno de los nuevos encantos de su vida.

Otro motivo de penas y alegrías fueron las disputas. Levin había imaginado que las relaciones con su mujer serían siempre respetuosas, tiernas y afectuosas. Pero ya en los primeros días discutieron, y Kitty le dijo que no la quería, que era un egoísta, se echó a llorar, se retorció las manos.

La primera discusión se produjo después de una visita de Levin a la nueva granja. Había querido tomar un atajo, pero se extravió y llegó media hora tarde. De camino a casa iba pensando en ella, en su amor, en su felicidad, y, cuanto más se acercaba, más se exacerbaba su ternura. Presa de un sentimiento semejante al que le embargaba cuando fue a casa de los Scherbatski a pedir su mano, aunque más intenso, entró en la habitación. Pero Kitty le recibió con una expresión sombría, que nunca había visto antes. Quiso besarla, pero ella lo rechazó.

—¿Qué te pasa?

—Tú te diviertes… —repuso Kitty tratando de conservar un tono sereno e hiriente.

Pero, en cuanto abrió la boca, salieron a relucir los absurdos celos que la habían atormentado a lo largo de esa media hora que había pasado inmóvil al pie de la ventana, y estalló en una retahila de reproches. Entonces comprendió Levin por primera vez lo que no había comprendido cuando salió con ella de la iglesia después de la boda; a saber, que esa mujer estaba tan cerca de él que ya no sabía dónde acababa ella y dónde empezaba él. Así se lo dio a entender la dolorosa sensación de desdoblamiento que experimentó en esos instantes. Al principio se ofendió, pero al cabo de un momento comprendió que ella ya no podía ofenderle, porque era una parte de su propio ser. Se sentía como un hombre que, después de recibir un golpe por la espalda, se vuelve airado, buscando al agresor para vengarse, y descubre que se ha lastimado él mismo sin querer, que no puede enfadarse con nadie y que no le queda más remedio que soportar en silencio el dolor.

Nunca volvió a sentirlo con tanta fuerza, pero la primera vez tardó mucho tiempo en recobrarse. Un sentimiento natural le impulsaba a justificarse, a demostrarle que estaba equivocada. Pero eso significaría irritarla aún más, agravar las diferencias motivadas por el altercado. Su primera reacción había sido quitarse la culpa y echársela a ella; pero acto seguido un sentimiento más fuerte le impulsó a superar cuanto antes las desavenencias, para que no se agrandara la brecha que había surgido entre ambos. Le resultaba penoso aceptar una acusación tan injusta, pero tratar de justificarse y hacer daño a Kitty era todavía peor. Era como un hombre adormilado acuciado por un dolor, que quiere desembarazarse de la zona dolorida, arrancársela de alguna manera, y cuando despierta se da cuenta de que es su propio cuerpo lo que le duele. Lo único que podía hacer era buscar el modo de que sanase la zona dolorida, y a eso se aplicó.

Se reconciliaron. Sintiéndose culpable, aunque no lo confesara, Kitty se mostró más cariñosa con él, y ambos encontraron en su amor una felicidad nueva y redoblada, lo que no era óbice para que las disputas se repitieran, incluso con bastante frecuencia, por los motivos más nimios e inesperados. Las discusiones solían entablarse porque aún no sabían lo que era importante para el otro y porque en esos primeros tiempos ambos estaban a menudo de mal humor. Cuando sólo uno de ellos estaba irritado, la paz no se alteraba, pero, cuando lo estaban los dos, se producían altercados por motivos tan incomprensibles e insignificantes que más tarde ni siquiera se acordaban de la razón por la que habían discutido. Cierto que cuando ambos estaban de buen humor la alegría de vivir se duplicaba. En cualquier caso, esos primeros tiempos de vida en común fueron penosos para ambos.

A lo largo de los días notaban con especial intensidad la tensión de la cadena que los unía, pues cada uno tiraba de su lado. En general, la luna de miel, es decir, el mes posterior a la boda, del que Levin, prestando oídos a la tradición, tanto había esperado, no sólo no fue un período feliz, sino que quedó grabado en el recuerdo de

ambos como la época más penosa y humillante de sus vidas. En lo sucesivo ambos procuraron borrar de su memoria todos los incidentes desagradables y vergonzosos de ese período insano, en que rara vez se hallaban en un estado de ánimo normal, tal como eran en realidad.

Sólo a partir del tercer mes de matrimonio, después de regresar de Moscú, donde habían pasado un mes, la vida siguió un cauce más regular.

XV

Acababan de llegar de Moscú y disfrutaban de su soledad. Levin estaba en su despacho, escribiendo. Kitty, con ese vestido lila oscuro que había llevado los primeros días de su matrimonio, y que tan gratos recuerdos le traían a él, hacía una *broderie anglaise*,[8] sentada en el antiguo sofá de cuero que había estado siempre en el despacho del abuelo y del padre de su marido. Mientras pensaba y escribía, Levin sentía con agrado la presencia de su mujer. No había abandonado la administración de la finca ni la redacción de su libro, en el que se proponía sentar las bases de un nuevo tipo de explotación agrícola. Pero, así como antes esas ocupaciones e ideas le parecían mezquinas e insignificantes en comparación con la oscuridad que cubría toda su vida, ahora se le antojaban nimias e intrascendentes cuando las contrastaba con la vida que se abría ante él, inundada de la brillante luz de la felicidad. Seguía ocupándose de sus tareas, pero ahora se daba cuenta de que el centro de gravedad de su atención estaba en otra parte y que, gracias a eso, veía las cosas de otra manera y con mayor claridad. Antes, sus ocupaciones eran una especie de salvación. Sentía que sin ellas la vida sería demasiado sombría. Ahora las consideraba imprescindibles para que la existencia no fuera tan uniformemente brillante. Volvió a retomar sus papeles, releyó lo que había escrito y descubrió con alegría que el tema merecía la pena. Era algo nuevo y útil. Muchas de sus anteriores ideas le parecieron superfluas y exageradas, pero también le quedaron claras muchas lagunas al pasar revista en la memoria a todo el asunto. Estaba escribiendo un capítulo nuevo sobre las causas del lastimoso estado de la agricultura en Rusia. Demostraba que la pobreza del país se debía no sólo a la desigual distribución de las tierras y a una dirección equivocada; en los últimos tiempos también había contribuido a ese estado de cosas una civilización ajena injertada de manera artificial en el país, sobre todo los medios de comunicación y el ferrocarril, que habían favorecido la centralización en las ciudades, el aumento del lujo, y, como consecuencia, el desarrollo de las industrias fabriles, el crédito y su compañera, la bolsa, en detrimento de la agricultura. Creía que, si la riqueza del Estado seguía un desarrollo normal, todos esos fenómenos no debían surgir hasta que se lograran avances significativos en la agricultura, hasta que alcanzara una dirección acertada, o al menos definida. Opinaba que la riqueza de un país debe aumentar de modo uniforme, y de tal manera que otras fuentes de riqueza no sobrepasasen a la agricultura. Consideraba que los medios de comunicación debían estar en consonancia con el grado de desarrollo de la agricultura y que, con el injusto sistema de explotación de las tierras vigente en Rusia, el ferrocarril, que respondía a una necesidad política, no económica, era un fenómeno prematuro, ya que, en lugar de favorecer la agricultura, como se esperaba, había supuesto un freno y un impedimento, fomentando, en cambio, el desarrollo de la industria y del crédito. Así

pues, de la misma manera que en un animal el desarrollo exclusivo y prematuro de un órgano perjudicaba su crecimiento general, el crédito, los medios de comunicación, el aumento de las fábricas —acontecimientos necesarios en Europa, pues había llegado su momento—, en Rusia estaban perjudicando el desarrollo general de la riqueza, al eludir la cuestión fundamental y urgente: la organización de la agricultura.

Mientras Levin escribía, Kitty pensaba en la amabilidad poco natural con que su marido había tratado al joven príncipe Charski, que la había estado cortejando con muy poco tacto la víspera de su partida. «Está celoso —pensaba—. ¡Dios mío, qué simpático y qué tonto es! ¡Tiene celos! Si supiera que todos los hombres me importan tanto como Piotr el cocinero! —pensaba, mirando con un extraño sentimiento de propiedad la nuca y el cuello rojo de su marido—. Aunque me da pena distraerlo de su trabajo (en cualquier caso, ya recuperará el tiempo perdido), tengo que verle la cara. ¿Se habrá dado cuenta de que lo estoy mirando? Quiero que se vuelva… ¡Eso es lo que quiero!», y abrió aún más los ojos, para reforzar el efecto de su mirada.

—Sí, se quedan todo el jugo y despiden un brillo falso —murmuró Levin, dejando de escribir y, dándose cuenta de que su mujer lo estaba mirando con una sonrisa en los labios, se volvió—. ¿Qué pasa? —preguntó, sonriendo, y acto seguido se puso en pie.

«Se ha vuelto», pensó ella.

—Nada, sólo quería que te volvieras —respondió Kitty, tratando de adivinar si le había molestado la interrupción.

—¡Qué bien estamos los dos solos! Al menos yo —dijo, acercándose a Kitty, radiante de felicidad.

—¡Me encuentro tan a gusto! No quiero ir a ningún sitio, y mucho menos a Moscú.

—¿En qué estabas pensando?

—¿Yo? Pues… Pero no, no. Sigue escribiendo, no te distraigas —replicó Kitty, frunciendo los labios—. Tengo que cortar todos esos agujeritos, ¿ves?

Cogió las tijeras y se puso manos a la obra.

—No, dime lo que estabas pensando —insistió Levin, sentándose a su lado y siguiendo el movimiento circular de las tijeritas.

—¿De verdad quieres saberlo? Pues estaba pensando en Moscú y en tu nuca.

—¿Qué habré hecho para merecer esta felicidad? No es natural. Es demasiado bueno para ser cierto —dijo, besándole la mano.

—En mi opinión es al revés: cuanto más bueno, más natural.

—Se te ha soltado un rizo —dijo Levin, volviéndole con cuidado la cabeza—. ¿Lo ves? Ahí está. Bueno, vamos a seguir trabajando.

Pero no lo hicieron. Cuando Kuzmá entró para anunciarles que el té estaba servido, se separaron bruscamente con aire culpable.

—¿Han venido de la ciudad? —preguntó Levin a Kuzmá.

—Acaban de llegar. Están sacando el equipaje.

—No tardes —le dijo Kitty, saliendo del despacho—, o leeré sola la correspondencia. Luego tocaremos a cuatro manos.

Una vez solo, después de guardar los cuadernos en una cartera nueva que le había comprado Kitty, fue a lavarse las manos a un lavabo nuevo, con elegantes accesorios que también habían aparecido con ella. Levin movía la cabeza con aire de reproche, divertido de sus propios pensamientos. No obstante, le atormentaba una sensación semejante a los remordimientos. Su vida actual le daba algo de vergüenza: se había vuelto demasiado muelle, demasiado «capuana»,[9] como decía él. «No está bien vivir así —pensaba—. Llevo ya casi tres meses sin hacer nada. Hoy ha sido la primera vez que me he puesto a trabajar en serio, ¿y qué ha pasado? Nada más empezar, he tenido que dejarlo. Hasta he abandonado mis ocupaciones habituales. Ya no recorro la finca, ni a pie ni a caballo. Unas veces me da pena dejarla sola, otras me doy cuenta de que se aburre. Y yo que pensaba que sólo después del matrimonio empezaba la vida de verdad. Pronto hará tres meses que nos casamos, y nunca he pasado el tiempo de manera tan ociosa e inútil. No, esto no puede seguir así, tengo que ponerme a trabajar. Claro que ella no tiene la culpa. No se le puede hacer ningún reproche. Yo tendría que haberme mostrado más firme, defender mi independencia de hombre. Si sigo así, acabaré por acostumbrarme y ella también… Claro que ella no tiene la culpa», se decía.

Pero es difícil que un hombre descontento consigo mismo no culpe a otra persona, sobre todo a la que tiene más cerca, de su situación. Y Levin se puso a pensar de un modo vago que no era Kitty quien tenía la culpa (no se la podía culpar de nada), sino su educación demasiado frivola y superficial («sé que quería pararle los pies a ese estúpido de Charski, pero no sabía cómo hacerlo»). «Sí, además de su interés por las tareas de la casa (no cabe duda de que lo tiene), por los vestidos y por la *broderie anglaise*, no tiene ocupaciones serias. No le interesa mi trabajo, ni las labores de la hacienda, ni los campesinos, ni la música, para la que tiene bastantes aptitudes, ni la lectura. No hace nada y está completamente satisfecha.» Levin condenaba esa actitud en el fondo de su alma, sin comprender que Kitty se estaba preparando para el período de actividad que se avecinaba, en el que tendría que desempeñar a la vez el papel de esposa de su marido y señora de la casa, y además dar a luz, criar y educar a sus hijos. No entendía que ella sabía todas esas cosas por instinto y que se estaba preparando para un trabajo agotador; por eso no se reprochaba los momentos de despreocupación, felicidad y amor que estaba disfrutando ahora, mientras se ocupaba alegremente de poner en orden su futuro nido.

XVI

Cuando Levin subió a la planta de arriba, su mujer estaba sentada al lado del nuevo samovar de plata y un servicio de té también nuevo. Después de acomodar a la anciana Agafia Mijáilovna delante de una mesita y de llenarle una taza de té, se había puesto a leer una carta de Dolly, con quien mantenía una correspondencia copiosa y continua.

—Ya lo ve. La señora me ha pedido que me siente con ella —dijo Agafia Mijáilovna, dirigiendo una amable sonrisa a Kitty.

En estas palabras Levin intuyó el final del drama que se había desarrollado en los últimos tiempos ente Kitty y Agafia Mijáilovna. Se dio cuenta de que, a pesar del dolor que le había causado al retirarle las riendas del gobierno de la casa, su mujer había salido victoriosa y la había obligado a quererla.

—He abierto una carta que venía a tu nombre —dijo Kitty, tendiéndole una carta llena de faltas de ortografía—. Me parece que es de esa mujer que vive con tu hermano… —añadió—. No la he leído. Ésta es de mi familia y de Dolly. ¡Imagínate! Dolly ha llevado a Grisha y a Tania a un baile infantil en casa de los Sarmatski. Tania iba vestida de marquesa.

Pero Levin no la escuchaba. Ruborizándose, cogió la carta de Maria Nikoláievna, antigua amante de su hermano Nikolái y se puso a leerla. Era la segunda vez que le escribía. En la primera carta le había contado que su hermano la había echado de su lado sin razón alguna, y añadía con una ingenuidad conmovedora que, aunque había vuelto a caer en la miseria, no pedía ni deseaba nada. Lo único que le atormentaba era la idea de que Nikolái Dmítrich, dado su precario estado de salud, pudiera morir sin tenerla a su lado, y rogaba a Levin que no le perdiera de vista. Ahora le escribía otra cosa. Había encontrado a Nikolái Dmítrich en Moscú, habían vivido juntos un tiempo y después habían partido para una capital de provincias donde Nikolái había obtenido un puesto en la administración. Una vez allí, había discutido con su jefe y había decidido regresar a Moscú, pero había caído enfermo por el camino. Estaba tan mal que probablemente no volvería a levantarse. «No hace más que preguntar por usted, y además no tenemos dinero», escribía Maria Nikoláievna.

—Mira lo que Dolly escribe de ti —dijo Kitty con una sonrisa, pero de pronto se interrumpió, al advertir el cambio de expresión en el rostro de su marido—. ¿Qué te pasa? ¿Qué sucede?

—Esa mujer me escribe que mi hermano Nikolái está a punto de morir. Tengo que partir.

El semblante de Kitty se trasformó de pronto. Tania vestida de marquesa, Dolly: todo desapareció de su cabeza.

—¿Cuándo piensas marcharte? —preguntó.

—Mañana.

—¿Puedo ir contigo?

—Pero ¿qué dices, Kitty? —dijo Levin en tono de reproche.

—¿Y por qué no? —replicó ella, ofendida del rechazo y el desdén con que había sido recibida su propuesta—. ¿Qué tiene de malo que te acompañe? No te molestaré. Y…

—Me voy porque mi hermano se está muriendo —dijo Levin—. ¿Por qué ibas a ir tú…?

—¿Por qué? Por lo mismo que tú.

«En un momento tan crucial para mí sólo piensa en no quedarse sola para no aburrirse», pensó Levin. Y le irritó que recurriera a semejante pretexto en un asunto tan importante.

—Es imposible —dijo con severidad.

Agafia Mijáilovna, viendo que la cosa acabaría en discusión, dejó en silencio la taza y salió de la habitación. Kitty ni siquiera lo advirtió. El tono con que su marido había pronunciado las últimas palabras le había ofendido de manera especial: era evidente que no la había creído.

—Te digo que si te marchas, te acompañaré sin falta —se apresuro a decir, llena de cólera—. ¿Por qué va a ser imposible? ¿Por qué dices que es imposible?

—Porque Dios sabe adonde tendré que ir, qué caminos tendré que tomar, en qué posadas tendré que alojarme. No harás más que estorbarme —dijo Levin, procurando no perder la serenidad.

—De ningún modo. No necesito nada. Si tú puedes ir, yo también…

—Aunque sólo sea por la presencia de esa mujer, con la que no puedes tratar.

—No sé quién está allí ni me importa. Lo único que sé es que el hermano de mi marido se está muriendo, que mi marido se marcha para estar a su lado y que yo me voy con mi marido para…

—¡Kitty! No te enfades. Pero debes darte cuenta de que esto es muy importante para mí. Me duele que en una situación así me salgas con estas muestras de debilidad y pongas tantos reparos a quedarte sola. Si crees que vas a aburrirte sin mí, vete a Moscú.

—¡Ya estamos! ¿Por qué me atribuyes *siempre* pensamientos mezquinos e infames? —exclamó Kitty, con lágrimas de indignación y rabia—. No tiene nada que ver conmigo. No es debilidad. No… Soy consciente de que mi deber es estar al lado de mi marido en los momentos de dolor, pero quieres hacerme daño a propósito, te niegas a creerme…

—¡Esto es horrible! ¡Me he convertido en un esclavo! —gritó Levin y se puso en pie, incapaz de seguir conteniendo su irritación. Pero en ese mismo instante comprendió que se estaba golpeando a sí mismo.

—Entonces, ¿por qué te has casado conmigo? Ahora serías libre. ¿Por qué pediste mi mano si ya te has arrepentido? —dijo Kitty, levantándose de un salto y corriendo al salón.

Cuando Levin llegó a su lado, Kitty estaba sollozando.

Empezó a hablarle, procurando encontrar las palabras que pudieran, si no convencerla, al menos calmarla. Pero Kitty no le escuchaba ni se avenía a razones. Levin se inclinó sobre ella, le cogió la mano, a pesar de su oposición, y se la besó. Luego besó sus cabellos y otra vez su mano. Pero Kitty seguía guardando silencio. No obstante, cuando le levantó la cara con ambas manos y le dijo: «¡Kitty!», ella depuso su actitud, aunque aún derramó algunas lágrimas. Al cabo de unos instantes, ya se habían reconciliado.

Acordaron que partirían juntos al día siguiente. Levin le dijo a su mujer que estaba convencido de que sólo quería ser útil y reconoció que la presencia de Maria Nikoláievna al lado de su hermano no tenía nada de inconveniente; pero en lo más profundo de su alma estaba descontento de sí mismo y de ella. Le desagradaba que Kitty no le hubiera dejado partir solo cuando lo necesitaba (¡qué extraño se le hacía pensar que él, que hacía tan poco apenas se atrevía a creer que en la dicha de que Kitty lo amase, ahora se sentía desdichado porque le amaba demasiado!). Y estaba descontento de sí mismo por no haberse mostrado firme. Además, en su fuero interno, no acababa de congraciarse con la idea de que Kitty tuviera que tratar con la mujer que vivía con su hermano y pensaba con horror en todos los encontronazos que podían producirse. Sólo de pensar que Kitty, su mujer, estaría en la misma habitación que esa ramera le hacía estremecerse de horror y repugnancia.

XVII

La posada de la capital de provincia en la que se alojaba Nikolái Dmítrich era uno de esos establecimientos provincianos que se construyeron teniendo en cuenta los adelantos más recientes, con las mayores pretensiones de higiene, comodidad y hasta elegancia, pero a los que los propios clientes acaban convirtiendo en poquísimo tiempo en sucias tabernas con pretensiones de modernidad, que por ello mismo suelen ser peores que las posadas antiguas, a las que sólo podía reprocharse su suciedad. La posada en cuestión había llegado ya a ese estado. El soldado con un uniforme mugriento que fumaba un cigarrillo en la entrada, y que por lo visto desempeñaba las funciones de portero, la escalera de hierro fundido, sombría y desagradable, el camarero descarado con su frac lleno de lamparones, la sala común, con ese polvoriento ramo de flores de cera adornando la mesa, la suciedad, el polvo y el desorden que se veían por todas partes, unido a ese aire moderno de suficiencia y actividad, tan a tono con la nueva moda introducida por el ferrocarril, causaron en los Levin, después de su vida de recién casados, un efecto deprimente, sobre todo porque la impresión de falsedad que producía el hotel no se compadecía con lo que les esperaba.

Como suele suceder en tales casos, después de preguntarles de qué precio querían la habitación, resultó que las tres mejores estaban ocupadas: una, por un inspector del ferrocarril; otra, por un abogado de Moscú; y la tercera, por la princesa Astáfeva, que venía de su hacienda. Sólo estaba disponible una habitación sucia, pero le aseguraron que la pieza contigua quedaría libre por la tarde. Enfadado con su mujer, porque todo lo que había previsto se había cumplido (a saber, que en el momento mismo de la llegada, cuando estaba con el alma en vilo, pensando en cómo encontraría a su hermano, debía preocuparse de ella en lugar de correr a ver al enfermo), Levin la acompañó a la habitación que les habían concedido.

—¡Vete, vete! —dijo ella, con una mirada tímida y culpable.

Levin salió en silencio y en la misma puerta se tropezó con Maria Nikoláievna, que se había enterado de su llegada, pero no se había atrevido a entrar en la habitación. No había cambiado nada desde que Levin la viera en Moscú: el mismo vestido de lana, que dejaba los brazos y el cuello al descubierto, la misma expresión bondadosa y abotargada en el rostro picado de viruelas, algo más lleno.

—Bueno, ¿qué tal está?

—Muy mal. Ya no se levanta de la cama. No hace más que preguntar por usted… ¿Ha venido… ha venido usted con su esposa?

En un primer momento Levin no comprendió a qué obedecía la turbación de esa mujer, pero ella misma no tardó en aclarárselo.

—Me iré a la cocina —dijo—. Su hermano se alegrará mucho. Ha oído hablar de

ella y se acuerda de haberla visto en el extranjero.

Levin comprendió que se refería a su mujer y no supo qué contestar.

—¡Vamos, vamos! —dijo por fin.

Pero apenas habían dado un par de pasos cuando la puerta de la habitación se abrió y Kitty apareció en el umbral. Levin se puso rojo de vergüenza y se irritó con su mujer por ponerlos a ambos en una situación tan embarazosa. Pero Maria Nikoláievna se ruborizó aún más. Toda encogida, y casi llorando del bochorno que sentía, se sujetó las puntas del pañuelo con ambas manos y se puso a enrollarlas con sus dedos colorados, sin saber qué decir ni qué hacer.

En un primer momento advirtió que Kitty miraba con una expresión de ávida curiosidad a esa mujer horrible e incomprensible para ella; pero eso sólo duró un momento.

—¿Y qué? ¿Cómo está? —preguntó, dirigiéndose primero a su marido y después a Maria Nikoláievna.

—¡Este no es lugar para hablar! —exclamó Levin, mirando con enfado a un señor que, ocupado probablemente de sus propios asuntos, atravesaba el pasillo con andares bruscos.

—Pues entonces pasen —dijo Kitty, dirigiéndose a Maria Nikoláievna, ya más entera; pero, al ver el rostro asustado de su marido, añadió—. No obstante, es mejor que vayan y que manden por mí más tarde.

Volvió a entrar en su habitación y Levin fue a reunirse con su hermano.

Jamás había esperado ver lo que vio ni sentir lo que sintió. Suponía que se lo encontraría en ese estado de autoengaño en el que, según había oído decir, suelen caer los tuberculosos y que tanto le había sorprendido durante la visita de Nikolái en otoño. Sospechaba que se habrían grabado con mayor nitidez los síntomas físicos de la muerte inminente, que lo hallaría más débil y más delgado, aunque más o menos en el mismo estado de antes. Barruntaba que se apoderaría de él el mismo sentimiento de piedad por la pérdida de su querido hermano y el mismo horror ante la muerte que le había embargado entonces, sólo que en un grado mayor. Estaba preparado para eso. Pero le aguardaba algo muy distinto.

En una habitación pequeña y sucia, con los paneles pintados de las paredes cubiertos de escupitajos, separada por un delgado tabique de otro cuartucho en el que se oían voces, en medio de un ambiente sofocante, impregnado de olor a excrementos, yacía sobre una cama separada de la pared un cuerpo tapado por una manta. Una de las manos de ese cuerpo, enorme como un rastrillo, descansaba encima de la manta, unida de un modo incomprensible a un largo y huesudo antebrazo, liso desde la muñeca hasta el codo. La cabeza yacía de lado sobre la almohada. Levin podía ver los cabellos ralos, cubiertos de sudor, en las sienes, y la frente tirante, casi transparente.

«Es imposible que ese terrible cuerpo sea mi hermano Nikolái», pensó Levin. Pero, cuando se acercó más y le vio la cara, ya no pudo seguir dudando. A pesar del horrible cambio que se había operado en aquel rostro, le bastó echar un vistazo a esos ojos vivos, que se levantaron hasta él en cuanto entró, y reparar en el ligero movimiento de la boca, bajo el bigote pegado, para comprender la espantosa verdad: ese cuerpo muerto era su hermano vivo.

Los ojos duros y brillantes de Nikolái le dirigieron una mirada llena de reproche. Acto seguido se estableció una comunicación fluida entre ambos. A Levin no le pasó desapercibido el reproche, y sintió remordimiento de su felicidad.

Cuando Konstantín le cogió la mano, Nikolái sonrió. Era una sonrisa débil, apenas perceptible, que no borró la expresión dura de sus ojos.

—No esperabas encontrarme en este estado —dijo con esfuerzo.

—Sí… No —repuso Levin, haciéndose un lío—. ¿Por qué no me has avisado antes? Es decir, antes de que me casara. Te he estado buscando por todas partes.

Había que hablar para evitar que se produjera un silencio, pero Levin no sabía qué decir, tanto más cuanto que su hermano no le contestaba, limitándose a mirarlo fijamente, sin bajar los ojos, como si estuviera sopesando cada una de sus palabras. Levin le informó de que le había acompañado su mujer. Nikolái se mostró satisfecho, pero dijo que temía que su estado la asustara. Los dos callaron. De pronto Nikolái se movió y empezó a decir algo. Al ver su expresión, Levin se figuró que iba a decir algo importante y significativo, pero Nikolái se puso a hablar de su salud. Se quejó del médico y lamentó que no estuviese allí un célebre facultativo de Moscú. Esas palabras convencieron a Levin de que aún albergaba esperanzas.

Aprovechando la primera pausa, Levin se levantó, deseando librarse, al menos por un momento, de esa penosa sensación, y dijo que iba a buscar a su mujer.

—Muy bien. Diré que limpien un poco. Me parece que está todo muy sucio y que huele bastante mal. ¡Masha, arregla la habitación! —dijo el enfermo con dificultad—. Recoge primero y luego márchate —añadió, mirando a su hermano con expresión inquisitiva.

Levin no respondió. Al salir al pasillo, se detuvo. Había dicho que llevaría a su mujer, pero ahora, dándose cuenta de lo que él mismo sentía, decidió que era mejor intentar convencer a Kitty de que no visitara al enfermo. «¿Qué necesidad tiene de sufrir como yo?», pensó.

—¿Qué? ¿Cómo está? —preguntó Kitty con expresión asustada.

—¡Ah, es horrible, horrible! ¿Para qué habrás venido? —replicó Levin.

Kitty guardó silencio unos segundos, mirando a su marido con timidez y compasión. Luego se acercó y lo cogió del codo con ambas manos.

—¡Kostia! Llévame a verle. Lo soportaremos mejor los dos juntos. No tienes más que llevarme hasta allí. Haz lo que te digo, por favor, y luego márchate —dijo Kitty

—. Debes comprender que me resulta bastante más duro verte a ti y no verle a él. Puede que allí pueda serle útil de alguna manera, y también a ti. ¡Déjame ir, por favor! —suplicó a su marido, como si la felicidad de su vida dependiera de eso.

A Levin no le quedó más remedio que ceder. Una vez recobrada la serenidad y olvidado por completo de Maria Nikoláievna, volvió con Kitty a la habitación de su hermano.

Sin dejar de mirar a su marido con expresión resuelta y compasiva, entró en el cuarto del enfermo con paso ligero, se volvió sin apresurarse y cerró la puerta con cuidado. Sin hacer ruido, se acercó deprisa al lecho de Nikolái y se colocó de tal manera que éste no necesitó volver la cabeza. Acto seguido cogió su mano enorme y esquelética con la suya fresca y joven, se la apretó y se puso a hablarle con esa animación serena, capaz de confortar sin ofender, de la que sólo son capaces las mujeres.

—Coincidimos en Soden, pero no trabamos conocimiento —dijo—. No podía usted figurarse que me convertiría en su hermana.

—No me habría reconocido usted, ¿verdad? —preguntó Nikolái, cuyo rostro se había iluminado con una sonrisa en cuanto la vio entrar.

—Ya lo creo que sí. ¡Qué bien ha hecho usted en avisarnos! No ha pasado un solo día sin que Kostia se acordara de usted y mostrara su preocupación.

Pero la animación del enfermo no duró mucho.

Antes de que Kitty terminara de hablar, el rostro de Nikolái había vuelto a adoptar esa severa expresión de reproche del moribundo por el vivo.

—Temo que no se encuentre del todo bien aquí —prosiguió Kitty, esquivando su mirada fija y contemplando la habitación—. Tienes que pedirle al dueño otra habitación —añadió, dirigiéndose a su marido—. Así estaremos más cerca.

XVIII

Levin no podía conservar la calma ni comportarse con naturalidad en presencia de su hermano. Cuando entraba en el cuarto del enfermo, sus ojos y su atención parecían nublarse, y no veía ni distinguía los detalles de la situación en la que se encontraba. Percibía el olor espantoso, veía la suciedad y el desorden, tomaba conciencia del penoso estado de su hermano, oía sus gemidos, y comprendía que no podía ayudarle. Ni siquiera se le pasó por la cabeza sopesar todos los detalles de la situación del enfermo, pensar en ese cuerpo oculto debajo de la manta, en las piernas enflaquecidas y dobladas, en la espalda, en que se le podía acomodar mejor para que no estuviera tan incómodo. Un escalofrío le recorría la espalda cuando se ponía a analizar todos esos detalles. Estaba plenamente convencido de que no se podía hacer nada para prolongar esa vida ni para aliviar sus sufrimientos. Pero el enfermo se daba cuenta de que su hermano consideraba imposible cualquier ayuda y se irritaba. Y entonces Levin se sentía todavía peor. Estar en la habitación de su hermano se le antojaba una tortura, pero ausentarse era todavía peor. Salía cada dos por tres, sirviéndose de cualquier pretexto, y al poco tiempo volvía a entrar, incapaz de quedarse solo.

Kitty, por su parte, pensaba, sentía y actuaba de manera muy distinta. Cuando vio al enfermo, se apiadó de él. Y la compasión despertó en su corazón de mujer un sentimiento muy distinto del horror y la repugnancia que experimentaba su marido, y le hizo comprender que era preciso actuar, conocer todos los detalles de la situación del enfermo y ayudarle. Y como no albergaba la menor duda de cómo debía socorrerlo, tampoco dudaba de que eso fuera posible. En suma, se puso inmediatamente manos a la obra. Los mismos detalles que horrorizaban a Levin con sólo pensar en ellos atrajeron en seguida su atención. Envió en busca del médico, mandó un criado a la farmacia, ordenó a la muchacha que venía con ella y a Maria Nikoláievna que barrieran, quitaran el polvo y fregasen, y ella misma limpió, lavó y arregló la ropa de cama. Siguiendo sus instrucciones metieron unas cosas en el cuarto del enfermo y se llevaron otras. Fue varias veces a su habitación, sin preocuparse de las personas con las que se cruzaba por el pasillo, y cogió sábanas, fundas de almohada, toallas y camisas.

El criado que servía la comida a los ingenieros en el comedor común acudió varias veces a la llamada de Kitty con cara de enfado, pero no dejó de cumplir sus órdenes, pues se las daba con tal dulce insistencia que no era posible desobedecerla. Levin no toleraba esa actitud. No creía que tantas preocupaciones fueran de utilidad alguna para el enfermo. Lo que más temía era que se irritase. Pero éste, aunque aparentaba indiferencia, no se enfadaba; sólo se mostraba algo confuso, pero en general le interesaba lo que Kitty estaba haciendo por él. Cuando regresó de casa del médico, adonde lo había enviado su mujer, Levin abrió la puerta y se encontró con el

enfermo en el momento en que, bajo la dirección de Kitty, le estaban mudando de ropa. La larga y blanca espalda, con los enormes omoplatos salientes, las prominentes vértebras y las marcadas costillas, estaba al descubierto, y Maria Nikoláievna, ayudada por un criado, intentaba infructuosamente meter los brazos largos y rebeldes en las mangas de la camisa. Kitty, que se apresuró a cerrar la puerta en cuanto entró Levin, no miraba en esa dirección, pero al oír los gemidos del enfermo se acercó en seguida.

—¡Deprisa! —exclamó.

—No se acerque —murmuró con irritación el enfermo—. Ya puedo yo solo…

—¿Qué dice? —preguntó Maria Nikoláievna.

Pero Kitty, que había oído sus palabras, comprendió que le desagradaba y le daba vergüenza que lo viera desnudo.

—¡No le miro, no le miro! —dijo, introduciéndole el brazo en la manga—. Maria Nikoláievna, vaya por ese lado y arréglele la otra. Haz el favor de ir a nuestra habitación y coger un frasco que hay en mi saquito. Ya sabes, en el bolsillo lateral. Mientras lo traes, terminarán de limpiar aquí —añadió, dirigiéndose a su marido.

Al regresar con el frasco, el enfermo ya estaba tumbado, y a su alrededor todo había cambiado. El tufo que reinaba antes en la habitación había sido sustituido por el olor del vinagre y el perfume que Kitty, estirando los labios e inflando las rubicundas mejillas, estaba difundiendo con ayuda de un tubito. Ya no se veía polvo en ninguna parte; al pie de la cama había una alfombra. En la mesa, en perfecto orden, se alineaban los frascos, una garrafa, la ropa blanca necesaria, bien doblada, y la *broderie anglaise* de Kitty. En otra mesa, al lado de la cama del enfermo, había un vaso de agua, una vela y un tarro de polvos. El enfermo, lavado y peinado, envuelto en sábanas limpias y con la cabeza apoyada en almohadones muy altos, llevaba una pulcra camisa blanca, por la que asomaba un cuello extremadamente delgado. En sus ojos, que no se apartaban de Kitty, se advertía una nueva expresión de esperanza.

El médico, al que Levin había encontrado en el casino, no era el mismo que se había ocupado de Nikolái, y del que éste estaba tan descontento. Sacó el fonendoscopio, auscultó al enfermo, movió la cabeza, recetó una medicina y, después de explicar con todo lujo de detalles cómo había que administrársela, pasó a ocuparse del régimen que debía seguir. Le aconsejó que tomara huevos crudos o poco hechos, agua de seltz y leche fresca a cierta temperatura. Cuando se fue, el enfermo le dijo algo a su hermano, pero Levin sólo oyó las últimas palabras, «tu Katia». No obstante, por la mirada que dirigió a Kitty, Levin comprendió que la estaba alabando. A continuación el enfermo pidió a Katia (así la llamaba él) que se acercara.

—Estoy mucho mejor —dijo—. De haberla tenido a mi lado, hace tiempo que me habría curado. ¡Qué bien me encuentro!

Le tomó la mano y se la acercó a los labios, pero, como temiendo que eso le

desagradara, cambió de idea, la soltó y se limitó a acariciarla. Kitty cogió la mano de Nikolái con las suyas y se la apretó.

—Ahora vuélvanme del lado izquierdo y váyanse a dormir —dijo.

Ninguno de los presentes entendió lo que había dicho, sólo Kitty, porque no dejaba de pensar en lo que necesitaba.

—Hay que ponerlo del otro lado —le dijo a su marido—. Es sobre el que suele dormir. Es mejor que lo hagas tú, porque resulta embarazoso llamar a los criados. Yo no puedo hacerlo. ¿Y usted? —añadió, dirigiéndose a Maria Nikoláievna.

—Me da miedo —respondió ésta.

Por mucho que le desagradara abrazar ese cuerpo terrible, palpar por debajo de la manta esos miembros de los que prefería no saber nada, Levin se sometió a la influencia de su mujer. Adoptando una expresión decidida que Kitty conocía bien, pasó los brazos por debajo del enfermo y lo sujetó; no obstante, a pesar de su fuerza, se quedó sorprendido de lo mucho que pesaba ese cuerpo extenuado. Mientras Levin ayudaba a Nikolái a cambiar de postura, sintiendo alrededor del cuello su brazo enorme y descarnado, Kitty, con un movimiento fulgurante, sin hacer ruido, aprovechó para sacudir y volver la almohada y para arreglar los ralos cabellos del enfermo, que de nuevo se le habían pegado a las sienes.

Nikolái retuvo la mano de su hermano en la suya. Levin sintió que quería hacer algo, pues tiraba de ella. Con el corazón encogido, se la abandonó. Entonces el hermano se la llevó a los labios y la besó. Levin, sacudido por los sollozos e incapaz de pronunciar palabra, salió de la habitación.

XIX

«Ha ocultado a los sabios lo que ha revelado a los niños y a los imprudentes»,[10] pensaba Levin de su mujer, mientras hablaba con ella esa tarde.

Levin se había acordado de esas palabras del Evangelio no porque se considerase sabio. No creía que lo fuera, pero no podía dejar de reconocer que era más inteligente que su mujer y que Agafia Mijáilovna, ni tampoco que al pensar en la muerte lo hacía con todas las fuerzas de su espíritu. Sabía también que muchos hombres de inteligencia privilegiada, cuyas reflexiones sobre el particular había leído, habían pensado también en ese asunto, pero no sabían la centésima parte que su mujer y Agafia Mijáilovna. Por muy diferentes que fueran esas dos mujeres, su ama de llaves y Katia, como la llamaba su hermano Nikolái y como también a él le gustaba llamarla ahora, en esa cuestión eran absolutamente iguales. Las dos sabían muy bien lo que era la vida y lo que era la muerte. Y, aunque no habrían sido capaces de entender ni dar respuesta a las preguntas que acuciaban a Levin, ninguna de las dos albergaba la menor duda de la trascendencia de ese fenómeno, sobre el que tenían una visión idéntica, compartida por millones de personas. La prueba de que conocían perfectamente lo que era la muerte estribaba en que, sin vacilar un instante, sabían lo que había que hacer con los moribundos, a los que no temían. En cambio, Levin y los que eran como él podían hablar mucho de la muerte, pero era obvio que desconocían lo que significaba, que les daba miedo y que no tenían la menor idea de cómo ayudar a una persona que se estuviese muriendo. Si Levin hubiera estado solo con su hermano Nikolái, lo habría contemplado con espanto y, con mayor espanto aún, se habría quedado esperando el desenlace, incapaz de tomar ninguna otra decisión.

Y no era sólo eso. No sabía qué decir, cómo mirar, cómo andar. Le parecía no sólo ofensivo, sino también imposible hablar de algún asunto intrascendente; pero tampoco le resultaba posible hablar de la muerte o de cosas tristes, y mucho menos guardar silencio. «Si le miro, va a pensar que le estoy examinando; si no le miro, va a pensar que tengo la cabeza en otro sitio. Si ando de puntillas, se molestará; si ando con naturalidad, me sentiré avergonzado.» En cambio, Kitty no pensaba en sí misma, entre otras cosas porque no tenía tiempo. Pensaba en el enfermo, porque sabía lo que debía hacer, y todo salía bien. Hablaba de sí misma, de su boda, sonreía, se compadecía, lo acariciaba, refería casos de curación, y todo marchaba a las mil maravillas. En consecuencia, sabía lo que tenía que hacer. El comportamiento de ella y de Agafia Mijáilovna no era instintivo ni irreflexivo, como demostraba el hecho de que, además de los cuidados físicos y del alivio de los sufrimientos, tanto una como otra aspiraban a algo más importante, quino tenía que ver con los cuidados materiales. En una ocasión, hablando del viejo criado fallecido, Agafia Mijáilovna había dicho: «Gracias a Dios, ha comulgado y recibido la extremaunción. Ojalá el

Señor nos conceda a todos una muerte así». También Katia, además de ocuparse de la ropa blanca, las escaras y la bebida, desde el primer día consiguió convencer al enfermo de la necesidad de comulgar y recibir los sacramentos.

Cuando dejó al enfermo y volvió a sus habitaciones para pasar la noche, Levin se quedó sentado, con la cabeza gacha, sin saber qué hacer. Se sentía incapaz de pensar no ya en la cena, sino en los preparativos para irse a la cama o en lo que iban a hacer; ni siquiera encontraba fuerzas para hablar con su mujer: estaba avergonzado. Kitty, por el contrario, se mostraba más activa que de costumbre, y también más animada. Ordenó que les sirvieran la cena, deshizo el equipaje, ayudó a hacer las camas y no se olvidó de rociarlas con insecticida. Se advertía en ella esa rapidez de juicio que se apodera de los hombres antes de la batalla, en el ardor de la lucha, en una situación de peligro y en los momentos decisivos de la vida, cuando un hombre demuestra su valía de una vez para siempre y deja claro que su pasado no ha transcurrido en balde, que ha sido una suerte de preparación para esos momentos.

Trabajaba con tanto tesón que antes de que dieran las doce ya había sacado todas las cosas y las había ordenado de tal modo que aquellas habitaciones parecían su propio hogar: las camas estaban hechas, los cepillos, los peines y los espejos en su sitio, los paños en el lugar que les correspondía.

A Levin seguía pareciéndole imperdonable comer, dormir, hablar, y encontraba inconveniente cada uno de sus movimientos. Kitty, en cambio, ordenaba los cepillos, pero lo hacía de un modo que no resultaba ofensivo.

En cualquier caso, no pudieron cenar nada y tardaron mucho tiempo en dormirse, a pesar de que se fueron tarde a la cama.

—Celebro mucho haberle convencido de que reciba la extremaunción mañana —dijo Kitty, sentada en camisa de noche delante de su espejo de viaje, cepillando con un peine fino sus cabellos suaves y fragantes—. Jamás la he visto administrar, pero me ha dicho mamá que todas las oraciones hacen referencia a la curación.

—¿Es que crees que puede curarse? —preguntó Levin, mirando la estrecha raya en la parte de atrás de la redonda cabecita de Kitty, que se cerraba en cuanto pasaba el peine hacia delante.

—He hablado con el médico. Dice que no vivirá más de tres días. Pero ¿cómo puede saberlo? De todas formas, me alegro mucho de haberle convencido —dijo, mirando de soslayo a su marido por debajo del pelo—. Todo es posible —añadió con esa peculiar expresión de astucia que adoptaba siempre que hablaba de religión.

Después de aquella conversación sobre temas religiosos que habían entablado cuando eran novios, no habían vuelto a ocuparse de la cuesdón, pero Kitty seguía cumpliendo con los preceptos de la Iglesia, acudía a los oficios y rezaba, siempre con el sereno convencimiento de estar cumpliendo un deber. A pesar de lo que afirmaba su marido, estaba segura de que era tan buen cristiano como ella, o incluso mejor, y

de que todo lo que decía sobre el particular no era más que una de esas absurdas salidas de los hombres, como sus juicios sobre la *broderie anglaise*: que la gente de bien remendaba sus agujeros, mientras que ella los hacía a propósito.

—Sí, esa mujer, Maria Nikoláievna, no habría sido capaz de arreglarlo todo —dijo Levin—. Debo… reconocer que me alegro mucho, muchísimo, de que hayas venido. Eres tan pura que…

Le cogió la mano, pero no se la besó (hacer algo así cuando la muerte de su hermano era inminente le parecía poco delicado), limitándose a estrechársela con expresión culpable, al tiempo que miraba sus ojos brillantes.

—Habrías sufrido mucho estando solo —dijo Kitty y, levantando las manos con las que se cubría las mejillas, rojas de satisfacción, se anudó las trenzas en la nuca y las sujetó con unas horquillas—. No —continuó—, esa mujer no sabía qué hacer… Por suerte, yo aprendí muchas cosas en Soden.

—¿Es que allí también había enfermos así?

—Y peores.

—Lo que más pena me da es que no puedo dejar de verlo tal como era de joven… No puedes imaginarte qué muchacho tan encantador era. Pero entonces yo no lo comprendía.

—Pues claro que te creo. Presiento que *habríamos sido* muy buenos amigos —dijo Kitty y, asustada de lo que acababa de decir, se volvió hacia su marido con lágrimas en los ojos.

—Sí, lo *habrías sido* —repuso Levin con tristeza—. Es uno de esos hombres de los puede decirse con toda justicia que no están hechos para este mundo.

—No nos quedan muchos días por delante, así que es mejor que nos vayamos a la cama —dijo Kitty, echando un vistazo a su relojito.

XX
LA MUERTE

Al día siguiente el enfermo comulgó y recibió la extremaunción. Durante la ceremonia Nikolái rezó con fervor. En sus grandes ojos, fijos en el icono, colocado sobre una mesa de juego cubierta con un paño de colores, se reflejaba una súplica tan apasionada que Levin se asustó, pues se daba cuenta de que esa esperanza sólo contribuiría a que el trance de abandonar esta vida que tanto amaba fuera aún más doloroso. Conocía a su hermano y podía hacerse una idea de lo que estaba pensando. Sabía que su incredulidad no se debía a que le resultara más fácil vivir sin fe, sino a que poco a poco las teorías científicas modernas de los fenómenos del mundo la habían suplantado; por tanto, era consciente de que esa vuelta a la religión no era sincera, fruto de la reflexión, sino meramente temporal e interesada, motivada por una insensata esperanza de recobrar la salud. Tampoco ignoraba que Kitty había reforzado la esperanza con sus relatos de curaciones milagrosas. Por eso le resultaba tan doloroso contemplar esa mirada suplicante, llena de esperanza, esa mano escuálida que se levantaba a duras penas para hacer la señal de la cruz sobre la piel tirante de la frente, esos hombros salientes, ese pecho hundido y jadeante, que ya no podía seguir albergando la vida que imploraba el enfermo. Durante la administración de los sacramentos, Levin también rezó, dirigiendo a Dios, a pesar de su falta de fe, una súplica mil veces repetida: «Si existes, haz que este hombre se cure. De ese modo no sólo se salvará él, sino también yo».

Después de recibir la extremaunción, el enfermo se sintió mucho mejor. No tosió ni una vez en el transcurso de una hora, sonrió, besó las manos de Kitty, le expresó su agradecimiento con lágrimas en los ojos y le dijo que se encontraba bien, que no le dolía nada, que había recobrado las fuerzas y que tenía apetito. Hasta se incorporó cuando le trajeron la sopa y pidió una albóndiga más. A pesar de que estaba desahuciado (bastaba echarle un vistazo para convencerse) y de que no había ninguna posibilidad de que se restableciera, a lo largo de esa hora Kitty y Levin compartieron la misma agitación, mezcla a partes iguales de felicidad y temor.

—Está mejor.

—Sí, mucho mejor.

—Es sorprendente.

—No tiene nada de sorprendente.

—En cualquier caso, está mejor —se decían en un susurro, sonriendo.

La ilusión no duró mucho. El enfermo se quedó tranquilamente dormido, pero al cabo de media hora le despertó la tos. Y de pronto las esperanzas se desvanecieron en el ánimo de todos, empezando por él mismo. La realidad del sufrimiento acabó con ellas de una vez para siempre, condenando al olvido cualquier expectativa que

hubieran podido albergar.

Sin mencionar siquiera las ideas que se le habían pasado por la cabeza apenas media hora antes, como si le avergonzara acordarse, pidió que le dieran a respirar el frasco de yodo, cubierto de un papel agujereado. Levin se lo alargó, y la misma mirada de esperanza apasionada con que había comulgado se clavó ahora en su hermano, exigiendo que le confirmara las palabras del médico sobre los efectos milagrosos de la inhalación de yodo.

—¿No está Katia? —preguntó con voz ronca, mirando a su alrededor, cuando Levin corroboró con escaso entusiasmo la opinión del médico—. ¿No? Entonces puedo hablar… He representado esta comedia sólo por ella. ¡Es tan amable! Pero tú y yo no podemos engañarnos. Eso es lo que creo —dijo, apretando el frasco con su mano huesuda y aspirando su contenido.

Pasadas ya las siete, mientras Levin y Kitty tomaban el té en su habitación, Maria Nikoláievna entró corriendo, pálida, sin aliento, con los labios temblorosos.

—¡Se muere! —susurró—. Me temo que se va a morir de un momento a otro.

Marido y mujer corrieron al cuarto del enfermo, al que encontraron incorporado en la cama, apoyado en el codo, con la larga espalda doblada y la cabeza muy baja.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Levin en un susurro después de una pausa.

—Ha llegado el final —dijo Nikolái con esfuerzo, pero con sorprendente claridad, pronunciando lentamente las palabras. Sin levantar la cabeza, alzó la mirada, pero no alcanzó a ver el rostro de su hermano—. ¡Katia, vete! —añadió.

Levin pegó un salto y con un susurro perentorio la obligó a salir.

—Ha llegado el final —repitió.

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó Levin, por decir algo.

—Es el final —insistió, como si le gustara esa expresión.

Maria Nikoláievna se acercó a él.

—Será mejor que te tumbes, estarás más cómodo —dijo.

—Muy pronto yaceré tranquilo —repuso Nikolái—. Y bien muerto —añadió con ironía e irritación—. Bueno, acostadme si queréis.

Levin colocó a su hermano de espaldas, se sentó a su lado y se quedó mirando su cara, conteniendo la respiración. El moribundo tenía los ojos cerrados, pero los músculos de su frente se movían de vez en cuando, como cuando una persona está sumida en profundas e intensas reflexiones. Sin darse cuenta, Levin se puso a meditar en lo que estaría pasando en su interior, pero, por más que intentó que sus pensamientos fueran a la par con los del moribundo, comprendía por la expresión serena y dura de su rostro, como también por el movimiento de los músculos por encima de las cejas, que a su hermano se le aclaraban cada vez más todos esos misterios que para él seguían envueltos en sombras.

—Sí, sí, eso es —dijo lentamente el moribundo, separando mucho las palabras—.

Esperad. —De nuevo guardó silencio—. ¡Eso es! —exclamó de pronto con gran serenidad, como si todo se le hubiera aclarado—. ¡Ah, Señor! —añadió con un profundo suspiro.

Maria Nikoláievna le palpó los pies.

—Se le están poniendo fríos —susurró.

Durante un rato larguísimo, según le pareció a Levin, el enfermo no se movió. En cualquier caso seguía vivo y de vez en cuando suspiraba. A Levin le fatigaba ya esa tensión mental. A pesar de todos sus esfuerzos, no era capaz de comprender lo que significaban esas palabras. Tenía la impresión de que hacía un buen rato que se había quedado detrás del moribundo. Ya no tenía fuerzas para pensar en la muerte, pero involuntariamente le venían a la cabeza todas las cosas de las que tendría que ocuparse: cerrarle los ojos, amortajarlo, encargar el ataúd. Y, cosa extraña, sentía una indiferencia total, no experimentaba pena, ni angustia, ni siquiera piedad por su hermano, sino más bien una suerte de envidia, porque había entrado en posesión de unos conocimientos que a él le estaban vedados.

Se quedó mucho tiempo sentado a la cabecera, esperando el final. Pero éste no llegaba. La puerta se abrió y en el umbral apareció Kitty. Levin se levantó para impedirle el paso. Pero en ese momento oyó que el moribundo se movía.

—No te vayas —dijo Nikolái, tendiéndole la mano.

Levin le ofreció la suya y con un gesto destemplado le indicó a su mujer que se marchara de allí.

Pasó media hora, una hora, y luego otra hora más, con la mano del moribundo en la suya. Lejos de pensar en la muerte, se preguntaba qué estaría haciendo Kitty, quién se alojaría en la habitación contigua, si el médico tendría casa propia. Tenía hambre y sueño. Soltó con mucho cuidado la mano para palpar los pies del moribundo. Estaban fríos, pero Nikolái seguía respirando. Levin hizo otro intento por salir de puntillas, pero el enfermo volvió a agitarse y dijo:

—No te vayas.

Amaneció. La situación seguía siendo la misma. Levin soltó poco a poco la mano del moribundo y, sin mirarlo, se fue a su habitación y se quedó dormido. Cuando se despertó, en lugar de escuchar que el enfermo había fallecido, como esperaba, se enteró de que había vuelto a la situación de antes. Se había incorporado otra vez, tosía, comía, hablaba y ya no se refería a la muerte. De nuevo albergaba esperanzas de curación, pero se mostraba más irascible y sombrío que antes. Nadie, ni su hermano ni Kitty, podía calmarlo. Se enfadaba con todo el mundo, decía cosas desagradables, culpaba a los demás de sus sufrimientos y exigía que enviaran en busca de un célebre médico de Moscú. Cada vez que le preguntaban cómo se encontraba, respondía con una expresión de ira y de reproche:

—¡Mis sufrimientos son atroces, insoportables!

El enfermo cada vez sufría más, sobre todo por las escaras, que ya no había manera de curar, y cada vez se mostraba más colérico con las personas que le rodeaban, a las que culpaba de todo, sobre todo de que no llamaran al médico de Moscú. Kitty hacía lo indecible por ayudarlo, por confortarlo, pero era inútil. Levin se daba cuenta de que también ella estaba física y moralmente extenuada, aunque no quisiera reconocerlo. De aquel sentimiento despertado por la proximidad de la muerte, que se había apoderado de todos la noche en que Nikolái se despidió de la vida y llamó a su hermano, ya no quedaba nada. Todos sabían que la muerte era inevitable e inminente, que ya estaba medio muerto. Lo único que deseaban era que muriese cuanto antes, pero, procurando ocultar ese sentimiento, le administraban medicamentos, buscaban remedios y llamaban a los médicos, engañando al enfermo, engañándose a sí mismos y engañándose unos a otros. Y quien más sufría con la mentira era Levin, no sólo por su carácter, sino también porque era la persona que más quería al moribundo.

Hacía tiempo que acariciaba la idea de reconciliar a los dos hermanos, aunque sólo fuera antes de la muerte de Nikolái, así que decidió escribir a Serguéi Ivánovich y, una vez que recibió contestación, se la leyó al enfermo. Serguéi Ivánovich decía que no podía ir en persona, pero pedía perdón a su hermano con las palabras más conmovedoras.

Nikolái no dijo nada.

—¿Qué quieres que le escriba? —preguntó Levin—. Espero que no estés enfadado con él.

—¡No, en absoluto! —respondió Nikolái, a quien había irritado esa pregunta—. Dile que me envíe al médico.

Pasaron otros tres días terribles. El enfermo seguía igual. Todos los que le veían albergaban la esperanza de que se muriera pronto: los criados de la posada, el dueño, los huéspedes, el médico, Maria Nikoláievna, Kitty, Levin. El moribundo era el único que no expresaba ese deseo; al contrario, se enfadaba por que no hubieran traído al médico y seguía tomando las medicinas y hablando de la vida. Sólo en los raros momentos en que el opio le permitía olvidarse de sus incesantes dolores, sumido en un estado de somnolencia, decía lo que sentía en su corazón con mayor intensidad que cualquiera de los presentes: «¡Ah! ¡Ojalá acabara todo de una vez!», o bien: «¿Cuándo llegará el final?».

Los sufrimientos, cada vez más intensos, lo iban preparando para la muerte. No había ninguna postura en la que se encontrara cómodo, ningún momento en que se olvidara de su estado, ninguna parte o miembro del cuerpo que no le doliese, que no le atormentase. Hasta los recuerdos, pensamientos e impresiones de ese cuerpo le causaban tanta repugnancia como el cuerpo mismo. La presencia de otras personas,

sus palabras, sus propias remembranzas, todo eso constituía para él una tortura. Los que le rodeaban se daban cuenta y en su presencia no se atrevían a moverse con desenvoltura, a entablar conversación, a expresar sus propios deseos. Toda la vida del enfermo se concentraba en ese sentimiento de dolor y en el deseo de librarse de él.

Era evidente que se estaba produciendo esa transformación que le permitiría contemplar la muerte como la satisfacción de todos sus deseos, como la felicidad suprema. Antes cualquier deseo motivado por el dolor o por alguna privación, hambre, sed, cansancio, se satisfacía por una función corporal que le proporcionaba placer; ahora el sufrimiento y la privación no recibían satisfacción, y cualquier intento en ese sentido sólo conducía a nuevos sufrimientos. Por eso todos los deseos se fundían en uno solo: escapar de todos los sufrimientos y de su fuente, el cuerpo. Pero no tenía palabras para expresar ese deseo de liberación, por eso no hablaba de él, y por costumbre exigía la satisfacción de los deseos que ya no podían ser satisfechos.

—Volvedme del otro lado —decía, y al cabo de un segundo exigía que lo pusieran en la misma posición de antes—. Traedme un caldo. Llevaos este caldo. Contadme algo. ¿Por qué estáis todos callados? —Y en cuanto alguien empezaba a hablar, cerraba los ojos con expresión de cansancio, indiferencia y repulsión.

Al décimo día de su llegada Kitty enfermó. Tenía dolor de cabeza, vómitos, y no pudo levantarse de la cama en toda la mañana.

El médico declaró que era una consecuencia de la fatiga y de las emociones y le recomendó calma y reposo.

No obstante, después de comer, Kitty se levantó y fue con su labor a ver al enfermo, como de costumbre. En cuanto entró, Nikolái la miró con severidad y, cuando le dijo que estaba enferma, sonrió con desprecio. Ese día no paró de sonarse y de lanzar lastimosos gemidos.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Kitty.

—Peor —respondió Nikolái con dificultad—. ¡Me duele mucho!

—¿Dónde?

—En todo el cuerpo.

—Morirá hoy, ya lo verán —dijo Maria Nikoláievna. Aunque había hablado en un susurro, era más que probable que el enfermo la hubiera oído, pues, como había advertido Levin, no se le escapaba nada. Por eso la hizo callar y a continuación se volvió hacia su hermano. Nikolái había oído esas palabras, pero no le causaron la menor impresión. Seguía teniendo ese aire tenso, esa mirada de reproche.

—¿Qué le hace pensar eso? —le preguntó Levin a Maria Nikoláievna, una vez que ésta salió con él al pasillo.

—Pues que ha empezado a despojarse.

—¿Cómo a despojarse?

—Algo así —dijo, tirando de los pliegues de su vestido de lana.

La verdad es que a lo largo de todo el día Levin había observado que el enfermo había estado cogiéndose de la carne, como si quisiera arrancarse algo.

La predicción de Maria Nikoláievna se cumplió. Al anochecer Nikolái estaba ya tan débil que ni siquiera podía levantar los brazos y no hacía más que mirar al frente con atención reconcentrada. Ni siquiera cambiaba de expresión cuando su hermano o Kitty se inclinaban sobre él para que pudiera verlos. Kitty envió en busca de un sacerdote para que leyera las oraciones al moribundo.

Mientras el sacerdote cumplía con su cometido, el enfermo no dio señales de vida, ni siquiera abrió los ojos. Levin, Kitty y Maria Nikoláievna estaban al lado de la cama. Antes de que el sacerdote acabara de recitar sus oraciones, el moribundo se estiró, suspiró y abrió los ojos. Una vez que acabó de rezar, el sacerdote puso el crucifijo sobre la frente fría de Nikolái, luego la envolvió lentamente en su estola y, después de guardar silencio un par de minutos, palpó su enorme mano, helada y exangüe.

—Ha muerto —dijo, e hizo intención de apartarse.

Pero de pronto los bigotes pegados de Nikolái se estremecieron, y del fondo de su pecho salieron unos sonidos penetrantes y precisos que resonaron con nitidez en medio del silencio.

—No del todo… Pronto.

Al cabo de un minuto su rostro se iluminó, y una sonrisa se perfiló bajo el bigote. Al poco rato las mujeres se dispusieron a amortajar el cuerpo.

El aspecto de su hermano y la proximidad de la muerte renovaron en el alma de Levin ese sentimiento de horror ante el enigma y la inevitabilidad de la muerte que se había apoderado de él aquella tarde de otoño en que su hermano había ido a visitarle. Ese sentimiento era más intenso que entonces. Se sentía aún más incapaz de comprender el sentido de la muerte, y aún más terrible se le antojaba su inexorabilidad. Pero ahora, gracias a la presencia de su mujer, no cayó en la desesperación. A pesar de la cercanía de la muerte, sentía la necesidad de vivir y de amar. Se daba cuenta de que el amor le salvaba de la desesperación y que, bajo la amenaza de la desesperación, ese amor se iría haciendo más fuerte y más puro.

Apenas se había revelado ante sus ojos el misterio de la muerte, cuando surgió otro igual de inescrutable, que lo convocaba al amor y a la vida.

El médico confirmó sus propias sospechas sobre la enfermedad de Kitty: estaba embarazada.

XXI

Desde el momento en que Alekséi Aleksándrovich comprendió, gracias a las conversaciones con Betsy y Stepán Arkádevich, que lo único que le pedían era que dejara en paz a su mujer y no la importunara con su presencia, pues era la propia Anna quien lo deseaba, se sintió tan desorientado que no era capaz de tomar ninguna decisión. Como ya no sabía lo que quería, se puso en manos de esas personas que encontraban tanto placer en ocuparse de sus asuntos y se mostró de acuerdo con todo. Sólo cuando Anna se fue de casa y la inglesa envió a preguntarle si debía comer con él o aparte, comprendió por primera vez la situación en la que se encontraba y se horrorizó.

Su mayor motivo de aflicción era que no conseguía unir y conciliar su pasado con su existencia actual. Lo que le perturbaba no eran los tiempos felices en compañía de su esposa. Ya había superado ese período de sufrimientos que marcaba el tránsito entre su vida anterior y el momento en que se había enterado de la infidelidad de su mujer. Era una situación muy penosa, pero también comprensible. Si su mujer le hubiera declarado entonces su infidelidad y lo hubiera abandonado, se habría sentido desdichado y apenado, pero no se habría visto abocado a esa posición desesperada e incomprensible. No hallaba el modo de conciliar su reciente perdón, su ternura, su amor por la esposa enferma y una niña ajena con lo que le estaba ocurriendo ahora. Y, en verdad, ¿cuál había sido su recompensa? La soledad, el oprobio, las burlas, el abandono, el desprecio general.

Los dos días siguientes a la marcha de su mujer, Alekséi Aleksándrovich recibió solicitantes, habló con su secretario, asistió a las sesiones del Comité y cenó en el comedor, como de costumbre. Aunque no se diera cuenta, a lo largo de esos días concentró todas sus fuerzas en un único objetivo: aparentar serenidad e incluso indiferencia. Cuando los criados le preguntaron qué debía hacerse con las habitaciones y las cosas de Anna Arkádevna, hizo esfuerzos sobrehumanos para simular que aquello no le había cogido de improviso y que no tenía nada de extraordinario, y lo cierto es que lo consiguió: nadie advirtió en él la menor huella de desesperación. Pero, al tercer día, cuando Kornéi le presentó la factura de una tienda de modas, que Anna había olvidado pagar, y le informó de que el dependiente esperaba en la entrada, Alekséi Alsándrovich ordenó que le hicieran pasar.

—Perdone que me haya atrevido a molestarle, excelencia. En caso de que prefiera que nos dirijamos a su señora esposa, haga el favor de facilitarme su dirección.

Alekséi Aleksándrovich se sumió en sus pensamientos, o al menos así se lo pareció al dependiente, y de pronto se volvió y se sentó a la mesa. Pasó largo rato sin cambiar de postura, con la cabeza entre las manos. Varias veces intentó decir algo, pero no acabó de decidirse.

Consciente de los sentimientos que embargaban a su señor, Kornéi pidió al dependiente que volviera en otra ocasión. Una vez solo, Alekséi Aleksándrovich tuvo que confesarse que no estaba en condiciones de seguir interpretando ese papel de hombre firme y sereno. Pidió que desengancharan el coche, ya listo en la puerta, dio órdenes de que no dejaran pasar a nadie y no se presentó en el comedor a la hora de cenar.

Sabía que no sería capaz de soportar la presión del desprecio general, la animadversión que había adivinado en el rostro del empleado, en el de Kornéi y en el de todas las personas, sin excepción, con las que había coincidido en el transcurso de esos dos días. Comprendió que no podría librarse del odio ajeno, porque no se debía a una conducta reprensible (en ese caso habría podido solucionarlo todo portándose mejor), sino a una desdicha vergonzosa y execrable. El hecho mismo de que tuviera el corazón hecho trizas haría que la gente se mostrara despiadada. Sus semejantes acabarían con él como los perros despedazan a uno de los suyos que ha resultado herido y aulla de dolor. Sabía que el único modo de salvarse era ocultar sus heridas, y era lo que había intentado hacer instintivamente a lo largo de esos dos días. Pero ya no tenía fuerzas para proseguir esa lucha desigual.

Su desesperación aumentó con la conciencia de que estaba completamente solo con su pena. Ni en San Petersburgo ni en ninguna otra parte había una sola persona a la que pudiera contarle todo lo que sentía, alguien que se compadeciera de él, no en su condición de alto funcionario o miembro de la sociedad, sino simplemente como hombre que sufre.

Alekséi Aleksándrovich se había quedado huérfano a muy corta edad. Sólo tenía un hermano. No se acordaba de su padre, y su madre había muerto cuando él tenía diez años. No disponían de muchos medios. Su tío Karenin, un importante funcionario que en otros tiempos había sido favorito del difunto emperador, se encargó de la educación de los dos hermanos.

Después de concluir los estudios en el instituto y en la universidad con premios extraordinarios, Alekséi Aleksándrovich, gracias a la ayuda de su tío, inició una brillante carrera administrativa, y a partir de ese momento consagró todos sus esfuerzos a ascender en el escalafón. Ni en el instituto ni en la universidad, ni más tarde en el desempeño de sus funciones, había entablado relaciones de amistad con nadie. Su hermano era la persona más cercana, pero había ingresado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y había pasado toda su vida en el extranjero, donde murió poco después de la boda de Alekséi Aleksándrovich.

En la época en que fue gobernador provincial, la tía de Anna, una señora muy rica de la zona, puso en contacto a su sobrina con ese hombre ya maduro, aunque joven para el cargo que ocupaba, y maniobró de tal manera que a Alekséi Aleksándrovich no le quedaron más que dos salidas: declararse o abandonar la ciudad. Durante

mucho tiempo Karenin vaciló. Le parecía que ese paso ofrecía tantas ventajas como inconvenientes. Y no veía ninguna razón determinante que le obligara a traicionar la norma por la que se regía: en caso de duda, abstente.[11] Pero la tía de Anna, sirviéndose de un conocido, le dio a entender que ya había comprometido a la muchacha y que su honor de caballero le obligaba a pedir su mano. Así lo hizo Alekséi Aleksándrovich, que a partir de ese momento profesó a su novia y futura esposa todo el cariño de que era capaz.

La devoción que sentía por Anna excluyó de su alma cualquier necesidad de relaciones íntimas con sus semejantes. Y ahora descubría que entre todos sus conocidos no había nadie a quien pudiera dar el título de amigo. No carecía de eso que se llama contactos, pero no tenía ninguna persona cercana. Podía invitar a cenar a mucha gente, solicitar su concurso en algún asunto que le interesara, encomendar a algún solicitante, criticar abiertamente los actos de otros funcionarios y de miembros destacados del gobierno, pero sus relaciones con esos individuos se circunscribían a una esfera claramente definida por las costumbres y las conveniencias, de la que no era posible salir. Había un compañero de universidad con el que había intimado después y al que habría podido confiar su desgracia personal, pero era inspector de enseñanza en un distrito remoto. De todas las personas a las que trataba en San Petersburgo, las más allegadas y accesibles eran su secretario y su médico.

Mijaíl Vasílevich Sliudin, el secretario, era un hombre bondadoso, inteligente y probo, y Alekséi Aleksándrovich advertía que estaba bien dispuesto hacia él; pero en los cinco años que llevaban trabajando juntos se había levantado entre ambos una barrera que impedía las efusiones del corazón.

En cuanto terminó de firmar documentos, guardó silencio largo rato y se quedó mirando a Mijaíl Vasílevich; en varias ocasiones estuvo tentado de hablarle, pero no se decidió. Ya había preparado una frase: «¿Se ha enterado usted de mi desgracia?». Pero acabó diciendo, como de costumbre:

—Entonces, prepáreme esos papeles.

Y lo despidió.

También el médico estaba bien dispuesto. Pero hacía tiempo que habían establecido un acuerdo tácito: los dos estaban abrumados de trabajo y tenían mucha prisa.

En cuanto a las amigas, Alekséi Aleksándrovich no pensó en ellas; ni siquiera en la más destacada de todas, la condesa Lidia Ivánovna. Todas las mujeres, en su mera condición de tales, le parecían aterradoras y repulsivas.

XXII

Alekséi Aleksándrovich se había olvidado de la condesa Lidia Ivánovna, pero ésta no se había olvidado de él. En ese momento tan penoso de desesperación y soledad se presentó en su casa y, sin hacerse anunciar, entró en su despacho. Se lo encontró en esa misma postura, con la cabeza entre las manos.

—*J'ai forcé la consigne*[12] —dijo, avanzando con pasos rápidos y respirando con dificultad por la emoción y la presteza de sus movimientos—. ¡Me he enterado de todo! ¡Alekséi Aleksándrovich! ¡Amigo mío! —prosiguió, cogiendo su mano entre las suyas y apretándosela con fuerza, mientras lo miraba con sus hermosos ojos pensativos.

Alekséi Aleksándrovich, con el ceño fruncido, se levantó, liberó su mano y le acercó una silla.

—Haga el favor de sentarse, condesa. No recibo porque no me encuentro bien —dijo, y sus labios temblaron.

—¡Amigo mío! —repitió la condesa Lidia Ivánovna, sin dejar de mirarlo. De pronto los bordes interiores de las cejas se alzaron, formando un triángulo sobre la frente. Su rostro feo y amarillento se volvió aún más desagradable, pero Alekséi Aleksándrovich notaba que le compadecía y que estaba a punto de echarse a llorar. Y se sintió conmovido: le cogió la mano regordeta y se puso a besarla—. ¡Amigo mío! —prosiguió la condesa, con la voz entrecortada por la emoción—. No debe usted abandonarse a su dolor. Su pena es muy grande, pero debemos encontrar algún consuelo.

—¡Estoy destrozado, aniquilado! ¡Ya no soy un hombre! —exclamó Alekséi Aleksándrovich y le soltó la mano, pero siguió mirando sus ojos llenos de lágrimas—. Mi situación es terrible porque no encuentro en ninguna parte, ni siquiera en mí mismo, puntos de apoyo.

—Ya encontrará usted ese apoyo, no en mí, desde luego, aunque le ruego que no dude de mi amistad —dijo la condesa con un suspiro—. Nuestro apoyo es el amor, el amor que Dios nos ha legado. Su yugo es ligero —añadió con esa mirada exaltada que Alekséi Aleksándrovich conocía tan bien—. Dios le sostendrá y le ayudará.

Aunque en esas palabras vibraba el enternecimiento ante la elevación de los sentimientos propios y la novedosa exaltación mística que se había difundido en los últimos tiempos por San Petersburgo y que Alekséi Aleksándrovich juzgaba superflua, le agradó escucharlas.

—Me siento débil. Estoy aniquilado. No he previsto nada y ahora no entiendo nada.

—Amigo mío —repitió Lidia Ivánovna.

—¡No lamento lo que he perdido! ¡No lo lamento! —prosiguió Alekséi

Aleksándrovich—. Pero no puedo dejar de avergonzarme delante de la gente por la posición en que me encuentro. Ya sé que no está bien, pero no puedo evitarlo.

—No fue usted quien protagonizó ese noble acto de perdón que tanto hemos admirado todos, sino Dios, que moraba en su corazón —dijo la condesa Lidia Ivánovna, levantando los ojos con fervor—. Así que no tiene usted de qué avergonzarse.

Alekséi Aleksándrovich frunció el ceño, apretó las manos e hizo crujir los nudillos.

—Hay que conocer todos los detalles —dijo con su voz penetrante—. Las fuerzas de un hombre tienen sus límites, condesa, y yo he llegado al límite de las mías. Me he pasado el día entero dando disposiciones en la casa, obligado —recalcó esa última palabra— por mi nueva situación de hombre solo. Los criados, la institutriz, las cuentas… Todas esas menudencias me están consumiendo a fuego lento. Ya no puedo más. Ayer… casi me levanté de la mesa durante la cena. Era incapaz de soportar la mirada de mi hijo. No se atrevía a preguntarme qué estaba pasando, pero era evidente que quería hacerlo, y yo no podía aguantar su mirada. Le daba miedo mirarme, pero eso no es todo…

Alekséi Aleksándrovich se disponía a mencionar la factura que le habían traído, pero le tembló la voz y se detuvo. El recuerdo de esa factura sobre papel azul, por un sombrerito y unas cintas, le inspiraba compasión de sí mismo.

—Le entiendo, amigo mío —dijo la condesa Lidia Ivánovna—. Lo entiendo todo. No es en mí en quien debe buscar amparo y consuelo, pero en cualquier caso he venido para ayudarle en lo que esté a mi alcance. Si pudiera liberarle de esas menudas preocupaciones tan humillantes… Por lo que veo, aquí hace falta la mano de una mujer. ¿Me permite que me encargue yo de esas cosas?

Alekséi Aleksándrovich, sin pronunciar palabra, le apretó la mano en señal de agradecimiento.

—Nos ocuparemos juntos de Seriozha. No tengo mucha experiencia en asuntos de orden práctico, pero pondré todo mi empeño. Seré su ama de llaves. No me dé las gracias. No soy yo quien lo hace…

—No puedo menos de agradecérselo.

—Pero haga el favor de no abandonarse a ese sentimiento del que me habló usted antes, amigo mío: avergonzarse de lo que constituye la cumbre suprema del cristianismo. «El que se humilla será ensalzado».[13] Y no tiene por qué darme las gracias. Es a Dios a quien debe dirigir sus súplicas y su agradecimiento. Sólo en Él encontraremos paz, consuelo, salvación y amor —dijo la condesa, levantando los ojos al techo, y a continuación se puso a rezar, como dedujo Alekséi Aleksándrovich por su silencio.

Karenin la escuchaba, y las mismas expresiones que antes le habían parecido, si

no desagradables, al menos superfluas, ahora se le antojaban naturales y confortadoras. No le gustaba ese novedoso espíritu de exaltación. Era creyente, la religión le interesaba, sobre todo, desde el punto de vista político, pero la nueva doctrina, que permitía algunas interpretaciones nuevas, le desagradaba por principio, precisamente porque abría la puerta al debate y el análisis. Antes había reaccionado con indiferencia e incluso con hostilidad a esas nuevas enseñanzas, y en presencia de Lidia Ivánovna, entusiasta seguidora, había evitado todo tipo de discusión, optando por guardar un obstinado silencio ante sus provocaciones. Ahora, por primera vez, oía sus palabras con agrado, sin contradecirla en su fuero interno.

—Le agradezco de todo corazón tanto sus palabras como sus actos —dijo, cuando la condesa acabó de rezar.

Lidia Ivánovna estrechó una vez más las dos manos de su amigo.

—Bueno, ¿a qué estoy esperando? —dijo con una sonrisa, después de una pausa, mientras se enjugaba las lágrimas—. Voy a ver a Seriozha. Sólo le molestaré en caso de extrema necesidad.

Acto seguido se levantó, salió y se dirigió a la habitación de Seriozha. Una vez allí, bañó de lágrimas las mejillas del asustado muchacho, le dijo que su padre era un santo y que su madre había muerto.

La condesa Lidia Ivánovna cumplió su promesa. Se encargó de todas las tareas relativas al mantenimiento y la administración de la casa de Alekséi Aleksándrovich. Pero lo cierto es que no había exagerado cuando dijo que no tenía mucho talento para los asuntos prácticos. Había que cambiar todas sus disposiciones, ya que eran completamente irrealizables. Fue Kornéi, el ayuda de cámara de Alekséi Aleksándrovich, quien asumió la responsabilidad de introducir las modificaciones pertinentes. Sin que nadie se diera cuenta había empezado a llevar las riendas de la casa.

Mientras ayudaba al señor a vestirse, le comunicaba todo lo necesario con tanto tino como buen juicio. Pero, en cualquier caso, la ayuda de Lidia Ivánovna fue efectiva en grado sumo: no sólo constituyó un apoyo moral para Alekséi Aleksándrovich, gracias a sus muestras de cariño y respeto, sino que, como le gustaba pensar, lo había convertido poco más o menos al cristianismo verdadero, pues, de hombre tibio e indiferente en materia de fe, se había transformado en ferviente y firme partidario de esa nueva doctrina que se había extendido en los últimos tiempos por San Petersburgo. A Alekséi Aleksándrovich no le resultó difícil dar ese paso. Lo mismo que Lidia Ivánovna y otras personas que compartían esa visión, carecía de imaginación, de esa facultad interior gracias a la cual las imágenes evocadas por la imaginación se vuelven tan reales que necesitan combinarse con otros conceptos y con la realidad misma. No se le antojaba imposible ni incongruente que la muerte

existiera para los no creyentes pero no para él, y, dada la magnitud de su fe, de la que no había más juez que él mismo, su alma estaba libre de pecado, y su salvación asegurada ya en este mundo.

La verdad es que de un modo confuso se daba cuenta de la ligereza y el error de tal concepción de la fe. Sabía que cuando se entregó al sentimiento espontáneo del perdón, sin pensar que se debía a la influencia de una potencia suprema, había experimentado una felicidad mayor que la que le embargaba ahora, cuando pensaba a cada momento que Cristo moraba en su alma y que, cuando firmaba documentos, estaba cumpliendo su voluntad. En cualquier caso, dado el estado de humillación al que había llegado, necesitaba pensar así, necesitaba esta grandeza ilusoria. Sólo desde esta altura, él, despreciado por todos, podía despreciar a los demás. Por eso se aferraba a esas convicciones nuevas como si fueran una tabla de salvación.

XXIII

Siendo la condesa Lidia Ivánovna una muchacha muy joven y exaltada, la casaron con un vividor rico y de buena familia, tan bondadoso como disoluto. Al segundo mes de matrimonio el marido la abandonó, respondiendo con ironía e incluso con hostilidad a sus efusivas demostraciones de ternura, algo que no podían entender quienes conocían el noble corazón del conde y no veían defectos en la apasionada Lidia. Desde entonces, aunque no se habían divorciado, vivían separados, y, cuando el conde se encontraba con su mujer, siempre la trataba con una ironía envenenada que nadie lograba explicarse.

Hacía mucho tiempo que la condesa Lidia Ivánovna había dejado de amar a su marido, pero desde entonces siempre estaba enamorada de alguien. Solía enamorarse de varias personas a la vez, tanto de hombres como de mujeres, sobre todo de los que se distinguieran de alguna manera. Se encaprichaba de todas las princesas y todos los príncipes emparentados con la familia del zar. Se había prendado de un metropolitano, de un obispo, de un sacerdote. También de un periodista, de tres eslavófilos, de Komisárov,[14] de un ministro, de un médico, de un misionero inglés y de Karenin. Todos estos amores, con sus diferentes fases de fervor y enfriamiento, llenaban su corazón y le procuraban una ocupación, y al mismo tiempo no le impedían tener relaciones más complicadas y diversas tanto en la corte como en la alta sociedad. Pero desde el día en que tomó bajo su protección especial al desdichado Karenin, se encargó de la administración de su casa y se preocupó de su bienestar, se dio cuenta de que todos sus amores anteriores no eran verdaderos, de que en realidad sólo estaba enamorada de Karenin. Tenía la impresión de que jamás la había embargado un sentimiento tan intenso. Cuando se ponía a analizarlo y hacía comparaciones, llegaba a la conclusión de que no se habría enamorado de Komisárov si no hubiera salvado la vida del emperador, ni tampoco de Ristich-Kudzhitski,[15] de no haber sido por la cuestión eslava. En cambio, a Karenin lo amaba por sí mismo, por su alma elevada e incomprendida, por su voz aguda y su habla reposada, que le resultaba tan agradable, por su mirada cansada, por su carácter, por sus manos blancas y fofas, de venas protuberantes. No sólo le alegraba encontrarse con él, sino que buscaba en su rostro indicios de la impresión que le causaba. Aspiraba a que le gustaran no sólo sus palabras, sino toda su persona. Jamás había puesto tanto cuidado en su atuendo como ahora. Y se perdía en ensoñaciones sobre lo que habría pasado si ella no estuviera casada y él fuera libre. Cuando Karenin entraba en la habitación, se ruborizaba de emoción y no podía impedir que una sonrisa asomara a los labios cuando le dirigía una palabra amable.

Hacía ya varios días que la princesa Lidia Ivánovna se hallaba en un estado de agitación extrema. Había llegado a su conocimiento que Anna y Vronski estaban en

San Petersburgo. Había que evitar a Alekséi Aleksándrovich el suplicio de verla, impedir que se enterara de que esa horrible mujer se encontraba en la misma ciudad y podía encontrarse con ella en cualquier momento.

Por medio de sus conocidos Lidia Ivánovna averiguó lo que se disponían a hacer esas «personas repulsivas», como llamaba a Anna y a Vronski, y procuró dirigir los movimientos de su amigo a lo largo de esos días para que no coincidiera con ellos. Un joven ayudante, amigo de Vronski, que era quien la tenía informada, pues contaba con el apoyo de la condesa para obtener una concesión del gobierno, le dijo que Anna y Vronski habían concluido sus asuntos y se disponían a abandonar la ciudad al día siguiente. Lidia Ivánovna había empezado ya a tranquilizarse cuando a la mañana siguiente recibió un billete, cuya letra reconoció con horror. Era la de Anna Karénina. El papel del sobre era tan grueso que parecía corteza de tilo y la hoja oblonga y amarillenta despedía un agradable perfume y tenía un inmenso monograma.

—¿Quién lo ha traído?

—Un mozo del hotel.

Durante un buen rato la condesa no fue capaz de sentarse a leer la carta. Su agitación era tan grande que sufrió un ataque de asma. Una vez que se tranquilizó, leyó el contenido de la nota, escrita en francés:

> *Madame la Comtesse*: Los sentimientos cristianos de que está imbuido su corazón me incitan a cometer la imperdonable audacia de escribirle. La separación de mi hijo me llena de pesar. Le ruego que me permita verlo una sola vez antes de mi partida. Perdone que le recuerde mi existencia. Me dirijo a usted, y no a Alekséi Aleksándrovich, porque no quiero que el recuerdo de mi persona haga sufrir a ese hombre magnánimo. Sé la amistad que le profesa usted, por eso he pensado que me entendería. ¿Me enviará usted a Seriozha, prefiere que vaya yo a casa a una hora determinada o espero a que me indique otro lugar donde pueda encontrarme con él? Conociendo la grandeza de alma de quien debe tomar la decisión, confío en no recibir una negativa. No puede usted imaginarse las ganas que tengo de ver a mi hijo, ni tampoco lo mucho que le agradecería su ayuda.
>
> Anna

Todo en aquella carta irritó a la condesa: el contenido, la alusión a la magnanimidad y, sobre todo, el tono en que estaba escrita, que se le antojó desenvuelto.

—Dígale que no hay respuesta —indicó al mozo.

Acto seguido abrió su carpeta y escribió a Alekséi Aleksándrovich, al que

esperaba ver entre las doce y la una en la recepción de palacio: «Necesito hablar con usted de un asunto importante y doloroso. Allí acordaremos dónde reunirnos. Lo mejor sería que fuéramos a mi casa, donde ordenaré que le preparen *su* té. Es indispensable que nos veamos. El Señor nos impone su cruz, pero también nos da fuerzas para sobrellevarla», añadió, a fin de prepararle un poco.

Por lo general, la condesa escribía dos o tres notas diarias a Alekséi Aleksándrovich. Le gustaba esa manera de comunicarse con él, pues combinaba la elegancia con el misterio, características que se echaban a faltar en sus relaciones personales.

XXIV

La recepción había terminado. Mientras se retiraban, los invitados comentaban las últimas novedades del día: las condecoraciones acordadas, los cambios en las altas esferas.

—Si al menos hubieran promovido a Maria Borísovna a ministra de la Guerra y a la princesa Vatkóvskaia a jefe de Estado Mayor —dijo un anciano de pelo blanco, con uniforme bordado en oro, dirigiéndose a una dama de honor alta y hermosa que le había preguntado por los nuevos nombramientos.

—Y a mí a ayuda de campo —respondió la dama de honor con una sonrisa.

—Pero si usted ya tiene un cargo en el departamento de asuntos religiosos, con Karenin como ayudante.

—¡Buenos días, príncipe! —exclamó el anciano, estrechando la mano de un hombre que venía a su encuentro.

—¿Qué estaba diciendo de Karenin? —preguntó el príncipe.

—Putiakov y él han recibido la orden de Aleksandr Nevski.

—Pensaba que ya la tenía.

—No. Mírenlo —dijo el anciano, señalando con su sombrero galoneado a Karenin, que, con su uniforme de corte y su nueva banda roja al hombro, estaba al lado de la puerta de la sala, en compañía de uno de los miembros más influyentes del Consejo imperial—. Contento y feliz como un niño con zapatos nuevos —añadió, deteniéndose para estrechar la mano de un apuesto chambelán, de complexión atlética.

—No, ha envejecido —objetó éste.

—Por culpa de las preocupaciones. Se pasa el tiempo redactando proyectos. No soltará a su desdichado interlocutor hasta que le haya explicado su plan punto por punto.

—¿Dice usted que ha envejecido? *Il fait des passions*.[16] Creo que la condesa Lidia Ivánovna tiene celos de su mujer.

—¡Vamos, vamos! Haga el favor de no hablar mal de la condesa Lidia Ivánovna.

—¿Y qué tiene de malo decir que se ha enamorado de Karenin?

—¿Es cierto que la señora Karénina está aquí?

—No aquí, en el palacio, pero sí en San Petersburgo. Ayer me la encontré en la calle Morskaia. Iba *bras dessus, bras dessous*[17] con Alekséi Vronski.

—*C'est un homme qui n'a pas…*[18] —empezó a decir el chambelán, pero se interrumpió para dejar paso y saludar a un miembro de la familia imperial.

Mientras esas personas seguían hablando de Alekséi Aleksándrovich, criticándole y ridiculizándole, éste, cerrando el paso al miembro del Consejo imperial que había caído en sus manos, le exponía punto por punto su proyecto financiero, sin

interrumpirse ni por un momento para no darle ocasión de escapar.

Casi al mismo tiempo que su mujer le abandonó, Alekséi Aleksándrovich se había encontrado en la peor situación que cabe imaginar para un funcionario: la marcha ascendente de su carrera se había interrumpido. Y el único que no se daba cuenta era el propio interesado. Ya fuera por el enfrentamiento con Strémov, por la desgracia con su mujer o porque había llegado al límite que le estaba destinado, el caso es que ese año a todo el mundo le pareció obvio que su carrera administrativa había terminado. Todavía ocupaba un cargo importante, era miembro de muchas comisiones y comités, pero era un hombre acabado del que ya no se esperaba nada. Cualesquiera que fueran sus palabras o propuestas, todo el mundo lo escuchaban como si estuviera exponiendo algo archisabido e innecesario.

Pero Alekséi Aleksándrovich no se daba cuenta; al contrario, desde que no participaba de manera activa en las tareas gubernamentales, veía con más claridad que antes las faltas y los errores que cometían los demás y consideraba su deber indicarles el modo de corregirlos. Poco después de separarse de su mujer, empezó a escribir un informe sobre los tribunales nuevos, el primero de una serie interminable de documentos totalmente superfluos sobre cualquier rama de la administración.

Lejos de ser consciente de su posición desesperada en los ambientes oficiales o de lamentarse por ello, estaba más satisfecho que nunca de su actividad.

«El hombre casado se preocupa de asuntos mundanos y de cómo agradar a su esposa; el soltero, de las cosas de Dios y del modo de servirle mejor», dice el apóstol Pablo. Y él, que ahora se guiaba en todo por las Escrituras, se acordaba con frecuencia de ese texto. Tenía la impresión de que, desde que su mujer se había marchado, servía mejor al Señor, gracias a sus proyectos.

La visible impaciencia del miembro del Consejo, que no veía el modo de librarse de él, no molestó a Alekséi Aleksándrovich. No dio por concluidas las explicaciones hasta que su interlocutor, aprovechando que un miembro de la familia imperial pasaba por allí, logró escabullirse.

Una vez solo, bajó la cabeza, puso en orden sus ideas, miró a su alrededor con aire distraído y se dirigió a la puerta, donde esperaba encontrarse con la condesa Lidia Ivánovna.

«¡Qué fuertes y robustos son todos! —se dijo, contemplando al pasar las patillas bien peinadas y perfumadas del vigoroso chambelán y el cuello rojo del príncipe, ceñido por el uniforme—. Con razón dicen que todo va mal en el mundo», pensó, mirando de reojo las pantorrillas del chambelán.

Moviendo los pies sin apresurarse, Alekséi Aleksándrovich, con su habitual aspecto de cansancio y dignidad, saludó a los señores que estaban hablando de él y, mirando hacia la puerta, se puso a buscar con los ojos a la condesa Lidia Ivánovna.

—¡Ah, Alekséi Aleksándrovich! —dijo el anciano, con un brillo maligno en los

ojos, en el momento en que Karenin llegaba a su altura, e inclinó la cabeza con frialdad—. Aún no le he felicitado —añadió, señalando la banda que acababa de recibir.

—Gracias —contestó Alekséi Aleksándrovich—. Qué día tan maravilloso —agregó, recalcando la última palabra, como solía hacer.

Sabía que se estaban burlando de él, pero no esperaba de ellos más que hostilidad. Ya estaba acostumbrado.

Al divisar en la puerta los hombros amarillentos de la condesa Lidia Ivánovna, que sobresalían del corsé, y sus hermosos y pensativos ojos, que lo llamaban, Alekséi Aleksándrovich sonrió, dejando al descubierto sus dientes blancos e impolutos, y se acercó a ella.

Como era habitual en los últimos tiempos, el vestido que llevaba Lidia Ivánovna le había causado muchos desvelos. El propósito que perseguía ahora era completamente distinto del de treinta años antes. Entonces quería adornarse con cualquier cosa, cuanto más, mejor. Ahora, por el contrario, se creía en la obligación de recurrir a atavíos que no cuadraban con su edad ni con su figura, y lo único que le preocupaba era que el contraste entre sus adornos y su aspecto no fuera demasiado brutal. En lo que respecta a Alekséi Aleksándrovich lo había conseguido, pues la encontraba encantadora. En medio de ese mar de hostilidad y burlas que le rodeaba, el amor y la simpatía de aquella mujer constituían la única isla.

Al atravesar esa red de miradas irónicas, se sentía atraído por esos ojos amorosos con la misma naturalidad que una planta por la luz.

—Le felicito —le dijo la condesa, señalando la banda con los ojos.

Reprimiendo una sonrisa de satisfacción, Alekséi Aleksándrovich se encogió de hombros y cerró los ojos, como dando a entender que semejantes cosas no podían alegrarlo. La condesa Lidia Ivánovna sabía perfectamente que la distinción constituía uno de sus principales motivos de satisfacción, aunque jamás se atrevería a reconocerlo.

—¿Y cómo está nuestro ángel? —preguntó la condesa, refiriéndose a Seriozha.

—No puedo decir que esté muy contento de él —respondió Alekséi Aleksándrovich, arqueando las cejas y abriendo más los ojos—. Y tampoco lo está Sítnikov. —Sítnikov era el maestro al que habían confiado la educación de Seriozha — Como ya le he dicho a usted, da muestras de cierta frialdad ante las cuestiones esenciales, que deben conmover el alma de cualquier persona y de cualquier niño. —Empezó a exponer su opinión sobre el único asunto que le interesaba más allá de las tareas administrativas: la educación de su hijo.

Cuando Alekséi Aleksándrovich, con la ayuda de Lidia Ivánovna, volvió a la vida y retomó sus actividades, llegó a la conclusión de que estaba obligado a ocuparse de la educación del hijo que había quedado en sus manos. Como nunca se había

interesado por esas cuestiones, dedicó algún tiempo al estudio teórico del tema. Después de leer varias obras de antropología, pedagogía y didáctica, elaboró un plan de estudios y, para ponerlo en práctica, llamó al mejor preceptor de San Petersburgo. A partir de entonces el problema se convirtió en motivo constante de atención.

—Pero ¿y el corazón? Veo que tiene el mismo corazón de su padre, y con un corazón así el niño no puede ser malo —replicó Lidia Ivánovna con entusiasmo.

—Sí, tal vez… En lo que a mí respecta, trato de cumplir con mi deber. Es lodo lo que puedo hacer.

—Venga a mi casa —dijo la condesa, después de una pausa—. Tengo que hablarle de un asunto bastante doloroso para usted. Daria cualquier cosa por evitarle ciertos recuerdos, pero otras personas no piensan de la misma manera. He recibido una carta de *ella*. Está aquí, en San Petersburgo.

Al oír mencionar a su mujer, Alekséi Aleksándrovich se estremeció, pero al momento su rostro recobró esa inmovilidad cadavérica que expresaba su completa impotencia en ese asunto.

—Lo esperaba —dijo.

La condesa Lidia Ivánovna lo miró extasiada, y unas lágrimas de admiración brotaron en sus ojos ante esa grandeza de alma.

XXV

Cuando Alekséi Aleksándrovich entró en el pequeño y acogedor gabinete de la condesa Lidia Ivánovna, lleno de retratos y de porcelana antigua, no encontró a la dueña de la casa. Se estaba cambiando de traje.

En la mesa redonda, cubierta con un mantel, había un servicio de té chino y una tetera de plata que funcionaba con alcohol. Alekséi Aleksándrovich paseó una mirada distraída por los innumerables y familiares retratos que adornaban la habitación, se sentó y abrió el Evangelio que había sobre la mesa. El frufrú del vestido de seda de la condesa le distrajo.

—Bueno, ya podemos pasar un rato tranquilos —dijo Lidia Ivánovna con una sonrisa emocionada, al tiempo que se deslizaba apresuradamente entre la mesa y el sofá—. Y, mientras hablamos, tomaremos el té.

Después de un breve preámbulo para prepararlo, la condesa, respirando con dificultad y ruborizándose, le entregó a Alekséi Aleksándrovich la carta que había recibido.

Después de leerla, Karenin guardó silencio largo rato.

—Supongo que no tengo derecho a negárselo —dijo con timidez, levantando los ojos.

—¡Amigo mío! ¡Usted no ve el mal en nada!

—Al contrario, lo veo en todas partes. Pero ¿acaso sería justo…?

En su rostro se reflejaba la indecisión, el deseo de que alguien le aconsejara, le brindara apoyo y le sirviera de guía en un asunto incomprensible para él.

—No —le interrumpió la condesa—. Todo tiene sus límites. Comprendo la inmoralidad —en ese punto no era del todo sincera: nunca había podido entender qué llevaba a las mujeres a comportarse de un modo inmoral—, pero no la crueldad. ¿Y con quién? ¡Con usted! ¿Cómo se le ha ocurrido venir a la misma ciudad en la que vive usted? No, nunca deja una de aprender cosas. Yo estoy aprendiendo a comprender la grandeza de usted y la bajeza de ella.

—¿Y quién tirará la primera piedra? —preguntó Alekséi Aleksándrovich, sin duda satisfecho de su papel—. Después de perdonarlo todo, no puedo privarla de esa necesidad de su corazón, del amor por su hijo…

—¿Llama amor a eso, amigo mío? ¿Acaso es sincero? Supongamos que la haya perdonado usted, que la perdona… Pero ¿tenemos derecho a influir en el alma de ese ángel? Él cree que su madre ha muerto. Reza por ella y le pide a Dios que perdone sus pecados… Es mejor así. ¿Y qué va a pensar ahora?

—No se me había ocurrido —respondió Alekséi Aleksándrovich, que obviamente estaba de acuerdo.

La condesa se cubrió la cara con las manos y guardó silencio. Estaba rezando.

—Si quiere saber mi opinión —dijo por fin, descubriendo el rostro, una vez terminadas sus oraciones—, creo que no debe hacerlo. ¿Acaso no me doy cuenta de que sufre usted, de que se han reabierto las heridas? Supongamos que se olvida usted de sí mismo, como siempre. Pero ¿a qué puede conducir esta situación? A nuevos sufrimientos para usted y más tormentos para el niño. Si a esa mujer le quedara algo de humanidad, sería la primera en comprenderlo. No, estoy plenamente convencida de que debe usted negarse. Y, si me lo permite usted, me encargaré de redactar la contestación.

Alekséi Aleksándrovich dio su consentimiento, y la condesa escribió la siguiente carta en francés:

> Mi querida señora: Si le recordamos al niño la existencia de su madre, podemos enfrentarnos con preguntas imposibles de responder sin obligarle a poner en tela de juicio cosas que deberían ser sagradas para él. Por tanto, le ruego que comprenda la negativa de su marido, a quien guía un sentimiento de caridad cristiana. Ruego a Dios Todopoderoso que sea misericordioso con usted.
>
> Condesa Lidia

Aunque no lo reconociera, la condesa Lidia Ivánovna perseguía un objetivo secreto con esa carta: ofender a Anna en lo más profundo de su alma. Y a fe que lo consiguió.

En cuanto a Alekséi Aleksándrovich, al regresar de casa de la condesa, no fue capaz de entregarse a sus ocupaciones habituales ni de encontrar la paz interior del hombre seguro de su fe y de su salvación que había experimentado antes.

La imagen de su mujer, tan culpable ante él y con quien se había portado como un santo, como decía con tanta justicia la condesa Lidia Ivánovna, no habría debido turbarle. Pero estaba intranquilo: no entendía nada de lo que leía, no conseguía desembarazarse de los crueles recuerdos de su vida en común, no dejaba de repasar los errores que, según le parecía ahora, había cometido. Una cuestión le atormentaba y le roía las entrañas: ¿por qué, cuando Anna le confesó su infidelidad, al volver de las carreras, sólo le había exigido que guardara las apariencias? ¿Y por qué no había desafiado a Vronski? No menos desazón le causaba la carta que había escrito a su mujer, sobre todo su perdón, que nadie necesitaba. Y, cuando pensaba en sus desvelos por la criatura de otro, sentía que la vergüenza y los remordimientos le abrasaban el corazón.

Ese mismo sentimiento de vergüenza, esos mismos remordimientos le embargaban ahora al evocar su pasado y las torpes palabras con que se había

declarado, después de largas vacilaciones.

«¿Qué culpa tengo yo?», se decía. Y esa pregunta le llevaba a otra: ¿sentirían, aMarian y se casarían de otra manera los demás hombres, esos Vronskis y Oblonskis…, esos chambelanes de gruesas pantorrillas? Y por su imaginación desfilaba toda una serie de personas vigorosas, vivaces, seguras de sí mismas, que siempre habían despertado su interés. Ahuyentaba tales pensamientos, trataba de convencerse de que su objetivo no era esa vida pasajera, sino la eterna, que su alma rebosaba de paz y de amor. Pero el hecho de haber cometido algunos errores de poca monta, según le parecía, en esa vida temporal e insignificante, le causaba la misma desesperación que si la salvación eterna en la que creía no existiera. No obstante, no tardó en superar esa zozobra, y en su alma se restablecieron esa serenidad y esa altura de miras que le permitían olvidar lo que no quería recordar.

XXVI

—Entonces, Kapitónich —dijo Seriozha, que volvía colorado y alegre de su paseo, la víspera de su cumpleaños, mientras entregaba su chaqueta plisada al viejo y gigantesco portero, que sonreía a su joven amo desde lo alto de su corpachón—, ¿ha venido ese empleado con la cabeza vendada? ¿Lo ha recibido papá?

—Sí. En cuanto salió el secretario, lo anuncié —respondió el portero, guiñando alegremente un ojo—. Deje, ya se lo quito yo.

—¡Seriozha! —dijo el preceptor eslavo, deteniéndose en la puerta que conducía a las habitaciones interiores—. Quíteselo usted mismo.

Aunque Seriozha había oído la débil voz del preceptor, no le hizo caso. Agarrado al cinturón del portero, le miraba a la cara.

—¿Y ha hecho papá lo que necesitaba?

El portero asintió con la cabeza.

Seriozha y el portero estaban interesados en ese funcionario de la cabe za vendada, que ya había ido siete veces a ver a Alekséi Aleksándrovich. Seriozha se lo había encontrado una vez en la entrada y había oído cómo suplicaba lastimosamente al portero que lo anunciara, diciendo que tanto él como sus hijos estaban condenados a morir.

Desde entonces la suerte de ese funcionario, con quien había vuelto a tropezarse otra vez en el vestíbulo, preocupaba a Seriozha.

—¿Y estaba muy contento? —preguntó.

—¡Y cómo no iba a estarlo! Poco le faltó para salir de aquí dando saltos.

—¿Han traído algo? —preguntó Seriozha, después de una pausa.

—Sí, señorito —dijo el portero en un susurro, sacudiendo la cabeza—. Un paquete de parte de la condesa.

Seriozha comprendió en seguida que ese paquete debía de ser un regalo de cumpleaños de la condesa Lidia Ivánovna.

—¿De veras? ¿Dónde está?

—Kornéi se lo ha llevado a su papá. ¡Debe de ser algo muy bonito!

—¿Cómo es de grande? ¿Así?

—Un poco menos. Pero es muy bonito.

—¿Es un libro?

—No, una cosa. Entre, entre. Vasili Lukich lo está llamando —respondió el portero, al oír los pasos del preceptor, cada vez más cercanos, y, abriendo con cuidado la manita con el guante a medio quitar que le sujetaba del cinturón, guiñó un ojo y se lo señaló con un movimiento de cabeza.

—¡Voy en seguida, Vasili Lukich! —exclamó Seriozha, con esa sonrisa alegre y cariñosa que desarmaba siempre al concienzudo preceptor.

Seriozha se sentía demasiado alegre, demasiado feliz para no compartir con su amigo el portero otra buena noticia familiar, de la que le había informado durante su paseo por el Jardín de Verano la sobrina de la condesa Lidia Ivánovna. Esa buen noticia le parecía especialmente importante por coincidir con la alegría del funcionario y con la suya propia por los juguetes que había recibido. Tenía la impresión de que ese día todo el mundo debía estar feliz y contento.

—¿Sabes que a papá le han concedido la orden de Aleksandr Nevski?

—¡Cómo no lo voy a saber! Ya han venido algunas personas a felicitarle.

—¿Y está contento?

—¿Cómo no lo va a estar después de recibir esa prebenda del zar? Eso significa que se la merece —dijo el portero con aire serio y grave.

Seriozha se quedó pensativo, examinando el rostro del portero, que había estudiado en sus menores detalles, sobre todo el mentón, oculto entre las patillas canosas e invisible para todo el mundo excepto para él, que siempre lo contemplaba desde abajo.

—¿Hace mucho que no viene a verte tu hija?

La hija del portero era bailarina de ballet.

—¿Cómo va a venir en día laborable? Tiene que estudiar. Y usted también, señorito. Váyase.

Al entrar en la habitación, Seriozha, en lugar de ponerse a hacer los deberes, le dijo a su profesor que tenía la sospecha de que el regalo que había recibido era una locomotora.

—¿Usted qué cree? —preguntó.

Pero Vasili Lukich sólo pensaba en que Seriozha debía preparar la lección de gramática, porque el profesor llegaría a las dos.

—Dígame sólo una cosa, Vasili Lukich —dijo de pronto, ya sentado a su mesa de trabajo y con el libro en la mano—. ¿Hay alguna orden más importante que la de Aleksandr Nevski? ¿Sabe que se la han concedido a papá?

Vasili Lukich respondió que la orden de San Vladimiro era más importante que la de Aleksandr Nevski.

—¿Y hay alguna más importante?

—La más importante de todas es la de San Andrés.

—¿No hay ninguna más importante?

—No lo sé.

—¿Cómo? ¿Tampoco usted lo sabe?

Y Seriozha, apoyando los codos en la mesa, se sumió en sus propias reflexiones, bastante complejas y diversas. Se imaginaba que su padre recibía de pronto la orden de San Vladimiro y la de San Andrés, y que, como consecuencia de ello, ese día se mostraba mucho más indulgente con la lección. También se figuraba que cuando él

fuera mayor recibiría todas las condecoraciones, incluso las que inventaran por encima de la de San Andrés. En cuanto crearan una orden nueva, se la ganaría con sus méritos. Y, si instituían otra todavía más alta, no tardaría en ser digno de ella.

En semejantes reflexiones ocupó el tiempo. Cuando llegó el profesor, no había preparado la lección sobre los complementos adverbiales de tiempo, lugar y modo, de suerte que éste se mostró descontento y disgustado. Su desazón conmovió a Seriozha. Se sentía culpable de no haberse aprendido la lección. Pero, por más que lo había intentado, no había podido hacerlo. Cuando el profesor le explicaba algo, creía comprenderlo, pero, en cuanto se quedaba solo, no se acordaba de nada y le resultaba totalmente incomprensible que unas expresiones tan breves y claras como «de repente» fueran *complementos adverbiales de modo*. En cualquier caso, lamentaba haber disgustado al profesor y quería congraciarse con él.

Eligió para ello un momento en que el profesor estaba mirando un libro en silencio.

—Mijaíl Ivánich, ¿cuándo es su santo? —preguntó de pronto.

—Más valdría que pensara usted en sus tareas. ¿Qué importancia puede tener el santo para una persona inteligente? Es un día como cualquier otro, en el que es necesario trabajar.

Seriozha miró atentamente a Mijaíl Ivánich, examinó su barbita rala, sus gafas, que habían caído por debajo de la marca roja de la nariz, y se sumió en sus propios pensamientos, de suerte que no escuchó nada de lo que le estaba explicando el profesor. Se daba cuenta de que éste no pensaba en lo que decía, lo advertía en el tono de su voz. «¿Por qué se habrán puesto todos de acuerdo para decirme de la misma forma las cosas más aburridas e innecesarias? ¿Por qué me rechaza? ¿Por qué no me quiere?», se preguntaba con tristeza y no encontraba ninguna respuesta.

XXVII

Después de la lección del profesor, llegó el turno de la del padre. Mientras le esperaba, Seriozha, sentado a la mesa, jugaba con un cortaplumas y seguía el curso de sus ideas. Una de sus ocupaciones favoritas era buscar a su madre durante sus paseos. No creía en la muerte en general, y aún menos en la de su madre, a pesar de las afirmaciones de la condesa Lidia Ivánovna y de su padre. Por eso, desde que le dijeron que había muerto, la buscaba cuando salía a pasear. Cualquier mujer de formas llenas, agraciada y de cabellos oscuros le parecía su madre. Cuando veía a una mujer de esas características, un sentimiento de ternura embargaba su alma, se sofocaba y los ojos se le llenaban de lágrimas. Esperaba que se le acercara en cualquier momento y se levantara el velo. Entonces vería su cara, ella le sonreiría, le abrazaría, y él reconocería su perfume, percibiría la suavidad de su mano y se echaría a llorar de felicidad, como una noche en que rodó a sus pies, porque ella le hacía cosquillas, mientras él se reía como loco y le mordía los blancos dedos cargados de sortijas. Más tarde se enteró casualmente, por medio de la niñera, de que su madre no había muerto, de que su padre y Lidia Ivánovna se habían inventado esa historia para tapar sus faltas (en las que Seriozha no podía creer, tan grande era el cariño que le profesaba), y siguió buscándola y esperándola como antes. Ese día, en el Jardín de Verano, había una señora con un velo de color lila, a la que había mirado con el corazón encogido, mientras se acercaba a él por el camino, esperando que fuera ella. Pero, antes de llegar a su altura, la mujer había desaparecido en alguna parte. Ese día Seriozha sentía que su cariño por su madre era más intenso que nunca. Mientras esperaba a su padre, los ojos brillantes, la mirada al frente, olvidado de sí mismo, rayó el borde de la mesa con el cortaplumas.

—¡Ahí viene su papá! —le dijo Vasili Lukich, sacándole de su ensimismamiento.

Seriozha se puso en pie de un salto, se acercó a su padre, le besó la mano y lo miró atentamente, intentando descubrir algún indicio de alegría por haber recibido la orden de Alexander Nevski.

—¿Ha ido bien el paseo? —preguntó Alekséi Aleksándrovich, sentándose en su sillón y acercando el ejemplar del Antiguo Testamento, que abrió por una página concreta. A pesar de que más de una vez le había dicho a su hijo que todo cristiano debe conocer a fondo la historia sagrada, él mismo consultaba a menudo el Antiguo Testamento, como Seriozha había advertido.

—Sí, me he divertido mucho, papá —respondió el niño, sentándose de lado en la silla y balanceándose, algo que estaba prohibido—. He visto a Nádenka —una sobrina de Lidia Ivánovna a la que ésta educaba— y me ha dicho que le han concedido a usted una nueva condecoración. ¿Está contento, papá?

—En primer lugar haz el favor de no balancearte —dijo Alekséi Aleksándrovich

—. En segundo, lo que debe uno apreciar es el trabajo, no la recompensa. Me gustaría que comprendieras eso. Si trabajas y estudias con el único objetivo de recibir una recompensa, el esfuerzo te resultará penoso. Pero, si te mueve el amor al trabajo, encontrarás en él tu recompensa. —Mientras Alekséi Aleksándrovich pronunciaba esas palabras, se acordó de que por la mañana, mientras firmaba ciento dieciocho documentos, el sentido del deber había sido su único apoyo a la hora de cumplir con su ingrata tarea.

Ante la mirada de su padre, Seriozha bajó la vista, y sus ojos perdieron ese brillo que les comunicaba la ternura y la alegría. Conocía bien el tono que empleaba su padre cuando le dirigía la palabra y había aprendido ya a adaptarse. Su padre siempre le hablaba —o al menos tal era la impresión de Seriozha— como si se estuviera dirigiendo a un niño imaginario, uno de esos que aparecen en los libros, a los que él no se parecía en nada. Y delante de su padre siempre trataba de fingir que era uno de esos niños de los libros.

—Espero que lo entiendas —prosiguió el padre.

—Sí, papá —replicó Seriozha, desempeñando el papel de ese niño imaginario.

La lección consistía en aprenderse de memoria algunos versículos del Evangelio y en repasar los primeros capítulos del Antiguo Testamento. Seriozha se sabía bastante bien los versículos, pero, mientras los recitaba, se quedó contemplando el hueso frontal de su padre, que se curvaba abruptamente a la altura de las sienes, perdió el hilo y, confundido por la repetición de una misma palabra, pasó el final de un versículo al comienzo de otro. A Alekséi Aleksándrovich le pareció evidente que no entendía lo que estaba diciendo y se enfadó.

Frunció el ceño y empezó a explicarle algo que había repetido cientos de veces, pero que Seriozha jamás conseguía recordar, a pesar de que le parecía muy claro. Era lo mismo que le pasaba cuando le decían que «de repente» era un *complemento adverbial de modo*. Seriozha miraba a su padre con ojos asustados y sólo pensaba en una cosa: ¿le haría repetir su padre, como sucedía a menudo, lo que acababa de decir? Esta idea le daba tanto miedo que no conseguía entender nada. Pero su padre no le obligó a repetir sus palabras y pasó a la lección del Antiguo Testamento. Seriozha relató bastante bien los hechos, pero cuando tuvo que indicar lo que prefiguraban esos acontecimientos, no supo qué decir, a pesar de que ya le habían castigado por no aprenderse esa lección. Cuando llegó a los patriarcas antediluvianos fue incapaz de decir nada, se quedó en blanco, y se puso a rayar la mesa con el cortaplumas y a balancearse en la silla. No se acordaba de ninguno, sólo de Enoc, que había ascendido vivo al cielo. Antes se sabía los nombres, pero ahora los había olvidado por completo. El caso de Enoc era distinto, porque era su personaje favorito del Antiguo Testamento. Su subida al cielo se relacionaba en su cabeza con una serie de ideas a las que se entregaba en ese momento, mientras miraba fijamente la cadena del reloj

de su padre y un botón medio desabrochado de su chaleco.

Seriozha no creía para nada en la muerte, de la que le hablaban tan a menudo. No creía que las personas a quienes quería pudiesen morir, y mucho menos que pudiera morir él mismo. Le parecía algo de todo punto imposible e incomprensible. Sin embargo, no paraban de decirle que todo el mundo tenía que morir. Se lo había preguntado a personas que le inspiraban confianza, y también ellas se lo habían confirmado. Hasta la niñera se lo había dicho, aunque de mala gana. Pero Enoc no había muerto, lo que significaba que no todos morían. «¿Es que no puede cualquiera alcanzar los mismos méritos ante Dios y ser llevado vivo al cielo?», pensaba Seriozha. Los malos, es decir, aquellos a quienes Seriozha no quería, podían morirse, pero los buenos debían ser todos como Enoc.

—Bueno, ¿quienes son los patriarcas?

—Enoc, Enos.

—Ya los has nombrado antes. Mal, Seriozha, muy mal. Si no eres capaz de aprender las cosas más importantes para un cristiano —dijo su padre, levantándose—, ¿qué es lo que va a interesarte? Estoy muy descontento de tí, y también lo está Piotr Ignátevich. —Así se llamaba el preceptor principal—. Tengo que castigarte.

La verdad es que tanto su padre como el preceptor tenían motivos para estar descontentos, porque Seriozha estudiaba muy mal. En cualquier caso, no podía decirse que careciera de aptitudes. Al contrario, era mucho más capaz que los niños que su preceptor le ponía de ejemplo. En opinión del padre, Seriozha no quería aprenderse lo que le enseñaban. Lo cierto es que tal incapacidad se debía a que su alma tenía exigencias no sólo más apremiantes que las que le imponían su padre y el preceptor, sino que además entraban en conflicto con ellas. Por eso luchaba abiertamente con sus educadores.

Tenía nueve años, era todavía un niño, pero conocía su alma, la apreciaba y la protegía, como el párpado el ojo, y no permitía que nadie penetrara en ella sin la llave del afecto. Sus educadores se quejaban de que no quería aprender, pero lo cierto es que su alma estaba sedienta de conocimientos. Aprendía con Kapitónich, con la niñera, con Nádenka, con Vasili Lukich, pero no con sus maestros. El agua con que contaban su padre y el preceptor para mover la rueda se había filtrado hacía mucho tiempo, pero seguía cumpliendo su labor en otro lugar.

Como castigo su padre le impuso la prohibición de ir a casa de Nádenka, la sobrina de Lidia Ivánovna. Pero el castigo acabó volviéndose en su favor. Vasili Lukich estaba de buen humor y le enseñó a hacer molinos de viento. Pasó toda la tarde trabajando y pensando en el modo de construir un molino en el que pudiera girar: se agarraría a las aspas o se ataría a ellas, y daría vueltas. No pensó en su madre en toda la velada, pero, al irse a la cama, su imagen le vino de pronto a la cabeza, y rezó a su manera para que dejara de ocultarse y le hiciera una visita al día siguiente,

que era su cumpleaños.

—Vasili Lukich, ¿sabe lo que he pedido esta noche en mis oraciones, además de lo de siempre?

—¿Aprender mejor las lecciones?

—No.

—¿Más juguetes?

—No. No lo adivinará. Es una cosa maravillosa. Pero se trata de un secreto. Si se cumple, se lo diré. ¿No lo adivina?

—No, no lo adivino. Dígamelo —replicó Vasli Lukich con una sonrisa, algo que no sucedía a menudo—. Bueno, métase en la cama. Voy a apagar la vela.

—A oscuras veré mejor lo que he pedido en mis oraciones. ¡Vaya, he estado a punto de descubrirle mi secreto! —dijo Seriozha, riendo alegremente.

Cuando se llevaron la vela, Seriozha oyó a su madre y sintió su presencia. Estaba delante de él y le acariciaba con su afectuosa mirada. De pronto aparecieron los molinos y el cortaplumas, luego todo se confundió en su cabeza y Seriozha se quedó dormido.

XXVIII

Al llegar a San Petersburgo, Vronski y Anna se alojaron en uno de los mejores hoteles. Vronski se instaló aparte, en el piso bajo, y Anna, con la niña, la nodriza y la doncella, en el piso de arriba, en un gran departamento de cuatro habitaciones.

El mismo día de su llegada Vronski fue a ver a su hermano. También se encontró con su madre, que había venido de Moscú para ocuparse de sus asuntos. Su madre y su cuñada lo recibieron como de costumbre. Le preguntaron por su viaje al extranjero, hablaron de amigos comunes, pero no mencionaron su relación con Anna. Su hermano, al devolverle la visita al día siguiente, fue el primero en referirse a ella. Vronski le dijo sin tapujos que consideraba su relación con Anna como si de un matrimonio se tratara; que esperaba arreglar el divorcio para regularizar su situación. Hasta que llegara ese momento consideraba a Anna su legítima esposa, y le pidió que se lo transmidera así a su madre y a Varia.

—Me da igual que la sociedad no tolere mi proceder —dijo Vronski—, pero, si mi familia quiere seguir considerándome uno de los suyos, debe aceptar a mi mujer.

El hermano de Vronski, que siempre había respetado las ideas de Alekséi, prefirió que fuera la sociedad la que decidiera si tenía razón o estaba equivocado. En cuanto a él, no tenía nada en contra, así que fue a ver a Anna en compañía de su hermano.

Como hacía cuando había extraños delante, Vronski habló a Anna de usted y la trató como si fuera una amiga íntima. No obstante, se daba por sentado que el hermano estaba al tanto de su relación, así que pudieron comentar abiertamente que Anna iba a acompañarlo a la hacienda de los Vronski.

A pesar de su conocimiento de la sociedad, Vronski había incurrido en un extraño error, a raíz de la nueva posición en la que se encontraba. Tendría que haber comprendido que el gran mundo estaba cerrado para Anna y para él. Pero, después de una serie de vagas reflexiones, había llegado a la conclusión de que tal actitud era una cosa del pasado; en los tiempos presentes, gracias al fulgurante avance del progreso (sin darse cuenta se había vuelto partidario de cualquier clase de progreso), el punto de vista de la sociedad había cambiado. En suma, aún no estaba claro qué acogida les dispensaría la sociedad. «Naturalmente —se decía— los círculos de la corte no la recibirán, pero los allegados pueden y deben hacerse cargo de la situación.»

Puede uno pasar horas enteras sentado en la misma postura, con las piernas cruzadas, cuando sabe que goza de libertad de movimiento; en caso contrario, tendrá calambres y temblores en las piernas, y buscará la manera de estirarlas hacia algún sitio. Lo mismo sentía Vronski con respecto a la sociedad. Aunque en lo más profundo de su alma sabía que el gran mundo estaba cerrado para ellos, albergaba la esperanza de que hubiera cambiado y los aceptara. No obstante, no tardó en descubrir la verdad: esas puertas podrían abrirse para él, pero nunca para Anna. Como en el

juego del gato y el ratón, los brazos que se alzaban cuando pasaba él, se bajaban cuando se acercaba Anna.

Una de las primeras señoras de la sociedad pertersburguesa con quien se encontró Vronski fue su prima Betsy.

—¡Por fin! —exclamó con alegría—, ¿Y Anna? ¡Cuánto me alegro! ¿Dónde os alojáis? Me figuro que, después de ese viaje maravilloso, San Petersburgo os debe de parecer horrible. Puedo imaginarme vuestra luna de miel en Roma. ¿Cómo va el asunto del divorcio? ¿Ya está todo arreglado?

Vronski se dio cuenta de que el entusiasmo de Betsy disminuía al enterarse de que aún no habían obtenido el divorcio.

—Sé que me arrojarán piedras —dijo—, pero iré a ver a Anna. Sí, iré sin falta. ¿Vais a quedaros aquí mucho tiempo?

En efecto, ese mismo día visitó a Anna. Pero su tono era completamente distinto del de antes. No cabía duda de que se enorgullecía de su atrevimiento y deseaba que Anna apreciara esa prueba de amistad. Después de pasar unos diez minutos comentando los últimos chismorreos de la alta sociedad, se levantó para marcharse:

—Todavía no me ha dicho cuándo obtendrá el divorcio. Yo puedo ponerme el mundo por montera, pero mis encopetados amigos le harán el vacío mientras no se case. Ahora eso es muy sencillo. *Ça se fait*.[19] Entonces ¿os vais el viernes? Es una pena que no nos veamos más.

Por el tono de Betsy, Vronski podría haber comprendido la acogida que le esperaba en sociedad. Pero hizo un intento más con su familia. No se hacía muchas ilusiones con su madre. Sabía que se había quedado prendada de Anna cuando la conoció, pero que ahora se mostraba implacable con ella porque había arruinado la carrera de su hijo. Pero en el caso de Varia, la mujer de su hermano, albergaba algunas esperanzas. Creía que no arrojaría la primera piedra, que iría a verla con toda naturalidad, sin la menor vacilación, y que asimismo la recibiría en su casa.

Al día siguiente de su llegada, Vronski la visitó y, al encontrarla sola, le expuso sin ambages su deseo.

—Como bien sabes, Alekséi —dijo Varia, después de escucharle—, te tengo mucho cariño y estoy dispuesta a hacer cuanto esté en mi mano. Si he guardado silencio hasta ahora es porque sabía que no podía serte de ninguna utilidad, como tampoco a Anna Arkádevna —pronunció el nombre con especial cuidado—. Por favor, no vayas a pensar que la censuro. En absoluto. Puede que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. No puedo ni quiero entrar en detalles —prosiguió, mirando con timidez el rostro sombrío de su cuñado—. Pero hay que llamar a las cosas por su nombre. Quieres que vaya a verla y que la reciba, para rehabilitarla a ojos de la sociedad. Pero debes entender que *no puedo* hacerlo. Mis hijas se están haciendo mayores y la posición de mi marido me obliga a frecuentar la sociedad. Si fuera a ver

a Anna Arkádevna, ella entendería que no puedo invitarla a mi casa, al menos que lo dispusiera todo de manera que no se encontrara con personas que tuvieran otra opinión, y eso la ofendería. No puedo levantarla…

—¡No creo que haya caído más bajo que centenares de mujeres a las que recibes! —le interrumpió Vronski, más sombrío aún, y se levantó en silencio, pues había comprendido que la decisión de su cuñada era inquebrantable.

—¡Alekséi! No te enfades conmigo. Haz el favor de comprender que yo no tengo la culpa —dijo Varia, mirándole con una tímida sonrisa.

—No estoy enfadado contigo —replicó Vronski, con la misma expresión de contrariedad—, pero esto me resulta doblemente doloroso. Lamento que nuestra amistad se rompa. O, al menos, si no se rompe, que se debilite. Como comprenderás, no me queda otra salida.

Tras pronunciar estas palabras, Vronski se marchó. Había comprendido que era inútil hacer más pruebas y que debían pasar esos días en San Petersburgo como si estuvieran en una ciudad extraña, evitando cualquier contacto con su antiguo círculo de amistades para no exponerse a escenas desagradables y ofensivas que tan dolorosas le resultaban. Una de las cosas que más le disgustaban era ver a Alekséi Aleksándrovich a cada paso, oír su nombre en todas partes. Era imposible iniciar una conversación sin que acabara girando en torno a este hombre. No había manera de ir a ningún sitio sin encontrárselo. Al menos así se lo parecía a Vronski, de la misma manera que quien tiene un dedo dolorido se figura que recibe en él todos los golpes, como a propósito.

La estancia en San Petersburgo se le hizo aún más penosa porque observaba en Anna un estado de ánimo nuevo e incomprensible para él. Tan pronto parecía enamorada como se mostraba fría, irritada e impenetrable. Algo la atormentaba, pero no se lo confesaba, y daba la impresión de que no reparaba en las ofensas que envenenaban la vida de Vronski, que deberían haber sido aún más dolorosas para ella, dada su aguda sensibilidad.

XXIX

Para Anna, uno de los objetivos del viaje a Rusia era ver a su hijo. Desde el día en que partió de Italia, la idea no había dejado de agitarla. Y, cuanto más se acercaba a San Petersburgo, mayor era su alegría y mayor importancia concedía a la entrevista. No se había preguntado cómo lo organizaría todo. Le parecía natural y sencillo ver a su hijo cuando estaba en la misma ciudad que él. Pero, una vez en San Petersburgo, cobró conciencia de cuál era su situación en la sociedad y comprendió que no iba a ser tan fácil arreglar las cosas.

Llevaba ya dos días en la ciudad. El recuerdo de su hijo no le abandonaba ni un instante. Le parecía que no tenía derecho a presentarse sin más en la casa, donde podía encontrarse con Alekséi Aleksándrovich. Cabía la posibilidad de que no la dejaran entrar y la ofendieran. Y la simple idea de escribir y ponerse en contacto con su marido se le antojaba insoportable: sólo podía conservar la tranquilidad mientras no pensara en él. Averiguar dónde iba su hijo de paseo y a qué horas y arreglárselas para contemplarlo de lejos no le bastaba. ¡Se había preparado tanto para ese encuentro, tenía tantas cosas que decirle! ¡Y cuánto deseaba besarlo y abrazarlo! La vieja niñera de Seriozha podía ayudarla, indicarle los pasos a seguir. Pero ya no vivía en la casa. Así pasó dos días, sumida en esas dudas, haciendo averiguaciones para encontrar a la niñera.

Al tercer día, cuando se enteró de la estrecha relación de Alekséi Aleksándrovich con la condesa Lidia Ivánovna, decidió escribirle una carta, a costa de grandes esfuerzos, en la que le decía deliberadamente que la decisión de permitirle ver a su hijo dependía de la generosidad de su marido. Sabía que, si la carta llegaba a su marido, lograría su objetivo: una vez adoptado el papel de hombre magnánimo, no lo abandonaría.

El mozo que llevó la carta le trajo la respuesta más cruel e inesperada: no había contestación. Nunca se había sentido más humillada que cuando, después de llamar al mozo, escuchó un relato detallado de cómo le habían hecho esperar y luego le habían dicho que no había respuesta. Anna se sindó humillada y ofendida, pero reconoció que, desde su punto de vista, la condesa Lidia Ivánovna tenía razón. Su pena era aún más grande porque debía soportarla sola. No podía ni quería compartirla con Vronski. Sabía que para él, a pesar de que era la principal causa de su desgracia, la entrevista con su hijo carecía de la menor importancia. Sabía que jamás sería capaz de comprender la hondura de su sufrimiento y que lo aborrecería por el tono frío que emplearía al hablar de la cuestión. Y eso era lo que más temía en el mundo. Por ello le ocultaba todo lo que tenía que ver con su hijo.

Pasó todo el día en su habitación, meditando en el modo de arreglar una entrevista con su hijo, y al final acabó decantándose por escribir a su marido. Ya estaba

redactando la carta cuando le trajeron la respuesta de Lidia Ivánovna. Había aceptado resignada el silencio de la condesa, pero esa nota, con todo lo que se sobrentendía entre líneas, la sublevó muchísimo. Tan cruel le pareció la malevolencia de la condesa, en comparación con su apasionado y legítimo amor de madre, que se indignó con los demás y dejó de acusarse a sí misma.

«¡Qué frialdad! ¡Qué hipocresía! —se decía—. ¡Sólo quieren ofenderme y atormentar al niño! Pero ¡no lo voy a permitir! ¡Qué se han creído! Ella es peor que yo. Al menos yo no finjo.» Y decidió que al día siguiente, el cumpleaños de Seriozha, iría sin avisar a casa de su marido, sobornaría o engañaría a los criados, vería a su hijo costara lo que costase y acabaría de una vez con las horribles mentiras que le habían contado.

Fue a una tienda de juguetes, compró un montón de regalos y trazó un plan de acción. Iría por la mañana temprano, a las ocho, pues a esa hora Alekséi Aleksándrovich seguramente no se habría levantado. Llevaría dinero en la mano para el portero y el criado, para que la dejaran pasar; sin levantarse el velo les diría que iba de parte del padrino de Seriozha para felicitarle por su cumpleaños y que le habían encargado que pusiese los juguetes al lado de la cama del niño. No había preparado las palabras que le dirigiría a su hijo. Por más que lo pensaba, no se le ocurría nada.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se apeó de un coche de alquiler, se acercó a la enorme entrada de su antigua casa y llamó al timbre.

—Vete a ver qué quiere. Es una señora —dijo Kapitónich, aún sin vestir, con los chanclos y el abrigo, asomándose a la ventana y distinguiendo al lado de la puerta la figura de una mujer, cubierta con un velo.

En cuanto el ayudante del portero, un muchacho desconocido para Anna, abrió la puerta, ésta se coló dentro, sacó del manguito un billete de tres rublos y se lo puso apresuradamente en la mano.

—Seriozha… Serguéi Alekséievich —dijo, y siguió adelante.

Después de echar un vistazo al billete, el ayudante la detuvo en el umbral de la puerta acristalada.

—¿A quién quiere ver? —preguntó.

Anna no escuchó sus palabras y no le respondió.

Al notar la turbación de la desconocida, Kapitónich en persona salió a su encuentro, la dejó pasar y le preguntó qué deseaba.

—Vengo a ver a Serguéi Alekséievich de parte del príncipe Skorodúmov —dijo.

—Todavía no se ha levantado —repuso el portero, mirándola con atención.

Anna no había esperado que el vestíbulo de la casa en la que había vivido nueve años, cuyo aspecto no había cambiado lo más mínimo, pudiera causarle una impresión tan fuerte. Los recuerdos, unos alegres, otros tristes, se sucedían en cascada, y por un instante se olvidó de la razón por la que se encontraba allí.

—¿Quiere esperar? —le preguntó Kapitónich, ayudándola a quitarse el abrigo de piel.

A continuación la miró a la cara, la reconoció y, sin decir palabra, le hizo una profunda reverencia.

—Haga el favor de pasar, excelencia —añadió.

Anna intentó decir algo, pero le falló la voz. Después de dirigir al anciano una mirada culpable y suplicante, subió las escaleras con pasos rápidos y ligeros. Kapitónich, doblado en dos y tropezando con sus chanclos a cada paso, corrió tras ella, tratando de alcanzarla.

—Puede que el preceptor no esté vestido. Iré a avisarle.

Anna seguía subiendo por esa escalera tan conocida, sin entender lo que le decía el anciano.

—Por ahí, a la izquierda, haga el favor. Perdone este desorden. Ahora tiene su habitación en el antiguo saloncito —decía el portero, sin aliento—. Espere un momento, excelencia, se lo ruego —añadió, al tiempo que entreabría una puerta alta y desaparecía al otro lado. Anna se detuvo y se quedó esperando—. Acaba de despertarse —dijo el portero, saliendo.

En el momento en que el portero pronunciaba esas palabras, Anna oyó un bostezo, y ese sonido le bastó para reconocerlo y para representárselo como si lo tuviese allí delante.

—¡Déjeme, déjeme! ¡Váyase! —exclamó, precipitándose en la habitación.

A la derecha de la puerta, sentado en la cama, un niño, vestido sólo con una camisa desabrochada, el cuerpo inclinado hacia delante, se estiraba y bostezaba.

—¡Seriozha! —susurró Anna, acercándose sin hacer ruido.

Durante la separación, en esos arrebatos de amor maternal de los últimos tiempos, se lo había imaginado como un niño de cuatro años, pues nunca su cariño había sido tan intenso como cuando tenía esa edad. Ahora no se parecía siquiera al niño que había dejado. Guardaba menos semejanzas aún con un niño de cuatro años, había crecido y adelgazado. ¿Qué le había pasado? ¡Qué chupada tenía la cara! ¡Qué cortos los cabellos! ¡Qué largas las manos! ¡Cómo había cambiado desde la última vez que lo vio! Pero era él, la forma de la cabeza era la misma, y también los labios, el delicado cuello, los anchos hombros.

—¡Seriozha! —le dijo Anna, al oído.

El niño, con el cabello enmarañado, volvió a incorporarse, apoyándose en los codos, movió la cabeza a uno y otro lado, como buscando algo, y abrió los ojos. Durante unos segundos miró en silencio, con aire inquisitivo, a su madre, que estaba inmóvil delante de él. Luego sonrió beatíficamente, cerró de nuevo los ojos adormilados y se inclinó, pero no hacia atrás, sino hacia los brazos de ella.

—¡Seriozha! ¡Mi niño querido! —exclamó Anna, casi sin aliento, rodeando con

sus brazos ese cuerpo gordezuelo.

—¡Mamá! —dijo el niño, moviéndose entre las manos de su madre, para que le tocara por todas las partes del cuerpo.

Sonriendo medio dormido, los ojos siempre cerrados, apoyó sus rollizas manitas en la cabecera de la cama, luego apretó la espalda de su madre, envolviéndola en ese agradable olor y esa tibieza que sólo tienen los niños dormidos, y empezó a frotarse la cara contra el cuello y los hombros de ésta.

—Lo sabía —dijo, abriendo los ojos—. Hoy es mi cumpleaños. Sabía que vendrías. Voy a levantarme ahora mismo.

Y, mientras pronunciaba esas palabras, volvió a quedarse adormilado.

Anna lo contemplaba con avidez. Veía cuánto había crecido y cambiado en su ausencia. Reconocía sólo a medias sus piernas desnudas, tan largas ahora, que asomaban por debajo de la manta; reconocía sus mejillas enflaquecidas, los ricitos sobre la nuca, que tan a menudo solía besar. Y lo acariciaba sin poder pronunciar palabra, ahogada por los sollozos.

—¿Por qué lloras, mamá? —preguntó Seriozha, despierto ya del todo—. Mamá, ¿por qué lloras? —gritó con voz quejumbrosa.

—Ya no voy a llorar más… Lloro de alegría. Hacía mucho que no te veía. No voy a llorar más, no voy a llorar más —dijo, tragándose las lágrimas y dándose la vuelta —. Bueno, ahora vístete —añadió, recobrando la serenidad, tras una breve pausa, y, sin soltarle las manos, se sentó al lado de la cama, en una silla en la que el niño tenía preparada ya la ropa—, ¿Cómo te las has arreglado para vestirte cuando no estaba yo? ¿Cómo…? —Intentó hablar con sencillez y alegría, pero no fue capaz y de nuevo se dio la vuelta.

—No me lavo con agua fría. Papá me ha dicho que no lo haga. ¿No has visto a Vasili Lukich? Vendrá en seguida. ¡Te has sentado en mi traje!

Y Seriozha se rio a carcajadas.

Anna lo miró y sonrió.

—¡Mamá! ¡Mamaíta querida! —gritó, abalanzándose otra vez sobre ella y abrazándola. Era como si sólo al verla sonreír hubiera comprendido plenamente lo que estaba pasando—. ¿Para qué llevas esto? —preguntó, quitándole el sombrero. Y, al verla con la cabeza descubierta, se arrojó otra vez en sus brazos para besarla.

—¿Qué te creías? ¿Que había muerto?

—Nunca lo he creído.

—¿No lo has creído, cariño?

—¡Sabía que no era verdad! ¡Lo sabía! —exclamó el niño, repitiendo su frase favorita, y, cogiendo la mano que acariciaba sus cabellos, apretó la palma contra su boca y la cubrió de besos.

XXX

Entre tanto, Vasili Lukich, que en un principio no había entendido quién era esa señora, acabó cayendo en la cuenta, gracias a la conversación, de que se trataba de la madre de Seriozha, esa mujer que había abandonado a su marido y a la que no conocía, pues, cuando él empezó a trabajar en la casa, ella ya se había marchado. No sabía si entrar o ir a avisar a Alekséi Aleksándrovich. Considerando, por último, que su obligación era despertar a Seriozha a una hora determinada, independientemente de que en la habitación se encontrara su madre o cualquier otra persona, pues el deber estaba por encima de esas cosas, se vistió, se acercó a la puerta y la abrió.

Pero las caricias de la madre y el hijo, el tono de sus voces y lo que se decían le hicieron cambiar de opinión. Movió la cabeza, suspiró y cerró la puerta. «Esperaré diez minutos más», se dijo, aclarándose la garganta y enjugándose las lágrimas.

En esos momentos reinaba una gran confusión entre los criados de la casa. Todos sabían que había venido la señora, que Kapitónich la había dejado pasar y que ahora estaba en el cuarto del niño; sabían también que el señor entraba a verlo todas las mañanas antes de las nueve, que un encuentro entre marido y mujer tendría consecuencias desastrosas y que había que impedirlo a toda costa. Kornéi, el ayuda de cámara, bajó a la portería para preguntar quién había dejado pasar a Anna y, al enterarse de que Kapitónich en persona la había recibido y le había mostrado el camino, lo reprendió. El portero callaba con obstinación, pero cuando Kornéi le dijo que merecía que lo echaran, el anciano se acercó de un salto y, agitando las manos delante mismo de su cara, le dijo:

—¿Acaso no habrías hecho tú lo mismo? Después de servir diez años en la casa, sin oír una mala palabra, ¿cómo iba a decirle que hiciera el favor de marcharse? ¡Vaya un tacto que tienes tú! Más valdría que pensaras en lo que le robas al señor, en los abrigos de castor que le quitas.

—¡Vejestorio! —exclamó Kornéi con desprecio, y se volvió hacia la niñera, que entraba en ese momento—. Figúrese, Maria Yefímovna, la deja entrar sin decírselo a nadie. Y Alekséi Aleksándrovich está a punto de salir de su habitación para ir a ver al niño.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la niñera—. Trate usted de entretener un rato al señor, Kornéi Vasílevich, y entre tanto yo buscaré el modo de sacar de allí a la señora. ¡Ay, Dios mío!

Cuando la niñera entró en el cuarto de Seriozha, éste le estaba contando a su madre que Nádenka y él se habían caído del trineo cuando bajaban por una pendiente y habían dado tres volteretas. Anna escuchaba el sonido de su voz, contemplaba las cambiantes expresiones del rostro y sentía el tacto de su mano, pero no entendía sus palabras. Tenía que marcharse, tenía que dejarlo: ése era el único pensamiento que

ocupaba su cabeza. Había oído los pasos de Vasili Lukich, que se había acercado a la puerta y había carraspeado, y también los de la niñera. Pero seguía inmóvil como una estatua, incapaz de hablar o de levantarse.

—¡Señora, alma mía! —exclamó la niñera, aproximándose a Anna y besándole las manos y los hombros—. ¡Qué alegría le ha concedido Dios al señorito el día de su cumpleaños! No ha cambiado usted nada.

—¡Ah, amiga querida! No sabía que seguía usted en la casa —dijo Anna, recobrando la serenidad por un instante.

—Ya no vivo aquí. Vivo con mi hija. He venido a felicitar a Seriozha, mi querida Anna Arkádevna.

De pronto la niñera se echó a llorar y otra vez se puso a besarle las manos a su antigua señora.

Seriozha, con ojos resplandecientes y una sonrisa de felicidad, cogió con una mano a su madre y con otra a la niñera, y se puso a pisotear la alfombra con sus gordezuelos pies descalzos. Las muestras de ternura de la querida niñera con su madre le llenaban de entusiasmo.

—¡Mamá! Maria Yefímovna viene a verme a menudo y siempre… —empezó a decir el niño, pero de pronto se interrumpió: la niñera le estaba hablando en voz baja a su madre, que parecía atemorizada y como avergonzada, algo que no la favorecía en absoluto.

Anna se acercó a su hijo.

—¡Cariño mío! —dijo. No era capaz de decir adiós, pero por la expresión de su rostro el niño comprendió—. ¡Mi querido Kútik! —añadió, dándole el nombre con que lo llamaba de pequeño—. No me olvidarás, ¿verdad? Tú…

No pudo seguir.

¡Cuántas veces, después, se imaginó las palabras que podría haberle dicho! Pero en aquel momento no fue capaz de decirle nada. En cualquier caso, Seriozha lo entendió todo sin necesidad de palabras. Entendió que era desdichada y que le quería. Hasta oyó lo que le dijo la niñera en un murmullo: «Siempre viene antes de las nueve». Era evidente que se refería a su padre, y que su madre no podía encontrarse con él. Sólo había una cosa que no entendía: ¿por qué en el rostro de su madre había aparecido una expresión de temor y vergüenza?… No era culpable de nada, pero le tenía miedo y se avergonzaba de algo. Le habría gustado que su madre le aclarara esa duda, pero no se atrevió a preguntar. Veía que sufría, y le dio lástima. Se apretó en silencio contra ella y le dijo en un susurro:

—No te vayas todavía. Aún tardará un rato.

Anna apartó al niño y se quedó mirándolo, tratando de averiguar si era consciente de lo que le estaba diciendo, y, por la expresión asustada de su rostro, dedujo que no sólo hablaba de su padre, sino que incluso parecía preguntarle qué opinión debía

tener de él.

—Seriozha, cariño —dijo Anna—, quiérelo. Es mejor que yo. Además, soy culpable ante él. Cuando seas mayor, podrás juzgar.

—¡Nadie es mejor que tú!… —gritó con desesperación Seriozha a través de las lágrimas y, cogiéndola por los hombros, la estrechó con tanta fuerza que los brazos le temblaron por el esfuerzo.

—¡Mi hijito querido! —murmuró Anna, llorando en voz baja como un niño, lo mismo que Seriozha.

En ese momento se abrió la puerta y entró Vasili Lukich. Se oyeron unos pasos detrás de la otra puerta, y la niñera susurró con espanto, al tiempo que le alargaba el sombrero a Anna:

—Ya viene.

Seriozha se desplomó en la cama y estalló en sollozos, cubriéndose el rostro con las manos. Anna se las apartó, volvió a besar su cara mojada y salió con rápidos pasos. Alekséi Aleksándrovich iba a su encuentro. Al verla, se detuvo e inclinó la cabeza.

A pesar de que Anna acababa de decir que su marido era mejor que ella, le bastó una fugaz mirada, con la que abarcó toda su figura y captó todos los detalles, para que se reavivaran el desprecio y la inquina que sentía por él, sendmientos a los que vino a sumarse ahora la envidia, porque se había quedado con el niño. Se bajó el velo con un movimiento fulgurante y, apretando el paso, salió casi corriendo de la habitación.

No había tenido tiempo de sacar del coche los juguetes, elegidos con tanto cariño y tristeza la víspera en la tienda, así que no le quedó más remedio que llevárselos al hotel.

XXXI

Por más que había deseado ver a su hijo, por más que se había preparado para ese momento, jamás se imaginó que esa entrevista fuera a causarle una impresión tan intensa. De vuelta en su habitación solitaria, pasó un buen rato antes de que fuera capaz de comprender qué estaba haciendo allí. «Sí, todo ha terminado, de nuevo estoy sola», se dijo y, sin quitarse el sombrero, se sentó en un sillón que había al pie de la chimenea. Con la mirada fija en el reloj de bronce que había encima de la mesa, entre las dos ventanas, se sumió en sus pensamientos.

La doncella francesa que se había traído del extranjero entró para preguntarle si quería vestirse. Anna la miró con sorpresa y dijo:

—Más tarde.

A continuación se presentó la nodriza italiana, que acababa de cambiar a la niña, y se la dio. La pequeña, rolliza y bien alimentada, al ver a su madre, le tendió los bracitos desnudos, como siempre, y, sonriendo con su boquita desdentada, se puso a mover las manitas, como un pez las aletas, con las palmas vueltas hacia abajo, haciendo ruido cuando rozaba los pliegues almidonados de su faldón bordado. Era imposible no sonreírle, no besarla, no alargarle un dedo, al que se agarraba gritando y estremeciéndose con todo el cuerpo; no ofrecerle los labios, que apretaba con su boca, como si los estuviera besando. Anna hizo todo eso: la cogió en brazos, la hizo saltar, le besó la fresca mejilla y los codos desnudos. Pero, viéndola, se dio cuenta de que el sentimiento que experimentaba por ella era muy distinto de su amor por Seriozha. Era una niña encantadora, pero, por alguna razón, no conmovía su corazón. En ese primer hijo, a pesar de que lo había tenido con un hombre al que no quería, había puesto todas las fuerzas de su amor insatisfecho; la niña, nacida en las condiciones más difíciles, no había recibido ni una centésima parte de los cuidados que había prodigado al primer hijo. Además, la niña no representaba todavía más que una esperanza, mientras que Seriozha era ya casi una persona, y una persona querida. La comprendía, la amaba, la juzgaba, pensaba en ella, recordaba sus palabras y sus miradas. Y ahora estaba separada de él, tanto física como espiritualmente, y no había manera de poner remedio a la situación.

Después de devolver la niña a la nodriza y de despedir a ambas, abrió el medallón en el que guardaba un retrato de Seriozha, cuando tenía más o menos la misma edad que la niña. Se levantó, se quitó el sombrero y tomó de la mesa un álbum con fotografías de su hijo a distintas edades. Quería comparar las fotografías y empezó a sacarlas del álbum. Sólo dejó una, la última y también la mejor. Seriozha, con una camisa blanca, sentado a horcajadas sobre una silla, fruncía el ceño y sonreía. Esta expresión peculiar era la que más le gustaba. Con sus ágiles y pequeñas manos, cuyos dedos blancos y finos parecían especialmente tensos ese día, tiró varias veces de la

punta de la fotografía, pero ésta se había enganchado y no conseguía sacarla. Como no tenía a mano una plegadera, cogió la fotografía que había al lado (un retrato de Vronski, hecho en Roma, con sombrero hongo y cabellos largos), y, valiéndose de ella, extrajo la fotografía de su hijo. «¡Sí, aquí está!», se dijo, contemplando el rostro de Vronski, y de pronto recordó que él era el culpable de sus sufrimientos actuales. No se había acordado de él en toda la mañana. Pero ahora, al ver sus rasgos nobles y varoniles, tan familiares y queridos, sintió que una inesperada oleada de amor inundaba su corazón.

«¿Dónde estará? ¿Cómo es posible que me deje sola con mi dolor?», se preguntó con amargura, olvidando que ella misma le había ocultado todo lo relativo a su hijo. Envió recado de que fuera a verla en seguida, y se quedó esperándolo con el corazón encogido, pensando en las palabras con que se lo contaría todo y en las expresiones de amor con que él la confortaría. El criado volvió con la respuesta: el señor tenía un invitado, pero no tardaría en subir; le preguntaba si podía recibirlo con el príncipe Yashvín, que acababa de llegar a San Petersburgo. «No vendrá solo, y eso que no lo veo desde la comida de ayer —pensaba—. No podré decirle nada, porque vendrá con Yashvín.» Y de pronto se le pasó por la cabeza una idea extraña: ¿y si había dejado de quererla?

Al repasar los acontecimientos de los últimos días, le pareció ver en todo una confirmación de esa terrible sospecha: la víspera no había comido con ella, había insistido en que se alojaran por separado en San Petersburgo y ahora iba a verla en compañía de otra persona, como si temiera una entrevista cara a cara.

«Pero debe decírmelo. Necesito saberlo. Y, cuando me entere, ya veré lo que hago», se dijo, incapaz de imaginarse lo que sería de ella si la indiferencia de Vronski se confirmaba. Al pensar que había dejado de quererla, se sintió casi desesperada y fue presa de una agitación extrema. Llamó a la doncella y pasó a su tocador. Prestó mucha mayor atención a su atavío que en esos últimos días, como si Vronski, que había dejado de quererla, pudiera volver a enamorarse de ella porque luciera el traje y el peinado que más le favorecían.

Cuando sonó el timbre todavía no estaba lista.

Al hacer su aparición en el salón no la recibió la mirada de Vronski, sino la de Yashvín. Vronski contemplaba las fotografías de Seriozha que Anna había dejado olvidadas sobre la mesa, y no mostraba ninguna prisa por volverse hacia ella.

—Ya nos conocemos —dijo Anna, poniendo su pequeña mano en la enorme mano de Yashvín, cuya timidez creaba un contraste tan extraño con su talla gigantesca y sus toscos rasgos—. Coincidimos el año pasado en las carreras. Démela —añadió, arrebatándole a Vronski, con un movimiento fulgurante, la fotografía de su hijo y dirigiéndole una mirada significativa con sus ojos brillantes—. ¿Qué tal han ido las carreras este año? Yo he tenido que contentarme con las del Corso, en Roma.

Pero ya sé que a usted no le gusta la vida en el extranjero —dijo, con una acariciadora sonrisa—. Le conozco bien y, aunque no hayamos coincidido mucho, estoy al tanto de sus gustos.

—Pues lo lamento mucho porque mis gustos son cada vez peores —replicó Yashvín, mordiéndose la guía izquierda del bigote.

Después de charlar un rato, y advirtiendo que Vronski consultaba el reloj, Yashvín preguntó a Anna si pensaba quedarse mucho tiempo en San Petersburgo e, irguiendo su enorme figura, cogió la gorra.

—Creo que no —respondió Anna, mirando a Vronski con aire confuso.

—Entonces, ¿no nos veremos más? —preguntó Yashvín, levantándose y dirigiéndose a Vronski—. ¿Dónde vas a comer?

—Vengan a comer conmigo —dijo Anna con resolución, como si se enfadara consigo misma por su turbación, pero acto seguido se ruborizó, como le sucedía siempre que revelaba a un desconocido su situación—. La comida no es muy buena, pero al menos podrá usted charlar con Alekséi. Ya sabe que a ningún otro compañero del regimiento le tiene tanto aprecio como a usted.

—Encantado —dijo Yashvín con una sonrisa, por la que Vronski dedujo que Anna le había gustado.

Yashvín se despidió y salió. Vronski se dispuso a seguirle.

—¿Tú también te vas? —le preguntó Anna.

—Se me ha hecho tarde —respondió Vronski—. ¡Vete! Ahora te alcanzo —le gritó a Yashvín.

Anna le cogió la mano y, sin dejar de mirarle, pensó en lo que podría decirle para retenerlo.

—Espera, tengo que decirte algo. —Y apretó la corta mano de él contra su cuello —. ¿Te parece mal que lo haya invitado?

—No, ha sido una idea estupenda —contestó Vronski, con una sonrisa serena que dejó al descubierto sus impecables dientes, y a continuación besó la mano de Anna.

—Alekséi, ¿ya no sientes lo mismo por mí? —le preguntó Anna, estrechando la mano de Vronski entre las suyas—. La vida aquí se me ha vuelto insoportable. ¿Cuándo nos vamos?

—Pronto, muy pronto. No puedes imaginarte lo incómodo que me encuentro en esta ciudad —dijo Vronski, retirando la mano.

—¡Bueno, vete, vete! —replicó Anna con tono ofendido, alejándose rápidamente.

XXXII

Cuando Vronski regresó al hotel, no encontró a Anna en sus habitaciones. Según le dijeron, poco después de que él se fuera, había llegado una señora, en cuya compañía había salido. El hecho de que se hubiera marchado sin decirle adonde iba y aún no hubiera regresado, su desaparición esa mañana, sin avisarle, la extraña agitación que se reflejaba en su rostro por la mañana y el tono de hostilidad con que le había arrancado la fotografía de su hijo en presencia de Yashvín le obligaron a reflexionar. Llegó a la conclusión de que era necesario tener una explicación con ella y la esperó en el salón. Pero Anna no volvió sola; traía a una de sus tías, una vieja solterona, la princesa Oblónskaia. Era la señora que había ido a buscarla por la mañana y con la que había ido de compras. Sin reparar en la expresión preocupada e inquisitiva de Vronski, Anna se puso a hablarle en un tono muy animado de las cosas que había comprado. Vronski se dio cuenta de que le pasaba algo. Cuando los brillantes ojos de Anna se detenían en él por un instante, percibía una atención reconcentrada, y en sus palabras y ademanes advertía esa nerviosa premura y esa gracia que tanto le habían subyugado al comienzo de su relación, y que ahora le inquietaban y asustaban.

Pusieron la mesa para cuatro. Se habían reunido ya todos y estaban a punto de pasar al pequeño comedor cuando se presentó Tushkévich con un mensaje de Betsy para Anna. La princesa se disculpaba por no poder ir a despedirla. Según decía, estaba indispuesta. Pero rogaba a Anna que fuera a visitarla entre las seis y media y las nueve. Vronski trató de comunicarle con la mirada que el hecho de que la invitara a una hora determinada significaba que había tomado medidas para que no se encontrara con nadie; pero Anna pareció no reparar en ello.

—Lo siento, pero me es imposible ir a esa hora —dijo Anna con una sonrisa apenas perceptible.

—La princesa lo lamentará mucho.

—Yo también.

—Supongo que irá usted a oír a la Patti —dijo Tushkévich.

—¿A la Patti? Me ha dado usted una idea. Si pudiera conseguir un palco, iría.

—Yo puedo conseguírselo —afirmó Tushkévich.

—Se lo agradecería muchísimo —replicó Anna—. ¿No quiere usted quedarse a comer?

Vronski se encogió ligeramente de hombros. No entendía nada de lo que hacía Anna. ¿Por qué había traído a la anciana princesa? ¿Por qué invitaba a Tushkévich a comer? Y, lo más sorprendente de todo, ¿por qué le había pedido que le consiguiera un palco? ¿Acaso era posible en su situación presentarse en la ópera para oír a la Patti en día de abono? Se encontraría allí a todos sus conocidos. A la mirada severa que le dirigió, Anna respondió con otra provocativa, entre divertida y desesperada, cuyo

significado no fue capaz de entender. Durante la comida ella se mostró exageradamente alegre. Era como si estuviera coqueteando con Tushkévich y Yashvín. Cuando se levantaron de la mesa y Tushkévich fue a buscarle la entrada para el palco, Yashvín y Vronski bajaron a las habitaciones de éste a fumar. Al cabo de un rato, Vronski volvió a subir. Anna ya se había preparado para salir. Llevaba un traje de seda de color claro, con adornos de terciopelo y escote muy pronunciado, que había encargado en París. Una mantilla blanca de rico encaje enmarcaba su rostro, realzando su deslumbrante belleza.

—¿De verdad se propone usted ir al teatro? —preguntó Vronski, tratando de no mirarla.

—¿Y por qué me lo pregunta con esa expresión atemorizada? —respondió Anna, ofendida de nuevo de que no la mirara—. No veo por qué no había de ir.

Era como si no hubiera entendido lo que él quería decirle.

—Claro, no hay ninguna razón para que no vaya —replicó Vronski, frunciendo el ceño.

—Eso es lo que digo yo —dijo Anna, fingiendo no reparar en el tono irónico de Vronski, mientras enrollaba con toda tranquilidad uno de sus largos guantes perfumados.

—¡Anna, por el amor de Dios! ¿Qué le pasa? —dijo Vronski, tratando de hacerla entrar en razón, recurriendo a las mismas palabras que solía emplear su marido en tales situaciones.

—No entiendo lo que pretende usted de mí.

—Sabe usted perfectamente que no puede ir.

—¿Por qué? No voy sola. La princesa Varvara me acompañará. Ha ido a vestirse.

Vronski se encogió de hombros, con una expresión en la que se entremezclaban la incredulidad y la desesperación.

—Pero es que no se da cuenta… —empezó a decir.

—¡No quiero saber nada! —le interrumpió Anna, casi gritando—. No quiero. ¿Acaso me arrepiento de lo que he hecho? No, no, y no. Si me encontrara en la misma situación, volvería a hacer lo mismo. Para nosotros, para usted y para mí, sólo cuenta una cosa: que nos amemos. Lo demás no dene importancia. ¿Por qué vivimos aquí separados, sin vernos? ¿Por qué no puedo ir adonde me plazca? Te quiero, y lo demás me da lo mismo, siempre que no hayas cambiado —añadió en ruso, con un brillo peculiar en los ojos que Vronski no acertaba a comprender—. ¿Por qué no me miras?

Vronski levantó los ojos. Vio toda la belleza de su rostro y de su atavío, que tanto la favorecía. Pero en ese momento esa hermosura y esa elegancia era precisamente lo que le irritaba.

—Ya sabe usted que mis sentimientos no pueden cambiar, pero le ruego, le

imploro que no vaya —replicó él en francés, con voz tierna y suplicante, pero con frialdad en la mirada.

Anna no reparó en sus palabras, sólo en sus ojos, y le respondió con enfado:

—Y yo le suplico que me diga por qué no debo ir.

—Porque puede causarle… —empezó, pero no terminó la frase.

—No entiendo nada. Yashvín *n'est pas comprometant*,[20] y la princesa Varvara no es peor que otras. Aquí está.

XXXIII

Esta obstinada negativa en comprender la situación en la que se encontraba hizo que Vronski sintiera por Anna, por primera vez desde que se conocían, un enojo rayano casi en la ira. Lo que más le contrariaba era que no podía expresar la causa de su enfado. Si hubiera dicho claramente lo que pensaba, se habría expresado así: «Presentarse en el teatro con ese vestido, en compañía de una princesa cuya vida todo el mundo conoce, no sólo significa reconocer tu posición de mujer perdida, sino lanzar un desafío a la sociedad, es decir, renunciar a ella para siempre».

No podía decirle eso. «Pero ¿cómo es posible que no lo entienda? ¿Qué es lo que le pasa?», se decía. Se daba cuenta de que, al tiempo que disminuía su respeto por ella, aumentaba la conciencia de su belleza.

Volvió a su habitación con el ceño fruncido, se sentó al lado de Yashvín, que había extendido las largas piernas en una silla y bebía coñac con agua de seltz, y pidió que le trajeran lo mismo.

—Me estabas hablando de Poderoso, el caballo de Landovski. Es un animal excelente. Te aconsejo que lo compres —dijo, echando un vistazo al rostro sombrío de su amigo—. Tiene la grupa un poco baja, pero las patas y la cabeza no pueden ser mejores.

—Creo que lo compraré —repuso Vronski.

La conversación sobre caballos le interesó, pero no dejó de pensar en Anna ni un instante: sin querer, prestaba atención al rumor de pasos en el pasillo y miraba el reloj que había encima de la chimenea.

—Anna Arkádevna me manda decirle que se ha ido al teatro, señor.

Yashvín vertió una copa más de coñac en el agua burbujeante, y, después de apurarla, se puso en pie y se abrochó el uniforme.

—Bueno, ¿nos vamos? —preguntó con una discreta sonrisa, que apenas se perfiló por debajo del bigote, con la que quería darle a entender que comprendía la causa de su enfado, pero que no le concedía la menor importancia.

—Yo no voy —respondió Vronski con aire sombrío.

—Pues yo tengo que ir, porque lo he prometido. Adiós, entonces. También puedes ir al patio de butacas. Ocupa el lugar de Krasinski —añadió Yashvín desde la puerta.

—No, tengo cosas que hacer.

«Si ya tiene uno quebraderos de cabeza con una esposa, con una amante ni te cuento», iba pensando Yashvín, cuando salió del hotel.

Una vez solo, Vronski se levantó y se puso a recorrer la habitación de un extremo al otro.

«¿Qué toca hoy? La cuarta función de abono… Yegor acudirá con su mujer y probablemente también mi madre. En resumidas cuentas, estará todo San

Petersburgo. Ya habrá entrado, se habrá quitado el abrigo, habrá hecho su aparición en la sala. Tushkévich, Yashvín, Varvara… —se imaginó—. ¿Y yo? Dirán que tengo miedo o que he encargado a Tushkévich que la proteja. Se mire por donde se mire, es una estupidez… ¿Por qué me pone en esa situación?», se preguntó, haciendo un gesto tan brusco con la mano que golpeó la mesita con el agua de seltz y la garrafita de coñac y estuvo a punto de derribarla. Trató de sujetarla, antes de que se viniera abajo, pero no lo consiguió. Enfadado, le pegó un puntapié y llamó al criado.

—Si quieres seguir a mi servicio —le dijo—, cumple con tu obligación. Que no vuelva a repetirse. Tendrías que haber retirado todo esto.

El ayuda de cámara, que no se consideraba culpable, quiso justificarse, pero, al ver la cara de su señor, comprendió que era mejor callar, y, después de unas disculpas apresuradas, se arrodilló sobe la alfombra y se puso a separar las copas y las botellas intactas de las rotas.

—No te corresponde a ti hacer eso. Dile al criado que venga a recogerlo y prepárame el frac.

Vronski entró en el teatro a las ocho y media. El espectáculo estaba en su apogeo. El viejo acomodador le ayudó a quitarse la pelliza y, al reconocerlo, lo llamo «su excelencia» y le dijo que no era necesario que cogiera número, bastaba con que a la salida llamara a Fiódor. Además del acomodador y de dos criados con sendas pellizas al brazo, que escuchaban al lado de la puerta, en el pasillo inundado de luz no había nadie. Al otro lado de la puerta entornada se oían los acordes de la orquesta, que acompañaba con un discreto *staccato* una voz femenina que pronunciaba una frase musical con exquisita precisión. En ese momento la puerta se abrió del todo, dando paso a un acomodador, y la frase musical, ya en su final, hirió el oído de Vronski. No obstante, la puerta se cerró en seguida, y Vronski no pudo oír el final de la frase ni de la cadencia, pero por los atronadores aplausos que le llegaban del otro lado comprendió que había terminado. Cuando entró en la sala, brillantemente iluminada por arañas y lámparas de gas de bronce, el estruendo aún continuaba. En el escenario la cantante, deslumbrante con su ristra de diamantes y sus hombros desnudos, saludaba, sonreía y, con la ayuda del tenor, que la sujetaba de la mano, cogía las flores que le arrojaban con bastante torpeza por encima de las candilejas; luego se acercó a un señor peinado con raya al medio, los cabellos brillantes de pomada, que extendió los largos brazos y le ofreció algo. El público, tanto en el patio de butacas como en los palcos, se agitaba, se inclinaba hacia delante, gritaba y aplaudía. El director de orquesta, desde su podio, hacía cuanto podía para que el regalo llegara a su destinataria, al tiempo que se arreglaba la corbata blanca. Vronski llegó al centro del patio de butacas, se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. Prestaba menos atención que de costumbre al ambiente, tan conocido y habitual, al escenario, al

bullicio, a la muchedumbre abigarrada, anodina y familiar que abarrotaba el teatro.

En los palcos estaban las mismas señoras de siempre, con los mismos oficiales detrás; las mismas mujeres con vestidos multicolores (sólo Dios sabía quiénes eran), los mismos uniformes, las mismas levitas, la misma muchedumbre sucia en el gallinero; entre toda esa gente que copaba los palcos y las primeras filas sólo había cuarenta hombres y mujeres *de verdad*. Vronski fijó inmediatamente su atención en esos oasis y se puso a saludar a unos y a otros.

Como el acto había concluido, antes de entrar en el palco de su hermano, se dirigió a la primera fila de butacas. Serpujovski, que estaba apoyado en las candilejas, la rodilla doblada, dando golpecitos en la pared con el tacón, lo había visto de lejos y lo había llamado con una sonrisa.

Vronski aún no había visto a Anna, entre otras cosas porque no hacía nada por encontrarla. Pero, por la dirección de las miradas, sabía dónde estaba. Se volvía con aire distraído a uno y otro lado, pero sin preocuparse de ella. Buscaba con los ojos a Alekséi Aleksándrovich. Pero, para su fortuna, Karenin no había acudido ese día a la representación.

—¡Qué poco te ha quedado de tu pasado militar! —le dijo Serpujovski—. Pareces un diplomático, un artista o algo por el estilo.

—Sí, nada más volver a Rusia, me he puesto el frac —respondió Vronski, sonriendo y sacando lentamente los gemelos.

—Reconozco que en ese sentido te envidio. Cuando vuelvo del extranjero y me pongo esto —dijo Serpujovski, tocándose las charreteras—, me da pena de mi libertad perdida.

Hacía ya tiempo que Serpujovski había dejado de preocuparse de la carrera militar de Vronski, pero seguía apreciándole lo mismo que antes, y en esa ocasión se mostró especialmente amable con él.

—Qué lástima que te hayas perdido el primer acto.

Vronski, sin prestar demasiada atención a lo que decía, recorría con los gemelos el patio de butacas y los palcos. De pronto vio la cabeza de Anna, orgullosa, sorprendentemente bella y risueña, rodeada de encajes. A su lado había una señora con un turbante y un anciano calvo que pestañeaba enfadado. Anna estaba en la quinta platea, a unos veinte pasos de él. Sentada en la parte delantera y vuelta ligeramente, le decía algo a Yashvín. La postura de la cabeza, los hombros anchos y hermosos, la vivacidad contenida de sus brillantes ojos y todo su rostro le recordaron cómo era cuando la vio en el baile de Moscú. Pero los sentimientos que le inspiraba ahora su belleza eran completamente distintos. Se había desvanecido ese aire de misterio que la rodeaba, y su belleza, aunque le atraía aún más que antes, también le ofendía. Aunque Anna no miraba hacia donde él estaba, él sabía que ya lo había visto.

Cuando volvió a dirigir los gemelos hacia allí, advirtió que la princesa Varvara, muy colorada, se reía de un modo muy poco natural, sin dejar de mirar el palco de al lado. Anna, golpeando con el abanico cerrado el terciopelo rojo de la barandilla, miraba a lo lejos, tratando de no ver lo que ocurría en el otro palco. Yashvín tenía esa expresión que solía adoptar cuando perdía en el juego. Con el ceño fruncido, se metía cada vez más la guía izquierda del bigote en la boca, al tiempo que miraba de reojo el palco vecino, ocupado por los Kartásov. Los conocía y sabía que Anna los conocía también. Kartásova, una mujer pequeña y delgada, estaba de pie, de espaldas a Anna, y se ponía la capa que le tendía su marido. Pálida, con cara de enfado, decía algo muy agitada. Kartásov, un hombre grueso y calvo, hacía cuanto podía por calmar a su mujer, y se volvía cada dos por tres hacia Anna. La esposa de Kartásov abandonó el palco, pero él se demoró un buen rato, buscando la mirada de Anna, pues por lo visto deseaba saludarla. Pero ella hacía como si no se diera cuenta y, vuelta en la silla, hablaba con Yashvín, que inclinaba su cabeza rapada. Kartásov salió sin saludar y el palco quedó vacío.

Aunque Vronski no había presenciado lo que había sucedido entre Anna y los Kartásov, se dio cuenta de que había sido algo humillante para ella. Así lo indicaba no sólo lo que había visto, sino sobre todo la expresión de Anna, que había hecho acopio de sus últimas fuerzas, como bien sabía él, para desempeñar su papel hasta el final. Había conseguido aparentar serenidad. Quienes no la conocieran ni tuvieran relación con su círculo de amistades, quienes no hubieran oído las expresiones de las mujeres, apenadas, sorprendidas e indignadas de que Anna hubiera tenido la osadía de presentarse en sociedad con esa llamativa mantilla de encaje y en todo el esplendor de su belleza, habrían admirado la calma y la hermosura de esa mujer, sin sospechar que la embargaba la misma vergüenza que a un malhechor expuesto en la picota.

Consciente de que se había producido un incidente, pero sin saber exactamente lo que había pasado, Vronski era presa de una cruel agitación. Impaciente por enterarse de los detalles, se dirigió al palco de su hermano, eligiendo a propósito la salida más alejada del palco de Anna. En su camino, se topó con el coronel de su antiguo regimiento, que estaba hablando con dos conocidos. Vronski oyó pronunciar el nombre de Karénina y advirtió el apresuramiento con que el coronel lo llamaba en voz alta, al tiempo que cambiaba con sus interlocutores una mirada significativa.

—¡Ah, Vronski! ¿Cuándo vas a pasarte por el regimiento? No podemos dejarte marchar sin celebrar un banquete. Eres uno de los nuestros —dijo.

—Lo siento mucho, pero esta vez no tengo tiempo. Habrá que dejarlo para otra ocasión —replicó Vronski, subiendo a toda prisa las escaleras que conducían al palco de su hermano, donde se encontraba la vieja condesa, su madre, con sus ricitos color acero. En el pasillo se topó con Varia y con la princesa Sorókina.

Después de dejar a la princesa Sorókina con su suegra, Varia le tendió la mano a su cuñado y, sin perder un instante, se puso a contarle lo que a éste le interesaba. Rara vez la había visto Vronski tan agitada.

—Me parece que ha sido vil y repugnante. La señora Kartásova no tenía ningún derecho a portarse así. La señora Karénina… —empezó diciendo.

—Pero ¿qué ha pasado? No sé nada.

—¿Cómo? ¿No lo has oído?

—Como ves, siempre soy el último en enterarme.

—¿Puede haber alguien más malvado que esa señora Kartásova?

—Pero ¿qué es lo que ha hecho?

—Me lo ha contado mi marido… Ha ofendido a la señora Karénina. Kartásov se puso a hablar con ella desde su palco, y su mujer le montó una escena. Dicen que pronunció en voz alta un comentario ofensivo y a continuación salió.

—Conde, su madre le llama —dijo la princesa Sorókina, asomándose a la puerta del palco.

—Te estaba esperando —le dijo su madre, con una sonrisa burlona—. ¡No se te ve el pelo!

Vronski vio que su madre no podía reprimir una sonrisa de alegría.

—Buenas noches, mamá. He venido a verla —dijo con frialdad.

—¿Por qué no vas a *faire la cour à madame Karénine*?[21] —añadió, cuando la princesa Sorókina se alejó—. *Elle fait sensation. On oublie la Patti pour elle*.[22]

—Mamá, le he pedido que no me hable de eso —repuso Vronski, frunciendo el ceño.

—No hago más que repetir lo que dice todo el mundo.

Vronski no contestó. Se limitó a cambiar unas palabras con la princesa Sorókina y a continuación salió. En la puerta se encontró con su hermano.

—¡Ah, Alekséi! —exclamó éste—, ¡Qué vileza! Es una estúpida, nada más… Me disponía a ir a ver a la señora Karénina. Vamos juntos.

Vronski no le escuchaba. Bajó la escalera con pasos rápidos. Era consciente de que tenía que hacer algo, pero no sabía qué. Aunque estaba furioso con Anna por haberlos puesto a los dos en una posición falsa, le daba pena que sufriera. Una vez en el patio de butacas, se dirigió al palco de Anna. Strémov, de pie al lado del palco, estaba hablando con ella.

—Ya no quedan buenos tenores. *Le moule en est brisé*.[23]

Vronski saludó a Anna y se detuvo para saludar a Strémov.

—Por lo visto ha llegado usted tarde y se ha perdido la mejor aria —le dijo Anna, mirándole con ironía, o al menos así se lo pareció a él.

—No entiendo mucho de estas cosas —repuso él, mirándola con dureza.

—Tampoco el príncipe Yashvín —dijo Anna, sonriendo—. Dice que la Patti canta

demasiado alto. Gracias —añadió, cogiendo con su pequeña mano, enfundada en un guante largo, el programa que Vronski había recogido del suelo, y de pronto su hermoso rostro se estremeció. Se levantó y se retiró al fondo del palco.

En el transcurso del segundo acto, dándose cuenta de que el palco de Anna se había quedado vacío, Vronski abandonó el patio de butacas, entre los siseos del público, que escuchaba en silencio la cavatina, y se marchó al hotel.

Anna ya había llegado. Cuando él entró en su habitación, la encontró sola, con el mismo vestido que había lucido en el teatro. Estaba sentada en el primer sillón, al lado de la pared, y miraba al frente. Se volvió hacia él y acto seguido retomó la postura anterior.

—Anna —dijo Vronski.

—¡La culpa de todo la tienes tú! —gritó Anna con lágrimas de desesperación y de rabia, poniéndose en pie.

—Te pedí, te supliqué que no fueras. Sabía que podía ocurrir algo desagradable…

—¡Desagradable! —gritó Anna—. ¡Ha sido horrible! Por mucho que viva, no lo olvidaré jamás. Esa mujer dijo que era una deshonra estar sentada a mi lado.

—¿Y qué puede esperarse de una estúpida? —dijo Vronski—. Pero ¿por qué arriesgarse y desafiar…?

—Me repugna tu sangre fría. No tendrías que haberme expuesto a una situación así. Si me quisieras…

—¡Anna! ¿Qué tiene que ver mi amor con esto…?

—Si me quisieras como yo te quiero a ti, si sufrieras como yo… —dijo ella, mirándole con una expresión de temor.

Aunque no se le había pasado el enfado, a Vronski le dio pena de ella. Le aseguró que la amaba, porque comprendía que era lo único que podía calmarla en esos momentos. No le dirigió ningún reproche, pero en el fondo de su alma le echaba la culpa de lo que había pasado.

Anna escuchaba con avidez esas protestas de amor, tan banales que a Vronski le daba vergüenza pronunciarlas, y poco a poco se fue calmando.

Al día siguiente partieron para el campo completamente reconciliados.

SEXTA PARTE

I

Daria Aleksándrovna estaba pasando el verano con los niños en Pokróvskoie, en casa de su hermana Kitty. La casa de campo de Yergushovo se había derrumbado, y los Levin la habían convencido para que pasara el verano con ellos. Stepán Arkádevich aceptó entusiasmado la proposición. Dijo que, aunque lo lamentaba mucho, su trabajo le impedía pasar el verano en el campo con su familia, lo que habría constituido su mayor felicidad, y se quedó en Moscú, aunque de vez en cuando iba a casa de los Levin por un par de días. Además de los Oblonski, los niños y la institutriz, también estaba allí la vieja princesa, que consideraba su deber cuidar de su inexperta hija, dado *el estado* en el que se encontraba. También les acompañaba Várenka, la amiga de Kitty en Soden, que había cumplido su promesa de visitarla cuando se casara y estaba pasando una temporada con ella. Todas esas personas eran familiares y amigos de la mujer de Levin. Y, aunque éste les tenía cariño a todos, le daba un poco de pena que el orden de vida de los Levin hubiera desaparecido por completo con el desembarco del «elemento Scherbatski», como lo llamaba en su fuero interno. Ese verano sólo tenía a su lado a uno de los suyos, Serguéi Ivánovich, pero incluso éste era más un representante de los Kóznishev que de los Levin, de manera que del espíritu de los Levin no quedaba nada.

En la casa de Levin, desierta desde hacía mucho tiempo, había ahora tanta gente que casi no quedaba una habitación libre. Casi todos los días la vieja princesa, al sentarse a la mesa, contaba a los comensales, y ponía a comer aparte al nieto que hacía el número trece. Kitty, que se había convertido en una diligente ama de casa, se las veía y se las deseaba para abastecerse de pollos, pavos y patos con los que satisfacer el apetito de lobo de los veraneantes, grandes y pequeños.

Toda la familia estaba ya a la mesa. Los hijos de Dolly, la institutriz y Várenka hacían planes para ir a buscar setas. Serguéi Ivánovich, que gozaba entre los invitados de un respeto rayano en la admiración por su inteligencia y conocimientos, sorprendió a todos mezclándose en esa conversación.

—Llévenme con ustedes. Me gusta mucho recoger setas —dijo, mirando a Varvara—.[1] En mi opinión, es una ocupación muy agradable.

—Pues claro. Con mucho gusto —respondió ésta, ruborizándose.

Kitty y Dolly cambiaron una mirada significativa. La proposición de ese hombre inteligente y erudito de ir a buscar setas con Várenka confirmaba ciertas sospechas que albergaba Kitty en los últimos tiempos. Temiendo que reparasen en su mirada, se apresuró a dirigirle la palabra a su madre. Después de la comida Serguéi Ivánovich se sentó con su taza de café al pie de la ventana del salón y prosiguió una conversación iniciada con su hermano, sin dejar de mirar a la puerta, por la que debían salir los niños. Levin se había sentado en el alféizar, al lado de su hermano.

Kitty estaba de pie, a pocos pasos de su marido, esperando con impaciencia el final de esa aburrida conversación para decirle algo.

—Desde que te has casado has cambiado mucho, y además para mejor —dijo Serguéi Ivánovich, que no parecía demasiado interesado en la charla, y a continuación dedicó una sonrisa a Kitty—. Pero sigues fiel a tu costumbre de defender las teorías más paradójicas.

—Katia, no te conviene estar de pie —le dijo su marido, acercándole una silla y mirándola con aire significativo.

—Bueno, tengo que dejaros —añadió su hermano, al ver que los niños corrían a su encuentro, precedidos de Tania, que galopaba de lado, con las medias muy estiradas, agitando una cesta y el sombrero de Serguéi Ivánovich.

Tania se acercó con atrevimiento y, con los ojos hermosos y brillantes, tan parecidos a los de su padre, le tendió el sombrero e hizo como si fuera a ponérselo, aunque atenuó el descaro de su gesto con una sonrisa dulce y tímida.

—Várenka le está esperando —dijo, poniéndole el sombrero con mucho cuidado, una vez que la sonrisa de Serguéi Ivánovich le dio a entender que se lo permitía.

Várenka estaba en la puerta, con un vestido de percal amarillo y un pañuelo blanco en la cabeza.

—Ya voy, ya voy, Varvara Andréievna —dijo Serguéi Ivánovich, apurando su taza de café y metiéndose en el bolsillo el pañuelo y la pitillera.

—Qué encantadora es mi Várenka! ¿No es verdad? —le dijo Kitty a su marido en cuanto Serguéi Ivánovich se levantó. Lo dijo de tal forma que éste pudiera oírlo, que era lo que pretendía—. ¡Qué guapa es! ¡Y qué noble es su belleza! ¡Várenka! —gritó Kitty—, ¿iréis al bosque del molino? Nos vemos allí.

—Te olvidas de tu estado, Kitty —objetó la vieja princesa, entrando apresuradamente—. No puedes gritar de ese modo.

Várenka, que había oído la llamada de Kitty y la reprimenda de su madre, se acercó con pasos rápidos y ligeros. La rapidez de sus movimientos, el arrebol que cubría su animado rostro, todo denotaba que le sucedía algo extraordinario. Kitty sabía de qué se trataba y la observaba con atención. Sólo la había llamado para bendecirla mentalmente antes del importante acontecimiento que, en su opinión, se produciría ese día en el bosque.

—Várenka, soy muy feliz, pero lo seré aún más si sucede una cosa —le susurró, dándole un beso.

Várenka se turbó y, haciendo como si no hubiera oído lo que Kitty le había dicho, le preguntó a Levin:

—¿Vendrá usted con nosotros?

—Sí, pero sólo hasta la era.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Tengo que examinar las nuevas carretas y hacer unas cuentas —respondió Levin—. ¿Dónde vas a estar tú?

—En la terraza.

II

Todas las mujeres se reunieron en la terraza. En general, les gustaba sentarse allí después de la comida, pero además ese día tenían cosas que hacer. No sólo confeccionarían fajas y camisitas, de lo que se ocupaban todas, sino que también iban a hacer mermelada siguiendo un método diferente al que empleaba Agafia Mijáilovna, sin añadir agua. Kitty quería introducirlo, pues era el que se empleaba en su casa. Agafia Mijáilovna, encargada hasta entonces de esa tarea, estaba convencida de que nada de lo que se hiciese en casa de los Levin podía estar mal, y había añadido agua a las fresas y a los fresones, asegurando que no se podía hacer de otro modo. Pero la habían cogido con las manos en la masa, y ahora se disponían a preparar confitura de frambuesa a la vista de todos, para demostrarle que no se necesitaba añadir agua para que quedara bien.

Agafia Mijáilovna, el rostro encarnado, la expresión hosca, el cabello en desorden, los delgados brazos descubiertos hasta el codo, daba vueltas al perol sobre el hornillo y miraba con aire sombrío las frambuesas, deseando con toda su alma que se espesaran antes de que acabaran de cocer. La princesa, sabiendo que la cólera de Agafia Mijáilovna se dirigía contra ella, pues era la principal responsable de la introducción de ese nuevo método, hacía como si se ocupara de otras cosas y no se interesara por la mermelada, hablaba de cuestiones distintas, pero no dejaba de mirar el perol con el rabillo del ojo.

—Siempre compro los vestidos de mis criadas en los saldos —dijo la princesa, continuando una conversación ya iniciada—. ¿No cree que debería quitar ya la espuma, querida? —añadió, dirigiéndose a Agafia Mijáilovna—. No tienes por qué ocuparte tú. Hace demasiado calor cerca del fuego —prosiguió, deteniendo a Kitty.

—Lo haré yo —dijo Dolly y, levantándose, removió con mucho cuidado el espumeante almíbar con ayuda de una cuchara. De vez en cuando, para desprender lo que se había pegado, daba golpecitos en un plato, cubierto de una espuma de un amarillo rosado, de la que se escapaba un hilillo de jugo rojo como la sangre. «¡Cómo van a disfrutar los niños a la hora del té!», se decía, recordando que cuando era pequeña se sorprendía de que los mayores no comieran la espuma, que era la parte más exquisita de la mermelada—. Stiva dice que es mucho mejor darles dinero —añadió, reanudando esa interesante conversación sobre lo que convenía regalar a los criados—. Pero…

—¡No se les puede dar dinero! —exclamaron al unísono la princesa y Kitty—. Aprecian los regalos.

—Yo, por ejemplo, el año pasado le compré a nuestra Matriona Semiónovna un tejido que, aunque no era popelín, se le parecía bastante —dijo la princesa.

—Recuerdo que llevaba puesto ese vestido el día del santo de usted.

—Tenía un dibujo precioso, sencillo y de buen gusto. Yo misma me habría hecho uno igual, de no haberlo llevado ella. Algo parecido al de Várenka. Bonito y barato.

—Bueno, creo que ya está lista —dijo Dolly, dejando que el almíbar se escurriera de la cuchara.

—Cuando se formen grumos, estará en su punto. Cuézalo un poco más, Agafia Mijáilovna.

—¡Estas moscas! —dijo el ama de llaves con irritación—. Quedará igual —añadió.

—¡Ah, qué bonito! ¡No lo asustéis! —exclamó Kitty de repente, contemplando un gorrión que se había posado en la barandilla y se había puesto a picotear el rabo de una frambuesa, después de darle la vuelta.

—*A propos de*[2] Várenka —dijo Kitty en francés, como hacían todas ellas cuando no querían que Agafia Mijáilovna se enterara de lo que estaban hablando—. Por alguna razón, *maman*, espero que hoy se resuelva todo. Ya sabe a lo que me refiero. Sería maravilloso.

—¡Vaya una casamentera! —dijo Dolly—. Con qué habilidad y tacto los está uniendo…

—Dígame, *maman*, ¿usted qué piensa?

—Qué quieres que te diga. Él —se refería a Serguéi Ivánovich— ha podido aspirar siempre al mejor partido de Rusia. Claro que ya no es muy joven, pero de todos modos estoy segura de que muchas mujeres se casarían con él… Várenka es muy buena, pero él podría…

—No, mamá, es imposible encontrar mejor solución para los dos. En primer lugar, ella es un encanto —dijo Kitty, doblando un dedo.

—Ella le gusta mucho, eso es cierto —afirmó Dolly.

—En segundo, él goza de una posición en la sociedad que le permite casarse sin tener en cuenta la fortuna y la condición de su mujer. Lo único que necesita es una buena esposa, que sea dulce y tranquila.

—En ese sentido, con Várenka no tiene nada que temer —confirmó Dolly.

—En tercer lugar, su esposa debe quererlo. Y en el caso de Várenka eso es así… Ah, sería maravilloso. Espero que cuando vuelvan del bosque se haya decidido todo. No tendré más que mirarles a los ojos para saber lo que ha pasado. ¡Cuánto me alegraría! ¿Tú qué piensas, Dolly?

—No te excites. No debes excitarte —dijo la madre.

—Pero si no me excito, mamá. Tengo la impresión de que se va a declarar hoy.

—Qué sentimiento más extraño se experimenta cuando un hombre se declara… Es como si hubiera un obstáculo y de pronto desapareciera —dijo Dolly, con aire pensativo y una sonrisa, recordando los tiempos de su noviazgo.

—Mamá, ¿cómo se te declaró papá? —preguntó Kitty de repente.

—Pues de la manera más sencilla del mundo, no pasó nada especial —respondió la princesa, pero su rostro resplandeció al recordarlo.

—Pero ¿cómo fue? ¿Le quería usted antes de que le permitieran hablar con él?

A Kitty le encantaba poder hablar con su madre de igual a igual sobre las cuestiones más importantes de la vida de una mujer.

—Pues claro que sí. Iba a vernos al campo.

—¿Y cómo se decidió todo, mamá?

—¿Acaso pensáis que habéis inventado algo nuevo? Estas cosas no cambian. Todo lo deciden las sonrisas, las miradas…

—¡Qué bien lo ha dicho usted mamá! Así es: las sonrisas y las miradas —exclamó Dolly.

—Pero ¿qué palabras dijo?

—¿Y cuáles te dijo a ti Kostia?

—Me las escribió con tiza. Fue algo increíble… ¡Ah, qué lejano me parece ya! —dijo.

Y las tres mujeres se pusieron a pensar en lo mismo. Kitty fue la primera en romper el silencio. Le había venido a la memoria el invierno anterior a su boda y su encaprichamiento por Vronski.

—Sólo hay una cosa… La antigua pasión de Várenka —dijo. Una asociación de ideas bastante natural le había recordado ese episodio—. Me habría gustado decírselo a Serguéi Ivánovich, prepararlo de algún modo. Todos los hombres tienen unos celos terribles de nuestro pasado —añadió.

—No todos —objetó Dolly—. Juzgas así por tu marido. Sigue atormentándole el recuerdo de Vronski, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Kitty, con ojos pensativos y risueños.

—¿Y qué hay en tu pasado que pueda inquietarlo? —intervino la princesa, temiendo que se pusiera en duda el modo en que, en su papel de madre, había velado por la reputación de su hija—. ¿Que Vronski te hiciera la corte? Eso les pasa a todas las muchachas.

—Bueno, más vale que lo dejemos —replicó Kitty, ruborizándose.

—Perdóname —insistió la madre—, pero fuiste tú quien se opuso a que hablara con Vronski. ¿No te acuerdas?

—¡Ah, mamá! —exclamó Kitty, con aire apenado.

—En estos tiempos no hay quien os sujete… Vuestras relaciones no habrían ido más allá de lo debido. Yo misma le habría llamado al orden. Pero no debes alterarte, bien mío. Te ruego que te calmes.

—Estoy completamente tranquila, *maman*.

—¡Qué suerte tuvo Kitty de que en ese momento apareciera Anna! —dijo Dolly —. ¡Y qué desgracia para ella! Ahora han cambiado las tornas —añadió, sorprendida

de su propia idea—, Anna era entonces feliz y Kitty se consideraba desdichada. ¡Cómo han cambiado las tornas! Pienso en ella a menudo.

—¡Pues no lo entiendo! Es una mujer vil, repugnante y sin corazón —dijo la madre, que habría preferido que su hija se hubiera casado con Vronski.

—Dejadlo de una vez —dijo Kitty con enfado—. No he vuelto a ocuparme de esa cuestión y no pienso hacerlo ahora… No pienso hacerlo ahora —repitió, prestando oídos a los conocidos pasos de su marido, que subía por la escalera.

—¿Qué es lo que no piensas hacer ahora? —preguntó Levin, al entrar en la terraza.

Pero nadie le respondió, y él no insistió en la pregunta.

—Lamento esta intromisión en vuestro reino femenino —dijo, envolviéndolas a todas en una mirada involuntaria y comprendiendo que habían estado hablando de algo que jamás habrían sacado a colación en su presencia.

Por un momento compartió los sentimientos de Agafia Mijáilovna, le desagradó que cocieran las frambuesas sin agua y, en general, la influencia ajena de los Scherbatski. No obstante, sonrió y se acercó a Kitty.

—Bueno, ¿qué tal estás? —preguntó, mirándola con esa expresión que adoptaban ahora todos cuando se dirigían a ella.

—Muy bien —respondió Kitty con una sonrisa—. ¿Y tú?

—Los nuevos carros pueden llevar el triple de carga que los viejos. ¿Quieres que vayamos a buscar a los niños? He ordenado que enganchen los caballos.

—¿Pretendes llevar a Kitty en la tartana? —preguntó la madre en tono de reproche.

—Iremos al paso, princesa.

Levin nunca llamaba *maman* a la princesa, como suelen hacer los yernos, y eso molestaba a la anciana. Levin le tenía mucho cariño y la respetaba, pero no podía darle ese nombre sin profanar el recuerdo de su difunta madre.

—Venga con nosotros, *maman* —dijo Kitty.

—No quiero ver vuestras imprudencias.

—Bueno, entonces iré a pie. Me vendrá bien dar un paseo —dijo Kitty, levantándose, acercándose a su marido y cogiéndole del brazo.

—Puede que te vaya bien, pero no te excedas —dijo la princesa.

—¿Y qué, Agafia Mijáilovna? ¿Está lista la mermelada? —preguntó Levin a su ama de llaves con una sonrisa, tratando de animarla—. ¿Queda bien con la nueva receta?

—Supongo que sí. Pero a mi modo de ver está demasiado cocida.

—Es mejor así, Agafia Mijáilovna, porque no se echará a perder. El hielo ha empezado a derretirse y no tenemos dónde conservarla —dijo Kitty, dirigiéndose a la anciana en el mismo tono de su marido, pues había entendido lo que éste pretendía—.

En cuanto a las salazones que hace usted, mamá dice que no las ha comido iguales —añadió, sonriendo y arreglándole el pañuelo.

Agafia Mijáilovna miró a Kitty con enfado.

—No me consuele, señorita. Me basta verla a usted con él para que esté alegre —dijo.

Esa forma familiar de dirigirse a su marido, en lugar de llamarlo «señor», emocionó a Kitty.

—Venga con nosotros a buscar setas. Nos enseñará los mejores lugares.

Agafia Mijáilovna sonrió y movió la cabeza, como diciendo: «¡Cuánto me gustaría enfadarme con usted, pero no puedo!».

—Haga el favor de seguir mi consejo —dijo la vieja princesa—. Cubra cada tarro con un papel empapado en ron y no necesitará hielo para impedir que se cubran de moho.

III

Kitty se alegró mucho de quedarse a solas con su marido porque había advertido en su rostro, que lo reflejaba todo con tanta viveza, una sombra de tristeza cuando entró en la terraza y preguntó de qué estaban hablando, sin obtener respuesta.

Cuando, adelantando a los demás, salieron al camino liso y polvoriento, cubierto de espigas y granos de centeno, y perdieron de vista la casa, se apoyó con más fuerza en el brazo de su marido y se apretó a él. Levin ya se había olvidado de esa impresión desagradable, que apenas había durado un instante. Ahora que estaba a solas con ella, el recuerdo de su embarazo no le abandonaba ni un momento. Desde hacía algún tiempo en compañía de su querida esposa le embargaba un sentimiento nuevo, alegre y placentero, totalmente ajeno a la sensualidad. No tenían nada que decirse, pero le apetecía oír su voz, que había cambiado durante el embarazo, lo mismo que su mirada. Tanto en una como en otra se percibía la dulzura y la gravedad de las personas que se entregan en cuerpo y alma a una tarea que les fascina.

—¿Estás segura de que no te cansarás? Apóyate más en mi brazo —dijo Levin.

—No, me alegro mucho de poder estar a solas contigo unos instantes. Aunque me gusta tener aquí a los míos, te confieso que echo de menos las tardes de invierno sin ninguna compañía.

—Aquello estaba bien, pero esto es aún mejor. Las dos cosas son buenas —dijo Levin, apretándole la mano.

—¿Sabes de qué estábamos hablando cuando llegaste?

—¿De la mermelada?

—Sí, de eso y de cómo se declaran los hombres.

—¡Ah! —exclamó Levin, prestando más atención a su voz que a sus palabras, sin apartar los ojos del camino, que ahora se adentraba en el bosque, para evitar los lugares en los que Kitty podía dar un mal paso.

—Y también de Serguéi Ivánovich y Várenka. ¿Has notado algo? Yo lo deseo con toda mi alma —prosiguió—. ¿Qué crees tú? —le preguntó, mirándole a la cara.

—No sé qué decir —respondió Levin con una sonrisa—. En ese sentido, Serguéi me parece muy raro. Ya te he contado…

—Sí, que se enamoró de una muchacha que murió…

—Sucedió cuando yo era un niño. Así que sólo conozco la historia de oídas. Recuerdo cómo era en esa época. ¡No habrá habido hombre más simpático! Desde entonces he observado cómo se comporta con las mujeres: se muestra amable con ellas, algunas incluso le gustan, pero te das cuenta de que para él son sólo personas, no mujeres.

—Pero en el caso de Várenka… Parece que hay algo…

—Puede que sí… Pero hay que conocer a Serguéi Ivánovich… Es un hombre

sorprendente, extraordinario. Sólo vive para el espíritu. Su alma es demasiado pura y elevada.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso el matrimonio le rebajaría?

—No, pero está tan acostumbrado a vivir sólo para el espíritu que no puede congraciarse con la vida real. Y Várenka, a fin de cuentas, forma parte de ella.

Levin se había acostumbrado a expresar con audacia sus pensamientos, sin tomarse la molestia de envolverlos en formulaciones precisas. Sabía que en momentos de tanta intimidad como ése bastaba una mera alusión para que su mujer entendiera lo que quería decirle.

—Ya, pero Várenka no es como yo. Entiendo que Serguéi Ivánovich no podría enamorarse nunca de mí. Pero Várenka es todo espíritu…

—Nada de eso. Mi hermano te quiere mucho, y a mí me gusta mucho que los míos te quieran…

—Sí, es muy bueno conmigo, pero…

—Pero no es lo mismo que con el difunto Nikolái… En ese caso el cariño que os profesabais uno a otro era especial —concluyó Levin—. ¿Por qué no decirlo? —añadió—. A veces me reprocho no pensar en él. Acabaré olvidándole. ¡Ah, qué hombre tan terrible y tan encantador!… Pero ¿de qué estábamos hablando? —preguntó Levin, después de una pausa.

—Crees que es incapaz de enamorarse —dijo Kitty, traduciendo las ideas de Levin a su propio lenguaje.

—No es que no pueda enamorarse —replicó Levin con una sonrisa—, sino que carece de la debilidad necesaria… Siempre le he envidiado. Incluso ahora que soy tan feliz le envidio.

—¿Le envidias por no ser capaz de enamorarse?

—Le envidio porque es mejor que yo —dijo Levin, sin dejar de sonreír—. No vive para sí mismo. Toda su existencia está consagrada al deber. Por eso puede sentirse tranquilo y satisfecho.

—¿Y tú? —preguntó Kitty, con una sonrisa burlona y llena de amor.

Le habría sido imposible explicar qué concatenación de ideas le había llevado a sonreír. Pero la conclusión final era que su marido, al expresar su admiración por su hermano y proclamarse inferior a él, no era sincero. Kitty sabía que esa falta de sinceridad de su marido se debía al cariño que profesaba a su hermano, a la mala conciencia que sentía por ser demasiado feliz y, sobre todo, a ese deseo constante de ser mejor. Le gustaba ese rasgo: por eso había sonreído.

—¿Y tú? ¿De qué no estás satisfecho? —preguntó con la misma sonrisa.

Feliz de ver que Kitty no creía en su insatisfacción, la incitaba inconscientemente a que le expusiera las razones por las que no creía en sus palabras.

—Soy feliz, pero estoy descontento de mí mismo… —dijo.

—¿Cómo puedes sentirte insatisfecho si eres feliz?

—¿Qué podría decirte para que lo entendieras? Lo único que desea mi alma es que no tropieces. ¡Ah, no saltes así! —exclamó, interrumpiendo su discurso para reprocharle que hubiera hecho un movimiento demasiado brusco para salvar una rama seca atravesada en el camino—. Pero, cuando me comparo con los demás, sobre todo con mi hermano, me doy cuenta de que no valgo gran cosa.

—Pero ¿por qué? —prosiguió Kitty, siempre con la misma sonrisa—. ¿Acaso no te preocupas también tú de tus semejantes? Ahí está la granja, y la hacienda, y tu libro…

—No, ahora soy más consciente que nunca de que no hago bien las cosas. Y tú tienes la culpa —dijo, apretándole la mano—. No me concentro lo suficiente. Si sintiera por esas tareas el mismo amor que siento por ti… En los últimos tiempos se han convertido en una obligación penosa.

—Entonces, ¿qué opinión tienes de papá? —preguntó Kitty—. ¿Tampoco él vale nada porque no se ocupa del bien común?

—Su caso es distinto. Tu padre es sencillo, bondadoso y noble. Pero yo carezco de esas cualidades. Cuando no hago nada, me atormento. Y la responsable de todo eres tú. Cuando no te tenía y no existía esto —dijo, dirigiendo sobre el vientre de Kitty una mirada cuyo sentido ésta comprendió—, me dedicaba en cuerpo y alma a mis actividades. Pero ahora no puedo y me siento mal. Se han convertido en una obligación penosa, finjo…

—Ya, pero ¿querrías cambiarte con Serguéi Ivánovich? —preguntó Kitty—. ¿Te gustaría ocuparte del bien común, no vivir nada más que para tu deber?

—Pues claro que no —respondió Levin—. En cualquier caso, soy tan feliz que no comprendo nada. Entonces, ¿crees que va a declararse hoy? —añadió, después de una pausa.

—No estoy segura. Pero me gustaría mucho. Espera un momento —se agachó para coger una margarita silvestre que crecía en el borde del camino—. Toma, cuenta: se declarará, no se declarará —dijo, tendiéndole la margarita.

—Se declarará, no se declarará —decía Levin, arrancando los finos y estriados pétalos blancos.

—¡No, no! —le interrumpió Kitty, que seguía con emoción el movimiento de sus dedos, cogiéndole del brazo—. Has arrancado dos de una vez.

—Bueno, entonces no contamos ese tan pequeño —dijo Levin, desprendiendo un pétalo minúsculo y desmedrado—. Mira, nos ha alcanzado la tartana.

—¿Estás cansada, Kitty? —gritó la princesa.

—Ni lo más mínimo.

—Sube aquí, si quieres. Los caballos son mansos y van al paso.

Pero no merecía la pena. Estaban ya muy cerca, y todos continuaron el camino a

pie.

IV

Con su pañuelo blanco sobre los cabellos morenos, rodeada de esa nube de niños, de los que se ocupaba con alegría y buen ánimo, Várenka, sin duda emocionada ante la posibilidad de que se declarara ese hombre que le gustaba, estaba más atractiva que nunca. Serguéi Ivánovich iba a su lado, y no se cansaba de admirarla. Cuando la miraba, se acordaba de todas las cosas buenas que le habían contado de ella, y cada día estaba más seguro de que experimentaba por ella ese sentimiento especial que sólo había conocido una vez, mucho tiempo antes, en la primera juventud. La sensación de alegría que le causaba su proximidad no dejaba de crecer, y alcanzó su punto culminante cuando, al poner en la cesta de Várenka un boleto enorme que había encontrado, con el tallo fino y los bordes del sombrero vueltos hacia fuera, la miró a los ojos y advirtió que su rostro se había cubierto de rubor, producto del temor, el júbilo y la emoción que la embargaban. Entonces también él se turbó y, sin pronunciar palabra, le dedicó una de esas sonrisas tan reveladoras.

«Si las cosas han llegado a este extremo —se dijo—, debo pensarlo bien antes de tomar una decisión. No conviene que me deje llevar por un arrebato repentino, como si fuera un niño.»

—Si me lo permite, voy a buscar setas por mi cuenta, pues de otro modo mis hallazgos pasarán desapercibidos —dijo y, apartándose de los demás, que deambulaban por el lindero, cubierto de una hierba corta y sedosa en la que despuntaban, aquí y allá, algunos vetustos abedules, se adentró en el bosque, donde los troncos blancos de esos árboles se entreveraban con los álamos grises y las oscuras matas de avellano. Después de alejarse unos cuarenta pasos y ocultarse detrás de un bonetero en plena floración, con sus zarcillos entre rosados y encarnados, Serguéi Ivánovich se detuvo, seguro de que nadie le veía. A su alrededor reinaba un silencio total. Sólo en la copa de los abedules, a cuya sombra se encontraba, zumbaban las moscas como un enjambre de abejas; de vez en cuando le llegaban las voces de los niños. De pronto, no lejos del lindero del bosque, resonó la voz de contralto de Várenka, que llamaba a Grisha, y él no pudo evitar que una alegre sonrisa iluminara su rostro, aunque acto seguido movió la cabeza en señal de reprobación. Sacó un cigarro del bolsillo y trató de encenderlo, pero pasó un buen rato antes de que consiguiera prender la cerilla en el tronco de un abedul. La fina cascarilla de la blanca corteza se pegaba al fósforo y la llama se apagaba. Por fin consiguió encender una; en un momento, el oloroso humo del cigarro, ondulándose como un ancho mantel, se extendió por encima del arbusto y bajo las ramas colgantes del abedul. Siguiendo con la vista las columnas de humo, Serguéi Ivánovich echó a andar con pasos lentos, reflexionando sobre su situación.

«¿Y por qué no? —pensaba—. Si se tratara de un arrebato o de una pasión, si

experimentara sólo esa atracción, esa atracción mutua, si la puedo llamar así, pero me diera cuenta de que iba contra mi modo de vida; si sintiera que, abandonándome a esa atracción, traicionaría mi vocación y mi deber… Pero no es así. La única objeción que puedo poner es que, cuando perdí a Marie, prometí que sería fiel a su memoria. No puedo poner ninguna otra objeción a este sentimiento… Pero es algo importante» —se decía. Se daba cuenta de que personalmente esta consideración no tenía la menor importancia, pero era consciente de que afectaría a la imagen poética que los demás se habían forjado de él—. Aparte de eso, por más que busque, no encontraré nada que se oponga a mi sentimiento. Aunque me hubiera guiado sólo por la razón, no habría encontrado nada mejor.»

Por más que pasaba revista a las mujeres y muchachas que conocía, no recordaba a ninguna que reuniese en tal alto grado las cualidades que, reflexionando en frío, le gustaría encontrar en su esposa. Várenka tenía todo el encanto y la frescura de la juventud, pero no era una niña. Si le amaba, tenía que ser de una forma consciente, como corresponde a una mujer. Eso en primer lugar. En segundo: no sólo estaba lejos de ser una mujer mundana, sino que, según todos los indicios, le repugnaba la sociedad; ello no era óbice para que la conociera a fondo e hiciera gala de los modales de una muchacha bien educada, requisito indispensable para ser la compañera de su vida. En tercero: era religiosa, pero no como una niña, a la manera de Kitty, que era buena y religiosa por instinto; en su caso, las convicciones religiosas formaban la base de su vida. Hasta en los detalles más menudos Serguéi Ivánovich encontraba en Várenka todo lo que podía desear en una mujer: era pobre y estaba sola en el mundo, así que no traería consigo una numerosa parentela, cuya influencia se dejaría sentir en el hogar, como sucedía con Kitty; además, se lo debería todo a su marido, algo que también había deseado siempre para su futura vida conyugal. Y la muchacha, que reunía todas esas cualidades, le amaba. Serguéi Ivánovich era un hombre discreto. Pero no pudo por menos de darse cuenta. También él la amaba. La única pega era la edad. No obstante, la estirpe de la que procedía había dado numerosos ejemplos de una longevidad extraordinaria; de hecho, él todavía no tenía ni una cana, y nadie le habría echado más de cuarenta años. Además, ¿no había dicho la propia Várenka que sólo en Rusia se considera viejos a los hombres de cincuenta años, que en Francia se dice que un hombre de esa edad está *dans la force de l âge*[3] y que uno de cuarenta es *un jeune homme*?[4] Por otro lado, ¿qué significaba la edad cuando se sentía tan joven de espíritu como hacía veinte años? ¿Acaso no era un rasgo de juventud el sentimiento que experimentaba ahora cuando, saliendo de nuevo a la linde del bosque por otro lado, veía a los rayos oblicuos del sol la graciosa figura de Várenka, con su vestido amarillo y su cesta al brazo, que pasaba, con sus andares ligeros, al pie del tronco de un viejo abedul? ¿O la emoción que se apoderó de él cuando la impresión que le había causado la aparición de Várenka se fundió con la

sorprendente belleza del paisaje, un dorado campo de avena inundado de luz, y más allá el viejo bosque perdiéndose en lontananza, con manchas amarillentas que se desvanecían en la lejanía azul? Su corazón se estremecía de gozo. Estaba profundamente conmovido. Se dijo que la suerte estaba echada. Várenka, que acababa de inclinarse para coger una seta, se irguió con gesto ágil y echó un vistazo a su alrededor. Después de tirar el cigarro, Serguéi Ivánovich se acercó a ella con resolución.

V

«Varvara Andréievna, cuando yo era aún muy joven, me forjé un ideal de mujer a la que amaría y me regocijaría en llamar esposa. Después de una larga vida, encuentro por primera vez en usted lo que estaba buscando. La amo y le pido que se case conmigo.»

Serguéi Ivánovich iba diciéndose eso cuando ya estaba a diez pasos de Várenka, que, puesta de rodillas, protegía una seta de las manos de Grisha, mientras llamaba a la pequeña Masha.

—¡Por aquí, por aquí! ¡Hay muchas pequeñas! —decía con su agradable voz profunda.

Al ver a Serguéi Ivánovich, que se acercaba, se quedó donde estaba, sin cambiar de postura. Pero él vio que había reparado en su presencia y que se alegraba.

—¿Qué? ¿Ha encontrado usted alguna? —preguntó Várenka, volviendo hacia él su hermoso rostro, iluminado por una serena sonrisa y enmarcado por el pañuelo blanco.

—Ni una —respondió Serguéi Ivánovich—. ¿Y usted?

Várenka, ocupada de los niños, que la rodeaban, no le respondió.

—Mira, al lado de esa rama hay otra —le dijo a la pequeña Masha, indicándole una rúsula diminuta, con el sombrero rosado atravesado por una mata de hierba seca a cuyo pie crecía. Várenka se levantó en el preciso instante en que la niña, al intentar coger la seta, la rompía en dos mitades blancas—. Esto me recuerda mi infancia —añadió, apartándose de los niños en compañía de Serguéi Ivánovich.

Dieron en silencio unos cuantos pasos. Várenka veía que Serguéi Ivánovich quería decirle algo. Adivinaba de lo que se trataba y se estremecía de emoción, alegría y temor. Se alejaron tanto que ya nadie habría podido oír sus palabras, pero él seguía sin abrir la boca. Habría sido mejor que ella tampoco hubiera dicho nada. Después de unos instantes de silencio, habría resultado más fácil hablar de lo que querían que después de una conversación sobre setas. Pero, de forma casi involuntaria, Várenka dijo:

—Entonces, ¿no ha encontrado usted ninguna? Siempre hay menos en el interior del bosque.

Por toda respuesta, Serguéi Ivánovich suspiró. Le había irritado que Várenka se pusiera a hablar de setas. Le habría gustado volver a aquellas primeras palabras sobre su infancia, pero, al cabo de una pausa, como en contra de su voluntad, hizo la siguiente observación:

—He oído decir que los boletos crecen sobre todo en los linderos, aunque yo no sé distinguirlos.

Pasaron varios minutos más. Se habían alejado aún más de los niños y estaban

completamente solos. El corazón de Várenka palpitaba con tanta fuerza que oía sus laudos. Se daba cuenta de que se ruborizaba, palidecía y volvía a ruborizarse.

Convertirse en la mujer de un hombre como Kóznishev, después de la posición que ocupaba en la casa de la señora Stahl, constituía para ella la cumbre de la felicidad. Además, estaba casi segura de que se había enamorado de él. Y ahora iba a decidirse todo. Estaba aterrada. Temía tanto lo que Serguéi Ivánovich pudiera decirle como su silencio.

También Serguéi Ivánovich comprendía que tenía que declararse ahora o que no lo haría nunca. La mirada, el rubor, los ojos bajos: todo en Várenka denotaba la penosa ansiedad que la dominaba. Serguéi Ivánovich lo veía y le daba lástima de ella. Era consciente de que, si no decía nada, la ofendería. En un instante, pasó revista en su cabeza a todos los argumentos que hablaban en favor de su decisión. Repitió para sus adentros las palabras con las que había pensado declararse. Pero una idea interrumpió de pronto el curso de sus pensamientos y, en lugar de pronunciar las frases que había preparado, preguntó de pronto:

—¿Qué diferencia hay entre el boleto blanco y el áspero?

Los labios de Várenka temblaron de emoción al responder:

—Se distinguen por el pie, no por el sombrero.

Y nada más pronunciar esas palabras, ambos comprendieron que todo había terminado, que no se dirían lo que tendrían que haberse dicho. Y la emoción de los dos, que había llegado a su punto más alto, empezó a disminuir.

—El pie del boleto áspero recuerda una barba morena de dos días —dijo Serguéi Ivánovich, sereno ya.

—Sí, es verdad —repuso Várenka, con una sonrisa.

Sin darse cuenta, cambiaron la dirección de su paseo y se acercaron a los niños. Várenka se sentía herida y avergonzada, y al mismo tiempo aliviada.

Al volver a casa y repasar una vez más todos los argumentos, Serguéi Ivánovich llegó a la conclusión de que se había equivocado en sus razonamientos: no podía traicionar la memoria de Marie.

—¡Calma, niños, calma! —gritó Levin con irritación, parándose delante de su mujer para protegerla cuando esa bandada de muchachos salió corriendo a su encuentro entre gritos de alegría.

Detrás de los pequeños aparecieron Serguéi Ivánovich y Várenka. Kitty no necesitó preguntar nada. Le bastó ver la expresión serena y algo avergonzada de ambos para comprender que sus planes no se habían cumplido.

—¿Y bien? —le preguntó su marido cuando volvían a casa.

—No muerden —respondió Kitty, con una sonrisa y un modo de hablar que Levin había observado con agrado en más de una ocasión, porque le recordaban al viejo

príncipe.

—¿Cómo que no muerden?

—Mira —dijo Kitty, cogiéndole la mano, llevándosela a la boca y rozándola con los labios cerrados—. Así se besa la mano a los obispos.

—¿Quién es el que no muerde? —preguntó Levin, sonriendo.

—Ninguno de los dos. Vas a ver cómo se hacen estas cosas…

—Vienen unos campesinos..

—No han visto nada.

VI

Mientras los niños tomaban el té, los mayores se sentaron en el balcón y se pusieron a hablar como si no hubiera sucedido nada, aunque todos sabían perfectamente, sobre todo Serguéi Ivánovich y Várenka, que se había producido un acontecimiento muy importante, aunque fuera de signo negativo. Los dos se sentían como un alumno que ha suspendido un examen y no sabe si tendrá que repetir curso o le expulsarán del colegio. Todos los presentes, conscientes de que había sucedido algo, hablaban con animación de cuestiones intrascendentes. Esa tarde Kitty y Levin se sentían particularmente felices y enamorados. Y su felicidad, producto de su amor, les daba cierta vergüenza, pues parecía una alusión indiscreta a quienes habían fracasado en su intento de conseguir lo mismo.

—Acuérdense de lo que les digo: *Alexandre* no vendrá —dijo la vieja princesa.

Esperaban para esa noche la llegada de Stepán Arkádevich, y el padre de Kitty les había escrito que tal vez le acompañaría.

—Y sé por qué —prosiguió la princesa—. Dice que a los recién casados hay que dejarlos solos en los primeros tiempos.

—Y eso es exactamente lo que ha hecho. Hace siglos que no lo vemos —dijo Kitty—. Además, ¿se nos puede considerar a nosotros unos recién casados? ¡Si somos ya un matrimonio viejo!

—En caso de que no venga, tendré que dejaros, hijos míos —dijo la princesa, con un triste suspiro.

—Pero ¡qué dice usted, mamá! —saltaron a la vez las dos hijas.

—Pensad en cómo lo estará pasando solo. Yes que ahora…

De pronto, de forma completamente inesperada, a la vieja princesa le tembló la voz. Las hijas guardaron silencio y cambiaron una mirada. «*Maman* siempre encuentra motivos de tristeza», decía esa mirada. No sabían que, por muy a gusto que se encontrara en casa de su hija y por muy necesaria que juzgara su presencia, se sentía terriblemente triste por sí misma y por su marido desde el día en que la hija menor y tan querida se casó y el nido familiar quedó vacío.

—¿Qué quiere usted, Agafia Mijáilovna? —preguntó de repente Kitty al ama de llaves, que se había plantado delante de ella con aire de misterio y cara de importancia.

—Quería hablar con usted de la cena.

—Muy bien —dijo Dolly—. Mientras te encargas de dar las órdenes, voy a repasar la lección con Grisha. Hoy no ha hecho nada.

—¡No, Dolly, déjalo! ¡Ya me ocupo yo! —terció Levin, levantándose de un salto.

Grisha había ingresado en el instituto y tenía que repasar las lecciones en verano. Daria Aleksándrovna, que ya en Moscú le daba clases de latín, al llegar a casa de los

Levin se impuso como norma repasar con él, al menos una vez al día, las lecciones más difíciles de latín y de aritmética. Levin se ofreció a reemplazarla; pero la madre, después de asistir a una de las clases, se había dado cuenta de que el método del que se valía era muy distinto del que empleaba el profesor de Moscú. Muy confusa y procurando no herir su susceptibilidad, le había dicho con la mayor determinación que debía seguir el libro como hacía el profesor y que era mejor que se ocupara ella. Levin hervía de indignación contra Stepán Arkádevich, que, con su despreocupación habitual, había dejado en manos de su mujer una tarea de la que no entendía nada, y también contra los profesores, que tan mal enseñaban a los niños. No obstante, prometió a su cuñada que haría lo que ella quería. Y continuó dándole clases a Grisha, pero ya no seguía su propio método, sino que se atenía al libro. Por eso se ocupaba de su tarea de mala gana y a menudo se olvidaba de la hora de la clase, como le había sucedido ese día.

—No, ya voy yo, Dolly. Siéntate —dijo—. Lo haremos todo con orden, sin apartarnos del libro. Sólo faltaré a mis obligaciones cuando venga Stiva y nos marchemos de caza.

Y Levin se dirigió al cuarto de Grisha.

También Várenka se ofreció a cumplir el cometido de Kitty. Incluso en una casa tan bien organizada como la de los Levin, encontraba la manera de hacerse útil.

—Ya me ocuparé yo de dar las disposiciones oportunas para la cena. No te levantes —dijo y se acercó a Agafia Mijáilovna.

—Pero seguro que no han encontrado pollos. Tendremos que coger de los nuestros… —dijo Kitty.

—Ya lo arreglaremos Agafia Mijáilovna y yo —añadió Várenka, y a continuación desapareció con el ama de llaves.

—¡Qué muchacha tan agradable! —exclamó la princesa.

—¡No sólo agradable, *maman*, sino encantadora! ¡Ya no se encuentran muchachas así!

—Entonces, ¿esperan hoy a Stepán Arkádevich? —preguntó Serguéi Ivánovich, que, por lo visto, no quería seguir hablando de Várenka—. Sería difícil encontrar dos cuñados tan distintos —añadió con una sonrisa sutil—. Uno no para y se encuentra en sociedad como pez en el agua; el otro, nuestro Kostia, es vivo, despierto y sensible, pero, en cuanto se encuentra en sociedad, se queda pasmado o se debate inútilmente como pez fuera del agua.

—Sí, se toma las cosas demasiado a la ligera —dijo la princesa, dirigiéndose a Serguéi Ivánovich—. Precisamente quería pedirle que tratara de convencerle de que Kitty no puede quedarse aquí. Es indispensable que se traslade a Moscú. Habla de traer aquí un médico…

—*Maman*, hará todo lo necesario, está de acuerdo con todo —replicó Kitty, muy

molesta con su madre por haber mezclado a Serguéi Ivánovich en ese asunto.

En medio de la conversación se oyó en la avenida el relincho de unos caballos y el chirrido de las ruedas de un coche sobre la grava.

Antes de que Dolly tuviera tiempo de levantarse para ir al encuentro de su marido, Levin había saltado por la ventana del cuarto de la planta baja en el que trabajaba con Grisha, que no tardó en seguirle.

—¡Es Stiva! —gritó Levin bajo el balcón—. ¡No te preocupes, Dolly, ya hemos terminado! —añadió, y salió corriendo como un niño al encuentro del carruaje.

—*Is, ea, id, eius, eius* —gritaba Grisha, dando saltos por la avenida.

—Viene alguien más. ¡Seguramente será papá! —exclamó Levin, deteniéndose a la entrada de la avenida—. Kitty, no bajes por la escalera empinada. Es mejor que des la vuelta.

Pero Levin se había equivocado: la persona que viajaba con Oblonski no era el viejo príncipe. Cuando se acercó al coche vio al lado de Stepán Arkádevich a un joven apuesto y grueso, con una gorra escocesa cuyas largas cintas flotaban por detrás. Era Vásenka Veslovski, primo segundo de los Scherbatski, muy conocido en la sociedad elegante de San Petersburgo y Moscú, «un muchacho excelente y un cazador apasionado», según lo presentó Stepán Arkádevich.

Sin turbarse lo más mínimo por la decepción con la que fue acogida su llegada, pues todos estaban esperando al viejo príncipe, Veslovski saludó alegremente a Levin, recordándole un encuentro anterior, y, levantando a Grisha por encima del pointer que Stepán Arkádevich había traído consigo, lo instaló en el coche.

En lugar de subir al carruaje, Levin regresó a pie. Estaba algo contrariado por el hecho de que no hubiera venido el viejo príncipe, a quien quería más a medida que lo iba conociendo, y hubiera aparecido en su lugar ese Vásenka Veslovski, hombre ajeno al círculo familiar y completamente inoportuno. Y más ajeno e inoportuno le pareció cuando, al llegar a la escalinata, donde se habían reunido en alegre compañía grandes y pequeños, vio que Vásenka Veslovski besaba la mano de Kitty con especial ternura y galantería.

—Su mujer y yo somos *cousins*,[5] y además viejos conocidos —dijo Vásenka Veslovski, apretando de nuevo con fuerza la mano de Levin.

—Entonces, ¿hay mucha caza por aquí? —preguntó Stepán Arkádevich, dirigiéndose a Levin, después de saludar apresuradamente a todos los presentes—. Hemos venido con las más crueles intenciones. ¿Cómo lleva tanto tiempo sin dejarse caer por Moscú, *maman*? ¡Traigo algo para ti, Tania! Haz el favor de coger ese paquete que hay en la parte trasera del coche —decía, volviéndose tan pronto a uno como a otro—. ¡Qué guapa te has puesto, Dólinka! —le dijo a su mujer, besándole una vez más la mano, que retenía en la suya, mientras la acariciaba con la otra.

Levin, que apenas un instante antes se encontraba en la más alegre disposición de

ánimo, contemplaba con aire sombrío a unos y otros, disgustado de todo.

«¿A quién habrá besado ayer con esos labios?», pensaba, observando la ternura de Stepán Arkádevich con su mujer. Luego miró a Dolly, que también le causó una impresión desagradable.

«No cree en su amor. Entonces, ¿por qué se muestra tan feliz? ¡Es repugnante!», pensaba.

Miró a la princesa, que tan agradable le había parecido apenas un minuto antes, y encontró irritante la acogida que dispensaba a ese Vásenka, con su gorra de cintas, como si estuviera en su propia casa.

Ni siquiera Serguéi Ivánovich, que también había salido a la escalinata, se libró de sus críticas: le molestó la fingida amistad con que saludó a Oblonski, cuando Levin sabía de sobra que su hermano no lo quería ni lo respetaba.

¿Y qué decir de Várenka? ¿No era repulsiva su manera de saludar a ese hombre, con su aspecto de *sainte nitouche*,[6] cuando en verdad sólo pensaba en la manera de casarse?

Pero quien más le había soliviantado era Kitty. Se había dejado llevar por la alegría del invitado, que parecía contemplar su llegada a la aldea como una fiesta para él y para los demás, y, sobre todo, había respondido con una sonrisa especial a la que el invitado le había dedicado.

Todos entraron en la casa, hablando ruidosamente. Pero, en cuanto se sentaron, Levin les dio la espalda y salió.

Kitty se dio cuenta de que a su marido le pasaba algo. Quiso hallar un momento para hablar a solas, pero él se alejó a toda prisa, alegando que tenía que pasar por el despacho. Hacía tiempo que los asuntos de la hacienda no le parecían tan importantes como ahora. «Para ellos todo es una fiesta —pensaba—, pero todas estas cosas no tienen nada de festivo y no admiten dilación. Sin ellas la vida carece de sentido.»

VII

Levin no regresó hasta que lo llamaron para la cena. Kitty y Agafia Mijáilovna estaban en la escalera, tratando de ponerse de acuerdo sobre los vinos que iban a servir.

—¿A qué viene tanto *fuss*?[7] Que sirvan el de costumbre.

—No, Stiva no lo bebe… Kostia, espera un momento, ¿qué te pasa? —preguntó Kitty, saliendo tras él, pero Levin, sin esperarla ni dar muestras de la menor compasión, se dirigió a grandes pasos al salón, donde en seguida tomó parte en la animada conversación que sostenían Vásenka Veslovski y Stepán Arkádevich.

—Entonces, ¿nos vamos de caza mañana? —preguntó Stepán Arkádevich.

—Sí, por favor —dijo Veslovski, sentándose de lado en otra silla y poniendo debajo una de sus robustas piernas.

—Con mucho gusto. ¿Ha ido usted ya de caza este año? —preguntó Levin a Veslovski, mirando con atención la pierna de aquel joven y tratándolo con esa amabilidad fingida que Kitty conocía tan bien y que no le iba en absoluto—. No sé si encontraremos chochas, pero hay muchas becadas. En cualquier caso, hay que levantarse temprano. ¿No se cansará usted? Y tú, Stiva, ¿estás cansado?

—¿Cansado yo? Todavía no sé lo que es el cansancio. ¡Por mí, podemos pasarnos todas las noches sin dormir! ¡Vamos a dar una vuelta!

—¡Muy bien! ¡Mejor, no nos acostemos! ¡Estupendo! —aprobó Veslovski.

—Ah, ya sabemos que eres muy capaz de no dormir y de no dejar que los demás duerman —dijo Dolly con ese matiz de ligera ironía con que se dirigía casi siempre a su marido—. En mi opinión, ya es hora de irse a la cama… Yo me retiro ya, no quiero cenar.

—Espera un poco, Dólinka —dijo Stepán Arkádevich, dando la vuelta a la gran mesa en la que iban a cenar para acercarse a Dolly—. ¡Aún tengo muchas cosas que contarte!

—Nada de importancia, seguro.

—¿Sabes que Veslovski ha estado en casa de Anna? Y se dispone a visitarla otra vez. Viven a sólo setenta verstas de aquí. Yo también tengo intención de ir. ¡Veslovski, acércate!

Vásenka pasó al lado de las señoras y se sentó al lado de Kitty.

—Ah, haga el favor de contarme. ¿Ha estado usted en su casa? ¿Cómo está? —preguntó Daria Aleksándrovna, dirigiéndose a él.

Levin, que se había quedado en el otro lado de la mesa, charlando con la princesa y con Várenka, se dio cuenta de que Dolly, Kitty y Veslovski entablaban una conversación animada y misteriosa. Y no sólo eso: advirtió que su mujer miraba con expresión grave el atractivo rostro del invitado, que contaba algo con gran

elocuencia.

—Viven muy bien —decía Vásenka, refiriéndose a Vronski y a Anna—. Naturalmente, yo no soy quién para juzgar, pero en su casa se siente uno como en familia.

—¿Y qué piensan hacer?

—Creo que se proponen pasar el invierno en Moscú.

—¡Cuánto me gustaría hacerles una visita! ¿Cuándo tienes pensado ir? —preguntó Stepán Arkádevich a Vásenka.

—Pasaré con ellos el mes de julio.

—¿Y tú vas a ir? —añadió Stepán Arkádevich, dirigiéndose a su mujer.

—Hace tiempo que quiero verla. Iré sin falta —respondió Dolly—. Conozco a Anna y me da mucha pena. Es una mujer maravillosa. Iré sola, cuando te marches tú, así no molestaré a nadie. La verdad es que prefiero que no me acompañes.

—Estupendo —exclamó Stepán Arkádevich—. ¿Y tú, Kitty?

—¿Yo? ¿Para qué iba a ir? —respondió Kitty, poniéndose como la grana. Y echó un vistazo a su marido.

—¿Conoce usted a Anna Arkádevna? —le preguntó Veslovski—. Es una mujer muy atractiva.

—Sí —respondió Kitty, ruborizándose aún más. A continuación se levantó y se acercó a su marido—. Entonces, ¿te vas mañana de caza? —le preguntó.

Los celos de Levin habían llegado al colmo en los últimos minutos, sobre todo cuando advirtió el rubor que cubrió las mejillas de su mujer mientras hablaba con Veslovski. Ahora, al escuchar sus palabras, las entendió a su manera. Por extraño que le pareciera después al recordarlo, en esos momentos estaba convencido de que la única razón que le había llevado a hacerle esa pregunta era asegurarse de que iba a proporcionar ese placer a Vásenka Veslovski, de quien, según pensaba, se había enamorado.

—En efecto —le respondió Levin con una voz tan poco natural que a él mismo le resultó desagradable.

—Sería mejor que pasarais aquí el día de mañana. Si no Dolly apenas tendrá tiempo de ver a su marido. Podéis ir pasado mañana —dijo Kitty.

Así interpretó Levin las últimas palabras de su mujer: «No me separes de *él*. Me da igual que te marches tú, pero déjame que disfrute de la compañía de ese joven encantador».

—Ah, si eso es lo que quieres, nos quedaremos aquí mañana —repuso Levin con una amabilidad exagerada.

Entre tanto, Vásenka, que no tenía la menor idea de los sufrimientos que estaba causando su presencia en la casa, se levantó de la mesa y se acercó a Kitty con una mirada risueña y acariciadora.

A Levin no le pasó desapercibida esa mirada. Se puso pálido y por un momento se le cortó la respiración. «¡Cómo se atreve a mirar de ese modo a mi mujer!», se dijo, lleno de ira.

—¡Vámonos mañana de caza, se lo ruego! —exclamó Vásenka, sentándose en una silla y doblando la pierna por debajo del cuerpo, como tenía por costumbre.

Los celos de Levin se volvieron insoportables. Se veía ya como un marido engañado, a quien la mujer y su amante sólo necesitan para que les procure comodidades y placeres… No obstante, se mostró amable y acogedor con Vásenka, le preguntó por sus cacerías, se interesó por su escopeta y sus botas y aceptó organizar una partida para el día siguiente.

Por suerte para Levin, la vieja princesa puso fin a sus sufrimientos: en un determinado momento, se levantó y aconsejó a Kitty que se fuera a la cama. No obstante, también eso supuso un nuevo tormento para él. Al despedirse de la dueña de la casa, Vásenka quiso volver a besar su mano, pero Kitty, ruborizándose, la retiró con una brusquedad ingenua, gesto que más tarde su madre le reprocharía, y a continuación dijo:

—En nuestra casa no seguimos esas modas.

En opinión de Levin, ella tenía la culpa de todo, por haberle permitido tales familiaridades. Y aún más merecedora de crítica era la torpeza con que había mostrado su desagrado.

—¿Quién puede tener ganas de irse a la cama? —exclamó Stepán Arkádevich, que, después de haberse tomado varios vasos de vino, derrochaba simpatía y se hallaba en plena vena poética—. Mira, mira, Kitty —añadió, señalando la luna, que se remontaba en el cielo por detrás de los tilos—. ¡Qué maravilla! Veslovski, éste es un buen momento para una serenata. Ya sabéis que tiene una voz magnífica. Hemos venido cantando por el camino. Se ha traído unas romanzas preciosas, entre ellas dos nuevas. Podría cantárnoslas acompañado de Varvara Andréievna.

Ya se habían retirado todos a sus habitaciones, pero Stepán Arkádevich y Veslovski siguieron paseando un buen rato por la avenida, entonando una nueva romanza.

Levin, sentado en un sillón en el dormitorio de su mujer, frunció el ceño al oír las voces, y, cuando Kitty le preguntó qué le pasaba, se negó obstinadamente a responder. Por último, cuando le dijo con una tímida sonrisa: «¿Es que te ha molestado alguna cosa de Veslovski?», Levin estalló y se lo dijo todo. Sus palabras le ofendían a él mismo, lo que aumentaba más su irritación.

Estaba delante de su mujer, ceñudo, con un brillo terrible en los ojos, las manos vigorosas apretadas contra el pecho, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por contenerse. La expresión de su rostro habría sido severa y hasta

cruel si no hubiera reflejado al mismo tiempo un sufrimiento que conmovió a Kitty. Le temblaban los pómulos y la voz se le quebraba.

—Debes entender que no estoy celoso. Esa palabra es infame. No puedo tener celos, creer que… No puedo expresar lo que siento, pero es horrible… No estoy celoso, pero me ofende y me humilla que alguien pueda pensar… que alguien se atreva a mirarte con esos ojos…

—¿Con qué ojos? —preguntó Kitty, tratando de recordar con el mayor detalle posible todas las palabras y gestos de esa velada.

En lo más profundo de su alma juzgaba que no había estado bien que aquel joven la hubiera seguido al otro lado de la mesa, pero no se atrevía a confesárselo a sí misma, y mucho menos a reconocerlo delante de Levin, para no aumentar sus sufrimientos.

—¿Acaso una mujer en mi estado puede resultar atractiva para alguien…?

—¡Ah! —exclamó Levin, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No digas eso…! ¿Quiere eso decir que si pudieras resultar atractiva…?

—¡No, Kostia, espera! ¡Escúchame un momento! —dijo Kitty, mirándole con una expresión en la que se entreveraban el sufrimiento y la compasión—. ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Para mí ya no existe nadie, nadie!… ¿Qué es lo que quieres? ¿Que no vea a nadie?

En un primer momento los celos de su marido la habían ofendido. Le irritaba que le prohibieran hasta la diversión más pequeña e inocente. Pero ahora habría renunciado de buena gana no sólo a esas menudencias, sino a cualquier cosa, con tal de que su marido recobrara la tranquilidad y dejara de sufrir.

—Trata de entender lo ridícula y cómica que es mi situación —prosiguió con un susurro desesperado—. Está en mi casa, no puede decirse que haya hecho nada inconveniente, más allá de esa desenvoltura y esa manera de doblar la pierna, que él considera el colmo del buen tono. Por tanto, estoy obligado a mostrarme amable con él.

—Estás exagerando, Kostia —dijo Kitty, que en el fondo de su alma se alegraba del inmenso amor que le profesaba su marido, puesto ahora de manifiesto en ese ataque de celos.

—Lo más horrible de todo es que ahora que te has vuelto sagrada para mí, ahora que somos tan felices, tan asombrosamente felices, llega de pronto este canalla… No, canalla no, ¿por qué insultarlo? No tengo nada que ver con él. Pero ¿por qué mi felicidad y la tuya…?

—Ahora entiendo por qué ha sucedido todo esto —dijo Kitty.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—He notado cómo nos mirabas cuando hablábamos durante la cena.

—¡Sí, sí! —exclamó Levin turbado.

Kitty le contó lo que se habían dicho. Y, a medida que lo hacía, se ahogaba de emoción. Levin guardó silencio, luego miró el rostro pálido y asustado de Kitty y de pronto se llevó las manos a la cabeza.

—¡Katia, te estoy atormentando! ¡Perdóname, amor mío! ¡Esto es una locura! Katia, yo tengo la culpa de todo. ¿Cómo es posible que haya sufrido tanto por semejante estupidez?

—Me da pena de ti.

—¿De mí? ¿De mí? ¡Pero si estoy loco!… ¿Y por qué la he tomado contigo? Es horrible pensar que cualquier extraño pueda destruir nuestra felicidad.

—No cabe duda de que eso es lo más triste…

—No, voy a retenerlo aquí todo el verano y a colmarle de atenciones —dijo Levin, besándole las manos—. Ya lo verás. Y mañana… Sí, es verdad, nos vamos de caza.

VIII

Al día siguiente, antes de que se levantaran las señoras, una tartana y un carro esperaban ya a la entrada, y Laska, que desde primera hora había comprendido que se iban de caza, después de ladrar y saltar hasta hartarse, se había acomodado en el carro, al lado del cochero, mirando la puerta por la que tenían que salir los cazadores con una mezcla de inquietud y reproche por su tardanza. El primero en aparecer fue Vásenka Veslovski, con unas botas altas nuevecitas, que le llegaban hasta la mitad de las gruesas pantorrillas, una blusa verde, ceñida por una cartuchera nueva que olía a cuero, su gorra con cintas y una escopeta inglesa también nueva, sin abrazadera ni portafusil. Laska saltó a su encuentro, le dio la bienvenida, se puso a dar brincos y le preguntó a su manera si los demás tardarían mucho en salir. Al no recibir respuesta, volvió a su puesto de espera y de nuevo se quedó inmóvil, con la cabeza ladeada y una oreja tendida. Por fin la puerta se abrió con estrépito, y Krak, el pointer moteado de Stepán Arkádevich, salió como una flecha y se puso a dar vueltas y volteretas. Le seguía Oblonski, con una escopeta en la mano y un cigarro en la boca.

—¡Quieto, Krak, quieto! —le gritaba en tono cariñoso a su perro, que le ponía las patas en el vientre y en el pecho y se enganchaba en el morral.

Stepán Arkádevich llevaba zapatos de cuero, polainas, un pantalón roto, chaqueta y un sombrero desfondado. Pero su escopeta, un modelo reciente, era una maravilla, y el morral y la cartuchera, aunque usados, eran de primera calidad.

Hasta ese día Vásenka Veslovski no había entendido que, en el caso de un cazador, la verdadera distinción consiste en llevar ropa vieja y en disponer de un equipo de caza de la mejor calidad. Ahora se dio cuenta, al contemplar a Stepán Arkádevich, radiante bajo sus harapos, con esa elegancia de gran señor, alegre y bien nutrido, y decidió que la próxima vez que fuera de cacería se vestiría del mismo modo.

—Bueno, ¿y qué pasa con nuestro anfitrión? —preguntó.

—Tiene una mujer joven —respondió Stepán Arkádevich con una sonrisa.

—Y encantadora, además.

—Ya estaba vestido. Seguro que se ha dado la vuelta para despedirse otra vez.

Stepán Arkádevich no se había equivocado. Levin había vuelto a la habitación de su mujer para preguntarle una vez más si le había perdonado por esa estupidez de la víspera y también para rogarle por lo más sagrado que fuera más prudente. Lo más importante era que no se acercara mucho a los niños, pues en cualquier momento podían empujarla. Después de que ella le confirmara una vez más que no se enfadaba porque se dispusiera a pasar dos días fuera, le pidió que le enviara sin falta al día siguiente un mensajero con una nota. Bastaba con un par de palabras, que le permitieran saber que se encontraba bien.

A Kitty, como siempre, le daba pena separarse dos días de Levin, pero, al ver su animación, su soberbia figura, que parecía especialmente robusta y vigorosa con sus botas de caza y su blusa blanca, y esa resplandeciente excitación propia de los cazadores, tan incomprensible para ella, se olvidó de su tristeza y, pensando sólo en la alegría de su marido, lo despidió con jovialidad.

—¡Perdón, señores! —dijo Levin, saliendo a la escalinata—. ¿Han puesto el almuerzo en el carro? ¿Por qué han enganchado el alazán a la derecha? Bueno, da lo mismo. ¡Laska, vale ya! ¡Túmbate! Llévatelos con las novillas —añadió, dirigiéndose al vaquero, que esperaba en la entrada para preguntarle lo que debía hacer con los bueyes—. Perdonen ustedes, aquí viene otro de estos tunantes.

Levin se apeó del coche, en el que ya había tomado asiento, y salió al encuentro de un carpintero, que venía con una vara de medir en la mano.

—¿Por qué no viniste ayer a mi despacho? Ahora me estás entreteniendo. Bueno, ¿qué quieres?

—Con su permiso, vamos a añadir otro tramo más. Tres peldaños a lo sumo. De este modo encajará perfectamente y será mucho más segura.

—Tendrías que haberme escuchado —replicó con enfado Levin—. Te dije que primero pusieras las tabicas y después hicieras los peldaños. Ahora ya no puede arreglarse. Tienes que hacer una nueva siguiendo mis indicaciones.

El carpintero había estropeado la escalera de un pabellón en construcción, porque la había hecho por separado, sin tener en cuenta la altura, y, al colocarla en su lugar, los peldaños habían quedado demasiado inclinados. Ahora quería reparar su error añadiendo tres peldaños.

—Quedará mucho mejor —dijo.

—Pero ¿adonde va a llegar la escalera con tres peldaños más?

—Adonde tenga que llegar, señor —respondió el carpintero con una sonrisa desdeñosa—. Partirá desde abajo, desde luego —añadió con un gesto persuasivo—. Irá subiendo poco a poco y llegará hasta arriba.

—Pero esos tres peldaños la alargarán… ¿Dónde terminará?

—Como empezaremos desde abajo, quedará bien —insistió el carpintero en tono persuasivo, sin dar su brazo a torcer.

—Llegará hasta el techo y a la pared.

—Pero, señor, si la vamos a empezar desde abajo. Subirá poco a poco y llegará al lugar oportuno.

Con la baqueta de su fusil, Levin se puso a dibujar la escalera en el polvo del camino.

—¿Lo ves ahora?

—Haré lo que usted me ordene —dijo el carpintero, con un brillo repentino en los ojos. Por lo visto, se había dado cuenta de una vez de lo que pasaba—. ¡Según

parece, tendré que construir una nueva!

—Bueno, hazla como te he dicho —le gritó Levin, acomodándose en el coche—. ¡Vámonos! ¡Filipp, sujeta a los perros!

Al dejar atrás todas sus preocupaciones familiares y domésticas, Levin no cabía en sí de gozo y tantas eran las expectativas que albergaba que no le apetecía ni hablar. Además, era presa de la emoción reconcentrada de los cazadores cuando se acerca el momento de la verdad. En esos instantes lo único que le importaba era si encontrarían caza en el pantano de Kólpeno, cómo se comportaría Laska en comparación con Krak y si él mismo daría la talla. Otras cuestiones le venían a la cabeza: ¿no quedaría en mal lugar ante ese nuevo conocido? ¿No daría muestras Oblonski de mejor puntería que él?

Oblonski albergaba preocupaciones análogas y también guardaba silencio. Sólo Vásenka Veslovski seguía con su alegre charla. Al escucharlo ahora, Levin se sintió avergonzado de lo injusto que había sido con él la víspera. Vásenka era un muchacho realmente encantador, sencillo, bondadoso y muy jovial. Si Levin lo hubiera conocido en sus tiempos de soltero, habría congeniado con él. Le desagradaba un poco su actitud ociosa ante la vida y esa especie de elegancia desenvuelta. Era como si se considerara superior y sumamente importante por el hecho de llevar las uñas largas, esa gorra escocesa y el resto de su equipo; pero su bondad y su nobleza hacían que le perdonara uno todas esas cosas. Levin apreciaba su buena educación, su manera impecable de pronunciar el francés y el inglés, y en no menor medida que era un hombre de su propio círculo.

Vásenka estaba encantado con el caballo del Don enganchado en la izquierda y no dejaba de alabarlo.

—¡Qué agradable sería cabalgar por la estepa a lomos de un caballo así. ¿No es verdad? —decía.

Cabalgar en un caballo de la estepa se le antojaba algo salvaje y poético, aunque la realidad no era ni mucho menos así. Pero esa ingenuidad, unida a su belleza, su agradable sonrisa y la gracia de sus movimientos ejercían un enorme atractivo. Ya fuera que el carácter de ese joven le hubiera caído simpático o que se esforzara por encontrar algo bueno en él, para redimir su pecado de la víspera, el caso es que Levin se encontraba a gusto en su compañía.

Después de recorrer tres verstas, Veslovski echó en falta sus cigarros y su cartera. No sabía si los había perdido o los había olvidado en la mesa. Llevaba trescientos setenta rublos en la cartera, de ahí su inquietud.

—¿Sabe lo que le digo, Levin? Me voy a llegar hasta la casa en ese caballo del Don. Será magnífico. ¿Qué le parece? —preguntó, dispuesto a poner en práctica su plan.

—No, ¿para qué? —respondió Levin, considerando que Vásenka debía de pesar

no menos de noventa kilos—. Enviaré al cochero.

Despacharon al cochero y Levin se hizo cargo de las riendas.

IX

—Entonces, ¿cuál será nuestro itinerario? Explícanoslo con detalle —dijo Stepán Arkádevich.

—El plan es el siguiente: iremos primero hasta Gvózdevo. A este lado del pueblo nos encontraremos con un pantano en el que abundan las agachadizas, y al otro con unas marismas magníficas para la caza de las becadas, y en las que también suele haber agachadizas. Ahora hace calor, pero como llegaremos a la caída de la tarde (el lugar queda a unas veinte verstas), podremos salir al campo en seguida. Pasaremos la noche allí y por la mañana nos dirigiremos a los pantanos grandes.

—¿Y no hay nada por el camino?

—Sí, pero nos entretendríamos. Y hace demasiado calor. Hay dos lugares preciosos, pero no creo que haya mucha caza.

A Levin le apetecía pasar por esos dos sitios, pero estaban más cerca de casa y podía ir por allí en cualquier momento; además, eran tan pequeños que apenas habría espacio para que dispararan los tres. Por eso había tratado de engañarles, diciendo que no merecía la pena pasar por allí. Cuando llegaron al pantano pequeño, Levin quiso pasar de largo, pero Stepán Arkádevich, con su ojo de cazador experimentado, reparó en seguida en unos juncos que se divisaban desde el camino.

—¿Por qué no hacemos un alto? —dijo, señalando el pantano.

—¡Sí, Levin, por favor! ¡Sería estupendo! —le rogó Vásenka Veslovski, y Levin acabó cediendo.

En cuanto se detuvieron, los perros echaron a correr uno en pos del otro en dirección al pantano.

—¡Krak! ¡Laska!

Los perros volvieron.

—Habrá poco espacio para los tres. Yo me quedaré aquí —dijo Levin, con la esperanza de que no encontraran nada, a no ser algunas avefrías, que habían levantado el vuelo al acercarse los perros, y trazaban círculos por encima de las aguas, lanzando graznidos lastimeros.

—¡No! ¡Vamos, Levin! Iremos juntos —insistió Veslovski.

—Les aseguro que no habrá sitio para los tres. ¡Laska, ven aquí! ¡Laska! ¿No necesitan otro perro?

Levin se quedó al lado del coche, contemplando con envidia a los cazadores, que recorrieron todo el pantano, pero sólo encontraron una gallina de agua y varias avefrías. Vásenka consiguió abatir una.

—Ya ven que no mentía —dijo Levin—. No ha sido más que una pérdida de tiempo.

—No, lo hemos pasado bien. ¿Ha visto usted? —preguntó Vásenka Veslovski,

subiendo torpemente al coche, con la escopeta y la avefría en las manos—. Ha sido un buen disparo, ¿no es verdad? Bueno, ¿queda mucho para llegar al lugar a donde nos dirigimos?

De pronto los caballos se encabritaron. Levin se golpeó la cabeza con el cañón de una escopeta ajena y oyó un disparo. Eso fue lo que le pareció a Levin, pero en realidad el disparo había sonado antes. Lo que había sucedido era que Vásenka Veslovski, al bajar los martillos, había apretado por error un gatillo, mientras sujetaba el otro. La bala se incrustó en el suelo, sin que nadie sufriera daño. Stepán Arkádevich movió la cabeza y se echó a reír, mirándole con aire de reproche. Pero Levin no tuvo ánimos para amonestarlo. En primer lugar, cualquier reproche parecería motivado por el peligro que había corrido y el chichón que le había salido en la frente; en segundo, Veslovski, que al principio se había mostrado ingenuamente desesperado, estalló en unas carcajadas tan francas y contagiosas ante la conmoción general que él mismo se echó a reír.

Cuando llegaron al segundo pantano, que era bastante más grande y les llevaría más tiempo recorrer, Levin intentó persuadirles de que no se apearan, pero una vez más acabó cediendo a las súplicas de Veslovski. Como también ese pantano era estrecho, Levin, demostrando que era un anfitrión hospitalario, se quedó una vez más al lado de los coches.

Nada más llegar, Krak se fue derecho a unos montículos. Vásenka Veslovski fue el primero en salir corriendo detrás del perro. Stepán Arkádevich no había tenido tiempo de alcanzarlo, cuando una agachadiza salió volando. Veslovski erró el tiro, y el ave se posó en un prado sin segar. Oblonski se la dejó a Veslovski. Krak volvió a encontrarla y la obligó a levantar el vuelo. Veslovski la mató y a continuación volvió al lugar donde esperaban los coches.

—Vaya usted ahora. Yo cuidaré de los caballos —dijo.

La envidia propia del cazador empezó a hacer mella en Levin. Entregó las riendas a Veslovski y se dirigió al pantano.

Laska, que llevaba ya un buen rato emitiendo lastimeros ladridos, quejándose de la injusticia de su suerte, se puso en cabeza y se dirigió directamente a un montículo al que aún no había llegado Krak, pero que Levin conocía desde hacía tiempo y en el que esperaba encontrar alguna pieza.

—¿Por qué no le dices que pare? —gritó Stepán Arkádevich.

—No las espantará —respondió Levin, satisfecho de su perra, mientras corría detrás de ella.

A medida que Laska se acercaba al montículo conocido, más minuciosa se mostraba en la búsqueda. Una pequeña ave de los pantanos la distrajo, pero sólo un momento. Dio una vuelta alrededor del montículo y ya se disponía a dar otra cuando de pronto se estremeció y se quedó inmóvil.

—¡Ven, Stiva, ven! —gritó Levin, sintiendo que el corazón empezaba a latirle con más fuerza. Y, como si de pronto se hubiera abierto un cerrojo en su atento oído, todos los sonidos perdieron la medida de la distancia y empezaron a herirle en desorden, con una gran intensidad. Oyó los pasos de Stepán Arkádevich y los tomó por el pataleo lejano de los caballos; un pegote de tierra se desprendió con unas raíces al pisarlo, y él confundió ese crujido con el aleteo de una agachadiza. También percibió a sus espaldas, a poca distancia de donde se encontraba, un extraño chapoteo en el agua, que no sabía a qué atribuir.

Avanzando con prudencia, se acercó a la perra.

—¡Busca!

No fue una agachadiza la que alzó el vuelo bajo las patas de la perra, sino una becada. Levin levantó la escopeta, pero en el preciso instante en el que apuntaba, el chapoteo en el agua se hizo más intenso y se oyó más cerca, acompañado de la voz de Veslovski, que lanzaba unos gritos extraños. Levin se dio cuenta de que apuntaba demasiado detrás, pero de todos modos disparó.

Convencido de que había errado el tiro, Levin volvió la cabeza y advirtió que los caballos ya no estaban en el camino, sino en la orilla.

Deseando contemplar la caza, Veslovski había entrado en el pantano, y los caballos se habían hundido en el lodo.

—¡Que el diablo se lo lleve! —murmuró Levin, dirigiéndose al coche, atascado en el barrizal—. ¿Por qué se ha metido usted ahí? —le preguntó con sequedad y, después de llamar al cochero, trató de sacar a los caballos.

Levin estaba enfadado porque le habían molestado en el momento de disparar, porque habían metido los caballos en el pantano y, sobre todo, porque ni Stepán Arkádevich ni Veslovski les estaban ayudando ni al cochero ni a él, ya que ninguno de los dos tenía la menor idea de cómo había que desenganchar los caballos. Sin responder una palabra a Veslosvki, que aseguraba que allí el terreno estaba completamente seco, Levin se afanaba en silencio con el cochero, intentando liberar los caballos. Pero al cabo de un rato, después de entrar en calor gracias al esfuerzo, y viendo el tesón y el empeñó con que Veslovski tiraba del coche, hasta el punto de que acabó arrancando el guardabarros, empezó a reprocharse el trato demasiado frío que, dejándose llevar por lo que había sucedido la víspera, le había dispensando a Veslovski. Entonces trató de moderar su sequedad y redobló sus atenciones. Cuando solventaron el percance y los coches volvieron a la carretera, Levin ordenó que sirvieran el almuerzo.

—*Bon appétit, bonne conscience! Ce poulet va tomber jusqu'au fond de mes bottes*[8] —dijo en francés Vásenka, que había recobrado la alegría, mientras daba buena cuenta de su segundo pollo—. Ya han terminado nuestras penurias. A partir de ahora todo irá bien. Pero, para expiar mis culpas, debo sentarme en el pescante. ¿No

es verdad? Sí, sí, seré su Automedonte[9]. ¡Ya verán qué bien voy a llevarles! —añadió, sin soltar las riendas, cuando Levin le pidió que se las entregara al cochero—. No, debo expiar mis culpas. Además, iré de maravilla en el pescante.

Y acto seguido se pusieron en marcha.

Levin temía que Vásenka agotara a los caballos, sobre todo al alazán de la izquierda, al que no era capaz de refrenar; pero, a su pesar, acabó sometiéndose a la jovialidad de aquel muchacho, que a lo largo de todo el camino no dejó de cantar romanzas, contar historias e imitar la manera inglesa de conducir un *tour-in hand*.[10] Llegaron a los pantanos de Gvózdevo después del almuerzo, en la mejor disposición de ánimo.

X

Vasia había azuzado tanto a los caballos que alcanzaron su destino demasiado pronto, antes de que el calor empezara a ceder.

Al llegar al pantano grande, principal objetivo de la expedición, Levin pensó involuntariamente en la manera de desembarazarse de Vásenka para poder moverse sin impedimentos. Por lo visto, Stepán Arkádevich albergaba las mismas intenciones. Levin descubrió en su rostro la expresión de preocupación que suelen tener los cazadores de verdad antes de empezar una partida, aunque en su caso se advertía también esa malicia bonachona que le era tan peculiar.

—¿Cómo vamos a ir? El lugar es magnífico. Ya veo que hay hasta gavilanes —dijo Stepán Arkádevich, señalando dos aves de gran tamaño que volaban en círculo por encima de los juncos—. Donde hay gavilanes, tiene que haber caza.

—Un momento, señores —dijo Levin, ajustándose las botas con expresión algo sombría y examinando las cápsulas de su escopeta—. ¿Han visto esos juncos? —Y señaló un islote que se recortaba con su color verde oscuro contra el enorme prado húmedo, a medio segar, que se extendía a la derecha del río—. Como ven, ahí empieza el pantano, justo enfrente de nosotros, donde el verde es más intenso. A partir de ahí sigue por la derecha, no lejos de esos caballos. En esos montículos hay agachadizas; y también alrededor de esos juncos, hasta el bosque de álamos y el molino. ¿Ven ese recodo? Es el mejor sitio. Allí maté yo una vez diecisiete becadas. Nos separaremos con los perros, seguiremos dos direcciones distintas y nos reuniremos en el molino.

—¿Quién irá a la derecha y quién a la izquierda? —preguntó Stepán Arkádevich—. Ustedes dos pueden ir por el lado de la derecha, que es más ancho, y yo iré por el de la izquierda —añadió con supuesta indiferencia.

—¡Estupendo! —aprobó Vásenka—. Cobraremos más piezas que él. ¡Vamos, vamos!

A Levin no le quedó más remedio que mostrar su consentimiento. Se separaron.

Nada más internarse en el pantano, los dos perros se pusieron a olfatear y enfilaron hacia un lugar donde el agua tenía una tonalidad como de herrumbre. Levin conocía la manera de buscar de Laska, cauta y azarosa, y también ese lugar, y esperaba que se alzara una bandada de becadas.

—Veslovski, vaya usted a mi lado —murmuró a su compañero de caza, que chapoteaba detrás de él. Después de aquel disparo accidental en el pantano de Kólpeno, era inevitable que le inquietara la dirección de su escopeta.

—No le molestaré. No se preocupe usted de mí.

Pero Levin no podía dejar de recordar las palabras que había pronunciado Kitty cuando se separaron: «Tened cuidado, no os vayáis a disparar por descuido». Los

perros, adelantándose y siguiendo cada uno su propio rastro, se acercaban cada vez más a las aves. Tan intensa era la concentración de Levin que tomaba el chapoteo de sus tacones, al sacarlos del agua estancada, por el grito de una becada, y agarraba con fuerza la culata de la escopeta.

—¡Pif! ¡Paf! —oyó junto a su oído.

Vásenka había disparado a una bandada de patos, que revoloteaban por encima de las marismas y se dirigían al encuentro de los cazadores, aunque aún se encontraban fuera del alcance de sus armas. Apenas había tenido tiempo Levin de volverse cuando una becada alzó el vuelo, y luego otra y otra más, hasta un total de ocho.

Stepán Arkádevich disparó a una en el momento en que se disponía a volar en zigzag, y el ave cayó a plomo en el barro. Sin apresurarse, apuntó a otra, que volaba bajo en dirección a los juncos, y, apenas había resonado la detonación, el ave ya se debatía en el prado segado, agitando el ala sana, blanca por debajo.

Levin no fue tan afortunado: la primera becada a la que disparó estaba demasiado cerca, y erró el tiro. Cuando el ave empezó a remontar el vuelo, volvió a apuntar, pero en ese instante le distrajo otra que salió debajo mismo de sus pies y volvió a fallar el tiro.

Mientras Levin y Oblonski cargaban sus escopetas, apareció otra becada. Veslovski, que había tenido tiempo de cargar la suya, disparó dos veces, pero los cartuchos de perdigones acabaron en el agua. Stepán Arkádevich recogió las piezas que había cobrado y miró a Levin con ojos brillantes.

—Bueno, ahora vamos a separarnos —dijo y, cojeando ligeramente con la pierna izquierda, silbó a su perro y se alejó por un lado, con la escopeta lista. Levin y Veslovski se fueron por el otro.

Cuando Levin fallaba el primer disparo, se acaloraba, se irritaba y ya no acertaba en todo el día. Así le sucedió también esta vez. Había muchas becadas. No paraban de levantar el vuelo, tan pronto al lado mismo de los perros como debajo de los pies de los cazadores. Habría podido resarcirse. Pero, cuanto más disparaba, más avergonzado se sentía delante de Veslovski, que tiraba a tontas y a locas, sin importarle lo más mínimo no haber cobrado ni una sola pieza. Él se precipitaba, se impacientaba y se mostraba cada vez más irritado. Por último, llegó al extremo de disparar sin la menor esperanza de acertar. Parecía como si hasta Laska se diera cuenta, pues miraba con aire de reproche a los cazadores y olfateaba con menos celo que antes. Los disparos se sucedían sin interrupción. El humo de la pólvora envolvía a los cazadores, y en la espaciosa y amplia red del morral no había más que tres becadas pequeñas y lastimosas. A una la había acertado Veslovski; la otra la habían abatido al alimón. Entre tanto, en el otro lado del pantano, se oían los disparos de Stepán Arkádevich, no tan frecuentes, pero, según pensaba Levin, más atinados, pues casi todos iban acompañados del siguiente grito: «¡Krak, Krak, busca!».

Eso era lo que más le irritaba a Levin. Las becadas no dejaban de revolotear por encima de los juncos. Por todas partes se oía el chapoteo de sus patas en el barro y sus gritos en el aire. Las que primero habían levantado el vuelo volvían a posarse delante de los cazadores. Si cuando llegaron había dos gavilanes, ahora decenas de ellos graznaban por encima de la marisma.

Después de recorrer más de la mitad del pantano, Levin y Veslovski llegaron a un prado propiedad de unos campesinos, dividido por largas franjas que llegaban hasta los juncos, con marcas de pisadas en unos sitios e hileras de hierba segada en otros. La mitad de esas franjas ya había sido segada.

Aunque había pocas esperanzas de encontrar piezas tanto en la hierba sin guadañar como en la guadañada, Levin había prometido a Stepán Arkádevich que se reuniría con él, de modo que atravesó el prado con su compañero.

—¡Eh, cazadores! —les gritó uno de los campesinos, sentado al lado de un carro desenganchado—. ¡Venid a tomar un bocado con nosotros! ¡Echaremos un trago!

Levin se dio la vuelta.

—¡Venid, no tengáis miedo! —exclamó un campesino barbudo, de cara colorada y alegre, dejando al descubierto los dientes blancos y levantando por encima de la cabeza una botella verde, que brilló al sol.

—*Que'est ce qu'ils disent*?[11] —preguntó Veslovski.

—Nos invitan a beber vodka. Seguramente acaban de hacer la partición del prado. Yo aceptaría con gusto —añadió Levin, no sin malicia, con la esperanza de que el vodka tentara a Veslovski y lo dejara solo.

—¿Y por qué nos convidan?

—Pues para pasar un buen rato. Debería ir usted. Se divertirá.

—*Allons, c'est curieux*.[12]

—¡Vaya, vaya! ¡No le costará encontrar el camino del molino! —exclamó Levin, encantado de ver que Veslosvki, encorvado, tropezando con los cansados pies, la escopeta en la mano, salía del pantano y se acercaba a los campesinos.

—¡Ven tú también! —le gritó el campesino a Levin—. ¿Por qué no? Tomarás un trozo de empanada.

A Levin le apetecía mucho tomar un trago de vodka y comer un pedazo de pan. Estaba cansado y apenas podía sacar los pies del barro. Por un instante dudó. Pero Laska se había parado. Fue como si toda la fatiga desapareciera de repente, y echó a andar con paso ligero en pos de la perra. Justo debajo de sus pies alzó el vuelo una becada. Levin disparó y la mató. Pero la perra seguía inmóvil. «¡Busca!» Otra becada salió volando al lado mismo de Laska. Levin disparó. Pero no era su día. Falló el tiro. Y, cuando fue a recoger la que había abatido, no la encontró. Recorrió todo el cañaveral, pero Laska no creía que la hubiera alcanzado y, aunque fingía que la buscaba, en realidad no lo hacía.

En suma, la jornada no mejoró sin Vásenka, a quien Levin había culpado de su mala suerte. También allí había muchas becadas, pero Levin erraba un tiro tras otro.

Los rayos oblicuos del sol eran todavía muy calurosos. La ropa, empapada en sudor, se le pegaba al cuerpo; la bota izquierda, llena de agua, le pesaba mucho y chapoteaba; gruesas gotas de sudor le corrían por la cara manchada de pólvora; tenía un sabor amargo en la boca; el olor a pólvora y a moho se le había metido en la nariz; en sus oídos resonaban los gritos incesantes de las becadas; los cañones estaban tan calientes que no podía tocarlos; el corazón le palpitaba con latidos rápidos y breves; las manos le temblaban de emoción; sus pies cansados tropezaban en los montículos, se hundían en los hoyos; pero él seguía andando y disparando. Por último, después de errar un blanco de manera vergonzosa, arrojó al suelo la escopeta y el sombrero.

«¡Más vale que me calme!», se dijo. Recogió la escopeta y el sombrero, llamó a Laska y salió del pantano. Una vez en terreno seco, se sentó en un montículo, se descalzó y sacó el agua de la bota; luego se acercó al pantano, bebió un trago de esa agua con sabor a moho, humedeció los cañones recalentados y se lavó la cara y las manos. Después de refrescarse, se dirigió al lugar donde había visto posarse una becada con el firme propósito de no excitarse.

Procuró conservar la serenidad, pero no le fue posible. Apretaba el gatillo antes de apuntar. Todo iba de mal en peor.

Cuando salió de la marisma para dirigirse a la aliseda donde debía reunirse con Stepán Arkádevich, sólo llevaba cinco piezas en el morral.

Antes de divisar a su amigo, se encontró con Krak, cubierto de cieno negro y pestilente, que saltó por encima de la raíz retorcida de un aliso y se acercó a olfatear a Laska con aire de triunfo. Al poco rato, a la sombra del aliso, apareció la apuesta figura de Stepán Arkádevich. Con el rostro colorado, bañado en sudor, el cuello desabotonado, se dirigía a su encuentro cojeando como antes.

—¿Cómo os ha ido? ¡No habéis dejado de disparar! —dijo con una alegre sonrisa.

—¿Y a ti? —preguntó Levin.

La verdad es que podía haberse ahorrado la pregunta, porque ya había visto el morral, lleno a rebosar.

—No demasiado mal —traía catorce piezas—. ¡Es un pantano magnífico! Seguro que te ha estorbado Veslovski. Es incómodo cazar con otra persona cuando sólo se dispone de un perro —dijo Stepán Arkádevich, tratando de atenuar su victoria.

XI

Cuando Levin y Stepán Arkádevich llegaron a la isba del campesino en la que Levin se había alojado siempre, Veslovski ya estaba allí. Sentado en un banco, al que se agarraba con ambas manos, se reía con esa risa suya alegre y contagiosa, mientras un soldado, hermano de la dueña de la casa, le quitaba las botas cubiertas de barro.

—Acabo de llegar. *Ils ont été charmants*.[13] Imagínense, me han dado de beber y de comer. ¡Y qué pan! ¡Una maravilla! *Délicieux*! En cuanto al vodka, en mi vida lo he tomado mejor. Y no ha habido manera de que aceptaran un poco de dinero. No hacían más que decirme: «No te ofendas», o algo así.

—¿Y por qué iban a tomar su dinero? Le están agasajando. ¿O acaso se cree que tienen el vodka para venderlo? —dijo el soldado, quitándole por fin una de las botas mojadas y el calcetín ennegrecido.

A pesar de la suciedad de la isba, manchada por las botas de los cazadores y los perros, que se lamían los pegotes de barro, del olor a ciénaga y a pólvora y de la falta de tenedores y cuchillos, los cazadores tomaron el té y cenaron con ese apetito con que suelen comer quienes han ido de caza. Una vez aseados y limpios, entraron en un pajar bien barrido, donde los cocheros habían preparado los lechos para los señores.

Aunque ya había caído la noche, ninguno tenía ganas de dormir.

Después de evocar diversos recuerdos de cacerías anteriores y contar algunas anécdotas sobre perros y armas de fuego, la conversación acabó derivando a un tema que interesaba a todos. Como Vásenka había expresado en repetidas ocasiones su entusiasmo por el albergue nocturno, con ese olor a heno, ese carro roto (le parecía roto porque le habían quitado la parte delantera), esos bondadosos campesinos que le habían invitado a vodka y esos perros tumbados cada uno al pie de su amo, Oblonski describió la maravillosa cacería en la que había participado el verano anterior en la finca de Maltus, un conocido magnate del ferrocarril. Les habló de las marismas que el tal Maltus había comprado en la provincia de Tver, de cómo las había convertido en coto privado, de los coches y *dog-carts*[14] que transportaron a los cazadores y del pabellón que habían levantado a la orilla del pantano para almorzar.

—No entiendo cómo no te repugna esa gente —dijo Levin, incorporándose en su lecho de heno—. Ya sé que es muy agradable almorzar con vino de Lafitte, pero ¿es posible que no te desagrade tanto lujo? Todas esas personas amasan su dinero como hacían los recaudadores de impuestos de antaño y se burlan del desprecio público, sabiendo que esas riquezas mal adquiridas servirán para rehabilitarlos.

—¡Totalmente cierto! —exclamó Vásenka Veslovski—. ¡Es verdad! Desde luego, Oblonski lo hace por su *bonhomie*,[15] pero hay quien comenta: «Oblonski frecuenta…».

—En absoluto —dijo Oblonski con una sonrisa, según advirtió Levin—. No lo

considero para nada menos honrado que muchos otros comerciantes o nobles acaudalados. Tanto unos como otros deben su fortuna a su trabajo y a su inteligencia.

—Pero ¿qué clase de trabajo es ése? ¿Acaso puede concedérsele ese nombre a obtener una concesión y revenderla?

—Pues claro que sí. Es un trabajo en el sentido de que, de no ser por él o de otros como él, no habría ferrocarriles.

—Pero no es un trabajo como el de un campesino o un sabio.

—Puede ser, pero no deja de producir resultados: los ferrocarriles. Aunque ya sé que tú los consideras inútiles.

—Ésa es otra cuestión: estoy dispuesto a reconocer que son útiles. Pero juzgo indigna cualquier retribución que no se corresponda con el trabajo realizado.

—¿Y quién puede determinar esa correspondencia?

—Me refiero a las ganancias obtenidas mediante medios ilícitos, recurriendo a la astucia —dijo Levin, dándose cuenta de que no era capaz de trazar una delimitación precisa entre lo que es honrado y lo que no lo es—, como, por ejemplo, las de los bancos —añadió—. Es lo que hacían los recaudadores de impuestos de antaño, adquirir grandes fortunas sin trabajar. El mal es el mismo, sólo las formas han cambiado. *Le roi est mort, vive le roi*![16] En cuanto se suprimieron los recaudadores de impuestos, surgieron los ferrocarriles y los bancos. En uno y otro caso se trata de ganar dinero sin trabajar.

—Puede que todo eso sea cierto y bastante ingenioso… ¡Échate, Krak! —le gritó Stepán Arkádevich a su perro, que se estaba rascando y removía todo el heno. Sin duda, estaba convencido de la bondad de sus argumentos; por eso conservaba la calma y hablaba sin apresurarse—. Pero no has trazado una línea entre lo que es honrado y lo que no lo es. ¿Es acaso deshonroso que mi sueldo sea más alto que el de mi jefe de despacho, aunque él conoce esos asuntos mejor que yo?

—No lo sé.

—Pues yo te lo voy a decir: el hecho de que tu trabajo en la hacienda te reporte, pongamos, cinco mil rublos, mientras el campesino que nos hospeda, por más que se afane, no obtenga más de cincuenta, es tan poco honrado como que yo gane más que mi jefe de despacho o Maltus reciba más que un ferroviario. Por otro lado, percibo en la sociedad una actitud hostil, absolutamente infundada, contra esas personas y me parece que no es más que envidia…

—No, eso es injusto —intervino Veslovski—. No puede hablarse de envidia, pero hay algo poco limpio en esos asuntos.

—No, perdona —prosiguió Levin—. Dices que es injusto que yo perciba cinco mil y el campesino cincuenta. Y tienes razón. Es injusto, me doy cuenta, pero…

—Así es. ¿Por qué nosotros nos pasamos la vida comiendo, bebiendo, cazando y holgazaneando, mientras él no hace más que trabajar? —le interrumpió Vásenka, que

sin duda era la primera vez que pensaba en serio en esa cuestión, y por tanto era completamente sincero.

—Sí, te das cuenta, pero no le cedes tu hacienda —dijo Stepán Arkádevich, con el propósito deliberado, al parecer, de importunar a su amigo.

En los últimos tiempos se había establecido entre los dos cuñados una especie de hostilidad sorda: desde que estaban casados con dos hermanas, era como si hubiera surgido ente ellos una rivalidad sobre cuál organizaba mejor su vida, y ese antagonismo había salido a relucir ahora en la conversación, que empezaba a adquirir un tinte personal.

—No la cedo porque nadie me la pide. Por lo demás, aunque quisiera hacerlo, no podría —replicó Levin—. ¿A quién iba a dársela?

—A este campesino. No la rechazará.

—¿Y cómo iba a dársela? ¿Firmando un acta de compraventa?

—No lo sé. Pero si estás convencido de que no tienes derecho…

—No estoy convencido en absoluto. Al contrario, creo que no tengo derecho a ceder nada, que soy responsable tanto de mi familia como de mis tierras.

—No, permíteme. Si consideras que es moralmente injusto, ¿por qué no actúas en consecuencia?

—Ya lo hago, sólo que en sentido negativo. Me refiero a que procuro no aumentar las diferencias de posición que existen entre ese campesino y yo.

—Perdona que te lo diga, pero eso es una paradoja.

—Sí, más que una explicación es un sofisma —confirmó Veslovski—. Ah, ahí está nuestro anfitrión —añadió, viendo al dueño de la isba, que entró en el pajar acompañado del crujido de sus botas—. ¿Cómo es que sigues levantado?

—¡No es momento para descansar! Pensaba que los señores ya estarían durmiendo, pero de pronto oigo voces. Vengo a coger un garfio. ¿No me morderán? —añadió, pisando cautelosamente con los pies desnudos.

—¿Y tú dónde vas a dormir?

—Vamos a cuidar los caballos en el prado.

—¡Ah, qué noche! —exclamó Veslovski, viendo a la tenue luz del crepúsculo una esquina de la isba y los carros desenganchados, encuadrados por el marco de la puerta abierta—, ¡Escuchen! Unas mujeres están cantando, y nada mal por cierto. ¿Quiénes son, amigo?

—Unas muchachas que viven ahí al lado.

—¡Vamos a dar una vuelta! De todos modos, no nos vamos a dormir. ¡Anímate, Oblonski!

—¡Qué pena que no pueda uno pasear y quedarse tumbado al mismo tiempo! —replicó éste, desperezándose—. Se está tan bien aquí.

—Entonces iré yo solo —dijo Veslovski, levantándose con decisión y poniéndose

las botas—. Adiós, señores. Si me divierto, les llamaré. Han tenido la amabilidad de invitarme a cazar y yo sabré corresponderles.

—Un muchacho excelente, ¿verdad? —dijo Oblonski, una vez que Veslovski salió y el campesino cerró la puerta detrás de él.

—Sí, excelente —respondió Levin, que seguía pensando en la conversación que acababan de tener. Le parecía que había expresado sus pensamientos y sentimientos con la mayor claridad de que había sido capaz y, sin embargo, dos personas sinceras y nada tontas le habían dicho a una sola voz que se consolaba con un sofisma. Eso le había desconcertado.

—Así es, amigo mío. Una de dos: o reconocemos que el orden social existente es justo y defendemos nuestros derechos o aceptamos que nos estamos aprovechando de unos privilegios absurdos, que es lo que hago yo, y en ese caso tratamos de disfrutar de ellos lo más posible.

—No, si reconocieras que esa situación es injusta, no podrías disfrutar de esos beneficios, al menos yo no sería capaz. Para mí, lo esencial es sentir que no soy culpable.

—¿Por qué no vamos también nosotros a dar una vuelta? —preguntó

Stepán Arkádevich, que sin duda empezaba a cansarse de tanta reflexión—. De todas formas no nos dormiremos. ¡Hala, vamos!

Levin no respondió. Seguía dándole vueltas a ese comentario que había hecho en el calor de la conversación; a saber, que sólo actuaba justamente en sentido negativo. «¿Es que sólo es posible ser justo de una manera negativa?», se preguntaba.

—¡Qué intenso es el olor del heno fresco! —exclamó Stepán Arkádevich, incorporándose—. No hay manera de pegar ojo. Vásenka debe de estar tramando algo. ¿No oyes sus carcajadas y su voz? ¿Por qué no vamos con él? ¡Vamos!

—No, yo me quedo —respondió Levin.

—¿También lo haces por principio? —dijo Stepán Arkádevich con una sonrisa, al tiempo que buscaba su gorra en la oscuridad.

—No, pero ¿para qué iba a ir?

—¿Sabes lo que te digo? Que te estás labrando tu propia desgracia —dijo, encontrando por fin la gorra y poniéndose en pie.

—¿Por qué?

—¿Es que te crees que no me doy cuenta de la posición en que te has colocado con respecto a tu mujer? Os he oído discutir, como si fuera una cuestión de vital importancia, si te ibas de caza dos días o no. Todo eso está muy bien en el caso de un idilio, pero no puede durar toda la vida. El hombre debe conservar su independencia, pues tiene sus propios intereses. El hombre debe de ser varonil —concluyó Oblonski, abriendo la puerta.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que debo cortejar a unas aldeanas? —preguntó

Levin.

—¿Y por qué no, si se divierte uno? *Ça ne tire pas à conséquence*.[17] A mi mujer no le hará ningún daño, y yo pasaré un buen rato. Lo principal es preservar el santuario del hogar. Esas cosas no deben pasar en casa. Pero no tiene uno por qué atarse las manos.

—Puede ser —dijo con sequedad Levin y se volvió del otro lado—. Mañana me marcho al amanecer, y no despertaré a nadie.

—*Messieurs, venez vite*![18] —se oyó la voz de Veslovski, que regresaba al pajar —. *Charmante*![19] La he descubierto yo. *Charmante*, una auténtica Gretchen.[20] Y ya nos hemos hecho amigos. ¡De veras que es preciosa! —añadió con aire satisfecho, como si esa muchacha encantadora hubiera sido creada con el único fin de que él la encontrara de su agrado.

Levin se hizo el dormido. Oblonski, por su parte, se puso los zapatos, encendió un cigarro y salió del pajar. Pronto las voces de los dos amigos se aquietaron.

Levin tardó mucho tiempo en quedarse dormido. Oyó el ruido que hacían los caballos al masticar el heno, al dueño de la casa, que se preparaba para marchar a los campos en compañía de su hijo mayor; al soldado, que se había tumbado en el otro extremo del pajar con su sobrino, el hijo menor del dueño; y al niño, que le contaba a su tío, con su vocecita aflautada, la impresión que le habían causado los perros, terribles y enormes a su juicio. Luego preguntó qué iban a cazar esos perros, y el soldado le respondió con su voz ronca y soñolienta que al día siguiente los cazadores se dirigirían al pantano, y una vez allí dispararían sus escopetas. A continuación, para librarse de las preguntas del muchacho, le dijo: «Duerme, Vaska, duerme. Si no, vas a ver lo que pasa», y al poco rato empezó a roncar él mismo. Todo quedó en silencio. Ya sólo se oía el relincho de los caballos y los graznidos de las becadas. «¿Es posible que sólo sea justo de manera negativa? —se preguntaba Levin— ¿Y qué le vamos a hacer? Yo no tengo la culpa.» Y se puso a pensar en la jornada que tenía por delante.

«Mañana me marcharé a primera hora y procuraré no acalorarme. Hay muchísimas becadas y también agachadizas. Y a la vuelta, me habrá llegado la nota de Kitty. Sí, puede que Stiva tenga razón. Soy demasiado pusilánime con ella, no me porto como un hombre… Pero ¡qué le vamos a hacer! ¡También en este caso actúo de manera negativa!»

En una especie de duermevela oyó las risas y las voces alegres de Veslovski y Stepán Arkádevich. Abrió los ojos un instante: los dos amigos charlaban en el vano de la puerta, vivamente iluminados por la luz de la luna, que se había remontado ya en el cielo. Stepán Arkádevich hablaba de la lozanía de una muchacha, comparándola con una nuez recién sacada de la cáscara; Veslovski, estallando en esa risa contagiosa, repetía unas palabras que probablemente le había dicho el dueño de la casa: «Arréglatelas como puedas para encontrar una que sea de tu gusto».

—¡Señores, mañana al amanecer! —dijo Levin medio amodorrado, y a continuación se quedó dormido.

XII

Levin se levantó con las primeras luces del alba y se dispuso a despertar a sus compañeros. Vásenka, tumbado boca abajo, una pierna con el calcetín puesto fuera de la manta, dormía tan profundamente que no hubo manera de sacarle una palabra. Oblonski, medio en sueños, le dijo que se negaba a partir tan temprano. Hasta Laska, que dormía hecha un ovillo en un rincón del pajar, se levantó de mala gana, estirando una tras otra las patas traseras. Después de calzarse, coger la escopeta y abrir con mucho cuidado la chirriante puerta del pajar, Levin salió al exterior. Los cocheros dormían al lado de los carruajes, los caballos dormitaban. Sólo uno de ellos comía avena perezosamente, desparramándola con sus resoplidos por el pesebre. Fuera del pajar todo estaba todavía gris.

—¿Por qué te has levantado tan de mañana, amigo? —le preguntó en tono afectuoso, como si se tratase de un viejo conocido, la anciana dueña de la casa, que en ese momento salía de la isba.

—Voy a cazar, abuela. ¿Tengo que seguir ese camino para llegar al pantano?

—Vete todo derecho por detrás de las cabañas, mi querido señor, atraviesa la era y luego los cañaverales. Allí encontrarás el camino.

Pisando cuidadosamente con sus pies descalzos, tostados por el sol, la anciana acompañó a Levin y ella misma le abrió la cancela que daba paso a las eras.

—Yendo todo recto llegarás al pantano. Nuestros muchachos llevaron allí los caballos por la noche.

Laska echó a correr alegremente por el camino; Levin la siguió con pasos rápidos y ligeros, mirando cada dos por tres el cielo. No quería que saliera el sol antes de llegar a su destino. Pero el sol no se demoró. La luna, que aún brillaba cuando salió, ya sólo relucía como un pedazo de mercurio; el lucero del alba, que antes se imponía a la vista, palidecía cada vez más. Las manchas indeterminadas que se divisaban a lo lejos empezaban a adquirir contornos netos: eran montones de centeno. Invisible hasta que salieron los primeros rayos del sol, el rocío que empapaba el alto y oloroso cáñamo, del que ya se habían desprendido las flores masculinas, humedecía los pies y la camisa de Levin por encima de la cintura. En el silencio límpido de la mañana se oían hasta los sonidos más leves. El zumbido de una abeja que pasó cerca de su oreja le pareció el silbido de una bala. Aguzó la vista y divisó otras dos más. Las tres atravesaban el seto del colmenar, levantaban el vuelo por encima del cañaveral y desaparecían en dirección al pantano. El camino le llevó directamente a las marismas, que se reconocían por el vapor que se elevaba del agua, tan pronto denso como ralo, en el que los esparganios y los sauces arbustivos fluctuaban como islotes. Al borde del pantano y del camino los muchachos y los campesinos, que habían pasado la noche en vela, se habían quedado dormidos antes del amanecer, envueltos en sus

caftanes. A poca distancia deambulaban tres caballos con las patas trabadas, uno de ellos con un tintineo de cadenas. Laska iba al lado de su amo, mirando a uno y otro lado, y parecía pedirle permiso para adelantarle. Al pasar al lado de los campesinos dormidos y llegar a los primeros juncos, Levin examinó las cápsulas y dejó marchar a Laska. Uno de los caballos, un robusto potro castaño de tres años, se espantó al ver a la perra, levantó la cola y relinchó. Los otros caballos también se asustaron y empezaron a chapotear con sus patas trabadas y salieron dando brincos del pantano; cada vez que levantaban los cascos del espeso barro hacían un ruido semejante a un batir de palmas. Laska se detuvo, dirigió a los caballos una mirada burlona y a continuación observó a su amo con expresión inquisitiva. Levin la acarició y, con un silbido, le indicó que podía iniciar el rastreo.

Laska, con aire alegre y a la vez preocupado, echó a correr por el barro, que se hundía bajo sus patas.

Una vez dentro del pantano, Laska reconoció al punto, entre los olores conocidos de las raíces, las hierbas pantanosas, el moho y el estiércol de caballo, tan extraño en ese ambiente, el olor a ave, que impregnaba todo aquel lugar y que era el que más la excitaba. Aquí y allá, entre el musgo y la bardana, ese olor era particularmente intenso, pero no había manera de determinar en qué lado aumentaba o se debilitaba. Para encontrar el rastro tenía que seguir adelante en la dirección del viento. Sin sentir el movimiento de sus propias patas, Laska echó a correr a galope tendido, para poder detenerse en cualquier momento en caso de que fuera necesario, torció a la derecha, alejándose de la brisa matinal, que soplaba desde el este, y entonces se volvió de cara al viento. Después de aspirar el aire con los orificios de la nariz muy abiertos, se dio cuenta de que no era necesario seguir buscando: las aves, en un número considerable, estaban allí delante. Laska aminoró la velocidad de la marcha. Sabía que estaban allí, pero no podía determinar dónde. Para encontrar el lugar preciso, empezó a moverse en círculos, pero de pronto la distrajo la voz de su amo: «¡Laska, aquí!», gritó Levin, señalándole una dirección diferente. Se detuvo, como preguntándole si no sería mejor continuar por donde había empezado, pero Levin repitió la orden con enfado, indicándole un montículo inundado de agua donde no podía haber nada. Laska le obedeció y fingió buscar, sólo por darle gusto; después de recorrer el montículo, volvió al mismo lugar de antes, y al momento percibió la presencia de las aves. Ahora que Levin no la molestaba, sabía lo que tenía que hacer. Sin mirar bajo las patas, tropezando irritada en los altos montículos y metiéndose en el agua, pero incorporándose en seguida sobre sus patas ágiles y fuertes, empezó a trazar el círculo que acabaría aclarándoselo todo. El olor de las aves cada vez era más fuerte y más preciso. De pronto comprendió que había una a cinco pasos de allí, al otro lado de un montículo; se detuvo y se quedó totalmente inmóvil. Sus cortas patas no le permitían ver nada, pero por el olor sabía que no podía estar a más de cinco pasos de distancia.

Percibía con intensidad creciente la presencia del ave y se recreaba en la espera. Tenía la cola tensa y sólo la punta se estremecía. La boca estaba ligeramente entreabierta, las orejas erguidas. Una de ellas se le había doblado durante la carrera. Respiraba trabajosamente, pero con cautela; con más cautela aún se volvió hacia su amo, más con la mirada que con la cabeza. Levin, con su expresión habitual y sus ojos siempre terribles, avanzaba muy despacio, según le parecía a la perra, tropezando con los montículos. Pero Laska se equivocaba: su amo iba corriendo.

Al advertir esa postura tan peculiar de Laska, con el cuerpo casi pegado al suelo, la boca entreabierta, las patas traseras rastrillando la tierra, Levin comprendió que había olfateado una agachadiza. Suplicando a Dios que no le permitiera fallar ese primer tiro, se acercó corriendo. Una vez a su lado, dirigió la vista al frente y vio con los ojos lo que Laska había percibido con el olfato. En el espacio comprendido entre dos montículos descubrió a una agachadiza. Había vuelto la cabeza y escuchaba. Después abrió un poco las alas, las plegó de nuevo, sacudió la cola con torpeza y desapareció detrás de un recodo.

—Busca, busca —gritó Levin, empujando a Laska por detrás.

«Pero si no puedo —pensó la perra—. ¿Adonde iba a ir? Desde aquí puedo olerías, pero si me muevo perderé el rastro y no sabré dónde están ni qué clase de aves son.» Pero Levin la empujó con la rodilla y le susurró muy agitado:

—¡Busca, Laska, busca!

«Bueno, lo haré, si eso es lo que quiere, pero ya no respondo de mí», pensó la perra y se lanzó con todas sus fuerzas entre los dos montículos. Ya no olfateaba. Sólo oía y veía, pero no entendía nada.

A unos diez pasos del lugar en el que se encontraba antes, alzó el vuelo una agachadiza, con un graznido ronco y el batir de alas tan peculiar de esas aves. Levin disparó y la agachadiza se desplomó, golpeando el húmedo barro con su pecho blanco. Sin necesidad de que la espantara la perra, una segunda echó a volar por detrás de Levin.

Cuando éste se volvió, ya estaba lejos. Pero el disparo la alcanzó. Después de volar unos veinte pasos, se paró en seco y empezó a caer, dando vueltas como una pelota, hasta estamparse en un lugar seco.

«¡Esta vez irá bien! —pensó Levin, metiendo en el morral las dos agachadizas, gruesas y aún calientes—. ¿Verdad que tendremos suerte, Laska?»

Cuando Levin, después de cargar la escopeta, se puso de nuevo en camino, el sol ya había salido, aunque unas nubecillas lo tapaban. La luna, que había perdido su resplandor, se distinguía en el cielo como una mancha blanca; ya no se veía ni una sola estrella. Los cañaverales, antes plateados por el rocío, ahora se habían vuelto dorados. El moho de las aguas tenía una tonalidad ambarina. El color azulado de la hierba se había transformado en un verde amarillento. Las aves del pantano se

agitaban en los arbustos resplandecientes de rocío, que proyectaban largas sombras a lo largo del riachuelo. Un gavilán, despierto ya, se había posado en un almiar, y movía la cabeza de un lado al otro, mirando el pantano. Las cornejas sobrevolaban el campo, un muchacho descalzo conducía los caballos hasta el lugar donde un anciano acababa de despertarse y se rascaba, después de haber retirado el caftán. El humo de los disparos blanqueaba sobre la hierba verde como un reguero de leche.

Uno de los muchachos se acercó corriendo a Levin.

—¡Ayer estaba esto lleno de patos, señor! —le gritó, siguiéndole a cierta distancia.

Levin se sintió doblemente satisfecho de matar tres becadas, una tras otra, en presencia de ese muchacho, que le expresaba su entusiasmo.

XIII

Esa superstición de los cazadores, según la cual si se acierta el primer animal o la primera ave la caza será afortunada, se reveló certera.

A las diez de la mañana, cansado, hambriento y feliz, Levin, después de haber recorrido unas treinta verstas, regresó a la casa con diecinueve aves de los pantanos y un pato, que llevaba atado al cinturón, porque ya no le cabía en el morral. Sus compañeros, que se habían levantado hacía rato, habían tenido tiempo de matar el hambre dando cuenta de un buen desayuno.

—Esperen, esperen. Estoy seguro de que hay diecinueve —dijo Levin, contando por segunda vez las becadas y las agachadizas, que ya no tenían un aspecto tan imponente como cuando volaban: estaban agarrotadas y rígidas, embadurnadas de sangre, con la cabeza ladeada.

La cuenta era correcta, y a Levin le agradó comprobar la envidia de Oblonski. También le llenó de satisfacción encontrarse con el mensajero de Kitty, que le esperaba con una nota.

> Estoy muy bien y muy alegre. Si te preocupabas por mi estado, ahora puedes estar más tranquilo que antes. Tengo un nuevo guardia personal, Maria Vasílevna (era la comadrona, un personaje nuevo e importante en la vida familiar de Levin). Ha venido a ver cómo estoy. Me ha encontrado en perfecto estado de salud, pero hemos decidido que se quede aquí hasta tu regreso. Todos están bien y contentos, así que no hay razón para que te apresures. Si la caza es buena, quédate un día más.

Estas dos alegrías, una jornada de caza afortunada y el billete de su mujer, eran tan grandes que dos pequeños contratiempos que se produjeron después apenas afectaron a Levin. El primero consistía en que el alazán de refuerzo, al que sin duda habían hecho trabajar en exceso la víspera, no comía y parecía abatido. El cochero dijo que estaba reventado.

—Ayer le hicieron correr demasiado, Konstantín Dmítrich —dijo—. ¡Diez verstas a esa velocidad por semejantes caminos!

El otro incidente, que en un primer momento estropeó la excelente disposición de ánimo de Levin, aunque después le hizo reír de lo lindo, afectaba a las provisiones: por lo visto, de las viandas que Kitty les había preparado en tal abundancia que parecían suficientes para una semana, no quedaba nada. Mientras regresaba de su partida de caza cansado y hambriento, Levin iba pensando con tanta insistencia en las empanadas que, al acercarse a la casa, tuvo la impresión de estar oliéndolas e incluso saboreándolas, igual que Laska olfateaba las aves. Sin perder un instante, ordenó a

Filipp que se las sirviera. Fue entonces cuando se enteró de que no sólo se habían acabado las empanadas, sino también el pollo.

—¡Menudo apetito tiene! —exclamó Stepán Arkádevich con una sonrisa, señalando a Vásenka Veslovski—. Yo no puedo quejarme del mío, pero lo de éste es algo fuera de lo común.

—*Mais c'était délicieux*[21] —dijo Veslovski, alabando la carne de vaca que acababa de comer.

—¡Bueno, qué le vamos a hacer! —exclamó Levin, mirando con aire sombrío a Veslovski—. Filipp, sírveme un poco de esa carne, entonces.

—No queda nada. Yo mismo he arrojado los huesos a los perros —respondió Filipp.

Levin se sentía tan despechado que añadió con irritación:

—¡Podían haberme dejado algo! —Y estuvo a punto de echarse a llorar—. En ese caso limpia una de estas aves —prosiguió con voz temblorosa, tratando de no mirar a Vásenka— y rellénala de ortigas. Y tráeme al menos un poco de leche.

Sólo después de beber la leche, se avergonzó de haber dado rienda suelta a su irritación delante de un extraño y se rio de ese resentimiento motivado por el hambre.

Esa misma tarde, después de una nueva partida de caza en la que Veslovski abatió algunas piezas, los tres amigos regresaron a casa.

En el camino de vuelta reinaba la misma animación que a la ida. Veslovski tan pronto cantaba como recordaba con agrado a los campesinos que le habían agasajado con vodka, al tiempo que le decían: «No te ofendas», o comentaba sus aventuras nocturnas con las aldeanas y con esa muchacha de la granja en particular, o se refería al campesino que le había preguntado si estaba casado y, al responderle que no, le había dicho: «Entonces deja en paz a las mujeres ajenas y búscate una que sea de tu gusto». Esas palabras le habían parecido especialmente divertidas.

—En general, he quedado encantado de nuestra excursión. ¿Y usted, Levin?

—Yo también lo he pasado muy bien —contestó éste con sinceridad, muy satisfecho de que la animosidad que había experimentado en casa por Vásenka Veslovski se hubiera trocado en un sentimiento de lo más cordial.

XIV

Al día siguiente, a eso de las diez, Levin, después de recorrer la hacienda, llamó a la puerta de la habitación en la que Vásenka había pasado la noche.

—*Entrez*! —gritó Veslovski—. Perdóneme, acabo de hacer mis *ablutions* —añadió con una sonrisa, plantándose delante de él en paños menores.

—No se preocupe, por favor —replicó Levin, sentándose al pie de la ventana—. ¿Ha dormido usted bien?

—Como un tronco. ¡Y qué día hace hoy para ir de caza!

—Sí. ¿Toma usted té o café?

—Ni una cosa ni otra. Esperaré hasta el almuerzo. La verdad es que me siento un poco avergonzado. Supongo que las señoras se habrán levantado ya. Sería estupendo dar una vuelta. ¿Por qué no me enseña usted sus caballos?

Después de pasear por el jardín, visitar las cuadras e incluso hacer gimnasia en las barras paralelas, Levin regresó a casa con su invitado y entró con él en el salón.

—¡Una cacería excelente! ¡No puede imaginarse cuántas impresiones me he llevado! —dijo Veslovski, acercándose a Kitty, que estaba sentada al lado del samovar—. ¡Qué pena que las señoras estén privadas de esos placeres!

«No pasa nada. Es normal que le diga unas palabras a la dueña de la casa», se dijo Levin. De nuevo le había parecido advertir algo impropio en la sonrisa y la expresión victoriosa con que el invitado se dirigía a su mujer.

La princesa, sentada en el otro extremo de la mesa en compañía de Maria Vasílevna y Stepán Arkádevich, llamó a Levin y se puso a hablarle de la necesidad de alquilar una vivienda en Moscú a la que Kitty pudiera trasladarse en el momento de dar a luz. Si él ya había encontrado desagradables los preparativos para la boda, cuya insignificancia le parecía ofensiva en comparación con el grandioso acontecimiento, más ofensivos se le antojaban ahora los que se hacían para el futuro parto, cuya fecha calculaban contando con los dedos de la mano. Procuraba no escuchar esas conversaciones sobre el modo de fajar al niño y se esforzaba por volver la cabeza para no ver las misteriosas e interminables vendas de punto y los paños triangulares a los que Dolly concedía gran importancia, etcétera. El nacimiento de su hijo (estaba seguro de que sería niño), no por esperado menos incomprensible —tan insólito le parecía—, por un lado se le antojaba una felicidad tan inmensa que la juzgaba imposible, y por otro un hecho tan misterioso que acogía ese supuesto conocimiento de lo que iba a suceder y, en consecuencia, los preparativos de que se ocupaban esas personas, como si se tratara de algo corriente, producto de la previsión humana, con una mezcla de indignación y rechazo.

Pero la princesa no comprendía tales sentimientos e interpretaba su renuencia a hablar y pensar en esas cuestiones al aturdimiento e indiferencia de su yerno, y, por

tanto, no lo dejaba en paz. Había encargado a Stepán Arkádevich la tarea de buscar un piso y ahora había pedido a Levin que se acercara para darle su opinión.

—Yo no sé nada, princesa. Haga lo que le parezca —dijo éste.

—Hay que decidir cuándo os vais a trasladar.

—La verdad es que no tengo ni idea. Lo único que sé es que nacen millones de niños fuera de Moscú, sin la ayuda de ningún médico… así que…

—En ese caso…

—Se hará lo que Kitty quiera.

—¡Con Kitty no se puede hablar de estas cosas! ¿Acaso quieres que la asuste? Esta primavera Natalia Golítsina murió por culpa de un mal comadrón.

—Haré lo que usted me diga —replicó Levin con aire sombrío.

La princesa siguió hablando, pero él ya no la escuchaba. Aunque la conversación con la princesa había conseguido irritarlo, su descontento no se debía a esas palabras, sino a lo que veía al lado del samovar.

«No, esto no puede seguir así», pensaba, mirando de vez en cuando a Vásenka que, inclinado sobre Kitty, le decía algo con su encantadora sonrisa, mientras ella se ruborizaba y daba muestras de inquietud.

Había algo inconveniente en la postura de Vásenka, así como en su mirada y su sonrisa. Levin percibía incluso algo inconveniente en la postura y la mirada de Kitty. Y de nuevo todo se volvió oscuro a sus ojos. De nuevo, igual que dos días antes, sin la menor transición, cayó de las alturas de la felicidad, de la serenidad y de la dignidad al abismo de la desesperación, la humillación y la ira. De nuevo todo el mundo se le volvió repulsivo.

—Haga lo que le parezca, princesa —dijo, volviéndose otra vez.

—¡Cuánto pesa el sombrero de Monómaco![22] —le dijo en tono de broma Stepán Arkádevich, aludiendo, por lo visto, no sólo a la conversación con la princesa, sino a la agitación de Levin, en la que había reparado—. ¡Qué tarde te has levantado hoy, Dolly!

Todos se pusieron en pie para saludar a Daria Aleksándrovna. Vásenka, con esa falta de cortesía propia de la generación joven, se levantó sólo un instante, le dirigió un breve saludo y, riéndose de algún comentario, prosiguió la conversación iniciada con Kitty.

—Masha me ha dejado extenuada. Ha dormido mal y hoy está muy caprichosa —replicó Dolly.

Lo mismo que el día anterior, Vásenka y Kitty hablaban de Anna y se preguntaban si era posible situar el amor por encima de las convenciones sociales. Kitty encontraba desagradable esa conversación. Le inquietaba tanto el contenido como el tono, y en mayor medida aún el efecto que tendría en su marido. Pero era demasiado ingenua y sencilla para ponerle fin e incluso para ocultar el placer que le

causaban las atenciones del invitado. Quería interrumpir la conversación, pero no sabía cómo hacerlo. Veía que su marido estaba pendiente de todos sus gestos y palabras y que los interpretaría del peor modo posible. Y, en efecto, cuando le preguntó a Dolly qué le pasaba a Masha, y Vásenka, esperando que acabara esa charla que consideraba tan aburrida, se quedó mirando con indiferencia a Dolly, Levin juzgó que esa pregunta era poco natural y que ponía de manifiesto una hipocresía repugnante.

—¿Vamos a ir hoy a buscar setas? —preguntó Dolly.

—Sí, vamos. Yo también iré —dijo Kitty, y se ruborizó. Quiso preguntarle a Vásenka, por cortesía, si les apetecía acompañarlas, pero no lo hizo—. ¿Adonde vas, Kostia? —preguntó con aire culpable, cuando Levin pasó a su lado con pasos decididos. Esa expresión culpable le había confirmado todas sus sospechas.

—En mi ausencia ha venido el mecánico, y todavía no he hablado con él —respondió, sin mirarla.

Bajó por las escaleras, pero aún no había tenido tiempo de salir de su despacho cuando oyó los conocidos pasos de su mujer, que iba a su encuentro con imprudente vivacidad.

—¿Qué quieres? —preguntó Levin con sequedad—. Estamos ocupados.

—Perdóneme —dijo Kitty, dirigiéndose al mecánico alemán—. Tengo que decirle unas palabras a mi marido.

El alemán hizo intención de salir, pero Levin lo detuvo:

—No se moleste.

—¿Sale el tren a las tres? —preguntó el alemán—. No debo perderlo.

Levin, sin responderle, salió con su mujer.

—Bueno, ¿qué es lo que tienes que decirme? —le preguntó en francés.

No la miraba de frente y hacía lo posible por no fijarse en el temblor de los músculos de su cara, en su aspecto lastimoso y abatido.

—Quería… quería decirte que no se puede vivir así. Esto es un tormento… —murmuró.

—Hay criados en la despensa —dijo Levin con enfado—. No me hagas una escena.

—Vamos allí.

Estaban en una habitación de paso. Kitty quiso entrar en la contigua. Pero la inglesa estaba dándole clase a Tania.

—¡Bueno, vayamos al jardín!

Una vez allí, se toparon con un jardinero que estaba rastrillando el sendero. Sin pensar en que aquel hombre estaba viendo el rostro agitado y cubierto de lágrimas de Kitty, y en que parecían dos personas que escapaban de una desgracia, siguieron andando con pasos rápidos, con la sensación de que tenían que explicarse de una vez,

disipar los malentendidos, pasar solos unos instantes y librarse de ese tormento.

—¡Así no se puede vivir! ¡Esto es una tortura! Yo sufro, tú sufres. ¿Por qué? —preguntó Kitty, cuando llegaron por fin a un banquito apartado, en un extremo de la avenida de tilos.

—Dime sólo una cosa: ¿había algo indecoroso, indecente y terriblemente humillante en su tono? —preguntó Levin, deteniéndose delante de ella, en la misma postura que había adoptado la otra noche, con los puños apretados contra el pecho.

—Sí —respondió ella con voz trémula—. Pero ¿no te das cuenta, Kostia, de que yo no tengo la culpa? Llevo toda la mañana queriendo adoptar otra actitud, pero esta gente… ¿Por qué han venido? ¡Con lo felices que éramos antes! —añadió, ahogada por los sollozos que sacudían su desgarbado cuerpo.

Cuando pasaron de nuevo a su lado, el jardinero se quedó asombrado: los había visto correr, aunque nadie los perseguía ni tenían razón alguna para huir; y ahora, aunque no podían haber encontrado en ese banco nada especialmente alegre, volvían a casa con rostros serenos y resplandecientes.

XV

Después de acompañar a su mujer al piso de arriba, Levin se dirigió a las dependencias de Dolly. Daria Aleksándrovna, por su parte, se encontraba muy alterada ese día. Recorría la habitación de un extremo al otro y decía con enfado a la niña, que lloraba a lágrima viva en un rincón:

—Te quedarás ahí todo el día, comerás sola, no jugarás con ninguna muñeca y no te haré ningún vestido nuevo —decía, sin saber ya a qué castigo recurrir—. Es una niña insoportable —añadió, dirigiéndose a Levin—. ¿De dónde le vendrán esas malas inclinaciones?

—Pero ¿qué es lo que ha hecho? —preguntó Levin con bastante indiferencia. Quería solicitar el consejo de Dolly sobre la cuestión que le preocupaba y lamentaba haber llegado en un momento tan inoportuno.

—Ha ido a coger frambuesas con Grisha y una vez allí… Ni siquiera puedo decir lo que estaban haciendo. Algo repugnante. ¡Cuánto echo de menos a Miss Elliot! Esta otra niñera es como una máquina, no se ocupa de nada… *Figurez vous que'elle*…[23]

Y Daria Aleksándrovna le contó la travesura de Masha.

—Esto no demuestra nada. No veo ninguna mala inclinación, sólo es una chiquillada —la tranquilizó Levin.

—Pareces disgustado. ¿Para qué has venido a verme? —preguntó Dolly—. ¿Qué pasa allí abajo?

Y por el tono de su pregunta Levin comprendió que le sería fácil exponerle lo que quería.

—No lo sé. Estaba en el jardín con Kitty. Es la segunda vez que discutimos desde que… desde que llegó Stiva. —Dolly le miró con sus ojos inteligentes y comprensivos—. Dime con la mano en el corazón. ¿No había… no en Kitty, sino en ese señor, ese tono que puede ser desagradable, o peor aún, horrible y ofensivo para un marido?

—No sé qué decirte… ¡Quédate en el rincón! —exclamó, dirigiéndose a Masha, que al ver una sonrisa apenas perceptible en el rostro de su madre, se había dado la vuelta—. La opinión de la sociedad sería que se comporta como lo hacen todos los jóvenes. *Il fait la cour à une jeune et jolie femme*,[24] y, si el marido es un hombre de mundo, debe sentirse halagado.

—Sí, sí —dijo Levin con aire sombrío—. Pero ¿tú lo has notado?

—No sólo yo, también Stiva. Después de tomar el té me dijo: *Je crois que Veslovski fait un petit brin de tour à Kitty*.[25]

—Muy bien. Ahora estoy tranquilo. Voy a echarlo —dijo Levin.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Dolly horrorizada—. Pero, ¡Kostia, recapacita un poco! —añadió, echándose a reír—. Bueno, ya puedes ir a buscar a Fanny —le

dijo a Masha—. Si quieres, hablaré con Stiva. El se lo llevará. Se le puede decir que esperas invitados. En general, no conviene tener en casa a un invitado así.

—No, no, me ocuparé yo personalmente.

—Pero ¿vas a discutir con él?

—En absoluto. Hasta pasaré un buen rato —dijo Levin, y, de hecho, sus ojos centellearon de alegría—. Bueno, Dolly, perdónala. No lo volverá a hacer —añadió, refiriéndose a esa pequeña malhechora que, en lugar de ir en busca de Fanny, se había plantado con indecisión delante de su madre, a quien miraba de soslayo, tratando de ganarse su atención.

Cuando la madre la miró, la niña estalló en sollozos y ocultó el rostro en el regazo de Dolly, que le acarició la cabeza con su mano delgada y suave.

«¿Qué tiene en común con nosotros este muchacho?», pensó Levin y se puso a buscar a Veslovski.

Al pasar por el recibidor, ordenó que engancharan la calesa para ir a la estación.

—Ayer se rompió un resorte —le respondió el criado.

—Pues entonces la tartana, y lo antes posible. ¿Dónde está el invitado?

—Se ha retirado a su habitación.

Levin se encontró con Vásenka cuando éste, después de sacar las cosas de su maleta y dejar a un lado las nuevas romanzas que había traído, se estaba probando unas polainas que se ponía para montar a caballo.

Puede que el rostro de Levin tuviera una expresión especial o que el propio Vásenka hubiera comprendido que *ce petit brin de cour* que había iniciado estaba fuera de lugar en esa familia, pero el caso es que al entrar Levin dio muestras de cierta turbación (en la medida en que puede turbarse un hombre de mundo).

—¿Se pone usted polainas para montar?

—Sí, es mucho más limpio —respondió Vásenka con una sonrisa alegre y bonachona, al tiempo que apoyaba la gruesa pierna en una silla y se abrochaba el corchete inferior.

En el fondo era tan buen muchacho que Levin se compadeció de él y sintió vergüenza de sí mismo, en su condición de dueño de la casa, cuando notó la timidez de su mirada.

En la mesa descansaba el trozo de bastón que había roto por la mañana cuando, haciendo gimnasia, habían intentado enderezar las paralelas, hinchadas por la humedad. Levin, sin saber cómo empezar, cogió con la mano ese pedazo y se puso a arrancar las astillas que habían quedado en la punta.

—Quería… —dijo, y al punto se interrumpió. Pero acto seguido se acordó de Kitty y de todo lo que había sucedido, le miró con determinación a los ojos y prosiguió—: He dado órdenes de que enganchen los caballos.

—¿Y para qué? —preguntó Vásenka, asombrado—. ¿Es que vamos a algún sitio?

—Para llevarle a usted a la estación —respondió Levin con aire sombrío, sin dejar de pelar aquel trozo de madera.

—¿Se va usted o es que ha sucedido algo?

—Estoy esperando a unos invitados —dijo Levin, arrancando astillas cada vez más deprisa con sus fuertes dedos—. No, no espero a nadie y no ha sucedido nada, pero le ruego que se marche. Puede interpretar mi falta de cortesía como mejor le parezca.

Vásenka se enderezó.

—Le ruego que me explique… —dijo con dignidad, comprendiendo de una vez.

—No puedo explicarle nada —replicó Levin con voz lenta y reposada, procurando ocultar el temblor de su mandíbula—. Más vale que no pregunte. —Y, como no le quedaban astillas por arrancar, cogió el pedazo entre los dedos, lo rompió en dos mitades y cogió con cuidado una de ellas antes de que cayera al suelo.

Es probable que esos brazos en tensión, esos músculos que había palpado por la mañana, mientras hacían gimnasia, esos ojos brillantes, esa voz serena y esa mandíbula temblorosa tuvieran más peso que las palabras en el ánimo de Vásenka. Se encogió de hombros, sonrió con aire despectivo y se inclinó.

—¿Puedo ver a Oblonski?

Ni el gesto ni la sonrisa de Vásenka irritaron a Levin. «¿Qué otra cosa podría hacer?», pensaba.

—Ahora mismo le digo que venga.

—Pero ¡esto no tiene sentido! —exclamó Stepán Arkádevich, cuando se enteró por boca de su amigo de que lo echaban de la casa. Y, al encontrarse con Levin en el jardín, donde éste estaba paseando en espera de que el invitado se marchara, le dijo —: *Mais c'est ridicule*! ¿Qué mosca te ha picado? *Mais c'est du dernier ridicule*![26] Sólo porque un hombre joven…

Pero, por lo visto, el lugar donde le había picado la mosca aún le dolía, porque, cuando Stepán Arkádevich procuró explicarle la conducta de Vásenka, Levin palideció de nuevo y no dejó que su cuñado acabara la frase:

—¡Haz el favor de no darme explicaciones! ¡No puedo actuar de otra manera! Me da mucha vergüenza delante de él y delante de ti. Pero no creo que marcharse de aquí suponga un gran disgusto para él, y a mi mujer y a mí su presencia se nos ha vuelto intolerable.

—Pero ¡se sentirá ofendido! *Et puis c'est ridicule*.[27]

—¡También es ofensivo y doloroso para mí! ¡No soy culpable de nada y no tengo por qué sufrir!

—No me esperaba esto de tí. *On peut être jaloux, mais à ce point, c'est du dernier ridicule*![28]

Levin se dio la vuelta a toda prisa, se retiró a lo más profundo de la avenida y

siguió paseando arriba y abajo. Pronto oyó el traqueteo de la tartana y divisó a través de los árboles a Vásenka, con su gorra escocesa, que atravesaba la alameda tambaleándose a la menor sacudida, acomodado en un montón de heno (por desgracia, la tartana no tenía asiento).

«¿Qué pasa ahora?», pensó Levin, cuando un criado salió corriendo de la casa y detuvo la tartana. A continuación apareció el mecánico alemán, del que Levin se había olvidado por completo. Después de saludar a Veslovski e intercambiar algunas palabras con él, subió a la tartana, y los dos partieron juntos.

Stepán Arkádevich y la princesa estaban indignados del proceder de Levin. En cuanto a éste, no sólo se sentía *ridicule* en grado sumo, sino culpable y avergonzado. No obstante, al recordar lo que su mujer y él habían sufrido y al preguntarse qué haría si se volviera a encontrar en la misma situación, se dijo que actuaría de la misma manera.

A pesar de lo que había sucedido, esa misma tarde, todos los presentes, excepto la princesa, que no perdonaba el proceder de Levin, dieron muestras de una animación y una alegría extremas, como unos niños después de un castigo o unos adultos después de una enojosa recepción oficial. Y esa misma noche, cuando la princesa se retiró, hablaron de la expulsión de Vásenka como de un acontecimiento muy lejano. Dolly, que había heredado de su padre el don de contar las cosas con gracia, hizo que a Várenka se le saltaran las lágrimas de risa al contar por tercera y cuarta vez, siempre con nuevos añadidos jocosos, que estaba a punto de ponerse unos lacitos nuevos en honor del invitado cuando entró en el salón y oyó el traqueteo del desvencijado carromato. ¿Quién lo ocuparía? Pues nada menos que Vásenka, con su gorrita escocesa, sus romanzas y sus polainas, sentado en un montón de heno.

—¡Si al menos hubieran ordenado que engancharan la calesa! Luego oigo que alguien grita: «¡Esperen!», y pienso que se han apiadado de él. Pero, cuando me acerco a mirar, veo que ese alemán tan gordo se instala a su lado y que se marchan juntos… Entonces me digo: «¡Adiós a mis lacitos!».

XVI

Daria Aleksándrovna no abandonó su proyecto de visitar a Anna. Lamentaba mucho apenar a su hermana y disgustar a Levin. Entendía que los dos hacían muy bien en no tener ninguna relación con Vronski; pero consideraba que su deber era visitar a Anna y demostrarle que sus sentimientos no podían cambiar, a pesar de que la situación de su amiga ahora fuera otra.

Como no quería recurrir a los Levin para hacer el viaje, envió a un criado a la aldea para que alquilara unos caballos. No obstante, cuando Levin se enteró, fue a verla para expresarle su malestar.

—¿Por qué crees que me desagrada tu viaje? Y, aunque así fuera, me desagradaría más aún que no aceptaras mis caballos —le dijo—. No me has dicho ni una vez que habías tomado la resolución de partir. Me disgusta que alquiles caballos en la aldea. Pero lo que más me preocupa es que, aunque te prometan llevarte, no cumplirán su palabra. Yo tengo caballos. Si no quieres que me enfade, debes aceptarlos.

Daria Aleksándrovna tuvo que dar su consentimiento. El día señalado Levin preparó cuatro caballos y otro de repuesto. Unos eran de labor y otros de silla, nada imponentes de aspecto, pero capaces de llevarla en un solo día. No le resultó fácil conseguirlos, porque en esos momentos también se necesitaban caballos para la princesa y para la comadrona, pero su sentido de la hospitalidad no le permitía que su cuñada alquilara caballos estando en su casa; además, sabía que los veinte rublos que le habían pedido por el viaje constituían un gasto muy oneroso para ella, y los asuntos financieros de Daria Aleksándrovna, que los Levin sentían como propios, no marchaban nada bien.

Siguiendo el consejo de Levin, Daria Aleksándrovna salió poco antes del amanecer. El camino era bueno; la calesa, cómoda; los caballos avanzaban a buen ritmo, y en el pescante, al lado del cochero, iba sentado el administrador, al que Levin había enviado en lugar de un criado para mayor seguridad. Daria Aleksándrovna se quedó traspuesta y sólo se despertó cuando llegaron a la posada en la que debían cambiar de caballos.

Después de tomar el té en la casa de aquel campesino rico en la que había hecho alto Levin de camino a las tierras de Sviazhski, de charlar con las mujeres acerca de los niños y con el dueño acerca del conde Vronski, a quien el anciano cubrió de elogios, a eso de las diez Daria Aleksándrovna reanudó su viaje. Cuando estaba en casa, la preocupación constante por sus hijos no le dejaba tiempo para pensar. En cambio ahora, en esas cuatro horas de trayecto, todos los pensamientos acumulados le vinieron de pronto a la cabeza, y pasó revista a su vida como no lo había hecho nunca, desde los ángulos más diversos. Hasta ella misma se extrañó de lo que se le ocurría. Al principio pensó en sus hijos, por los que estaba preocupada, a pesar de

que la princesa y, sobre todo, Kitty (tenía más confianza en esta última) habían prometido ocuparse de ellos. «Con tal de que Masha no haga ninguna travesura, Grisha no reciba ninguna coz y Lily no sufra otra indigestión…» Pero al poco rato las cuestiones actuales cedieron su lugar a las del futuro inmediato. Se puso a pensar en que ese invierno tendrían que mudarse de piso en Moscú, cambiar los muebles del salón y encargar una pelliza para la hija mayor. Luego le vinieron a la cabeza diversas cuestiones relacionadas con un futuro más lejano: cómo haría para introducir a sus hijos en el mundo cuando crecieran. «Con las niñas no es tan difícil —se decía—, pero ¿y los chicos?

»No cabe duda de que ahora me ocupo mucho de Grisha, pero sólo porque, al no estar embarazada, dispongo de tiempo libre. Naturalmente, con Stiva no se puede contar. Los sacaré adelante con la ayuda de algunas personas de bien. Pero si vuelvo a quedarme encinta…» Y llegó a la conclusión de que no era justo considerar los dolores del parto como una señal de la maldición que pesa sobre las mujeres. «Dar a luz no es nada; lo duro son los meses de gestación», pensaba, recordando su último embarazo y la pérdida de su hijo. Luego repasó la conversación que había tenido con la campesina joven de la posada. Cuando le preguntó si tenía hijos, aquella hermosa muchacha le respondido alegremente:

—Tenía una niña, pero Dios se la llevó. La enterramos por la Cuaresma.

—¿Y te da mucha pena? —preguntó Daria Aleksándrovna.

—¿Por qué? El viejo tiene ya muchos nietos. No me daba más que preocupaciones. No me dejaba trabajar ni hacer nada. Era como tener las manos atadas.

A Daria Aleksándrovna le había parecido odiosa esa respuesta, a pesar del aspecto bondadoso de la joven, pero ahora, a su pesar, la recordaba. Esas palabras tan cínicas no dejaban de encerrar una parte de verdad.

«En general —se decía Daria Aleksándrovna, pasando revista a sus quince años de matrimonio—, mi vida ha discurrido entre embarazos, mareos, fases de embotamiento mental e indiferencia por todo y, encima, con esa deformación del cuerpo. Kitty, la joven y bonita Kitty, ya ha perdido buena parte de sus encantos; en cuanto a mí, sé que los embarazos me vuelven horrible. Los partos, los sufrimientos terribles y ese instante postrero… Luego la lactancia, las noches en vela, esos dolores espantosos…»

Sólo de pensar en los dolores que le causaban las grietas en los pechos, de los que no se había librado en ninguno de sus embarazos, Daria Aleksándrovna se estremeció. «Después las enfermedades de los niños, ese temor constante; más tarde la educación, las inclinaciones perversas —se acordó del estropicio de Masha con las frambuesas—, los estudios, el latín, todas esas cosas tan incomprensibles y difíciles. Y por encima de todo, la posibilidad de la muerte.» Por su imaginación volvió a pasar

ese recuerdo que desgarraba su corazón de madre: el fallecimiento de su último hijo, que murió de difteria; el enüerro, la indiferencia general ante ese pequeño ataúd rosado, su corazón destrozado y su dolor solitario delante de esa pálida frente, con rizos en las sienes, y esa boquita abierta y sorprendida en el momento en que colocaban la tapa rosa con un galón dorado en forma de cruz.

«¿Y todo eso para qué? ¿Qué sentido tiene? Viviré sin gozar de un instante de reposo, tan pronto embarazada como ocupada con la crianza, siempre enfurruñada y de mal humor, atormentándome a mí misma y atormentando a los demás, haciéndome odiosa a mi marido… Y encima para que mis hijos sean desgraciados, no completen su educación ni tengan dónde caerse muertos. Ya este año, de no haber sido porque nos han invitado los Levin, no sé dónde habríamos pasado el verano. Desde luego Kitty y Kostia son tan delicados que apenas se da uno cuenta, pero esto no puede seguir así. En cuanto empiecen a tener hijos, no estarán en condición de ayudarnos. Incluso ahora pasan algunos apuros. Y ¿cómo va a ayudarnos papá, cuando apenas le ha quedado nada? No seré capaz de sacar adelante yo sola a los niños, a no ser que recurra a la ayuda ajena y me someta a humillaciones de todo tipo. Pongámonos en el mejor de los casos, que no muera ninguno de los niños y que, mal que bien, consiga educarlos. Como mucho, lo único que habré conseguido es que no sean unos haraganes. Esto es lo único que puedo esperar. Y para eso, ¡cuántos sufrimientos y trabajos!… ¡La vida entera arruinada!» De nuevo recordó lo que le había dicho la muchacha de la posada y volvió a sentir la misma repugnancia, aunque no pudo por menos de reconocer que había un fondo de verdad en esas crueles palabras.

—¿Queda mucho, Mijáila? —preguntó Daria Aleksándrovna al administrador para ahuyentar esos angustiosos pensamientos.

—Dicen que desde esta aldea sólo hay siete verstas.

La calesa atravesó la calle de la aldea y llegó a un puentecillo, por el que avanzaba un jovial grupo de campesinas con bultos al hombro, intercambiando comentarios alegres y ruidosos. Al pasar el coche a su lado, se detuvieron y lo miraron con curiosidad. A Daria Aleksándrovna todos esos rostros vueltos hacia ella se le antojaron rebosantes de salud y contento, y el ansia de vida que se adivinaba en ellos la irritó. «Todos viven, todos disfrutan de la vida —prosiguió con sus reflexiones, cuando la vieja calesa, dejando atrás a las mujeres, enfilaba una cuesta y avanzaba de nuevo al trote, sacudida por el agradable traqueteo de las suaves ballestas—. Yo, en cambio, como una prisionera que sale de la cárcel, liberada de un mundo de preocupaciones que me está matando, sólo ahora dispongo de un momento para reconsiderar mi pasado. Todos viven: esas campesinas, mi hermana Natalia, Várenka, Anna, a la que voy a ver ahora. Sólo yo carezco de vida propia. Todos se ensañan con Anna. ¿Por qué? ¿Acaso soy yo mejor? Al menos yo tengo un marido a quien amo. No tanto como quisiera, pero le amo. En cambio, Anna no quería al suyo.

¿De qué es culpable? Quiere vivir. Dios nos ha inculcado esa necesidad en el corazón. Es más que probable que yo hubiera hecho lo mismo. Hasta ahora sigo sin saber si tomé la decisión correcta al seguir sus consejos, cuando vino a verme a Moscú en aquellos momentos terribles. Tendría que haber abandonado a mi marido y haber empezado una vida nueva. Habría podido amar y ser amada de veras. ¿Acaso es mejor mi situación actual? No respeto a mi marido, sólo lo necesito —pensaba—. Por eso lo aguanto. ¿Acaso es eso mejor? Entonces aún podía gustar, conservaba parte de mi belleza», siguió diciéndose. De pronto sintió deseos de mirarse en el espejito de viaje que llevaba en la bolsa e hizo intención de sacarlo; pero, al ver la espalda del cochero y del administrador, que se bamboleaba en el pescante, le dio miedo de que se volvieran y la sorprendieran, y lo dejó donde estaba.

Pero no necesitaba mirarse para saber que ya era demasiado tarde. Se acordó de Serguéi Ivánovich, que la distinguía con una particular estima, y del bueno de Turovtsin, amigo de Stiva, que la había ayudado a cuidar de sus hijos cuando cogieron la escarlatina y que estaba enamorado de ella. Había también un muchacho muy joven que, como su marido le había dicho en broma, había juzgado que era la más guapa de las tres hermanas. Y por su imaginación desfilaron las historias de amor más apasionadas e inverosímiles. «Anna ha actuado bien, y no seré yo quien le haga ningún reproche. Es feliz, hace feliz a otra persona, y no se ha abandonado como yo. Seguro que no ha perdido su lozanía ni su inteligencia y que sigue mostrándose abierta a todo», pensaba Daria Aleksándrovna, y una sonrisa maliciosa y satisfecha asomó a sus labios, porque, al tiempo que repasaba el idilio de Anna, se representaba otro casi idéntico, protagonizado por ella misma y un hombre imaginario que la adoraba, suma de diversos hombres conocidos. Lo mismo que Anna, se lo confesaba todo a su marido. Y sonrió al figurarse la cara de sorpresa y perplejidad que pondría Stepán Arkádevich al enterarse de la noticia.

En tales ensoñaciones ocupó el tiempo hasta que llegaron al giro del camino real que conducía a Vozdvízhenskoie.

XVII

El cochero detuvo los caballos y miró hacia la derecha donde, al pie de un carro, en un campo de centeno, había un grupo de campesinos. El administrador hizo intención de apearse, pero luego se lo pensó mejor y se puso a llamar a uno de ellos con gritos imperiosos, haciéndole señas para que se acercara. La brisa levantada por la marcha del vehículo se calmó cuando se detuvieron. Los tábanos se abalanzaron sobre los sudorosos caballos, que trataban rabiosamente de desembarazarse de ellos. El sonido metálico de una guadaña que estaban afilando cesó de golpe. Uno de los campesinos se incorporó y se acercó a la calesa.

—¿Es que no tienes sangre en las venas? —gritó irritado el administrador al campesino, que avanzaba con parsimonia, pisando con los pies descalzos los montículos del camino seco y mal apisonado—. ¡Ya podías darte un poco más de prisa!

El anciano, con los cabellos rizados sujetos por una tira de corteza de árbol, la espalda encorvada y ennegrecida por el sudor, apretó el paso, se aproximó a la calesa y apoyó la atezada mano en el guardabarros.

—¿Vozdvízhenskoie? ¿La casa del señor? ¿La residencia del conde? —replicó—. Está justo al otro lado del recodo. No hay más que girar a la izquierda y, siguiendo uno todo derecho, llega a la avenida. ¿A quién van a ver? ¿Al conde en persona?

—¿Están en casa, amigo? —preguntó Daria Aleksándrovna en términos un tanto vagos, pues no sabía cómo debía referirse a Anna.

—Supongo que sí —respondió el campesino, dando unos pasos y dejando en el polvo del camino una huella perfecta de la planta del pie, con los cinco dedos marcados—. Supongo que sí —repitió, con el deseo evidente de entablar conversación—. Ayer llegaron más invitados. Y en buen número. ¿Qué quieres? —añadió, volviéndose hacia uno de sus compañeros, que le había gritado algo desde el carro—. ¡Ah, sí! Hace poco pasaron por aquí a caballo. Iban a ver la segadora mecánica. Ahora deben de estar en casa. Y ustedes ¿de dónde vienen?

—De muy lejos —respondió el cochero, apeándose del pescante—. Entonces, ¿no queda mucho?

—Ya te he dicho que está ahí mismo. En cuanto salgas… —respondió el campesino, pasando la mano por el guardabarros.

Un mozo sano y robusto se acercó también.

—¿Habrá algún trabajo para la cosecha en vuestras tierras? —preguntó.

—No lo sé, amigo.

—Entonces tienes que girar a la izquierda y luego seguir recto —dijo el campesino, intentando retener a los viajeros, pues quería charlar un rato más.

El cochero sacudió las riendas, pero apenas habían llegado a la curva cuando se

oyeron las voces de los dos campesinos:

—¡Alto! ¡Eh, muchacho! ¡Alto!

El cochero se detuvo.

—¡Vienen por ahí! ¡Son ellos! —volvió a gritar el campesino—. ¡Mira qué deprisa van! —añadió, señalando cuatro jinetes y un charabán en el que viajaban dos personas.

Los jinetes eran Vronski, su *jockey*, Veslovski y Anna; los ocupantes del charabán, la princesa Varvara y Sviazhski. Volvían de los campos, adonde habían ido para ver cómo funcionaba la segadora que acababa de llegar.

Cuando el coche se detuvo, los jinetes aminoraron la marcha. Anna iba delante en compañía de Veslovski, llevando a paso lento su jaca inglesa, pequeña y robusta, de cola corta y crines cuidadas. La magnífica cabeza de Anna, con los cabellos morenos asomando por debajo del alto sombrero, sus anchos hombros, su esbelto talle en el traje negro de amazona y la donosura y serenidad de su porte asombraron a Dolly.

En un primer momento le pareció inconveniente que Anna montara a caballo. Atribuía a la equitación, en el caso de una mujer, cierta dosis de coquetería juvenil que, en su opinión, no cuadraba bien con la situación de Anna; pero cambió de opinión en cuanto la contempló de cerca. A pesar de su elegancia, todo resultaba tan sencillo, sereno y digno, no sólo en la postura, sino también en el vestido y los ademanes, que no podía pensarse en algo más natural.

Al lado de Anna, montado en un fogoso corcel de color gris, como los del cuerpo de caballería, iba Vásenka Veslovski, con su gorrita escocesa de cintas flotantes, las gruesas piernas extendidas hacia delante, por lo visto muy satisfecho de sí mismo. Daria Aleksándrovna no pudo reprimir una alegre sonrisa al reconocerlo. Los seguía Vronski, a lomos de un purasangre bayo, al parecer excitado por el galope. Vronski trataba de refrenarlo, tirando de las riendas.

Un hombrecillo vestido *de jockey* cerraba la marcha. Sviazhski y la princesa, en un charabán nuevecito tirado por un trotón negro de gran tamaño, estaban a punto de alcanzar a los jinetes.

En el momento en que Anna reconoció la pequeña figura de Dolly, agazapada en un rincón de la vieja calesa, su rostro se iluminó con una alegre sonrisa. Se le escapó un grito, se estremeció en la silla y lanzó su jaca al galope. Al llegar a la altura de la calesa, descabalgó por su propio pie y, recogiendo la falda de su traje de amazona, corrió al encuentro de su amiga.

—¡Pensaba que eras tú, pero no acababa de creérmelo! ¡Qué felicidad! ¡No puedes imaginarte la alegría que me has dado! —decía, tan pronto acercando su rostro al de Dolly y besándola como apartándose y contemplándola con una sonrisa —. ¡Qué alegría, Alekséi! —añadió, volviéndose hacia Vronski, que se había apeado del caballo y se aproximaba a ellas.

Vronski se acercó a Dolly con el sombrero de copa gris en la mano.

—No sabe lo mucho que nos alegramos de verla —dijo, concediendo una importancia especial a cada una de sus palabras, y a continuación esbozó una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes blancos y fuertes.

Vásenka Veslovski, sin apearse del caballo, se quitó la gorra escocesa y saludó a la recién llegada, agitando jovialmente las cintas por encima de la cabeza.

—Es la princesa Varvara —dijo Anna, en respuesta a la inquisitiva mirada de Dolly, cuando se acercó el charabán.

—¡Ah! —exclamó Daria Aleksándrovna, sin poder ocultar su contrariedad.

La princesa Varvara era la tía de su marido. Dolly la conocía desde hacía tiempo y no la respetaba. Sabía que la princesa se había pasado toda la vida abusando de la hospitalidad de sus parientes ricos. Que ahora se hubiera instalado en casa de Vronski, un hombre que no era nada suyo, la ofendió, pues al fin y al cabo era familia de su marido. Al notar la expresión de Dolly, Anna se turbó, se ruborizó, soltó su falda de amazona y se enredó en ella.

Daria Aleksándrovna se acercó al charabán, que se había detenido, y saludó con frialdad a la princesa Varvara. También conocía a Sviazhski. Éste le preguntó qué tal le iba a su extravagante amigo con su joven esposa y, después de echar un vistazo al abigarrado grupo de caballos y a los guardabarros cubiertos de parches, propuso a las señoras que tomaran asiento en el charabán.

—El caballo es manso y la princesa conduce muy bien —dijo—. Yo iré en este vehículo.

—No, quédense donde están. Iremos nosotras en la calesa —intervino Anna, cogiendo a Dolly del brazo y llevándosela de allí.

Daria Aleksándrovna miró con asombro el carruaje, de una elegancia nunca vista, los magníficos caballos, los rostros radiantes y distinguidos que la rodeaban. Pero lo que más le sorprendió fue el cambio que se había operado en su querida Anna, a quien tan bien conocía. Una mujer menos observadora, que no hubiera tratado a Anna en el pasado y, sobre todo, que no se hubiera entregado a las reflexiones que habían ocupado a Dolly a lo largo del camino, no habría notado nada especial en ella. Dolly se quedó perpleja ante esa belleza fugitiva, que sólo brilla en las mujeres cuando aman, y que ahora advertía en el rostro de Anna. Toda su persona emanaba un encanto especial: los marcados hoyuelos de las mejillas y el mentón, la línea de los labios, la sonrisa que parecía flotar en su cara, el brillo de los ojos, la gracia y ligereza de los ademanes, la plenitud de su voz, hasta el tono entre enfadado y afectuoso con que respondió a Veslovski, que le había preguntado si le permitía montar su jaca para enseñarle a galopar con la pata derecha por delante. Parecía que Anna era consciente de ese atractivo y que se sentía satisfecha.

Cuando se acomodaron en la calesa, las dos mujeres se sintieron de pronto

turbadas: Anna, por la mirada inquisitiva y atenta de Dolly; y ésta, por la vergüenza que le daba la vieja y sucia calesa, después de las palabras de Sviazhski sobre el «vehículo». Al cochero Filipp y al administrador les embargaba el mismo sentimiento. Para ocultar su confusión, este último redobló sus atenciones con las señoras; Filipp, en cambio, se tornó sombrío y trató de no dejarse intimidar por esa magnificencia externa. Miró el trotón negro con una sonrisa irónica y decidió en su fuero interno que tanto el caballo como el charabán sólo valían para dar un paseo, pero que no serían capaces de recorrer cuarenta verstas de un tirón en una jornada calurosa.

Todos los campesinos se levantaron y contemplaron con curiosidad y alegría la acogida que los anfitriones dispensaron a la invitada, al tiempo que hacían observaciones.

—Están contentos, porque hace mucho tiempo que no se ven —dijo el anciano de pelo rizado, con la tira de corteza en la frente.

—Mira ese potro negro, tío Guerásim. ¡Qué bien nos vendría para llevar las gavillas!

—¿Has visto eso? ¿Es una mujer con calzones? —preguntó uno de ellos, señalando a Vásenka Veslovski, que en ese momento se subía a la silla de señora de la jaca de Anna.

—No, es un hombre. ¡Con qué ligereza ha montado!

—Entonces, muchachos, ¿no vamos a echar un sueñecito?

—¡Cómo vamos a dormir a estas horas! —replicó el anciano, mirando de soslayo el sol—. ¡Ya es más de mediodía! ¡Coged las guadañas y a trabajar!

XVIII

Anna contempló el rostro delgado y agotado de Dolly, con las arrugas marcadas por el polvo del camino, y estuvo a punto de decirle lo que pensaba; a saber, que había adelgazado. Pero, al recordar que ella misma estaba más hermosa que antes, como la mirada de su amiga le había dejado claro, exhaló un suspiro y se puso a hablar de sí misma.

—Me miras y te preguntas cómo puedo ser feliz en mi situación. Pues verás: aunque me dé vergüenza reconocerlo, soy imperdonablemente feliz. Me ha sucedido algo mágico, como cuando despiertas de una pesadilla, aterrorizada y angustiada, y de pronto comprendes que todos esos horrores no existen. Pues yo me he despertado. He pasado momentos muy dolorosos y amargos, pero hace ya tiempo que soy muy feliz, sobre todo desde que nos trasladamos aquí —dijo, mirando a Dolly con una sonrisa tímida e inquisitiva.

—¡Cuánto me alegro! —replicó ésta sonriendo, aunque con una frialdad mayor de lo que habría querido—. Me alegro mucho por ti. ¿Por qué no me has escrito?

—¿Por qué?… Porque no me atrevía… Te olvidas de mi situación…

—¿Que no te atrevías a escribirme a mí? Si hubieras sabido lo mucho que… Considero… —Daria Aleksándrovna quiso hacerle partícipe de las reflexiones que la habían ocupado por la mañana, pero, por alguna razón, le pareció que no era el momento—. Pero ya hablaremos de eso más tarde. ¿Qué son esos edificios? —preguntó, deseando cambiar de tema, al tiempo que señalaba unos tejados rojos y verdes, que se divisaban a través de un seto de acacias y lilas—. Parece una pequeña ciudad.

Pero Anna no le contestó.

—¡No, no! Dime lo que piensas de mi situación. ¿Qué opinión tienes? —preguntó.

—Creo…

En ese momento Vásenka Veslovski, que había conseguido que la jaca se lanzara al galope con la pata derecha, pasó a su lado embutido en su chaqueta corta, dando tumbos en la silla de cuero.

—¡Ya va, Anna Arkádevna! —gritó.

Anna ni siquiera lo miró. Pero Daria Aleksándrovna volvió a tener la impresión de que no era una buena idea iniciar una conversación tan larga en la calesa, de modo que expresó su pensamiento en unas pocas palabras.

—No tengo ninguna opinión —dijo—. Siempre te he querido, y, cuando se quiere a una persona, se la quiere por lo que es, no por lo que a uno le gustaría que fuera.

Anna, apartando los ojos del rostro de su amiga y entornándolos (una costumbre nueva que Dolly no le conocía), se quedó pensativa, deseando comprender a fondo el

sentido de esas palabras. Después de darles, por lo visto, una interpretación favorable, volvió a mirar a Dolly.

—Si tienes pecados en tu conciencia —dijo—, todos te serán perdonados por esta visita y estas palabras.

Dolly, viendo que algunas lágrimas asomaban a sus ojos, le apretó la mano en silencio.

—¿Qué son esos edificios? ¡Cuántos hay! —dijo al cabo de un rato, repitiendo su pregunta.

—Son las casas de los empleados, la fábrica y las cuadras —respondió Anna—. Y ahí empieza el parque. Todo esto estaba abandonado, pero Alekséi lo ha renovado. Le tiene mucho cariño a esta finca y, para mi gran sorpresa, se ha apasionado por las labores del campo. Pero es que es un hombre muy dotado. Haga lo que haga, siempre acaba destacando. No sólo no se aburre, sino que pone en ello todo su empeño. Te aseguro que se ha convertido en un propietario calculador, concienzudo y hasta avaro. Y no sólo eso. Cuando se trata de decenas de miles de rublos, no los cuenta —dijo con la sonrisa alegre y maliciosa con que las mujeres suelen referirse a las cualidades secretas del hombre al que aman, que sólo ellas conocen—. ¿Ves ese edificio grande? Es el nuevo hospital. Creo que costará más de cien mil rublos. Es su *dada*[29] del momento. ¿Y sabes por qué tomó la decisión de construirlo? Según parece, los campesinos le pidieron que les rebajase el arrendamiento de unos prados; él se negó y yo le reproché su avaricia. Desde luego, no lo ha hecho sólo por eso, sino por muchas otras razones. Pero el caso es que lo empezó a construir para demostrar que no es avaro. Puedes decir que *c'est une petitesse*,[30] pero yo le quiero más por eso. Ahora verás la casa. Pertenecía a sus abuelos, y Alekséi no la ha cambiado nada por fuera.

—¡Qué bonita! —exclamó Dolly con involuntario asombro, al divisar la magnífica casa con columnas, que se destacaba sobre el fondo de los seculares árboles del jardín, con sus distintos matices de verde.

—¿Verdad que sí? Y desde lo alto hay una vista magnífica.

La calesa entró en un patio cubierto de grava y adornado con macizos de flores, donde dos jardineros rodeaban un parterre de un borde de piedras porosas sin labrar, y se detuvo delante de un pórtico.

—¡Ah, ya han llegado! —exclamó Anna, viendo cómo se llevaban los caballos de silla—, ¿No es verdad que es una jaca magnífica? Es mi preferida. Tráigala aquí y deme azúcar. ¿Dónde está el conde? —preguntó a los dos lacayos de librea que salieron a recibirla—. ¡Ah, por ahí viene! —añadió, viendo que Vronski y Veslovski venían a su encuentro.

—¿Dónde vas a instalar a la princesa? —preguntó Vronski en francés, dirigiéndose a Anna y, sin esperar respuesta, volvió a saludar a Daria Aleksándrovna, esta vez besándole la mano—. ¿Qué te parece la habitación grande con balcón?

—¡Ah, no, está demasiado lejos! Mejor en la de la esquina, así podremos vernos más. Bueno, vamos —dijo Anna, mientras le daba a su caballo favorito el azúcar que le había traído el lacayo—. *Et vous oubliez votre devoir*[31] —añadió, dirigiéndose a Veslovski, que había salido también a la escalinata.

—*Pardon, j'en ai tout plein les poches*[32] —respondió éste con una sonrisa, metiendo los dedos en el bolsillo del chaleco.

—*Mais vous venez trop tard*[33] —replicó Anna, secándose con un pañuelo la mano, que el caballo le había mojado al tomar el azúcar. A continuación se dirigió a Dolly—: ¿Vas a quedarte mucho tiempo? ¿Un solo día? ¡Imposible!

—Es que lo he prometido, y los niños… —replicó Dolly, sintiéndose turbada porque tenía que sacar de la calesa su maletín y porque sabía que tenía la cara llena de polvo.

—No, Dolly, querida… Bueno, ya veremos. ¡Vamos, vamos! —Y Anna llevó a Dolly a su habitación.

No era una habitación tan distinguida como la que Vronski le había ofrecido, por lo que Anna pidió a Dolly que la disculpara. Pero lo cierto era que Dolly jamás se había alojado en un cuarto tan lujoso; de hecho, le trajo a la memoria los mejores hoteles del extranjero.

—¡Ah, querida, cuánto me alegro de verte! —exclamó Anna, que se sentó un momento al lado de Dolly con su traje de amazona—. Háblame de los tuyos. A Stiva sólo lo he visto un segundo, y ya sabes que no es la persona más idónea para hablar de los niños. ¿Cómo está mi querida Tania? Supongo que ya estará hecha una mujercita.

—Sí, ha crecido mucho —se limitó a responder Dolly, sorprendida de que pudiera hablar con tanta frialdad de sus hijos—. Estamos muy a gusto en casa de los Levin —añadió.

—Si hubiera sabido que no me desprecias… —dijo Anna—. Podríais haber venido todos a visitarnos. Stiva es un viejo y buen amigo de Alekséi —añadió, ruborizándose de pronto.

—Sí, pero estamos tan bien… —respondió Dolly, turbándose.

—Claro, claro. Estoy tan contenta que sólo digo tonterías. ¡Ah, cuánto me alegro de verte, querida! —dijo Anna, besándola de nuevo—. Sigues sin decirme lo que piensas de mí, ¡y tengo tantas ganas de saberlo! En cualquier caso, me alegro de que me veas tal como soy. Lo más importante para mí es que la gente no crea que intento demostrar algo. No pretendo demostrar nada, sólo quiero vivir sin hacer daño a nadie, excepto a mí misma. Y a eso tengo derecho, ¿no es verdad? En cualquier caso, esta conversación nos llevaría muy lejos. Ya tendremos tiempo de hablar de todo. Ahora voy a vestirme y te mandaré a la doncella.

XIX

Una vez sola, Daria Aleksándrovna examinó su habitación con mirada de ama de casa. Todo lo que había visto cuando se acercaban a la casa y la recorrían, y todo lo que veía ahora en la estancia, le produjo una impresión de opulencia y distinción, y le trajo a la cabeza ese nuevo lujo europeo que sólo conocía por las novelas inglesas, pues nunca lo había visto en Rusia y mucho menos en el campo. Todo era nuevo, desde el empapelado francés de las paredes hasta la alfombra, que cubría toda la habitación. La cama tenía un colchón de muelles, una cabecera especial y unas almohadas pequeñas con fundas de seda cruda. Todo era nuevo y de la mejor calidad: el lavabo de mármol, el tocador, la otomana, las mesas, el reloj de bronce sobre la chimenea, las cortinas y los portieres.

La emperejilada doncella que fue a ofrecerle sus servicios, vestida y peinada más a la moda que Dolly, tenía un aire tan moderno y elegante como toda la habitación. A Daria Aleksándrovna le encantaron su cortesía, su pulcritud y su diligencia, pero se sintió incómoda en su presencia. Le daba apuro sacar la camisa de noche llena de remiendos que se había traído de casa por equivocación. Esos mismos zurcidos y remiendos de los que tanto se enorgullecía en casa ahora la avergonzaban. Según sus cálculos, para confeccionar seis camisas de noche se necesitaban diecisiete metros de nansú a sesenta y cinco kopeks, lo que ascendía a quince rublos, sin contar los adornos y el trabajo; de modo que ésa era la suma que se ahorraba. Pero ante la doncella se sentía, si no avergonzada, al menos incómoda.

Daria Aleksándrovna experimentó un inmenso alivio cuando en la habitación entró Annushka, a la que conocía desde hacía mucho. La señora llamaba a la doncella emperejilada y Annushka venía para sustituirla.

La criada, que al parecer se alegraba mucho de su llegada, no paraba de hablar. Dolly advirtió que quería comunicarle su opinión sobre la situación de su señora y, en particular, sobre el amor y la devoción del conde por ella, pero la interrumpía en cuanto se ponía a hablar del asunto.

—Me he criado con Anna Arkádevna y la quiero más que a nada en el mundo. No nos corresponde a nosotras juzgar. Y parece que la quiere tanto…

—Por favor, que me laven esto, si es posible —la interrumpió Daria Aleksándrovna.

—Muy bien, señora. Tenemos dos lavanderas que se ocupan especialmente de las prendas pequeñas; pero la ropa blanca se lava toda a máquina. El conde en persona se ocupa de esas cosas. La verdad es que es un marido…

Dolly se alegró de la aparición de Anna, que puso fin a la cháchara de Annushka.

Anna se había puesto un vestido muy sencillo de batista. Dolly lo examinó con atención. Sabía lo que significaba y lo mucho que costaba esa sencillez.

—Una vieja conocida —dijo Anna, refiriéndose a Annushka.

Ya no se sentía turbada. Estaba serena y daba muestras de un completo dominio de sí misma. Dolly vio que se había repuesto por completo de la impresión que le había causado su llegada y que había adoptado ese tono indiferente y superficial con el que parecía cerrar la puerta del departamento en el que guardaba sus pensamientos y sentimientos más íntimos.

—¿Qué tal está tu hija, Anna? —preguntó Dolly.

—¿Annie? —Así se llamaba la niña—. Muy bien. Ha ganado mucho peso. ¿Quieres verla? Vamos, te la enseñaré. No puedes imaginarte la cantidad de problemas que han dado las niñeras. Tenemos una nodriza italiana, muy buena, pero de lo más estúpida. Intenté despedirla, pero la niña se ha acostumbrado tanto a ella que no me ha sido posible.

—¿Y cómo habéis arreglado lo del…? —empezó a decir Dolly, con intención de preguntarle por el apellido de la niña, pero, al ver que el rostro de Anna se ensombrecía de repente, cambió el sentido de la pregunta—. ¿Cómo os la habéis arreglado para destetarla?

Pero Anna comprendió.

—No es eso lo que querías preguntar. Querías saber cómo hemos resuelto la cuestión del apellido, ¿no es verdad? Es algo que atormenta a Alekséi. La niña no tiene apellido. Es decir, se llama Karénina —dijo Anna, entornando tanto los ojos que sólo se le veían las pestañas unidas—. Pero ya tendremos tiempo de hablar de todo eso más tarde —añadió, con rostro ya más sereno—. Vamos, te la enseñaré. *Elle est très gentille*.[34] Ya gatea.

El lujo que tanto había sorprendido a Daria Aleksándrovna al recorrer la casa le pareció aún más asombroso en la habitación de la niña. Había cochecitos traídos de Inglaterra, aparatos para aprender a andar, un sofá con forma de mesa de billar, diseñado especialmente para andar a gatas, columpios y bañeras de modelos nuevos y especiales. Todos esos artilugios eran ingleses, sólidos, de buena calidad y, sin duda, carísimos. La habitación era espaciosa, muy luminosa, de techo alto.

Cuando entraron, la niña, vestida sólo con una camisita, estaba sentada a la mesa, en un sillón pequeño, y tomaba un caldo que le había mojado todo el pecho. Le daba de comer una muchacha rusa que estaba a su servicio y que, por lo visto, comía al mismo tiempo que ella. Ni la nodriza ni la niñera estaban en la habitación. Ambas se encontraban en un cuarto contiguo, de donde llegaba una conversación en un francés extraño, la única lengua en la que podían comunicarse.

Al oír la voz de Anna, la niñera inglesa, una mujer alta y bien vestida, de cara desagradable y expresión desvergonzada, entró precipitadamente, sacudiendo los rizos rubios y se puso a justificarse, a pesar de que Anna no le había dirigido ningún reproche. A cada palabra de Anna, la inglesa repetía apresuradamente:

—*Yes, my lady*.

La niña, coloradota, de cejas y pelo negros, con el cuerpecillo sonrosado y rechoncho cubierto de piel de gallina, gustó mucho a Daria Aleksándrovna, a pesar de la mirada severa con que acogió a esa persona extraña. Hasta le envidió su saludable aspecto. También le gustó mucho su manera de gatear. Ninguno de sus hijos lo había hecho así. Cuando la pusieron en la alfombra, con el vestidito recogido por detrás, le pareció verdaderamente encantadora. Como un animalillo, miraba a los mayores con sus enormes y brillantes ojos negros, sin duda complacida de que la admiraran, sonreía, separaba las piernas, se apoyaba enérgicamente en las manos, alzaba rápidamente el trasero y volvía a avanzar las manitas.

Pero Daria Aleksándrovna quedó muy descontenta del ambiente general de la habitación y, sobre todo, de la inglesa. ¿Cómo era posible que Anna hubiera confiado su propia hija a los cuidados de una inglesa tan antipática y poco respetable? Sin duda porque ninguna persona respetable habría aceptado trabajar para una familia tan irregular. Puesto que Anna conocía muy bien a la gente, era la única explicación plausible. Además, las pocas palabras que oyó bastaron para convencerla de que la nodriza, la niñera y la criatura no se llevaban bien y de que las visitas de la madre no debían de ser muy frecuentes. Anna quiso darle a la niña un juguete, pero no fue capaz de encontrarlo.

Pero lo que más le sorprendió fue que, cuando preguntó cuántos dientes tenía la niña, Anna se equivocó, pues no se había enterado de que le habían salido dos dientes nuevos.

—A veces me da pena que mi presencia aquí sea tan innecesaria —dijo Anna, al salir de la habitación, al tiempo que recogía la cola de su vestido para que no se enganchara en alguno de los juguetes que había al lado de la puerta—. No fue así con mi hijo.

—Y yo que había pensado que sería al revés —dijo Daria Aleksándrovna tímidamente.

—¡Oh, no! ¿Sabes que he visto a Seriozha? —preguntó Anna, frunciendo los ojos, como si contemplara algo en la lejanía—. Pero ya tendremos tiempo de hablar de eso más tarde. No te lo vas a creer, pero soy como una persona hambrienta a la que de pronto sirven una copiosa comida y no sabe por dónde empezar. Eso es lo que supone para mí tu presencia y tu conversación: una copiosa comida. Hace mucho tiempo que no hablo con nadie; por eso no sé por dónde empezar. *Mais je ne vous ferai grâce de rien*.[35] Tengo que decírtelo todo. Pero lo primero será describirte la compañía que te vas a encontrar aquí —dijo—. Empezaré por las señoras. A la princesa Varvara la conoces, y ya sé la opinión que Stiva y tú tenéis de ella. Stiva dice que el único fin de su vida consiste en demostrar su superioridad sobre la tía Katerina Pávlovna. No niego que sea cierto, pero es una mujer buena y le estoy muy

agradecida. En San Petersburgo hubo un momento en que necesité *un chaperon*.[36] Y entonces apareció ella. Te aseguro que es una buena persona. Ha hecho mucho por ayudarme. Veo que no eres consciente de lo penosa que es mi situación… Allí, en San Petersburgo —añadió—. Aquí me siento completamente tranquila y feliz. Bueno, también eso lo dejaremos para después. Volvamos a los invitados. Sviazhski es mariscal de la nobleza y hombre muy respetable, pero necesita algo de Alekséi. Como comprenderás, si nos acabamos estableciendo en el campo, Alekséi, con su fortuna, puede tener una gran influencia. A Tushkévich ya lo conoces, es el que siempre estaba al lado de Betsy. Ahora ella lo ha dejado y él se ha venido con nosotros. Como dice Alekséi, es una de esas personas que resultan muy agradables si se las toma por lo que aparentan *et puis il est comme il faut*,[37] como dice la princesa Varvara. En cuanto a Veslovski… no creo que tenga que decirte nada. Es un muchacho muy agradable —y una sonrisa llena de picardía asomó a sus labios—. ¿Cómo es posible que tuviera un incidente tan absurdo con Levin? Veslovski se lo ha contado a Alekséi, pero no podemos creerlo. *Il est très gentil et naïf*[38] —añadió, con la misma sonrisa—. Los hombres necesitan distracción y Alekséi no puede pasarse sin gente alrededor: por eso aprecio a estas personas. En nuestra casa debe reinar un ambiente de animación y alegría, para que Alekséi no sienta la necesidad de buscar algo nuevo. También está con nosotros el administrador, un alemán muy bueno y que conoce a fondo su oficio. Alekséi le tiene en alta estima. Y por último, el arquitecto y el médico, un hombre joven, que no es precisamente un nihilista, aunque come con un cuchillo… En cualquier caso, es muy buen médico. *Une petite cour*.[39]

XX

—Aquí tiene usted a Dolly, princesa, a quien tanto deseaba ver —dijo Anna, saliendo con Daria Aleksándrovna a la gran terraza de piedra donde la princesa Varvara, sentada en la sombra, delante de un bastidor, bordaba un paño para el sillón del conde Alekséi Kiríllovich—. Dice que no quiere tomar nada antes de la comida, pero de todos modos ordene usted que sirvan el desayuno. Entre tanto, yo iré a buscar a Alekséi y a los demás.

La princesa Varvara acogió a Dolly con cariño y cierta condescendencia. En seguida se puso a explicarle que se había instalado en casa de Anna porque siempre la había querido más que su hermana Katerina Pávlovna, que la había criado. Ahora que todos habían vuelto la espalda a Anna, consideraba su deber ayudarla en ese período transitorio, el más doloroso de su vida.

—Cuando su marido le conceda el divorcio, volveré a mi soledad. Pero, mientras pueda ser útil, cumpliré con mi deber, por más penoso que me resulte. No como otros. ¡Qué bien has hecho viniendo! ¡Es un gesto muy noble por tu parte! No cabe imaginar matrimonio más bien avenido. Es a Dios a quien corresponde juzgarlos, no a nosotros. ¿Acaso Biriuzovski y Avéneva…? ¿Y Nikándrov, Vasílev y Mamónova, y Liza Neptúnova…? Nadie decía una palabra contra ellos. Y al final han acabado recibiéndolos a todos. Además, *c'est un intérieur si joli, si comme il faut. Tout-à-fait à l'anglaise. On se réunit le matin au breakfast et puis on se separe*.[40] Cada uno hace lo que le parece hasta la hora de comer. La comida se sirve a las siete. Stiva ha hecho muy bien enviándote. No debe romper la relación con ellos. Ya sabes que su hermano y su madre son personas muy influyentes. Además, hacen mucho bien. ¿No te ha hablado de su hospital? *Ce sera admirable*.[41] Lo han traído todo de París.

La conversación fue interrumpida por Anna, que había encontrado a los hombres en la sala de billar y ahora volvía con ellos a la terraza. Aún quedaba mucho dempo hasta la hora de la comida y el tiempo era excelente. Por eso idearon diversas maneras de pasar las dos horas que tenían por delante. Las distracciones eran muy numerosas en Vozdvízhenskoie, todas muy diferentes a las de Pokróvskoie.

—*Une partie de lawn tennis*[42] —propuso Veslovski, con su atractiva sonrisa—. Podemos formar pareja otra vez, Anna Arkádevna.

—No, hace demasiado calor. Será mejor dar una vuelta por el jardín o pasear en barca para enseñarle a Daria Aleksándrovna las orillas —propuso Vronski.

—A mí cualquier cosa me vale —intervino Sviazhski.

—Creo que Dolly prefiere dar un paseo, ¿no es verdad? Dejaremos la barca para luego —dijo Anna.

Todos se mostraron de acuerdo. Veslovski y Tushkévich fueron a la caseta de baño, prometiendo que prepararían la barca y esperarían allí.

En cuanto a los demás, se internaron en la alameda formando dos parejas, Anna con Sviazhski y Dolly con Vronski. Dolly estaba algo turbada y cohibida por ese ambiente nuevo en el que se encontraba. En abstracto, de manera teórica, no sólo justificaba, sino que hasta le parecía bien el proceder de Anna. Cansada de su monótona vida intachable, como suele suceder a las mujeres de honradez acrisolada, no sólo disculpaba ese amor culpable desde la distancia, sino que hasta lo envidiaba. Además, quería de corazón a Anna. Pero en la realidad, al verla entre esas personas que encontraba tan ajenas, con ese buen tono que tan novedoso le resultaba, se sentía incómoda. Lo que más le desagradaba era la presencia de la princesa Varvara, que se lo perdonaba todo a cambio de las comodidades de las que disfrutaba en esa casa.

En general, en abstracto, Dolly aprobaba el proceder de Anna, pero le desagradaba ver al hombre que la había llevado a actuar de ese modo. Además, Vronski nunca le había gustado. Lo consideraba muy orgulloso y no veía nada en él que justificase ese orgullo, más allá de su riqueza. Pero aquí, en su propia casa, le imponía aún más y, por más que lo intentaba, no conseguía mostrarse desenvuelta cuando estaba con él. Era un sentimiento semejante al que la había embargado en presencia de la doncella por culpa de su camisa de noche. Lo mismo que delante de ella no se había sentido avergonzada, sino incómoda, por los remiendos, delante de Vronski se sentía incómoda por sí misma.

Sumida en el desconcierto, Dolly buscaba un tema de conversación. Aunque juzgaba que, siendo tan orgulloso, debían de desagradarle los elogios a la mansión y al jardín, no encontrando nada mejor que decirle se puso a hablarle de lo mucho que le había gustado la casa.

—Sí, es un edificio muy bonito, con ese encanto del estilo de antaño —dijo Vronski.

—Me ha gustado mucho el patio que hay delante de la escalinata. ¿Era así antes?

—¡Oh, no! —exclamó Vronski, con el rostro vivo de satisfacción—. ¡Si lo hubiera visto esta primavera!

Y poco a poco, aunque cada vez con más entusiasmo, pasó a enumerar las distintas labores de embellecimiento de la casa y el jardín. Era evidente que había consagrado muchos esfuerzos a la mejora y ornato de su finca, que sentía la necesidad de jactarse delante de las personas que la visitaban por primera vez y que se alegraba de todo corazón de los elogios de Daria Aleksándrovna.

—Si no está cansada y le apetece, podemos echarle un vistazo al hospital. No queda lejos. Vamos —añadió, después de asegurarse, mirándola a la cara, de que Dolly no se aburría—. ¿Vienes tú también, Anna?

—Les acompañamos, ¿no? —preguntó Anna, dirigiéndose a Sviazhski—. *Mais il ne faut pas laisser le pauvre Veslovski y Tushkévich se morfondre là dans le bateau.*[43] Hay que enviar a alguien para avisarles. Sí, lo que se está levantando aquí es un

monumento —le dijo a Dolly, con esa sonrisa astuta con que ya antes se había referido al hospital.

—¡Es un proyecto de importancia capital —dijo Sviazhski y, en seguida, para no parecer un adulador, añadió una observación ligeramente crítica—: Pero lo que me sorprende, conde, es que, con todo lo que ha hecho usted por el pueblo en el ámbito sanitario, muestre tanta indiferencia por las escuelas.

—*C'est devenu tellement comun, les écoles*[44] —dijo Vronski—. Y no es sólo eso, entiéndame, es que me he ido entusiasmando con el hospital. Por aquí —añadió, dirigiéndose a Daria Aleksándrovna y señalándole un camino lateral que salía de la alameda.

Nada más tomar el desvío, las señoras abrieron las sombrillas. Después de dar unas cuantas vueltas y de atravesar una cancela, Daria Aleksándrovna vio delante de ella, en una elevación del terreno, un gran edificio de color rojo casi terminado, con un diseño muy original. El tejado de hierro, aún sin pintar, despedía un brillo cegador bajo los ardientes rayos del sol. Al lado de ese edificio se alzaba otro, rodeado de andamios; varios obreros con mandiles colocaban ladrillos, sacaban cemento de unos cubos y lo alisaban con el palustre.

—¡Qué rápido avanzan las obras! —exclamó Sviazhski—. La última vez que estuve aquí, aún no habían puesto el tejado.

—En otoño estará todo listo. El interior está ya casi acabado —dijo Anna.

—Y ese edificio nuevo ¿qué va a ser?

—La residencia del médico y la farmacia —respondió Vronski y, al distinguir la figura del arquitecto, con su abrigo corto, se disculpó delante de las señoras y fue a buscarlo.

Esquivando una fosa de la que los obreros sacaban cal, llegó hasta él y se puso a discutir acaloradamente.

—El frontón sigue estando demasiado bajo —le explicó a Anna, que le había preguntado qué era lo que pasaba.

—Ya te dije que había que levantar los cimientos —replicó ésta.

—Sí, claro, habría sido lo mejor, Anna Arkádevna —convino el arquitecto—, pero ya no hay remedio.

—Pues sí, me interesa mucho esta obra —le respondió Anna a Sviazhski, que se había quedado sorprendido de sus conocimientos de arquitectura—. El edificio nuevo debe armonizar con el hospital. Pero la idea se nos ocurrió más tarde y se puso en ejecución sin seguir ningún plan.

Cuando terminó de hablar con el arquitecto, Vronski se unió a las señoras y las condujo al interior del hospital.

Aunque por fuera aún estaban rematando las cornisas y todavía no habían acabado de pintar el piso bajo, el superior estaba casi listo. Después de subir hasta el

descansillo por la ancha escalera de hierro fundido, entraron en la primera sala, bastante espaciosa. El estucado de las paredes imitaba el mármol; los cristales ya estaban puestos en las enormes ventanas; lo único que aún no estaba terminado era el parqué. Los carpinteros, que cepillaban los cuadrados de madera, dejaron su labor, se quitaron las cintas con las que se ceñían los cabellos y saludaron a los señores.

—Ésta es la sala de espera —dijo Vronski—. No tendrá más mobiliario que un pupitre, una mesa y un armario.

—Vengan por aquí. No se acerquen a la ventana —dijo Anna, pasando un dedo por el marco—. Alekséi, la pintura ya está seca —añadió.

De la sala de espera salieron al pasillo, donde Vronski les enseñó el nuevo sistema de ventilación que habían instalado. Luego les mostró los baños de mármol y las camas, con magníficos colchones de muelles. Recorrieron todas las salas, una tras otra, luego la despensa, el cuarto para la ropa blanca, las estufas de modelo nuevo, las carretillas para transportar sin ruido por el pasillo los objetos necesarios y muchas cosas más. Sviazhski, hombre familiarizado con los últimos adelantos, lo alababa todo. Dolly simplemente estaba asombrada de todas las novedades que veía, intentaba comprender el funcionamiento de todo y hacía preguntas detalladas, algo que a Vronski le causaba un evidente placer.

—Sí, creo que será el único hospital de Rusia equipado como Dios manda —dijo Sviazhski.

—¿Y no tendrá una sala de maternidad? —preguntó Dolly—. Es algo muy necesario en el campo. He observado a menudo…

A pesar de su cortesía, Vronski la interrumpió.

—Esto no es una maternidad, sino un hospital, en el que se atenderán todas las enfermedades, menos las contagiosas —dijo—. Mire esto… —añadió, sentándose en un sillón y moviéndolo—. El enfermo aún no es capaz de andar, todavía está débil o le duelen las piernas, pero necesita tomar el aire. Pues no tiene más que subirse y ya puede dar un paseo…

A Daria Aleksándrovna le interesaba y le gustaba mucho todo, en especial la animación sincera e ingenua de Vronski. «Sí, es un hombre muy bueno y muy simpático», pensaba, sin escucharle, pero examinando su rostro y poniéndose mentalmente en el lugar de su amiga. Tanto le había gustado esa animación que comprendió que Anna se hubiera enamorado de él.

XXI

—Creo que la princesa está cansada y que los caballos no le interesan —le dijo Vronski a Anna, que había propuesto que visitaran la cuadra, pues quería que Sviazhski viera el nuevo potro—. Vayan ustedes, y yo acompañaré a la princesa a casa. Así podremos charlar un rato. Si le parece bien —añadió, dirigiéndose a Dolly.

—Por mí encantada, porque no entiendo nada de caballos —replicó Daria Aleksándrovna, un tanto sorprendida.

Se daba cuenta, por la cara que ponía Vronski, de que quería pedirle algo. Y no se equivocaba. En cuanto atravesaron la cancela y volvieron a entrar en el jardín, Vronski miró hacia el lugar donde se encontraba Anna y, convencido de que no podía oírlos ni verlos, dijo mirándola con ojos risueños:

—Habrá adivinado que quiero hablar con usted. Sé que aprecia de verdad a Anna.

Vronski se quitó el sombrero, sacó un pañuelo y se enjugó la cabeza, en la que el cabello empezaba a ralear.

Daria Aleksándrovna, sin responder palabra, lo miró con ojos asustados. En cuanto se quedaron solos, la invadió un repentino temor: esos ojos risueños y esa expresión grave le daban miedo.

En un instante se le pasaron por la cabeza las suposiciones más diversas sobre lo que Vronski quería pedirle. «Me propondrá que pase aquí una temporada con los niños y tendré que negarme. O que, una vez en Moscú, forme un círculo de amistades para Anna… ¿O se tratará de las relaciones de Vásenka Veslovski con Anna? Tal vez quiera hablarme de Kitty, confesarme que se siente culpable ante ella.» Sólo era capaz de imaginar cosas desagradables, pero no logró adivinar el asunto que Vronski se disponía a abordar.

—Ejerce usted una gran influencia sobre Anna y ella la quiere mucho; por eso le ruego que me ayude —dijo.

Daria Aleksándrovna miró con expresión azorada e inquisitiva el rostro enérgico de Vronski, tan pronto iluminado por un rayo de sol que se filtraba entre los tilos como cubierto de sombra, y se quedó esperando la continuación de sus palabras, pero él ahora caminaba en silencio a su lado, levantando la grava con el bastón.

—Si ha venido usted a vernos, y es la única de las antiguas amigas de Anna que se ha animado a dar ese paso (a la princesa Varvara no la cuento), entiendo que no lo habrá hecho porque considere normal nuestra relación, sino porque es consciente de lo penosa que es la posición de Anna y, como le tiene afecto, quiere ayudarla. ¿Es así o me equivoco? —preguntó, volviéndose hacia ella.

—Es así —contestó Daria Aleksándrovna, cerrando la sombrilla—, pero…

—No —la interrumpió Vronski y, sin darse cuenta de que con eso ponía a su interlocutora en una situación incómoda, se detuvo, obligando a que Dolly hiciera lo

mismo—. Nadie es más consciente que yo de lo penosa que es la posición de Anna. Y es comprensible, si me hace el honor de considerarme un hombre de corazón. Al ser el causante de tales circunstancias, soy más sensible que nadie a sus consecuencias.

—Lo entiendo —dijo Daria Aleksándrovna, conmovida, a pesar suyo, de la sinceridad y firmeza con que había pronunciado esas palabras—. Pero, precisamente por sentirse responsable, es posible que exagere usted. Desde luego, su posición en sociedad es penosa.

—¡En sociedad es un infierno! —se apresuró a replicar Vronski, frunciendo el ceño con aire sombrío—. No es posible imaginar tormentos morales más crueles que los que ha tenido que soportar Anna a lo largo de las dos semanas que hemos pasado en San Petersburgo… Debe usted creerme.

—Sí, pero aquí, mientras Anna… y usted no necesiten de la sociedad…

—¡La sociedad! —exclamó Vronski con desprecio—. ¿Y para qué puedo yo necesitarla?

—Hasta ese momento, que puede no llegar nunca, serán ustedes felices y vivirán en paz. Veo que Anna es feliz, completamente feliz. Ya ha tenido tiempo de comunicármelo —dijo Daria Aleksándrovna, sonriendo; y al pronunciar esas palabras, no pudo dejar de preguntarse si Anna sería realmente feliz.

Vronski, en cambio, no parecía albergar la menor duda al respecto.

—Sí, sí —dijo—. Me doy cuenta de que ha vuelto a la vida después de tanto sufrimiento. Es feliz. En estos momentos es feliz. Pero ¿y yo?… Temo lo que nos espera… Perdone, ¿quiere usted que sigamos andando?

—No, me da lo mismo.

—Entonces, sentémonos aquí.

Daria Aleksándrovna se sentó en un banco, en un recodo de la alameda. Vronski se quedó de pie delante de ella.

—Veo que Anna es feliz —repitió, y las dudas que asaltaban a Daria Aleksándrovna se recrudecieron—. Pero ¿puede prolongarse esta situación? No es cuestión de entrar a juzgar ahora si hemos obrado bien o mal. La suerte está echada —añadió, pasando del ruso al francés—. Estamos unidos para toda la vida. Unidos por los vínculos del amor, que para nosotros son los más sagrados. Tenemos ya una hija, y podemos tener más. Pero las leyes y las condiciones de nuestra situación hacen que surjan miles de complicaciones. Y Anna, que después de tantos sufrimientos y pruebas goza de unos instantes de sosiego, no puede ni quiere verlas. Es comprensible. Pero yo no puedo mirar para otro lado. Según la ley, la niña no es mía, sino de Karenin. ¡No puedo soportar ese engaño! —exclamó con un enérgico gesto de rechazo, al üempo que contemplaba a Dolly con expresión sombría e inquisitiva. Ésta no respondió y se limitó a mirarlo. Vronski prosiguió—: Si mañana tenemos un hijo, según la ley será un Karenin. No heredará mi apellido ni mi fortuna. Por muy

feliz que sea nuestra vida familiar y muchos hijos que tengamos, no habrá ningún vínculo entre nosotros. Llevarán el apellido de Karenin. ¡Hágase usted cargo de lo odiosa y terrible que me resulta esa situación! He intentado hablar con Anna. Pero se irrita. No lo entiende, y yo no soy capaz de decírselo todo. Veamos ahora las cosas desde otro punto de vista. Su amor me hace feliz, pero necesito tener una ocupación. Aquí he encontrado una actividad que me enorgullece y que considero más noble que la de mis antiguos compañeros en la corte y en el ejército. No cambiaría mi posición por la de ellos, se lo aseguro. Trabajo aquí, sin moverme de mis tierras, me siento feliz y contento, y para nuestra dicha no necesitamos nada más. Me gustan las actividades de las que me ocupo. *Cela n'est pas un pisaller*,[45] al contrario… —Daria Aleksándrovna se dio cuenta de que al llegar a ese punto de su explicación Vronski se embarullaba. No acabó de entender la digresión, pero no se le escapó que, una vez que había empezado a hablar de asuntos íntimos que no podía discutir con Anna, no pararía hasta habérselo contado todo y que la cuestión de su actividad en el campo era para él un asunto tan íntimo como las relaciones con Anna—. Lo que quiero decir —continuó, retomando el hilo de sus ideas— es que para consagrarse a una actividad hay que tener el convencimiento de que la obra nos sobrevivirá, de que tendrá continuadores. Y eso es lo que a mí me falta. Imagínese la situación de un hombre que sabe de antemano que los hijos que ha tenido con la mujer a la que ama no serán nunca suyos, sino de una persona que los odia y no quiere saber nada de ellos. ¡Es horrible!

Vronski guardó silencio, presa, por lo visto, de una gran agitación.

—Sí, claro que lo comprendo. Pero ¿qué puede hacer Anna? —preguntó Daria Aleksándrovna.

—Sí, eso me lleva al objeto de mi conversación con usted —respondió

Vronski, esforzándose por recobrar la calma—. Todo depende de Anna… Hasta para presentar ante el emperador una pedción de adopción, se necesita primero el divorcio. Y eso depende de Anna. Su marido había aceptado concedérselo. La verdad es que en aquella ocasión lo había arreglado todo. Y estoy convencido de que tampoco ahora se negaría. Bastaría con que Anna le escribiera. Entonces dijo con toda claridad que, si ella lo deseaba, no se opondría. Naturalmente —añadió con aire sombrío—, es una de esas crueldades farisaicas de las que sólo son capaces las personas sin corazón. Sabe cuánto la atormenta cualquier recuerdo relacionado con él y, conociéndola como la conoce, le exige una carta. Entiendo lo doloroso que es para Anna. Pero las razones son tan importantes que es preciso *passer par dessus toutes ces finesses de sentiment. Il y va du bonheur et de l'existence d'Anna et de ses enfants*.[46] Ya no hablo de mí mismo, aunque sufro mucho, muchísimo —dijo con una expresión retadora, como si estuviera amenazando a alguien por lo mucho que sufría—. Por eso me agarro a usted con tanto descaro, princesa, como a un áncora de

salvación. ¡Ayúdeme a convencerla de que le escriba y le reclame el divorcio!

—Sí, claro —dijo Daria Aleksándrovna, con escasa convicción, recordando vivamente su último encuentro con Alekséi Aleksándrovich—. Sí, claro —repitió con decisión, pensando en Anna.

—Sírvase de su influencia para convencerla de que le escriba. Yo no sería capaz, aunque quisiera, de abordar esta cuestión con ella.

—Vale, lo intentaré. Pero ¿cómo es posible que ella misma no lo vea? —preguntó Daria Aleksándrovna, recordando de pronto, por alguna razón, la extraña y nueva costumbre que tenía Anna de entornar los ojos. Y le vino a la memoria que ésta recurría precisamente a ese gesto cuando hablaba de algún aspecto íntimo de su vida. «Es como si cerrara los ojos ante su propia existencia, para no verla en su totalidad», pensó—. Hablaré con ella sin falta, tanto por mí misma como por ella —añadió en respuesta a la mirada agradecida de Vronski.

Se levantaron y se dirigieron a la casa.

XXII

Cuando Anna se encontró con Dolly, después de volver del establo, la miró atentamente a los ojos, como intentando adivinar de qué había estado hablando con Vronski, pero no le preguntó nada.

—Me parece que ya es hora de comer —dijo—. Y apenas hemos tenido tiempo de vernos. Pero aún tenemos toda la tarde por delante. Ahora hay que cambiarse de ropa. Supongo que tú también querrás hacerlo, porque nos hemos ensuciado en la obra.

Ya en su habitación, Dolly estuvo a punto de echarse a reír. No podía cambiarse, porque llevaba puesto su mejor vestido. No obstante, para dejar constancia de que se había preparado de algún modo para la comida, le pidió a la doncella que le cepillara el vestido, cambió los puños y el lacito y se puso un tocado de encaje en la cabeza.

—Es lo único que he podido hacer —le dijo a Anna con una sonrisa, cuando ésta salió a su encuentro con otro vestido de una sencillez pasmosa, el tercero de ese día.

—Sí, aquí somos muy respetuosos con la etiqueta —replicó Anna, como disculpándose de su elegancia—. Alekséi está encantado con tu llegada. Pocas veces lo he visto tan contento. Decididamente se ha enamorado de ti —añadió—. ¿No estás cansada?

Antes de la comida no tuvieron tiempo de hablar de nada. Al entrar en el salón, se encontraron a la princesa Varvara y a los caballeros, vestidos todos de levita negra, menos el arquitecto, que llevaba frac. Vronski presentó a Dolly al médico y al administrador. Al arquitecto ya lo había conocido en el hospital.

El mayordomo, un hombre gordo y carirredondo, lustroso con sus mejillas rasuradas y su corbata blanca y almidonada, anunció que la comida estaba servida, y las señoras se pusieron en pie. Vronski pidió a Sviazhski que ofreciese su brazo a Anna Arkádevna y él hizo lo propio con Dolly. Veslovski se acercó a la princesa Varvara, adelantándose a Tushkévich, a quien no le quedó más remedio que unirse al médico y al administrador.

El comedor, la vajilla, el servicio, el vino y las viandas no sólo no desmerecían del tono general de la casa, sino que sobrepujaban en lujo y novedad a todo lo demás. Daria Aleksándrovna observaba esa suntuosidad desconocida. Aunque no albergaba la menor esperanza de introducir en su propio hogar nada de lo que veía, pues todo estaba muy por encima de su tren de vida, como buena ama de casa reparaba involuntariamente en cada uno de los detalles y se preguntaba quién se ocuparía de ellos. Vásenka Veslovski, Stepán Arkádevich, incluso Sviazhski y muchas otras personas a las que Dolly conocía, nunca pensaban en esos preparativos. En su caso, daban por supuesto que cualquier anfitrión respetable deseaba que sus invitados creyeran que todos los arreglos de la casa se habían hecho por sí mismos, sin ningún

esfuerzo. Pero Daria Aleksándrovna sabía que ni siquiera una papilla para el desayuno de los niños se hace por sí sola y que una organización tan complicada y soberbia como aquélla requería una atención máxima. Por la mirada con que Alekséi Kiríllovich contempló la mesa, la seña que dirigió al mayordomo y el modo con que le dio a elegir a Daria Aleksándrovna entre una sopa fría de pescado y un consomé, comprendió que el responsable de ese orden era el propio dueño de la casa. No cabía duda de que Anna intervenía tan poco en esos asuntos como Veslovski. Tanto ella como Sviazhski, Vásenka y la princesa Varvara no eran más que simples invitados, que disfrutaban alegremente de lo que les habían preparado.

Anna sólo desempeñaba su papel de anfitriona a la hora de dirigir la conversación, una tarea muy complicada cuando los invitados son pocos y pertenecen a ambientes tan distintos como el administrador y el arquitecto, incapaces de tratar temas generales, a pesar de que intentaban no dejarse intimidar por ese lujo inusitado. Anna cumplía con su cometido con su tacto habitual, con naturalidad y hasta con placer, como observó Daria Aleksándrovna.

Después de hablar del paseo en barca que Tushkévich y Veslovski habían dado solos, el primero se refirió a las últimas regatas del Yatch Club de San Petersburgo. Pero Anna, aprovechándose de una pausa, se dirigió al arquitecto para sacarle de su mutismo.

—Nikolái Ivánovich se ha quedado impresionado de lo mucho que ha avanzado la obra desde la última vez que estuvo aquí —dijo, refiriéndose a Sviazhski—. A mí me pasa lo mismo, y eso que la veo a diario.

—Da gusto trabajar con su excelencia —replicó el arquitecto con una sonrisa (era un hombre tranquilo y cortés, consciente de sus propios méritos)—. Con las autoridades locales las cosas no son tan fáciles. Mientras con la administración me veo obligado a gastar una resma de papel rellenando informes, aquí sólo tengo que exponerle mi proyecto al conde y en tres palabras nos ponemos de acuerdo.

—Métodos americanos —dijo Sviazhski, sonriendo.

—Sí, allí los edificios se construyen de manera racional…

La conversación pasó a ocuparse de los abusos de poder en Estados Unidos, pero Anna no tardó en reconducirla a otro tema, para sacar al administrador de su silencio.

—¿Has visto alguna vez una máquina segadora? —preguntó, dirigiéndose a Daria Aleksándrovna—. Habíamos ido a verlas cuando nos encontramos contigo. Era la primera vez que las veía.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Dolly.

—Igual que unas tijeras. No es más que una tabla con muchas tijeras pequeñas. Más o menos así.

Con sus manos blancas y bellas, cubiertas de sortijas, Anna cogió un cuchillo y un tenedor y le hizo a Dolly una demostración. Se daba perfecta cuenta de que nadie

la entendía, pero como sabía que hablaba de un modo agradable y que tenía unas manos bonitas, siguió con su explicación.

—Más bien parecen cortaplumas —dijo Veslovski en tono de broma, sin apartar los ojos de Anna.

Ésta esbozó una sonrisa apenas perceptible, pero no le respondió.

—¿No es verdad, Karl Fiódorovich, que son como tijeras? —preguntó Anna, dirigiéndose al administrador.

—*O ja* —respondió el alemán—. *Es ist ein ganz einfaches Ding*.[47]

Y se puso a explicar el funcionamiento de la máquina.

—Es una lástima que no sirva para agavillar. En la exposición de Viena he visto máquinas que agavillaban con alambre —intervino Sviazhski—. Eso me parece más útil.

—*Es kommt drauf an… Der Preis vom Draht muss ausgerechnet werden*. —El alemán, que había salido de su mutismo, se dirigió a Vronski—: *Das lässt sich ausrechnen Erlaucht*. —Estuvo a punto a sacar del bolsillo un lápiz y una libreta en la que hacía los cálculos, pero, al recordar que estaba sentado a la mesa y reparar en la fría mirada de Vronski, se abstuvo—. *Zu complicirt, macht zu viel Klopot*[48] —concluyó.

—*Wünst man Dochots, so hat man auch Klopots —*dijo Vásenka Veslovski, burlándose del alemán—. *J'adore l'allemand*[49] —añadió, dirigiéndose a Anna con la misma sonrisa de antes.

—*Cessez*[50] —replicó Anna, medio en broma, medio en serio—. Esperábamos encontrarle a usted en el campo, Vasili Semiónich —añadió, dirigiéndose al médico, hombre de aspecto enfermizo—. ¿Ha estado usted allí?

—Sí, pero me volatilicé —respondió el médico, con un sentido del humor bastante lúgubre.

—Seguro que ha hecho usted mucho ejercicio.

—En efecto.

—¿Y cómo sigue de salud la vieja? Espero que no sea tifus.

—No es tifus, pero su estado no es nada bueno.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Anna, y, después de esa muestra de cortesía con la gente de la casa, se dirigió a sus amigos.

—Sería difícil construir una máquina a partir de su descripción, Anna Arkádevna —le dijo Sviazhski en broma.

—No, ¿por qué? —replicó Anna con una sonrisa, consciente de que Sviazhski había sucumbido al encanto de su explicación. Ese nuevo rasgo de coquetería juvenil causó en Dolly una impresión desagradable.

—En cambio, los conocimientos de arquitectura de Anna Arkádevna son asombrosos —dijo Tushkévich.

—¡Ya lo creo! —exclamó Veslovski—. Ayer la oía hablar de plintos y frontones. ¿Lo digo bien?

—No tiene nada de sorprendente cuando se ven y se oyen tantas cosas relacionadas con la construcción —dijo Anna—. ¿Sabe usted al menos con qué se hacen las casas?

Daria Aleksándrovna se daba cuenta de que a Anna le desagradaba ese tono burlón con el que le hablaba Veslovski, aunque involuntariamente acababa adoptándolo también ella.

En ese caso, Vronski se comportaba de manera completamente distinta a Levin. No sólo no concedía la menor importancia a la charla de Veslovski, sino que hasta le estimulaba en sus bromas.

—Dígame, Veslovski, ¿con qué se unen los ladrillos?

—Con cemento, naturalmente.

—¡Bravo! ¿Y qué es el cemento?

—Algo así como una pasta… O más bien una masilla —respondió Veslovski, suscitando una carcajada general.

La conversación no decayó en ningún momento (sólo el médico, el arquitecto y el administrador guardaban un sombrío silencio), tan pronto fluyendo apaciblemente como enredándose en descalificaciones y ataques personales. En una ocasión Daria Aleksándrovna se sintió herida en lo vivo, se excitó mucho y se puso colorada. Más tarde, al recordar la escena, pensó si no habría dicho algo desagradable y fuera de lugar. Al hablar de las máquinas, Sviazhski se refirió a la extraña teoría de Levin, que las juzgaba perjudiciales para la agricultura rusa.

—No tengo el gusto de conocer al señor Levin —dijo Vronski con una sonrisa—, pero es posible que no haya visto nunca las máquinas que condena, o al menos que sólo haya visto las de fabricación rusa, sin prestarles demasiada atención. Eso explica su opinión.

—La verdad es que, en general, sus ideas son dignas de un turco —dijo Veslovski con una sonrisa, dirigiéndose a Anna.

—No me corresponde a mí defender sus opiniones —exclamó Daria Aleksándrovna, acalorándose—, pero puedo decir que es un hombre muy instruido y que, si estuviera aquí, sabría cómo responderle a usted, cosa que yo no sé hacer.

—Yo le tengo mucho aprecio y somos grandes amigos —dijo Sviazhski con una sonrisa bondadosa—. *Mais pardon, il est un petit peu toqué*.[51] Por ejemplo, considera que la asamblea rural y los jueces de paz son completamente innecesarios y se niega a participar en nada de eso.

—Es nuestra indiferencia rusa —intervino Vronski, vertiendo agua de una garrafa helada en su fina copa—. Nos negamos a aceptar que los derechos de los que gozamos entrañan ciertas responsabilidades.

—No conozco a un hombre que sea más estricto que Levin en el cumplimiento de su deber —replicó Daria Aleksándrovna, a quien irritaba el tono de superioridad de Vronski.

—Pues yo, ahí donde me ven —prosiguió Vronski, herido en lo vivo por esa conversación—, le estoy muy agradecido a Nikolái Ivánovich —señaló a Sviazhski— por haberme concedido el honor de nombrarme juez de paz. Considero tan importante asistir a las sesiones o juzgar una disputa entre campesinos por un caballo como cualquier otra de mis actividades. Y será para mí un honor que me elijan vocal. Sólo de ese modo puedo saldar la deuda que he contraído con la sociedad por los beneficios de los que disfruto como terrateniente. Por desgracia, la gente no comprende el importante papel que deben desempeñar los grandes propietarios en los asuntos del Estado.

A Daria Aleksándrovna le resultaba extraño que Vronski, en su propia casa, defendiera con tanta seguridad sus ideas. Se acordó de que Levin, que albergaba opiniones diametralmente opuestas, se mostraba igual de firme cuando, sentado a la mesa, exponía sus propios juicios. Pero, como apreciaba a Levin, se puso de su parte.

—Entonces, conde, ¿podemos contar con usted para la próxima sesión? —preguntó Sviazhski—. Pero tendremos que partir un poco antes, para llegar allí el día ocho. Si me concediera el honor de venir a mi casa…

—Pues yo, en parte, comparto la opinión de tu *beau frère* —intervino Anna—, aunque por motivos diferentes —añadió con una sonrisa—. Tengo la sospecha de que en los últimos tiempos las obligaciones sociales se han multiplicado. Lo mismo que antes había tantos funcionarios que había que dirigirse a uno distinto para cada caso, ahora todo el mundo se ocupa de cuestiones sociales. Llevamos aquí seis meses, y Alekséi ya es miembro, si no me equivoco, de cinco o seis instituciones sociales diferentes: es miembro de un patronazgo, juez de paz, vocal, jurado y ha desempeñado algún otro cargo relacionado con los caballos. *Du train que cela va*[52] acabará ocupándose sólo de eso. Y me temo que con tal cantidad de funciones todo acabará convirtiéndose en puro formalismo. ¿De cuántas instituciones es usted miembro, Nikolái Ivánovich? —preguntó, dirigiéndose a Sviazhski—. De más de veinte, si no recuerdo mal.

Anna hablaba en broma, pero su tono denotaba cierto enfado. Daria Aleksándrovna, que observaba con atención a Anna y a Vronski, lo advirtió en el acto, como también que a lo largo de la conversación el rostro de Vronski había adoptado una expresión seria y obstinada. Atando cabos —todos esos detalles, el hecho de que la princesa Varvara se apresurara a cambiar de conversación, poniéndose a hablar de sus conocidos petersburgueses, y el recuerdo de la extemporánea digresión de Vronski en el jardín, cuando se refirió a sus actividades—, Dolly llegó a la conclusión de que el asunto era fuente de disgustos entre Anna y

Vronski.

La comida, el vino y el servicio eran excelentes, pero todo tenía ese carácter impersonal y esa tirantez de las cenas y bailes de gala, de los que tanto se había desacostumbrado. La fastuosidad no cuadraba con un día corriente y un círculo reducido. Por eso produjo en Dolly una impresión desagradable.

Después de comer, salieron a la terraza. Luego fueron a jugar al *lawn tennis*. Los jugadores, divididos en dos grupos, se situaron en el *croquetground*,[53] cuidadosamente nivelado y apisonado, a ambos lados de la red tendida entre dos postes dorados. Daria Aleksándrovna intentó jugar, pero tardó en comprender las reglas del juego; cuando por fin se enteró, estaba tan cansada que se sentó al lado de la princesa Varvara y se limitó a mirar. Su pareja, Tushkévich, también se retiró; pero los demás siguieron jugando un buen rato. Sviazhski y Vronski jugaban muy bien y se tomaban el partido en serio. Seguían la pelota con atención, sin apresurarse ni demorarse, corrían hacia ella con agilidad, esperaban a que botara y la devolvían por encima de la red, con raquetazos precisos y adnados. Veslovski jugaba peor que los demás. Se excitaba demasiado, pero con su alegría animaba a los otros jugadores. No dejaba de reír y de gritar. Con permiso de las señoras, se había quitado la levita, igual que sus compañeros. Su hermosa y recia figura bajo la camisa blanca, su rostro colorado y cubierto de sudor y sus nerviosos movimientos se grababan en la memoria.

Por la noche, cuando Daria Aleksándrovna se fue a la cama y cerró los ojos, vio a Vásenka Veslovski corriendo de un lado para otro por el *croquetground*.

Durante el partido no se había sentido contenta. Le molestaba el tono burlón con que seguían hablándose Vásenka Veslovski y Anna y esa falta de naturalidad de los adultos cuando practican juegos infantiles en ausencia de niños. Pero, para no incomodar a los demás y matar el tiempo de alguna manera, después de descansar un rato, volvió a tomar parte en el juego y fingió pasárselo bien. Todo el día tuvo la impresión de que estaba interpretando una comedia en compañía de unos actores mucho más dotados que ella y de que su mala interpretación echaba a perder la representación.

Había ido a casa de Anna con la intención de quedarse dos días si todo iba bien. Pero ya por la tarde, durante el partido de tenis, tomó la decisión de marcharse al día siguiente. Las preocupaciones de madre que tanto la atormentaban y que tanto había maldecido por el camino se le aparecían ahora con otra luz, después de una jornada separada de sus hijos, y la atraían de forma irresistible.

Cuando Daria Aleksándrovna entró en su habitación, después del té vespertino y de un paseo nocturno en barca, se quitó el vestido y se puso a peinar sus escasos cabellos, se sintió muy aliviada.

Hasta le desagradaba la idea de que Anna pudiera pasar a verla. Quería estar sola

con sus pensamientos.

XXIII

Dolly se disponía ya a meterse en la cama cuando Anna entró en la habitación vestida con una bata.

A lo largo del día había intentado en varias ocasiones hablar con ella de asuntos íntimos, pero cada vez se había interrumpido después de pronunciar unas pocas palabras: «Ya tendremos tiempo de ocuparnos de todo esto más tarde, cuando estemos solas. Tengo tantas cosas que contarte».

Ahora estaban solas y Anna no sabía de qué hablar. Sentada al pie de la ventana, miraba a Dolly y se devanaba los sesos buscando en el repertorio de las cuestiones íntimas, que poco antes le había parecido inagotable, algún tema idóneo, pero no encontraba ninguno. En ese momento tenía la impresión de que ya se lo habían dicho todo.

—Bueno, ¿cómo está Kitty? —preguntó, emitiendo un profundo suspiro y mirando a Dolly con aire culpable—. Dime la verdad, Dolly, ¿sigue enfadada conmigo?

—¿Enfadada? No —respondió Daria Aleksándrovna con una sonrisa.

—Pero ¿me odia, me desprecia?

—¡Pues claro que no! Pero ya sabes que hay cosas que no se perdonan.

—Sí, sí —dijo Anna, volviéndose y mirando por la ventana abierta—. Pero yo no tuve la culpa. ¿Quién tuvo la culpa? Y, en general, ¿qué significa eso de tener la culpa? ¿Acaso pudo ser de otra manera? Bueno, ¿y tú qué piensas? ¿Te parecería posible no ser la mujer de Stiva?

—Pues la verdad es que no lo sé. Pero dime…

—Sí, sí, pero primero acabemos con Kitty. ¿Es feliz? Según he oído, es un hombre excelente.

—Eso es poco decir. No conozco otro mejor.

—¡Ah, cuánto me alegro! ¡Me alegro tanto! Eso es poco decir —repitió.

Dolly sonrió.

—Háblame de ti. Tenemos muchas cosas que decimos. He hablado con… —Dolly no sabía cómo referirse a Vronski. Le resultaba tan embarazoso llamarlo conde como Alekséi Kiríllovich.

—Con Alekséi —dijo Anna—. Sé que habéis estado hablando. Pero quería preguntarte directamente qué piensas de mí y de mi vida.

—¿Y cómo puedo decírtelo, así de pronto? La verdad es que no sé.

—Bueno, dímelo de todas formas… Ya has visto cómo vivo. Pero no olvides que ahora, en verano, no estamos solos… Hemos llegado a principios de la primavera, hemos vivido completamente solos, y así seguiremos. No puedo desear nada mejor. Pero imagina lo que sería mi vida aquí sola, sin él. Y eso es algo que acabará

sucediendo… Todo indica que sus ausencias se repetirán, que pasará fuera de casa la mitad del tiempo —dijo, levantándose y sentándose más cerca de Dolly—. Desde luego, no lo retendré a la fuerza —añadió, interrumpiendo a Dolly, que se disponía a hacer algún comentario—. Tampoco lo hago ahora. Cuando se organiza una carrera en la que participan sus caballos, no deja de asistir. Y yo me alegro de que se divierta. Pero ponte en mi lugar, imagínate mi situación… En cualquier caso, ¿para qué hablar? —agregó con una sonrisa—. Entonces, ¿de qué habéis estado hablando?

—Me habló de un tema que yo misma quería abordar contigo, así que me resulta muy fácil desempeñar el papel de abogado suyo. ¿No habría alguna posibilidad, no sería posible… —Daria Aleksándrovna vaciló— mejorar tu situación, arreglarla de algún modo? Ya sabes cuál es mi punto de vista… pero, de todos modos, si fuera posible, tendrías que casarte…

—Es decir, ¿pedir el divorcio? —dijo Anna—. ¿Sabes que la única mujer que me visitó en San Petersburgo fue Betsy Tverskaia? ¿La conoces? *Au fond c'est la femme la plus dépravée qui existe*.[54] Tenía relaciones con Tushkévich, engañaba a su marido del modo más infame. Pues me dijo que no quería saber nada de mí hasta que no arreglara mi situación. No creas que hago comparaciones… Te conozco, querida. Me ha venido a la cabeza sin pensar… Pero ¿qué fue lo que te dijo? —repitió.

—Me dijo que sufre por ti y también por él. Llámalo egoísmo, si quieres. Pero ¡qué egoísmo tan legítimo y tan noble! En primer lugar, quiere reconocer a su hija, ser tu marido, tener derecho sobre ti.

—¿Qué esposa, qué esclava puede ser más devota que yo, en la situación en que me encuentro? —la interrumpió Anna con expresión sombría.

—Lo más importante es que desea… desea que no sufras.

—¡Eso es imposible! ¿Qué más?

—Luego está ese deseo tan legítimo: que vuestros hijos lleven su apellido.

—¿Qué hijos? —preguntó Anna, sin mirar a Dolly y entornando los ojos.

—Annie y los que vengan…

—Puede estar tranquilo. No tendré más hijos.

—¿Cómo puedes decir eso?

—No los tendré porque no quiero.

A pesar de su agitación, Anna no pudo por menos de sonreír al advertir la ingenua expresión de curiosidad, sorpresa y espanto en el rostro de su amiga.

—Después de mi enfermedad, el médico me dijo…

—¡No puede ser! —exclamó Dolly, con los ojos como platos.

En su caso, aquellas palabras suponían toda una revelación, cuyos efectos y consecuencias le parecían tan inmensos que en un primer momento no fue capaz de

sacar ninguna conclusión, más allá de la certeza de que tendría que reflexionar mucho sobre el particular.

La revelación, que de pronto le aclaraba por qué había matrimonios que sólo tenían uno o dos hijos, algo hasta entonces incomprensible, despertó tantas ideas, consideraciones y sentimientos contradictorios que no supo qué decir y se limitó a mirar a Anna estupefacta, con los ojos muy abiertos. Era lo mismo en lo que había estado pensando esa mañana por el camino. Pero ahora, al enterarse de que era posible, se horrorizó. Le parecía que era una solución demasiado sencilla para una cuestión demasiado compleja.

—*N'est ce pas inmoral*?[55] —fue lo único que acertó a preguntar, después de una pausa.

—¿Por qué? En lo que a mí respecta, sólo tengo dos posibilidades: estar embarazada, es decir, enferma, o ser la amiga y la compañera de mi marido, porque es como si lo fuera —dijo Anna con un tono deliberadamente superficial y frívolo.

—Claro, claro —replicó Daria Aleksándrovna, al oír los mismos argumentos que ella misma había estado sopesando, aunque ahora ya no los encontraba tan convincentes.

—En tu caso y en el de otras mujeres —dijo Anna, como adivinando sus pensamientos— puede haber ciertas dudas, pero para mí… Entiéndelo, yo no soy su esposa. Me querrá mientras esté enamorado de mí. ¿Y cómo puedo conservar su amor? ¿Con esto?

Extendió sus blancos brazos por delante de su vientre.

Los pensamientos y los recuerdos se sucedían con sorprendente rapidez en la cabeza de Daria Aleksádrovna, como suele suceder en los momentos de gran agitación. «Yo no he hecho nada por atraer a Stiva —se decía—. Se ha apartado de mí y ha buscado la compañía de otras. La primera mujer con la que me engañó tampoco consiguió retenerlo, a pesar de su belleza y alegría. La abandonó y se buscó otra. ¿Conseguirá Anna atraer y retener al conde Vronski con los métodos que emplea? Si es eso lo que busca, encontrará vestidos y maneras más alegres y atractivos. Por muy blancos y maravillosos que sean sus brazos desnudos, por muy hermosa que sea su opulenta figura y su rostro rubicundo, encuadrado por esos cabellos morenos, encontrará algo mejor, igual que mi repugnante, lastimoso y estimado marido.»

A modo de respuesta, Dolly suspiró. Consciente de que era un modo de manifestar su disconformidad, Anna siguió exponiendo sus razones. Tenía en reserva varios argumentos igual de sólidos, a los que no había modo de replicar.

—¿Te parece que no está bien? Pero reflexiona un momento —continuó—. Te olvidas de mi situación. ¿Cómo puedo desear tener hijos? Ya no hablo de los sufrimientos, pues eso no me da ningún miedo. Pero ¿te has parado a pensar en lo que

sería de mis hijos? Los pobres tendrían que llevar un apellido ajeno. Sólo por el hecho de nacer, estarían obligados a avergonzarse de su madre, de su padre, de su venida al mundo.

—Por eso es necesario que solicites el divorcio.

Pero Anna no la escuchaba. Quería exponer todos los argumentos con los que se había persuadido a sí misma tantas veces.

—¿Para qué se me ha dado la razón si no la empleo para darme cuenta de que es mejor no traer seres desdichados a este mundo? —miró a Dolly, pero, sin esperar su repuesta, prosiguió—: Siempre me sentiría culpable delante de esos infelices —dijo —. Si no existen, al menos no son desdichados; pero, si son desdichados, sólo yo tengo la culpa.

Eran los mismos argumentos que Dolly había estado considerando esa misma mañana; pero, al escucharlos ahora en boca de Anna, no los entendía. «¿Como puede sentirse culpable ante unos seres que no existen?», pensaba. Y de pronto se le ocurrió lo siguiente: ¿habría sido mejor en algún caso que su querido Grisha no hubiera venido al mundo? La pregunta le pareció tan extraña y absurda que tuvo que sacudir la cabeza para liberarse del aluvión de ideas disparatadas que se arremolinaban en su cabeza.

—No sabría decirte por qué, pero me parece que eso no está bien —fue lo único que acertó a decir, con una expresión de repugnancia.

—Sí, pero no te olvides de lo que eres tú y de lo que soy yo… Además —añadió Anna, como si en el fondo reconociera que eso no estaba bien, a pesar de la pobreza de los argumentos de Dolly y de la riqueza de los suyos—, olvidas lo más importante: yo ahora no me encuentro en la misma situación que tú. En tu caso, la cuestión es si deseas o no tener más hijos; en el mío, no deseo tenerlos. Y entre esas dos cosas hay una gran diferencia. Debes entender que, en mi situación, no puedo desearlos.

Daria Aleksándrovna no replicó. De pronto comprendió que estaba muy lejos de Anna, que había cuestiones sobre las cuales jamás se pondrían de acuerdo y sobre las que era mejor no hablar.

XXIV

—Razón de más para que regularices tu situación, si es posible —dijo Dolly.

—Sí, si es posible —replicó Anna con un tono de voz triste y resignado, muy diferente del que había empleado hasta entonces.

—¿Acaso es imposible obtener el divorcio? Me han dicho que tu marido está de acuerdo.

—¡Dolly! No quiero hablar de ese tema.

—Bueno, pues lo dejamos —se apresuró a decir Daria Aleksándrovna, notando la expresión de sufrimiento en el rostro de Anna—. Lo único que te digo es que lo ves todo demasiado negro.

—¿Yo? En absoluto. Estoy muy contenta y satisfecha. Como *ves*, *je fais des passions*.[56] Veslovski…

—Si te soy sincera, no me gusta nada el tono de Veslovski —objetó Daria Aleksándrovna, deseando cambiar de conversación.

—¡Ah, no tiene la menor importancia! Halaga el amor propio de Alekséi, no hay nada más. No es más que un muchacho y hago con él lo que se me antoja. Para mí, es igual que tu Grisha… ¡Dolly! —exclamó de pronto, volviendo al tema de antes—. Dices que lo veo todo demasiado negro. Pero tú no puedes entenderlo. Mi situación es horrible. La verdad es que procuro no pensar demasiado.

—Pues, en mi opinión, es necesario que lo hagas. Es preciso hacer cuanto sea posible.

—¿Y qué se puede hacer? Nada. Me hablas como si yo no hubiera pensado en casarme con Alekséi. Pero ¡si no pienso en otra cosa! —exclamó, y sus mejillas se cubrieron de arrebol. Se levantó, irguió el pecho, emitió un profundo suspiro y se puso a recorrer la habitación de un extremo al otro con pasos ligeros, deteniéndose de vez en cuando—. ¡Si no pienso en otra cosa! No hay un solo día, una sola hora en que no me asalte ese pensamiento y en que no me cubra de reproches por albergar esas ideas… porque van a acabar volviéndome loca. Volviéndome loca —repitió—. Cuando me pongo a pensar en esa cuestión, soy incapaz de dormir sin morfina. Pero qué más da. Hablemos con calma. Me aconsejan que me divorcie. En primer lugar, *él* no consentirá. Ahora está bajo la influencia de la condesa Lidia Ivánovna.

Daria Aleksándrovna, después de erguirse en la silla, volvió la cabeza y siguió las idas y venidas de Anna con una expresión en la que se entreveraban el sufrimiento y la compasión.

—Hay que intentarlo —dijo en voz baja.

—Supongamos que lo intento. ¿Qué sucedería? —era evidente que estaba expresando ideas que había sopesado miles de veces y que se había aprendido de memoria—. Pues que tendría que rebajarme a escribir a ese hombre al que odio, a

pesar de que lo considero magnánimo y me reconozco culpable ante él… Supongamos que, haciendo un esfuerzo, redacto esa carta. En tal caso recibiría bien su consentimiento, bien una respuesta ofensiva. Imaginémonos por un momento que me da su consentimiento… —En ese momento Anna, que estaba en el otro extremo de la habitación, se detuvo y arregló algo en la cortina de la ventana—. Me da su consentimiento, pero ¿qué pasa con mi… hijo? No me lo darán. Crecerá en casa del hombre al que yo he abandonado y aprenderá a despreciarme. Debes entender que hay dos personas en este mundo a quienes quiero más que a mí misma, Seriozha y Alekséi. La verdad es que no sabría decir a cuál de los dos quiero más. —Llegó al centro del cuarto y se detuvo delante de Dolly, apretándose el pecho con las manos. Envuelta en esa bata blanca, su figura parecía especialmente alta y ancha. Inclinó la cabeza y miró de soslayo, con sus ojos húmedos y brillantes, a Dolly, pequeña, delgada y lastimosa, que temblaba de emoción bajo su blusita zurcida y su gorro de noche—. Sólo quiero a esas dos personas, y una excluye a la otra. No puedo unirlos, y eso es lo único que necesito. Si no puedo conseguirlo, todo lo demás me da igual. Todo, todo. Esa situación acabará de cualquier manera. Por eso no puedo ni quiero hablar de ella. Así que no me hagas reproches ni me juzgues. Eres demasiado pura para comprender lo mucho que sufro. —Se acercó, se sentó al lado de Dolly, la miró a los ojos con expresión culpable y le cogió la mano—. ¿Qué piensas? ¿Qué piensas de mí? No me desprecies. No merezco que me desprecien. Sólo soy desdichada. Sí, no puede haber nadie más desdichado que yo —dijo y, dándose la vuelta, se echó a llorar.

Cuando se quedó sola, Dolly dijo sus oraciones y se fue a la cama. Mientras hablaba con Anna, la compadecía con toda el alma; pero ahora no conseguía pensar en ella. El recuerdo de su casa y de sus hijos, aureolado por una especie de resplandor inusitado, asaltaba su imaginación con un encanto novedoso y especial. Ese mundo suyo se le antojaba ahora tan querido y precioso que por nada del mundo se habría decidido a pasar un solo día más fuera de él. Por esto tomó la decisión de partir sin falta al día siguiente.

En cuanto a Anna, una vez en su gabinete, cogió una copa y vertió varias gotas de un medicamento cuyo componente principal era la morfina. Después de beberlo, pasó un rato sentada sin moverse, tratando de recobrar la compostura. Al pasar al dormitorio se había serenado ya del todo y se sentía de buen humor.

Cuando entró en la habitación, Vronski la miró atentamente. Buscaba indicios de la conversación que debía de haber tenido con Dolly, dado el tiempo que había pasado en su habitación. Pero en su expresión excitada y contenida, que ocultaba algo, no encontró nada más que esa belleza a la que ya estaba acostumbrado, pero que seguía seduciéndole, la conciencia de su hermosura y el deseo de que actuase sobre él. No quiso preguntarle de qué habían estado hablando, pero albergaba la esperanza

de que ella misma le contara algo. Pero Anna se limitó a decir:

—Me alegro de que Dolly te haya gustado. Porque te cae bien, ¿verdad?

—Pero si la conozco desde hace mucho tiempo. En mi opinión es una mujer muy bondadosa, pero *excesivement terre-à-terre*.[57] En cualquier caso, me alegro mucho de su visita.

Vronski cogió la mano de Anna y la miró a los ojos con expresión inquisitiva.

Ella, interpretando esa mirada en otro sentido, le sonrió.

A la mañana siguiente Daria Aleksándrovna se dispuso a partir, por más que insistieron los dueños en que se quedara. La calesa de guardabarros parcheados y caballos desparejados, conducidos con aire sombrío y resuelto por el cochero de Levin, que llevaba un caftán ya bastante usado y un gorro parecido al de los postillones, apareció en la entrada cubierta de arena.

Despedirse de la princesa Varvara y de los hombres no resultó nada agradable para ella. Después de pasar un día juntos, tanto Dolly como los dueños de la casa se daban perfecta cuenta de que no congeniaban y de que lo mejor era separarse. Sólo Anna estaba triste. Sabía que, una vez que se fuera, nadie despertaría en su alma los sentimientos que la habían embargado con la visita de su amiga. Le resultaba doloroso remover esos sentimientos, pero era consciente de que constituían lo mejor de sí misma, y que esa parte de su personalidad no tardaría en quedar sepultada por la vida que llevaba.

Una vez en campo abierto, Daria Aleksándrovna experimentó una agradable sensación de alivio. Estaba a punto de preguntarles a sus compañeros de viaje qué impresión les había causado la casa de Vronski, cuando el cochero Filipp dijo de pronto:

—Puede que sean muy ricos, pero sólo nos han dado tres medidas de avena. Los caballos se las zamparon antes de que cantara el gallo. ¿Qué son tres medidas? Poco más que un bocado. En las estaciones de postas venden la avena a cuarenta y cinco kopeks. En nuestra casa, cuando recibimos visita, damos a los caballos toda la avena que quieren.

—Un señor avaro —confirmó el administrador.

—¿Y qué me dices de los caballos? ¿Te han gustado? —preguntó Dolly.

—Los caballos eran excelentes. Y la comida estaba bastante bien. Pero lo he encontrado todo un poco aburrido, Daria Aleksándrovna. No sé lo que pensará usted —dijo, volviendo hacia ella su rostro agraciado y bonachón.

—A mí me ha pasado lo mismo. ¿Y qué? ¿Llegaremos al atardecer?

—Seguro.

Una vez en casa, donde encontró a todos bien de salud y más encantadores que

nunca, Daria Aleksándrovna les contó con gran animación su viaje, la cordial acogida que le habían dispensado, el lujo y el buen gusto que reinaba en el lugar, las diversiones con que se entretenían los Vronski, y no permitió que nadie los criticara.

—Hay que conocer a Anna y a Vronski, y yo a él lo conozco mejor ahora, para comprender lo simpáticos y lo conmovedores que son —decía con total sinceridad, olvidándose de su vago sentimiento de insatisfacción e incomodidad cuando estaba allí.

XXV

Vronski y Anna pasaron todo el verano y parte del otoño en la aldea, en las mismas condiciones, sin tomar ninguna medida con respecto al divorcio.

Habían decidido que no irían a ningún sido; pero los dos sabían que, cuanto más tiempo pasaran solos, sobre todo en otoño, sin invitados, menos capaces serían de soportar esa vida, en la que tendrían que introducir algún cambio.

En apariencia, cabría pensar que no podía desearse una vida mejor. No carecían de nada, gozaban de buena salud, tenían una hija y ambos se dedicaban a sus propias ocupaciones. Anna, en ausencia de invitados, seguía prestando mucha atención al cuidado personal y dedicaba mucho tiempo a la lectura, tanto de novelas como de los libros más serios que estaban de moda. Encargaba todos los libros que merecían elogios en los periódicos y revistas que recibía, y los leía con esa concentración que sólo se adquiere en soledad. Además, gracias a los libros y a las revistas especializadas, estudió las materias que interesaban a Vronski, de suerte que a veces éste le hacía preguntas sobre agronomía, arquitectura e incluso sobre la cría de caballos y diversos deportes. Estaba sorprendido de sus conocimientos y de su memoria, aunque en un principio dudaba tanto de unos como de otra y buscaba algún modo de corroborarlos. Y Anna solía encontrar en los libros las respuestas a las cuestiones que le consultaba y se las enseñaba.

El equipamiento del hospital también interesaba a Anna. No sólo ayudaba, sino que ella misma había concebido y organizado muchas cosas. Pero su principal preocupación seguía siendo ella misma: ya que Vronski la amaba, debía intentar resarcirle de todo lo que había perdido por su culpa. Vronski apreciaba ese deseo, que constituía el único objetivo de su vida. Anna no sólo quería gustarle, sino también servirle, pero aún así a él le agobiaban las redes amorosas con que trataba de envolverlo. A medida que pasaba el tiempo, más a menudo se daba cuenta de que estaba envuelto en esas redes y más deseos sentía no tanto de escapar como de comprobar que seguía gozando de plena libertad. De no haber sido por el deseo de ser libre, cada vez más acuciante, de no haber tenido que soportar una escena cada vez que se iba a la ciudad para asistir a las carreras o a una sesión, habría estado plenamente satisfecho de su vida. El papel de terrateniente rico, que en su opinión debía constituir el núcleo de la aristocracia rusa, no sólo era de su gusto, sino que ahora, después de medio año de vida en el campo, le procuraba un placer cada vez mayor. Y sus actividades, que le interesaban y le atraían más y más, iban viento en popa. A pesar de las ingentes sumas de dinero que había gastado en el hospital, en las máquinas, en las vacas que había traído de Suiza y en muchas otras cosas más, estaba seguro de no estar dilapidando su fortuna, sino acrecentándola. Y, cuando se trataba de obtener ingresos, mediante la venta de madera, grano y lana o el arrendamiento de

tierras, Vronski no daba su brazo a torcer y jamás abarataba el precio. En cuanto a las operaciones de gran calado, tanto en esa finca como en otras de su propiedad, empleaba los principios más sencillos y carentes de riesgos, y en las cuestiones menudas se mostraba cuidadoso y calculador en grado sumo. A pesar de la astucia y habilidad del alemán, que pretendía incitarle a hacer diversas compras, presentándole primero presupuestos muy elevados y después otros más bajos, que permitirían obtener ingresos inmediatos, Vronski no se sometía a su voluntad. Solía escuchar al administrador, le interrogaba y sólo compartía su opinión cuando lo que se iba a encargar u organizar era indiscutiblemente novedoso o desconocido en Rusia, y por tanto podía suscitar admiración. Además, únicamente se decidía a hacer grandes dispendios cuando disponía de algún dinero sobrante y, antes de tomar una resolución, examinaba todos los detalles e insistía en obtener lo mejor. Estaba claro que con esa manera de llevar los negocios no dilapidaba su fortuna, sino que la acrecentaba.

En el mes de octubre se celebraban las elecciones de la nobleza en la provincia de Kazhin, donde estaban las tierras de Vronski, Sviazhski, Kóznishev y Oblonski y una pequeña parte de las de Levin.

Las elecciones despertaron un gran interés en la sociedad por diversos motivos y por las personas que participaban en ellas. Se hablaba mucho del acontecimiento y de los preparativos. Algunos propietarios, que nunca se habían interesado por las elecciones, se aprestaron a venir de Moscú, de San Petersburgo y hasta del extranjero.

Hacía mucho tiempo que Vronski había prometido a Sviazhski que acudiría.

Antes de las elecciones Sviazhski, asiduo visitante de Vozdvízhenskoie, fue a buscar a Vronski.

La víspera de la partida, Vronski y Anna habían estado a punto de discutir por culpa del proyectado viaje. Era otoño, la época más aburrida y monótona en el campo; por eso Vronski, preparándose para la lucha, anunció a Anna su partida con una frialdad y severidad con las que nunca se había dirigido a ella. Pero, para su sorpresa, Anna acogió la noticia con gran tranquilidad y se limitó a preguntarle cuándo regresaría. Vronski la miró con atención, sin entender que se lo tomara con tanta calma. Al reparar en la mirada, Anna sonrió. Vronski conocía la capacidad para encerrarse en sí misma, como también que eso sucedía cuando había tomado una decisión en su fuero interno y no le comunicaba sus planes. Le dio algo de miedo, pero deseaba tanto evitar una escena que hizo como si creyera —y puede que lo creyera en parte— que se había vuelto más razonable.

—Espero que no te aburras.

—Lo mismo espero yo —replicó Anna—. Ayer mismo recibí una caja de libros de Gautier. No, no me aburriré.

«Si quiere adoptar ese tono, tanto mejor —pensó—. De otro modo, volveremos

otra vez a las andadas.»

Y, sin haberla animado a que se explicara con franqueza, se marchó a las elecciones. Era la primera vez, desde el comienzo de su relación, que se separaban sin antes haberlo aclarado todo. Por un lado, la novedad le preocupó; por otro, juzgó que era mejor así. «Al principio, como ahora, la situación será un poco confusa, con ciertas dosis de misterio; pero con el tiempo se acostumbrará. En cualquier caso, estoy dispuesto a sacrificarlo todo por ella, menos mi independencia», pensaba.

XXVI

En septiembre Levin se trasladó a Moscú para que Kitty diera a luz allí. Llevaba ya un mes viviendo en completa ociosidad cuando Serguéi Ivánovich, que tenía una finca en la provincia de Kazhin y mostraba un gran interés en las inminentes elecciones, se dispuso a partir para el campo e invitó a su hermano a que lo acompañara, pues tenía derecho a votar en el distrito de Seléznevsk. Además, tenía que ocuparse allí de unos asuntos de gran importancia para su hermana, que residía en el extranjero, relacionados con una tutoría y el cobro de un dinero por la cesión de unas tierras.

Levin no acababa de decidirse, pero Kitty, viendo que se aburría en Moscú, le aconsejó que se fuera y le encargó a escondidas el uniforme de delegado de la nobleza, que le costó ochenta rublos. Ese dispendio fue la principal razón de que Levin acabara decidiéndose a acompañar a su hermano.

Levin llevaba ya seis días en Kazhin, acudiendo cada día a las sesiones y atendiendo a los asuntos de su hermana, que no acababan de resolverse. Todos los mariscales de la nobleza estaban ocupados con las elecciones y no había manera de arreglar ese asunto tan sencillo, que dependía de una tutela. En la otra cuestión, el cobro del dinero, también se encontró con dificultades. Después de arduas gestiones para superar las trabas que obstaculizaban todo el asunto, el dinero estaba listo para el pago. Pero el notario, un hombre muy servicial, no pudo entregarle el talón, porque se necesitaba la firma del presidente, que se había marchado para participar en las sesiones sin haber delegado en nadie. Todas esas gestiones, esas idas y venidas de un lugar a otro, esas conversaciones con personas muy bondadosas y amables, plenamente conscientes de la enojosa posición del solicitante, pero al mismo tiempo incapaces de ayudarle, toda esa tensión que no conducía a ningún resultado, producían en Levin una penosa impresión, semejante a la irritante impotencia que se experimenta en sueños cuando se quiere hacer uso de la fuerza física. A menudo le asaltaba tal sensación cuando hablaba con su apoderado, que era un pedazo de pan. Daba la impresión de que el hombre hacía cuanto estaba en su mano y se estrujaba el cerebro para sacar a Levin del apuro. «Vaya usted a este sitio o ese otro —le había dicho en más de una ocasión, y trazaba un minucioso plan para salvar ese fatal obstáculo que lo estaba entorpeciendo todo. No obstante, al punto añadía—: Seguirán en sus trece, pero hay que intentarlo.» Levin seguía su consejo e iba a ver a unos y a otros. Todos eran bondadosos y corteses, pero el resultado siempre era el mismo: el obstáculo que se quería evitar acababa apareciendo de nuevo, cerrándole el paso. Lo que más le molestaba era que no entendía contra quién estaba luchando, a quién podía beneficiar que sus asuntos no se resolviesen. Por lo visto, era algo que nadie sabía, ni siquiera el apoderado. Si Levin hubiera podido comprenderlo, como comprendía que

para llegar a la ventanilla de la estación había que respetar la cola, la situación no le habría parecido tan ofensiva e irritante. Pero nadie pudo explicarle a qué obedecían los impedimentos con los que se había topado.

Pero Levin había cambiado mucho desde que se había casado. Era paciente y, aunque no entendía semejante estado de cosas, se decía que no podía juzgar sin conocer todos los detalles, que alguna razón debía de haber, y procuraba no soliviantarse.

Ahora, al tomar parte en las elecciones, intentaba también no condenar ni discutir, y hacía cuanto podía por comprender un asunto que personas honradas y dignas, a quienes profesaba un profundo respeto, se tomaban con tanta seriedad y entusiasmo. Desde el día de la boda, había descubierto muchos aspectos de la vida importantes y novedosos, que antes, por culpa de la superficialidad con que los había considerado, se le habían antojado insignificantes. Por eso suponía que también ese asunto de las elecciones revestía una enorme importancia, y trataba de comprenderlo más a fondo.

Serguéi Ivánovich le explicó el sentido y el alcance de esas elecciones, que suponían toda una revolución. Snetkov, el mariscal de la nobleza de la provincia, en cuyas manos la ley había confiado tantos asuntos relevantes de interés general —las tutorías que tantos disgustos estaban costando a Levin, los enormes fondos de la nobleza, los institutos masculinos y femeninos, la escuela militar, la educación pública propuesta por la nueva legislación y, por último, la asamblea rural—, era un aristócrata de viejo cuño, que había derrochado una enorme fortuna, hombre bondadoso y honrado a su manera, pero incapaz de entender las exigencias de los nuevos tiempos. En todo tomaba partido por la nobleza, se oponía frontalmente a la difusión de la instrucción pública y atribuía a la asamblea popular, destinada a desempeñar un papel tan importante, carácter de clase. Había que poner en su lugar a un hombre joven, práctico, completamente nuevo, con mentalidad moderna, capaz de extraer de los derechos otorgados a los nobles, no en su condición de tales, sino como miembros de la asamblea rural, todas las ventajas de autogobierno que fueran posibles. En la rica provincia de Kazhin, que siempre había ido a la cabeza en todo, se habían acumulado tantas fuerzas que, si las cosas se llevaban de la manera debida, podía servir de ejemplo no sólo para otras provincias, sino para el conjunto de Rusia. De ahí la enorme relevancia de todo el proceso. Para reemplazar a Snetkov como mariscal de la nobleza se barajaban los nombres de Sviazhski o, mejor aún, de Nevedovski, andguo catedrático, hombre de inteligencia notable y gran amigo de Serguéi Ivánovich.

El encargado de inaugurar la asamblea fue el gobernador, que pronunció un discurso dirigido a los nobles en el que les comminaba a elegir a sus representantes no por razones de índole personal, sino teniendo en cuenta los méritos y el bien de la patria y en el que expresaba la esperanza de que la ilustre nobleza de Kazhin

cumpliera religiosamente con su deber, como había hecho en elecciones anteriores, justificando de ese modo la confianza que el monarca había depositado en ella.

Una vez concluido su discurso, el gobernador abandonó la sala, entre las ruidosas, animadas y, en algunos casos, hasta entusiastas aclamaciones de los nobles, que lo siguieron y lo rodearon mientras se ponía la pelliza y hablaba amistosamente con el mariscal de la nobleza. Levin, que deseaba enterarse de todo y no quería perderse nada, se unió a la muchedumbre y escuchó las palabras del gobernador: «Haga el favor de trasmitirle a Maria Ivánovna las disculpas de mi mujer. Es que tenía que visitar un orfanato». Y a continuación los nobles se pusieron alegremente las pellizas y se dirigieron a la catedral.

Una vez allí, Levin, levantando el brazo como los demás y repitiendo las palabras del arcipreste, prestó los más terribles juramentos, comprometiéndose a no defraudar las esperanzas del gobernador. Las ceremonias religiosas siempre le habían impresionado; por eso, cuando pronunció las palabras: «Beso la cruz», y contempló la multitud de viejos y jóvenes, que repetían la misma fórmula, se sintió conmovido.

El segundo y el tercer día las sesiones se ocuparon de los fondos de la nobleza y de los institutos femeninos, cuestiones que, como le explicó Serguéi Ivánovich, no revestían ninguna importancia; Levin, ocupado con sus asuntos, no asistió. El cuarto día, en torno a la mesa presidencial, se procedió a revisar las cuentas de la provincia. Y fue entonces cuando se produjo el primer encontronazo entre el partido nuevo y el viejo. La comisión encargada de verificar las sumas informó a los asistentes de que todo estaba en orden. El mariscal de la nobleza se puso en pie, agradeció a los nobles la confianza que le manifestaban y hasta vertió unas lágrimas. Los nobles lo aclamaron a voces y le estrecharon la mano. Pero en ese momento un miembro del partido de Serguéi Ivánovich dijo que, según sus noticias, la comisión no había verificado las cuentas, pues lo había considerado ultrajante para el mariscal de la nobleza. Uno de los miembros de la comisión cometió la imprudencia de confirmar esa sospecha. Entonces un señor de baja estatura, de aspecto muy joven y lengua viperina, dijo que probablemente el mariscal de la nobleza estaba deseoso de ofrecer un informe sobre el estado de las cuentas y que la excesiva delicadeza de los miembros de la comisión le habían privado de esa satisfacción moral. Entonces los miembros de la comisión retiraron su informe, y Serguéi Ivánovich pasó a demostrar, por medio de argumentos lógicos, que no había más que dos opciones: reconocer que se había procedido a la revisión de las cuentas o admitir que no se había efectuado comprobación alguna, y se puso a desarrollar en detalle el dilema. A Serguéi Ivánovich le replicó el portavoz del partido contrario. Luego intervino Sviazhski y a continuación el señor de la lengua viperina.

El debate se prolongó un buen rato y no condujo a ningún resultado. Levin estaba sorprendido de que discutieran tanto sobre ese tema, en especial porque, cuando le

preguntó a Serguéi Ivánovich si sospechaba una malversación de fondos, éste le respondió:

—¡Oh, no! Es un hombre honrado. Pero había que acabar de una vez con esa manera anticuada y patriarcal, más propia de una familia, que tiene la nobleza de tratar los asuntos.

Al quinto día se procedió a la elección del mariscal de distrito. Fue una jornada bastante tormentosa en algunas comarcas. En la de Seléznevsk, Sviazhski resultó elegido por unanimidad. Ese mismo día ofreció una comida en su casa.

XXVII

Para el sexto día estaban fijadas las elecciones provinciales. Las salas grandes y pequeñas estaban abarrotadas de nobles con uniformes diferentes. Muchos habían venido sólo para esa jornada. Algunos amigos que hacía mucho que no se veían, pues unos vivían en Crimea, otros en San Petersburgo y otros en el extranjero, se encontraron en la sala. Los debates se celebraban en la mesa presidencial, bajo el retrato del emperador.

Los nobles, tanto en las salas grandes como en las pequeñas, se agrupaban en partidos. A partir de la hostilidad y la desconfianza de las miradas, de los silencios que se producían cuando se acercaba un extraño, de las salidas de algunos a un pasillo lejano para cuchichear, resultaba evidente que cada bando tenía sus secretos. Por su aspecto externo los nobles se dividían claramente en dos grupos: los viejos y los jóvenes. Los primeros, en su mayoría, llevaban el anticuado uniforme de la nobleza, abotonado hasta el cuello, con espada y sombrero, o uniformes de la marina, la caballería o la infantería. El uniforme de los viejos nobles estaba confeccionado a la antigua usanza, con hombros ahuecados. Era evidente que les quedaban pequeños, cortos de cintura y estrechos, como si quienes los llevaban hubieran crecido. Los jóvenes iban con uniformes desabrochados, de talle bajo y hombros anchos, con chaleco blanco, o bien uniformes de cuello negro y laureles labrados, emblema del Ministerio de Justicia. Al partido de los jóvenes pertenecían también algunos nobles con uniforme de la corte, que destacaban aquí y allá entre la multitud.

Pero la división entre jóvenes y viejos no coincidía con la división en partidos. Según observó Levin, algunos de los jóvenes pertenecían al partido antiguo; y, por el contrario, algunos de los nobles más viejos cuchicheaban con Sviazhski y, por lo visto, eran fervientes defensores del partido nuevo.

Levin estaba en una pequeña sala donde la gente fumaba y tomaba un bocado, entre los miembros de su grupo, y escuchaba lo que hablaban, esforzándose por entenderlos, aunque no lo conseguía. Serguéi Ivánovich era el centro alrededor del cual se agrupaban los demás. Ahora estaba escuchando a Sviazhski y a Jliustov, mariscal de otro distrito, que pertenecía al mismo partido. Jliustov se negaba a solicitar a Snetkov, en nombre de su distrito, que presentara su candidatura y Sviazhski trataba de convencerlo. En cuanto a Serguéi Ivánovich, apoyaba el plan. Levin no entendía por qué el partido contrario tenía que pedir al mariscal que se presentase cuando en realidad quería derrotarlo.

Stepán Arkádevich, que acababa de tomar un tentempié y una copita, se enjugó la boca con un pañuelo de batista perfumado y se acercó a ellos con su uniforme de chambelán.

—¡Tomemos posiciones, Serguéi Ivánovich! —dijo, alisándose las patillas. Y,

después de escuchar la conversación, secundó la opinión de Sviazhski—: Con un solo distrito es suficiente. Y es evidente que Sviazhski representa a la oposición —dijo, y todos los presentes, excepto Levin, entendieron sus palabras—. Por lo que veo, Kostia, le estás cogiendo el gusto a estas cosas —añadió, dirigiéndose a Levin y cogiéndole del brazo.

Ya le habría gustado a Levin cogerle el gusto a todo eso, pero lo cierto es que no entendía nada. Se apartó unos pasos en compañía de Stepán Arkádevich y le preguntó, lleno de perplejidad, por qué debían pedir al mariscal de la nobleza que se presentara.

—*O sancta simplicitas! —ex*clamó Stepán Arkádevich, y en unas pocas palabras se lo aclaró todo.

Si todos los distritos, como había sucedido en las elecciones pasadas, propusieran a ese mariscal, saldría elegido por unanimidad. Y eso era lo que se pretendía evitar. Esta vez ocho distritos se disponían a proponerle. Si los otros dos se negaban, Snetkov podía desistir de presentar su candidatura. Entonces el partido viejo podía elegir a otro de los suyos, desbaratando de ese modo todos los planes. Pero, si el distrito de Sviazhski era el único que se negaba a proponerlo, Snetkov se presentaría. Algunos de los opositores votarían incluso por él, para que el partido antiguo, desconcertado por esa táctica, votara por el candidato del partido nuevo cuando se presentara.

Levin entendió algo, aunque no todo, y quiso hacerle algunas preguntas más, pero de pronto todos se pusieron a hablar a la vez, al tiempo que se dirigían ruidosamente a la sala grande.

—¿Qué sucede? ¿Qué? ¿Quién? ¿Una autorización? ¿A quién? ¿Qué?

¿Que la deniegan? No la conceden. No admiten a Flérov. ¿Y qué pasa porque le hayan procesado? A este paso no admitirán a nadie. Es una vileza. ¡No, es la ley! —se oía por todas partes.

Y Levin, en compañía de los demás, que se dirigían apresuradamente a alguna parte, temerosos de perderse algo, se dirigió a la sala grande, donde, apretujado entre los nobles, se aproximó a la mesa presidencial, en la que discutían acaloradamente el mariscal de la nobleza, Sviazhski y otros personajes importantes.

XXVIII

Levin estaba bastante alejado. Además, sus vecinos le impedían oír con claridad: uno tenía la respiración ronca y otro llevaba unas botas cuyas gruesas suelas no paraban de crujir. Sólo pudo distinguir la voz suave del mariscal, luego la voz estridente del noble de la lengua viperina y a continuación la de Sviazhski. Según le pareció entender, debatían sobre el sentido de un artículo de la ley y sobre el significado de las siguientes palabras: «Ser objeto de una investigación».

La muchedumbre se apartó para dejar paso a Serguéi Ivánovich, que se dirigía a la mesa. Una vez que el noble de la lengua viperina concluyó su discurso, Serguéi Ivánovich dijo que, en su opinión, lo mejor sería consultar el artículo de la ley, y pidió al secretario que lo buscase. El artículo decía que, en caso de discrepancia, debía precederse a una votación.

Serguéi Ivánovich leyó el artículo y se puso a explicar su significado, pero en ese momento un terrateniente alto, grueso, cargado de espaldas, con el bigote teñido, que llevaba un uniforme estrecho, cuyo cuello le sostenía la nuca, le interrumpió. Llegó hasta la mesa y, después de golpearla con una sortija, gritó con todas sus fuerzas:

—¡A votar! ¡A votar! ¡Dejémonos de discusiones y votemos!

Al punto se alzaron varias voces. El noble alto de la sortija se irritaba cada vez más y gritaba cada vez más fuerte. Pero no había manera de entender lo que decía.

Proponía lo mismo que había sugerido Serguéi Ivánovich, pero era evidente que le odiaba tanto a él como a todo su partido, y este odio se comunicó a sus partidarios, suscitando una reacción análoga en sus contrincantes, aunque se expresó de forma más moderada. Se oyeron gritos, y por un instante la situación se volvió tan confusa que el mariscal de la nobleza tuvo que llamar al orden.

—¡A votar! ¡A votar! Cualquier noble lo entenderá. Derramaremos nuestra sangre… La confianza del monarca… No hagáis caso del mariscal, no es quién para darnos órdenes… Pero no se trata de eso… Votemos de una vez… ¡Qué vileza! —se oía gritar por todas partes con voces furiosas e irritadas.

Las miradas y los rostros denotaban aún más furia e irritación que las palabras. Expresaban un odio irreconciliable. Levin, que no entendía absolutamente nada, estaba sorprendido del apasionamiento con que se discutía si debía someterse a votación la posición de Flérov. Olvidaba, como más tarde le aclaró Serguéi Ivánovich, el siguiente silogismo: para el bien común era menester desembarazarse del mariscal de la nobleza; para destituirlo se necesitaba la mayoría de los votos; para alcanzar esa mayoría, había que conceder a Flérov el derecho de votar. Y, para conseguirlo, no cabía otra salida que explicar cómo debía interpretarse ese artículo de la ley.

—Un solo voto puede decidir todo el asunto. Cuando se quiere servir a la causa

común, uno debe ser serio y consecuente —concluyó Serguéi Ivánovich.

Pero Levin había olvidado ese argumento y sufría viendo cómo personas buenas y respetables se entregaban a desagradables y zafias muestras de excitación. Para librarse de esa penosa sensación, sin esperar a que acabaran los debates, pasó a otra sala, donde no había más que unos camareros cerca del mostrador. Al ver a esos hombres que, con rostros serenos y animados, secaban la vajilla y disponían los platos y las copas, Levin tuvo una inesperada sensación de alivio, como si acabara de abandonar una habitación pestilente y hubiera salido al aire libre. Empezó a recorrer la habitación de un extremo al otro, mirando con satisfacción a los camareros. Se divirtió mucho viendo cómo uno de ellos, de patillas canosas, enseñaba con aire desdeñoso a sus compañeros más jóvenes, que se burlaban de él, el arte de doblar servilletas. Se disponía a dirigirle la palabra al viejo camarero cuando el secretario de la oficina de tutelas, un anciano que conocía de memoria el nombre y el patronímico de todos los nobles de la provincia, le distrajo.

—Haga el favor de venir, Konstantín Dmítrich —le dijo—. Su hermano le está buscando. Va a empezar la votación.

Levin entró en la sala, donde le entregaron una bola blanca y, siguiendo a su hermano, se acercó a la mesa, al lado de la cual se encontraba Sviazhski, con una expresión irónica y significativa, recogiendo la barba en el puño y olisqueándola. Serguéi Ivánovich introdujo la mano en la urna, depositó la bola y, dejando paso a Levin, se detuvo allí mismo. Levin se aproximó, pero se había olvidado por completo de lo que tenía que hacer, y, presa de una gran confusión, tuvo que dirigirse a su hermano:

—¿Dónde tengo que ponerla?

Lo preguntó en voz baja, con la esperanza de que nadie le oyera, pues a su lado había varias personas hablando. Pero, en ese momento la conversación se interrumpió, de manera que todos los presentes oyeron la inconveniente pregunta. Serguéi Ivánovich frunció el ceño.

—Eso depende de las convicciones de cada cual —le dijo con severidad.

Algunos sonrieron. Levin se ruborizó, levantó el paño que cubría la urna y, como llevaba la bola en la mano derecha, la depositó en ese lado. A continuación, recordando que debía haber introducido también la mano izquierda, se apresuró a hacerlo, pero ya era demasiado tarde. Completamente desorientado, se retiró a toda prisa a las últimas filas del salón.

—¡Ciento veintiséis votos a favor y noventa y ocho en contra! —exclamó el secretario, que no pronunciaba las erres.

A continuación se oyeron unas risas: habían encontrado en la urna un botón y dos nueces.

Se reconoció el derecho de Flérov a votar y el partido nuevo salió victorioso.

Pero el partido antiguo no se dio por vencido. Levin oyó que varios de los presentes suplicaban a Snetkov que se presentara y vio que una muchedumbre de nobles rodeaba al mariscal de la nobleza, que estaba diciendo algo. Levin se acercó más. En respuesta a los nobles, Snetkov hablaba de la confianza y el cariño que le habían demostrado, de todo punto inmerecidos, ya que todo su mérito consistía en su devoción a la nobleza, a la que había consagrado doce años de servicio. Varias veces repitió las siguientes palabras: «En la medida en que mis fuerzas me lo han permitido, he procurado defender la fe y la verdad. Aprecio sus muestras de respeto y les estoy muy agradecido». De pronto se interrumpió, ahogado por las lágrimas, y abandonó la sala. ¿A qué se debían esas lágrimas? ¿A la conciencia de la injusticia que se había cometido con él? ¿A su amor a la nobleza? ¿A la incómoda situación en la que se encontraba, rodeado de enemigos? Fuera como fuese, su emoción se comunicó a los demás. La mayoría de los nobles se mostraron conmovidos y Levin sintió una suerte de ternura por ese hombre.

Cerca de la puerta principal, el mariscal se tropezó con Levin.

—Perdone, señor —le dijo, como si se tratara de un desconocido; pero, cuando lo reconoció, esbozó una tímida sonrisa.

A Levin le pareció que quería decirle algo, pero que la emoción se lo impedía. La expresión de su rostro y toda su figura, con el uniforme de pantalón blanco con galones y las condecoraciones, así como sus andares apresurados, le recordaron a un animal acosado, que se apercibe de que no tiene escapatoria. Esa expresión del rostro del mariscal se le antojó especialmente conmovedora, porque la víspera había ido a su casa para hablarle del asunto de la tutela y lo había visto en toda su grandeza, en su papel de bondadoso padre de familia. La espaciosa casa con los muebles antiguos; los viejos criados, poco elegantes y hasta un poco sucios, pero llenos de dignidad, sin duda antiguos siervos que no habían cambiado de amo; la gruesa y bondadosa esposa, con una cofia de encaje y un chal turco, que acariciaba a su encantadora nietecita, hija de su hija; el apuesto hijo, estudiante de sexto curso, que acababa de llegar del instituto y saludaba a su padre besándole la gruesa mano; las palabras afectuosas y las maneras imponentes del dueño de la casa: todo eso había despertado involuntariamente el respeto y la simpatía de Levin. Y ahora el anciano se le antojó conmovedor y digno de lástima, y quiso decirle algo agradable.

—Por lo visto, va a seguir siendo usted nuestro mariscal —dijo.

—Lo dudo —replicó el mariscal, mirando asustado a su alrededor—. Estoy cansado y ya soy viejo. Hay personas más jóvenes y dignas que yo. Que trabajen ellos.

Y Snetkov desapareció por una puerta lateral.

Llegó el momento más solemne. Las elecciones estaban a punto de empezar. Los cabecillas de uno y otro partido contaban las bolas blancas y negras en las manos.

El debate sobre Flérov no sólo había dado al partido nuevo un voto más, sino que también le había permitido ganar tiempo, con lo que tres nobles que no habían podido intervenir antes en las elecciones, por culpa de las maquinaciones del partido viejo, esta vez tuvieron oportunidad de participar. Los partidarios de Snetkov habían emborrachado a dos de ellos, que tenían debilidad por el vino. Al tercero le habían robado el uniforme.

El partido nuevo, que se había enterado de la maniobra, aprovechó el debate sobre Flérov para enviar a dos de los suyos en busca de un uniforme y llevar a la asamblea a uno de los borrachos.

—He traído a uno y le he echado un cubo de agua por la cabeza —dijo el propietario encargado de la misión, acercándose a Sviazhski—. No se preocupe, aguantará en pie.

—¿No está demasiado borracho? ¿No se caerá? —preguntó Sviazhski, moviendo la cabeza.

—No, es todo un mocetón. Con tal de que no le den más de beber aquí… He dado órdenes en la cantina de que no le sirvan nada bajo ningún pretexto.

XXIX

La estrecha sala en la que se fumaba y se tomaba un bocado estaba abarrotada. La excitación iba en aumento, y los rostros de todos los presentes denotaban inquietud. Los que se mostraban más agitados eran los jefes de los dos bandos, que conocían todos los detalles y estaban al tanto del recuento de votos. Eran los cabecillas de la inminente contienda. Los demás, como los soldados antes de una batalla, aunque se preparaban para la lucha, no dejaban de buscar alguna distracción. Unos comían algo, de pie o sentados a la mesa; otros se paseaban arriba y abajo por la larga habitación, fumando un cigarrillo y charlando con algún amigo al que no habían visto desde hacía mucho tiempo.

Levin no tenía apetito y no fumaba. Tampoco le apetecía reunirse con los suyos, es decir, con Serguéi Ivánovich, Stepán Arkádevich, Sviazhski y los demás, porque Vronski, vestido con su uniforme de caballerizo del emperador, había entablado con ellos una animada conversación. Ya la víspera Levin lo había visto en las elecciones y había tenido buen cuidado de evitarlo, pues no quería encontrarse con él. Se acercó a la ventana y se sentó, observando los grupos y prestando oídos a lo que se decía a su alrededor. Se sentía triste, especialmente porque veía que todos estaban animados, ocupados, inquietos; sólo él y un viejecito decrépito y desdentado, con uniforme de la marina, que se había sentado a su lado y mascullaba algo, no mostraban el menor interés ni se ocupaban de nada.

—¡El muy granuja! Ya se lo dije, pero no hubo manera. ¡Pues sí! En tres años no ha podido reunirlo —decía con tono enérgico un propietario bajo y cargado de espaldas, con el pelo engominado, que caía sobre el cuello bordado del uniforme, mientras daba fuertes golpes con los tacones de sus botas nuevas, que sin duda se había puesto para la ocasión. Y después de mirar a Levin, con aire descontento, se volvió bruscamente.

—Sí, es un asunto bastante sucio, ni que decir tiene —replicó con voz aguda un propietario bajito.

A continuación Levin vio venir a un grupo de propietarios, que rodeaban a un general gordo. Según todas las evidencias, estaban buscando un lugar para hablar sin que les oyeran.

—¿Cómo se atreve a decir que di órdenes de que le robaran los pantalones? Seguramente los vendió para comprarse una botella. Me importa un bledo que sea príncipe. ¡Mira que decir una cosa así! ¡Qué porquería!

—Permítame, pero se basan en un artículo del estatuto —decían en otro grupo—. Su mujer debe de estar inscrita como noble.

—¡Al diablo con el artículo! Estoy hablando con el corazón. Para eso somos nobles. Hay que tener confianza.

—Excelencia, vamos a tomar *fine champagne*.

Otro grupo seguía a un noble que gritaba algo a voz en cuello: era uno de los tres a los que habían emborrachado.

—Siempre he aconsejado a Maria Semiónovna que alquilara sus tierras, porque no les puede sacar ningún beneficio —decía con voz agradable un propietario de bigote gris con un antiguo uniforme de coronel de Estado Mayor. Era el mismo propietario al que Levin había conocido en casa de Sviazhski. Lo reconoció en seguida. El propietario también reparó en él y se acercó a saludarle—. Encantado de verle. Me acuerdo perfectamente de usted. ¡Ya lo creo! Coincidimos el año pasado en casa del mariscal Nikolái Ivánovich.

—¿Y qué tal van sus asuntos? —preguntó Levin.

—Como siempre. Pérdidas y más pérdidas —respondió el propietario, que se había detenido a su lado, con una sonrisa de resignación y una expresión serena, como si estuviera convencido de que las cosas no podían ser de otra manera—. ¿Y qué le ha traído a usted a nuestra provincia? —preguntó—. ¿Ha venido a tomar parte en nuestro *coup d'état*?[58] —dijo, pronunciando esa palabras con bastante aplomo, aunque su pronunciación dejaba mucho que desear—. Parece que se ha dado cita Rusia entera. Han venido chambelanes y puede que hasta algún ministro —añadió, señalando la imponente figura de Stepán Arkádevich, con sus pantalones blancos y su uniforme de chambelán, que se paseaba en compañía de un general.

—Tengo que reconocer que no acabo de entender el significado de estas elecciones —dijo Levin.

El propietario se lo quedó mirando.

—¿Y qué es lo que hay que entender? No tienen ningún significado. No es más que una institución obsoleta que sigue moviéndose por simple inercia. Fíjese en los uniformes. No hay más que verlos para darse cuenta de que ésta es una reunión de jueces de paz, de miembros permanentes y demás, pero no de nobles.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted? —preguntó Levin.

—Pues por costumbre. Además, está la necesidad de no perder las relaciones. Supongo que también es una especie de obligación moral. Y luego, a decir verdad, por mi propio interés. Mi yerno quiere conventirse en miembro permanente. No tiene mucho dinero y necesita que le den un empujoncito. Pero, en el caso de todos estos señores, ¿para qué vendrán? —dijo, señalando al propietario de la lengua viperina que había hablado en la mesa presidencial.

—Es la nueva generación de nobles.

—Pueden ser todo lo nuevos que usted quiera, pero no son nobles. Son propietarios de tierras, nosotros somos hacendados. Como nobles, están cometiendo un suicidio.

—Pero acaba de decir usted que es una institución caduca.

—No digo que no, pero merece que se la trate con un poco más de respeto. Fíjese, por ejemplo, en Snetkov… Seamos buenos o malos, tenemos mil años de existencia. Si queremos plantar un jardincillo delante de la casa, primero tenemos que allanar el terreno, pero si en ese lugar crece un árbol centenario… Aunque sea viejo y nudoso, no va usted a echarlo abajo para poner un macizo de flores. Se las arreglará para poder disfrutar del macizo y del árbol. Porque un árbol así no crece en un año —dijo con circunspección, y acto seguido cambió de tema—. Bueno, ¿qué tal va su hacienda?

—No demasiado bien. Rinde un cinco por ciento.

—Sí, pero no cuenta usted su trabajo. Alguna remuneración merecerá. Se lo digo por mí mismo. Cuando servía en la administración, recibía tres mil rublos de sueldo. Ahora trabajo más que antes y, lo mismo que usted, no obtengo más que un cinco por ciento. Y aún tengo que dar gracias. Puedo decir que trabajo de balde.

—¿Y por qué se obstina usted en ocuparse de la hacienda, si no le reporta más que pérdidas?

—Pues ya lo ve usted. ¿Qué le vamos a hacer? Supongo que será la costumbre y, en cierto modo, el sentido del deber. Y le diré más —añadió, acodándose en el alféizar de la ventana y animándose cada vez más—. Mi hijo no tiene la menor intención de ocuparse de la hacienda. Por lo visto, sólo le interesan los estudios. Así que nadie continuará mi labor. Y, sin embargo, sigue uno con lo suyo. Acabo de plantar un huerto.

—Sí, sí —replicó Levin—. Tiene usted toda la razón. Aunque soy consciente de que no tiene ningún sentido que me ocupe de la hacienda, sigo haciéndolo… Es como si se sintiera uno ligado a la tierra.

—Voy a decirle una cosa —prosiguió el propietario—. Tengo un vecino que es comerciante. Un día dimos una vuelta por la finca y por el jardín. «Lo tiene usted todo en orden, Stepán Vasílevich, pero el jardín está muy descuidado.» Y le aseguro que lo cuido. «En mi opinión, debería talar esos tilos. Pero hay que hacerlo cuando tengan savia. Habrá un millar de tilos y cada uno dará dos buenas piezas de corteza. Y hoy día la corteza de tilo se cotiza a buen precio. Además, obtendría bastante madera.»

—Y con ese dinero compraría ganado o tierras casi por nada y se las arrendaría a los campesinos —concluyó Levin con una sonrisa. Era evidente que había hecho esos cálculos más de una vez—. Y así acabará haciendo una fortuna. Mientras usted y yo nos contentaremos con conservar lo que es nuestro y dejárselo a nuestros hijos.

—He oído que se ha casado usted —dijo el propietario.

—Sí —replicó Levin con orgullosa satisfacción—. La verdad es que es algo muy extraño —prosiguió—. Vivimos sin ningún objetivo, atados a la tierra como las vestales al fuego sagrado.

El propietario esbozó una sonrisa bajo los bigotes blancos.

—Algunos de los nuestros, como nuestro amigo Nikolái Ivánovich o ahora el conde Vronski, que se ha establecido aquí, pretenden organizar la agricultura de una manera industrial. Pero hasta la fecha esos intentos no han tenido otro resultado que destruir el capital.

—Pero ¿por qué no hacemos como ese comerciante? ¿Por qué no talamos los tilos para aprovechar la corteza? —preguntó Levin, volviendo a la idea que se le había ocurrido antes.

—Porque cuidamos de un fuego sagrado, como ha dicho usted. No, eso otro no es de la incumbencia de los nobles. Nuestro lugar no está aquí, en estas elecciones, sino en nuestro rincón. Existe también un instinto de clase, que nos dice lo que se debe y lo que no se debe hacer. Y lo mismo pasa con los campesinos. Lo he comprobado más de una vez. Un buen campesino siempre procura arrendar toda la tierra que puede. Por mala que sea, sigue arándola. Y tampoco obtiene ningún beneficio. Sólo acumula pérdidas.

—Así somos también nosotros —dijo Levin—. Me alegro muchísimo de haberme encontrado con usted —añadió, viendo que Sviazhski se acercaba.

—Es la primera vez que coincidimos después de habernos conocido en la casa de usted —dijo el propietario—, y nos hemos puesto a charlar.

—¿Y qué? ¿Han criticado las nuevas tendencias? —preguntó Sviazhski con una sonrisa.

—Entre otras cosas.

—Nos hemos desahogado.

XXX

Sviazhski cogió a Levin del brazo y lo condujo a su grupo.

Ya no había manera de esquivar a Vronski. Estaba al lado de Stepán Arkádevich y Serguéi Ivánovich y miraba directamente a Levin, que se aproximaba.

—Encantado. Me parece que tuve el placer de verlo… en casa de la princesa Scherbátskaia —dijo Vronski, tendiéndole la mano.

—Sí, recuerdo muy bien nuestro encuentro —replicó Levin, poniéndose como la grana, y al punto se volvió para hablar con su hermano.

Vronski esbozó una leve sonrisa y dirigió la palabra a Sviazhski, sin manifestar el menor deseo de seguir conversando con Levin. Pero éste, mientras charlaba con su hermano, se volvía a menudo para mirarlo, pensando en lo que podría decirle para atenuar la rudeza con que lo había saludado.

—¿De qué se trata ahora? —preguntó, mirando a Sviazhski y a Vronski.

—De Snetkov. Es preciso que renuncie o acepte —respondió Sviazhski.

—¿Y qué postura ha adoptado?

—Pues ésa es la cuestión, que aún no se ha decidido —dijo Vronski.

—Y en caso de que renuncie, ¿quién se presentará? —preguntó Levin, volviéndose hacia Vronski.

—El que quiera —respondió Sviazhski.

—¿Usted? —preguntó Levin.

—¡Por nada del mundo! —respondió Sviazhski, dirigiendo una mirada asustada al señor de la lengua viperina, que estaba al lado de Serguéi Ivánovich.

—Entonces, ¿quién? ¿Nevedovski? —preguntó Levin, dándose cuenta de que se estaba metiendo en un lío.

Pero esa pregunta resultó aún más inoportuna. Nevedovski y Sviazhski eran los dos candidatos.

—De ninguna manera —respondió el señor de la lengua viperina.

Era Nevedovski en persona. Sviazhski se lo presentó a Levin.

—¿También tú empiezas a apasionarte por todo esto? —preguntó Stepán Arkádevich, gruiñándole un ojo a Vronski—. Es como las carreras. Hasta se puede apostar.

—Sí, esto apasiona —dijo Vronski—. Y, una vez metido en faena, uno quiere llegar hasta el final. ¡Es una lucha! —añadió, frunciendo el ceño y apretando sus fuertes mandíbulas.

—¡Y qué espíritu práctico tiene Sviazhski! ¡Con qué claridad lo ve todo!

—¡Ah, sí! —respondió Vronski sin prestar mucha atención.

Se produjo un silencio, en el que Vronski, a falta de algo mejor que hacer, aprovechó para mirar a Levin: primero sus piernas y su uniforme, luego su cara. Al

advertir sus sombríos ojos fijos en él, le preguntó, por decir algo:

—¿Y cómo es que usted, que se pasa la vida en el campo, no es juez de paz? Porque no lleva usted ese uniforme.

—Pues porque los jueces de paz me parecen una institución absurda —respondió Levin con sequedad, a pesar de que había estado buscando la ocasión de hablar con Vronski para atenuar la rudeza de su primer comentario.

—Pues yo no lo veo así. Al contrario… —afirmó Vronski con cierta sorpresa, aunque sin perder la calma.

—No es más que un pasatiempo —le interrumpió Levin—. No necesitamos jueces de paz. En ocho años no he tenido un solo caso. Y, cuando alguna vez se ha presentado uno, lo han juzgado al revés. El juez de paz vive a cuarenta verstas de mi finca. Para resolver una cuestión de dos rublos, tengo que enviar a un abogado que me cuesta quince.

Y pasó a relatarle el caso de un campesino que había robado harina al molinero. Cuando éste se lo dijo, el campesino le denunció por injurias.

Era un ejemplo bastante tonto y que no venía a cuento, y el propio Levin se daba cuenta a medida que lo contaba.

—¡Ah, qué original es este hombre! —exclamó Stepán Arkádevich con esa sonrisa tan meliflua—. Pero hay que moverse. Me parece que ha empezado la votación…

Y se separaron.

—La verdad es que no entiendo cómo se puede tener tan poco tacto político —dijo Serguéi Ivánovich, a quien no había pasado desapercibida la inconveniente salida de su hermano—. Es algo de lo que los rusos carecemos por completo. El mariscal de la nobleza es nuestro adversario, y tú eres su *ami cochon*[59] y le pides que se presente. En cambio el conde Vronski… Claro que no voy a hacerme amigo suyo. Me ha invitado a cenar, pero no pienso ir. En cualquier caso, es uno de los nuestros. ¿Por qué convertirlo en enemigo? Y luego le preguntas a Nevedovski si va a presentarse. Eso no se hace.

—¡Ah, no entiendo nada! Y todo esto no son más que naderías —replicó Levin con aire sombrío.

—Dices que todo son naderías, pero no haces más que embrollar las cosas.

Levin se calló y pasó en compañía de su hermano a la sala grande.

El mariscal de la nobleza, a pesar de que percibía en el ambiente que se estaba preparando una emboscada contra él y de que no todos se lo habían pedido, acabó presentando su candidatura. En la sala reinaba el silencio. El secretario anunció en voz alta que el capitán de la guardia Mijaíl Stepánovich Snetkov presentaba su candidatura al cargo de mariscal de la nobleza.

Los mariscales de las comarcas se levantaron de sus mesas respectivas y se

dirigieron a la mesa presidencial con los platitos que contenían las bolas. Se procedió a la votación.

—Pon la bola a la derecha —le susurró Stepán Arkádevich a Levin, cuando éste, en compañía de su hermano, seguía al mariscal a la mesa. Pero Levin había vuelto a olvidarse de los cálculos que le habían explicado y temía que Stepán Arkádevich se hubiera equivocado cuando le dijo que depositara la bola a la derecha. Pues Snetkov era el enemigo. Se acercó a la urna con la bola en la mano derecha, pero, pensando que se había equivocado, justo antes de llegar se la pasó a la mano izquierda y la depositó en ese lado. Un perito que había al pie de la urna y que era capaz de adivinar, gracias al movimiento del codo, dónde ponía cada cual la bola, hizo una mueca de disgusto. La maniobra de Levin había sido tan torpe que apenas había necesitado recurrir a su perspicacia.

Todos se callaron. Sólo se oía el recuento de las bolas. Luego una voz anunció los votos a favor y en contra.

El mariscal de la nobleza había resultado elegido por una significativa mayoría de votos. Todo el mundo se precipitó sobre la puerta, en medio de un barullo considerable. Snetkov entró, y los nobles que le rodeaban le felicitaron.

—Bueno, ¿ya ha terminado? —preguntó Levin a Serguéi Ivánovich.

—Acaba de empezar —le respondió sonriendo Sviazhski, adelantándose a Serguéi Ivánovich—. El otro candidato puede obtener mayor número de votos.

Levin se había olvidado también de eso. Sólo ahora se acordó de que le habían hablado de una operación muy sutil, pero le pareció demasiado aburrido pensar en qué consistía. Le invadió una suerte de tristeza y le entraron ganas de apartarse de esa muchedumbre.

Como nadie le prestaba atención y, por lo visto, nadie le necesitaba, se dirigió a hurtadillas a la sala pequeña que hacía las veces de cantina y volvió a sentir un gran alivio al ver a los camareros. El viejo le propuso que tomara algo y él aceptó. Después de comer una chuleta con judías y charlar un rato con el camarero de sus antiguos amos, Levin volvió de mala gana a la sala, donde se encontraba tan incómodo que se fue a dar una vuelta por las tribunas, atestadas de señoras elegantes, que se inclinaban sobre la balaustrada y trataban de no perderse una palabra de lo que se decía abajo. Al lado de las señoras, sentados y de pie, había abogados elegantes, profesores de instituto con gafas y funcionarios. Por todas partes se hablaba de las elecciones, de la extrema fatiga del mariscal y de lo interesantes que habían sido los debates. En uno de los grupos oyó alabar a su hermano. Una señora le decía a un abogado:

—¡Cómo me alegro de haber oído a Kóznishev! ¡Sólo por eso ha merecido la pena quedarse sin cenar! ¡Ha estado soberbio! ¡Qué claridad! ¡Y qué bien se le oía! En sus tribunales no hay nadie que hable así. Sólo Máidel, y está lejos de ser tan

elocuente.

Al encontrar un lugar libre al lado de la balaustrada, Levin se inclinó y se puso a mirar y escuchar.

Todos los nobles estaban agrupados por distritos. En medio de la sala un hombre vestido con uniforme proclamaba en voz alta y aguda:

—¡Se propone como candidato al cargo de mariscal provincial de la nobleza el capitán de caballería Yevgueni Ivánovich Opujtin!

Se produjo un silencio de muerte; luego se oyó la débil voz de un anciano:

—¡Renuncia!

—¡Se propone al consejero de la corte Piotr Petróvich Bol! —dijo la misma voz.

—¡Renuncia! —respondió una voz chillona y juvenil.

Se propuso otro nombre más con idéntico resultado. Así transcurrió cerca de una hora. Levin acodado en la balaustrada, miraba y escuchaba. Al principio estaba sorprendido y se esforzaba por comprender; luego, convencido de que no sería capaz de entender nada, empezó a aburrirse. Y, al recordar la agitación y la angustia que había visto en todos los rostros, se sintió triste. Decidió marcharse y se lanzó escaleras abajo. Al pasar por el corredor que había detrás de las tribunas, se topó con un estudiante de bachillerato que se paseaba arriba y abajo con aire apenado y los ojos hinchados. En la escalera se cruzó con una pareja: una señora que corría rápidamente con sus zapatos de tacón y el asistente del fiscal, de andares ligeros.

—Ya le dije que llegaríamos a tiempo —dijo el ayudante del fiscal en el momento en que Levin se echaba a un lado para dejar paso a la señora.

Levin ya estaba en la escalera principal y se disponía a sacar del bolsillo del chaleco el número del guardarropa para recoger su pelliza cuando el secretario le dio alcance.

—Haga el favor de venir, Konstantín Dmítrich. Estamos votando.

En esta ocasión el candidato era Nevedovski, que con tanta determinación había negado que fuera a presentarse.

Levin se acercó a la puerta de la sala, que estaba cerrada. El secretario llamó, la puerta se abrió y dos propietarios muy colorados pasaron muy deprisa a su lado.

—No puedo más —dijo uno de ellos.

A continuación asomó el mariscal de la nobleza, con la cara desencajada por el miedo y la fatiga.

—¡Te dije que no dejaras salir a nadie! —gritó al ujier.

—Abrí para que entrara este señor, excelencia.

—¡Dios mío! —exclamó el mariscal de la nobleza, con un profundo suspiro, y, arrastrando las piernas, embutidas en los pantalones blancos, se dirigió cabizbajo al centro de la sala, donde estaba situada la mesa presidencial.

Como daban por descontado sus partidarios, Nevedovski se había alzado con la

mayoría de los votos y había sido proclamado mariscal. Muchos estaban contentos, satisfechos, felices y hasta entusiasmados; otros se mostraban descontentos y apesadumbrados. El mariscal de la nobleza derrotado era incapaz de ocultar su desesperación. En el momento en que Nevedovski abandonaba la sala grande, la muchedumbre lo rodeó y lo acompañó con el mismo entusiasmo con que había seguido al gobernador cuando abrió la sesión el primer día y a Snetkov cuando resultó elegido.

XXXI

El nuevo mariscal de la nobleza y muchos miembros del partido victorioso comieron ese día en casa de Vronski.

Vronski había asistido a las elecciones porque se aburría en el campo, porque necesitaba afirmar ante Anna su derecho a moverse con libertad, porque quería devolverle a Sviazhski con su apoyo las muchas gestiones que éste había hecho en su favor en las elecciones a la asamblea provincial y, por encima de todo, para cumplir fielmente con los deberes que le imponía su condición de noble y propietario, que él mismo había elegido. Pero nunca había esperado que la cuestión de las elecciones le interesara y le apasionara de ese modo y que fuera a desenvolverse con tanta habilidad. Era un hombre completamente nuevo en ese círculo de nobles, pero era evidente que se había ganado la simpatía general; además, no se equivocaba al pensar que había adquirido cierta influencia sobre ellos. A esa influencia contribuían su riqueza y su alcurnia, su espléndido alojamiento en la ciudad, que le había cedido Shirkov, un viejo conocido suyo, que se ocupaba de asuntos financieros y había fundado un floreciente banco en Kazhin; su magnífico cocinero, que se había traído de la aldea; su amistad con el gobernador, uno de sus antiguos camaradas y protegidos; y, sobre todo, su trato sencillo e igual con todo el mundo, gracias al cual la mayoría de los nobles no tardaron en cambiar de opinión sobre su presunto orgullo. Él mismo se daba cuenta de que, aparte de ese señor tronado casado con Kitty Scherbatski, quien, à *propos de bottes*,[60] le había dicho con una irritacón bastante ridicula un montón de bobadas sin pies ni cabeza, todos los nobles a los que había conocido se habían convertido en partidarios suyos. Veía con toda claridad, y los demás compartían su opinión, que había contribuido en gran medida a la victoria de Nevedovski. Y ahora, a su propia mesa, celebrando la elección de Nevedovski, tenía una agradable sensación de triunfo por su candidato. Las mismas elecciones le habían interesado tanto que estaba pensando en presentarse al cabo de tres años, si es que para entonces ya estaba casado. Ni más ni menos que cuando ganó un premio gracias a su *jockey* y le entraron ganas de participar personalmente en las carreras.

Pero ahora estaban festejando la victoria de su *jockey*. Vronski presidía la mesa. A su derecha se encontraba el joven gobernador, un general del séquito imperial. Para todos los demás el gobernador, que había inaugurado solemnemente las elecciones y había pronunciado un discurso que había despertado el respeto e incluso en muchos el servilismo, era el amo de la provincia, como Vronski no dejó de observar. Para él, en cambio, era Katka Maslov —tal era el apodo con el que se le conocía en el cuerpo de pajes—, que se sentía intimidado en su presencia y a quien Vronski trataba de *mettre à son aise*.[61] A su izquierda se hallaba Nevedovski, con su rostro joven e imperturbable y su expresión maledicente. Con él Vronski se mostraba sencillo y

respetuoso.

Sviazhski sobrellevaba su fracaso con buen humor. Ni siquiera lo consideraba una derrota, como decía él mismo, alzando la copa y dirigiéndose a Nevedovski: habría sido imposible encontrar un mejor representante de la nueva dirección que la nobleza debía seguir. Por eso todas las personas honradas, añadía, apoyaban el presente éxito y lo celebraban solemnemente.

Stepán Arkádevich también se alegraba de haberlo pasado tan bien y de que todos estuvieran satisfechos. Durante aquella magnífica comida salieron a colación algunos episodios de las elecciones. Sviazhski remedó cómicamente el lacrimoso discurso del mariscal de la nobleza y observó, volviéndose hacia Nevedovski, que su excelencia podría haber encontrado un método más complejo que las lágrimas para revisar las cuentas. Otro noble bromista contó que habían traído lacayos con medias para el baile del mariscal de la nobleza y que ahora tendrían que despedirlos, a menos que el nuevo mariscal decidiera dar un baile que requiriera tanta etiqueta.

Durante la cena los presentes no paraban de dirigirse a Nevedovski como «nuestro mariscal de la nobelza» y «su excelencia».

Y lo decían con el mismo placer con que se llama «señora» a una joven recién casada, añadiendo el apellido de su marido. Nevedovski fingía que eso no sólo le dejaba indiferente, sino que incluso despreciaba el tratamiento, pero era evidente que se sentía feliz y que la única razón por la que se esforzaba en no manifestar entusiasmo era que habría resultado inconveniente en ese nuevo medio liberal en el que se encontraba.

Después de la cena se enviaron varios telegramas a personas interesadas en el resultado de las elecciones. Y Stepán Arkádevich, que estaba muy contento, mandó uno a Daria Aleksándrovna que decía lo siguiente: «Nevedovski elegido por doce votos. Enhorabuena. Transmítelo». Después de dictarlo en voz alta, hizo la siguiente observación: «Hay que darles una alegría». Al recibir el telegrama, Daria Aleksándrovna se limitó a suspirar, pensando en el rublo que había costado, y comprendió que su marido lo había enviado al final de una comida. Sabía que Stiva sentía debilidad por *faire jouer le télégraphe*.[62]

Todo, incluyendo los manjares exquisitos y los vinos excelentes, que no habían sido adquiridos a comerciantes rusos, sino traídos directamente del extranjero, había resultado muy digno, sencillo y alegre. Aquel grupo de veinte personas había sido elegido por Sviazhski entre hombres públicos de las mismas ideas, liberales, nuevos, y al mismo tiempo ingeniosos y honrados. Se brindó, también medio en broma, por el nuevo mariscal de la nobleza, por el gobernador, por el director del banco y por «nuestro estimado anfitrión».

Vronski estaba encantado. Nunca había esperado encontrar un tono tan afable en provincias.

Al final de la cena la situación se volvió aún más alegre. El gobernador preguntó a Vronski si iba a acudir al concierto en beneficio de los *hermanos*,[63] organizado por su mujer, que deseaba conocerlo.

—Se celebrará un baile en el que podrá conocer a nuestra «belleza» local. Merece la pena, se lo aseguro.

—*Not in my line*[64] —respondió Vronski, a quien gustaba mucho esa expresión, pero sonrió y prometió asistir.

Antes de que se levantaran de la mesa, cuando todos habían empezado ya a fumar, el ayuda de cámara de Vronski le trajo una carta en una bandeja.

—La ha traído de Vozdvízhenskoie un mensajero —dijo con una mirada significativa.

—Es increíble cómo se parece al ayudante del fiscal Sventitski —dijo uno de los invitados en francés, refiriéndose al ayuda de cámara, mientras Vronski, frunciendo el ceño, leía la carta.

Era de Anna. Antes de leerla, Vronski ya sabía lo que decía. Suponiendo que las elecciones terminarían en cinco días, le había prometido a Anna que regresaría el viernes. Ahora estaban a sábado, y Vronski sabía que contendría un montón de reproches por no haber regresado a tiempo. Vronski le había escrito la víspera para informarla de su retraso, pero era probable que la nota aún no le hubiera llegado.

No se había equivocado en cuanto al contenido, pero la forma le sorprendió y le pareció especialmente desagradable.

> Annie está muy enferma. El médico dice que puede ser una infección. Cuando estoy sola, pierdo la cabeza. La princesa Varvara, más que una ayuda, es un estorbo. Llevo esperándote dos días, y ahora te mando esta carta para saber dónde estás y qué haces. Por un momento se me ocurrió ir a buscarte, pero cambié de idea, pues sabía que eso te desagradaría. Envíame alguna respuesta para saber a qué atenerme.

La niña estaba enferma y Anna había tenido intención de ir en persona. ¡Los sufrimientos de la niña la habían llevado a adoptar ese tono tan hostil!

El contraste entre la alegría inocente de las elecciones y ese amor opresivo y sombrío, al que debía volver, sorprendió a Vronski. Pero no le quedaba más remedio que regresar, así que esa misma noche se marchó a su casa en el primer tren.

XXXII

Antes de que Vronski se marchara para participar en las elecciones, Anna, considerando que las escenas que tenían cada vez que él se ausentaba, en lugar de unirlos, acabarían enfriando sus sentimientos, hizo cuanto pudo por sobrellevar la separación con la mayor tranquilidad. Pero la mirada fría y severa que le dirigió cuando le anunció su partida la ofendió; aún no se había marchado y ella ya había perdido la serenidad.

Más tarde, cuando se quedó sola, estuvo pensando en esa mirada, con la que Vronski había expresado su derecho a la libertad, y acabó sintiendo lo mismo de siempre: la conciencia de su propia humillación. «Él tiene derecho a marcharse a cualquier sitio cuando le viene en gana. Y no sólo a marcharse, sino a abandonarme. Él tiene derecho a todo y yo a nada. No es muy delicado por su parte mostrármelo de esa manera. Y, sin embargo, ¿qué es lo que ha hecho…? Me ha mirado con expresión fría y severa. No cabe duda de que es algo indefinido e intangible, pero no sucedía antes. Por eso su mirada significa tanto: demuestra que su amor empieza a enfriarse.»

Y, aunque estaba convencida de que ese enfriamiento había empezado, no era capaz de hacer nada para que sus relaciones cambiaran. Lo mismo que antes, sólo podía tratar de retenerlo por medio de su amor y de sus atractivos. Y, como antes, únicamente sus múltiples ocupaciones durante el día y la morfina a la que recurría por la noche le permitían acallar el espantoso pensamiento de lo que podría suceder si Vronski dejara de quererla. Lo cierto es que había otro medio: no retenerlo, pues ella no necesitaba más que su amor, sino unirse a él, encontrarse en una posición en que no pudiera abandonarla. Para ello necesitaba divorciarse y casarse con él. Sintió deseos de hacerlo y decidió mostrar su conformidad en la primera ocasión en que Vronski o Stiva le hablaran del tema.

Pasó cinco días sola, sumida en tales cavilaciones. En principio ése era el tiempo que Vronski iba a pasar fuera.

Los paseos y las conversaciones con la princesa Varvara, las visitas al hospital y, sobre todo, la lectura de un libro tras otro ocupaban todo su tiempo. Pero, al sexto día, cuando el cochero regresó sin Vronski, las fuerzas la abandonaron y volvió a pensar en él y en lo que estaría haciendo. En ese momento su hija enfermó. Anna se puso a cuidarla, pero tampoco eso consiguió distraerla, tanto más cuanto que la enfermedad no era peligrosa. Por más que lo intentaba, no conseguía querer a la niña ni fingir un cariño que no sentía. Ese mismo día, al anochecer, cuando se quedó sola, decidió ir a la ciudad, pero, después de pensarlo mejor, le escribió esa carta contradictoria y, sin releerla, se la envió por medio de un mensajero. A la mañana siguiente, recibió la carta de Vronski y se arrepintió de la suya. Se imaginaba con espanto la mirada severa que le dirigiría, sobre todo cuando se enterara de que la

enfermedad de la niña no era grave. Pero, en cualquier caso, se alegraba de haberle escrito. Ahora Anna reconocía que se había convertido en una carga para Vronski, que éste lamentaría renunciar a su libertad para volver a su lado; no obstante, estaba contenta de que volviera. Le daba igual haberse convertido en una carga, quería que estuviera allí, a su lado; quería verlo, seguir todos sus movimientos.

Estaba sentada en el salón, leyendo a la luz de la lámpara el último libro de Taine, y prestaba oídos al silbido del viento, esperando a cada momento la llegada del coche. En más de una ocasión tuvo la impresión de oír el ruido de las ruedas, pero se equivocaba. Por fin oyó no sólo las ruedas, sino también los gritos del cochero y un rumor sordo en la galería de la entrada. Hasta la princesa Varvara, que estaba haciendo un solitario, confirmó sus sospechas. Anna, ruborizándose, se levantó, pero, en lugar de bajar, como había hecho ya dos veces, se detuvo. De pronto se avergonzó de su engaño y, sobre todo, se asustó de la forma en que Vronski la saludaría. El sentimiento de humillación se había desvanecido. Lo único que temía era que se mostrara descontento. Se acordó de que la niña llevaba ya dos días completamente sana. Hasta se irritó con ella por haberse restablecido en el preciso instante en que había enviado la carta. Luego pensó que Vronski estaba allí todo entero, con sus manos, con sus ojos. Oyó su voz.

—¿Qué tal está Annie? —preguntó con inquietud nada más entrar, mirando a Anna, que bajaba por la escalera.

Se sentó en una silla para que el criado le quitara las botas de invierno.

—Ya está mejor.

—¿Y tú? —dijo, sacudiéndose la nieve del abrigo. Anna cogió su mano entre las suyas y se la llevó a la cintura, sin dejar de mirarle—. Me alegro mucho —añadió, examinando con frialdad su peinado y su vestido, que Anna se había puesto para él, como bien sabía. Todo eso le gustaba, pero ¡lo había visto ya tantas veces! Y volvió a adoptar esa expresión severa e impasible que Anna tanto temía—. Me alegro mucho —repitió—. Y tú ¿estás bien? —preguntó, enjugándose la barba mojada con un pañuelo y besándole la mano.

«Me da lo mismo —pensó—, con tal de que esté aquí. Cuando está aquí tiene que amarme. No le queda otro remedio.»

Pasaron la tarde alegres y felices, en compañía de la princesa Varvara, quien se quejó de que Anna, en ausencia de Vronski, había tomado morfina.

—¿Y qué podía hacer? No conseguía conciliar el sueño… Los pensamientos me lo impedían. Cuando él está conmigo nunca la tomo. Casi nunca.

Vronski les contó cómo se habían desarrollado las elecciones, y Anna, gracias a sus preguntas, consiguió que les hablara del tema que a él más le agradaba: su propio éxito. Anna le puso al corriente de las novedades de la casa que le interesaban. Todas las nodcias que le comunicó eran de lo más alegres.

Pero ya a última hora de la tarde, cuando se quedaron solos, dándose cuenta de que volvía a tenerlo por completo en su poder, quiso disipar la penosa impresión que le había causado la mirada de Vronski, motivada por la carta.

—Reconoce que te molestó recibir mi carta. Seguro que no me creíste.

En cuanto pronunció esas palabras, se dio cuenta de que, a pesar de todo el amor que le demostraba, eso no se lo había perdonado.

—Sí —dijo Vronski—. Era una carta muy extraña. Decías que Annie estaba enferma y al mismo tiempo que querías reunirte conmigo.

—Las dos cosas eran ciertas.

—No lo dudo.

—Sí que lo dudas. Ya veo que estás descontento.

—Nada de eso. Lo único que me disgusta es que parece que no quieres entender que hay obligaciones…

—Obligaciones de asistir a un concierto…

—No hablemos de eso —dijo Vronski.

—¿Y por qué? —preguntó Anna.

—Lo único que quería decir es que a veces surgen situaciones y compromisos insoslayables. Ahora, por ejemplo, tengo que ir a Moscú para ocuparme de la casa… Ah, Anna, ¿por qué te enfadas de ese modo? ¿Es que no sabes que no puedo vivir sin ti?

—En tal caso —replicó Anna, cambiando de pronto de tono—, si esta vida te agobia tanto… Si vas a venir un día para marcharte al siguiente, como hacen…

—Esto no es justo, Anna. Estoy dispuesto a dar mi vida…

Pero Anna ya no le escuchaba.

—Si te vas a Moscú, yo también me voy. No pienso quedarme aquí. O nos separamos o vivimos juntos.

—Pero si ya sabes que no deseo otra cosa. Pero para eso…

—Se necesita el divorcio. Le escribiré. Me doy cuenta de que no puedo vivir así… Pero me marcho contigo a Moscú.

—Lo dices como si me amenazaras. Nada deseo más que no separarme de ti —dijo Vronski con una sonrisa.

Pero, al tiempo que pronunciaba esas palabras amables, asomó a sus ojos esa mirada fría y cruel de los hombres perseguidos y amargados.

Anna vio esa mirada y adivinó lo que significaba.

«¡Si es así, es una desgracia!», decían esos ojos. Fue una impresión momentánea, pero a Anna jamás se le olvidaría.

Escribió una carta a su marido pidiéndole el divorcio, y a finales de noviembre, después de despedirse de la princesa Varvara, que tenía que regresar a San Petersburgo, se trasladó con Vronski a Moscú. Mientras esperaban que llegara la



respuesta de Alekséi Aleksándrovich un día u otro, y después el divorcio, se instalaron juntos como marido y mujer.

SÉPTIMA PARTE

I

Los Levin llevaban viviendo en Moscú ya más de dos meses. Hacía mucho que había pasado el plazo en el que, según los cálculos de las personas que entendían de esas cosas, Kitty debería haber dado a luz. Pero todo seguía igual y nada hacía pensar que el momento estuviera más cercano que hacía dos meses. El médico, la comadrona, Dolly, su madre y, sobre todo, Levin, que no podía pensar sin horror en el inminente acontecimiento, empezaban a sentirse impacientes e inquietos. Sólo Kitty se sentía completamente serena y feliz.

La criatura que estaba a punto de nacer y que ya casi existía para ella había despertado en su interior un nuevo sentimiento de amor al que se entregaba con regocijo. Ya no era sólo una parte de la madre, sino que a veces vivía una vida independiente. Y, a pesar de los dolores que le causaba, Kitty sentía ganas de reír, llena de una alegría novedosa y extraña.

Todas las personas a las que quería estaban a su lado, se mostraban amables y solícitas, la colmaban de atenciones. De no haber sabido y sentido que la situación estaba a punto de terminar, no habría podido desear una existencia mejor y más agradable. Lo único que ensombrecía el encanto de esa vida era que su marido no parecía el mismo hombre del que se había enamorado y se comportaba de un modo muy distinto a como lo había hecho en el campo.

Le gustaba el tono sereno, cariñoso y amable que empleaba en el campo. En la ciudad, en cambio, parecía siempre inquieto y vigilante, como si temiera que alguien le faltara el respeto o, peor aún, ofendiera a Kitty. En el campo se sentía en su ambiente, nunca se apresuraba, jamás estaba mano sobre mano. Aquí, en cambio, siempre andaba con prisas, como si no quisiera perderse algo, pero lo cierto era que no hacía nada. Y Kitty le compadecía. Sabía que a los demás no les inspiraba lástima; al contrario, cuando lo examinaba en sociedad, como a veces se examina a una persona querida tratando de verla como si fuera desconocida, para averiguar la impresión que causa en los demás, se daba cuenta (a veces con temor, tan celosa era) de que, lejos de inspirar lástima, resultaba muy atractivo, gracias a su probidad, a su cortesía tímida y algo pasada de moda con las mujeres, a su recia figura y, sobre todo, según le parecía a ella, a su expresivo rostro. Pero Kitty no lo veía desde fuera, sino desde dentro, y se daba cuenta de que allí no era él mismo. No se le ocurría un modo mejor de describir su situación. A veces le reprochaba en su fuero interno que no supiera vivir en la ciudad; otras, en cambio, reconocía que le sería realmente difícil organizar allí su vida de un modo satisfactorio.

Y, en realidad, ¿qué podía hacer? No le gustaba jugar a las cartas. No iba al casino. Kitty sabía ahora lo que significaba relacionarse con hombres alegres como Oblonski: beber y luego frecuentar ciertos lugares. No podía pensar sin horror en esos

sitios a los que iban los hombres en tales ocasiones. ¿Frecuentar la sociedad? Pero no ignoraba que en ese caso disfrutaría de la compañía de mujeres jóvenes, y Kitty no podía desear tal cosa. ¿Quedarse en casa con ella, con su madre y con sus hermanas? Pero, por muy agradables y alegres que le parecieran a ella esas conversaciones siempre idénticas —Alinas y Nadinas,[1] como llamaba el viejo príncipe a esas charlas entre hermanas—, sabía que su marido las encontraba aburridas. ¿Qué podía hacer entonces? ¿Seguir trabajando en su libro? En un principio lo había intentado. Los primeros días había ido a la biblioteca para tomar datos y recopilar información. Pero, como le había dicho él mismo, cuanto menos hacía, menos tiempo libre le quedaba. Además, se quejaba de que en Moscú hablaba demasiado de su libro, con el resultado de que se le habían embrollado todas las ideas y había perdido el interés.

La única ventaja de la vida en la ciudad es que nunca discutían. Ya fuera porque las condiciones de vida eran distintas o porque ambos se mostraran más prudentes y razonables, el caso es que en Moscú no discutían nunca por culpa de los celos, algo que les había preocupado mucho antes de su traslado.

En ese sentido, se produjo un acontecimiento que fue muy importante para los dos: el encuentro de Kitty con Vronski.

La vieja princesa Maria Borísovna, madrina de Kitty, que siempre la había querido mucho, expresó el deseo de verla. El estado de Kitty no le permitía ir a ninguna parte, pero decidió visitar a la respetable anciana en compañía de su padre, y allí se encontró con Vronski.

Lo único que Kitty pudo reprocharse de ese encuentro fue que en el momento en que vio a Vronski vestido de paisano y reconoció esos rasgos antaño tan familiares, se le cortó la respiración, la sangre le afluyó al corazón y un intenso rubor cubrió su rostro. Pero eso sólo duró unos segundos. Antes de que su padre acabara de hablar con Vronski, a quien se dirigió a propósito en voz alta, ella estaba ya completamente preparada para mirarle y conversar con él, en caso de que fuera necesario, con la misma naturalidad con que lo habría hecho con la princesa Maria Borísovna, y, sobre todo, para que hasta la mínima entonación y la más sutil sonrisa merecieran la aprobación de su marido, cuya presencia invisible creía presentir a su lado en ese momento.

Intercambió con él algunas palabras y hasta sonrió muy tranquila cuando Vronski bromeó sobre las elecciones, que llamó «nuestro parlamento». (Había que sonreír para poner de manifiesto que se había comprendido la broma.) Pero en seguida se dirigió a la princesa Maria Borísovna y no volvió a mirarle hasta que se levantó para despedirse; entonces levantó los ojos hasta él, pero sólo porque habría sido una descortesía no mirar a un hombre que se inclina delante de ti.

Agradeció a su padre que no mencionara su encuentro con Vronski, pero, por la especial ternura que le mostró después de la visita, durante el paseo habitual,

comprendió que estaba contento de cómo se había portado. También ella estaba satisfecha de sí misma. Jamás había sospechado que tuviera las fuerzas suficientes para ahogar en lo más profundo de su corazón el recuerdo de sus anteriores sentimientos por Vronski, y no sólo aparentar indiferencia y calma en su presencia, sino sentirlas de verdad.

Levin se ruborizó mucho más que ella cuando le comunicó que había coincidido con Vronski en casa de la princesa Maria Borísovna. Le resultó muy difícil decírselo y aún más contarle los detalles del encuentro, ya que él, en lugar de hacerle preguntas, se limitaba a mirarla con el ceño fruncido.

—Lamento mucho que no estuvieras allí —dijo Kitty—. No en la misma habitación, claro… No habría podido mostrarme tan natural en tu presencia… Ahora mismo me ruborizo más, mucho más —añadió, enrojeciendo hasta las lágrimas—. Pero me habría gustado que lo hubieras visto por una ranura.

Esos ojos sinceros confirmaron a Levin que Kitty estaba satisfecha de sí misma. A pesar de haberse ruborizado, se tranquilizó en seguida y empezó a hacerle preguntas, que era lo que ella quería. Una vez que se enteró de todo, hasta del detalle de que en un primer momento no pudo por menos de ponerse colorada, aunque después se mostró tan desenvuelta y natural como con cualquier otra persona, Levin recobró su buen humor, le dijo que se alegraba mucho y que, a partir de ese momento, no se comportaría de un modo tan estúpido como lo había hecho durante las elecciones. Al contrario, en cuanto volviera a coincidir con él, trataría de ser lo más amable que pudiera.

—Es muy desagradable temer encontrarse con un hombre y considerarlo casi un enemigo —dijo Levin—. Me alegro mucho, mucho.

II

—No te olvides de visitar a los Bol —le dijo Kitty a su marido cuando entró en su habitación a las once de la mañana, antes de salir de casa—. Ya sé que vas a comer en el casino, te ha inscrito papá. Pero ¿qué vas a hacer toda la mañana?

—Sólo voy a visitar a Katavásov —respondió Levin.

—¿Tan temprano?

—Ha prometido presentarme a Metrov. Es un conocido erudito de San Petersburgo, y quería hablar con él de mi trabajo.

—¿Y el concierto? —preguntó Kitty.

—¡Cómo voy a asistir al concierto yo solo!

—Tienes que ir. Van a tocar esas piezas nuevas… que te interesaban tanto. Yo en tu lugar no me lo perdería.

—Bueno, en cualquier caso, pasaré por aquí antes de comer —añadió Levin, consultando el reloj.

—Ponte la levita, así podrás ir directamente a casa de la condesa Bol.

—¿Es imprescindible?

—¡Pues claro! El conde ha venido a vernos. Además, ¿qué te cuesta? Entras, te sientas, hablas cinco minutos del tiempo, te levantas y te vas.

—No vas a creerme, pero estoy tan desacostumbrado a hacer esas cosas que hasta me da vergüenza. Figúrate. Llega un extraño, se sienta, se queda allí sin ninguna razón, molestando a los dueños de la casa y, después de pasar él mismo un mal rato, se marcha.

Kitty se echó a reír.

—¿Es que no hacías visitas cuando estabas soltero? —preguntó.

—Sí, pero siempre me sentía incómodo. Y ahora, además, he perdido la costumbre. Te juro que preferiría pasarme dos días sin comer que hacer esa visita. ¡Me da tanta vergüenza! Me da miedo que se ofendan y me digan: «¿Para qué diablos has venido?».

—No se ofenderán, te lo aseguro —dijo Kitty, mirándole a la cara y sonriendo. A continuación le cogió la mano—. Bueno, adiós. Haz el favor de ir.

Levin se disponía ya a salir, después de besarle la mano, cuando Kitty le detuvo.

—Kostia, ¿sabes que sólo me quedan cincuenta rublos?

—En ese caso iré al banco y sacaré algo. ¿Cuánto necesitas? —preguntó con esa expresión de disgusto que Kitty conocía bien.

—No, espera —dijo ella, y le cogió la mano—. Hablemos un poco, esto me preocupa. Tengo la impresión de que no hago ningún gasto superfluo y, sin embargo, el dinero se me va de las manos. Hay algo que no hacemos bien.

—En absoluto —replicó Levin, tosiendo y mirándola de soslayo.

Kitty también sabía lo que significaba esa. tos. En una señal de que estaba muy descontento, no de ella, sino de sí mismo. Pero la causa de su disgusto no era que hubieran gastado mucho dinero, sino que le recordaran que las cosas no iban bien, algo que quería olvidar.

—He ordenado a Sókolov que venda el trigo y que cobre por adelantado el dinero del molino. En cualquier caso, tendremos dinero.

—Pero, en general, me da miedo que sea mucho…

—En absoluto, en absoluto —repitió—. Bueno, adiós, querida.

—Te aseguro que a veces me arrepiento de haberle hecho caso a mi madre. ¡Con lo bien que estaríamos ahora en el campo! Os estoy atormentando a todos y no hacemos más que gastar dinero.

—En absoluto, en absoluto. Desde que nos casamos no se me ha pasado por la cabeza ni una sola vez que pudiera estar mejor de como estoy ahora…

—¿De verdad? —preguntó Kitty, mirándole a los ojos.

Levin lo había dicho sin pensar, con la única intención de tranquilizarla. Pero, cuando la miró y vio esos ojos sinceros examinándole con aire inquisitivo, lo repitió de todo corazón. «La verdad es que me estoy olvidando de ella.» Y se acordó de ese acontecimiento inminente.

—¿Falta poco? ¿Cómo te encuentras? —susurró Levin, cogiéndole ambas manos.

—Me he equivocado tantas veces en los cálculos que ya no estoy segura de nada.

—¿Y no tienes miedo?

Kitty sonrió con cierto desdén.

—Ni pizca —dijo.

—Si se produce alguna novedad, ya sabes que estoy en casa de Katavásov.

—No, no sucederá nada, no te preocupes. Voy a dar un paseo por el bulevar con papá. Pasaremos por casa de Dolly. Te espero antes de la comida. ¡Ah, sí! ¿Sabes que la situación de Dolly se está volviendo realmente insostenible? Está cargada de deudas y no tiene dinero. Ayer mamá y yo estuvimos hablando con Arseni —así se llamaba al príncipe Lvov, el marido de su hermana Natalia—, y decidimos que él y tú le leáis la cartilla a Stiva. Las cosas no pueden seguir así. Y con papá no se puede hablar de este tema… Pero si Arseni y tú…

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó Levin.

—Bueno, como vas a ir a casa de Arseni, habla con él. Te dirá lo que hemos decidido.

—Vale, pero ya sabes que con Arseni siempre estoy de acuerdo. Entonces, iré a verlo. Por cierto, en caso de que asista al concierto, iré en compañía de Natalia. Bueno, adiós.

En la entrada lo detuvo Kuzmá, su viejo criado de los tiempos de soltero, que ahora se ocupaba de su casa de la ciudad.

—Han vuelto a ponerle herraduras a Krasavchik —era el caballo que enganchaban a la izquierda, que habían traído del campo—, pero sigue cojeando —dijo—. ¿Qué quiere que haga?

Al principio de su estancia en Moscú, Levin se ocupaba de los caballos que se había llevado de la finca. Quería organizar ese asunto lo mejor posible y del modo más barato. Pero acabó comprendiendo que tener sus propios caballos salía más caro que tomar coches de alquiler, algo que a veces era inevitable.

—Manda llamar al veterinario. Puede que tenga una herida.

—¿Y cómo va a ir Katerina Aleksándrovna? —preguntó Kuzmá.

A Levin ya no le asombraba, como en los primeros tiempos de su estancia en Moscú, que para trasladarse de Vozdvízhenka a Sívtsey Brázhek fuera necesario enganchar dos robustos caballos a un pesado carruaje, recorrer un cuarto de versta por la nieve fangosa y dejarlos a la intemperie cuatro horas, pagando por ello cinco rublos. Ahora ya le parecía natural.

—Dile al cochero que traiga un par de caballos para nuestro carruaje —dijo.

—Como ordene, señor.

Y, después de resolver de forma tan sencilla y fácil, gracias a las condiciones de la ciudad, un contratiempo que en el campo habría requerido tantos esfuerzos y desvelos personales, Levin salió a la calle, llamó un coche, se subió y se dirigió a la calle Nikítskaia. Por el camino ya no pensaba en el dinero, sino en su encuentro con ese erudito petersburgués, experto en cuestiones de sociología, con quien iba a hablar de su libro.

Sólo en los primeros días que pasó en Moscú se sorprendió de los gastos improductivos pero inevitables, tan extraños para un hombre acostumbrado a la vida en el campo, que le exigían por todas partes. Ahora ya se había acostumbrado. En ese sentido, le sucedía lo mismo que a los borrachos, según el dicho popular: sólo cuesta trabajo engullir la primera copa, después es como beber agua. Cuando Levin cambió el primer billete de cien rublos para pagar las libreas del lacayo y del portero, no pudo dejar de pensar que nadie las necesitaba; no obstante, debían de ser imprescindibles, a juzgar por la sorpresa de la princesa y de Kitty cuando insinuó que podían pasarse sin ellas. Esas libreas costarían lo mismo que dos braceros contratados para todo el verano, es decir, cerca de trescientos días laborables, desde la semana de Pascua hasta el último día de Carnaval, trabajando de firme de sol a sol. El primer billete de cien rublos había sido como la primera copa. El siguiente, cambiado para comprar las provisiones necesarias para ofrecer una comida a los parientes —en total había gastado veintiocho rublos—, no removió en su interior tantos escrúpulos, aunque no pudo dejar de pensar que esa suma equivalía a casi diecinueve hectolitros de avena, cosechada, agavillada, trillada, aventada y metida en sacos a costa de grandes esfuerzos y sudores. Ahora ya no pensaba en tales cosas cuando cambiaba billetes,

que volaban como pajarillos. Hacía ya mucho tiempo que no reflexionaba sobre la correspondencia entre el trabajo necesario para la adquisición de ese dinero y el placer que procuraban las cosas que se compraban con él. También se había olvidado de los cálculos que había hecho para no vender el grano por debajo de cierto precio. A pesar de sus largas luchas para que el centeno no perdiera un ápice de su valor, acabó vendiéndolo por cincuenta kopeks menos la medida de lo que le habían ofrecido un mes antes. Ni siquiera tenía en cuenta la consideración de que, si seguían gastando de esa manera, sería imposible llegar a fin de año sin contraer deudas. Sólo le preocupaba una cosa: tener dinero en el banco, sin preguntarse de dónde procedía, para poder pagar la comida del día siguiente. Y hasta entonces esos cálculos no le habían fallado: siempre había tenido dinero en el banco. Pero ahora el fondo se había agotado y no sabía de dónde sacar más. Por eso se había disgustado cuando Kitty aludió a la cuestión, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Todas sus reflexiones se ocupaban de Katavásov y del encuentro inminente con Metrov.

III

Durante su estancia en Moscú Levin había vuelto a frecuentar a su antiguo compañero de universidad, el profesor Katavásov, a quien no había vuelto a ver desde el día de la boda. Le gustaban la claridad y la sencillez con que su amigo contemplaba la vida. Atribuía esa claridad a la limitación de su naturaleza. Por su parte, Katavásov creía que la inconsecuencia de las ideas de Levin se debía a su falta de disciplina mental. Pero a Levin le agradaba la claridad de Katavásov, y a éste le gustaba la abundancia de ideas indisciplinadas de aquél. A ambos les procuraba un enorme placer encontrarse y discutir.

Levin le había leído ciertos pasajes de su obra, que recibieron el beneplácito de su amigo. La víspera, al coincidir con él en una conferencia pública, Katavásov le había dicho que el célebre Metrov, uno de cuyos artículos tanto le había gustado a Levin, se hallaba en Moscú y había mostrado tanto interés por lo que le había contado de su obra que había quedado en acudir a casa de su viejo amigo al día siguiente, a las once de la mañana, donde albergaba la esperanza de conocerlo.

—La verdad es que se está usted corrigiendo, amigo. Es un placer verle —dijo Katavásov, recibiendo a Levin en un saloncito—. Cuando he oído la campanilla, he pensado: ¿es posible que haya llegado puntual…? Bueno, ¿qué me dice de los montenegrinos? Son guerreros por naturaleza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Levin.

En pocas palabras, Katavásov le puso al corriente de las últimas novedades; a continuación entró en su despacho y le presentó a un señor robusto, bajo de estatura y de aspecto agradable. Era Metrov. Durante unos minutos la conversación se ocupó de cuestiones políticas y de lo que se comentaba en las altas esferas de San Petersburgo a propósito de los últimos acontecimientos. Metrov repitió las palabras que, según le había contado una fuente digna de todo crédito, habrían pronunciado el emperador y uno de los ministros. Katavásov, por su parte, afirmó que el emperador había dicho justo lo contrario, como le había informado una fuente no menos fidedigna. Levin trató de imaginar una situación en que ambas declaraciones hubieran sido posibles, y al poco rato cambiaron de tema.

—Está terminando de escribir un libro sobre las condiciones naturales del campesino en relación con la tierra —dijo Katavásov—. No soy un especialista en la materia, pero, como naturalista, me ha gustado que no sitúe al ser humano fuera de las leyes zoológicas, sino que, por el contrario, considere que depende del ambiente y busque las leyes del desarrollo en esa dependencia.

—Es muy interesante —dijo Metrov.

—La verdad es que había empezado a escribir un libro sobre agricultura, pero poco a poco me he ido centrando en el principal instrumento de la economía rural, el

trabajador —dijo Levin, ruborizándose—, y al final he llegado a conclusiones completamente inesperadas.

Y Levin se puso a exponer su punto de vista con muchas precauciones, como si estuviera tanteando el terreno. Sabía que Metrov había escrito un artículo contrario a la teoría económico-política comúnmente aceptada, pero desconocía hasta qué punto encontraría comprensión para sus novedosos planteamientos, y el rostro sereno e inteligente del erudito no le permitía adivinarlo.

—Pero ¿qué condiciones del campesino ruso considera usted que son especiales? —preguntó Metrov—. ¿Las zoológicas, por decirlo de algún modo, o las propias de su vida?

La pregunta llevaba implícita una idea con la que Levin no podía estar de acuerdo. No obstante, siguió exponiendo su teoría de que el campesino ruso tenía una visión de la tierra completamente distinta de la de los demás pueblos. Y, para demostrarlo, se apresuró a añadir que, en su opinión, esa visión del pueblo ruso procedía de la conciencia de que estaba destinado a poblar las inmensas regiones deshabitadas que se extendían al este.

—Es fácil cometer errores cuando se extraen conclusiones sobre la misión general de un pueblo —dijo Metrov, interrumpiendo a Levin—. La condición de los campesinos siempre dependerá de la relación con la tierra y el capital.

Y, sin dejar que Levin acabara de exponer su idea, Metrov empezó a explicarle las particularidades de su propia teoría.

Levin no acabó de entender qué tenía de especial, entre otras cosas porque no se esforzó en comprenderla. Se daba cuenta de que Metrov, lo mismo que otros, a pesar de que había escrito un artículo en el que refutaba las enseñanzas de los economistas, consideraba la posición del campesino ruso exclusivamente desde el punto de vista del capital, de los jornales y de la renta. Aunque tenía que reconocer que en la parte oriental de Rusia, la de mayor extensión del país, la renta seguía siendo nula, los jornales de las nueve décimas partes de la población, que ascendía a ochenta millones de personas, apenas daban para subsistir, y el capital sólo existía bajo la forma de instrumentos rudimentarios. No obstante, seguía estudiando a los campesinos exclusivamente bajo ese aspecto, aunque en muchos puntos no estaba de acuerdo con los economistas y tenía su propia teoría sobre los jornales, que le expuso a Levin.

Éste le escuchó de mala gana y al principio puso algunas objeciones. Quería interrumpir a Metrov para comunicarle su propia idea, que, en su opinión, haría innecesaria cualquier explicación ulterior. Pero luego, convenciéndose de que sus puntos de vista eran tan opuestos que jamás llegarían a ponerse de acuerdo, dejó de contradecirle y se limitó a escuchar. Aunque lo que decía Metrov ya no le interesaba lo más mínimo, experimentaba cierta satisfacción al escucharle. Que un erudito tan eminente le comunicara sus ideas con tanto entusiasmo, tanta atención y tanta

confianza en sus conocimientos sobre la materia halagaba su amor propio. A veces se refería con una mera alusión a todo un aspecto de la cuestión, algo que Levin atribuía a sus propios méritos, sin darse cuenta de que Metrov, que ya había tratado la cuestión con todos sus amigos íntimos, estaba más que dispuesto a hablar de ese detalle, que aún no acababa de tener del todo claro, con cualquier nuevo conocido.

—Se nos está haciendo tarde —dijo Katavásov, consultando su reloj, en cuanto Metrov dio por terminada su exposición—. Sí, hoy se celebra una reunión de la Sociedad de Aficionados para celebrar el cincuentenario de Svíntich —añadió, en respuesta a la pregunta de Levin—. Piotr Ivánich y yo tenemos que asistir. He prometido hablar de los trabajos de Svíntich sobre zoología. Venga con nosotros. Será muy interesante.

—Sí, la verdad es que ya es hora de que nos vayamos —dijo IMetrov—. Venga con nosotros. Desde allí, si quiere, podemos ir a mi casa. Me gustaría mucho que me diera más detalles de su trabajo.

—No. ¿Para qué? Aún no está terminado. Pero les acompañaré con mucho gusto a la reunión.

—¿Se han enterado ustedes, señores? Se ha presentado una resolución independiente —exclamó Katavásov desde otra habitación, mientras se ponía el frac.

Y se pusieron a hablar de la universidad, una cuestión de gran relevancia ese invierno en Moscú. Tres catedráticos viejos no habían aceptado en el Consejo la opinión de sus colegas más jóvenes, y éstos habían presentado una resolución independiente. Según unos, esa resolución era terrible; según otros, muy correcta y atinada. El caso es que los catedráticos se habían dividido en dos grupos.

Unos, entre los que se encontraba Katavásov, atribuían a la facción contraria una actitud engañosa y falsa y la acusaban de instaurar un ambiente de denuncia; otros la consideraban pueril y poco respetuosa con las autoridades. Aunque Levin no pertenecía a la universidad, desde que estaba en Moscú había oído hablar de ese asunto en varias ocasiones y hasta se había formado su propia opinión al respecto. Por tanto, pudo tomar parte en la conversación, que se prolongó a lo largo de todo el camino que les llevó al viejo edificio de la universidad.

La sesión ya había empezado… Alrededor de la mesa a la que sentaron Katavásov y Metrov, cubierta con un paño, había seis personas. Una de ellas, inclinada sobre un manuscrito, leía algo. Levin tomó asiento en una silla vacía, que había al lado de la mesa, y preguntó en voz baja a un estudiante qué era lo que estaban leyendo. El estudiante le miró con cara de pocos amigos y le dijo:

—La biografía.

Aunque a Levin no le interesaba la biografía del sabio, no pudo por menos de escuchar, y se enteró de algunos detalles nuevos e interesantes de la vida de ese científico eminente.

Cuando el lector concluyó, el presidente le dio las gracias y leyó un poema que el poeta Ment había enviado con motivo de la conmemoración, con unas palabras de gratitud al poeta. Después Katavásov leyó con su voz fuerte y chillona una ponencia sobre los trabajos científicos del homenajeado.

Cuando concluyó, Levin consultó su reloj y vio que ya era más de la una. Pensó que no tendría tiempo de leerle su obra a Metrov antes del concierto; además, ya no le apetecía. Durante la lectura había estado dándole vueltas a la conversación que habían tenido y había llegado a la conclusión de que, por muy importantes que pudieran ser las ideas de Metrov, también lo eran las suyas. Esas ideas sólo podrían esclarecerse y conducir a algo siempre que cada uno trabajara por separado, siguiendo su propio camino. En cambio, intercambiar ideas no conduciría a nada. Una vez tomada la decisión de rechazar la invitación de Metrov, se acercó a él al final de la sesión. Metrov le presentó al presidente, con el que estaba hablando de las últimas novedades políticas. Metrov le contó al presidente lo mismo que ya le había dicho a Levin, y éste hizo las mismas observaciones que por la mañana, pero, por darles cierto aire novedoso, añadió un par de consideraciones que se le ocurrieron en ese momento. Después volvieron a ocuparse de la cuestión universitaria. Como Levin ya había oído todas esas cosas, se apresuró a comunicarle a Metrov que, sintiéndolo mucho, no podía aceptar su proposición. A continuación se despidió y se dirigió a casa de Lvov.

IV

Lvov, que se había casado con Natalia, hermana de Kitty, había pasado toda su vida en capitales y en el extranjero, donde se había educado y había desempeñado diversos cargos diplomáticos.

El año anterior había interrumpido su carrera, no porque hubiera sufrido algún contratiempo (no discutía nunca con nadie), y había entrado al servicio de la casa imperial en Moscú, con la intención de dar una mejor educación a sus dos hijos.

A pesar de que sus opiniones y costumbres no podían ser más contrarias y de que Lvov era mayor que Levin, a lo largo de ese invierno habían intimado mucho y habían llegado a ser buenos amigos.

Lvov estaba en casa y Levin entró sin hacerse anunciar.

Cómodamente instalado en un sillón, con una chaqueta larga provista de cinturón, unas zapatillas de ante y un *pince-nez*[2] de cristales azules, estaba leyendo un libro colocado en un atril, sosteniendo cuidadosamente con su delicada mano un cigarro a medio consumir.

Su atractivo rostro, fino y aún joven, al que sus brillantes y rizados cabellos plateados daban un aire aún más distinguido, se iluminó con una sonrisa en cuanto vio a Levin.

—¡Estupendo! Estaba a punto de enviar a alguien en su busca. ¿Cómo está Kitty? Siéntese aquí, estará más cómodo… —Lvov se levantó y le acercó a Levin una mecedora—. ¿Ha leído usted la última circular del *Journal de St. Pétersbourg?*[3] Me ha parecido excelente —dijo con un acento ligeramente francés.

Levin le refirió los rumores que, según Katavásov, corrían por San Petersburgo. Después de charlar un rato de política, le contó que había conocido a Metrov y que había asistido a una sesión en la universidad. A Lvov eso le interesó mucho.

—Le envidio que tenga usted acceso a ese mundo científico tan interesante —dijo, y a continuación pasó a hablar en francés, como tenía por costumbre, pues en esa lengua se expresaba mejor—. La verdad es que no dispongo de tiempo. Los deberes de mi cargo y las ocupaciones con los niños me lo impiden. Además, si le soy sincero, carezco de la instrucción necesaria.

—No lo creo —replicó Levin con una sonrisa, maravillado, como siempre, de la baja opinión que tenía ese hombre de sí mismo, pues sabía que era totalmente sincero, que no había en sus palabras la menor sombra de falsa modestia.

—¡Ah, así es! Ahora me doy cuenta de lo deficiente que es mi formación. Cuando tengo que enseñarle algo a mis hijos, me veo en la necesidad de refrescar la memoria e incluso de estudiar. Porque no basta con tener profesor; debe haber también un supervisor, del mismo modo que en su finca es preciso que alguien vigile a los campesinos. Mire lo que estoy leyendo —añadió, señalando la gramática de Busláiev,

[4] que descansaba en el atril—.

Misha tiene que aprendérsela y es tan difícil… A ver si puede explicarme esto. Aquí se dice…

Levin trató de explicarle que aquello no había manera de comprenderlo, que era necesario aprendérselo sin más. Pero Lvov no estaba de acuerdo.

—¡Se está riendo usted de mí!

—Al contrario. No puede usted imaginarse hasta qué punto me sirve de ejemplo ver lo que hace usted. También yo tendré que educar a mis hijos.

—Pues no creo que aprenda nada de mí —dijo Lvov.

—Lo único que sé es que no he visto unos niños mejor educados que los suyos y que no deseo para los míos nada mejor —replicó Levin.

Lvov trató de reprimir la alegría que embargó su corazón, pero una sonrisa iluminó su rostro.

—Me conformo con que sean mejores que yo. No pido nada más. No sabe usted el trabajo que supone ocuparse de unos niños como los míos, cuya educación ha sido descuidada por nuestra vida en el extranjero.

—Saldrán adelante. Son unos chicos muy listos. Lo más importante es la educación moral. Eso es lo que aprendo yo cuando veo a sus hijos.

—Habla usted de educación moral. ¡No puede imaginarse lo difícil que es! Apenas se ha superado un obstáculo, surgen otros, y de nuevo empieza la lucha. Si no fuera por el apoyo de la religión… Como ya le he dicho en otra ocasión, sin esa ayuda ningún padre sería capaz de educar a sus hijos.

La entrada de la bella Natalia Aleksándrovna, vestida ya para salir, puso fin a esa conversación tan interesante para Levin.

—No sabía que estaba usted aquí —dijo, alegrándose de interrumpir una conversación que había oído miles de veces y que la aburría muchísimo—. ¿Qué tal está Kitty? Hoy voy a comer en su casa. Entonces, Arseni —añadió, dirigiéndose a su marido—, ¿vas a llevarte el coche…?

Y marido y mujer se comunicaron sus planes para ese día. Como Lvov tenía que encontrarse con alguien por razones del servicio y Natalia se proponía asistir al concierto y a una reunión pública del Comité del Sudeste, había que tomar en consideración muchas cosas, y tratar de resolverlas. Levin, como un miembro más de la familia, tuvo que tomar parte en los planes. Decidieron que acompañaría a Natalia al concierto y a la reunión pública. Después, enviarían el coche a la oficina de Arseni, que recogería a su mujer y la llevaría a casa de Kitty. En caso de que no le diera tiempo a terminar sus asuntos, enviaría el coche y Levin iría con Natalia.

—Este hombre me está echando a perder —dijo Lvov a su mujer—. Asegura que nuestros hijos son encantadores cuando me consta que dejan mucho que desear.

—Arseni siempre está pasando de un extremo al otro. Mira que se lo digo —

afirmó Natalia—. Si busca uno la perfección, nunca estará satisfecho. Es verdad lo que dice papá: cuando nos educaban a nosotros, se tendía a un extremo. Nos tenían siempre en el entresuelo, mientras nuestros padres vivían en el primer piso. Ahora sucede lo contrario, los niños están en el primer piso y los padres en la buhardilla. Los padres ya no tienen ninguna vida, lo sacrifican todo por los hijos.

—¿Y qué, si resulta más agradable? —preguntó Lvov, dedicando a su mujer una de sus sonrisas encantadoras y acariciándole la mano—. Quien no te conociera pensaría que, más que una madre, eres una madrastra.

—No, los extremos no son buenos en ningún caso —replicó Natalia con serenidad, poniendo en su sitio del escritorio la plegadera de su marido.

—Bueno, venid aquí, niños perfectos —dijo Lvov.

Levin se volvió y vio en la puerta a dos hermosos niños que, después de saludarle, se acercaron a su padre, con el propósito evidente de preguntarle algo.

A Levin le habría gustado hablar con ellos, escuchar lo que le decían a su padre, pero Natalia le dirigió la palabra, y a continuación apareció un compañero de Lvov, Majotin, con el uniforme de la corte, que venía a buscar al dueño de la casa para ir en su compañía a recoger a aquel personaje importante. Se inició entonces una conversación interminable sobre Herzegovina, sobre la princesa Korzínskaia, sobre la duma y sobre la repentina muerte de la señora Apráksina.

Levin se había olvidado por completo del encargo que le había hecho su mujer. No lo recordó hasta que salió al vestíbulo.

—Ah, Kitty me ha pedido que hable contigo de la situación de Oblonski —dijo, cuando Lvov se detuvo en la escalera, para despedirse de su mujer y de él.

—Sí, sí, *maman* quiere que los *beaux frères* le llamemos al orden —dijo, sonriendo y poniéndose colorado—. Pero ¿por qué tengo que hacerlo yo?

—Entonces me encargaré yo —dijo Natalia que, envuelta en su capa blanca de piel de perro, esperaba con una sonrisa en los labios a que acabara la conversación—. Bueno, vamos.

V

En el concierto matinal iban a interpretarse dos piezas muy interesantes: una fantasía titulada *El rey Lear de la estepa* y un cuarteto dedicado a la memoria de Bach. Ambas obras eran nuevas, imbuidas del espíritu de los tiempos, y Levin quería forjarse su propia opinión. Después de acompañar a Natalia a su butaca, se instaló al pie de una columna y se dispuso a escuchar con la mayor atención y concentración posibles. Trataba de no distraerse y, para no echar a perder la impresión musical, procuraba no mirar al director de orquesta que, con sus gestos y su corbata blanca, siempre acababa desviando la atención del oyente; a las señoras con sus sombreros, que con tanto mimo habían engarzado las cintas por encima de las orejas para acudir al concierto, así como todos esos rostros que, o bien mostraban indiferencia o trasparentaban intereses que no guardaban la menor relación con la música. Hizo todo lo posible por evitar cualquier encuentro con entendidos en materia de música y espectadores charlatanes, y se quedó inmóvil en su sitio, escuchando con la mirada baja.

Pero, cuanto más escuchaba la fantasía del rey Lear, menos capaz se sentía de formarse una opinión definida. A cada momento parecía iniciarse la expresión musical de un sentimiento, pero al punto se deshacía en fragmentos de nuevas expresiones musicales, y a veces en sonidos extremadamente complejos que no guardaban ninguna relación entre sí y sólo obedecían al capricho del compositor. Pero hasta esos fragmentos de expresiones musicales, buenos a veces, resultaban desagradables porque eran completamente imprevistos y no habían sido preparados con el debido cuidado. La alegría y la tristeza, la desesperación, la ternura y el triunfo irrumpían sin la menor justificación, como si se tratara de las emociones de un loco. Y, como sucede con los locos, se desvanecían de manera inesperada.

Durante la ejecución se sintió como un sordo contemplando unos bailarines. Cuando la pieza terminó, no cabía en sí de perplejidad y sentía una extremada fatiga, motivada por la tensa atención con que había seguido la obra, que no había recibido recompensa alguna. Por todas partes se oyeron estruendosos aplausos. Todos los espectadores se levantaron, empezaron a ir de un lado para otro, intercambiaron impresiones. Pensando que tal vez las impresiones ajenas le ayudarían a disipar un tanto su desconcierto, Levin buscó la compañía de los entendidos, y se alegró al ver que uno de los más reputados expertos estaba charlando con Pestsov, a quien Levin conocía.

—¡Impresionante! —decía Pestsov con su profunda voz de bajo—. Buenos días, Konstantín Dmítrich. El pasaje en que se percibe el acercamiento de Cordelia, en que la mujer, *das ewig Weibliche,* [5] se apresta a luchar con el destino es particularmente gráfico, escultural y rico en colores, por decirlo de alguna manera. ¿No es verdad?

—Pero ¿qué tiene que ver Cordelia con todo eso? —preguntó Levin tímidamente, olvidando por completo que aquella fantasía representaba al rey Lear de la estepa.

—Pues claro que aparece Cordelia… Aquí lo tiene —replicó Pestsov, dando golpecitos con los dedos en el programa de papel satinado que tenía en la mano y tendiéndoselo a su amigo.

Sólo entonces se acordó Levin del título de la fantasía y se apresuró a leer los versos de Shakespeare, en traducción rusa, impresos en el reverso del programa.

—Sin esto es imposible seguir la obra —dijo Pestsov, dirigiéndose a Levin, porque su otro interlocutor se había marchado y no tenía nadie más con quien hablar.

Durante el entreacto Levin y Pestsov se pusieron a discutir sobre las virtudes y los defectos de la música de orientación wagneriana. Levin trataba de demostrar que el error de Wagner y de todos sus seguidores consistía en querer que la música penetrara en el dominio de otro arte, de la misma manera que la poesía se equivocaba cuando describía los rasgos de una cara, algo que corresponde a la pintura, y, a modo de ejemplo, le habló de un escultor al que se le había ocurrido cincelar en mármol las sombras de las imágenes poéticas, surgiendo alrededor de la figura del poeta en el pedestal.

—Esas figuras se parecen tan poco a sombras que tienen que apoyarse en una escalera —dijo Levin.

Aunque aquella frase le gustó, no pudo por menos de turbarse, pues tenía la sospecha de haberla pronunciado antes, precisamente delante de Pestsov.

Por su parte, Pestsov defendía que el arte es uno y que sólo puede alcanzar sus manifestaciones más altas cuando sus diferentes géneros se unen.

A Levin le fue imposible escuchar la segunda pieza del concierto. Pestsov se había quedado a su lado y estuvo casi todo el tiempo hablando con él. Criticó la obra por su sencillez superflua, empalagosa y afectada, comparándola con la sencillez de la pintura de los prerrafaelitas. Al salir, Levin se encontró con muchos otros conocidos, con los que habló de política, de música y de amigos comunes. Entre otros, se encontró con el conde Bol, a quien había olvidado por completo visitar.

—Bueno, puede ir ahora —le dijo Natalia, cuando le comentó lo que le había pasado—, aunque tal vez no le reciban. Después pase a buscarme a la reunión. Estaré todavía allí.

VI

—¿Reciben hoy los señores? —preguntó Levin, entrando en el vestíbulo de la casa de la condesa Bol.

—Sí, haga el favor de pasar —respondió el portero, quitándole con resolución la pelliza.

«¡Qué fastidio! —pensó Levin, quitándose los guantes con un suspiro y alisando el sombrero—. ¿Para qué habré venido? ¿De qué voy a hablar con esta gente?»

Al atravesar el primer salón, se encontró en la puerta con la condesa Bol, que estaba dando órdenes a un criado con expresión grave y preocupada. Al ver a Levin, sonrió y le invitó a que pasara al saloncito contiguo, del que llegaba un rumor de voces. Allí estaban las hijas de la condesa, sentadas en sendos sillones, y un coronel de Moscú al que Levin conocía. Después de dar unos pasos, les saludó y se sentó en el sofá con el sombrero en las rodillas.

—¿Qué tal está su mujer? ¿Ha asistido usted al concierto? Nosotras no hemos podido. Mamá ha tenido que acudir a un funeral.

—Sí, algo he oído… ¡Qué muerte tan repentina! —dijo Levin.

Entró la condesa, se sentó en el sofá y le preguntó también por su mujer y por el concierto.

Después de responderle, Levin repitió el comentario sobre la repentina muerte de Apráksina.

—Siempre estuvo muy delicada de salud.

—¿Asistió usted ayer a la ópera?

—Sí.

—Lucca[6] estuvo muy bien.

—Sí, muy bien —dijo. Y, como le daba completamente igual lo que pensaran de él, empezó a repetir lo que había oído cientos de veces sobre el enorme talento de dicha cantante.

La condesa Bol hizo como si escuchara. Cuando Levin consideró que ya había hablado bastante, se calló. En ese momento el coronel, que había guardado silencio hasta entonces, se puso a hablar. Después de dedicar unas palabras también a la ópera, se refirió al alumbrado. Por último, después de mencionar la proyectada *folie journée*[7] en casa de Tiurin, se echó a reír, se levantó ruidosamente y se marchó. Levin también se puso en pie, pero, por la cara de la condesa, se dio cuenta de que era pronto para irse. Tenía que quedarse un par de minutos más. Volvió a sentarse.

No obstante, como no podía dejar de pensar que todo aquello era una estupidez, no encontró ningún tema de conversación y guardó silencio todo el rato.

—¿No va a asistir usted a la reunión pública? Dicen que será muy interesante —dijo la condesa.

—No, pero he prometido a mi *belle soeur* que la recogería allí —replicó Levin.

Se produjo un silencio. La madre y una de las hijas intercambiaron una mirada.

«Bueno, creo que ahora es el momento de irse», pensó Levin, poniéndose en pie.

Las señoras le estrecharon la mano y le rogaron que transmitiera a su mujer *mille choses*[8] de su parte.

Mientras le sujetaba la pelliza, el portero le preguntó:

—¿Dónde se aloja el señor?

Y a continuación anotó la dirección en una libreta grande y bien encuadernada.

«Ni que decir tiene que todo esto me da igual, pero en cualquier caso es embarazoso y terriblemente estúpido», pensó Levin, consolándose con la idea de que todo el mundo hacía lo mismo. Y se dirigió a la reunión pública del Comité, donde tenía que recoger a su cuñada para volver juntos a casa.

En la reunión pública del Comité había mucha gente y casi toda la buena sociedad. Levin llegó a tiempo para oír el informe que, según decía todo el mundo, era muy interesante. Cuando terminó la lectura, se formaron diversos grupos. Levin se encontró con Sviazhski, que insistió en que acudiera esa misma tarde a una reunión de la Sociedad Agrícola en la que iba a leerse un documento muy importante, con Stepán Arkádevich, que acababa de llegar de las carreras, y con muchos otros conocidos. Levin expuso y escuchó diversos juicios sobre la reunión, sobre una comedia nueva y sobre un proceso. Al hablar de esa última cuestión, la fatiga mental que empezaba a experimentar le hizo cometer un error que luego lamentó más de una vez. Después de referirse a la condena que iba a imponerse a un extranjero que había sido juzgado en Rusia y de expresar el parecer de que sería injusto castigarlo con la expulsión del país, repitió una frase que había oído la víspera mientras charlaba con un conocido.

—Creo que expulsarlo sería como castigar a un lucio arrojándolo al agua —dijo Levin. Sólo más tarde se dio cuenta de que esa idea, que había soltado como si fuera suya, procedía de una fábula de Krilov[9], y que el conocido al que se la había oído la había leído en un artículo de periódico.

Después de llevar a Natalia a su casa, donde encontró a Kitty feliz y contenta, se dirigió al casino.

VII

Levin llegó justo a tiempo, pues en ese mismo momento entraban diversos socios e invitados. Hacía mucho tiempo que no ponía el pie en el casino, desde la época en que concluyó sus estudios universitarios, cuando vivía en Moscú y frecuentaba la alta sociedad. Guardaba un recuerdo bastante preciso del edificio y de los detalles externos de la decoración, pero se había olvidado por completo de la impresión que le causaba en aquellos tiempos. No obstante, en cuanto entró en el espacioso patio semicircular, se apeó del coche y se internó en el vestíbulo, donde un conserje con una banda al pecho salió a recibirle, le abrió la puerta sin hacer ruido y le saludó; en cuanto vio en la portería los chanclos y las pellizas de los socios, que habían comprendido que les costaba menos trabajo quitárselos abajo que subir con ellos; en cuanto oyó el misterioso tañido que anunciaba su llegada y contempló la estatua en el rellano, mientras subía por la alfombrada escalera de peldaños bajos, y vislumbraba en la puerta de arriba a un tercer portero que le resultaba familiar, ya mayor y con la librea del casino, que le abrió la puerta sin prisas pero sin excesiva demora, mientras lo examinaba, se sintió imbuido del viejo ambiente del casino, un ambiente de reposo, bienestar y decoro.

—Su sombrero, por favor —le dijo el portero. Levin, había olvidado la norma del casino de dejar el sombrero en la portería—. Hace tiempo que no le veíamos por aquí. El príncipe lo inscribió a usted ayer. Stepán Arkádevich no ha llegado todavía.

El portero no sólo conocía a Levin, sino que estaba al tanto de quiénes eran sus conocidos y familiares, y en un momento mencionó a todos sus allegados.

Después de atravesar la primera sala, en la que había unos biombos, y la habitación de la derecha, donde se vendía fruta, Levin, adelantando a un anciano que andaba muy despacio, entró en el ruidoso comedor, atestado de gente.

Pasó a lo largo de las mesas, casi todas ocupadas, mirando a los presentes. Había gente de lo más diversa, viejos y jóvenes, algunos amigos suyos y otros a los que apenas conocía. No vio un solo semblante ceñudo o atribulado. Era como si hubieran dejado en la portería, junto con el sombrero, todas sus inquietudes y preocupaciones, como si se hubieran reunido para disfrutar sin prisas de los bienes materiales de la vida. Allí estaban Sviazhski, Scherbatski, Nevedovski, el viejo príncipe, Vronski y Serguéi Ivánovich.

—¡Ah! ¿Por qué llegas tan tarde? —preguntó el príncipe, sonriendo, al tiempo que le tendía la mano por encima del hombro—. ¿Qué tal está Kitty? —añadió, arreglándose la servilleta, que había remetido en el ojal del chaleco.

—Muy bien. Están comiendo en casa las tres juntas.

—¡Ah, Alinas y Nadinas! Bueno, aquí no tenemos sitio. Vete corriendo a esa mesa, queda una silla libre —dijo el viejo príncipe y, volviéndose, cogió con cuidado

el plato de sopa de pescado que le ofrecía un camarero.

—¡Levin, aquí! —gritó a cierta distancia una voz bonachona. Era Turovtsin. Estaba sentado en compañía de un militar joven y a su lado había dos sillas reservadas. Levin se acercó de buena gana. Siempre le había caído simpático ese joven bondadoso y juerguista, entre otras cosas porque le recordaba la velada en que había pedido la mano de Kitty. Y ahora, después de esas conversaciones que requerían tanto esfuerzo intelectual, el aspecto campechano de Turovtsin se le antojó especialmente agradable—. Son para usted y para Oblonski. Llegará en seguida.

El militar de ojos alegres y risueños, sentado muy erguido en la silla, era Gaguin. Turovtsin se lo presentó.

—Oblonski siempre llega tarde.

—Ahí está.

—¿Acabas de llegar? —preguntó Oblonski, acercándose rápidamente a ellos—. ¿Qué tal? ¿Has tomado vodka? Pues entonces ven conmigo.

Levin se levantó y fue con él a la mesa grande, donde había diversas botellas de vodka y entremeses de toda clase. Se diría que entre las dos decenas de entremeses distintos no sería difícil encontrar algo de su gusto, pero Stepán Arkádevich pidió algo especial, que un criado de librea le trajo en seguida. Los dos amigos tomaron una copa y volvieron a la mesa.

Mientras aún estaban tomando la sopa de pescado, Gaguin pidió una botella de champán y ordenó al camarero que llenara las cuatro copas. Levin no lo rechazó y hasta encargó otra botella. Estaba hambriento, así que comió y bebió con gran placer, y con más placer aún participó en las alegres y sencillas conversaciones de sus compañeros de mesa. Gaguin, bajando la voz, contó la última anécdota de San Petersburgo, bastante indecente y estúpida, pero tan divertida que Levin estalló en estruendosas carcajadas, atrayendo la atención de los comensales de las mesas cercanas.

—Se parece a esa otra anécdota que termina así: «¡Eso es precisamente lo que no puedo soportar!». ¿La conoces? —preguntó Stepán Arkádevich—. ¡Ah, qué maravilla! Tráenos otra botella —ordenó al camarero y se puso a contar la anécdota en cuestión.

—De parte de Piotr Ilich Vinovski —le interrumpió un viejo criado, mientras depositaba delante de Levin y Oblonski dos finas copas de champán aún espumeante. Stepán Arkádevich cogió la copa y, después de intercambiar una mirada con un hombre calvo, de bigote rojizo, sentado en el otro extremo de la mesa, le saludó con la cabeza y le sonrió.

—¿Quién es? —preguntó Levin.

—Coincidiste con él una vez en mi casa, ¿no te acuerdas? Es un buen muchacho.

Levin hizo lo mismo que Stepán Arkádevich y cogió la copa.

La anécdota que contó Oblonski era también muy divertida. Levin refirió otra que también gustó mucho. Luego se pusieron a hablar de caballos, de las carreras que se iban a celebrar ese día y de la superioridad con que Atlasni, propiedad de Vronski, había ganado el primer premio. Levin ni siquiera reparaba en cómo pasaba el tiempo.

—¡Ah! ¡Ahí están! —dijo Stepán Arkádevich al final de la comida, inclinándose por encima del respaldo de la silla y tendiéndole la mano a Vronski, que venía acompañado de un coronel de la guardia muy alto. En el rostro de Vronski se reflejaba también esa alegre disposición de ánimo propia del casino. Se apoyó jovialmente en el hombro de Stepán Arkádevich y le dijo unas palabras al oído, mientras tendía la mano a Levin con la misma sonrisa.

—Me alegro mucho de verlo —dijo—. Lo estuve buscando después de las elecciones, pero me dijeron que ya se había marchado.

—Sí, me fui ese mismo día. Estábamos hablando de su caballo. Le felicito —dijo Levin—. Vaya manera de correr.

—¿También usted cría caballos?

—No, pero entiendo un poco, porque mi padre tenía varios.

—¿Dónde has comido? —le preguntó Stepán Arkádevich.

—En la segunda mesa, la que está detrás de las columnas.

—Le han felicitado —dijo el coronel alto—. Ha ganado el segundo premio imperial. ¡Ojalá tuviera yo con las cartas la misma suerte que tiene él con los caballos! Pero ¿para qué perder mi precioso tiempo? Será mejor que me vaya a la sala infernal[10] —dijo el coronel, apartándose de la mesa.

—Es Yashvín —explicó Vronski a Turovtsin, sentándose en una silla que había quedado libre.

Después de vaciar la copa que le ofrecieron, pidió una botella. Ya fuera por la influencia del ambiente del casino o por el vino que había bebido, el caso es que Levin estuvo hablando con Vronski de las mejores razas de ganado y se alegró mucho de no sentir la menor hostilidad hacia ese hombre. Hasta le dijo, entre otras cosas, que su mujer le había mencionado su encuentro en casa de la princesa Maria Borísovna.

—¡Ah, la princesa Maria Borísovna es una encanto! —exclamó Stepán Arkádevich *y* contó una anécdota sobre ella que hizo reír a todos. Vronski, en particular, se rio de tan buena gana que Levin se sintió completamente reconciliado con él—. Bueno, ¿hemos terminado ya? —añadió, poniéndose en pie y sonriendo—. ¡Vámonos!

VIII

Levin se levantó de la mesa, cruzó en compañía de Gaguin varias habitaciones de techo alto y, con la sensación de que movía con especial ligereza y regularidad los brazos mientras andaba, se dirigió a la sala de billar.

Allí se topó con su suegro.

—Entonces, ¿te gusta nuestro templo de la ociosidad? —le preguntó el viejo príncipe, cogiéndole del brazo—. Vamos a dar una vuelta.

—La verdad es que me apetecía echar un vistazo. Es un lugar muy interesante.

—Sí, entiendo que lo encuentres interesante. Pero mis intereses son distintos de los tuyos. Contemplas a estos ancianos —dijo, señalando a un socio cargado de espaldas y con el labio inferior prominente, que venía a su encuentro levantando apenas los pies, calzados en botas flexibles— y piensas que han nacido con esa pinta de gelatinosos.[11]

—¿Cómo de gelatinosos?

—Ya veo que ni siquiera conoces esa palabra. Es un término que empleamos en el casino. Ya sabes, cuando se echa a rodar un huevo y rueda demasiado, al final acaba adquiriendo un aspecto gelatinoso. Así nos pasa a nosotros: de tanto venir al casino nos acabamos convirtiendo en unos gelatinosos. Ríete si quieres, pero las personas como yo empezamos a pensar en cuándo nos convertiremos en un gelatinoso. ¿Conoces al príncipe Chechenski? —preguntó, y Levin adivinó por su expresión que se disponía a contarle algo divertido.

—No, no lo conozco.

—¿Cómo es posible? Me refiero al famoso príncipe Chechenski. Bueno, da igual. El caso es que siempre está jugando al billar. Hace tres años no se había convertido todavía en una gelatina y se las daba de valiente. Hasta llamaba gelatinosos a los demás. Pero un día se presentó en el casino y nuestro portero… ¿Conoces a Vasili? Es ese gordo de ahí. Un bromista empedernido. Pues el príncipe Chechenski le preguntó: «¿Y qué, Vasili? ¿Quién ha venido? ¿Ha llegado ya algún gelatinoso?». Y el portero le respondió: «Es usted el tercero». ¡Como te lo cuento, amigo mío!

Hablando y saludando a los conocidos con los que se encontraban, el príncipe y Levin atravesaron todas las salas: la grande, donde ya se habían dispuesto las mesas de juego y los habituales apostaban pequeñas sumas; la sala de los sofás, lugar de encuentro de los jugadores de ajedrez, donde Serguéi Ivánovich estaba charlando con alguien; la sala de billar, en uno de cuyos rincones, cerca de un sofá, un alegre grupo de jóvenes, entre los que se encontraba Gaguin, bebían champán; hasta echaron un vistazo a la sala infernal, donde, alrededor de una mesa, a la que se había sentado ya Yashvín, numerosos jugadores hacían sus apuestas. Tratando de no hacer ruido, entraron en la oscura sala de lectura, donde, bajo lámparas con pantalla, un joven con

cara de enfado hojeaba una revista tras otra y un general calvo estaba sumido en la lectura. Entraron también en una habitación a la que el príncipe llamó «de los sabios». En ella tres señores discutían acaloradamente sobre los últimos acontecimientos políticos.

—Príncipe, haga el favor de venir, ya está todo listo —dijo uno de sus compañeros de juego, que había ido a buscarlo.

Levin se sentó y se quedó escuchando. Pero, al recordar todas las conversaciones que había oído esa mañana, le embargó un mortal aburrimiento. Se levantó a toda prisa y fue en busca de Oblonski y Turovtsin, con quienes se sentía alegre.

Turovtsin estaba sentado en un sofá alto de la sala de billar con una copa en la mano. Stepán Arkádevich y Vronski hablaban en un rincón de la habitación, cerca de la puerta del fondo.

—No es que se aburra, pero esa situación indefinida e incierta… —oyó Levin, y quiso apartarse, pero Stepán Arkádevich lo llamó.

—¡Levin! —gritó, y éste se dio cuenta de que su amigo tenía los ojos húmedos, como siempre cuando bebía o se emocionaba. En esta ocasión era efecto de ambas cosas—. Levin, no te vayas —dijo, y le apretó con fuerza el brazo a la altura del codo, con la intención evidente de no soltarlo por nada del mundo—. Este es mi amigo más sincero y probablemente el mejor —le dijo a Vronski—. Y tú eres también para mí una persona muy querida y cercana. Estoy convencido de que seréis buenos amigos porque sois dos muchachos excelentes.

—Bueno, ya no nos queda más remedio que besarnos —dijo Vronski en tono de broma, tendiéndole la mano a Levin con expresión bonachona.

Levin se apresuró a estrechársela.

—Me alegro mucho, mucho —dijo.

—Camarero, una botella de champán —exclamó Stepán Arkádevich.

—Yo también me alegro mucho —dijo Vronski.

Pero, a pesar de los deseos de Stepán Arkádevich, a los que ninguno de los dos era ajeno, no tenían nada que decirse, y ambos se daban cuenta.

—¿Sabes que Levin no conoce a Anna? —preguntó Stepán Arkádevich a Vronski —. Quiero llevarlo sin falta a que la vea. ¡Vamos, Levin!

—¿De veras? —replicó Vronski—. Anna se alegrará mucho. Le acompañaría de buena gana —añadió—, pero me preocupa Yashvín y prefiero quedarme hasta que termine de jugar.

—¿No le van bien las cosas?

—No hace más que perder, y yo soy el único que puede pararle.

—¿Y qué le parece si echamos una partidita de billar? Levin, ¿te apetece jugar? ¡Estupendo! —dijo Stepán Arkádevich—. Coloca las bolas —ordenó al marcador.

—Están dispuestas desde hace tiempo —respondió éste, que ya había colocado

las bolas en el triángulo y se entretenía lanzando la roja sobre el tapete.

—Bueno, empecemos.

Una vez terminada la partida, Vronski y Levin se sentaron a la mesa en que jugaba Gaguin, y Levin, siguiendo las indicaciones de Oblonski, se puso a apostar a los ases. Vronski tan pronto se sentaba a la mesa, rodeado de conocidos que no paraban de acercarse, como se dirigía a la sala infernal para comprobar cómo le iban las cosas a Yashvín. Después de la fatiga mental de la mañana, Levin se sentía agradablemente descansado. Le alegraba que hubieran cesado las hostilidades con Vronski y le embargaba una sensación de tranquilidad, bienestar y satisfacción.

Cuando acabó la partida, Stepán Arkádevich cogió a Levin del brazo.

—Bueno, entonces, ¿vamos a ver a Anna? ¿Ahora mismo? Está en casa. Hace tiempo que le prometí llevarte. ¿Qué tenías pensado hacer esta tarde?

—Nada especial. Le prometí a Sviazhski acudir a una reunión de la Sociedad Agrícola. Bueno, de acuerdo, te acompaño —dijo Levin.

—¡Estupendo! ¡Vamos! Vete a ver si ha llegado ya mi coche —dijo Stepán Arkádevich, dirigiéndose a un criado.

Levin se acercó a la mesa, pagó los cuarenta rublos que había apostado a los ases, abonó la cuenta del casino al viejo criado apoyado en el marco de la puerta, que de algún modo misterioso se había enterado de su importe y, agitando mucho los brazos, cruzó todas las salas en dirección a la salida.

IX

—¡El coche de Oblonski! —gritó el portero con su bronca voz de bajo.

El coche llegó a la entrada y los dos amigos se montaron.

Sólo al principio, mientras el carruaje atravesaba las puertas del casino, Levin siguió experimentando esa sensación de serenidad, satisfacción e irreprochable bienestar propia del casino. En cuanto enfilaron la calle y sintió el traqueteo del vehículo en el empedrado irregular, oyó los gritos iracundos de un cochero que venía en sentido contrario y vio a la mortecina luminosidad el cartel rojo de una taberna y de una tienducha, esa sensación se desvaneció. Se puso entonces a pensar en la decisión que había tomado y se preguntó si estaba haciendo bien yendo a casa de Anna. ¿Qué diría Kitty? Pero Stepán Arkádevich no le permitió perderse en cavilaciones y, como si hubiera adivinado las dudas que le acuciaban, trató de disiparlas.

—Cuánto me alegro de que la conozcas —dijo—. Como bien sabes, hacía mucho tiempo que Dolly lo deseaba. Lvov ha ido a verla y la visita de vez en cuando. Aunque es mi hermana —prosiguió—, me atrevo a decir que es una mujer excepcional. Ya lo verás. Pero su situación es muy penosa, sobre todo ahora.

—¿Por qué sobre todo ahora?

—Estamos tramitando el divorcio con su marido. En principio está de acuerdo. Pero han surgido dificultades relacionadas con el hijo. Y una cuestión que tendría que haberse arreglado hace mucho tiempo lleva alargándose ya tres meses. En cuanto consiga el divorcio, se casará con Vronski. Qué estúpida es esa antigua costumbre de dar vueltas cantando: «¡Regocíjate, Isaías!»,[12] en la que nadie cree y que tanto condiciona la felicidad de la gente —añadió Stepán Arkádevich—. Entonces su situación será tan definida como la tuya o la mía.

—¿Y en qué consisten esas dificultades? —preguntó Levin.

—¡Ah, es una historia larga y aburrida! ¡Todas estas cosas están tan poco claras en nuestro país! El caso es que Anna, mientras espera el divorcio, lleva viviendo tres meses en Moscú, donde todo el mundo los conoce. Pero no va a ninguna parte y no ve a ninguna mujer, excepto a Dolly, porque, como podrás comprender, no le gusta que la visiten por caridad. Hasta esa estúpida princesa Varvara ha dejado de ir, porque lo consideraba inconveniente. En suma, cualquier otra mujer habría sido incapaz de soportar esa situación. En cambio, ya verás qué bien ha organizado ella su vida, qué serena y digna se muestra. ¡A la izquierda, por el callejón, enfrente de la iglesia! —gritó Stepán Arkádevich, asomándose a la ventanilla— ¡Uf, qué calor! —dijo, abriéndose aún más la pelliza desabotonada, a pesar de que sólo estaban a doce grados.

—Pero dene una niña, así que supongo que estará bastante ocupada —dijo Levin.

—Por lo visto, te figuras que cualquier mujer no es más que una hembra, *une couveuse*[13] —replicó Stepán Arkádevich—. Si está ocupada, tiene que ser con los hijos. No, supongo que la cría de la mejor manera, pero no suele hablar de ella. Su principal ocupación es la escritura. Ya veo que sonríes irónicamente, pero no deberías hacerlo. Está escribiendo un libro para niños, aunque nadie lo sabe. Pero a mí me lo ha leído, y he llevado el manuscrito a Vorkúiev… Ya sabes, el editor… Creo que también es escritor. Conoce el oficio y dice que es una obra notable. Pero no vayas a pensar que es una mujer escritora. Nada de eso. Ante todo es una mujer de gran corazón, ya lo verás. Ahora tiene con ella a una muchacha inglesa y se ocupa de una familia entera.

—Entonces, ¿se dedica de alguna manera a la filantropía?

—Todo lo ves por el lado malo. No se trata de filantropía, sino de grandeza de alma. Habían contratado (bueno, fue Vronski quien lo contrató) a un entrenador inglés que conocía su oficio al dedillo, pero que bebía como una cuba. Tanto bebía que llegó a un estado de delírium trémens y acabó abandonando a su familia. Anna los visitaba, los ayudaba, se interesaba por ellos, y ahora toda la familia depende de ella. Y no se limita a entregarles dinero con aire de suficiencia, sino que ella misma les da clases de ruso y los prepara para el instituto. En cuanto a la niña, se la ha llevado a vivir con ella. Ya la verás.

El coche entró en un patio, y Stepán Arkádevich llamó con fuerza a la campanilla de la entrada, donde había un trineo.

Sin preguntar al criado que abrió la puerta si había alguien en casa, Stepán Arkádevich entró en el vestíbulo. Levin le siguió, cada vez más inseguro de si había obrado bien.

Al contemplarse en un espejo, Levin se dio cuenta de que estaba muy colorado. Pero, seguro de no haberse emborrachado, subió por la escalera alfombrada en pos de su amigo. Al llegar al piso de arriba, Stepán Arkádevich le preguntó al criado, que le saludó como a un miembro de la familia, quién estaba con Anna Arkádevna, y el criado le respondió que el señor Vorkúiev.

—¿Dónde están?

—En el despacho.

Después de atravesar un pequeño comedor con paredes de madera oscura, Stepán Arkádevich y Levin, pisando por la blanda alfombra, entraron en el despacho, sumido en una especie de semipenumbra, pues sólo estaba alumbrado por una lámpara con una gran pantalla oscura. En la pared había un reflector que proyectaba su luz sobre un retrato de mujer de cuerpo entero, al que Levin no pudo por menos de prestar atención. Era el retrato de Anna realizado en Italia por Mijáilov. Mientras Stepán Arkádevich pasaba al otro lado de una espaldera y la voz de hombre que había estado hablando se calló, él estuvo mirando el retrato, que parecía sobresalir del marco bajo

esa potente luz, incapaz de apartar los ojos. Hasta se olvidó de dónde estaba y, sin prestar atención a lo que decían, siguió contemplando ese retrato excepcional. No era una pintura, sino una encantadora mujer viva de negros cabellos rizados, hombros y brazos desnudos y labios sombreados de delicado vello, plegados en una leve sonrisa pensativa, que le miraba con expresión tierna y triunfal, llenándolo de turbación. Era demasiado bella para ser real: sólo por eso acababa uno convenciéndose de que no era una mujer de carne y hueso.

—Me alegro mucho —oyó de pronto a su lado.

Esa voz, que sin duda se dirigía a él, era la de esa misma mujer cuyo retrato había estado admirando. Anna salió a recibirle, desde el otro lado de la espaldera, y Levin vio en la semipenumbra del despacho a la mujer del retrato, con un vestido oscuro de un azul tornasolado, en una postura distinta y con una expresión diferente, pero con una belleza tan asombrosa como la que el pintor había captado en el retrato. Era menos deslumbrante en la realidad, pero a cambio estaba dotada de un atractivo del que el retrato carecía.

X

Se había levantado para recibirlo sin ocultar la alegría que le daba verlo. Y en la serenidad con que le tendió la mano pequeña y enérgica, le presentó a Vorkúiev y le señaló a una hermosa niña pelirroja que estaba allí sentada, ocupada de su labor, y a quien se refirió como su pupila, Levin reconoció las maneras familiares y agradables de una mujer de la alta sociedad, siempre mesurada y natural.

—Me alegro mucho, mucho —repitió, y estas sencillas palabras adquirieron en sus labios un sentido especial para Levin—.

Hablaba con soltura, sin apresurarse, mirando tan pronto a Levin como a su hermano. Levin se dio cuenta de que le había causado una buena impresión, y al punto se sintió aliviado, cómodo y relajado, como si la conociera desde la infancia.

—Iván Petróvich y yo hemos pasado al estudio de Alekséi precisamente porque queríamos fumar —dijo Anna, cuando Stepán Arkádevich le preguntó si podía fumar y, después de echar un vistazo a Levin, en lugar de preguntarle si fumaba, cogió una pitillera de carey y sacó un cigarrillo.

—¿Cómo estás de salud? —le preguntó su hermano.

—Bien. Son los nervios, como siempre.

—Extraordinario, ¿no es cierto? —dijo Stepán Arkádevich, advirtiendo que Levin seguía mirando el retrato.

—Es el mejor retrato que he visto en mi vida.

—Y el parecido es asombroso, ¿no es verdad? —intervino Vorkúiev.

Levin comparó el retrato con el original. Un resplandor particular iluminó el rostro de Anna en el momento en que sintió que aquel hombre la miraba. Levin se ruborizó y, para ocultar su turbación, quiso preguntarle si hacía mucho tiempo que había visto a Daria Aleksándrovna, pero en ese momento Anna dijo:

—Estaba hablando con Iván Petróvich de los últimos cuadros de Váschenkov. ¿Los ha visto usted?

—Sí —respondió Levin.

—Pero le he interrumpido. Perdóneme. Iba usted a decir algo…

Levin le preguntó si hacía mucho que había visto a Daria Aleksándrovna.

—Ayer estuvo aquí. Está muy enfadada por lo que le ha pasado a Grisha en el instituto. Por lo visto, el profesor de latín ha sido injusto con él.

—Sí, he visto los cuadros. Pero no me han gustado mucho —dijo Levin, volviendo a la conversación anterior.

Levin ya no hablaba con ese aire de entendido con que lo había hecho por la mañana. Concedía un significado especial a cada palabra de la conversación. Además, si hablar con ella era agradable, escucharla lo era aún más.

Anna no sólo hablaba con naturalidad y bastante buen sentido, sino también con

cierta despreocupación, sin conceder ningún valor a sus propias ideas y dando una enorme importancia a las de su interlocutor.

La conversación se ocupó de las nuevas tendencias artísticas y de las ilustraciones para la Biblia de un artista francés.[14] Vorkúiev acusó a ese artista de haber empleado un realismo rayano en la vulgaridad. Levin dijo que los franceses habían llevado el convencionalismo en el arte a un punto que ningún otro pueblo había alcanzado y que, por tanto, consideraban un mérito particular volver al realismo. En el simple hecho de no mentir veían ya un rasgo de poesía.

Ninguna idea inteligente había procurado nunca a Levin tanto placer. El rostro de Anna resplandeció en cuanto la apreció en su justo valor. Acto seguido se echó a reír.

—Me río como se ríe uno cuando ve un retrato muy logrado —dijo—. Lo que acaba usted de decir caracteriza a la perfección el arte francés actual, no sólo la pintura, sino también la literatura: Zola, Daudet. Aunque es posible que siempre haya sucedido lo mismo: la gente primero construye sus *conceptions* a partir de figuras inventadas y convencionales; después, una vez agotadas todas las *combinaisons*, las figuras inventadas se vuelven aburridas. Entonces empiezan a concebir figuras más naturales y correctas.

—¡Tiene usted toda la razón! —exclamó Vorkúiev.

—¿Así que han estado ustedes en el casino? —preguntó Anna, dirigiéndose a su hermano.

«¡Sí, sí, es toda una mujer!», pensaba Levin, absorto en la contemplación de ese rostro bello y animado, que de pronto había cambiado por completo. Levin no oía lo que Anna decía, vuelta hacia su hermano, pero se quedó asombrado de la rapidez con que mudó su expresión. Ese rostro tan magníficamente sereno hasta entonces reflejó de pronto una extraña curiosidad, ira y orgullo. Pero eso sólo duró un instante. De pronto entornó los ojos, como si hubiera recordado algo.

—Bueno, en cualquier caso, esto no le interesa a nadie —dijo, y acto seguido se dirigió a la inglesa—: *Please, arder the tea in the drawing-room.*[15]

La muchacha se levantó y salió.

—Entonces, ¿aprobó el examen? —preguntó Stepán Arkádevich.

—Y con muy buena nota. Es una muchacha muy capaz y tiene un carácter muy dulce.

—Acabarás queriéndola más que a tus propios hijos.

—Así hablan los hombres. En el amor no hay más ni menos. Quiero a mi hija de una manera y a esta niña de otra.

—Le estaba diciendo a Anna Arkádevna —terció Vorkúiev— que si pusiera la centésima parte de la energía que emplea en esa inglesa en la tarea común de educar a los niños rusos, haría una labor mucho más útil y digna de elogio.

—Diga usted lo que quiera, pero no puedo hacerlo. El conde Alekséi Kiríllovich

me animaba mucho a ocuparme de las escuelas del pueblo. —Al pronunciar las palabras «el conde Alekséi Kiríllovich» dirigió a Levin una mirada entre tímida e inquisitiva, a la que éste respondió involuntariamente con otra llena de respeto y aprobación—. Y fui varias veces. Eran unos niños encantadores, pero no podía dedicarme a esa tarea. Habla usted de energía. Pero la energía se basa en el amor. Y el amor no puede uno inventarlo ni sacarlo de donde no lo hay. El caso es que le he cogido cariño a esta niña sin yo misma saber por qué.

Y de nuevo se quedó mirando a Levin. Tanto su mirada como su sonrisa le decían que sólo hablaba para él, que valoraba su opinión y que sabía de antemano que se comprenderían.

—Lo entiendo perfectamente —repuso Levin—. En la escuela y, en general, en las insütuciones de esa clase no se puede poner el corazón. Ésa es la razón, creo yo, por la que esas instituciones filantrópicas dan siempre tan poco resultado.

Anna guardó silencio y a continuación sonrió.

—Sí, sí —prosiguió—. No me siento capaz. *Je n'ai pas le coeur assez large*[16] para poder volcar mi cariño en un orfanato de niñas sucias. *Cela ne m'a jamais réussi.*[17] Hay muchas mujeres que se han labrado una *position sociale* de esa manera. Y mucho más ahora —añadió con una expresión triste y confiada, dirigiéndose en principio a su hermano, aunque la verdad es que hablaba sólo para Levin—. Ahora que tanto necesito ocuparme de algo, no puedo hacerlo. —De pronto frunció el ceño (Levin comprendió que estaba enfadada por haber hablado de sí misma) y cambió de tema—. Me han dicho que es usted un mal ciudadano —le dijo a Levin— y he intentado defenderle lo mejor que he podido.

—¿Y cómo lo ha hecho?

—De distintas maneras, según los ataques. Pero ¿no quieren ustedes tomar el té? —Se levantó y cogió un libro encuadernado en tafilete.

—Démelo, Anna Arkádevna —dijo Vorkúiev, señalando el libro—. Tiene mucho valor.

—¡Oh, no! Aún no está terminado.

—Le he dicho que escribes —le dijo Stepán Arkádevich a su hermana, señalando a Levin.

—No tendrías que haberlo hecho. Lo que yo escribo es como esas cestitas talladas hechas en las prisiones que Liza Merkálova solía venderme. Una amiga que se ocupa de obras de beneficencia —añadió, dirigiéndose a Levin—. Y aquellos desdichados hacían auténticos milagros a fuerza de paciencia.

Y Levin descubrió otro rasgo más de esa mujer que tanto le había gustado. Además de ser inteligente, elegante y hermosa, tenía el don de la sinceridad. No hizo ningún intento de ocultarle todas las dificultades de su situación. Después de hacer ese comentario, Anna suspiró, y su rostro, que había adoptado una expresión severa,

pareció petrificarse. Era una expresión nueva, que realzaba aún más su belleza, pero que no guardaba ninguna relación con el catálogo de expresiones que irradiaban y generaban felicidad, captadas por el artista al pintar el retrato. Levin comparó una vez más el retrato con el modelo, en el momento en que Anna cogía del brazo a su hermano y cruzaba la alta puerta en su compañía. En ese momento sintió por ella una ternura y una compasión que le sorprendieron incluso a él.

Anna rogó a Levin y a Vorkúiev que pasaran al salón y se quedó hablando de algo con su hermano. «¿Del divorcio, de Vronski, de lo que está haciendo en el casino, de mí?», se dijo Levin. Y tanto le inquietaba la cuestión que apenas prestaba atención a lo que le contaba Vorkúiev sobre los méritos de la novela para niños que Anna Arkádevna había escrito.

Durante el té reanudaron esa conversación tan agradable y enjundiosa. No sólo no tuvieron que buscar temas de discusión en ningún momento, sino que daba la impresión de que les faltaba tiempo para expresar todo lo que querían y que se interrumpían de buena gana para escuchar lo que decían los demás. A Levin le parecía que cualquier comentario, no sólo de ella, sino también de Vorkúiev y de Stepán Arkádevich, adquiría un significado especial gracias a la atención y las observaciones de Anna.

Durante esa interesante conversación, no dejaba de admirar la belleza, la inteligencia, la instrucción y, al mismo tiempo, la sencillez y la sinceridad de Anna. Escuchaba, hablaba y no dejaba de pensar en ella, en su vida interior y en sus sentimientos, que trataba de adivinar. Él, que con tanta severidad la había juzgado antes, ahora, por una extraña concatenación de ideas, la justificaba, y al mismo tiempo la compadecía y temía que Vronski no la comprendiera bien. Pasadas ya las diez, cuando Stepán Arkádevich se levantó para irse (Vorkúiev ya se había ido), Levin tuvo la impresión de que acababa de llegar. También él se puso en pie, aunque de mala gana.

—Adiós —dijo Anna, reteniendo la mano de Levin y mirándole a los ojos con insistencia—. Me alegro mucho de *que la glace est rompue*.[18] —Le soltó la mano y entornó los ojos—. Dígale a su mujer que la quiero como antes, y que, si no puede perdonarme mi situación, prefiero que no me perdone nunca. Para poder perdonar, es preciso sufrir como he sufrido yo. Quiera Dios que no tenga que pasar nunca por nada semejante.

—Claro, se lo diré sin falta… —dijo Levin, ruborizándose.

XI

«Una mujer maravillosa, simpática y digna de lástima», pensaba Levin, mientras salía con Stepán Arkádevich a la calle, donde el ambiente era glacial.

—¿Y bien? Ya te lo había dicho —exclamó Stepán Arkádevich, dándose cuenta de que Levin estaba completamente anonadado.

—Sí —repuso éste con aire pensativo—. ¡Una mujer extraordinaria! No sólo es inteligente, sino que tiene un gran corazón. ¡Me da muchísima pena!

—Si Dios quiere, todo se arreglará pronto. Como ves, no debe uno juzgar sin conocer —dijo Stepán Arkádevich, abriendo la portezuela del carruaje—. Adiós. No seguimos el mismo camino.

Sin dejar de pensar en Anna y en la sencilla conversación que había sostenido con ella, recordando todos los matices expresivos de su rostro, poniéndose cada vez más en su situación y sintiendo una creciente compasión, Levin llegó a su casa.

Nada más entrar, Kuzmá le entregó dos cartas y le anunció que Katerina Aleksándrovna estaba bien y que sus hermanas acababan de marcharse. Para no distraerse después, Levin leyó las cartas allí mismo, en el vestíbulo. En la primera, Sókolov, el administrador, le comunicaba que no había podido vender el trigo, pues sólo le ofrecían cinco rublos y medio, y que ya no sabía de dónde sacar dinero. En la segunda, su hermana se quejaba de que aún no hubiera resuelto el asunto que le había encomendado.

«Bueno, lo venderemos por cinco rublos y medio, si no nos ofrecen más —se dijo Levin, zanjando con sorprendente facilidad la primera cuestión, que antes le había parecido tan difícil—. Es sorprendente lo ocupado que estoy aquí siempre —pensó al leer la segunda carta. Se sentía culpable ante su hermana por no haber hecho todavía lo que le había pedido—. Tampoco hoy he ido a los Juzgados, pero es que no he tenido tiempo», y, después de tomar la decisión de ocuparse del asunto al día siguiente, se dirigió a la habitación de su mujer. De pronto recordó lo que había hecho a lo largo del día. Y se dio cuenta de que había ido pasando de una conversación a otra, en unos casos participando como mero oyente y en otros como interlocutor. Todas se habían ocupado de asuntos que, de haber estado solo en el campo, jamás le habrían preocupado; en cambio, allí le habían parecido muy interesantes. Y lo cierto era que lo había pasado bien; sólo dos aspectos le habían dejado un regusto amargo: el comentario sobre el lucio y la tierna piedad, no del todo correcta, que había sentido por Anna.

Levin encontró a su mujer triste y aburrida. La cena con sus hermanas había sido muy alegre, pero luego habían estado esperándole largo rato, hasta que al final Dolly

y Natalia se acabaron cansando y se marcharon, dejando a Kitty sola.

—Bueno, ¿qué has estado haciendo? —le preguntó Kitty, mirándole a los ojos con cierto aire de sospecha. No obstante, para no impedirle que se lo contara todo, disimuló su interés y escuchó su relato con una sonrisa de aprobación.

—Pues me alegré mucho de encontrarme con Vronski. Me resultó muy sencillo y agradable charlar con él. Entiéndeme, no es que quiera volver a verlo, pero era importante acabar con esa tirantez —dijo y, al recordar que, aunque *no es que quisiera volver a verlo*, acto seguido había visitado a Anna, se ruborizó—. Y luego decimos que el pueblo bebe mucho. La verdad es que no sé quién beberá más, el pueblo o los de nuestra clase. El pueblo sólo bebe en los días de fiesta; en cambio…

Pero a Kitty no le interesaba esa disquisición sobre si el pueblo bebía mucho o poco. Había visto que su marido se había puesto colorado y quería saber por qué.

—Y luego ¿dónde has estado?

—Stiva insistió muchísimo en llevarme a casa de Anna Arkádevna.

Nada más pronunciar esas palabras, Levin enrojeció aún más, y sus dudas sobre si había hecho bien o mal visitando a Anna se resolvieron en el acto. Ahora sabía que no debía haberlo hecho.

Al escuchar el nombre de Anna, los ojos de Kitty se abrieron desmesuradamente y brillaron de un modo especial, pero, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, consiguió ocultar su turbación y aparentar indiferencia.

—¡Ah! —fue lo único que acertó a decir.

—Espero que no te enfades porque haya ido. Stiva me lo pidió y Dolly también lo deseaba —prosiguió Levin.

—Pues claro que no —dijo Kitty, pero Levin vio en sus ojos que estaba haciendo esfuerzos por dominarse, lo que no presagiaba nada bueno.

—Es una mujer muy buena y muy simpática. ¡Y cuánta pena da! —exclamó Levin, y a continuación se refirió a las ocupaciones de Anna y le comunicó lo que le había encargado que le dijera.

—Sí, desde luego, es digna de compasión —dijo Kitty, una vez que Levin concluyó—. ¿De quién son esas cartas que has recibido?

Levin se lo dijo y, creyendo que ya se había serenado, pues así lo indicaba su tono de voz, fue a desvestirse.

Al regresar, encontró a su mujer sentada en el mismo sillón. Cuando se acercó, Kitty le miró y estalló en sollozos.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes? —le preguntó Levin, aunque sabía perfectamente de lo que se trataba.

—Te has enamorado de esa odiosa mujer. Te ha hechizado. Lo veo en tus ojos. ¡Sí, sí! ¿Cómo va a acabar todo esto? Has estado en el casino, has bebido y has jugado, y después has ido… ¿a casa de quién? No, es mejor que nos vayamos…

Mañana me marcho.

Levin tardó mucho tiempo en tranquilizar a su mujer. Por fin lo consiguió, pero sólo después de reconocer que el sentimiento de compasión y el vino le habían hecho bajar la guardia y que había caído bajo la maliciosa influencia de Anna, cuya compañía evitaría de allí en adelante. Lo que admitió de buena gana fue que, después de vivir tanto tiempo en Moscú, dedicado exclusivamente a conversar, beber y comer, se le estaba empezando a reblandecer el cerebro. Estuvieron hablando hasta las tres de la madrugada. Sólo a esa hora se reconciliaron y pudieron irse a la cama.

XII

Después de acompañar a los invitados, Anna se puso a recorrer la habitación de un extremo al otro. Aunque a lo largo de la velada había hecho inconscientemente todo lo posible para que Levin se enamorara de ella (en los últimos tiempos actuaba del mismo modo con todos los hombres jóvenes), aunque sabía que lo había conseguido, en la medida en que era posible en un solo encuentro, y además tratándose de un hombre honesto y casado, y aunque ese hombre le había gustado mucho (a pesar de que, desde el punto de vista de un hombre, había una marcada diferencia entre Levin y Vronski, Anna, como mujer, había captado ese lado común que había llevado a Kitty a enamorarse de ambos), en cuanto abandonó la estancia, dejó de pensar en él.

Un único pensamiento la perseguía incesantemente bajo diversas formas. «Si soy capaz de ejercer semejante atractivo en otras personas, incluso en un hombre casado y enamorado de su mujer como éste, ¿por qué *él* se ha vuelto tan frío conmigo?… Y no es eso exactamente. Sé que sigue queriéndome. Pero ha surgido algo que nos separa. ¿Por qué no ha aparecido en toda la tarde? Le pidió a Stiva que me dijera que no podía dejar sólo a Yashvín para que no perdiera mucho en el juego. ¿Acaso es Yashvín un niño? Pero supongamos que sea verdad. Él nunca miente. Pero esa verdad esconde otra cosa. Aprovecha cualquier oportunidad para demostrarme que tiene otras obligaciones. Lo sé y no me parece mal. Pero ¿por qué demostrármelo? Quiere dejarme bien claro que su amor por mí no debe coartar su libertad. Pero yo no necesito pruebas de ninguna clase, sino amor. Debería entender lo penoso que me resulta vivir aquí, en Moscú. ¿Es que puede llamarse vida a esto? No hago más que esperar un desenlace que cada vez se demora más. ¡Otro día más sin recibir respuesta! Stiva dice que no puede ir a ver a Alekséi Aleksándrovich. Y yo ya no puedo escribirle más. No puedo hacer nada, no puedo emprender nada, no puedo cambiar nada. Procuro dominarme, espero, me invento entretenimientos: la familia inglesa, el libro que estoy escribiendo, la lectura, pero todo eso no son más que engaños, no muy diferentes de la morfina. Debería tener piedad de mí», se decía, dándose cuenta de que ese sentimiento de compasión por sí misma hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Oyó la impetuosa llamada de Vronski y se apresuró a enjugarse las lágrimas. A continuación se sentó bajo la lámpara y abrió un libro, aparentando serenidad. Quería dejar patente su descontento porque no hubiera vuelto a la hora prometida, pero sin manifestar su tristeza y, sobre todo, la compasión que sentía por sí misma. Ella podía compadecerse, pero en ningún caso quería que Vronski la compadeciera. No quería luchar, le reprochaba a Vronski ese afán de discutir, pero no podía menos que asumir una posición de combate.

—Espero que no te hayas aburrido —dijo Vronski con animación y alegría,

acercándose—. ¡Qué pasión tan terrible es el juego!

—No, nada de eso. Hace tiempo que he aprendido a no aburrirme. Stiva vino a verme con Levin.

—Sí, querían visitarte. ¿Y qué? ¿Te ha gustado Levin? —preguntó Vronski, sentándose a su lado.

—Mucho. Se han ido hace poco. ¿Y cómo le ha ido a Yashvín?

—Al principio iba ganando diecisiete mil rublos. Le dije que lo dejara y estuvo a punto de hacerlo. Pero siguió jugando y ahora está perdiendo.

—Entonces, ¿por qué te quedaste? —preguntó Anna, alzando de pronto los ojos hasta él. La expresión de su rostro era fría y hostil—. Le dijiste a Stíva que te quedabas para llevarte a Yashvín. Y lo has dejado allí solo.

La misma expresión de fría disposición a la lucha apareció también en el rostro de Vronski.

—En primer lugar, no le pedí que te dijera nada; en segundo, yo no miento nunca. Pero lo principal es que quería quedarme y así lo hice —replicó, frunciendo el ceño —. Anna, ¿por qué? ¿Por qué? —añadió, después de una pausa, volviéndose hacia ella y abriendo la mano, con la esperanza de que ella la cogiera.

A ella le alegró ese gesto de ternura. Pero una extraña fuerza maligna no le permitió entregarse a ese impulso, como si las condiciones de la lucha le impidieran cualquier muestra de debilidad.

—Así pues, querías quedarte y lo hiciste. Siempre haces lo que se te antoja. Pero ¿por qué me dices eso? ¿Por qué? —dijo, cada vez más alterada—. ¿Acaso discute alguien tus derechos? Pero si lo que quieres es tener razón, quédate con ella, —Vronski cerró la mano y se enderezó. Su rostro adoptó una expresión aún más decidida—. Para ti no es más que una cuestión de tozudez —añadió Anna, mirándole fijamente, después de encontrar un nombre para definir su expresión—. Sí, de tozudez. Lo único que te importa es quedar por encima de mí. En cambio, para mí… —De nuevo sintió compasión de sí misma y estuvo a punto de echarse a llorar—. ¡Si supieras lo importante que es esto para mí! Si supieras cómo me siento cuando me miras con esa hostilidad. ¡Sí, con hostilidad! ¡Si supieras lo que significa eso para mí! ¡Si supieras lo cerca que estoy de cometer una locura en esos momentos! ¡Si supieras el miedo, el pavor que tengo de mí misma! —Y se dio la vuelta para que él no la viera sollozar.

—Pero ¿por qué te pones así? —preguntó Vronski, horrorizado al ver lo desesperada que estaba, e, inclinándose de nuevo sobre ella, cogió su mano y se la besó—. ¿Por qué? ¿Acaso busco diversiones fuera de casa? ¿Acaso no evito la compañía de otras mujeres?

—¡Sólo faltaría! —replicó Anna.

—Dime lo que tengo que hacer para que te tranquilices. Estoy dispuesto a hacer

cualquier cosa con tal de que seas feliz —dijo Vronski, conmovido al ver su desesperación—. ¡No hay nada que no esté dispuesto a hacer para evitarte un dolor como el de ahora!

—¡No es nada! ¡No es nada! —replicó ella—. Ni yo misma sé lo que me pasa. Puede que sea esta vida solitaria, los nervios… Bueno, será mejor que lo dejemos. ¿Qué tal han ido las carreras? No me has contado nada —añadió, tratando de ocultar la satisfacción de la victoria que, en cualquier caso, había caído de su parte.

Vronski pidió la cena y se puso a contarle detalles de la carrera; pero, por el tono de su voz y sus miradas, cada vez más fríos, Anna adivinó que no le había perdonado su victoria, que volvía a dar muestras de ese sentimiento de obstinación contra el que había tratado de luchar. Era más frío con ella que antes, como si se arrepintiese de haberse sometido. Y Anna, al recordar las palabras que le habían valido la victoria, a saber: «Si supieras lo cerca que estoy de cometer una locura y el miedo que tengo de mí misma», comprendió que era un arma peligrosa y que no podría volver a utilizarla. Y cobró conciencia de que, además del amor que los unía, había surgido entre ellos un espíritu malsano de lucha, que no podía expulsar del corazón de Vronski y mucho menos del suyo.

XIII

No hay condiciones, por duras que sean, a las que el hombre no pueda habituarse, sobre todo si se convence de que todos los que le rodean viven del mismo modo. Sólo tres meses antes, Levin no se habría creído capaz de conciliar el sueño en la situación en la que se encontraba ahora, llevando una vida sin objeto y sin sentido, y además por encima de sus medios, después de haberse emborrachado (no podía llamar de otro modo lo que había sucedido en el casino), de sus peregrinas relaciones amistosas con un hombre del que antaño se había enamorado su esposa y de haber cometido la extravagancia de visitar a una mujer que sólo podía calificar de perdida, de la que había quedado prendado, con lo que había hecho sufrir a su mujer. ¡Cómo era posible que pudiera dormirse tranquilamente en tales circunstancias! Pero el cansancio, la última noche en vela y el vino consumido acabaron imponiéndose a cualquier otra consideración, y al poco rato ya estaba roncando a pierna suelta.

A las cinco el chirrido de una puerta lo despertó. Se incorporó de un salto y miró a su alrededor. Kitty no estaba a su lado. Pero al otro lado del tabique había una luz que se movía y Levin oyó los pasos de su mujer.

—¿Qué pasa?… ¿Qué pasa? —preguntó medio dormido—. ¡Kitty! ¿Qué pasa?

—Nada —respondió ésta, entrando con una vela en la mano—. Nada. No me encontraba bien —dijo, con una sonrisa especialmente amable y significativa.

—¿Qué? ¿Ha empezado ya? ¿Ha empezado? —exclamó Levin asustado—. Hay que ir a buscar a la partera —añadió, vistiéndose a toda prisa.

—No, no —replicó Kitty, risueña, reteniéndole con un gesto de la mano—. Seguro que no es nada. Simplemente sentía un leve malestar. Ya se me ha pasado.

Se acercó a la cama, apagó la vela, se acostó y se quedó quieta. Aunque su forma tan silenciosa de respirar, como si estuviera reteniendo el aliento, y, sobre todo, la expresión de especial ternura y excitación con que, surgiendo del otro lado del tabique, le había dicho que no pasaba nada, le habían parecido sospechosas, tenía tanto sueño que se quedó inmediatamente dormido. Sólo más tarde recordó esa respiración sosegada y comprendió todo lo estaba sucediendo en esa alma dulce y tan querida, mientras, sin moverse de su sitio, acurrucada a su lado, esperaba el acontecimiento más importante en la vida de una mujer. A las siete lo despertó el contacto de la mano de ella en su hombro y un delicado susurro. Era como si Kitty luchara entre el pesar de despertarlo y el deseo de hablar con él.

—Kostia, no te asustes. No es nada. No tengo ningún miedo. Pero me parece… que sería mejor ir en busca de Yelizaveta Petrovna. —La vela estaba de nuevo encendida. Kitty, sentada en la cama, tenía en la mano la labor de la que se había ocupado en los últimos días—. Te ruego que no te asustes, no es nada. No tengo ningún miedo —añadió al ver la expresión atemorizada de su marido, le apretó la

mano contra su pecho y luego se la llevó a los labios.

Levin se incorporó a toda prisa, sin reparar apenas en lo que hacía, se puso la bata y se quedó inmóvil, sin dejar de mirarla. Tenía que irse, pero no podía sustraerse al influjo de su mirada. Le gustaba su cara, y conocía su expresión y su mirada, pero nunca la había visto así. ¡Qué odioso y repugnante se sintió cuando recordó cómo la había hecho sufrir la víspera, cuando estaba delante de él, como ahora! Su rostro de mejillas sonrosadas, rodeado de suaves cabellos que se escapaban por debajo del gorro de dormir, irradiaba alegría y determinación.

Aunque el carácter de Kitty, en general, era ajeno a toda suerte de sofisticación y convencionalismo, Levin se sorprendió de lo que se le revelaba ahora, cuando de pronto se alzaron todos los velos y lo más recóndito de su alma resplandeció en sus ojos. Y, rodeada de esa suerte de sencillez desnuda, reconocía mejor aún a la mujer que amaba. Lo miraba sonriendo; pero de pronto frunció las cejas, levantó la cabeza y, acercándose rápidamente, le cogió de la mano y se apretó contra él, envolviéndole en su cálido aliento. Kitty sufría y era como si se quejase de sus dolores. En un primer momento, por costumbre, Levin se sintió culpable. Pero la mirada de su mujer, llena de ternura, le aclaró que, lejos de reprocharle nada, le quería por esos padecimientos. «Entonces, si no tengo yo la culpa, ¿quién la tiene?», pensó involuntariamente, buscando al responsable de esos sufrimientos para castigarlo. Pero no había ninguno. Kitty sufría, se lamentaba y triunfaba de esos sufrimientos, se alegraba de ellos, les estaba agradecida. Levin se daba cuenta de que en el alma de su esposa se estaba produciendo un acontecimiento grandioso, aunque no sabía exactamente qué. Era algo que estaba por encima de su comprensión.

—Voy a avisar a mamá. Tú vete a buscar cuanto antes a Yelizaveta Petrovna… ¡Kostia! No es nada, ya ha pasado.

Se apartó de Levin y llamó a su doncella.

—Bueno, ya puedes marcharte. Pasha vendrá en seguida. Me encuentro mejor.

Y Levin vio con estupor que retomaba la labor de la que se había ocupado por la noche.

Mientras salía por una puerta, oyó que la doncella entraba por la otra. Se detuvo en el umbral, escuchó las órdenes detalladas que le daba Kitty y vio cómo entre las dos trasladaban la cama a otro lugar.

Levin se vistió y, mientras enganchaban los caballos, ya que a esas horas no había manera de encontrar un coche de alquiler, volvió corriendo al dormitorio, y no de puntillas, sino en volandas, según le pareció. Dos criadas, con aire de preocupación, cambiaban de sitio alguna cosa. Kitty se paseaba de un lado para otro, moviendo la aguja con rapidez, y no dejaba de dar órdenes.

—Me voy a casa del médico. Ya he enviado a alguien en busca de Yelizaveta Petrovna, pero de todos modos pasaré también por allí. ¿Necesitas alguna otra cosa?

¿Quieres que avise a Dolly?

Kitty se lo quedó mirando. Era evidente que no había escuchado nada de lo que le había dicho.

—Sí, sí. Vete, vete —dijo apresuradamente, frunciendo el ceño y apartándolo con un gesto de la mano.

Levin se disponía a entrar ya en el salón cuando de pronto oyó un gemido lastimero, que se apagó en seguida. Se detuvo y pasó un buen rato inmóvil, incapaz de comprender.

«Pero si ha sido ella», se dijo y, llevándose las manos a la cabeza, bajó corriendo las escaleras.

—¡Señor, ten piedad! ¡Perdónanos, ayúdanos!

Aunque no era creyente, repitió varias veces esas palabras, que, no sabía cómo, le habían acudido a los labios, brotándole del mismo corazón. Entonces se dio cuenta de que ni sus dudas ni la imposibilidad de creer con la razón le impedían dirigirse a Dios. Todas esas vacilaciones habían desaparecido de su alma como si fueran polvo. ¿A quién iba a dirigirse sino a Aquel en cuyas manos estaban su amor, su alma y su vida entera?

Con todas las fuerzas físicas en tensión y un senümiento claro de cuál era su deber, Levin tomó la resolución de partir a pie antes de que acabaran de enganchar el caballo, no sin antes ordenar a Kuzmá que lo siguiera en el coche.

En la esquina se encontró con un trineo nocturno que avanzaba veloz. En el interior viajaba Yelizaveta Petrovna.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! —exclamó Levin con entusiasmo, después de reconocer el rostro menudo y los cabellos rubios de la comadrona, que en esos momentos tenía una expresión particularmente seria, incluso severa. Sin pedir al cochero que se detuviera, corrió a su lado, desandando el camino.

—Entonces, ¿hace sólo dos horas? ¿Nada más? —preguntó la comadrona—. Encontrará usted en casa a Piotr Dmítrevich, pero no le meta prisa. Y no se olvide de comprar opio en la farmacia.

—¿Cree usted que saldrá todo bien? ¡Señor, perdónanos y ayúdanos! —exclamó Levin, al ver salir por el portón a su caballo. Montó en el trineo de un salto, al lado de Kuzmá, y le ordenó que se dirigiera a casa del médico.

XIV

El médico todavía no se había levantado. El lacayo dijo que el señor se había ido tarde a la cama y había dado órdenes de que no lo despertaran. En cualquier caso, añadió que no tardaría en levantarse. Estaba limpiando los cristales de una lámpara y parecía muy concentrado en su labor. La atención que mostraba por los cristales y la indiferencia que manifestaba por lo que Levin acababa de decirle en un principio asombraron a éste, pero no tardó en comprender que nadie sabía ni estaba obligado a saber los sentimientos que le embargaban, y que debía actuar con serenidad, buen juicio y resolución para echar abajo ese muro de indiferencia y alcanzar su objetivo. «No debo apresurarme ni descuidar nada», se decía, sintiéndose cada vez más poderoso y más seguro de lo que tenía que hacer.

Una vez enterado de que el médico no se había levantado, Levin sopesó diversos planes, y al final se decantó por el siguiente: que Kuzmá fuese a buscar a otro médico con una nota, mientras él se dirigía a la farmacia a comprar opio. Y, si al regresar el médico aún no se había levantado, despertarlo a cualquier precio, sobornando al criado o empleando la fuerza, en caso de que no diese su brazo a torcer.

En la farmacia un cochero aguardaba que un mancebo de botica muy delgado le entregara unos polvos, que encerraba en unas cápsulas con la misma indiferencia con que el lacayo limpiaba los cristales. En un primer momento el mancebo se negó a despacharle el opio. Levin trató de convencerlo sin precipitarse ni acalorarse, mencionando el nombre del médico y de la comadrona y explicándole para qué lo quería. El mancebo pidió consejo en alemán y, después de recibir una respuesta afirmativa desde el otro lado del tabique, cogió un frasco y un embudo, vertió con parsimonia parte de su contenido en un recipiente más pequeño, pegó la etiqueta, lo selló, a pesar de los ruegos de Levin para que no lo hiciera, y hasta se dispuso a envolverlo. En ese momento Levin perdió la paciencia: le arrebató con decisión el recipiente de las manos y salió corriendo por la gran puerta acristalada. El médico seguía sin levantarse y el lacayo, que se ocupaba ahora de extender una alfombra, se negó a despertarlo. Levin sacó poco a poco un billete de diez rublos y, pronunciando muy despacio las palabras, aunque sin perder tiempo, trató de explicarle que Piotr Dmítrevich (¡qué majestuoso y señero le parecía ahora ese nombre que antaño se le había antojado tan insignificante!) le había prometido acudir a su casa a cualquier hora y que seguramente no se enfadaría si lo despertaba en ese preciso instante.

El criado se mostró conforme y subió al piso de arriba, no sin antes rogar a Levin que pasara al recibidor.

Levin oía cómo al otro lado de la puerta el médico tosía, iba de un lado para otro, se lavaba y decía algo. Transcurrieron unos tres minutos, que le parecieron más largos que una hora entera. Ya no podía esperar más.

—¡Piotr Dmítrevich, Piotr Dmítrevich! —exclamó con voz suplicante por la puerta abierta—. Por el amor de Dios, perdóneme. Recíbame como esté. Han pasado ya más de dos horas.

—¡Ya voy, ya voy! —respondió el médico, y Levin se quedó asombrado al ver que lo decía sonriendo.

—Será un momento…

—En seguida.

El médico necesitó dos minutos para calzarse las botas y dos más para ponerse el traje y peinarse.

—¡Piotr Dmítrevich! —empezó de nuevo Levin con voz quejumbrosa, pero en ese momento apareció el médico vestido y peinado. «Estos hombres no tienen conciencia —pensó—. ¡A quién se le ocurre peinarse cuando una persona se está muriendo!»

—¡Buenos días! —le dijo el médico, tendiéndole la mano con la mayor parsimonia del mundo, como si quisiera burlarse de Levin—. No tenga prisa. ¿Y bien?

Tratando de ser lo más preciso posible, Levin pasó a contarle muchos detalles innecesarios del estado de su mujer, interrumpiéndose a cada momento para suplicarle que saliera inmediatamente con él.

—Pero no tenga usted prisa. Estoy seguro de que mi presencia no será necesaria. En cualquier caso, como se lo he prometido, iré con usted. No obstante, no hay razón para que nos apresuremos. Siéntese usted, haga el favor. ¿Le apetece una taza de café? —Levin le miró, preguntándole con los ojos si se estaba burlando de él. Pero no era ésa la intención del médico—. Lo sé, lo sé —añadió, sonriendo—. Yo también soy padre de familia. Pero en estos momentos los maridos somos las personas más dignas de lástima. El marido de una de mis pacientes se marcha siempre a la cuadra cuando su mujer va a dar a luz.

—Pero ¿cómo lo ve usted, Piotr Dmítrevich? ¿Cree usted que todo saldrá bien?

—Así lo indican los datos.

—¿Por qué no nos vamos ya? —preguntó Levin, mirando con irritación al criado, que traía el café.

—Esperemos una horita.

—¡No, por el amor de Dios!

—Bueno, pues déjeme al menos que me tome el café.

El médico cogió la taza. Ambos guardaron silencio.

—Parece que a los turcos les están dando una buena paliza. ¿Ha leído usted el telegrama de ayer? —preguntó el médico, mientras masticaba un bollo.

—¡No puedo más! —exclamó Levin, poniéndose en pie de un salto—. Entonces, ¿vendrá a nuestra casa dentro de un cuarto de hora?

—Palabra de honor.

—¿Palabra de honor?

Cuando Levin regresó, se topó con la princesa, que llegaba en esos momentos. Se dirigieron juntos a la puerta del dormitorio. La princesa tenía lágrimas en los ojos y sus manos temblaban. Al ver a Levin, le abrazó y se echó a llorar.

—¿Cómo va todo, mi querida Yelizaveta Petrovna? —preguntó a la comadrona, que salió a su encuentro con el rostro brillante y preocupado, cogiéndola por el brazo.

—Bien —respondió ésta—. Trate de convencerla para que se tumbe. Se encontrará mejor.

Desde el momento en que se había despertado y había comprendido lo que estaba pasando, Levin se había preparado para soportar lo que se le venía encima, sin reflexionar, sin anticipar nada, cerrando el paso con firmeza a cualquier idea y sentimiento; sí, en lugar de incordiar a su mujer, pro curaría calmarla y darle ánimos. Sin preguntarse siquiera qué es lo que iba a suceder y cómo terminaría todo, y ateniéndose a las informaciones que le habían dado sobre el tiempo que solía durar un parto, procuró armarse de paciencia y se preparó para dominar los impulsos de su corazón durante unas cinco horas, algo que le parecía posible. Pero, cuando regresó de casa del médico y vio de nuevo los sufrimientos de Kitty, se puso a repetir cada vez más a menudo: «Señor, perdónanos y ayúdanos», al tiempo que suspiraba y levantaba los ojos al cielo. Tenía miedo de no soportar ese trance, de echarse a llorar o salir corriendo en cualquier momento. Tan grandes eran sus padecimientos. Y sólo había transcurrido una hora.

Pero después de esa hora transcurrió una segunda, y luego una tercera y una cuarta, hasta llegar finalmente a la quinta que se había fijado como plazo máximo para su paciencia. Y la situación no había variado lo más mínimo. Seguía armándose de paciencia, porque no podía hacer otra cosa, y no dejaba de pensar que había llegado al límite de su aguante y que el corazón iba a estallarle de un momento a otro, incapaz de soportar tantos sufrimientos.

Pero pasaron unos minutos más, y luego horas y horas, y sus padecimientos y su horror iban en aumento, y su tensión era cada vez mayor.

Todas las condiciones de la vida cotidiana, sin las cuales no era posible imaginar nada, habían dejado de existir para Levin. Había perdido la noción del tiempo. Ahora los minutos —esos minutos en que ella lo llamaba a su lado y él le cogía la mano sudada, que tan pronto apretaba la suya con una fuerza extraordinaria como la rechazaba— le parecían horas, y las horas se le antojaban minutos. Se sorprendió cuando Yelizaveta Petrovna le pidió que encendiera una vela detrás del biombo, y entonces se dio cuenta de que ya eran las cinco de la tarde. Su perplejidad no habría sido menor si le hubieran dicho que eran las diez de la mañana. No habría sido capaz de decir dónde había estado todo ese tiempo y qué había sucedido a su alrededor.

Veía el rostro inflamado de Kitty, que tan pronto expresaba perplejidad y sufrimiento como sonreía, tratando de clamarlo. También veía a la princesa, colorada, tensa, con los rizos grises despeinados y los ojos llenos de lágrimas, que se esforzaba en contener, mordiéndose los labios; veía a Dolly, al médico, que fumaba gruesos cigarrillos, a Yelizaveta Petrovna, con su rostro firme, resuelto y tranquilizador, y al viejo príncipe, que se paseaba por la sala con el ceño fruncido. Pero no sabía cómo entraban y salían, dónde estaban. La princesa tan pronto estaba con el médico en el dormitorio como en el despacho, donde se había puesto la mesa; a veces era Dolly quien ocupaba su puesto. Levin también recordaba que lo habían enviado a algún lugar. En una ocasión le pidieron que cambiara de sitio una mesa y un sofá. Y Levin puso en ello los cinco sentidos, pensando que era algo que Kitty necesitaba. Sólo más tarde se dio cuenta de que se trataba de su propio lecho. Más tarde lo enviaron al despacho para que le preguntara algo al médico, quien, después de responderle, se puso a hablarle de los desórdenes que se habían producido en la asamblea municipal. También lo mandaron al dormitorio de la princesa en busca de un icono con marco de plata dorada. Con ayuda de la vieja doncella de la princesa, se había encaramado a un aparador para cogerlo y había roto la lamparilla. Después de que la doncella le tranquilizara tanto con respecto a su mujer como a la lamparilla, llevó el icono al dormitorio de Kitty y lo puso a la cabecera, fijándolo con mucho cuidado detrás de las almohadas. Pero no habría sido capaz de decir dónde, cuándo y por qué había sucedido todo eso. Tampoco entendía por qué la princesa le había cogido la mano y, con una mirada compasiva, le pedía que se tranquilizara, por qué Dolly intentaba convencerle de que comiera un poco y lo sacaba de la habitación, ni siquiera por qué el médico lo miraba con aire grave y tanta piedad y le ofrecía unas gotas.

Sólo tenía claro que se encontraba en una situación semejante a la que había afrontado un año antes en aquella posada de provincias, al pie del lecho de muerte de su hermano Nikolái. Con la única diferencia de que aquello era motivo de tristeza y esto de alegría. Pero tanto aquella tristeza como esta alegría estaban fuera de las condiciones de la existencia cotidiana, eran como una especie de grieta que dejaba traslucir una vida superior. Las penas y sufrimientos que entrañaba el acontecimiento presente no eran menores que las de aquel otro, y el alma, al contemplar ese hecho supremo, se elevaba a cimas igual de inaccesibles, con las que antes no había soñado siquiera y adonde la razón no podía seguirla.

«Señor, perdónanos y ayúdanos», seguía repitiendo para sus adentros, feliz de haber recuperado, a pesar de su largo y en apariencia completo alejamiento de la religión, la misma confianza y sencillez con que se dirigía a Dios en su infancia y primera juventud.

Durante todo ese tiempo se debatió entre dos estados de ánimo distintos. Uno, lejos de Kitty, cuando estaba con el médico, que fumaba un grueso cigarrillo tras otro,

apagándolos después en el borde del cenicero, lleno ya de colillas, o cuando charlaba con Dolly y con el príncipe, que le hablaban de comida, de política o de la enfermedad de Maria Petrovna. En tales ocasiones parecía olvidarse por un momento de lo que estaba sucediendo y tenía la sensación de haberse despertado de pronto. Otro, en presencia de Kitty, sentado a su cabecera. Entonces su corazón estaba a punto de estallar, henchido de compasión, y no paraba de suplicarle a Dios. Y, cada vez que en uno de esos momentos de olvido, le llegaba un grito desde el dormitorio, volvía a incurrir en el mismo error en que había caído en el primer momento: se levantaba de un salto y corría a justifícarse; pero por el camino recordaba que no tenía la culpa. Y entonces sentía deseos de defenderla, de ayudarla. Pero, cuando la veía, se daba cuenta de que no podía ayudarla y, horrorizado, repetía: «Señor, perdónanos y ayúdanos». Cuanto más tiempo pasaba, más se reforzaban esos dos estados de ánimo: cuando no la tenía delante, se sentía cada vez más tranquilo, y hasta llegaba a olvidarla por completo; en cambio, en su presencia, los sufrimientos se volvían cada vez más insoportables, y también su propia sensación de impotencia. Y él se levantaba de un salto, con la intención de huir a alguna parte; pero al poco rato volvía corriendo a su lado.

A veces, cuando Kitty lo llamaba una y otra vez, Levin la abrazaba. Entonces, al ver su expresión sumisa y risueña y escuchar sus palabras: «Te estoy atormentando», se revolvía contra Dios, aunque al momento se acordaba de su plegaria y volvía a implorarle perdón y misericordia.

XV

Levin no sabía si era pronto o tarde. Todas las velas estaban a punto de consumirse. Dolly acababa de estar en el despacho y le había aconsejado al médico que se echara un rato. Levin, sentado, escuchaba lo que contaba el médico sobre un hipnotizador charlatán y contemplaba la ceniza de su cigarrillo. Era uno de esos períodos de calma y despreocupación. Se había olvidado por completo de lo que estaba sucediendo. Escuchaba el relato del médico y entendía lo que le estaba contando. De pronto resonó un grito que apenas parecía humano. Era tan terrible que Levin ni siquiera se sobresaltó, aunque, conteniendo la respiración, miró al médico con expresión asustada e inquisitiva. Éste ladeó la cabeza, aguzó el oído y sonrió en señal de aprobación. Todo era tan extraordinario que nada sorprendía a Levin. «Seguramente debe ser así», se dijo, sin moverse de su sitio. ¿Quién había proferido ese grito? Se levantó apresuradamente, entró de puntillas en el dormitorio, esquivó a Yelizaveta Petrovna y a la princesa y se quedó de pie en su puesto, a la cabecera. El grito había cesado, pero algo había cambiado, aunque no sabía exactamente qué. En realidad, prefería no saberlo. Pero lo advertía en el rostro de Yelizaveta Petrovna, severo, pálido y con la misma expresión de resolución, aunque las mandíbulas le temblaban ligeramente y no apartaba la vista de Kitty, congestionada y extenuada, con un mechón de cabellos pegados a la frente sudorosa, vuelta hacia Levin, cuya mirada buscaba. Levantó los brazos, cogió las frías manos de su marido entre las suyas sudorosas y las apretó contra su rostro.

—¡No te vayas, no te vayas! ¡No tengo miedo, no tengo miedo! —dijo con precipitación—. Mamá, quítame los pendientes. Me molestan. ¿Verdad que tú no tienes miedo? Rápido, rápido, Yelizaveta Petrovna… —Hablaba muy deprisa e intentaba sonreír. Pero de pronto se le desfiguró el rostro y rechazó a su marido—. ¡Ah, esto es horrible! ¡Me voy a morir, me voy a morir! ¡Vete, vete! —gritó, y una vez más volvió a oírse ese grito inhumano.

Levin se llevó las manos a la cabeza y salió corriendo de la habitación.

—¡No es nada, no es nada! ¡Todo va bien! —le dijo Dolly cuando pasó a su lado.

Pero, por más que le dijeran, Levin sabía que en esos momentos todo estaba perdido. Se quedó en la habitación contigua, con la cabeza apoyada en el marco de la puerta, escuchando esa especie de grito o aullido, que no se parecía a nada de lo que había oído hasta entonces, consciente de que quien gritaba de ese modo era esa criatura desfigurada que antaño había sido Kitty. Hacía ya tiempo que no deseaba tener un hijo. Ahora incluso odiaba a ese niño. Ni siquiera deseaba que Kitty viviera, sólo que acabaran de una vez sus horribles sufrimientos.

—¡Doctor! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¡Dios mío! —dijo, cogiendo por un brazo al médico, que entraba en esos momentos.

—Ya está terminando todo —replicó el médico. Y, al pronunciar esas palabras, su expresión era tan severa que Levin creyó entender que Kitty se moría.

Fuera de sí, entró corriendo en el dormitorio. Lo primero que distinguió fue el rostro de Yelizaveta Petrovna, aún más ceñudo y grave. A Kitty no la vio. En el lugar en que había estado hasta entonces había una criatura horrible, no sólo por la tensión de sus rasgos, sino también por los alaridos que profería. Levin apretó la cabeza contra el cabecero, sintiendo que el corazón se le rompía en pedazos. El terrible grito, lejos de acallarse, se hacía cada vez más espantoso; pero de pronto cesó, como si hubiera llegado al límite extremo del horror. Levin no daba crédito a sus propios oídos, pero no cabían dudas: el grito se había extinguido, y sólo se oía un murmullo discreto, un crujido de ropas, respiraciones afanosas y, por último, la voz de Kitty, entrecortada, tierna, viva y feliz, que decía apenas en un susurro: «Todo ha terminado».

Levin levantó la cabeza. Con los brazos inertes sobre la colcha, extraordinariamente bella y serena, Kitty lo miraba en silencio, esforzándose infructuosamente por sonreír.

Y de pronto Levin se sintió transportado de ese mundo misterioso, terrible y extraño en el que había pasado las últimas veintidós horas, a su mundo habitual, el de antes, ahora envuelto en la luz de esa nueva felicidad, tan radiante que apenas pudo soportarla. Las cuerdas, demasiado tensas, se quebraron. Sollozos y lágrimas de alegría, tan imparables como imprevistos, sacudieron todo su cuerpo, y durante un buen rato fue incapaz de pronunciar palabra.

Arrodillado delante de la cama, sujetaba la mano de su mujer y la besaba, mientras ella respondía a sus besos con un débil movimiento de los dedos. Entre tanto, a los pies del lecho, en las hábiles manos de Yelizaveta Petrovna, como la llamita de una bujía, se agitaba la vida de un ser humano que antes no existía, que viviría y engendraría a otros como él, haciendo valer sus derechos, tan importantes como los de cualquier otro.

—¡Está vivo! ¡Está vivo! ¡Y además es un niño! ¡No se preocupe! —oyó decir Levin a Yelizaveta Petrovna, mientras golpeaba la espalda de la criatura con mano temblorosa.

—¿Es verdad, mamá? —preguntó Kitty.

Por toda respuesta la princesa emitió un sollozo.

Y en medio del silencio, como una indudable respuesta a la pregunta de la madre, se oyó una voz completamente distinta de todas las que hablaban en susurros en la habitación. Era el grito audaz y temerario, que no atendía a razones y no se sabía de dónde venía, de esa criatura recién nacida.

Si antes le hubiesen dicho a Levin que Kitty había muerto y él también, que sus hijos eran ángeles y que estaban todos delante de Dios, no se habría sorprendido lo

más mínimo. Pero ahora, de vuelta en el mundo real, hacía grandes esfuerzos por comprender que Kitty estaba sana y salva y que la criatura que aullaba con tanta desesperación era su hijo. Kitty estaba viva, los sufrimientos habían cesado. Y él era inmensamente dichoso. Era lo único que entendía, y no cabía en sí de felicidad. Pero ¿y el niño? ¿Quién era? ¿De dónde venía y para qué?… No podía entender nada, asumir esa nueva realidad. Le parecía que era una criatura superflua, que estaba de más, y que tardaría mucho tiempo en acostumbrarse a su presencia.

XVI

Pasadas ya las nueve el viejo príncipe, Serguéi Ivánovich y Stepán Arkádevich se reunieron en casa de Levin. Después de hablar de la parturienta, se pusieron a comentar otros asuntos. Levin los escuchaba, pero no podía dejar de pensar en el pasado, en lo que había sido su vida hasta esa mañana; también se acordaba de sí mismo, de cómo había sido hasta la víspera de ese acontecimiento. Y le parecía que habían transcurrido cien años desde entonces. Tenía la impresión de flotar a una altura inalcanzable, desde la que descendía con precaución para no ofender a las personas con las que estaba hablando. Mientras conversaba, no dejaba de pensar en su mujer, en los detalles de su estado actual y en su hijo, tratando de hacerse a la idea de su existencia. El mundo femenino, que desde que se había casado había adquirido un significado nuevo, desconocido hasta entonces, ahora se le antojaba tan elevado que no podía abarcarlo con la imaginación. Escuchaba los comentarios sobre la comida del día anterior en el casino y pensaba: «¿Qué estará haciendo Kitty? ¿Se habrá quedado dormida? ¿Se encontrará bien? ¿Qué estará pensando? ¿Gritará el pequeño Dmitri?». Y en medio de la conversación, en medio de una frase, se levantaba de un salto y salía de la habitación.

—Avísame si puedo pasar a verla —dijo el príncipe.

—Muy bien, ahora mismo —respondió Levin y, sin detenerse, se dirigió al dormitorio de su mujer.

Kitty no dormía, estaba hablando en voz baja con su madre, con quien hacía planes para el bautizo.

Aseada, peinada, con un elegante gorrito adornado de azul, las manos sobre la colcha, yacía de espaldas. Cuando sus ojos se encontraron, lo atrajo con la mirada, ya luminosa de por sí, pero todavía más brillante a medida que Levin se acercaba. En su rostro seguía percibiéndose ese cambio de lo terreno a lo ultraterreno que se advierte en la cara de los muertos; pero en este caso no se trataba de una señal de despedida, sino de bienvenida. De nuevo su corazón fue presa de una agitación semejante a la que había experimentado durante el parto. Kitty le cogió la mano y le preguntó si había dormido. Incapaz de responder, Levin volvió la cabeza, convencido de su debilidad.

—Pues yo he descabezado un sueñecito, Kostia —le dijo—. Y ahora me encuentro muy bien.

Kitty se quedó mirando a su marido, pero de pronto su expresión cambió.

—Démelo —dijo, al oír los gemidos del niño—. Démelo, Yelizaveta Petrovna. Quiero que mi marido lo vea.

—Pues claro, que lo vea su papá —dijo la comadrona, levantando una cosa roja, extraña y temblorosa—. Pero espere un momento a que lo arreglemos. —Y

Yelizaveta Petrovna depositó esa cosa roja y temblorosa en la cama, lo desvistió, le echó unos polvos y volvió a vestirlo, levantándolo y dándole la vuelta con un solo dedo.

Al ver esa criatura minúscula y lastimosa, Levin se esforzó en vano por despertar en su alma algún sentimiento paternal. Sólo sentía repugnancia. Pero, cuando lo desnudaron y aparecieron ante su vista esos bracitos menudos y esos piececitos de color azafrán, con el dedo gordo distinto de los demás, y cuando la comadrona dobló esos bracitos, que se agitaban como blandos muelles, para meterlos en la camisita de hilo, sintió tanta compasión por la criatura y tanto temor de que Yelizaveta Petrovna pudiera hacerle daño que le sujetó el brazo.

La comadrona se echó a reír.

—¡No se asuste, no se asuste!

Cuando el niño estuvo arreglado y convertido en un muñeco rígido, Yelizaveta Petrovna lo acunó, como si estuviera orgullosa de su trabajo, y a continuación se echó a un lado, para que el padre pudiera verlo en todo su esplendor.

Kitty seguía con atención todos los movimientos del niño, con el rabillo del ojo.

—¡Démelo, démelo! —repitió, e hizo intención de incorporarse.

—Pero ¿qué hace usted, Katerina Aleksándrovna? ¡No debe moverse así! Ya se lo doy yo. Pero vamos a enseñarle a papá lo guapo que eres.

Y Yelizaveta Petrovna levantó con una sola mano (con los dedos de la otra sólo sostenía la oscilante nuca) a la criatura extraña y rojiza, que se movía y ocultaba el rostro en los pliegues de la mantilla. Levin distinguió la nariz, los ojos bizcos, los labios balbucientes.

—¡Un niño precioso! —exclamó la comadrona.

Levin suspiró con desánimo. Ese niño precioso sólo despertaba en él un sentimiento de repugnancia y lástima, muy diferente de lo que había esperado.

Mientras la comadrona colocaba al niño para que tomara el pecho por primera vez, Levin se volvió, pero una risa le hizo levantar la cabeza. Era Kitty. El niño le había agarrado el pecho.

—¡Bueno, basta, basta! —decía Yelizaveta Petrovna, pero Kitty no soltaba a la criatura, que se había quedado dormida en sus brazos.

—¡Míralo ahora! —exclamó Kitty, girando al niño de tal modo que Levin pudiera verlo. De pronto la carita de viejo se arrugó aún más, y el niño estornudó.

Sonriendo y conteniendo a duras penas las lágrimas de emoción que se agolpaban en sus ojos, Levin besó a su mujer y salió de la habitación en penumbras.

Lo que sentía por esa pequeña criatura era algo completamente distinto de lo que había esperado. No podía hablarse de alegría o satisfacción. Al contrario, lo que le embargaba era un miedo espantoso, desconocido hasta entonces, la conciencia de una nueva región vulnerable. Tan dolorosa era esa conciencia y tan grande su temor de

que esa criatura indefensa pudiese sufrir que en un primer momento le pasó desapercibido el extraño sentimiento de alegría inmotivada e incluso de orgullo que le causó el estornudo del niño.

XVII

Los asuntos de Stepán Arkádevich iban de mal en peor.

Había gastado las dos terceras partes del dinero que le había reportado la venta del bosque, y había recibido casi la totalidad del resto, con un descuento del diez por ciento. El comerciante se negaba a entregar más dinero, sobre todo porque ese invierno Daria Aleksándrovna había hecho valer por primera vez sus derechos sobre la hacienda y se había negado a firmar el recibo correspondiente al último tercio del bosque. Los gastos de la casa y el pago de pequeñas deudas inaplazables consumían todo el sueldo de Oblosnki. No les quedaba ni un céntimo.

Era una situación desagradable y molesta, que en opinión de Stepán Arkádevich no podía prolongarse. Estaba convencido de que todo se debía a que su sueldo era demasiado bajo. No cabía duda de que el puesto que ocupaba había sido muy bueno cinco años antes, pero ya no era así. Petrov, como director de banco, recibía doce mil rublos; Sventitski, miembro de una sociedad, diecisiete mil; Mitin, que había fundado un banco, cincuenta mil. «Es evidente que me he dormido y se han olvidado de mí», pensaba Stepán Arkádevich. Así pues, aguzó el oído y abrió bien los ojos, y a finales del invierno encontró un puesto muy lucrativo y se dispuso a pasar al ataque, primero desde Moscú, a través de sus tíos, tías y amigos; más tarde, en primavera, cuando el asunto ya estaba maduro, viajó en persona a San Petersburgo. Era uno de esos empleos lucrativos y venales, más comunes ahora que antes, con sueldos que oscilan entre los mil y los cincuenta mil rublos al año. Se trataba de formar parte de la comisión de la Agencia Conjunta de Crédito Mutuo de los Ferrocarriles del Sur y de las Entidades Bancarias.[19] Ese cargo, como todos los de su género, exigía unos conocimientos vastísimos y un grado de energía que difícilmente se dan en una sola persona. Por eso, a falta de un candidato que reuniera todas esas cualidades, los responsables preferían que ocupara el cargo un hombre honrado. Y Stepan Arkádevich lo era no sólo en sentido literal, sino también en el que se le da en Moscú cuando se habla de «un político honrado», «un escritor honrado», «un periódico honrado», «una institución honrada», «una tendencia honrada», y que significa no sólo que la persona y la institución en cuestión son honradas, sino que, llegado el caso, pueden atacar al gobierno. Stepán Arkádevich frecuentaba los círculos de Moscú en los que se había introducido esa palabra, donde lo tenían por un hombre honrado; en consecuencia, tenía más derecho que nadie a ocupar ese puesto.

El cargo reportaba de siete a diez mil rublos al año, y Oblonski podía ocuparlo sin renunciar a su plaza de funcionario. Dependía de dos ministerios, de una Señora y de dos judíos. Aunque esas personas estaban predispuestas en su favor, tenía que visitarlas en San Petersburgo. Además, había prometido a su hermana arrancar a Karenin una respuesta definitiva sobre el divorcio. En definitiva, después de

conseguir que Dolly le entregara cincuenta rublos, partió para San Petersburgo.

Sentado en el despacho de Karenin, Stepán Arkádevich escuchaba su informe sobre las causas del mal estado de las finanzas rusas, esperando el momento en que concluyera para hablarle de su asunto y de Anna.

—Sí, tiene usted mucha razón —dijo, cuando Alekséi Aleksándrovich, quitándose el *pince-nez*, sin el que ya no era capaz de leer, le miró con aire inquisitivo —. Todo eso es cierto en lo que respecta a los detalles, pero no hay que olvidar que el principio de nuestra época es la libertad.

—Sí, pero yo establezco otro principio que incluye el de la libertad —replicó Alekséi Aleksándrovich, haciendo énfasis en la palabra «incluye» y volviéndose a poner el *pince-nez* para leer otra vez a su oyente el pasaje al que se refería. Después de hojear el manuscrito, escrito con cuidada letra y márgenes enormes, Alekséi Aleksándrovich leyó de nuevo ese párrafo convincente—. Si me opongo a un sistema proteccionista no es por favorecer a unos particulares, sino en aras del bien general, tanto de las clases altas como de las bajas —dijo, mirando a Oblonski por encima de su *pince-nez*—. Pero *ellos* no pueden entenderlo, *ellos* sólo se ocupan de sus intereses personales y de hacer frases bonitas.

Stepán Arkádevich sabía que cuando Karenin se ponía a hablar de lo que hacían y pensaban *ellos*, los mismos que no querían aceptar sus proyectos y eran la causa de todos los males de Rusia, es que estaba a punto de terminar. Por eso renunció de buena gana al principio de la libertad y se mostró de acuerdo en todo. Alekséi Aleksándrovich se calló y hojeó su manuscrito con aire pensativo.

—¡Ah, por cierto! —exclamó Stepán Arkádevich—. Quería pedirte que cuando veas a Pomorskói, si se presenta la ocasión, le digas que estoy muy interesado en el puesto que ha quedado vacante en la Agencia Conjunta de Crédito Mutuo de los Ferrocarriles del Sur y de las Entidades Bancarias.

Stepán Arkádevich se había aprendido de memoria el nombre del puesto que tanto ansiaba obtener y lo pronunció de un tirón sin equivocarse.

Alekséi Aleksándrovich le preguntó en qué consistía la actividad de esa nueva comisión y se sumió en reflexiones. Trataba de dilucidar si el objetivo de esa comisión no sería contrario a sus proyectos. No obstante, como las actividades de esa comisión eran bastante complejas y sus proyectos abarcaban un campo muy vasto, no fue capaz de llegar a ninguna conclusión y, quitándose el *pince-nez*, dijo:

—Pues claro que se lo diré. Pero ¿por qué quieres ocupar ese puesto?

—El sueldo es bueno, hasta nueve mil rublos, y mis medios…

—Nueve mil rublos —repitió Alekséi Aleksándrovich y frunció el ceño. Esa cifra tan elevada le recordó que la futura actividad de Stepán Arkádevich chocaba con la idea principal de sus proyectos, que tendían siempre a reducir los gastos.

—Considero, y así lo he escrito en mi informe, que en los tiempos que corren

esos sueldos tan enormes son un indicio de la falsa *assiette*[20] económica de nuestra administración.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó Stepán Arkádevich—. Si el director de un banco recibe diez mil rublos y un ingeniero veinte mil, es que los valen. Puedes decir lo que quieras, pero son cargos de vital importancia.

—En mi opinión, el sueldo es el pago por una mercancía y debe respetar la ley de la oferta y la demanda. Si el sueldo asignado se aparta de esta ley, como sucede, por ejemplo, cuando dos ingenieros recién salidos de la Escuela, con los mismos conocimientos y capacidades, reciben sueldos tan dispares como cuarenta mil y dos mil rublos, o cuando abogados o húsares sin especiales conocimientos profesionales se convierten en directores de entidades bancarias, con sueldos altísimos, cabe deducir que el sueldo no lo fija la ley de la oferta y la demanda, sino la influencia personal. Y eso, además de constituir un abuso, ejerce una influencia desastrosa en el servicio público. En mi opinión…

Stepán Arkádevich se apresuró a interrumpir a su cuñado.

—Sí, pero convendrás conmigo en que se trata de una institución nueva, cuya utilidad no puede ponerse en tela de juicio. Puedes decir lo que quieras, pero es un puesto de vital importancia. Y lo que más valoran los responsables es que las cosas se hagan con honradez —dijo Stepán Arkádevich, haciendo hincapié en esa última palabra.

Pero Alekséi Aleksándrovich no entendía el significado moscovita de la palabra «honradez».

—La honradez no es más que una cualidad negativa —objetó.

—En cualquier caso, te quedaría muy agradecido si le dijeras un par de palabras a Pomorskói —dijo Stepán Arkádevich—. Aunque sea de pasada, en medio de una conversación…

—Me parece que eso depende más bien de Bolgárinov —replicó Alekséi Aleksándrovich.

—Bolgárinov, por su parte, está completamente de acuerdo —dijo Stepán Arkádevich, ruborizándose.

Se ruborizó al mencionar a Bolgárinov porque por la mañana había estado en casa de aquel judío, y la visita le había dejado una impresión desagradable. Stepán Arkádevich estaba plenamente convencido de que el organismo en el que quería prestar sus servicios era nuevo, importante y perseguía fines honrados; pero esa mañana, cuando Bolgárinov, con indudable premeditación, le hizo esperar dos horas en el recibidor con otros solicitantes, se sintió incómodo.

Ya fuese porque él, el príncipe Oblonski, descendiente de Riurik, hubiera tenido que esperar dos horas en el recibidor de un judío, o porque por primera vez en su vida no seguía el ejemplo de sus antepasados, abandonando el servicio del Estado en favor

de una actividad nueva, el caso era que se sentía incómodo. Durante esas dos horas de espera, Stepán Arkádevich trató de ocultar de los demás y hasta de sí mismo el sentimiento que experimentaba, mientras se paseaba con desenvoltura por la sala, atusándose las patillas, entablando conversación con otros candidatos e inventando un juego de palabras sobre cómo había esperado en casa de un judío.[21]

Pero todo ese tiempo se había sentido incómodo y molesto, aunque ni él mismo habría podido decir por qué. ¿Porque el juego de palabras no acababa de salirle, o bien por alguna otra razón? Cuando, por fin, Bolgárinov le recibió con extremada cortesía, disfrutando sin duda de la humillación a que lo había sometido, y casi negándole su apoyo, Stepán Arkádevich se apresuró a olvidar cuanto antes lo ocurrido. Sólo ahora, al recordarlo, se había puesto colorado.

XVIII

—No me queda más remedio que sacar a colación otro asunto. Ya puedes figurarte cuál. Se trata de Anna —dijo Stepán Arkádevich, al cabo de un momento, cuando consiguió desembarazarse de esa impresión desagradable.

En cuanto Oblonski mencionó el nombre de Anna, el rostro de Alekséi Aleksándrovich cambió por completo. En lugar de la animación de antes, reflejó un cansancio mortal.

—Y en concreto, ¿qué es lo que quieren de mí? —preguntó, volviéndose en el sillón y cerrando su *pince-nez*.

—Una decisión, la que sea, Alekséi Aleksándrovich. Ahora me dirijo a ti no como a un hombre de Estado —estuvo a punto de decir «a un marido ofendido», pero, por temor a dar al traste con todo el asunto, acabó decantándose por esa otra expresión, que no venía muy a cuento—, sino simplemente como a un hombre bueno y cristiano. Debes compadecerte de ella.

—¿A qué te refieres? —preguntó en voz baja Karenin.

—Sí, debes compadecerte. Si la hubieses visto como yo que he pasado todo el invierno a su lado, te compadecerías. Su situación es horrible, verdaderamente horrible.

—Creía —repuso Alekséi Aleksándrovich con voz más aguda de lo normal, casi chillona— que Anna Arkádevna tenía todo lo que quería.

—¡Ah, Alekséi Aleksándrovich, por el amor de Dios! ¡No empecemos con recriminaciones! Lo pasado, pasado está. Ya sabes que lo que ella espera y desea es el divorcio.

—Pero yo suponía que Anna Arkádevna renunciaría al divorcio en caso de que yo pusiera como condición quedarme con el niño. Así se lo hice saber. Por eso pensaba que el asunto había concluido. En lo que a mí respecta, no hay nada más que hablar —chilló.

—Por el amor de Dios, no te sulfures —dijo Stepán Arkádevich, dando unas palmaditas en la rodilla de su cuñado—. El asunto no ha concluido. Si me permites que recapitule, las cosas son así: cuando os separasteis, hiciste gala de una generosidad inaudita. Se lo diste todo: la libertad y hasta el divorcio. Ella apreció tu actitud, puedes creerme. La apreció en lo que vale. De hecho, en los primeros momentos, sintiéndose culpable ante ti, fue incapaz de reflexionar y no sacó las conclusiones pertinentes. Renunció a todo. Pero la realidad y el tiempo han demostrado que su situación es aterradora e insoportable.

—La vida de Anna Arkádevna no puede interesarme —le interrumpió Alekséi Aleksándrovich, arqueando las cejas.

—Lo siento, pero no me lo creo —objetó Stepán Arkádevich en tono amable—.

Su situación es un tormento y no puede ser beneficiosa para nadie. Dirás que se lo tiene merecido. Anna lo sabe y no te pide nada. Dice abiertamente que no se atreve a pedirte nada. Pero yo, todos sus parientes, los que la queremos bien, te rogamos y te suplicamos. ¿Por qué tiene que sufrir de ese modo? ¿Quién gana con eso?

—Perdona, pero me estáis poniendo en el lugar del acusado —dijo Alekséi Aleksándrovich.

—No, no, nada de eso. Entiéndeme bien —exclamó Stepán Arkádevich, dándole otra palmadita en la rodilla, como si estuviera convencido de que ese contacto aplacaría a su cuñado—. Lo único que digo es que su situación es horrible, que tú puedes aliviarla y que no te costaría nada. Yo lo arreglaré todo de tal modo que no te darás ni cuenta. En cualquier caso, se lo habías prometido.

—Sí, pero esa promesa se la hice antes. Y yo creía que con la cuestión de la custodia de nuestro hijo el asunto quedaba zanjado. Además, esperaba que Anna mostrara la suficiente grandeza de alma… —Alekséi Aleksándrovich se había puesto pálido, y las palabras salían con dificultad de sus labios temblorosos.

—Anna lo fía todo a tu magnanimidad. Sólo te suplica una cosa: que la saques de esta situación insoportable en la que se encuentra ahora. Ya no te pide al niño. Alekséi Aleksándrovich, eres un hombre bueno. Ponte por un momento en su lugar. Dada su situación, el divorcio es para ella cuestión de vida o muerte. Si no se lo hubieras prometido antes, se habría resignado a su suerte y se habría quedado a vivir en el campo. Pero, como le habías hecho esa promesa, te escribió y se trasladó a Moscú, donde lleva ya viviendo seis meses, esperando tu respuesta, y donde cada encuentro es como una puñalada en el corazón. Es como tener a un condenado a muerte con el lazo al cuello durante meses, prometiéndole tan pronto la muerte como la salvación. Compadécete de ella, y yo me ocuparé de arreglarlo todo… *Vous scrupules…*

—No estoy hablando de eso, no estoy hablando de eso… —le interrumpió Alekséi Aleksándrovich con expresión de desagrado—. Pero es posible que prometiera algo que no tenía derecho a prometer.

—¿Quieres decir con eso que te desdices de tu promesa?

—Nunca me he negado a cumplir lo que entra dentro de lo posible, pero necesito tiempo para dilucidar si lo que prometí entra dentro de lo posible.

—¡No, Alekséi Aleksándrovich! —exclamó Oblonski, poniéndose de pie de un salto—. ¡No puedo creerlo! Es tan desdichada como sólo puede serlo una mujer y tú no puedes negarle…

—¿Hasta qué punto es posible lo que le he prometido? *Vous profesa d'être un libre penseur.*[22] Pero yo, como creyente, no puedo actuar en un asunto tan importante contra los principios cristianos.

—Pero, si no me equivoco, en las sociedades cristianas, entre nosotros, se admite

el divorcio —objetó Stepán Arkádevich—. Nuestra Iglesia ha admitido el divorcio. Y nosotros vemos…

—Lo ha admitido, pero no en ese sentido.

—Alekséi Aleksándrovich, no te reconozco —dijo Oblonski, después de una pausa—. ¿No fuiste tú quien lo perdonó todo? Y bien que te lo alabamos. ¿No fuiste tú quien, llevado precisamente de tus sentimientos cristianos, estabas dispuesto a sacrificarlo todo? Tú mismo decías: hay que dar el abrigo cuando te cogen la camisa. Y ahora…

—Te ruego que dejemos… que dejemos esta conversación —exclamó de pronto Alekséi Aleksándrovich con voz chillona, poniéndose de pie, pálido y con la mandíbula temblorosa.

—¡Ah, perdóname! ¡Perdóname si te he afligido! —dijo Stepán Arkádevich, sonriendo con aire confuso, al tiempo que le tendía la mano—. Como embajador que soy, me he limitado a transmitirte el mensaje que me han encargado.

Alekséi Aleksándrovich le dio la mano, se quedó pensativo y al cabo de un rato dijo:

—Tengo que reflexionar y buscar consejo. Pasado mañana os daré una respuesta definitiva —dijo.

Por lo visto, se le había ocurrido algo.

XIX

Stepán Arkádevich se disponía a marcharse cuando Kornéi entró en la habitación y anunció:

—¡Serguéi Alekséievich!

«¿Quién es Serguéi Alekséievich?», estuvo a punto de preguntar Stepán Arkádevich, pero en ese momento comprendió:

—¡Ah! Pero ¡si es Seriozha! —exclamó—. Al oír Serguéi Alekséievich pensé que era el director de un departamento.

«Anna me pidió que lo viera», se dijo.

Y recordó la expresión tímida y lastimosa con que Anna, antes de despedirlo, le había dicho: «Probablemente lo verás. Procura recabar todos los detalles que puedas: dónde está, quién se ocupa de él. Y, si fuera posible, Stiva… Porque se podrá arreglar, ¿verdad?». Stepán Arkádevich sabía lo que significaba ese «si fuera posible»: si fuera posible que le concedieran la custodia de su hijo en caso de obtener el divorcio… Stepán Arkádevich se daba cuenta de que no podía pensarse siquiera en esa solución, pero de todos modos se alegró de ver a su sobrino.

Alekséi Aleksándrovich le recordó a su cuñado que no le hablaban nunca al niño de su madre y le pidió que no la nombrara.

—Estuvo muy enfermo después de aquel encuentro imprevisto con su madre —añadió—. Hasta temimos por su vida. Pero, gracias a un tratamiento juicioso, acompañado de baños de mar en verano, ha recobrado la salud. Ahora, siguiendo el consejo del médico, lo he enviado al colegio. Y lo cierto es que la influencia de sus compañeros se ha revelado muy beneficiosa. Ahora goza de excelente salud y estudia muy bien.

—Pero ¡si está hecho todo un hombrecito! ¡Ya no es Seriozha, sino Serguéi Alekséievich! —exclamó Stepán Arkádevich con una sonrisa, mirando al niño guapo y ancho de espaldas, vestido con chaqueta azul y pantalones largos, que entró en la habitación con determinación y desenvoltura. El muchacho tenía un aspecto saludable y alegre. Saludó a su tío como si fuera un extraño, pero, al reconocerlo, se ruborizó y se volvió apresuradamente, como ofendido y enfadado por algo. A continuación se acercó a su padre y le entregó las notas del colegio.

—No está mal —dijo el padre—. Puedes irte.

—Ha adelgazado y ha crecido. Ya no es un niño, sino todo un muchacho —dijo Stepán Arkádevich—. ¿Te acuerdas de mí?

El muchacho se volvió bruscamente hacia su padre.

—Sí, *mon oncle*[23] —respondió, mirando a su tío, y a continuación bajó los ojos.

Oblonski le dijo que se acercara y le cogió la mano.

—Bueno, ¿cómo te van las cosas? —preguntó, con ganas de iniciar una

conversación, pero sin saber qué decirle.

Ruborizándose y sin responder, el muchacho se zafó poco a poco de la mano que le sujetaba su tío. En cuanto Stepán Arkádevich le soltó, miro con aire inquisitivo a su padre, como un pajarillo que acaba de recobrar la libertad, y salió de la habitación con paso ligero.

Había pasado un año desde que Seriozha vio por última vez a su madre. Desde entonces, no había vuelto a saber de ella. Ese mismo año había ingresado en el colegio, donde había llegado a conocer y a apreciar a sus compañeros. Había logrado desembarazarse del recuerdo de su madre, que tanto le había perseguido después de su encuentro con ella y que había sido la causa de su enfermedad. Cuando esas imágenes volvían a asaltarle, las expulsaba de su cabeza sin contemplaciones, pues ahora las consideraba vergonzosas, propias de niñas, no de un muchacho que tenía ya amigos en el colegio. Sabía que su madre y su padre habían discutido y se habían separado; sabía también que tenía que quedarse con su padre y trataba de hacerse a la idea.

Le desagradó ver a su tío, que se parecía a su madre, porque despertó en su interior esos recuerdos que juzgaba vergonzosos. Además, por algunas palabras que oyó mientras esperaba a la puerta del despacho y, sobre todo, por la expresión de ambos, comprendió que habían estado hablando de su madre. Y eso le desagradó aún más. Para no culpar a su padre, con el que vivía y del que dependía, y, principalmente, para no entregarse a esa sensibilidad que consideraba tan humillante, Seriozha había tratado de no mirar a su tío, que había venido para destruir su serenidad, y de no pensar en lo que su presencia le recordaba.

Pero, cuando Stepán Arkádevich, que había salido detrás de él, lo vio en la escalera, lo llamó y le preguntó qué hacía en el colegio entre clase y clase, Seriozha, que ya no se sentía cohibido por la presencia de su padre, se puso a charlar con él.

—Ahora jugamos a los trenes —dijo, respondiendo a su pregunta—. Mire, esto es lo que hacemos: dos se sientan en un banco. Son los pasajeros. Y uno se queda de pie delante del banco. Luego los tres se unen, bien dándose la mano o con los cinturones, y se ponen a dar vueltas por todas las salas. Pero primero hay que abrir las puertas. ¡Y qué difícil es hacer de revisor!

—¿Es el que se queda de pie? —preguntó Stepán Arkádevich con una sonrisa.

—En efecto. Se necesitan mucha valentía y mucha habilidad. Sobre todo cuando el tren se detiene de pronto o alguien se cae.

—Sí, no es ninguna broma —dijo Stepán Arkádevich, contemplando con tristeza los ojos vivaces del muchacho, tan parecidos a los de su madre, de los que había desaparecido ya esa inocencia propia de la infancia. Y, aunque le había prometido a Alekséi Aleksándrovich que no le hablaría de Anna, no pudo contenerse.

—¿Te acuerdas de tu madre? —le preguntó de pronto.

—No, no me acuerdo —se apresuró a responder Seriozha y, poniéndose como la grana, bajó la vista. A partir de ese momento su tío no pudo sacar ya nada de él.

Al cabo de media hora, el preceptor eslavo encontró a su alumno en la escalera y tardó un buen rato en comprender si estaba enfadado o lloraba.

—Seguramente te has caído y te has hecho daño —dijo—. Ya te decía yo que ese juego era peligroso. Hay que decírselo al director.

—Si me hubiera hecho daño, nadie lo habría notado. Puede darlo por seguro.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¡Déjeme!… Que si me acuerdo, que si no me acuerdo… ¿A él qué le importa? ¿Por qué iba a acordarme? ¡Déjeme en paz! —exclamó, pero ya no se dirigía a su preceptor, sino al mundo entero.

XX

Stepán Arkádevich, como de costumbre, no perdía el tiempo en San Petersburgo. Además de ocuparse de sus asuntos, el divorcio de su hermana y el puesto que ambicionaba, necesitaba refrescarse, como decía él, después del olor a cerrado de Moscú.

Moscú, a pesar de sus *cafés chantants y* de sus ómnibus, seguía siendo una ciénaga estancada, como bien sabía Stepán Arkádevich. Después de pasar un tiempo en esa ciudad, sobre todo en proximidad de la familia, era presa del desánimo. Al cabo de una larga temporada en Moscú, sin ninguna escapada, empezaba a inquietarse por el mal humor y los reproches de su mujer, por la salud y la educación de sus hijos, por cuestiones menudas de su trabajo, hasta por sus deudas. Pero le bastaba llegar a San Petersburgo y frecuentar su círculo de amistades, donde se vivía de verdad y no se vegetaba, como en Moscú, para que esos pensamientos desaparecieran como por ensalmo, derritiéndose como la cera al lado del fuego.

¿Su mujer?… Precisamente ese día había estado hablando con el príncipe Chechenski, hombre casado y con dos hijos, dos muchachos ya mayores, que servían en el cuerpo de pajes. Pero además el príncipe tenía una mujer ilegítima con quien también había tenido descendencia. Aunque la primera familia era muy agradable, él se sentía más a gusto en ese segundo hogar, a donde llevaba a veces a su hijo mayor, pues, según le contó a Stepán Arkádevich, lo consideraba útil para su desarrollo. ¿Podrían haberle dicho algo semejante en Moscú?

¿Los hijos? En San Petersburgo los hijos no entorpecían la vida de los padres. Se educaban en colegios y no existía esa disparatada idea, tan extendida en Moscú —Lvov era un buen ejemplo—, de que a los hijos correspondían todas las comodidades de la vida y a los padres sólo las preocupaciones y el trabajo. Aquí se daba por sentado que un hombre debía vivir para sí mismo, como cualquier persona culta.

¿El trabajo? En San Petersburgo el trabajo estaba lejos de ser ese yugo agobiante e ingrato en que se había convertido en Moscú. Aquí hasta resultaba interesante. Un encuentro, un favor, un comentario agudo, el talento para la mímica cuando se contaban chistes bastaban para que un hombre hiciera carrera, como era el caso de Briántsev, con quien Stepán Arkádevich había coincidido la víspera y que ya era un dignatario de primer nivel. Un trabajo semejante no carecía de interés.

Pero lo más importante era que el modo en que en San Petersburgo se tomaban las cuestiones pecuniarias ejercía un efecto tranquilizador en Stepán Arkádevich. Bartnianski, que gastaba no menos de cincuenta mil rublos al año con el tren de vida que llevaba, le había hecho la víspera un comentario revelador al respecto.

Conversando con él antes de la comida, Stepán Arkádevich le había dicho:

—Me parece que eres íntimo amigo de Mordvinski. Podrías hacerme un gran

favor si le hablas un poco de mí. Me gustaría que me concedieran un cargo como miembro de la Agencia…

—Déjalo, de todas formas se me va a olvidar… Pero ¿qué ganas tienes de meterte en negocios de ferrocarriles con judíos?… ¡Haz lo que te parezca, pero es repugnante!

Stepán Arkádevich no le dijo que era un cargo de importancia. Bartnianski no lo habría comprendido.

—Necesito dinero. No tengo suficiente para vivir.

—¿Y qué haces entonces?

—Pues endeudarme.

—¿De veras? ¿Y debes mucho dinero? —preguntó Bartnianski con expresión compungida.

—¡Ya lo creo! Unos veinte mil rublos.

Bartnianski estalló en alegres carcajadas.

—¡Ah, hombre feliz! —exclamó—. Yo debo medio millón y no tengo nada. Pero, como ves, todavía puedo vivir.

Y Stepán Arkádevich tuvo ocasión de comprobar que aquello era verdad, no sólo por lo que le había dicho su amigo, sino por lo que vio con sus propios ojos. Zhivájov debía treinta mil rublos y no tenía ni un céntimo. ¡Y vaya cómo vivía! El conde Krivtsov, cuya situación todo el mundo juzgaba desesperada, se permitía el lujo de mantener a dos mujeres. Petrovski se había gastado cinco millones y seguía viviendo del mismo modo, lo que no era óbice para que siguiera a cargo del departamento de finanzas, con un sueldo de veinte mil rublos.

Pero, aparte de eso, San Petersburgo ejercía un efecto físico beneficioso en Stepán Arkádevich. Lo rejuvenecía. En Moscú a veces se miraba las canas, se quedaba traspuesto después de comer, se estiraba, subía despacio las escaleras, respirando fatigosamente, se aburría en compañía de mujeres jóvenes, no bailaba en las recepciones. En San Petersburgo se sentía siempre como si le hubieran quitado diez años de encima.

Cada vez que iba a la ciudad experimentaba lo mismo que le había dicho la víspera el sexagenario príncipe Piotr Oblonski, que acababa de regresar del extranjero.

—Aquí no sabemos vivir. He pasado el verano en Baden y, no te lo vas a creer, pero me he sentido como un jovencito. En cuanto veía a una mujer joven ya estaba pensando… Comía, bebía un poco. Y estaba animado, me encontraba con fuerzas. Pero ha sido volver a Rusia (tenía que ir a ver a mi mujer, y encima al campo), y en sólo dos semanas empecé a ponerme la bata, dejé de vestirme para bajar a comer. ¡Y nada de pensar en jovencitas! Me convertí en un viejo. Lo único que me quedaba era ocuparme de la salvación de mi alma. No obstante, me marché a París y de nuevo me

recuperé.

Las sensaciones de Stepán Arkádevich eran muy parecidas a las de Piotr Oblonski. En Moscú se abandonaba de tal modo que, de vivir allí mucho tiempo, acabaría pensando también en la salvación de su alma. En cambio, en San Petersburgo volvía a ser él mismo.

Desde hacía mucho tiempo se habían establecido entre la princesa Betsy Tverskaia y Stepán Arkádevich unas relaciones muy extrañas. Oblonski le hacía la corte medio en broma y le decía, en el mismo tono, las cosas más inconvenientes, sabiendo que eso le gustaba más que nada. Al día siguiente de su conversación con Karenin, Stepán Arkádevich la visitó y, sintiéndose rejuvenecido, llegó a tales extremos en sus galanteos y sus bromas que ya no sabía cómo dar marcha atrás. Por desgracia, la princesa, lejos de gustarle, le repugnaba. Si entre ellos se había establecido semejante tono era porque la princesa encontraba a Oblonski muy atractivo. En consecuencia, Stepán Arkádevich se alegró mucho de la llegada de la princesa Miágkaia, que interrumpió esa conversación íntima.

—Ah, está usted aquí —dijo en cuanto lo vio—. Bueno, ¿y qué es de su pobre hermana? No me mire de ese modo —añadió, dirigiéndose a Betsy—. Desde que todas esas personas que son mil veces peores se han ensañado con ella, he empezado a pensar que ha hecho muy bien. Pero no puedo perdonar a Vronski que no me avisara cuando estaba en San Petersburgo.

Habría ido a ver a Anna y la habría acompañado a cualquier parte. Haga el favor de transmitirle mi afecto. Pero cuénteme cómo le va.

—Su situación es penosa… —dijo Stepán Arkádevich que, con la candidez que le caracterizaba, se había tomado al pie de la letra las palabras de la princesa Miágkaia.

No obstante, la princesa no tardó en interrumpirle, como tenía por costumbre, y se puso a hablar de sí misma.

—Ha hecho lo que todas las mujeres, excepto yo, hacen a escondidas. Pero ella no ha querido engañar a nadie, y eso la honra. Y ha hecho muy bien abandonando a ese cuñado suyo, que es medio tonto. Todos decían que era muy inteligente; yo era la única que afirmaba que era tonto. Ahora que se ha hecho íntimo de Lidia Ivánovna y de Landau, todos dicen que es medio tonto. Cuánto me gustaría no estar de acuerdo con todo el mundo, pero en esta ocasión me es imposible.

—A ver si puede usted explicarme una cosa —dijo Stepán Arkádevich—. Ayer visité a Alekséi Aleksándrovich para hablarle de mi hermana y le pedí que me diera una respuesta definitiva, a lo que se negó, con el argumento de que tenía que pensarlo. Pues bien, esta mañana, en lugar de la respuesta requerida, he recibido una invitación para acudir a una velada que se celebrará esta misma tarde en casa de la condesa Lidia Ivánovna.

—¡Pues claro! ¡Ahí lo tiene usted! —exclamó la princesa Miágkaia con

satisfacción—. Le preguntarán a Landau qué tiene que responder.

—¿Cómo a Landau? ¿Por qué? ¿Y quién es ese Landau?

—¿Es posible que no conozca usted a Jules Landau, *le fameux Jules Landau, le clair-voyant*?[24] También es medio tonto, pero la suerte de su hermana depende de él. Eso le pasa por vivir en provincias, que no se entera usted de nada. Landau, que era un *commis*[25] en una tienda de París, fue un día al médico, se quedó dormido en la sala de espera y, en sueños, se puso a dar consejos a todos los enfermos. Unos consejos sorprendentes. Luego la mujer de Yuri Melédinski, ya sabe usted, ese hombre enfermo, oyó hablar de él y lo llevó para que viera a su marido, a quien ahora está tratando. En mi opinión, no le ha sido de ninguna utilidad, porque sigue estando tan débil como siempre. Pero ellos creen en sus poderes y no se separan de él. Ahora lo han traído a Rusia, donde todo el mundo se pega por hacerse con sus servicios. Ha curado a la condesa Bezzúbova, y ella le ha cogido tanto cariño que lo ha adoptado.

—¿Que lo ha adoptado?

—Como lo oye. Ya no se llama Landau, sino conde Bezzúbov. Pero no se trata de él, sino de Lidia. Yo la quiero mucho, pero no está en sus cabales. El caso es que no se aparta de Landau, y ahora ni ella ni Karenin toman ninguna decisión sin consultar antes con él. Por eso digo que la suerte de su hermana está en manos de ese Landau, también conocido como conde Bezzúbov.

XXI

Después de una opípara comida en casa de Bartnianski, en cuya compañía bebió una gran cantidad de coñac, Stepán Arkádevich entró en la residencia de la condesa Lidia Ivánovna, sólo unos minutos más tarde de la hora señalada.

—¿Quién está todavía con la condesa? ¿El francés? —preguntó Stepán Arkádevich al portero, examinando el abrigo de Alekséi Aleksándrovich, que conocía bien, y otro extraño y muy sencillo, con broches.

—La acompañan Alekséi Aleksándrovich Karenin y el conde Bezzúbov —respondió el portero con gravedad.

«La princesa Miágkaia estaba en lo cierto —pensó Stepán Arkádevich, mientras subía por la escalera—. ¡Qué extraño! En cualquier caso, me vendría bien trabar amistad con ella. Tiene una influencia enorme. Bastaría que le dijera una palabra a Pomorskói y tendría el puesto asegurado.»

Aunque fuera había todavía mucha luz, en el saloncito de la condesa Lidia Ivánovna estaban echadas las cortinas y lucían ya las lámparas.

Alrededor de una mesa redonda, bajo una de las lámparas, estaban sentados la condesa y Alekséi Aleksándrovich, hablando de alguna cuestión en voz baja. Un hombre enjuto, atractivo, muy pálido, bajo de estatura, con caderas femeninas, piernas torcidas, hermosos ojos brillantes y cabellos largos, que caían sobre el cuello de la levita, estaba en el otro extremo de la habitación, observando los retratos que colgaban de la pared. Después de saludar a la dueña de la casa y a Alekséi Aleksándrovich, Stepán Arkádevich no pudo por menos de mirar otra vez al desconocido.

—*Monsieur Landau*! —exclamó la condesa, dirigiéndose a ese hombre con una delicadeza y una cautela que sorprendieron a Oblonski.

A continuación los presentó.

Landau se volvió apresuradamente, se acercó con una sonrisa en los labios, puso su mano inerte y sudorosa en la mano que Oblonski le tendía y se alejó en seguida para seguir contemplando los retratos. La condesa y Alekséi Aleksándrovich intercambiaron una mirada significativa.

—Me alegro mucho de verle, sobre todo hoy —dijo la condesa Lidia Ivánovna a Stepán Arkádevich, indicándole un asiento al lado de Karenin—. Al presentárselo, le he dicho que se llama Landau —añadió en voz baja, mirando primero al francés y luego a Alekséi Aleksándrovich—, pero en realidad es el conde Bezzúbov, como probablemente sepa usted. Lo que pasa es que no le gusta ese título.

—Sí, estoy enterado —respondió Stepán Arkádevich—. Según he oído decir, ha curado completamente a la princesa Bezzúbova.

—¡Ha estado hoy en mi casa! ¡Daba tanta pena verla! —exclamó la condesa,

dirigiéndose a Aleskéi Aleksándrovich—. Esta separación es horrible para ella. ¡No sé si va a soportar el golpe!

—Entonces, ¿está decidido a partir? —preguntó Alekséi Aleksándrovich.

—Sí, se marcha a París. Ayer oyó una voz —dijo la condesa Lidia Ivánovna, mirando a Stepán Arkádevich.

—¡Ah, una voz! —repitió Oblonski, dándose cuenta de que debía ser extremadamente cuidadoso en ese lugar, en el que habían sucedido o estaban a punto de suceder acontecimientos extraordinarios, cuya clave no poseía.

Después de unos instantes de silencio, la condesa Lidia Ivánovna decidió abordar el tema principal de la conversación y, con una sonrisa sutil, preguntó a Oblonski:

—Hace tiempo que le conozco a usted y me alegro de tratarlo más a fondo. *Les amis de nos amis sont nos amis.*[26] Pero, para ser amigo de alguien, es preciso saber lo que pasa en su alma, y me temo que usted no está al tanto de los sentimientos de Alekséi Aleksándrovich. ¿Entiende lo que quiero decir? —preguntó, alzando sus hermosos ojos pensativos.

—Hasta cierto punto, condesa, la situación de Alekséi Aleksándrovich… —dijo Oblonski, que no acababa de entender del todo y, por tanto, prefería hablar en general.

—El cambio no afecta a la situación externa —dijo la condesa Lidia Ivánovna con gravedad, al tiempo que seguía con una mirada llena de amor a Alekséi Aleksándrovich, que se había levantado y se acercaba a Landau—. Lo que ha cambiado es su corazón, que desde hace algún tiempo es completamente distinto. Me temo que no ha apreciado usted en su justa medida el cambio que se ha operado en su interior.

—En líneas generales, puedo hacerme una idea de ese cambio. Siempre hemos sido amigos y ahora… —dijo Stepán Arkádevich, respondiendo a la mirada de la condesa con una mirada tierna, mientras se preguntaba con cuál de los dos ministros tendría mejor relación, para determinar a quién debía pedirle que le recomendara.

—El cambio que se ha producido en él no puede debilitar sus sentimientos de amor por el prójimo; al contrario, debe fortalecerlos. Pero tengo miedo de que no me comprenda usted. ¿Le apetece un poco de té? —preguntó, señalando con la mirada a un criado que servía el té en una bandeja.

—No me apetece mucho, condesa. Desde luego, la desgracia que ha sufrido…

—Sí, una desgracia que se ha convertido en la dicha más alta, cuando su corazón se ha renovado y se ha llenado de Él —dijo la condesa, mirando afectuosamente a Stepán Arkádevich.

«Creo que puedo pedirle que hable con los dos», pensó Oblonski.

—¡Ah, naturalmente, condesa! —replicó—, pero, en mi opinión, esos cambios son tan íntimos que a nadie le gusta hablar de ellos, ni siquiera a la persona más

próxima.

—¡Al contrario! Debemos hablar y ayudarnos unos a otros.

—Sí, no cabe duda, pero a veces las convicciones difieren; además… —objetó Oblonski con una delicada sonrisa.

—No puede haber diferencias cuando se trata de la verdad sagrada.

—Así es, desde luego, pero… —Stepán Arkádevich se turbó y guardó silencio. Había comprendido que la condesa estaba hablando de religión.

—Me parece que está a punto de quedarse dormido —susurró Alekséi Aleksándrovich con aire significativo, acercándose a Lidia Ivánovna.

Stepán Arkádevich se volvió. Landau se había sentado al pie de la ventana, la cabeza baja, el cuerpo reclinado en el respaldo y el brazo del sillón. Al notar que era el centro de todas las miradas, levantó la cabeza y esbozó una sonrisa ingenua e infantil.

—No le preste atención —le respondió Lidia Ivánovna y, con un ligero movimiento, le acercó una silla a Alekséi Aleksándrovich—. He observado… —empezó a decir, pero en ese momento entró un lacayo con una carta. Lidia Ivánovna leyó rápidamente la nota y, después de disculparse, escribió la respuesta con sorprendente celeridad, se la entregó al criado y volvió a la mesa—. He observado —prosiguió— que los moscovitas, sobre todo los hombres, son muy indiferentes en materia de religión.

—Nada de eso, condesa. Me parece que los moscovitas tienen fama de ser muy firmes en su fe —objetó Stepán Arkádevich.

—Sí, pero, si no me equivoco, usted, por desgracia, pertenece a los indiferentes —dijo Alekséi Aleksándrovich, con una sonrisa cansada, dirigiéndose a él.

—¡Cómo se puede ser indiferente! —exclamó Lidia Ivánovna.

—No es que sea indiferente, sino que estoy a la espera —dijo Stepán Arkádevich con la mejor de sus sonrisas—. Creo que todavía no me ha llegado el momento de reflexionar sobre esas cuestiones.

Alekséi Aleksándrovich y Lidia Ivánovich se miraron.

—No es posible saber si nos ha llegado o no el momento —dijo Alekséi Aleksándrovich con severidad—. No debemos pensar si estamos preparados o no: la gracia no se guía por consideraciones humanas. A veces no desciende sobre quienes la buscan, sino sobre los que no están preparados, como Saulo.

—No, parece que aún no ha llegado el momento —dijo Lidia Ivánovna, que seguía con la vista los movimientos del francés.

Landau se levantó y se acercó a ellos.

—¿Me permiten que les escuche? —preguntó.

—Pues claro. No quería molestarle —dijo Lidia Ivánovna, mirándole con ternura—. Siéntese con nosotros.

—Lo único que debe hacer uno es no cerrar los ojos para no verse privado de la luz —prosiguió Alekséi Aleksándrovich.

—¡Ah, si supiera usted la felicidad que nos embarga cuando sentimos su presencia constante en nuestra alma! —exclamó la condesa Lidia Ivánovna, con una sonrisa beatífica.

—Pero el hombre a veces puede sentirse incapaz de elevarse a semejantes alturas —dijo Stepán Arkádevich, sintiendo que actuaba contra su propia conciencia al conceder a la religión ese carácter elevado. Pero lo cierto es que no se atrevía a confesar que era un librepensador delante de la persona que con una sola palabra a Pomorskói podía conseguir que le concedieran el puesto que tanto ambicionaba.

—¿Quiere usted decir que se lo impide el pecado? —preguntó Lidia Ivánovna—. Pues se equivoca usted. Para los creyentes el pecado no existe. Ya han redimido todos sus pecados. *Pardon* —añadió, mirando al criado, que entraba con otra nota. La leyó y respondió de palabra—: Dígale que mañana en casa de la gran duquesa… Para los creyentes el pecado no existe —prosiguió con su argumentación.

—Sí, pero la fe sin obras está muerta —dijo Stepán Arkádevich, recordando esa frase del catecismo. Ya sólo defendía su independencia con la sonrisa.

—Otra vez ese pasaje de la epístola del apóstol Santiago —exclamó Alekséi Aleksándrovich, dirigiéndose con cierto aire de reproche a Lidia Ivánovna, como si lo hubieran hablado más de una vez—. ¡Cuánto daño habrá hecho una interpretación errónea de esos versículos! Nada aleja tanto a la gente de la fe como esa interpretación. «Sin obras no puedo creer.» En ninguna parte se dice eso, sino todo lo contrario.

—Sufrir por Dios, salvar el alma por medio de trabajos y ayunos —dijo la condesa Lidia Ivánovna con un profundo desprecio y repugnancia—. Así son las bárbaras ideas de nuestros monjes… Estas cosas no se dicen ya en ninguna parte. Todo es mucho más fácil y sencillo —añadió, mirando a Oblonski con la misma sonrisa benigna con que animaba en la corte a las jóvenes damas de honor, desconcertadas por el nuevo ambiente.

—Estamos salvados por Cristo, que murió por nosotros. Estamos salvados por la fe —confirmó Alekséi Aleksándrovich, asintiendo con la mirada a las palabras de la condesa.

—*Vous comprenez l'anglais*?[27] —preguntó Lidia Ivánovna y, tras recibir una respuesta afirmativa, se levantó y se puso a rebuscar entre los libros del estante—. Quiero leerle *Safe and Happy o Under the Wing*[28] —dijo, mirando con aire inquisitivo a Karenin. Una vez que encontró el libro, volvió a sentarse en su sitio y lo abrió—. Es un pasaje muy breve. Se describe el camino que debe seguirse para alcanzar la fe y la felicidad, más elevada que cualquier bien terrestre, que embarga entonces al alma. El creyente no puede ser desdichado porque no está solo. Ahora lo

verá usted. —Se disponía ya a leer cuando de nuevo entró el criado—. ¿La señora Borózdina? Dígale que mañana a las dos. Sí —añadió, marcando con el dedo la página correspondiente y mirando al frente con sus hermosos ojos pensativos—. Así es como actúa la fe verdadera. ¿Conoce usted a Marie Sánina? ¿Está al tanto de su desgracia? Después de perder a su único hijo, estaba desesperada. ¿Y qué cree usted que pasó? Pues que encontró a ese Amigo y ahora da gracias a Dios por la muerte de su hijo. ¡Ésa es la felicidad que da la fe!

—Ah, sí, es muy… —dijo Stepán Arkádevich, satisfecho de que la condesa se dispusiera a leerle algo, pues eso le daría la posibilidad de poner en claro sus ideas. «Creo que lo mejor será no pedirle nada ahora —pensaba—. Lo importante es salir de aquí sin haber embarullado las cosas.»

—Al no saber inglés, lo va a encontrar usted aburrido —dijo Lidia Ivánovna, dirigiéndose a Landau—, pero es un pasaje breve.

—Ah, lo entenderé —dijo Landau con la misma sonrisa y cerró los ojos.

Alekséi Aleksándrovich y Lidia Ivánovna intercambiaron una mirada significativa, y acto seguido dio comienzo la lectura.

XXII

Stepán Arkádevich se sentía completamente desorientado oyendo todas esas razones, que tan nuevas y extrañas le parecían. La complejidad de la vida de San Petersburgo solía ejercer un efecto excitante sobre él, sacándolo de la modorra moscovita. Pero tales complejidades le gustaban y le resultaban comprensibles en ambientes cercanos y conocidos. En cambio, en ese círculo ajeno estaba confundido, desconcertado y perdido. Al escuchar a la condesa Lidia Ivánovna y sentir clavados en él los hermosos ojos de Landau, ingenuos o maliciosos —no acababa de saberlo—, empezó a notar una peculiar pesadez en la cabeza.

Los pensamientos más diversos se entreveraban en su imaginación. «Marie Sánina se alegra de que se haya muerto su hijo… Qué bien estaría fumarse ahora un cigarro… Para salvarse basta con creer, y los monjes no saben nada de eso, sólo la condesa Lidia Ivánovna… ¿Y a qué se deberá esta pesadez que siento en la cabeza? ¿Al coñac o a lo extraño que es todo esto para mí? En cualquier caso, creo que hasta el momento no he hecho nada inconveniente. De todos modos, no puedo pedirle nada. He oído decir que te obligan a rezar. Con tal de que no me pidan nada semejante. Sería demasiado estúpido. ¿Y qué bobada es eso que está leyendo? Aunque lo cierto es que pronuncia bien. Landau es Bezzúbov. ¿Por qué?» De pronto sintió que la mandíbula inferior empezaba a torcerse en un bostezo irrefrenable. Se atusó las patillas, se tapó la boca y se removió en su asiento. Pero acto seguido se dio cuenta de que estaba ya durmiendo y a punto de roncar. Se despertó en el preciso instante en que la voz de la condesa decía: «Se ha dormido».

Stepán Arkádevich se estremeció asustado, sintiéndose culpable y cogido en falta. Pero se tranquilizó en seguida, al comprobar que esas palabras no se referían a él, sino a Landau. El francés se había quedado dormido, igual que él. Pero, mientras que el sueño de Stepán Arkádevich les habría ofendido (por lo demás, ni siquiera había pensado en ello, tan extraño le resultaba todo), el de Landau les puso contentísimos, sobre todo a la condesa Lidia Ivánovna.

—*Mon ami* —dijo, y, tratando de no hacer ruido, recogió los pliegues de su vestido de seda. Tan excitada estaba que llamó a Karenin *mon ami*, en lugar de Alekséi Aleksándrovich—. *Donnez lui la main. Vous voyez*?[29] ¡Chiss! —le chistó al lacayo, que entraba de nuevo—. No recibo a nadie.

El francés dormía o fingía dormir, con la cabeza recostada en el respaldo del sillón, mientras la mano sudorosa, apoyada en la rodilla, hacía ligeros movimientos, como si quisiera coger algo. Alekséi Aleksándrovich trató de levantarse con cuidado, pero tropezó con la mesa; a continuación dio unos pasos y puso su mano en la del francés. Stepán Arkádevich también se levantó y, abriendo mucho los ojos, para cerciorarse de que estaba despierto, se quedó mirando tan pronto a uno como a otro.

Todo eso era real. Su confusión iba en aumento.

—*Que la personne qui est arrivée la dernière, celle qui demande, qu'elle sorte! Qu'elle sorte*![30] —murmuró el francés, sin abrir los ojos.

—*Vous m'excuserez, mais vous voyez… Revenez vers dix heures, encore mieux demain*.[31]

—*C'est moi, n'est ce pas*?[32]

Y, tras recibir una respuesta afirmativa, Stepán Arkádevich, olvidando lo que quería pedirle a Lidia Ivánovna y el asunto de su hermana, con el único deseo de marcharse de allí cuanto antes, abandonó de puntillas la sala y salió corriendo a la calle, como si estuviera escapando de una casa infestada por la peste. Una vez allí, pasó un buen rato hablando y bromeando con un cochero, con la intención de recobrar la serenidad lo antes posible.

En el Teatro Francés, adonde llegó a tiempo para asistir al último acto, y más tarde, en el restaurante tártaro, delante de una botella de champán, Stepán Arkádevich volvió a sentirse en su ambiente y recobró un tanto el buen humor. Pero de todos modos, se sintió incómodo a lo largo de toda la velada.

De vuelta en casa de Piotr Oblonski, donde se había alojado, se encontró con una nota de Betsy en la que le decía que ardía en deseos de concluir la conversación que habían iniciado y le rogaba que fuera a verla al día siguiente. Apenas había tenido tiempo de leer la nota, cuyo contenido le había hecho fruncir el ceño, cuando le llegó de la planta de abajo un molesto rumor de pasos, como si algunas personas estuvieran arrastrando un objeto pesado por el suelo.

Stepán Arkádevich salió de la habitación para echar un vistazo. Era el rejuvenecido Piotr Oblonski. Estaba tan borracho que no era capaz de subir por la escalera. Pero, al ver a Stepán Arkádevich, ordenó que lo pusieran de pie y, apoyándose en él, se dirigió a su cuarto, donde empezó a contarle cómo había pasado la velada, aunque no tardó en quedarse dormido.

Stepán Arkádevich estaba desanimado, algo que le sucedía rara vez, y tardó mucho tiempo en dormirse. Todas las imágenes que se le pasaban por la cabeza le desagradaban, pero lo que más le repugnaba, porque se le antojaba algo vergonzoso, era el recuerdo de la velada en casa de la condesa Lidia Ivánovna.

Al día siguiente recibió una nota de Alekséi Aleksándrovich en la que le comunicaba que se negaba en redondo a concederle el divorcio a Anna, y comprendió que la decisión se la había inspirado lo que le había dicho el francés mientras dormía o fingía dormir.

XXIII

Para emprender algo en el ámbito de la vida familiar debe darse una brecha definitiva o una armonía idílica entre los cónyuges. En cambio, cuando las relaciones son indeterminadas y no se da ni una cosa ni la otra no hay manera de emprender nada.

Muchos matrimonios prolongan durante años una situación que se ha vuelto odiosa para ambas partes por la simple razón de que no existe entre ellos una ruptura completa ni un acuerdo total.

Tanto a Vronski como a Anna les resultaba insoportable la vida en Moscú, en medio del calor y del polvo, con un sol que ya no era primaveral, sino veraniego, y los árboles de los bulevares cubiertos ya de hojas polvorientas. Pero seguían viviendo en esa ciudad que se les había vuelto odiosa, sin marcharse a Vozdvízhenskoie, como habían decidido hacía mucho, porque en los últimos tiempos no lograban ponerse de acuerdo en nada.

La animadversión que los separaba no tenía ninguna causa externa, y cualquier intento de explicación, lejos de atenuarla, la exacerbaba. Era una animadversión interna, que en el caso de Anna había motivado la indiferencia cada vez mayor que notaba en Vronski y en el de éste el arrepentimiento de haberse colocado, por culpa de ella, en esa posición equívoca, que Anna, en lugar de aliviar, hacía aún más penosa. Ninguno de los dos confesaba las razones de esa animadversión, pero ambos consideraban que el otro tenía la culpa y aprovechaban cualquier oportunidad para hacérselo saber.

Vronski, con sus costumbres, sus pensamientos, sus deseos, sus cualidades físicas y espirituales, representaba para Anna una sola cosa: la figura del amante. Y su amor, que según su manera de ver debía concentrarse exclusivamente en ella, había menguado. En consecuencia, razonaba Anna, parte de ese amor debería haber recaído en otra u otras mujeres. Y ardía de celos, no porque pensara que se había enamorado de otra mujer, sino porque su amor había disminuido. Y, como no tenía ningún motivo para estar celosa, se lo inventaba. A la menor alusión, sus celos pasaban de un objeto a otro. Tan pronto tenía celos de las mujeres vulgares con las que, gracias a sus relaciones de soltero, podía relacionarse tan fácilmente, como de las damas de la alta sociedad con las que pudiera coincidir, o bien de una muchacha imaginaria con la que quería casarse, después de romper cualquier vínculo con ella. La última posibilidad era la que más le atormentaba, sobre todo porque el propio Vronski tuvo la imprudencia de decirle, en un momento de sinceridad, que su madre no se hacía cargo de su situación, porque le había insistido en que debía casarse con la princesa Sorókina.

Llevada por los celos, se indignaba con él y no hacía más que buscar motivos para indignarse. Le acusaba de todos los aspectos penosos de su situación. Y le

echaba la culpa de todo: de las angustiosas jornadas de espera que había pasado en Moscú, entre el cielo y la tierra, de la lentitud y la indecisión de Alekséi Aleksándrovich, de su soledad. Si la amase de veras, comprendería lo dolorosa que era su situación y haría todo lo posible por mejorar su suerte. También él era el responsable de que siguieran viviendo en Moscú, en lugar de haberse trasladado al campo. No podía encerrarse en la aldea, como pretendía ella. Necesitaba la sociedad y la había colocado en esa situación horrible, cuyos inconvenientes no quería ver. Y, por si eso fuera poco, también tenía la culpa de que se hubiese separado para siempre de su hijo.

Ni siquiera los raros momentos de ternura le procuraban un atisbo de paz: en los últimos tiempos notaba en el cariño de Vronski un nuevo matiz de serenidad y de seguridad que la irritaba.

Ya había caído la tarde. Anna, sola, recorría su despacho de un extremo al otro (era la habitación en la que menos se oían los ruidos de la calle), mientras esperaba que Vronski regresara de una comida de solteros. Por su cabeza volvieron a pasar todos los detalles de la discusión de la víspera. Remontándose aún más en el tiempo, pasó de las palabras ofensivas de la disputa al origen de la conversación. Durante un buen rato fue incapaz de creer que el motivo hubiesen sido unas palabras tan inofensivas, tan ajenas a sus corazones. Pero lo cierto es que había sido así. Todo había empezado porque Vronski se había burlado de los colegios para chicas, juzgándolos innecesarios, mientras ella los había defendido. Vronski se había referido con muy poco respeto a la instrucción femenina en general y había dicho que Hanna, la inglesa protegida de Anna, no tenía ninguna necesidad de aprender física.

El comentario irritó a Anna, pues se lo tomó como una alusión despectiva a sus ocupaciones. Así que trató de buscar una frase que le permitiera vengarse del dolor que le había causado.

—No esperaba que mostraras comprensión por mis sentimientos, como suelen hacer las personas enamoradas, pero al menos pensaba que podía contar con tu delicadeza.

Tan grande fue la irritación de Vronski que se ruborizó y dijo algo desagradable. Anna ya no se acordaba de lo que le había contestado, pero en ese momento él había añadido, con la única intención de herirla:

—La verdad es que me disgusta tu inclinación por esa muchacha, porque me parece que no es del todo natural.

Esta crueldad, con la que acababa de destruir el mundo que Anna se había construido con tanto esfuerzo para soportar su penosa existencia, esa injusta acusación de hipocresía y de falta de naturalidad, la hicieron estallar.

—Lamento mucho que sólo te parezcan comprensibles y naturales los aspectos más groseros y materiales de la existencia —replicó y salió de la habitación.

Cuando Vronski pasó a verla por la noche, no mencionaron la discusión que habían tenido, pero ambos eran conscientes de que ninguno de los dos la había olvidado, y que aquello no era más que una tregua momentánea.

Acosada por la soledad, pues Vronski había pasado todo el día fuera, y arrepentida de haber discutido con él, Anna ardía en deseos de olvidarlo y perdonarlo todo, y tal era su afán de reconciliación que se culpaba de lo sucedido y le daba la razón.

«La culpa es mía. Estoy siempre de mal humor y me dejo llevar por unos celos insensatos. Nos reconciliaremos, nos marcharemos al campo y allí recobraré la serenidad», se decía.

«No es del todo natural», recordó de pronto el comentario que tanto la había ofendido, no tanto por las palabras en sí como por la intención de hacerle daño.

«Sé lo que ha querido decir. No es natural que sienta afecto por una criatura ajena cuando no quiero a mi propia hija. ¿Qué entenderá él del amor a los hijos, de mi amor por Seriozha, que he sacrificado por él? ¡Y ese deseo de herirme! Sí, se ha enamorado de otra mujer, no cabe otra explicación.»

Consciente de que, aunque trataba de tranquilizarse, había vuelto a cerrar de nuevo el círculo que había completado tantas veces, volviendo a la irritación inicial, se horrorizó de sí misma: «¿De verdad es imposible? ¿Es imposible que me reconozca culpable —se dijo y volvió a empezar otra vez desde el principio—. Es un hombre sincero y honrado. Me quiere y yo también a él. Dentro de unos días obtendré el divorcio. ¿Qué más necesito? Un poco de serenidad y de confianza. Sí, me echaré la culpa. En cuanto venga, le diré que la culpa es mía, aunque no sea verdad, y nos iremos.»

Y para no seguir pensando y sofocar su irritación, tocó a la campanilla y pidió que le trajeran los baúles para meter las cosas que quería llevarse al campo.

A las diez llegó Vronski.

XXIV

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Anna, saliendo a recibirle con una expresión sumisa y culpable.

—Como de costumbre —respondió Vronski, comprendiendo con una sola mirada que ya se le había pasado el enfado.

Aunque hacía tiempo que se había acostumbrado a sus cambios de humor, se alegró mucho de encontrarla tan animada, pues esa noche él mismo se hallaba en una excelente disposición de ánimo.

—Pero ¿qué es lo que veo? ¡Muy bien hecho! —exclamó, señalando los baúles amontonados en la entrada.

—Sí, es preciso que nos marchemos. He ido a dar un paseo en coche y me lo he pasado tan bien que me han entrado ganas de volver a la finca. ¿O tienes algo que hacer aquí?

—No deseo otra cosa que partir. Voy a cambiarme de ropa y ahora seguimos hablando. Ordena que sirvan el té.

Y se dirigió a su despacho.

Había algo ofensivo en la expresión: «¡Muy bien hecho!». Así se les habla a los niños cuando cejan en sus caprichos. Y aún más ofensivo era el contraste ente el tono culpable de Anna y el de Vronski, lleno de confianza en sí mismo. Por un instante, volvió a despertarse en ella el afán de discutir. No obstante, haciendo un esfuerzo, se dominó y recibió a Vronski con la misma alegría de antes.

Cuando éste entró en su habitación, Anna le contó, repitiendo en parle unas palabras preparadas de antemano, cómo había pasado el día y los planes que había hecho para la partida.

—Es como si me hubiera venido la inspiración —le dijo—. ¿Por qué esperar aquí hasta que se resuelva el asunto del divorcio? ¿Acaso no da lo mismo que nos vayamos al campo? No puedo seguir esperando aquí. No quiero hacerme ilusiones, prefiero no oír hablar más de ese tema. He decidido que ese asunto deje de tener influencia en mi vida. ¿Estás de acuerdo?

—¡Pues claro! —respondió Vronski, mirando con inquietud el rostro alterado de Anna.

—¿Qué has estado haciendo? ¿Y a quién has visto? —preguntó Anna, al cabo de una breve pausa.

Vronski nombró a los invitados.

—La comida ha sido excelente, y lo mismo cabe decir de la regata y de todo lo demás. Pero en Moscú la gente no puede pasarse sin hacer el *ridicule*. Apareció una señora, maestra de natación de la reina de Suecia, y mostró a los presentes su arte.

—¿Quieres decir que se puso a nadar? —preguntó Anna, frunciendo el ceño.

—En una especie de *costume de natation*[33] rojo. No puedes imaginarte qué mujer tan vieja y monstruosa. Bueno, ¿cuándo nos vamos?

—¡Qué fantasía tan estúpida! ¿Nadaba al menos de un modo especial? —dijo Anna, sin responder a la pregunta de Vronski.

—En absoluto. Como te digo, una cosa completamente estúpida. Entonces, ¿cuándo quieres que nos vayamos?

Anna sacudió la cabeza, como si quiera ahuyentar un pensamiento desagradable.

—¿Cuándo? Pues cuanto antes mejor. Mañana ya no nos dará tiempo. Pero podemos marcharnos pasado mañana.

—Vale… No, espera. Pasado mañana es domingo, y tengo que ir a visitar a *maman* —dijo Vronski, turbándose porque, nada más nombrar a su madre, había notado que Anna le miraba fijamente con aire de sospecha. Se puso colorada y se apartó de su lado. Ya no se trataba de la profesora de natación de la reina de Suecia, sino de la princesa Sorókina, que vivía en los alrededores de Moscú con la condesa Vrónskaia.

—¿Y por qué no vas mañana? —preguntó.

—¡Imposible! Tiene que entregarme los poderes y el dinero, y no estarán listos mañana —replicó Vronski.

—En tal caso más vale que no nos vayamos.

—Pero ¿por qué?

—Porque yo no me voy más tarde. ¡El lunes o nunca!

—No lo entiendo —exclamó Vronski, como si estuviera sorprendido—. ¡No tiene sentido!

—Para ti no tiene sentido porque no te importo nada. No quieres entender mi vida. De lo único de lo que me ocupaba aquí era de Hanna. Y tú dices que es todo hipocresía. Ayer me dijiste que no quiero a mi hija, que finjo cariño por esa inglesa y que eso no es natural. ¡Me gustaría saber qué vida puede ser natural para mí en este lugar!

Por un instante recobró el juicio y se horrorizó de haber hecho lo contrario de lo que se había propuesto. Pero, aun sabiendo que se estaba labrando su propia ruina, no podía contenerse, no podía dejar de demostrarle lo injusto que era, no podía someterse a él.

—Yo nunca dije tal cosa. Me limité a comentar que no me gustaba ese cariño repentino.

—¿Por qué no dices la verdad, cuando siempre estás alardeando de ser tan sincero?

—Yo no miento nunca ni alardeo de nada —dijo Vronski en voz baja, intentando contener la ira que hervía en su interior—. Lamento mucho que no respetes…

—El respeto se ha inventado para ocultar el lugar vacío que debía ocupar el amor.

Si ya no me quieres, lo mejor y más noble sería que me lo dijeras.

—¡Esto ya no hay quien lo aguante! —gritó Vronski, levantándose de la silla. Y, deteniéndose delante de ella, dijo lentamente—: ¿Por qué pones a prueba mi paciencia? —Por la cara que puso, parecía evidente que podría haber dicho muchas cosas más, pero se contuvo—. Te aseguro que tiene un límite.

—¿Qué quieres decir con eso? —gritó Anna, examinando con horror la manifiesta expresión de odio que se reflejaba en toda su cara, y de manera especial en los ojos amenazantes y crueles.

—Quiero decir… —empezó Vronski, pero se detuvo—. Lo que me gustaría saber es lo que pretendes de mí.

—¿Y qué voy a pretender? Únicamente que no me abandones, como piensas hacer —respondió Anna, comprendiendo lo que Vronski no se había atrevido a decir —. Pero no, la verdad es que eso ha pasado ahora a un segundo plano. Lo que deseo es que me ames, pero tú ya no me quieres. Por lo tanto, todo ha terminado.

Anna se dirigió a la puerta.

—¡Espera! ¡Es… pera! —exclamó Vronski, sin distender el tortuoso pliegue de las cejas, sujetándola por un brazo—. ¿A qué viene todo esto? Te he dicho que hay que aplazar la partida tres días y tú me has contestado que miento y que no soy de fiar.

—Sí, y repito que un hombre que me reprocha haberlo sacrificado todo por mí —dijo, recordando otro comentario de una discusión previa—, no es que no sea de fiar, es que no tiene corazón.

—¡No puedo más! ¡He llegado al límite de mi paciencia! —gritó y se apresuró a soltarle el brazo.

«Es evidente que me odia —pensó Anna, y salió de la habitación con pasos inseguros, sin pronunciar palabra ni volverse—. Y más seguro aún es que se ha enamorado de otra mujer —se dijo, entrando en su cuarto—. Quiero amor, pero él no me ama. Por lo tanto, todo ha terminado —repitió las mismas palabras que había dicho antes—. Hay que acabar con esto. Pero ¿cómo?», se preguntó, sentándose delante del espejo.

Le asaltaron diversos pensamientos: ¿adonde podría ir, a casa de la tía que la había educado, con Dolly o simplemente al extranjero, ella sola?; ¿qué estaría haciendo Vronski en su despacho?; ¿habría sido definitiva esa discusión o sería posible una reconciliación?; ¿qué dirían ahora de ella sus antiguas amistades petersburguesas?; ¿cómo interpretaría Alekséi Aleksándrovich lo sucedido? Se le pasaron por la cabeza muchas otras cosas sobre lo que sucedería después de la ruptura, pero no se entregó a ellas de todo corazón. Había en su alma una idea vaga que le interesaba, pero no acababa de formularla con claridad. Al pensar de nuevo en Alekséi Aleksándrovich, le vino a la memoria la época en que había estado tan

enferma, después de dar a luz, y esa sensación que entonces no la abandonaba ni un instante: «¿Por qué no me habré muerto?». Recordó las palabras que había pronunciado en aquella ocasión y el sentimiento que las había suscitado. Y de pronto la idea que le había estado rondado cobró forma. Sí, eso lo resolvería todo: «¡Sí, morir!»…

«La muerte lo borraría todo: la deshonra y el oprobio de Alekséi Aleksándrovich y de Seriozha, y mi horrible vergüenza. Si muero, Vronski se arrepentirá, se apiadará, me amará y sufrirá por mí.» Seguía sentada en la silla, con una sonrisa de compasión por sí misma, quitándose y poniéndose los anillos de la mano izquierda, mientras se representaba con enorme vivacidad, desde distintos ángulos, los sentimientos que embargarían a Vronski después de su muerte.

Un rumor de pasos que se acercaban la distrajo. Era Vronski. Fingiendo que estaba poniendo los anillos en su sitio, ni siquiera le miró.

Vronski se acercó y, cogiéndole la mano, dijo en voz baja:

—Anna, vámonos pasado mañana, si quieres. Estoy de acuerdo con todo —Anna guardaba silencio—. ¿Qué pasa? —preguntó Vronski.

—Ya lo sabes —exclamó Anna, y en ese momento, incapaz de seguir dominándose, estalló en sollozos—. ¡Abandóname de una vez! ¡Déjame! —decía entre lágrimas—. Me marcharé mañana… Y no me detendré ahí. ¿Quién soy yo? Una mujer depravada. Una carga para ti. ¡No quiero atormentarte! ¡No quiero! Te dejo libre. ¡No me quieres! ¡Te has enamorado de otra!

Vronski le suplicó que se tranquilizara y le aseguró que sus celos no tenían el menor fundamento, que nunca había dejado ni dejaría de quererla, que la quería más que antes.

—Anna, ¿por qué te atormentas de ese modo y me atormentas a mí? —preguntó, besándole las manos.

En ese momento su rostro expresaba ternura, y a Anna le pareció que había lágrimas en su voz y que tenía las manos húmedas. Por un instante sus celos desesperados se transformaron en una ternura apasionada e incontrolable. Lo abrazó y le cubrió de besos la cabeza, el cuello, las manos.

XXV

Convencida de que la reconciliación era completa, a la mañana siguiente Anna se ocupó con gran animación de los preparativos del viaje. Aunque no habían decidido si se marcharían el lunes o el martes, pues la noche anterior los dos habían cedido en sus pretensiones, ella se afanaba con el equipaje. Ahora le daba exactamente lo mismo partir un día antes o después. Estaba en su habitación, metiendo algunas prendas de ropa en un baúl abierto, cuando Vronski, ya vestido, entró a verla más temprano que de costumbre.

—Me voy en seguida a ver a *maman*. Puede mandarme el dinero por medio de Yegórov. Así que, por mí, podemos marcharnos mañana.

A pesar de que Anna estaba de buen humor, la mención de la visita a casa de la madre la hirió.

—No, no me dará tiempo a prepararlo todo —dijo, y acto seguido pensó: «Así que se podían arreglar las cosas como yo quería»—. No, haremos lo que querías. Vete al comedor. Yo iré en seguida, en cuanto aparte estas cosas que no necesito —añadió, poniendo en el brazo de Ánnushka, cargada ya con una pila de ropa, alguna prenda más.

Vronski se estaba tomando un filete cuando Anna entró en el comedor.

—No puedes figurarte lo harta que estoy de estas habitaciones —dijo, sentándose a su lado, delante de una taza de café—. No puede haber nada más horrible que estas *chambres garnies.*[34] No tienen expresión ni alma. Ese reloj, esas cortinas y, sobre todo, ese papel pintado son una pesadilla. Pienso en Vozdvízhenskoie como en una tierra prometida. ¿No vas a mandar todavía los caballos?

—No, llegarán después de nosotros. ¿Vas a ir a alguna parte?

—Quería ir a ver a la señora Wilson y llevarle unos vestidos. Entonces, ¿nos vamos mañana? —preguntó con voz alegre, pero la expresión de su rostro cambió de pronto.

El ayuda de cámara de Vronski vino a pedir el recibo de un telegrama de San Petersburgo. No tenía nada de particular que Vronski recibiera un telegrama, pero, como si quisiera ocultarle algo, dijo que el recibo estaba en su despacho y se dirigió apresuradamente a Anna.

—Mañana sin falta acabaré todo lo que tengo que hacer.

—¿De quién es el telegrama? —preguntó Anna, sin escucharle.

—De Stiva —respondió Vronski de mala gana.

—¿Y por qué no me lo has enseñado? ¿Qué secretos puede haber entre Stiva y yo?

Vronski llamó al ayuda de cámara y le pidió que trajera el telegrama.

—No he querido enseñártelo porque Stiva tiene la pasión de enviar telegramas.

¿Para qué telegrafiar cuando aún no se ha decidido nada?

—¿Es sobre el divorcio?

—Sí, pero lo único que dice es que no ha podido conseguir nada. Le ha prometido darle una respuesta definitiva en el plazo de unos días. Toma, léelo.

Anna cogió el telegrama con manos temblorosas y leyó lo que Vronski acababa de decirle. Pero al final Stepán Arkádevich había añadido: «Hay pocas esperanzas, pero haré lo imposible».

—Ayer te dije que me daba exactamente lo mismo cuándo obtuviera el divorcio y hasta la posibilidad de que me lo concedieran —dijo, ruborizándose—. Así que no había ninguna necesidad de que me lo ocultaras.

«De la misma manera puede ocultarme su correspondencia con otras mujeres. Sí, seguro que lo hace», pensó.

—Yashvín quería venir esta mañana con Vóitov —dijo Vronski—. Por lo visto, le ha ganado a Pestsov todo lo que tenía, e incluso más de lo que puede pagar: alrededor de sesenta mil rublos.

—¿Y por qué piensas que esa noticia me importa tanto que es preciso ocultármela? —dijo Anna con enfado, pues veía que Vronski había cambiado de tema porque se había percatado de su irritación—. Ya te he dicho que no quiero pensar en eso, y desearía que a ti te preocupara tan poco como a mí.

—Me preocupa porque me gusta la claridad —replicó él.

—No hay que buscar la claridad en las formas, sino en el amor —dijo Anna, cada vez más irritada, no tanto por las palabras en sí, como por la fría serenidad con que él las pronunciaba—. ¿Por qué es tan importante para ti el divorcio?

«Dios mío, ya estamos otra vez con el amor», pensó Vronski, con una mueca de disgusto.

—Lo sabes perfectamente: por tí y por los hijos que tengamos.

—No tendremos más.

—Pues es una pena.

—Es importante por los niños. Pero en mí no piensas —dijo, olvidando completamente, como si no lo hubiera oído, lo que Vronski acaba de decir: «Por tí y por los niños».

La cuestión de los hijos, sobre la que tenían posiciones encontradas desde hacía tiempo, la exasperaba. Para Anna, esa insistencia en tener más hijos sólo podía explicarse porque se había vuelto indiferente a su belleza.

—Ah, pero si acabo de decirte que también por ti. Sobre todo por ti —repitió Vronski, haciendo una mueca como de dolor—. Estoy seguro de que buena parte de tu irritación se debe a la incertidumbre de tu situación.

«Sí, por fin ha dejado de fingir y ha puesto de manifiesto el frío odio que siente por mí», pensó Anna, sin escuchar sus palabras, mirando con espanto al juez cruel e

impasible que la miraba a través de sus ojos, haciéndole burla.

—La causa de mi irritación, como tú la llamas, no es ésa —dijo—. ¿Cómo va a irritarme estar por completo en tu poder? ¿Puede hablarse en ese caso de incertidumbre? Al contrario.

—Lamento mucho que no quieras entenderme —la interrumpió Vronski, deseando exponer de una vez por todas su punto de vista—. La incertidumbre se debe a que te figuras que yo soy libre.

—En cuanto a eso, puedes estar completamente tranquilo —dijo Anna y, dándole la espalda, se puso a beber su café.

Levantó la taza, separando el dedo meñique, y se la llevó a los labios. Después de tomar unos sorbos, se lo quedó mirando, y por la cara que ponía comprendió claramente que le repugnaban su mano, su gesto y el ruido que hacía con los labios.

—No me importa nada lo que piense tu madre ni los planes que ha hecho para casarte —dijo, dejando la taza en la mesa con mano temblorosa.

—No estamos hablando de eso ahora.

—Claro que sí. Y te aseguro que no me interesa nada una mujer sin corazón, ya sea vieja o joven, tu madre o una desconocida. No quiero saber nada de ella.

—Anna, te ruego que no hables de mi madre con esa falta de respeto.

—Una mujer que no adivina dónde están la felicidad y el honor de su hijo es que no tiene corazón.

—Te repito que no hables en ese tono de mi madre, por quien siento un profundo respeto —dijo Vronski, alzando la voz y mirándola con severidad.

Anna no respondió. Examinó con atención su rostro y sus manos, recordó con todo detalle la reconciliación de la víspera y las caricias apasionadas. «¡A cuántas mujeres habrá prodigado esas mismas caricias! Y lo que quiere ahora es seguir prodigándolas», pensaba.

—No quieres a tu madre. ¡No son más que palabras, palabras y palabras! —exclamó Anna, mirándole con odio.

—En tal caso habría que…

—Habría que decidirse, y yo ya lo he hecho —dijo Anna, e hizo ademán de marcharse, pero en ese momento entró en la habitación Yashvín. Anna lo saludó y se detuvo.

¿Por qué en un momento tan trascendental, cuando se veía abocada a una situación que podía tener consecuencias nefastas en su vida, y en su alma se había desatado semejante tempestad, le parecía necesario fingir delante de un extraño que tarde o temprano acabaría enterándose de todo? Ni ella misma lo sabía. Pero, en cualquier caso, dominando las pasiones que se habían desencadenado en su interior, se sentó y se puso a hablar con el recién llegado.

—Bueno, ¿cómo va su asunto? ¿Ha cobrado ya la deuda? —le preguntó a

Yashvín.

—Va bien, pero parece que no cobraré toda la suma, y el miércoles tengo que marcharme. Y ustedes, ¿cuándo piensan partir? —preguntó Yashvín, mirando a Vronski con el ceño fruncido. Por lo visto, había adivinado que entre los dos había estallado una nueva disputa.

—Creo que pasado mañana —respondió Vronski.

—En cualquier caso, parece que llevan mucho tiempo preparándose.

—Pero esta vez nos hemos decidido —dijo Anna, sin apartar los ojos de Vronski, como dándole a entender que no había ninguna posibilidad de reconciliación—. ¿Es que no le da pena de ese desdichado de Pestsov? —preguntó, continuando la conversación que había entablado con Yashvín.

—Pues la verdad es que no me lo he preguntado, Anna Arkádevna. Tampoco en la guerra te preguntas si te da pena o no. Toda mi fortuna está aquí —dijo, señalando un bolsillo lateral—, y ahora soy un hombre rico. Hoy mismo iré al casino y puede que salga de allí como un mendigo. Pues el que se siente a jugar conmigo también querrá dejarme sin camisa, como yo a él. Será como un combate y ahí está la gracia.

—Y si estuviera usted casado, ¿cómo se lo tomaría su mujer? —preguntó Anna.

Yashvín se echó a reír.

—Precisamente por eso no me he casado nunca ni tengo intención de hacerlo.

—¿Y Helsingfors? —preguntó Vronski, interviniendo en la conversación, y echó un vistazo al rostro risueño de Anna.

Al percibir su mirada, Anna adoptó de pronto una expresión fría y severa, con la que pretendía decirle: «No me he olvidado. Todo sigue igual».

—¿Es que no ha estado enamorado? —le preguntó a Yashvín.

—¡Ah, Señor! ¡Muchas veces! Pero vea usted: hay quien puede sentarse a echar una partida y levantarse de la mesa cuando llega la hora del *rendez-vous*. Yo, en cambio, puedo ocuparme de asuntos del corazón, pero a condición de que no me impidan llegar a tiempo a la mesa de juego cada tarde. Así he organizado mi vida.

—No, no le pregunto por eso, le hablo del presente —Anna se refería a Helsingfors, pero no quería pronunciar una palabra que había dicho Vronski.

Llegó Vóitov para comprarle un potro a Vronski. Anna aprovechó la circunstancia para levantarse y salir de la habitación.

Antes de marcharse, Vronski pasó a verla. Ella hizo como si estuviera buscando algo en la mesa, pero, avergonzada de fingir, le miró directamente a la cara con frialdad.

—¿Qué quieres? —le preguntó en francés.

—Vengo a coger el certificado de Gambetta. Lo he vendido —respondió Vronski en un tono de voz que decía con mayor claridad que cualquier palabra: «No tengo tiempo para explicaciones; además, no conducirían a nada».

«No tengo la culpa de nada —pensó—. Si quiere mortificarse, *tant pis pour elle*.»[35]

Pero, en el momento de salir, le pareció que le había dirigido la palabra, y su corazón se estremeció de compasión.

—¿Qué dices, Anna? —preguntó.

—Nada —respondió ella con la misma frialdad y serenidad.

«Pues si no es nada, *tant pis*», pensó Vronski, recobrando ese aire displicente, y se volvió para salir. Ya en el umbral, vio el rostro de Anna en el espejo, pálido y con los labios temblorosos. Estuvo a punto de detenerse para decirle una palabra amable, pero sus piernas le llevaron fuera de la habitación antes de que se le ocurriera algún comentario. Pasó todo el día fuera de casa y cuando regresó, a última hora de la tarde, la doncella le dijo que a Anna Arkádevna le dolía la cabeza y que le había rogado que no entrara a verla.

XXVI

Nunca había durado una disputa un día entero. Era la primera vez. Y no se trataba de una mera discusión. Era una muestra evidente de un alejamiento definitivo. ¿Cómo era posible que pudiera mirarla como lo había hecho cuando entró en la habitación a coger el certificado? Había visto que estaba desesperada, con el corazón hecho trizas y, sin embargo, había salido en silencio, con esa expresión de indiferencia e impasibilidad. No es que se hubiera vuelto frío con ella, es que la odiaba porque amaba a otra mujer. No cabía la menor duda.

Y, al recordar todas las crueldades que Vronski le había dicho, se imaginaba las que probablemente habría querido y podido decirle, y se irritaba cada vez más.

«No la retengo —podría haberle dicho—. Puede marcharse a donde le plazca. No ha querido divorciarse de su marido seguramente porque quiere volver con él. Pues adelante. Si necesita usted dinero, no tiene más que pedírmelo. ¿Cuántos rublos le hacen falta?»

Las mayores crueldades que podría haberle dicho un hombre grosero se las dijo Vronski en su imaginación, y Anna no podía perdonárselo, como si las hubiera escuchado de sus propios labios.

«Y ayer mismo me hacía promesas de amor, como si fuera un hombre sincero y honrado. ¡Me he desesperado ya tantas veces sin razón alguna!», se decía a continuación.

Excepto las dos horas que le llevó la visita a la señora Wilson, pasó todo el día preguntándose si todo había terminado o había todavía una esperanza de reconciliación, si debía marcharse ese mismo día o convenía verlo una vez más. Lo estuvo esperando todo el día, y, por la noche, al retirarse a su habitación, al ordenar que le dijeran que le dolía la cabeza, había pensado: «Si entra a verme, a pesar de las palabras de la doncella, significará que aún me ama. Si no viene, quedará claro que todo ha terminado. Entonces, ya veré lo que debo hacer…».

Por la noche oyó el rumor del coche, la llamada de Vronski, sus pasos y su conversación con la doncella: se había creído lo que le habían dicho y se había retirado a su habitación sin requerir más detalles. Por tanto, todo había terminado.

Y la muerte se le apareció con toda viveza y claridad como el único medio de restaurar el amor en el corazón de Vronski, de castigarlo y salir victoriosa de la batalla que ese espíritu maligno alojado en su corazón libraba con él.

Ahora le daba todo lo mismo: marcharse a Vozdvízhenskoie o quedarse, que su marido le concediera o le negara el divorcio. Todo eso era ya intrascendente. Sólo una cosa le importaba: castigarlo.

Cuando vertió en un vaso la dosis habitual de opio pensó que bastaría con tomarse todo el frasquito para morir, y la solución le pareció tan sencilla y fácil que

se puso a pensar de nuevo con placer en cómo Vronski se atormentaría, se arrepentiría y veneraría su memoria cuando ya fuera demasiado tarde. Yacía en la cama con los ojos abiertos, mirando a la luz de una vela que acababa de consumirse las molduras del techo y la sombra que proyectaba un biombo, y se imaginaba con viveza lo que sentiría Vronski cuando ella hubiera dejado de existir y no fuese más que un recuerdo. «¿Cómo pude decirle esas palabras tan crueles? —se preguntaría—. ¿Cómo pude salir de la habitación sin decirle nada? Pero ahora ya no está. Se ha marchado para siempre de nuestro lado. Está allí…» De pronto la sombra del biombo osciló, se extendió por las molduras y por el techo; otras sombras salieron a su encuentro desde el lado opuesto. Por un instante retrocedieron, pero luego, al poco rato, volvieron a desplazarse con renovada rapidez, vacilaron un poco, se fundieron y todo quedó en penumbras. «¡La muerte!», pensó Anna. Y se apoderó de ella tal horror que durante un buen rato fue incapaz de comprender dónde estaba y de coger con sus manos trémulas una cerilla para encender otra vela en lugar de la que se había consumido y apagado. «¡No, cualquier cosa es mejor con tal de vivir! Yo le quiero y él me quiere. Todo esto pasará», se decía, sintiendo que lágrimas de alegría, motivadas por ese regreso a la vida, rodaban por sus mejillas. Y, para liberarse de la sensación de terror, se dirigió a toda prisa al despacho de Vronski.

Éste se había quedado profundamente dormido. Anna se acercó y, alumbrando su rostro desde arriba, se quedó mirándolo largo rato. Ahora, viéndolo dormido, le embargó un amor tan grande que no pudo contener las lágrimas de ternura; pero sabía que si se despertaba la contemplaría con esa mirada fría, convencido de tener razón, y que ella, antes de hablarle de su amor, tendría que demostrarle que había sido injusto con ella. Sin despertarlo, volvió a su habitación, y, después de tomar una segunda dosis de opio, se durmió poco antes del amanecer con un sueño pesado y a la vez poco profundo, pues en ningún momento la abandonó la conciencia de sí misma.

Por la mañana la despertó una terrible pesadilla que ya había tenido varias veces antes incluso de conocer a Vronski. Un viejecito de barba enmarañada estaba haciendo algo, inclinado sobre unos hierros, al tiempo que pronunciaba en francés unas palabras sin sentido. Como siempre que la asaltaba esa pesadilla (y eso era precisamente lo que la volvía tan horrible), Anna se daba cuenta de que ese hombrecillo no le prestaba atención y seguía ocupándose de esos hierros, sin duda haciendo algo horrible. Se despertó cubierta de un sudor frío.

Cuando se levantó, recordó como en una especie de bruma el día anterior.

«Hemos discutido, algo que ya ha sucedido varias veces. Le dije que me dolía la cabeza y él no pasó a verme. Mañana nos marchamos. Tengo que verlo y ocuparme de los preparativos del viaje», se dijo. Sabiendo que estaba en el despacho, se dirigió allí. Al pasar por el salón, oyó que en la entrada se había detenido un carruaje, echó un vistazo por la ventana y vio un coche. Apoyada en la portezuela, una muchacha de

sombrero lila le decía algo al criado que estaba llamando a la puerta. Después de intercambiar unas palabras en la entrada, alguien subió al piso de arriba, y al poco rato se oyeron los pasos de Vronski, que bajaba rápidamente las escaleras. Anna volvió a acercarse a la ventana. Vronski había salido a la escalinata con la cabeza descubierta y se había acercado al carruaje. La muchacha del sombrero lila le entregó un paquete. Vronski, sonriendo, le dijo algo. El coche partió, y Vronski subió corriendo la escalera.

La niebla que envolvía el alma de Anna se desvaneció de pronto. Los sentimientos de la víspera atenazaron con nuevo dolor su corazón enfermo. Ya no podía entender cómo había podido humillarse hasta el punto de haber pasado un día entero con él en su casa. Entró en el despacho de Vronski para anunciarle su decisión.

—La princesa Sorókina ha pasado con su hija para traerme el dinero y los documentos de *maman*. No pudieron entregármelos ayer. ¿Se te ha pasado ya el dolor de cabeza? —preguntó con serenidad, haciendo caso omiso de la expresión sombría y solemne de Anna.

De pie en medio de la habitación, lo miraba fijamente en silencio. Vronski también la miró, frunció el ceño por un instante y siguió leyendo una carta. Anna se volvió y salió lentamente de la habitación. Vronski aún podía haberla detenido, pero la dejó llegar hasta la puerta sin decir palabra. Sólo se oía el rumor de las hojas al volverlas.

—A propósito —dijo, cuando Anna ya se encontraba en el umbral—, nos vamos mañana definitivamente, ¿verdad?

—Usted sí, yo no —respondió Anna, volviéndose hacia él.

—Anna, así no se puede vivir…

—Usted sí, yo no —repitió ella.

—¡Esto se está volviendo insoportable!

—Se… se arrepentirá usted —añadió Anna y salió.

Asustado por la expresión desesperada con que Anna había pronunciado esas palabras, Vronski se levantó de un salto e hizo ademán de correr tras ella, pero, después de pensárselo dos veces, volvió a sentarse, apretó con fuerza los dientes y frunció el ceño. Esa amenaza, que juzgaba inconveniente, le irritó. «Lo he intentado todo —se dijo—. Lo único que me queda es no hacerle caso», y empezó a prepararse para ir a la ciudad y luego a casa de su madre, cuya firma necesitaba para los poderes.

Anna oyó el ruido de sus pasos en el despacho y en el comedor. Él se detuvo en el salón, pero, en lugar de pasar a verla, dio órdenes de que entregasen el potro a Vóitov en su ausencia. Luego Anna oyó cómo traían el coche, cómo se abría la puerta y él salía. De pronto volvió a entrar en el vestíbulo y alguien subió corriendo las escaleras: a Vronski se le habían olvidado los guantes y el ayuda de cámara venía a buscarlos. Anna se acercó a la ventana y vio cómo cogía los guantes sin mirar al

criado, tocaba con la mano la espalda del cochero y le decía algo. Luego, sin levantar los ojos a las ventanas, adoptó su postura habitual cuando viajaba en coche, con las piernas cruzadas, y empezó a ponerse los guantes. Entonces el coche desapareció tras la esquina.

XXVII

«¡Se ha marchado! ¡Todo ha terminado!», se dijo Anna, de pie al lado de la ventana. Y en respuesta a ese pensamiento, las dos impresiones de la víspera —la penumbra que se instauró en la habitación cuando se apagó la vela y la horrible pesadilla— se fundieron en una sola, llenando su corazón de espanto.

—¡No, esto no puede ser! —gritó y, cruzando la habitación, llamó con insistencia. Ahora le daba tanto miedo quedarse sola que, sin esperar a que llegara el criado, salió en su busca.

—Entérese de adonde ha ido el conde —dijo.

El criado le contestó que había ido a las cuadras.

—Me ordenó decirle que el coche volverá en seguida, por si quiere usted salir.

—Muy bien. Espere. Voy escribir una nota. Dígale a Mijáila que la lleve a las cuadras. Rápido.

Anna se sentó y escribió lo siguiente: «Toda la culpa es mía. Vuelve a casa, tenemos que aclarar las cosas. Por el amor de Dios, ven. Tengo miedo».

Selló la carta y se la entregó al criado.

Como temía quedarse sola, en cuanto el criado salió, se dirigió a la habitación de la niña.

«¡Ah, no es él, no es él! ¿Dónde están sus ojos azules, su sonrisa delicada y tímida?», fue lo primero que se le pasó por la cabeza cuando vio a su hija regordeta y rubicunda, con sus negros cabellos rizados, en lugar de a Seriozha, a quien, en su confusión, había esperado encontrar allí. La niña, sentada a la mesa, daba fuertes y repetidos golpes con un tapón y miraba inexpresiva a su madre con sus ojos negros como el azabache. Después de decir, en respuesta a una pregunta de la inglesa, que ya se encontraba bien y que al día siguiente se marcharían al campo, Anna se sentó al lado de la niña y se puso a dar vueltas al tapón de la garrafa. Pero la risa fuerte y sonora de la niña y los movimientos que hacía con las cejas le recordaron tanto a Vronski que se levantó a toda prisa y salió, conteniendo los sollozos. «¿Es posible que haya terminado todo? No, no puede ser —pensó—. Volverá. Pero ¿cómo podrá explicarme esa sonrisa y esa animación después de haber hablado con ella? Aunque no me dé ninguna explicación, le creeré de todos modos. Si no le creo, no me queda más que una salida. Y no quiero llegar a tal extremo.»

Consultó el reloj. Habían pasado doce minutos. «Ahora ya habrá recibido mi nota y estará de camino. No tendré que esperar mucho, unos diez minutos más… Pero ¿qué sucederá si no viene? No, eso no puede ser. No puede verme con los ojos enrojecidos por el llanto. Voy a lavarme. Sí, sí, ¿me he peinado o no? —se preguntó. Pero no fue capaz de recordarlo. Se palpó la cabeza con la mano—. Sí, me he peinado, aunque no sabría decir cuándo.» Como no acababa de convencerse, se

acercó a un espejo para cerciorarse. Sí, se había peinado, aunque se había olvidado por completo. «¿Quién es ésa? —se dijo, contemplando en el espejo su rostro hinchado y el fulgor extraño de los ojos, que la miraban con pavor—. Pero si soy yo», comprendió de pronto y, mientras examinaba toda su figura, creyó sentir en su piel los besos de Vronski. Se estremeció y sacudió los hombros. Luego se llevó una mano a los labios y se la besó.

«Pero ¿qué es esto? Me estoy volviendo loca», se dijo, mientras se dirigía al dormitorio, que Annushka estaba arreglando.

—Ánnushka —exclamó, deteniéndose delante de ella y mirándola, sin saber qué decirle.

—¿No quería ir usted a casa de Daria Aleksándrovna? —le preguntó la doncella, como si hubiera adivinado lo que le pasaba a su señora.

—¿A casa de Daria Aleksándrovna? Sí, ¿por qué no?

«Tardaré quince minutos en ir y otros tantos en volver. Él ya está de camino. No tardará en llegar —se dijo, sacando el reloj y consultando la hora—. Pero ¿cómo ha podido marcharse, dejándome en este estado? ¿Cómo puede seguir haciendo su vida cuando no se ha reconciliado conmigo?» Se acercó a la ventana y se quedó mirando la calle. Por el tiempo que había transcurrido, la verdad es que ya podía haber regresado. Pero tal vez se hubiera equivocado en el cálculo. De nuevo trató de recordar cuándo se había marchado y se puso a contar los minutos.

En el momento en que se disponía a consultar el reloj del salón para comprobar si el suyo estaba en hora, un carruaje se detuvo en la entrada. Miró por la ventana y vio el coche de Vronski. Pero nadie subía por la escalera y abajo se oían voces. Era Mijáila, que había vuelto en el coche. Anna bajó a hablar con él.

—No he encontrado al conde. Ya se había marchado para la estación de Nizhni Nóvgorod.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? —le dijo Anna al alegre y rubicundo Mijáila cuando éste le devolvió la nota. «Ah, claro, no la ha recibido», recapacitó—. Lleva esta misma nota a la casa de campo de la condesa Vrónskaia. ¿Sabes dónde está? Y tráeme en seguida la contestación —añadió.

«¿Y qué voy a hacer ahora? —pensó—. Sí, iré a casa de Dolly. De otro modo, acabaré volviéndome loca. También puedo ponerle un telegrama.» Y escribió el siguiente telegrama:

«Necesito hablarte. Ven en seguida».

Después de entregárselo al criado, fue a vestirse. Una vez vestida, con el sombrero puesto, miró a los ojos a la tranquila Annushka, que en los últimos tiempos había engordado. En sus bondadosos ojillos grises se adivinaba una compasión sincera.

—Annushka, querida, ¿qué voy a hacer? —exclamó Anna, entre sollozos,

desplomándose sin fuerzas en un sillón.

—¡No debe usted inquietarse tanto, Anna Arkádevna! Son cosas que pasan. Salga usted un poco, distráigase —le aconsejó la doncella.

—Sí, creo que voy a salir —dijo Anna, recobrándose y poniéndose en pie—. Si llegara un telegrama en mi ausencia, envíelo a casa de Daria Aleksándrovna… O mejor no, volveré en seguida.

«Sí, es mejor no pensar, hacer algo, ir a alguna parte. Lo más importante es salir de esta casa», se dijo, escuchando con horror los terribles latidos de su corazón. Salió apresuradamente y se acomodó en el coche.

—¿Adonde quiere ir la señora? —preguntó Piotr, antes de sentarse en el pescante.

—A la calle Známenka, a casa de los Oblonski.

XXVIII

El cielo estaba despejado. Durante toda la mañana había estado cayendo una llovizna menuda, pero desde hacía un rato había aclarado. Los tejados de hierro, las losas de las aceras, los adoquines de las calzadas, las ruedas, los correajes, los adornos de cobre y de latón de los carruajes: todo brillaba con fuerza bajo el sol de mayo. Eran las tres, la hora de mayor animación en las calles.

Sentada en un rincón del cómodo vehículo, que apenas oscilaba sobre las elásticas ballestas a la rápida marcha de los caballos grises, Anna, en medio del estrépito incesante de las ruedas y de las impresiones que tan rápidamente se sucedían al aire libre, repasó de nuevo los acontecimientos de esos últimos días, y su situación se le antojó muy distinta a como se la había imaginado en casa. Ni siquiera la idea de la muerte le parecía tan terrible y clara, y ya no la consideraba inevitable. Ahora se reprochaba haber aceptado esa humillación. «Le suplico que me perdone. Me he sometido. Me he reconocido culpable. ¿Por qué? ¿Acaso no puedo vivir sin él?» Y, sin responder a la pregunta, se puso a leer los letreros de los establecimientos. «Oficina y almacén. Dentista. Sí, se lo contaré todo a Dolly. Vrosnki no le gusta. Me dará vergüenza y sufriré, pero se lo contaré todo. Dolly me quiere, así que seguiré su consejo. No voy a someterme, no le permitiré que me dé lecciones. Filíppov, pastelero. Según dicen, lleva también la masa a San Petersburgo. Y es que el agua de Moscú es tan buena. Y los pozos y las tortas de Mitischi.» Y se acordó de un día muy lejano, cuando, con sólo diecisiete años, fue con su tía al monasterio de la Trinidad. «Todavía en coche de caballos. ¿De verdad era yo esa niña de manos rojas? Cuántas cosas que antes me parecían maravillosas e inaccesibles se han vuelto insignificantes, y, en cambio, lo que antes estaba al alcance de la mano se ha vuelto inalcanzable para siempre. ¿Habría creído entonces que llegaría a semejante grado de humillación? ¡Qué orgulloso y satisfecho se sentirá al recibir mi nota! Pero yo le demostraré… Qué mal huele esta pintura. ¿Por qué estarán siempre pintando y edificando? Modas y confecciones», leyó. Un hombre la saludó. Era el marido de Ánnushka. «Nuestros parásitos —recordó el dicho de Vronski—. ¿Nuestros? ¿Por qué nuestros? Qué terrible que no podamos arrancar el pasado de raíz. No se puede arrancar, pero sí borrar su recuerdo. Y yo lo haré.» Entonces evocó su vida con Alekséi Aleksándrovich y se sorprendió de la facilidad con que lo había borrado de la memoria. «Dolly pensará que abandono a mi segundo marido y que, por tanto, probablemente me equivoco. Pero ¿acaso pretendo tener razón? ¡No puede ser!», se dijo y sintió deseos de echarse a llorar. Pero al momento se preguntó por qué sonreirían así dos muchachas con las que se cruzó. «¿No será por algún asunto amoroso? No saben lo triste y lo denigrante que es el amor… El bulevar, los niños. Tres niños corren y juegan a los caballos. ¡Seriozha! Lo perderé todo y no lo

recuperaré nunca. Sí, todo está perdido si él no regresa. ¿Y si hubiera perdido el tren y hubiera regresado ya a casa? ¡Otra vez quieres humillarte! —se dijo—.

No, iré a ver a Dolly y se lo diré todo: soy desdichada, me lo merezco, yo misma tengo la culpa; pero de todos modos soy desdichada. Ayúdame. Estos caballos, este coche… Cuánto me repugna verme en este coche. Todo es suyo. Pero no volveré a ver estas cosas.»

Mientras pensaba cómo expondría a Dolly su situación y se laceraba deliberadamente el corazón, subió la escalera.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó en el recibidor.

—Katerina Aleksándrovna Lévina —respondió el criado.

«¡Kitty! La misma Kitty de la que se enamoró Vronski —pensó Anna—. La misma a la que recuerda con cariño y con quien lamenta no haberse casado. A mí, en cambio, me recuerda con odio y lamenta haberme conocido.»

En el momento en que llegó Anna, las dos hermanas hablaban de la alimentación del niño. Sólo Dolly salió a recibir a la invitada, que había interrumpido la conversación.

—¿Todavía no te has ido? Yo misma tenía pensado ir a verte —dijo—. Hoy mismo me ha llegado una carta de Stiva.

—También nosotros hemos recibido un telegrama —replicó Anna, volviéndose para ver a Kitty.

—Dice que no acaba de comprender lo que quiere Alekséi Aleksándrovich, pero que no se marchará sin haber obtenido una respuesta.

—Creía que tenías visitas. ¿Puedo leer la carta?

—Sí, ha venido Kitty —dijo Dolly, turbándose—. Se ha quedado en la habitación de los niños. Ha estado muy enferma.

—Algo he oído. ¿Puedo leer la carta?

—Ahora mismo te la traigo. Pero no se ha negado; al contrario, Stiva alberga esperanzas —dijo Dolly, deteniéndose en la puerta.

—Yo no tengo ninguna esperanza, ni siquiera ningún deseo de conseguirlo —replicó Anna.

«¿Qué es lo que pasa? ¿Kitty considera humillante encontrarse conmigo? —pensó Anna cuando se quedó sola—. Tal vez tenga razón. Pero, aunque así sea, no tiene derecho a portarse así. A fin de cuentas, también ella ha estado enamorada de Vronski. Ya sé que, dada mi situación, ninguna mujer respetable puede recibirme. ¡Ya sé que desde el primer momento se lo he sacrificado todo! ¡Y éste es el pago que recibo! ¡Ah, cuánto le odio! ¿Y por qué he venido aquí? Me encuentro todavía peor, más angustiada. —Oyó las voces de las dos hermanas en la habitación contigua—. ¿Y qué voy a decirle ahora a Dolly? ¿Debo consolar a Kitty con mi desdicha, someterme a su protección? No, ni siquiera Dolly entenderá nada. Es inútil que le

hable. Pero sería interesante ver a Kitty, manifestarle el desprecio que siento por todo y por todos, lo poco que me importa lo que me suceda.»

Dolly volvió con la carta. Anna la leyó y se la devolvió en silencio.

—Ya lo sabía —dijo—. Y no me interesa lo más mínimo.

—Pero ¿por qué? Pues yo, en cambio, albergo esperanzas —replicó Dolly, mirando con curiosidad a Anna. Nunca la había visto tan irritada y de un humor tan extraño—. ¿Cuándo te marchas? —preguntó.

Anna miró al frente, con los ojos entornados, y no le respondió.

—¿Por qué Kitty se esconde de mí? —preguntó, volviéndose hacia la puerta y ruborizándose.

—¡Ah, qué tonterías dices! Está amamantando al niño y no le va bien. Le estaba dando algunos consejos… Se alegrará mucho de verte. Vendrá en seguida —contestó Dolly, algo turbada porque no sabía mentir—. Ahí está.

Cuando Kitty se enteró de que había llegado Anna, no quiso salir. Pero Dolly la convenció. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Kitty entró en la habitación y, ruborizándose, se acercó a ella y le tendió la mano.

—Me alegro mucho —dijo con voz temblorosa.

Kitty estaba desconcertada por la lucha que se libraba en su interior entre la hostilidad que le inspiraba esa mala mujer y el deseo de mostrarse condescendiente. Pero en cuanto vio el rostro hermoso y atractivo de Anna, su animosidad desapareció.

—No me habría sorprendido que no hubiera querido verme. Estoy acostumbrada a todo. ¿Ha estado usted enferma? Sí, la noto muy cambiada —dijo Anna.

Kitty se dio cuenta de que la miraba con antipatía, pero no por eso dejó de compadecerse de esa mujer que tanto la había protegido en el pasado, pues atribuía su actitud a la delicada situación en la que se encontraba ante ella.

Hablaron de la enfermedad, del niño y de Stiva, pero era evidente que ninguna de esas cuestiones interesaba a Anna.

—He venido a despedirme de ti —dijo, poniéndose en pie.

—¿Cuándo os vais?

Pero Anna no le respondió y se volvió hacia Kitty.

—Me alegro mucho de haberla visto —dijo con una sonrisa—. He oído hablar de usted a todo el mundo, hasta a su marido. Estuvo en mi casa y me cayó muy bien —añadió, sin duda con mala intención—. ¿Dónde está?

—Se ha marchado al campo —respondió Kitty, ruborizándose.

—Salúdele de mi parte sin falta.

—¡Sin falta! —exclamó Kitty con ingenuidad, mirándola a los ojos con compasión.

—Bueno, adiós, Dolly.

Y, después de besar a Dolly y estrechar la mano de Kitty, Anna salió

precipitadamente.

—Sigue como siempre e igual de atractiva. ¡Qué mujer tan hermosa! —dijo Kitty, cuando se quedó sola con su hermana—. Pero, no sé por qué, da lástima. Da muchísima lástima.

—La verdad es que hoy parecía otra —replicó Dolly—. Cuando la acompañé al recibidor, tuve la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar.

XXIX

Anna subió al coche en un estado de ánimo aún peor que cuando salió de casa. A sus tormentos anteriores venía a sumarse ahora ese sentimiento de rechazo y repudio que había percibido con toda claridad durante su encuentro con Kitty.

—¿A donde quiere ir la señora? ¿A casa? —preguntó Piotr.

—Sí, a casa —respondió Anna, sin pensar en lo que decía.

«¡Me miraban como si fuese una criatura terrible, incomprensible y extraña! ¿Qué le estará contando con tanta pasión? —se preguntó, mirando a dos transeúntes—. ¿Acaso pueden comunicarse los propios sentimientos a otra persona? Yo quería contarle a Dolly lo que me pasa, pero me alegro de no haberlo hecho. ¡Cuánto se habría alegrado de mi desgracia! Lo habría disimulado, pero el sentimiento principal habría sido la alegría al ver que recibía mi castigo por esos placeres que tanto me envidia. Y Kitty se habría alegrado todavía más. ¡Es como si pudiera leer sus pensamientos! Sabe que he sido más amable de lo debido con su marido. Está celosa, me odia. Y además me desprecia. A sus ojos no soy más que una mujer inmoral. Pero, si lo fuera, habría hecho que su marido se enamorara de mí… si hubiera querido. Y lo cierto es que me habría gustado. Qué pagado de sí mismo parece ese hombre —pensó al ver a un individuo gordo y rubicundo, que venía de frente en un coche. La había tomado por una conocida y había levantado su brillante sombrero por encima de la reluciente calva; pero luego se dio cuenta de que se había equivocado—. Creía que me conocía. Y me conoce tan poco como todos los demás. Ni yo misma me conozco. Conozco mis apetitos, como dicen los franceses. Estos dos quieren ese sucio helado. Lo saben con toda seguridad —se dijo, contemplando a dos muchachos que se habían detenido delante de un vendedor, que se quitaba de la cabeza la caja de los helados y se enjugaba el rostro sudoroso con la punta de una toalla—. A todos nos gustan las cosas dulces y apetitosas. Y, si no hay bombones, nos contentamos con un helado sucio. Ése es el caso de Kitty: no ha podido tener a Vronski y se conforma con Levin. Y me odia. Todo el mundo odia a todo el mundo. Yo a Kitty, Kitty a mí. Así es. Tiutkin, *coiffeur… Je me fais coiffeur par Tiutkin…*[36] Se lo diré cuando vuelva —se dijo y sonrió. Pero entonces se acordó de que no tenía a nadie a quien hacerle un comentario divertido—. Además, nada es divertido ni alegre. Todo es repugnante. Llaman a vísperas, y ese comerciante se santigua con tanto cuidado como si temiera que se le cayera algo. ¿Qué sentido tienen esas iglesias, esas campanas y esas mentiras? Sólo sirven para ocultar que todo el mundo odia a todo el mundo, como esos cocheros que se insultan con tanta saña. Yashvín dice: "Él quiere dejarme sin camisa y yo a él". ¡Qué gran verdad!»

Sumida en esas reflexiones, que la absorbieron hasta el punto de olvidar su propia situación, llegó a la entrada de su casa. Sólo cuando vio al portero, que salía a

recibirla, se acordó de que había enviado una nota y un telegrama.

—¿Ha llegado alguna respuesta? —preguntó.

—Voy a mirar —respondió el portero y, después de rebuscar en el banco, le tendió el fino sobre cuadrado de un telegrama.

«No puedo llegar antes de las diez. Vronski», leyó Anna.

—¿Y el mensajero no ha regresado?

—No —respondió el portero.

«Pues si es así, ya sé lo que tengo que hacer —se dijo y, sintiendo que su alma se llenaba de una ira indefinida y de un deseo de venganza, subió corriendo las escaleras —. Yo misma iré a verle. Antes de marcharme para siempre, se lo diré todo. ¡Nunca he odiado tanto a nadie como a este hombre!» Al ver el sombrero de Vronski en la percha, se estremeció de repugnancia. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que aquel telegrama era la respuesta al suyo, que Vronski aún no había recibido su nota. Se lo imaginaba charlando tranquilamente con su madre y con la princesa Sorókina, alegrándose de sus sufrimientos. «Sí, tengo que ir cuanto antes», se dijo, sin saber exactamente adonde. Quería librarse cuanto antes de las sensaciones que le producía esa odiosa casa. Los criados, las paredes, los distintos adornos: todo suscitaba en ella repugnancia e ira, y la aplastaban bajo su peso.

«Sí, debo ir a la estación; y, si no lo encuentro allí, dirigirme a casa de su madre en persona y ponerlo en evidencia.» Anna consultó en el periódico el horario de trenes. Por la noche salía uno a las ocho y dos minutos. «Sí, llegaré a tiempo.» Ordenó que engancharan otros caballos y metió en una bolsa de viaje todo lo necesario para una ausencia de varios días. Sabía que no regresaría más a esa casa. Entre los distintos proyectos que barajaba, había decidido confusamente que después de lo que sucediera en la estación o en la finca de la condesa, cogería el tren de Nizhni Nóvgorod y se apearía en la primera ciudad.

La cena estaba servida. Anna se acercó, olió el pan y el queso y, tras cerciorarse de que el olor de cualquier alimento le daba náuseas, ordenó que prepararan el coche y salió. La casa proyectaba ya una sombra que atravesaba toda la calle. Era una tarde clara y al sol aún hacía algo de calor. Todos le inspiraban repugnancia y la irritaban con sus palabras y sus movimientos: Ánnushka, que la acompañaba con el equipaje; Piotr, que ponía las cosas en el coche; y el cochero, que no ocultaba su descontento.

—No te necesito, Piotr.

—¿Y quién se encargará de sacarle el billete?

—Bueno, haz lo que quieras, me da igual —replicó Anna con enfado. Piotr subió de un salto al pescante y, poniendo los brazos en jarras, ordenó al cochero que se dirigiera a la estación.

XXX

«¡Ya estoy otra vez en camino! ¡Ya vuelvo a verlo todo más claro», se dijo Anna en cuanto el carruaje se puso en movimiento y, con un ligero balanceo, rodó con estrépito por los menudos adoquines. De nuevo las impresiones se sucedieron una tras otra.

«¿Qué era lo último en lo que estuve pensando, eso que me hacía tanta gracia? —se preguntó, tratando de recordar—. ¿Lo de Tiutkin, *coiffeur*? No, no era eso. ¡Ah, sí! Fue el comentario de Yashvín: la lucha por la existencia y el odio es lo único que une a los hombres. No sé para qué vais a ningún lado —se dirigió con el pensamiento a un grupo de personas que viajaban en un coche tirado por cuatro caballos y que, según todos los indicios, se dirigían a algún lugar fuera de la ciudad para divertirse—. Y el perro que lleváis con vosotros tampoco os servirá de nada. No escaparéis de vosotros mismos.» Mirando en la misma dirección que Piotr, vio a un obrero borracho perdido, incapaz de tener erguida la cabeza, al que un guardia llevaba a alguna parte. «Tal vez éste tenga más suerte —pensó—. El conde Vronski y yo no hemos encontrado la felicidad, a pesar de lo mucho que esperábamos.» Y por primera vez Anna examinó sus relaciones con Vronski, en las que antes evitaba pensar, a esa brillante luz bajo la que ahora lo veía todo. «¿Qué es lo que buscaba en mí? No tanto el amor como la satisfacción de su vanidad.» Recordó las palabras de Vronski, la expresión de su rostro, tan parecida a la de un obediente perro de muestra durante los primeros tiempos de su relación. Y todo venía ahora a confirmarle esa impresión. «Sí, en su caso sólo puede hablarse de un triunfo que halagaba su vanidad. Claro que había también amor, pero lo principal era el orgullo del éxito. Se enorgullecía de mí. Pero todo eso ya ha pasado. Ya no tiene de qué jactarse. Ahora, en lugar de vanagloriarse, se avergüenza. Ha tomado de mí todo lo que ha podido y ya no le hago falta. Le estorbo, pero trata de no ser injusto conmigo. Ayer se fue de la lengua: desea el divorcio y el matrimonio para quemar sus naves. Me quiere, pero ¿cómo? *The zest is gone.*[37] Éste quiere asombrar a todos y está muy satisfecho de sí mismo —pensó, viendo a un dependiente rubicundo que iba montado en un caballo de alquiler—. Sí, he dejado de gustarle. Si le abandono, en el fondo de su corazón se alegrará.»

No era ninguna suposición. Lo veía con claridad bajo esa luz penetrante que le revelaba ahora el sentido de la vida y de las relaciones humanas.

«Mi amor se vuelve cada vez más apasionado y egoísta, y el suyo se va apagando. Por eso nos hemos distanciado —siguió pensando—. Y no se puede hacer nada. Él es todo lo que tengo y exijo que se me entregue más y más. Pero él se aleja cada vez más de mí. Antes de nuestra relación íbamos al encuentro el uno del otro, pero ahora avanzamos inevitablemente en direcciones opuestas. Y no hay manera de cambiarlo. Él me dice que mis celos son absurdos; yo me digo lo mismo, pero no es verdad. No

es que sea celosa, sino que estoy descontenta. Pero… —Abrió la boca y cambió de postura, tanto la había agitado la idea que se le pasó por la cabeza—. Si pudiera ser algo más que una amante que busca apasionadamente sus caricias. Pero no puedo ni quiero ser otra cosa. Y ese deseo despierta repulsión en él y resentimiento en mí. No puede ser de otra manera. ¿Acaso no sé que no va a engañarme, que no tiene ninguna intención de casarse con Sorókina, que no está enamorado de Kitty, que no me traicionará? Lo sé de sobra, pero eso no alivia mi situación. ¿Y qué pasaría si hubiera dejado de quererme y sólo fuera bueno y cariñoso conmigo por *deber*? ¿Si no pudiera darme lo que yo quiero? Eso sería mil veces peor que el resentimiento. ¡Eso sería un infierno! Pues así es nuestra relación. Hace mucho que ha dejado de quererme. Y, donde termina el amor, empieza el odio. No conozco estas calles. Colinas aquí y allá, casas por todas partes… Y las casas llenas de gente… Qué cantidad de personas, y todas se odian. Bueno, ¿y qué es lo que necesitaría para ser feliz? Me conceden el divorcio, Alekséi Aleksándrovich me confía a Seriozha y me caso con Vronski.» Al recordar a Alekséi Aleksándrovich, se lo representó con extraordinaria viveza, como si lo tuviera delante, con sus ojos dulces, apagados y sin vida, sus venas azules en las manos blancas, con la entonación de su voz y su manía de chascar los dedos. Al rememorar el sentimiento que existía entre ellos, que también merecía el nombre de amor, se estremeció de repulsión. «Entonces, obtengo el divorcio y me caso con Vronski. ¿Y qué? ¿Dejará Kitty de mirarme como me ha mirado hoy? No. ¿Dejará Seriozha de hacerse preguntas sobre mis dos maridos? Y entre Vronski y yo ¿qué nuevo sentimiento me inventaré? Ah, ¿sería eso posible? No hablo ya de felicidad, sino de algo que no fuera un tormento. ¡No y no! —se respondió sin la menor vacilación—. ¡Es imposible! Nos hemos separado para siempre. Lo hago desdichado y él a mí. Y ni él ni yo vamos a cambiar a estas alturas. Lo hemos intentado todo; ya nada funciona. Sí, una mendiga con un niño. Se figura que inspira compasión. ¿Es que no nos han arrojado a todos a este mundo para que nos odiemos unos a otros, para que nos atormentemos a nosotros mismos y atormentemos a los demás? Mira cómo se ríen esos estudiantes. ¿Seriozha? —se acordó—. También yo pensaba que lo quería y mi propia ternura me conmovía. Pero he vivido sin él, lo he cambiado por otro amor y no lo he lamentado mientras ese amor me ha satisfecho.» Recordó con repugnancia lo que llamaba «ese amor». Y se alegró de la claridad con la que veía ahora su propia vida y la de los demás. «Así somos todos: yo, Piotr, el cochero Fiódor, ese mercader, todas las personas que viven a orillas del Volga, adonde esos anuncios invitan a ir, y en todas partes, por los siglos de los siglos», pensaba, mientras llegaba al edificio bajo de la estación de Nizhni Nóvgorod, donde le salieron al encuentro algunos mozos.

—¿Saco un billete para Obirálovka? —preguntó Piotr.

Anna había olvidado por completo adonde iba y por qué, y tuvo que hacer un

gran esfuerzo para comprender la pregunta.

—Sí —respondió, entregándole el monedero y, cogiendo el bolsito rojo, se apeó del coche.

Mientras se abría paso entre la multitud para llegar a la sala de espera de primera clase, se fue acordando poco a poco de los detalles de su situación y de las distintas alternativas que se le presentaban. Y una vez más, primero la esperanza y luego la desesperación reabrieron las viejas heridas de su atormentado corazón, que latía desbocado en su pecho. Sentada en un sofá en forma de estrella, miraba con repugnancia a los viajeros que entraban y salían (todo el mundo le repugnaba), pensando en el contenido de la carta que le escribiría cuando llegara a la estación, en las quejas que Vronski estaría exponiéndole a su madre en esos momentos por la situación en la que se encontraba (sin comprender los sufrimientos de ella), en el modo en que entraría en la habitación y en las cosas que le diría. Luego pensó en lo feliz que aún podría ser su vida, en lo tortuoso de su amor y lo tortuoso de su odio por Vronski y en los terribles latidos de su corazón.

XXXI

Sonó la primera campanada, pasaron unos jóvenes monstruosos, insolentes y con prisas, muy pendientes de la impresión que producían; Piotr, vestido de librea y polainas, con su expresión embotada y animalesca, atravesó también la sala y se acercó a Anna para acompañarla al vagón. Los jóvenes vociferantes se callaron cuando Anna pasó a su lado por el andén, y uno de ellos murmuró al oído de otro unas palabras sobre ella, sin duda alguna grosería. Anna subió al alto estribo, entró en un compartimento vacío y se sentó en un sucio asiento de muelles, que alguna vez fue blanco. El bolso se estremeció sobre los muelles y luego se quedó quieto. Piotr, delante de la ventana, se quitó el gorro con galones en señal de despedida y esbozó una sonrisa estúpida. Un revisor insolente cerró de un portazo y echó el pestillo. Una señora feísima con miriñaque (Anna la desnudó mentalmente y se horrorizó de su deformidad) y una niña, que se reía de un modo muy poco natural, pasaron corriendo por el andén.

—Katerina Andréievna lo tiene. Ella lo tiene todo, *ma tante* —gritó la niña.

«Incluso la niña es horrible y afectada», pensó Anna. Para no ver a nadie, se levantó apresuradamente y se sentó al lado de la ventanilla opuesta. Un mujik sucio y espantoso, con una gorra por la que asomaban unos cabellos alborotados, pasó al pie de la ventanilla y se inclinó sobre las ruedas del vagón. «Hay algo que me resulta familiar en este horrible mujik», se dijo. En ese momento, se acordó de su sueño y, temblando de espanto, se abalanzó sobre la portezuela contraria, que el revisor estaba abriendo para dejar pasar a un matrimonio.

—¿Quiere usted salir?

Anna no respondió. Ni el revisor ni los pasajeros advirtieron la expresión de horror que se reflejaba en su rostro, cubierto por el velo. Anna volvió a su rincón y se sentó. La pareja se instaló enfrente de ella y se puso a examinar su vestido con disimulada atención. A Anna le parecieron los dos repulsivos. El marido le preguntó si podía fumar, no porque tuviera deseos de hacerlo, sino por entablar conversación. Cuando ella le concedió permiso, se puso a hablar con su mujer en francés sobre cosas que le interesaban aún menos que fumar. Estuvieron diciendo tonterías con un lenguaje afectado con la única intención de que ella las oyera. Veía con claridad que estaban hartos el uno del otro y que se odiaban. En realidad, era imposible no odiar a unos seres tan espantosos y lamentables.

Se oyó la segunda campanada, y luego el ruido de los equipajes, gritos, risas, comentarios. Anna estaba tan segura de que nadie tenía razones para alegrarse de nada que esas risas la irritaron hasta hacerle daño y estuvo a punto de taparse los oídos para no oírlas. Por último, sonó la tercera campanada, se oyó un silbato, mugió la locomotora, chirriaron las cadenas. El marido se santiguó. «No estaría mal

preguntarle qué significado atribuye a ese gesto», pensó Anna, mirándole con desprecio. Luego, haciendo caso omiso de la mujer, contempló por la ventanilla a las personas que despedían el tren y que parecían deslizarse hacia atrás. Traqueteando rítmicamente en las junturas de los rieles, el vagón en el que viajaba Anna salió del andén, dejó atrás un muro de piedra, un poste de señales y otros vagones; las ruedas, bien engrasadas, se deslizaban por los raíles con un ligero rumor; la ventanilla se iluminó con el brillante sol de la tarde y una ligera brisa agitó las cortinillas. Anna se olvidó de sus compañeros de vagón y, mecida por el ligero traqueteo del tren, aspiró el aire fresco y volvió a sumirse en sus reflexiones.

«¿En qué estaba pensando? En la posibilidad de encontrar una situación en que la vida no sea un tormento, en que todos hemos sido creados para atormentarnos, en que todos lo sabemos y buscamos medios para engañarnos. Pero ¿qué puede hacer uno cuando ve la verdad?»

—Al hombre se le ha concedido la razón para librarse de lo que le inquieta —dijo la mujer en francés, por lo visto muy satisfecha de su frase, haciendo muecas.

Estas palabras parecían una respuesta a los pensamientos de Anna.

«Librarse de lo que le inquieta», repitió Anna. Y, después de mirar al marido de sonrosadas mejillas y a la enjuta esposa, comprendió que esa mujer enfermiza se consideraba incomprendida, que su marido la engañaba y apoyaba la opinión que ella tenía de sí misma. Era como si pudiera leer toda su historia y ver los rincones más recónditos de su alma. Pero allí no había nada interesante, así que siguió con el curso de sus pensamientos.

«Sí, eso es algo que me inquieta mucho, y la razón se me ha concedido para librarme de ello. Así que debo hacerlo. ¿Por qué no apagar la vela cuando ya no hay nada que ver, cuando a uno le repugna todo lo que ve? Pero ¿cómo? ¿Por qué corre el revisor por el estribo?[38] ¿Por qué gritan los jóvenes de ese vagón? ¿Por qué hablan? ¿Por qué se ríen? Todo es mentira, todo es engaño, todo es falsedad, todo es maldad…»

Cuando el tren entró en la estación, Anna se apeó entre una muchedumbre de viajeros y, evitando su proximidad como si fueran apestados, se detuvo en el andén, tratando de recordar para qué había ido allí y qué se proponía hacer. Todo lo que antes le parecía posible, ahora se le antojaba difícil de entender, sobre todo en medio de esa ruidosa multitud de personas odiosas, que no la dejaban en paz. O bien los mozos se le acercaban corriendo, para ofrecerle sus servicios, o bien algún joven se quedaba mirándola, taconeando ruidosamente en las planchas del andén y hablando en voz alta, o bien la gente que le salía al paso le impedía avanzar.

Cuando recordó que debía seguir viaje, en caso de no recibir contestación, detuvo a un mozo y le preguntó si no había llegado un cochero con una carta para el conde Vronski.

—¿El conde Vronski? Vino alguien de su parte hace un momento para recoger a la princesa Sorókina y a su hija. ¿Qué aspecto tiene el cochero?

Mientras Anna hablaba con el mozo, el cochero Mijáila, rubicundo y alegre, con su elegante chaqueta azul y su cadenita, visiblemente satisfecho de haber cumplido tan bien el encargo que le habían confiado, se acercó a ella y le entregó una carta. Anna la abrió, y el corazón se le encogió antes incluso de leerla.

«Lamento mucho que tu nota no llegara a tiempo. Llegaré a las diez», había escrito Vronski con letra descuidada.

«¡Sí! ¡Me lo esperaba!», se dijo con una sonrisa maligna.

—Muy bien, puedes volver a casa —le dijo a Mijáila con un hilo de voz.

Hablaba bajo porque el impetuoso latido de su corazón le impedía respirar. «No, no voy a permitir que sigas atormentándome», pensó. Y esa amenaza no iba dirigida a él, ni a sí misma, sino a la propia vida, que le imponía esos sufrimientos. Y se puso a pasear por el andén, más allá del edificio de la estación.

Dos sirvientas que andaban por allí volvieron la cabeza para mirarla, al tiempo que hacían algún comentario en voz alta sobre su vestido. «Son auténticos», dijo una de ellas, refiriéndose a los encajes. Los jóvenes no la dejaban en paz. De nuevo pasaron a su lado, mirándola a la cara, riendo y gritando algo con voz poco natural. El jefe de estación, al cruzarse con ella, le preguntó si iba a continuar viaje. Un muchacho que vendía *kvas* no le quitaba los ojos de encima. «Dios mío, ¿adonde puedo ir?», se dijo, alejándose cada vez más por el andén. Al llegar al extremo se detuvo. Unas señoras con unos niños, que habían ido a recibir a un señor con gafas y que reían y hablaban a gritos, se callaron y se quedaron mirándola cuando llegó a su altura. Anna apretó el paso y se apartó de ellos, acercándose aún más al borde del andén. En esos momentos se acercaba un tren de mercancías. El andén se estremeció, y Anna tuvo la impresión de que se había subido de nuevo al tren.

De pronto se acordó del hombre al que atropellaron el día de su primer encuentro con Vronski y comprendió lo que tenía que hacer. Con pasos rápidos y ligeros descendió por las escalerillas que llevaban del depósito de agua a la vía y se detuvo muy cerca del tren que pasaba. Miraba la parte baja de los vagones, los pernos, las cadenas y las altas ruedas de hierro fundido del primero, que rodaban lentamente, y trataba de calcular a ojo el punto medio entre las ruedas delanteras y traseras y el momento en que ese punto llegaría a su altura.

«¡Allí! —se decía, mirando en la sombra proyectada por el vagón la arena mezclada con carbón esparcida sobre la traviesa—. Allí, en el mismo centro. Lo castigaré y me libraré de todos y de mí misma.»

Quiso arrojarse bajo el primer vagón, cuyo punto medio llegó en esos momentos a su altura. Pero, al intentar desprenderse del bolso rojo, se entretuvo y no le dio tiempo: el punto medio había pasado ya. Había que esperar al segundo vagón. La

embargó un sentimiento semejante al que experimentaba antes de meterse en el agua cuando se bañaba, y se santiguó. Ese gesto familiar suscitó en su alma toda una cascada de recuerdos de niñez y mocedad; de pronto, la tiniebla que lo cubría todo se esfumó, y por un momento la vida se le apareció con todas las luminosas alegrías del pasado. Pero no apartaba los ojos de las ruedas del segundo vagón, que estaba cada vez más cerca. En el preciso instante en que el punto medio llegó a su altura, tiró el bolso rojo y, hundiendo la cabeza entre los hombros, se arrojó debajo del vagón, cayendo sobre las manos; a continuación, con un ligero movimiento, como si se dispusiera a levantarse, se puso de rodillas. Entonces se horrorizó de lo que estaba haciendo. «¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Por qué?» Quiso incorporarse, retroceder; pero algo enorme e implacable le golpeó en la cabeza y la arrastró de espaldas. «¡Señor, perdónamelo todo!», murmuró, dándose cuenta de que era inútil luchar. El hombrecillo susurraba unas palabras, al tiempo que golpeaba una barra de hierro. Y la vela a cuya luz había leído ese libro lleno de angustias, decepciones, dolores y desdichas, resplandeció con más fuerza que nunca, iluminó lo que antes había estado sumido en tinieblas, chisporroteó, empezó a parpadear y se extinguió para siempre.

OCTAVA PARTE

I

Pasaron casi dos meses. Sólo a mediados de un caluroso verano Serguéi Ivánovich se dispuso a salir de Moscú.

Durante ese tiempo se habían producido diversos acontecimientos en su vida. Hacía ya un año que había terminado su libro, fruto de seis años de trabajo, que llevaba por título *Ensayo sobre los fundamentos y las formas de Estado de Europa y de Rusia*. Algunos fragmentos del libro, así como la introducción, habían aparecido en publicaciones periódicas, y Serguéi Ivánovich había leído otras partes a personas de su círculo, de modo que las ideas de la obra no eran completamente nuevas para el público. Pero, de todos modos, esperaba que la aparición del libro causara sensación en la sociedad y produjera, si no una revolución en el mundo científico, al menos una profunda conmoción en el ambiente intelectual.

Después de una minuciosa revisión, el libro había sido editado el año anterior y distribuido en librerías.

Aunque no le preguntaba nada a nadie sobre el libro, respondía de mala gana y con fingida indiferencia a las preguntas de sus amigos y ni siquiera solicitaba información a los libreros sobre las ventas, Serguéi Ivánovich aguardaba con mirada vigilante y atención reconcentrada las primeras impresiones que suscitaría en la sociedad y en los medios literarios.

Pero pasó una semana, luego otra y otra más, sin que se advirtiera ninguna reacción en el público. Sus amigos, especialistas y eruditos, a veces hablaban de él, sin duda por cortesía. Pero sus demás conocidos, a quienes no interesaba un libro tan especializado, ni siquiera lo mencionaron. Y en la sociedad, que especialmente en esos momentos estaba ocupada con otros asuntos, se recibió con total indiferencia. En cuanto a las revistas literarias, durante un mes no apareció ni un solo comentario al respecto.

Serguéi Ivánovich había calculado con detalle el tiempo necesario para que se publicara alguna reseña, pero pasó un mes y luego otro, y seguía reinando el mismo silencio.

Sólo en *El Escarabajo del Norte*[1] en un artículo humorístico sobre el cantante Drabanti, que había perdido la voz, se decían de pasada unas palabras desdeñosas acerca del libro de Kóznishev, que ponían de manifiesto que el libro había sido condenado por todos y entregado a la irrisión general hacía mucho tiempo.

Por fin, al tercer mes apareció una crítica en una revista seria. Serguéi Ivánovich conocía al autor. Habían coincidido una vez en casa de Golubtsov.

Era un periodista muy joven y enfermo, con una pluma muy ágil, pero muy poco instruido y bastante tímido en las relaciones personales.

A pesar de su desprecio total por el autor, Serguéi Ivánovich leyó la crítica con el

mayor de los respetos. Era terrible.

Por lo visto, el articulista había interpretado mal el significado del libro de manera deliberada. Pero había elegido las citas con tanta habilidad que para aquellos que no lo hubieran leído (y, evidentemente, casi nadie lo había leído) quedaba claro que la obra en su conjunto no era más que un cúmulo de palabras grandilocuentes, empleadas además con poco tino (lo que se indicaba con signos de interrogación), y que el autor del libro era un completo ignorante. Todo el artículo estaba escrito con tanto ingenio que ni siquiera Serguéi Ivánovich pudo dejar de admirarlo. Y eso era lo terrible.

A pesar de la completa imparcialidad con que Serguéi Ivánovich analizó la justicia de los argumentos del articulista, ni por un momento se paró a pensar en los defectos y errores de los que se burlaba —era demasiado evidente que los había escogido a propósito—, pero involuntariamente empezó a recordar, hasta en los menores detalles, su encuentro con el articulista y la conversación que entablaron.

«¿Acaso lo ofendí de alguna manera?», se preguntó.

Y, al recordar que durante ese encuentro había corregido a aquel jovencito cuando dijo una palabra que demostraba su ignorancia, Serguéi Ivánovich encontró la explicación del tono de la crítica.

Después de ese artículo se cernió sobre la obra un silencio de muerte: ni artículos en prensa ni comentarios de viva voz. Fue entonces cuando Serguéi Ivánovich comprendió que esa obra en la que había empleado seis años, realizada con tanto cariño y a costa de tantos esfuerzos, había pasado sin pena ni gloria.

La situación de Serguéi Ivánovich era aún más penosa porque, una vez terminado el libro, ya no tenía que ocuparse de la labor intelectual que había consumido la mayor parte de su úempo.

Serguéi Ivánovich era un hombre inteligente, instruido, sano y activo, y no sabía en qué emplear su energía. Las charlas de salón, los congresos, las reuniones, los comités, cualquier cónclave en el que pudiera hablar, absorbían parte de su tiempo. Pero, como había pasado casi toda la vida en la ciudad, no ponía toda su alma en esas conversaciones, como hacía su inexperto hermano cuando visitaba Moscú. Aún le quedaba mucho tiempo libre y mucha energía intelectual.

Para su fortuna, en esos tiempos tan penosos por el fracaso de su libro, la cuestión eslava, que hasta entonces apenas había interesado a la opinión pública, robó protagonismo a otros asuntos, como las minorías raciales, los amigos americanos, el hambre en la región de Samara, las exposiciones de arte o el espiritismo, y Serguéi Ivánovich, que había suscitado esa cuestión, se consagró a ella por entero.

En el círculo al que pertenecía Serguéi Ivánovich sólo se hablaba y se escribía de la cuestión eslava y de la guerra en Serbia. Todo lo que suelen hacer las muchedumbres ociosas para matar el tiempo se hacía en esos momentos en beneficio

de los eslavos. Cualquier manifestación de la vida parecía llevar la marca de ese apoyo: bailes, conciertos, banquetes, discursos, atuendos femeninos, cervezas, tabernas.

Serguéi Ivánovich no estaba de acuerdo con algunas de las cosas que se decían y se escribían al respecto. Se daba cuenta de que la cuestión eslava se había convertido en uno de esos temas de moda pasajeros que sirven de entretenimiento a la sociedad. Veía también que había muchas personas que se ocupaban de ese asunto por vanidad o por interés. Reconocía que los periódicos publicaban muchas noticias innecesarias y exageradas con el único propósito de atraer la atención y acallar a los demás. Observaba que en ese momento de entusiasmo general quienes más alzaban la voz y más se dejaban ver eran los fracasados y los resentidos: los generales sin ejército, los ministros sin ministerio, los periodistas sin periódico, los jefes de partido sin partidarios. No le pasaba desapercibido que muchas de las cosas que se decían eran ridiculas y poco serias. Pero no podía dejar de reconocer ese entusiasmo indudable y creciente que unía a todas las clases sociales, con el que era imposible no simpatizar. La masacre de los correligionarios y hermanos eslavos había suscitado compasión por las víctimas e indignación por los verdugos. Y el heroísmo de serbios y montenegrinos, que luchaban por una noble causa, había generado en todo el pueblo el deseo de ayudar a sus hermanos ya no sólo de palabra, sino también de obra.

Pero, además, había otra circunstancia que llenaba de alegría a Serguéi Ivánovich: la aparición de la opinión pública. La sociedad había manifestado su deseo de manera muy clara. El alma de la nación se había expresado, como decía Serguéi Ivánovich. Y, cuanto más se interesaba por ese asunto, más evidente le parecía que esa empresa alcanzaría proporciones enormes, marcaría una época.

Por tanto, se entregó en cuerpo y alma a esa gran obra y se olvidó de su libro.

Ahora estaba tan ocupado que ni siquiera tenía tiempo de responder a todas las cartas y peticiones que le dirigían.

Después de trabajar toda la primavera y parte del verano, en el mes de julio se preparó para pasar unos días con su hermano en el campo.

Pensaba descansar allí un par de semanas, precisamente en el sancta sanctórum del pueblo, en lo más profundo del país, disfrutando del espectáculo de la aparición de ese espíritu popular, del que todos los habitantes de las dos capitales y de otras ciudades estaban convencidos. Katavásov, que desde hacía tiempo deseaba cumplir la promesa de visitar a Levin, decidió acompañarlo.

II

Serguéi Ivánovich y Katavásov acababan de llegar a la estación de Kursk, especialmente animada ese día, y aún se estaban apeando del coche, mirando al criado que les seguía con los equipajes, cuando se acercaron cuatro carruajes llenos de voluntarios. Unas señoras con ramos de flores fueron a su encuentro y, acompañadas de una gran multitud, los condujeron al interior de la estación.

Una de las señoras que había recibido a los voluntarios salió de la sala de espera y se dirigió a Serguéi Ivánovich.

—¿Usted también ha venido a despedirlos? —le preguntó en francés.

—No, princesa. Me marcho de viaje. Voy a descansar unos días a casa de mi hermano. ¿Usted viene siempre a despedirlos? —preguntó Serguéi Ivánovich con una sonrisa apenas perceptible.

—¡Es lo menos que podemos hacer! —respondió la princesa—, ¿Verdad que hemos enviado ya ochocientos hombres? Malvinski no me quería creer.

—Más de ochocientos. Si contamos a los que no han salido directamente de Moscú, su número asciende a más de mil —dijo Serguéi Ivánovich.

—Ya lo ve. Lo que yo decía —añadió con alegría la señora—. ¿Es verdad que se ha recaudado ya casi un millón de rublos?

—Más, princesa.

—¿Y qué me dice del telegrama de hoy? Otra vez han derrotado a los turcos.

—Sí, lo he leído —contestó Serguéi Ivánovich. Hablaban del último telegrama que confirmaba que, durante tres días seguidos, los turcos habían sido derrotados en todos los frentes y habían huido, y que para la jornada siguiente se esperaba una batalla decisiva.

—A propósito, hay un joven excelente que quiere partir como voluntario. Desconozco por qué le están poniendo tantas trabas. Lo conozco, y quería pedirle a usted que hiciera el favor de escribir una nota. Lo ha recomendado la condesa Lidia Ivánovna.

Después de solicitar más detalles a la princesa sobre ese joven que quería partir como voluntario, Serguéi Ivánovich pasó a la sala de espera de primera clase y escribió una nota a la persona de la que dependía el asunto.

—¿Sabe que el célebre conde Vronski viaja también en ese tren? —preguntó la princesa, con una sonrisa triunfante y muy significativa, cuando volvió para entregarle la nota.

—He oído decir que se marchaba, pero no sabía cuándo. Entonces, ¿va en este tren?

—Lo he visto. Está aquí. Sólo lo acompaña su madre. En cualquier caso, es lo mejor que puede hacer.

—Ah, sí, por supuesto.

Mientras hablaban, la muchedumbre pasó a su lado en dirección a la mesa en la que habían servido diversos manjares. También Kóznishevy la princesa se acercaron al lugar, desde donde llegaba la voz sonora de un señor que, con una copa en la mano, pronunciaba un discurso ante los voluntarios:

—Vais a luchar por la fe, por la humanidad, por nuestros hermanos —decía aquel hombre, alzando cada vez más la voz—. Nuestra madrecita Moscú os bendice por esa noble empresa. *Zhivio*![2] —concluyó con voz estridente y emocionada.

—*Zhivio*! —gritaron todos los presentes.

Acto seguido otra oleada de gente entró en la sala y estuvo a punto de tirar a la princesa.

—¡Ah, qué discurso, princesa! —exclamó Stepán Arkádevich, apareciendo de pronto en medio de la multitud, radiante de alegría—. ¿No es verdad que ha hablado con mucho calor y mucha elocuencia? ¡Bravo! ¡Ah, si está también aquí Serguéi Ivánovich! Estaría bien que les dirigiera unas palabras de ánimo. ¡Lo hace usted tan bien! —añadió con una sonrisa delicada, respetuosa y prudente, dándole un empujoncito en el brazo.

—No, me marcho.

—¿Adonde?

—Al campo, a casa de mi hermano —respondió Serguéi Ivánovich.

—Entonces verá a mi mujer. Le he escrito, pero, como usted la verá antes, haga el favor decirle que ha hablado conmigo y que todo está *all right*. Ella lo entenderá. En cualquier caso, tenga la amabilidad de decirle que me han nombrado miembro de la comisión conjunta… Bueno, ya lo entenderá. Ya sabe usted, *les petites misères de la vie* [3] —le dijo a la princesa, como disculpándose—. La princesa Miágkaia, no Liza, sino Bibiche, envía mil fusiles y doce enfermeras. ¿No se lo he dicho?

—Sí, algo he oído —respondió Kóznishev de mala gana.

—¡Qué pena que se marche usted! —exclamó Stepán Arkádevich—. Mañana damos una comida a dos amigos que parten como voluntarios: Dimer-Bartnianski, de San Petersburgo, y nuestro Grisha Veselovski. Ambos se marchan. Veselovski se ha casado hace poco. ¡Es todo un valiente! ¿No es verdad, princesa?

Ésta, sin responder, se quedó mirando a Kóznishev. El hecho de que tanto ella como Serguéi Ivánovich parecieran querer librarse de él no turbaba lo más mínimo a Stepán Arkádevich, que, sin dejar de sonreír, miraba la pluma del sombrero de la princesa o apartaba la vista, como intentando recordar alguna cosa. Al ver pasar a una señora con una hucha, la llamó e introdujo un billete de cinco rublos.

—Es superior a mis fuerzas: mientras tenga dinero en el bolsillo, no dejaré de contribuir —dijo—, ¿Y qué le parece el telegrama de hoy? ¡Menudo valor tienen esos montenegrinos!

—¡Qué me dice! —exclamó, cuando la princesa le informó de que Vronski viajaba en ese tren. Por un instante el rostro de Stepán Arkádevich expresó tristeza, pero, al cabo de un minuto, cuando, atusándose las patillas, entró con sus pasos saltarines en la sala en la que se encontraba Vronski, Stepán Arkádevich ya se había olvidado por completo de sus desesperados sollozos ante el cadáver de su hermana y sólo veía en Vronski a un héroe y a un antiguo amigo.

—Hay que hacerle justicia, a pesar de todos sus defectos —dijo la princesa a Serguéi Ivánovich en cuanto Oblonski se apartó de ellos—. ¡Un ruso de los pies a la cabeza, un temperamento típicamente eslavo! Lo único que temo es que a Vronski le disgustará verlo. Pueden decir lo que quieran, pero a mí me conmueve el destino de ese hombre. Hable con él durante el viaje —añadió.

—Lo haré, si se presenta la ocasión.

—Nunca me ha caído bien. Pero el detalle que ha tenido compensa muchas cosas. No sólo es que él mismo parta como voluntario, sino que el escuadrón que lleva lo ha pagado de su propio bolsillo.

—Eso me han dicho.

Sonó la campanilla. Todos se abalanzaron sobre las puertas.

—¡Ahí está! —exclamó la princesa, señalando a Vronski, que iba del brazo de su madre, ataviado con un abrigo largo y un sombrero negro de ala ancha. A su lado Oblonski comentaba alguna cosa con animación.

Vronski, con el ceño fruncido, miraba al frente como si no oyera lo que Stepán Arkádevich estaba diciendo.

De pronto, probablemente por indicación de Oblonski, se volvió hacia donde estaban la princesa y Serguéi Ivánovich, y se descubrió en silencio. Su rostro envejecido y marcado por el sufrimiento parecía petrificado.

Una vez en el andén, Vronski dejó pasar a su madre y desapreció en silencio en un compartimento del vagón.

Se oían los acordes de *Dios salve al zar*[4] seguidos de hurras y vivas. Uno de los voluntarios, un joven muy alto con el pecho hundido, saludaba con especial entusiasmo, agitando el sombrero de fieltro y un ramo de flores por encima de la cabeza. Por detrás asomaban dos oficiales, que también saludaban, y un hombre maduro de espesa barba con una gorra manchada de grasa.

III

Tras despedirse de la princesa, Serguéi Ivánovich, acompañado de Katavásov, que se había acercado, entró en un vagón atestado, y el tren arrancó.

En la estación de Tsaritsin el tren fue recibido por un armonioso coro de jóvenes, que cantaban *Gloria a Ti*. Los voluntarios volvieron a saludar, sacando la cabeza por la ventanilla, pero Serguéi Ivánovich no les prestó atención. Había tratado tanto con los voluntarios que los conocía bien y ya no le interesaban. Katavásov, en cambio, embebido en sus ocupaciones científicas, no había tenido ocasión de observarlos, y ahora mostraba un vivo interés y no paraba de hacerle preguntas a Serguéi Ivánovich.

Éste le aconsejó que pasara a un vagón de segunda clase y hablara personalmente con ellos. En la siguiente estación Katavásov siguió su consejo.

En cuanto el tren se detuvo, cambió de vagón y trabó conocimiento con los voluntarios. Iban sentados en un rincón, charlando ruidosamente, conscientes, sin duda, de que la atención de los pasajeros y de Katavásov, que acababa de entrar, estaba concentrada en ellos. El que hablaba más fuerte era el joven alto del pecho hundido. Por lo visto, estaba borracho y contaba un incidente que le había sucedido en su escuela. Enfrente de él iba sentado un oficial ya maduro con una guerrera militar austriaca del uniforme de la Guardia. Escuchaba al muchacho con una sonrisa en los labios y trataba de hacerlo callar. A su lado, sentado en un baúl, había un tercer voluntario, con uniforme de artillería. Un cuarto voluntario dormía.

Katavásov entabló conversación con el joven y se enteró de que era un rico comerciante moscovita que había dilapidado un gran patrimonio antes de cumplir los veintidós años. A Katavásov no le gustó porque era afeminado, mimado, de salud endeble. Por lo visto, estaba convencido, sobre todo ahora que estaba borracho, de que llevaba a cabo un acto de heroísmo y se jactaba de un modo bastante desagradable.

El segundo, un oficial retirado, también le causó una impresión desagradable. Se veía que era un hombre que había pasado por todo. Había trabajado en el ferrocarril, había sido administrador, había dirigido fábricas, y hablaba de todo ello sin que viniera a cuento, empleando sin ninguna necesidad palabras rebuscadas.

En cambio, el artillero le cayó muy bien. Era un hombre modesto y pacífico, que parecía intimidado por los conocimientos del oficial retirado y la heroica abnegación del comerciante, y que no decía nada de sí mismo. Cuando Katavásov le preguntó qué razones le habían inducido a marcharse a Serbia como voluntario, respondió con humildad:

—Pues porque se van todos. Hay que ayudar a los serbios. Dan pena.

—Sí, y andan especialmente escasos de artilleros como usted —dijo Katavásov.

—No he servido mucho tiempo en artillería. Puede que me destinen a infantería o

caballería.

—¿Cómo van a destinarle a caballería cuando lo que más se necesitan son artilleros? —preguntó Katavásov, suponiendo, por la edad del artillero, que debía de tener una graduación bastante alta.

—No he servido mucho en la artillería; soy un *junker*[5] retirado —respondió, y se puso a explicarle por qué no había superado el examen.

Todo eso, en conjunto, produjo en Katavásov una impresión desagradable. Cuando los voluntarios se apearon en la estación para tomar un trago, quiso compartir con alguien esa opinión desfavorable. Un viejecito vestido con capote militar había escuchado la conversación de Katavásov con los voluntarios. Una vez que se quedaron solos, Katavásov le dirigió la palabra:

—Sí, qué distinta es la condición de estos hombres que marchan al frente —dijo de manera vaga, deseando expresar su opinión y al mismo tiempo enterarse de la del viejecito.

Éste era un militar que había participado en dos campañas. Sabía lo que era un militar y, por el aspecto y la manera de hablar de esos señores, así como por la afición que mostraban a la botella, los consideraba malos soldados. Además, vivía en una capital de provincia, y le habría gustado contarle a Katavásov que de su ciudad había partido como voluntario un soldado retirado, borracho y ladrón, a quien nadie contrataba como trabajador. Pero, sabiendo por experiencia que, dado el estado de ánimo que reinaba en la sociedad, resultaba peligroso expresar una opinión contraria a la general, y, sobre todo, criticar a los voluntarios, se puso también a la defensiva.

—Pues sí, allí necesitan hombres. He oído que los oficiales serbios no sirven para nada.

—Ah, sí, pero éstos serán unos soldados excelentes —replicó Katavásov, con ojos risueños.

Se pusieron a hablar de las últimas noticias recibidas, y ambos ocultaron lo sorprendidos que estaban de que se esperase una batalla para el día siguiente cuando, según las últimas informaciones, se había vencido a los turcos en todos los frentes. Y se separaron sin que ninguno de los dos hubiese expresado su opinión.

Cuando regresó a su vagón, Katavásov le contó a Serguéi Iválnovich la impresión que le habían producido los voluntarios, pero lo hizo faltando a la verdad, dando a entender que eran unos muchachos excelentes.

En la primera capital de distrito en la que se detuvo el tren, los voluntarios fueron recibidos de nuevo con cantos y gritos. Volvieron a aparecer hombres y mujeres con huchas, señoras que ofrecían ramos de flores a los voluntarios y los acompañaban a la cantina. Pero todo en menores proporciones y con menos entusiasmo que en Moscú.

IV

Durante la parada del tren en esa capital de provincia, Serguéi Ivánovich, en lugar de dirigirse a la cantina, se puso a dar vueltas arriba y abajo por el andén.

Al pasar por primera vez por delante del compartimento de Vronski, advirtió que la cortina de la ventanilla estaba echada. Pero, al pasar por segunda vez, vio al lado de la ventanilla a la vieja condesa, que le hizo señas para que se acercara.

—Voy a acompañar a mi hijo hasta Kursk —dijo.

—Sí, eso me han dicho —replicó Serguéi Ivánovich, deteniéndose al pie de la ventana y echando un vistazo en el interior del compartimento—, ¡Qué rasgo tan noble por su parte! —añadió, después de cerciorarse de que Vronski no estaba allí.

—Sí, después de su desgracia, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¡Qué suceso tan horrible! —exclamó Serguéi Ivánovich.

—¡Ah, no se imagina usted lo que he sufrido! Pero haga el favor de entrar… ¡Ah, lo que he sufrido! —repitió, una vez que Serguéi Ivánovich subió y se sentó a su lado —. ¡No puede usted imaginárselo! Se pasó seis semanas sin hablar con nadie, y sólo comía cuando se lo suplicaba. No podíamos dejarlo solo ni un momento. Tuvimos que quitarle todos los objetos con los que habría podido matarse. Vivíamos en la planta baja, pero aún así teníamos que estar pendientes de él todo el tiempo. Ya sabe usted que una vez se pegó un tiro por culpa de ella —dijo la anciana, frunciendo las cejas al recordarlo—. Sí, ha acabado como se merece acabar una mujer así. Hasta para morir eligió una solución vil y repugnante.

—No nos corresponde a nosotros juzgar, condesa —dijo Serguéi Ivánovich con un suspiro—, pero entiendo lo duro que ha debido de ser para usted.

—¡Ah, no me hable! Estaba pasando una temporada en mi finca y mi hijo vino a verme. Le trajeron una nota. Él escribió la respuesta y la envió. No sabíamos nada, pero ella estaba ya en la estación. Por la noche, apenas me había retirado a mi habitación cuando Mary entró para decirme que una señora se había arrojado debajo del tren en la estación. ¡Fue como si me hubieran dado un golpe! Comprendí que se trataba de ella. Lo primero que dije fue que no se lo comunicaran a él. Pero ya se lo habían dicho. Su cochero estaba allí y lo había visto todo. Cuando entré corriendo en su habitación, estaba fuera de sí. Daba miedo mirarlo. Sin pronunciar palabra, partió al galope para la estación. No sé lo que pasaría allí, pero lo trajeron medio muerto. Casi no lo reconocía. *Postration complète*, decía el médico. Luego entró en un estado de frenesí. ¡Ah, para qué hablar! —exclamó la condesa, haciendo un gesto con la mano—. ¡Qué días más horribles! No, diga usted lo que quiera, pero era una mala mujer. ¿A qué vienen esas pasiones desesperadas? Todo para demostrar algo especial. Pues ya ve usted lo que ha demostrado. Ha acabado con su vida y ha destrozado a dos hombres extraordinarios: su marido y mi desdichado hijo.

—¿Y cómo está su marido?

—Se ha hecho cargo de la niña. Al principio Aliosha[6] se mostró conforme con todo. Pero ahora se arrepiente muchísimo de haber confiado su propia hija a un extraño. No obstante, ha dado su palabra, así que no puede echarse atrás. Karenin vino al entierro. Pero intentamos que no coincidiera con Aliosha. En cualquier caso, para él, para el marido, todo es más llevadero. Ha quedado libre. Pero mi pobre hijo lo había sacrificado todo por ella. Lo abandonó todo: abandonó su carrera, me abandonó a mí, y aún así no tuvo compasión de él. Lo ha destrozado por completo, y además de manera deliberada. No, diga usted lo que quiera, pero ha muerto como una mujer vil y sin religión. Que Dios me perdone, pero, al ver la ruina en que se ha convertido mi hijo, no puedo por menos de maldecir su memoria.

—¿Y cómo se encuentra ahora?

—Dios nos ha ayudado con esta guerra en Serbia. Yo ya soy muy mayor y no entiendo nada de estas cosas, pero le digo que es algo que Dios le ha enviado. Naturalmente, como madre, estoy aterrada; y, sobre todo, parece que *ce n'est pas tres bien vu a Petersbourg*[7]. Pero ¡qué le vamos a hacer! Sólo algo así puede reanimarle. Su amigo Yashvín lo perdió todo y decidió marcharse a Serbia. Pero antes vino a ver a Alekséi y le convenció para que le acompañase. Ahora se ha interesado en todo este asunto. Haga el favor de hablar con él. ¡Me gustaría tanto que se distrajera! Está muy triste. Y, por si fuera poco, le duelen las muelas. Se alegrara mucho de verle. Haga el favor de hablar con él. Hable con él, se lo ruego. Está paseando por allí.

Serguéi Ivánovich dijo que lo haría con mucho gusto y pasó al otro lado del tren.

V

Envuelto en la oblicua sombra que proyectaban a la luz de la tarde los sacos apilados en el andén, Vronski, con su capote largo, el sombrero sobre los ojos, las manos en los bolsillos, se paseaba como una fiera enjaulada, volviéndose bruscamente cada veinte pasos. Cuando Serguéi Ivánovich se acercó, tuvo la impresión de que Vronski fingía no verlo, pero no concedió la menor importancia a ese detalle. Tratándose de él, estaba dispuesto a pasarlo todo por alto.

A ojos de Serguéi Ivánovich, Vronski era en esos momentos un adalid importante de una gran causa y consideraba su deber animarle y manifestarle su apoyo. Se acercó a él.

Vronski se detuvo, se lo quedó mirando, lo reconoció, dio unos pasos hacia él y le estrechó con mucha fuerza la mano.

—Es posible que no tenga usted ganas de verme —dijo Serguéi Ivánovich—, pero ¿no podría serle útil de alguna manera?

—Es usted la persona a quien menos me disgusta ver —respondió Vronski—. Perdóneme. Pero los placeres de la vida han acabado para mí.

—Lo entiendo, por eso quería ofrecerle mis servicios —dijo Serguéi Ivánovich, examinando el rostro de Vronski, con huellas evidentes de dolor—. ¿No le vendría bien una carta para Ristich o para Milán?[8]

—¡Oh, no! —exclamó Vronski, como si le costara trabajo entender lo que le estaban diciendo—. Si no le importa, demos un paseo. En los vagones se ahoga uno. ¿Una carta? Muchas gracias, pero no. Para morir no se necesitan recomendaciones. A menos que sean para los turcos… —añadió, sonriendo sólo con los labios. Los ojos seguían mostrando una expresión de airado sufrimiento.

—Sin embargo, ya que no puede evitar usted esa clase de contactos, ¿no le facilitaría las cosas poner sobre aviso a quien corresponda? En cualquier caso, como usted quiera. Me alegré mucho cuando me enteré de su decisión. Se ha criticado mucho a los voluntarios, pero la participación de usted los rehabilitará ante la opinión pública.

—Soy un hombre valioso para la causa porque la vida no tiene la menor importancia para mí —dijo Vronski—. Sé que aún me quedan energías suficientes para atacar una formación enemiga y desbaratarla o morir en el intento. Me alegro de haber encontrado un ideal al que sacrificar una vida que, además de no necesitar, se me ha vuelto odiosa. Ojalá pueda servirle a alguien —añadió, haciendo un movimiento de impaciencia con la mandíbula, motivado por el incesante dolor de muelas, que le impedía incluso hablar con la expresión que habría querido.

—Le auguro que va a renacer usted a una nueva vida —dijo Serguéi Ivánovich, conmovido—. Liberar a nuestros hermanos del yugo que les oprime es una causa

digna de la muerte y de la vida. Que Dios le conceda éxito en las cosas del mundo y paz en las del alma —concluyó, tendiéndole la mano.

Vronski se la estrechó con fuerza.

—Sí, como instrumento aún puedo servir para algo, pero como hombre no soy más que una ruina —dijo, separando mucho las palabras.

El espantoso dolor de muelas, que le llenaba de saliva la boca, le impedía hablar. Guardó silencio y se quedó mirando las ruedas de un ténder que se deslizaba con suavidad y lentitud por la vía.

Y de pronto un sentimiento completamente distinto, no de dolor, sino más bien una suerte de angustioso desasosiego interior, le hizo olvidarse de las muelas. La visión de ese ténder y de esa vía, bajo la influencia de la conversación con un conocido al que no había vuelto a ver desde su desgracia, le trajo a la cabeza el recuerdo de Anna, es decir, de lo que quedaba de ella cuando entró corriendo como un loco en la caseta de la estación: sobre una mesa, el cuerpo ensangrentado, en el que hacía poco aleteaba la vida, tendido impúdicamente en medio de desconocidos; la cabeza intacta, echada hacia atrás, con las espesas trenzas y los cabellos rizados en las sienes, y en el rostro encantador, con la purpúrea boca entreabierta, una expresión extraña y lastimosa en los labios y horrible en los ojos inmóviles y sin cerrar, como si estuviera pronunciando esas palabras terribles que le había dicho durante su última discusión: «Se arrepentirá usted».

Y trató de recordarla tal como era cuando la vio por primera vez, también en una estación: misteriosa, fascinante, afectuosa, buscando y repartiendo felicidad, no esa mujer cruel y vengativa en que se había convertido en los últimos tiempos. Trató de recordar sus mejores momentos con ella, pero estaban envenenados para siempre. Sólo podía imaginársela triunfante, después de haber cumplido su amenaza de castigarle con un remordimiento tan innecesario como imperecedero. Dejó de sentir el dolor de muelas, y los sollozos le contrajeron el rostro.

Después de pasar dos veces en silencio por las inmediaciones de los sacos, Vronski logró dominarse y se dirigió con calma a Serguéi Ivánovich:

—¿No se ha recibido ningún otro telegrama después del de ayer? Sí, los han derrotado por tercera vez, pero se espera para mañana una batalla decisiva.

Y, después de referirse a la proclamación de Milan como rey y a las enormes consecuencias que podía tener este hecho, se separaron tras la segunda llamada, dirigiéndose cada uno a su vagón.

VI

Como no sabía cuándo podría salir de Moscú, Serguéi Ivánovich no había telegrafiado a su hermano para que alguien fuera a recogerle. Levin no estaba en casa cuando, pasadas ya las once, Katavásov y Serguéi Ivánovich, negros de polvo, se presentaron en la escalinata de la casa de Pokróvskoie en un coche que habían alquilado en la estación. Kitty, que estaba en el balcón con su padre y su hermana, reconoció a su cuñado y bajó corriendo para recibirlo.

—¿Cómo no le da vergüenza no habernos avisado? —dijo, tendiéndole la mano a Serguéi Ivánovich y ofreciéndole la frente para que se la besara.

—Hemos llegado de maravilla y no les hemos molestado —respondió Serguéi Ivánovich—. Estoy tan cubierto de polvo que me da miedo tocarla. He estado tan ocupado que no sabía cuándo podría escaparme. Siguen ustedes como siempre —añadió sonriendo—, gozando de una felicidad tranquila en este remanso que está al abrigo de todas las corrientes. Nuestro amigo Fiódor Vasílevich por fin se ha decidido a acompañarme.

—No soy ningún negro. Cuando me lave, volveré a parecer una persona —dijo Katavásov con ese tono zumbón que solía emplear, mientras le alargaba la mano y esbozaba una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes, particularmente brillantes en su rostro ennegrecido.

—Kostia se alegrará mucho. Ha ido a la granja. Ya tendría que haber vuelto.

—Siempre ocupado con las tareas de la finca. La verdad es que esto es un remanso de paz —dijo Katavásov—. Y nosotros, en la ciudad, no nos ocupamos de otra cosa que de la guerra en Serbia. ¿Cómo ve las cosas nuestro amigo? Seguro que tiene una opinión distinta a la de los demás.

—No, piensa lo mismo que todos —replicó Kitty, mirando con cierta turbación a Serguéi Ivánovich—. Voy a mandar a alguien en su busca. Mi padre está con nosotros. Ha regresado hace poco del extranjero.

Y, después de ordenar que avisaran a su marido, de indicar dónde podían lavarse los invitados, uno en el despacho y otro en la habitación que había ocupado Dolly, y de encargar el desayuno para ellos, aprovechando la libertad de movimientos de que había estado privada durante el embarazo, entró corriendo en el balcón.

—Son Serguéi Ivánovich y el profesor Katavásov —dijo.

—¡Lo que nos faltaba con este calor! —replicó el príncipe.

—No, papá, es muy simpático, y Kostia le quiere mucho —dijo Kitty con una sonrisa, como suplicando algo, cuando advirtió la expresión irónica de su padre.

—Pero si no he dicho nada.

—Vete a verlos, querida, y entretenlos un rato —añadió Kitty, dirigiéndose a su hermana—. Han visto a Stiva en la estación. Dicen que está bien. Voy a ir a ver a

Mitia[9]. No le he dado el pecho al pobre desde el desayuno. Seguro que se ha despertado y está llorando. —Y, sintiendo que la leche le afluía al pecho, se dirigió rápidamente a la habitación del niño.

No es que lo hubiera adivinado (su vínculo con el niño aún no se había roto), sino que estaba segura: la afluencia de leche le indicaba que el niño tenía que comer.

Aún antes de llegar a la habitación, sabía que el niño estaría llorando. Y así era. Al oír sus gritos, apretó el paso. Pero, cuanto más rápido iba, más fuerte se hacía el llanto. Era la voz normal de un niño sano, hambriento e impaciente.

—¿Hace mucho que llora, aya? —preguntó apresuradamente, sentándose en una silla y preparándose para darle el pecho—. Démelo en seguida. ¡Ah, aya, qué pesada es usted! ¡Ya tendrá tiempo de atarle el gorrito más tarde!

El niño se ahogaba de tanto llorar.

—Así no se pueden hacer las cosas, madrecita —replicó Agafia Mijáilovna, que ahora se pasaba casi todo el tiempo en la habitación del niño—. Hay que arreglarlo como es debido. ¡Ba, ba, ba! —le cantaba, sin hacer caso a la madre.

El aya le entregó el niño a Kitty. Agafia Mijáilovna la siguió con una expresión de serena ternura.

—¡Me conoce! ¡Me conoce! Se lo juro por Dios, madrecita Katerina Aleksándrovna. ¡Me ha reconocido! —gritaba Agafia Mijáilovna más fuerte que el niño.

Pero Kitty no la escuchaba. Cuanto más se impacientaba el niño, más se impacientaba ella.

Esa misma impaciencia fue la causa de que tardaran tanto en arreglarlo todo. El niño no agarraba bien el pecho y se irritaba.

Por fin, después de un grito desesperado, que casi le dejó sin aliento, y de otro intento fallido, encontró lo que buscaba, y tanto la madre como él se calmaron y se aquietaron al mismo tiempo.

—Está todo cubierto de sudor, el pobre —dijo Kitty en un susurro, tocando al niño—. ¿Y por qué cree usted que la ha reconocido? —añadió, mirando de soslayo los ojos del niño, tapados por el gorrito, en los que le parecía entrever una mirada maliciosa, las mejillas que se hinchaban regularmente y las manitas de palmas rojizas, con las que hacía movimientos circulares—, ¡No puede ser! De haber reconocido a alguien, me habría reconocido a mí —dijo Kitty, en respuesta a la afirmación de Agafia Mijáilovna, y sonrió.

Sonreía porque, aunque decía que no podía reconocer a nadie, en el fondo de su corazón sabía que no sólo reconocía a Agafia Mijáilovna, sino que lo sabía y lo comprendía todo; que sabía y comprendía muchas cosas que nadie sabía y que ella, su madre, sólo había llegado a comprender gracias a él. Para Agafia Mijáilovna, para el aya, para el abuelo e incluso para su padre, Mitia era un ser vivo que únicamente

requería cuidados materiales. Pero para la madre hacía mucho tiempo que era una criatura dotada de facultades morales, con la que le unía ya toda una historia de relaciones espirituales.

—Cuando se despierte, si Dios quiere, lo verá usted con sus propios ojos. En cuanto le hago así, se pone todo contento, mi tesoro. Y resplandece como un día de sol —decía Agafia Mijáilovna.

—Bueno, bueno, de acuerdo, ya lo veremos —susurró Kitty—. Ahora váyase. Se está quedando dormido.

VII

Agafia Mijáilovna salió de puntillas. El aya corrió las cortinas, sacudió el velo de muselina que cubría la cuna para protegerla de las moscas, echó a un moscardón que zumbaba en la ventana y se sentó, abanicando a la madre y al niño con una rama seca de abedul.

—¡Ah, qué calor hace! ¡Qué calor! Ojalá nos mandara Dios un poco de lluvia —exclamó.

—Sí, sí. Chis… —se limitó a responder Kitty, meciéndose suavemente y apretando con ternura el rollizo bracito, como apretado por un hilo a la altura de la muñeca, que Mitia agitaba débilmente, tan pronto abriendo como cerrando los ojos. Ese bracito tentaba a Kitty: le habría gustado cubrirlo de besos, pero no se atrevía a hacerlo por temor a despertar al niño. Por fin, el bracito dejó de moverse y los ojos se cerraron. Sólo de vez en cuando, mientras seguía mamando, alzaba sus largas pestañas curvas y miraba a su madre con sus ojos húmedos, que en esa semipenumbra parecían negros. El aya dejó de abanicarlos y se quedó traspuesta. Desde la planta de arriba llegaba la voz tonante del viejo príncipe y las carcajadas de Katavásov.

«Por lo visto, han entablado conversación sin necesidad de que yo esté presente —pensó Kitty—. De todas formas, es una pena que no esté Kostia. Probablemente ha vuelto a pasarse por las colmenas. Aunque me apena que vaya allí tan a menudo, reconozco que le viene bien. Así se distrae. Ahora lo noto más alegre y de mejor humor que en primavera. Estaba tan desanimado y se atormentaba tanto que empecé a preocuparme por él.»

—¡Y qué gracioso es! —murmuró con una sonrisa.

Sabía qué era lo que atormentaba a su marido: su falta de fe. Si le hubieran preguntado si creía que su marido se condenaría en la otra vida por su incredulidad, habría respondido que sí, pero de todos modos esa incredulidad no la hacía desdichada. Aunque reconocía que no podía haber salvación para los no creyentes y aunque amaba a su marido más que a nadie en el mundo, no podía dejar de sonreír cuando pensaba en su incredulidad y se decía que era gracioso.

«¿Para qué se habrá pasado todo el año leyendo esos libros de filosofía? —se preguntaba—. Si en esos libros se aclaran todas esas cosas, lo entenderá. Pero, si lo que dicen es mentira, ¿para qué molestarse en leerlos? Él mismo dice que le gustaría creer. Entonces, ¿por qué no cree? Seguramente porque piensa demasiado. Y piensa demasiado por culpa de la soledad. Está todo el tiempo solo. Y estas cosas no puede hablarlas con nosotros. Seguro que se alegra de la llegada de su hermano y de Katavásov, sobre todo de este último. Le gusta discutir con él —pensó, y acto seguido se preguntó dónde sería mejor que durmiera Katavásov, con Serguéi Ivánovich o en otra habitación. Y se le pasó por la cabeza una idea que le hizo estremecerse de

inquietud e incluso sobresaltó a Mitia, que la miró con aire severo—. Temo que la lavandera aún no haya traído la ropa blanca y que le pongan a los invitados sábanas usadas. Si no doy las órdenes oportunas, Agafia Mijáilovna pondrá en la cama de Serguéi Ivánovich sábanas sucias.» Sólo de pensarlo, la sangre le afluyó a las mejillas.

«Sí, tengo que ir a ver —decidió, y, volviendo a sus reflexiones anteriores, recordó que se había interrumpido en una cuestión importante relativa al alma, y se preguntó qué podría ser—. ¡Ah, sí! Kostia no cree —se dijo, de nuevo con una sonrisa—. ¡Vale, no cree! Pero más vale que siga siendo así que como madame Stahl o como quería ser yo cuando vivía en el extranjero. No, él no es capaz de fingir.»

Y se representó con todo detalle un rasgo reciente de su bondad. Hacía dos semanas Dolly había recibido una carta de su marido en la que se mostraba arrepenúdo y le suplicaba que salvara su honor, vendiendo su finca para saldar las deudas que había contraído. Dolly estaba desesperada, se debatía entre el odio, el desprecio y la compasión a su marido, y acaricia ba la idea de separarse y negarle lo que le pedía. Pero acabó consintiendo en vender una parte de la hacienda. Kitty recordó, con una sonrisa involuntaria de ternura, la confusión de su marido, sus torpes y repetidos intentos de abordar esa cuestión y el modo en que acabó encontrando la única solución para ayudar a Dolly sin ofenderla: proponer a Kitty que le cediera su parte de la hacienda, algo que a ella misma no se le había ocurrido.

«¿Qué clase de incrédulo es? ¡Con ese corazón que tiene, con ese temor de ofender a cualquiera, incluso a un niño! Lo da todo para los demás y no se queda nada para él. Serguéi Ivánovich piensa que Kostia tiene la obligación de ser su administrador. Y también su hermana. Y ahora Dolly y sus hijos también están bajo su tutela. Y a eso hay que añadir todos esos campesinos que vienen a verlo a diario, como si estuviera obligado a servirlos.»

—Ojalá seas como tu padre, sólo como él —dijo, entregándole el niño al aya, no sin antes rozarle la mejilla con los labios.

VIII

Desde el momento en que Levin vio morir a su querido hermano y analizó por primera vez la cuestión de la vida y de la muerte a la luz de sus nuevas convicciones, como las llamaba él, que de manera imperceptible, en el período comprendido entre los veinte y los treinta y cuatro años de edad, habían sustituido a las creencias de su infancia y adolescencia, se sintió horrorizado, no tanto de la muerte como de la vida, ya que no tenía la menor idea de lo que era, de dónde venía, cuál era su razón de ser y para qué servía. El organismo, su destrucción, la indestructibilidad de la materia, la ley de la conservación de la energía, la evolución: ésas eran las palabras que habían sustituido a su fe de antaño. Estos términos, así como los conceptos vinculados a ellos, eran muy interesantes desde el punto de vista intelectual, pero no servían de mucha ayuda para comprender la vida.

Levin no tardó en sentirse en la posición de un hombre que ha cambiado su espesa pelliza por un traje de muselina y que al salir a la calle helada por primera vez se da cuenta de manera indubitable, no por medio del razonamiento, sino porque lo siente con todo su ser, que es como si estuviera desnudo y que perecerá inevitablemente entre horribles sufrimientos.

Desde ese momento, aunque no se diera cuenta y siguiera viviendo como antes, Levin no había dejado de sentir ese terror ante su propia ignorancia.

Además, sentía de un modo vago que lo que llamaba sus convicciones no sólo era ignorancia, sino un modo de pensar que le impedía adquirir los conocimientos que necesitaba.

En los primeros tiempos de su vida de casado, las nuevas alegrías y obligaciones habían acallado por completo esos pensamientos; pero en los últimos tiempos, después de que su mujer diera a luz, cuando vivía ocioso en Moscú, había vuelto a plantearse, cada vez más a menudo y con una insistencia mayor, esa cuestión que exigía una respuesta.

Esa cuestión podía plantearse de la siguiente manera: «Si no acepto las explicaciones que da el cristianismo al problema de mi existencia, ¿cuáles acepto?». Y no era capaz de encontrar en todo el arsenal de sus convicciones una sola respuesta ni nada que se le pareciera.

Estaba en la misma situación de un hombre que buscara alimentos en tiendas de juguetes y de armas.

Sin proponérselo, e incluso sin darse cuenta, empezó a buscar en cada libro, en cada persona, en cada conversación una relación con esas cuestiones y una posible solución.

Lo que más le sorprendía y le apenaba era que la mayoría de las personas de su ambiente y de su edad, que habían cambiado sus antiguas creencias por las mismas

nuevas ideas que él, no veían en ello nada malo y estaban completamente satisfechas y tranquilas. Así pues, además de la cuestión principal, a Levin le atormentaban otras: ¿eran sinceras esas personas? ¿No fingían? ¿O es que comprendían de una manera distinta, más clara, las respuestas de la ciencia a las cuestiones que le interesaban? Y estudiaba en detalle tanto las opiniones de estas personas como los libros en los que se exponían tales respuestas.

Lo único que había sacado en claro, desde que había empezado a ocuparse de tales asuntos, era que se había equivocado al suponer, como sus compañeros de universidad, que la religión se había quedado obsoleta y vacía de contenido. Todas las personas a las que más quería y respetaba eran creyentes: el viejo príncipe, Lvov, al que tanto aprecio había cobrado, Serguéi Ivánovich; todas las mujeres creían —su mujer conservaba la misma fe que él había tenido en su primera infancia— y el noventa y nueve por ciento del pueblo ruso, de ese pueblo cuya vida le inspiraba el máximo respeto.

Además, después de leer muchos libros, se convenció de que las personas que compartían sus opiniones no les concedían ninguna importancia particular; lejos de analizar las cuestiones fundamentales y buscar unas respuestas sin las cuales Levin no podía vivir, se desentendían de ellas para ocuparse de otras completamente distintas, que a él no podían interesarle, como, por ejemplo, la evolución de los organismos, la explicación mecánica del alma y otras por el estilo.

Por si eso fuera poco, durante el parto de su mujer, le había sucedido un acontecimiento extraordinario. Él, que no creía en Dios, se había puesto a rezar, y lo había hecho con fe. Pero, una vez pasado ese momento, fue incapaz de encontrar un lugar en su vida para ese estado de ánimo.

No podía reconocer que entonces había conocido la verdad y ahora se equivocaba porque, en cuanto se ponía a pensar con serenidad, todo saltaba en mil pedazos. Tampoco podía admitir que entonces se había equivocado, porque concedía un inmenso valor a ese estado de ánimo. Si lo consideraba un rasgo de debilidad, estaría profanando ese momento. En su interior se libraba una terrible batalla, y él hacía acopio de todas sus fuerzas para ponerle fin.

IX

Estos pensamientos le agobiaban y le atormentaban, unas veces con más intensidad, otras con menos, pero sin abandonarlo nunca. Leía y reflexionaba, y, cuanto más leía y reflexionaba, más lejos se sentía del fin que perseguía.

Convencido de que no hallaría ninguna respuesta en los materialistas, en los últimos tiempos, primero en Moscú y más tarde ya en el campo, había leído y releído a Platón, Spinoza, Kant, Schelling, Hegel y Schopenhauer, filósofos que no daban una explicación materialista de la vida.

Sus ideas le parecían fecundas mientras leía o buscaba una refutación de otras doctrinas, sobre todo de las materialistas. Pero en cuanto abordaba la solución de lo que le interesaba, estimulado bien por esas lecturas o por el curso de sus propios pensamientos, le sucedía siempre lo mismo. Cuando analizaba la definición de términos tan vagos como «espíritu», «voluntad», «libertad» o «sustancia», se dejaba atrapar en la trampa verbal que le tendían los filósofos o que se tendía él mismo y tenía la impresión de que empezaba a entender algo. Pero, bastaba que se olvidara de esa artificiosa sucesión de pensamientos y, una vez inmerso en la vida real, analizara lo que tanta satisfacción le había causado cuando pensaba siguiendo una línea dada, para que de repente todo ese edificio artificioso se viniera abajo como un castillo de naipes, con lo que quedaba demostrado que el edificio se había construido con esas mismas palabras cambiadas de lugar, sin tener en cuenta algo que en la vida es más importante que la razón.

Durante un tiempo, mientras leía a Schopenhauer sustituyó la palabra «voluntad» por la palabra «amor», y esa nueva filosofía le consoló un par de días, mientras no se apartó de ella. Pero se derrumbó exactamente de la misma manera cuando la contempló desde la vida. Entonces le pareció otro de esos trajes de muselina que no le calentaban.

Su hermano Serguéi Ivánovich le había aconsejado que leyera las obras teológicas de Jomiákov. Levin leyó el segundo tomo y, a pesar de que en un principio su tono polémico, elegante e ingenioso le desagradó, se quedó sorprendido de su doctrina sobre la Iglesia. Le impresionó la idea de que la comprensión de las verdades divinas, negada al hombre como individuo, se le concediera a una congregación de personas unidas por un mismo amor; es decir, la Iglesia. Le alegró el pensamiento de que fuera más fácil creer en una Iglesia viva y existente, compuesta de todas las creencias de los hombres, con Dios a la cabeza, y por tanto sagrada e infalible, y a partir de ahí aceptar la existencia de Dios, la creación, la caída y la redención, que empezar por un Dios lejano y misterioso, pasar luego a la creación, etcétera. Pero después de leer dos historias de la Iglesia, una escrita por un católico y otra por un ortodoxo, y comprobar que las dos, infalibles por naturaleza, se negaban la una a la otra, quedó desilusionado

de la doctrina de Jomiákov, y también ese edificio se derrumbó, igual que las construcciones filosóficas.

Durante toda la primavera había sido otra persona y había pasado por momentos terribles.

«No puedo vivir sin saber lo que soy y para qué estoy aquí. Y, como no puedo saberlo, no puedo vivir», se decía.

«En la infinitud del tiempo, en la infinitud de la materia y en la infinitud del espacio surge la burbuja de un organismo, que dura un instante y después estalla. Esa burbuja soy yo.»

Ese angustioso sofisma era el último y único resultado de siglos de reflexiones humanas.

Era la última creencia en la que se basaban todas las investigaciones del pensamiento humano en casi todos los campos. Era la idea dominante, y Levin acabó adoptándola, probablemente porque era más clara que las demás, aunque ni él mismo sabría decir cómo y cuándo.

Pero no sólo era un sofisma, sino una broma cruel de una fuerza maligna y repulsiva, a la que era imposible someterse.

Había que escapar de esa fuerza. Y la liberación estaba al alcance de todo el mundo. Era necesario acabar con esa dependencia del mal. Y sólo había un medio de lograrlo: la muerte.

Así fue como Levin, hombre casado y feliz, que gozaba de buena salud, estuvo varias veces tan cerca del suicidio que tuvo que esconder una cuerda para no ahorcarse, y no salía al campo con una escopeta por temor a pegarse un tiro.

Pero, en lugar de ahorcarse o de pegarse un tiro, siguió viviendo.

X

Cuando Levin pensaba qué era y para qué vivía, no hallaba respuesta y se desesperaba; pero, cuando dejaba de preguntárselo, creía saberlo, porque vivía y actuaba con firmeza y resolución. Y en los últimos tiempos esa firmeza y esa resolución habían aumentado.

Después de regresar al campo a principios de junio, reanudó sus ocupaciones habituales. Las labores agrícolas, el trato con los campesinos y los vecinos, la administración de la casa, los asuntos de su hermana y de su hermano, que ambos le habían confiado, las relaciones con su mujer y sus parientes, el cuidado de su hijo y la cría de abejas, por la que se había interesado mucho esa primavera, absorbían todo su tiempo.

No se ocupaba de tales actividades porque las justificase en nombre de unos principios generales, como había hecho antes. Al contrario: desilusionado, por una parte, del fracaso de sus empresas anteriores en favor del bien común; y, obsesionado, por otra, con sus pensamientos y con las tareas que se acumulaban por todas partes, había abandonado completamente cualquier consideración sobre el particular. Se ocupaba de esas actividades simplemente porque le parecía que debía hacerlo, que no le quedaba otra salida.

Antes (era un proceso que se había iniciado en la infancia y había ido desarrollándose hasta que alcanzó la plena madurez), la idea de hacer algo que fuera útil a todos, a la humanidad, a Rusia, a la provincia, a la aldea, le llenaba de alegría; pero la actividad misma le parecía siempre incoherente y no tenía la plena seguridad de que fuera imprescindible. En suma, esa misma actividad que al principio le había parecido tan grande iba empequeñeciéndose cada vez más hasta acabar en nada. Ahora, después de casarse, cuando había ido limitandándose hasta ocuparse sólo de aquellas que servían a sus propios intereses, estaba convencido de que su obra era indispensable y veía que marchaba mucho mejor que antes y que sus proporciones eran cada vez más grandes, aunque ya no se alegraba al pensar en sus tareas.

Ahora, casi en contra de su voluntad, se hundía cada vez más en la tierra, como un arado, y no podía salir de allí sin trazar un surco.

Era indudable que su familia debía vivir como lo habían hecho sus padres y sus abuelos, es decir, en el mismo nivel de instrucción y educando a los hijos del mismo modo. Era algo tan necesario como comer cuando se tiene hambre. Así, igual que era necesario preparar la comida, debía llevarse la máquina económica de Pokróvskoie de manera que rindiera beneficios. Y, del mismo modo que estaba obligado a pagar sus deudas, era preciso mantener el patrimonio, para que cuando su hijo lo recibiera en herencia le diera las gracias, igual que Levin se las había dado al abuelo por todo lo que había construido y plantado. Por eso no había que arrendar las tierras, sino

cultivarlas uno mismo, tener ganado, abonar los campos y plantar bosques.

No podía desentenderse de los asuntos de Serguéi Ivánovich y de su hermana, ni de todos los campesinos que habían adquirido la costumbre de consultarle, como no se puede soltar a una criatura que se tiene en brazos. Tenía que cuidar de su mujer y del niño, y también de su cuñada y de sus hijos, y pasar al menos una parte del día con ellos.

Todo eso, unido a las partidas de caza y su nuevo interés por la apicultura, llenaba la vida de Levin, que tan carente de sentido le parecía cuando se ponía a pensar en ella.

Pero, además de que sabía perfectamente *lo que* debía hacer, también sabía *cómo* debía hacerlo y *qué* tareas había que anteponer.

Sabía que debía contratar braceros al precio más barato posible, pero que no debía esclavizarlos pagándoles por adelantado menos dinero del que merecían, aunque resultara muy ventajoso. Podía venderse paja a los campesinos en épocas de carestía, por mucha compasión que inspirasen. Pero había que eliminar las posadas y tabernas, aunque produjeran beneficios. Había que castigar con la mayor severidad posible la tala de árboles, pero no se debía multar a los campesinos cuando dejaban entrar al ganado en sus pastos. Y, aunque los guardas se disgustasen y los campesinos perdieran el temor, no había más remedio que devolver el ganado a sus propietarios.

Tenía que prestar dinero a Piotr para que dejara de abonar un diez por ciento al mes a un usurero, pero no se podía condonar ni aplazar el pago del arriendo a los campesinos que no habían satisfecho la contribución. No se le podía perdonar al administrador que no hubiera mandado segar un prado pequeño, con lo que la hierba se había echado a perder, pero no debían segarse las ochenta hectáreas en las que se había plantado un bosque joven. No se podía permitir que un bracero, en plena faena, se fuera a su casa porque había muerto su padre, por mucha compasión que inspirase, y no había más remedio que dejar de pagarle el jornal durante esos importantes meses en los que había estado ausente; pero no se podía dejar de pagar la mensualidad a los viejos criados, aunque ya no sirviesen para nada.

Levin también sabía que, al regresar a casa, lo primero que tenía que hacer era ir a ver a su mujer, que no estaba bien de salud. Los campesinos que llevaban aguardándolo ya tres horas podían esperar un poco más. También sabía que, a pesar del placer que le procuraba introducir un enjambre en la colmena, debía dejar esa tarea a un viejecito para atender a los campesinos que habían ido a buscarle al colmenar.

No sabía si actuaba bien o mal, y no sólo no deseaba averiguarlo, sino que evitaba cualquier conversación o consideración al respecto.

Los razonamientos le hacían dudar y le impedían ver lo que debía y no debía hacer. Cuando dejaba de pensar y se limitaba a vivir, sentía constantemente en su

interior la presencia de un juez infalible que, cuando se presentaban dos alternativas, elegía cuál era la mejor y cuál la peor. Y, siempre que tomaba una decisión equivocada, se daba cuenta en seguida.

Así vivía, sin saber qué era ni para qué estaba en el mundo, y sin contemplar la posibilidad de saberlo algún día. Esta ignorancia le atormentaba tanto que temía acabar suicidándose. Pero, al mismo tiempo, seguía con firmeza y determinación su propio camino en la vida.

XI

El día en que Serguéi Ivánovich llegó a Pokróvskoie había sido muy penoso para Levin.

Era el período de mayor actividad en el campo, cuando los campesinos dan muestras de una capacidad de trabajo y un espíritu de sacrificio extraordinarios, que no se manifiestan en otros órdenes de la vida y que serían muy valorados si quienes los atesoran los apreciaran, si no se repitiesen todos los años y si sus resultados no fuesen tan sencillos.

Segar, recoger y acarrear el centeno y la avena, acabar de segar los prados, volver a arar los barbechos, trillar la simiente y sembrar el grano de otoño. Todo eso parece sencillo y ordinario. Pero, para llevarlo a cabo es necesario que, durante tres o cuatro semanas, todos los habitantes de la aldea, desde los mayores hasta los pequeños, trabajen sin descanso, tres veces más de lo habitual, alimentándose de *kvas*, cebolla y pan negro, trillando y transportando las gavillas de noche y dedicando al sueño no más de dos o tres horas al día. Y esa misma actividad se repite cada año en toda Rusia.

Como había pasado la mayor parte de su vida en el campo, en estrecho contacto con el pueblo, Levin tenía la sensación de que la excitación general que se apoderaba de los campesinos en ese período de tanto trabajo se le comunicaba también a él.

Por la mañana temprano había asistido a la primera siembra del centeno, luego había contemplado cómo acarreaban y agavillaban la avena. Había regresado a casa a la hora en que se levantaban su mujer y su cuñada, había tomado un café con ellas y se había marchado a pie a la granja, donde debían poner en marcha la nueva trilladora para preparar la simiente.

A lo largo de todo ese día, mientras hablaba con el administrador, con los campesinos, con su mujer, con Dolly, con los hijos de ésta o con su suegro, había estado pensando en la única cuestión que le preocupaba en esos momentos, al margen de las faenas del campo. Y había buscado por todas partes argumentos que le permitieran dar respuesta a esas preguntas: «¿Qué soy? ¿Dónde estoy? ¿Para qué vivo?».

En medio de un fresco granero, que acababan de recubrir con olorosas varas de avellano, aún con hojas fragantes, encajadas en las frescas y descortezadas vigas de álamo que sostenían el tejado de paja, Levin miraba tan pronto por la puerta abierta, en cuyo umbral se arremolinaba y revoloteaba el polvo seco y acre de la trilladora, como la hierba de la era, iluminada por el ardiente sol, o la paja fresca, que acababan de traer del almiar, o las golondrinas de pecho blanco y cabeza moteada que, con un silbido, se refugiaban debajo del tejado y, batiendo las alas, se detenían en el vano del portón, o a los campesinos que iban de un lado a otro por el granero oscuro y

polvoriento, mientras se le ocurrían extraños pensamientos.

«¿Para qué se hace todo esto? ¿Por qué estoy aquí y les obligo a trabajar? ¿Por qué todos se afanan y tratan de demostrarme su celo? ¿Por qué se esfuerza tanto la vieja Matriona, a quien conozco bien? (La curé cuando le cayó una viga durante el incendio) —se decía, mirando a una mujer enjuta que rastrillaba el grano, moviéndose con dificultad por la era dura e irregular con sus pies desnudos y quemados por el sol—. Entonces se restableció. Pero hoy o mañana, o dentro de diez años, la enterrarán, y no quedará nada de ella, ni tampoco de esa muchacha presumida de la chaqueta roja, que separa las espigas de la paja con movimientos tan ágiles y delicados. También a ella la enterrarán. Y a ese caballo pío poco le queda ya —pensó, contemplando un caballo que se arrastraba con fatiga y respiraba afanosamente con los ollares hinchados, mientras pisaba una rueda inclinada que giraba por debajo de sus patas—. También enterrarán a Fiódor, el abastecedor de la trilladora, con su barba rizada, llena de paja, y su camisa desgarrada a la altura del hombro blanco. Y, sin embargo, deshace las gavillas, da órdenes, les grita a las mujeres y con un movimiento rápido ajusta la correa del volante. Y, sobre todo, no sólo los enterrarán a ellos, sino también a mí, y no quedará nada. ¿Por qué?»

Mientras pensaba en esas cosas, no dejaba de consultar el reloj, para calcular cuánto podían trillar en una hora. Necesitaba saberlo para establecer la cuota de la jornada.

«Pronto llevarán ya casi una hora y sólo han empezado el tercer almiar», pensó Levin.

Se acercó al abastecedor y, gritando con fuerza, para que su voz prevaleciera sobre el estruendo de la máquina, le dijo que echara menos.

—¡No eches demasiado de una vez, Fiódor! Mira, se atasca. Por eso va tan despacio. Iguálalo.

Ennegrecido por el polvo, que se le había pegado al rostro cubierto de sudor, Fiódor gritó algo a modo de respuesta, pero no hizo lo que Levin le pedía.

Éste se acercó al tambor, apartó a Fiódor y se puso a abastecer la máquina él mismo.

Después de trabajar hasta la hora de comer de los campesinos, salió del granero en compañía del abastecedor y entabló conversación con él, deteniéndose al lado de un montón de centeno amarillento dispuesto cuidadosamente en la era para trillar.

El abastecedor venía de una aldea lejana, en la que, hacía tiempo, Levin había cedido tierras para que las explotaran en régimen de cooperativa. Ahora se las había alquilado a un posadero.

Levin le habló a Fiódor de esas tierras y le preguntó si al año siguiente las arrendaría Platón, un campesino rico y bondadoso de esa misma aldea.

—El precio es muy alto. Platón no obtendrá ningún beneficio, Konstantín

Dmítrich —respondió el campesino, quitándose unas espigas que se le habían metido dentro de la camisa sudada.

—¿Y cómo es que Kiríllov les saca provecho?

—¿Cómo no va a sacarles provecho Mitiuja —de esa manera despectiva llamó Fiódor al posadero—, Konstantín Dmítrich? Aprieta hasta que obtiene lo suyo. No se compadece de ningún cristiano. En cambio, el tío Fokánich —así llamaba al viejo Platón—, no despelleja a nadie. A uno le presta dinero, a otro le perdona la deuda. Por eso no hace dinero. Es un buen hombre.

—Pero ¿por qué perdona las deudas?

—Bueno, verá, no todos somos iguales. Unos sólo viven para sí mismos; por ejemplo Mitiuja, que no hace más que llenarse la panza. Fokánich, en cambio, es un anciano justo. Vive para el alma. Se acuerda de Dios.

—¿Cómo que se acuerda de Dios? ¿Qué es eso de que vive para el alma? —preguntó Levin casi a gritos.

—Pues ya se sabe: respeta la verdad, sigue la ley de Dios. No todos los hombres somos iguales. Usted, por ejemplo, tampoco es capaz de ofender a nadie…

—¡Bueno, bueno, adiós! —exclamó Levin, tan agitado que casi no podía respirar. Acto seguido se dio la vuelta, cogió su bastón y se alejó rápidamente en dirección a la casa.

Una alegría hasta entonces desconocida se apoderó de él. Al oírle decir a Fiódor que Fokánich vivía para el alma, respetando la verdad y siguiendo la ley de Dios, unos pensamientos confusos, pero de enorme importancia, surgieron en tropel de algún rincón de su ser y, tendiendo todos a un mismo fin, se pusieron a revolotear en su cabeza, cegándole con su luz.

XII

Levin iba por el camino real a grandes pasos, atento no tanto a sus pensamientos (todavía no había conseguido ordenarlos) como a su estado de ánimo, desconocido hasta entonces para él.

Las palabras que había pronunciado el campesino habían producido en su alma el efecto de una chispa eléctrica que de pronto hubiera transformado y unido en una sola cosa todo el enjambre de pensamientos descabalados, impotentes e inconexos que le ocupaban en todo momento. Sin que él mismo se diera cuenta, esas ideas habían estado bullendo en su cabeza mientras hablaba del arriendo de las tierras.

Sentía algo nuevo en su alma y, aunque no sabía lo que era, su mera presencia bastaba para llenarlo de alegría.

«No vivir para uno mismo, sino para Dios. ¿Para qué Dios? Para Dios. ¿Es que puede decirse algo más insensato que lo que él ha dicho? Según Fiódor, no hay que vivir para uno mismo, es decir, debemos dejar de lado lo que comprendemos, lo que nos atrae y lo que nos gusta, en beneficio de algo incomprensible, de Dios, al que nadie puede comprender ni definir. ¿Entonces? ¿Es que no he entendido las insensatas palabras de Fiódor? Y, una vez comprendidas, ¿he dudado de su justicia? ¿Me han parecido estúpidas, confusas o imprecisas?

»No, las he comprendido de la misma manera que él; las he comprendido plenamente y con más claridad que cualquier otra cosa en la vida. Jamás las he puesto ni las pondré en cuestión. Y no soy sólo yo. Es la única cosa que todo el mundo comprende plenamente, la única de la que no dudan y en la que están siempre de acuerdo.

»Fiódor dice que Kiríllov, el posadero, vive para llenarse la panza. Es comprensible y razonable. En la medida en que somos seres racionales, sólo vivimos para llenarnos la panza. Y de pronto ese mismo Fiódor dice que esa manera de vivir es reprobable, que hay que vivir para la verdad, para Dios, y yo le entiendo sin necesidad de más explicaciones. Yo, los millones de personas que vivieron en los siglos pasados y los millones que viven ahora, tanto los campesinos y los pobres de espíritu, como los sabios que han meditado y escrito sobre la cuestión, que dicen lo mismo con su lenguaje confuso, todos estamos de acuerdo en una única cosa: para qué se debe vivir y en qué consiste el bien. Yo y millones de personas tenemos una única certeza firme, clara e indudable, una certeza que no puede explicarse por medio de la razón: está fuera de su ámbito, y no tiene causas ni puede tener consecuencias.

»Si el bien tiene una causa, ya no es bien. Si tiene una consecuencia, en forma de recompensa, tampoco lo es. Por tanto, el bien está fuera de la cadena de causas y efectos.

»Eso es lo que sé, eso es lo que todo el mundo sabe.

»¿Acaso puede haber un milagro más grande?

»¿Es posible que haya encontrado la solución de todo? ¿Es posible que mis sufrimientos hayan terminado?», penaba Levin, andando por el camino polvoriento, sin notar el calor ni el cansancio, experimentando una sensación de alivio después de largos padecimientos. La sensación era tan alegre que le parecía inverosímil. Se ahogaba de emoción y, sin fuerzas para seguir adelante, dejó a un lado el camino, se internó en un bosque y se sentó a la sombra de los álamos, sobre la hierba sin segar. Se quitó el sombrero de la cabeza empapada en sudor y se tendió en la áspera y jugosa hierba del bosque, apoyándose en un brazo.

«Sí, tengo que ordenar mis ideas, esforzarme por comprender —pensaba, mirando fijamente la hierba incólume que tenía delante, y, siguiendo los movimientos de un insecto verde que subía por un tallo de grama y veía interrumpido su avance por una hoja de angélica—. Desde el comienzo mismo —se dijo, apartando la hoja de angélica para que el insecto pudiera pasar y acercándole otra hierba—. ¿Por qué estoy tan alegre? ¿Qué es lo que he descubierto?

»Antes decía que en mi cuerpo, en el cuerpo de esa planta y en el de ese insecto (no ha querido trepar por esa hierba, ha desplegado las alas y ha salido volando) se producía un intercambio de materia, de acuerdo con leyes físicas, químicas y fisiológicas. Y que en todos nosotros, como también en los álamos, en las nubes y en las nebulosas se produce una evolución. ¿Evolución de qué? ¿Hacia qué? ¿Una evolución y una lucha infinitas?… ¡Como si pudiera existir una dirección o una lucha infinita! Y me sorprendía que, a pesar de devanarme los sesos intentando comprender, no se me aclarara el sentido de la vida, ni el de mis impulsos y aspiraciones. Cuando el sentido de mis impulsos es tan evidente que se refleja en toda mi vida. De ahí mi sorpresa y alborozo al oír esas palabras del campesino: vivir para Dios, para el alma.

»No he descubierto nada. Unicamente me he enterado de lo que ya sabía. He comprendido esa fuerza que no sólo me ha dado la vida en el pasado, sino que también me la da ahora. Me he liberado del engaño, he encontrado a mi señor.»

Y de forma sucinta Levin pasó revista a los pensamientos que le habían asaltado en el transcurso de esos dos últimos años, empezando por aquella percepción nítida y rotunda de la muerte al ver a su hermano agonizante.

Entonces comprendió claramente por primera vez que todos los hombres, incluido él, no tenían más futuro que el sufrimiento, la muerte y el olvido eterno y llegó a la conclusión de que era imposible vivir así, que no le quedaba más salida que encontrar una explicación para que la vida no le pareciera una burla maligna y diabólica o, en caso contrario, pegarse un tiro.

Pero no hizo ni lo uno ni lo otro, y siguió viviendo, pensando y sintiendo. Y no sólo eso, sino que en esa época hasta llegó a casarse, conoció muchas alegrías y fue

feliz, siempre y cuando no pensara en el sentido de su vida.

¿Qué significaba eso? Que vivía bien, pero pensaba mal.

Había vivido (aunque no fuera consciente de ello) respetando las verdades espirituales que había mamado con la leche de su madre, pero al pensar, no sólo no las había tenido en cuenta, sino que se había desentendido completamente de ellas.

Ahora veía con toda claridad que únicamente había podido vivir gracias a las creencias en las que había sido educado.

«¿Qué habría sido de mí y cómo habría sido mi vida de no haber contado con esas creencias, de no haber sabido que hay que vivir para Dios y no para uno mismo? Habría robado, mentido, matado. Nada de lo que constituye la principal alegría de mi vida habría existido para mí.» Y, por más que se esforzaba, no lograba imaginarse en qué ser bestial se habría convertido de no haber sabido para qué vivía.

«Buscaba una respuesta a mi pregunta. Pero el pensamiento no podía procurármela, porque no puede elevarse a tales alturas. Sólo la vida podía ofrecerme la respuesta, gracias a mi conocimiento de lo que está bien y lo que está mal. Pero no se trata de un conocimiento adquirido; se me ha *concedido* igual que a los demás, porque no puede obtenerse en ninguna parte.

»¿De dónde me ha venido? ¿Acaso me ha dictado la razón que hay que amar al prójimo y no estrangularlo? Me lo dijeron en la infancia, y yo lo creí con alegría, porque me aseguraron que así estaba escrito en mi alma. ¿Y quién lo ha descubierto? No la razón. La razón ha descubierto la lucha por la existencia y la ley que exige la eliminación de todos los que impiden la satisfacción de mis deseos. Ésas son deducciones de la razón. Pero la razón no puede concluir que se debe amar al prójimo, porque eso es algo irracional.

»Sí, soberbia», se dijo, tumbándose boca abajo, y se puso a entrelazar tallos de hierba, procurando no romperlos.

«Y no sólo la soberbia de la razón, sino la estupidez de la razón. Y, sobre todo, el fraude. Eso es, el fraude, los embustes de la razón», repitió.

XIII

Y Levin se acordó de una escena reciente entre Dolly y los niños. Éstos, al quedarse solos, se habían puesto a cocer frambuesas al calor de una vela y a beber leche a chorros. Cuando la madre los sorprendió, se puso a explicarles, en presencia de Levin, cuánto trabajo costaba a los mayores obtener lo que ellos destruían, y añadió que todo ese trabajo se hacía por ellos, que si rompían las tazas, no tendrían dónde tomar el té y que si derramaban la leche, se quedarían sin nada que comer y se morirían de hambre.

Levin se sorprendió de la serena e indiferente incredulidad con que los niños escucharon las palabras de su madre. Lo único que les apenaba era que hubiese puesto fin a su divertido juego, y no creían nada de lo que les decía. Y no la creían porque no podían imaginarse el verdadero valor de las cosas que disfrutaban y, por tanto, no podían entender que estaban destruyendo sus propios medios de subsistencia.

«Todo eso es de lo más normal —pensaban—, pero carece de interés y de importancia, porque siempre ha sido así. Es siempre la misma cosa. Ni siquiera es necesario pensar en ello, pues es algo que nos viene dado. Y nosotros queremos inventar algo propio, algo nuevo. Por eso se nos ocurrió poner las frambuesas en una taza y cocerlas al calor de una vela, así como beber la leche a chorros. Es algo divertido y nuevo, y en ningún caso peor que beber en la taza.

»¿Acaso no es lo mismo que hacemos nosotros, lo mismo que hago yo cuando trato de servirme de la razón para descubrir el significado de las fuerzas de la naturaleza y el sentido de la vida humana?», siguió pensando Levin.

«¿Y acaso no es lo mismo que hacen todas las teorías filosóficas cuando tratan de llevar al hombre por el camino del pensamiento, un camino extraño y que le resulta ajeno, al conocimiento de algo que sabe desde hace tiempo, y además con tanta seguridad que sin eso no podría vivir? ¿No se advierte con toda claridad en el desarrollo de la teoría de cualquier filósofo que conoce de antemano, y de manera tan certera como el campesino Fiódor, en ningún caso con mayor claridad, el sentido principal de la vida y que sólo busca volver, por el incierto camino de la inteligencia, a lo que todos conocemos?

«Supongamos que se dejara a los niños arreglárselas solos, fabricar sus propios platos, ordeñar a las vacas, etcétera. ¿Harían travesuras? Se morirían de hambre. ¡Pues que prueben a dejarnos solos a nosotros con nuestras pasiones y nuestros pensamientos, sin el concepto de un Dios único y creador! O sin el concepto de lo que es el bien, sin ninguna explicación de lo que es moralmente malo.

»¡Tratad de construir algo sin esos conceptos!

»No hacemos más que destruir, porque estamos espiritualmente saciados. ¡Igual

que los niños!

»¿De dónde me viene ese conocimiento gozoso, común con el del campesino, que me proporciona esa tranquilidad de espíritu? ¿De dónde lo he sacado?

»Después de haber sido educado en la idea de Dios, en los valores cristianos, después de haber llenado toda mi vida con los bienes espirituales que me concedió el cristianismo, rebosando de ellos, viviendo por ellos, los destruyo sin entenderlos, lo mismo que esos niños; es decir, quiero destruir aquello por lo que vivo. Y en cuanto llega un momento importante de mi vida, como los niños cuando tienen hambre y frío, me dirijo a Él, y, aún menos que los niños, a quienes su madre reprende por sus travesuras infantiles, siento que mis infantiles tentativas de salirme con la mía no se me tendrán en cuenta.

»Porque lo que sé no me lo ha revelado la razón, sino que se me ha dado, se me ha revelado; lo sé gracias al corazón y a las enseñanzas esenciales de la Iglesia.

»¿La Iglesia? ¡La Iglesia!», repitió Levin para sus adentros, y, volviéndose del lado contrario y apoyándose en un brazo, se puso a contemplar en lontananza un rebaño que bajaba por la otra orilla del río.

»Pero ¿puedo creer en todo lo que enseña la Iglesia? —pensó, sacando a colación, como si quisiera ponerse a prueba, todos los argumentos que podían destruir la serenidad que había alcanzado. Se puso a recordar a propósito las doctrinas de la Iglesia que siempre le habían parecido extrañas y habían minado su fe—. ¿La creación? ¿Y cómo me explicaba yo la existencia? ¿Por la existencia misma? ¿Como algo que surge de la nada? ¿Y el diablo y el pecado? ¿Y cómo me explicaba el mal? … ¿El Redentor?

»Pero el caso es que no sé nada ni puedo saber nada, más allá de lo que les ha sido revelado a todos.»

Ahora le parecía que ninguna de las doctrinas de la Iglesia destruía lo principal: la fe en Dios y en el bien como única misión del hombre.

Cada dogma de la Iglesia podía sustituirse por el propósito de vivir para la verdad y no para uno mismo. Y no sólo no había ninguna creencia que perjudicara esta aspiración, sino que todas ellas eran indispensables para que se cumpliera el milagro esencial que continuamente se verificaba en la tierra: a saber, que millones de personas de todo género y condición, sabios y necios, niños y ancianos, lo mismo los campesinos que Lvov y Kitty, lo mismo los reyes que los mendigos, aceptaran una misma cosa como incuestionable y abrazaran esa vida espiritual que era la única por la que merecía la pena vivir, la única que tenía algún valor.

Tumbado de espaldas, contemplaba ahora el cielo alto y despejado. «¿Acaso no sé que es el espacio infinito y no una bóveda? Pero, por más que entorne los ojos y aguce la vista, no puedo dejar de verlo redondo y limitado, y, a pesar de mis conocimientos del espacio infinito, tengo razón cuando me imagino una bóveda azul

sólida, mucha más razón que cuando me esfuerzo por ver más allá.»

Levin había dejado de pensar, y sólo prestaba oídos a unas voces misteriosas que hablaban entre sí, tan pronto alegres como preocupadas.

«¿Será eso la fe? —se dijo, sin atreverse a creer en su felicidad—. ¡Gracias, Dios mío!», profirió, ahogando los sollozos que le subían a la garganta y enjugándose con ambas manos las lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

XIV

Al volver la vista al rebaño que tenía enfrente, distinguió su tartana, tirada por Voroni, y también a su cochero, que se había acercado al rebaño para decirle algo al pastor. No tardó en oír, ya cerca de donde él estaba, el ruido de las ruedas y los resoplidos del magnífico caballo, pero estaba tan absorto en sus reflexiones que ni siquiera se le ocurrió pensar para qué iría a buscarle el cochero.

Sólo se lo preguntó cuando éste, ya casi a su altura, lo llamó:

—Me envía la señora. Ha llegado su hermano acompañado de un señor.

Levin subió a la tartana y cogió las riendas.

Como si acabara de despertarse de un sueño profundo, tardó en hacerse cargo de la situación. Miraba el magnífico caballo, que tenía cubiertas de espuma las ancas y la parte del cuello que rozaban las riendas; examinaba al cochero Iván, que iba sentado a su lado, y se acordaba de que estaba esperando la llegada de su hermano, de que su mujer probablemente estaba intranquila por su larga ausencia, y trataba de adivinar quién sería el invitado que había venido. Y tanto su hermano, como su mujer y el invitado desconocido se le presentaban ahora bajo un aspecto distinto. Tenía la impresión de que a partir de ese momento sus relaciones con los demás serían diferentes.

«Con mi hermano desaparecerá la distancia que siempre ha habido entre nosotros. Dejaremos de discutir. No volveré a reñir con Kitty. Y con el invitado, sea quien sea, seré afable y bueno. También con los criados y con Iván me portaré de otra manera.»

Mientras frenaba con las tensas riendas al excelente caballo, que resoplaba con impaciencia, como si reclamara que le dejaran correr más deprisa, Levin contemplaba a Iván, que, no sabiendo qué hacer con sus manos desocupadas, no paraba de apretarse la camisa, hinchada por el viento, y buscaba un pretexto para entablar conversación. Estuvo a punto de decirle que no debía apretar tanto la cincha, pero habría parecido un reproche, y él deseaba decirle algo amable. Pero no le venía a la cabeza ninguna otra cosa.

—Haga el favor de ir por la derecha, señor. Ahí hay un tocón —dijo el cochero, tirando de las riendas.

—¡Te ruego que no me toques ni me des lecciones! —exclamó Levin, irritado por la intervención del cochero.

Sus palabras le habían enfadado, como de costumbre. Entonces se dio cuenta con pesar de lo equivocado que estaba al suponer que su estado de ánimo pudiera cambiar de inmediato su relación con la realidad.

Un cuarto de versta antes de llegar a la casa, vio a Grisha y a Tania, que corrían a su encuentro.

—¡Tío Kostia! Por ahí viene mamá con el abuelo, Serguéi Ivánovich y un

invitado —le dijeron, subiéndose en la tartana.

—¿Quién es?

—Un señor que da mucho miedo. No para de hacer así con los brazos —dijo Tania, poniéndose en pie e imitando a Katavásov.

—Pero ¿es joven o viejo? —preguntó Levin entre risas, pues los gestos de Tania le recordaban a alguien.

«¡Ah, con tal de que no sea una persona desagradable!», pensó.

En cuanto doblaron un recodo del camino y vieron al grupo que venía a su encuentro, reconoció a Katavásov, que llevaba un sombrero de paja y hacía esos movimientos con los brazos al andar que Tania había imitado tan bien.

A Katavásov le gustaba mucho hablar de filosofía, aunque sus nociones sobre el particular se basaban en las opiniones de los naturalistas, que nunca se han ocupado en serio de esa cuestión. En los últimos tiempos de su estancia en Moscú Levin había discutido mucho con él.

Lo primero que le vino a la cabeza cuando le vio fue una conversación en la que Katavásov creía haber quedado por encima.

«No discutiré ni expondré mis opiniones de manera irreflexiva por nada del mundo», pensó.

Después de apearse de la tartana y de saludar a su hermano y a Katavásov, Levin preguntó por su mujer.

—Se ha ido con Mitia a Kolok —era un bosque cercano a la casa— porque en casa hace mucho calor —respondió Dolly.

Levin siempre había desaconsejado a su mujer que llevara al niño al bosque, pues lo consideraba peligroso, de manera que la noticia le disgustó.

—Va con él de un lado para otro —dijo el príncipe sonriendo—. Le he aconsejado que lo lleve a la nevera.

—Quería ir luego al colmenar. Pensaba que tú estabas allí. Es a donde nos dirigimos nosotros —dijo Dolly.

—Bueno, ¿y qué haces ahora? —le preguntó Serguéi Ivánovich, que se había separado de los demás para unirse a su hermano.

—Nada de particular. Me ocupo de las labores de la hacienda, como siempre —respondió Levin—. ¿Vas a quedarte muchos días? Hace tiempo que te esperábamos.

—Un par de semanas. Tengo mucho que hacer en Moscú.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de los dos hermanos se encontraron, y Levin, a pesar de su deseo, especialmente intenso en esos momentos, de tener unas relaciones amistosas y, sobre todo, sencillas con su hermano, se dio cuenta de que se sentía incómodo mirándolo. Bajó la vista sin saber qué decir.

Buscando temas de conversación que pudieran agradar a Serguéi Ivánovich y lo distrajeran de la guerra en Serbia y de la cuestión eslava, a las que había aludido al

mencionar sus ocupaciones de Moscú, Levin se refirió a su libro.

—¿Ha salido alguna reseña de tu libro? —preguntó.

Serguéi Ivánovich sonrió al oír esa pregunta tan premeditada.

—Nadie se ha interesado por él, y yo menos aún —dijo—. Mire, Daria Aleksándrovna, va a llover —añadió, señalando con el paraguas unas nubecillas blancas que habían aparecido sobre las copas de los álamos.

Y bastaron esas palabras para que entre los dos hermanos se restablecieran esas relaciones no hostiles, pero sí frías, que Levin quería evitar a toda costa.

Levin se acercó a Katavásov.

—Ha hecho usted muy bien decidiéndose a venir —le dijo.

—Hace tiempo que lo tenía pensando. Ahora podremos discutir con calma. ¿Ha leído usted a Spencer?

—No lo he terminado —respondió Levin—. En cualquier caso, ya no lo necesito.

—¿Por qué? Es muy interesante.

—Lo que quiero decir es que me he convencido de una vez por todas de que la solución a las cuestiones que me interesan no la encontraré en ese libro ni en otros semejantes. Ahora…

Pero de pronto se quedó sorprendido de la expresión de calma y serenidad que se reflejaba en el rostro de Katavásov y decidió no iniciar una conversación que, además de quebrantar el propósito que se había hecho, destruiría su estado de ánimo, algo que lamentaría en el alma.

—Bueno, ya hablaremos más tarde —dijo por fin—. Si quieren ir ustedes al colmenar, es mejor que vayamos por ese sendero —añadió, dirigiéndose a los demás.

Se internaron por un sendero angosto que les llevó a un prado sin segar, cubierto por un lado de pensamientos de colores brillantes, entreverados de altos arbustos verdinegros de eléboro. Levin instaló a sus invitados en unos bancos y troncos colocados allí para los visitantes que tenían miedo de las abejas, a la sombra densa y fresca de los álamos, mientras él se dirigía a la cabaña en busca de pan, pepinos y miel fresca para los mayores y los pequeños.

Tratando de no hacer movimientos bruscos y prestando oídos a las abejas cada vez más numerosas que volaban a su lado, siguió el sendero hasta llegar a la isba. A punto de llegar a la puerta, una abeja empezó a zumbar, porque se le había enredado en la barba, pero la liberó con mucho cuidado. Al entrar en el sombrío zaguán, cogió una red que estaba colgada de la pared, se la puso y, metiéndose las manos en los bolsillos, entró en el recinto cerrado del colmenar, donde, dispuestas en filas regulares unidas a los palos con estacas de tilo, en medio de un campo segado, se alzaban las viejas colmenas, cada una con su propia historia, que él conocía bien, y a lo largo de la cerca se veían las nuevas, instaladas ese mismo año. Delante de la entrada de las colmenas nubes de abejas y zánganos revoloteaban y se arremolinaban

en un mismo lugar, y entre ellos pasaban las obreras, volando siempre en la misma dirección, hacia los tilos floridos del bosque, de donde regresaban a la colmena con su botín.

Y en los oídos de Levin resonaban sin parar los sonidos más diversos, tan pronto el zumbido de una obrera ocupada en su labor, que pasaba volando rápidamente, como el trompeteo de un zángano ocioso o el aleteo de unas centinelas alarmadas, que defendían sus bienes del enemigo, dispuestas a picar. El anciano estaba cepillando un aro al otro lado de la cerca y no había visto a Levin. Este se detuvo en medio del colmenar y no le llamó.

Se alegraba de poder pasar un rato solo, para poder recobrarse del choque con la realidad, que en apenas un momento había conseguido rebajar su euforia.

Se acordó de que ya había tenido tiempo de enfadarse con Iván, de mostrarse seco con su hermano y de hablar con ligereza a Katavásov.

«¿Es posible que no haya sido más que un estado de ánimo fugaz, que pasa sin dejar huella?», se preguntó.

Pero en ese mismo instante recuperó su disposición de antes y sintió con alegría que en su interior se había producido algo nuevo e importante. La realidad sólo había velado temporalmente la paz espiritual que había alcanzado, pero ésta seguía intacta en su corazón.

De la misma manera que las abejas que en esos momentos revoloteaban a su alrededor, amenazándolo y distrayéndolo, le impedían gozar de una calma física completa, obligándole a encogerse para esquivarlas, las preocupaciones que le habían rodeado desde el instante en que se subió a la tartana le habían privado de la serenidad interior; pero la situación sólo se había prolongado mientras había tenido que hacerles frente. Igual que sus fuerzas físicas no habían sufrido merma alguna, a pesar de las abejas, seguía conservando íntegra la fuerza espiritual, de la que sólo ahora había tomado conciencia.

XV

—¿Sabes, Kostia, con quién ha coincidido Serguéi Ivánovich en el tren? —preguntó Dolly, después de repartir los pepinillos y la miel entre los niños—. ¡Con Vronski! Se va a Serbia.

—¡Y además se lleva un escuadrón que paga de su propio bolsillo! —intervino Katavásov.

—Muy propio de él —dijo Levin—. ¿Es que siguen marchándose voluntarios? —añadió, mirando a Serguéi Ivánovich.

Éste no le contestó porque en esos momentos, armado de un cuchillo romo, estaba intentando sacar cuidadosamente de la taza, en la que había un pedazo de panal, una abeja aún viva que se había quedado pegada a la miel líquida.

—¡Ya lo creo! ¡Tendría que haber visto usted cómo estaba ayer la estación! —exclamó Katavásov, mordiendo ruidosamente un pepinillo.

—¿Y cómo hay que entender esto? Por el amor de Dios, Serguéi Ivánovich, explíqueme usted adonde van todos esos voluntarios y contra quién combaten —preguntó el viejo príncipe, con el deseo evidente de prolongar una conversación iniciada en ausencia de Levin.

—Contra los turcos —respondió Serguéi Ivánovich, sonriendo tranquilamente, después de liberar a la abeja, negra de miel, que agitaba las patas con impotencia, y de depositarla con el cuchillo en una fuerte hoja de álamo.

—Pero ¿quién les ha declarado la guerra a los turcos? ¿Iván Ivánovich Ragózov y la condesa Lidia Ivánovna en compañía de la señora Stahl?

—Nadie les ha declarado la guerra, pero la gente se compadece de los padecimientos de su prójimo y desea ayudarlo —dijo Serguéi Ivánovich.

—Pero el príncipe no se refiere a la ayuda —intervino Levin, tomando partido por su suegro—, sino a la guerra. Lo que dice el príncipe es que unos particulares no pueden participar en una guerra sin el permiso del gobierno.

—¡Mira, Kostia, una abeja! ¡Seguro que nos pica! —exclamó Dolly, espantando una avispa.

—No es una abeja, sino una avispa —dijo Levin.

—Bueno, vamos a ver, ¿cuál es su teoría? —preguntó Katavásov a Levin con una sonrisa, deseando enzarzarle en una discusión—. ¿Por qué unos particulares no tienen derecho a ir a la guerra?

—Mi teoría es la siguiente: por un lado, la guerra es algo tan bestial, cruel y horrible que ningún ser humano, no digo ya un cristiano, puede asumir la responsabilidad de iniciarla. Es algo que compete al gobierno, que está para eso y que a veces se ve abocado a tomar decisiones así. Por otro lado, tanto la ciencia como el sentido común nos dicen que en los asuntos de Estado, sobre todo cuando se trata de

una guerra, los ciudadanos renuncian a su voluntad personal.

Serguéi Ivánovich y Katavásov, que parecían tener los argumentos preparados, se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—Pero puede darse el caso, mi querido amigo, de que el gobierno no cumpla la voluntad de los ciudadanos. Entonces la sociedad declara lo que quiere —dijo Katavásov.

Era evidente que Serguéi Ivánovich no apoyaba tal opinión porque, al oír las palabras de Katavásov, frunció el ceño y a continuación expuso un argumento distinto:

—Te equivocas al plantear la cuestión de ese modo. Aquí no se trata de una declaración de guerra, sino de una expresión de sentimientos cristianos y humanitarios. Están matando a nuestros hermanos de sangre y de religión. Supongamos que no fueran hermanos nuestros ni correligionarios, sino simplemente niños, mujeres y ancianos. Se produce un sentimiento de indignación, y el pueblo ruso se dispone a poner fin a esos horrores. Imagínate que fueras por la calle y vieras a un borracho golpeando a una mujer o a un niño. Creo que no te pararías a preguntar si se le había declarado o no la guerra a ese hombre, sino que te abalanzarías sobre él para defender a la víctima.

—Pero no lo mataría —dijo Levin.

—Sí que lo matarías.

—No lo sé. Si viera una cosa así, es posible que me dejara llevar por un sentimiento repentino, pero no puedo decirlo de antemano. En cualquier caso, en lo que respecta a la opresión de los eslavos, no existe ni puede existir ese sentimiento repentino.

—Puede que no exista para ti, pero sí para los demás —replicó Serguéi Ivánovich, frunciendo el ceño con aire descontento—. En el pueblo están vivas las leyendas sobre los ortodoxos que sufren bajo el yugo de los «infieles agarenos». El pueblo se ha enterado de los sufrimientos de sus hermanos y ha dejado oír su voz.

—Puede ser —dijo Levin evasivamente—, pero yo no lo veo. Yo también soy pueblo y no siento eso.

—Yo tampoco —dijo el príncipe—. Durante mi estancia en el extranjero, leía periódicos, y, debo reconocer que, antes de que se produjeran las atrocidades de Bulgaria, no podía entender de ninguna de las maneras por qué a los rusos les había entrado ese amor tan repentino por sus hermanos eslavos, cuando yo no lo sentía. Sufría mucho, pensaba que era un monstruo o que las aguas de Carlsbad habían tenido un efecto perjudicial en mi organismo. Pero, al volver a Rusia, me tranquilicé, porque vi que muchas otras personas se interesaban sólo por Rusia, no por sus hermanos eslavos. Por ejemplo, Konstantín.

—Las opiniones personales no significan nada en este caso —dijo Serguéi

Ivánovich—. Las opiniones personales no cuentan cuando toda Rusia, el pueblo, ha declarado su voluntad.

—Pero perdóneme. Yo no lo veo así. El pueblo no tiene la menor idea —dijo el príncipe.

—Pero, papá… ¿cómo puedes decir eso? ¿Y el domingo en la iglesia? —preguntó Dolly, que había seguido la conversación—. Haz el favor de darme una toalla —le dijo al viejo, que contemplaba a los niños con una sonrisa—. No puede ser que todos…

—¿Y qué es lo que pasó el domingo en la iglesia? Al sacerdote le ordenaron que leyera un papel. Y él lo hizo. Pero los feligreses no entendieron nada y suspiraron, como hacen siempre que escuchan un sermón —prosiguió el príncipe—. Luego les dijeron que estaban recaudando fondos para una causa piadosa, y entonces ellos sacaron su kopek y lo dieron. Pero ni ellos mismos saben por qué lo hicieron.

—¿Cómo no va a saberlo el pueblo? El pueblo siempre tiene conciencia de su propio destino, y eso es algo que en momentos como el presente se pone de manifiesto con mayor claridad —dijo Serguéi Ivánovich, mirando al viejo apicultor.

El apuesto anciano, de barba negra y entrecana y espesos cabellos plateados, de pie con un tarro de miel en la mano, miraba a los señores con expresión afectuosa y serena, sin entender nada de lo que decían y sin manifestar el menor deseo de entenderlos.

—Así es —dijo, moviendo la cabeza con aire significativo cuando oyó las palabras de Serguéi Ivánovich.

—Pregúntele. Ya verá cómo no sabe nada ni tiene el menor interés —dijo Levin, y añadió, dirigiéndose al viejo—. ¿Has oído hablar de la guerra, Mijáilich? ¿Oíste lo que leyeron en la iglesia? ¿Qué opinas tú? ¿Debemos luchar para defender a los cristianos?

—¿Y qué vamos a opinar nosotros? El emperador Alejandro piensa por nosotros. Ya se encargará él de resolver estas cosas. Él lo ve todo mejor… ¿Quiere que traiga más pan? ¿Le doy más al niño? —le preguntó a Daria Aleksándrovna, señalando a Grisha, que estaba acabando de comer la corteza.

—No necesito preguntar —dijo Serguéi Ivánovich—. Hemos visto y seguimos viendo a cientos y cientos de personas que lo dejan todo para servir a una causa justa; acuden de todos los rincones de Rusia y expresan de forma clara y precisa su opinión y su objetivo. Contribuyen con unos céntimos o parten ellos mismos, diciendo sin ambages por qué lo hacen. ¿Qué significa eso?

—Significa, en mi opinión —replicó Levin, que empezaba a acalorarse—, que en un país de ochenta millones de habitantes siempre habrá no cientos, como ahora, sino decenas de miles de personas que han perdido su posición social, gente temeraria, dispuesta a cualquier cosa, ya sea unirse a la banda de Pugachov o marchar a Jiva[10]

o a Serbia…

—¡Te digo que no son cientos de individuos ni gente temeraria, sino los mejores representantes del pueblo! —exclamó Serguéi Ivánovich, tan alterado como si estuviera defendiendo sus últimos recursos—, ¿Y qué me dices de los donativos? Así expresa el pueblo su voluntad.

—La palabra «pueblo» es muy imprecisa —dijo Levin—. Puede que los escribanos provinciales, los profesores y tal vez uno de cada mil campesinos sepan lo que quiere decir. Los ochenta millones restantes, como Mijáilich, no sólo no manifiestan su voluntad, sino que ni siquiera tienen la menor idea de sobre qué deberían expresarla. Así pues, ¿qué derecho tenemos a decir que tal es la voluntad del pueblo?

XVI

Serguéi Ivánovich, gran experto en dialéctica, no se molestó en responder a esta pregunta y llevó la conversación a otro terreno.

—Si lo que pretendes es llegar a conocer el alma del pueblo recurriendo a la aritmética, te aseguro que lo tienes bastante difícil. En nuestro país no se ha introducido el sufragio, y no puede introducirse porque no expresaría la voluntad popular. Pero hay otros caminos para conocerla. Es algo que se percibe en el aire, que se siente con el corazón. No me refiero ya a esas corrientes subterráneas que se agitan en las aguas estancadas del pueblo y que resultan evidentes para cualquier hombre que carezca de prejuicios. Fíjate en la sociedad en el sentido estricto de la palabra. Los partidos más diversos del mundo intelectual, tan enfrentados antes, se han fundido en uno solo. Las discordias han cesado, todas las publicaciones dicen los mismo, todos han sentido la fuerza elemental que los ha arrebatado y los lleva en una misma dirección.

—Que los periódicos dicen las mismas cosas es verdad —intervino el príncipe—. Y tanto las han repetido que parecen ranas antes de una tormenta. Por su culpa no se puede oír nada.

—No sé si son ranas o no lo son. No soy editor de periódicos, así que no voy a defenderlos. A lo que me refiero es a la unanimidad del mundo intelectual —dijo Serguéi Ivánovich, dirigiéndose a su hermano.

Levin se dispuso a replicar, pero el viejo príncipe se le adelantó.

—Sobre esa unanimidad se puede decir otra cosa —dijo—. Creo que conocen ustedes a mi yerno, Stepán Arkádevich. Pues acaban de nombrarlo miembro del Comité de no sé qué comisión… La verdad es que no me acuerdo. Vamos, una sinecura. ¡Creo, Dolly, que no es ningún secreto! Y, sin embargo, recibe un sueldo de ocho mil rublos. Si le preguntan ustedes si su cargo es útil, les demostrará que no puede haber otro más necesario. Es un hombre sincero, pero no puede dejar de creer en la utilidad de esos ocho mil rublos.

—Sí, Stepán Arkádevich me pidió que le comunicara a Daria Aleksándrovna que le han concedido ese cargo —dijo Serguéi Ivánovich, descontento, pues no acababa de entender a qué venía el comentario del príncipe.

—Lo mismo sucede con la unanimidad de los periódicos. Según me han explicado, en cuanto estalla una guerra, duplican sus ingresos. ¿Cómo no van a decir esas cosas del destino del pueblo, de los eslavos… y de todo lo demás?

—Hay muchos periódicos que no me gustan, pero eso es injusto —dijo Serguéi Ivánovich.

—Yo sólo les pondría una condición —prosiguió el príncipe—. Alphonse Karr[11] lo expresó muy bien antes de la guerra con Prusia: «¿Consideran ustedes que la

guerra es inevitable? Estupendo. Los que predican la guerra que formen un destacamento especial de asalto, que vayan en primera línea, a la cabeza de todos, y comanden los ataques».

—¡Pues sí que harían buen papel esos redactores! —exclamó Katavásov con una estruendosa carcajada, imaginándose a algunos redactores conocidos en esa legión escogida.

—Saldrían corriendo —dijo Dolly—. Así que no serían más que un estorbo.

—Y, si intentan escapar, que les lancen una descarga por detrás o que los persigan cosacos con látigos.

—Perdóneme, príncipe, pero eso es una broma, una broma de mal gusto —dijo Serguéi Ivánovich.

—No veo que sea una broma que… —empezó Levin, pero Serguéi Ivánovich lo interrumpió.

—Cada miembro de la sociedad está llamado a desempeñar la tarea que le corresponde —dijo—. Y los intelectuales cumplen con su cometido expresando la opinión pública. La expresión plena y unánime de la opinión pública constituye la principal contribución de la prensa, y al mismo tiempo un fenómeno que debería llenarnos de alegría. Hace veinte años habríamos callado, pero ahora se oye la voz del pueblo ruso, que está dispuesto a alzarse como un solo hombre y a sacrificarse por sus hermanos oprimidos; es un gran paso y una prueba de fuerza.

—Pero no se trata sólo de sacrificarse, sino de matar turcos —dijo tímidamente Levin—. El pueblo se sacrifica, y está dispuesto a seguir sacrificándose en beneficio de su alma, pero no para matar —añadió, relacionando, sin darse cuenta, el tema de la conversación con las ideas que tanto le preocupaban.

—¿Cómo en beneficio de su alma? Entienda usted que a un naturalista esa expresión le resulta bastante confusa. ¿Qué es el alma? —preguntó Katavásov, con una sonrisa.

—¡Ah, lo sabe usted de sobra!

—¡Le juro que no tengo la menor idea! —replicó Katavásov, riéndose a carcajadas.

—«No he venido a traer la paz, sino la espada», dice Cristo —replicó por su parte Serguéi Ivánovich, citando con toda naturalidad, como si fuera la cosa más comprensible del mundo, el pasaje del Evangelio que más desconcertaba a Levin.

—Así es —repitió el viejo, que seguía allí de pie, respondiendo a una mirada que Serguéi Ivánovich le había dirigido por casualidad.

—Sí, amigo mío, le hemos batido a usted en toda regla. ¡En toda regla! —gritó alegremente Katavásov.

Levin enrojeció de enojo, no por sentirse derrotado, sino por no haberse contenido y haberse puesto a discutir.

«No, no puedo discutir con ellos —pensó—. Ellos tienen una coraza impenetrable, y yo estoy desnudo.»

Veía que era imposible convencer a su hermano y a Katavásov, y más aún dejarse convencer por ellos. Lo que predicaban era la misma soberbia del intelecto que había estado a punto de destruirle. No podía aceptar que decenas de hombres, entre ellos su propio hermano, tuvieran derecho a decidir, basándose en lo que les habían contado unos centenares de voluntarios llegados a la capital, unos picos de oro, que tanto ellos como la prensa expresaban la voluntad y el pensamiento del pueblo, y además un pensamiento que encontraba su expresión en la venganza y el asesinato. No podía aceptarlo porque no veía la expresión de esos sentimientos en el pueblo, entre el que vivía, ni tampoco los encontraba en sí mismo (y no podía considerarse otra cosa que una de las personas que componían el pueblo ruso), y, sobre todo, porque, lo mismo que el pueblo, no sabía ni podía saber en qué consistía el bien común, pero sabía con certeza que sólo era posible alcanzarlo cuando uno se sometía por completo a esa ley del bien revelada a cada hombre. Por tanto, no podía desear la guerra ni predicarla, cualesquiera que fueran los propósitos comunes que se persiguieran. Compartía el punto de vista de Mijáilich y del pueblo, cuya manera de pensar había quedado plasmada en esa leyenda sobre la llamada a los varegos: «Reinad y gobernad sobre nosotros. Os prometemos gustosamente una obediencia completa. Aceptamos todo el trabajo, todas las humillaciones, todos los sacrificios; pero no nos encargaremos de juzgar ni de decidir». Y ahora el pueblo, según Serguéi Ivánovich, renunciaba a ese derecho, por el que había pagado un precio tan alto.

Le habría gustado decir que, si la opinión pública era un juez infalible, ¿por qué la revolución y la comuna no habrían de ser igual de legítimos que ese movimiento en favor de los eslavos? Pero con ese tipo de argumentos no les convencería. Lo único que tenía claro era que la discusión irritaba a Serguéi Ivánovich y que, por tanto, no tenía ningún sentido continuarla. Así pues, guardó silencio, no sin antes llamar la atención de sus invitados sobre las nubes que se estaban amontonando y aconsejarles que regresaran a casa.

XVII

El príncipe y Serguéi Ivánovich montaron en la tartana y partieron. Los demás, apretando el paso, emprendieron el regreso a pie.

Pero las nubes, tan pronto aclarándose como oscureciéndose, avanzaban tan deprisa que se vieron obligados a acelerar aún más el paso para llegar a la casa antes de que se pusiera a llover. Las más cercanas, bajas y negras como humo de hollín, se desplazaban por el cielo con sorprendente velocidad. Aún quedaban unos doscientos pasos para llegar a la casa, se había levantado el viento, y de un momento a otro podía desencadenarse el aguacero.

Los niños corrían delante, dando gritos de alegría y de miedo. Daria Aleksándrovna, forcejeando con la falda, que se le había pegado a las piernas, ya no andaba, sino que corría, sin apartar los ojos de los niños. Los hombres caminaban a grandes pasos, sujetándose el sombrero. Ya estaban a punto de llegar a la escalinata cuando una gruesa gota se estrelló contra el borde del canalón de hierro. Entre un rumor de voces alegres, los niños y los adultos corrieron a refugiarse bajo techado.

—¿Y Katerina Aleksándrovna? —preguntó Levin, al encontrarse en el recibidor con Agafia Mijáilovna, que había salido a su encuentro con chales y mantas.

—Pensábamos que estaba con ustedes —respondió.

—¿Y Mitia?

—Probablemente en Kolok, con el aya.

Levin cogió las mantas y salió corriendo.

En ese breve intervalo de tiempo las nubes habían cubierto el sol y reinaba una oscuridad tan completa como en un eclipse. El viento soplaba con obstinación, como si se hubiera propuesto detener a Levin, arrancaba las hojas y las flores de los tilos, despojaba las ramas blancas de los abedules, dejándolas con un aspecto extraño y monstruoso, lo doblaba todo en la misma dirección: las acacias, las flores, la bardana, la hierba y las copas de los árboles. Las muchachas que trabajaban en el jardín, lanzando fuertes gritos, corrían a guarecerse bajo el tejado del edificio de la servidumbre. La blanca cortina del chaparrón había alcanzado ya el bosque lejano y la mitad del campo cercano, y avanzaba rápidamente hacia Kolok. La humedad de la lluvia, que caía en gotas menudas, se percibía en el aire.

Luchando con el viento, que se obstinaba en arrancarle las mantas de las manos, Levin, inclinado hacia delante, se acercaba ya a Kolok y empezaba a entrever una mancha blanca detrás de un roble, cuando de pronto un vivísimo resplandor atravesó el cielo, la tierra entera se incendió y la bóveda celeste pareció resquebrajarse por encima de su cabeza. Al abrir de nuevo los ojos deslumbrados, Levin vio horrorizado, a través del espeso velo de la lluvia que ahora lo separaba de Kolok, que la copa verde de un roble que se alzaba en medio del bosque había cambiado extrañamente

de posición. «¿Lo habrá alcanzado el rayo?», apenas tuvo tiempo de pensar, cuando la copa del roble, acelerando su movimiento, se ocultó detrás de otros árboles, y oyó el estruendo del árbol gigantesco al desplomarse.

La luz del relámpago, el estallido del trueno y el frío repentino que recorrió su cuerpo se fundieron en una única sensación de espanto.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Que no haya caído sobre ellos! —exclamó.

Y, aunque se dio cuenta inmediatamente de lo insensato que era su ruego, pues el árbol se había desplomado ya, lo repitió, sabiendo que no disponía de nada mejor que esa plegaria absurda.

Llegó corriendo al lugar en el que solían sentarse y no los encontró.

Estaban en el otro extremo del bosque, bajo un viejo tilo, y lo llamaban. Dos figuras vestidas de oscuro (antes sus prendas eran claras) se inclinaban sobre algo. Eran Kitty y el aya. Cuando Levin llegó corriendo a su lado, la lluvia había cesado y empezaba a aclarar. El aya tenía el bajo del vestido seco, pero el de Kitty estaba completamente empapado y pegado al cuerpo. Aunque ya no llovía, las dos seguían en la misma posición que cuando estalló la tormenta: de pie, inclinadas sobre un cochecito con una sombrilla verde.

—¡Están sanos y salvos! ¡Gracias a Dios! —exclamó Levin, chapoteando en los charcos con sus zapatos llenos de agua y casi fuera de los pies, mientras se acercaba corriendo.

El rostro mojado y rubicundo de Kitty, enmarcado por el sombrero deformado, estaba vuelto hacia él y sonreía tímidamente.

—Pero ¿cómo no te da vergüenza? ¡No me entra en la cabeza cómo se puede ser tan imprudente! —le dijo muy enfadado a su mujer.

—Te juro que no tengo la culpa. Estábamos a punto de irnos, pero tuvimos que demorarnos un poco para cambiar al niño. Acabábamos de… —replicó Kitty, a modo de disculpa.

Mitia, sano y salvo, completamente seco, seguía durmiendo.

—¡Gracias a Dios! ¡No sé ni lo que digo!

Recogieron los pañales mojados. El aya sacó al niño del cochecito y lo llevó en brazos. Levin iba al lado de su mujer, y, sintiéndose culpable por haberse enfadado, le apretaba la mano a escondidas del aya.

XVIII

A lo largo del día, mientras tomaba parte en las conversaciones más variadas, en las que no parecía interesarse demasiado, Levin, a pesar de su decepción por que no se hubiera operado en él el cambio que esperaba, no dejaba de sentir con alegría la plenitud de su corazón.

Después de la lluvia todo estaba demasiado mojado para salir de paseo. Además, los negros nubarrones de tormenta no habían desaparecido del horizonte, y se desplazaban de un extremo al otro, acompañados del rumor del trueno. Todos los invitados pasaron el resto del día en casa.

No hubo más discusiones. Al contrario, después de la comida, todos se hallaban en la mejor disposición de ánimo.

Al principio Katavásov hizo reír a las señoras con sus originales bromas, que tanto gustaban a quienes lo trataban por primera vez. Luego, a sugerencia de Serguéi Ivánovich, les refirió sus interesantes observaciones sobre la vida y las diferencias de carácter y hasta de fisonomía de los machos y las hembras de las moscas caseras. Serguéi Ivánovich también estaba alegre y a la hora del té, a petición de su hermano, expuso su opinión sobre el futuro de la cuestión oriental, y lo hizo con tanta sencillez y elegancia que todos lo escucharon con placer.

Kitty fue la única que no pudo escucharlo hasta el final, porque la llamaron para bañar a Mitia.

Al cabo de unos minutos también llamaron a Levin a la habitación del niño.

Dejando la taza de té y lamentando interrumpir una conversación tan interesante, se dirigió a la habitación del niño con inquietud, preguntándose por qué lo habrían llamado, pues sólo lo hacían en casos de importancia.

A pesar de que le había interesado mucho el proyecto de Serguéi Ivánovich (que no había podido escuchar en su totalidad) sobre la nueva era histórica que estaban llamados a inaugurar los cuarenta millones de eslavos, en unión de Rusia, porque era un tema completamente nuevo para él, y a pesar de su curiosidad e inquietud por conocer la causa por la que le habían llamado, en cuanto salió del salón y se quedó solo se acordó de sus reflexiones de esa mañana. Y todas esas consideraciones sobre la importancia del elemento eslavo en la historia universal le parecieron tan insignificantes comparadas con lo que sucedía en su alma que por un instante se olvidó de todo y se abandonó al mismo estado de ánimo que le había embargado por la mañana.

Esta vez no se puso a repasar, como solía hacer antes, todo el curso de sus pensamientos (ya no lo necesitaba). Una vez recobrado el sentimiento que lo había guiado, y que estaba relacionado con sus ideas, descubrió que era más fuerte y definido que antes. Ahora, para poder tranquilizarse, no necesitaba ir pasando de un

razonamiento a otro hasta llegar al sentimiento que buscaba. Al contrario. Ahora la sensación de alegría y serenidad era más intensa que antes, y el pensamiento se quedaba rezagado.

Paseaba por la terraza, contemplando dos estrellas que habían surgido en el cielo ya oscuro, cuando de pronto se le pasó por la cabeza: «Sí, mientras miraba el cielo, me dije que la bóveda que veía no era ninguna ilusión; pero eso no era todo, había algo más que me oculté a mí mismo. En cualquier caso, fuera lo que fuese, no puede haber ninguna objeción. Basta con que reflexione un poco más, y todo quedará aclarado».

Ya se disponía a entrar en la habitación del niño cuando se acordó de lo que se había ocultado a sí mismo. Era lo siguiente: si la demostración principal de la divinidad consiste en la revelación de lo que es el bien, ¿por qué esa revelación se limitaba a la Iglesia cristiana? ¿Qué relación tenían con esa revelación las creencias de los budistas y de los mahometanos, que también predicaban y hacían el bien?

Le parecía que tenía una respuesta para esa pregunta. Pero, antes de que tuviera tiempo de formulársela, entró en el cuarto del niño.

Kitty, remangada, estaba al lado de la bañera en la que chapoteaba el niño. Al oír los pasos de su marido, se volvió hacia él y lo llamó con una sonrisa. Con una mano sostenía la cabeza del rollizo bebé, que flotaba de espaldas, moviendo las piernecitas, mientras con la otra le echaba agua por el cuerpo, apretando regularmente una esponja.

—¡Míralo, míralo! —dijo, cuando Levin se acercó—. Agafia Mijáilovna tiene razón. Ya reconoce a la gente.

No cabía duda de que Mitia había empezado a reconocer a los suyos.

En cuanto Levin se aproximó a la bañera, hicieron una nueva prueba, que despejó todas las dudas. La cocinera, a la que habían llamado por ese motivo, ocupó el lugar de Kitty y se inclinó sobre el pequeño, que frunció el ceño y movió la cabeza con aire descontento. Pero, cuando Kitty la sustituyó, la carita de Mida resplandeció con una sonrisa, puso las manos en la esponja y emitió un extraño ruidito de satisfacción que causó un entusiasmo inesperado no sólo en su madre y la niñera, sino también en Levin.

El aya sacó al niño de la bañera con una sola mano, lo roció de agua, lo envolvió en una toalla, lo secó y, al ver que chillaba desesperado, se lo entregó a la madre.

—Me alegro de que empieces a quererlo —le dijo Kitty a su marido, después de sentarse tranquilamente en su sitio habitual, con el niño pegado al pecho—. Me alegro mucho. La verdad es que estaba empezando a preocuparme. Decías que no sentías nada por él.

—¿Cómo voy a decir yo eso? Lo único que dije es que estaba decepcionado.

—¿Decepcionado del niño?

—No de él, sino de mis sentimientos. Esperaba algo más. Esperaba que, como una sorpresa, brotara en mí un sentimiento nuevo y agradable. Pero, en lugar de eso, me embargó una mezcla de repugnancia y compasión… —Kitty escuchaba con atención por encima del niño, mientras se ponía en los finos dedos las sortijas que se había quitado para bañarlo—. Lo que quiero decir es que el temor y la compasión eran mucho más intensos que cualquier placer. Sólo hoy, después del miedo que he pasado durante la tormenta, he comprendido cuánto lo quiero.

Una radiante sonrisa iluminó el rostro de Kitty.

—¿Te asustaste mucho? —preguntó—. Yo también, pero tengo mucho más miedo ahora que ha pasado todo. Voy a ir a ver el roble. ¡Qué simpático es Katavásov! En general, ha sido un día muy agradable. Eres muy bueno con Serguéi Ivánovich cuando te lo propones… Bueno, vete con ellos. Después del baño la habitación se llena de vapor y hace tanto calor que no hay quien aguante.

XIX

Al salir de la habitación del niño y quedarse solo, Levin se acordó inmediatamente de ese pensamiento en el que había algo que no estaba claro.

En lugar de pasar al salón, de donde le llegaba un rumor de voces, se detuvo en la terraza y, acodado en la balaustrada, se quedó contemplando el cielo.

Había caído ya la noche, y en el sur, donde tenía perdida la mirada, no quedaba ya ni rastro de nubes. Ahora se amontonaban en el lado opuesto, donde aún se distinguía el fulgor de los relámpagos y se oía el retumbar lejano de los truenos. Levin prestaba oídos a las gotas de agua que caían cadenciosamente de los tilos sobre la hierba del jardín y contemplaba un conocido triángulo de estrellas, atravesado por una ramificación de la Vía Láctea. Cada vez que restallaba un relámpago, no sólo desaparecía la Vía Láctea, sino también las brillantes estrellas, pero, en cuanto el resplandor palidecía, volvían a aparecer en el mismo lugar, como arrojadas por una mano certera.

«Bueno, ¿qué es lo que me preocupa?», se preguntó, convencido de que encontraría en el fondo de su alma la solución de sus dudas, aunque aún no supiera cuál era.

«Sí, la única manifestación evidente e indudable de la divinidad es la ley del bien, que el mundo conoce gracias a la revelación y que yo siento dentro de mí. Al reconocerla, me uno, de grado o por fuerza, a otros hombres en una comunidad de creyentes que se conoce como Iglesia. ¿Y qué son los judíos, los musulmanes, los confucianos, los budistas?», se dijo, haciéndose otra vez esa pregunta que le había parecido peligrosa.

«¿Es posible que esos cientos de millones de personas desconozcan ese bien supremo sin el cual la vida carece de sentido? —Se quedó pensativo, pero inmediatamente se corrigió—. Pero ¿qué es lo que me pregunto? —se dijo—. Me pregunto por la relación que tienen con la divinidad los distintos credos de la humanidad. Me pregunto por la manifestación general de Dios a todo el universo, que incluye todas estas nebulosas. Pero ¿qué estoy haciendo? Ese conocimiento indudable, inaccesible para la razón, se me ha revelado a mí personalmente, a mi corazón, y yo me obstino en expresarlo por medio de palabras y reflexiones.

»¿Acaso desconozco que las estrellas no se mueven? —se preguntó, mirando un brillante planeta que había cambiado ya de posición con respecto a la rama más alta de un abedul—. Pero, al mirar el movimiento de las estrellas, no puedo imaginarme la rotación, así que tengo razón cuando digo que las estrellas se mueven.

»¿Acaso los astrónomos habrían sido capaces de comprender y calcular algo si hubieran tomado en consideración los complejos y variados movimientos de la Tierra? Todas sus sorprendentes conclusiones sobre las distancias, los pesos, los

movimientos y las revoluciones de los cuerpos celestes se basan únicamente en el movimiento aparente de los astros alrededor de una Tierra inmóvil, en el movimiento que observo en estos instantes, el mismo que han contemplado millones de personas durante siglos, que siempre será idéntico y siempre podrá verificarse. Y, de la misma manera que las conclusiones de los astrónomos serían vanas y tambaleantes si no se basaran en observaciones del cielo visible en relación con el mismo meridiano y el mismo horizonte, también serían vanas y tambaleantes mis conclusiones si no se basaran en esa comprensión del bien que siempre ha sido y siempre será igual para todos, que me ha sido revelada por el cristianismo y que siempre puede verificarse en mi alma. Así pues, la cuestión de las otras creencias y de su relación con la divinidad no podré resolverla nunca, entre otras cosas porque no tengo derecho a hacerlo.»

—Pero ¿sigues ahí? —dijo de pronto Kitty, que se dirigía al salón por el mismo camino—. ¿Te pasa algo? —añadió, examinando atentamente su rostro a la luz de las estrellas.

En cualquier caso, no habría podido verlo bien si un nuevo relámpago, que ocultó las estrellas, no lo hubiera iluminado. Cuando comprobó, gracias a esa luz, que su expresión era serena y alegre, sonrió.

«Me entiende —pensó Levin—. Sabe lo que estoy pensando. ¿Se lo digo o no? Sí, voy a decírselo.»

Pero en el momento en que se disponía a hacerlo, Kitty se puso a hablar.

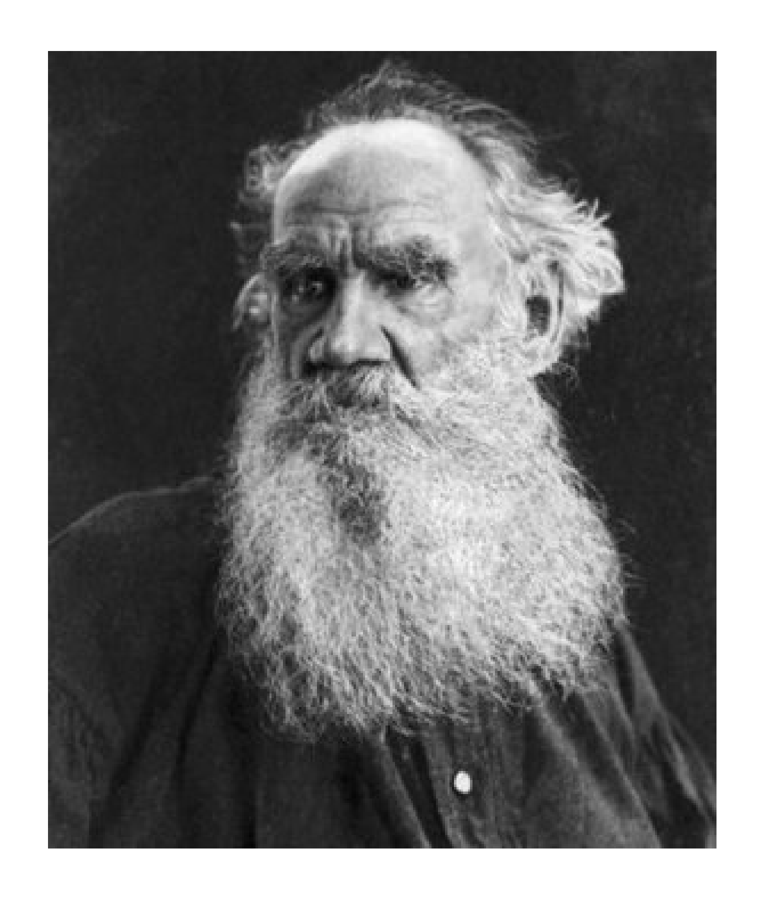
—¡Oye, Kostia, hazme un favor! Vete a la habitación que hemos preparado para Serguéi Ivánovich y mira a ver si está todo en orden. A mí me da vergüenza ir. Y asegúrate de que le han puesto el lavabo nuevo.

—Vale, lo haré sin falta —replicó Levin, incorporándose y besándola.

«No, más vale que no le diga nada —pensó, cuando Kitty pasó por delante—. Es un secreto importante y necesario sólo para mí, y no puede expresarse en palabras.

»Ese sentimiento nuevo no me ha cambiado ni me ha hecho feliz ni me ha iluminado de pronto, como soñaba, lo mismo que me ha pasado con mi hijo. Tampoco en ese caso ha habido ninguna sorpresa. Yo no sé si a esto se le puede llamar fe o no, pero ese sentimiento ha penetrado de manera imperceptible en mi alma con los sufrimientos y ha arraigado con firmeza.

»Seguiré enfadándome con el cochero Iván, seguiré discutiendo, seguiré exponiendo mis ideas sin venir a cuento, seguirá existiendo un muro entre el santuario de mi alma y los demás, incluida mi mujer; seguiré culpándola de mis propios miedos y arrepintiéndome; seguiré sin comprender con la razón por qué rezo, sin por ello dejar de hacerlo. Pero ahora mi vida, toda mi vida, desde el primero al último de sus minutos, independientemente de lo que pueda sucederme, no sólo no carecerá de sentido, como antes, sino que tendrá el sentido indiscutible del bien, al que seré capaz de conformar todos mis actos.»



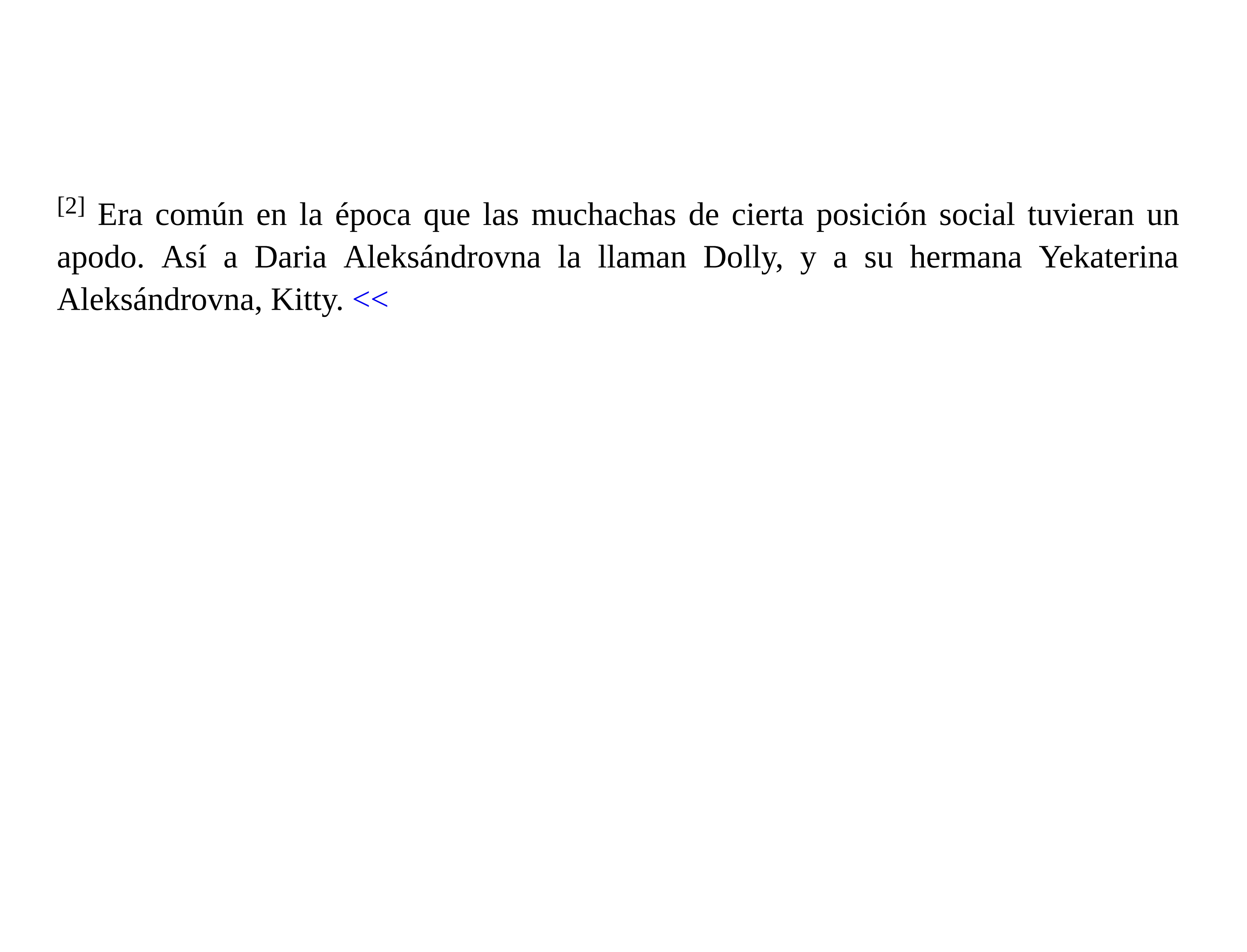
LEV NIKOLÁIEVICH TOLSTÓI nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, de una familia aristócrata. En 1844 empezó Derecho y Lenguas Orientales en la Universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857), le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, *Relatos de Sebastopol* (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1878), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y ensayos como *Qué es el arte* (1898) y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los dujobori (guerreros del alma). Una extensa colección de sus *Relatos* ha sido publicada en esta misma colección (Alba Clásica Maior, núm. XXXIII). En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.

Notas



[*] Romanos, 12, 19. Para todos los pasajes de la Biblia se cita la traducción de Nácar-Colunga. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor*.]<<

[1] Probablemente se trata del aria «Il mio tesoro» del acto II de la ópera de Mozart *Don Giovanni*. <<



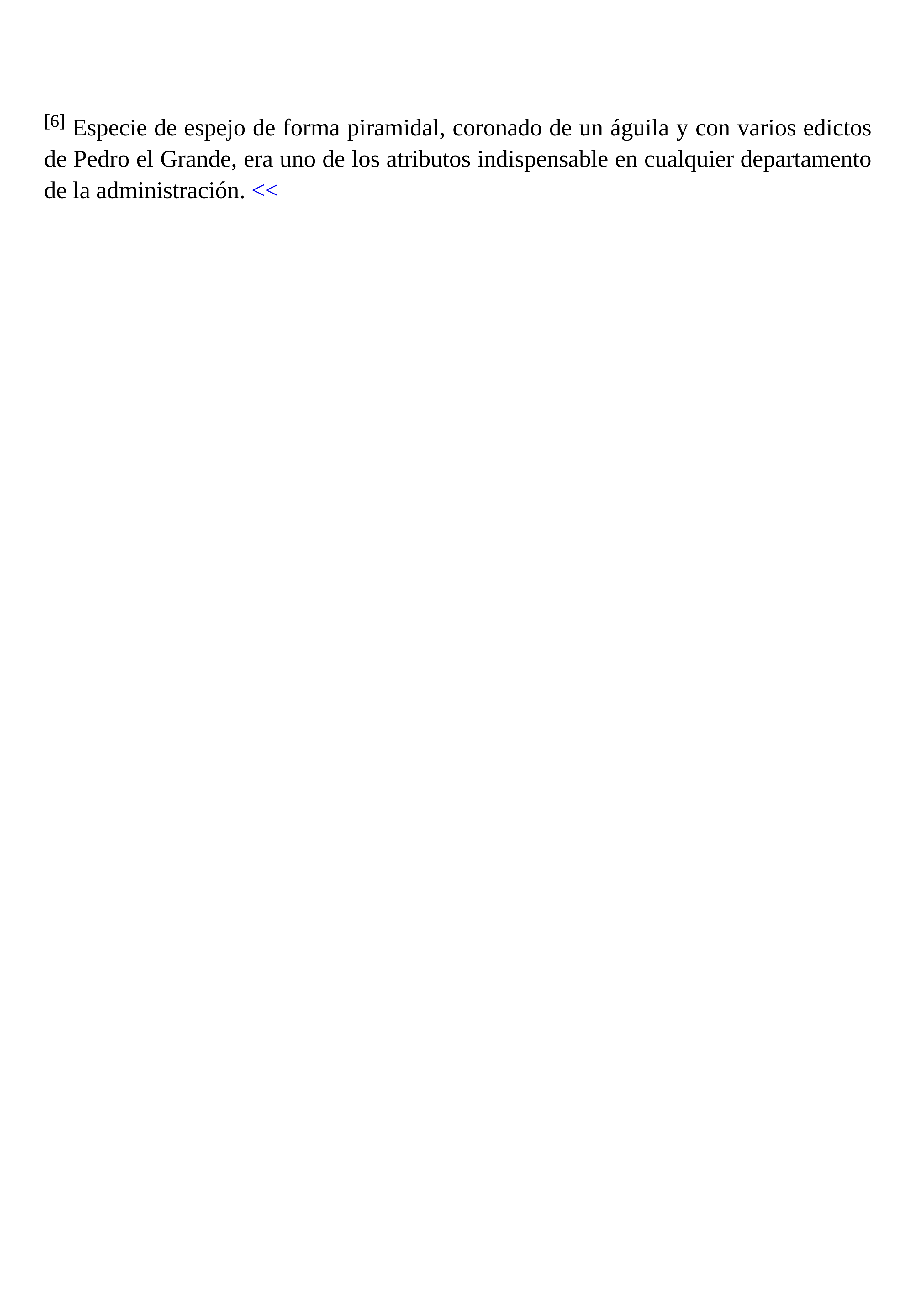
[2] Era común en la época que las muchachas de cierta posición social tuvieran un apodo. Así a Daria Aleksándrovna la llaman Dolly, y a su hermana Yekaterina Aleksándrovna, Kitty. <<

[3] Legendario cabecilla de los guerreros escandinavos, conocidos como varegos, que se apoderaron de Rusia en el siglo IX. A ellos se remontaban las familias aristocráticas que querían presumir de origen. <<



[4] Jeremy Bentham (1748-1832), John Stuart Mill (1806-1873), filosófos ingleses, padres del utilitarismo y del pensamiento económico laboral. <<

[5] Tania es diminutivo de Tatiana, y Grisha, de Grigori. <<



[6] Especie de espejo de forma piramidal, coronado de un águila y con varios edictos de Pedro el Grande, era uno de los atributos indispensable en cualquier departamento de la administración. <<

[7] Camarilla. <<



[8] Especie de sillas con patines a las que se sujetaban los patinadores debutantes y las señoras. <<

[9] Oso pequeño, osito. <<

[10] Polvos de arroz […] vinagre de tocador. <<

[11] Cita imprecisa del poema de Aleksandr Pushkin «De Anacreonte» (1835). <<

[12] Cita del poema de Aleksandr Pushkin «Rememoración», de 1828. <<



[13] Qué maravilla cuando puedo vencer / el deseo de mi carne; / pero, si no lo consigo, / al menos experimento placer. <<

[14] «Que se cubra de vergüenza quien piense mal.» Lema de la Orden de la Jarretera.
<<

[15] Cuñada. <<

[16] Has encontrado el amor de tu vida. Tanto mejor, querido, tanto mejor. <<

[17] Gran círculo […] cadena. <<

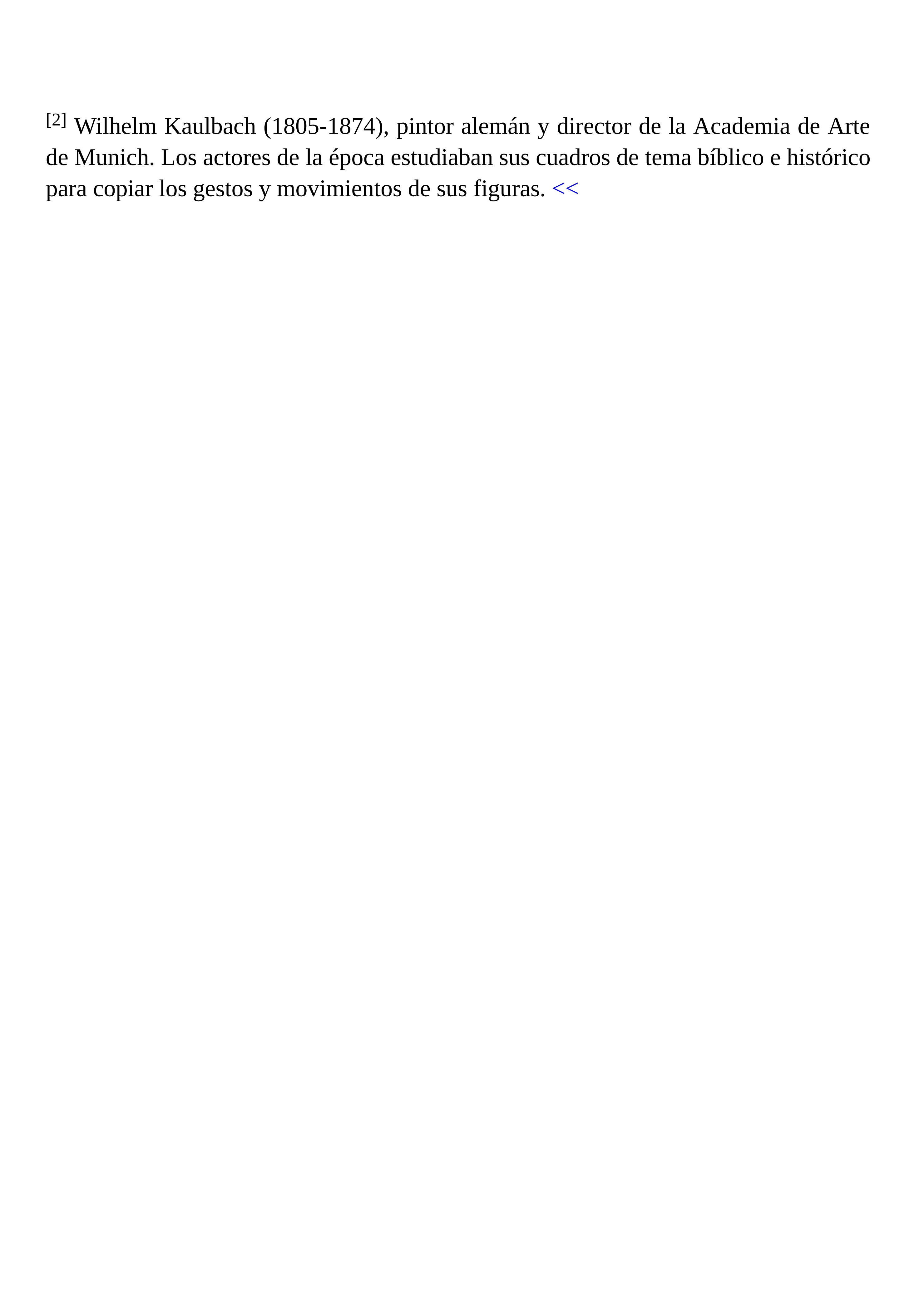
[18] Una maravilla. <<



[19] Se trata de *Heat as a Mode of Motion* (1863), del físico irlandés John Tyndall (1820-1893). <<

[20] Esqueletos; figuradamente, secretos. <<

[1] Antigua porcelana sajona. <<



[2] Wilhelm Kaulbach (1805-1874), pintor alemán y director de la Academia de Arte de Munich. Los actores de la época estudiaban sus cuadros de tema bíblico e histórico para copiar los gestos y movimientos de sus figuras. <<

[3] En 1874, en el Teatro Francés de San Petersburgo, se representó *Les diables roses*, una comedia-vodevil de Eugène Grangé y Lambert Thiboust estrenada en 1863 en París. <<

[4] La frase pertenece a madame Deshouiliéres (1637-1694). <<



[5] Residencia de la marquesa de Rambouillet (1588-1665), donde se daban cita importantes hombres de letras, artistas y políticos. <<



[6] Cita del poema «Dios» de Gavrila Derzhavin (1743-1816), el poeta ruso más importante anterior a Pushkin. <<

[7] Lugar de veranero próximo a San Petersburgo (hoy incorporado a la ciudad) en el que también había una academia militar. <<

[8] Antigua medida rusa de longitud que equivale a 1,07 kilómetros. <<

[9] Residencia de verano de los emperadores, no lejos de San Petersburgo. <<

[10] Buena suerte. <<

[11] El verdadero sentido de las palabras. <<

[12] El príncipe Scherbatsku, su mujer y su hija. <<

[13] Princesa. <<

[14] Lista de clientes. <<

[15] Cuñada. <<

[16] Caprichos. <<

[17] Compañera. <<



[18] Establecimiento de beneficencia abierto en Moscú y San Petersburgo en 1803, cuyo objetivo era ayudar a viudas menesterosas, enfermas y de avanzada edad. <<



[19] Idioma basado en el antiguo búlgaro en el que están escritos los textos litúrgicos de la Iglesia ortodoxa. <<

[20] No hay que exagerar nunca. <<

[21] Ilustrísima, excelencia, alteza. <<

[1] Bebida preparada con cebada fermentada. <<

[2] Cura por el trabajo. <<

[3] Impetuosa. <<

[4] Principal autoridad en la aldea, elegido por los propios campesinos. <<

[5] Por favor, un poco más. <<



[6] *La bella Helena* (1840), opereta de Jaques Offenbach (1819-1880), basada en los héroes de la guerra de Troya. <<

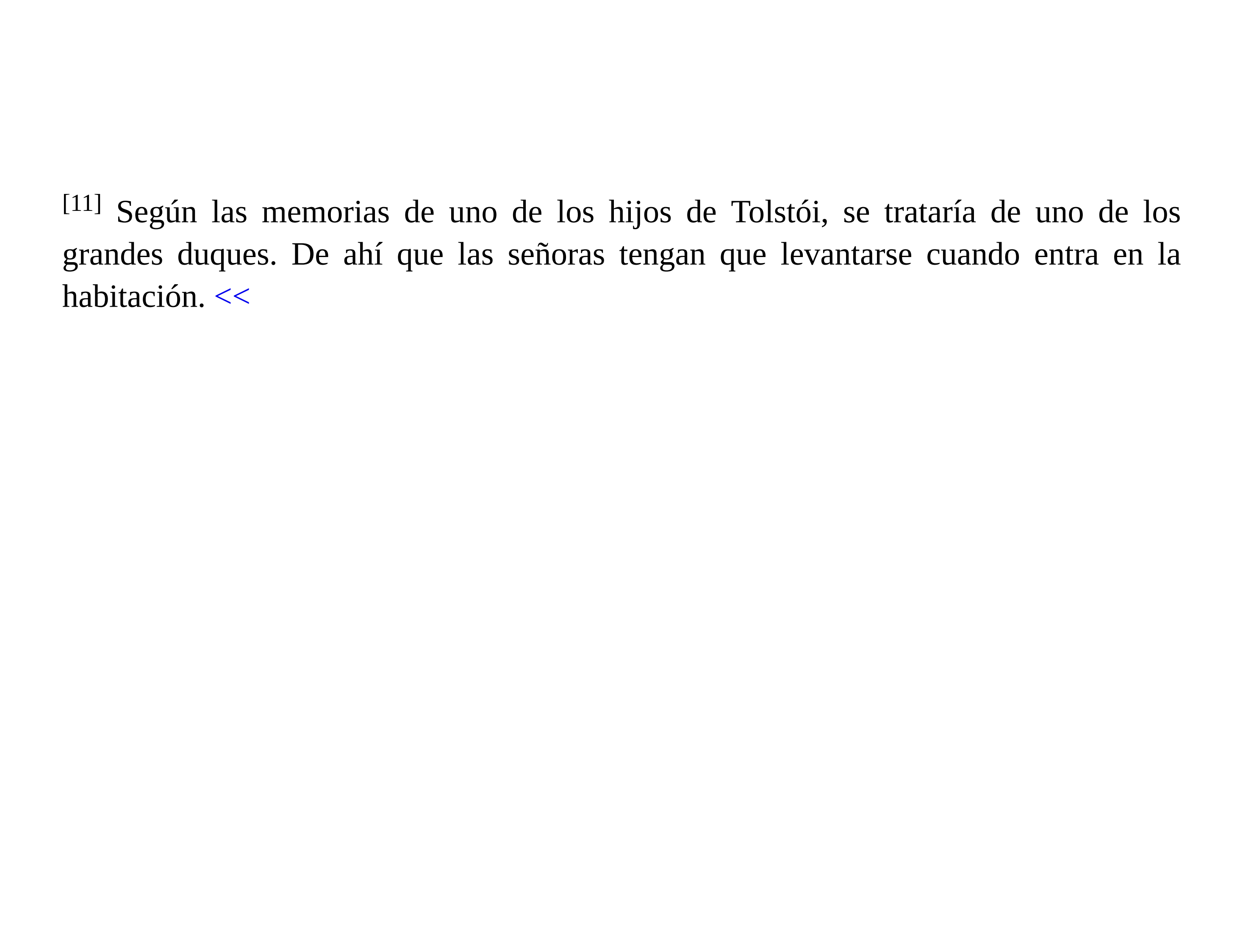
[7] Siete tablas de bronce escritas en dialecto umbro, encontradas en 1444 en la ciudad de Gubbio (Italia), que en la Edad Media se llamaba Eugubbium. En 1874 la *Revue de Deux Mondes* publicó un artículo titulado «Les tables eugubies». <<



[8] Se refiere aquí Tolstói a la población bashkira de los distritos de Orenburgo y de Ufá, propietaria de grandes extensiones de tierras, que había sido objeto de abusos e injusticias. <<

[9] Las siete maravillas del mundo. <<

[10] Tendremos una charla agradable. <<



[11] Según las memorias de uno de los hijos de Tolstói, se trataría de uno de los grandes duques. De ahí que las señoras tengan que levantarse cuando entra en la habitación. <<

[12] Hacer la colada. <<

[13] Se conoce con el nombre de decembristas a los aristócratas y oficiales que en diciembre de 1825, después de la muerte repentina del emperador Alejandro I, conspiraron para instaurar en el país una monarquía constitucional. La rebelión fue duramente reprimida. Cinco de los participantes fueron ejecutados y muchos otros exiliados a Siberia, privados de sus bienes de fortuna. <<

[14] Todo eso no es más que una farsa. <<

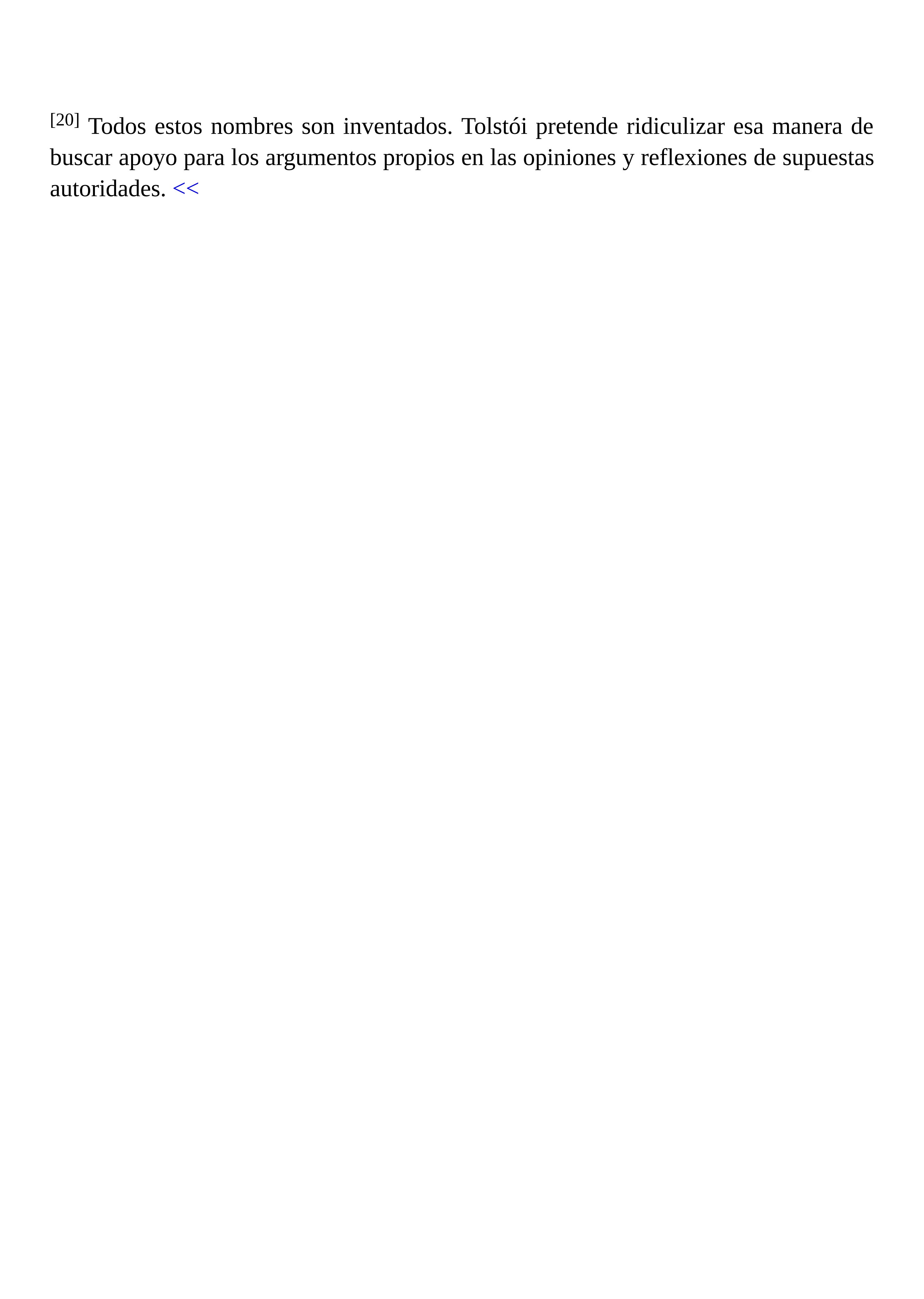
[15] La cosa no tiene tanto misterio. <<

[16] Peso. <<

[17] Con los pies en el suelo. <<

[18] Raza de caballos de tiro que toma su nombre de un afluente del Don. <<

[19] Hermann Schulze-Delizsch (1808-1883), economista y político alemán que en la década de 1850 presentó un programa para la creación de cooperativas independientes. Ferdinard Lasalle (1825-1864), activista político alemán, fundador de la Asociación General de Trabajadores Alemanes. A diferencia de las cooperativas de Schulze-Delizsch, abogaba por asociaciones manufactureras apoyadas por el Estado. La organización de Mulhouse era una sociedad creada en la ciudad alsaciana de Mulhouse por un propietario llamado Jean Dollfus (1800-1887) para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Especie de empresa comercial con objetivos filantrópicos, favorecía la construcción de viviendas que los trabajadores compraban a crédito. <<



[20] Todos estos nombres son inventados. Tolstói pretende ridiculizar esa manera de buscar apoyo para los argumentos propios en las opiniones y reflexiones de supuestas autoridades. <<

[21] Benjamin Franklin (1706-1790), científico y político estadounidense, escribió una *Autobiografía* que se publicaría postumamente en 1791. <<

[22] Aparceros. <<

[1] En 1874 se reunieron en San Petersburgo los príncipes de Alemania, Inglaterra y Sinamarca invitados a la boda de Alfred, duque de Edimburgo, con María Aleksándrovna, hija de Alejandro II. <<

[2] Gamuza. <<

[3] Con ese nombre, que tiene su origen en el libro de Aulo Gelio (siglo II d. C.) *Las noches áticas*, se hacía referencia en Rusia a reuniones y francachelas de corte licencioso. <<

[4] Hay que batir el hierro, machacarlo, reblandecerlo. <<

[5] Plato fuerte. <<



[6] Paráfrasis de los dos primeros versos del poema «De Hafiz», de Afanasi Fet (1820-1892). <<

[7] Cuñado. <<

[8] Se recibe a las personas según su indumentaria y se las despide según su talante. <<

[9] Digámoslo sin rodeos. <<



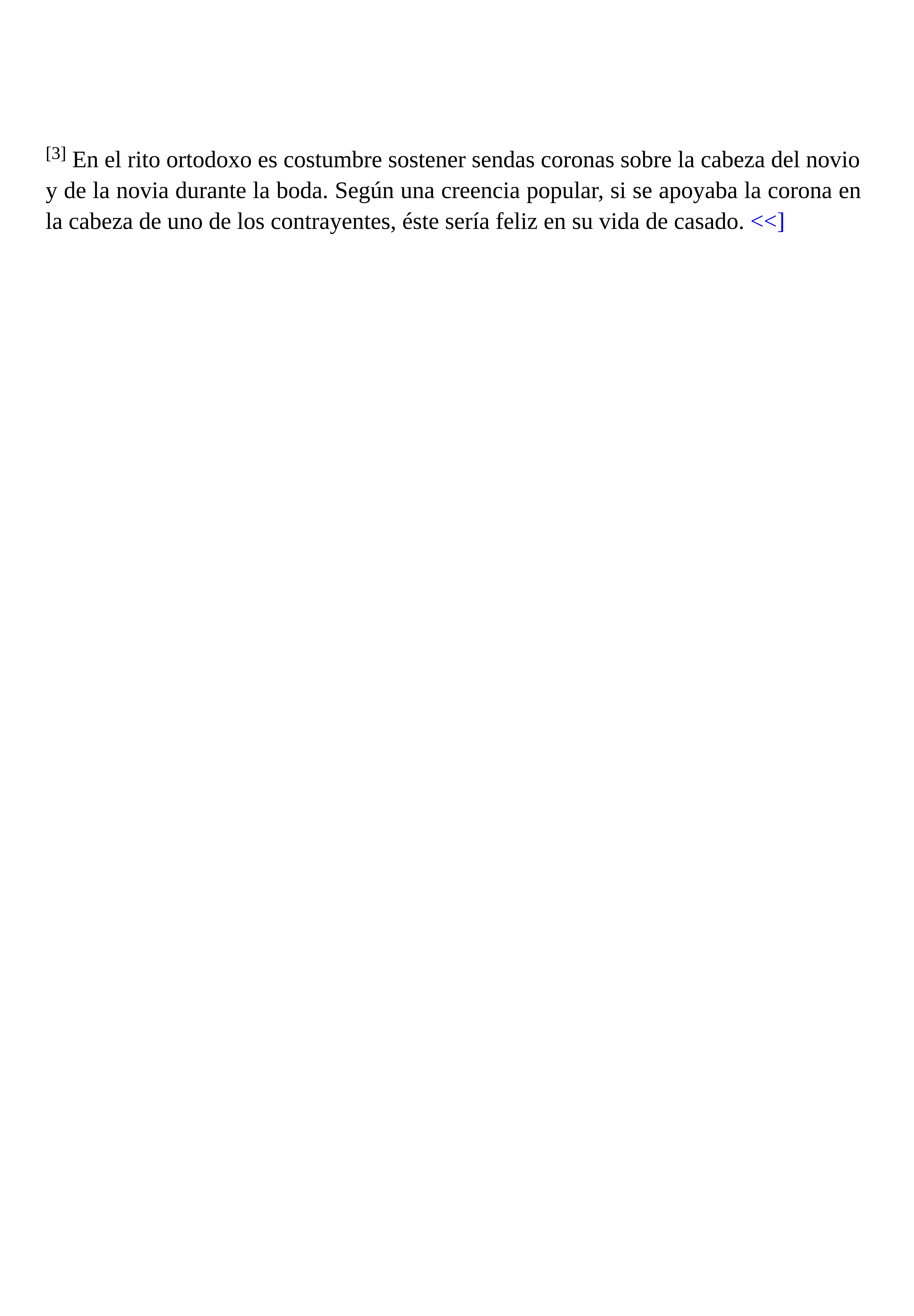
[10] Se refiere a la guía de ferrocarriles de Froom, *Froom's Railway Guide for Russia and the Continent of Europe*, publicada en 1870. <<

[11] A quienes [Dios] quiere perder, primero los enloquece. <<

[1] Referencia a la comedia de Nikolái Gógol *La boda* (1835). <<]



[2] Según la tradición, el primero que pisaba la alfombra llevaba los pantalones en la relación conyugal. <<]



[3] En el rito ortodoxo es costumbre sostener sendas coronas sobre la cabeza del novio y de la novia durante la boda. Según una creencia popular, si se apoyaba la corona en la cabeza de uno de los contrayentes, éste sería feliz en su vida de casado. <<]

[4] Aleksandr Ivánov (1806-1858), pintor ruso que pasó más de veinticinco años ocupado con un cuadro de tema religioso, *La aparición de Cristo al pueblo*. Turguénev le dedica un capítulo en sus *Páginas autobiográficas*. David Strauss (1808-1874), teólogo y filósofo alemán, autor de una *Vida de Jesús*, título, igualmente, de una obra del escritor francés Ernest Renán (1823-1892). <<]

[5] Charlotte Corday d'Armont (1768-1793), famosa por haber dado muerte al político revolucionario francés Jean-Paul Marat. <<]

[6] De golpe. <<]

[7] Eliza Félix (1820-1858), conocida como Rachel, famosa actriz de teatro. <<]

[8] Bordado inglés. <<]

[9] Capua, ciudad cercana a Nápoles. Cuenta Tito Livio en su *Historia de Roma* que, durante la segunda guerra púnica, Aníbal y su ejército pasaron el invierno en Capua, donde perdieron su vigor físico y moral, siendo posteriormente derrotados por sus enemigos. En la prensa de la década de 1870 se aplicaba el nombre de Capua al París de Napoleón III. Tolstói emplea también el término «capuano» en sus diarios para referirse a sus períodos de ociosidad y molicie. <<]

[10] Cita incorrecta de Mateo, 11, 25. <<]



[11] Traducción literal del proverbio francés *Dans le doute, abstiens toi*, uno de los favoritos de Tolstói. <<]

[12] Me he saltado la orden. <<]

[13] Lucas, 14,11. <<]

[14] O. Komissárov (1838-1892), campesino originario de Kostromá (Tolstói escribe su apellido con una sola ese), que en abril de 1860, encontrándose por casualidad al lado de la veija del Jardín de Verano de San Petersburgo, frustró un atentado contra el zar Alejandro II. En recompensa por su acto, a Komissárov se le concedió un título de nobleza y pasó a llamarse «von Konissárov». Durante un tiempo gozó de popularidad entre la alta sociedad y se convirtió en asiduo de reuniones, salones y casinos. Pero poco a poco el entusiasmo por su figura se fue enfriando, y Komissárov acabó de nuevo en el anonimato. <<]

[15] Iovan Ristich (1831-1899), activista político serbio, que se opuso a la influencia turca y austríaca en Serbia. Su nombre era muy conocido en Rusia. Fue uno de los regentes del príncipe Milan Obrenovich. <<]

[16] Despierta pasiones. <<]

[17] Del bracete. <<]

[18] Es un hombre que no tiene… <<]

[19] Es habitual. <<]

[20] Comprometedor. <<]

[21] Hacer la corte a la señora Karénina. <<]

[22] Está causando sensación. Al verla, la gente se ha olvidado de la Patti. <<]

[23] El molde se ha roto. <<]

[1] Esta Varvara, que después aparece con el nombre y el patronímico, Varvara Andréievna, es Várenka. <<

[2] A propósito de. <<

[3] En la flor de la edad. <<

[4] Joven. <<

[5] Primos. <<

[6] Mosquita muerta. <<

[7] Alboroto. <<

[8] Buen apetito, buena conciencia. Este pollo va a sentarme de maravilla. <<

[9] Auriga de Aquiles en la *Iliada*. <<

[10] Coche de cuatro caballos. <<

[11] ¿Qué dicen? <<

[12] Vamos, es curioso. <<

[13] Han sido encantadores. <<

[14] Vehículo ligero de dos ruedas tirado por un caballo. <<

[15] Bondad. <<

[16] ¡El rey ha muerto, viva el rey! <<

[17] Eso no tendrá consecuencias. <<

[18] ¡Señores, vengan en seguida! <<

[19] ¡Encantadora! <<

[20] Margarita, la muchacha que se enamora de Fausto. <<

[21] Pero estaba delicioso. <<

[22] Cita inexacta del drama de Pushkin *Borís Godunov*. Con esa expresión aludía a la dificultad de reinar. El sombrero de Monómaco era la corona hereditaria de los zares rusos. <<

[23] Figúrese usted que la pequeña… <<

[24] Corteja a una mujer joven y bonita. <<

[25] Creo que Veslovski le está haciendo un poco la corte a Kitty. <<

[26] ¡Pero es ridículo! […] Es el colmo del ridículo. <<

[27] Y además es ridículo. <<

[28] Se puede ser celoso, pero hasta ese punto es el colmo del ridículo. <<

[29] Manía. <<

[30] Es una menudencia. <<

[31] Y olvida usted su deber. <<

[32] Perdón, tengo los bolsillos llenos. <<

[33] Pero llega usted demasiado tarde. <<

[34] Es muy simpática. <<

[35] No te ocultaré nada. <<

[36] Una carabina. <<

[37] Y además es como se debe. <<

[38] Es muy gentil e ingenuo. <<

[39] Una pequeña corte. <<



[40] El interior es tan bonito, con tanto gusto. Todo a la inglesa. Se reúnen para desayunar y luego se separan. <<

[41] Será admirable. <<

[42] Una partida de tenis. <<



[43] Pero no podemos dejar que el pobre Veslovski y Tushkévich se mueran de aburrimiento en la barca. <<

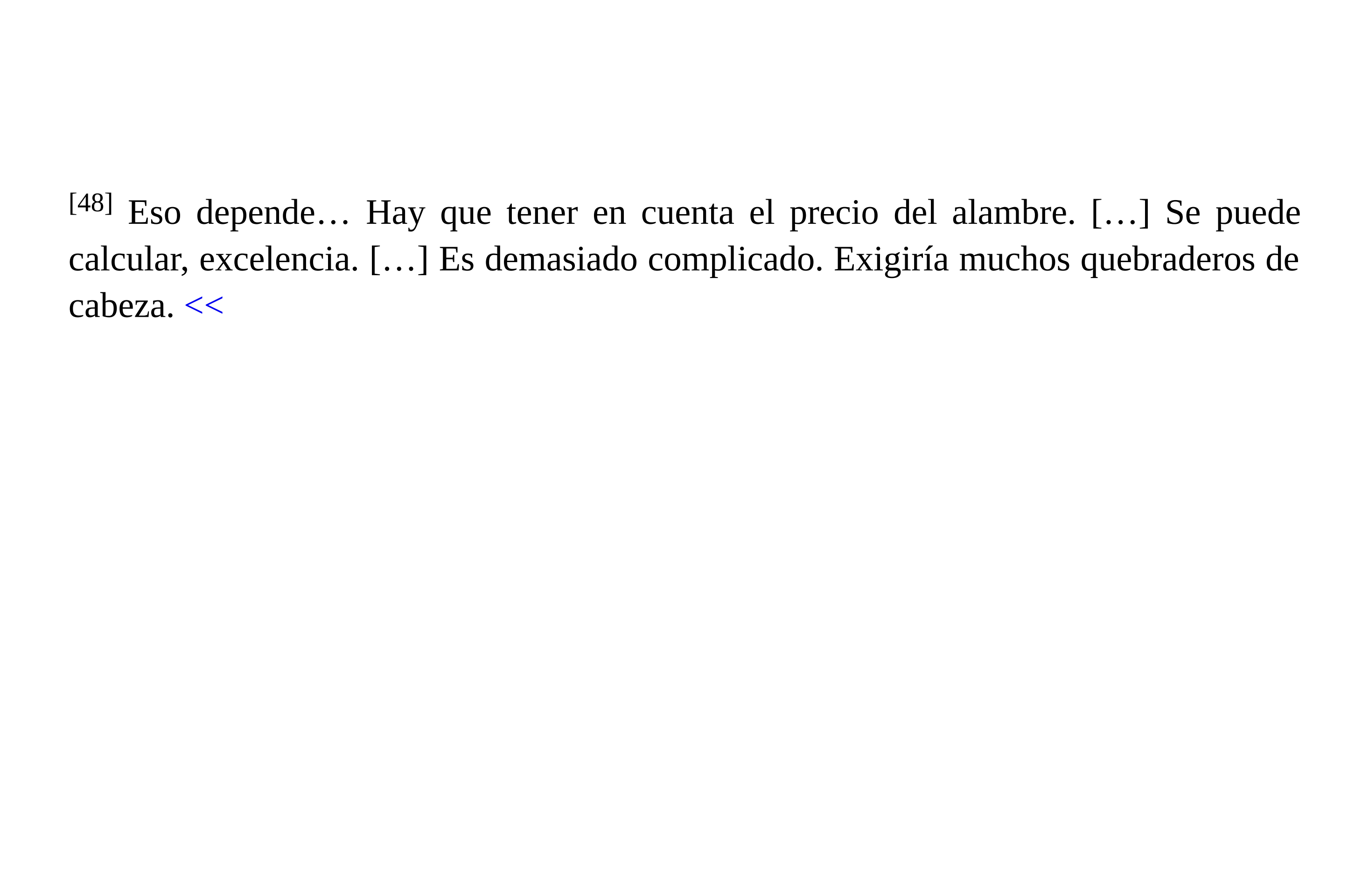
[44] Las escuelas se han vuelto demasiado corrientes. <<

[45] No es un mal menor. <<



[46] Pasar por encima de todas esas sutilezas sentimentales. Está en juego la felicidad y la existencia de Anna y de sus hijos. <<

[47] Oh, sí […]. Es muy sencillo. <<



[48] Eso depende… Hay que tener en cuenta el precio del alambre. […] Se puede calcular, excelencia. […] Es demasiado complicado. Exigiría muchos quebraderos de cabeza. <<



[49] Para tener ingresos, hay que hacer frente a muchas preocupaciones […]. Me encanta el alemán. <<

[50] Basta. <<

[51] Pero, perdón, está algo chiflado. <<

[52] A este paso. <<

[53] Campo de cróquet. <<

[54] En el fondo es la mujer más depravada que existe. <<

[55] ¿No es inmoral? <<

[56] Despierto pasiones. <<

[57] Excesivamente pegada al suelo. <<

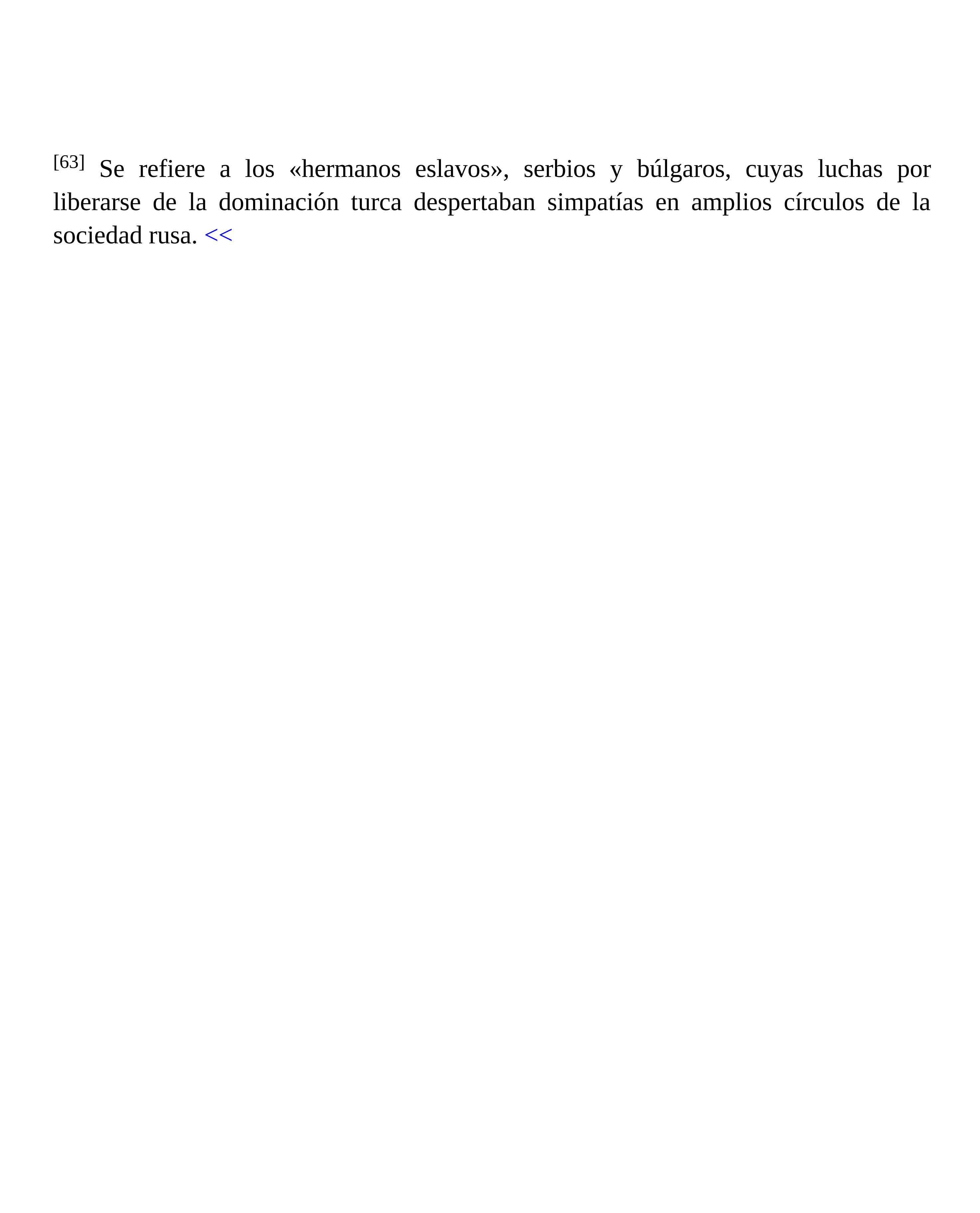
[58] Golpe de Estado. <<

[59] Amigo del alma. <<

[60] Sin venir a cuento. <<

[61] Animar. <<

[62] Poner en funcionamiento el telégrafo. <<



[63] Se refiere a los «hermanos eslavos», serbios y búlgaros, cuyas luchas por liberarse de la dominación turca despertaban simpatías en amplios círculos de la sociedad rusa. <<

[64] No es mi tipo. <<

[1] El viejo príncipe se sirve de dos nombres femeninos para referirse jocosamente a las conversaciones entre mujeres, en su opinión insustanciales y poco serias. <<

[2] Quevedos. <<

[3] Revista seudooficial que se publicó en francés a partir de 1842, órgano ideológico de la alta aristocracia. <<



[4] F. I. Busláiev (1818-1897), estudioso y filólogo ruso, autor de dos obras fundamentales de gramática histórica. <<

[5] El eterno femenino. <<



[6] Paulina Lucca (1841-1908), cantante de ópera italiana que visitó Rusia en la década de 1870. <<

[7] Jornada loca. <<

[8] Muchos recuerdos. <<



[9] Iván Krilov (1769-1843), gran fabulista ruso, cuyas composiciones se hicieron muy populares en todo el país. <<

[10] Es decir, la sala de juego del casino. <<

[11] He traducido como «gelatinoso» el término *shliupik*. Ésta es la explicación que ofrece Vladímir Nabokov en su estudio de *Anna Karénina*: «Es una palabra de niños para referirse al huevo duro que se ha reblandecido y esponjado de tanto rodar, en un juego ruso de Pascua en que se echan a rodar los huevos y se golpean unos con otros» [V. Nabokov, *Curso de literatura rusa*, traducción de María Luisa Balseiro]. <<

[12] Alusión a la ceremonia matrimonial. <<

[13] Una gallina clueca. <<

[14] Se trata de Gustave Doré (1832-1883). En 1875 se puso a la venta en Rusia una lujosa edición de la Biblia con grabados de Doré, que no gustaban a Tolstói. Acusaba al artista francés de haber tratado ese tema sagrado como cualquier otro, desde un punto de vista meramente estético. <<

[15] Por favor, ordene que sirvan el té en el comedor. <<

[16] No tengo un corazón bastante grande. <<

[17] Jamás lo he conseguido. <<

[18] Que se haya roto el hielo. <<

[19] Nombre paródico creado por Tolstói a partir de dos instituciones reales de la época, la Sociedad de Crédito Mutuo Rural y la Sociedad de los Ferrocarriles del Sur. <<

[20] Política. <<



[21] Juego de palabras intraducibie que se basa en la similitud fonética de *zhid*, judío, y *dozhidat*, esperar. <<

[22] Usted se considera un librepensador. <<

[23] Mi tío. <<

[24] El famoso Jules Landau, el vidente. <<

[25] Dependiente. <<

[26] Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos. <<

[27] ¿Comprende usted el inglés? <<

[28] Salvado y feliz […] Bajo el ala. <<

[29] Amigo mío […]. Dele la mano. ¿Ve usted? <<

[30] Que salga la persona que ha llegado la última, la que pregunta ¡Que salga! <<

[31] Discúlpeme, pero ya lo ve usted. Vuelva a eso de las diez, o mejor mañana. <<

[32] Se refiere a mí, ¿no es verdad? <<

[33] Traje de baño. <<

[34] Habitaciones amuebladas. <<

[35] Tanto peor para ella. <<

[36] Tiutkin, peluquero. A mí me peina Tiutkin. <<

[37] El entusiasmo ha desaparecido. <<

[38] Los vagones de la época estaban divididos en cinco compartimentos, con cinco puertas a cada lado. No había pasillo interior, de manera que, cuando el revisor quería pasar de un vagón a otro, tenía que ir por el estribo exterior. El comentario está tomado del estudio de V. Nabokov mencionado más arriba. <<



[1] El título es una evidente parodia de una célebre revista de tendencias reaccionarias, *La Abeja del Norte*. <<

[2] «Viva», en serbio. <<

[3] Las pequeñas miserias de la vida humana. <<

[4] Himno imperial ruso. <<



[5] Palabra de origen alemán que servía para designar a los suboficiales de origen noble. <<

[6] Diminutivo de Alekséi. <<

[7] No ha sido bien visto en San Petersburgo. <<



[8] Milan Obrenovich (1852-1901), príncipe de Serbia que declaró la guerra a los turcos en 1876. Después de que Serbia consiguiera la independencia, fue proclamado rey en 1882. Abdicó en 1889 en favor de su hijo. <<

[9] Diminutivo de Dmitri. <<

[10] Pugachov encabezó una revuelta popular que, en tiempos de Catalina II, hizo tambalear los cimientos mismos del Estado. Pushkin escribió una composición histórica al respecto titulada *Historia de la revuelta de Pugachov* y se sirvió de ese marco histórico para ambientar su relato más famoso, *La hija del capitán*. El gobierno ruso emprendió dos campañas en 1839 y 1859 para conquistar los janatos de Jivá y Bujará, importantes ciudades de Asia Central. <<



[11] Alphonse Karr (1809-1890), perodista y escritor francés que antes de la guerra franco-prusiana de 1870 publicó panfletos antimilitaristas. <<